

EDICIÓN COMPLETA
NUEVA TRADUCCIÓN

DIANA
GABALDON



LA CRUZ
ARDIENTE

SAGA FORASTERA V

POCKET

Este libro está dedicado a mi hermana, Theresa Gabaldon,
a quien narré los primeros cuentos.

PRÓLOGO

He vivido la guerra y he perdido mucho. Sé por qué cosas vale la pena pelear y por cuáles no.

El honor y el valor son cuestiones de fondo; si un hombre está dispuesto a matar por algo, en ocasiones también estará dispuesto a morir por ello.

Y es por eso, oh Pariente, por lo que las mujeres tienen caderas anchas; esa cuenca ósea alberga por igual a un hombre y a su hijo. La vida del hombre mana de los huesos de su mujer, y en la sangre de ella su honor recibe bautismo.

Sólo por amor, volvería yo a caminar a través del fuego.

PRIMERA PARTE

In medias res

1

Dichosa la novia sobre la que brilla el sol

*Monte Helicón,
Colina Real de Carolina del Norte
Finales de octubre de 1770*

Desperté con el repiqueteo de la lluvia contra la lona; aún sentía en los labios el beso de mi primer marido. Parpadeé, desorientada, y me toqué la boca instintivamente. ¿Para conservar la sensación o para ocultarla?, me pregunté.

Jamie, a mi lado, se agitó murmurando en sueños; quizá lo había perturbado el paso del espíritu. Hice un gesto ceñudo dirigido al aire, frente a nuestra tienda.

«Vete, Frank», pensé con severidad.

Fuera todavía estaba oscuro, pero la bruma que se elevaba de la tierra húmeda era de un color gris perlado; el alba se aproximaba. Aunque nada se movía, dentro ni fuera, percibí un leve roce sobre mi piel.

«¿No debería ir yo a su boda?».

Ignoraba si las palabras se habían formado por sí solas en mis pensamientos o si eran, ellas y el beso, mero producto de mi subconsciente. Me había dormido pensando en los preparativos del enlace, así que no era extraño que hubiera soñado con bodas. Y con noches de boda.

Alisé la muselina arrugada de mi camisa y supuse que no era sólo el sueño lo que arrebolaba mi piel. No recordaba nada concreto, sólo una confusa maraña de imágenes y sensaciones. Quizá fuera lo mejor.

Giré sobre las ramas y me apreté a Jamie. Estaba tibio y olía gratamente a humo de leña y a *whisky*, con un leve dejo de virilidad. Me desperté muy despacio, arqueando la espalda para tocarle la cadera con la pelvis. Si estaba muy dormido o desganado, el gesto sería lo bastante leve para pasar desapercibido. Si no...

No. Sonrió débilmente, con los ojos aún cerrados, y una de sus manos se deslizó lentamente por mi espalda, hasta posarse en mi trasero con un apretón firme.

—¿Humm? —dijo—. Hummm.

Luego con un suspiro, volvió a relajarse en el sueño, sin soltarme. Me acurruqué contra él, reconfortada. La proximidad física de Jamie bastaba para borrar el recuerdo de los sueños persistentes. Y Frank (si es que era él) tenía razón hasta cierto punto. Estoy segura de que, de haber sido posible Bree habría querido que sus dos padres asistieran a su boda.

Ya estaba completamente despierta, pero demasiado cómoda para moverme. Fuera llovía; el aire, frío y húmedo, hacía más atractivo el cálido nido de edredones que la distante perspectiva del café caliente. Sobre todo porque, para obtenerlo, habría que bajar al arroyo en busca de agua, encender la fogata con la leña húmeda, moler los granos en un mortero de piedra y luego prepararlo.

Estremecida sólo de pensarlo, me cubrí con el edredón y reanudé la lista mental de las cosas necesarias con la que me había quedado dormida.

Comida, bebida... Afortunadamente no necesitaba preocuparme de eso. Yocasta, la tía de Jamie, se encargaría de todo; mejor dicho, lo haría Ulises, su mayordomo negro.

Al menos Bree estrenaría vestido; eso también era regalo de Yocasta. Sería de lana de color azul oscuro; la seda era demasiado cara y poco práctica para quienes vivíamos en los bosques. No se parecía en nada al satén blanco y el azahar con el que yo me había imaginado que se casaría algún día; claro que a nadie se le habría ocurrido una boda como ésta en el año 1960.

Me pregunté qué habría opinado Frank del marido de Brianna.

Probablemente le habría gustado; Roger, como él, era historiador (o al menos lo había sido). Estaba dotado de inteligencia y sentido del humor; era un músico de talento y un hombre dulce, totalmente dedicado a Brianna y al pequeño Jemmy.

«Lo cual es admirable, por cierto —pensé en dirección a la bruma—, dadas las circunstancias».

«Lo admites, ¿verdad?». Las palabras se formaron en mi interior, como si él las hubiera pronunciado: irónicas, burlándose a la vez de él y de mí.

Jamie frunció el entrecejo y crispó los dedos contra mi nalga, emitiendo pequeños bufidos en sueños.

«Tú sabes que sí —dije en silencio—. Siempre lo admití y lo sabes, de modo que no me fastidies, ¿quieres?».

Di la espalda al aire exterior y apoyé la cabeza en el hombro de Jamie, buscando refugio en el contacto con la tela de su camisa.

En realidad me daba la impresión de que Jamie no veía tanto mérito como yo (o como Frank, quizá) en el hecho de que Roger hubiera aceptado a Jemmy como hijo propio. Para él era, simplemente, un deber; ningún hombre honorable podía actuar de otra manera. Y parecía dudar de que Roger fuera capaz de mantener y proteger a una familia en los páramos de Carolina. Aunque era alto, hábil y de buena complexión, para él las cosas «de capa y espada» eran letra de canciones; para Jamie, herramientas de su oficio.

Súbitamente noté presión de la mano apoyada en mi trasero, y me sobresalté.

—*Sassenach* —dijo Jamie, soñoliento—, te estás retorciendo como un renacuajo en el puño de un crío. ¿Necesitas ir a la letrina?

—Ah, estás despierto —dije, sintiéndome algo tonta.

—Ahora sí. —Retiró la mano y se desperezó con un gruñido; los pies descalzos asomaron por el otro extremo del edredón.

—Disculpa, no he querido despertarte.

—Oh, no te preocupes —me tranquilizó—. Estaba soñando algo diabólico. Me sucede siempre que paso frío mientras duermo. —Levantó la cabeza y se miró los pies, moviendo los dedos con disgusto—. ¿Por qué no me acosté con los calcetines puestos?

—¿Con qué soñabas? —pregunté, intranquila. Ojalá no hubiera soñado lo

mismo que yo.

—Con caballos —respondió, para mi alivio.

Me eché a reír.

—¿Tan diabólico puede haber sido un sueño con caballos?

—¡Dios!, ha sido terrible. —Se frotó los ojos con los puños. Luego sacudió la cabeza, como si tratara de quitarse el sueño de la mente—. Tenía que ver con los reyes irlandeses. ¿Recuerdas lo que contaba Mackenzie anoche, junto a la fogata?

—Los reyes ir... ¡ah, sí! —El recuerdo me hizo reír otra vez.

Roger, entusiasmado por su reciente compromiso, había obsequiado al grupo reunido en torno a la fogata con canciones, poemas y entretenidas anécdotas históricas; entre ellas, los ritos con los que se decía que los antiguos irlandeses coronaban a sus reyes. Uno de éstos requería que el candidato triunfador copulara con una yegua blanca ante la multitud congregada, presumiblemente para demostrar su virilidad; en mi opinión, parecía más bien una prueba de la *sang froid* del caballero.

—Yo estaba a cargo del caballo, y todo salía mal —me informó Jamie—. El hombre era demasiado bajo y yo debía buscar algo donde pudiera subirse. Encontré una roca, pero no pude levantarla. Luego, un taburete, pero se le desprendió una pata. Por fin, me dijeron que no importaba, que podían cortarle las patas a la yegua. Yo trataba de impedirlo, mientras el hombre que iba a ser rey tiraba de sus pantalones, quejándose de que no podía desabotonarse la bragueta. En ese momento alguien se fijó en que la yegua era negra y dijo que no servía.

Sofiqué una carcajada para no despertar a nadie de los que dormían cerca.

—¿Fue entonces cuando despertaste?

—No. Por algún motivo eso me ofendió mucho. Dije que sí que serviría, y que en realidad era mucho mejor la yegua negra, pues todo el mundo sabe que los caballos blancos son débiles y que la descendencia sería ciega. Y ellos que no, que no, que el negro traería mala suerte. Y yo, insistiendo en que no era cierto y... —Se interrumpió con un carraspeo.

—¿Y entonces?

Se encogió de hombros, mirándome de soslayo; un vago sofoco le subía

por el cuello.

—Pues nada, dije que serviría y que lo demostraría. Y sujeté a la yegua por la grupa, para impedir que siguiera moviéndose, y ya estaba listo para... eh... para convertirme en rey de Irlanda. Y fue entonces cuando desperté.

Los dos estallamos en carcajadas.

—¡Oh!, ahora sí que lamento haberte despertado. —Me enjuagué los ojos con una punta del edredón—. No dudo que fuera una dura pérdida para los irlandeses. Pero me pregunto qué pensarían las reinas de Irlanda de esa ceremonia tan especial —agregué.

—No creo que las damas salieran en absoluto perjudicadas en la comparación —me aseguró Jamie—. Aunque he sabido de hombres que prefieren...

—No me refería a eso, sino a las consecuencias higiénicas, ¿comprendes? Poner el carro antes que el caballo es una cosa, pero eso de anteponer la yegua a la reina...

—La... ah, sí. —Su cara enrojeció visiblemente—. Puedes decir lo que quieras de los irlandeses, *Sassenach*, pero creo que se lavan de vez en cuando. Y dadas las circunstancias, es posible que el rey encontrara útil un poco de jabón en... en...

—*In media res*? —sugerí—. Seguro que no. Al fin y al cabo, el caballo es bastante grande...

—No es sólo cuestión de espacio, *Sassenach*, sino también de disposición —observó él, lanzándome una mirada de reproche—. Y en esas circunstancias, comprendería que el hombre necesitara un poco de ánimo. De todas maneras, se dice *in medias res* —añadió—. ¿No has leído a Horacio ni a Aristóteles?

—No. No todo el mundo puede ser tan instruido como tú. Y nunca me ha interesado mucho Aristóteles, sabiendo que, en su clasificación del mundo natural, situaba a las mujeres por debajo de los gusanos.

—Seguro que no estaba casado. —La mano de Jamie descendió lentamente por mi espalda, palpando los nudos de la columna a través de la camisa—. De lo contrario, habría detectado los huesos.

Con una sonrisa, alcé una mano hasta su pómulo, que destacaba sobre la rojiza barba.

En ese momento vi que, fuera, el cielo se había aclarado al alba, y recordé por qué se había quitado los calcetines la noche anterior. Por desgracia, ambos estábamos tan cansados por las celebraciones que nos quedamos dormidos en medio del abrazo.

Ese recuerdo me resultó tranquilizador, pues explicaba el estado de mi camisa y el sueño que había tenido. Al mismo tiempo me estremecí: Frank y Jamie eran hombres muy diferentes, y en el fondo yo no tenía ninguna duda sobre cuál de los dos me había besado justo antes de despertar.

—Bésame —dije súbitamente. Él rozó mis labios con los suyos, y se extrañó al ver que yo lo soltaba. Luego sonrió.

—De acuerdo, *Sassenach*. Pero antes tendré que salir un momento.

—Será mejor que te des prisa —dije—. Está aclarando, y la gente se levantará pronto.

Él asintió con la cabeza y salió. Me ahuequé el pelo con los dedos y rodé sobre mí misma en busca de la botella de agua. Al sentir el aire frío en la espalda, miré por encima de mi hombro; la aurora ya estaba allí y la bruma había desaparecido.

Toqué el anillo de oro que llevaba en la mano izquierda; lo había recuperado la noche anterior, y después de su larga ausencia aún me era extraño. Quizá era ese anillo lo que había convocado a Frank a mis sueños. Quizá esa noche, durante la boda, lo tocara de nuevo con la esperanza de que él pudiera ver la felicidad de su hija a través de mis ojos. Por ahora, sin embargo, Frank había desaparecido y eso me alegraba.

Un sonido leve llegó flotando en el aire: el fugaz llanto de un bebé al despertar.

En otros tiempos, yo había pensado que no debía haber más de dos personas en un lecho conyugal. Aún lo creía. Sin embargo, un bebé era más difícil de borrar que el espectro de un antiguo amor, y el lecho de Brianna y Roger debía forzosamente dar cabida a tres.

La cara de Jamie apareció junto al borde de la lona reflejando nerviosismo y alarma.

—Será mejor que te vistas, Claire —dijo—. Los soldados se están formando junto al arroyo. ¿Dónde están mis calcetines?

Me incorporé de un brinco. Lejos, ladera abajo, los tambores comenzaron

a redoblar.

La fría niebla se acumulaba alrededor de las hondonadas; una nube se había posado sobre el monte Helicón, y el aire estaba denso de humedad. Crucé un tramo de pastos duros, rumbo al lugar donde se había congregado un destacamento del 67.º regimiento de escoceses; formados en la orilla, con los tambores rugientes y el gaitero de la compañía tocando a pleno pulmón, parecían impermeables a la lluvia.

Yo sentía mucho frío y no poco fastidio. Al acostarme esperaba despertar con café caliente y un desayuno nutritivo al que seguirían dos bodas, tres bautizos, dos extracciones de muelas, la extirpación de una uña infectada y otras entretenidas formas de sano contacto social, de esas que requieren *whisky*. En lugar de eso, tras despertar de un sueño inquietante, se me había conducido a un juego amoroso para luego arrastrarme bajo una llovizna fría *in media* maldita *res*, al parecer para que escuchara alguna proclama.

Los escoceses del campamento habían tardado en levantarse y bajaban la colina con paso vacilante; cuando el gaitero emitió la última ráfaga, el teniente Archibald Hayes dio un paso al frente.

Su nasal acento de Fife era bien audible, y además tenía el viento a favor. Aún así, creo que quienes estaban algo más arriba podían oír muy poco. Nosotros, en cambio, nos encontrábamos al pie de la cuesta, a escasos veinte metros del teniente; pese al castaño de mis dientes, oí todas sus palabras.

—«Por su excelencia, el caballero William Tryon, capitán general de su majestad, gobernador y comandante en jefe, en y sobre esta provincia» — leyó Hayes, levantando la voz hasta el aullido para imponerse a los ruidos del viento y el agua, y a los murmullos premonitorios de la muchedumbre—. «Considerando —tronó, mientras dirigía a la multitud una mirada fulminante — que he recibido información de que gran número de escandalosos y alborotadores se reunieron en la ciudad de Hillsborough, en los días veinticuatro y veinticinco del mes pasado, durante la sesión de la Corte Superior de Justicia de ese distrito, para oponerse a las justas medidas de gobierno y en abierta violación de las leyes de su país, atacando al juez de su majestad, y asimismo golpeando e hiriendo a varias personas durante la sesión de dicha corte, y manifestando otras indignidades e insultos al

gobierno de su majestad, cometiendo violentísimos atropellos contra las personas y propiedades de los habitantes de dicha ciudad, brindando por la condena del legítimo soberano, el rey Jorge, y por el éxito del aspirante...». —Hayes hizo una pausa, tragó aire y continuó leyendo—:«... por lo tanto, con el fin de que las personas involucradas en dichos actos escandalosos puedan ser llevadas ante la justicia, con el asesoramiento y consentimiento del Consejo de su majestad, pronuncio ésta mi proclama, instando y comprometiendo estrictamente a todos los jueces de paz de su majestad existentes en este gobierno para que ejecuten diligentes investigaciones en cuanto a los crímenes citados, y para que reciban las declaraciones de aquellas personas que se presenten ante ellos para proporcionar información sobre lo antedicho; declaraciones éstas que me serán transmitidas, con el fin de ser presentadas ante la asamblea general en New Bern, el trigésimo día del próximo mes de noviembre, fecha hasta la cual permanecerá prorrogada para el inmediato despacho de asuntos públicos». —Una inhalación final. La cara de Hayes estaba purpúrea—. «Librado de mi puño y letra y con el gran sello de la provincia en New Bern, el día dieciocho de octubre, en el décimo año del reinado de su majestad, *Anno Domini* mil setecientos setenta. Firmado William Tryon» —concluyó, con un último bufido.

—¿Te has fijado? —comenté a Jamie—, creo que todo eso era una sola frase, menos el cierre. Asombroso, incluso para un político.

—Calla, *Sassenach* —dijo él, con la mirada todavía fija en Archie Hayes.

Detrás de mí la muchedumbre emitió un rugido apagado, de interés y consternación, con cierto dejo de diversión ante las frases referidas a los brindis desleales.

Ésa era una congregación de escoceses, muchos de ellos exiliados a las colonias tras el levantamiento del Estuardo; si Archie Hayes hubiera querido tomar nota oficial de cuanto se decía la noche anterior, mientras las jarras de cerveza y *whisky* pasaban alrededor de la fogata... Claro que entonces sólo tenía consigo cuarenta soldados; cualesquiera que fuesen sus propias opiniones sobre el rey Jorge y la posible condena del monarca, se las reservó con toda prudencia.

Convocados por el batir de los tambores, unos cuatrocientos escoceses de las Tierras Altas rodeaban el lugar elegido por Hayes para su asentamiento,

en el ribazo del arroyo. Hombres y mujeres se protegían con sus trajes (las *plaid*s y los *arisaid*s) bien ceñidos contra el viento que arreciaba. A juzgar por las caras pétreas que se veían, ellos también se reservaban su opinión.

—Toda persona que desee hacer declaraciones relativas a estos gravísimos asuntos puede confiarlas a mi atención —anunció el teniente—. Pasaré el resto del día en mi tienda con mi secretario. ¡Dios salve al Rey!

Tras entregar la proclama a su cabo, saludó con una inclinación a la muchedumbre y giró con firmeza hacía una gran tienda de lona erigida cerca de unos árboles; en el mástil vecino, flameaban las banderas del regimiento.

Yo temblaba; deslicé una mano por la abertura del capote de Jamie y reconforté mis dedos fríos en el calor de su cuerpo. Jamie apretó el codo contra su costado, reconociendo la presencia de esa mano helada, pero no me miró; estaba estudiando la espalda en retirada de Archie Hayes.

El teniente era un hombre compacto y sólido, de poca estatura pero de gran presencia; caminaba con firmeza, como si desdeñara a la gente reunida en la ladera. Al desaparecer dentro de su tienda, dejó la solapa levantada por si alguien quería entrar.

No era la primera vez que, en contra de mi voluntad, admiraba el instinto político del gobernador Tryon. Era obvio que se estaba leyendo esa proclama en toda la colonia; y, aunque podría haber dejado que un alguacil o un magistrado local llevara a nuestra congregación su mensaje, se había tomado la molestia de enviar a Hayes.

Archibald Hayes había tomado el campo de Culloden al lado de su padre, cuando sólo tenía doce años. En el combate fue herido, capturado y enviado al sur. Cuando se le ofreció la posibilidad de elegir entre ser trasladado o incorporarse al ejército, escogió la mesnada del Rey y sacó el máximo partido a la situación. El hecho de que hubiera llegado a oficial antes de cumplir cuarenta años era testimonio suficiente de su talento.

Era tan atractivo como competente; el día anterior, invitado a compartir nuestra comida y nuestro fuego, había pasado la mitad de la noche conversando con Jamie... y la otra mitad paseando de fogata en fogata, bajo la tutela de mi esposo, que lo presentó a los jefes de todas las familias importantes que allí se encontraban.

¿Y de quién fue la idea?, me pregunté, levantando la vista hacia Jamie. Su

cara no dejaba entrever lo que pensaba, y eso era señal de que estaba pensando algo bastante peligroso. ¿Acaso sabía de antemano lo de esa proclama?

Ningún oficial inglés, al mando de tropas inglesas, habría podido llevar semejante noticia a una reunión como la nuestra y esperar la menor colaboración. Pero Hayes y sus escoceses, tan leales, con sus faldas de tartán... Además, Hayes había hecho levantar su tienda de espaldas a un denso pinar; si alguien deseaba hablar en secreto con él, podía aproximarse a través del bosque sin que nadie lo viera.

—¿Acaso Hayes espera que alguien se aparte de la multitud, corra a su tienda y se rinda de inmediato? —murmuré a Jamie. Entre los presentes, al menos doce hombres habían participado en los disturbios de Hillsborough; tres de ellos estaban allí mismo. Al ver la dirección de mi mirada, Jamie me indicó con un gesto silencioso que fuera discreta.

Hobson, MacLennan y Fowles, agrupados frente a nosotros, conversaban en voz baja. Los tres provenían de un diminuto asentamiento llamado Drunkard's Creek, a unos veinticuatro kilómetros de nuestra casa del Cerro de Fraser. Hugh Fowles, yerno de Joe Hobson, era muy joven; no tenía más de veinte años, y aunque intentaba mantener la compostura, su cara estaba pálida.

Yo ignoraba qué pensaba hacer Tryon con quien hubiera participado en los disturbios, pero percibí la inquietud creada por el mensaje del gobernador.

En Hillsborough la gente había destruido varios edificios; unos cuantos funcionarios públicos fueron sacados a rastras y atacados en la calle. Según los rumores, un juez de paz (irónico título) había perdido un ojo a consecuencia de un cruel golpe de látigo. El juez Henderson había escapado por una ventana para huir de la ciudad, lo cual impidió que hubiera sesión en la Corte. Era evidente que el gobernador estaba muy irritado por lo sucedido.

Joe Hobson miró a Jamie; luego apartó la vista. La presencia del teniente ante nuestra fogata, la noche anterior, no había pasado desapercibida.

Si Jamie detectó esa mirada, no la devolvió, se encogió de hombros e inclinó la cabeza hacia mí.

—No creo que Hayes espere que alguien se entregue, no. Quizá esté obligado a pedir información; gracias a Dios, yo no estoy obligado a

responder.

No había hablado en voz alta, pero sí lo suficiente para llegar a los oídos de Joe Hobson, que giró la cabeza y dedicó a Jamie un gesto de irónico reconocimiento. Luego tocó a su yerno en el brazo, y ambos se alejaron hacia los campamentos diseminados arriba, donde las mujeres estaban atendiendo las fogatas y ocupándose de los niños.

Era el último día de la congregación; esa noche habría bodas y bautizos: la bendición formal del amor y sus frutos, surgidos de esa multitud carente de iglesia durante todo el año anterior. Después se entonarían las últimas canciones y se bailarían entre las llamas de muchas hogueras. Al llegar la mañana, las familias regresarían a sus hogares, diseminados desde las riberas pobladas del río Cape Fear hasta las montañas silvestres del oeste, llevando noticias de la proclama y de los hechos de Hillsborough.

Yo estaba intranquila. Durante la semana de la congregación se había oído con frecuencia alardear sobre los disturbios de Hillsborough, pero no todos los que lo escucharon estaban dispuestos a considerar héroes a los alborotadores.

Sentí el murmullo de conversaciones que estallaban tras la proclama: las familias se agrupaban y algunos hombres iban de grupo en grupo, transmitiendo el discurso de Hayes colina arriba, repitiéndolo a quienes no lo habían oído por estar lejos.

—¿Nos vamos? Hay mucho que hacer antes de las bodas.

—¿Sí? —Jamie me echó un vistazo—. Yo creía que los esclavos de Yocasta se encargarían de todo. Entregué los toneles de *whisky* a Ulises, que será el *soghan*.

—¿Ulises? ¿Ha traído su peluca? —La idea me hizo sonreír. El *soghan* era el hombre que se encargaba de servir la bebida y el refrigerio en las bodas de las Tierras Altas escocesas; en realidad, la palabra significaba algo así como «hombre alegre y cordial». Ulises era posiblemente la persona más digna que yo hubiera visto jamás, aun sin su librea y su peluca de crin empolvada.

—Si la ha traído, por la noche la tendrá pegada en la cabeza. —Jamie levantó la vista hacia el cielo encapotado—. Dichosa la novia sobre la que brilla el sol —citó—. Dichoso el cadáver sobre el que cae la lluvia.

—Eso es lo que me gusta de los escoceses —comenté secamente—. Tienen un proverbio adecuado para cada ocasión. No te atrevas a decir eso delante de Bree.

—¿Por quién me tomas, *Sassenach*? —me acusó con una sonrisa—. Es mi hija, ¿no?

—Por supuesto. —Reprimiendo el súbito recuerdo del otro padre de Brianna, miré por encima del hombro para comprobar que ella no estuviera al alcance de mi voz.

No había señales de su flamígera cabeza. Digna hija de su padre, descalza medía un metro ochenta; distinguirla en medio de una multitud era casi tan fácil como detectar a Jamie.

—De cualquier modo, no es el banquete de bodas lo que me preocupa —dije a mi esposo—. Debo ocuparme del desayuno y luego atender el consultorio matutino con Murray Macleod.

—¿No dijiste que Murray era un charlatán?

—Dije que era ignorante, terco y una amenaza para la salud pública —corregí—. No es lo mismo... exactamente.

—Exactamente —corroboró Jamie, sonriendo—. ¿Y qué piensas hacer, educarlo... o envenenarlo?

—Lo que resulte más efectivo. Si al menos pudiera pisarle accidentalmente la lanceta y rompérsela..., al menos no aplicaría sangrías. Vámonos, que me estoy congelando.

—Sí, vamos —asintió él, y echó un vistazo a los soldados, todavía formados a lo largo del arroyo—. Parece que el pequeño Archie piensa mantener a sus muchachos allí hasta que la multitud se haya retirado. Se están poniendo azules.

Pese a estar armados y con el uniforme completo, la fila de escoceses permanecía tranquila; sin duda eran imponentes, pero ya no parecían amenazadores. Unos niños correteaban entre ellos, tirando con descaro del borde de las faldas o acercándose para tocar los mosquetes, las cantimploras y las empuñaduras de puñales y espadas.

—¡Abel, *a charaid*! —Jamie se había detenido para saludar al último de los hombres de Drunkard's Creek—. ¿Ya has desayunado?

MacLennan había acudido a la congregación sin su mujer; por eso comía

donde la suerte lo llevara. Aunque la muchedumbre se estaba dispersando, él se mantenía impassible en su sitio. «Probablemente espera que lo inviten a desayunar», pensé con cinismo.

Observé su corpulenta silueta y calculé mentalmente su posible consumo de huevos, *parritch* y pan tostado, comparándolo con las menguantes provisiones de nuestra cesta. La escasez de alimentos no impediría a ningún escocés ofrecer su hospitalidad, y mucho menos a Jamie, que estaba invitando a MacLennan a desayunar con nosotros, mientras que yo dividía mentalmente dieciocho huevos entre nueve personas en vez de ocho. En el trayecto montaña arriba, tendríamos que pedir prestado más café en el campamento de Yocasta.

Cuando íbamos a retirarnos, Jamie deslizó la mano por mi trasero. Ante mi exclamación, Abel MacLennan se volvió a mirarme, boquiabierto, y yo le sonreí, resistiendo el impulso de darle un puntapié a mi esposo; entonces nos dio la espalda y subió apresuradamente la cuesta. Jamie me cogió del codo para ayudarme a pasar entre las piedras, mientras se agachaba hacía mi oído, murmurando:

—¿Por qué diablos no te has puesto enaguas, *Sassenach*? No llevas absolutamente nada debajo de la falda. ¡Vas a morir de frío!

—En eso no te equivocas —respondí, temblando a pesar del capote. En realidad llevaba una camisa de lino bajo el vestido, pero era una prenda poco adecuada para el invierno.

—Ayer llevabas una enagua de lana. ¿Qué ha sido de ella?

—No creo que quieras saberlo.

Jamie arqueó las cejas, pero antes de que pudiera hacer otra pregunta resonó un grito detrás de nosotros.

—¡Germain!

Germain, de dos años, había aprovechado que Marsali, su madre, estaba ocupada con su hermana recién nacida para escapar de su custodia y correr hacia los soldados. Eludiendo la captura, se lanzó de cabeza cuesta abajo. Iba cobrando velocidad como una piedra rodante.

—¡Fergus! —aulló Marsali.

Al oír su nombre, el padre de Germain interrumpió su conversación justo a tiempo para ver que su hijo tropezaba con una piedra y caía de bruces. El

niño era un acróbata nato; no hizo nada por salvarse, sino que se dejó caer con gracia y se enroscó formando una pelota, como un puercoespín. Pasó por entre las filas de soldados como una bala de cañón y se hundió en el arroyo con un chapoteo.

Varias personas corrieron colina abajo para ayudar, pero uno de los soldados ya estaba junto al ribazo. Allí se arrodilló para clavar la punta de la bayoneta en la ropa flotante del niño y remolcó el bulto empapado hacia la orilla.

Fergus se metió en el agua helada y poco profunda, estirándose para asir a su chorreante hijo.

—*Merci, mon ami, mille merci beaucoup* —dijo al joven soldado—. *Et toi, toto* —agregó, sacudiendo a su vástago, que escupía—. *¿Comment ça va, pequeño cabeza hueca?*

El soldado parecía sorprendido, pero no supe si era por la manera de hablar de Fergus o por el garfio que ocupaba el lugar de la mano izquierda.

—Todo está bien, señor —dijo, con una sonrisa tímida—. Creo que no se ha hecho daño.

Brianna salió de detrás de un castaño, con Jemmy, de seis meses, apoyado en su hombro, y cogió a la pequeña Joan de brazos de Marsali.

—Dame a Joanie —dijo—. Tú ocúpate de Germain.

Jamie se quitó el pesado capote de los hombros para tendérselo a Marsali.

—Sí, y dile al soldado que lo ha rescatado que venga a compartir nuestra fogata —le dijo—. *¿Podemos alimentar a otro, Sassenach?*

—Por supuesto —respondí, rehaciendo velozmente mis cálculos mentales. Dieciocho huevos, cuatro hogazas de pan duro para tostar (no, debía reservar uno para el viaje de vuelta a casa, al día siguiente), tres docenas de tortillas de avena (si es que Jamie y Roger no se las habían comido ya), medio frasco de miel...

Marsali desapareció, corriendo en auxilio a los hombres de su familia, que estaban empapados y tiritando. Jamie la siguió con la vista y dejó escapar un suspiro de resignación, mientras el viento inflaba las mangas de su camisa. Luego me sonrió de soslayo.

—Supongo que nos congelaremos juntos, *Sassenach*. Pero no importa. De cualquier modo no querría vivir sin ti.

—¡Vamos, Jamie Fraser! —dije amistosamente—. ¡Pero si tú eres capaz de vivir desnudo en un témpano de hielo y derretirlo! ¿Qué has hecho de tu chaqueta y tu *plaid*?

—No preguntes —respondió, muy sonriente, mientras me cubría la mano con una palma grande y encallecida—. Vamos. Estoy famélico y quiero desayunar.

—Espera —dije, apartándome.

Jemmy, nada dispuesto a compartir los brazos de su madre con la recién llegada, chillaba. Alargué los brazos para cogerlo.

—Gracias, mamá. —Brianna sonrió—. Pero ¿estás segura de que prefieres a ése? La niña es más tranquila... y pesa la mitad.

—No, está bien. Calla, tesoro, ven con tu abuelita.

Jemmy, al reconocermelo, abandonó su escandalera para agarrarse de mi pelo con los puños regordetes. Desenredé sus dedos para mirar por encima de su cabeza, pero allá abajo parecía estar todo bajo control.

Fergus, con los pantalones y los calcetines chorreando de agua, se había envuelto los hombros con el capote de Jamie y estaba estrujando la pechera de la camisa con una sola mano, mientras decía algo al soldado que había rescatado a Germain. Marsali se había quitado el *arisaid* para envolver al pequeño, y sus cabellos rubios volaban por debajo del pañuelo.

El teniente Hayes, atraído por el bullicio, espió desde la abertura de su tienda. Al levantar los ojos se encontró con los míos; después de agitar la mano en un breve saludo, seguí a mi familia hacia nuestro campamento.

Jamie le dijo a Brianna algo en gaélico, mientras la ayudaba a cruzar un tramo pedregoso del sendero, delante de mí.

—Sí, estoy lista —respondió ella, en nuestro idioma—. ¿Dónde está tu chaqueta, papá?

—Se la he prestado a tu marido —dijo él—. No conviene que se presente a su boda con aspecto de mendigo, ¿verdad?

Bree se echó a reír.

—Antes mendigo que suicida fallido.

—¿Cómo has dicho? —Me puse a la altura de ellos en el momento en que salíamos de la protección de las rocas. Estiré la gorra de punto de Jemmy para cubrirle más las orejas y luego le tapé la cabeza con la manta.

—¡Uf! —Brianna encorvó los hombros hacia el bebé que tenía en brazos, protegiéndolo de las ráfagas de viento.

—Cuando comenzó el redoble de tambores, Roger se estaba afeitando, estuvo a punto de cortarse el cuello —le explicó Jamie—. La pechera de su chaqueta se manchó de sangre.

Bree miró a su padre, con los ojos lagrimeantes por el viento.

—Conque lo has visto esta mañana. ¿Sabes dónde está ahora?

—Sano y salvo —le aseguró él—. Le dije que fuera a hablar con el padre Donahue mientras Hayes nos leía lo suyo. —La miró con aspereza—. Podrías haberme dicho que el chico no era católico.

—Podría —dijo ella, sin perturbarse—. Pero no quise. A mí no me preocupa.

—Si con esa peculiar expresión quieres decir que no tiene importancia... —empezó a decir Jamie secamente.

Pero lo interrumpió la llegada de Roger, resplandeciente con la falda de tartán verde y blanco de los Mackenzie, y la manta escocesa de la misma tela sobre la chaqueta y el chaleco de Jamie.

—Te queda muy bien, Roger —comenté—. ¿Dónde te has cortado? —Su cara tenía en tono rosado típico de la piel recién afeitada, pero no había marcas a la vista.

Roger entregó el envoltorio de tartán rojo y negro que traía bajo el brazo: su manta escocesa. Luego inclinó la cabeza a un lado para mostrarme un tajo profundo debajo de la mandíbula.

—Justo ahí. No ha sido nada, pero sangró como el demonio.

La herida ya tenía una nítida línea oscura de costra, de siete u ocho centímetros; cruzaba el cuello por un lado, desde el ángulo de la mandíbula. Toqué la piel circundante; no estaba mal: el filo había penetrado limpiamente. No me extrañó que hubiera sangrado tanto; verdaderamente daba la impresión de que había tratado de cortarse el cuello.

—¿Algo nervioso, esta mañana? —bromeé—. ¿Acaso te estás arrepintiendo?

—Es un poco tarde para eso —dijo secamente Brianna, acercándose a mí—. Al fin y al cabo, tiene un crío que necesita apellido.

—Tendrá tantos apellidos que no sabrá qué hacer con ellos —le aseguró

Roger—. Y también tú... señora Mackenzie.

El nombre encendió un pequeño rubor en la cara de Brianna, que le sonrió. Él se inclinó para besarla en la frente y, al mismo tiempo, cogió el bebé arropado. Al sentir el peso del bulto, lo miró, estupefacto.

—No es el nuestro —explicó Bree, muy sonriente—. Es Joan, la de Marsali. Jemmy está con mamá.

—Gracias a Dios —dijo él, sosteniéndolo con más cuidado—. Pensé que se había evaporado o algo así.

—De evaporarse nada —gruñí, mientras acomodaba mejor a Jemmy en su cálida manta—. Creo que ha engordado un kilo mientras subíamos la cuesta.

Acalorada por el esfuerzo, aparté un poco al bebé de mi cuerpo. Jamie se hizo cargo de él y se lo colocó bajo un brazo, como si fuera una pelota de fútbol, sosteniéndole la cabeza con una mano.

—Dime, ¿has hablado con el sacerdote? —preguntó, mirando a Roger con aire escéptico.

—Sí —confirmó éste secamente, respondiendo tanto a la mirada como a la pregunta—. Ha podido comprobar que no soy el Anticristo. Mientras esté dispuesto a que el niño reciba el bautismo católico, no hay oposición a la boda. He dicho que estoy dispuesto.

Jamie gruñó a manera de respuesta, mientras yo reprimía una sonrisa. Aunque él no tenía prejuicios religiosos, el descubrimiento de que su yerno era presbiteriano, sin intenciones de convertirse, había provocado algún comentario.

Bree me buscó la mirada para dedicarme una sonrisa de soslayo.

—Has sido muy prudente al no mencionar la religión antes de tiempo —susurré, cuidando de que Jamie no pudiera oírme.

—Roger quería decir algo, pero le pedí que guardara silencio. Sabía que si esperábamos hasta un momento antes de la boda, papá no armaría una *stramash*.

Reparé a un tiempo en su astuta evaluación de la conducta paterna y su desenvuelto uso del escocés. Su parecido con Jamie iba mucho más allá de la apariencia externa; tenían el mismo talento para apreciar a la gente y la misma facilidad para el lenguaje. Aun así, algo me rondaba por la cabeza,

algo relacionado con Roger y la religión...

Nos habíamos aproximado a los hombres lo suficiente para oír su conversación.

—... con respecto a Hillsborough —decía Jamie, inclinándose hacia Roger para hacerse oír a pesar del viento—. Quería información sobre los alborotadores.

—¿Ah, sí? —El joven parecía a un tiempo interesado y cauteloso—. A Duncan Innes le gustará oír eso. Él estuvo en Hillsborough durante los disturbios, ¿lo sabías?

—No. —Jamie puso mucha atención—. Esta semana apenas he visto a Duncan. Puede que se lo pregunte después de la boda... si sale vivo de ésta.

Esa noche Duncan se casaría con Yocasta Cameron, la tía de Jamie, y la perspectiva lo ponía nervioso.

Roger se volvió para hablar con Brianna, protegiendo a Joan del viento con su cuerpo.

—Tu tía ha dicho al padre Donahue que puede celebrar las bodas en su tienda. Eso será una ayuda.

—¡Brrrr! —Bree encorvó los hombros, estremecida—. Gracias a Dios. No es el mejor día para casarse bajo los árboles.

Roger parecía algo intranquilo.

—No creo que sea la boda que imaginabas cuando eras pequeña —dijo.

Brianna levantó la vista hacia él; una sonrisa lenta y ancha se extendió por su cara.

—La primera, tampoco —le respondió—. Pero me gustó.

Roger abrió la boca para replicar, pero al sorprender la mirada de advertencia de Jamie volvió a cerrarla. Parecía azorado, pero innegablemente complacido.

—¡Señor Fraser!

Uno de los soldados ascendía la colina hacia nosotros, con los ojos fijos en Jamie.

—Cabo MacNair, a vuestro servicio, señor —dijo al llegar, respirando ruidosamente. Saludó con una seca inclinación de cabeza—. Con los cumplidos del teniente, ¿tendría usted la bondad de visitarlo en su tienda? —Al verme volvió a inclinarse, esta vez menos abruptamente—. Mis

cumplidos, señora Fraser.

—A su servicio, señor. —Jamie respondió a la reverencia del cabo—. Transmita mis disculpas al teniente, pero tengo obligaciones que requieren mi presencia en otro sitio.

Hablaba en tono cortés, pero el cabo lo miró con dureza. Aunque joven, no era novato; una rápida expresión de entendimiento cruzó su cara. Nadie querría dejarse ver entrando solo en la tienda de Hayes, inmediatamente después de esa proclama.

—El teniente me ha ordenado requerir también la asistencia de los señores Farquard Campbell, Andrew MacNeill, Gerald Forbes, Duncan Innes y Randall Lillywhite, además de la suya, señor.

—¿Sí? —comentó secamente.

Así que Hayes quería consultar a los hombres poderosos de la zona. Farquard Campbell y Andrew MacNeill eran grandes terratenientes y magistrados locales; Gerald Forbes, juez de paz y eminente procurador de Cross Creek; Lillywhite, magistrado del distrito. Y Duncan Innes estaba a punto de convertirse en propietario de la plantación más grande de la mitad occidental de la colonia, en virtud de su inminente boda con la tía de Jamie. Mi marido, por su parte, no era un rico funcionario de la Corona, pero poseía una gran concesión de tierras en territorio salvaje, aunque la mayor parte estuviera aún desocupada.

—Ah, entonces bien. Diga al teniente que lo visitaré tan pronto como sea conveniente.

En absoluto intimidado, MacNair hizo una reverencia y se alejó, presumiblemente en busca de los otros caballeros de su lista.

—¿A qué viene esto? —pregunté a Jamie—. ¡Uy! —Levanté la mano para enjugar en la barbilla de mi nieto un hilillo de baba, antes de que llegara a la camisa de Jamie—. Conque te está saliendo un diente, ¿eh?

—Tengo dientes de sobra —me aseguró mi esposo—. Y tú también, por lo que veo. En cuanto a qué quiere Hayes de mí, no lo sé. Y no tengo intención de averiguarlo antes de lo necesario.

Me miró arqueando una ceja y yo me eché a reír.

—Ah, con que eso de «conveniente» tiene cierta flexibilidad, ¿no?

—No dije «conveniente para él» —señaló Jamie—. Bien, con respecto a

tu enagua, *Sassenach*, y por qué andas correteando por el bosque con el trasero desnudo... ¡Duncan, *a charaid!*

La expresión irónica de su rostro se fundió en auténtico placer al ver a Duncan Innes, que venía hacia nosotros atravesando un bosquecillo de cornejos.

Duncan, que ya iba vestido para la boda, pasó con dificultad sobre un tronco caído debido a la falta del brazo izquierdo, y salió al sendero donde estábamos. Nunca lo había visto tan elegante, y así se lo dije.

—Oh, bueno —repuso, azorado—. Es lo que deseaba la señorita Yo.

Luego se encogió de hombros, para descartar a un tiempo el cumplido y la lluvia, mientras se sacudía la pinaza y los trocitos de corteza que se le habían adherido a la chaqueta al pasar entre los pinos.

—¡Brrr! Un día espantoso, *Mac Dubh*, no te engañes. —Levantó la vista al cielo moviendo la cabeza—. Dichosa la novia sobre la que brilla el sol; dichoso el cadáver sobre el que cae la lluvia.

—En realidad, no sé hasta qué punto se puede esperar que un cadáver sea feliz —comenté—, cualesquiera sean las condiciones meteorológicas. Pero estoy segura de que Yocasta será feliz, a pesar del día. —Al ver su expresión de desconcierto, me apresuré a añadir—: ¡Y también usted, por supuesto!

—Oh... sí —murmuró, algo inseguro—. Sí, desde luego. Se lo agradezco, señora.

—Cuando te vi venir a través del bosque, pensé que tendrías al cabo MacNair pisándote los talones —observó Jamie—. No vas a visitar a Archie Hayes, ¿verdad?

Duncan pareció sobresaltarse.

—¿A Hayes? No. ¿Para qué me querría el teniente?

—En septiembre estuviste en Hillsborough, ¿no? Oye, *Sassenach*, llévate a esta pequeña ardilla.

Jamie se interrumpió para entregarme a Jemmy, que intentaba trepar por el torso de su abuelo, aunque el motivo principal por el que mi marido se liberaba de la carga lo descubrí al recibir al niño.

—Muchísimas gracias —dije, arrugando la nariz. Jamie me sonrió de oreja a oreja y echó a andar con Duncan camino arriba. Yo olfateé cautelosamente—. Hum... ¿ya has terminado? No, creo que no.

Jemmy cerró los ojos, se puso muy rojo y emitió un ruido restallante, como el de una ametralladora con sordina. Aflojé sus envolturas apenas lo suficiente para echarle un vistazo.

—¡Uf! —exclamé, al retirar la manta. Justo a tiempo—. ¿Con qué te alimenta tu madre?

Encantado al verse libre de sus ataduras, Jemmy agitó las piernas como aspas de molino, con lo que una desagradable sustancia amarillenta manó por las perneras abolsadas del pañal.

—¡Puaj! —exclamé sucintamente.

Y cargando al niño con los brazos estirados, me alejé del sendero hacia un pequeño arroyuelo que serpenteaba por la ladera. Encontré un buen sitio a la orilla, con una gruesa capa de hojas caídas. Allí me arrodillé y, extendiendo un pliegue de mi capa, coloqué encima a Jemmy, a cuatro patas; luego le quité el pañal sucio sin molestarme en desabrocharlo.

—¡Uy! —exclamó él, sorprendido por el contacto del aire frío, y apretó las nalgas gordezuelas.

—¡Ja! —le dije—. Si te asusta un poco de aire frío en el trasero, espera y verás.

Con un puñado de hojas mojadas lo limpié enérgicamente. El niño fue bastante estoico; se retorció, pero sin chillar. En cambio se quejó cuando hurgué por sus repliegues. Lo tendí rápidamente de espaldas y, con una mano sobre la zona peligrosa, apliqué un tratamiento similar a sus partes íntimas. Eso provocó una enorme sonrisa.

—Ah, conque eres todo un escocés de las Tierras Altas, ¿eh? —comenté, devolviéndole la sonrisa.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Al levantar la vista, descubrí a Jamie apoyado en un árbol, al otro lado del arroyuelo.

—Al parecer, es insensible al frío y a la humedad —expliqué, arrojando el último puñado de hojas sucias—. Por otra parte... bueno, no he tenido mucho trato con bebés varones, pero ¿esto es bastante precoz?

Jamie sonrió ante la visión que se revelaba bajo mi mano. El diminuto apéndice asomaba tan erguido como mi pulgar y aproximadamente del mismo tamaño.

—Ah, no —explicó—. He visto a muchos pequeños en cueros. Todos hacen eso de vez en cuando. —Y se encogió de hombros, ensanchando la sonrisa—. Ahora bien, no sé si ocurre sólo con los pequeños escoceses.

—Habilidad que mejora con los años, me atrevería a decir —concluí secamente. Arrojé el pañal sucio al otro lado del arroyuelo, donde cayó a sus pies, con un ruido de chapoteo—. Quítale los imperdibles y enjuaga eso, ¿quieres?

Arrugó un poco la nariz, pero se arrodilló al momento. Luego levantó cautelosamente con dos dedos aquella cosa repugnante.

—Ah, conque esto era lo que habías hecho con tus enaguas —comentó.

Yo había abierto el bolsillo que me colgaba de la cintura para sacar un rectángulo de tela limpia, ya plegado. No era el tipo de pañal que él sostenía, sino una franela suave, gruesa, muy lavada y teñida de rojo claro con zumo de bayas.

Me encogí de hombros. Después de revisar a Jemmy, por si hubiera nuevas explosiones, lo coloqué encima del pañal limpio.

—Con tres bebés de pañales y un clima tan húmedo, nada se seca. Estamos escasos de trapos limpios.

Alrededor del claro donde habíamos acampado, los arbustos estaban festoneados de colada que flameaba, casi toda aún mojada gracias a esa lluvia inoportuna.

—Toma.

Jamie se estiró por encima del arroyuelo y me entregó los imperdibles sacados del pañal sucio. Los cogí con cuidado para que no cayeran en el arroyo. Tenía los dedos rígidos y helados, pero los imperdibles eran valiosos; Bree los había hecho con alambre caliente, mientras Roger tallaba en madera las capuchas del extremo, guiándose por los dibujos de mi hija.

Plegué el pañal en torno de la inglete de Jemmy y atravesé la tela con un alfiler, sonriendo al ver la cabeza de madera. Bree había tallado en un juego una pequeña y cómica rana, con una ancha sonrisa sin dientes.

—Hala, ranita, ya estás listo. —Me senté con el niño en mi regazo y lo envolví de nuevo en su manta—. ¿Adónde ha ido Duncan? ¿A ver al teniente?

Jamie sacudió la cabeza, agachado y pendiente de su tarea.

—Le he dicho que todavía no fuera. Es cierto que estuvo en Hillsborough durante aquellos disturbios. Es mejor que espere un poco, de ese modo, si Hayes pregunta, él podrá jurar que ninguno de los hombres presentes aquí participó del alboroto. Cuando caiga la noche no habrá ya ninguno.

Observé sus manos, grandes y hábiles, que escurrían el pañal enjuagado. Normalmente las cicatrices de su diestra eran casi invisibles, pero en ese momento se destacaban en melladas líneas blancas contra la piel enrojecida por el frío. Todo aquello me inquietaba un poco, aunque parecía no tener ninguna vinculación directa con nosotros.

En general, no experimentaba más que un leve nerviosismo cuando pensaba en el gobernador Tryon; al fin y al cabo, él estaba cómodamente refugiado en su nuevo palacio de New Bern, separado de nuestro pequeño asentamiento del Cerro de Fraser por cuatrocientos ochenta kilómetros de ciudades costeras, plantaciones, pinares, montañas sin caminos y un páramo aullante. Con tantos motivos como tenía para preocuparse, como los autotitulados «reguladores» —que habían aterrorizado Hillsborough, y a los comisarios y jueces corruptos que provocaran ese terror—, difícilmente tendría tiempo para pensar en nosotros, o al menos eso esperaba.

Pero seguía en pie el incómodo hecho de que Jamie fuera titular de una gran concesión de tierras en las montañas de Carolina del Norte, como un presente de Tryon... y el gobernador, a su vez, tenía en el bolsillo del chaleco un dato pequeño, pero importante: que Jamie era católico. Y los otorgamientos de tierras por cuenta del Rey sólo se podían hacer en beneficio de protestantes.

Dado el insignificante número de católicos de la colonia, la religión rara vez era un problema. No había iglesias ni sacerdotes católicos residentes; el padre Donahue había hecho el viaje desde Baltimore, a petición de Yocasta. La tía de Jamie y su difunto esposo, Héctor Cameron, tenían influencia en la comunidad escocesa local desde hacía tanto tiempo que a nadie se le habría ocurrido poner en tela de juicio su religión. Pocos escoceses sabían que éramos papistas; sin embargo, era probable que se enteraran muy pronto. Esa noche, el sacerdote casaría a Bree y a Roger, que vivían juntos desde hacía un año, así como a otras dos parejas católicas de Bremerton... y también a Yocasta y Duncan Innes.

—¿Archie Hayes es católico? —dije súbitamente.

Jamie colgó el pañal húmedo de una rama cercana.

—No se lo he preguntado —dijo—, pero creo que no. Es decir, su padre no lo era. Me sorprendería que lo fuera él, más aún siendo oficial.

—Cierto.

No obstante, no era por el teniente Hayes y sus hombres por lo que yo estaba preocupada, sino por Jamie. Exteriormente se le veía tan sereno y seguro de sí mismo como de costumbre, pero yo lo conocía muy bien; la noche anterior, mientras intercambiaba chistes y cuentos con Hayes, yo había notado que los dos dedos rígidos de su mano derecha (mutilados en una prisión inglesa) se contraían contra su pierna. En ese instante, veía la fina arruga que se formaba entre sus cejas cuando estaba atribulado.

—... presbiteriano —estaba diciendo. Me miró con una sonrisa irónica—. Como el pequeño Roger.

De pronto caí en la cuenta de qué era lo que me había estado importunando en la cabeza.

—Lo sabías —señalé—. Sabías que Roger no era católico. Viste cómo bautizaba a esa criatura de Snaketown, cuando... se lo quitamos a los indios.

Demasiado tarde vi cruzar una sombra por su cara y me mordí la lengua. Al quitarles a Roger, habíamos dejado en su sitio a Ian, el sobrino a quien Jamie tanto quería. La sombra duró un momento, pero sonrió, apartando el recuerdo de Ian.

—Lo sabía, sí —dijo.

—Pero Bree...

—Se habría casado con el muchacho aunque fuera hotentote —me interrumpió—. Y si he de ser franco, no pondría muchas objeciones incluso si Roger fuera hotentote —agregó, para sorpresa mía.

—¿De veras?

Jamie cruzó el arroyo hacia la orilla donde yo me encontraba, secándose las manos con el extremo de su manta.

—Es recto y bueno. Ha aceptado al niño como hijo suyo, sin decir una palabra del asunto a la muchacha. Es lo menos que debe hacer un hombre, pero no cualquiera lo hace.

Involuntariamente, miré a Jemmy. Yo misma trataba de no pensar en eso,

pero de vez en cuando no podía dejar de analizar sus facciones, buscando alguna pista que identificara a su verdadero padre.

Después de unirse a Roger y pasar una sola noche con él, Brianna había sido violada por Stephen Bonnet dos días después. No había modo de saber con certeza quién era el padre, y por ahora Jemmy no se parecía en absoluto a ninguno de los dos. En ese momento, se mordisqueaba el puño con cara de concentración; con su suave pelusa rojo-dorada, no se parecía a nadie tanto como al propio Jamie.

—Hum... ¿Y por qué tanta insistencia en que el sacerdote lo aprobara?

—De todas formas, se casarán —dijo él, con lógica—. Pero quiero que el pequeño reciba el bautismo católico. —Puso una manaza en la cabeza de Jemmy, alisando con el pulgar las diminutas cejas pelirrojas—. Se me ocurrió que, si yo alborotaba un poco por Mackenzie, aceptarían con gusto *an gille ruadh* aquí, ¿no?

Riendo, cubrí con un pliegue de la manta los oídos de Jemmy.

—¡Y yo, tan convencida de que Brianna había descubierto cómo eres!

—Y es cierto —dijo él muy sonriente.

De pronto se inclinó para besarme. Su boca era suave y muy cálida. Sabía a pan con mantequilla; su cuerpo despedía un fuerte olor a hombre y a hojas frescas, con un leve efluvio de pañales.

—¡Humm, qué agradable! —dije con aprobación—. Hazlo de nuevo.

Alrededor del bosque todo estaba en silencio; no se oían pájaros ni bestias, sólo el susurro del follaje y el murmullo del agua bajo nuestros pies. Movimiento constante, sonido constante... y en el centro de todo, una paz perfecta. Aunque había mucha gente en la montaña, en ese lugar, en ese momento, era como estar solos en Júpiter.

Abrí los ojos con un suspiro, percibiendo un sabor a miel. Jamie, sonriendo, me quitó una hoja amarilla del pelo. El bebé era un peso cálido en mis brazos, el centro del universo.

Ninguno de los dos habló, por no perturbar la quietud.

Me estiré para sacudirle del hombro unas cuantas semillas de arce. Él me cogió la mano y se la llevó a la boca, con una fiereza súbita que me sobresaltó. Sin embargo, sus labios eran tiernos, caliente la punta de su lengua contra el montículo carnoso en la base del pulgar; monte de Venus, lo

llaman: la sede del amor.

Cuando levantó la cabeza, sentí el frío repentino en mi mano, allí donde se veía la antigua cicatriz, blanca como un hueso. Una letra J cortada en la piel. Su marca sobre mí.

Apoyó la mano contra mi cara y yo la cubrí con la mía, como si pudiera sentir, contra mi fría mejilla, la descolorida C que él tenía en su palma. Aunque no dijimos nada, el voto estaba hecho, tal como lo hicimos en otros tiempos, en un lugar sagrado, con los pies en un trozo de roca viva en medio de las arenas movedizas que eran las amenazas de guerra.

El frío pasó; la sangre caliente palpitaba en mi mano como para abrir aquella antigua cicatriz y verterse nuevamente por él. Llegaría sin que yo pudiera detenerla.

Pero esta vez no lo abandonaría.

Salí de entre los árboles siguiendo a Jamie, quien, en el trayecto hacia nuestro campamento, me comunicó que había invitado a otras dos familias a compartir con nosotros el desayuno. De nuevo, yo hacía cálculos mentales para que me llegara con lo que tenía.

—Robin McGillivray y Geordie Chisholm —dijo, apartando una rama para que yo pasara—. Me pareció que debíamos darles la bienvenida; tienen intenciones de instalarse en el Cerro de Fraser.

—¿De veras? ¿Cuándo? ¿Y cuántos son?

Eran preguntas importantes. El invierno estaba demasiado cerca para que fuera posible edificar, ni aun la más tosca de las cabañas que les sirviera de alojamiento. Si en esos días alguien venía a las montañas, tendría que vivir con nosotros en la casa grande, o apiñarse en una de las cabañas para pobladores que sembraban el Cerro. Si era necesario, los escoceses de las Tierras Altas eran capaces de compartir una sola habitación entre diez. Como inglesa, yo no tenía el sentido de la hospitalidad tan desarrollado.

—Los McGillivray, seis; los Chisholm, ocho —respondió Jamie, sonriente—. Pero los McGillivray no llegarán hasta la primavera. Robin es armero y tiene trabajo en Cross Creek durante el invierno. Su familia vivirá en Salem con unos familiares hasta que pase el frío; su esposa es alemana.

—Ah, qué bien —contesté mientras calculaba: así que catorce más para

desayunar... la suma daba veinticuatro.

—Le pediré a mi tía que me preste un poco de café y arroz, ¿de acuerdo?
—Jamie había estado interpretando la creciente consternación de mis facciones. Con una sonrisa, alargó los brazos para recibir al bebé—. Dame al pequeño; así tendrás las manos libres para cocinar.

Lo seguí con la vista, aliviada de estar sola, siquiera por algunos momentos. Aunque me encantan las reuniones sociales, tras pasar una semana entre visitas, cotilleos y consultas médicas diarias y atravesar pequeñas pero continuas crisis, necesitaba estar sola, reunir fuerzas y concentrar la mente. Pero en ese instante era incapaz de centrarme en la logística del desayuno, en las bodas, ni siquiera en la inminente operación quirúrgica que pensaba realizar. Miraba más hacia delante, más allá del viaje de regreso; anhelaba estar en casa.

El Cerro de Fraser era un sitio elevado en las montañas de occidente, un lugar remoto y aislado. Apenas teníamos visitantes, éramos pocos, aunque la población iba en aumento; más de treinta familias habían ido a instalarse en las tierras otorgadas a Jamie, bajo su patrocinio. En su mayoría eran hombres que él había conocido durante su encarcelamiento en Ardsmuir. Se me ocurrió que Chisholm y McGillivray debían de ser también exprisioneros; Jamie había extendido una invitación permanente a todos esos hombres, y la mantendría en pie, cualesquiera fuesen los costos de ayudarlos.

Un cuervo pasó en silencioso vuelo, lento y pesado. Debía de ser un presagio especial, pues es raro que un ave vuele con ese clima... Me golpeé la cabeza con el canto de la mano, tratando de ahuyentar la superstición. ¡Si vives por un tiempo con escoceses de las Tierras Altas, hasta la última piedra, hasta el último árbol pasan a tener algún significado!

Y tal vez así era. Aun rodeada de gente en esa montaña, me sentía casi sola, amparada por la lluvia y la bruma. Todavía hacía frío, pero no lo sentía. La sangre palpitaba cerca de la piel; sentí crecer el calor en mis palmas. La lluvia caía a mi alrededor, silenciosa, mojándome la ropa hasta hacer que se me adhiriera suavemente, como nubes contra la montaña.

Podría haber pasado algún tiempo así hechizada de no haber sido por el repiqueteo de pisadas en el sendero.

—¡Señora Fraser!

Era Archie Hayes en persona. Si le sorprendió verme sola de pie junto al sendero, no lo demostró. En cambio inclinó la cabeza en un saludo cortés.

—Teniente. —Yo también me incliné, sintiendo que me ruborizaba como si me hubiera sorprendido en medio del baño.

—¿Está por aquí su esposo, señora? —me preguntó, con aire indiferente.

Pese a mi azoro sentí una punzada de desconfianza. Si la montaña venía a Mahoma, no se trataba de algo indiferente.

—Supongo que sí. En realidad, no sé dónde está —dije, tratando de no mirar colina arriba, hacia el sitio donde se asomaba un pico de lona de la gran tienda de Yocasta.

—Ah, supongo que está muy ocupado —dijo Hayes, sin alterarse—. Un hombre como él, en el último día de la congregación, ha de tener mucho que hacer.

—Sí, supongo que... eh... sí.

Inquieta, me pregunté cómo diablos me libraría de invitar al teniente a desayunar. Ni siquiera una inglesa podía cometer la grosería de no ofrecer comida sin provocar comentarios.

—Eh... el cabo McNair dijo que deseaba ver también a Farquard Campbell —comenté, decidida—. Puede que Jamie haya ido a hablar con él. Con el señor Campbell, quiero decir.

Como si tratara de ayudarlo, le indiqué el campamento de los Campbell, que estaba en el extremo opuesto del de Yocasta.

—Sí —dijo—. Podría ser. —Se demoró un momento antes de levantarse la gorra para saludarme—. Buenos días, señora.

Y se alejó... hacia la tienda de Yocasta. Lo seguí con la vista, perdida toda sensación de paz.

—¡Mierda! —dije por lo bajo.

Y me puse en marcha para ocuparme del desayuno.

2

Los panes y los peces

Habíamos escogido un sitio apartado del sendero principal, con buena vista al ribazo del arroyo. Mirando hacia abajo, vi cómo Archie Hayes instaba a sus hombres a mezclarse con la gente de la congregación, y la mayoría de ellos obedecía de muy buen grado.

No sabría decir si dictaba esta política como una treta, por penuria o por simple humanidad. Muchos de sus soldados eran jóvenes que se encontraban separados de sus familias; para ellos era una alegría volver a oír voces escocesas, ser bien recibidos junto al fuego del hogar y con el ofrecimiento de *brose* y *parritch*.

Ni Roger ni Brianna estaban a la vista, pero me alarmó ver a Abel MacLennan sentado al otro lado del claro, mordisqueando un trozo de pan tostado en el extremo de un palo. Jamie había regresado con las provisiones que había pedido prestadas y las estaba desenvolviendo en el suelo, junto al fuego. Al verme me dedicó una sonrisa.

—¡Por fin llegas, *Sassenach*! —dijo, levantándose—. ¿Por qué has tardado tanto?

—¡Oh!, es que en el sendero me he encontrado con un conocido —dije. Jamie juntó las cejas, intrigado.

—El teniente te está buscando —siseé, inclinándome hacia él.

—Pero si eso ya lo sé, *Sassenach* —replicó él, con voz normal—. Y me

hallará bastante pronto.

—Sí, pero...

Carraspeé y miré con intención, alternativamente, a Abel MacLennan y al joven soldado. Jamie, con su concepto de la hospitalidad, no toleraría que arrancaran a sus huéspedes de su techo, y yo suponía que el mismo principio se aplicaba también a la fogata de su campamento. Al joven soldado podía resultarle incómodo arrestar a MacLennan, pero seguro que el teniente no vacilaría.

Jamie puso cara de diversión y me llevó hacia el joven.

—Querida —dijo formalmente—, permíteme presentarte al recluta Andrew Ogilvie, que proviene de la aldea de Kilburnie. Recluta Ogilvie, mi esposa.

—¡A su servicio, señora! —El joven me hizo una reverencia, enrojecido, y Jamie me apretó levemente el brazo.

—El recluta Ogilvie me estaba diciendo que el regimiento se dirige hacia Portsmouth, en Virginia... donde se embarcará rumbo a Escocia. Se alegrará de volver a la patria, ¿verdad, muchacho?

—¡Oh, sí, señor! —aseguró el soldado—. El regimiento se dispersará en Aberdeen. Y luego me iré a casa, a toda la velocidad que me permitan las piernas.

—¿Con que el regimiento va a dispersarse? —preguntó Fergus, acercándose para participar en la conversación, con Germain en los brazos.

—Sí, señor. Ahora que los franchutes... eh... con perdón, señor... están apaciguados y los indios a salvo, no tenemos nada que hacer aquí. Y la Corona no nos paga por quedarnos cruzados de brazos —respondió el joven, melancólico—. Bien mirado, la paz puede ser algo bueno y no deja de alegrarme. Pero no se puede negar que es difícil para el militar.

—Casi tan difícil como la guerra, ¿no? —replicó Jamie, seco.

El muchacho enrojeció intensamente; joven como era, no podía haber visto mucho en materia de combate. La guerra de los Siete Años había terminado casi diez años atrás, cuando el recluta Ogilvie, con toda probabilidad, aún correteaba descalzo por Kilburnie. Sin prestar atención al bochorno del mozo, Jamie se volvió hacia mí.

—Me ha dicho que el sesenta y siete es el único regimiento que queda en

las colonias.

—¿El último regimiento escocés? —Pregunté.

—No, señora: el último de las tropas regulares de la Corona. Supongo que hay guarniciones aquí y allá, pero todos los regimientos permanentes han sido convocados a Inglaterra o a Escocia. Somos los últimos... y además vamos con retraso. Debíamos habernos embarcado en Charleston, pero allí las cosas se pusieron feas, de modo que vamos de camino a Portsmouth lo más rápido que podemos. El año ya está avanzado, pero el teniente ha sabido de un barco que podría arriesgarse a hacer la travesía para llevarnos. Si no... si no, pasaremos el invierno en Portsmouth, supongo, arreglándonoslas como podamos.

—¿Así que Inglaterra piensa dejarnos sin protección? —Marsali parecía escandalizada por la idea.

—¡Oh!, no creo que haya ningún peligro serio, señora —la tranquilizó el recluta—. Hemos llegado a un acuerdo definitivo con los franchutes. Y si ellos no arman revuelo, los indios no podrán hacer gran cosa. Hace tiempo que todo está tranquilo; sin duda, las cosas seguirán así.

Hice un pequeño ruido en el fondo de la garganta; Jamie me apretó levemente el codo.

—¿Y no ha pensado usted quedarse, quizá? —Lizzie, que estaba mondando y rallando patatas, dejó el cuenco junto al fuego y comenzó a engrasar la sartén—. Quedarse en las colonias, quiero decir. Aún queda mucha tierra hacia poniente.

—¡Ah!... —El recluta Ogilvie miró a la muchacha y volvió a ruborizarse—. Bueno, reconozco que he oído perspectivas peores, señorita. Pero me temo que debo irme con mi regimiento.

Lizzie cogió dos huevos y los rompió limpiamente contra el costado del cuenco. Su cara, generalmente pálida como el suero, tenía un leve reflejo rosado del intenso rubor del recluta.

—¡Oh!, bueno, es una pena que deba irse tan pronto —comentó. Sus rubias y largas pestañas rozaban sus mejillas—. De cualquier modo, no lo dejaremos ir con el estómago vacío.

Ogilvie enrojeció aún más.

—Es... usted muy amable, señorita. Muy amable.

Lizzie levantó tímidamente la vista y su arrebol se acentuó. Jamie se disculpó con una suave tos y se alejó de la fogata, llevándome consigo.

—¡Jesús! —dijo por lo bajo—. ¡Y no hace ni un día que se ha hecho mujer! ¿Le has estado dando lecciones, *Sassenach*, o todas las mujeres nacen así?

—Supongo que es un talento natural —dije, circunspecta.

En realidad, el inesperado advenimiento de la primera menstruación de Lizzie tras la cena de la noche anterior había sido la gota que colmara el vaso respecto a los paños limpios.

—Hum... Supongo que debo comenzar a buscarle marido —comentó Jamie, resignado.

—¡Marido! ¡Pero si apenas tiene quince años!

—¿Ah, sí? —Eché un vistazo a Marsali, que frotaba el pelo oscuro de Fergus con una toalla, y los desvió hacia Lizzie y el soldado; luego me miró con una ceja cínicamente arqueada.

—Pues sí —repliqué, algo irritada—. Es cierto que Marsali sólo tenía quince años cuando se casó con Fergus, pero eso no significa...

Jamie prosiguió, descartando momentáneamente a Lizzie:

—El hecho es que el regimiento parte mañana hacia Portsmouth; así que no tiene tiempo ni voluntad de atender ese asunto de Hillsborough. Eso le incumbe a Tryon.

—Pero lo que Hayes dijo...

—¡Oh!, no dudo que, si alguien le dice algo, él le enviará las declaraciones a New Bern. Pero no creo que le interese mucho si los reguladores incendiaron el palacio del gobernador, mientras no le impida embarcarse a tiempo.

Suspiré, tranquilizada. Si Jamie estaba en lo cierto, lo último que haría Hayes sería tomar prisioneros, cualesquiera fuesen las evidencias que tuviera. MacLennan estaba a salvo.

—Pero, en ese caso, ¿para qué os quiere Hayes, a ti y a los otros? Te está buscando, sí, y personalmente.

—No lo sé —dijo, moviendo la cabeza—, pero no tiene nada que ver con este asunto de Tryon. Si así fuera, podría habérmelo dicho anoche. Más aún: si se interesara por el asunto, no habría dejado de decírmelo. No, *Sassenach*,

puedes creerlo: para el pequeño Archie Hayes, los alborotadores no son más que un deber que cumplir. En cuanto a por qué me busca... —Estiró un brazo por encima de mi hombro para pasar un dedo por el borde del tarro de miel—. No quiero pensar en eso antes de lo necesario. Me quedan tres toneladas de *whisky*; antes de que caiga la noche tengo que haberlos convertido en un arado, una hoja de guadaña, tres cabezas de hacha, cinco kilos de azúcar, un caballo y un astrolabio. Es un juego de magia que requiere cierta atención, ¿no crees?

Después de pasarme dulcemente el dedo pringoso por los labios, me besó.

—¿Un astrolabio? —dije, paladeando la miel. Le devolví el beso—. ¿Para qué?

—Y luego quiero volver a casa —susurró él, sin prestar atención a mi pregunta. Tenía la frente apretada contra la mía y sus ojos estaban muy azules—. Quiero acostarme contigo... en mi lecho. Y voy a pasar el resto del día pensando en lo que te haré una vez que te tenga allí. Así que el pequeño Archie puede irse a jugar a las canicas con sus huevos, ¿de acuerdo?

—Excelente idea —susurré—. ¿Quieres decírselo personalmente?

Había visto un destello del tartán verde y negro al otro lado del claro, pero cuando Jamie se giró, vi que nuestro visitante no era Hayes, sino John Quincy Myers, que llevaba una manta escocesa envuelta en la cintura.

Esto añadía un nuevo toque de color a la vestimenta de Myers, de por sí llamativa.

—¡Amigo James! —Al ver a Jamie se adelantó deprisa, con una amplia sonrisa y la mano extendida, haciendo sonar las campanillas que llevaba enroscadas a las calzas—. ¡Supuse que te encontraría desayunando!

Mi esposo parpadeó un poco ante esta aparición, pero respondió con cortesía al apretón de manos del gigante.

—Sí, John. ¿Quieres acompañarnos?

—Eh... sí —me sumé, mirando clandestinamente la cesta de la comida—. Quédese, por favor.

John Quincy me hizo una ceremoniosa reverencia, quitándose el sombrero.

—A su servicio, señora, y muy agradecido. Pero tal vez más tarde. Ahora he venido para llevarme al señor Fraser. Lo necesitan con urgencia.

—¿Quién? —preguntó Jamie, cauteloso.

—Robbie MacGillivray, dice llamarse. ¿Conoces a ese hombre?

—Sí, claro que sí. —Fuera lo que fuese lo que Jamie sabía de ese tal MacGillivray, hizo que buscara en el pequeño arcón donde guardaba sus pistolas—. ¿Qué sucede?

—Bueno... Fue su esposa quien me pidió que viniera a por ti. Y como ella no habla lo que se dice un buen inglés, puede que haya confundido un poco el relato. Pero, según creo, cierto cazador de recompensas apresó a su hijo, diciendo que el muchacho era uno de los rufianes que alborotaron en Hillsborough, con intenciones de llevarlo a la cárcel de New Bern. Sólo que Robbie dice que nadie va a llevarse a un hijo suyo y... Bueno, a partir de ahí la pobre mujer se aturulló y ya no pude entenderle una palabra. Pero creo que Robbie estaría muy agradecido si pudieras ir a ayudarle.

Jamie se puso la chaqueta verde de Roger, que estaba colgada de una mata a la espera de que le limpiaran las manchas de sangre, y se sujetó la pistola recién cargada bajo el cinturón.

—¿Adónde? —preguntó.

Myers hizo un breve gesto con la mano y se adentró entre los acebos, con Jamie pisándole los talones. Fergus, que había estado escuchando el diálogo con Germain en brazos, dejó al niño junto a los pies de Marsali.

—Debo ir a ayudar a *Grand-père* —le dijo. Luego cogió un palo entre la leña y lo puso en manos de su hijo—. Tú quédate; protege a *maman* y a la pequeña Joan de la gente mala.

—*Oui, papa.* —Germain asió el palo con firmeza, disponiéndose a defender el campamento.

Marsali, MacLennan, Lizzie y el recluta Ogilvie habían estado contemplando la escena con expresión vacua. Cuando Fergus se adentró decididamente en los arbustos tras coger otro leño, el soldado volvió a la vida.

—Eh... —dijo—. Quizá debería ir a por mi sargento, ¿no le parece, señora? Si hay algún disturbio...

—No, no —repuse enseguida. Lo último que necesitábamos era que Archie Hayes y su regimiento se presentaran en masa—. Estoy segura de que todo saldrá bien. Sin duda es sólo un malentendido. El señor Fraser lo

resolverá personalmente. No tema.

Mientras hablaba, iba bordeando sigilosamente la fogata para acercarme al lugar donde había dejado mis útiles médicos, protegidos de la llovizna bajo una lona. Metiendo la mano por debajo del borde, cogí mi pequeño equipo de emergencia.

—Lizzie, ¿por qué no ofreces al recluta Ogilvie un poco de compota de fresas para su tostada? Y seguramente al señor MacLennan le gustará poner un poco de miel en su café. Me disculpa, ¿verdad, señor MacLennan? Debo ir a... eh...

Con una sonrisa tonta, me escurrí entre las hojas de acebo. Me detuve para orientarme y el viento lluvioso me trajo un leve retintín de campanillas. Girando hacia el sonido, eché a correr.

El camino era difícil. Cuando los alcancé, cerca del campo de competición, estaba sin aliento. Aquello apenas estaba comenzando; me llegó el zumbido de las conversaciones entre la multitud de hombres que se reunían, pero aún no había gritos de aliento ni aullidos de desencanto.

No pude apreciar el espectáculo, pues John Quincy se abrió paso entre los corrillos, saludando con la mano a los conocidos mientras pasábamos. En el lado opuesto de la multitud, un hombre menudo se separó de la masa para salir precipitadamente a nuestro encuentro.

—¡*Mac Dubh*, has venido! Gracias por molestarte.

—No es molestia, Robbie —le aseguró Jamie—. ¿Qué es lo que pasa?

MacGillivray echó un vistazo a los participantes y a sus partidarios; luego, señaló con la cabeza los árboles cercanos. Lo seguimos, sin llamar la atención de la muchedumbre que se reunía en torno de dos grandes piedras envueltas en cuerdas; supuse que algunos de los fortachones iban a levantarlas a manera de proeza.

—¿Es por tu hijo, Rob? —preguntó Jamie.

—Sí —respondió el hombrecito—. Es decir, ya no.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté—. ¿Está herido?

—Él no —fue la críptica respuesta.

Atrás había un pequeño espacio abierto —tan pequeño que no llegaba a ser un claro—, erizado en pastos secos y pinos tiernos. Mientras Fergus y yo

nos agachábamos para pasar bajo una enredadera, una mujer corpulenta vino hacia nosotros; sus hombros se abultaron al levantar la rama de árbol que aferraba, pero al ver a MacGillivray se relajó un poco.

—*Wer ist das?* —preguntó, mirándonos con suspicacia.

En ese momento John Quincy pasó por debajo de la enredadera. Ella bajó su garrote; sus facciones, sólidas y agradables, se calmaron todavía más.

—*¡Ja, Myers! ¿Me traes a den Jamie, oder?*

—Sí, amor mío. Éste es Jamie Roy. *Sheumais Mac Dubh*. — MacGillivray se apresuró a atribuirse la aparición de Jamie, apoyándole respetuosamente una mano en la manga—. Ute, mi esposa, *Mac Dubh*. Y su hijo —añadió, señalando a Fergus con un vago ademán.

Ute MacGillivray parecía una valquiria a dieta de harinas: alta, muy rubia y muy fuerte.

—A su servicio, señora —saludó Jamie, inclinándose.

—*Madame...* —añadió Fergus, con una reverencia cortesana.

La señora MacGillivray les respondió con una profunda inclinación, sin apartar la vista de las visibles manchas de sangre que surcaban la chaqueta de Jamie... mejor dicho de Roger.

—*Mein Herr* —murmuró, con aire impresionado.

Luego se volvió para llamar por señas a un joven de diecisiete o dieciocho años, que había estado acechando algo más atrás. Era menudo, fibroso y moreno, tan parecido a su padre que difícilmente se habría podido dudar de su identidad.

—Manfred —anunció su madre, orgullosa—. *Mein* muchacho.

Jamie inclinó la cabeza en un grave saludo.

—Encantado señor MacGillivray.

—Eh... a su servicio, señor. —El jovencito parecía dudar, pero alargó la mano.

—Es un placer conocerlo, señor —le aseguró mi esposo, estrechándosela.

Una vez cumplidas las formalidades, recorrió brevemente con la vista aquel lugar tranquilo, con una ceja arqueada.

—Me han informado de que un cazador de recompensas lo estaba molestando. ¿Debo entender que el asunto está resuelto? —preguntó a padre e hijo, que intercambiaron miradas. Por fin Robbie tosió como pidiendo

disculpas.

—Bueno, *Mac Dubh*, no se puede decir que esté resuelto. En realidad...
—Dejó la frase sin terminar, con una expresión atribulada en sus ojos. Su mujer le clavó una mirada severa; luego se volvió hacia Jamie.

—*Ist kein* molestia —le dijo—. *Ich haf den* pequeño asunto listo. Pero queremos saber cómo esconder *den korpus*.

—¿El... cuerpo? —repetí, bastante sofocada.

Hasta Jamie parecía algo perturbado.

—¿Lo has matado, Rob?

—¿Yo? —MacGillivray se mostró espantado—. *Mac Dubh*, ¿por quién me tomas?

A Jamie no le parecía descabellada la posibilidad de que MacGillivray cometiera un acto violento, y el hombrecillo se avergonzó.

—Bueno, supongo que podría haber..., que en efecto... ¡Pero ese asunto de Ardsmuir, *Mac Dubh*, ocurrió hace mucho tiempo y es agua pasada! ¿Verdad?

—Verdad —dijo Jamie—. Pero ¿qué me dices de ese cazador de recompensas? ¿Dónde está?

Una risita sofocada detrás de mí hizo que me diera la vuelta y descubriera que el resto de la familia MacGillivray, silenciosa hasta entonces, estaba allí. Se trataba de tres jovencitas, sentadas en hilera encima de un tronco caído. Iban inmaculadamente ataviadas con pulcros delantales y cofias blancas.

—*Meine* niñas —anunció la señora; las tres muchachas parecían versiones reducidas de ella misma—. Hilda, Inga *und* Senga.

Fergus se inclinó elegantemente ante las tres.

—*Enchanté, mes demoiselles*.

Las niñas, entre risitas agudas, inclinaron la cabeza a modo de respuesta, pero sin levantarse, lo cual me pareció extraño. Entonces noté que algo raro sucedía bajo las faldas de la mayor; era una especie de bulto que se agitaba acompañado por un gruñido ahogado. Hilda clavó enérgicamente su talón en lo que fuera, sin dejar de sonreírme alegremente.

Se oyó otro gruñido, esta vez mucho más audible, proveniente de debajo de sus faldas. Jamie dio un respingo y se volvió hacia ella. Siempre con su alegre sonrisa. Hilda se inclinó para recoger delicadamente el borde de su

falda, bajo la cual se vio una cara frenética, dividida en dos por una tira de paño oscuro atada alrededor de la boca.

—Es él —dijo Robbie, que parecía compartir el talento de su esposa para exponer lo obvio.

—Ya veo. —Jamie contrajo los dedos contra su manta—. Eh... podríamos dejarlo salir, ¿no?

Robbie hizo un gesto a las niñas, que se levantaron dejando al descubierto a un hombrecito, tendido contra el tronco, atado de pies y manos con algo que parecía medias de mujer, y amordazado con un pañuelo. Estaba mojado, cubierto de barro y algo magullado...

Myers se inclinó para cogerle por el cuello y levantarlo.

—Bueno, no parece gran cosa —dijo críticamente—. Se diría que la caza de ladrones no está tan bien pagada como uno cree.

En realidad, el hombre era bastante esmirriado y estaba harapiento, además de desaliñado, furioso... y asustado. Ute lanzó un bufido de desprecio.

—*Saukerl!* —exclamó, escupiendo a las botas del prisionero. Luego se volvió hacia Jamie, llena de encanto—. Bien, *mein Herr*. ¿Cómo cree que deberíamos matarlo?

El cazador de recompensas abrió mucho los ojos, retorciéndose entre las manos de Myers y emitiendo gemidos frenéticos a través de la mordaza. Jamie lo observó frotándose la boca con un nudillo. Luego, se dirigió a Robbie, que se encogió levemente de hombros, mirando de soslayo a su esposa, como si pidiera disculpas.

—¡Hum! —Mi marido carraspeó—. ¿Quizá ya tenía usted alguna idea, señora?

Ute, radiante, extrajo un largo puñal de su cinturón.

—Pensaba que se podría cortar a pedazos, *wie ein Schwein, ja?* Pero mire. —Pinchó cuidadosamente al prisionero entre las costillas. El hombre chilló a través de la mordaza, mientras que en la camisa harapienta florecía una pequeña mancha de sangre—. Mucha *Blut*— explicó ella, con un mohín de desencanto.

Señaló con un ademán de la mano hacia los árboles. Más allá, el espectáculo de levantamiento de piedras parecía estar en plena marcha.

—*Die Leute* pode oler.

—¿Podeoler? —Desvié la vista hacia Jamie, pensando que se trataba de alguna desconocida expresión alemana. Él carraspeó, frotándose la nariz—. ¡Ah!, puede oler —exclamé—. Sí, supongo que sí.

—Si no desean llamar la atención, tampoco convendría matarlo de un disparo —consideró Jamie, pensativo.

—Yo voto porque le partamos la crisma —dijo Robbie MacGillivray—. Eso es bastante fácil.

—¿Te parece? —Fergus entornó los ojos, concentrándose—. Yo creo que es mejor matarlo a cuchillo. Si se lo clavas en el lugar correcto, no sale tanta sangre. En el riñón, justo debajo de las costillas, por atrás, ¿eh?

A juzgar por los insistentes sonidos que provenían de la mordaza, el cautivo parecía rechazar las sugerencias. Jamie se frotó el mentón, dubitativo.

—Bueno, no es tan difícil —reconoció—. También podríamos estrangularlo. Claro que movería los intestinos. Y si queremos evitar el olor, aun aplastándole el cráneo... Pero dime, Robbie, ¿cómo ha llegado este hombre hasta aquí?

—¿Eh? —MacGillivray parecía no comprender.

—¿Tu campamento no está cerca? —Mi esposo señaló con un breve ademán el diminuto claro, para explicarse. No había rastros de fogata; en realidad, nadie había acampado en ese lado del arroyo. Sin embargo, todos los MacGillivray estaban allí.

—¡Oh, no! No, nuestro campamento está más arriba. Sólo vinimos para hacer una pequeña prueba con las pesas —explicó Robbie, apuntando hacia el campo de competición—. Y este condenado buitro vio a nuestro Freddie y se apoderó de él.

Dirigió una mirada de encono al prisionero. Entonces vi que de su cinturón pendía una cuerda, y a poca distancia, en el suelo, había un par de esposas de hierro.

—Lo vimos apresar a nuestro hermano —intervino Hilda—. Entonces, nosotras lo empujamos hasta aquí, donde nadie pudiera verlo. Como dijo que pensaba entregárselo al comisario, mis hermanas y yo lo derribamos y nos sentamos sobre él. Mamá le dio unos cuantos puntapiés.

—Son *gut Mädchen*, fuertes, *meine* niñas. —Ute le dio a su hija unas

palmaditas afectuosas en el robusto hombro—. Vinimos *hier die Wetkämpfer*, tal vez escoger esposo para Inga o Senga. Hilda tiene einen Mann ya prometido. —Añadió, satisfecha.

Observó a Jamie sin ningún disimulo, demorando la mirada aprobatoria en su estatura, la amplitud de sus hombros y su buen aspecto general. Luego me dijo:

—Buen *Mann*, grande, el tuyo. ¿Tienes hijos *farones*?

—No, lo siento —me disculpé—. Eh... Fergus está casado con la hija de mi esposo —añadí, viendo que su mirada evaluadora pasaba a él.

El cazador de recompensas volvió a concentrar la atención sobre sí, con un chillido de indignación a través de la mordaza.

—¡Ah, sí! —exclamó Jamie—. ¿Por qué no permitimos que el caballero diga lo que tenga que decir?

Robbie asintió de mala gana; a estas alturas las competiciones estaban bastantes avanzadas y nadie escucharía un grito aislado.

—¡No permita que me maten, señor! —En cuanto le quitaron la mordaza, el hombre apeló a Jamie—. Sólo cumplo con mi deber al poner a los delincuentes en manos de la justicia.

—¡Ja! —exclamaron de inmediato todos los MacGillivray, e Inga y Senga estallaron en palabrotas y puntapiés dirigidos a las pantorrillas del caballero.

—¡Basta! —gritó Jamie. Como no obtuviera resultados, cogió al joven MacGillivray por el cuello, bramando a todo pulmón—: *Ruhe!*

Esto provocó un sorprendido silencio y una serie de miradas culpables en dirección al campo donde se celebraban las competiciones.

—Bien —dijo mi marido con firmeza—. Myers, trae al caballero, ¿quieres? Rob, Fergus, acompáñenme. *Bitte, Madame.*

Ella lo miró parpadeando, pero luego hizo un lento gesto de aquiescencia. Jamie, sujetando a Manfred por el cuello, se llevó al contingente masculino hacia el arroyo, dejándome a cargo de las damas.

—Tu *Mann* ¿salfará a mi hijo? —me preguntó Ute, preocupada.

—Lo intentará. —Eché un vistazo a las niñas, que se habían apiñado detrás de la madre—. ¿Saben si su hermano estuvo realmente en Hillborough?

—Bueno, *ja* estuvo, en ese momento —dijo Inga, algo desafiante—. Pero no alborotando. Sólo fue para hacer remendar una pieza del arnés y se encontró envuelto en la muchedumbre.

Al sorprender una rápida mirada entre Hilda y Senga, deduje que ésa no debía de ser toda la verdad. Gracias a Dios, no me correspondía juzgar.

La señora MacGillivray mantenía la vista fija en el grupo de los hombres que conversaban a cierta distancia. Habían desatado al cazador de recompensas, con excepción de las manos; de pie, con la espalda apoyada contra un árbol, mostraba los incisivos como una rata acorralada. Jamie y Myers estaban ante él mientras Fergus, en un lado, los miraba con atención. Rob MacGillivray despuntaba una ramita de pino con un cuchillo, mirando de vez en cuando al prisionero con aire de concentración.

—No dudo que Jamie podrá... eh... hacer algo —dije.

—*Gut*. —Ute MacGillivray asintió, sin dejar de observarlos—. Si yo no matarlo, mejor. Pero si debo, yo hacerlo.

Le creía.

—Comprendo —dije con cautela—. Pero... Discúlpeme usted, pero aun si ese hombre se hubiera llevado a su hijo, ¿no podía presentarse ante el comisario y explicar...?

Más miradas entre las niñas. Esta vez fue Hilda quien habló.

—*Nein*, señora. Verá... las cosas no habrían estado tan mal si el cazador de recompensas hubiera ido a nuestro campamento. Pero aquí abajo... — Señaló con la cabeza el campo de competición.

Al parecer, la dificultad radicaba en el prometido de Hilda, cierto Davey Morrison, de Hunter's Point. El señor Morrison era un próspero granjero y un hombre de gran valía, además de atleta hábil en el arte de arrojar piedras. Su familia era gente muy recta: si Manfred hubiera sido apresado por un cazador de recompensas delante de la congregación el escándalo habría desembocado en la ruptura del compromiso de Hilda, perspectiva que perturbaba a Ute mucho más que la idea de degollar al prisionero.

—Malo, también, que yo lo *mata* y alguien *fe* —dijo francamente, señalando la tenue cortina de follaje que nos ocultaba al campo donde se competía—. *Die* Morrison no contentos.

—Supongo que no. —Me pregunté si Davey tendría idea de dónde iba a

meterse—. Pero usted...

—Quiero casar bien a *meine* niñas —replicó ella con firmeza—. Busco *gut* hombres *für Sie*, hombres guapos, grandes, *mit* tierra y dinero. —Rodeó con un brazo los hombros de Senga—. *Nicht wahr, Liebchen?*

—Ja, mama —murmuró la jovencita, apoyando la cofia en el seno de su madre.

En el bando masculino estaba sucediendo algo. Habían desatado las manos al cazador de recompensas, que se frotaba las muñecas y escuchaba a Jamie con expresión cauta. Nos echó un vistazo; luego a Robbie MacGillivray, quien le dijo algo y asintió enfáticamente. El hombre movió la mandíbula como si rumiara alguna idea.

—Así que esta mañana bajaron todos para ver las competiciones y buscar buenos candidatos para maridos de sus hijas. Sí, ya comprendo.

Jamie hundió la mano en su *sporrán* y extrajo algo que acercó a la nariz del prisionero, como invitándolo a olfatear. A esa distancia no se veía qué era, pero el hombre mostró asco y alarma.

—Ja, solamente para mirar. —La señora MacGillivray, que no los estaba observando, soltó a Senga después de darle unas palmaditas—. Ahora *famos* a Salem, donde *ist meine Familia*. Tal vez allí encontramos un buen *Mann*, también.

Myers se acercó a nosotras a través del bosquecillo.

—No hay por qué preocuparse, señora —aseguró a Ute—. Yo sabía que Jamie Roy se encargaría de todo. Y así ha sido. Su muchacho está a salvo.

—Ja? —dijo ella, mirando con aire dubitativo hacia los arbolillos.

Pero era verdad. Todos los hombres habían asumido una actitud relajada. Jamie estaba devolviéndole las esposas al cazador de recompensas. Vi que se las entregaba con brusco desagrado; en Ardsmuir le habían puesto grillos.

—*Gott sei dank* —dijo Ute, con un suspiro explosivo.

Jamie y Rob MacGillivray conversaban, mientras Fergus, levemente ceñudo, seguía con la vista la retirada del cazador de recompensas, que se alejaba ya hacia el arroyo.

—¿Qué fue exactamente lo que Jamie le dijo? —pregunté a Myers.

—Oh, bueno... —El gigante me dirigió una ancha sonrisa—. Jamie Roy, muy serio, le dijo al hombre... (que, dicho sea de paso, se llama Harley

Boble) que había tenido mucha suerte de que todos llegáramos a tiempo. Le dio a entender que, de otro modo, la dama aquí presente —hizo una reverencia a Ute— lo habría llevado a casa en su carreta para trocearlo como un cerdo donde nadie la viera. Entonces Jamie Roy se le acercó como para hacerle una confidencia, y dijo que él habría podido pensar lo mismo... de no ser por la reputación de *Frau* MacGillivray, famosa por sus salchichas, y porque había tenido el privilegio de probarlas en el desayuno de la mañana. Fue entonces cuando Boble comenzó a perder el color. Y cuando Jamie Roy extrajo un trozo de embutido para mostrarle...

—¡Oh, Santo Cielo! —dije, recordando vívidamente cómo olía esa salchicha. El día anterior se la compré a un vendedor en la montaña, para luego descubrir que estaba mal curada; cuando la corté, despidió un horrible olor a sangre podrida. Jamie había guardado los restos en su *sporrán*, con intención de que le devolviera el dinero o de hacérselos tragar al vendedor—. Ahora lo entiendo.

Myers hizo un gesto afirmativo y se volvió hacia Ute.

—Y su esposo, señora... Este bendito Rob MacGillivray es un mentiroso nato.

—Papá no es capaz de matar una mosca —me dijo Inga, por lo bajo y riéndose—. No puede retorcer el cogote a un pollo.

Myers elevó los hombros en un gesto de buen humor, mientras Jamie y Rob se acercaban por la hierba húmeda.

—De modo que Jamie le dio a Boble su palabra de caballero de que lo protegería de usted. Y Boble dio su palabra de... Bueno, dijo que no se acercaría al joven Manfred.

—Hum —murmuró Ute, ofendida porque se criticara la reputación de sus salchichas—. ¡Yo, hacer una porquería como ésa...! —dijo, arrugando la nariz hacia el maloliente trozo de carne que Jamie sometía a su inspección—. *Pfaugh! Ratzfleisch!*

Desechando el embutido, se dirigió a su marido murmurando en alemán. Luego aspiró hondo y reunió a sus hijos, instándolos a agradecer debidamente la ayuda de Jamie. Él le hizo una reverencia, ruborizado por el coro de gratitud.

—*Gern geschehen* —dijo—. *Euer ergebener Diener, Frau Ute.*

Ella lo miró, radiante, mientras mi esposo se despedía de Rob.

—Qué *Mann* guapo y grande —musitó mientras lo observaba de arriba abajo.

De inmediato notó que yo estaba comparando a Jamie con Rob; el armero era bastante guapo, de facciones cinceladas y pelo negro rizado, muy corto, pero tenía los huesos de un gorrión y llegaba aproximadamente al hombro de su fornida esposa. No pude dejar de preguntarme cómo, dada su evidente admiración por los hombres corpulentos...

—¡Oh!, bueno... —Ella se encogió de hombros como pidiendo disculpas—. El amor, ya sabe usted.

Lo decía como si el amor fuera un estado lamentable, pero imposible de evitar. Eché una mirada a Jamie, que estaba envolviendo cuidadosamente su embutido para guardarlo en el *sporrán*.

—Vaya si lo sé —dije.

Cuando regresamos a nuestro campamento, los Chisholm se estaban despidiendo. Por suerte Jamie había traído abundante comida del campamento de Yocasta, así que pude sentarme ante un grato desayuno de buñuelos de patata, *bannocks* con mantequilla, jamón frito y café, preguntándome qué más podía suceder ese día.

Más tarde, con la tercera taza de café en la mano, aparté la lona que cubría mis utensilios de medicina. Era hora de inspeccionar el contenido y preparar todos los remedios que debían estar recién hechos.

Agotadas las hierbas más comunes que había llevado conmigo, había aumentado mi provisión gracias a los buenos oficios de Myers, quien me trajo varias cosas raras y útiles desde las aldeas indias del norte, y a mis juiciosos intercambios con Murray MacLeod, joven y ambicioso boticario que se había adentrado en el continente para establecer su tienda en Cross Creek.

El joven Murray albergaba todas aquellas horribles ideas que pasaban por conocimientos médicos en esa época... y afirmaba sin ninguna timidez la superioridad de métodos científicos tales como la sangría y las ventosas, por encima de la anticuada tendencia a curar con hierbas que preferían las viejas ignorantes como yo. Aun así, su condición de escocés lo dotaba de una fuerte

vena pragmática. Después de echar un vistazo a la poderosa estructura de Jamie, se había tragado las opiniones más insultantes. Yo tenía cien gramos de ajeno y un frasco de jengibre silvestre que él deseaba. Además, había observado que la mayoría de los montañeses acudían a mí y no a él cuando les afectaba alguna dolencia..., y también que mis curas los hacían mejorar. Si yo tenía secretos, él quería conocerlos. Y yo, con mucho gusto, dejaría que los conociera.

Por suerte, aún me quedaba mucha corteza de sauce. Vacilé ante la pequeña hilera de frascos que contenía el cofre. Había allí varios emenagogos fuertes: caulófilo, cornezuelo y poleo-menta, pero escogí los más suaves: tanaceto y ruda. Puse un puñado en el cuenco y lo dejé remojar en agua hirviendo. Además de calmar las molestias de la menstruación, el tanaceto tenía fama de calmar los nervios... y resultaba difícil imaginar una persona más nerviosa que Lizzie Wemyss.

Eché un vistazo a la fogata, donde Lizzie untaba con mermelada de fresas la tostada del recluta Ogilvie, que parecía repartir su atención entre la muchacha, Jamie y el pan, dedicando la mayor proporción a su tostada.

La ruda era también un buen antiparasitario. Yo no estaba segura de que Lizzie tuviera lombrices, pero era algo común entre la gente de la montaña. No le vendría mal una dosis.

Observé a Abel MacLennan, preguntándome si convendría echarle un poco del brebaje en el café; pese a su corpulencia, tenía el aspecto demacrado y anémico de quien alberga parásitos intestinales.

La pequeña Joan volvía a llorar de hambre. Marsali hizo un gesto de dolor cuando el bebé se puso a mamar, pero se relajó cuando la leche comenzó a fluir. Pezones agrietados. ¿Había traído unguento de lana de oveja? Pues no, ¡qué pena!

—¿Un poco de café, querida? —El señor MacLennan, que había estado observando a Marsali con preocupada solidaridad, le ofreció su taza de café intacta—. Mi esposa solía decir que el café caliente calmaba los dolores de la lactancia. Es mejor con *whisky*, pero aun así...

—*Taing*. —Marsali aceptó la taza con una sonrisa agradecida—. He estado helada toda la mañana. ¿Piensa volver mañana a Drunkard's Creek, señor MacLennan? —le preguntó cortésmente al devolverle la taza vacía—.

¿O viajará a New Bern con el señor Hobson?

—¿Hobson va a New Bern? —preguntó Jamie bruscamente—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo ha dicho su hija, la señora Fowles —respondió Marsali—. Me lo dijo cuando le pedí prestada una camisa seca para Germain. Está preocupada por Hugh, su esposo, porque su padre, el señor Hobson, quiere que él lo acompañe, pero Hugh tiene miedo.

—¿A qué va Joe Hobson a New Bern? —pregunté, a mi vez.

—A presentar una petitoria al gobernador —dijo Abel MacLennan—. ¡De mucho servirá!—. Y sonrió a Marsali con tristeza—. No, muchacha. A decir verdad, no sé adónde ir. Pero no será a New Bern.

—¿No lo espera su esposa en Drunkard's Creek?

—Mi esposa ha muerto, muchacha —fue la suave respuesta—. Murió hace dos meses.

—¡Oh, señor Abel! —Marsali se inclinó hacia delante para estrecharle la mano, llenos de dolor los ojos azules—. ¡Lo siento tanto!

Él le dio unas palmaditas en la mano, sin levantar la vista. En su escaso pelo refulgían diminutas gotas de lluvia. Jamie, que se había puesto de pie para interrogar a la muchacha, tomó asiento en el tronco, junto a MacLennan y le puso blandamente una mano en la espalda.

—No lo sabía, *a charaid* —dijo en voz baja.

—No. —El otro miró las llamas transparentes, sin verlas—. Es que bueno, la verdad es que no se lo he dicho a nadie. Hasta ahora.

Jamie y yo intercambiamos una mirada. Drunkard's Creek no podía albergar a más de veinticinco almas en esas pocas cabañas diseminadas por las riberas. Sin embargo, ni los Hobson ni los Fowles habían mencionado la pérdida de Abel; debía de ser verdad que no se lo había dicho a nadie.

—¿Cómo sucedió, señor Abel? —Marsali seguía reteniendo su mano.

—Oh... —dijo en tono vago—. Sucedieron tantas cosas... Y no obstante... al fin y al cabo no fue tanto. Abby... Abigail, mi esposa, murió de unas fiebres. Cogió frío y... y murió.

Jamie echó un poco de *whisky* en una taza vacía y la puso en las manos inermes de MacLennan, curvándole los dedos hasta que él la sujetó.

—Beba usted, hombre —dijo.

En silencio, todo el mundo observó a Abel, que probaba obedientemente el *whisky*: un sorbo, luego otro. El joven Ogilvie se removió en su piedra, incómodo; parecía estar deseando regresar a su regimiento, pero no se marchó, como si temiera que su partida hiciera sufrir aún más a ese hombre.

La misma quietud de MacLennan atraía todas las miradas, acallaba cualquier conversación.

—Yo tenía bastante —dijo de pronto—. De verdad. —Miró en torno de la fogata, como si nos desafiara a contradecirlo—. Para los impuestos, ¿comprenden? El año no fue tan bueno como esperaba, pero fui prudente. Tenía en reserva diez toneles de maíz y cuatro magníficos cueros de venado. Todo eso valía más que los seis chelines del impuesto.

Pero los impuestos no se pagaban en cereales, cueros y bloques de añil, sino en efectivo. Entre los agricultores el trueque era la manera habitual de hacer negocios. Nadie pagaba nada en efectivo, salvo los impuestos.

—Bueno, es razonable —dijo MacLennan, parpadeando severamente hacia Ogilvie, como si el joven hubiera protestado—. ¿Para qué quiere su majestad una piara de cerdos o unos cuantos pavos? No, comprendo que se deba pagar en efectivo. Y yo tenía el cereal; podía venderlo fácilmente por seis chelines.

La única dificultad era convertir diez toneles de cereal en seis chelines de impuestos. En Drunkard's Creek había quienes podrían habérselos comprado, pero allí nadie tenía dinero. Era preciso llevar ese maíz a Salem, la población más cercana donde se podía obtener efectivo. Pero Salem estaba a unos sesenta kilómetros de Drunkard's Creek: se requería una semana para ir y regresar.

—Yo tenía cinco acres de cebada tardía —explicó Abel—. Madura, lista para la siega. No quería dejar que se perdiera. Y mi Abby era una mujer menuda, delgada. No podía ponerla a segar y trillar.

Como no quería perder una semana de las tareas de la cosecha, Abel buscó ayuda en sus vecinos.

—Es buena gente —insistió—. Uno o dos podían prestarme algún céntimo, pero ellos también tenían que pagar sus impuestos, ¿entienden?

Aún confiado en obtener, de algún modo, el dinero necesario sin realizar el arduo viaje a Salem, Abel se demoró... demasiado tiempo.

—El comisario es Howard Travers —dijo—. Vino con un papel y dijo que debía expulsarnos, por no pagar los impuestos.

Frente a la necesidad, Abel viajó a toda prisa hacia Salem, pero cuando regresó con los seis chelines su propiedad había desaparecido y la cabaña estaba ocupada por desconocidos.

—Yo sabía que ella tenía que estar cerca —explicó—, porque no abandonaría a los críos.

Y allí fue donde la halló, envuelta en un edredón raído, temblando bajo la gran píceca de la colonia que protegía las tumbas de los cuatro niños MacLennan, todos fallecidos al primer año de vida. Pese a todas sus súplicas, Abigail, no quiso bajar a la que había sido su cabaña y pedir ayuda a quienes la habían echado. Abel no supo decirnos si fue la locura de la fiebre o simple tozudez; su esposa se aferró a las ramas del árbol con fuerza demencial, diciendo a voces los nombres de sus hijos... y allí murió, durante la noche.

—La habían autorizado a llevarse lo que pudiera. Tenía un hatillo con su paño mortuario. Todavía la veo ante la rueca, apenas después de nuestra boda, hilando para tejerlo. Tenía pequeñas flores a lo largo de un borde. Era hábil con la aguja.

Envolvió a Abigail en la mortaja bordada. Luego, la sepultó junto al menor de sus hijos y caminó tres kilómetros por la carretera, con intención de contarle lo sucedido a los Hobson.

—Pero cuando llegué a su casa los encontré a todos yendo de un lado a otro. Hugh Fowles había recibido la visita de Travers, que venía por los impuestos, pero no había dinero. Travers, sonriendo como un simio, le dijo que le daba igual; diez días después, volvió y los expulsó.

Hobson había reunido a duras penas el dinero para pagar sus impuestos; los Fowles se apiñaron con el resto de la familia, sanos y salvos, pero Joe estaba furioso por la manera de tratar a su yerno.

—Joe vociferaba, enloquecido de ira. Janet Hobson me hizo pasar, y me ofreció comida. Allí estaba Joe, gritando que se cobraría la tierra del pellejo de Howard Travers. Y Hugh, que parecía un perro atropellado, y su esposa que me saludaba, y todos los críos chillando por su comida y... bueno, pensé darles la noticia, pero luego...

Durmió bajo la mesa y despertó antes del alba. La sensación de irrealidad

persistía. Todo a su alrededor parecía un sueño. Era como si él mismo hubiera dejado de existir. Su cuerpo se levantó, se lavó. Comía y hablaba sin que él lo supiera. Ya nadie existía en el mundo exterior. Y cuando Joe Hobson se levantó para anunciar que él y Hugh irían a Hillsborough para buscar justicia en la Corte, Abel MacLennan se descubrió marchando por la carretera con ellos.

—Mientras caminaba se me ocurrió que estábamos todos muertos —dijo, con aire soñador—. Yo, Joe, Hugh y los demás. Me daba igual estar en un sitio que en otro; sólo era cuestión de moverse hasta el momento de tender mis huesos junto a Abby.

Al llegar a Hillsborough no se había percatado de las intenciones de Joe. Se limitó a seguirlo, sin pensar, por las calles cenagosas y llenas de cristales rotos de las ventanas destrozadas. Vio la luz de las antorchas y la muchedumbre, oyó los gritos y los alaridos, sin conmoverse.

—Sólo eran hombres muertos, un repiquetear de huesos contra huesos —dijo, encogiéndose de hombros. Guardó silencio. Luego se volvió hacia Jamie y lo miró larga, severamente—. ¿Es así? ¿Tú también estás muerto?

Una mano laxa, encallecida, flotó hasta el pómulo de mi esposo, que la cogió para estrecharla entre las suyas.

—No, *a charaid* —dijo con suavidad—. Todavía no.

MacLennan asintió lentamente.

—Sí. Tiempo al tiempo —dijo—. Tiempo al tiempo. No es tan malo.

Entonces se puso de pie, cubriéndose la cabeza con el cuadrado de tela roja. Se volvió hacia mí con un saludo cortés, y sus ojos vagos y atribulados.

—Le agradezco el desayuno, señora. —Y se alejó.

3

Humores biliosos

La partida de Abel MacLennan puso fin al desayuno bruscamente. Ogilvie se retiró dando las gracias; Jamie y Fergus se fueron en busca de guadañan y astrolabios; Lizzie, que se marchitaba en ausencia de su soldado, declaró que no se sentía bien y desapareció en uno de los refugios, con una gran tisana de atanasia y ruda.

Por suerte, Brianna decidió reaparecer en ese momento, sin Jemmy. Según me dijo, ella y Roger habían desayunado con Yocasta. El niño se había dormido en brazos de la anciana y lo había dejado allí para venir ayudarme con las consultas de la mañana.

—¿Estás segura de querer ayudarme hoy? Después de todo, es el día de tu boda. Creo que Lizzie o la señora Martin podrían...

—No, lo haré yo —me aseguró, pasando un paño por el asiento del taburete—. Lizzie se encuentra mejor, pero no tanto como para soportar pies infectados y estómagos pútridos.

Con un leve estremecimiento, cerró los ojos al recuerdo del anciano a quien, el día anterior, yo había curado un talón ulcerado. El dolor había hecho que él vomitara sobre sus pantalones harapientos, lo cual provocó que muchos de los que esperaban ser atendidos vomitaran también.

—No, supongo que no —reconocí de mala gana—. Pero tu vestido no está del todo terminado, ¿verdad? ¿No deberías ir a...?

—Todo está bien —me aseguró—. Fedra está cosiendo el dobladillo. Y Ulises anda dando órdenes a los sirvientes como si fuera un sargento del ejército. Yo no haría más que estorbar.

Cedí sin más reparos, aunque me extrañaba un poco esa prontitud. Si bien Bree no era remilgada frente a las exigencias de la vida normal, tales como desollar animales y limpiar pescado, yo sabía que la perturbaba la proximidad de personas con malformaciones o enfermedades visibles, aunque hiciera lo posible por disimularlo. No era asco, me dije, sino una empatía que la paralizaba.

Retiré el hervidor del fuego para verter agua bullendo en un frasco grande medio lleno de alcohol destilado, entornando los ojos para protegerlos contra las nubes de vapor alcohólico. Realmente era duro ver que tantas personas sufrían de cosas que en otra época podrían tratarse fácilmente con antisépticos, antibióticos y anestesia. Pero en los hospitales de campaña, en un momento en el que todas esas innovaciones eran nuevas y raras, yo había aprendido a mantener la objetividad, que sabía necesaria y valiosa.

Si se interponían mis propios sentimientos, no podría ayudar a nadie. Pero Brianna no tenía ese tipo de conocimientos para usar como escudo. Todavía no.

Cuando acabó de limpiar y ordenar, irguió la espalda con una pequeña arruga entre las cejas.

—¿Recuerdas a la mujer que viste ayer? ¿La que trajo al niño retrasado?

—No es algo que se pueda olvidar —dije, con tanta ligereza como me fue posible—. ¿Por qué? Oye, ¿puedes ocuparte de esto?

Señalé la mesa plegable, que se negaba a cerrarse como era debido; sus articulaciones se habían hinchado con la humedad. Brianna frunció el entrecejo, estudiándola; luego dio un golpe con el canto de la mano a la articulación correspondiente. El mueble obedeció de inmediato, como si reconociera la presencia de una fuerza superior.

—Listo. —Se frotó el costado de la mano, distraída y aún con las cejas fruncidas—. Insististe mucho en recomendarle que tratara de no traer más niños. ¿Lo del pequeño era hereditario?

—Se podría decir que sí —respondí secamente—. Sífilis congénita.

Ella levantó la vista, palideciendo.

—¿Sífilis? ¿Estás segura?

Hice un gesto afirmativo, mientras enrollaba una tira de lino hervido para vendajes. Aún estaba muy mojado, pero no había remedio.

—La madre aún no presentaba los signos exteriores visibles de los últimos estadios de la enfermedad, pero en los niños son inconfundibles.

La mujer había venido simplemente a que le abriera una fístula, con el pequeño aferrado a sus faldas. Él tenía la característica nariz aplastada a la altura del puente, y su mandíbula estaba tan mal formada que no me sorprendió verlo tan desnutrido: apenas podría masticar. Era imposible saber cuánto de su evidente retraso se debía al daño cerebral y cuánto a la sordera; parecía sufrir ambas deficiencias, pero no intenté evaluarlas, pues no había nada que pudiera hacer por remediarlas. Le había aconsejado a la madre que le diera *pot liquor* que tal vez aliviara la desnutrición; por lo demás, en poco se podía ayudar al pobrecito.

—Aquí no la veo tan a menudo como en París o en Edimburgo, donde había muchas prostitutas —le dije a Bree, arrojando la bola de vendas al saco de lona que ella mantenía abierto—. Pero sí, de vez en cuando. ¿Por qué? ¿Acaso piensas que Roger tiene sífilis?

Me miró boquiabierta. Su expresión espantada se borró ante un instantáneo torrente de rojo furioso.

—¡Claro que no, mamá! —exclamó.

—Bueno, no es que yo lo pensara —expliqué suavemente—. Pero pasa en las mejores familias... y como preguntabas...

Ella lanzó un fuerte resoplido.

—Yo te preguntaba por anticonceptivos —corrigió entre dientes—. Al menos es lo que pensaba hacer, antes de que te lanzaras con la *Guía médica de enfermedades venéreas*.

—Ah, es eso. —La observé pensativamente, reparando en las manchas de leche seca que tenía en el corpiño—. Bueno, amamantar es bastante efectivo. No te brinda seguridad absoluta, desde luego, pero sí bastante. Después de los primeros seis meses, menos.

Jemmy ya tenía seis meses.

—Hum... —musitó ella, tan al estilo de Jamie que debí morderme el labio inferior para no reír—. ¿Y qué otra cosa efectiva hay?

Yo no había hablado con ella de métodos anticonceptivos, al estilo del siglo XVIII. Cuando apareció por primera vez en el Cerro de Fraser no parecía necesario. Y la verdad es que después no lo fue, pues ya estaba embarazada. ¿Así que ahora sí que lo necesitaba?

Con el entrecejo fruncido, fui guardando rollos de vendas y manojos de hierbas dentro de mi saco.

—Lo normal es cualquier tipo de barrera. Un trozo de seda o una esponja, empapadas en toda clase de cosas, desde vinagre a *brandy*, aunque si dispones de aceite de atansia o de cedro, se supone que es lo mejor. Me han dicho que algunas mujeres, en las Indias, usan medio limón, pero obviamente aquí no sería una opción adecuada.

Ella dejó escapar una breve risa.

—No, no creo. Y tampoco creo que el aceite de atansia dé muy buenos resultados. Es lo que usaba Marsali cuando quedó embarazada de Joan.

—¡Ah!, ¿lo usaba? Supongo que alguna vez no se tomaría la molestia... y basta con una vez.

Más que verla, la sentí tensarse y me mordí los labios otra vez, esta vez de mortificación. Para ella, una única vez había sido suficiente; lo que no sabíamos era cuál de esas dos únicas veces. Pero Brianna se encogió de hombros y los dejó caer, descartando deliberadamente los recuerdos que mi irreflexivo comentario pudiera haber conjurado.

—Me dijo que lo había estado usando, pero quizá lo olvidó. De cualquier modo no siempre da resultado, ¿verdad?

Me cargué al hombro el saco de vendas y hierbas secas, y cogí el cofre de las medicinas.

—Lo único que funciona siempre es el celibato —respondí—. Supongo que, en el caso que nos ocupa, no es una opción satisfactoria.

Ella sacudió la cabeza, cavilando tristemente, fija la mirada en un grupo de hombres jóvenes que se entreveían tras los árboles de abajo; se estaban turnando para arrojar piedras al otro lado del arroyo.

—Era lo que me temía —dijo.

Recorrí el claro con una mirada analítica. ¿Algo más? No me preocupaba abandonar la fogata; aunque Lizzie se quedara dormida, con ese clima no había en la montaña nada que pudiera quemarse; hasta la yesca y la leña

almacenadas en un extremo del cobertizo estaban húmedas. Pero faltaba algo.

¿Qué? Ah, sí. Dejando un momento la caja, me arrodillé para arrastrarme al interior del cobertizo y revolví en la maraña de edredones. Al salir, por fin llevaba mi taleguilla de remedios.

Después de recitar una breve oración a santa Brida, me lo colgué del cuello, por debajo del corpiño. Estaba tan habituada a usar ese amuleto cuando iba a practicar la medicina que ya casi no percibía lo ridículo de ese pequeño rito. Casi. Bree me estaba observando con expresión bastante extraña, pero no dijo nada.

Yo tampoco; me limité a recoger mis cosas y la seguí a través del claro, evitando con cuidado los sitios más cenagosos. Ya no llovía, pero las nubes prometían más agua en cualquier momento; de los troncos caídos y los arbustos goteantes manaban volutas de bruma.

¿Qué motivos tendría Bree para interesarse por los anticonceptivos? Me parecía sensato, desde luego, pero ¿por qué ahora? Tal vez tuviera alguna relación con el hecho de que estuviera a punto de casarse con Roger. Si bien llevaban varios meses viviendo como marido y mujer, la formalidad de los votos pronunciados ante Dios y ante los hombres bastaban para imponer una mayor sobriedad a los jóvenes más alocados. Pero ni Roger ni Brianna lo eran.

—Existe otra posibilidad —dije a su espalda, pues iba delante de mí por la senda resbaladiza—. No sé hasta qué punto es fiable, pues aún no la he probado con nadie. Nayawenne la vieja tuscarora que me regaló el saco de medicinas, me dijo que había hierbas de mujeres. Mezclas diferentes para cosas diferentes, pero una planta especial para eso; dijo que su semilla impedía al espíritu del hombre imponerse al de la mujer.

Bree hizo una pausa y se volvió a medias al acercarme yo.

—¿Así ven los indios el embarazo? ¿El hombre gana?

—Bueno, en cierto modo —dije riendo—. Si el espíritu de la mujer es demasiado fuerte para el hombre o no cede ante él, ella no podrá concebir. Por eso, cuando una mujer quiere tener un hijo y no puede, con mucha frecuencia el chamán no la trata sólo a ella, sino a su esposo o a los dos.

Ella lanzó una exclamación gutural, en parte sólo por diversión.

—¿Cuál es la planta, la hierba de las mujeres? —preguntó—. ¿La

conoces?

—No tengo la certeza —admití—. Es decir, no estoy segura de su nombre. Ella me mostró tanto la planta en crecimiento como las semillas secas, y estoy segura de que podría reconocerla, pero no era una planta que yo conozca por un nombre inglés. —Y añadí, por ayudar—: Eso sí: era de la familia de las umbelíferas.

Bree me dirigió una mirada adusta, que la asemejó nuevamente a Jamie. Luego se apartó para dejar pasar a unas cuantas de las Campbell. Al pasar rumbo al arroyo nos saludaron una a una, con una reverencia o una cortés inclinación de cabeza.

—Buenos días tenga usted, señora Fraser —dijo una pulcra joven; era una de las hijas menores de Farquard Campbell—. ¿Está su marido por aquí? Dice mi padre que le gustaría hablar con él.

—No me temo que se ha ido. —Hice un gesto vago; Jamie podía estar en cualquier parte—. Pero si lo veo se lo diré.

Ella hizo un gesto afirmativo y continuó la marcha; las mujeres que la seguían se detuvieron a felicitar a Brianna por su boda. Ella aceptaba sus buenos deseos con gentil cortesía, pero detecté que algo la preocupaba.

—¿Qué te pasa? —dije sin rodeos, en cuanto las Campbell ya no pudieron oírnos.

—¿Qué me pasa, de qué? —preguntó ella, sobresaltada.

—¿Qué es lo que te preocupa? Y no me digas que nada, porque veo que sí. ¿Tiene algo que ver con Roger? ¿Tienes dudas sobre la boda?

—No exactamente —respondió, con aire precavido—. Quiero casarme con Roger. Es decir, respecto a eso no hay ningún problema. Es que... es que se me ha ocurrido algo.

Dejó morir la voz y un lento rubor subió a sus mejillas.

—¿Sí? —pregunté, bastante alarmada—. ¿Qué es?

—Imagina que yo tenga una enfermedad venérea —barboté—. No porque me la haya contagiado Roger, él no, pero... ¿Stephen Bonnet?

—¡Oh! —murmuré. Alargué una mano para estrecharle el brazo—. No te preocupes, cariño. No tienes nada.

Ella aspiró hondo y dejó escapar el aire; sus hombros perdieron parte de la tensión.

—¿Estás segura? —insistió—. ¿Puedes afirmarlo? Me encuentro bien, pero se me ocurrió... Las mujeres no siempre tienen síntomas.

—Es cierto —confirmé—, pero los hombres sí. Si Roger hubiera contraído algo feo, contagiado por ti, yo me habría enterado hace mucho tiempo.

Su cara había palidecido un poco, pero ante eso volvió el rubor. Tosió, lanzando vaho con el aliento.

—¡Qué alivio! ¿Así que Jemmy está bien? ¿Estás segura?

—Por completo —la tranquilicé. Al nacer le había puesto en los ojos gotas de nitrato de plata que había conseguido obtener con grandes gastos y mucha dificultad, sólo por si acaso. Pero estaba segura. Aparte de no presentar ningún síntoma específico de enfermedad, Jemmy reflejaba un aire de salud que hacía increíble cualquier idea de infección.

—¿Es por eso por lo que te has interesado por los anticonceptivos? —pregunté, saludando con la mano hacia el campamento de los MacRaes—. Te preocupa tener más hijos, por si...

—¡Oh, no! Es decir... No había pensado en las enfermedades venéreas hasta que mencionaste la sífilis; sólo entonces se me ocurrió la horrible idea... de que él pudiera... —Se interrumpió para carraspear—. Eh... no, sólo quería saber.

Brianna estaba muy sana; si bien carecíamos de cosas importantes, como antibióticos e instalaciones médicas sofisticadas, yo le había recomendado no subestimar el poder de la simple higiene y la buena alimentación.

No, pensé, observando la potente curva de su espalda, mientras levantaba el pesado equipo por encima de una raíz enmarañada en el sendero. No era eso. Aunque tuviera motivos para preocuparse, básicamente no era una persona temerosa.

¿Roger? Tal y como estaban las cosas, cualquiera pensaría que lo mejor era concebir cuanto antes otro niño, que fuera definitivamente hijo de él. Eso ayudaría a cimentar el nuevo matrimonio. Por otra parte, ¿qué sucedería en ese caso? Roger estaría más feliz, pero Jemmy...

Al aceptar al niño como hijo propio, Roger había hecho un juramento de sangre. Pero la naturaleza humana es como es; si bien yo estaba segura de que él jamás lo descuidaría o abandonaría, era muy posible que sus

sentimientos cambiaran cuando tuviera un vástago que fuera hijo suyo sin lugar a dudas. ¿Se arriesgaría Bree a eso?

Pensándolo bien, me pareció que ella actuaba con prudencia al esperar. Daba tiempo a Roger para que estableciera un vínculo estrecho con Jemmy, antes de complicar la situación familiar con otro niño. Era muy sensato, sí... y Brianna era una persona eminentemente sensata.

Sólo cuando llegamos finalmente al claro donde atendía las consultas por la mañana, se me ocurrió otra posibilidad.

—¿Podemos ayudar, señora Fraser?

Dos de los niños Chisholm, los menores de los varones, se apresuraron a liberarnos de nuestra pesada carga y, sin que nadie les dijera nada, comenzaron de inmediato a ayudar. No tenían más de ocho y diez años; mientras los veía trabajar, comprendí que en esa época un muchacho de doce o catorce años podía ser un hombre adulto.

Brianna también lo sabía. Yo estaba segura de que jamás abandonaría a Jemmy mientras él la necesitara. Pero ¿y más adelante? ¿Qué pasaría cuando él abandonara a su madre?

Abrí mi cofre y empecé a preparar todo lo necesario para el trabajo de la mañana.

Brianna tenía veintitrés años. Jemmy podía llegar a la independencia total cuando ella tuviera alrededor de treinta y cinco. Y si ya no necesitaba de sus cuidados..., ella y Roger podrían retornar. Volver a su propia época, a un tiempo seguro, reanudar la vida que les correspondía por derecho.

Pero sólo si no tenía otros hijos que, por indefensos, la retuvieran aquí.

—Buenos días tenga usted, señora.

Un hombre bajo y ya maduro, de pie ante mí, era el primer paciente de la mañana. Aunque en la cara se le erizaba la barba de una semana, estaba notablemente pálido, con aspecto viscoso, tan irritados los ojos por el humo y el *whisky* que su mal era visible de inmediato. La resaca era endémica entre los pacientes de la mañana.

—Tengo un pequeño retortijón en las tripas, señora —dijo, tragando saliva con aire desdichado—. ¿Tendría usted por casualidad algo que me lo calme?

—Tengo lo más adecuado —le aseguré, echando mano de una taza—.

Huevo crudo y un poco de ipecacuana. Después de un buen vómito se sentirá como nuevo.

El consultorio funcionaba en el margen del gran claro, al pie de la colina, donde por las noches ardía la gran hoguera de la congregación.

Una vez atendido el caballero de la resaca, se produjo una breve pausa. Entonces pude concentrar mi atención en Murray MacLeod, que se había instalado a poca distancia.

Noté que Murray había comenzado temprano: junto a sus pies, la tierra estaba oscura; las cenizas esparcidas, empapadas y viscosas de sangre. Estaba atendiendo a uno de los primeros pacientes, un fornido caballero, cuya nariz roja y esponjosa, así como la papada floja, eran testimonio de toda una vida de excesos alcohólicos. Pese a la lluvia y el frío, tenía al hombre en camisa, con la manga recogida y el torniquete en su sitio; sobre las rodillas del paciente, el cuenco de la sangría.

Yo estaba a tres metros largos del taburete donde Murray practicaba su oficio; aun así, y a pesar de lo tenue que era la luz matinal, noté que el paciente tenía los ojos amarillos como la mostaza.

—Dolencia hepática —le dije a Brianna, sin molestarme en bajar la voz—. La ictericia se ve desde aquí, ¿verdad?

—Humores biliosos —anunció MacLeod en voz bien alta, mientras abría su navaja de sangrar—. Un exceso de humores. Claro como el agua.

Murray, menudo, moreno y pulcro en el vestir, no tenía una presencia muy impresionante, pero era enérgico en sus opiniones, sí.

—Cirrosis causada por la bebida, diría yo —continué.

—Un impacto de la bilis, debido al desequilibrio de la flema. —Murray me fulminó con la mirada. Obviamente pensaba que yo tenía intención de robarle, si no el paciente, sí el efecto.

Sin prestarle atención, me incliné para examinar al hombre, que pareció alarmado por mi escrutinio.

—Usted tiene un bulto duro justo debajo de las costillas, a la derecha, ¿verdad? —señalé amablemente—. Su orina es oscura y sus heces, negras y sanguinolentas. ¿Me equivoco?

El hombre negó con la cabeza, boquiabierto. Comenzábamos a llamar la

atención.

—Ma-dreeee. —Brianna estaba de pie detrás de mí. Mientras saludaba a Murray con la cabeza, se inclinó para decirme al oído—: ¿Qué puedes hacer contra la cirrosis, mamá? ¡Nada!

Me interrumpí, mordiéndome los labios. Ella tenía razón: llevada por el impulso de exhibirme haciendo un diagnóstico (y de impedir que Murray utilizará con él su navaja oxidada), había pasado por alto el detalle de que no podía ofrecer ningún tratamiento alternativo.

El paciente pasaba la mirada de uno a otra, obviamente intranquilo. Hice un esfuerzo por sonreírle e incliné la cabeza ante Murray.

—El señor MacLeod lo ha dicho bien —dije, forzando las palabras entre los dientes—. Dolencia hepática, sin duda, causada por un exceso de humores.

La cara de Murray, hasta entonces tensa de suspicacia, quedó cómicamente estupefacta ante mi capitulación. Brianna se me adelantó un paso para aprovechar el momento.

—Hay un hechizo —dijo, sonriéndole encantadoramente—. Es para... eh... afilar el cuchillo y facilitar el flujo de los humores. Permítame demostrárselo.

Antes de que él pudiera apretar los dedos, Bree le arrebató la navaja de la mano y giró hacia nuestra pequeña fogata, donde un caldero lleno de agua humeaba desde su trípode.

—En el nombre de Miguel, que blande las espadas, el defensor de las almas, —entonó.

Ella elevó la navaja en una señal de la cruz grande y lenta, mirando de un lado a otro para asegurarse de contar con la atención de los presentes. Así era: estaban fascinados. Más alta que la mayoría de los curiosos, con los ojos azules entornados en concentración, se parecía mucho a Jamie en alguna de sus actuaciones más valerosas. Sólo cabía esperar que fuera tan hábil como él.

—Bendice este filo por la curación de tu sirviente —dijo Bree, alzando los ojos al cielo, mientras sostenía la navaja sobre el fuego, como los sacerdotes que ofrecen la Eucaristía. Algunas burbujas atravesaban el agua, pero aún no había llegado a la ebullición.

—Bendice este filo que ha de extraer sangre, que ha de verter sangre, que ha de... eh... quitar el veneno del cuerpo de tu humildísimo peticionante. Bendice el filo... bendice el filo... bendice el filo en la mano de tu humilde servidor. Gracias sean dadas a Dios por el brillo del metal.

«Gracias sean dadas a Dios por el carácter repetitivo de las oraciones gaélicas», pensé cínicamente.

Y, ¡gracias a Dios!, el agua estaba hirviendo. Ella bajó la hoja breve y curva hasta la superficie, clavando en la muchedumbre una mirada cargada de intención, y declamó:

—¡Que la pureza de las aguas que brotaron del costado de Nuestro Señor Jesucristo impere sobre este filo!

Hundió el metal en el agua y allí lo sostuvo hasta que el vapor, al elevarse sobre el marco de madera, le enrojeció los dedos. Entonces levantó la navaja y la pasó apresuradamente a la otra mano, elevándola en el aire mientras agitaba subrepticamente la mano escaldada a su espalda.

—Que la bendición de san Miguel, el que defiende contra los demonios, impere sobre este filo y la mano de quien lo blanda, para la salud del cuerpo, para la salud del alma. ¡Amén!

Y dio un paso adelante para ofrecer ceremoniosamente el instrumento a Murray, con el mango hacia delante. MacLeod, que no era nada tonto, me echó una mirada en la que una aguda sospecha se mezclaba con la renuente apreciación de la pericia teatral de mi hija.

—No toque la hoja —recomendé, con una sonrisa—. Rompería el hechizo. ¡Ah!, y debe repetir el encantamiento cada vez que la use. Tenga presente que debe hacerse con agua hirviendo.

—Hummmm —refunfuñó él.

Pero cogió la navaja por el mango, cuidadosamente. Después de saludar a Brianna con un breve movimiento de cabeza, se volvió hacia su paciente. Y yo, hacia la mía: una jovencita con urticaria. Brianna me siguió, muy satisfecha de sí misma. Detrás de mí se oyó el suave gruñido del enfermo y el resonante repiqueteo de la sangre que caía en el cuenco metálico.

Me sentía bastante culpable por el paciente de MacLeod, pero Brianna tenía toda la razón: yo no podía hacer absolutamente nada por él, dadas las circunstancias. Un cuidadoso tratamiento a largo plazo, acompañado de

excelente alimentación y total abstinencia de alcohol, podía prolongarle la vida. Las dos primeras posibilidades eran muy remotas; la tercera no existía.

Mientras lo salvaba de una posible infección generalizada, Brianna había aprovechado la oportunidad de proporcionar la misma protección a los futuros pacientes de MacLeod. Pero no pude menos que sentir una insistente culpa por no haber hecho algo más. Aun así, todavía se aplicaba el primer principio médico que había aprendido en mis tiempos de enfermera, en los campos de batalla de Francia: trata al paciente que tienes ante ti.

—Aplicate este unguento —dije severamente a la jovencita de la urticaria—. ¡Y no te rasques!

4

Regalos de boda

El cielo no se había despejado, pero por el momento, la lluvia había cesado. Sin embargo, aún había desasosiego en el aire; las nubes de humo se levantaban como fantasmas entre los árboles.

Una de esas columnas cruzó el sendero delante de Roger, quien, concentrado como estaba en su lista mental de recados que cumplir ese día, giró para evitarla.

Primero iría a la carreta de los hojalateros, a comprar alguna pequeñez como regalos de bodas para Brianna. ¿Qué le gustaría? ¿Una joya, una cinta? Tenía muy poco dinero, pero necesitaba celebrar la ocasión con algún presente.

Le habría gustado ponerle un anillo suyo en el dedo, cuando pronunciaran sus votos matrimoniales, pero ella insistía en que el rubí cabujón de su abuelo serviría perfectamente; le quedaba bien y no haría falta gastar dinero en otra sortija. Bree era pragmática, a veces hasta el fastidio, en contraste con la veta romántica de Roger.

Tendría que ser algo práctico, pero ornamental. ¿Una bacinilla pintada, por ejemplo? La ocurrencia le hizo sonreír, pero la idea de lo práctico persistía, teñida con cierta duda.

Recordaba vívidamente a la señora Abercrombie, quien una noche, en medio de la cena, había llegado a la casa parroquial en estado de histeria,

diciendo que había matado a su esposo y preguntando qué debía hacer. El reverendo Wakefield, dejando la señora al cuidado de su ama de llaves, se dirigió a la residencia de los Abercrombie, en compañía de Roger, que por entonces era aún adolescente.

Encontraron al esposo de la mujer en el suelo de la cocina; afortunadamente, aún estaba con vida, aunque mareado y sangrando profusamente de una pequeña herida en el cuero cabelludo, consecuencia de un golpe dado con la plancha eléctrica de vapor que le había regalado a su esposa, en ocasión del vigésimo tercer aniversario de bodas.

—¡Pero ella me dijo que la plancha vieja chamuscaba las servilletas! — repetía el señor Abercrombie, a quejosos intervalos, mientras el reverendo le cubría hábilmente la herida con esparadrapo y Roger limpiaba la cocina.

Fue el vívido recuerdo de aquellas manchas sangrientas en el linóleo gastado lo que acabó por decidirlo. Por pragmática que Bree fuera, se trataba de su boda. Para bien o para mal, hasta que la muerte nos separe. Buscaría algo romántico, lo más romántico que se pudiera conseguir por un chelín y tres peniques.

Entre las agujas de las píceas cercanas distinguió un destello rojo. Se detuvo inclinándose para espiar por un hueco entre las ramas.

—¿Duncan? —dijo—. ¿Eres tú?

Duncan Innes salió de detrás de los árboles, asintiendo con aire tímido. Aún llevaba el tartán escarlata de los Cameron, pero se había quitado la espléndida chaqueta para envolverse los hombros con el extremo de su manta en el cómodo estilo antiguo de las Tierras Altas.

—¿Podemos hablar un rato, *a smeòraich*? —preguntó.

—Por supuesto. Voy a la carreta de los hojalateros; acompáñame.

Roger volvió a la senda, donde el humo ya había desaparecido, y ambos marcharon a través de la montaña, uno al lado del otro, como buenos compañeros. El joven no decía nada, esperando cortésmente a que Duncan eligiera su modo de iniciar la conversación. Si tenía algo que decir, lo diría a su debido tiempo. Al fin, Duncan tomó aliento y comenzó:

—*Mac Dubh* me dijo que tu papá era pastor presbiteriano. ¿Es cierto eso?

—Sí —confirmó Roger, bastante sorprendido por el tema—. Es decir... cuando mataron a mi verdadero padre, fui adoptado por un tío de mi madre,

él era pastor.

Mientras hablaba, Roger se preguntó por qué tenía la necesidad de dar explicaciones, si durante casi toda su vida había llamado «padre» al reverendo. A Duncan le daba igual, sin duda.

Su compañero chasqueó la lengua en señal de simpatía.

—Pero, entonces, eres presbiteriano, ¿verdad? Oí a *Mac Dubh* hablar de eso.

Pese a sus buenos modales de siempre, bajo el mostacho desigual de Duncan asomó una breve sonrisa.

—Sí, ya me imagino —replicó Roger, seco. Lo raro habría sido que alguien, en toda la congregación, no hubiera oído a *Mac Dubh* hablar del asunto.

—Bueno, el caso es que yo también soy presbiteriano —reconoció Duncan.

El joven lo miró atónito.

—¿Tú? ¡Pero si yo pensaba que eras católico!

Su compañero encogió el hombro del brazo amputado, con un leve ruido de azoramiento.

—No. Mi bisabuelo materno era presbiteriano y muy sólido en sus creencias, ¿comprendes? —Duncan sonrió con cierta timidez—. Cuando me llegaron a mí estaban bastante diluidas. Mamá era religiosa, pero a papá no le gustaba mucho la iglesia, y a mí tampoco. Y cuando conocí a *Mac Dubh*... bueno, él no iba a pedirme que lo acompañara a misa los domingos, ¿verdad?

Roger asintió, con un breve gruñido de comprensión. Duncan y Jamie se habían conocido en la prisión de Ardsmuir, después del levantamiento. Si bien la mayoría de los soldados jacobitas eran católicos, también había entre ellos protestantes de diferentes variedades... que probablemente guardaban silencio sobre su credo al convivir estrechamente con una mayoría de católicos. También era verdad que, al dedicarse posteriormente al contrabando, Jamie y Duncan habían tenido pocas oportunidades para discutir de religión.

—Sí, comprendo. Y tu boda con la señora Cameron, esta noche...

El otro asintió con la cabeza, mascando reflexivamente una punta del bigote.

—Eso es. ¿Crees que tengo la obligación de decir algo?

—¿La señora Cameron no lo sabe? ¿Jamie tampoco?

Duncan sacudió calladamente la cabeza, fijos los ojos en el barro pisoteado del camino. Desde luego, la opinión que más importaba era la de Jamie, antes que la de Yocasta Cameron. Evidentemente, Duncan no había creído que las diferencias religiosas tuvieran importancia; en cuanto a Yocasta, Roger nunca había oído decir que fuera devota en absoluto. Pero la reacción de Jamie ante el presbiterianismo de su futuro yerno había alarmado al pobre hombre.

—*Mac Dubh* dijo que fuiste a hablar con el cura. —Duncan lo miró de soslayo y carraspeó, enrojecido—. ¿Te... te obligó a un bautismo romano?

—Eh... no —respondió. Otro abanico de humo se abatió súbitamente sobre ellos, haciéndolo toser—. No —repitió, enjugándose los ojos lagrimeantes—. Pero no bautizan a los que ya han recibido los óleos. ¿Tú estás bautizado?

—¡Oh!, sí —exclamó Duncan, como si eso lo reanimara—. Sí, cuando era... es decir... —Una vaga idea cruzó por su mente, pero fue descartada con un nuevo encogimiento de hombros—. Sí.

—Bien. Déjame pensar un poco, ¿quieres?

La carreta de los hojalateros estaba ya a la vista, acurrucada como un buey, con lonas y mantas protegiendo la mercancía de la lluvia. Pero Duncan se detuvo; obviamente quería resolver ese asunto antes de pasar a otra cosa. Se frotó el dorso del cuello, pensativo.

—No —dijo por fin—, creo que no necesitas decir nada. No habrá misa; sólo el oficio matrimonial, que es más o menos el mismo. Aceptas a esta mujer, aceptas a este hombre, en la pobreza y en la riqueza, etcétera.

Duncan asintió con la cabeza, muy atento.

—Eso puedo decirlo, sí —dijo—. Aunque me cueste un poco, eso de en la riqueza y en la pobreza. Tú sabes de qué hablo.

Lo dijo sin ninguna ironía, como si enunciara un hecho obvio; la reacción de Roger ante el comentario lo cogió obviamente por sorpresa.

—No lo dije con mala intención —se apresuró a aclarar—. Es decir... me refería a que...

El joven agitó una mano, tratando de descartar el tema.

—No tiene importancia. La verdad no ofende, como dicen, ¿no?

Y era la verdad, ambos estaban en la misma situación: un hombre sin propiedades ni dinero que se casaba con una mujer rica o con grandes posibilidades de serlo.

Nunca se le había ocurrido pensar que Fraser fuera rico, tal vez por su talante modesto, tal vez simplemente porque aún no lo era. Pero lo cierto es que poseía diez mil acres de tierra. Si bien una buena parte era aún territorio yermo, no tenía por qué continuar así. Ya había arrendatarios en esa propiedad, y pronto habría más. Y cuando esos arriendos comenzaran a rendir dinero, cuando hubiera molineras en los arroyos, asentamientos, tiendas y tabernas, cuando el puñado de vacas, cerdos y caballos se hubiera multiplicado hasta formar grandes rebaños de buen ganado bajo la atenta vigilancia de Jamie... entonces Fraser sería muy rico. Y Brianna era su única hija biológica.

Y allí estaba también Yocasta Cameron, ya visiblemente rica, que había manifestado de nombrar heredera a Brianna. La muchacha se había negado terminantemente a aceptar la idea, pero Yocasta era tan terca como su sobrina y tenía más años de práctica. Además poco importaba lo que Brianna hiciera o dijera: la gente supondría...

El humo le había dejado en el fondo de la boca un amargo sabor a ceniza. Después de tragárselo, le dedicó a Duncan una sonrisa torcida.

—Sí —dijo—. Bueno para bien o para mal. Supongo que ellas nos habrán encontrado algo bueno, ¿verdad?

Duncan sonrió con cierta melancolía.

—Algo bueno, sí. Oye, ¿de veras crees que no habrá problemas con lo de la religión? No me gustaría que la señorita Yo o *Mac Dubh* pensaran mal de mí por no haber dicho nada. Es que no quería armar un revuelo sin necesidad.

—No, claro que no —contestó Roger. Luego aspiró hondo, apartándose el pelo mojado de la cara—. Creo que no habrá ningún problema. Cuando hablé con el... con el sacerdote, la única condición que me impuso fue que debía permitir que nuestros hijos recibieran el bautismo católico. Pero como tú y la señora Cameron no tenéis que pensar en eso...

Dejó la frase delicadamente inconclusa, pero su compañero pareció aliviado.

—¡Oh, no! —dijo, con una risa algo nerviosa—. No creo que eso deba preocuparme.

—Pues bien... —Roger se obligó a sonreír y le dio una palmada en la espalda—. Que tengas suerte.

—También tú, *a Smeòraich*.

El joven esperaba que Duncan siguiera su camino, puesto que su pregunta estaba contestada. Sin embargo, el hombre siguió caminando lentamente a su lado, junto a la fila de carretas, estudiando las mercancías exhibidas con una leve arruga en la frente.

Su gran estatura permitía a Roger mirar por encima de las cabezas de la mayoría; así avanzaba a paso lento, echando una ojeada aquí y allá, tratando de imaginar cómo reaccionaría Brianna ante eso.

Era hermosa, pero no daba importancia a su belleza. En realidad, él apenas había podido disuadirla de cortarse la mayor parte de su gloriosa melena roja; le molestaba que se le manchara continuamente y que Jemmy tirara de ella. Quizá una cinta fuera un regalo práctico. O una peineta decorada. No, mucho mejor un par de esposas para el pequeño.

Pero se detuvo junto a un puesto de telas, agachándose para mirar debajo de la lona. Duncan, con la manta levantada hasta las orejas para protegerse contra los golpes de viento, se acercó para ver qué estaba mirando.

—¿Buscan algo en especial, señores? —La vendedora se inclinó hacia ellos sobre su mercancía, apoyando el pecho en los brazos cruzados, y dividió entre ambos una sonrisa profesional.

—Sí —dijo Duncan, inesperadamente—. Un metro de terciopelo. ¿Tiene usted algo así? Que sea de buena calidad; el color no importa.

La mujer arqueó las cejas (aun con su ropa de domingo, Duncan no tenía facha de petimetre), pero no hizo comentarios mientras rebuscaba entre sus mermadas existencias.

—¿Sabes si a la señora Claire le queda algo de lavanda? —preguntó él, volviéndose hacia Roger.

—Sí tiene, sí —confirmó Roger, desconcertado.

—Es una idea que he tenido —explicó—. La señorita Yo sufre de migrañas y no duerme muy bien. Mi madre tenía una almohada rellena de lavanda y aseguraba que se quedaba dormida como un bebé en cuanto

apoyaba la cabeza en ella. Y se me ocurrió que un trozo de terciopelo, para que lo apoye en la mejilla, ¿comprendes?... y si la señora Lizzie me la cosiera...

«En la salud y en la enfermedad...».

Roger hizo un gesto aprobatorio. Se sentía conmovido y algo avergonzado ante tanta consideración. Había tenido la impresión de que la boda de Duncan y Yocasta era, principalmente, cuestión de conveniencia y buenos negocios. Tal vez lo era, sí, pero la falta de una loca pasión no impedía la ternura ni el gesto considerado, ¿no es verdad?

Realizada su compra, Duncan se alejó con el terciopelo bien protegido bajo su manta, mientras Roger recorría lentamente el resto de los puestos. Seleccionaba, sopesaba y descartaba mentalmente, estrujándose el cerebro por decidir cuál de esa miríada de objetos podía complacer a su novia. ¿Pendientes? No, el niño tiraría de ellos. Lo mismo con un collar... o una cinta para el pelo, bien pensadas las cosas.

Su mente seguía rondando las joyas. Por lo general, ella las usaba muy poco, pero durante toda la congregación había lucido el anillo de rubí de su padre, el que Roger le había dado en el momento de aceptarse para siempre. Jem lo babeaba de vez en cuando, pero eso no le haría daño.

Súbitamente se detuvo, dejando que la muchedumbre fluyera a su alrededor. Mentalmente, veía el oro, el rosado intenso del rubí cabujón vívido en su dedo largo y pálido. El anillo de su padre. Por supuesto, ¿cómo no se había percatado antes?

Aunque Roger hubiera recibido esa joya de Jamie, no era su dueño y no podía darla a su vez. Y de pronto deseaba con desesperación darle a Brianna algo que fuera realmente suyo.

A paso decidido, regresó a una carreta cuyas mercancías de metal centelleaban aun bajo la lluvia. Había observado que el dedo anular de Brianna tenía el grosor de su meñique.

—Éste —decidió, levantando una sortija barata. Estaba hecha de hilos trenzados de cobre y bronce; seguramente le pondría el dedo verde en pocos minutos. «Mucho mejor», pensó mientras pagaba. Aunque no lo usara constantemente, llevaría la marca que la identificaría como suya.

«Por este motivo abandonará la mujer la casa de su padre, se unirá a su

esposo y los dos serán una misma carne».

5

Disturbios

A pesar de la llovizna, una considerable multitud de pacientes esperaba su turno en la consulta. Despedía a una joven afectada por un bocio incipiente, aconsejándole procurarse una cantidad de pescado seco (al vivir tan alejados del mar no tendría la seguridad de conseguirlo siempre fresco) y comer todos los días un poco, por su alto contenido en yodo.

—¡El siguiente! —llamé, apartándome el pelo mojado de los ojos.

La muchedumbre se abrió como el Mar Rojo, dejando ver a un anciano menudo, tan flaco que parecía un esqueleto ambulante, vestido con harapos; traía en los brazos un lío de pieles. Cuando lo tuve cerca, descubrí a qué se debía la deferencia de la gente: hedía a mapache muerto.

—Mi perro está herido —anunció el hombre. Después de depositar al animal en mi mesa, apartando bruscamente los instrumentos, señaló un desgarró en el flanco del animal—. Usted lo atenderá.

No había dado a su frase un tono de solicitud, pero a fin de cuentas mi paciente era el perro, que parecía bastante más cortés. De tamaño mediano, tenía las patas cortas, el pelaje hirsuto y unas orejas desflecadas. Jadeaba plácidamente, sin hacer intento alguno de escapar.

—¿Qué le ha sucedido? —pregunté, mientras ponía fuera de peligro la vasija tambaleante.

—Se ha peleado con una mapache.

—Hum —musité, observando al animal con gesto dubitativo. Teniendo en cuenta su improbable ascendencia y su evidente cordialidad, cualquier aproximación a un mapache hembra se habría debido antes a la lujuria que a la ferocidad. Como para confirmar esa impresión, el animal proyectó hacia mí unos cuantos centímetros de su rosado miembro reproductor.

—Le gustas, mamá —comentó Bree, muy seria.

—¡Qué honor! —murmuré, rogando que a su propietario no se le ocurriera hacer alguna demostración similar.

—Tijeras —pedí, ya resignada, extendiendo la palma.

Después de recortar el pelaje apelmazado en torno a la herida, tuve el placer de comprobar que no había mucha tumefacción, ni otras señales de que estuviera infectada. El tajo había coagulado bien; por lo visto había pasado algún tiempo. Me pregunté si el perro había encontrado su castigo en la montaña. El anciano no me resultaba conocido, ni hablaba con entonación escocesa. Parecía dudoso que hubiera participado en la congregación.

—Eh... ¿quiere usted sujetarle la cabeza, por favor? —le pedí.

El dueño, sumido en sus tristes cavilaciones, no hizo ademán alguno de colaborar.

—Veamos, *a bhalaich*, vamos a ver. —Dijo una voz tranquilizadora a mi lado.

Al volverme, sorprendida, vi que el perro olfateaba con interés los nudillos de Murray MacLeod. Ante mi cara de asombro él se encogió de hombros con una sonrisa; luego se inclinó hacia la mesa, aferrando al estupefacto animal por la piel del cuello y el hocico.

—Le aconsejaría que actuara deprisa, señora Fraser —dijo.

Sujetando con firmeza la pata más próxima, comencé. El animal reaccionó retorciéndose con vigor en un intento de escapar. Por fin logró liberarse de Murray; de inmediato saltó fuera de la mesa, lanzándose hacia el espacio abierto, con las suturas a rastras. Me arrojé sobre él y ambos rodamos entre las hojas y el barro, dispersando a los curiosos, hasta que una o dos almas audaces acudieron en mi auxilio e inmovilizaron al chucho contra el suelo, para que yo pudiera terminar mi trabajo.

Até el último nudo, corté la hebra encerada con la navaja de Murray (aunque pisoteada en el forcejeo, por suerte no se había roto) y finalmente

retiré la rodilla con que sujetaba el flanco del sabueso, jadeando casi tanto como él.

Los espectadores aplaudieron y yo hice una reverencia, algo aturdida. Murray se inclinó para levantar al perro y lo puso de nuevo sobre la mesa, junto a su propietario.

—Su perro, señor —le dijo, con un jadeo sibilante.

El anciano apoyó una mano en la cabeza del animal y nos miró con el entrecejo fruncido, como si no supiera cómo interpretar ese nuevo enfoque de cirugía en equipo.

Luego echó un vistazo a los soldados, por encima de su hombro, y finalmente volvió hacia mí.

—¿Quiénes son? —preguntó en tono de profundo desconcierto.

Sin esperar respuesta, se alejó encogiendo los hombros. El perro bajó de un brinco y, con la lengua colgando, marchó junto a su dueño en busca de nuevas aventuras.

Aspiré profundamente, sacudí el barro de mi delantal y, después de darle las gracias a Murray con una sonrisa, fui a lavarme las manos antes de atender al próximo paciente.

—¡Ja! —exclamó Brianna por lo bajo—. ¡Aquí lo tienes!

Y levantó apenas la barbilla, señalando algo a mi espalda. Me giré para mirar.

El siguiente paciente era un caballero. Un caballero de verdad, a juzgar por su ropa y su porte, ambos bastante por encima de lo habitual. Yo lo había visto rondar por el extremo del claro, observando alternativamente mi centro de operaciones y el de Murray, como si se preguntara a cuál de los médicos brindar el privilegio de atenderlo. Por lo visto, el incidente del perro había inclinado la balanza en mi favor.

Eché un vistazo a Murray, que estaba visiblemente disgustado. Los caballeros solían pagar en efectivo. Me encogí un poco de hombros, como pidiéndole disculpas. Luego, con una simpática sonrisa profesional, indiqué al nuevo paciente que tomara asiento en mi taburete.

—Tome usted asiento, señor, y dígame dónde le duele.

El caballero era un tal señor Goodwin, de Hillsborough; su principal dolencia, una molestia en el brazo. Pero noté que ése no era su único

problema; una herida recientemente cicatrizada serpenteaba por el costado de su cara, estirando la comisura del ojo hacia abajo en un bizqueo feroz.

Palpé cuidadosamente el brazo y el hombro, pidiéndole que lo levantara y lo moviera un poco, mientras le hacía breves preguntas. El problema era bastante obvio: se había dislocado el codo; aunque afortunadamente la lesión se había reducido por sí sola, parecía tener un tendón desgarrado, que ahora estaba atrapado entre el olécranon y la cabeza de la ulna; de ese modo, cualquier movimiento del brazo empeoraba la lesión.

Eso no era todo; palpando cautelosamente hacia abajo, no menos de tres fracturas simples en el antebrazo, ya a medio soldar. No todo el daño era interno: observé los restos descoloridos de dos grandes moretones en el antebrazo, encima de las fracturas; cada uno de ellos era una mancha irregular, de tono amarillo verdoso; en el centro, el negro rojizo de la hemorragia profunda. «Si éstas no son lesiones recibidas en defensa propia —me dije—, yo soy china».

—Bree, búscame unas tablillas adecuadas, ¿quieres? —pedí.

Brianna asintió sin decir nada y desapareció, mientras yo untaba las contusiones más leves del señor Goodwin con un ungüento de cayeput.

—¿Cómo se ha lesionado, señor Goodwin? —pregunté en tono indiferente, mientras escogía una venda de lino—. Parece haber librado un verdadero combate. Espero al menos que su contrincante haya quedado aún peor.

El señor Goodwin sonrió débilmente ante mi ocurrencia.

—Pues sí, fue todo un combate —dijo—, aunque no me incumbía. Más bien ha sido cuestión de mala suerte: se podría decir que me encontraba en mal lugar en el peor momento. Aun así...

Cerró por acto reflejo el ojo estirado al tocar yo la cicatriz. Se la habían saturado sin habilidad, pero estaba bien cerrada.

—¿De veras? —comenté—. ¿Qué sucedió?

Aunque dejó escapar un gruñido, no parecía molesto por la necesidad de contármelo.

—Sin duda usted ha escuchado al oficial, señora, el que leyó las palabras del gobernador con respecto a la atroz conducta de los alborotadores.

—Dudo que las palabras del gobernador hayan escapado a la atención de

alguien —murmuré, tirando suavemente la piel con la punta de los dedos—. Conque usted estuvo en Hillsborough. ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Ya lo creo. —Suspiró, pero se relajó un poco, viendo que mis manos hurtaban sin hacer daño—. En realidad vivo en Hillsborough. Y si me hubiera quedado tranquilamente en casa, como me rogaba mi buena esposa... —Sonrió a medias, con tristeza—. Sin duda habría podido escapar.

—Como dice el refrán inglés, la curiosidad mató al gato. —Su sonrisa me había hecho descubrir algo; presioné suavemente con el pulgar en una zona amoratada de la mejilla—. Alguien le ha golpeado aquí con cierta fuerza. ¿Tiene dientes rotos?

Pareció algo sorprendido.

—Sí, señora. Pero no es algo que usted pueda reparar.

Se levantó el labio superior, descubriendo un hueco donde faltaban dos piezas dentales. Un premolar había sido arrancado limpiamente, pero el otro estaba partido a la altura de la raíz.

Brianna, que llegaba en ese momento con las tablillas, emitió un leve sonido de asco. Los otros dientes del señor Goodwin, esencialmente enteros, tenían incrustaciones de sarro amarillo y las manchas pardas del tabaco mascado.

—¡Oh!, creo que puedo hacer algo —le aseguré, sin prestar atención a mi hija—. Duele al morder, ¿verdad? No puedo arreglarlo, pero sí extraer los restos del diente roto y tratar la encía para evitar infecciones. ¿Quién lo golpeó?

Apenas se encogió de hombros, observando con un interés algo aprensivo las tenazas relucientes y el escalpelo de hoja plana que yo preparaba.

—La verdad, señora, es que no lo sé bien. Yo sólo me aventuré a ir a la ciudad para visitar a los tribunales. Voy a entablar juicio contra alguien en Virginia —explicó—, y se me requiere que presente algunos documentos para respaldar mi posición. Pero no pude realizar el trámite, pues la calle, delante de los tribunales, estaba repleta de hombres, muchos de los cuales habían ido armados con garrotes, látigos y toscos instrumentos de ese tipo. Sabía que un amigo mío, el señor Fanning, estaba adentro, y empecé a preocuparme por él.

—Fanning... ¿Se refiere usted a Edmund Fanning?

Estaba escuchando sólo a medias, mientras buscaba la mejor manera de realizar la extracción, pero reconocí el nombre. Farquard Campbell lo había mencionado al narrar a Jamie los sangrientos detalles de los disturbios que siguieron la Ley del Sello, pocos años atrás. Fanning había sido nombrado jefe de correos de la colonia, lucrativo puesto que probablemente le costó bastante dinero. Y pagó un precio aún mayor cuando fue obligado a renunciar por la fuerza. Por lo visto, su impopularidad había aumentado en los cinco años transcurridos.

El señor Goodwin apretó los labios, hasta dibujar una línea de desaprobación.

—Sí, señora, de ese caballero se trata. Y pese a las cosas escandalosas que la gente divulga sobre él, conmigo y con los míos se ha comportado siempre como un buen amigo. Por eso, al oír que se expresaban sentimientos tan lamentables, esas amenazas contra su vida, decidí acudir en su auxilio.

El señor Goodwin no había tenido mucho éxito en su gallarda empresa.

—Traté de abrirme camino entre la multitud —dijo, con la vista fija en mi mano. Yo estaba acomodándole el brazo a lo largo de la tablilla y disponiendo debajo el vendaje de lino—. Pero no pude hacer gran cosa. Apenas había llegado al pie de la escalinata cuando desde dentro me llegó un fuerte grito. La muchedumbre retrocedió, arrastrándome consigo.

Sacaron a Edmund Fanning del edificio por la fuerza y lo arrastraron por las escaleras; su cabeza golpeaba cada uno de los peldaños.

—¡Y qué ruido! —exclamó, estremecido—. Se lo oía por encima del griterío.

—¡Cielo Santo! —murmuré—. Pero no lo mataron, ¿verdad? No he sabido que muriera nadie en Hillsborough. Afloje el brazo, por favor, y aspire hondo.

El señor Goodwin aspiró hondo, sí, pero sólo para lanzar un fuerte resoplido. Le siguió una exclamación mucho más grave: yo acababa de girar el brazo, liberando el tendón atrapado y alineando correctamente la articulación.

—Pues si no murió, no fue por misericordia de los desmandados —me dijo—. Fue sólo porque decidieron que sería más divertido arremeter contra el juez mayor. Entonces, dejaron a Fanning inconsciente allí tirado para

correr al interior del edificio. Otro amigo y yo nos apresuramos a levantar al pobre hombre. Cuando tratábamos de llevarlo a un refugio cercano, oímos gritos a nuestra espalda. De inmediato nos atacó la multitud. Fue así como me hicieron esto —se tocó el brazo recién entablillado— y esto.

Señaló la cicatriz junto al ojo y el diente destrozado. Luego me miró con las gruesas cejas contraídas.

—Créame, señora: espero que algunos de estos hombres decidan revelar los nombres de los alborotadores, a fin de que sean justamente castigados por actos tan bárbaros. Pero si encontrara aquí a quien me golpeó, no lo entregaría a la justicia del gobernador. ¡Por supuesto que no lo haría!

Mientras apretaba lentamente los puños, me clavó una mirada fulminante, como si sospechara que yo tenía al criminal escondido bajo la mesa. Brianna se removió, inquieta. Sin duda estaba pensando, como yo, en Hobson y Fowles. En cuanto a Abel MacLennan, sin importar lo que hubiera hecho en Hillsborough, me sentía inclinada a tomarlo por espectador inocente.

Después de murmurar algunas palabras de simpatía sin comprometerme, saqué la botella de *whisky* que utilizaba como desinfectante y tosca anestesia. Al verlo, el señor Goodwin pareció reanimarse notablemente.

—Sólo un poquito de esto para... eh... fortalecer el espíritu —sugerí, llenándole una copa. Así le desinfectaría también el horrible interior de la boca—. Reténgalo un momento antes de tragar; eso le entumecerá el diente.

Me volví hacia Brianna, mientras Goodwin sorbía obedientemente una buena cantidad de licor, con las mejillas infladas como las ranas a punto de cantar. Mi hija estaba un poco pálida, pero no supe si le había afectado el relato del paciente o la visión de su dentadura.

—Creo que no voy a necesitarte el resto de la mañana, querida —dije, dándole unas palmaditas—. ¿Por qué no vas a ver si Yocasta está lista para las bodas de la noche?

—¿Estás segura, mamá?

Aun mientras lo preguntaba, se desató el delantal manchado de sangre y lo redujo a un ovillo. Viendo que miraba hacia lo alto del sendero, seguí la dirección de su vista. Roger estaba acechando detrás de un arbusto, con los ojos fijos en ella. Noté que se le iluminaba el rostro al verla. Eso me despertó una cálida alegría. Eran una buena pareja, sí.

—Ahora, señor Goodwin, beba usted una gota más, para que podamos terminar con este pequeño asunto.

Volviéndome hacia mi paciente con una sonrisa, cogí las tenazas.

6

Por los viejos tiempos

Roger esperaba al borde del claro, observando a Brianna. De pie junto Claire, la muchacha trituraba hierbas, medía líquidos y hacía vendas. A pesar del frío, estaba arremangada; en el esfuerzo de desgarrar el recio lino, los músculos de sus brazos desnudos se henchían y flexionaban bajo la piel pecosa.

No sólo él lo observó. De las personas que esperaban para ser atendidas por los dos médicos, la mitad también estaba contemplando a Brianna; algunas (las mujeres, en su mayoría), con expresión vagamente intrigada; otras (hombres todos ellos) con encubierta admiración, teñida de especulaciones terrenales, que provocaron en Roger el impulso de salir al claro y hacer valer inmediatamente sus derechos sobre ella.

«Bueno, que miren. Mientras ella no les devuelva la mirada, no importa, ¿verdad?».

Salió de entre los árboles, apenas un poco, y ella se giró inmediatamente para mirarlo. El gesto levemente ceñudo desapareció y su cara se iluminó. Él le devolvió la sonrisa, con un movimiento de cabeza que la invitaba a seguirlo, y echó a andar por el sendero, sin esperar.

Había abandonado el trabajo, y traía algo en la mano: un paquete pequeño, envuelto en papel y atado con cordel. Él alargó una mano para conducirla fuera del sendero, hacia un bosquecillo donde el follaje rojo y

amarillo de los arcos ofrecía una agradable sensación de intimidad.

—Perdóname por apartarte de tu trabajo —dijo, aunque no lo sentía.

—No importa. Ya quería escapar. Me temo que no aguanto eso de la sangre y las tripas. —Ella lo admitió con una mueca melancólica.

—Me alegro —le aseguró él—. No es eso lo que pretendo de una esposa.

—Pues te convendría —apuntó ella, echándole una mirada tristemente reflexiva—. Aquí, en este lugar, no te vendría mal tener una esposa capaz de arrancarte los dientes si se te echan a perder y de coserte los dedos si te los cortas hacheando leña.

El día gris parecía haberle afectado el ánimo... o tal vez era por el trabajo que había estado haciendo. Ver el desfile de pacientes de Claire era deprimente para cualquiera, salvo para la misma Claire: toda una serie de deformidades, mutilaciones, heridas y enfermedades horribles.

Cuanto menos, lo que pensaba decir distraería a Brianna de los detalles más horripilantes del siglo XVIII. Cubriéndole la mejilla con una mano, alisó una de las pobladas cejas rojas con el pulgar helado. Ella también tenía la cara fría, pero detrás de la oreja, bajo el pelo, la piel estaba tibia... como sus otros lugares ocultos.

—Yo he encontrado lo que deseaba —dijo con firmeza—. Pero ¿qué me dices de ti? ¿No habrías preferido a un hombre capaz de arrancar el cuero cabelludo a los indios y proveer la cena con su escopeta? A mí tampoco me gusta mucho la sangre, ¿sabes?

En los ojos de Bree reapareció una chispa de humor, aliviando su aire preocupado.

—No, creo que no necesito a un sanguinario. Así llama mi madre a papá, pero sólo cuando está enfadada con él.

Roger rió.

—¿Y cómo me llamarás tú cuando te enfades? —la provocó.

Ella lo miró, como evaluando la pregunta, y la chispa se hizo más intensa.

—Oh, no te preocupes. Papá no ha querido enseñarme palabrotas en gaélico, pero de Marsali he aprendido cosas muy feas en francés. ¿Sabes qué significa *un soulard*? ¿Y *un grand gueule*?

—*Oui, ma petite chou*, aunque nunca he visto una col con una nariz tan roja. —Le apuntó con el dedo directamente a la nariz; ella lo esquivó, riendo.

—*Maudit chien!*

—Reserva algo para después de la boda —le aconsejó él—. Puede hacerte falta.

Luego la cogió de la mano para llevarla hacia una piedra donde estuviera cómoda, entonces volvió a reparar en el pequeño envoltorio que ella traía.

—¿Qué es eso?

—Un regalo de bodas.

Bree se lo alargó sosteniéndolo con dos dedos, asqueada, como si fuera un ratón muerto.

—Hilos de seda para bordar —le explicó ella—. De la señora Buchanan. Entre sus cejas había reaparecido la arruga y esa expresión... ¿Preocupada? No, era otra cosa, pero Roger fue incapaz de saber qué era.

—¿Qué tiene de malo la seda para bordar?

—Nada, pero ¿sabes para qué es? —Bree cogió nuevamente el paquete y se lo guardó en el bolsillo que llevaba atado bajo la enagua. Miraba hacia abajo, colocándose las faldas, pero él notó que tenía los labios apretados—. Dijo que es para nuestros paños mortuorios.

La extraña versión que Brianna hacía de ese término escocés, con su acento bostoniano, hizo que Roger tardara un momento en descifrarlo.

—Paños mo... ¿Mortajas, quieres decir?

—Sí. Al parecer, mi deber de esposa es sentarme a hilar para mi mortaja, desde la mañana siguiente a la boda. —Lo dijo entre dientes apretados—. De ese modo ya estará tejida y bordada cuando muera de parto. Y si soy rápida para las labores, tendré tiempo de hacer también una para ti; de otro modo tendrá que ser tu siguiente esposa quien la termine.

Roger sintió deseos de reír, pero era obvio que ella estaba afligida.

—La señora Buchanan es una idiota —dijo él, estrechando sus manos—. No dejes que te preocupe con sus tonterías.

Brianna lo miró por debajo de sus cejas fruncidas, diciendo con toda claridad:

—La señora Buchanan es ignorante, estúpida e insensible. Pero no se equivoca.

—Por supuesto que sí —aseguró él, fingiendo seguridad, aunque con un poco de aprensión.

—¿Cuántas esposas ha enterrado Frarquard Campbell? —inquirió ella—. ¿Y Gideon Oliver? ¿Y Andrew MacNeil?

Nueve, entre los tres. MacNeil se casaría esa noche por cuarta vez, con una muchacha de Weaver's Gorge, de dieciocho años.

—Pero Jenny Ban Campbell ha tenido ocho hijos y enterrado a dos esposos —contraatacó, firme—. La propia señora Buchanan sigue viva y coleando, después de haber tenido cinco críos. Los he visto: todos cabezahuecas, pero sanos.

Eso provocó una renuente contracción de labios, que lo alentó a continuar:

—No tienes nada que temer, tesoro. Con Jemmy no tuviste ninguna dificultad, ¿no es verdad?

—¿No? Pues si crees que eso es tan fácil, la próxima vez puedes hacerlo tú —le espetó ella. Quiso liberar su mano, pero él se la retuvo sin encontrar resistencia.

—Pero estás dispuesta a que haya una próxima vez, ¿verdad? A pesar de lo que diga la señora Buchanan. —Aunque su tono era deliberadamente ligero, la estrechó contra sí, ocultando la cara en su cabellera, para que no viera lo importante que era esa pregunta para él.

Bree, sin dejarse engañar, se apartó un poco hacia atrás. Sus ojos, azules como el agua, investigaron en los de él.

—¿Te casarías conmigo, a pesar de tener que observar el celibato? —preguntó—. Es el único método seguro. El aceite de atanasia no siempre da buen resultado. ¡Ahí tienes a Marsali!

La existencia de la pequeña Joan era testimonio elocuente de lo inefectivo que resultaba ese método anticonceptivo. Aun así...

—Debe de haber otros recursos —expresó él—. Pero si quieres celibato... Pues bien, sea.

Ella se echó a reír, porque la mano de Roger se había tensado posesivamente contra su trasero, mientras sus labios habían pronunciado la renuncia. Pero la risa se apagó y el azul de sus ojos se tornó más oscuro, más turbio.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Sí —aseguró él. Y era cierto, aunque la idea le pesaba en el pecho

como una losa.

Con un suspiro, ella le acarició la mejilla con una mano, siguiendo la línea del cuello, el hueco de la base. Presionó con el pulgar contra el pulso palpitante, dejándole sentir sus propios latidos.

Lo había dicho en serio, pero inclinó la cabeza hacia ella y le buscó la boca. Necesitaba unirse a ella con tanta urgencia que lo haría de cualquier manera posible: con las manos, con el aliento, la boca, los brazos; su muslo presionó entre los de Bree, separándole las piernas. Ella apoyó una mano contra su pecho, como para rechazarlo, pero luego la tensó convulsivamente, aferrando a un tiempo la camisa y la carne. Sus dedos se clavaron profundamente en los músculos del pecho. Y luego quedaron pegados, con la boca abierta, jadeantes, entrechocando dolorosamente los dientes en el arrebató del deseo.

—No puedo... no debemos... —Él se desasíó. Su mente, entorpecida, echó mano de palabras fragmentadas. En ese instante la mano de Bree encontró el camino bajo su falda escocesa: un toque frío y firme en su carne acalorada. Entonces perdió por completo la facultad del habla.

—Una última vez, antes de renunciar —dijo Bree—. En recuerdo de los viejos tiempos.

Y cayó de rodillas entre las hojas mojadas, arrastrándolo con ella.

Llovía otra vez; la cabellera esparcida se le veteaba de humedad. Tenía los ojos cerrados y la cara vuelta hacia la llovizna; las gotas le golpearon la cara, rodando como lágrimas. En realidad, no sabía si reír o llorar.

Roger yacía a su lado, medio cubriéndola; su peso era un consuelo tibio y sólido; su falda escocesa protegía de la lluvia las piernas desnudas y enredadas de los dos. Ella curvó una mano contra su nuca, acariciándole el pelo mojado y lustroso.

Entonces él se incorporó, con un gruñido de oso herido. Una ráfaga fría golpeó el cuerpo de Bree, húmedo y caliente allí donde habían estado en contacto.

—Perdona —murmuró él—. Lo siento, lo siento. No debería haber hecho eso.

—No importa —dijo ella, incorporándose.

Tenía los pechos hinchados por la leche, que había empapado la camisa y el corpiño en grandes manchas, helándole la piel. Roger, al notar lo, recogió el manto que ella había dejado caer y le cubrió suavemente los hombros.

—Perdóname —repitió, mientras le apartaba el pelo enmarañado de la cara.

—No te preocupes. Todavía estoy amamantando a Jemmy; son sólo seis meses. Creo que aún no hay peligro.

Pero se preguntaba por cuánto tiempo más. Todavía le atravesaban el cuerpo pequeñas descargas de deseo, entremezcladas con el miedo.

Necesitaba tocarlo. Cogió una punta de su manto para presionar la herida que sangraba bajo la mandíbula de Roger. ¿Abstinencia, cuando su contacto, su olor, el recuerdo de los últimos minutos la hacían desear derribarlo entre las hojas para recomenzar? ¿Cuando la ternura brotaba de ella como la leche que acudía a sus pechos sin que nadie la convocara?

Los pechos le dolían de deseo insatisfecho; sintió el goteo de la leche que le corría por las costillas, bajo la tela. Se tocó un pecho, pesado y lleno. Su garantía de protección... por un tiempo.

Roger le apartó la mano de su cara y se tocó el tajo.

—Está bien —dijo—. Ya no sangra.

Su expresión era muy extraña, o tal vez eran muchas. Normalmente su cara era agradablemente reservada, quizá algo severa. Ahora sus facciones parecían incapaces de asentarse; pasaba de una innegable satisfacción a una consternación igualmente innegable.

—¿Qué pasa, Roger?

Él le echó un fugaz vistazo y apartó la vista; a las mejillas le trepó un leve rubor.

—Oh, bueno —dijo—. Es que... en realidad... todavía no nos hemos casado.

—Desde luego que no. La boda será esta noche. Y a propósito... —Bree lo observó intentando no reírse—. Oh, querido. Se diría, señor MacKenzie, que alguien lo ha sometido a su voluntad en medio del bosque.

—Muy graciosa, señora Mac —replicó él, señalando su propio desaliño—. Usted también parece haber librado un raro combate. Pero me refería a que estamos comprometidos desde hace un año... y eso es un vínculo legal,

por lo menos en Escocia. Pero hace tiempo que se cumplió el período de un año y un día... y no estaremos formalmente casados hasta la noche.

Ella lo miró con los ojos entornados, enjugándose la lluvia con el dorso de la mano. Una vez más cedió al impulso de reír.

—¡Santo Cielo, no me digas que eso te importa!

Él sonrió con cierta renuencia.

—Bueno, no, pero fui criado por un predicador. Ya sé que está bien, pero el viejo calvinista escocés que llevo dentro me susurra que es pecaminoso hacerlo con una mujer que no es mi esposa.

—¡Ja! —exclamó ella—. No me vengas con esas del viejo calvinista escocés. ¿Qué es lo que pasa?

—No puedo decir que tu miedo no esté justificado —dijo en voz baja—. Hasta hoy no me había percatado de lo peligroso que es el matrimonio para una mujer. —Levantó la vista para sonreírle, aunque la expresión preocupada no abandonó sus ojos verde musgo—. Te quiero, Bree, más de lo que puedo expresar. Pero he estado pensando en lo que acabamos de hacer, en lo estupendo que fue, y he caído en la cuenta de que quizá... No, con seguridad... si continúo haciéndolo pondré tu vida en peligro. ¡Y maldito si quiero dejar de hacerlo!

—Sí. —Aspiró tan hondo como él y dejó escapar el aire en una voluta blanca—. Bueno, supongo que es demasiado tarde para preocuparse por eso. —Le tocó el brazo—. Te quiero, Roger.

Y bajó la cabeza para besarlo, buscando consuelo contra sus temores en la fuerza del brazo que la rodeaba, en el calor de ese cuerpo.

—¡Oh, Bree! —murmuró él contra su pelo—. Quiero manteneros a salvo, a ti y a Jemmy, de cualquier cosa que pueda amenazaros. Es terrible pensar que yo mismo podría ser la amenaza, que podría matarte con mi amor... pero es cierto.

El corazón de Roger latía bajo su oído, sólido y firme. Bree sintió la tibieza que le volvía a las manos, entrelazadas contra los huesos de su espalda; el deshielo fue más hondo, hasta desenredar algunas hebras heladas del miedo que tenía adentro.

—Todo está bien —dijo por fin, por ofrecerle el consuelo que él no lograba brindarle—. No creo que haya problemas. Tengo buenas caderas.

Todo el mundo me lo ha dicho. Caderas de vasija, ¿verdad?

Deslizó melancólicamente una mano por la generosa curva de una cadera. Él siguió el recorrido con su propia mano, sonriente.

—¿Sabes qué me dijo anoche Ronnie Sinclair, después de verte recoger un leño del suelo? Me dijo, con un suspiro: «¿Sabes cómo se escoge una buena muchacha, MacKenzie? Comienzas por el fondo y vas ascendiendo». ¡Ay!

Recibió el coscorrón con un respingo, riendo. Luego se inclinó para besarla con mucha suavidad.

—Quieres que tengamos un bebé, ¿verdad? —preguntó ella, suavemente—. ¿Un bebé que sea tuyo sin lugar a dudas?

Él mantuvo por un momento la cabeza inclinada, pero al fin levantó la vista, dejándole ver la respuesta en su cara: un gran anhelo mezclado con preocupación.

—No quisiera... —empezó.

Pero ella le tapó la boca con una mano para acallararlo.

—Sí. Comprendo.

Y era cierto... o casi. Ambos eran hijos únicos; sabía de la necesidad de vínculo, de afecto; pero la suya estaba satisfecha. Había tenido no un padre cariñoso, sino dos. Una madre que la amaba más allá de los límites del espacio y el tiempo. Los Murray de Lallybroch, como si alguien le hubiera regalado inesperadamente una familia. Y sobre todo su hijo: su carne, su sangre, un peso pequeño y confiado que la ataba con firmeza al universo.

Roger, en cambio, era huérfano. Durante mucho tiempo había estado solo en el mundo, tras perder a sus padres antes de conocerlos; muerto su viejo tío, no tenía a nadie que lo amara sólo por ser de su propia sangre. Sólo a ella. Era comprensible que ansiara la certeza que ella sostenía en los brazos al amamantar a su hijo.

De pronto Roger carraspeó.

—Eh... Pensaba dártelo esta noche, pero tal vez... bueno... —Hundió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y le entregó un objeto blando, envuelto en una tela—. Vendría a ser un regalo de bodas, ¿no?

Sonreía, pero Bree detectó en sus ojos la vacilación. Al apartar la tela se encontró con un par de ojos de botón negro que la miraban. La muñeca lucía

un vestido de calicó verde; en su cabeza estallaba el pelo de lana roja. Sintió un nudo en la garganta y el peso del corazón en el pecho.

—Se me ocurrió que al niño podía gustarle... quizá para morderla.

Bree se movió; la presión de la tela empapada provocó un escozor en sus pechos. Tenía miedo, sí, pero había cosas más fuertes que el miedo.

—Habrá una próxima vez —le dijo, apoyando una mano en su brazo—. No puedo decirte cuándo, pero la habrá.

Roger estrechó con fuerza aquella mano, sin mirarla.

—Gracias, caderas de vasija —dijo por fin, muy quedo.

La lluvia arreciaba; ya era torrencial. Roger se apartó con el pulgar el pelo mojado de los ojos y se sacudió como un perro, diseminando gotas de agua desde la trama cerrada de su chaqueta y su manta. La pechera azul tenía una mancha de barro; la frotó sin resultado alguno.

—¡Cristo! No puedo casarme así —dijo—. Parezco un mendigo.

—Todavía estás a tiempo, ¿sabes? —bromeó ella—. Aún podrías echarte atrás.

—Ha sido demasiado tarde desde el día en que te conocí —rezongó él—. Además, tu padre me destriparía como a un cerdo si se me ocurriera pensarlo mejor.

—¡Ja! —exclamó ella. Pero la sonrisa disimulada puso un hoyuelo en sus mejillas.

—¡Mujer! ¡No me digas que la idea te gusta!

—Sí. Es decir... —Ahora Bree reía; eso era lo que él buscaba—, no quiero que te destripe, pero me gusta saber que lo haría. Todo padre debe ser protector. —Lo tocó apenas, sonriente—. Como usted, señor MacKenzie.

La cogió por un brazo para conducirla hacia un lugar protegido de la lluvia, al amparo de un grupo de tejos, donde la pinaza formaba una capa seca y fragante bajo los pies, protegida por las anchas ramas.

—Bueno, venga a sentarse un momento conmigo, señora Mac. Hay una pequeñez, nada importante, que quiero decirle antes de la boda.

La hizo sentar a su lado, en un tronco podrido y cargado de líquen. Luego carraspeó, buscando el hilo del relato.

—Estando todavía en Inverness, antes de seguirte a través de las piedras,

dediqué algún tiempo a revisar los papeles del reverendo; allí encontré una carta que le había escrito tu padre. Me refiero a Frank Randall. No importa mucho... ahora ya no... Pero me pareció que... Bueno, que no debía haber secretos entre nosotros antes de casarnos. Anoche se lo conté a tu padre. Deja que ahora te lo cuente a ti.

La mano de Bree cubría cálidamente la suya, pero los dedos se fueron tensando según él hablaba; entre las cejas de la muchacha creció un surco profundo.

—Otra vez —pidió ella, al terminar Roger—. Cuéntamelo otra vez.

Por darle gusto, él repitió la carta tal como la había memorizado, palabra por palabra. Tal como se la había recitado a Jamie Fraser la noche anterior.

—¿Conque esa lápida que está en Escocia, con el nombre de papá, es falsa? —La estupefacción le hizo alzar un poco la voz—. Papá... Frank... hizo que el reverendo la pusiera allí, en el cementerio de Santa Kilda, pero él no está... es decir, ¿no estará bajo ella?

—Sí, así fue, y no, no estará —dijo Roger, siguiendo escrupulosamente el rastro a la pregunta—. Frank Randall quería que la piedra fuera una especie de reconocimiento, supongo: una deuda que tenía con tu padre... tu otro padre, Jamie.

La cara de Brianna estaba morada por el frío, con la punta de la nariz y de las orejas teñidas de rojo; el calor del sexo se iba esfumando.

—¡Pero si no tenía seguridad de que mamá y yo la encontraríamos!

—No sé si quería que la encontrarais —opinó Roger—. Tal vez él tampoco sabía. Pero se sintió en la obligación de hacer ese gesto. Por otra parte —agregó, recordando súbitamente algo—, ¿no dijo Claire que él quería llevarte a Inglaterra, justo antes de su muerte? Tal vez pensaba llevarte allí y ocuparse de que la encontraras, para luego dejar que tú y Claire decidierais qué hacer.

Ella se estuvo quieta, mascullando aquello.

—Él lo sabía, pues —dijo, lentamente—. Que él... que Jamie Fraser había sobrevivido a la batalla de Culloden. Lo sabía... ¿y no dijo nada?

—No creo que se lo puedas reprochar —observó Roger, suave—. No era puro egoísmo, ¿comprendes?

—¿No? —Aún estaba horrorizada, pero no había llegado al enojo. Él la

vio dar vueltas al asunto, tratando de verlo en todos sus aspectos para saber qué pensar, qué sentir.

—No. Piénsalo, tesoro —la instó él. La píceca estaba fría contra su espalda; la corteza del tronco caído, húmeda bajo la mano—. Amaba a tu madre, sí, y no quería arriesgarse a perderla otra vez. Eso puede ser egoísmo, pero al fin y al cabo ella se casó primero con él. Nadie puede reprochar a Frank que no quisiera cederla a otro hombre. Pero eso no es todo.

—¿Qué más? —La voz de Bree sonaba serena; sus ojos azules miraban de frente.

—Pues... ¿qué habría pasado si se lo hubiera dicho? Allí estabas tú, una criatura pequeña. Recuerda que ninguno de ellos habría pensado que tú también podías cruzar a través de las piedras.

Bree seguía mirándolo con atención, pero sus ojos habían vuelto a empañarse.

—Mamá habría tenido que escoger —dijo suavemente, sin dejar de mirarlo—. Entre quedarse con nosotros... o reunirse con él. Con Jamie.

—Dejarte atrás —completó Roger, con un gesto afirmativo— o quedarse y continuar con su existencia, sabiendo que su Jamie estaba con vida, quizá a su alcance... pero fuera de su alcance. Romper sus votos esta vez a propósito, y abandonar a su hija. O vivir anhelando. No creo que eso fuera muy bueno para tu vida familiar.

—Comprendo. —Ella suspiró. El vapor de su aliento desapareció en el aire frío como un espectro.

—Tal vez Frank tuvo miedo de permitir que escogiera —apuntó Roger—, pero lo cierto es que le ahorró (y también a ti) el dolor de hacerlo. Por lo menos entonces.

Los labios de Brianna se fruncieron, se proyectaron, quedaron flojos.

—Me gustaría saber qué habría decidido ella si él se lo hubiera dicho —musitó, algo triste.

Él le estrechó ligeramente la mano.

—Se habría quedado —dijo con seguridad—. ¿Acaso no lo decidió una vez? Jamie la obligó a retornar para mantenerte a salvo, y ella se fue. Se habría quedado contigo mientras la necesitaras, sabiendo que era lo que él deseaba. Incluso cuando volvió, tampoco lo habría hecho si tú no hubieras

insistido. Supongo que lo sabes bien.

Ella relajó un poco las facciones, aceptando la idea.

—Creo que tienes razón. Pero saber que él estaba con vida y no tratar de reunirse con él...

Roger se mordió la cara interior de la mejilla para no preguntar: «¿Qué decidirías tú, Brianna, si tuvieras que escoger entre el pequeño y yo?». ¿Qué hombre podía imponer una alternativa así a la mujer que amaba, aunque fuera hipotéticamente? Ya por el bien de Bree, ya por el suyo propio... no lo preguntaría.

—Pero él puso la lápida allí. ¿Para qué? —El surco entre sus cejas seguía siendo profundo, pero ya no recto; lo contraía una creciente preocupación.

Roger no conocía a Frank Randall, pero experimentaba cierta empatía con ese hombre. Y no era tan desinteresada. Hasta entonces no habría podido decir por qué necesitaba que Bree supiera lo de la carta justo ahora, antes de la boda, pero sus propios motivos iban apareciendo con más claridad (y más inquietantes).

—Creo que fue por obligación, como te he dicho. Obligación no sólo con Jamie o tu madre, sino también contigo. Si... —Hizo una pausa para estrecharle la mano con fuerza—. Oye, piensa en el pequeño Jemmy. Es tan mío como tú y siempre lo será. —Aspiró hondo—. Pero si yo estuviera en el pellejo del otro hombre...

—Si fueras Stephen Bonnet —aclaró ella, con los labios tensos, blancos de frío.

—Si yo fuera Bonnet —acordó él, con un escalofrío de rechazo a la idea —, y supiera que un desconocido está criando a mi hijo, ¿no querría que el niño supiera algún día la verdad?

Los dedos de Bree se tensaron en los suyos. Sus ojos se oscurecieron.

—¡No debes decírselo! ¡Por el amor de Dios, Roger, prométeme que no se lo dirás nunca!

Él la miró fijamente, atónito. Las uñas de la muchacha se le clavaban dolorosamente en la mano, pero no hizo nada por liberarse.

—¿A Bonnet? ¡No, mujer! Si alguna vez volviera a verlo, no malgastaría el tiempo hablando.

—No me refiero a Bonnet. —Bree se estremeció, sin que él supiera si

temblaba de frío o de emoción—. ¡No te acerques a ese hombre, por Dios! Pero no: me refería a Jemmy. —Tragando saliva con dificultad, le aferró las manos—. Prométemelo, Roger. Si me amas, prométeme que jamás dirás a Jemmy lo de Bonnet. Jamás. Aun si me sucediera algo...

—¡No te sucederá nada!

Ella lo miró con una pequeña sonrisa irónica.

—El celibato tampoco es para mí. —Tragó saliva—. Y si me sucediera algo... Prométemelo, Roger.

—Lo prometo, sí —dijo él, de mala gana—. Si estás segura...

—¡Estoy segura, sí!

—Pero ¿no te habría gustado saber... lo de Jamie?

Bree se mordió el labio. Sus dientes se hundieron al punto de dejar una marca purpúrea en la suave carne rosada.

—Jamie Fraser no es Stephen Bonnet.

—De acuerdo —reconoció él, seco—. Pero yo no me refería a Jemmy, para empezar. Sólo quise decir que, si yo fuera Bonnet, me gustaría saberlo y...

—Él lo sabe. —Brianna apartó abruptamente la mano y se levantó, volviéndole la espalda.

—¿Cómo que lo sabe? —Roger la alcanzó en dos zancadas y la aferró por el hombro para girarla hacia sí. Viendo que ella hacía una leve mueca, aflojó los dedos y aspiró hondo, tratando de mantener la voz serena—. ¿Que Bonnet sabe lo de Jemmy?

—Peor aún. —Bree apretó los labios para impedir que temblaran; luego los abrió, apenas lo necesario para dejar que escapara la verdad—. Cree que Jemmy es hijo suyo.

Entonces ella le habló de los días que había pasado sola en River Run, prisionera de su embarazo. Habló de lord John Grey, el amigo de su padre y de ella misma, a quien había podido revelar sus miedos y sus conflictos.

—Temía que todos vosotros hubierais muerto. Todos: mamá, papá, tú. — Aunque la capucha le había caído hacia atrás, no hizo nada por reacomodarla. El pelo rojo pendía sobre sus hombros como chorreantes colas de rata; tenía gotas de lluvia adheridas a las pobladas cejas rojas—. Lo último que papá me dijo... No, no lo dijo siquiera; tuvo que escribirlo, porque yo no le dirigía la

palabra. —Tragó saliva, pasándose una mano bajo la nariz para enjugar la gota que allí pendía—. Me dijo que... debía encontrar la manera de... de perdonarlo. A Bo... a Bonnet.

—¿La manera de qué? —preguntó Roger.

—Él sabía de eso —dijo Bree, y se interrumpió para mirarlo, ya dominados los sentimientos—. Ya sabes lo que le sucedió... en Wentworth.

Con cierta torpeza, él hizo un breve gesto afirmativo. En realidad no tenía una idea clara de lo que le habían hecho a Jamie Fraser... ni deseos de saber más. Había visto las cicatrices en su espalda y sabía, por algunos comentarios de Claire, que eran sólo un vago recordatorio.

—Él sabía de eso. Y sabía qué era necesario hacer. Me lo dijo. Si quería sentirme... íntegra otra vez, debía hallar el modo de perdonar a Stephen Bonnet. Y lo hice.

—Lo hiciste. —La voz le salió gruñona—. ¿Lo encontraste, pues? ¿Hablaste con él?

Ella asintió, mientras se quitaba el pelo mojado de la cara. Grey había venido a decirle que Bonnet estaba preso y condenado. Mientras aguardaba ser transportado a Wilmington para su ejecución, lo retenían en el depósito que la Corona tenía en Cross Creek. Allí fue donde Brianna fue a visitarlo, llevando consigo lo que confiaba que fuera la absolución: para Bonnet, para sí misma.

—Estaba enorme. —Su mano esbozó el bulto del embarazo avanzado—. Le dije que el bebé era hijo suyo. Iba a morir; tal vez lo consolaría un poco pensar que... dejaba algo tras de sí.

Roger sintió que los celos le apretaban el corazón, en un ataque tan abrupto que por un momento el dolor le pareció físico. «Que dejaba algo tras él —pensó—. Algo suyo. ¿Y yo? Si yo muriera mañana... ¡Y bien podría ser, muchacha! Aquí la vida es tan peligrosa para mí como para ti. ¿Qué dejaría de mí atrás, dime?».

Supo que no debía preguntarlo. Había jurado no expresar jamás el pensamiento de que Jemmy pudiera no ser suyo. Si entre ellos había un verdadero matrimonio, Jem era su fruto, cualesquiera fuesen las circunstancias de su nacimiento. Sin embargo, sentía que las palabras se le escapaban, que ardían como ácido.

—Pero ¿estabas segura de que el niño era de él?

Bree se detuvo en seco para mirarlo, con los ojos dilatados por el horror.

—No. ¡No, por supuesto! Si estuviera segura te lo habría dicho. En el pecho de Roger el dolor se calmó un poco.

—Vale. Pero le dijiste que era... ¿No le dijiste que había dudas?

—¡Iba a morir! Mi intención no era contarle la historia de mi vida, sino ofrecerle algún consuelo. Él no tenía por qué enterarse de tu existencia, de nuestra noche de bodas o... ¡Vete al diablo, Roger!

Y le dio una patada en la espinilla. Él se tambaleó por la fuerza del ataque, pero la sujetó por un brazo, impidiéndole huir.

—¡Perdona! —dijo, antes de que ella pudiera golpearlo otra vez. O morderlo: parecía dispuesta—. Perdona. Tienes razón. Él no tenía por qué enterarse. Y yo tampoco tengo por qué obligarte a recordar todo eso.

—Claro que sí —dijo clavándole una mirada sombría—. Has dicho que no debería haber secretos entre nosotros. Pero, a veces, cuando revelas un secreto hay otro escondido detrás, ¿cierto?

—Sí. Pero no se trata... no es mi intención...

Antes de que él pudiera decir nada más lo interrumpió un ruido de pisadas y conversación. Cuatro hombres salieron de la bruma, hablando en gaélico con aire despreocupado. Llevaban redes y palos afilados; todos iban descalzos y mojados hasta las rodillas. Las sartas de pescado fresco relumbraban bajo la luz lluviosa.

—*A Smedraich!* —Un hombre los vio por debajo del ala empapada de su sombrero; de inmediato rompió en una ancha sonrisa, mientras recorría su desaliño con una mirada astuta—. ¡Pero si eres tú. Zorzal! ¡Y la hija del Rojo! ¡Hombre! ¿No podían dominarse hasta que oscureciera?

—Sin duda es más dulce probar la fruta robada que esperar la bendición de un sacerdote marchito.

—Ah, no —dijo el tercero, enjugándose la nariz, mientras miraba a Brianna, que se había ceñido el manto—. Él sólo estaba cantándole una canción de bodas, ¿verdad?

—Bien que conozco la letra de esa canción —aseguró su compañero, ensanchando la sonrisa hasta exhibir la falta de un molar—. ¡Pero yo la canto con más dulzura!

A Brianna volvían a arderle las mejillas; aunque no hablaba el gaélico con tanta fluidez como Roger, no se le escapaba el sentido de esas bromas groseras. Roger se plantó delante de ella, protegiéndola con su cuerpo, pero los hombres no tenían mala intención. Pese a los guiños y a las sonrisas apreciativas, no hicieron más comentarios. El primero se quitó el sombrero para golpearlo contra su muslo, sacudiéndole el agua. Luego fue al grano.

—Me alegra mucho haberte encontrado, *a Oranaiche*. Anoche mi madre te oyó tocar junto al fuego, y ha comentado con mi tía y mis primas que tu música le hacía bailar la sangre en los pies. Ahora todas quieren que vengas a Spring Creek, a cantar en el *ceilidh*. Es que va a casarse mi prima menor, la única hija de mi tío, el dueño del molino harinero.

—¡Será una gran fiesta, sin duda! —intervino uno de los más jóvenes.

—Ah, ¿una boda? —dijo Roger, en gaélico lento y formal—. Habrá otro arenque, pues.

Los dos hombres mayores estallaron en una carcajada; sus hijos, en cambio, parecían desconcertados.

—Ah, podrían ustedes abofetear a estos chavales con un arenque, y ellos no sabrían qué es —dijo el hombre de la gorra, moviendo la cabeza—. Los dos han nacido aquí.

—¿Y dónde vivía en Escocia, señor?

El hombre dio un respingo, sorprendido ante esa pregunta, que una voz clara había formulado en gaélico. Durante un instante miró fijamente a Brianna; al responder, su cara había cambiado.

—En Skye —dijo suavemente—. Skeabost, al pie de las Cuillins. Soy Angus MacLeod; Skye es la tierra de mis padres y de mis abuelos. Pero mis hijos han nacido aquí.

Hablaba en voz baja, pero su tono apagó la hilaridad de los jóvenes, como si sobre ellos hubiera caído una manta húmeda. El hombre del sombrero gacho miró a Brianna con interés.

—Y tú, *a nighean*, ¿has nacido en Escocia?

Ella movió la cabeza. Ante la expresión interrogante de los hombres, Roger respondió:

—Yo sí. En Kyle de Lochalsh.

—¡Ah! —La satisfacción se extendió por las facciones marchitas de

MacLeod—. Por eso es que conoces todas las canciones de las Tierras Altas y las Islas.

—No todas —corrigió él, sonriendo—. Pero sí muchas... y quiero aprender más.

—Hazlo —dijo el otro, cabeceando lentamente—. Hazlo, cantante, y enséñaselas a vuestros hijos. —Su mirada se posó en Brianna, con una leve sonrisa curvándole los labios—. Que las canten a mis hijos, y así éstos conocerán el lugar del que han venido, aunque jamás lo vean.

Uno de los jóvenes se adelantó con aire tímido y ofreció a Brianna una sarta de pescados.

—Para usted —dijo—. Un regalo de bodas.

Roger vio que ella contraía ligeramente una comisura de la boca. ¿Sería humor o histeria incipiente? Pero ella alargó la mano para coger la sarta chorreante, con grave dignidad. Luego, recogiendo el borde del manto con una mano, les hizo a todos una profunda reverencia.

—*Chaneil facal agam dhuibh ach taing* —dijo, con su gaélico pausado, de acento extraño. «No tengo palabras para decirles, salvo gracias».

Los jóvenes se ruborizaron. Los mayores se mostraron profundamente complacidos.

—Es buena, *a nighean* —dijo MacLeod—. Deja que tu esposo te enseñe... y enséñales *Gaidhlig* a vuestros hijos varones. ¡Que tengan muchos!

Y se quitó la gorra en una extravagante reverencia, apretando el barro con los dedos de los pies para no perder el equilibrio.

—¡Muchos hijos varones, fuertes y sanos! —añadió su compañero. Los dos muchachos asintieron, sonrientes, y murmuraron con timidez:

—¡Que tenga usted muchos hijos varones, señora!

Roger hizo automáticamente los arreglos para el *ceilidh*, sin atreverse a mirar a Brianna. Cuando los hombres se marcharon, lanzando miradas curiosas hacia atrás, ellos quedaron en silencio, separados por uno o dos pasos. Brianna mantenía la vista fija en el barro y la hierba, cruzada de brazos. En el pecho de Roger perduraba el ardor, aunque algo alterado. Quería tocarla, volver a disculparse, pero pensaba que con eso no lograría sino empeorar las cosas.

Al final fue ella quien dio el primer paso: se le acercó para apoyar la cabeza en su pecho; la frescura de su cabellera húmeda le rozó la herida del cuello. Sus pechos estaban enormes, duros como piedras; pujaban contra él, como apartándolo.

—Necesito a Jemmy —dijo ella, en voz queda—. Necesito a mi bebé.

Las palabras se atascaron en la garganta de Roger, atrapadas entre la disculpa y el enojo. Hasta entonces no había imaginado lo penoso que sería pensar que Jemmy pertenecía a otro, que no era hijo suyo, sino de Bonnet.

—Yo también lo necesito —susurró al fin.

Y le dio un beso fugaz en la frente. Luego volvió a cogerle la mano para cruzar la pradera. La montaña, arriba, seguía amortajada en la bruma, invisible, aunque de ella descendían gritos y murmullos, fragmentos de diálogo y música, como ecos de algún Olimpo.

7

Metralla

A media mañana, la llovizna había cesado; la fugaz visión de un cielo azul que asomaba entre las nubes me daba alguna esperanza de que al anochecer despejaría. Por el bien de Brianna no quería que se aguaran las ceremonias nupciales. Ya que no se casaba en una iglesia bonita, con arroz y raso blanco, al menos quería que el lugar estuviera seco.

Me froté la mano derecha, tratando de quitarme el calambre que me habían provocado las tenazas de extracción dental. La muela rota del señor Goodwin me había dado más trabajo del que yo había esperado, pero me las arreglé para arrancarla, con raíz y todo. Luego lo envié a su casa con una pequeña botella de *whisky* e instrucciones de hacer buches con él cada hora para evitar la infección. Tragarlo era opcional.

Al desperezarme, el bolsillo de mi falda chocó contra mi pierna, emitiendo un tintineo leve, pero gratificante. El señor Goodwin había pagado en efectivo; me pregunté si bastaría para pagar un astrolabio, y para qué querría Jamie tener uno de éstos. De repente, un leve carraspeo interrumpió mis especulaciones.

Giré en redondo. Allí estaba Archi Hayes, con un aire algo burlón.

—¡Oh! —exclamé—. Eh... ¿Puedo serle útil en algo, teniente?

—Pues, podría ser, señora Fraser. —Me miraba con una leve sonrisa—. Según dice Farquard Campbell, sus esclavos están convencidos de que puede

hacer usted que los muertos se levanten. Sí ése es el caso, un trocito de metal perdido no ha de ser gran cosa para sus habilidades quirúrgicas, ¿verdad?

Murray MacLeod, al oír eso, emitió un fuerte resoplido y se volvió hacia sus propios pacientes.

—¡Oh! —repetí.

Y me froté la nariz con un dedo, azorada. Cuatro días antes, uno de los esclavos de Campbell había sufrido un ataque de epilepsia; por casualidad, se recuperó abruptamente en el momento en que yo apoyaba en su pecho una mano exploratoria. Fue inútil tratar de explicar lo que había sucedido; mi fama se esparció como un incendio en las hierbas secas de la montaña.

Me volví hacia Hayes, limpiándome las manos en el delantal.

—Bien, permitidme ver ese trozo de metal, y veremos qué se puede hacer.

Sin rechistar, el teniente se quitó la gorra, la chaqueta, el chaleco, el corbatón y la camisa, junto con la *gorget* de plata de su cargo. Después de entregarle las prendas al ayuda de campo que lo acompañaba, tomó asiento en mi taburete, sin que su plácida dignidad se alterara por efecto de la desnudez parcial.

Su torso carecía de vello y tenía el color pálido del suero, característico de la piel que ha pasado años sin exponerse al sol, en marcado contraste con el bronceado curtido de la cara, las manos y las rodillas. Pero los contrastes iban aún más allá.

Sobre la piel lechosa de la tetilla izquierda tenía una enorme mancha negro azulada, que lo cubría desde las costillas hasta la clavícula. El pezón de la derecha presentaba un color normal, entre rosado y pardusco, pero el de la izquierda era muy blanco. Al verlo parpadeé. Detrás de mí se oyó un suave: «*A Dhial*».

—*A Dhia, tha e'tionnadadh dubh!* —dijo otra voz. «¡Por Dios, se está poniendo negro!».

Hayes, como si no oyera nada de todo eso, se sentó para que yo realizara mi examen. Una inspección más detallada reveló que la coloración oscura no era una pigmentación natural, sino una serie de manchas, provocadas por la presencia de innumerables gránulos oscuros incrustados en la piel. El pezón había desaparecido por completo, siendo reemplazado por una reluciente

cicatriz blanca, del tamaño de una moneda.

—Pólvora —dije, deslizando la punta de los dedos por la zona oscurecida—. ¿Aún tiene usted el proyectil dentro?

El sitio por donde había penetrado estaba a la vista. Toqué el parche blanco, tratando de imaginar la trayectoria que la bala podía haber seguido.

—La mitad —respondió él, tranquilamente—. Se fragmentó. El cirujano que me la extrajo me dio los trozos. Más adelante traté de ajustar los fragmentos, pero sólo obtuve media bala, conque el resto debe de estar dentro.

—¿Que se fragmentó? Me extraña que los trozos no os atravesaran el corazón o los pulmones —comenté, sentándome en cuclillas para observar la herida con más atención.

—Sí, o por lo menos eso creo, pues me entró por el pecho, como ve, pero ahora está asomando por mi espalda.

Para estupefacción de la muchedumbre (y también mía) estaba en lo cierto. No sólo pude palpar un bulto pequeño, justo bajo el borde exterior de la escápula izquierda, sino que también la vi: una hinchazón oscura, que presionaba contra la piel blanca y suave.

—¡Por todos los diablos! —dije.

Él dejó escapar una exclamación divertida, no sé si por mi sorpresa o por mi lenguaje.

Por extraño que fuera, el trocito de metralla no ofrecía ninguna dificultad quirúrgica. Después de sumergir un paño limpio en mi cuenco de alcohol destilado, limpié la zona con esmero y esterilicé un bisturí. Luego hice un corte rápido. Hayes se mantuvo muy quieto. Era militar y escocés; tal como lo demostraban las marcas de su pecho, había soportado cosas mucho peores.

Cuando presioné con dos dedos a los lados de la incisión, los labios del pequeño corte se abultaron: de pronto asomó un trozo mellado de metal oscuro, como si algo me sacara la lengua. Me fue posible sujetarlo con un par de fórceps y retirarlo. Con una pequeña exclamación de triunfo, dejé caer el fragmento en la mano de mi paciente y apliqué contra su espalda un paño empapado en alcohol.

Él dejó escapar un largo suspiro; luego me sonrió por encima del hombro.

—Se lo agradezco, señora Fraser. Este pequeño me acompaña desde hace

mucho, pero no me apena separarme de él.

Ahucó la palma manchada de sangre, observando con gran interés el fragmento metálico que sostenía.

—¿Cuándo sucedió esto? —pregunté con curiosidad.

—Hace veinte años o más, señora —dijo. Tocó la mancha blanca e insensible que, en otros tiempos, había sido uno de los sitios de su cuerpo con más sensibilidad—. Esto sucedió en Culloden.

Lo dijo como sin darle importancia pero el nombre me erizó la piel de los brazos. Veinte años o más... veinticinco, probablemente más. Y por entonces...

—¡Pero si no tendría usted más de doce años! —exclamé.

Él arqueó una ceja.

—Once. Cumplí los doce al día siguiente.

Callé lo que habría podido responderle. Creía haber perdido la capacidad de espantarme ante las realidades del pasado, pero al parecer no era así. Alguien había disparado a quemarropa contra un niño de once años. No había posibilidades de error, no era un tiro desviado en el calor del combate. El hombre que lo hizo sabía que estaba matando a un niño. Y a pesar de eso había disparado.

La incisión medía apenas dos o tres centímetros de longitud y no era profunda; no necesitaría sutura. Después de presionar un paño limpio contra la herida, me puse delante de él para vendarlo con una tira de lino.

—Es un milagro que sobreviviera —dije.

—En efecto —afirmó—. Estaba tendido en tierra, con la cara de Murchison sobre mí, y...

—¡Murchison!

La exclamación se me escapó. Vi un destello de satisfacción en la expresión de Hayes. Entonces experimenté una breve inquietud premonitória, recordando lo que Jamie había dicho sobre Hayes la noche anterior. «Piensa más de lo que dice, ese pequeño Archie... y mira que habla mucho. Ten cuidado con él, *Sassenach*». Pero ya era algo tarde para tener cuidado; además me parecía difícil que tuviera importancia, aun si se trataba del mismo Murchison.

—Veo que conoce usted su nombre —observó él, cordialmente—. En

Inglaterra oí decir que cierto sargento Murchison, del vigesimosexto, fue enviado a Carolina del Norte. Pero cuando llegamos a Cross Creek la guarnición ya no estaba. Creo que fue por un incendio, ¿verdad?

—Eh... sí —confirmé, algo nerviosa por esa referencia. Me alegró que Bree se hubiera retirado; sólo dos personas conocían la verdad de lo sucedido al incendiarse el depósito que la Corona tenía en Cross Creek; una de las dos era ella. En cuanto a la otra... No era probable que Stephen Bonnet se cruzara con el teniente en un futuro próximo... incluso si seguía con vida.

—Y los hombres de la guarnición —insistió Hayes—, Murchison y los otros, ¿sabe dónde han ido?

—El sargento Murchison ha muerto, por desgracia —dijo a mi espalda una voz grave y queda.

Hayes miró más allá de mí, sonriendo.

—*A Sheumais ruaidh* —dijo—. Esperaba que tarde o temprano viniera usted a reunirse con su esposa. He pasado la mañana buscándolo.

El nombre me sobresaltó tanto como a Jamie. Una expresión de sorpresa le cruzó las facciones; pero de inmediato desapareció, siendo reemplazada por la cautela. Desde los tiempos del levantamiento, nadie lo llamaba Jamie el Rojo.

—Así me lo han dicho —respondió secamente. Luego se sentó en mi segundo taburete frente a Hayes—. Veamos, pues. ¿De qué se trata?

Hayes cogió el *sporrán* que colgaba entre sus rodillas, revolvió en él durante un instante y extrajo un papel plegado, sellado con cera roja y marcado con un escudo. Al reconocerlo, se me detuvo el corazón durante un segundo. Parecía difícil que el gobernador Tryon me enviara una tardía tarjeta de cumpleaños.

Después de verificar cuidadosamente que el nombre inscrito en el frente fuera el de Jamie, el teniente se la entregó. Para sorpresa mía, mi esposo siguió sentado, con los ojos fijos en la cara de Hayes, sin abrirla.

—¿Qué lo trae por aquí? —preguntó abruptamente.

—¡Ah!, el deber, sin duda —respondió el militar, con las finas cejas arqueadas en inocente sorpresa—. ¿Por qué otro motivo actuamos los soldados?

—El deber —repitió Jamie, golpeándose ociosamente la pierna con

aquella misiva—. Pues bien. El deber podría llevaros de Charleston a Virginia, pero hay maneras más rápidas de llegar hasta allí.

Hayes iba a encogerse de hombros, pero desistió de inmediato, pues el ademán perturbó la zona que yo estaba vendando.

—Tenía que traer la proclama del gobernador Tryon.

—El gobernador no tiene autoridad sobre usted ni sobre sus hombres.

—Es cierto —coincidió él—, pero ¿por qué no hacerle un favor, si estaba en mi mano?

—Sí. ¿Y él le pidió a usted que le hiciera ese favor o fue idea suya? —inquirió Jamie.

—La ancianidad lo ha puesto algo suspicaz, *Sheumais ruaidh* —observó Hayes.

—Es así como he llegado a viejo —replicó mi marido, con una ligera sonrisa. Luego hizo una pausa, observando a su interlocutor—. ¿Dice usted que fue un hombre llamado Murchison quien le disparó en el campo de Drumossie?

Yo había terminado de venderlo. Hayes movió el hombro, probando el dolor.

—¿Pero si lo sabe perfectamente!, *a Sheumais ruaidhl* ¿No recuerda usted ese día, hombre?

La cara de Jamie sufrió un cambio sutil. Sentí un leve estremecimiento de inquietud. Lo cierto era que él casi no recordaba el último día de los clanes, la matanza que había dejado a tantos hombres sangrando bajo la lluvia; a él, entre otros. Yo sabía que a veces, en sueños, le venían pequeñas escenas de aquel día, fragmentos de la pesadilla. Pero fuera por el trauma, por las lesiones o por simple fuerza de voluntad, la batalla de Culloden estaba perdida en su memoria, al menos hasta ahora. Y no parecía probable que deseara recuperarla.

—Ese día sucedieron muchas cosas —dijo—. No recuerdo todo, no. Inclinando abruptamente la cabeza, hundió el pulgar bajo el pliegue de la carta. La abrió con tanta brusquedad que el sello de lacre se hizo pedazos.

—Su esposo es hombre modesto, señora Fraser —me dijo Hayes, mientras convocaba a su ayuda de campo con un gesto de la mano—. ¿Nunca le ha contado lo que hizo aquel día?

—En ese campo hubo muchas muestras de valentía —murmuró Jamie, con la cabeza inclinada hacia el papel—. Y mucho de lo contrario.

No parecía estar leyendo. Tenía la mirada fija, como si viera otra cosa más allá de la carta que sostenía.

—Así fue —reconoció Hayes—. Pero cuando un hombre le salva la vida, vale la pena recordarlo, ¿verdad?

Jamie levantó bruscamente la mirada, sobresaltado.

—¿No recuerda usted que golpeó a Murchison en la cabeza, en el momento en que estaba a punto de clavarme al suelo con su bayoneta? ¿Ni que luego me alzó para llevarme fuera del campo, a un pequeño pozo cercano? Allí, en la hierba, yacía uno de los jefes, y sus hombres le estaban limpiando la cabeza con aquella agua. Pero estaba muy quieto; comprendí que había muerto. Allí había alguien que me atendió. Querían que se quedara, pues estaba usted herido y sangrando, pero se negó. Me deseó suerte en nombre de san Miguel, y volvió al campo de batalla.

Hayes se acomodó la cadena del *gorget*, colocando la pequeña medialuna de plata bajo el mentón. Sin el corbatón, su cuello parecía desnudo, indefenso.

—Parecía un hombre salvaje, con el pelo suelto al viento y la sangre corriéndole por la cara. Para cargarme, había usted envainado la espada, pero volvió a extraerla al emprender el regreso. No creí volver a verlo; nunca he visto a nadie ir de ese modo al encuentro de la muerte.

Movió la cabeza, con los ojos entornados, como si no viera al hombre sobrio y confiable que tenía ante sí, no a Fraser, Fraser el de la Cresta, sino a Jamie el Rojo, el joven guerrero que no había regresado al campo por valentía, sino porque deseaba perder la vida: tras haberme perdido a mí, la sentía como una carga.

—¿De veras? —murmuró Jamie—. Lo había... olvidado.

Percibí su tensión, que vibraba bajo mi mano como un cable tenso. Había olvidado muchas cosas, sí, pero eso no. Y yo tampoco.

Hayes inclinó la cabeza para que el asistente le sujetara el corbatón en el cuello. Luego se irguió para saludarme.

—Se lo agradezco, señora. Ha sido usted muy gentil.

—No tiene importancia —dije, con la boca seca—. Ha sido un placer.

Hayes se puso la chaqueta y sujetó su manta con un pequeño broche dorado: el que le había dado su padre antes de Culloden.

—Así que Murchison ha muerto —dijo, como para sus adentros—. Me comentaron... —Sus dedos forcejearon durante un momento con el cierre del broche— que había dos hermanos con ese nombre, parecidos como dos gotas de agua.

—En efecto —dijo Jamie, mirándolo a los ojos. La cara del teniente sólo expresaba un vago interés.

—Ah, ¿y sabe usted, por ventura, cuál de ellos fue...?

—No, pero no importa. Ambos han muerto.

—Ah —repitió Hayes. Se detuvo un momento, como si reflexionara. Luego se inclinó formalmente ante Jamie, con la gorra apoyada contra el pecho.

—*Buidheachas dhut, a Sheumais mac Brian*. Y que san Miguel os defienda.

Me saludó brevemente con la gorra y, después de plantársela en la cabeza, giró para marcharse. Su ayuda de campo lo siguió en silencio.

—¿Qué recuerdas? —le pregunté, siguiendo con la vista a Hayes, que pisaba con cautela el suelo empapado de sangre.

—Casi nada —respondió. Luego se levantó para mirarme, oscuros los ojos como el cielo encapotado de allá arriba—. Y eso aún es mucho.

Me entregó el papel ajado. La lluvia había corrido la tinta en algunas líneas, pero aún era legible. En contraste con la proclama, contenía dos frases, pero el punto adicional para la despedida no diluía su impacto.

New Bern, 20 de octubre

Coronel James Fraser:

Considerando que la paz y el buen orden de este Gobierno han sido violados últimamente, y que las personas y propiedades de muchos habitantes de esta provincia han sido dañadas por un grupo de personas que se autodenominan reguladores, les ordeno, por asesoramiento del consejo de su majestad, que convoquen a un reclutamiento general a tantos hombres como consideren adecuados

para servir en un regimiento de milicianos, y que me informen ustedes en la mayor brevedad posible el número de voluntarios que están dispuestos a prestar servicio a su rey y a su país, cuando se los convoque, y también qué número de efectivos pertenecientes a su regimiento pueden recibir órdenes de salir en caso de emergencia, y en caso de que los insurgentes intenten nuevos actos violentos. Su diligente y puntual obediencia a estas órdenes será bien recibida por su obediente servidor,

William Tryon

Doblé esmeradamente la carta manchada por la lluvia, notando apenas que me temblaban las manos. Jamie volvió a cogerla entre el pulgar y el índice, como si fuera un objeto repugnante. Y la verdad es que lo era. Me miró a los ojos, torciendo irónicamente la boca.

—Yo esperaba contar con algo más de tiempo —dijo.

8

El capataz

Mientras Brianna iba a por Jemmy a la tienda de Yocasta, Roger ascendió lentamente la colina hacia su propio campamento. «Habrás una próxima vez», había dicho ella. Y él retenía esas palabras, dándole vueltas en su mente como a un puñado de monedas en el bolsillo. No habían sido meras palabras: había en ellas intención, una promesa en ese momento más importante que cuantas Bree le había hecho en la primera noche de bodas.

El pensar en bodas le recordó, por fin, que había otra en ciernes. Al echarse un vistazo comprobó que, en verdad, Bree no había exagerado al hablar de su aspecto. ¡Demonios, y por añadidura la chaqueta era de Jamie!

Comenzó a sacudirse la pinaza y las manchas de barro, pero lo interrumpió un «hola» desde el sendero, más arriba. Al levantar la vista vio que Duncan Innes descendía cautelosamente la empinada pendiente, con el cuerpo inclinado para compensar el brazo que le faltaba. Llevaba puesta su espléndida chaqueta escarlata, con las vueltas de color azul y los botones dorados. Su transformación, de pescador de las Tierras Altas a próspero terrateniente bien ataviado, era asombrosa; hasta su actitud parecía haber cambiado; se le veía mucho más seguro de sí mismo.

Lo acompañaba un caballero entrado en años, alto y delgado, de aspecto muy pulcro, aunque raído; las escasas mechadas blancas, atadas hacia atrás, descubrían una frente alta, extendida por la calvicie. La boca se había

hundido por falta de dientes, pero retenía su curva humorística; los ojos eran azules y brillantes. La nariz larga y picuda, la ropa negra, descolorida y gastada, le daban el aspecto de un afable buitre.

—*A smeòraich* —saludó Duncan, complacido—. ¡Justamente la persona que deseaba encontrar! Confío en que estés preparado para tu enlace —añadió, contemplando con aire interrogante la chaqueta manchada del joven y su pelo lleno de hojarasca.

—¡Oh, sí! —Roger carraspeó, convirtiendo su cepillado en un breve golpeteo en el pecho, como para aflojar la flema—. Qué humedad para las bodas, ¿verdad?

—Dichoso el cadáver sobre el que cae la lluvia —añadió Duncan, riendo con cierto nerviosismo—. Ojalá no muramos de pleuresía antes de casarnos, ¿eh, muchacho? —Y se acomodó sobre los hombros la fina chaqueta carmesí, quitándose del puño una imaginaria mota de polvo.

—Estás muy elegante, Duncan —comentó Roger, con la esperanza de distraer la atención de su maltrecho estado—. ¡Todo un novio!

Su interlocutor enrojeció un poco tras el mostacho caído; la única mano retorció los botones blasonados de su chaqueta.

—Oh, bueno —dijo, algo azorado—. La señorita Yo dijo que no quería presentarse con un espantajo. —Y tosió, volviéndose abruptamente hacia su compañero, como si ante esa palabra hubiera recordado su presencia—. Señor Bug, éste es Roger Mac, de quien le hablé, el yerno de él.

Miró nuevamente a Roger, señalando con un gesto vago a su compañero, que se adelantó con la mano extendida y una reverencia tiesa, pero cordial.

—Arch Bug, *a Smeóraich*.

—A su servicio, señor Bug —saludó Roger cortésmente. Notó, con cierto sobresalto, que a la mano huesuda que estrechaba la suya le faltaban los dos primeros dedos.

—Hum —respondió el otro.

Su actitud indicaba que correspondía sinceramente al sentimiento.

—Qué amabilidad por parte del señor Fraser, caballero, y seguro de que no tendrá motivos para arrepentirse, claro que no, y se lo he dicho personalmente. No puedo expresarle a usted qué bendición ha sido, cuando no sabíamos de dónde vendría nuestra próxima comida, ni cómo

conseguiríamos cobijo. Debemos confiar en Cristo y en Nuestra Señora, le dije a Arch, eso le dije, y si tenemos que pasar hambre, lo haremos en estado de gracia. Y Arch me ha respondido...

Ante nosotros surgió una mujer pequeña y regordeta, tan entrada en años como su esposo y vestida con ropa igualmente gastada, pero bien zurcida. Como era tan baja, Roger no la había visto, pues la ocultaban los voluminosos faldones de la vetusta chaqueta de su marido.

—La señora Bug —le susurró Duncan, sin que hiciera falta.

—... y sin un penique con qué contar, y yo pensando qué iba a ser de nosotros, y entonces Sally McBride me dice que había sabido que Jamie Fraser necesitaba un buen...

El señor Bug sonrió sobre la cabeza de su esposa. Ella se interrumpió en medio de una frase, dilatados los ojos de espanto al ver la chaqueta de Roger.

—¡Pero mira eso! ¿Qué os ha sucedido, hijo? ¿Ha sido un accidente? ¿Se diría que alguien os ha derribado y arrastrado por los talones por encima del estiércol!

Sin aguardar respuesta, sacó un pañuelo limpio del abultado bolsillo que colgaba de su cintura. Después de echarle una generosa escupida, empezó a limpiar las manchas de la pechera.

—Oh, no es necesario... Es decir... eh... gracias. —Roger, que se sentía como atrapado en una especie de maquinaria, miró a Duncan esperando que él lo rescatara.

—Jamie Roy ha pedido al señor Bug que vaya a trabajar como capataz en el Cerro.

Duncan aprovechó la pausa que la tarea imponía a la señora Bug para ofrecer una explicación.

—¿Capataz? —Roger sintió un pequeño impacto ante esa palabra, como si alguien le hubiera dado un golpe debajo del esternón.

—Sí, para cuando él deba viajar al extranjero o esté ocupado con otros asuntos. Es cierto que los campos y los arrendatarios no se cuidan solos.

Duncan hablaba con un ligero tono de melancolía; era un sencillo pescador de Coigach, por lo que a menudo las responsabilidades de manejar una plantación grande le resultaban onerosas. Echó un vistazo al señor Bug, con un destello de codicia, como si pensara fugazmente en esconder a esa útil

persona en su bolsillo para llevársela a River Run. Claro que también debería llevarse a la señora Bug.

—Y tan buena suerte nos ha venido como anillo al dedo, y apenas ayer le decía a Arch que a lo sumo podríamos conseguir trabajo en Edenton o Cross Creek, él como marinero, pero es una vida tan peligrosa, ¿verdad? Todo el día mojado hasta los huesos, y los vapores mortíferos que salen de los pantanos, y el aire tan cargado de miasmas que no se puede respirar; y yo tal vez podría trabajar como lavandera en la ciudad mientras él estuviera de viaje, aunque no me gustaría nada, porque no nos hemos separado una sola noche desde que nos casamos, ¿verdad, amor mío?

Alzó una mirada devota a su alto esposo, que le sonrió con dulzura. A Roger se le ocurrió que el hombre debía de ser sordo. O que quizá apenas llevaban una semana casados.

—Habíamos pensado probar en Edimburgo —dijo el anciano. Su dicción era lenta y elegante, con la suave cadencia de las Tierras Altas.

«Conque no es sordo... —se dijo Roger— todavía».

—... pues yo tenía allá un primo que estaba relacionado con una empresa bancaria, y pensamos que tal vez él podría hablar con alguien...

—Pero yo era demasiado viejo y no tenía suficiente preparación...

—¡... y menuda suerte hubieran tenido de contar con él! Pero no, esos tontos no quisieron saber nada del asunto, así que hemos venido a intentar, si podemos...

Duncan buscó la mirada de Roger, disimulando una sonrisa bajo el mostacho, mientras la historia de las aventuras de los Bug manaba en ese estilo sincopado. El joven le devolvió la sonrisa, aunque en lo íntimo se esforzaba por desechar una insistente sensación de incomodidad.

No obstante, sólo en ese momento Roger cayó en la cuenta de que, inconscientemente, había supuesto que él sería la mano derecha de Jamie en esos asuntos. O cuanto menos, la izquierda.

Fergus ayudaba a Jamie en lo que podía, haciendo recados y llevando información, pero el hecho de que le faltara una mano limitaba su capacidad física; tampoco podía ocuparse de papeles y cuentas; Jenny Murray había enseñado a leer, a su manera, al huérfano francés adoptado por su hermano, pero nunca logró hacerle entender los números.

Conque Jamie pensaba que hasta un anciano medio baldado estaba en mejores condiciones que su yerno para atender los asuntos del Cerro de Fraser. La idea era inesperadamente amarga.

Él sabía que su suegro dudaba de su capacidad, más allá de la desconfianza natural que inspira en todo padre el hombre que se acuesta con su hija. Como Jamie carecía absolutamente de oído, no podía apreciar sus dones musicales. Y aunque Roger era trabajador y de buen tamaño, resultaba lamentablemente cierto que tenía muy pocos conocimientos prácticos sobre la cría de animales, la caza y el uso de armas mortíferas. Y, además, carecía de la gran experiencia del señor Bug en el manejo de una finca grande. Era el primero en admitir todo eso.

Pero él iba a convertirse en el yerno de Jamie. ¡Pero si el mismo Duncan acababa de presentarlo así! Aunque se hubiera educado en otra época, era un escocés de las Tierras Altas y sabía perfectamente que la sangre y el parentesco estaban por encima de todas las cosas.

Por lo habitual, cuando sólo había una hija, se consideraba que su esposo era el hijo varón de la casa; en cuanto a autoridad y respeto, sólo el jefe de la familia estaba por encima de él... a menos que tuviera un grave defecto: si fuera alcohólico notorio por ejemplo, o disoluto hasta lo criminal. O débil mental... ¡Santo Cielo!, ¿sería eso lo que Jamie pensaba de él? ¿Que era un idiota sin remedio?

—Siéntese, joven, que yo me ocuparé de este bonito desastre. —Era la señora Bug quien interrumpía sus lúgubres cavilaciones—. ¡Pero mire usted cómo está, todo embarrado y cubierto de manchas! ¿Estuvo peleando? Oh, bueno, espero que el otro haya quedado peor. No se hable más.

Antes de que él pudiera protestar, ya lo había sentado en una piedra y, después de sacar un peine del bolsillo y soltarle el pelo, se ocupó de su enredada melena con movimientos tan enérgicos que parecía que iba a arrancarle tiras de cuero cabelludo.

—Lo llaman Zorzal, ¿verdad?

—Oh, sí, pero no es por el color de sus hermosos cabellos —intervino Duncan, muy sonriente ante la obvia incomodidad del joven—. Es por su canto. Tiene la voz tan dulce como los ruiseñores.

—¿Canta? —exclamó la señora Bug, cautivada, dejando caer el mechón

—. ¿Era usted quien cantaba anoche? ¿*Ceannrára* y *Loch Ruadhainn*? ¿Y además tocando el *bodhran*?

—Bueno, tal vez —murmuró él con modestia.

La ilimitada admiración de la señora, expresada largamente, era un halago que lo hizo avergonzarse de ese momentáneo resentimiento contra su esposo.

«Después de todo —pensó, observando los muchos remiendos de su delantal y las arrugas de su cara—, es obvio que estos ancianos han pasado malos tiempos. Tal vez Jamie los ha contratado tanto por caridad como porque necesitaba ayuda».

Sintiéndose ya algo mejor, agradeció gentilmente a la señora Bug la asistencia prestada.

—¿Vendrán ahora a nuestro campamento? —preguntó, mirando al marido con aire inquisitivo—. Supongo que aún no conoce usted a la señora Fraser ni...

Lo interrumpió un ruido que parecía una alarma de bomberos; aunque lejana, era obvio que se estaba acercando. Como ya estaba familiarizado con ese estrépito no se sorprendió al ver que su suegro aparecía por una de las sendas que serpenteaban por la montaña, con Jem en los brazos, retorciéndose y chillando como gato escaldado.

Jamie, que parecía levemente intimidado, le entregó el niño. A falta de mejor inspiración, Roger metió uno de sus pulgares en aquella boca bien abierta, con lo que el alboroto cesó abruptamente. Todos se relajaron.

—¡Qué pequeño tan dulce! —La señora Bug se puso de puntillas para arrullar a Jem, mientras su abuelo, sumamente aliviado, se volvía para saludar al señor Bug y a Duncan.

«Dulce» no era el adjetivo que Roger habría escogido. «Loco de atar» era una expresión más adecuada.

—¿Dónde está Bree?

—Sólo Dios lo sabe y no quiere decirlo —respondió brevemente su suegro—. La he estado buscando por toda la montaña desde que el rorro despertó en mis brazos y decidió que no era feliz en mi compañía. —Después de olfatear con suspicacia la mano con que había sostenido a su nieto, se la limpió en los faldones de la chaqueta.

—Parece que tampoco le satisface la mía. —Jem había empezado a roerle

el pulgar; la baba le corría por la barbilla y goteaba sobre la muñeca de Roger —. ¿No has visto a Marsali?

Sabía que a Brianna no le gustaba que otra mujer amamantara a Jemmy, pero estaban ante una emergencia. Echó una mirada en derredor, con la esperanza de que hubiera por allí alguna madre lactante que se compadeciera de la criatura, si no de él.

—Vamos, dadme a ese pobre pequeñín —dijo la señora Bug, alargando los brazos. Por lo que a Roger concernía, pasó inmediatamente de entrometida charlatana a ángel de luz—. Bueno, bueno, *a leannan*, ya pasó todo.

Jemmy, que sabía reconocer la autoridad a primera vista calló inmediatamente y contempló a la mujer con ojos dilatados por un enorme respeto. Ella se sentó con el niño en el regazo y comenzó a atenderlo, con la misma eficiente firmeza con que había atendido a su padre. Roger se dijo que Jamie se había equivocado de Bug al elegir capataz.

No obstante, Arch estaba demostrando tanto su inteligencia como sus aptitudes con sensatas preguntas sobre el ganado, las cosechas, los arrendatarios, etcétera. «¡Pero si yo podría hacer todo eso!», pensó Roger, que seguía el diálogo con atención. «En parte», se corrigió honestamente, en cuanto la conversación viró hacia los parásitos. Tal vez Jamie estaba justificado en buscar a alguien con más conocimientos... pero él podía aprender, después de todo.

—¿Y quién es este chaval tan majo, eh? —La señora Bug se había puesto de pie, arrullando a Jemmy, ya respetablemente transformado. Siguiendo con un dedo romo la línea de aquella mejilla redonda, echó un vistazo a Roger—. Sí, sí, tiene los ojos del padre, ya se ve, ¿no?

Él enrojeció, olvidando por completo a los parásitos.

—¿Sí? Yo diría que se parece mucho más a su madre.

La anciana frunció los labios, estudiándolo con ojos entornados. Luego sacudió decididamente la cabeza, dando unas palmaditas a la coronilla de Jem.

—El pelo quizá no, pero el cuerpo sí, es el vuestro, joven. ¡Esos buenos hombros, bien anchos! —Después de un breve gesto de aprobación dirigido a Roger, besó al niño en la frente—. Y no me sorprendería que, con el tiempo,

tuviera los ojos verdes. Recordad lo que os digo, joven: cuando crezca será vuestra viva imagen. ¿Verdad que sí, hombrecito? —añadió, hociqueando a Jemmy—. Serás un mozo grande y fuerte como tu papá, ¿no es cierto?

«Es el tipo de cosas que se dicen siempre», se recordó a sí mismo, tratando de apagar el absurdo arrebatado de placer que le causaban esas palabras. «Las viejas siempre dicen que los críos se parecen a uno o a otro». De pronto descubrió que temía admitir siquiera la posibilidad de que Jemmy pudiera ser suyo, de tanto como lo deseaba. Se dijo con firmeza que no importaba; fuera o no de su sangre, por supuesto que lo amaría y cuidaría como a un hijo. Pero sí que importaba, ¡y de qué manera!

Antes de que pudiera decir nada a la mujer, el señor Bug se volvió hacia él, para incluirlo cortésmente en la conversación de los hombres.

—¿MacKenzie? —dijo—. ¿Es usted de los MacKenzie de Lorridon? ¿O quizá de Kilmarnock?

—Roger Mac es pariente mío, por parte de madre —dijo Jamie despreocupadamente—. De los MacKenzie de Leoch, ¿verdad?

—¿Ah, sí? —Arch Bug parecía impresionado—. ¡Pues sí que ha llegado lejos, muchacho!

—Oh, no más que usted, señor, sin duda... o cualquiera de los que están aquí. —Roger señaló con un breve gesto montaña arriba, desde donde llegaban, flotando en el aire húmedo, gritos gaélicos y música de gaitas.

—¡No, no, joven! —La señora Bug se incorporó a la conversación, con Jemmy apoyado contra el hombro—. No es eso lo que Arch quiere decir. Es que está usted muy lejos de los otros.

—¿De qué otros? —Roger intercambió una mirada con Jamie, quien se encogió de hombros, igualmente intrigado.

—Los de Leoch —alcanzó a decir Arch, antes de que su esposa cogiera el hilo del diálogo entre sus dientes.

—Nos enteramos en el barco, ¿saben? Había un grupo grande de los MacKenzie, todos de las tierras que están al sur del viejo castillo. Cuando su señor se marchó con el primer grupo, aquéllos se quedaron, pero ahora querían ir a reunirse con lo que resta del clan, para ver si podían cambiar su suerte porque...

—¿El señor? —la interrumpió Jamie, áspero—. ¿No era Hamish Mac

Callum?

Hamish, hijo de Colum, tradujo Roger para sus adentros. E hizo una pausa. Es decir, Hamish Mac Dougal. Pero en el mundo había sólo cinco personas que lo supieran. Ahora, quizá sólo cuatro.

La anciana asintió enfáticamente.

—Sí, sí, así lo llamaban ellos. Hamish Mac Callum MacKenzie, señor de Leoch. El tercero. Así lo dijeron. Y...

Al parecer, Jamie había encontrado la manera de entenderse con la señora Bug; por medio de implacables interrupciones, logró extraerle la historia en menos tiempo del que su yerno habría creído posible. El castillo de Leoch había sido destruido por los ingleses en la purga de las Tierras Altas que siguió a Culloden. Jamie conocía esa parte, pero después, prisionero él también, no había tenido noticias del destino de quienes vivían allí.

—Y no tuve valor para preguntar —añadió, con una melancólica inclinación de cabeza.

Los Bug intercambiaron una mirada, suspirando al unísono, con los ojos ensombrecidos por el mismo deje triste que apagaba la voz de Jamie. Era una expresión a la que Roger estaba ya muy habituado.

—Pero si Hamish Mac Callum aún vive... —Jamie, que no había retirado la mano de su hombro, se lo estrechó con fuerza al decir esto—. Es una noticia que alegra el corazón, ¿no?

Y sonrió con tan obvia alegría, que Roger, inesperadamente, sintió brotar en su cara una enorme sonrisa a modo de respuesta.

—Sí —dijo, aligerado el peso en su corazón—. ¡Sí, eso es!

El hecho de que no tuviera la menor idea de quién era Hamish Mac Callum MacKenzie no tenía ninguna importancia; el hombre era en verdad un pariente, de su misma sangre, y la idea lo regocijaba.

—¿Sabéis adónde han ido? —inquirió su suegro—. ¿Hamish y sus seguidores?

A Acadia... no, a Canadá, respondieron los Bug. ¿O a Nueva Escocia? ¿A Maine? No... a una isla, decidieron, después de una compleja consulta mutua. O quizá...

Jemmy los interrumpió con un aullido que indicaba su inminente fallecimiento por inanición. La señora Bug dio un respingo, como si alguien

le hubiera clavado un palo.

—Debemos llevar a este pobre pequeño con su mamá —dijo en tono de reproche, repartiendo imparcialmente su mirada fulminante entre los cuatro hombres, como si los acusara colectivamente de una conspiración para asesinar al niño—. ¿Dónde está su campamento, señor Fraser?

—Yo la guiaré, señora —se ofreció precipitadamente Duncan—. Acompañeme usted.

Roger echó a andar tras los Bug, pero Jamie lo retuvo poniéndole una mano en el brazo.

—No; deja que Duncan los lleve —dijo, despidiéndose de la pareja con una inclinación de cabeza—. Más tarde hablaré con Arch. Ahora tengo algo que decirte, *a chliamhuinn*.

Roger sintió que se ponía algo tenso ante ese término formal. ¿Había llegado el momento en que Jamie le diría qué defectos de carácter y formación lo hacían inadecuado para asumir la dirección de las cosas en el Cerro de Fraser?

Pero no: su suegro estaba sacando un papel arrugado de su *sporrán*. Se lo entregó con una leve mueca de disgusto, como si le quemara en la mano. Roger lo recorrió velozmente con los ojos; luego apartó la vista del breve mensaje del gobernador.

—Milicia. ¿Cuándo?

Jamie encogió un hombro.

—Nadie lo sabe, pero antes de lo que cualquiera querría, supongo. —Dedicó al joven una sonrisa desmayada y triste—. ¿Has oído las conversaciones habidas en torno al fuego?

Roger asintió con seriedad. Había escuchado los diálogos entre una canción y otra, durante las competiciones de tiro de piedra, entre los pequeños grupos que bebían bajo los árboles, el día anterior. En el tiro del tronco había comenzado una pelea a puñetazos, rápidamente sofocada sin que se hubieran producido daños; pero la ira pendía como una fetidez en el aire de la congregación.

Jamie se pasó una mano por la cara y el pelo. Luego se encogió de hombros, suspirando.

—Tuve suerte al encontrarme hoy con Arch Bug y su esposa. Si se llega a

la lucha (y supongo que así será, si no ahora, más adelante), Claire vendrá con nosotros. Y no me gustaría dejar que Brianna se las arreglara sola. Pero se puede solucionar.

Roger sintió que lo abandonaba el pequeño peso de la duda; de pronto lo veía todo claro.

—Sola. ¿Eso significa que... deseas que te acompañe? ¿Para ayudarte a reclutar hombres para la milicia?

Jamie lo miró con aire sorprendido.

—Por supuesto. ¿Quién, si no?

Y ciñó los bordes de su manta a los hombros, encorvado contra el viento que arreciaba.

—Vamos, pues, capitán MacKenzie —dijo, con una nota irónica en la voz—. Tenemos mucho que hacer antes de su boda.

9

La semilla de la discordia

Una parte de mi mente estaba en el pólipo nasal de un esclavo de Farquard Campbell; la otra, en el gobernador Tryon. De los dos era el pólipo quien me inspiraba más compasión, y mis intenciones eran acabar con él cauterizándolo con un hierro caliente.

Parecía muy injusto, me dije, ceñuda, mientras esterilizaba el bisturí y ponía el más pequeño de mis cauterizadores en un cuenco de brasas.

¿Sería ése el comienzo? ¿O uno de ellos? Terminaba 1770; en cinco años más, las trece colonias estarían en guerra. Pero cada una llegaría a ese punto por un proceso distinto. Después de haber vivido tanto tiempo en Boston, sabía, por los textos escolares de Bree, cómo había sido el proceso en Massachusetts... o cómo sería. Los impuestos, la masacre de Boston, Harbor, Hancock, Adams, el Partido del Té, todo eso. Pero en Carolina del Norte ¿cómo había sucedido? Es decir, ¿cómo sucedería?

Bien podía estar produciéndose ya. El disentimiento hervía a fuego lento desde hacía varios años, entre los plantadores de la costa oriental y los curtidos moradores de la zona occidental. Los reguladores surgían, en su mayoría, de entre estos últimos; los primeros apoyaban de todo corazón a Tryon, es decir: a la Corona.

—¿Ya estás bien?

Había dado al esclavo un buen sorbo de *whisky* medicinal para insuflarle

fuerzas. Le sonreí como dándole aliento y él asintió; parecía inseguro, pero resignado.

Yo nunca había oído hablar de los reguladores, pero allí estaban, pese a todo. Y a esas alturas, con lo que yo había visto, sabía cuánto omiten los libros de Historia. ¿Acaso las semillas de la revolución se estaban sembrando directamente ante mis narices?

Con un murmullo tranquilizador, me envolví la mano izquierda con una servilleta de hilo y, sujetando con firmeza el mentón del esclavo, metí el escalpelo por su fosa nasal. Corté el pólipo con un diestro movimiento de la hoja; la sangre manó a borbotones, caliente, a través del paño que me rodeaba la mano, pero al parecer no había mucho dolor. El esclavo parecía sorprendido, pero no inquieto. Apreté el paño con fuerza contra la nariz del hombre, para detener la sangre y luego lo retiré. Antes de que la sangre volviera a manar, presioné el hierro caliente, esperando haberlo hecho en el punto correcto.

El esclavo emitió un sonido estrangulado, pero no se movió, aunque las lágrimas le corrían por las mejillas, mojadas y calientes contra mis dedos. El olor a carne chamuscada y sangre era el mismo que surge de las barbacoas. Mi estómago lanzó un fuerte gruñido. Los ojos dilatados y enrojecidos del esclavo se encontraron con los míos, atónitos. Viendo que mi boca se contraía, dejó escapar una débil risita entre las lágrimas y los mocos.

Retiré el hierro, con el paño preparado. No hubo más sangre. Entonces incliné bien hacia atrás la cabeza del hombre, bizqueando para mirar dentro de su nariz, y tuve el gusto de detectar una marca pequeña y limpia en la parte alta de la mucosa.

El hombre no hablaba inglés; le sonreí, pero al hablar me dirigí a su compañera, una joven que no le había soltado la mano durante toda esa dura prueba.

—Se repondrá perfectamente. Por favor, dile que no se quite la costra. Si se hincha, si hay pus o fiebre...

Hice una pausa; el resto de la frase debía ser «... consulta inmediatamente con tu médico», pero eso no era posible.

—Consulta con tu ama —dije a cambio, de mala gana—. O busca a una curandera que sepa de hierbas.

Por lo poco que sabía, la actual señora Campbell era joven y bastante aturullada. Aun así, en cualquier plantación, el ama debía saber cómo tratar una fiebre. Y si aquello pasaba de una simple infección a la septicemia... en cualquier caso nadie podría hacer mucho por él.

Me despedí del esclavo dándole una palmada en el hombro y llamé al siguiente paciente.

Una infección: eso era lo que se estaba gestando. En general todo parecía tranquilo; al fin y al cabo, la Corona estaba retirando todas sus tropas. Pero sin duda perduraban decenas, cientos, millares de diminutos gérmenes de discordia, conformando bolsas de conflicto en todas las colonias. La regulación era sólo uno de ellos.

Tenía a mis pies un pequeño cubo de alcohol destilado para desinfectar los instrumentos. Hundí el cauterizador en él y luego volví a ponerlo en el fuego. El alcohol se encendió con un breve *¡pif!*, sin levantar llama.

Tuve una sensación desagradable, como si la nota escrita que en esos momentos quemaba el *sporrán* de Jamie fuera una llama similar, aplicada a una entre un millón de pequeñas mechas. Algunas serían sofocadas; otras se apagarían por sí solas. Pero unas cuantas seguirían ardiendo, chamuscando un camino destructivo a través de hogares y familias. El final sería una escisión limpia, pero correría mucha sangre antes de que el hierro caliente de las armas pudiera cauterizar la herida abierta.

¿Acaso Jamie y yo jamás tendríamos un poco de paz?

—Allí está Duncan MacLeod. Posee trescientos acres cerca del río Yadkin, pero no hay nadie allí, salvo él y su hermano.

Jamie se frotó la cara con una manga para secar el brillo de humedad que se le adhería y le calaba hasta los huesos. Después de parpadear para despejar la vista, se sacudió como los perros, esparciendo las gotas que se le habían condensado en el pelo. Luego prosiguió, señalando la voluta de humo que marcaba la fogata de MacLeod:

—Pero es pariente del viejo Rabbie Cochrane. Rabbie no ha venido a la congregación; creo que está enfermo de hidropesía. Pero tiene once hijos ya mayores, diseminados por las montañas como granos de maíz. Roger, dedícale a MacLeod todo el tiempo que sea necesario; asegúrate primero de

que venga porque quiere hacerlo; luego le dices que mande aviso a Rabbie. Dile que nos reuniremos en el Cerro de Fraser dentro de quince días.

Vaciló, con una mano en el brazo de Roger para impedir que partiera abruptamente. Con los ojos entornados ante el resplandor, sopesó las posibilidades. Habían visitado juntos tres campamentos y contaban con la palabra de cuatro hombres. ¿Cuántos más podrían hallar en la congregación?

—Cuando acabes con Duncan ve a los corrales de ovejas. Allí estará seguramente Angus Og. ¿Conoces a Angus Og?

Roger asintió, esperando que fuera quien él creía. En la última semana le habían presentado al menos a cuatro hombres llamados Angus Og, pero uno de ellos iba seguido por un perro y hedía a lana cruda.

—Og Campbell, ¿verdad? ¿Encorvado como un anzuelo y con un ojo desviado?

—Ése es, sí. —Jamie hizo un gesto de aprobación aflojando la mano—. Está demasiado cojo para combatir, pero se encargará de que vayan sus sobrinos y divulgará la noticia entre los asentamientos próximos a High Point. Conque tenemos a Duncan, Angus... ah, sí: Joanie Findlay.

—¿Joanie?

Fraser sonrió de oreja a oreja.

—La vieja Joan, la llaman. Acampa cerca de mi tía. Ella y Iain Mhor, su hermano.

Roger asintió, dubitativo.

—Bien. Pero es con ella con quien debo hablar, ¿verdad?

—A la fuerza —dijo Jamie—. Iain Mhor no puede hablar. Pero ella tiene otros dos hermanos y dos hijos varones en edad de combatir. Los enviará.

Alzó la mirada al cielo. Quedaban tal vez dos horas de buena luz.

—Con eso basta —decidió, secándose la nariz con la manga—. Vuelve a la fogata cuando hayas terminado con la vieja Joan, y comeremos algo antes de tu boda, ¿vale?

Despidió a Roger con una ceja arqueada y una leve sonrisa. Luego le volvió la espalda, pero antes de que el joven pudiera dar un paso giró otra vez.

—Diles enseguida que eres el capitán MacKenzie —le aconsejó—. Te prestarán más atención.

Y se alejó a grandes pasos, en busca de los candidatos más recalcitrantes de su lista.

La fogata de MacLeod humeaba en la bruma como una chimenea. Roger se dirigió hacia allí, repitiendo los nombres por lo bajo: «Duncan MacLeod, Rabbie Cochrane, Angus Og Campbell, Joanie Findlay... Duncan MacLeod, Rabbie Cochrane...». No había ninguna dificultad; con tres repeticiones lo grababa todo, ya fuera la letra de una nueva canción, los datos de un libro de texto o las instrucciones sobre la psicología de posibles reclutas para la milicia.

Le parecía razonable buscar allí a los escoceses que vivían apartados antes de que se dispersaran hacia sus granjas y sus cabañas. Y lo reconfortaba el hecho de que hasta el momento los hombres abordados hubieran aceptado el reclutamiento sin más que una mirada furibunda y un carraspeo de resignación.

Capitán MacKenzie... El título que Fraser le había otorgado tan despreocupadamente le provocaba un azorado orgullo.

Al mismo tiempo, tenía que admitir que experimentaba un pequeño escozor de entusiasmo. Tal vez aquello, por el momento, fuera sólo jugar a la guerra. Pero la idea de marchar con un regimiento de milicianos, con los mosquetes al hombro y el olor a pólvora en las manos...

Faltaban sólo cuatro años, se dijo, para que los milicianos pisaran la hierba de Lexington. Hombres que, en un principio, no eran más soldados que aquéllos con quienes hablaba en medio de la lluvia, no más que él. Ser consciente de ello le erizó la piel y se le asentó en el vientre con un extraño peso de importancia.

Ya se avecinaba. ¡Santo Cielo!, se avecinaba de verdad.

MacLeod no presentó ningún problema; sin embargo, tardó más de lo que esperaba en encontrar a Angus Og Campbell, hundido entre ovejas hasta el trasero e irascible por la interrupción. Lo de «capitán MacKenzie» no causó mucho efecto en ese viejo cretino; más suerte tuvo al invocar al «coronel Fraser», pronunciado con cierto dejo de amenaza. Angus Og se mordió el largo labio superior con malhumorada concentración; luego asintió de mala gana y volvió a sus negociaciones con un gruñón: «Lo haré saber, sí».

Cuando ascendió nuevamente hacia el campamento de Joan Findlay, la llovizna había cesado y las nubes comenzaban a abrirse.

Se llevó la sorpresa de descubrir que «la vieja Joan» era una mujer atractiva, de unos treinta y cinco años, con penetrantes ojos de color avellana que lo observaron con interés bajo los pliegues de su *arisaid* mojado.

—Conque a eso hemos llegado, ¿eh? —dijo, tras la breve explicación de su visitante—. Casi lo esperaba, después de escuchar lo que aquel muchacho dijo esta mañana.

Se tocó reflexivamente los labios con el mango de la cuchara de madera.

—Tengo una tía que vive en Hillsborough, ¿sabe usted?, con una habitación en la Casa del Rey. Justo enfrente está la casa de Edmund Fanning... es decir, estaba. —Soltó una carcajada breve, sin humor—. Me ha escrito. Dice que la muchedumbre llegó agitada por la calle, blandiendo palos como un tropel de demonios. Arrancaron de sus cimientos la casa de Fanning y la arrastraron con cuerdas, frente a los ojos de mi tía. Así que ahora debemos enviar a nuestros hombres para que saquen las castañas del fuego por Fanning, ¿verdad?

Roger se mostró cauteloso; había oído muchas cosas sobre Edmund Fanning, que distaba de ser querido.

—No sabría qué decirle, señora Findlay —manifestó—. Pero el gobernador...

Joan Findlay bufó de manera expresiva.

—¡El gobernador! —exclamó, escupiendo al fuego—. ¡Bah! Más bien, los amigos del gobernador. Pero así son las cosas y así serán siempre: los pobres deben verter su sangre por el oro del rico.

Se volvió hacia dos niñas que se habían materializado detrás de ella, silenciosas como pequeños fantasmas envueltos en chales.

—Annie, ve a buscar a tus hermanos. Tú, Joanie, remueve la olla. Cuida de rascar bien el fondo, para que no se queme.

Después de entregar la cuchara a la más pequeña, se alejó, indicando a Roger que la siguiera.

El campamento era miserable: apenas una manta de lana estirada entre dos matas para proporcionar algún abrigo. Joan Findlay se agachó ante la cueva así formada y Roger la imitó, agachándose para mirar por encima del

hombro de la mujer.

—*A bhràthair*, ha venido el capitán MacKenzie —dijo ella, alargando una mano hacia el hombre que yacía en un jergón de hierba seca, bajo la manta.

Roger sintió una brusca impresión al verlo, pero se dominó. En la Escocia de su época se habría dicho que era espástico; ¿qué nombre le darían ahora? Tal vez ninguno; Fraser se había limitado a decir que no podía hablar.

No, y tampoco moverse debidamente. Sus miembros huesudos estaban consumidos; su cuerpo, contraído en ángulos imposibles. Sus movimientos espasmódicos habían movido el edredón que lo cubría, amontonándolo entre sus piernas, con lo que el torso quedaba expuesto; en sus forcejeos, se había quitado a medias la camisa. La piel pálida de los hombros y las costillas relumbraba en la sombra en fríos tonos azules.

Joan Findlay le cubrió la mejilla con una mano para girarle la cabeza, a fin de que pudiera mirar a Roger.

—Mi hermano Iain, señor MacKenzie —presentó con voz firme, como si lo desafiara a reaccionar.

La cara también estaba distorsionada, con la boca torcida y babeante, pero en aquella ruina humana había un bello par de ojos color avellana, llenos de inteligencia, que sostuvieron la mirada del visitante. Roger, dominando firmemente sus sentimientos y sus propias facciones, alargó la mano para estrechar la garra del enfermo. La sensación fue terrible: huesos agudos y frágiles bajo una piel tan fría que bien habría podido ser la de un cadáver.

—Iain Mhor —dijo con suavidad—. He oído hablar de usted. Jamie Fraser os envía sus saludos.

Los párpados descendieron en un delicado gesto de reconocimiento; luego tornaron a subir y contemplaron a Roger con tranquila inteligencia.

—El capitán ha venido para reclutar milicianos —dijo Joan, detrás del visitante—. El gobernador ha dado órdenes. Parece que está cansado de los disturbios y el desorden, según dice, y quiere acabar con eso por la fuerza.

Su voz encerraba un fuerte tono de ironía.

Los ojos de Iain Mhor se detuvieron en la cara de su hermana. Su boca se movía, luchando por recobrar la forma; el pecho angosto se tensó con el esfuerzo. De él emergieron unas pocas sílabas roncas, espesas de saliva.

Luego cayó hacia atrás, respirando con fuerza, la vista fija en Roger.

—Pregunta si se le pagará al que se reclute, capitán —tradujo Joan. Roger vaciló. Jamie había previsto esa pregunta, aunque no había una respuesta definitiva. Pero la franqueza lo obligó a responder.

—No sé. Aún no se ha anunciado nada... pero tal vez se haga.

El pago de un reclutamiento dependía de la respuesta que tuviera la convocatoria del gobernador; si la sola orden producía tropas insuficientes, las autoridades podían considerar adecuado ofrecer un mejor incentivo a los milicianos que respondieran al llamamiento.

En los ojos de Iain Mhor chispeó una expresión desencantada, casi inmediatamente reemplazada por otra de resignación. Cualquier ingreso habría sido bien recibido, pero en realidad no lo esperaban.

—¡Qué se le va a hacer!

La voz de Joan expresaba la misma resignación. Roger la oyó apartarse hacia un lado, pero aún seguía preso de aquellos ojos avellana, de largas pestañas, que sostenían su mirada sin ceder, curiosos. No estaba seguro de poder retirarse sin más; quería ofrecer ayuda, pero ¿había ayuda posible?

Alargó una mano hacia la camisa abierta y el edredón enredado. Era poco, pero mejor que nada.

—¿Me permite?

Los ojos avellana se cerraron durante un instante y volvieron a abrirse con aquiescencia. Él se dedicó a ponerlo todo en su sitio, Iain Mhor, aunque consumido, era asombrosamente pesado y levantarlo desde ese ángulo resultaba difícil.

Aun así no tardó más que un momento; el hombre quedó decentemente cubierto y mejor abrigado. Roger sostuvo nuevamente su mirada; luego, con una inclinación de cabeza y una sonrisa turbada, retrocedió hasta salir de aquel nido revestido de hierbas, tan mudo como el mismo Iain Mhor.

Los dos hijos varones de Joan Findlay ya estaban allí, junto a su madre; eran robustos muchachos de dieciséis y diecisiete años, que observaban al visitante con cautelosa curiosidad.

—Éste es Hugh —indicó ella, estirándose para apoyar una mano en su hombro. Luego hizo lo mismo con el otro—: Y éste, Iain Og.

Roger inclinó cortésmente la cabeza.

—A su servicio, caballeros.

Los muchachos intercambiaron una mirada; luego bajaron la vista, sofocando una gran sonrisa.

—Bien, capitán MacKenzie. —La voz de Joan remarcó el título—. Si le presto a mis hijos, ¿me promete usted enviarlos a casa sanos y salvos?

Los ojos de color avellana de la mujer eran tan agudos e inteligentes como los de su hermano..., y tampoco cedían. Él reunió fuerzas para no apartar la vista.

—Hasta donde esté mi poder, señora... cuidaré de que estén a salvo.

La mujer elevó apenas el borde de la boca; sabía perfectamente qué estaba en su poder y qué no. Aun así sonrió, dejando caer las manos a los lados.

—Irán.

Entonces él se despidió. Mientras se alejaba, su confianza le pesaba en los hombros.

Los regalos de la abuela Bacon

Una vez atendido el último de mis pacientes, me despecé con fruición. De unos cuantos pacientes podía decir, sin faltar a la verdad, que los había salvado de infecciones graves y hasta de la muerte. Y había dado una versión más de mi propio sermón de la montaña, predicando el evangelio de la nutrición y la higiene a las multitudes reunidas.

—Bienaventurados quienes comen verduras, porque conservarán sus dientes —murmuré a un cedro.

Me detuve para arrancar algunas de sus fragantes bayas y trituré una con la uña del pulgar, disfrutando de su aroma limpio y penetrante.

—Bienaventurados los que se lavan las manos después de limpiarse el trasero —añadí, apuntando con un dedo amonestador a un arrendajo azul—, pues ellos no enfermarán.

El campamento ya estaba a la vista y, con él, la deliciosa perspectiva de una taza de té caliente.

—Bienaventurados quienes hierven el agua —le dije al pájaro—, pues ellos serán llamados salvadores de la humanidad.

—¡Señora Fraser! ¡Señora! —gorjeó una vocecita junto a mí, interrumpiendo mis ensoñaciones.

Al bajar la vista me encontré con Eglantine Bacon, de siete años, y Pansy, su hermana menor: un par de niñas pelirrojas, de cara redonda y pecosa.

—Ah, hola, querida. ¿Cómo estás? —pregunté, sonriéndole. Bastante bien, a juzgar por su aspecto; en los niños, la enfermedad suele ser visible a simple vista; las pequeñas Bacon desbordaban salud.

—Muy bien, señora, muchas gracias. —Eglantine me hizo una breve reverencia, luego dio un empujón a la cabeza de Pansy para que hiciera lo mismo...

Una vez observadas las reglas de cortesía (los Bacon eran gente de ciudad, que habían enseñado buenos modales a sus niñas), Eglantine hundió la mano en su bolsillo y me entregó un gran envoltorio de tela.

—La abuela Bacon os envía este regalo —explicó orgullosamente, mientras yo desplegaba la tela. Resultó ser una cofia enorme, decorada con encajes y cintas de color malva—. Este año no ha podido venir a la congregación, pero dijo que debíamos traerle esto y darle las gracias por el remedio que le envió usted para su... reu-ma-tismo.

Pronunció la palabra con cuidado, frunciendo la cara al concentrarse; luego se relajó, radiante de orgullo por haberlo hecho todo correctamente.

—¡Muchas gracias! ¡Qué bonita! —Levanté la cofia para admirarla, mientras se me ocurrían unas cuantas cosas sobre la abuela Bacon.

Me dio cara a cara su opinión, de que era indecoroso, en una mujer de mi edad, no usar gorra ni pañuelo, algo censurable en la esposa de un hombre tan importante; más aún, tan sólo «las busconas de los andurriales y las mujeres de baja condición» llevaban el pelo suelto sobre los hombros. Yo me limité a reír, sin prestarle atención, y le di una botella de *whisky* bastante bueno, con instrucciones de beber un poquito con el desayuno y después de la cena.

La mujer, que no dejaba deudas impagadas, había decidido pagarme a su manera.

—¿No va usted a ponérsela? —Eglantine y Pansy me miraban con aire confiado—. La abuelita nos dijo que debía ponérsela, para que pudiéramos decirle cómo le quedaba.

—¿Eso dijo?

Al parecer, no había remedio. Me encasqueté la cofia, que me caía sobre la frente, casi hasta el puente de la nariz, y rodeaba mis mejillas de envolturas encintadas, haciéndome sentir como una ardilla que espiara desde su madriguera.

Eglantine y Pansy palmotearon en un paroxismo de placer. Me pareció oír sofocados ruidos de diversión a mis espaldas, pero no me giré.

—Decid a vuestra abuelita que le agradezco este encantador regalo, ¿de acuerdo?

Les di a las niñas unas palmaditas en la cabeza y caramelos de melaza, antes de enviarlas a reunirse con su madre. En el momento en que alzaba una mano para quitarme esa excrecencia de la cabeza, caí en la cuenta de que la madre estaba allí: probablemente había estado desde un principio, acechando detrás de un placaminero.

—¡Oh! —exclamé, convirtiendo mi ademán en un intento de reacomodar el blando tocado. Levanté con un dedo la parte colgante, para ver mejor—. ¡Señora Bacon! No la había visto a usted.

—Hola, señora Fraser.

La cara de Polly Bacon mostraba un delicado color rosado, sin duda provocado por el frío. Tenía los labios muy apretados, pero le bailaban los ojos bajo el volante de su correctísima cofia.

—Las niñas querían entregarle eso —dijo. Tuvo el tacto de no mirarla—. Pero mi suegra os ha enviado otro pequeño regalo. Me pareció que sería mejor dárselo yo misma.

Desaté el cordel, y dejé caer en mi palma una pequeña cantidad de semillas diminutas, de color pardo oscuro.

—¿Qué es? —le pregunté a Polly, intrigada.

—No sé qué nombre tiene en nuestro idioma —respondió ella—. Los indios la llaman *dauco*. La abuela Bacon es nieta de una curandera catawba, ¿lo sabía usted? De ella aprendió a usar esas semillas.

—¿De verdad? —Ahora comprendía que el dibujo me resultara familiar: debía de ser la planta que Nayawenne me había mostrado una vez, la planta de las mujeres. No obstante pregunté, para mayor seguridad—: ¿Para qué sirve?

En las mejillas de Polly aumentó el rubor. Antes de inclinarse hacia mí recorrió el claro con la vista, para asegurarse de que nadie pudiera oírnos.

—Para impedir que una quede embarazada. Tomas una cucharadita todos los días, en un vaso de agua. Todos los días, ¿entiende? Entonces la semilla del hombre no arraiga en el vientre femenino.

Sus ojos se enfrentaron a los míos; a su destello divertido se agregaba algo más serio.

—La abuela se dio cuenta de que es usted mujer de conjuros. Y siendo así, a menudo tendrá que ayudar a las mujeres que sufren abortos, por no hablar de lo que se padece al perder a un niño que nace vivo... Me encomendó decirle que más vale prevenir que curar.

—Dígale a su suegra que se lo agradezco mucho —manifesté con sinceridad.

A la edad de Polly, la mayoría de las mujeres tenían cinco o seis hijos y se las veía desgastadas por la sucesión de embarazos inoportunos; ella, con sólo dos niñas, carecía de ese aspecto. Obviamente, las semillas eran efectivas.

La sonrisa estalló en su cara.

—Se lo diré. ¡Ah!... dijo algo más. Que su abuela le dijo que era magia de mujeres; así que no se la mencione a ningún hombre.

Sí, era comprensible que el remedio de la vieja abuela Bacon fuera ofensivo para algunos hombres. ¿Sería Roger uno de éstos?

Tras despedirme de Polly Bacon, llevé mi cofre a nuestro cobertizo y guardé cuidadosamente en él aquel saquito de semillas. Una utilísima adquisición para mi farmacopea, si Nayawenne y la abuela Bacon estaban en lo cierto. Además, era un regalo muy oportuno, teniendo en cuenta mi anterior conversación con Bree.

Aún era más valioso que el pequeño montón de pieles de conejo que había acumulado, aunque éstas fueran bien recibidas. Levanté la tapa de una cesta vacía; las guardaría allí para el viaje de regreso.

—... Stephen Bonnet.

El nombre se clavó en mis oídos como una picadura de araña, haciendo que dejara caer ruidosamente la tapa del cesto. De inmediato eché una mirada a mi alrededor, pero no vi ni a Brianna ni a Roger. Jamie estaba de espaldas a mí, pero era él quien había hablado.

Me quité la cofia y, después de colgarla cuidadosamente de una rama de cornejo, salí decidida para reunirme con él.

* * *

No sé de qué estaban hablando los hombres, pero se interrumpieron al verme. El teniente Hayes se marchó, después de agradecerme una vez más la asistencia quirúrgica. Su cara redonda y blanda no revelaba nada.

—¿Qué pasa con Stephen Bonnet? —pregunté en cuanto él estuvo demasiado lejos para oírme.

—Eso era lo que yo le estaba preguntando, *Sassenach*. ¿Ya está listo el té? —Jamie se acercó al fuego, pero yo lo detuve poniéndole una mano en el brazo.

—¿Por qué? —inquirí.

Como no lo soltara, se enfrentó a mí de mala gana.

—Porque quiero saber dónde está —dijo, sin alterarse. No se molestó en fingir que no me entendía. Una sensación de frío me aleteó en el pecho.

—¿Hayes sabe dónde está? ¿Ha sabido algo de Bonnet?

Él movió la cabeza, mudo. Me estaba diciendo la verdad. Cuando aflojé los dedos, aliviada, él retiró el brazo; lo hizo sin enfado, con una objetividad tranquila y decidida.

—¡Claro que es asunto mío! —apunté, respondiendo al gesto.

Hablaba en voz baja, mirando a mi alrededor para asegurarme de que ni Bree ni Roger me oyeran. Él no estaba a la vista; ella estaba de pie junto a la hoguera, sumida en conversación con los Bug. Me volví nuevamente hacia Jamie.

—¿Para qué buscas a ese hombre?

—¿No es prudente saber de dónde puede venir el peligro? —me contestó sin mirarme; con una sonrisa y un movimiento de cabeza saludó a Fergus, que se encontraba a mi espalda.

Regresó la sensación fría, penetrante, como si alguien me hubiera perforado el pulmón con una astilla de hielo.

—¡Oh!, claro —dije, con toda la desenvoltura posible—. Quieres saber dónde está para evitar ir allí, ¿no?

Algo parecido a una sonrisa le cruzó la cara.

—Exactamente para eso —dijo.

Dada la escasez de población en Carolina del Norte, en general, y lo lejos que estaba el Cerro de Fraser, en particular, las posibilidades de que tropezáramos accidentalmente con Stephen Bonnet eran mínimas. Había un solo motivo para que deseara localizar a Stephen Bonnet... y yo lo sabía perfectamente.

—Jamie. —Volví a ponerle una mano en el brazo—. Déjalo en paz. Por favor.

Él me cubrió la mano con la suya, pero el gesto no me tranquilizó.

—No te preocupes, *Sassenach*. Me he pasado la semana preguntando por toda la congregación. No se le ha visto en ningún punto de la colonia.

—Mejor así —dije. Pero no se me escapaba el hecho de que él había estado buscando a Bonnet con asiduidad, sin decirme nada. Y por añadidura no me prometía dejar de buscarlo.

—Déjalo en paz —repetí por lo bajo—. Ya vamos a tener demasiados problemas. No necesitamos más.

Él me había atraído hacia sí para impedir interrupciones; percibí su poder en el contacto: su brazo bajo mi mano, su muslo rozando el mío.

—Has dicho que es asunto tuyo. —Sus ojos estaban serenos; la luz de otoño decoloraba su tono azul—. Yo sé que es mío. ¿Me apoyas o no?

¡Maldita sea! Iba en serio, sólo había un motivo para buscar a Stephen Bonnet.

Giré sobre mis talones, arrastrándolo conmigo, de modo que ambos quedamos mirando al fuego, muy juntos y con los brazos entrelazados. Brianna, Marsali y los Bug escuchaban embelesados a Fergus, quien estaba relatando algo, con la cara encendida por el frío y la risa, Jemmy nos miraba por encima del hombro de su madre, con los ojos redondos y llenos de curiosidad.

—Debes pensar en ellos —le dije, con la voz grave y trémula de apasionamiento—. Y en mí. ¿No crees que Stephen Bonnet ya les ha hecho bastante daño?

—Sí, más que bastante.

Me estrechó contra sí. Aunque sentía su calor a través de la ropa, su voz sonó fría como la lluvia. Fergus desvió una mirada hacia nosotros y, después

de sonreírme cálidamente, continuó con su relato.

—Lo dejé en paz —dijo Jamie, muy quedo— y eso condujo al mal. ¿Puedo permitir que siga libre, sabiendo qué clase de hombre es, sabiendo que yo lo he liberado para que siga esparciendo miseria? Es como haber soltado a un perro rabioso, *Sassenach*, y tú no querrías que yo hiciera eso.

Su mano estaba dura; sus dedos, fríos sobre los míos.

—Una vez lo dejaste ir, y la Corona volvió a atraparlo. Si ahora está libre no es por tu culpa.

—Tal vez no sea culpa mía que esté libre —afirmó—, pero tengo la obligación de impedir que siga así... hasta donde yo pueda.

—¡Tu obligación es tu familia!

Me cogió la barbilla e inclinó la cabeza, clavados sus ojos en los míos.

—¿Crees acaso que os pondría en peligro?

Me mantuve rígida, resistiendo por un largo instante; luego encorvé los hombros y dejé caer los párpados, en un gesto de capitulación. Aspiré honda, largamente, temblando. Pero no cedí del todo.

—Cazar es peligroso, Jamie —apunté suavemente—. Y tú lo sabes. Su mano se relajó, pero sin soltarme la cara; su pulgar siguió el contorno de mis labios.

—Lo sé —susurró—. Pero soy cazador viejo, Claire. No habrá peligro para ellos, lo juro.

—¿Sólo para ti? ¿Y qué será de nosotros si tú...?

En ese momento vi a Brianna por el rabillo del ojo. Nos miraba y sonreía con tierna aprobación, suponiendo que estaba ante una escena de ternura entre sus padres.

—No me sucederá nada —dijo firmemente.

Y me estrechó contra sí para sofocar la discusión con un beso. Desde el fuego nos llegó un breve aplauso.

—*Encore!* —gritó Fergus.

—No —le dije a Jamie mientras me soltaba. Aunque hablaba en susurros, mi tono era vehemente—. *Encore* no. No quiero oír nunca más el nombre de Stephen Bonnet.

—Todo saldrá bien —murmuró él, estrechándome la mano—. Confía en mí, *Sassenach*.

11

Orgullo

Roger caminaba colina abajo sin mirar atrás, entre la maleza y la hierba hollada; pero siguió pensando en los Findlay mientras se alejaba de su campamento.

Los dos muchachos eran pelirrojos y bajos, pero de hombros anchos. Las dos niñas menores, morenas, altas y delgadas, tenían los ojos color avellana de su madre. Considerando la diferencia de edad entre los varones y sus hermanas, Roger llegó a la conclusión de que la señora Findlay debía de haberse casado dos veces. Y parecía estar viuda otra vez.

Tal vez debiera mencionarle a Brianna el caso de Joan Findlay como la mejor prueba de que el matrimonio y los partos no eran necesariamente mortales para las mujeres. O quizá era mejor abandonar el tema por un tiempo.

No obstante, más allá de Joan y de sus hijos, lo perseguían los ojos suaves y brillantes de Iain Mhor. ¿Qué edad tendría? Probablemente fuera menor que Joan, pero quizá no. Ella lo había tratado con deferencia, presentándole a Roger tal como las mujeres presentan a cualquier visitante al jefe de la familia. Por ende, no podía ser mucho menor. ¿Treinta años o más, tal vez?

«¡Santo Cielo! —pensó—, ¿cómo puede un hombre sobrevivir así tanto tiempo en una época como ésta?». Se juró a sí mismo que buscaría la manera de mantener a Iain Og y a Hugh Findlay bien lejos de todo peligro. Y si se

pagaba por el reclutamiento, ellos cobrarían su parte.

Mientras tanto... Vaciló. Acababa de pasar junto al campamento de Yocasta Cameron, que bullía como una pequeña aldea, con su racimo de tiendas, carretas y cobertizos. Ante la perspectiva de su boda (ahora, de la doble boda), Yocasta había traído a casi todos sus esclavos domésticos y también a unos cuantos de los peones. Además de ganado, tabaco y mercancías traídas para comerciar, había baúles llenos de ropa, sábanas, vajillas, caballetes, mesas, toneles de cerveza y montañas de comida, destinadas a la celebración posterior. Esa mañana, Bree y él habían desayunado con la señora Camerún; la vajilla de porcelana, con rosas pintadas, contenía lonchas de succulento jamón frito, atravesado con clavos de olor, *porridge* de avena con crema y azúcar; compota de frutas en conserva; panecillos tiernos de maíz untados de miel; café de Jamaica... Al recordarlo, el estómago se le contrajo con un agradable gruñido.

El contraste entre esa abundancia y la pobreza del campamento de los Findlay no podía ser aceptado con complacencia. Con súbita decisión, dio la vuelta e inició el breve ascenso hacia la tienda de Yocasta.

La señora Cameron estaba en casa, por así decirlo; vio sus botas embarradas junto a la tienda. A pesar de ser ciega, aún salía para visitar a los amigos, acompañada por Duncan o Ulises, su mayordomo negro.

No obstante, afortunadamente en esos momentos parecía estar sola. Roger la vio a través de la solapa abierta de la tienda; se encontraba reclinada en su sillón de caña, en evidente reposo. Fedra, su criada, ocupaba un taburete junto a la entrada, con una aguja en la mano y bizqueando sobre la tela azul que le cubría el regazo.

Yocasta fue la primera en percibir su presencia; se incorporó en el sillón en cuanto él tocó la solapa, girando la cabeza hacia allí.

—Señor Mackenzie. Es realmente el Zorzal, ¿verdad? —dijo la señora Cameron, sonriendo en esa dirección.

Él rió. Luego, obedeciendo a su gesto, inclinó la cabeza para entrar.

—El mismo, pero ¿cómo lo sabe usted, señora Cameron? No he dicho una palabra, mucho menos he cantado ¿Acaso respiro de alguna manera melodiosa?

Brianna le había hablado de la asombrosa habilidad con que su tía

compensaba la ceguera con los otros sentidos, pero aun así le sorprendía tanta agudeza.

—Oí sus pisadas y luego sentí el olor de su sangre —respondió ella, sin darle importancia—. Esa herida ha vuelto a abrirse, ¿no? Vamos, siéntese, hijo ¿Prefiere usted una taza de té o un buen trago? Fedra, un paño, por favor.

Él se llevó involuntariamente los dedos al corte que tenía en el cuello. Los precipitados sucesos del día habían hecho que lo olvidara por completo, pero la dama tenía razón: había vuelto a sangrar, dejando una costra seca bajo la mandíbula y en el cuello de su camisa.

Fedra ya estaba de pie, poniendo una bandeja con pasteles y bizcochos encima de una mesita, junto al sillón de Yocasta. «Si no fuera por la tierra y la hierba que estoy pisando —se dijo Roger—, parecería que está en su salón de River Run».

—No es nada —dijo con timidez.

Pero Yocasta cogió el paño que le entregaba su criada e insistió en limpiarle la herida con sus propias manos.

—Vaya, le ha manchado la camisa —le informó, palpando con aire desaprobador la tela tiesa—. ¿Podremos lavarla? No sé si querrá ponérsela empapada. Es imposible que esté seca para el anochecer.

—¡Ah!, no, señora. Se lo agradezco pero tengo otra. Para la boda, claro.

—Bien.

Fedra había traído un botecito con grasa medicinal; debía de ser de Claire, por el olor a espliego e hidraste. Yocasta cogió un poco de unguento con la uña del pulgar y untó cuidadosamente la herida, presionando los dedos contra el hueso de su mandíbula.

Cuando hubo terminado, le pasó ligeramente la mano por la cara y la cabeza; después de retirar del pelo una hoja marchita. Lo sorprendió limpiándole la cara con el paño mojado. Luego, lo dejó caer para tomarle la mano, envolviéndole los dedos con los suyos.

—Listo. ¡Presentable de nuevo! Y ahora que está usted en condiciones de aparecer en público, señor MacKenzie, ¿ha venido a hablar conmigo o sólo pasaba por aquí?

Fedra puso a su lado un cuenco de té y un platito con pastel, pero Yocasta no le soltó la mano izquierda. Eso le pareció extraño, pero la atmósfera de

intimidad le facilitó abordar lo que quería pedirle.

Lo expresó con sencillez; había escuchado al reverendo hacer esos llamamientos a la caridad en ocasiones anteriores y sabía que lo mejor era permitir que la situación hablara por sí misma, dejando la decisión final librada a la conciencia del oyente. Yocasta escuchaba atentamente, con un pequeño surco entre las cejas. Al terminar de hablar, pensó que la anciana se daría tiempo para pensar, pero su respuesta fue inmediata.

—Sí, conozco a Joanie Findlay y también a su hermano. Tiene usted razón; la tisis se llevó a su esposo hace dos años, Jamie Roy me habló ayer de ella.

—Ah, ¿de verdad? —Roger se sintió algo tonto.

Yocasta hizo un gesto afirmativo. Luego, se reclinó un poco, con los labios ahuecados, pensando.

—No es sólo cuestión de ofrecer ayuda, ¿sabe? —explicó—. Me alegra poder hacerlo. Pero Joan Findlay es una mujer orgullosa; no acepta caridades.

Su voz encerraba una leve nota de reproche, como si Roger hubiera tenido que saberlo.

Y tal vez así era. Pero él había actuado dejándose llevar por el impulso, conmovido por la pobreza de los Findlay. No se le había ocurrido que, al carecer de casi todo, para Joan sería mucho más importante aferrarse a su única posesión valiosa: su orgullo.

—Comprendo —dijo lentamente—. Pero debe de haber una manera de ayudarla sin que la ofenda.

Yocasta inclinó la cabeza a un lado, luego hacia el otro, en un gesto que a él le resultó peculiarmente familiar. Por supuesto: Bree lo hacía algunas veces cuando reflexionaba.

—Puede ser —dijo—. En el banquete de bodas, esta noche. Allí estarán los Findlay, y comerán bien. Ulises podría envolverles un poco de comida para el viaje de regreso.

Sonrió brevemente; luego la expresión concentrada regresó a sus facciones.

—El sacerdote —dijo, con súbito aire de satisfacción.

—¿Qué sacerdote? ¿Se refiere usted al padre Donahue?

Una ceja gruesa y brüñida se arqueó hacia él.

—Naturalmente. ¿Hay acaso algún otro en la montaña?

Luego levantó la mano libre. Fedra, siempre alerta, acudió a su lado.

—¿Señorita Yo?

—Busca algunas cosas en los baúles, muchacha —ordenó Yocasta, tocándole el brazo—. Mantas, gorras, pantalones de montar y camisas sencillas... los mozos de cuadra pueden prescindir de algunas.

—Medias —apuntó Roger, pensando en los pies descalzos y sucios de las niñas.

—Medias —asintió Yocasta—. Cosas sencillas, pero de lana buena y bien remendadas. Ulises tiene mi bolsa; dile que te entregue diez chelines, que envolverás en uno de los delantales. Luego harás un hatillo con todo y se lo llevarás al padre Donahue. Dile que para Joan Findlay, pero que no debe decir de dónde proviene. Él sabrá qué hacer.

Con gesto satisfecho, retiró la mano del brazo de su criada y la despidió con un breve ademán.

—Anda, vete, ocúpate ya de eso.

Fedra asintió con un murmullo y salió de la tienda, deteniéndose sólo para sacudir la prenda azul que había estado cosiendo, y doblarla cuidadosamente sobre el taburete. Roger vio que era un corselete para el vestido de bodas de Brianna, decorado con elegantes cintas entrecruzadas. Tuvo una súbita visión de los blancos pechos de Brianna, asomando por un gran escote de color añil oscuro. Con cierta dificultad, retomó la conversación.

—¿Decía usted, señora?

—Preguntaba si con eso bastará.

Yocasta le sonreía con una expresión ligeramente maliciosa, como si le hubiera estado leyendo los pensamientos. Sus ojos eran azules, como los de Jamie y los de Bree, pero no tan oscuros. Estaban fijos en él... o por lo menos se dirigían a él. No podía verle la cara, sin duda, pero daba la extraña impresión de que podía ver a través de él.

—Sí, señora Cameron. Ha sido usted... muy bondadosa. —Hizo ademán de levantarse, esperando que ella le soltara la mano de inmediato. La anciana, en cambio, apretó los dedos reteniéndolo.

—Todavía no. Tengo una o dos cosas que decirle, joven.

Él volvió a instalarse en el asiento, muy compuesto.

—Desde luego, señora Cameron.

—No estaba segura de si era mejor hablar ahora o esperar a que estuviera hecho, pero ya que está usted aquí, solo... —Se inclinó hacia él, concentrada—. ¿Le ha contado mi sobrina que yo quería nombrarla heredera de mi propiedad?

—Sí, en efecto.

De inmediato se puso en guardia. Brianna se lo había dicho, sí... dejando muy claro lo que pensaba de esa propuesta. Roger se preparó para repetir sus objeciones, con la esperanza de poder hacerlo con más tacto del que habría empleado ella. Tras un carraspeo, empezó con cautela:

—No dudo que mi esposa es muy consciente del honor que le hace usted, señora Cameron, pero...

—¿Sí? —se extrañó Yocasta, seca—. Nadie lo habría pensado, oyéndola hablar. Pero sin duda usted conoce lo que piensa mejor que yo. De cualquier modo, debo decirle que he cambiado de idea.

—¿Sí? Bueno, creo que ella...

—Le he dicho a Gerald Forbes que redacte mi testamento, legando River Run y todo cuanto contiene a Jeremiah.

—¿A...? —El cerebro de Roger tardó un instante en reaccionar—. ¿Cómo? ¿Al pequeño Jemmy?

Ella seguía inclinada hacia delante, como si lo estudiara. Por fin se echó hacia atrás con un gesto afirmativo, siempre sin soltarle la mano. Roger comprendió que, al no poder verlo, esperaba interpretar sus reacciones por el contacto físico. Pues bien, podía enterarse de todo lo que sus dedos le dijeran. La noticia lo había dejado tan aturdido que no sabía cómo reaccionar. ¿Qué diría Bree cuando se enterara?

—Sí —dijo ella, con una cordial sonrisa—. Verá usted: se me ocurrió que, cuando una mujer se casa, sus propiedades pasan a manos de su esposo. No es que no haya forma de resolver eso, pero siempre es difícil. Y no quiero recurrir a los abogados más de lo indispensable. En mi opinión, recurrir a la ley es siempre un error, ¿no está de acuerdo, señor MacKenzie?

Completamente estupefacto, Roger cayó en la cuenta de que lo estaba insultando deliberadamente. Y no era sólo un insulto, sino también una amenaza. Esa mujer pensaba... ¡Sí! Pensaba que él iba tras la supuesta

herencia de Brianna, y le estaba advirtiéndole que no recurriera a artilugios legales para obtenerla.

—¡Pero esto es lo más...! ¡Pensáis mucho en el orgullo de Joan Findlay!. ¿Creéis que yo no tengo? ¿Cómo os atrevéis a sugerir tal cosa, señora Cameron?

—Es usted un joven apuesto, Zorzal —dijo ella, reteniéndolo con fuerza—. He palpado su cara. Y lleva el apellido MacKenzie, que es de los buenos, sin duda. Pero en las Tierras Altas abundan los MacKenzie ¿verdad? Hombres de honor y hombres que no lo tienen. Jamie Roy lo trata como a un pariente, pero tal vez es sólo porque está usted comprometido con su hija. Yo no creo conocer a su familia.

La sorpresa estaba cediendo paso a una nerviosa necesidad de reír. ¿Conocer a su familia? Probablemente no. ¿Cómo explicarle que él era descendiente directo, de sexta generación, de Dougal, hermano de la propia Yocasta? ¿Que no sólo era sobrino de Jamie, sino también suyo, aunque un poco más abajo del árbol genealógico?

—Nadie de cuantos han hablado conmigo durante esta semana la conoce —añadió ella, con la cabeza inclinada a un lado, como el halcón que observa a la presa.

¿Lo tenía acaso por un estafador que había embaucado a Jamie? ¿O tal vez suponía que ambos estaban involucrados en algún plan?

Antes de que hallara alguna réplica digna, ella le dio una palmadita en la mano, sin dejar de sonreír.

—Por eso he pensado legárselo todo al pequeño. Será una buena manera de hacer las cosas, ¿no le parece? Brianna podrá utilizar el dinero, desde luego, hasta que el pequeño Jeremiah sea mayor de edad..., a menos que al niño le suceda algo.

Su voz encerraba una clara nota de advertencia, aunque sus labios continuaban sonriendo, con los ojos inexpresivos todavía fijos en él.

—¿Qué? Pero ¿qué diablos quiere usted decir con eso?

Roger empujó su taburete hacia atrás, pero ella no le soltó la mano. Era muy fuerte, a pesar de sus años.

—Gerald Forbes será mi albacea testamentario y hay tres fideicomisarios para administrar la propiedad. Pero si Jeremiah sufriera algún percance, todo

irá a manos de mi sobrino Hamish. —Ahora la mujer estaba muy seria—. Usted no verá ni un penique.

Él retorció sus dedos bajo los de ella y apretó con fuerza, hasta apiñar los nudillos huesudos. ¡Que lo interpretara como quisiera! Yocasta ahogó una exclamación, pero Roger no la soltó.

—¿Me está usted diciendo que yo podría hacer daño a ese niño? —Su voz sonó áspera a sus propios oídos.

Ella, aunque pálida, conservó su dignidad, con los dedos apretados y el mentón erguido.

—¿He dicho eso?

—Ha dicho muchas cosas... y lo que ha callado habla aún más alto. ¿Cómo se atreve usted a hacerme esas insinuaciones?

Le soltó la mano, casi arrojándosela al regazo. Ella frotó lentamente los dedos enrojecidos, mientras reflexionaba con los labios fruncidos.

—Pues bien —dijo al fin—, le ofrezco mis excusas, señor MacKenzie, si lo he ofendido en algo. Aun así, pensé que sería mejor que supiera mis intenciones.

—¿Mejor? ¿Mejor para quién? —Él estaba ya de pie, yendo hacia la salida. Se contuvo con dificultad para no estrellar contra el suelo las bandejas de porcelana, cargadas de pasteles y bizcochos, a modo de despedida.

—Para Jeremiah —respondió ella a su espalda, sin alterarse—. Y para Brianna. Quizá también para usted mismo, joven.

Él giró en redondo.

—¿Para mí? ¿Qué significa eso?

Ella se encogió vagamente de hombros.

—Si no puede usted amar al niño por sí mismo, quizá pueda tratarlo bien por sus expectativas.

Roger seguía con la vista clavada en ella y las palabras atascadas en su garganta. Sentía la cara caliente; la sangre le palpitaba sordamente en los oídos.

—¡Oh!, ya sé lo que sucede. Es comprensible que un hombre no tenga mucho afecto al niño que su esposa ha tenido con otro, pero si...

Entonces él dio un paso adelante y la aferró por un hombro. Yocasta dio un respingo y parpadeó; las llamas de las velas refulgieron al reflejarse en su

broche.

—Señora —pronunció Roger, hablándole muy quedo, frente a frente—: no quiero vuestro dinero. Mi esposa no lo quiere. Y mi hijo no lo tendrá. ¡Métaselo por el trasero!

Y la soltó para salir de la tienda, rozando al pasar a Ulises, que lo siguió con la vista, desconcertado.

12

Virtud

La gente se movía entre las sombras crecientes de la avanzada tarde, yendo de una hoguera a otra para verse, igual que hacían todos los días; pero hoy en la montaña imperaba una sensación diferente.

En parte era la dulce tristeza de la despedida; en parte era expectación: las ansias de volver a casa, los placeres y los peligros del viaje inminente; en parte, también, simple cansancio.

Pero el anhelo de estar en casa era fuerte: mi hogar espacioso, la paz de mi luminoso consultorio y mi lecho de plumas, blando y limpio, con sábanas de hilo que olían a romero y milenrama.

Cerré por un momento los ojos, convocando una melancólica visión de ese refugio deleitoso. Luego los abrí a la realidad: una parrilla pegajosa, ennegrecida por los restos chamuscados de las tortas de avena; los zapatos empapados y los pies helados; las ropas húmedas, ásperas de arena y polvo; una joven madre rendida de cansancio, con los pechos doloridos y los pezones agrietados; una novia a punto de casarse; una criada pálida con calambres menstruales; cuatro hombres escoceses ligeramente ebrios (y un francés en estado similar) que vagaban por el campamento como otros tanto osos y no serían de ninguna ayuda a la hora de empaquetar, esa noche. Y en el bajo vientre, un dolor penetrante me traía la ingrata noticia de que mi propio flujo mensual (que últimamente era mucho menos que mensual, por

suerte) había decidido hacer compañía al de Lizzie.

Rechinando los dientes, arranqué de una rama de la maleza un paño frío y húmedo. Luego recorrí la senda que llevaba hacia la zanja que servía de letrina a las mujeres.

A mi regreso, lo primero que me saludó fue un hedor caliente a metal quemado. Dije algo muy expresivo en francés, parte de la útil fraseología adquirida en *L'Hôpital des Anges*, donde el lenguaje soez solía ser la mejor herramienta médica de la que se disponía.

Marsali quedó boquiabierta. El pequeño Germain, mirándome con evidente admiración, repitió la frase correctamente y con un bello acento parisino.

—Lo siento —me disculpé, mirando a Marsali—. Alguien dejó que se consumiera el agua en la tetera.

—No importa, madre Claire —dijo ella con un suspiro, sacudiendo rítmicamente a la pequeña Joanie, que empezaba a llorar otra vez—. Cosas peores le enseña su padre adrede. ¿Hay algún paño seco?

Después de envolverme la mano con un pliegue de la falda, sujeté el asa y retiré bruscamente la tetera de las llamas. El calor atravesó la tela húmeda como un relámpago, obligándome a soltarla.

—*Merde!* —dijo Germain, en un alegre eco.

—Sí, desde luego —confirmé yo, chupándome la ampolla de mi pulgar. La tetera siseaba entre las hojas mojadas. De un puntapié la hice rodar hasta un charco de barro.

—*Merde, merde, merde, merde* —cantó Germain, aproximándose bastante a la melodía de «Rose, Rose»; lamentablemente, las circunstancias hicieron que esa muestra de precocidad musical pasara sin ser apreciada.

—Calla niño —dije.

No calló, Jemmy comenzó a chillar al unísono con Joan. Lizzie, que había sufrido una recaída por la renuente partida del recluta Ogilvie, gemía bajo una rama. Y se sumó al granizo: pequeños proyectiles de hielo blanco bailaban en la tierra y rebotaban sonoramente contra mi cuero cabelludo.

El granizo duró poco, pero al amainar el torrente y el repiqueteo, se oyó por el camino un ruido crepitante de botas cubiertas de barro. Por allí venía Jamie, con el padre Kenneth Donahue a remolque, cubiertos de granizo el

pelo y los hombros.

—He traído al padre a tomar el té —dijo, iluminando el claro con su sonrisa.

—No, de eso nada —repliqué, bastante ominosa. Y si él pensaba que lo de Stephen Bonnet estaba olvidado, en eso también se equivocaba.

Girando hacia el sonido de mi voz, dio un respingo exagerado al verme con la cofia.

—¿Eres tú, *Sassenach*? —preguntó con fingida alarma, inclinándose ostentosamente para mirar por debajo del volante caído del tocado.

Por respeto a la presencia del sacerdote, me abstuve de darle un rodillazo en algún sitio sensible. Él pareció no percatarse; lo distrajo Germain, que ahora bailaba y cantaba distintas versiones de mi expresión francesa inicial, con la música de «*Row, Row, Row Your Boat*». El padre Donahue iba adquiriendo un intenso tono rosado por el esfuerzo de fingir que no entendía el francés.

—*Tais toi, crétin* —dijo Jamie, hundiendo la mano en su *sporrán*. Lo dijo con bastante cordialidad, pero su tono fue el de quien espera ser obedecido de inmediato. Germain se interrumpió abruptamente, con la boca abierta; Jamie se apresuró a meter en ella un dulce. El niño cerró la boca y, concentrado en el asunto que lo ocupaba ahora, olvidó las canciones.

Alargué la mano hacia el hervidor, utilizando nuevamente parte del vuelo de mi falda como agarradero. Jamie cogió un palo resistente, con el que enganchó el asa de la tetera, apartándola de mi mano.

—*Voilà* —dijo, ofreciéndomela.

—*Merci* —repliqué, con evidente falta de gratitud. Aun así acepté el palo y me encaminé hacia el arroyo más próximo, llevando ante mí la tetera humeante como si fuera una lanza.

Al llegar a un remanso sembrado de piedras, la dejé caer ruidosamente y, arrancándome la cofia, la arrojé a un juncal; luego la pisé, dejando una gran huella de barro en el lino.

—No he dicho que te sentara mal, *Sassenach* —dijo una voz divertida a mis espaldas.

Enarqué una ceja fría hacia allí.

—¿Acaso vas a decirme que me sienta bien?

—No. Te da el aspecto de una seta venenosa. Estás mucho mejor sin ella —me aseguró.

Y me atrajo hacia sí para besarme.

—No es que no valore la intención —le dije. El tono de mi voz lo detuvo a un centímetro de mi boca—. Pero si avanzas un pelo más, creo que voy a arrancarte un trocito de labio con los dientes.

Él irguió la espalda como el hombre que, tras levantar tranquilamente una piedra, se percata de que en realidad era un nido de avispas. Con muchísima lentitud, apartó las manos de mi cintura.

—¡Oh! —dijo. E inclinó la cabeza a un lado, estudiándome con los labios ahuecados—. Pareces algo nerviosa, *Sassenach*.

No había duda de que era cierto, pero al oírlo me sentí al borde de las lágrimas. Por lo visto el impulso era visible, pues él me cogió la mano, con mucha suavidad, y me condujo a una roca grande.

—Siéntate —dijo—. Cierra los ojos, *a nighean donn*. Descansa un momento.

Me senté, con los ojos cerrados y los hombros caídos. Los chapoteos y los ruidos metálicos anunciaron que él estaba limpiando y llenando el hervidor.

—Perdóname —dije al fin, abriendo los ojos.

Él se volvió a mirarme, sonriendo a medias.

—¿Por qué, *Sassenach*? No es que hayas rechazado mi lecho; al menos, espero que aún no hayamos llegado a eso.

En ese momento, hacer el amor era absolutamente lo último de mi lista, pero le devolví la media sonrisa.

—No —dije, melancólica—. Después de pasar dos semanas durmiendo en el suelo, no rechazaría el lecho de nadie.

Ante eso arqueó las cejas. Me eché a reír; me había cogido desprevenida.

—No —repetí—. Sólo estoy... exhausta.

Algo me retorció la parte baja del vientre. Con una mueca, apreté las manos contra el dolor.

—¡Ah! —dijo él nuevamente—. Exhausta en ese sentido.

—Exhausta en ese sentido —confirmé. Luego toqué el hervidor con el pie—. Será mejor que lleve eso al campamento. Tengo que hervir agua para una tisana de corteza de sauce. Requiere mucho tiempo.

—Al diablo con la corteza de sauce —dijo él, extrayendo una petaca de plata de debajo de la camisa—. Prueba esto. Al menos no necesita hervirse previamente.

Desenrosqué el tapón para inhalar. *Whisky*, y muy bueno.

—Te amo —dije sinceramente.

Él rió.

—Yo también te amo, *Sassenach* —dijo, tocándome el pie con suavidad. Me llené la boca y dejé que corriera por la garganta.

—¡Ooooooh! —suspiré, y bebí otro sorbo. Un irlandés me había asegurado, cierta vez, que un *whisky* excelente podía levantar a un muerto, y yo no pensaba rebatírsele—. ¡Qué maravilla! —musité al abrir nuevamente los ojos—. ¿Dónde lo conseguiste?

A pesar de lo poco que yo sabía del tema, podía afirmar que era de origen escocés, envejecido durante veinte años; muy diferente del fuerte licor que Jamie destilaba detrás de la casa, en el Cerro.

—A través de Yocasta —respondió—. Iba a ser un regalo de bodas para Brianna y Roger, pero me pareció que tú lo necesitabas más.

—Tienes razón —afirmé.

Seguimos juntos, en amistoso silencio; yo bebía a sorbos, lentamente; el impulso de enloquecer y masacrar a todos iba disminuyendo gradualmente, junto con el contenido de la petaca.

—Han pasado tres meses desde tu último período —dijo Jamie—. Supuse que ya no había más.

Siempre me desconcertaba un poco notar lo observador que era de esas cosas.

—No es un grifo que se cierre sin más, ¿sabes? —dije, algo fastidiada—. Por desgracia. Más bien, se vuelve errático y al fin cesa, pero no sabes cuándo.

—¡Ah!

Se inclinó hacia delante, con los brazos cruzados sobre las rodillas, contemplando ociosamente las ramas y las hojas que flotaban en la corriente del arroyo.

—Supongo que sería un alivio acabar con todo eso. Menos complicaciones, ¿verdad?

Reprimí el impulso de extraer envidiosas comparaciones sexuales sobre los fluidos corporales.

—Tal vez —dije—. Ya te informaré, ¿de acuerdo?

Sonrió vagamente, pero tuvo la prudencia de no insistir; sabía percibir la irritación en mi voz.

Yo sorbí un poquito más de *whisky*. De pronto Jamie se estiró, diciendo:

—Eh... *Sassenach*...

—¿Qué pasa? —pregunté, sorprendida.

Él agachó la cabeza con rara timidez.

—No sé si he hecho mal o no, *Sassenach*. En todo caso te pido perdón.

—Claro —dije, algo vacilante. ¿Qué era lo que le estaba perdonando?—. ¿Qué has hecho?

—Bueno, yo nada —dijo, algo avergonzado—. Sólo dije que tú lo harías.

—¿Qué? —Tenía una leve sospecha—. ¿De qué se trata? Si has prometido a Farquard Campbell que yo visitaría a esa vieja horrible de su madre...

—¡Oh, no! —me aseguró—. Nada de eso. Le prometí a Josiah Beardsley que hoy tratarías de extirparle las amígdalas.

—¿Cómo?

Lo fulminé con la mirada. El día anterior había conocido al joven Josiah Beardsley, el peor caso de abscesos en las amígdalas que yo hubiera visto en mi vida. El estado pustuloso de sus adenoides me impresionó hasta tal punto que se los describí detalladamente a todos durante la cena, haciendo que Lizzie se pusiera verde y cediera su segunda patata a Germain; entonces, había mencionado que la única cura posible era una operación quirúrgica, pero no esperaba que Jamie saliera a buscarme trabajo.

—¿Por qué? —pregunté.

Él se meció un poco hacia atrás, mirándome desde abajo.

—Lo necesito, *Sassenach*.

—¿Si? ¿Y para qué?

Josiah apenas tenía catorce años; al menos, eso creía. En realidad, él no sabía con certeza cuándo había nacido y sus padres estaban demasiado muertos para contarle. Era menudo hasta para catorce años y estaba muy desnutrido, con las piernas algo curvadas por el raquitismo.

—Para arrendatario, por supuesto.

—Pues yo diría que ya tienes más candidatos de los que puedes aceptar.

Era cierto. No teníamos dinero en absoluto, aunque las operaciones de intercambio hechas por Jamie durante la congregación cubrían parcialmente nuestras deudas con varios mercaderes de Cross Creek. Teníamos tierras en abundancia, la mayor parte cubiertas de bosques, pero carecíamos de medios para ayudar a quienes quisieran instalarse en ellas y cultivarlas. Tener a los Chisholm y a los McGillivray era ya ir mucho más allá de nuestras posibilidades, como para sumar más arrendatarios.

Jamie se limitó a asentir con la cabeza, desechando esas complicaciones.

—Sí, pero Josiah es un muchacho prometedor.

—¡Hum! —murmuré, dubitativa. La verdad es que el chico parecía recio, y a eso se refería Jamie al decir que era prometedor; lo demostraba el simple hecho de que hubiera sobrevivido hasta entonces—. Puede ser. Pero hay muchos otros como él. ¿Qué tiene él de especial para que lo necesites?

—Catorce años.

Lo miré con una ceja arqueada en un gesto de pregunta. Su boca se torció en una sonrisa irónica.

—Todos los hombres que tengan entre dieciséis y sesenta años deben servir en la milicia, *Sassenach*.

Jamie estiró los brazos con un suspiro, flexionando los nudillos hasta que crujieron.

—¿Lo harás, pues? —pregunté—. ¿Formar una compañía de milicianos para ir?

—Es preciso —respondió simplemente—. Tryon me tiene cogido por los huevos y no quiero comprobar si está dispuesto a estrujar, ¿comprendes?

—Eso me temía.

Mientras hiciera lo que el gobernador le pedía... Bueno, el gobernador era un político de éxito; sabía mantener la boca cerrada cuando convenía. Pero si lo desafiaba, bastaría con una sencilla carta enviada desde New Bern para privar al Cerro de Fraser de sus residentes Fraser.

—Hum, conque estás pensando que, si retiras del Cerro a todos los hombres disponibles... ¿no puedes dejar algunos?

—Para empezar, no tengo tantos, *Sassenach* —señaló—. Puedo dejar a

Fergus, debido a su manquedad. Y al señor Wemyss para que cuide la casa. Él es siervo, hasta donde todos saben, y sólo los hombres libres tienen obligación de unirse a la milicia.

—Y sólo los hombres sanos. Eso excluye al marido de Joanna Grant, que tiene un pie de madera.

—Sí, y al viejo Arch Bug, que pasa holgadamente de los setenta. Son cuatro hombres y quizá ocho chicos menores de dieciséis años, para cuidar de treinta casas y más de ciento cincuenta personas.

—Supongo que las mujeres pueden arreglárselas por sí solas —dijo—. Después de todo estamos en invierno; no hay cosechas que atender. Y no creo que los indios causen problemas en estos días.

Al quitarme la cofia se me había aflojado la cinta; el pelo escapaba de las trenzas deshechas hacia todos lados, y se me pegaba al cuello en mechones rizados y húmedos. Después de arrancarme la cinta, traté de peinarme con los dedos.

—De cualquier modo, ¿por qué das tanta importancia a Josiah Beardsley? No creo que agregar otro chico de catorce años pueda cambiar mucho las cosas.

—Beardsley es cazador —explicó Jamie—, y de los buenos. Trajo a la congregación casi doscientos pesos en pieles de lobo, venado y castor, y todos los cazó él mismo, sin ayuda, según dijo. Yo mismo no podría superarlo.

Pasé una mano a través de mi cabello húmedo, ahuecando los mechones sueltos.

—Está bien, comprendo eso, pero ¿qué tienen que ver las amígdalas con el asunto?

Jamie me miró con una sonrisa. Luego se inclinó sobre mi hombro para recoger la cinta que yo tenía en el regazo.

—Listo —dijo, volviendo a sentarse a mis pies—. Vamos ahora a las amígdalas. Le dijiste al niño que debía quitárselas si no quería que su garganta empeorase.

—Y así será.

Josiah Beardsley me había creído. El invierno anterior había estado al borde de la muerte, cuando un absceso en la garganta estuvo a punto de

asfixiarlo antes de que reventara, y no estaba muy deseoso de arriesgarse a que se repitiera.

—Eres la única cirujana al norte de Cross Creek —señaló Jamie—. ¿Quién otro podría hacerlo?

—Bueno, es cierto —dije, vacilando—, pero...

—De modo que le hice una oferta —me interrumpió él—, una parcela de tierra donde, llegado el momento, Roger y yo le ayudaremos a construir una cabaña, y a cambio él me dará la mitad de las pieles que consiga en los tres inviernos venideros. Acepta... siempre que tú le extirpes las amígdalas como parte del trato.

—Pero ¿por qué hoy? ¡No puedo extirpar amígdalas aquí! —señalé con un gesto el bosque empapado.

—¿Por qué no? —Jamie arqueó una ceja—. ¿No dijiste anoche que era una nimiedad, sólo unos cuantos cortes con el más pequeño de tus cuchillos?

Me froté la nariz con un nudillo, en un gesto de exasperación.

—Mira, aunque no sea igual que amputar una pierna, eso no significa que sea sencillo.

En realidad, era una operación relativamente fácil, quirúrgicamente hablando. Lo que podía provocar complicaciones era la posibilidad de una infección posterior; era necesaria una atención cuidadosa que, aunque pobre sustituto de los antibióticos, era mucho mejor que el abandono.

—No es cuestión de arrancarle las amígdalas y dejarlo ir —expliqué—. En cambio, cuando llegemos al Cerro...

—No tiene pensado regresar directamente con nosotros —me interrumpió.

—¿Por qué?

—No me lo ha dicho; sólo aclaró que tenía algo que hacer. Vendrá al Cerro la primera semana de diciembre. Puede dormir en el cobertizo donde se guarda el heno —añadió.

—Conque ambos esperáis que yo le corte las amígdalas, le ponga un par de puntos y lo deje ir tranquilamente —pregunté, sardónica.

—Con el perro actuaste muy bien —apuntó él, sonriente.

—¡Ah!, te has enterado.

—Pues sí. Y con el muchacho que se cortó el pie con un hacha, y con los

críos que tenían sarpullido de leche, y con el dolor de muelas de la señora Buchanan... y tu batalla con Murray MacLeod por los conductos biliares.

—He tenido mucho que hacer esta mañana, sí.

—Toda la congregación está hablando de ti, *Sassenach*. Lo cierto es que, al ver a toda esa multitud clamando por ti, me acordé de la Biblia.

—¿De la Biblia? —Debí de poner cara de incompreensión, pues su sonrisa se tornó más ancha.

—«Y toda la multitud quería tocarlo» —citó Jamie—. «Pues de él manaba virtud y los curaba a todos».

Reí melancólicamente, pero me interrumpió un pequeño hipido.

—Me temo que, en estos momentos, me he quedado sin virtud.

—No te preocupes. En esta petaca hay de sobra.

Eso me recordó que debía ofrecerle *whisky*, pero él lo rechazó con un gesto, con las cejas fruncidas en reflexión.

—¿Le operarás las amígdalas, una vez que venga al Cerro?

Después de reflexionar durante un momento, hice un gesto afirmativo y tragué. Aun así había riesgos; normalmente yo no realizaba operaciones que pudieran evitarse, pero el estado de Josiah era realmente horrible; si no se tomaban medidas, las infecciones constantes podían acabar matándolo.

Jamie asintió, satisfecho.

—Bien, me ocuparé de eso.

Mis pies se habían descongelado, aun mojados como estaban, y comenzaba a sentirme abrigada, dócil. Aún sentía el vientre dolorido, pero eso ya no me importaba tanto.

—He estado pensando algo, *Sassenach* —dijo él.

—¿Qué?

—Hablando de la Biblia...

—Hoy no puedes quitarte las Escrituras de la cabeza, ¿verdad?

Una sonrisa se le curvó hacia arriba.

—Pues no. Es que he estado pensando. Cuando el Ángel del Señor se presenta a Sara y le dice que al año siguiente tendrá un niño, ella ríe, diciendo que es una extraña broma, pues eso ya no está en ella como está en las demás mujeres.

—En su situación, casi todas las mujeres lo tomarían a broma —le

aseguré—. Pero muchas veces pienso que Dios tiene un sentido del humor muy peculiar.

—Hasta donde sé —dijo, poniendo cuidado en no mirarme—, si no te llamas María y el Espíritu Santo no ha tenido intervención alguna, hay una sola manera de quedar embarazada. ¿Me equivoco?

—Hasta donde yo sé, sí. —Me cubrí la boca con una mano para sofocar el hipo.

—Sí, Y en ese caso... Bueno... Eso significa que Sara aún se acostaba con Abraham, ¿no?

Seguía sin mirarme, pero las orejas se le habían puesto rojas. Comprendiendo tardíamente el motivo de ese análisis religioso, estiré un pie para rozarlo suavemente.

—¿Pensabas que quizá dejaría de desearte?

—Ahora no me deseas —señaló con lógica.

—Me siento como si tuviera el vientre lleno de cristales rotos, estoy medio empapada y cubierta de barro hasta las rodillas, y la persona que te busca va a aparecer entre los arbustos en cualquier momento, con una jauría de sabuesos —dije, con cierta aspereza—. ¿Me estás invitando a gozar carnalmente contigo en este montón de hojarasca mojada? Porque en ese caso...

—No, no —se apresuró a decir—. Ahora no. Sólo quería decir..., me preguntaba si...

Las puntas de sus orejas habían llegado al rojo opaco. Se levantó bruscamente, sacudiéndose las hojas marchitas de la falda con exagerada fuerza.

—Si a estas alturas pretendieras embarazarme, Jamie Fraser —le dije, midiendo el tono—, te asaría los cojones *en brochette*. Pero en cuanto a acostarme contigo...

Interrumpió lo que estaba haciendo para mirarme. Yo le sonreí, dejándole ver lo que pensaba.

—Una vez que tengas de nuevo un lecho —dije—, te prometo no rechazarlo.

—Ah... —Aspiró hondo, súbitamente feliz—. Entonces todo está bien. Es que... tenía mis dudas, ¿sabes?

A un súbito susurro de follaje siguió la aparición del señor Wemyss, cuya cara delgada y ansiosa asomó entre dos matas de grosellas.

—¡Ah!, es usted, señor —dijo, con evidente alivio.

—Supongo que sí —confirmó Jamie, resignado—. ¿Hay algún problema, señor Wemyss?

El hombre tardó en responder, pues se había enredado con la mata.

—Debo disculparme por molestarlo, señor —dijo, muy rojo, tirando nerviosamente de una ramilla espinosa que se le había enredado en el pelo rubio, ya escaso—. Es que... Bueno, ella dijo que iba a partirlo con el hacha desde la coronilla hasta la ingle, si él no la dejaba en paz; y él dijo que ninguna mujer podía hablarle en ese tono. Y ella tiene un hacha, si...

Acostumbrado a los métodos de comunicación del señor Wemyss, Jamie suspiró y, echando mano de la petaca, la descorchó para darle un buen trago fortalecedor. Al bajar al recipiente taladró al Señor Wemyss con la mirada.

—¿Quiénes? —interrumpió.

—¡Oh!... eh... ¿No le he dicho? Rosamund Lindsay y Ronnie Sinclair.

—Ajá.

No era una buena noticia. Jamie me devolvió la petaca con un suspiro.

—Vaya usted a decirles que voy hacia allí, señor Wemyss —dijo.

El delgado rostro del señor Wemyss expresó una vivísima aprensión al imaginarse frente a frente con el hacha de Rosamund Lindsay, pero mayor aún era el respeto que le inspiraba Jamie. Después de hacernos una rápida y pulcra reverencia, se arrojó torpemente a las matas de grosella.

Un chillido como de ambulancia anunció la aparición de Marsali, con Joan en brazos. Esquivó cuidadosamente al señor Wemyss, arrancándole al pasar una rama que se le adhería a la manga.

—Tienes que venir, papá —dijo, sin preámbulos—. El padre Kenneth ha sido arrestado.

Las cejas de Jamie se dispararon hacia arriba.

—¿Qué lo han arrestado? ¿Justo ahora? ¿Quién?

—¡En este momento, sí! Un hombre gordo, horrible, que dijo ser el comisario del condado. Llegó con dos hombres; preguntaron quién era el sacerdote y, cuando el padre Kenneth dijo que era él, lo cogieron por los brazos y se lo llevaron sin más, sin pedir permiso a nadie.

La sangre inundaba la cara de mi esposo; sus dos dedos tiesos golpetearon brevemente el muslo.

—¿Se lo han llevado de mi hogar? —dijo—. *A Dhia!*

Obviamente, era una pregunta retórica. Antes de que Marsali pudiera responder, llegó un crujir de pisadas de la dirección opuesta. Brianna apareció ante nuestra vista, desde detrás de un pino.

—¡Qué! —ladró él.

Bree parpadeó, desconcertada.

—Eh... Geordie Chisholm dice que uno de los soldados le ha robado un jamón que tenía en el fuego, que vayas a hablar con el teniente Hayes.

—Sí —replicó él de inmediato—. Después. Mientras tanto ve con Marsali a averiguar dónde han llevado al padre Kenneth. Y usted, señor Wemyss...

Pero el señor Wemyss había podido, al fin, escapar del abrazo insistente de la mata. Un estruendo lejano indicó que corría a cumplir con sus órdenes.

Una breve mirada a la cara de Jamie convenció a las muchachas que se imponía una veloz retirada. En pocos segundos nos encontramos otra vez a solas. Él aspiró hondo y, poco a poco, dejó escapar el aliento entre los dientes.

Yo habría querido reír, pero no lo hice. En cambio me aproximé; a pesar del frío y la humedad sentí el calor de su piel a través de la manta escocesa.

—A mí, al menos, sólo quieren tocarme los enfermos —dije, ofreciéndole la petaca—. ¿Qué haces tú cuando la virtud te abandona?

Me echó una mirada, y una lenta sonrisa se le extendió por la cara. Acto seguido, sin prestar atención a la petaca se inclinó para coger mi cara entre las manos y me besó con mucha suavidad.

—Esto —dijo.

Luego giró en redondo y echó a andar colina abajo. Presumiblemente iba otra vez pleno de virtud.

13

Alubias y barbacoa

Volví con la tetera a nuestro campamento, para encontrar el lugar momentáneamente desierto. Después de colgar la tetera llena de agua sobre el fuego, para que hirviera, me detuve a reflexionar hacia dónde sería mejor dirigir mis esfuerzos.

Si bien la situación del padre Kenneth podía ser la más grave a largo plazo, difícilmente mi presencia podría cambiar las cosas. Pero yo era médico y Rosamund Lindsay tenía un hacha. Di unos golpes con la mano a mi ropa y a mi pelo húmedo, para imponerles algo de orden, y partí colina abajo hacia el arroyo, abandonando la cofia a su suerte.

Al parecer, Jamie había pensado lo mismo respecto a las prioridades, pues lo encontré de pie junto al foso de la barbacoa, en apacible conversación con Ronnie Sinclair, despreocupadamente apoyado en el mango del hacha, de la que había logrado adueñarse.

El foso era amplio; un declive natural, formado en el ribazo de arcilla por alguna remota inundación y, en los años siguientes, ahondado gracias a un juicioso trabajo a pala. En ese mismo momento, había varias personas utilizándolo; los aromas a cerdo, aves, cordero y zarigüeya se mezclaban en una nube de leña de manzano y nueces duras; sabroso incienso que me hizo la boca agua.

La visión del foso era menos apta para despertar el apetito. La leña

mojada despedía nubes de humo blanco, que ocultaban a medias varios bultos tendidos sobre las piras de ascuas.

—¡Te digo que es veneno! —estaba diciendo Ronnie Sinclair, acaloradamente, cuando aparecí tras él—. ¡Los arruinará! Cuando esa mujer termine, no servirán ni para los cerdos.

—Pues son cerdos, Ronnie —dijo Jamie, con notable paciencia, desviando la mirada hacia mí—. Si quieres saber mi opinión, nada de lo que hagas con un cerdo al cocinarlo puede dejarlo incomedible.

—Es cierto —apoyé, sonriendo a Ronnie—. Tocino ahumado, costillas asadas, solomillo al horno, jamón asado, embutidos, pan de grasa, budín negro... Alguien dijo una vez que del cerdo se puede aprovechar todo, salvo el chillido.

—Pues sí, pero esto es una barbacoa, ¿no? —Adujo Ronnie tercamente, sin prestar atención a mis débiles intentos de humor—. Cualquiera sabe que el cerdo asado se sazona con vinagre. ¡Ésa es la manera adecuada de hacerlo! Nadie pone cascajo en los embutidos, ¿verdad? Ni hierve el tocino con la basura recogida en el gallinero. ¡Cha!

Al cambiar el viento me llegó una apetitosa vaharada. A juzgar por el olor, la salsa de Rosamund parecía incluir tomates, cebollas, pimientos rojos y azúcar en cantidad suficiente para dejar una gruesa costra negruzca en la carne, además de un tentador aroma a caramelo en el aire.

—Supongo que la carne, cocida de esa manera, quedará muy jugosa —dije, sintiendo que mi estómago empezaba a gruñir y hacerse nudos bajo el corpiño acordonado.

—Sí, y son cerdos estupendos —añadió Jamie, para congraciarse con Rosamund, que había levantado una mirada fulminante. Estaba ennegrecida hasta las rodillas y sus mandíbulas cuadradas mostraban surcos de lluvia, sudor y hollín—. ¿Son cerdos salvajes o domésticos, señora?

—Salvajes —respondió ella, enderezándose con cierto orgullo—. Engordados con castañas. ¡No hay nada como eso para dar sabor a la carne!

Ronnie Sinclair expresó su desprecio y su burla con un ruido muy escocés.

—¡Pues tan bueno no debe ser el sabor, pues tienes que esconderlo bajo un montón de esa asquerosa salsa, que da a la carne ese aspecto

sanguinolento, como si estuviera cruda!

Rosamund hizo un comentario muy terrenal con respecto a la supuesta virilidad de los hombres que se impresionan al pensar en la sangre.

—¡Oh!, sin duda está muy bien cocida —replicó Jamie para calmarlos—. Seguro que la señora Lindsay ha estado trabajando por lo menos desde el amanecer.

—Desde mucho antes, señor Fraser —replicó la dama, con cierta satisfacción sombría—. Si quieres una barbacoa decente, comienzas al menos un día antes y la atiendes durante toda la noche. Estoy cuidando estos cerdos desde ayer por la tarde.

Y aspiró una gran bocanada del humo que ascendía, con expresión beatífica.

—¡Ah, así debe ser! Aunque sea un desperdicio ofrecer esta rica salsa a escoceses cretinos. —Rosamund volvió a colocar la tela impermeable, poniéndola en su sitio con tiernas palmadas—. Tienen ustedes la lengua encurtida de tanto vinagre como le echan a sus vituallas.

Jamie alzó la voz, ahogando la indignada repuesta de Ronnie a esa calumnia.

—¿Ha sido Kenny quien cazó esos cerdos para usted, señora? Los cerdos salvajes son imprevisibles; es peligroso acechar a una bestia de ese tamaño. Como los jabalíes que cazábamos en Escocia, ¿verdad?

—¡Ja! Pues claro que no, señor Fraser. A éstos los maté yo misma. Con esa hacha —añadió, señalando con la cabeza el instrumento en cuestión. Luego miró a Ronnie con los ojos entornados de manera siniestra—. Les hundí el cráneo de un solo golpe.

—Su intención es vender la carne, ¿verdad, señora Lindsay? —dijo Jamie—. Mal mercader es el que mata a sus clientes, ¿no?

—Todavía no he perdido a ninguno, señor Fraser —añadió ella, apartando otra tela impermeable para rociar un pernil humeante con la salsa de su cazo—. Y nunca he oído otra cosa que elogios de su sabor. Claro que eso era en Boston, de donde provengo.

«Donde la gente tiene buen criterio», implicaba obviamente su tono.

—La última vez que fui a Charlotteville conocí a un hombre de Boston —comentó Ronnie—. Me dijo que tenía por costumbre comer alubias de

desayuno, y ostras de cena, y que así lo había hecho siempre desde que era una cría. ¡Me extraña que no estallara como una vejiga de cerdo, si se llenaba con esa porquería!

—Alubias, alubias, son buenas para tu corazón —dije alegremente, aprovechando la oportunidad—. Cuanto más las comes, más te pedorreas. Más te pedorreas, mejor es la vida. ¡Comamos alubias en cada comida!

Ronnie, al igual que la señora Lindsay, quedó boquiabierto. Ante la carcajada de Jamie, la expresión atónita de la mujer se disolvió en una risa estrepitosa. Al cabo de un momento, el otro se unió de mala gana, con una pequeña sonrisa que le torcía la comisura de la boca.

—Pasé un tiempo en Boston —dije suavemente, al ceder un poco la hilaridad—. ¡Eso huele de maravilla, señora Lindsay!

Rosamund asintió con dignidad, gratificada.

—Pues claro que sí, señora, aunque sea yo quien lo diga. —Se inclinó hacia mí, bajando un poco su estridente voz—. Es obra de mi receta privada —dijo, dando una palmada al cuenco de loza—. Saca a relucir el sabor, ¿ve usted?

Ronnie abrió la boca, pero sólo emitió un pequeño chillido, resultado evidente de la presión que los dedos de Jamie aplicaban a su bíceps. La mujer, sin prestarle atención, se enzarzó en una amable discusión con mi marido, que concluyó con la reserva de una pieza entera para la celebración de nuestras bodas.

Al oír eso eché un vistazo a Jamie. Como parecía que el padre Kenneth estaba camino de Baltimore o de los calabozos de Edenton, me parecía dudoso que esa noche pudiera celebrarse boda alguna.

Por otra parte, había aprendido a no subestimar a Jamie. Tras un cumplido a la señora Lindsay, se alejó del foso llevándose a Ronnie por la fuerza; apenas se detuvo para ponerme el hacha en las manos.

—Cuida bien eso, *Sassenach* —me dijo, dándome un beso breve. Luego me sonrió—. Y dime, ¿dónde has aprendido tanto sobre la historia natural de las alubias?

—En realidad es una pequeña canción. Brianna la aprendió en la escuela cuando tenía unos seis años —respondí, devolviéndole la sonrisa.

—Dile que se la cante a su marido. Así él la escribirá en su libreo.

Rodeó con brazo amistoso y firme los hombros de Ronnie Sinclair, que presentaba indicios de querer escapar hacia la barbacoa.

—Acompáñame, Ronnie —dijo—. Debo hablar con el teniente. Creo que él quiere comprar un jamón a la señora Lindsay —añadió—. Pero le gustará escuchar lo que puedas contarle sobre su padre. Tú y Gavin Hayes erais grandes amigos, ¿verdad?

—Pues sí. —El ceño de Ronnie se suavizó un poco—. Sí, sí. Gavin era un hombre hecho y derecho. Lástima aquello... —Movi6 la cabeza; obviamente, se refería a la muerte de Gavin, acaecida años atrás. Levantó una mirada hacia Jamie, ahuecando los labios—. ¿Sabe el muchacho lo que sucedió?

Ésa sí que era una pregunta delicada. La verdad era que Gavin había sido ahorcado por ladrón en Charleston.

—Sí, tuve que decírselo —respondió Jamie, en voz baja—. Pero creo que le haría bien conocer cosas de su padre en otros tiempos. Cuéntale lo que significó para nosotros Ardsmuir.

Algo que no llegaba a ser una sonrisa se reflejó en su cara. Vi en la de Sinclair una ternura similar.

La mano de Jamie se tensó en el hombro de su compañero; luego cayó a un lado. Ambos ascendieron la colina codo a codo, olvidando las sutilezas de la barbacoa.

La niebla ya se levantaba en las hondonadas de la montaña; en pocos minutos ellos desaparecieron de la vista. Desde el bosque brumoso, más arriba, masculinas voces escocesas descendieron hacia el foso humeante, cantando en amistoso unísono:

—Alubias, alubias, son buenas para tu corazón...

Al regresar al campamento, encontré allí a Roger, que había terminado con sus recados. Estaba de pie cerca del fuego, conversando con Brianna; se lo veía preocupado.

—No te aflijas —le dije, estirando el brazo junto a su cadera para retirar el ronroneante hervido—. Jamie lo arreglará de algún modo. Ha ido a ocuparse del asunto.

—¿De veras? —Parecía algo sobresaltado—. ¿Ya lo sabe?

—Sí. Supongo que lo resolverá en cuanto encuentre al comisario.

Cogí la tetera mellada que utilizaba cuando acampábamos, la puse en la mesa y vertí en ella un poco de agua hervida, para calentarla. La jornada había sido larga; probablemente la velada también lo sería.

—¿El comisario? —Roger miró a Brianna con estupefacción teñida de alarma—. No creo que ella me haya denunciado al comisario, ¿o sí?

—¿Denunciarte? ¡Quién! —pregunté, sumándome al coro de estupefactos. Después de colgar nuevamente el hervidor en su trípode, busqué la lata de té—. ¿Qué has estado haciendo, Roger?

Un leve rubor apareció en sus altos pómulos, pero antes de que pudiera responder, Brianna lanzó un bufido de risa.

—Diciendo a tía Yocasta hasta dónde puede llegar. —Miró a Roger con los ojos encogidos en triángulos de maliciosa diversión, imaginando la escena—. ¡Hombre, cómo me habría gustado estar allí!

—¿Qué le has dicho, Roger? —inquirí con interés.

Su rubor se acentuó. Apartó la vista.

—No quiero repetirlo —dijo, breve—. No es algo que debas decir a una mujer, menos aún a una anciana, y mucho menos si estás a punto de ingresar en su familia. Le he preguntado a Bree si no debería ir a pedirle disculpas antes de la boda.

—No —replicó ella, inmediatamente—. ¡Qué descaro el suyo! Tenías todo el derecho a decir lo que dijiste.

—Es que no lamento la sustancia de mi comentario, sino la forma —explicó él, con un irónico asomo de sonrisa. Luego se volvió hacia mí—. Mira, tal vez debería ir a disculparme, para no sentirme incómodo esta noche. No quiero arruinar la boda de Bree.

—¿La boda de Bree? ¿Crees que voy a casarme sola? —preguntó ella, arrugando las cejas pelirrojas.

—¡Oh, no! —admitió él, sonriendo un poco. Le tocó suavemente la mejilla—. Yo estaré a tu lado, no lo dudes. Siempre que nos casemos, me da igual cómo sea la ceremonia. En cambio tú querrás que sea bonita, ¿verdad? Y no es cuestión de estropearla; si lo hiciera, tu tía me daría con un leño en la cabeza antes de que pudiera decir; «Sí, quiero».

—Así que Jamie ha ido en busca del padre Kenneth —concluí—. Que Marsali no reconociera al comisario que se lo llevó complica las cosas.

Roger elevó las cejas oscuras antes de unir las en un gesto preocupado.

—No sé si... —Se volvió hacia mí—. Oye, es posible que lo haya visto hace unos instantes.

—¿Al padre Kenneth? —pregunté, con el cuchillo suspendido sobre el pastel de frutas.

—No, al comisario.

—¿Qué? ¿Dónde? —Bree giró a medias sobre sus talones, paseando en derredor una mirada flamígera, con el puño apretado. Agradecí a la suerte que el comisario no estuviera a la vista. Que Brianna fuera arrestada por agresión sí que estropearía la boda.

—Se fue por allí. —Roger señalaba colina abajo, hacia el arroyo... y la tienda del teniente Hayes.

En ese momento apareció Jamie, con aspecto de fatiga, preocupación y gran fastidio. Por lo visto aún no había encontrado al sacerdote.

—¡Papá! —lo saludó Bree—. Roger cree haber visto al comisario que se llevó al padre Kenneth.

—¿Sí? —Él se reanimó de inmediato—. ¿Dónde?

Había cerrado la mano, como preparándose, y no pude menos que sonreír.

—¿De qué te ríes? —preguntó al darse cuenta.

—De nada —le aseguré—. Anda, come un poco de pastel.

Y le entregué un trozo, que él se metió inmediatamente en la boca, mientras volvía a concentrar su atención en Roger.

—¿Dónde? —inquirió borrosamente.

—No sé si era el hombre que estás buscando —aclaró el joven—. Era un hombrecito harapiento. Pero llevaba un prisionero esposado, uno de los tíos de Drunkard's Creek. Creo que era MacLennan.

Jamie tosió, atragantado, escupiendo al fuego trocitos de pastel masticado.

—¿Ha arrestado al señor MacLennan? ¿Y tú lo permitiste? —Bree miraba a su compañero, consternada. Ni ella ni Roger habían estado presentes cuando Abel contó su historia, pero ambos lo conocían bien.

—No podía hacer mucho por impedirlo —señaló él, suavemente—. Lo que hice fue preguntar a MacLennan si necesitaba ayuda. Pensaba ir en busca de tu padre o de Farquard Campbell. Pero él me miró como si yo fuera un

fantasma. Y cuando volví a preguntar movió la cabeza, con una sonrisa extraña. Por una cuestión de principios, no me pareció correcto golpear a un comisario. Pero si...

—No es comisario —dijo Jamie, con voz ronca y lagrimeando. Hizo una pausa para toser otra vez.

—Un cazador de ladrones —expliqué a Roger—. Algo así como un cazador de recompensas.

El té aún no estaba listo, pero encontré media botella de cerveza, que entregué a Jamie.

—¿Adónde llevarán a Abel? —pregunté—. ¿No has dicho que Hayes no quería prisioneros?

Jamie sacudió la cabeza. Después de unos tragos bajó la botella. Ya respiraba un poco mejor.

—No los quiere, no. El señor Boble, porque ha de ser él, llevará a Abel al magistrado más próximo. Y si Roger acaba de verlo...

Con las cejas fruncidas, giró para inspeccionar la ladera en derredor, pensativo.

—Probablemente sea Farquard —concluyó—. Sé que en la congregación hay tres jueces de paz y tres magistrados. De todos ellos, el único que acampa en este lado es Campbell.

—¡Ah, qué bien! —Suspiré aliviada. Farquard Campbell era un hombre justo; se ceñía estrictamente a la ley, pero no carecía de compasión. Además tenía una vieja amistad con Yocasta Cameron.

—Sí, le pediremos a mi tía que hable con él. Quizá sea mejor hacerlo antes de las bodas. —Se volvió hacia Roger—. ¿Quieres ir, MacKenzie? Yo debo encontrar al padre Kenneth, si queremos que haya bodas.

Por la cara que puso, el joven también parecía haberse atragantado con el pastel.

—Eh... bueno... —musitó, incómodo—. En estos momentos no creo ser el mejor para llevar un mensaje a la señora Cameron.

Jamie lo miraba con una mezcla de interés y exasperación.

—¿Por qué?

Roger, intensamente ruborizado, relató la parte esencial de su conversación con Yocasta; al final bajó la voz hasta hacerla casi inaudible.

Aun así lo oímos con claridad. Jamie me miró con la boca contraída. Luego sus hombros empezaron a estremecerse. Yo sentía que la risa me burbujeaba bajo las costillas, pero no era nada comparada con la hilaridad de mi marido. Reía casi en silencio, pero tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Oh, Cristo! —jadeó al fin, apretándose los costados—. Creo que me he partido de la risa. —Y alargó la mano hacia uno de los paños tendidos, que usó para secarse la cara. Un momento después, ya más repuesto, dijo—: Está bien. En ese caso, ve a casa de Farquard. Si Abel está allí, dile a Campbell que yo respondo por él. Y tráelo de regreso

Y lo puso en marcha con un breve gesto. Roger, pálido de mortificación pero lleno de dignidad, partió de inmediato. Bree fue tras él, echando una mirada de reproche a su padre, cuyo único efecto fue hacerle reír en silencio un poco más.

Yo ahogué mi propio regocijo con un trago de té humeante, deliciosamente perfumado. Ofrecí la taza a mi marido, pero él la rechazó con la mano, contentándose con el resto de la cerveza. Por fin comentó, bajando la botella:

—Mi tía sabe muy bien, por cierto, qué se puede comprar con dinero y qué no.

—Y acaba de comprar para sí, y para todos los del condado, una buena opinión del pobre Roger, ¿no es así? —repliqué bastante seca.

—Pobre Roger —reconoció Jamie, con la boca todavía contraída—. Pobre, pero virtuoso. —Levantó la botella de cerveza hasta vaciarla y la bajó con un leve suspiro de satisfacción—. Aunque, bien vistas las cosas, también ha comprado algo de valor para el muchacho, ¿verdad?

—«Mi hijo» —citó suavemente, asintiendo—. ¿Crees que él mismo se haya percatado antes de decirlo? ¿Que en verdad quiere a Jemmy como a un hijo?

Él hizo un gesto indefinido con los hombros, sin llegar a encogerlos.

—No lo sé. Pero es bueno que esa idea se le haya fijado en la mente antes de que llegue el próximo bebé, que será suyo sin lugar a dudas.

Recordé mi conversación con Brianna esa mañana, pero decidí que era mejor no decir nada, al menos por ahora. Después de todo, eso incumbía a Roger y a Bree.

El suave calor que sentía en la boca del estómago no era sólo a causa de la infección: Roger había jurado aceptar a Jemmy como hijo propio, cualquiera que fuese su verdadero padre; era un hombre de honor y ésta era su intención. Pero la voz del corazón habla más alto que ningún juramento pronunciado tan sólo por los labios.

En la época en que yo retorné a través de las piedras, embarazada, Frank me había jurado que me conservaría como esposa, que trataría al niño como hijo propio, que me amaría como antes. Sus labios y su mente habían hecho lo posible por cumplir con esos tres votos, pero su corazón, a fin de cuentas, pronunció uno solo. Desde el momento en que recibió a Brianna en sus brazos, ella fue su hija.

Aun así, ¿qué habría pasado si hubiéramos tenido otro hijo? Esa posibilidad nunca existió, pero si hubiera sucedido... Sequé lentamente la tetera y la envolví en un paño de cocina, contemplando la visión de esa criatura mítica, la que Frank y yo habríamos podido tener, nunca tuvimos y jamás tendríamos. Deposité la tetera envuelta en el cesto, con tanta suavidad como si fuera un bebé dormido.

Cuando me giré, Jamie seguía mirándome con una expresión bastante extraña: tierna, pero melancólica.

—¿Alguna vez se me ha ocurrido darte las gracias, *Sassenach*? —dijo, con voz algo ronca.

—¿Por qué? —pregunté, intrigada.

Él me cogió la mano para que me acercara. Olía a cerveza y a lana mojada. También, muy vagamente, a la dulzura del pastel de frutas con *brandy*.

—Por mis niños —dijo suavemente—. Por los hijos que me has dado.

—¡Oh...! —Me incliné lentamente hacia delante, hasta posar la frente contra la sólida calidez de su pecho, y encerré entre mis manos la parte baja de su espalda, suspirando—. Fue... un placer.

—¡Señor Fraser, señor Fraser!

Al levantar la cabeza, me encontré con un niño que descendía corriendo la empinada pendiente, agitando los brazos para no perder el equilibrio, con la cara muy roja de frío y esfuerzo.

—¡Uf!

Jamie alargó las manos justo a tiempo para sujetarlo en el momento en que atravesaba el último par de metros, ya fuera de control. Luego lo alzó en brazos, sonriéndole. Lo reconocí; era el menor de los hijos de Farquard Campbell.

—Sí, Rabbie, ¿qué sucede? ¿Tú padre quiere que vaya a por el señor MacLennan?

Rabbie sacudió la cabeza; sus mechones desiguales se alzaron como el pelaje de un perro ovejero.

—No, señor —jadeó, buscando aliento. En el esfuerzo por respirar y hablar al mismo tiempo, tragó una bocanada de aire que le hinchó la garganta como a una rana—. No señor. Mi papá dice que se ha enterado de dónde está el sacerdote y que yo debo mostrarle el camino, señor. ¿Vendrá usted conmigo?

Las cejas de Jamie se alzaron en momentánea sorpresa; después de echarme un vistazo, dedicó a Rabbie una sonrisa y un gesto de asentimiento, agachándose para depositarlo en el suelo.

—Sí, muchacho, iré. Anda, guíame.

—¡Qué delicadeza la de Farquard! —comenté a Jamie por lo bajo, mientras Rabbie correteaba delante, echando de vez en cuando una mirada por encima de su hombro, para asegurarse de que podíamos seguirle el paso. Nadie repararía en un pequeño entre los enjambres de niños que andaban por la montaña. En cambio habría llamado la atención de todos que Farquard Campbell viniera personalmente o enviara a uno de sus hijos adultos.

Jamie bufó un poco; la bruma de su aliento fue una hebra de vapor en el frío glacial.

—Al fin y al cabo no es asunto de Farquard, pese al gran aprecio que siente por mi tía. Y supongo que, si me ha enviado al pequeño, es porque conoce al responsable y no quiere escoger bandos apoyándome contra él. —Eché una mirada al sol poniente y luego me miró a mí, con melancolía—. Dije que hallaría al padre Kenneth antes del atardecer, pero aun así... No creo que esta noche haya boda, *Sassenach*.

Rabbie nos conducía hacia arriba, siguiendo sin vacilar el laberinto de senderos y hierba pisoteada. La gente ya se estaba congregando en torno del

fuego familiar, deseosa de cenar, y nadie nos dedicó una mirada.

Por fin Rabbie se detuvo al pie de un sendero bien marcado, que conducía hacia arriba y hacia la derecha. Me pregunté quién tendría al padre Kenneth bajo custodia, y qué se proponía Jamie.

—Allí arriba —dijo Rabbie innecesariamente, señalando el extremo de una gran tienda.

Al verla, Jamie emitió un sonido escocés desde el fondo de su garganta.

—¡Ah! —dijo muy quedo—, conque así son las cosas.

—No me digas cómo. Dime de quién. —Yo observaba esa tienda: grande, de lona parda encerada, pálida en el crepúsculo. Obviamente pertenecía a alguien adinerado, pero no me resultaba conocido.

—El señor Lillywhite, de Hillsborough —dijo Jamie, frunciendo las cejas en reflexión. Luego dio unas palmaditas en la cabeza a Rabbie Campbell y le entregó un penique sacado de su *sporran*—. Gracias, muchacho. Ahora corre a tu casa, que es hora de cenar.

El niño cogió la moneda y desapareció sin comentarios, feliz de haber cumplido con su recado.

—Ya, comprendo.

Contemplé la tienda con ojo desconfiado. Eso explicaba unas cuantas cosas, pero no todas. El señor Lillywhite era magistrado de Hillsborough. Yo no sabía más de él, pero lo había visto una o dos veces durante la congregación: un hombre alto, algo encorvado, que se caracterizaba por su chaqueta verde botella con botones de plata. Nunca me lo habían presentado formalmente.

Los magistrados eran los responsables de designar a los comisarios; eso explicaba el vínculo con el «gordo horrible» que había descrito Marsali y por qué el padre Kenneth estaba encarcelado allí. Pero quedaba por saber si era el comisario o Lillywhite quien había querido retirarlo de la circulación.

Jamie me apoyó una mano en el brazo para apartarme del sendero, hacia la protección de un pino pequeño.

—Tú no conoces al señor Lillywhite, ¿verdad, *Sassenach*?

—Sólo de vista. ¿Qué quieres de mí?

Él me sonrió con un destello travieso en los ojos, pese a estar preocupado por el sacerdote.

—¿Estás dispuesta?

—Supongo que sí, a menos que me ordenes golpear en la cabeza al señor Lillywhite y liberar al padre Kenneth por la fuerza. Ese tipo de cosas está más en tu línea que en la mía.

Él rió ante eso, echando a la tienda una mirada que me pareció anhelante.

—Nada me gustaría más —dijo, confirmando esta impresión—. Y no sería nada difícil —añadió, observando los flancos de lona, que flameaban al viento—. Mira su tamaño; allí adentro no puede haber más de dos o tres hombres, además del sacerdote. Podría esperar a que oscureciera por completo y luego, con uno o dos muchachos...

—Sí, pero ¿qué quieres que haga yo ahora? —lo interrumpí. Me parecía mejor poner coto a un hilo de pensamientos claramente criminal.

Él abandonó sus maquinaciones para evaluarme con ojos entornados.

—¿No has traído algo de tu equipo médico? —preguntó, con aire dubitativo—. ¿Un frasco de brebaje, un pequeño cuchillo?

—¡Frasco de brebaje, dices! No... ¡Oh!, espera un momento. Sí, he traído esto. ¿Servirá?

Hurgando en el bolsillo que me colgaba de la cintura, había encontrado la pequeña caja de marfil en la que guardaba mis agujas de acupuntura, con punta de oro.

Él asintió, obviamente satisfecho, y sacó del *sporrán* la petaca de plata.

—Servirán, sí —dijo, entregándome el *whisky*—. Lleva esto también, para impresionar. Sube hasta la tienda, *Sassenach*, y di a quien esté custodiando al sacerdote que el hombre está enfermo.

—¿El guardia?

—El cura —corrigió—. A estas horas todos han de saber que eres curandera y te reconocerán al verte. Di que has estado tratando al padre Kenneth por una enfermedad y que necesita inmediatamente una dosis de su remedio. De lo contrario se les morirá. No creo que quieran eso... y de ti no tendrán miedo.

—No creo que tengan motivos —reconocí, algo cáustica—. Bien, no tengo que apuñalar al comisario con mis agujas, ¿verdad?

La idea le hizo sonreír de oreja a oreja, pero negó con la cabeza.

—No. Sólo quiero que averigües por qué lo han apresado y qué piensan

hacer con él. Si fuera yo mismo a preguntar, los pondría en guardia.

Eso significaba que no había abandonado por completo la idea de lanzar un ataque comando contra la fortaleza del señor Lillywhite, si las respuestas resultaban insatisfactorias. Eché un vistazo a la tienda y, aspirando hondo, me acomodé el chal sobre los hombros.

—Está bien. ¿Y tú qué harás mientras tanto?

—Voy por los niños —dijo.

Y después de apretarme fugazmente la mano, para desearme suerte, partió cuesta abajo.

Aún estaba preguntándome qué significaría esa críptica declaración (¿qué niños y para qué?), cuando distinguí la solapa abierta de la tienda; pero todas las especulaciones volaron de mi mente ante la aparición de un caballero que correspondía a lo descrito por Marsali, «un gordo horrible», con tanta exactitud que no me cupieron dudas sobre su identidad; sus ojillos de cuentas me observaron como si evaluara mis posibilidades comestibles.

—Buenos días tenga usted, señora —dijo, sin entusiasmo, como si me encontrara poco apetitosa; pero inclinó la cabeza con respeto formal.

—Buenos días —respondí alegremente, haciéndole una breve reverencia. Nunca va mal ser cortés, al menos en un comienzo—. Usted debe de ser el comisario, ¿verdad? Temo que no he tenido el placer de serle formalmente presentada. Soy la señora Fraser, la esposa de James Fraser, del Cerro de Fraser.

—David Anstruther, comisario del condado de Orange. Un servidor, señora. —Se inclinó otra vez, aunque sin muchas muestras de placer. Tampoco parecía haberlo sorprendido el nombre de Jamie, ya porque no le era familiar (cosa extraña) o porque ya esperaba una embajada como ésa.

Siendo así, no tenía sentido andarme con rodeos.

—Tengo entendido que aloja aquí al padre Donahue —dije cordialmente—. He venido a verlo. Soy su médico.

No sé qué esperaba, pero no era eso; quedó algo boquiabierto, dejando ver un grave caso de mala oclusión, gingivitis avanzada y falta de un bicúspide. Antes de que pudiera cerrar la boca, de la tienda salió un caballero alto, de chaqueta verde botella.

—¿La señora Fraser? —dijo, arqueando una ceja. Luego se inclinó puntillosamente—. ¿Ha dicho usted que deseaba hablar con el caballero clerical arrestado?

—¿Arrestado? —Ante eso fingí gran sorpresa—. ¿Un sacerdote? Vaya, ¿qué puede haber hecho?

El comisario y el magistrado intercambiaron una mirada. Luego éste carraspeó.

—Tal vez ignora usted, señora, que en la colonia de Carolina del Norte sólo el clero de la Iglesia establecida (es decir, la Iglesia Anglicana) puede celebrar legalmente sus oficios.

—¡Válgame Dios! —exclamé, afectando horrorizada sorpresa hasta donde me era posible—. No, no tenía la menor idea. Pero ¡qué cosa tan extraña!

El señor Lillywhite parpadeó un poco, gesto que interpreté como indicación de que había logrado crear una impresión de educada sorpresa. Después de aclararme la garganta, mostré la petaca de plata y el estuche de las agujas.

—Bueno, espero que las dificultades se resuelvan pronto. Aun así, me gustaría ver un momento al padre Donahue. Tal como he dicho, soy su médico. Él tiene una... indisposición... —deslicé hacia atrás la cubierta del estuche para exhibir delicadamente las agujas, permitiendo que imaginaran algo adecuadamente virulento— que requiere tratamiento regular. ¿Podría verlo por un instante, a fin de administrarle su remedio? No querría que... eh..., que sucediera algo inconveniente por falta de atención por mi parte, como comprenderán.

Y sonreí con todo mi encanto.

El comisario encogió el cuello dentro de la chaqueta, asumiendo un aspecto malévolamente anfibio, pero el señor Lillywhite pareció más afectado por mi sonrisa. Me observó de pies a cabeza, vacilando.

—Bueno, no estoy seguro de que... —comenzó a decir.

En ese momento unas pisadas chapotearon en el sendero, detrás de mí. Me giré, casi esperando ver a Jamie. En cambio me encontré con el señor Goodwin, mi paciente de la mañana; tenía una mejilla aún hinchada por mi tratamiento, pero el cabestrillo permanecía intacto.

Él también se sorprendió al verme, pero me saludó con gran cordialidad, en una nube de vapores alcohólicos. Por lo visto había tomado muy en serio mi consejo de desinfectar.

—¡Señora Fraser! Confió que no haya venido para atender a mi amigo Lillywhite. Al señor Anstruther, en cambio, no le vendría mal una buena purga para despejar los humores biliosos, ¿verdad, David? ¡Ja, ja!

—Querido George —saludó el señor Lillywhite, cálidamente—, veo que ya conoces a esta encantadora dama.

—¡Oh!, ya lo creo, caballero. —El señor Goodwin volvió hacia mí un semblante muy sonriente—. ¡Pero si apenas esta mañana la señora Fraser me ha hecho un gran servicio! Un gran servicio, sí. ¡Mirad esto!

Blandió su brazo entablillado; noté con placer que no parecía estar causándole ningún dolor, aunque probablemente eso se debía a la anestesia que se estaba autoadministrando, antes que a mi obra.

—Me ha curado el brazo con sólo un toque aquí, un toque allá... y me extrajo un diente roto con tanta limpieza que apenas lo noté. ¡Uk! —Metió un dedo para retirar la mejilla, dejando ver el trozo de algodón ensangrentado en el hueco del diente y una pulcra línea de puntos negros en la encía.

—Estoy realmente impresionado, señora. —Lillywhite, con cara de interés, olfateó el vaho de *whisky* y clavo de olor que surgía de aquella boca. Vi que su lengua formaba un bulto en su mejilla, al sondear cautelosamente una muela.

—Pero ¿qué la trae por aquí, señora Fraser? —El recién llegado volvió hacia mí el rayo de su jovialidad—. Tan avanzado el día... ¿Quizá me haga usted el honor de compartir mi cena ante la fogata?

—¡Oh!, muchas gracias, pero la verdad es que no puedo —dije, con la más encantadora de mis sonrisas—. He venido a ver a otro paciente... es decir...

—Quiere ver al sacerdote —interrumpió Anstruther.

Ante eso Goodwin parpadeó, desconcertado sólo por un instante.

—¿Al cura? ¿Hay un sacerdote aquí?

—Un papista —amplió el señor Lillywhite, curvando un poco los labios ante esa palabra impura—. Se me hizo saber que había un sacerdote católico camuflado en la reunión y que se proponía celebrar una misa durante las

festividades de esta noche. Desde luego, he enviado al señor Anstruther para que lo arrestara.

—El padre Donahue es amigo mío —intervine, con toda la energía posible—. Y no estaba camuflado, sino invitado sin disimulos, como huésped de la señora Cameron. Además, es paciente mío y requiere tratamiento. He venido a garantizar que lo reciba.

—¿Amigo suyo? ¿Es usted católica, señora Fraser?

El señor Goodwin parecía sobresaltado; obviamente, no se le había ocurrido que su odontóloga fuera papista; se llevó la mano a la mejilla hinchada, en un gesto de extrañeza.

—Lo soy —manifesté, con la esperanza de que ser católica no fuera ilegal, según la concepción de Lillywhite.

Evidentemente no era así. El señor Goodwin dio un codazo a su amigo.

—¡Oh!, vamos, Randall. Deje que la señora vea a ese hombre. ¿Qué daño puede hacer? Y si en realidad es invitado de Yocasta Cameron...

El señor Lillywhite frunció los labios, reflexionando un momento. Luego se hizo a un lado y apartó la solapa de lona para que yo pasara.

—No creo que haya ningún mal en que vea a su... amigo —manifesté lentamente—. Pase, pues, señora.

La silueta del padre Donahue se recortaba frente a la lona iluminada; estaba sentado en un taburete ante una pequeña mesa plegable en la cual se veían unas pocas hojas de papel, un tintero y una pluma. Lo mismo podrían haber sido instrumentos de tortura, a juzgar por su rígida actitud defensiva, evocativa de alguien que esperara el martirio.

Desde atrás me llegó un ruido de pedernal y yesquera; luego, un vago resplandor que fue creciendo. Un niño negro (el sirviente del señor Lillywhite, probablemente), se adelantó en silencio para poner una pequeña lámpara de aceite sobre la mesa.

—Padre Kenneth. —Le estreché la mano con una amplia sonrisa, en beneficio de quienquiera que pudiese estar espiando por la abertura—. Le he traído su remedio. ¿Cómo se siente?

Agité las cejas para indicarle que debía seguirme el juego. Él me miró fijamente un momento, fascinando, pero luego pareció entender y tosió un poco. Alentado por mi gesto afirmativo, lo hizo otra vez, ya con más

entusiasmo.

—Ha sido... muy amable, al pensar en mi, señora Fraser —jadeó entre más toses.

Destapé la petaca y le serví una generosa medida de *whisky*.

—¿Está usted bien, padre? —pregunté en voz baja, al inclinarme para ofrecérsela—. Su cara...

—¡Oh!, no es nada, querida señora Fraser, nada en absoluto —me aseguró, dejando asomar su tono irlandés en la tensión del momento—. Es que cometí el error de resistirme cuando el comisario me arrestó. No sólo eso, sino que, llevado por la impresión, causé algún perjuicio a los cojones del pobre hombre, que sólo cumplía con su deber, Dios me perdone.

El padre Kenneth dirigió el ojo indemne hacia arriba en una expresión piadosa, arruinada por la irredenta sonrisa que se extendía abajo. No era muy alto y parecía mayor de lo que era, en virtud del desgaste que le imponían los largos períodos pasados a caballo. Aun así, no pasaba de los treinta y cinco años, y bajo su gastado abrigo negro, era enjuto y recio como un látigo. Empezaba a comprender a qué se debía la beligerancia del comisario.

—Además —añadió, tocándose con cautela el ojo negro—, el señor Lillywhite me ha ofrecido la más gentil de las excusas por el daño sufrido.

El sacerdote cogió el *whisky* que yo le había servido y lo apuró, cerrando los ojos en soñadora bendición.

—No podría disfrutar de mejor remedio —dijo, al abrirlos de nuevo—. Se lo agradezco mucho, señora Fraser. Estoy tan repuesto que podría caminar sobre las aguas.

Entonces recordó que debía toser; esta vez lo hizo con delicadeza, con un puño apoyado en la boca.

—¿Por qué lo han arrestado? —pregunté, bajando la voz.

Eché otro vistazo a la entrada de la tienda, pero estaba desierta; desde afuera llegaba un murmullo de voces. Por lo visto Jamie tenía razón: no sospechaban de mí.

—Por celebrar la Santa Misa —respondió él—. Al menos, eso han dicho, aunque es una perversa mentira. No he celebrado ninguna misa desde el domingo pasado, y eso fue en Virginia.

Cogí la petaca para servirle otra medida generosa. Mientras él la bebía,

esta vez con más lentitud, fruncí el entrecejo, reflexionando. ¿Qué se traían entre manos el señor Lillywhite y compañía? No podían, sin duda, llevar a juicio al sacerdote por el cargo de oficiar misa. Desde luego, no les costaría mucho conseguir testigos falsos para probar que lo había hecho, pero ¿qué ganarían con eso?

Si bien el catolicismo no era popular en Carolina del Norte, yo no veía el beneficio en arrestar a un cura que, de cualquier modo, se iría por la mañana. El padre Kenneth provenía de Baltimore y pensaba regresar allí. Sólo había concurrido a la congregación por hacer un favor a Yocasta Cameron.

—¡Oh! —exclamé. El sacerdote me miró inquisitivamente por encima de su taza—. Es sólo una idea —dije, indicándole con un gesto que continuara—. Por casualidad ¿sabéis si el señor Lillywhite tiene alguna relación personal con la señora Cameron?

Yocasta, mujer prominente y adinerada, tenía carácter fuerte; por ende no le faltarían enemigos. No me explicaba por qué el señor Lillywhite quería fastidiarla de una manera tan peculiar, pero aun así...

—Conozco a la señora Cameron —dijo el magistrado a mis espaldas—. Sin embargo, ¡ay!, no puedo decir que tenga una amistad íntima con esa dama.

Me giré en redondo. Estaba de pie a la entrada de la tienda, seguido por el comisario Anstruther y el señor Goodwin. Jamie cerraba la marcha haciéndome un imperceptible gesto con una ceja.

El señor Lillywhite se inclinó ante mí.

—Acabo de explicarle a su esposo, señora, que por consideración a la señora Cameron he intentado regularizar la situación del señor Donahue, a fin de permitir su presencia en la colonia. Sin embargo, temo que mis sugerencias fueron sumariamente rechazadas.

El padre Kenneth dejó su taza e irguió la espalda, refulgente el ojo sano a la luz de la lámpara.

—Quieren que firme un juramento, señor —le dijo a Jamie, señalando con un gesto el papel y la pluma que tenía ante sí—. A efectos de que no suscribo la creencia en la transustanciación.

—¿De veras? —La voz de Jamie no revelaba más que un interés amable.

—Bueno, pues no puede, ¿verdad? —dije, mirando al círculo de hombres

— Los católicos... es decir, nosotros —aclaré, mirando al señor Goodwin— creemos ciertamente en la transustanciación. ¿No es así? —pregunté, volviéndome hacia el cura, que asintió con la cabeza, sonriendo apenas.

El señor Goodwin parecía disconforme, pero resignado; la incomodidad social había reducido su jovialidad alcohólica.

—Lo siento, señora Fraser, pero así lo manda la ley. Sólo con una condición se permite a los clérigos no pertenecientes a la Iglesia establecida permanecer legalmente en la colonia, y es que firmen ese juramento. Son muchos los que lo hacen. ¿Conoce al reverendo Urmstone, el predicador metodista itinerante? Él ha firmado el juramento, y también el señor Calvert, que vive cerca de Wadesboro.

El comisario parecía muy ufano. Conteniendo mi impulso de pisarle un pie, me volví hacia el señor Lillywhite.

—Pues como el padre Donahue no puede firmarlo, ¿qué se proponen hacer con él? ¿Arrojarlo a una mazmorra? No pueden hacer eso: ¡está enfermo!

Como obedeciendo a una señal, el padre Kenneth tosió debidamente. El señor Lillywhite me miró con aire dubitativo, pero prefirió dirigirse a Jamie.

—En justicia podría encarcelar a este hombre, pero por consideración a vos y a vuestra tía, señor Fraser, no lo haré. No obstante deberá abandonar mañana la colonia. Lo haré escoltar hasta Virginia, donde será puesto en libertad. Puede usted confiar en que se cuidará de su bienestar durante el viaje.

Y desvió una fría mirada gris hacia el comisario, que se irguió en toda su estatura, tratando de lucir digno de confianza, sin mucho resultado.

—Comprendo. —Jamie habló en tono ligero, paseando la mirada de uno a otro de los hombres; por fin la posó en el comisario—. Espero que así sea, señor... pues si llegara a mi conocimiento que el buen padre ha sufrido algún daño, mi... desasosiego sería mayúsculo.

El comisario le sostuvo la mirada, pétrea la cara, hasta que el señor Lillywhite le dirigió un gesto ceñudo.

—Le doy mi palabra, señor Fraser.

Jamie le hizo una leve reverencia.

—No podría pedir más, señor. Sin embargo, si me permite la

presunción... ¿no podría el padre pasar la noche cómodo entre sus amigos? Así podría despedirse de ellos. Y mi esposa, atender sus lesiones. Yo me haría responsable de entregarlo sin falta a vuestras manos, mañana por la mañana.

El señor Lillywhite ahuecó los labios, fingiendo estudiar la propuesta, pero era mal actor. No sin interés, me percaté de que había previsto esa solicitud y ya tenía decidido negarse.

—No señor —dijo, tratando de adoptar un tono renuente—. Lamento no poder acceder a su pedido. Pero si el sacerdote desea escribir cartas a sus conocidos... —Señaló con la cabeza el montón de papeles—. Yo me encargaré de que sean prontamente entregadas.

Mi marido también carraspeó, estirándose un poco.

—Pues bien —dijo—, si tolera mi atrevimiento...

Hizo una pausa, como si estuviera algo avergonzado.

—Diga, señor. —Lillywhite lo miraba con curiosidad.

—¿Permitiría usted que el buen padre me escuchara en confesión? — Jamie había clavado la mirada en el poste de la tienda, evitando la mía con diligencia.

—¿En confesión?

El magistrado parecía atónito. El comisario, en cambio, emitió un ruido que alguien muy caritativo podía interpretar como risita burlona.

—¿Tiene algún peso en la conciencia? —preguntó rudamente—. O quizá una premonición de muerte inminente. ¿Eh?

Lo dijo con una sonrisa maligna. El señor Goodwin, con cara de escandalizado, murmuró una protesta. Jamie, desdeñándolos a ambos, centró su atención en el señor Lillywhite.

—Sí, señor. Hace algún tiempo que no he tenido oportunidad de confesarme, ¿comprende? Y es muy posible que pase aún más antes de que vuelva a presentarse la ocasión. Tal como están las cosas... —En ese momento cruzó una mirada conmigo y señaló la solapa de la tienda con un gesto breve, pero enfático—. ¿Nos disculparían un momento, caballeros?

Sin aguardar la respuesta, me cogió por el codo para empujarme velozmente afuera.

—Brianna y Marsali están sendero arriba, con los críos —me siseó al

oído, en cuanto estuvimos fuera de la tienda—. Cuando Lillywhite y ese cabrón del comisario estén bien lejos ve a por ellos.

Y me dejó de pie en el camino, atónita, para entrar de nuevo en la tienda.

—Con su perdón, caballeros —le oí decir—. Me pareció que... hay cosas que un hombre no debe decir frente a su esposa, ¿comprenden?

Hubo un murmullo de comprensión masculina; también capté la palabra «confesión», repetida por el señor Lillywhite en tono dubitativo.

Tras descender algunos pasos por el camino, se detuvieron a conferenciar.

El bulto de Anstruther se acercó un poco más al señor Goodwin.

—¿Qué coño es la transustanciación? —murmuró.

Vi que el señor Goodwin erguía los hombros, estirándose, pero de inmediato los elevó hacia las orejas.

—Con toda franqueza, señor, no estoy seguro de lo que significa esa palabra —dijo con cierta gazmoñería—; no obstante, percibo en ella alguna forma de doctrina papista perniciosa. Tal vez el señor Lillywhite pueda ofrecerle una definición más completa. ¿Randall?

—Por supuesto —dijo el magistrado—. Es el concepto de que, al pronunciar el sacerdote determinadas palabras durante la celebración de su misa, el pan y el vino se transforman en la sustancia misma del cuerpo y la sangre de Nuestro Salvador.

—¿Qué? —Anstruther parecía confundido—. ¿Cómo es posible hacer eso?

—¿Cambiar el pan y el vino en carne y sangre? —dijo el señor Goodwin, bastante desconcertado—. ¡Pero eso es brujería!

—Lo sería, si en realidad se produjera —objetó el señor Lillywhite, algo más humano—. La iglesia sostiene, con mucha razón, que no es así.

—¿Y estamos seguros de eso? —El comisario parecía desconfiar—. ¿Los ha visto usted hacerlo?

—Personalmente, no. Pero tengo entendido que es así.

—Pues bien, eso es canibalismo puro y duro, ¿no? —La mole del comisario volvió a estirarse, entusiasmada—. ¡Eso sí que va contra la ley! ¿Por qué no dejamos que este tío haga su truco de magia y los arrestamos a todos? Creo que podríamos encerrar a un montón de esos cabrones de un solo golpe.

—No —dijo, sin alzar la voz—. Temo que no, comisario. Tengo instrucciones de no permitir que el sacerdote realice ninguna ceremonia y que se le impida recibir visitantes.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que está haciendo ahora? —acusó Anstruther, señalando hacia la tienda a oscuras, donde la voz de Jamie había empezado a sonar, vacilante. Probablemente hablaba en latín.

—Eso es muy diferente —dijo Lillywhite, irritado—. El señor Frase es un caballero. Y la prohibición de recibir visitas es para evitar que el cura celebre matrimonios secretos, cosa que ahora no puede preocuparnos.

—Bendígame, padre, pues he pecado —dijo Jamie, alzando súbitamente la voz.

El magistrado dio un respingo, mientras el padre Kenneth, murmuraba una interrogación.

—He cometido pecados de lujuria e impureza, tanto de pensamientos como de hecho —anunció Jamie, en un volumen que no me pareció muy discreto.

—¡Oh! Ya veo —repuso el padre Kenneth, levantando también la voz, como si estuviera interesado—. Ahora bien, hijo mío, esos pecados de impureza, ¿de qué forma se han manifestado, y en cuántas ocasiones?

—Pues bien... Para empezar, he mirado a algunas mujeres con deseo lujurioso. En cuántas ocasiones... calculemos un centenar, por lo menos, pues ha pasado bastante tiempo desde mi última confesión. ¿Tiene que saber con qué mujeres sucedió, padre, o basta con que le diga lo que pensé hacerles?

El señor Lillywhite se puso notablemente rígido.

—Creo que no tendremos tiempo para tanto, querido Jamie —dijo el cura—. Pero si quieres hablarme de una o dos ocasiones, para que yo pueda formarme una idea en cuanto al... eh... a la gravedad del pecado.

—¡Oh!, bien. Bueno, la peor debe de haber sido aquella vez, con la mantequera.

—¿Mantequera? Ah... ¿de esas con un mango que asoma? —El tono del padre Kenneth expresaba una triste compasión por las libidinosas posibilidades que eso sugería.

—¡Oh, no! Padre. Era uno de esos barriles que se ponen de lado, con una

pequeña manivela para darle vueltas, ¿sabe? Pues bien, ella estaba dándole vueltas con mucho vigor, y tenía los cordones del corpiño desatados de modo que sus pechos se bamboleaban hacia aquí y hacia allá. Y la tela se le pegaba al cuerpo con el sudor del trabajo. Pues bien: el barril tenía la altura exacta, y era curvado, ¿comprende? Y eso me hizo pensar en tumbarla encima y levantarle las faldas y...

Involuntariamente abrí la boca en un gesto de horror. ¡El corpiño que estaba describiendo era el mío, y mis pechos, y mi mantequera! Por no hablar de mis faldas. Recordaba vívidamente aquella ocasión. Si se había iniciado con un pensamiento impuro, ciertamente no quedó sólo en eso.

Un ruido susurrante y un murmullo volvieron mi atención a los hombres que conversaban en el camino. El señor Lillywhite había cogido de un brazo al comisario, que aún se inclinaba ávidamente hacia la tienda, irguiendo las cejas, y lo regañaba con un siseo, mientras lo obligaba apresuradamente a alejarse por el camino. El señor Goodwin los siguió, aunque con aire renuente.

Por desgracia, el ruido que hicieron al alejarse ahogó el resto del pecado que Jamie describía, pero también, afortunadamente, el susurro de hojas y ramillas rotas que anunciaban la aparición de Brianna y Marsali a mis espaldas, con Jemmy y Joan en brazos y Germain aferrado a la espalda de su madre, como un monito.

—Ya temía que no se fueran nunca —susurró Bree, espionando sobre mi hombro hacia el lugar por donde habían desaparecido el magistrado y sus compañeros—. ¿Queda alguien?

—No. Vamos.

Y alargué los brazos hacia Germain, que vino a ellos de buena gana.

—*Où nous allées, Grad-mère?*— preguntó con voz soñolienta, mientras besuqueaba afectuosamente mi cuello.

—Chist. Vamos a ver a Grand-père y al padre Kenneth —le susurré—. Pero tenemos que ir muy callados.

—¡Oh,!, ¿así? —siseó en un fuerte susurro. Y comenzó a cantar por lo bajo una canción francesa muy vulgar.

—¡Chist! —Le planté una mano contra la boca, húmeda y pegajosa por lo que había estado comiendo—. No cantes, tesoro. No conviene despertar a los

bebés.

En cuanto entramos, Jamie se interrumpió abruptamente. Luego le oí decir, deprisa:

—Y pecados de ira, orgullo y envidia... ¡ah! Y también alguna mentira, padre. Amén.

Cayó de rodillas, recitando precipitadamente un acto de contrición en francés, y antes de que el padre Kenneth acabara de decir: «*Ego te absolvo*» ya estaba de pie, retirando a Germain de mis brazos.

Mis ojos se iban adaptando a la oscuridad; llegaba a distinguir las siluetas voluminosas de las muchachas y el alto contorno de Jamie, que plantó al niño en la mesa, ante el sacerdote, diciendo:

—Deprisa pues, padre. No tenemos mucho tiempo.

—Tampoco tenemos agua —observó el cura—. A menos que las señoras hayan recordado traer un poco...

Había cogido el pedernal y la yesquera, con los que estaba tratando de encender nuevamente la lámpara. Bree y Marsali intercambiaron una mirada de horror. Luego sacudieron la cabeza al unísono.

—No os preocupéis, padre —dijo Jamie, tranquilizador.

Lo vi alargar la mano hacia algo que estaba sobre la mesa. Se oyó el breve chillido de un corcho al salir; luego, el olor caliente y dulce del buen *whisky* llenó la tienda, mientras de la mecha brotaba una llama vacilante, que se estabilizó en una luz pequeña y clara.

—Dadas las circunstancias... —dijo Jamie, ofreciendo la petaca abierta al sacerdote.

El padre Kenneth apretó los labios, aunque me pareció que no era un gesto de irritación, sino de hilaridad contenida.

—Los óleos bautismales —explicó, descorchando el frasco antes de ponerlo en la mesa—. Gracias a la Virgen que lo llevaba encima. El comisario se apropió de la caja con los elementos para la misa. —Hizo un rápido inventario de los objetos depositados en la mesa, contándolos con los dedos—. Fuego, óleos, agua... o algo así... y un niño. Muy bien. Supongo, señora, que vos y vuestro esposo seréis los padrinos de éste.

Eso iba dirigido a mí. Jamie había ido a aposentarse junto a la entrada de la tienda.

—De todos, padre —dije, sujetando con firmeza a Germain, que parecía dispuesto a bajar de un salto—. No te muevas, tesoro. Es sólo un momento.

Detrás de mí se oyó el sonido de metal desenvainado contra piel aceitada. Al volverme vi a Jamie entre las sombras; montaba guardia junto a la puerta con el puñal en la mano. Un escrúpulo aprensivo se me enroscó en el vientre. Bree ahogó una exclamación a mi lado.

—Jamie, hijo mío —dijo el padre Kenneth, en tono de suave reprimenda.

—Continuad, padre, por favor —fue la tranquila respuesta—. He decidido que mis nietos reciban el bautismo esta misma noche. Y nadie podrá impedirlo.

El cura aspiró hondo con un leve siseo. Luego movió la cabeza.

—¿En nombre de este niño renuncian a Satanás y a todas sus obras? —preguntó, hablando deprisa.

Reaccioné justo a tiempo para unirme a Jamie en la respuesta de los padrinos, recitando abnegadamente:

—Renunciamos a ellos.

—¿Creen en el único Dios el Padre el Hijo y el Espíritu Santo?

—Cabezotas —modulé con los labios, hacia Jamie. Él ensanchó la sonrisa, mientras yo me apresuraba a acompañar su firme: «Creo».

¿Era una pisada lo que había oído afuera, en el camino, o sólo el viento del anochecer, que hacía crujir a su paso las ramas de los árboles?

Terminadas las preguntas y respuestas, el sacerdote me sonrió de oreja a oreja; la luz parpadeante de la lámpara le daba aspecto de gárgola. Su ojo sano se cerró brevemente en un guiño.

—Damos por sentado que responderán lo mismo por los otros dos, ¿verdad, señora? ¿Y cuál será el nombre de pila de este dulce pequeño?

Sin quebrar el ritmo, tomó la petaca de *whisky* y dejó caer un cauteloso goteo de licor en la cabeza del niño, repitiendo:

—Yo te bautizo, Germain Alexander Claudel MacKenzie Fraser, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

El niño observaba esa operación con profundo interés; cuando el líquido corrió por el puente de su nariz, alargó la lengua para probar las gotas, pero de inmediato hizo una mueca.

—¡Pujaj! —dijo con toda claridad—. Pipí de caballo.

Marsali le espetó un breve chasquido escandalizado, pero el cura se limitó a reír entre dientes. Después de bajar a Germain de la mesa, llamó a Bree con una seña.

Ella sostuvo a Jemmy por encima de la mesa, acunándolo en sus brazos como si fuera la víctima de un sacrificio. Aunque estaba atenta a la cara del bebé, vi que torcía un poco la cabeza, distraída por algo que sucedía afuera. Se oían ruidos en el sendero, sí. Y voces. Un grupo de hombres que conversaban; las voces eran amistosas, pero no estaban ebrios.

Ya tensa, traté de no mirar a Jamie. Si entraban, lo mejor sería coger a Germain, gatear por debajo del extremo opuesto de la lona y salir huyendo. Por si acaso, lo sujeté por el cuello de la camisa. En ese momento sentí un ligero toque: Bree había movido el cuerpo contra mí.

—Todo está bien, mamá —susurró—. Son Roger y Fergus.

Después de un movimiento con la cabeza hacia la oscuridad, concentró su atención en Jemmy.

Era cierto; la piel de mis sienes se erizó de alivio. Ahora reconocía la voz imperiosa y algo nasal de Fergus, que recitaba una larga oración, y una grave ronroneo escocés que debía de ser el de Roger. Una risita aguda, la del señor Goodwin, flotó en la noche, seguida por algún comentario del señor Lillywhite, con su pronunciación aristocrática.

Esa vez sí miré a Jamie. Aún tenía el puñal desenvainado, pero había dejado caer la mano a un lado y sus hombros estaban menos tensos. Me sonrió otra vez, y en esta ocasión le devolví el gesto.

Jemmy estaba despierto, pero adormilado. Aunque no presentó objeciones al óleo, dio un respingo ante el frío contacto del *whisky* en la frente, abriendo mucho los ojos, y emitió un agudo chillido de protesta.

Su madre le dio suaves golpes en la espalda como si fuera un bongo, distrayéndolo con un pequeño murmullo al oído. Él se conformó con chuparse el pulgar, fulminando a los reunidos con una mirada suspicaz. Para entonces, el padre Kenneth ya estaba vertiendo *whisky* sobre Joan, que dormía en brazos de Marsali.

—Yo te bautizo, Joan Laoghaire Claire Fraser —dijo, siguiendo las indicaciones de la muchacha.

La miré con sorpresa. Sabía que se llamaba Joan, como la hermana menor

de Marsali, pero ignoraba cuáles serían sus otros nombres. De pronto, los ojos inclinados de la niña se abrieron de par en par, junto con su boca, que emitió un alarido penetrante. Todo el mundo dio un brinco, como si entre nosotros hubiera estallado una bomba.

—¡Id en paz a servir al Señor! ¡E id aprisa! —dijo el padre Kenneth, que ya estaba tapando diestramente la botella y la petaca, escondiendo frenéticamente todo rastro de la ceremonia.

Sendero abajo se oían voces alzadas en intrigadas preguntas.

Marsali salió de la tienda como el rayo, con la aullante bebé apretada contra el pecho y Germain, pese a sus protestas, sujeto por la mano. Bree se detuvo apenas para besar en la frente al padre Kenneth.

—Gracias, padre —susurró.

Y desapareció en un revoloteo de faldas y enaguas.

Jamie me había cogido por el brazo y estaba empujándome también hacia fuera, pero se detuvo durante medio segundo.

—¿Padre? —susurró hacia atrás—, ¡*Pax vobiscum!*

El cura ya había vuelto a sentarse detrás de la mesa, con las manos cruzadas y las acusadoras hojas en blanco extendidas ante él. Levantó la vista con una leve sonrisa. Su cara, a la luz del candil, expresaba una paz perfecta, a pesar del ojo negro.

—*Et cum spiritu tuo*, hombre —dijo, mientras levantaba tres dedos en una última bendición.

—¿Por qué has hecho eso? —El susurro de Brianna flotó hasta mí, lleno de irritación. Ella y Marsali iban unos pocos pasos más adelante.

—¿Por qué he hecho qué? Deja eso, Germain; vamos a buscar a papá, ¿quieres?

—Pellizcar a Joanie. ¡Te he visto! Pudiste hacer que nos pillaran a todos.

—¡Es que era preciso! —Marsali parecía sorprendida ante la acusación—. Y en realidad no habría importado, porque el bautismo ya estaba hecho. No podían obligar al padre Kenneth a que lo deshiciera, ¿verdad? —Rió como una niña ante la idea—. ¡Germain, te he dicho que dejes eso!

—¿Cómo que era preciso? ¡Suelta, Jem, que es mi pelo! ¡Ay! ¡Suelta, te digo!

Obviamente Jemmy estaba ya totalmente despierto, con deseos de explorar los alrededores.

—¡Pero si la niña estaba dormida! —dijo Marsali, escandalizada—. No despertó cuando el padre Kenneth le vertió el agua... es decir, el *whisky*... en la cabeza. Y ya se sabe que es mala suerte que un niño no chille un poco cuando se le bautiza; es así como sabes que el pecado original lo está abandonando. ¿Iba yo a permitir que el *diabhol* quedara en mi pequeña, *mo mhaorine*?

Bree dejó escapar un bufido de risa, ya borrada su irritación.

Los asuntos del día estaban resueltos y la gente se iba sentando a cenar, antes de iniciar las canciones y la última ronda de visitas. El olor a humo y a comida arrastraba dedos tentadores en el aire frío y oscuro; el estómago me rezongaba suavemente en respuesta a su convocatoria. Ojalá Lizzie se hubiera repuesto lo suficiente para empezar a cocinar.

—¿Qué significa *mo mhaorine*? —le pregunté a Jamie—. Es la primera vez que lo oigo.

—Significa «mi patatita», según creo —respondió él—. Es irlandés, ¿no? Ella lo ha aprendido del cura.

Suspiró, como si estuviera profundamente satisfecho con la acción de esa noche.

—Santa Brida bendiga al padre Kenneth. Por un momento temí que no podríamos hacerlo. ¿Es Roger el que está allí, con el pequeño Fergus?

—Es él, sí. Y hablando de eso, mi dulce patatita —añadí, cogiéndole con firmeza del brazo para que aminorara el paso—. ¿Cómo se te ha ocurrido contar al padre Kenneth ese asunto de la mantequera?

—¡No me digas que te ofendió, *Sassenach*! —exclamó, en tono de sorpresa.

—¡Por supuesto que me ofendió! —La sangre me subió a las mejillas, cálida, aunque no habría podido decir si se debía al recuerdo de su confesión o al del episodio original.

—Bueno, también confesé que había mentido, *Sassenach* —dijo él.

No pude verle la sonrisa, pero la oía muy bien en su voz. Supongo que él también oyó la mía.

—Tenía que pensar un pecado lo bastante horrible como para ahuyentar

al juez Lillywhite. Y no podía confesar robos ni estafas. Puede que algún día deba hacer negocios con ese hombre.

—¡Ah!, y piensas que esos delitos podrían repugnarle, mientras que tu actitud hacia las mujeres de blusas mojadas le parecerá sólo un pequeño defecto.

—Baja la voz, *Sassenach* —murmuró, tocándome la mano—. Que los chicos no te oigan. Además —añadió, bajando tanto la voz que se vio obligado a susurrarme al oído—, no me sucede con todas las mujeres. Sólo con las que tienen un trasero encantador, bien redondo.

Y me soltó la mano para palparme el trasero con familiaridad, con notable puntería a pesar de la penumbra.

—No me molestaría en cruzar la calle por una mujer flaca, aunque estuviera completamente desnuda y chorreando. En cuanto a Lillywhite —resumió, en un tono más normal, pero sin retirar la mano—, aunque sea protestante, *Sassenach*, no deja de ser hombre.

—Ignoraba que esos dos factores fueran incompatibles —dijo secamente la voz de Roger, surgiendo de la oscuridad.

Jamie retiró inmediatamente la mano, como si mis posaderas estuvieran en llamas. No era así (no del todo), pero no se podía negar que su pedernal había disparado una o dos chispas entre la yesca, por húmeda que estuviera. No obstante, faltaba mucho para la hora de acostarse.

Me detuve el tiempo indispensable para administrar a la anatomía de Jamie un breve e íntimo estrujón, que le arrancó una exclamación ahogada. Luego giré hacia Roger.

—¿El... el padre está bien? —preguntó éste—. Me dijo Brianna que lo habían maltratado. Espero que no vuelvan a hacerlo una vez que se vaya.

Ante eso Jamie se puso serio. Encogiéndose levemente de hombros, se acomodó la chaqueta.

—Creo que no tendrá problemas, no. He hecho una pequeña recomendación al comisario.

El énfasis ceñudo que puso al decir «pequeña recomendación» lo expresó con claridad. Habría sido más efectivo un buen soborno, pero yo sabía perfectamente que, en esos momentos, sólo teníamos dos chelines, tres peniques y nueve céntimos. Era mejor ahorrar dinero y confiar en las

amenazas. Por lo visto, él pensaba lo mismo.

—Hablaré con mi tía —continuó— para que envíe esta noche una nota al señor Lillywhite, expresando su opinión sobre el asunto. Eso protegerá mejor al padre Kenneth que cuanto yo pueda decir.

—No creo que se alegre al enterarse de que se pospone la boda —comenté. Yocasta Cameron, hija de un señor de las Tierras Altas y viuda de un rico terrateniente, estaba acostumbrada a salirse con la suya.

—No, en efecto —dijo Jamie, irónico—; para Duncan, en cambio, quizá sea un alivio.

Roger rió y ajustó su paso al nuestro para descender por el sendero; llevaba bajo el brazo a Jimmy, como si fuera una pelota de fútbol.

—Es cierto. Pobre Duncan. Así que las bodas se han postergado definitivamente, ¿no?

No pude ver el gesto ceñudo de Jamie, pero sentí que sacudía la cabeza, dubitativo.

—Me temo que sí. No quisieron devolverme al cura, aunque les di mi palabra de entregarlo por la mañana. Podríamos rescatarlo por la fuerza, pero aun así...

—Dudo que eso sirviera de algo —interrumpí. Y les conté lo que había escuchado mientras esperaba fuera de la tienda.

—No creo que se queden cruzados de brazos y permitan al padre Kenneth celebrar matrimonios —concluí—. Aunque lo ayudaras a escapar, lo buscarían por toda la montaña, vaciando las tiendas y provocando disturbios.

Al comisario Anstruther no le faltaría ayuda; aunque Jamie y su tía merecieran mucha estima entre la comunidad escocesa, no se podía decir lo mismo de los católicos en general y de los curas en particular.

—¿Instrucciones? —repitió Jamie, atónito—. ¿Estás segura, *Sassenach*? ¿Fue Lillywhite quien dijo que tenía instrucciones?

—Fue él. —Sólo entonces me percaté de lo peculiar que era eso. Obviamente, el comisario recibía instrucciones del señor Lillywhite, pues ése era su deber, pero ¿quién podía estar dando órdenes al magistrado?

—Aquí hay otro magistrado y un par de jueces de paz, pero... —dijo Roger lentamente.

Se había levantado un viento suave, que hacía repiquetear como si fueran

sables las ramas desnudas de robles y nogales. Aun así, la voz de Jemmy era lo bastante potente como para que Brianna lo oyera. Capté la de Marsali, hablando amistosamente de la cena con Germain y Fergus. Pero no se oía el tono más grave y sensual de Bree, con su entonación bostoniana.

—¿Por qué? —preguntó Jamie a Roger, alzando la voz para hacerse oír a pesar del viento.

—¿Por qué que? Oye, Jem, ¿ves esto? ¿Lo quieres? Sí, por supuesto. Así está bien, pequeño, máscalos un rato.

Una chispa de luz se reflejó en algo que Roger tenía en la mano libre; luego el objeto desapareció y los gritos de Jemmy cesaron bruscamente, reemplazados por fuertes ruidos de succión.

—¿Qué es eso? No será un objeto pequeño que pueda tragar, ¿verdad? —pregunté, inquieta.

—¡Oh no!, es una cadena de reloj. No te preocupes —me tranquilizó Roger—. Tengo el extremo bien sujeto. Si se la traga, puedo recuperarla.

—¿Quién podría tener motivos para impedir que te casaras? —preguntó Jamie, paciente, ignorando el peligro que corría el sistema digestivo de su nieto.

—¿Yo? —Roger parecía sorprendido—. No creo que a nadie le importe que yo me case o no, salvo a mí mismo... y a ti, quizá —añadió, con un toque de humor—. Pero has de querer que el niño tenga apellido, supongo. A propósito... —se volvió hacia mí. El viento, que había liberado largos mechones de su pelo, lo convertía en una salvaje silueta negra—. ¿Qué nombre le han puesto, finalmente? En el bautismo, quiero decir.

—Jeremiah Alexander Ian Fraser MacKenzie —dije, tratando de recordarlo correctamente—. ¿Es lo que deseabas?

—¡Oh!, no me importaba demasiado —dijo él.

Lloviznaba otra vez; además de sentir las gotitas heladas en la cara, vi los hoyos que formaban en el agua del charco, allí donde lo tocaba la luz del fuego.

—Yo quería que se llamara Jeremiah —continuó—, pero le dije a Bree que eligiera los otros nombres. Ella no podía decidirse entre John, por John Grey y... y Ian, por su primo.

Una vez más detecté una leve vacilación, mientras que el brazo de Jamie

se ponía algo rígido bajo mi mano. Ian, el sobrino de Jamie, era un punto álgido, fresco en la mente de todos, gracias a la nota que de él habíamos recibido el día anterior. Eso debía de haber decidido a Brianna, finalmente.

—Bueno, si no es por tu boda con mi hija —insistió Jamie, porfiado—. ¿Por cuál es? ¿La de Yocasta con Duncan? ¿O la de los Bremerton?

—¿Piensas que alguien se ha propuesto impedir las bodas de esta noche? —Roger aprovechó la oportunidad para hablar de algo que no fuera Ian Murray—. ¿No crees que sea por aversión general contra las prácticas romanas?

—Podría ser, pero no es por eso. Si no, ¿por qué esperaron hasta ahora para arrestar al cura? Un momento, *Sassenach*; te ayudaré.

Jamie me soltó la mano para rodear el charco: luego me cogió por la cintura para cruzarme por encima, con un revuelo de faldas.

—No.-Jamie continuó la conversación, volviéndose hacia Roger. —Supongo que a Lillywhite y Anstruther no les gustan los católicos, pero ¿para qué armar un alboroto ahora, si de cualquier modo el sacerdote se iría por la mañana? ¿Acaso piensan que podría corromper a las buenas gentes de la montaña antes del amanecer, si no lo detuvieran?

Roger rió brevemente.

—No, supongo que no. ¿Hay alguna otra cosa que el sacerdote debiera hacer esta noche, además de las bodas y los bautismos?

—Quizá unas cuantas confesiones —dije, pellizcando a Jamie en el brazo—. Nada más, que yo sepa.

—No se opusieron a que escuchara la mía. Y no creo que fuese porque les importara que un católico estuviera en pecado mortal. De cualquier manera, a su modo de ver estamos todos condenados. Pero si supieran que alguien necesita desesperadamente confesarse y tuvieran algo que ganar...

—¿Si ese alguien estuviera dispuesto a pagar por ver al cura? —pregunté, escéptica—. ¡Hombre, estamos hablando de escoceses! Si se tratara de pagar una buena cantidad de dinero por un sacerdote, cualquier católico escocés, fuera adúltero o asesino, se limitaría a recitar un acto de contrición y a ponerse en manos de Dios.

Jamie lanzó un bufido de risa; la bruma blanca de su aliento se enroscó en su cabeza como el humo de una vela; el frío se estaba acentuando.

—Creo que sí —dijo, seco—. Y si Lillywhite tuviera alguna intención de hacer negocios con las confesiones, comienza demasiado tarde como para obtener grandes ganancias. Pero ¿y si la idea no fuera impedir que alguien se confiese, sino asegurarse de escuchar lo que diga?

Roger emitió un gruñido satisfecho; al parecer, la suposición le parecía factible.

—¿Extorsión? Podría ser, si —dijo con aprobación.

«Lo lleva en la sangre», pensé. Aunque hubiera estudiado en Oxford, no cabía duda de que era escocés. Bajo su brazo se produjo una violenta conmoción, seguida por un alarido. Roger bajó la vista.

—¡Oh!, ¿has dejado caer tu golosina? ¿Dónde está?

Con Jemmy al hombro como si fuera un lío de ropa lavada se puso en cuclillas para hurgar en el suelo, en busca de la cadena para el reloj, que Jemmy debía de haber arrojado en la oscuridad.

—¿Extorsión? Me parece un poco descabellado —objeté, frotándome la nariz, que había empezado a gotearme—. Si he entendido bien, ellos, por ejemplo, sospecharían que Farquard Campbell ha cometido algún crimen espantoso y, si tuvieran la certeza, podrían extorsionarlo. ¿Es así? Me parece una idea muy taimada. Roger, si encuentras un alfiler, es mío.

—Lillywhite y Anstruther son ingleses, ¿no? —apuntó Jamie, con un delicado sarcasmo que hizo reír a Roger—. Los de esa raza son taimados y traicioneros por naturaleza, ¿no *Sassenach*?

—¡Tonterías! —dije, tolerante—. Además, ellos no trataron de escuchar tu confesión.

—No tengo con qué pagar una extorsión —señaló él, aunque era perfectamente obvio que sólo discutía por entretenerse.

—Aun así —empecé.

Pero me interrumpió Jemmy; cada vez más inquieto, se arrojaba de un lado a otro, lanzando gritos intermitentes como un silbato de vapor. Roger pellizcó algo entre los dedos, con cautela, y se incorporó.

—He encontrado tu alfiler —dijo—. Pero no hay señales de la cadena.

—Alguien la verá por la mañana —respondí, alzando la voz para hacerme oír, pues la barahúnda iba en aumento—. Será mejor que me des al niño.

Alargué los brazos para recibir al bebé; Roger me lo entregó con visible

aire de alivio, que entendí al captar una vaharada que venía de los pañales.

—¿Otra vez? —me extrañé.

Él debió interpretar eso como reproche personal, pues cerró los ojos y comenzó a aullar como una alarma antiaérea.

—Pero ¿dónde se ha metido Bree? —pregunté, tratando simultáneamente de acunarlo y mantenerlo a una higiénica distancia—. ¡Ay!

Parecía haber aprovechado la oscuridad para desarrollar varios miembros adicionales, todos los cuales estaban agitándose o buscando algo que aferrar.

—Sólo ha ido a un pequeño recado —explicó Roger.

Su vaguedad hizo que Jamie girara la cabeza inmediatamente. Por lo visto olfateaba algo raro. Se volvió hacia mí con una ceja arqueada. ¿Estaba yo en el juego?

—No tengo ni idea —le aseguré—. Oye, cruzaré hasta la fogata de McAllister para pedir que me presten un pañal limpio. Nos veremos en nuestro campamento.

Sin esperar respuesta, sujeté al bebé con firmeza y me abrí paso entre las matas, rumbo al campamento más cercano. Georgina McAllister, que tenía gemelos recién nacidos (yo había atendido el parto, cuatro días atrás), me proveyó encantada de un pañal limpio y una manta privada, tras la cual poder hacer mis arreglos personales.

Me alegraba de que hubiéramos podido concretar los bautizos (en realidad, era sorprendente que eso me hiciera sentir tan gratificada), pero debía reconocer cierta inquietud por el hecho de que se hubiera cancelado la boda de Brianna. Aunque no había hecho mayores comentarios, yo sabía que tanto ella como Roger anhelaban ver bendecida su unión.

—¿Señora? —Era la mayor de las niñas McAllister, que se había ofrecido para cambiar a Jemmy; entre dos dedos sostenía delicadamente un objeto largo y viscoso—. He encontrado este abalorio en el pañal del bebé. ¿Puede ser de vuestro marido?

—¡Virgen Santa!

La reaparición de la cadena me impresionó, pero un instante de racionalidad corrigió mi primera alarma, al pensar que Jemmy se la había tragado. Cualquier objeto sólido habría tardado varias horas en recorrer el conducto digestivo, por muy activo que fuera el infante. Por lo visto, había

dejado caer su juguete por la pechera de su camisa, con lo que fue a parar a su pañal.

—Dame eso, niña.

El señor McAllister cogió la cadena con una leve mueca. Tras sacar un gran pañuelo de la cintura de sus pantalones, la limpió con esmero, hasta hacer brillar los eslabones de plata y un pequeño reloj redondo, con cierto tipo de sello.

Mientras observaba con severidad ese reloj, resolví mentalmente dar un buen regaño a Roger por permitir que Jemmy se pusiera cualquier cosa en la boca. Gracias a Dios no se había desprendido.

—¡Pero si ése es el pequeño reloj del señor Caldwell! —Georgina se inclinó hacia delante, mirando por encima de las cabezas de los gemelos que estaba amamantando.

—¿De veras? —Su esposo entornó los ojos para observar el objeto, mientras se palpaba la camisa en busca de las gafas.

—Sí, estoy segura. Lo vi el domingo, cuando predicaba. Fue entonces cuando comenzaron mis dolores —explicó, volviéndose hacia mí— y tuve que salir antes de que él terminara. Al ver que me retiraba, debió de pensar que estaba abusando de nuestro tiempo, pues extrajo el reloj del bolsillo para echarle un vistazo; vi el destello de ese adorno que cuelga de la cadena.

—Eso es un sello, *a nighean* —le informó su marido, que se había plantado unas gafas en forma de media luna en el puente de la nariz y estaba dando vueltas al pequeño emblema entre los dedos—. Pero tienes razón: es del señor Caldwell. ¿Ves?

Un dedo encallecido siguió el contorno de la figura: una maza, un libro abierto, una campana y un árbol, sobre un pez que tenía una anilla en la boca.

—Eso es de la Universidad de Glasgow. El señor Caldwell es erudito —me dijo, con los ojos azules dilatados por un gran respeto—. Estuvo allí para aprender a predicar, ¡y qué bien lo hace! Te perdiste un bonito final, Georgie —añadió, volviéndose hacia su esposa.

—Hum... Pues por mí, el señor Caldwell podría haber reventado, por lo poco que me importaba en esos momentos —dijo su esposa de manera franca, mientras recolocaba su doble carga para buscar una posición más cómoda—. Tampoco me importaba que la comadrona fuera india o inglesa...

¡Oh!, perdone, señora Fraser... mientras supiera recibir a un bebé y detener la hemorragia.

Murmuré alguna frase modesta, descartando las disculpas de Georgiana a favor de averiguar algo más sobre los orígenes de esa cadena.

—¿Dicen que el señor Caldwell es predicador? —Cierta sospecha se agitaba en el fondo de mi mente.

—¡Oh, sí! El mejor que yo haya escuchado —me aseguró el señor McAllister—. ¡Y créame que los he escuchado a todos! El señor Urmstone es magnífico para los pecados, pero ya está entrado en años y se ha puesto un poco ronco, de modo que debes estar bien delante si quieres oírlo. Pero eso es algo peligroso, ¿saben?, porque siempre comienza con los pecados de los que están delante.

—Este bebé está hambriento, señora —intervino la niña que tenía a Jemmy en brazos. Eso era evidente por sus alaridos y su cara roja—. ¿Podríamos darle un poquito de *parritch*?

Eché un vistazo al caldero colgado sobre el fuego; estaba borbotando, de modo que la mayor parte de los gérmenes habrían muerto. Entregué a la niña la cuchara de cuerno que llevaba en el bolsillo, con la seguridad de que estaría razonablemente limpia.

—Muchísimas gracias. Ahora bien, este señor Caldwell, ¿es presbiteriano, por casualidad?

El señor McAllister pareció sorprendido; luego sonrió con toda la cara ante mi perceptividad.

—¡Pues sí, claro! ¿Se lo han mencionado, señora Fraser?

—Creo que mi yerno tiene cierta relación con él —dije, con un tinte de ironía.

Georgina comentó, riendo:

—Yo diría que vuestro nieto lo conoce, sin duda. —Señaló con la cabeza la cadena que su esposo tenía en la mano—. Los críos de esa edad son como las urracas. Se apoderan de cuanta cosa brillante ven.

—Es cierto —dije lentamente, contemplando los eslabones de plata y el reloj que colgaba de ellos.

Eso daba otro aspecto al asunto. Si Jemmy había asaltado el bolsillo del señor Caldwell, obviamente había sido antes de que Jamie planeara el

improvisado bautismo. Pero Bree y Roger sabían mucho antes que el padre Kenneth había sido arrestado y que su boda quedaba posiblemente cancelada; habrían tenido tiempo de sobra para hacer otros planes mientras Jamie y yo nos ocupábamos de Rosamund, Ronnie y otras crisis diversas. Tiempo de sobra para que Roger fuera a hablar con el señor Caldwell, el ministro presbiteriano... llevando a Jemmy consigo.

Jemmy estaba devorando el *porridge* con el empecinamiento de una piraña famélica; aún no podíamos retirarnos. Mejor así, pensé; que Brianna diera a su padre la noticia de que había boda, después de todo, con sacerdote o sin él.

Extendí mis faldas para secar el dobladillo mojado; la luz del fuego arrancó destellos a mis dos anillos. Dentro de mí burbujeaba una gran necesidad de reír, pensando en lo que diría Jamie cuando se enterara; pero la contuvo por no explicar a los McAllister el motivo de mi hilaridad.

—¿Puedo llevarme eso? —le dije en cambio al jefe de familia, señalando con la cabeza la cadena de reloj—. Es posible que vea al señor Caldwell, dentro de un rato.

Dichosa la novia sobre la que brilla la luna

Tuvimos suerte. No volvió a llover y las nubes desmadejadas revelaron una luna de plata, que se elevaba luminosa sobre la cuesta de Black Mountain; era la luz adecuada para una íntima boda familiar.

Yo ya conocía a David Caldwell, aunque sólo al verlo me acordé de él; era un caballero menudo, pero sumamente atractivo y muy pulcro en el vestir, a pesar de llevar una semana acampando a cielo abierto. Jamie también lo conocía y respetaba.

Vi que Roger nos miraba; luego se volvió hacia Bree. Quizá tenía una leve sonrisa en las comisuras de la boca, o tal vez era sólo efecto de las sombras. Jamie exhaló con fuerza por la nariz y recibió otro codazo.

—En lo del bautismo te saliste con la tuya —susurré.

Él levantó un poco el mentón. Brianna nos miró, algo nerviosa.

—No he dicho una palabra, ¿verdad?

—Es una boda cristiana perfectamente respetable.

—¿Acaso dije que no lo fuera?

—¡Pues pon cara de felicidad, hombre! —siseé.

Después de exhalar una vez más, asumió una expresión benévola a la que le faltaba un grado para llegar a la imbecilidad absoluta.

—¿Mejor? —preguntó, con los dientes apretados en una sonrisa simpática.

Duncan Innes, que casualmente se volvió hacia nosotros, dio un respingo y se giró deprisa para murmurar algo a Yocasta, que estaba de pie cerca de la fogata, con su reluciente pelo blanco y con una venda sobre los ojos enfermos, para protegerlos de la luz. Ulises, que estaba a su lado, se había puesto la peluca en honor a la ocasión; era lo único que yo veía de él, como si colgara en la oscuridad por encima del hombro de la anciana. Cuando se giró hacia nosotros divisé el leve brillo de sus ojos.

—¿Quién es ése, *Grand-mère*?

Germain, que como de costumbre había escapado de la custodia paterna, apareció cerca de mis pies, señalando curiosamente al reverendo Caldwell.

—Es un ministro de la Iglesia, querido. Tía Bree y tío Roger van a casarse.

—*Où qu'on va* «ministro»?

Aspiré hondo, pero Jamie me ganó por la mano.

—Es una especie de cura, pero no un cura como Dios manda.

—¿Cura malo? —Germain observó al reverendo Caldwell con mucho más interés.

—No, no —intervine—. No es nada malo. Sólo que... Pues verás, nosotros somos católicos y los católicos tenemos curas, pero tío Roger es presbiteriano.

—O sea, un hereje —colaboró Jamie.

—No es un hereje, querido. *Grand-père* está bromeando. Los presbiterianos son...

El niño no prestaba atención a mis explicaciones; había inclinado la cabeza hacia atrás y observaba a Jamie con fascinación.

—¿Por qué *Grand-père* está haciendo muecas?

—Porque estamos muy contentos —explicó él, con el semblante aún fijo en un rictus de cordialidad.

—¡Ah! —De inmediato Germain estiró su cara, extraordinariamente móvil, en un tosco facsímil de la misma expresión: una sonrisa de fuego fatuo, con los dientes apretados y los ojos saltones—. ¿Así?

—Sí, querido —dije, con intención—. Exactamente.

Marsali, al vernos, parpadeó y tiró de la manga a Fergus. Él se volvió entornando los ojos.

—¡Cara de contento, papá! —Germain señaló su gigantesca sonrisa—. ¿Ves?

Fergus paseó la mirada entre su vástago y Jamie. La boca se le contrajo y puso cara de incompreensión; pero, al instante, la cambió por una enorme sonrisa de insinceridad, llena de dientes blancos. Marsali le dio un puntapié en el tobillo. Él hizo una mueca, pero la sonrisa no vaciló.

Al otro lado del fuego, Brianna y Roger mantenían una charla de última hora con el reverendo Caldwell.

Ella apretó los labios, pero se le curvaron irreprimiblemente hacia arriba. Le temblaban los hombros de risa contenida. Sentí que Jamie se estremecía a mi lado.

El reverendo Caldwell se adelantó, marcando el libro con un dedo en el sitio debido.

Carraspeando un poco, abrió su libro de oraciones.

—Amados fieles: nos hemos reunido aquí, en presencia de Dios...

Sentí que Jamie se relajaba un poco al oír esas palabras. Probablemente nunca había participado de una ceremonia protestante, a menos que contáramos el improvisado bautismo que el mismo Roger había celebrado entre los mohawks. Cerrando los ojos, elevé una oración por el joven Ian, tal como hacía cuando pensaba en él.

—Por lo tanto, recordemos con reverencia que Dios ha establecido y santificado el matrimonio, por el bienestar y la dicha de la humanidad.

Al abrir los ojos vi que todas las miradas se concentraban en Roger y Brianna, que permanecían de pie frente a frente, con las manos entrelazadas. Formaban una bonita pareja; ambos eran casi de la misma estatura; ella, luminosa; él, moreno. Aunque sus facciones no se parecían en absoluto, ambos tenían los huesos marcados y las curvas claras, legado compartido del clan MacKenzie.

Eché un vistazo al otro lado del fuego, buscando el mismo parecido de huesos y carne en Yocasta: alta y distinguida, la cara ciega absorta en la voz del ministro. Vi que extendía la mano para posarla en el brazo de Duncan. El reverendo Caldwell se había ofrecido gentilmente a celebrar también su boda, pero Yocasta se negó, pues prefería esperar para una ceremonia católica.

—Después de todo no tenemos prisa, ¿verdad, querido mío? —le había

preguntado a Duncan, dirigiéndose a él con una exhibición de deferencia que no engaño a nadie.

Aun así me pareció que Duncan parecía más aliviado que decepcionado por el aplazamiento de sus nupcias.

—A través de sus apóstoles, Él ha enseñado a quienes formen esta relación que fomenten la mutua estima y el amor...

Duncan había cubierto la mano de Yocasta con la suya, en un sorprendente gesto de ternura. Ése no sería un matrimonio por amor, me dije, pero sí por mutuo afecto.

—Os encomiendo a ambos ante el gran Dios: si alguno de vosotros no puede unirse legalmente en matrimonio, confiéselo ahora. Pues tened la seguridad de que, si dos personas se unen de otra manera que la permitida por el Verbo de Dios, Él no ha de bendecir esa unión.

El reverendo Caldwell hizo una pausa, paseando una mirada de advertencia entre Roger y Brianna. Él movió apenas la cabeza, sin apartar los ojos de la cara de Bree. Ella sonrió un poco a modo de respuesta. El reverendo carraspeó para continuar.

Alrededor de la fogata había desaparecido el aire de muda hilaridad; ya no se oía otra cosa que la queda voz del reverendo y el crepitar de las llamas.

—Roger Jeremiah, ¿tomas a esta mujer como esposa, y juras amarla y protegerla, con responsabilidad y servicio, con fe y ternura, convivir con ella y apreciarla según lo ordena Dios, en el santo vínculo del matrimonio?

—Sí, lo juro —dijo Roger, con voz grave y sensual.

Oí un hondo suspiro a mi derecha; Marsali había apoyado la cabeza en el hombro de Fergus, con expresión soñadora. Él se giró un poco para besarla en la frente. Luego su cabeza morena se recostó contra la blancura del pañuelo que cubría el pelo de su esposa.

—Sí, lo juro —dijo Brianna con claridad, levantando el mentón para mirar a Roger de frente, en respuesta a la pregunta del ministro.

El señor Caldwell recorrió el círculo con una mirada benévola; la luz del fuego chispeaba en sus gafas.

—¿Quién entrega a esta mujer para desposarla con este hombre?

Se produjo una brevísima pausa; luego sentí que Jamie daba un leve respingo, cogido por sorpresa. Le apreté el brazo; la luz del fuego centelleó

en mi anillo de oro.

—¡Oh!, yo, claro está —dijo.

Brianna se volvió a sonreírle, con los ojos penumbrosos de amor.

Él le devolvió la sonrisa; luego parpadeó, carraspeando, y me estrujó la mano con fuerza.

Yo también sentí un nudo en la garganta al oír los votos, recordando mis dos bodas. ¿Y Yocasta, que se había casado tres veces? ¿Qué recuerdos percibía en esas palabras?

—Yo, Roger Jeremiah, te acepto, Brianna Ellen, como legítima esposa...

La luz del recuerdo brillaba en casi todas las caras reunidas en torno al fuego.

—En la abundancia y en la escasez...

—En la alegría y en el dolor...

—En la salud y la enfermedad...

Lizzie estaba en éxtasis, con los ojos muy abiertos al misterio que se realizaba delante de ella. ¿Cuándo llegaría su turno de hacer tan sobrecogedoras promesas ante sus testigos?

Jamie me cogió la mano derecha, enlazando sus dedos con los míos, y la plata de mi anillo lanzó un destello rojo a la luz de las llamas. Al mirarlo a los ojos vi en ellos la misma promesa que en los míos:

—Mientras ambos vivamos.

Las llamas de la declaración

Abajo resplandecía la gran hoguera, entre estallidos de leña mojada que resonaban como pistoletazos contra la montaña; pero eran disparos lejanos, casi desapercibidos en el bullicio de los festejos.

Pese a su decisión de que no la casara el reverendo Caldwell, Yocasta había servido generosamente un abundante festín de bodas, en honor de Roger y Brianna. A un lado del fuego, Roger tocaba una guitarra prestada, dando una serenata a Bree ante un círculo extasiado. Más cerca, Jamie conversaba con algunos amigos, sentado junto a Duncan y su tía.

—¿Señora? —Ulises se materializó a mi lado, de librea y bandeja en mano, tan resplandeciente como si estuviera en el salón de River Run en lugar de una ladera embarrada.

—Gracias. —Acepté una taza llena de algo que resultó ser *brandy*. Y muy buen *brandy*. Bebí un sorbo, dejando que se me impregnara en la nariz. Pero antes de que pudiera aspirar mucho más, tomé conciencia de una súbita pausa en el animado festejo.

Jamie recorrió el círculo con los ojos, cruzando miradas; luego se levantó para ofrecerme el brazo. Aunque algo sorprendida, me apresuré a dejar la taza en la bandeja de Ulises y; tras alisarme el pelo hacia atrás, me ajusté el pañuelo y fui a ocupar mi sitio a su lado.

—*Thig a seo, a bhean uasa* —dijo, sonriéndome. «Venid, señora». Luego

elevó el mentón, convocando a los otros. Roger dejó su guitarra de inmediato y alargó una mano hacia Bree.

—*Thig a seo, a bhean* —dijo, muy sonriente.

Con una expresión de sorpresa, ella se puso de pie, con Jemmy en los brazos.

Jamie esperaba, inmóvil. Poco a poco los otros se levantaron, sacudiéndose la pinaza y la arena de dobladillos y fondillos, entre risas y susurros intrigados. También los bailarines interrumpieron sus giros para ver de qué se trataba; la música de los violines murió en el revuelo de la curiosidad.

Jamie me guió por la senda oscura, hacia las llamas que saltaban de la gran hoguera; los otros nos siguieron entre un murmullo de especulaciones. Él se detuvo a esperar en el borde del claro principal. Unas figuras oscuras se movieron entre las sombras y la silueta de un hombre se recortó ante el fuego, con los brazos en alto.

—¡Aquí están los Menzie! —anunció el hombre. Y arrojó al fuego la rama que llevaba. Se alzaron vítores apenas audibles entre aquellos de su clan que estaban al alcance de su voz.

Otro ocupó su lugar: MacBean, y otro más: Ogilvie. Luego nos tocó el turno.

Jamie se adelantó él solo hacia la luz de las llamas.

—Nos hemos reunido aquí para dar la bienvenida a viejos amigos —dijo en gaélico—. Y para conocer a otros, con la esperanza de que puedan unirse a nosotros para forjar una vida nueva en esta nueva tierra. —Su voz era grave y llegaba lejos; cesaron los últimos retazos de conversación, mientras la gente empujaba y se apiñaba en torno a la hoguera, en silencio, estirando el cuello para escuchar—. Todos hemos sufrido muchas privaciones en el camino hasta aquí.

Giró lentamente, recorriendo las caras que rodeaban el fuego. Allí estaban muchos de los hombres de Ardsmuir: vi a los hermanos Lindsay, feos como un trío de sapos; los ojos de zorro de Ronnie Sinclair y su pelo color jengibre, levantando en cuernos; las facciones de moneda romana de Robin McGillivray. Todos miraban desde las sombras, las caras cruzadas por el fuego.

—Muchos de los nuestros murieron en combate —dijo, con voz apenas audible sobre el rumor del fuego—. Muchos perecieron quemados. Otros, por hambre. Otros, en el mar, por heridas o enfermedades. —Hizo una pausa—. Muchos murieron de pena.

Miró un momento más allá del círculo imaginado; pensé que tal vez buscaba el rostro de Abel McLennan. Entonces alzó su taza y la mostró en un saludo.

—*Slàinte!* —murmuraron diez o doce voces, levantándose como el viento.

—*Slàinte!* —repitió él. Luego inclinó la taza para que algo del *brandy* cayera en las llamas, donde siseó y ardió azul por un instante.

Bajó la taza e hizo una pausa, con la cabeza inclinada. Luego alzó el recipiente hacia Archie Hayes; inescrutable su cara redonda, el fuego centelleaba en su *gorget* de playa y en el broche de su padre.

—Aunque lloremos la pérdida de quienes murieron, también debemos rendiros tributo a todos ustedes, los que lucharon y sufrieron con igual valor... y han sobrevivido.

—*Slàinte!* —surgió el saludo, más potente esta vez, con el tronar de voces masculinas.

Jamie cerró los ojos; cuando volvió a abrirlos miraba a Brianna, que estaba de pie junto a Lizzie y Marsali, con Jemmy en brazos. La tosquedad y la fuerza de sus facciones contrastaban con la inocencia de aquellas redondas caras infantiles y la suavidad de las jóvenes madres, aunque en su misma delicadeza la luz del fuego destacaba las vetas de granito escocés de sus huesos.

—Rendimos tributo a nuestras mujeres —dijo, alzando la taza sucesivamente hacia Brianna y Marsali y luego hacia mí. Una breve sonrisa le tocó los labios—. Pues ellas son nuestra fortaleza. Y nuestra venganza contra los enemigos será, al final, la venganza de la cuna. *Slàinte!*

Entre los gritos de la multitud, bebió la taza de madera hasta el poso y la arrojó al fuego, donde quedó un momento, oscura y redonda; luego estalló en una llamarada refulgente.

—*Thig a seo!* —convocó, alargando la diestra hacia mí—. *Thig a seo, a Shorcha, Nighean Eanruig, neart mo chridhe.* —«Ven a mí —decía—, ven a

mí, Claire, hija de Henry, fuerza de mi corazón».

Casi sin sentir los pies ni a aquéllos con los que tropezaba al caminar, me dirigí hacia él y estreché su mano, fría, pero fuerte entre mis dedos. Lo vi girar la cabeza. ¿Buscaría a Bree? Pero no; alargó la otra mano hacia Roger.

—*Seas vi mo làmh, Roger an t'òranaiche, mac Jeremiah mac Choinnich!*
—«Ponte junto a mi mano, Roger, el cantante, hijo de Jeremiah MacKenzie». Roger permaneció inmóvil, los ojos oscuros fijos en Jamie; luego avanzó hacia él, como sonámbulo. La muchedumbre aún estaba excitada, pero los gritos se habían apagado y la gente estiraba el cuello para escuchar lo que se decía.

—Acompáñame al combate —dijo mi esposo en gaélico, sin apartar los ojos de Roger con la mano izquierda extendida. Hablaba con lentitud y claridad, para hacerse entender—. Sé un escudo para mi familia... y para la tuya, hijo de mi casa.

De súbito la expresión de Roger pareció disolverse, como un rostro visto en el agua cuando se arroja una piedra. Luego se solidificó una vez más y él estrechó con fuerza la mano ofrecida.

Entonces Jamie se volvió hacia la multitud e inició la ceremonia. Era algo que yo le había visto hacer en Escocia, muchos años atrás: la identificación e invitación formal de los arrendatarios por parte del señor; a menudo se realizaba en el día de pago trimestral o después de la cosecha. Aquí y allá las caras se encendieron al reconocerla; muchos de esos montañeses conocían la costumbre, aunque hasta esa noche no la hubieran visto en el nuevo continente.

—¡Ven a mí, Geordie Chisholm, hijo de Walter, hijo de Connaught, el Rojo!

—¡Acompáñenme, a *Choinneich*, Evan, Murdo, hijos de Alexander Lindsay, de la Cañada!

—¡A mi lado, Joseph Wemyss, hijo de Donald, hijo de Robert!

Sonreí al ver al aturullado señor Wemyss, sumamente complacido por el hecho de que se le incluyera públicamente, con la cabeza en alto y el pelo rubio revuelto por el viento de la gran hoguera.

—¡Junto a mí, Josiah, el Cazador!

¿Estaba Josiah Beardsley allí? Sí, en efecto; una silueta oscura y ligera

salió de las sombras para ocupar un lugar en el grupo que flanqueaba a Jamie. Busqué su mirada y le sonreí; él apartó los ojos, presuroso, pero una sonrisa azorada se le quedó en los labios, como si la hubiera olvidado allí.

Cuando la primera parte de la ceremonia concluyó, el grupo era impresionante: cerca de cuarenta hombres, agrupados codo a codo y tan encendidos por el orgullo como por el *whisky*. Vi que Roger intercambiaba una larga mirada con Brianna, que le sonreía desde el otro lado del fuego, radiante. Ella inclinó la cabeza para susurrarle algo a Jemmy, sumergido en sus mantas y adormilado en sus brazos, y le alzó una manecita laxa para agitarla hacia Roger. Él rió.

—... *Air mo mhionnan*...

En mi distracción me había perdido la oración final de Jamie, de la que sólo capté las últimas palabras. Lo que dijo, fuera lo que fuese, debió de contar con la aprobación general, pues hubo un grave rumor de solemne asentimiento entre los hombres que nos rodeaban. Luego, un instante de silencio.

Él me soltó la mano y se agachó para recoger una rama del suelo. Después de encenderla en el fuego, la sostuvo en alto y la arrojó hacia arriba, llameando. La rama dio varias vueltas mientras caía, directamente al corazón del fuego.

—¡Aquí están los Fraser del Cerro! —bramó. Y el claro estalló en un gran vitoreo.

Mientras ascendíamos nuevamente la cuesta para reanudar los festejos interrumpidos, me encontré junto a Roger, que canturreaba por lo bajo una tonada alegre. Le apoyé una mano en la manga y él me miró desde arriba, sonriente.

—Enhorabuena —le dije, devolviéndole la sonrisa—. Bienvenido a la familia, hijo de la casa.

Él estiró la sonrisa hasta hacerla enorme.

—Gracias —dijo—. Mamá.

Al llegar a un llano caminamos juntos sin hablar. De repente dijo, en tono muy diferente:

—Ha sido... algo muy especial, ¿verdad?

No supe si lo de especial se refería a lo histórico o a lo personal. En

cualquiera de los dos casos tenía razón, de modo que asentí.

—Pero no oí la última parte —dije—. Y no sé qué significa *earbsachd*. ¿Lo sabes tú?

—¡Oh, sí!

Allí, entre las fogatas, estábamos a oscuras. Yo no veía de él más que una sombra más oscura contra el negro de las mantas y los árboles. Pero en su voz había una nota extraña. Carraspeó.

—Es un juramento... en cierto modo. Él, Jamie, nos hizo un juramento, a su familia, a sus arrendatarios. Respaldo, protección, ese tipo de cosas.

—¿Sí? —exclamé, algo extrañada—. ¿Y por qué dices «en cierto modo»?

—Pues... —Por un momento guardó silencio, obviamente ordenando sus frases—. Más que un simple juramento es una palabra de honor —explicó, cuidadoso—. Se dice que el *earbsachd* fue en otros tiempos la característica distintiva de los MacCrimmon de Skye; básicamente, significaba que la palabra dada una vez se debía cumplir infaliblemente, cualquiera que fuese el coste. Si un MacCrimmon prometía hacer algo —se detuvo para tomar aliento—, lo cumpliría aunque en el intento debiera morir en la hoguera.

Me cogió por el codo, con sorprendente firmeza.

—Vamos —dijo por lo bajo—. Permíteme que te ayude. El suelo está resbaladizo.

16

La noche de nuestra boda

—¿Cantarás para mí, Roger?

Estaba de pie en la entrada de la tienda que les habían prestado, mirando hacia fuera.

—Siempre canto para ti, tesoro —dijo él.

Se acercó por detrás, apoyándola de espaldas contra sí, de modo que la cabeza de Brianna descansaba en su hombro, fresco y vivo el pelo contra su cara. Curvó un brazo en torno de su cintura e inclinó la cabeza para acariciarle con su nariz la curva de la oreja.

—Comoquiera que sea —susurró—. No importa que tú estés o no para escucharme. Siempre canto para ti.

Entonces ella giró entre sus brazos, con un ronroneo de dicha, y buscó su boca, que sabía a carne asada y vino con especias.

La lluvia repiqueteaba contra la lona y el frío del otoño avanzado subía desde el suelo, a su alrededor. Aquella primera vez, el aire olía a lúpulos y cenagales, y el arco nupcial tenía un terrenal aroma a heno y acémilas. Ahora el aire vibraba de pinos y enebros, especiado con el humo de las fogatas en ascuas... y un dejo vago y dulzón a pañales sucios.

Sin embargo, ella estaba una vez más en sus brazos, luz y sombras, escondida la cara, lustroso el cuerpo. En aquel entonces la había encontrado líquida y fundida, húmeda de verano. Ahora su piel estaba fría como el

mármol, salvo donde él la tocaba... y aun así el verano perduraba en la palma de su mano, allí donde entraba en contacto con ella, dulce y untuosa, cargada con los secretos de una noche calurosa y oscura. Había sido lo adecuado, se dijo, que esos votos se hubieran pronunciado al aire libre, como los primeros: parte del viento y la tierra, del fuego y el agua.

—Te amo —murmuró ella contra su boca.

Y Roger atrapó el labio entre los dientes, demasiado conmovido para responder aún a esas palabras.

En aquel entonces, como ahora, hubo palabras entre ellos. Fueron las mismas. Y él las había pronunciado con tanta seriedad como ahora. No obstante era distinto.

La primera vez, aquellas palabras habían sido para ella sola. Si bien lo hizo a la vista de Dios, Él fue discreto; se mantuvo lejos, volviendo la espalda a la desnudez de ambos.

Sin embargo, ahora las había pronunciado ante el fulgor de una hoguera, ante el rostro de Dios y del mundo, su gente y la de ella. Su corazón pertenecía a Bree, junto con todo cuanto poseía. Pero ya no se trataba de él y ella, de lo de uno u otra. Los votos estaban pronunciados, su anillo en el dedo, el vínculo establecido y presenciado. Eran un solo cuerpo.

—Necesito... —dijo ella, y, sin terminar, se tocó el pecho—. Espera un momento, ¿quieres?

Claire le había dado la comida al niño mientras Brianna iba a hacer su propuesta al reverendo Caldwell. Lleno a reventar de *porridge* y compota de melocotón, apenas pudieron despertarlo para que mamara un poco, antes de caer nuevamente en la somnolencia; Lizzie se lo llevó, con la tripita redonda y tensa como un tambor. Eso era necesario para que ellos tuvieran intimidad; aturdido en el estupor del glotón, era difícil que el pequeño despertara antes del amanecer. Pero el precio era la leche no consumida.

Brianna, pudorosamente de espaldas a Roger y con un *arisaid* sobre los hombros para protegerse del frío, cogió un pecho en la palma de la mano y apretó una taza bajo el pezón, para recibir el goteo. Se oía el siseo de la leche, diminuta campanilla contra el metal.

Aunque le daba pena ahogar ese sonido que le resultaba erótico, Roger cogió la guitarra y aplicó el pulgar a las cuerdas, la mano a los trastes. En vez

de rasguear o tocar acordes, pulsó arpeggios, pequeñas voces que hicieran eco a la suya; el palpitar de una cuerda iba marcando la melodía.

Una canción de amor, sin duda. Una de las más antiguas, en gaélico. Aunque ella no conociera algunas palabras, probablemente captaría el sentido.

*En la noche de nuestras bodas
iré brincando a ti con regalos,
en la noche de nuestras bodas...*

Cerró los ojos, viendo en la memoria lo que la noche ahora ocultaba. Sus pezones tenían el color de las ciruelas maduras y el tamaño de las cerezas. Roger recordaba vívidamente la sensación de tenerlos en la boca. De ellos había mamado una vez, hacía mucho, antes de que llegara Jemmy. Pero ya no.

*Tendrás cien salmones de plata...
cien pieles de tejón...*

Ella nunca le pedía que lo hiciera, nunca lo rechazaba... No obstante, por su manera de aspirar cuando él le tocaba los pechos era evidente que se estaba conteniendo para no hacer una mueca.

¿Era sólo porque le dolían? ¿O no confiaba en que él fuera suave?

Ahuyentó el pensamiento ahogándolo en una pequeña cascada de notas líquidas como un salto de agua.

«Tal vez no sea por ti —susurró la voz, negándose tercamente a dejarse distraer—. Tal vez sea por él, por algo que él le hizo».

«Vete al diablo», pensó él, sucintamente, marcando cada palabra con una cuerda fuertemente pulsada. Stephen Bonnet no tendría cabida en su lecho de bodas. Ni hablar.

Apoyó una mano contra las cuerdas para acallarlas por un instante y, mientras ella se quitaba el *arisaid* de los hombros, recomenzó en inglés. Una canción especial, sólo para ellos dos. Ignoraba si alguien podía oírlo, pero no tenía importancia. Ella se puso de pie para quitarse la camisa, en tanto los

dedos de Roger tocaban la tranquila introducción de *Yesterday*, de los Beatles.

La oyó reír una vez; luego, suspirar. Y el hilo también susurró contra su piel mientras caía.

Se le acercó por atrás, desnuda; la suave melancolía de la canción iba llenando la oscuridad. Le acarició el pelo, meciéndose. Se moría por girarse y apoderarse de ella, pero contuvo el impulso, acentuando la expectación. Inclinando la cabeza hacia las cuerdas, cantó hasta que todo pensamiento desapareció de él, hasta que sólo quedaron su cuerpo y el de ella. No habría podido decir en qué momento la mano de Bree cubrió la suya contra los trastes. Entonces se levantó para volverse hacia ella, aún colmado de música y de amor, suave, fuerte y puro en la oscuridad.

Brianna yacía inmóvil en la penumbra, sintiendo el tronar de su corazón palpitando lentamente en sus oídos. El latido se repetía en el pulso de su cuello, en las muñecas, los pechos, el vientre. Había perdido la noción de sus límites; poco a poco regresó la sensación de miembros y dedos, cabeza y tronco, de espacio ocupado. Movié el único dedo pegado entre sus piernas; al liberarlo, el último de los impactos cosquilleantes le corrió por los muslos.

Aspiró hondo, lentamente, escuchando.

Él seguía respirando larga y regularmente; gracias a Dios continuaba durmiendo. Ella había actuado con cautela, sin mover más que la yema de un dedo, pero la sacudida final del clímax fue tal que sus caderas dieron un brinco, mientras el vientre se estremecía y los talones se clavaban en el jergón, con un fuerte susurro de paja.

El esfuerzo de moverse era inconcebible, pero su convulsión final había retirado el edredón de los hombros de su compañero; la piel de su espalda quedaba a la vista, desnuda y suave, oscura en contraste con la tela clara. El hueco cálido que la rodeaba era abrigado y perfecto, pero no podía disfrutarlo mientras él yacía expuesto al aire glacial de la medianoche. Bree detectó un brillo mojado en la curva alta de su pómulo.

Después de evocar la noción de huesos y músculos, halló una neurona en condiciones de funcionar y le ordenó que disparara. Encantada una vez más, se tendió de costado, de cara a él, y lo cubrió suavemente con el edredón

hasta las orejas. Él se removió un poco, murmurando algo; ella le acarició el pelo negro, revuelto, y lo vio sonreír apenas, entreabriendo los ojos con la mirada vacua de quien sólo ve en sueños. Luego tornaron a cerrarse; después de un largo suspiro, él volvió a quedarse dormido.

—Te amo —le susurró, llena de ternura.

Una brisa fría le erizó el vello del brazo; entonces volvió a ponerlo bajo los cobertores, posando la mano ligera en el trasero de Roger.

Su contacto no era ninguna novedad, pero aun así le apasionaba con su perfecta redondez, su vello rizado y áspero. Un vago recuerdo de su gozo solitario la instó a hacerlo otra vez, a introducir su mano libre entre las piernas; pero la detuvo el simple agotamiento; dejó los dedos laxos cubriendo la carne hinchada; uno de ellos, lánguido, siguió el rastro viscoso.

Había albergado la esperanza de que esa noche fuera distinta. Sin el peligro constante de despertar a Jemmy, sin prisas, llevados por la emoción de los votos pronunciados, tal vez... Pero fue como siempre.

No era por falta de excitación. Por el contrario: cada movimiento, cada contacto se le imprimía en los nervios de la piel, en los surcos de la boca y la memoria, ahogándola con aromas, marcándola a fuego con sus sensaciones. Pero por maravilloso que fuera el acto de amor, perduraba siempre una extraña sensación de distancia, una barrera que ella no podía atravesar.

Así se encontró una vez más reviviendo, mientras él dormía, cada momento de la pasión que acababan de compartir... y en el recuerdo pudo, una vez más, ceder finalmente a ella.

Tal vez era porque lo amaba demasiado; cuidaba tanto de darle placer, que no sabía ocuparse del suyo. La satisfacción que sentía al tenerlo en los brazos, perdido y gimiendo, era mucho mayor que el simple goce físico del clímax. Sin embargo, bajo eso había algo más tenebroso: una peculiar sensación de triunfo, como si hubiera ganado una contienda entre los dos, nunca declarada ni reconocida.

Con un suspiro, apoyó la frente contra la curva del hombro de Roger, disfrutando de su olor: un almizcle fuerte y amargo.

Una vez más bajó la mano, con cuidado para no despertarlo, y deslizó hacia adentro un dedo para comprobar si todo estaba bien. El trocito de esponja seguía en su sitio, empapada en aceite de atanasia; su presencia frágil

y aromática custodiaba la entrada de su vientre.

Se acercó un poco más. Él, inconscientemente, giró el cuerpo a medias para darle cabida, envolviéndola de inmediato con su reconfortante calor. Su mano buscó a tientas, como un ave que volara a ciegas, rozándole la cadera y el vientre, en busca de un sitio donde descansar. Ella la cogió entre las suyas para acogerla bajo su mentón. Cuando besó uno de aquellos nudillos, grandes y ásperos, él exhaló un profundo suspiro y relajó la mano.

Entonces se acomodó mejor contra el cuerpo de Roger, experimentando consuelo y expectación.

Eran los primeros días, se dijo. Tenían toda la vida por delante. Ya llegaría, sin duda, el tiempo de rendirse.

La fogata del vigía

Desde donde dormían, a través de un hueco entre las rocas, podía ver la fogata del vigía que ardía ante la tienda de Hayes. La gran hoguera de la congregación se había reducido a ascuas, pero esa fogata pequeña ardía sin pausa, como una estrella contra la noche fría. De vez en cuando, una silueta oscura, con falda escocesa, se levantaba para atenderla; y, después de recortarse contra su esplendor, volvía a esfumarse en la noche.

Había comenzado a respirar con más lentitud, relajando todos los músculos del cuerpo. No porque intentara dormir; el sueño estaba lejos y él no tenía intención de buscarlo.

Tampoco era por engañar a Claire, haciéndole creer que estaba dormido. Tan cerca de su cuerpo y de su mente como estaba, ella lo sabría desvelado. No: era sólo por darle una señal, un engaño asumido que la liberara de prestarle atención. Así ella podría dormir, sabiéndolo ocupado dentro de la cápsula de su mente, sin exigencias inmediatas que ella debiera satisfacer.

Un golpe de viento trajo de arriba algunas notas musicales; armónica y violín. Los esclavos de Yocasta, que no estaban dispuestos a abandonar esa rara celebración por la necesidad de dormir o los imperativos del clima.

El débil gemido de un bebé. ¿Jemmy? No: provenía de atrás. La pequeña Joan, pues. Y la voz de Marsali, grave y dulce, cantando en francés.

—... *Alouette, gentil Alouette...*

Allí, un bonito sonido que él estaba esperando: pisadas al otro lado de las rocas que bordeaban su santuario familiar. Rápidas y ligeras, cuesta abajo. Aguardó con los ojos abiertos. Pocos momentos después le llegó el débil alto de un centinela apostado cerca de la tienda. Abajo la luz del fuego no mostró ninguna silueta, pero la solapa de la tienda se agitó, dejó paso y volvió a caer, invisible.

Tal como él pensaba, entonces: había fuertes sentimientos de hostilidad contra los responsables de la revuelta. No se interpretaba como una traición a los amigos, sino como la necesaria acción de entregar a los criminales para proteger a quienes preferían respetar la ley.

—*J'ai te plumerai la tête...*

Se le ocurrió preguntarse por qué a menudo las canciones para niños eran horripilantes. La misma Brianna, que provenía de una época supuestamente más apacible, cantaba al pequeño Jem historias de muertes terroríficas y trágicas pérdidas, todo con una expresión tan tierna como la Virgen. Esos versos que hablaban de la hija del minero, que se ahogó entre sus patitos...

Perversamente, se preguntó qué cosas horribles había incluido la Santa Madre en su repertorio de canciones de cuna; a juzgar por la Biblia, la Tierra Santa no había sido más pacífica que Francia o Escocia.

Se habría persignado como penitencia por la idea, pero Claire dormía sobre su brazo derecho.

—¿Actuaron mal? —La voz de Claire surgió suavemente bajo su mentón, sobresaltándolo.

—¿Quiénes? —Inclinó la cabeza hacia ella para besar la densa suavidad de sus rizos. Su pelo olía a humo de leña y a un aroma áspero y claro: el de las bayas de enebro.

—Los hombres de Hillsborough.

—Sí, creo que sí.

—¿Qué habrías hecho tú?

Él suspiró, encogiendo un solo hombro.

—¿Qué puedo decir? Si yo también hubiera sido engañado, sin esperanzas de resarcimiento, tal vez habría alzado la mano contra el responsable. Pero lo que se hizo allá... ya lo has oído. Casas derribadas e incendiadas, hombres que fueron sacados a la fuerza y desmayados a golpes,

sólo por el cargo que desempeñaban... No, *Sassenach*; no sé que habría hecho yo, pero eso no.

Ella giró un poco la cabeza, dejándole ver la curva alta de su pómulo, enmarcado de luz, y la contracción del músculo que pasaba por delante de su oreja: estaba sonriendo.

—Eso pensaba yo. No te imagino formando parte de una turba.

Él le besó la oreja para no responder directamente. Por su parte, le era muy fácil imaginarse así. Eso lo asustaba. Conocía demasiado bien la fuerza que había en algo así.

Un escocés de las Tierras Altas era por sí solo un guerrero; pero el más poderoso de los hombres no pasaba de ser un hombre.

—¿Y si no fuera un hombre quien te engañara? ¿Si fuera la Corona o la Corte? No una persona, sino una institución.

Él comprendió donde quería llevarlo. Ciñó su brazo en torno de ella; el aliento de Claire le calentaba los nudillos de la mano, curvada bajo su barbilla.

—No es así. Aquí no. Ahora no.

Los alborotadores habían atacado como respuesta a crímenes cometidos por hombres, por individuos; el precio de esos crímenes se podía pagar con sangre, pero no se pagaba con una guerra. Todavía no.

—No —confirmó ella—. Pero así será.

—Ahora no —repitió él.

Tenía la hoja de papel bien oculta en sus alforjas, con su detestable convocatoria. Debía atender ese asunto cuanto antes, pero por esa noche fingiría que no estaba allí. Una última noche de paz, con su esposa en los brazos y su familia cerca.

Otra sombra junto al fuego. Otra voz de alto lanzada por el centinela. Uno más que cruzaba el umbral de los traidores.

—Y ellos, ¿hacen mal? —Claire señaló la tienda de abajo con una leve inclinación de cabeza—. ¿Los que van a denunciar a sus conocidos?

—Sí —dijo él, después de un momento—. Ellos también hacen mal.

La turba puede mandar, pero son los individuos los que pagan el precio de lo hecho. Parte de ese precio era esa ruptura de la lealtad, el enfrentamiento entre vecinos, donde el miedo era un lazo corredizo que se

apretaba hasta no dejar aliento de misericordia ni de perdón.

Estrechó a Claire contra sí, curvando la mano libre contra la parte baja de su vientre. Ella suspiró con un dejo de dolor físico y se acomodó también, anidando el trasero en el tazón de sus muslos. Jamie sintió que comenzaba la fusión al relajarse ella; era ese extraño mezclarse de cuerpos.

Al principio ocurría sólo cuando la poseía, y solamente al terminar. Después, cada vez con más frecuencia, hasta que el mero contacto de su mano fue a un tiempo invitación y realización, una entrega inevitable, ofrecida y aceptada. De vez en cuando se resistía, sólo para comprobar que era posible, pues de pronto temía perderse a sí mismo.

Confiaba en que era lo correcto. Lo decía la Biblia: «Seréis una sola carne» y «Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre». Jamie había sobrevivido a una separación, pero no podría pasar por otra y continuar viviendo.

Los centinelas habían puesto un cobertizo de lona cerca de la fogata, para protegerse de la lluvia. Pero el agua llevada por el viento hacía que las ramas chisporrotearan, iluminando la tela clara con un parpadeo que palpitaba como un corazón.

Jamie no temía morir con ella, por fuego o de cualquier otra manera; lo que temía era vivir sin ella.

Cambió el viento, llevando consigo casi inaudibles risas de la pequeña tienda donde dormían (o no) los recién casados. Él sonrió para sí al oírlas. Sólo cabía esperar que su hija encontrara en el matrimonio un goce tan grande como el suyo. Pero hasta el momento las cosas iban bien. Al muchacho se le iluminaba la cara cuando la veía.

—¿Qué harás? —preguntó Claire. Sus palabras casi se perdieron en el repiqueteo de la lluvia.

—Lo que sea preciso.

No era respuesta, pero no había otra.

No había mundo alguno más allá de ese pequeño espacio, se dijo Jamie. Escocia había desaparecido; las colonias estaban en marcha. De lo que se avecinaba, él sólo tenía una vaga idea por las cosas que Brianna le contaba. La única realidad era la mujer que tenía en los brazos, sus hijos y nietos, sus arrendatarios y sirvientes. Ésos eran los dones que Dios le había entregado

para que los albergara y protegiera.

Se estaba excitando por el mero hábito del contacto íntimo; su miembro, al erguirse, quedó incómodamente atrapado. La deseaba, la deseaba desde hacía varios días; aunque había tenido que postergar el impulso en el ajetreo de la congregación. El dolor sordo que sentía en los testículos era un eco del que ella debía sentir en el vientre.

Alguna vez la había poseído durante la regla, cuando los dos se deseaban demasiado para esperar. Era sucio y perturbador, pero también excitante; lo dejaba con una vaga sensación de vergüenza, no del todo desagradable. Aunque no fuera un buen momento ni estuvieran en buen lugar, el recuerdo de otros momentos y otros lugares lo obligó a cambiar de posición, apartándose de ella para no molestarla con la evidencia física de sus pensamientos.

No obstante, lo que sentía ahora no era lascivia, ni siquiera la necesidad de compañía anímica. Quería cubrirla con su cuerpo, poseerla, pues de ese modo podía fingir que ella estaba a salvo.

Se había puesto rígido, involuntariamente contraído por esos pensamientos. Claire estiró una mano hacia atrás y la apoyó sobre su pierna; allí quedó durante un momento, para luego extenderla suavemente más arriba, en una búsqueda adormilada. Él le inclinó la cabeza para acercarle los labios al oído. Dijo lo que pensaba sin pensarlo.

—Nada podrá hacerte daño mientras haya aliento en mi cuerpo, *a nighean donn*. Nada.

—Lo sé —dijo ella.

Sus miembros se aflojaron poco a poco; su respiración se hizo más tranquila y la suave redondez del vientre se abultó contra la palma de Jamie, mientras se hundía en el sueño. Su mano permaneció donde estaba, cubriéndolo.

Jamie seguía tenso y despierto, mucho después de que la lluvia hubiera apagado la fogata del centinela.

SEGUNDA PARTE

La llamada del jefe

Nada hay como el hogar

Gideon estiró la cabeza como una víbora, dirigiéndola a la pierna del jinete que iba delante.

—¡Seas! —Jamie tiró de la cabeza del gran bayo antes de que pudiera morder—. Maldito hijo de ramera —murmuró por lo bajo.

El comentario fue captado por Geordie Chisholm; como ignoraba que se había librado por poco de los dientes de *Gideon*, miró por encima de su hombro, sobresaltado. Jamie pidió disculpas con una sonrisa y azuzó al caballo para que dejara atrás a la mula del otro.

Pasó junto a Brianna y Marsali, que iban en el centro de la columna, al trote lento; cuando dejó atrás a Claire y Roger, a la cabeza del grupo, iba a tal velocidad que sólo pudo hacer un gesto con el sombrero para saludarlos.

—*A mhic an dhiobhail* —dijo, inclinándose hacia el cuello del animal, mientras se plantaba nuevamente el sombrero—. Eres más enérgico de lo que te conviene, sin mencionar lo que me conviene a mí. Veamos cuánto resistes a campo abierto, ¿quieres?

Lo que ese condenado necesitaba era terreno plano, donde Jamie pudiera hacerlo galopar hasta bajarle los humos y traerlo de regreso resoplando. Puesto que no había un sitio plano en treinta kilómetros a la redonda, tendría que conformarse con lo que había.

Recogió las riendas y, chasqueando la lengua, le clavó los talones en las

costillas. El caballo se lanzó a la carga colina arriba, como si lo hubieran disparado desde un cañón.

Gideon estaba bien alimentado; era un animal resistente y de huesos grandes; Jamie lo había comprado justamente por eso. Además era indócil y tenía mal carácter, razón por la cual no había costado mucho. Aun así, el precio fue superior al que Fraser podía pagar sin tener que hacer un esfuerzo.

Tras media hora de esquivar ramas bajas, cruzar arroyos y galopar cuesta arriba por todas las pendientes que Jamie le señaló, *Gideon* estaba, si no precisamente tratable, al menos lo bastante exhausto como para dejarse manejar. Jamie estaba empapado hasta los muslos, magullado, sangrando por cinco o seis arañazos y jadeando casi tanto como el caballo. No obstante, aún se mantenía en la silla y conservaba el mando.

Dirigiendo la cabeza del caballo hacia el sol poniente, volvió a chasquear la lengua.

—Vamos —dijo—. Volvamos a casa.

Aunque se habían esforzado mucho, dada la forma escarpada de la tierra no habían cubierto tanta distancia como para perderse del todo. Jamie apuntó la cabeza de *Gideon* hacia arriba y, un cuarto de hora después, llegaron a un pequeño cerro que reconoció.

Avanzaron con cautela a lo largo de la cima, buscando un lugar seguro para descender por entre las marañas de álamos y píceas. Sabía que la partida no estaba lejos, pero quizá le llevara algún tiempo encontrarse con ella, y prefería hacerlo antes de que llegaran al Cerro. Aunque Claire o MacKenzie podían guiarla perfectamente, reconocía que ansiaba regresar a casa a la cabeza de su gente.

—¡Vaya, hombre!, ni que fuera Moisés —murmuró, moviendo la cabeza en un gesto de burla ante sus propias pretensiones.

El caballo estaba cubierto de espuma; cuando llegaron a un trecho donde los árboles ya no estaban tan juntos, Jamie se detuvo a descansar un momento, aflojando las riendas, pero listo para desalentar cualquier capricho que esa bestia loca pudiera estar concibiendo.

La brisa provenía del oeste. Jamie levantó la barbilla, disfrutando de su contacto frío en la piel acalorada. El suelo caía en ondulantes olas pardas y verdes, encendidas aquí y allá en parches de color, que iluminaban la bruma

en las hondonadas como el resplandor del humo de una fogata. Ante aquel panorama sintió que lo invadía la paz; aspiró profundamente, relajando el cuerpo.

Gideon también se relajó, dejando escapar lentamente su espíritu de lucha, como el agua que se sale de un cubo roto. Jamie apoyó suavemente las manos en su cuello y el animal permaneció inmóvil, con las orejas hacia delante. «¡Ah!», pensó. Y entonces cayó en la cuenta de que se trataba de un Sitio.

No tenía palabras para designar esos lugares, pero los reconocía cada vez que encontraba alguno. Podría haberlos calificado de sagrados, pero la sensación que lo provocaban no tenía nada que ver con la Iglesia ni con los santos. Eran, simplemente, lugares que le correspondían, y con eso bastaba, aunque prefería encontrarlos cuando estaba solo. Dejó descansar las riendas sobre el cuello del caballo. Ni una bestia loca como *Gideon* podía causar problemas en un lugar así.

Cuando era un niño, había aprendido la manera de vivir separado dentro de una multitud, conservando la intimidad en su mente cuando su cuerpo no podía tenerla. Pero como era montañés, también había aprendido muy tempranamente el encanto de la soledad y la virtud curativa de los sitios tranquilos.

De súbito tuvo una visión de su madre, uno de los pequeños retratos vívidos que su mente atesoraba y presentaba inesperadamente, como reacción sólo Dios sabía a qué: un sonido, un olor, algún capricho pasajero de la memoria.

Había estado instalando trampas para conejos en una colina; estaba acalorado y sudoroso, con los dedos pinchados por las plantas espinosas y la camisa pegada a la piel por el barro y la humedad. Al ver un bosquecillo, se acercó en busca de una sombra. Allí estaba su madre, sentada en el suelo junto a un diminuto manantial, bajo la sombra verdosa. Permanecía inmóvil, cosa extraña en ella, con las largas manos cruzadas en el regazo.

No dijo nada, pero le sonrió. Él se acercó sin hablarle, colmado por una gran sensación de paz y contento, y apoyó la cabeza contra su hombro; al sentir que su brazo lo rodeaba, supo que ocupaba el centro de su mundo. Entonces, tenía cinco o seis años.

La visión desapareció tan súbitamente como había venido, como una trucha refulgente que se esfumara en el agua oscura. No obstante, dejó tras de sí la misma sensación de profunda paz, como si alguien lo hubiera abrazado brevemente, como si una mano suave le tocara el pelo.

Desmontó, con la necesidad de sentir la pinaza bajo las botas, algún contacto físico con ese lugar. La cautela le hizo atar las riendas a un pino fuerte, aunque *Gideon* parecía bastante sereno; el potro había bajado el testuz y buscaba matas de pasto seco. Durante un instante, Jamie permaneció inmóvil; luego giró cuidadosamente hacia la derecha, de cara al norte.

Ya no recordaba quién le había enseñado eso: su madre, su padre o el viejo John, el padre de Ian. Pero giró en la dirección del sol, murmurando aquella breve oración hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales, y terminó de frente al oeste, mirando al sol poniente. Formó una taza con las manos vacías y la luz se las llenó, desbordando sus palmas.

*Que Dios me haga seguro cada paso,
Que Dios me abra cada senda,
Que Dios me ponga en claro cada camino,
Y que Él me lleve entre sus propias manos.*

Con un instinto más antiguo que la oración, sacó la petaca del cinturón para verter algunas gotas en el suelo.

La brisa le trajo algunos sonidos dispersos: risas y ruidos de animales que avanzaban a través de la maleza. La caravana no estaba lejos: apenas al otro lado de una pequeña hondonada, rodeando a paso lento la curva de la colina opuesta. Ya era hora de reunirse con ellos para el último tramo, hasta llegar al Cerro.

Aún vaciló un momento, resistiéndose a quebrar el hechizo del Sitio. Por el rabillo del ojo detectó un movimiento imperceptible; entonces se agachó ante una mata de acebo entornando los ojos para mirar en las sombras cada vez más intensas.

Allí estaba, petrificado, confundiéndose perfectamente con el fondo oscurecido. Jamie no lo habría visto, a no ser por ese pequeño movimiento captado por su ojo de cazador. Era un gatito diminuto, de pelaje gris erizado

como la semilla madura del algodoncillo; los ojos enormes, casi incoloros en la penumbra, permanecían bien abiertos y sin parpadear.

—*A Chait*— susurró, alargando lentamente un dedo hacia él—. ¿Qué haces aquí?

Un gato feroz, sin duda; nacido de una madre salvaje, que largo tiempo atrás habría escapado de alguna cabaña de colonos, liberándose de la trampa de lo doméstico. Cuando le rozó el pelaje tenue del pecho, el animal le clavó súbitamente los pequeños dientes en el pulgar.

—¡Ay! —Apartó la mano de inmediato para examinar la gota de sangre que brotaba de la pequeña punción. Durante un momento fulminó al gato con la mirada, pero el animal se limitó a sostenerla, sin hacer ademán de huir. Después de un instante, Jamie se decidió. Sacudió la mano, haciendo caer la sangre a las hojas; sería, como el *whisky*, otra ofrenda a los espíritus de ese Sitio, que obviamente habían resuelto ofrecerle también un regalo.

—Pues bien, sea —dijo por lo bajo. Se arrodilló para extender la mano, con la palma hacia arriba. Con mucha lentitud movió un dedo, luego el siguiente, y el otro, y el último, y luego otra vez, con el movimiento ondulante de las algas en el agua. Los grandes ojos claros seguían fijamente el movimiento, como hipnotizados. Viendo que la punta del diminuto rabo se contraía imperceptiblemente, Jamie sonrió.

Si era capaz de atraer a las truchas, ¿por qué no a un gato?

Cuando al fin volvió a tocarle el pelaje, el animal no intentó escapar. Un dedo se deslizó por su pelo; otro, bajo las frías almohadillas de una zarpa. Y se dejó coger suavemente con la mano, que lo retiró del suelo.

Jamie lo retuvo un momento contra el pecho, acariciándolo con un dedo, siguiendo la sedosa línea de la mandíbula, las orejas delicadas. El animalito cerró los ojos y comenzó a ronronear, en éxtasis, vibrando en su palma como un trueno lejano.

—¡Oh!, así que vendrás conmigo, ¿eh?

Como el gato no se hacía de rogar, abrió el cuello de la camisa para meter dentro aquella cosa diminuta. El gatito antes de acurrucarse contra su piel hurgó entre sus costillas; su ronroneo se había reducido a una vibración callada, pero agradable.

Gideon, complacido por el descanso, comenzó la marcha. Un cuarto de

hora después alcanzaron a los otros. Pero la momentánea docilidad del potro se evaporó ante la tensión del ascenso final.

El caballo era muy capaz de dominar ese camino empinado, desde luego; lo que no toleraba era ir detrás de otra montura. Poco importaba que Jamie quisiera o no llegar a su casa a la cabeza de su gente: si *Gideon* tenía algo que decir al respecto, no sólo irían a la cabeza, sino varios cuerpos más adelante.

Jamie se encontró simpatizando bastante con el caballo: ansioso por estar en casa, esforzándose por llegar cuanto antes, e irritado por todo lo que amenazara con retrasarlo. En ese momento, el principal impedimento contra el avance era Claire; la inoportuna había detenido su yegua frente a él para recoger unas cuantas hierbas a la vera del camino. ¡Como si no tuviera ya la casa entera llena de plantas, desde el umbral hasta el tejado, y las alforjas abultadas por otra carga!

Gideon, captando inmediatamente su estado de ánimo, estiró el cuello para mordisquear a la yegua en la grupa. El animal, entre relinchos y corcovos, salió disparado camino arriba, con las riendas colgando. El macho intentó salir tras ella, pero fue detenido de un tirón en las riendas.

El ruido hizo que Claire se diera la vuelta, con los ojos dilatados por la sorpresa. Miró primero a Jamie; luego, a su yegua que desaparecía senda arriba, y nuevamente a él, disculpándose con un encogimiento de hombros. Tenía las manos llenas de hojas maltrechas y raíces muy sucias.

—Lo siento. —Dijo. Pero él vio la contracción en la comisura de la boca, el rubor en su piel y la sonrisa que brillaba en sus ojos. Muy a su pesar, la tensión de sus hombros se calmó. Aunque tenía intención de regañarla, las palabras no acudieron a su boca.

—Vamos, levántate —dijo en cambio, gruñón—. Me gustaría cenar.

Ella montó, riéndose en su cara y apartando las faldas para que no molestaran. *Gideon*, irascible ante esa carga adicional, giró bruscamente la cabeza para lanzar un mordisco a cualquier cosa que estuviera a su alcance, pero Jamie lo estaba esperando: fustigó con el extremo de la rienda el morro del potro, que dio un respingo hacia atrás, resoplando de sorpresa.

—Así aprenderás, pequeño cabrón.

Calándose el sombrero, aseguró en la montura a su díscola esposa, con las faldas bien ceñidas bajo los muslos y los brazos rodeando su cintura. El

gatito, bruscamente arrancado de su siesta, clavó las uñas en la cintura de Jamie con un aullido de alarma, aunque su grito se perdió entre los chillidos más potentes del jinete, que tiraba con la cabeza del caballo, entre juramentos mientras le empujaba los cuartos traseros con la pierna izquierda.

Gideon, nada fácil de vencer, ejecutó un brinco como una espiral. De pronto Jamie oyó un pequeño «¡eeeh!» y percibió una sensación de vacío a su espalda: Claire había sido arrojada a la maleza como un saco de harina.

—¿Va todo bien? —preguntó Roger, arqueando una ceja.

—Naturalmente —respondió Jamie, tratando de recobrar el aliento sin perder la dignidad—. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien.

—Me alegro. —Jamie ya estaba desmontando. Arrojó las riendas a MacKenzie y, sin detenerse a ver si las sujetaba, regresó corriendo por el sendero, gritando:

—¡Claire! ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —anunció ella alegremente. Y emergió de entre las sombras de los álamos, cojeando un poco y con el pelo lleno de hojas. Por lo demás parecía indemne—. ¿Y a ti, te ha pasado algo? —le preguntó, mirándolo con una ceja arqueada.

—No, estoy bien, pero voy a matar a ese caballo. —La abrazó para asegurarse de que estaba íntegra. Aunque jadeaba al respirar, se la sentía tranquilizadamente sólida. Ella le dio un beso en la nariz.

—Pero no lo mates antes de que llegemos a casa. Falta una milla y no quiero recorrerla descalza.

De repente se oyó una voz:

—¡Eh! ¡Deja eso, bastardo!

Jamie soltó a Claire para volverse a mirar. Roger estaba arrancando un puñado de plantas maltrechas del morro de *Gideon*. ¿Más plantas? ¿Qué manía era ésa? Claire se inclinó hacia delante para observarlas con interés.

—¿Qué es eso que tienes ahí, Roger?

—Para Bree —dijo él, sometiéndolas a su inspección—. ¿Son las que convienen?

A los ojos profanos de Jamie, parecían amarillentos tallos de zanahoria que hubieran quedado demasiado tiempo plantados, pero Claire tocó el sucio

follaje con un gesto de aprobación.

—¡Oh, sí! —dijo—. ¡Qué romántico!

Jamie, con mucho tacto, emitió un leve ruido, sugiriendo que era hora de continuar el camino, puesto que Bree y la lenta tribu de los Chisholms los alcanzarían muy pronto.

—Está bien —dijo Claire, dándole una palmada en el hombro—. No bufes; ya vamos.

—¡Hummm! —rezongó él, agachándose para ofrecerle una mano como estribo. Después de subirla a la montura, echó a *Gideon* una mirada que decía: «No intentes nada raro, grandísimo cabrón», y montó tras ella—. ¿Esperarás a los otros para guiarlos tú? —Sin esperar respuesta, tiró de las riendas y puso al potro sendero arriba.

Apaciguado por el hecho de estar muy por delante de los demás, *Gideon* se dedicó a la tarea de trepar sin pausa entre los matorrales de espinillos y álamos blancos, castaños y píceas.

Al avanzar, Jamie recobró su propia ecuanimidad; también le reconfortó el fortuito hallazgo del sombrero perdido: pendía de un roble a la vera del camino, como si alguna mano bondadosa lo hubiera puesto allí. Pero su intranquilidad mental continuaba; no podía captar la serenidad, aunque la montaña estaba en paz, con el aire neblinoso de color azul, perfumado de pinos y madera verde.

De repente, con un súbito vuelco en la boca del estómago, cayó en la cuenta de que el gatito había desaparecido. Le escocían los arañazos en la piel del pecho y el abdomen, allí donde había trepado por él, en un frenético esfuerzo por escapar, pero debía de haber salido por el cuello de la camisa, para verse arrojado de su hombro en la descabellada carrera cuesta abajo. Echó un vistazo a ambos lados, escrutando las sombras bajo las matas y los árboles, pero su esperanza fue vana. La oscuridad se acentuaba y ya estaban en el camino principal, el sitio donde él y *Gideon* se habían desviado por el bosque.

—Ve con Dios —murmuró, persignándose brevemente.

—¿Qué dices? —preguntó Claire, girándose un poco en la silla de montar.

—Nada. —Después de todo, aunque pequeño, era un gato salvaje. Sabría

arreglárselas, sin duda.

Gideon roía el bocado, cabeceando. Jamie notó que, una vez más, le tensión de su mano circulaba por las riendas, e hizo un esfuerzo por aflojarla. También aflojó la que sujetaba a su esposa, que de pronto se llenó los pulmones de aire.

Había hecho que los Bug se adelantaran, guiados por Fergus, para que Claire no debiera ocuparse simultáneamente de las tareas de la llegada y de la hospitalidad. Sólo se percató de que Claire también estaba tensa cuando ella se relajó súbitamente contra él, apoyándole una mano en la pierna.

—No ha pasado nada —dijo ella—. Huelo a humo de chimenea.

Él levantó la cabeza para olfatear. Su esposa tenía razón: en la brisa flotaba el aroma penetrante de las nueces quemadas. No se trataba del hedor que recordaba de las conflagraciones, sino de un olor hogareño, que prometía abrigo y comida. Era de presumir que la señora Bug lo había obedecido al pie de la letra.

Al rodear el último recodo del camino vieron la alta chimenea de piedra, que se elevaba por encima de los árboles, con un gran penacho de humo rizándose sobre las copas.

La casa estaba en pie.

Salieron de la castañeda al amplio claro donde se levantaba la casa, sólida y cuidada, con las ventanas doradas por los últimos rayos del sol. Era una casa modesta, encalada y con el tejado cubierto con tablones, de líneas definidas y sólida construcción, imponente sólo si se la comparaba con las toscas cabañas que ocupaban la mayoría de los colonos. La que fuera su primera casa, oscura y maciza, estaba aún allí, algo más abajo. Y de esa chimenea también salía humo.

—Alguien ha encendido el fuego para Bree y Roger —comentó Claire, señalándola con la cabeza.

—¡Qué bien! —Jamie ciñó su cintura con un brazo; ella, con un murmullo de contento, movió el trasero contra su regazo.

La puerta se abrió de par en par. Allí estaba la señora Bug, redonda y desaliñada como una bola de paja arrastrada por el viento. Jamie sonrió al verla. Después de ayudar a Claire, él también desmontó.

—Todo está bien, todo está bien, ¿y usted señor? —La mujer lo

tranquilizó antes de que sus botas tocaran tierra.

Llevaba una taza de peltre en una mano y un paño en la otra. No dejó de lustrarla ni un instante, ni siquiera al presentar la cara para aceptar el beso de Jamie en la mejilla marchita. Sin esperar respuesta, se puso de puntillas para besar a Claire en la mejilla, radiante.

—¡Oh, qué maravilla que esté en casa, señora!, usted y el señor, y ya tengo la cena preparada, de modo que no tendrá que molestarse nada, señora, pero pasen, pasen y quítense esa ropa sucia, que yo mandaré al viejo Arch al sótano a buscar un poco de licor y luego...

Gideon, impaciente, le empujó el codo con el hocico.

—¡Ah, sí! —dijo él, recordando sus obligaciones—. Ven, condenado animal.

Cuando el caballo y la yegua estuvieron desensillados, cepillados y comiendo, Claire ya había logrado escapar de la señora Bug; al regresar del establo, Jamie vio que la puerta de la casa se abría de par en par y Claire, con cara de culpable, salía mirando hacia atrás, como si temiera que la persiguieran.

¿Adónde iba? Sin verlo, marchó precipitadamente hacia la esquina opuesta de la casa, desapareciendo en un revoloteo de faldas. Él la siguió con curiosidad.

Claro, había visto su consulta y ahora, antes de que oscureciera del todo, quería ver su huerta; él la divisó un instante, recortada contra el cielo, en la cuesta que había detrás de la casa. La brisa nocturna le trajo el olor acre de la letrina distante, sugiriendo que pronto sería necesario ocuparse de ella. Se relajó al pensar en los nuevos arrendatarios; excavar una letrina nueva sería la tarea más apropiada para los muchachos de Chisholm, los dos mayores.

Él había cavado ésa con Ian, cuando llegaron al Cerro. ¡Dios!, cómo extrañaba al chaval...

—*A Mhicheal bheanaichte* —murmuró. «San Miguel, protégelo». Aunque apreciaba a Mackenzie, si hubiera podido escoger no habría cambiado a Ian por ese hombre. Pero como fue decisión de Ian, no había nada más que decir al respecto.

Apartando de sí el dolor de haberlo perdido, se aflojó los pantalones para orinar detrás de un árbol. Si lo viera, Claire haría alguno de esos comentarios,

supuestamente ingeniosos, sobre los perros y los lobos, que marcaban su territorio cuando regresaban a él. «Nada de eso —le replicó mentalmente—; ¿para qué subir la colina, para empeorar las cosas en la letrina?». Pero, pensándolo bien, ése era su territorio, y si se le antojaba mear en él... Se acomodó las ropas, ya más tranquilo.

Al levantar la cabeza, la vio bajar desde la huerta con el delantal lleno de zanahorias y nabos. Una ráfaga de viento arremolinó a su alrededor las últimas hojas de la castañeda, en una danza chispeante de luz.

Llevado por un súbito impulso, Jamie se adentró entre los árboles, y comenzó a buscar algo. Normalmente sólo prestaba atención a aquellas plantas que fueran comestibles para caballos o seres humanos, o que fueran suficientemente duras como para hacer tablas o vigas o un obstáculo para el paso. No obstante, una vez que comenzó a buscar con criterio estético se sorprendió ante la variedad que había, así que recogió un puñado de cada una de ellas.

Justo a tiempo: ella, perdida en sus pensamientos, venía rodeando la esquina de la casa. Pasó a medio metro de él, sin verlo.

—*Sorcha* —llamó Jamie, muy quedo.

Ella se volvió, entornando los ojos contra los rayos del sol poniente, pero los ensanchó, dorados, ante la sorpresa de verlo.

—¡Oh! —Claire contempló las ramas y espigas, después lo miró a él. Le temblaron los labios, como si estuviera a punto de llorar o reír, sin decidirse entre las dos cosas. Luego aceptó las plantas, pequeños y fríos los dedos que rozaron su mano—. ¡Oh, Jamie!, son preciosas.

Se puso de puntillas para besarlo, caliente y salobre. Él quería más, pero ella ya iba presurosa hacia la casa, con aquellas insignificantes plantas apretadas contra el pecho como si fueran de oro.

Jamie se sintió agradablemente tonto, y tontamente complacido consigo mismo. Aún tenía en la boca el sabor de Claire.

—*Sorcha* —susurró.

Cayó entonces en la cuenta de que así la había llamado un momento antes. Eso sí que era extraño; no era raro que ella se hubiera sorprendido: era su nombre en gaélico, pero él rara vez lo utilizaba. Le gustaba su condición de extraña, de inglesa. Era su Claire, su *Sassenach*.

Sin embargo, al pasar junto a él, fue *Sorcha*. No significaba sólo «clara», sino también «luz».

Aspiró profundamente, satisfecho.

De pronto se sintió hambriento, tanto de comida como de ella, pero no se dio prisa por entrar. Algunas clases de hambre son dulces por sí solas; la esperanza de satisfacerla es tan grata como la saciedad.

Ruido de cascos y voces; por fin llegaba el resto. Sintió la súbita urgencia de conservar un momento más su apacible soledad, pero ya era muy tarde; en pocos segundos se vio rodeado por la confusión: griterío de niños entusiastas, llamadas de madres inquietas, la bienvenida a los recién llegados, el ajeteo y la prisa al descargar, desenganchar las mulas y los caballos, darles agua y pienso...

Pero en medio de esa Babel se movía como si aún estuviera solo, apacible y en silencio bajo el sol poniente. Estaba en casa.

En la temprana caída de la noche, la casa se erguía blanca como un espíritu benévolo que custodiara al Cerro. La luz manaba por todas sus puertas y ventanas; del interior llegaban risas.

Se volvió al percibir un movimiento en la oscuridad; era su hija, que venía del establo con un cubo de leche fresca en la mano. Ella se detuvo junto a él, contemplando la casa.

—Es bonito estar en casa, ¿verdad? —dijo suavemente.

—Sí —respondió él.

Se miraron, sonrientes. Luego ella se inclinó hacia delante para observarlo mejor, y lo giró para ponerlo frente a la luz de la ventana. Un par de arrugas le frunció la piel entre las cejas.

—¿Qué es eso? —preguntó, sacudiendo su chaqueta.

Una lustrosa hoja escarlata cayó flotando hasta el suelo. Al verla ella elevó las cejas.

—Será mejor que vayas a lavarte, papá —dijo—. Has estado donde la hiedra venenosa.

—Podrías habérmelo dicho, *Sassenach*. —Jamie echó una mirada furibunda a la mesa donde yo había puesto su ramillete, en una taza de agua, cerca de la

ventana del dormitorio. El rojo manchado e intenso de la hiedra venenosa refulgía aun en la penumbra de la luz que lanzaba el fuego—. Y además podrías deshacerte de ella. ¿Acaso quieres burlarte de mí?

—No, en absoluto —aseguré, sonriente, mientras colgaba mi delantal de la percha y desataba los cordones de mi vestido—. Pero si te lo hubiera dicho cuando me lo entregaste, me lo habrías quitado. Es el único ramo que me has dado en tu vida y, como no creo que me regales otro, tengo la intención de conservarlo.

Él lanzó un resoplido y se sentó en la cama para quitarse los calcetines. Ya casi se había desnudado; la luz del fuego relumbraba sobre sus hombros. Se rascó la cara interior de la muñeca, aunque yo le había dicho que era psicósomático, que no tenía señales de sarpullido.

—Nunca has vuelto a casa con sarpullido de hiedra venenosa —comenté —, aunque seguro que, con todo el tiempo que pasas en los bosques y en los sembrados, más de una vez la has encontrado. Creo que eres inmune a ella. Hay personas así, ¿sabes?

—¿De veras? —Eso pareció interesarle, aunque no dejó de rascarse—. ¿Cómo tú y Brianna, que nunca enfermáis?

—Algo así, pero por diferentes motivos.

Me quité el vestido, bastante mugriento después de una semana de viaje. Luego desaté el corsé, con un suspiro de alivio. A continuación, fui a ver si la cacerola de agua que había puesto sobre las ascuas ya estaba caliente; no pensaba acostarme sin haberme quitado la suciedad del viaje, pero tampoco quería dar un espectáculo público al hacerlo.

El agua rielaba de calor con diminutas burbujas adheridas al interior de la olla. Introduje un dedo, sólo para comprobar cómo estaba: caliente y deliciosa. Después de verter un poco en la palangana, dejé el resto allí para que se mantuviera caliente.

Me incliné para revolver en las alforjas que él había subido y dejado junto a la puerta. En la congregación alguien me había dado una esponja de las de verdad, importada de las Indias, como pago por extraerle un diente infectado. Era perfecta para un baño rápido.

—Y cosas como la malaria, lo que tiene Lizzie...

—¿No se las había curado? —Interrumpió Jamie, frunciendo el entrecejo.

Meneé la cabeza en un gesto de pena.

—No, la padecerá siempre. Sólo puedo tratar de que los ataques no sean tan graves ni tan frecuentes. Pero la lleva en la sangre, ¿comprendes?

Él se quitó la cinta con que se ataba el pelo y sacudió los mechones rojizos, dejando la melena suelta.

—No tiene sentido —objetó, levantándose para desabrocharse los pantalones—. Me has dicho que, si una persona tuvo el sarampión y ha sobrevivido, no puede volver a contraerlo, porque permanece en su sangre. Por eso yo no puedo enfermar de viruela ni de sarampión, porque los tuve cuando niño y están en mi sangre.

—Bueno, no es exactamente igual —dije, sin mayor convicción. Después de tan largo trayecto no me sentía en condiciones de explicar las diferencias entre inmunidad activa, pasiva o adquirida, anticuerpos e infecciones parasitarias—. Hablando de cabalgar...

—¿Quién habla de cabalgar? —dijo Jamie, con cara de sorpresa.

—Nadie, pero yo estaba pensando en eso. —Descarté con un gesto ese detalle sin importancia—. ¿Qué piensas hacer con *Gideon*?

—¡Oh...! —él dejó caer los pantalones al suelo y se desperezó, pensativo—. No creo poder permitirme el lujo de matarlo de un disparo. Y es un tipejo vigoroso. Para empezar, voy a cortarlo. Tal vez eso lo asiente un poco.

—¿Cortarlo? ¡Ah!, quieres decir castrarlo. Sí, supongo que eso lo haría más obediente, aunque me parece un poco drástico. —Vacilé un momento, renuente—. ¿Quieres que lo haga yo?

Él me clavó una mirada de sorpresa. Luego estalló en una carcajada.

—No, *Sassenach*. No creo que cortar a un potro de dieciocho palmos sea trabajo para una mujer, aunque sea cirujana. No se requiere una mano suave, ¿no crees? —Me alegró oírlo.

Dejé que la camisa se deslizara desde mis hombros hasta la cintura. El fuego había entibiado un poco el aire glacial de la habitación, pero aún estaba lo bastante frío como para que se me erizara la piel de los pechos y los brazos. Jamie se quitó el cinturón para sacar con cuidado todo lo que llevaba colgado de él. Después de poner todo en el pequeño escritorio, me mostró la petaca elevando una ceja con aire inquisitivo.

Asentí con entusiasmo. Él se giró para buscar una taza. Con tanta gente

en la casa con todas sus pertenencias, nuestras alforjas habían sido llevadas arriba y arrojadas al interior de nuestro cuarto.

Jamie parecía una esponja, reflexioné, viéndolo ir de un lado a otro completamente desnudo y despreocupado. Lo absorbía todo, y parecía capaz de entenderse con todo lo que le tocara en suerte, por extraño que fuera a su experiencia.

En general, yo no me arrepentía de nada. Había escogido estar allí, y allí quería estar. Sin embargo, de vez en cuando surgían pequeñeces, como nuestra conversación sobre la inmunidad, que me hacían comprender cuánto había perdido de lo que tenía, de lo que era. No podía negar que algunas de mis debilidades habían sido superadas. Y a veces al pensarlo sentía un vacío dentro de mí.

Jamie se agachó para rebuscar en una de las alforjas. Su trasero desnudo, vuelto hacía mí con total inocencia, me ayudó a despejar el momentáneo desasosiego. Realmente tenía formas gráciles, redondeadas por los músculos y gratamente cubiertas por un vello rojo-dorado que captaba la luz del fuego y las velas. Las columnas largas y claras de los muslos enmarcaban la sombra del escroto, oscuro y apenas visible entre ellos.

Por fin había encontrado una taza, que llenó hasta la mitad. Al entregármela apartó los ojos del líquido oscuro, sorprendido al descubrir que lo estaba observando.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Hay algún problema, *Sassenach*?

—No —dije. Pero mi voz debió de sonar dubitativa, pues él contrajo las cejas—. No —repetí con más firmeza. Y acepté la taza con una sonrisa, alzándola apenas en un gesto de agradecimiento—. Sólo estaba pensando.

Una sonrisa de respuesta le asomó los labios.

—¿Sí? Pues no conviene que pienses demasiado a estas horas de la noche, *Sassenach*. Puede provocarte pesadillas.

—Me atrevería a decir que tienes razón. —Bebí un sorbo y me sorprendí al descubrir que era vino; muy bueno, además—. ¿Dónde lo conseguiste?

—Del padre Kenneth. Es vino sacramental, sin consagrar, por supuesto. Me dijo que los hombres del comisario se lo llevarían; y prefirió que yo me lo trajera.

Al mencionar al cura, una leve sombra le cruzó la cara.

—¿Crees que saldrá de ésta? —pregunté.

—Eso espero. —Él se inquietó—. Le advertí al comisario que, si alguien maltrataba al padre, él y sus hombres tendrían que responder por eso.

Asentí en silencio, bebiendo a sorbos. Si Jamie se enteraba de que el padre Donahue había sufrido algún daño, el comisario no dejaría de pagar por ello. La idea me tranquilizó un poco. No era el mejor momento para hacer enemigos. Y el comisario del condado de Orange no era buen enemigo.

Al levantar la vista me encontré con los ojos de Jamie, fijos en mí, aunque ahora con profunda complacencia.

—Últimamente te estás poniendo hermosa, *Sassenach* —observó, inclinando la cabeza a un lado.

—Lo dices por halagarme —reproché con una mirada fría, mientras cogía la esponja.

—Debes de haber aumentado seis o siete kilos desde la primavera —dijo, inspeccionándome con aire de aprobación—. Ha sido un buen verano para el engorde, ¿no?

Me di la vuelta para arrojarle la esponja a la cabeza, y él la atrapó sonriendo.

—En estas últimas semanas has estado tan abrigada que no me había percatado de esas nuevas redondeces. Hace por lo menos un mes que no te veo desnuda.

Seguía evaluándome como si yo fuera un buen candidato para ganar una medalla en la exposición de cerdos.

—Disfrútalas, —dije, enrojeciendo de fastidio—. ¡Tal vez no vuelvas a verlas en algún tiempo!

Y recogí bruscamente la parte superior de la camisa, para cubrir mis pechos, innegablemente engrosados. Él arqueó las cejas, sorprendido por mi tono.

—¿Te has enfadado conmigo, *Sassenach*?

—Claro que no, —repuse—. ¿De dónde has sacado esa idea?

Él sonrió, frotándose el pecho con la esponja, mientras me recorría con los ojos. Sus tetillas, encogidas por el frío, se recortaban tías y oscuras entre el vello rojizo y el brillo húmedo de su piel.

—Me gustas gorda, *Sassenach* —dijo por lo bajo—. Gorda y jugosa

como una gallinita rolliza. Me gustas mucho así.

Podría haber tomado aquello como un simple intento de cubrir una patochada, no ser por el hecho de que los hombres desnudos vienen convenientemente equipados con detectores sexuales de mentiras. Era cierto: le gustaba mucho.

—¡Oh! —exclamé. Y bajé la camisa con bastante lentitud—. Pues...

Él levantó el mentón. Vacilé un momento, pero luego me levanté para dejar que la camisa cayera al suelo, donde se unió a sus pantalones. Después, cogí la esponja que él tenía en la mano.

—Quiero... eh... terminar de lavarme, si me lo permites —murmuré.

Le volví la espalda, apoyando un pie en el taburete para lavarme; detrás de mí se oyó un alentador ronroneo de apreciación. Cuando acabé y me di la vuelta, Jamie seguía observándome, aunque todavía se frotaba la muñeca, levemente ceñudo.

—Y tú, ¿te has lavado? —pregunté—. Aunque ya no te moleste, si todavía te queda en la piel algo de aceite de la hiedra venenosa, puedes dejar restos en lo que toques... y yo no soy inmune a ella.

—Me froté las manos con jabón —me aseguré, apoyándomelas en los hombros a modo ilustrativo. No era de extrañar que se rascara; sus manos estaban ásperas y agrietadas.

Incliné la cabeza para besarle los nudillos. Luego abrí la cajita donde guardaba mis cosas personales, en busca del bálsamo para la piel, hecho de aceite de nuez, cera de abejas y lanolina purificada; era muy suavizante y tenía un verde aroma a esencias de manzanilla, alcanfor, milenrama y flores de saúco.

Cogí un poquito con la uña del pulgar y lo froté entre mis manos; aunque originalmente era casi sólido, se licuaba agradablemente al calentarse.

—Ven —le dije.

Y puse una de sus manos entre las mías, frotando para que el ungüento penetrara en las grietas de sus nudillos, masajeando sus palmas encallecidas.

—El ramillete es encantador, Jamie —le dije, señalando con la cabeza el manojo de plantas puesto en la taza—. Pero ¿cómo se te ocurrió hacerlo?

Se removió un poco, obviamente incómodo.

—Pues... —Apartó la vista—. Es que... quiero decir... Tenía una

tontería para regalarte, pero la perdí. Pero como te pareció muy tierno que Roger cogiera unas cuantas hierbas para Brianna... —Se interrumpió, murmurando por lo bajo algo que sonó a «*iffrrnn!*».

Sentí un fuerte deseo de reír, pero lo que hice fue cogerle la mano para darle un beso leve en sus nudillos. Parecía azorado, pero complacido. Con su dedo pulgar en la palma de mi mano, acarició el borde de una ampolla a medio cicatrizar, dejada por un hervidor caliente.

—Oye, *Sassenach*, tú también necesitas un poco de esto. Permíteme.

Y se inclinó para coger con un dedo un poco del ungüento verde. Luego encerró mi mano en la suya, caliente y todavía resbaladiza por la mezcla de aceite y cera de abejas.

Hizo una pausa para besarme ligeramente. Las llamas siseaban en el hogar y la luz del fuego parpadeaba en las paredes encaladas. Era como estar juntos y solos en el fondo del mar.

—Roger no lo hizo por puro romanticismo, ¿sabes? —comenté—. O tal vez sí. Depende de cómo quieras mirarlo.

Jamie pareció intrigado. Nuestros dedos se entretejieron, moviéndose apenas. Suspiré de placer.

—¿Sí?

—Bree me preguntó sobre el control de embarazo. Le dije qué métodos existen ahora; francamente no son muy buenos, aunque sí mejores que nada. Pero la anciana abuela Bacon me dio algunas semillas; según dice, las indias las usan como anticonceptivos, y supuestamente son muy efectivas.

La cara de Jamie sufrió un cambio de lo más cómico: de soñoliento placer a ojos de estupefacción.

—¿Anti con qué? Ella... ¿quieres decir que... esas vulgares semillas...?

—Pues sí. Al menos creo que pueden ayudar a evitar el embarazo.

—Hummm.

El movimiento de los dedos se detuvo; juntó las cejas en un gesto más preocupado que de desaprobación, o así me pareció. Luego continuó masajeándome las manos, envolviéndolas en su puño, mucho más grande, con un movimiento decidido.

—¿Crees que...? —Pero se interrumpió.

—¿Qué?

—Humm... Es que... ¿No te parece algo extraño, *Sassenach*, que una joven recién casada esté pensando en algo así?

—No, no me lo parece —dije con bastante aspereza—. A mi modo de ver, es muy sensato. Y ellos no son tan recién casados. Han estado... Es decir, ya tienen un hijo.

Él dilató las fosas nasales en mudo desacuerdo.

—Es ella la que tiene un hijo —replicó—. A eso me refería, *Sassenach*. Me parece que, cuando una joven se lleva bien con su marido, lo primero que piensa no es precisamente cómo hacer para no darle un hijo. ¿Estás segura de que todo está bien entre ellos?

Hice una pausa para estudiar la pregunta.

—Creo que sí —dije al fin, lentamente—. No olvides, Jamie, que Bree viene de una época en la que las mujeres pueden decidir cuándo tendrán un hijo y si quieren tenerlo o no, con bastante seguridad. —La boca ancha se frunció en un gesto reflexivo. Noté que luchaba con la idea, totalmente contraria a su propia experiencia.

—¿Conque así son las cosas? —preguntó al fin—. ¿La mujer puede decidir que sí o que no, sin que el hombre tenga arte ni parte?

Su voz reflejaba asombro y desaprobación. Reí un poco.

—Claro, como Mackenzie también es de esa época, no le resultará extraño.

—Él mismo recogió las hierbas —señalé.

—Así que fue él. —La arruga quedó entre sus cejas, pero aflojó un poco el ceño.

—Además, no es tan raro que una joven piense algo así. Marsali, antes de casarse con Fergus, también vino a preguntarme lo mismo.

—¿De veras? —Arqueó una ceja—. ¿Y tú no se lo dijiste?

—¡Por supuesto que sí!

—Pues no le dio buen resultado, ¿no?

Germain había nacido aproximadamente diez meses después de la boda; Marsali volvió a quedarse embarazada a los pocos días de destetarlo. Sentí que el rubor me subía a las mejillas.

—No hay nada infalible, ni siquiera los métodos modernos. Además, nada da resultado si no se usa.

En realidad, Marsali sólo se había interesado por los anticonceptivos, no porque no quisiera tener hijos, sino porque temía que el embarazo perturbara la intimidad de su relación con Fergus. «Cuando lleguemos a la parte de la polla, quiero disfrutarla»: ésas habían sido sus palabras en aquella ocasión. Sonreí al recordarlas.

Una de las manos de Jamie seguía entrelazada con la mía; la otra abandonó mis dedos para buscar otro lugar... muy levemente.

—¡Oh! —dije. Empezaba a perder el hilo de mis ideas.

—Píldoras, dijiste. —Su cara estaba muy cerca; los ojos nublados por los pensamientos—. ¿Es así como se hace?

—¡Hum... oh...!Sí.

—Tú no te trajiste nada de eso —observó—. Al regresar.

Aspiré profundamente y dejé escapar el aire. Sentía que comenzaba a disolverme.

—No —dije, algo desmayada.

Él hizo una pausa, posando la mano ligera.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—Bueno... en realidad... pensé... Es preciso tomarlas siempre. Y no podía traer tantas. Hay algo definitivo, una pequeña operación. Es bastante simple y te deja permanentemente... estéril.

Jamie permanecía muy quieto, la vista gacha.

—Por el amor de Dios, Claire —rogó al fin, en voz queda—, dime que lo hiciste.

Aspiré hondo y le estreché la mano; mis dedos resbalaron un poquito.

—Si lo hubiera hecho, Jamie —dije con suavidad—, te lo habría dicho. —Volví a tragar saliva—. Tú... ¿lo hubieras querido?

Aún me estrechaba una mano. La otra se apartó para tocarme la espalda y me estrechó muy suavemente contra él. Sentí su piel caliente contra la mía.

—Ya tengo suficientes hijos —musitó—. Pero sólo tengo una vida. Y ésa eres tú, *mo chridhe*.

Alcé una mano para tocarle la cara. Estaba surcada de cansancio, áspera de barba crecida.

Yo lo había pensado, sí; estuve muy cerca de pedir a un cirujano amigo que me esterilizara. La sangre fría y la mente clara así lo aconsejaban; no

tenía sentido correr riesgos. Sin embargo... no había seguridad de que yo sobreviviera al viaje, de que pudiera llegar a la época y al lugar correctos, de que volviera a encontrarlo. Menos posible aún era concebir otra vez a mi edad.

Lo toqué apenas; él dejó escapar un sonido grave y apoyó la cara contra mi pelo, estrechándome con fuerza. Nuestros actos de amor eran siempre peligro y promesa: si en esos momentos él tenía mi vida en sus manos, yo tenía su alma y lo sabía.

—Pensé..., pensé que jamás verías a Brianna. Y no sabía lo de Willie. No era justo privarte de la posibilidad de tener otro hijo. Sin decírtelo, no.

«Eres sangre de mi sangre —le había dicho—, hueso de mis huesos». Era cierto. Y siempre sería así, aunque de ello no surgieran hijos.

—No quiero más hijos —susurró—. Te quiero a ti.

Lo envolví con mi mano, resbaladiza y con aroma a verdor, y di un paso atrás para atraerlo conmigo hacia la cama. Apenas tuve conciencia para apagar la vela.

—No te preocupes por Bree —le dije, buscándolo para tocarlo, mientras se alzaba sobre mí, negro contra la luz del fuego—. Roger recogió las hierbas para ella. Sabe lo que ella quiere.

Él soltó un hondo suspiro, un aliento de risa que se atascó en su garganta y acabó en un pequeño gruñido de placer y satisfacción, mientras se deslizaba entre mis piernas, bien lubricada y dispuesta.

—Yo también sé lo que quiero —dijo, sofocando la voz en mi pelo—. Mañana te cortaré otro ramillete.

Drogada por la fatiga, lánguida de amor y adormecida por la comodidad de una cama blanda y limpia, dormí como un tronco.

Hacia el amanecer comencé a soñar; fueron sueños agradables, de contacto y color, sin forma. Unas manos pequeñas me tocaban el pelo, me palpaban la cara. Me giré de costado, semiconsciente, soñando que amamantaba a un niño. Unos dedos suaves, diminutos, me tocaban el pecho. Levanté la mano para abarcar la cabeza del niño. Me mordió.

Inmediatamente me incorporé en la cama con un grito. Una silueta gris cruzó corriendo el edredón y desapareció por los pies de la cama. Chillé otra

vez, más fuerte aún.

Jamie saltó del lecho, rodó por el suelo y acabó de pie, con los puños dispuestos.

—¿Qué? —interpeló, recorriendo el cuarto con una mirada salvaje—. ¿Quién? ¿Qué fue?

—¡Una rata! —dije, señalando con un dedo trémulo el punto donde la silueta gris había desaparecido, en el hueco entre los pies de la cama y la pared.

—¡Ah...! —Relajó los hombros, frotándose la cara y el pelo con la mano, parpadeando—. Una rata.

—Una rata en nuestra cama —precisé, nada dispuesta a considerar el hecho con el menor grado de calma—. ¡Y me mordió! —Inspeccioné con más atención el pecho herido: no había sangre; sólo un par de diminutas perforaciones que escocían un poco. Pero al pensar en la posibilidad de contraer la rabia se me enfrió la sangre.

—No te preocupes, *Sassenach*. Ya me encargaré de ella.

Cogió el atizador del hogar y avanzó decididamente hacia los pies de la cama. Yo me puse de rodillas, lista para saltar en caso necesario. Jamie alzó el atizador y apartó la parte colgante del cubrecama.

Descargó el atizador con gran fuerza... pero lo apartó a un lado, estrellándolo contra la pared.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué? —repitió él, pero en tono de incredulidad. Se agachó un poco más, bizqueando en la penumbra. Luego se echó a reír. Dejando caer el atizador, se puso de cuclillas en el suelo para estirar lentamente el brazo entre los pies de la cama y el muro, emitiendo entre dientes un pequeño gorjeo. Se parecía al de los pájaros cuando comen en algún matorral lejano.

—¿Estás hablándole a la rata? —Empecé a gatear hacia él, pero con un movimiento de cabeza me indicó que regresara, sin dejar de emitir aquel gorjeo.

—Aquí está tu rata, *Sassenach* —dijo, depositando una bola de pelo gris en el cubrecama.

Dos enormes ojos, de color verde claro, se clavaron en mí sin parpadear.

—¡Válgame Dios! —dije—. ¿De dónde has venido?

—Ése es el regalo que pensaba hacerte, *Sassenach* —dijo Jamie, con inmensa satisfacción—. Para que mantenga tu consultorio libre de alimañas.

—Serán de las pequeñas —observé, examinando mi nuevo regalo—. Creo que una cucaracha grande podría llevárselo a su madriguera. Y no quiero ni pensar si se tratara de un ratón. ¿Es macho?

—Crecerá —me aseguró Jamie—. Mírale las patas.

El gato se había puesto boca arriba y estaba imitando a un insecto muerto, con las patas en el aire. Sus zarpas resultaban enormes en contraste con el cuerpo menudo. Toqué las minúsculas almohadillas, de rosa inmaculado en la espesura de suave pelaje gris. El gatito se retorció en éxtasis.

Alguien llamó discretamente a la puerta. Mientras me cubría apresuradamente el pecho con la sábana, la puerta se abrió, y vi asomarse la cabeza del señor Wemyss, con el pelo tieso como paja de trigo.

—Eh... ¿todo en orden, señor? —preguntó, con un párpado miope—. Mi niña me ha despertado, diciendo que creía haber oído un grito. Y luego oímos un golpe, como si...— Sus ojos, apartándose apresuradamente de mí, se fijaron en la marca que el atizador había dejado en el muro encalado.

—Sí, todo está bien, Joseph —le aseguró Jamie—. Era sólo un gatito.

—¿Ah, sí? —El señor Wemyss miró hacia la cama entornando los ojos. Su cara flaca se dividió en una sonrisa al ver el bulto de pelaje gris—. ¿Un minino? Hombre, nos será útil en la cocina, sin duda.

—Sí. Y hablando de cocinas, Joseph, ¿sería posible que tu hija subiera una escudilla de nata para nuestro huésped?

El hombre hizo un gesto afirmativo y desapareció, dedicando al gatito una última sonrisa paternal.

Jamie se despezó con un bostezo y se frotó vigorosamente el pelo, que estaba más revuelto de lo habitual. Lo observé con apreciación puramente estética.

—Pareces un mamut lanudo —dije.

—¿Sí? ¿Y qué es un mamut, aparte de ser algo grande?

—Una especie de elefante prehistórico. Esos animales de trompa larga, ¿sabes?

Él bizqueo para mirarse el cuerpo en toda su longitud; luego me miró con aire intrigado.

—Vaya, gracias por el cumplido, *Sassenach* —dijo—. Conque un mamut...

Proyectó los brazos hacia arriba y volvió a estirarse, arqueando despreocupadamente la espalda; de ese modo realzó cualquier parecido incidental que pudiera existir entre la anatomía matinal masculina y el adorno facial de los paquidermos.

—No me refería precisamente a eso —reí—. Deja de exhibirte. Lizzie entrará en cualquier momento. Ponte la camisa o vuelve a la cama.

Un ruido de pisadas en el descansillo hizo que se zambullera debajo del edredón; el gatito, asustado, correteó por la sábana. Pero quien traía la escudilla de nata resultó ser el señor Wemyss en persona, para evitarle a su hija la posible visión de un hombre en su estado natural.

Desenredé al gatito de mi pelo, que se había refugiado allí, y lo puse en el suelo, junto al cuenco de nata. Probablemente no había visto algo así en su vida, pero bastó con el olor; pocos segundos después tenía el hocico hundido hasta los bigotes y lamía con entusiasmo.

—¡Cómo ronronea! —comentó Jamie, aprobador—. Lo oigo desde aquí.

—Es un encanto. ¿De dónde lo sacaste? —Me acurruqué contra el cuerpo de Jamie, disfrutando de su calor; el fuego casi se había apagado y el ambiente de la habitación era gélido, y acre de cenizas.

—Lo encontré en el bosque. —Después de un gran bostezo, Jamie se relajó, apoyando la cabeza en mi hombro para contemplar al animal, que se había abandonado a un éxtasis de glotonería—. Creía haberlo perdido cuando *Gideon* se desbocó. Supongo que se escondió en una de las alforjas.

Jamie suspiró, calentándome el hombro con su aliento.

—Una semana, creo —dijo por lo bajo.

—¿Para que tengas que partir?

—Sí. Es el tiempo que necesito para dejar aquí ordenadas las cosas y hablar con los hombres del Cerro. Luego, una semana para cruzar el territorio entre la Línea del Tratado y Drunkar's Creek. Llamaré a reclutamiento y los traeré aquí para adiestrarlos. Así, en el caso de que Tryon convoque la milicia...

Me quedé callada un instante, con una mano envolviendo la de Jamie contra mi pecho.

—Si la convoca iré con vosotros.

El me besó la nuca.

—¿Quieres venir? —preguntó—. No creo que sea necesario. Ni tú ni Bree recordáis que haya habido combates aquí por estas fechas.

—Eso significa sólo que, de suceder algo, no será una gran batalla —repliqué—. Estas colonias son grandes, Jamie. Y en doscientos años pasan muchas cosas. Es lógico que no sepamos de los conflictos menores, sobre todo de los que sucedieron en un lugar diferente. En Boston, en cambio...

Le apreté la mano con un suspiro.

—Sí, supongo que es cierto —dijo él—. Aun así no creo que esto llegue a nada. Supongo que Tryon sólo quiere asustar a los reguladores para que se porten bien.

Eso era lo más probable. Aun así yo recordaba bien el viejo dicho: «El hombre propone y Dios dispone». Fuera Dios o William Tryon el que estaba a cargo, sólo el cielo sabía lo que podía suceder.

—¿Es una suposición o una esperanza? —le pregunté.

Él estiró las piernas con un suspiro y me ciñó la cintura.

—Ambas cosas —admitió—. Sobre todo, una esperanza. Rezo porque así sea. Pero también es lo que pienso.

El gatito, tras vaciar la escudilla, se sentó y retiró de sus bigotes los restos de aquella deliciosa cosa blanca; luego caminó hacia la cama, con los laterales visiblemente abultados, y subió de un salto. Después de acurrucarse contra mí, se durmió inmediatamente.

Tal vez no dormía del todo, pues yo percibía la pequeña vibración de su ronroneo a través de la colcha.

—¿Qué nombre podría ponerle? —me pregunté en voz alta, tocando el extremo de la cola suave, erizada—. ¿*Mancha*? ¿*Pompón*? ¿*Nube*?

—Qué nombres tan tontos —musitó Jamie, con perezosa tolerancia—. ¿Así llamáis a los mininos en Boston? ¿O en Inglaterra?

—No. Nunca tuve gatos —admití—. Frank les tenía alergia; lo hacían estornudar. Sugiéreme entonces un buen nombre escocés para gato. ¿*Diarmuid*? ¿*MacGillvray*?

Él resopló de risa.

—*Adso* —dijo. Llámalo *Adso*.

Él apoyó cómodamente el mentón en mi hombro, contemplando al gatito dormido.

—Mi madre tenía un gatito que se llamaba *Adso* —dijo, sin que yo lo esperara—. Un minino gris, muy parecido a éste.

—¿De veras? —Rara vez hablaba de su madre, que había muerto cuando él tenía ocho años.

—Sí, era un buen cazador. Y quería mucho a mi madre; a los niños no nos hacía caso. —El recuerdo lo hizo sonreír—. Posiblemente porque Jenny lo vestía con ropa de bebé y le daba de comer bizcochos. Y yo lo dejé caer en el estanque del molino, para ver si sabía nadar. Sabía, pero no le gustó.

—Yo no se lo reprocharía —comenté, divertida—. Pero ¿por qué se llamaba *Adso*? ¿Es el nombre de algún santo? —Ya estaba habituada a los nombres peculiares de los santos celtas, desde *Aodh* a *Dervorgilla*. Pero nunca había oído hablar de san *Adso*. Probablemente fuera el santo patrono de los ratones.

—No, era un monje —corrigió él—. Mi madre era muy culta. Estudió en Leoch, ¿sabes?, junto con Colum y Dougal; sabía leer griego y latín, un poco de hebreo, francés y alemán. Desde luego, en Lallybroch no tenía muchas oportunidades de leer, pero mi padre, con mucho esfuerzo, hacía traer libros desde Edimburgo y París.

Alargó un brazo por encima de mi cuerpo para tocar una oreja sedosa, translúcida. El gatito retorció los bigotes, frunciendo la cara como si fuera a estornudar, pero no abrió los ojos. El ronroneo continuó sin que hubiera menguado.

—Uno de sus libros preferidos estaba escrito por un austriaco, de la ciudad de Melk, y a ella le gustó para el gatito.

El gato, al entreabrir un párpado, dejó ver una ranura verde, en respuesta al oír el nombre. Luego volvió a cerrarse y el ronroneo se reanudó.

—Bueno, si a él no le molesta, supongo que a mí tampoco —dije, resignada—. Será *Adso*.

Más vale malo conocido

Una semana después, mientras las mujeres nos dedicábamos a la demoledora tarea de lavar la ropa, la mula *Clarence* dejó oír su clarinada, anunciando que se acercaban visitas. Como cabía esperar, una mula baya salía ya de entre los árboles, seguida por una gorda yegua castaña a la que llevaban de las riendas. La mula agitó las orejas, relinchando con entusiasmo en respuesta al saludo de Clarence. Tapándome los oídos con los dedos para bloquear ese alboroto infernal, entorné los ojos contra el fulgor del sol de la tarde, tratando de distinguir al jinete montado en la mula.

—¡Señor Husband! —Corrí a saludarlo.

—¡Tenga usted buenos días, señora Fraser!

Hermon Husband hizo una breve inclinación a modo de saludo. Luego desmontó con un gruñido que reflejaba muchas horas en la silla. Cuando se enderezó, sus labios se movieron sin emitir sonido alguno en el marco de la barba; era cuáquero y no decía palabrotas, al menos en voz alta.

—¿Está su esposo en casa, señora Fraser?

—Acabo de ver que se dirigía al establo. Iré a buscarlo —grité, por encima del relinchar constante de las mulas, y señalé la casa con un gesto—. Yo me ocuparé de sus animales.

Él me lo agradeció con una inclinación de cabeza y rodeó la casa, cojeando lentamente hacia la puerta de la cocina. Noté que se movía con

dolor; apenas podía apoyarse en el pie izquierdo. Llevaría mucho tiempo de viaje, probablemente una semana, casi siempre durmiendo al raso.

Desensillé la mula, retirando en el proceso dos alforjas gastadas, medio llenas de panfletos mal impresos y toscamente ilustrados. Me fijé en la ilustración con interés; era un grabado en madera de unos reguladores indignados, desafiando con expresión justiciera a un grupo de funcionarios, entre los cuales había una figura achaparrada que identifiqué sin dificultad: David Anstruther; aunque no se mencionaba su nombre el artista había captado con notable facilidad el parecido del comisario con un sapo venenoso. ¿Acaso Husband se dedicaba ahora a repartir esa bazofia de puerta en puerta?

Fui hacia el establo, una cueva de poca profundidad que Jamie había cerrado con una gruesa empalizada. Brianna decía que era la sala de maternidad, puesto que sus ocupantes habituales eran yeguas, vacas o cerdas a punto de parir.

Me pregunté que traería a Hermon Husband por aquí... y si lo estarían siguiendo. Era dueño de una granja y un pequeño molino, ambos a dos días de camino del Cerro; cuesta pensar que sólo hubiera hecho el viaje por el placer de nuestra compañía.

Husband era uno de los líderes de la Regulación; más de una vez lo habían encarcelado por los panfletos provocativos que imprimía y distribuía. Según mis noticias más recientes, los cuáqueros de la zona lo habían excluido de sus reuniones, pues veían con malos ojos sus actividades, que les parecían una incitación a la violencia. No les faltaba razón, a juzgar por el material que yo había leído.

La puerta del establo estaba abierta y dejaba escapar un olor agradablemente fecundo a paja, estiércol y calor animal, junto con un torrente de palabras, también fecundas. Jamie, que no era cuáquero, sí creía en palabras malsonantes y las estaba usando profusamente, aunque en gaélico, que tiende más a lo poético que a lo vulgar. Las efusiones de ese momento se podían traducir, a grandes rasgos, como: «¡Ojalá se te retuerzan las entrañas como serpientes y las tripas te estallen a través de las paredes de la panza! ¡Qué la maldición de los cuervos caiga sobre ti, engendro de una estirpe de moscas de estercolero!». O algo por el estilo.

—¿Con quién estás hablando? —le pregunté, asomando la cabeza por la puerta—. ¿Y cuál es la maldición de los cuervos?

Parpadeé en la súbita penumbra; de él sólo vislumbraba una sombra alta recortada contra los montones de heno claro acumulados contra la pared. Él se volvió al oírme y caminó hacia la luz de la puerta. Había estado pasándose los dedos por la cabeza; se le habían soltado varios mechones de pelo y tenía briznas de paja enganchadas en ellos.

—*Tha niegan na galladh torrach* —dijo, con un gesto feroz y un breve ademán hacia atrás.

—¡Blanca hija de p...! ¡Esa condenada cerda ha vuelto a hacerlo!

La gran cerda blanca, aunque dotada de excelente grasa y asombrosa capacidad reproductiva, era también una bestia astuta que no toleraba el cautiverio. Cuando fui a entrar, me derribó al suelo en su fuga hacia los espacios abiertos.

Lecciones de tiro

Brianna echó un vistazo por encima de su hombro, sintiéndose culpable. La casa había desaparecido bajo un manto amarillo de hojas de castaño, pero el llanto de su hijo le resonaba en los oídos.

Al ver que miraba hacia atrás, Roger arrugó el gesto aunque su voz sonó ligera.

—No le pasará nada. Ya sabes que Lizzie y tu madre lo cuidarán bien.

—Lizzie lo mimará hasta malcriarlo —reconoció ella.

No le gustaba abandonarlo. Aún tenía en su cabeza, magnificados por la imaginación, los chillidos de pánico del niño cuando ella intentaba desprender de su camisa los deditos, para entregárselo a su madre; aún veía su carita manchada de lágrimas, con expresión indignada ante la tracción.

Pero al mismo tiempo, experimentaba una urgente necesidad de escapar. No veía el momento de quitarse esas manecitas pegajosas de la piel y huir en la mañana, libre como uno de los gansos que volaban graznando hacia el sur por los pasos de la montaña.

Se dijo, de mala gana, que no se sentiría tan culpable por haberlo dejado si en el fondo no lo hubiera deseado tanto.

—Estoy segura de que estará bien. —Lo decía más para tranquilizarse que para Roger—. Es que... hasta ahora nunca lo había dejado durante tanto tiempo.

—Hace un día precioso, ¿no crees?

La cara de Roger había perdido la expresión cautelosa. Él también sonrió; sus ojos se suavizaron hasta un verde tan intenso y fresco como el musgo que formaba densos lechos al pie sombreado de los árboles bajo los cuales pasaban.

—Estupendo —dijo él—. ¡Qué bien sienta salir de casa! ¿Verdad?

Ella miró, pero aquello parecía ser una simple aseveración, sin motivos ulteriores. En vez de contestar, hizo un gesto afirmativo, alzando la cara hacia la brisa que vagaba entre las píceas y los abetos. Un remolino de herrumbrosas hojas de álamo cayó sobre ellos, adhiriéndose pasajeraamente a la tela de los pantalones y a las medias de lana fina.

—Espera un momento.

Movida por un impulso, Bree se detuvo para quitarse el calzado de cuero y las medias, y los metió sin miramientos en la mochila que llevaba la hombro. Luego permaneció inmóvil, con los ojos cerrados en éxtasis, moviendo los largos dedos descalzos sobre un parche de musgo húmedo.

—Roger, ¡deberías probar esto! ¡Es maravilloso!

Él arqueó una ceja, pero la obedeció: dejó el arma (la había cogido al salir y Bree se lo permitió) y, descalzándose y colocándose detrás de ella, deslizó cautelosamente por el musgo un pie de largos huesos. Involuntariamente cerró los ojos, abriendo la boca en un «¡Ah!» sin sonido.

Súbitamente, ella se giró para besarlo. Roger abrió los ojos por la sorpresa, pero era rápido de reflejos: rodeándole la cintura con el brazo, la besó. En la lejanía se oyó un débil grito. Tal vez era el llanto de un bebé, tal vez sólo un cuervo lejano, pero la cabeza de Bree giró hacia el sonido, como la aguja de una brújula que apuntara fielmente hacia el norte.

El momento se rompió. Roger dio un paso atrás, soltándola.

—¿Quieres que regresemos? —preguntó, resignado.

Ella negó con la cabeza, con los dientes apretados.

—No. Pero alejémonos un poco más de la casa, ¿quieres? No conviene molestarlos con el ruido. De los disparos, quiero decir.

Él sonrió, mientras Bree sentía que la sangre le ardía en la cara. No, no podía fingir que no se había dado cuenta de que existía más de un motivo para esa expedición privada.

—Claro, el de los disparos... —dijo él, agachándose para recoger los calcetines y los zapatos—. Vámonos.

Ella no quiso calzarse, pero aprovechó la oportunidad para coger el arma. No es que no confiara en él, aunque Roger admitía no haber disparado nunca un arma como aquella, sino que le gustaba la sensación de llevarla.

—¿Vas a caminar descalza? —Roger echó una mirada inquisitiva a sus pies; luego, a la montaña, donde un borroso camino serpenteaba entre zarzas y ramas caídas.

—Sólo durante un rato —le aseguró ella—. Cuando era pequeña iba siempre descalza. Papá... Frank... nos llevaba todos los veranos a la montaña: a las Blancas o a los Adirondacks. Pasada una semana, la planta de mis pies parecía de cuero. Habría podido caminar sobre brasas sin sentir nada.

—Sí, también yo —dijo él, sonriente. Y guardó sus zapatos. Luego señaló con un gesto el vago sendero que se abría paso entre la maleza y las salientes graníticas medio enterradas—. Claro que caminar a la orilla del Ness o por el guijarral del Firth era un poco más fácil que andar por aquí, a pesar de las piedras.

—Es cierto —reconoció ella, mirándose ceñudamente sus pies—. ¿Te has puesto la vacuna antitetánica recientemente? ¿Por si pisas algo afilado y te cortas?

Él ya iba escalando delante, apoyando el pie con cautela.

—Antes de pasar a través de las piedras me puse todas las vacunas existentes —aseguró—. Tifus, cólera, dengue, de todo. Seguro que el tétanos estaba incluido.

—¿Dengue? Yo creía que me había vacunado de todo, pero contra eso no. —Hundiendo los pies en la fresca esterilla del pasto seco, dio varios pasos para alcanzarlo—. No creo que aquí sea necesario.

El sendero rodeaba la curva empinada de un ribazo cubierto de hierba amarillenta, y desaparecía bajo un macizo de tejos oscuros. Él apartó las pesadas ramas para dejarla pasar. Bree se agachó hacia la perfumada penumbra, sosteniendo el mosquete con cuidado en ambas manos.

—Es que no sabía con certeza adónde tendría que ir, ¿comprendes? —La voz de Roger llegó desde detrás de ella, despreocupada, apagada por el aire

sombreado bajo los árboles—. Si se tratara de las ciudades costeras o las Indias Occidentales, allí había... hay —se corrigió automáticamente— muchas enfermedades africanas traídas por los buques negreros. Me pareció mejor estar preparado.

Ella aprovechó lo escarpado del terreno para no responder, pero la horrorizaba (y al mismo tiempo le provocaba un placer vergonzoso) descubrir hasta dónde estaba dispuesto a llegar con tal de ir tras ella.

El suelo estaba cubierto por el pardo abigarrado de la pinaza; pero estaba tan mojada que no crujía ni pinchaba los pies. La sintió esponjosa, fresca y agradable bajo ella; por su elasticidad, era como si la masa de agujas marchitas midiera al menos treinta centímetros de profundidad.

—¡Ay! —Roger, menos afortunado, había resbalado al pisar un caqui podrido; apenas logró sujetarse a una mata de acebo, que lo pinchó con sus hojas espinosas—. ¡Mierda! —exclamó, chupándose el pulgar herido—. ¡Menos mal que estoy vacunado contra el tétanos!

Ella asintió, riendo, pero de repente algo la preocupó: ella y Roger estaban protegidos contra enfermedades como la difteria y el tifus, pero Jemmy no.

Tragó saliva al recordar lo sucedido la noche anterior. Ese caballo había mordido a su padre en el brazo. Claire hizo que se sentara ante el fuego, sin camisa, para limpiarle y vendarle la herida. Como Jemmy asomaba la cabeza desde la cuna, lleno de curiosidad, su abuelo sonriendo lo puso en sus rodillas.

—¡Arre, arre, caballito! —canturreó, haciendo saltar al pequeño—. ¡Al paso! ¡Al trote! ¡Al galope!

Pero lo que se grabó en la mente de Bree no fue la encantadora escena de los dos pelirrojos festejándose con risas; fue la luz del fuego refulgiendo en la piel de su hijo, translúcida, perfecta, intacta... y con un brillo plateado en las cicatrices que cruzaban la espalda de su padre, rojo oscuro en el corte sanguinolento del brazo. Para los hombres era una época peligrosa.

No podría proteger a Jem de hacerse daño: lo sabía. Pero al pensar que él o Roger podían ponerse enfermos o lesionarse, se le hacía un nudo en el estómago y un sudor frío le recorría la cara.

—¿Es éste un buen sitio para practicar? —preguntó Roger.

Habían llegado a un brezal, una pradera elevada, densa de hierbas y rododendros. En el lado opuesto había un grupo de álamos, cuyas ramas pálidas tremolaban con unos cuantos harapos de hojas doradas y carmesíes, vívidas contra el profundo azul del cielo. Un arroyo un poco escondido gorgoteaba colina abajo; un halcón de cola roja volaba en círculos. El sol estaba bien alto, cálido sobre sus hombros. Y a poca distancia había un agradable ribazo cubierto de hierba.

—Perfecto —dijo Bree.

Y bajó el mosquete que llevaba el hombro.

Era un arma magnífica, que superaba el metro y medio de longitud, pero tan bien equilibrada que podía sostenerse descansando con el brazo extendido sin que se moviera. Eso estaba haciendo Brianna, a manera de demostración.

—¿Ves? —dijo, recogiendo el brazo y apoyando la culata contra su hombro, en un movimiento fluido—. Ése es el punto de equilibrio; tienes que poner la mano izquierda aquí; con la derecha, agarras la culata y la aprietas contra tu hombro. Colócala bien, que no se mueva. El retroceso es muy fuerte.

Golpeó levemente la culata de nogal contra el hombro cubierto de piel de venado; luego bajó el arma para dársela a Roger. Él observó, irónico, que ponía menos ternura y cautela cuanto le entregaba al bebé. Por otra parte, hasta lo que había podido ver, Jemmy era mucho más indestructible que el mosquete.

Bree le enseñaba, al principio vacilante y renuente a corregirlo. Pero él se mordía la lengua y la imitaba con esmero, siguiendo la fácil sucesión de pasos: abrir el cartucho con los dientes, cebar, cargar, amartillar y verificar. Aunque fastidiado por su propia torpeza de novato, secretamente estaba fascinado (y no poco excitado) por la ferocidad que adquirirían los movimientos de su esposa.

—¿Has traído la merienda? —bromeó él—. Yo esperaba que matáramos algo y nos lo comiéramos.

Sin prestarle atención, ella extrajo un raído pañuelo de color claro para utilizar como blanco. Lo sacudió con aire crítico. En otros tiempos olía a jazmines y a hierba; ahora, a pólvora, cuero y sudor. Roger aspiró ese olor,

acariciando disimuladamente la madera de la culata.

—¿Listo? —preguntó ella, dirigiéndole una sonrisa.

—Sí, claro.

—Revisa tu pedernal y tu carga. Yo iré a colocar el blanco.

Vista desde atrás, con el pelo rojizo atado con fuerza, vestida con esa holgada camisa de cazador que la cubría desde los hombros hasta los muslos, el parecido con su padre se intensificaba de un modo sorprendente. Pero era imposible confundirlos: con pantalones o sin ellos, Jamie Fraser nunca había tenido ese trasero.

Había otro motivo para pedirle a Brianna que saliera a disparar con él. No había pensado que ese motivo permaneciera oculto: cuando él lo sugirió, Claire los había mirado a ambos con un aire divertido y sapiente, que hizo exclamar a Brianna, en tono de acusación: «¡Mamá!».

Después de esa brevísima noche de bodas, en la congregación, ésta era la primera y única vez que estaba a solas con Brianna, libre de las insaciables exigencias de su vástago.

Cuando ella bajó el brazo, vio un destello del sol reflejado en su muñeca: llevaba puesto su brazalete, y él lo comprobó con un intenso placer. Se lo había regalado al pedirle que se casara con él, hacía toda una vida, en las glaciales brumas de una noche, en Inverness. Era un simple aro de plata que tenía grabada unas frases en francés: *Je t'aime*, decía; «te amo». *Un peu, beaucoup, passionnement, pas du tout*: «Un poco, mucho, apasionadamente, nada en absoluto».

—*Passionnement* —murmuró, mientras se la imaginaba sin nada encima, salvo ese brazalete y su anillo de bodas.

Pero había que comenzar con lo primero. Y cogió un nuevo cartucho. Al fin y al cabo tenían tiempo.

Una vez segura de que Roger iba adquiriendo buenos hábitos para cargar el arma, aunque todavía no tuviera velocidad, Brianna le permitió apuntar y, por fin, disparar. A continuación, bajó el mosquete y miró a Brianna con una gran sonrisa. Ella explotó en una carcajada.

—Pareces uno de esos cómicos que se disfrazan de negros —dijo, con la punta de la nariz enrojecida por la diversión—. Toma, límpiate un poco, que

ahora vamos a disparar desde más lejos.

A cambio del arma le dio un pañuelo limpio. Él se limpió el hollín de la cara, mientras Bree limpiaba el cañón y recargaba sin esfuerzo. De pronto ella levantó bruscamente la cabeza, clavando los ojos en un roble, al otro lado de la pradera.

Roger no había oído nada, pues aún estaba ensordecido por el rugir del mosquete, pero al volverse divisó un pequeño movimiento: era una ardilla gris, en equilibrio sobre la rama de un pino, a nueve o diez metros del suelo.

Sin la menor vacilación, Brianna apoyó el arma contra su hombro y pareció disparar, todo a un tiempo. La rama que sostenía a la ardilla voló en una lluvia de astilla; el animal cayó a tierra, rebotando en el trayecto contra las elásticas ramas de la conífera.

Roger corrió hasta el árbol, pero no necesitaba darse prisa: la ardilla yacía muerta, flácida como un trapo.

—Buen disparo —la felicitó, mostrándole la pieza a Brianna, que se acercaba a verla—. Pero no tiene una sola marca. Debes de haberla matado del susto.

Ella sostuvo su mirada.

—Si hubiera querido darle, Roger, lo habría hecho —aseguró, con un deje de reproche—. Y si lo hubiera hecho, ahora tendrías en la mano un puñado de puré de ardilla. A las piezas de ese tamaño no les apuntas directamente: apuntas a las patas y las derribas. —Parecía una bondadosa maestra de parvulario corrigiendo a un alumno lento.

—¿Ah, sí? —Él reprimió una leve irritación—. ¿Eso te lo enseñó tu padre?

Ella lo miró con aire extraño.

—No. Me lo enseñó Ian.

La respuesta fue un murmullo que no decía nada. Ian era un tema incómodo para la familia. Todos amaban a ese primo de Brianna y lo echaban de menos. Aun así, por delicadeza se abstenían de mencionarlo ante Roger.

No había sido exactamente culpa suya que Ian Murray se quedara con los mohawk, pero tampoco se podía negar que él había tenido algo que ver con el asunto. Si no hubiera matado a ese indio...

No era la primera vez que Roger apartaba los recuerdos confusos de

aquella noche en Snaketown. Aun así podía sentir los recuerdos físicos: la oleada de terror en el vientre: el estremecimiento del impacto en los músculos de sus brazos al clavar con toda su fuerza el extremo roto de una vara en la sombra que había aparecido ante él, saliendo de la aullante oscuridad. Una sombra muy sólida.

Recodó a Murray con claridad, aunque apenas lo había visto; no era más que un muchacho, desgarbado y alto, de cara fea, pero simpática.

Al pensar en su cara, la vio como la última vez: recién marcada con un tatuaje en forma de punto, que cruzaba las mejillas y el puente de la nariz. Estaba bronceado, pero la piel del cuero cabelludo, recién afeitado, era de un tono claro y rosado, como el trasero de un bebé.

—¿Qué sucede?

La voz de Brianna lo sobresaltó, haciendo que al disparar el cañón saltara hacia arriba. El proyectil se desvió aún más que los anteriores. En doce disparos no pudo hacer un solo blanco.

—¿Qué sucede? —repitió ella.

Roger aspiró hondo y se frotó la cara con la manga, sin que le importara mancharla de hollín.

—Tu primo —dijo abruptamente—. Lamento lo que le pasó, Bree.

La cara de la muchacha se ablandó al suavizarse el ceño preocupado.

—¡Oh! —dijo. Y se acercó, apoyándole una mano en el brazo, de modo que él sintió el calor de su proximidad. Luego, con un profundo suspiro, apoyó la frente en su hombro—. Bueno —dijo al fin—, yo también lo lamento, pero no tienes más culpa que yo o papá... o el mismo Ian. —Emitió un pequeño resoplido que tal vez quiso ser risa—. Si alguien tiene la culpa, ésa es Lizzie... y a ella nadie se lo reprocha.

Él sonrió con cierta ironía.

—Sí, comprendo —dijo, cubriendo con una mano la suavidad de su trenza. Tienes razón. Sin embargo... maté a un hombre, Bree.

Ella no se apartó ni hizo gestos de sorpresa; por el contrario, se quedó completamente inmóvil. Él también; era lo último que pensaba decir.

—No me lo habías dicho —manifestó ella, por fin, levantando la cabeza para mirarlo. Parecía indecisa, como si vacilara continuar hablando del tema. La brisa le cruzó la cara con un mechón de cabellos, sin que ella hiciera nada

por apartarlos.

—Yo... bueno, a decir verdad, apenas he pensado en eso.

Roger dejó caer la mano, y la inmovilidad se quebró. Bree dio un paso atrás.

—Suena terrible, ¿verdad? Pero... —Buscó trabajosamente las palabras adecuadas. Aunque no había sido su intención, ahora que había comenzado a hablar, sentía la urgente necesidad de explicarse.

—Fue por la noche, durante un combate en la aldea. Escapé. Tenía un trozo de vara rota en la mano. Cuando alguien salió de la oscuridad...

De pronto encorvó los hombros, comprendiendo que no había manera posible de explicarlo. Bajó la vista al mosquete que aún tenía en la mano.

—Ignoraba que lo hubiera matado —dijo muy quedo, la vista en el pedernal—. Ni siquiera le vi la cara. Aún no sé quién era... aunque sin duda lo conocía; Snaketown era una aldea pequeña y yo conocía a todos los *ne rononkwe*.

De súbito se preguntó por qué no se le había ocurrido pensar quién era el muerto. Obviamente, no lo había hecho porque prefería no haberlo hecho.

—*Ne rononkwe*? —Ella repitió las palabras con aire incierto.

—Los hombres... los guerreros... los valientes. Así es como se llaman, *Kahnnyen'kehaka*.

Sintió que Bree volvía a acercarse, pero sin sentir repulsa.

—¿Te... arrepientes de haberlo hecho?

—No —respondió él de inmediato. Levantó la vista—. Es decir... sí, lamento que haya sucedido. Pero no me arrepiento de haberlo hecho.

Él estaba en Snaketown como esclavo y no sentía ningún afecto por los mohawk, aunque los había bastante decentes. Nunca tuvo intención de matar: sólo se defendió. Y en las mismas circunstancias volvería hacerlo.

No obstante había una pequeña llaga de culpa, por la facilidad con que había desechado esa muerte. Los *kahnnyen'kehaka* cantaban y narraban historias de sus muertos, manteniendo la memoria viva en torno de las fogatas, nombrándolos y relatando sus hazañas por muchas generaciones. Lo mismo hacían los escoceses de Tierras Altas.

Aun así, tenía la oscura sensación de haber privado al muerto desconocido, no sólo de su vida, sino de su nombre, al tratar de borrarlo con

el olvido, de comportarse como si esa muerte no hubiera sucedido, sólo para librarse de tomar conciencia de ella. Y eso estaba mal, se dijo.

Bree permanecía quieta, pero no inmóvil; sus ojos descansaban en él con algo parecido a la compasión. Aun así, Roger desvió la vista hacia el mosquete cuyo cañón aferraba. Sus dedos manchados de hollín habían dejado en el metal negros óvalos grasientos. Ella alargó la mano para coger el arma y borró las marcas con el faldón de su camisa.

Roger dejó que se la quedara. Mientras la observaba, se frotó los dedos sucios en los pantalones.

—Es que... ¿no te parece que, si has de matar a alguien, debería ser con un propósito?

Ella no respondió, pero sus labios se fruncieron un poco. Luego volvieron a relajarse.

—Si disparas esto contra alguien, Roger, será con un propósito —dijo en voz baja.

Le clavó los ojos azules, apasionados. Lo que él había tomado por compasión era, en realidad, una fiera quietud, como pequeñas llamas azules en un leño ya consumido.

—Y si tienes que matar a alguien, Roger, quiero que lo hagas con intención.

Unos veinticinco disparos después, él podía hacer blanco en los tacos de madera al menos en uno de cada seis intentos. Ella notó que empezaban a temblarle los músculos del antebrazo, cansados por el esfuerzo. En adelante, fallaría cada vez más por pura fatiga. Y no sería bueno para él.

Tampoco para ella. Comenzaban a dolerle los pechos, colmados de leche. Pronto habría que hacer algo con ello. Después del último disparo se hizo cargo del mosquete.

—Vamos a comer —dijo, sonriente—. Estoy famélica.

El esfuerzo de disparar, recargar y poner los blancos los había mantenido en calor, pero se acercaba el invierno y el aire estaba frío. Demasiado frío, se lamentó ella, como para tenderse desnudos entre los helechos secos. Pero el sol calentaba y ella había tomando la previsión de poner dos edredones viejos en su mochila, junto con el almuerzo.

Roger guardaba silencio, pero era un silencio cómodo. Mientras él cortaba lonchas de queso duro, bajas las pestañas, ella admiró sus miembros largos; los dedos, pulcros y rápidos; la boca suave, y una gota de sudor que rodaba por la curva bronceada de su pómulo, delante de la oreja.

No sabía con certeza cómo interpretar lo que él le había contando. De cualquier modo era bueno que se lo hubiera dicho, aunque a ella no le gustaba pensar en su estancia con los mohawk. Para ella habían sido tiempos tan malos como par Roger: sola, embarazada, sin saber si él o sus padres volverían jamás. Al alargar la mano para aceptar un trozo de queso, le rozó los dedos y se inclinó hacia delante, para incitarlo a besarla.

Él lo hizo; luego se apartó. Sus ojos, libres de la sombra que los acosaba antes, eran de un verde suave y claro.

—*Pizza* —dijo Roger.

Ella parpadeó, pero de inmediato se echó a reír. Era uno de sus juegos: turnarse para mencionar las cosas que extrañaban de aquel otro tiempo, el de antes... o el de después, según como se mirará.

—La Coca-Cola —replicó al instante—. Creo que podría hacer *pizza*, pero ¿de qué sirve la *pizza* sin la Coca-cola?

—La cerveza es perfecta para acompañarla —le aseguró él—. Pero ¿de verdad crees que podrías hacer *pizza*?

—No veo por qué no. —Ella mordisqueó el queso, pensativa—. Éste no serviría —decidió; a continuación, hizo una pausa para masticar y tragar, y luego bebió un largo trago de sidra—. Ahora que lo pienso, esto iría muy bien con *pizza*. —Bajando la bota, lamió de sus labios el resto dulce, levemente alcohólico—. Pero el queso... quizá se pudiera tusar el de oveja. Papá trajo un poco de Salem, la última vez que estuvo allí. Le pediré que consiga un poco más para ver cómo se funde.

Luego entornó los ojos hacia el sol brillante y pálido, haciendo sus cálculos.

—Mamá tiene tomate seco en abundancia. Y toneladas de ajo. Sé que también hay albahaca. En cuanto al orégano, tengo mis dudas, pero podría prescindir de él. Y acerca de la masa... —Desechó el detalle con un gesto de la mano—. Harina, agua y grasa. Ningún problema.

Roger, riendo, le dio una galleta rellena de jamón y del picadillo de la

señora Bug.

—«De cómo llegó la *pizza* a las colonias» —dijo, alzando la bota de sidra en un breve brindis—. La gente siempre se pregunta de dónde salieron los grandes inventos de la humanidad. ¡Ahora lo sabemos!

—Tal vez lo sabemos, sí —dijo ella suavemente, al cabo de un instante—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué estamos aquí?

—Por supuesto. —El verde de sus ojos era ahora más oscuro—. Tú también, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y dio un mordisco a la galleta; el picadillo estaba dulce por la cebolla y también picante. Los tres habían pensado en eso, desde luego. Ella, Roger y su madre. Sin duda alguna, ese paso a través de las piedras debía tener algún sentido. Sin embargo... sus padres rara vez hablaban de la guerra y las batallas, pero por lo poco que decían (y por lo mucho que había leído) sabía lo casuales y sin sentido que suelen ser estas cosas.

Roger desmenuzó un resto de pan entre los dedos y arrojó las migajas a un par de metros.

—Bueno —dijo—, si alguna vez lo descubres, no dejes de decírmelo, ¿quieres?

Bree sentía el latir del corazón cosquilleándole en los pechos; pequeñas descargas eléctricas, que el baluarte del esternón ya no podía contener, le pellizcaban los pezones. No se atrevió a pensar en Jem; bastaría una insinuación para que su leche manara a torrentes.

Sin darse tiempo a pensarlo mucho, se quitó la camisa por la cabeza.

Roger tenía los ojos abiertos, fijos en ella, suaves y brillantes como el musgo bajo los árboles. Ella deshizo el nudo de la banda de lino y sintió el toque frío del viento en los pechos desnudos. Los sostuvo con las manos; la pesadez se iniciaba, cosquilleante.

—Ven —dijo en voz queda, los ojos fijos en él—. Date prisa. Te necesito.

Estaban medios vestidos, cómodamente enredados bajo el edredón harapiento, adormilados y pegajosos por la leche seca. Aún los rodeaba el calor de la pasión.

¿Estaría despierto Roger? En vez de girar la cabeza o abrir los ojos, para

comprobarlo, ella trató de enviarle un mensaje: una lenta y personal palpitación del corazón, una pregunta que navegara de sangre a sangre. «¿Estás ahí?», dijo, sin voz. Durante un momento no sucedió nada. Su respiración lenta y regular era un contrapunto al suspiro de la brisa entre los árboles y la hierba, como el oleaje que llega a una costa arenosa. Luego, el dedo de Roger le rozó la palma, tan leve que podría haber sido el contacto de una aleta o una pluma.

«Estoy aquí —decía—. ¿Y tú?».

La mano de Bree se cerró sobre la de él. Y Roger se volvió hacia ella.

En esa época del año, la luz moría temprano. Si bien aún faltaba un mes para el solsticio de invierno, a media tarde el sol ya rozaba la pendiente de Black Mountain. Cuando giraron hacia el este, rumbo al hogar, sus sombras se estiraron hacia adelante hasta alcanzar una longitud imposible.

Bree llevaba el mosquete. Aunque no habían salido a cazar, si se presentaba la oportunidad no la desperdiciaría. La ardilla que había matado antes ya estaba limpia y guardada en su mochila, pero apenas alcanzaba para dar un poco de sabor al guiso de verduras. No vendría mal cazar unas cuantas más. O una zarigüeya, pensó, soñadora.

Una bandada de codornices salió de un arbusto cercano como un estallido de metralla. Ella dio un respingo, con el corazón en la boca.

—Ésos se comen, ¿no? —Roger señalaba con la vista la última de aquellas motas grises y blancas. Él también se había sobresaltado, pero no tanto como ella; Bree lo notó con fastidio.

—Sí —dijo, malhumorada por haberse dejado pillar desprevenida—. Pero no les disparas con el mosquete, usa un arma para aves, con perdigones. Es como una escopeta.

—Ya lo sé —replicó él, seco.

Bree no tenía deseos de conversar; aquello la había arrancado de su humor apacible. Los pechos comenzaban a pesarle otra vez; era hora de ir a casa, a por Jemmy.

Suspiró profundamente. Roger rió por lo bajo.

—¿Hum? —preguntó ella, girando la cabeza.

Roger le rodeó la cintura con un brazo.

—Ha sido un día precioso, ¿verdad? —comentó él, suavemente.

—Sí —confirmó ella sonriendo.

Iba a decir algo más, pero por encima del susurro de las ramas le llegó otro ruido. Se apartó súbitamente.

—¿Qué...?

Pero ella se llevó un dedo a los labios para acallararlo. Luego se escurrió hacia un grupo de robles, llamándolo por señas.

Era una bandada de pavos que escarbaban tranquilamente bajo un roble grande, desenterrando gusanos. El sol, ya bajo, iluminaba la iridiscencia de sus pechugas, haciendo que el negro desteñido de las aves refulgiera en pequeños arco iris a cada movimiento.

Bree ya tenía el arma cargada, pero no lo había cebado. Buscó a tientas el bote de pólvora que llevaba en el cinturón y llenó la cazoleta, casi sin apartar la vista de los pavos. Roger se agazapó a su lado. Ella le dio un codazo, ofreciéndole el arma con una ceja arqueada. Las aves estaban apenas a veinte metros y hasta las más pequeñas tenían el tamaño de una pelota de fútbol.

Él vaciló, pero el deseo de intentarlo era visible en sus ojos. Bree le puso firmemente el arma en las manos y señaló un hueco en el matorral. Roger cambió cautelosamente de posición, buscando una línea visual despejada. Bree abría y cerraba las manos; se moría por corregirlo, por apretar el gatillo.

Vio que aspiraba hondo y contenía el aliento. Luego ocurrieron tres cosas, en tan rápida sucesión que parecieron simultáneas. El mosquete se disparó con un enorme *¡fum!*, una lluvia de hojas secas brotó de la tierra, bajo el árbol, y quince pavos enloquecidos corrieron directamente hacia ellos, como un equipo de fútbol demente, entre histéricos *gluglús*.

El mosquete voló por el aire. Brianna lo atrapó y extrajo un cartucho de la caja que llevaba en el cinturón. Mientras, el último pavo corrió hacia Roger, serpenteó para esquivarlo y, al verla, se lanzó en dirección opuesta. Por fin pasó como rayo entre los dos, *glugluteando* alarmas e imprecaciones.

Bree se dio la vuelta y apuntó en el momento en que el ave abandonaba el suelo. Por una fracción de segundo vio el bulto negro recortado contra el cielo diáfano y disparó contra las plumas de su cola. El pavo cayó a cuarenta metros de distancia y tocó tierra con un golpe seco, audible.

Ella se estuvo quieta un momento. Luego bajó lentamente el mosquete.

Roger la miraba, boquiabierto, apartándose los arañazos sanguinolentos con la tela de la camisa. Bree le sonrió levemente; tenía las manos sudorosas contra la culata de madera y el corazón le palpitaba con fuerza, en una reacción tardía.

—¡Dios bendito! —exclamó él, impresionado—. Eso no ha sido sólo cuestión de suerte ¿verdad?

—Pues... en parte —dijo ella, tratando de ser modesta. Pero fracasó. Una enorme sonrisa le floreció en la cara—. Quizá la mitad.

Él fue a cobrar la presa, mientras Bree volvía a limpiar el arma. Regresó con un ave de cinco kilos, que goteaba sangre como si fuera una cantimplora agujerada.

—¡Qué bicho! —Roger estiró el brazo para que escurriera—. No creo haber visto ninguno antes, como no fuera asado en una bandeja, con aderezo de castañas y patatas asadas. —La miró con gran respeto—. Fue un disparo estupendo, Bree.

Ella enrojeció de placer, conteniéndose para no decir: «Pero si no ha sido nada». Se conformó con darle las gracias.

Continuaron la marcha hacia su casa. Roger llevaba el ave goteante, algo apartada del cuerpo.

—Tú tampoco hace mucho tiempo que practicas el tiro —comentó, aún impresionado—. ¿Seis meses, tal vez?

Ella no quería descender en la evaluación de la hazaña; aun así se echó a reír y le dijo la verdad, encogiéndose de hombros.

—Más bien seis años. Probablemente diez.

—¿Cómo?

—Papá... Frank... me enseñó a disparar cuando tenía once o doce años. A los trece me regaló un calibre veintidós. A los quince ya me llevaba a disparar contra dianas de la terracota. Durante los fines de semana de otoño íbamos a cazar palomas y perdices.

Roger la miró con interés.

—Supuse que te habría enseñado Jamie. No tenía ni idea de que Frank Randall fuera tan deportista.

—Es que no lo era —replicó ella, pausada—. ¡Oh!, sabía disparar, porque durante la Segunda Guerra Mundial estuvo en el ejército. Pero no practicaba

mucho. Se limitaba a enseñarme y a mirar. En realidad, ni siquiera tenía armas.

—¡Qué extraño!

—A mí también me extrañó —continuó, intentando mostrarse indiferente—, después de que me contaste lo de su carta y todo eso, en la congregación.

Él le clavó una mirada aguda.

—¿Qué es lo extraño?

Bree aspiró hondo, sintiendo que las bandas de lino se le hundían en los pechos.

—Que un hombre que no sabía montar ni disparar se tomara tantas molestias para que su hija supiera hacer las dos cosas. Y no porque estuviera de moda entre las niñas. —Trató de reír—. En Boston, al menos.

Por un momento no se oyó otra cosa que el susurro de los pies entre las hojas secas.

—¡Jesús! —musitó Roger, al fin—. Buscó a Jamie Fraser. Lo decía en su carta.

—Y halló a un Jamie Fraser. Eso también lo decía. Lo que no sabemos es si era el que correspondía. —Bree mantenía la vista fija en sus botas, atenta a las serpientes. En el bosque había serpientes cascabel y cabeza de cobre. De vez en cuando se las veía tomando el sol en las piedras o encima de troncos soleados.

Roger aspiró hondo, levantando la cabeza.

—Sí. Y ahora te estás preguntando qué más pudo haber descubierto.

Ella asintió sin mirarlo.

—Tal vez me descubrió a mí —dijo por lo bajo, con un nudo en la garganta—. Tal vez sabía que yo cruzaría a través de las piedras. En todo caso no me lo dijo.

Él se detuvo y la cogió de un brazo para girarla sobre él.

—Y tal vez no lo sabía —dijo con firmeza—. Quizá sólo pensó que lo intentarías, si alguna vez averiguabas lo de Fraser. Y por si lo hacías... quiso que estuvieras a salvo. Yo creo que eso es lo que deseaba, supiera lo que supiese: que estuvieras a salvo. —Esbozó una sonrisa algo torcida—. Lo mismo que tú quieres para mí, ¿verdad?

Ella soltó un hondo suspiro. Esas palabras la consolaban. Nunca había

puesto en duda que Frank Randall la había querido durante toda su infancia y su adolescencia. Y no quería dudar tampoco ahora.

—Sí —dijo, poniéndose de puntillas para darle un beso.

—Pues bien. —Él le tocó suavemente el pecho, allí donde la piel de venado mostraba ya un pequeño parche mojado—. Jem ha de tener hambre. Vamos. Ya deberíamos estar en casa.

Y continuaron bajando la montaña, hacia el dorado mar de hojas de castaño, contemplando las sombras abrazadas que los predecían.

—¿Crees que...? —empezó ella. Pero vaciló.

La cabeza de una sombra se inclinó hacia la otra, atenta.

—¿Crees que Ian será feliz?

—Eso espero —respondió Roger, ciñendo el brazo que la rodeaba—. Si tiene una esposa como la mía... estoy seguro de que sí.

21

Veinte sobre veinte

—Ahora sujeta esto sobre el ojo izquierdo y lee la línea más pequeña que puedas ver con claridad.

Con aire de gran paciencia, Roger acercó la cuchara de madera a su ojo derecho y entornó el izquierdo, concentrándose en la hoja de papel que yo había clavado en la puerta de la cocina. Él estaba de pie en el vestíbulo de la entrada, pues el pasillo era el único lugar del interior de la casa que medía unos seis metros.

—*Et tu Brute?* —leyó. Luego bajó la cuchara para mirarme, con una ceja levantada—. Nunca había visto ninguna tabla tan culta.

—Es que siempre he pensado que las normales son bastante aburridas —le expliqué—. Ahora el otro ojo, por favor. ¿Cuál es la línea más pequeña que puedes leer con facilidad?

Él invirtió la cuchara, bizqueando ante las cinco líneas escritas a mano, cuyos tamaños decrecían tan uniformemente como yo había sido capaz de hacerlo. Luego leyó lentamente la tercera.

—«No comas más cebollas». ¿De quién es esto?

—De Shakespeare, por supuesto —respondí yo, tomando nota—. «No comas cebollas ni ajo, pues debemos exhalar un suave aliento». ¿Ésa es la más pequeña que llegas a leer?

Vi que la expresión de Jamie se alteró sutilmente. Él y Brianna estaban de

pie detrás de Roger, en el porche, presenciando los procedimientos con gran interés. Brianna se inclinaba levemente hacia su esposo, con expresión algo ansiosa, como si así lo impulsara a ver. La expresión de su padre, en cambio, delataba una leve sorpresa, algo de piedad... y un innegable destello de satisfacción. Por lo visto él sí podía leer la quinta línea sin dificultad. «Lo honro», de Julio César: «Porque era valiente, lo honro; porque era ambicioso, lo maté».

Él debió de percibir mi mirada, pues su expresión se desvaneció; al instante su cara reasumió el acostumbrado buen humor inescrutable. Entornó los ojos, como para decirle: «No me engañas», y él apartó la vista. La comisura de sus labios se contrajo levemente.

—¿No lees nada de la siguiente? —Bree se había acercado un poco más a Roger, como atraída por ósmosis. Miró atentamente el papel; luego, a su marido, dándole ánimos. Obviamente ella también podía ver las dos últimas líneas sin dificultad.

—No —dijo Roger, bastante seco.

A petición de Bree había consentido que yo le examinara los ojos, pero era evidente que eso no lo hacía feliz. Descargó la cuchara de madera contra la palma de su mano, impaciente por terminar.

—¿Algo más?

—Sólo unos pocos ejercicios —dije, tratando de calmarlo—. Ven aquí. Hay más luz. —Le apoyé una mano en el brazo para llevarlo a mi consultorio, mientras miraba con dureza a los otros—. Brianna, ¿por qué no pones la mesa para cenar? No tardaremos mucho.

Ella vaciló un instante, pero Jamie le dijo algo en voz baja. Roger estaba de pie entre el caos de mi consulta, como un oso que oyera ladrar a los perros en la distancia: simultáneamente fastidiado y precavido.

—No es necesario todo esto —dijo, mientras yo cerraba la puerta—. Veo bien. Es sólo que aún no tengo mucha puntería. No me pasa nada malo en los ojos.

Aún así no hizo intento alguno de escapar. Yo capté un tono dubitativo en su voz.

—Eso creo, sí —dije con ligereza—. De cualquier modo, deja que te vea. Sólo por curiosidad...

Logré que se sentara, aunque de mala gana, y a falta de la pequeña linterna habitual, encendí una vela. La pasé por delante de su cara, hacia arriba, hacia abajo, a la derecha, a la izquierda, pidiéndole que no dejara de mirarla y observando los cambios, mientras sus ojos se movían de un lado a otro. Como para ese ejercicio no se requerían respuestas, comenzó a relajarse un poco; gradualmente aflojó las manos contra los muslos.

—Muy bien —dije, en tono grave y sedante—. Sí, así es... ¿Puedes mirar hacia arriba, por favor? Sí... Ahora hacia abajo, hacia el rincón de la ventana. Ajá... sí. Ahora mírame otra vez. ¿Ves este dedo? Bien, ahora cierra el ojo izquierdo y dime si se mueve. Ajá...

Por fin apagué la vela de un soplo y estiré la espalda con un pequeño gruñido.

—Bien —dijo él, con levedad—. ¿Cuál es el veredicto, doctora? ¿Debo ir a hacerme un bastón blanco?

Agitó la mano para aventar las volutas de humo de la vela apagada, fingiendo indiferencia; tan sólo lo desmintió una ligera tensión en los hombros. Reí.

—No, todavía no necesitas un perro lazarillo, ni siquiera gafas. No obstante... has dicho que nunca habías visto una tabla literaria. Deduzco que las has visto de otro tipo. ¿Usabas gafas cuando eras niño?

Él arrugó el entrecejo, retrocediendo en su mente.

—Sí —dijo lentamente. A su cara asomó una sonrisa—. Mejor dicho, tuve un par. Dos, tres. Cuando tenía siete u ocho años, creo. Eran una molestia y me daban dolor de cabeza, de modo que tendía a olvidarlas en el autobús, o entre las piedras del río... En realidad, no recuerdo haberlas tenido puestas durante más de una hora en cada ocasión. Cuando perdí el tercer par, mi padre se dio por vencido. —Se encogió de hombros—. Si he de ser franco, siempre pensé que no las necesitaba.

—Bueno, por ahora no.

Al captar el tono de mi voz me miró con aire intrigado.

—¿Cómo?

—Eres un poco miope del ojo izquierdo, pero no tanto como para que te cause dificultades. —Me froté el puente de la nariz, como si percibiera allí el pellizco de las gafas—. Déjame adivinar... Cuando ibas a la escuela jugabas

bien al *jockey* y al fútbol, pero no al tenis.

Él rió. Sus ojos se arrugaron en las comisuras.

—¿Tenis? ¿En las escuelas primarias de Inverness? Habríamos dicho que era un juego para maricas. Pero te comprendo. Y tienes razón: jugaba bien al fútbol, pero no servía para el tenis. ¿Por qué?

—Porque no tienes visión binocular —expliqué—. Es probable que alguien lo detectara cuando eras niño y que tratara de corregírtelo con lentes prismáticas. Pero a los siete u ocho años ya era tarde —me apresuré a añadir, viendo que no comprendía—. Para que dé resultado es preciso hacerlo antes de los cinco años.

—¿Que no tengo... visión binocular? Pero ¿no la tenemos todos? Es decir... los dos ojos me funcionan, ¿verdad?

Parecía algo desconcertado. Se miró la palma de la mano, cerrando un ojo y luego el otro, como si esperara encontrar alguna respuesta en sus líneas.

—Tus ojos funcionan bien —le aseguré—. El problema es que no lo hacen a la vez. En realidad es un trastorno bastante común; muchos lo sufren sin saberlo. En algunas personas, no se sabe por qué, el cerebro nunca aprende a fundir las imágenes que vienen de los dos ojos, para conformar una imagen tridimensional.

—¿No veo en tres dimensiones? —ahora me miraba con ojos muy entornados, como si esperara verme súbitamente aplanada contra el muro.

—La verdad es que... no tengo equipo de oculista. —Indiqué con un ademán la vela apagada, la cuchara de madera, las figuras dibujadas y un par de varillas que había estado usando—. Ni estudios especializados. Pero estoy casi segura, sí.

Le expliqué lo que sabía, y él me escuchaba en silencio. Su vista parecía bastante normal en cuanto a agudeza. Pero como su cerebro no fundía la información de sus ojos, él debía calcular la distancia y la localización relativa de los objetos por simple comparación inconsciente de los distintos tamaños, en vez de formar una verdadera imagen tridimensional. Lo cual significaba que...

—Ves bien para realizar casi cualquier tarea que desees —le aseguré—. Y es muy probable que aprendas a disparar bien. De hecho, la mayoría de la gente cierra un ojo para disparar. Pero podrías tener dificultades para disparar

contra blancos móviles. Aunque veas aquello a lo que apuntas, al carecer de visión binocular tal vez no puedas determinar exactamente dónde está, a fin de dar en el blanco.

—Comprendo —dijo él—. Con que si se trata de pelear, lo mejor sería que yo me limitara a los garrotazos. ¿Es así?

—Según mi humilde experiencia en cuanto a conflictos escoceses, la mayoría de las peleas no pasan de los garrotazos.

Eso le arrancó un pequeño gruñido de diversión, pero no dijo más. Permaneció en silencio, reflexionando, mientras yo recogía el desorden propio de un día de consulta.

A través de la pared oía voces apagadas; el súbito gimoteo de Jemmy, una breve exclamación de Brianna, otra de Lizzie; luego, la voz grave de Jamie que evidentemente se ocupaba del bebé mientras Bree y Lizzie se ocupaban de la cena.

Roger también los oyó; vi que su cabeza giraba hacia el sonido.

—¡Qué mujer! —dijo, con una sonrisa—. Sabe cazar la presa y cocinarla. Lo cual es una suerte, dadas las circunstancias —y añadió—: Por lo visto, yo no voy a poner mucha carne en nuestra mesa.

—¡Bah! —exclamé con energía, para impedir cualquier intento de autocompasión—. Yo nunca he cazado nada y pongo comida en esta mesa todos los días. Si crees que tu obligación es matar algo, hay pollos, gansos y cerdos en abundancia. Y si logras atrapar a esa condenada cerda blanca antes de que arruine por completo nuestros cimientos, serás el héroe del lugar.

Eso lo hizo sonreír, aunque con un dejo de ironía.

—Espero recobrar mi autorespeto, con cerdos o sin ellos —dijo—. Lo peor del asunto será explicárselo a esos tiradores. Señaló con la cabeza hacia la pared, donde la voz de Brianna se mezclaba a la de Jamie, en una conversación apagada—. Me tratarán con mucha amabilidad, como si hubiera perdido un pie.

Riendo, terminé de limpiar mi mortero y me estiré para guardarlo en el armario.

—Bree sólo se preocupa por ti, por este asunto de la Regulación. Pero Jamie piensa que no sucederá nada. Hay muy pocas posibilidades de que tengas que disparar contra alguien. Además, las aves de presa tampoco tienen

visión binocular —añadí—. Exceptuando los búhos. Puedes decir a Bree y a Jamie que tu vista es como la de un halcón.

Ante eso rió francamente. Luego se levantó, sacudiéndose los faldones de la chaqueta.

—Eso haré. —Me abrió la puerta que daba al pasillo, esperándome, pero cuando llegué me puso una mano en el brazo para detenerme—. Este trastorno binocular... —dijo, señalando vagamente sus ojos— supongo que es de nacimiento.

—Sí, casi con certeza.

Él vaciló; obviamente, no sabía cómo expresarse.

—¿Y es... hereditario? Mi padre estuvo en las Fuerzas Aéreas; no pudo haberlo padecido. Pero mi madre usaba gafas. Las llevaba colgadas del cuello con una cadena; recuerdo haber jugado con ellas. Tal vez heredé esto de ella.

Fruncí los labios, tratando de recordar si había leído algo sobre trastornos oculares hereditarios, pero no me vino nada concreto.

—No sé —dije al fin—. Podría ser. Pero tal vez no. En realidad, no lo sé. ¿Te preocupas por Jemmy?

—¡Oh...! —Un vago desencanto le cruzó las facciones, aunque lo borró casi de inmediato. Con una sonrisa torpe, aguantó la puerta para permitirme el paso—. No es que me preocupe, no. Sólo pensaba que... si es hereditario y el pequeño también lo tuviera... entonces yo tendría la certeza.

El pasillo estaba impregnado de sabrosos aromas a guiso de ardilla y pan fresco. Aunque estaba hambrienta, me estuve quieta, mirándolo.

—No es que lo desee —explicó Roger al ver mi expresión—. Sólo que si fuera así... —Apartó la vista, tragando saliva—. Oye, no le digas a Bree lo que se me ha ocurrido, por favor.

Le toqué apenas el brazo.

—Creo que lo comprendería. Que quieras tener la certeza.

Él echó un vistazo a la puerta de la cocina, por la que surgía la voz de Brianna, cantando *Clementine*, para bullicioso deleite de Jemmy.

—Comprendería, tal vez —dijo él—. Eso no significa que le gustara enterarse.

La cruz ardiente

Los hombres no estaban: Jamie, Roger, el señor Chisholm y sus hijos, los hermanos MacLeod... Todos ellos habían desaparecido antes del amanecer, sin dejar más rastro que los desordenados restos de un desayuno apresurado y huellas de barro en el umbral.

Fuera tronó una puerta al abrirse y el jaleo se apagó abruptamente, siendo reemplazado por un correteo de huida y risitas sofocadas.

—¡Hummm! —dijo la voz de la señora Bug, satisfecha por haber desalojado a los alborotadores. La puerta se cerró. Ruidos de madera y metal anunciaron que en el piso de abajo se iniciaban las actividades del día.

Cuando bajé, pocos instantes después, encontré a esa buena señora dedicada simultáneamente a tostar pan, hervir café, preparar el *porridge* y quejarse, mientras limpiaba el rastro dejado por los hombres. No se quejaba del desorden (¿qué otra cosa podía esperarse de ellos?), sino por el hecho de que Jamie no la hubiera despertado para prepararles un buen desayuno.

—¿Y cómo se las arreglará el señor ahora? —inquirió, blandiendo el tenedor en un ademán de reproche—. Un hombre bien desarrollado como él, andando por allí, sin tener en el estómago más que un poco de leche y un panecillo rancio.

Paseando mis ojos legañosos por la mezcla de mendrugos y platos sucios, tuve la sensación de que el señor y sus compañeros habían dado cuenta de las

provisiones.

—No creo que vaya a morir de hambre —murmuré, recogiendo una migaja con el dedo humedecido—. ¿El café está listo?

De los niños Chisholm y MacLeod, los mayores pasaban la noche junto al hogar de la cocina, envueltos en mantas o trapos. Ya se habían levantado y estaban fuera, sus cobertores se encontraban amontonados tras el banco.

—¿Os habéis lavado esas zarpas mugrientas, pequeños paganos? —acusó la señora Bug al verlos. Luego señaló con la cuchara del *porridge* los bancos instalados a lo largo de la mesa—. Si están limpias venid a sentaros. ¡Y ay del que no se limpie los pies de barro!

En pocos momentos, bancos y taburetes quedaron llenos; las señoras Chisholm, MacLeod y Aberfeldy bostezaban y parpadeaban entre sus vástagos, entre inclinaciones de cabeza y murmullos de «Buenos días».

Con doce bocas abiertas que alimentar, la señora Bug se encontraba en su propia salsa. Mientras la veía ir del hogar a la mesa, me dije que en alguna vida anterior debía de haber sido carbonero.

—¿Ha visto a Jamie antes de que partiera? —pregunté, cuando hizo una pausa para volver a llenar las tazas de café, con un gran embutido crudo en la otra mano.

—No. —Sacudió la cabeza, muy blanca debajo del pañuelo—. No me he enterado de nada. Antes del amanecer oí que mi viejo se levantaba, pero supuse que iría al excusado, por no molestarme con el ruido de la bacinilla. Pero no regresó. Y cuando desperté ya se habían ido todos. ¡Ah, no! ¡Nada de eso!

Por el rabillo del ojo había detectado un movimiento. Asestó un buen golpe con el embutido en la cabeza de uno de los MacLeod, que inmediatamente retiró los dedos del frasco de mermelada.

—Tal vez hayan ido de cacería —sugirió tímidamente la señora Aberfeldy.

—Harían mejor en buscar sitios donde se pueda edificar y madera para las casas —dijo la señora MacLeod. Luego se apartó de la cara un mechón de pelo encanecido, sonriéndome con ironía—. Sin ánimo de criticar su hospitalidad, señora Fraser, preferiría no pasar el invierno bajo sus pies.

Como a esas horas de la mañana no estaba en mis mejores condiciones,

sonreí cortésmente, murmurando algo incomprensible. Yo también prefería no tener cinco o diez personas de más en la casa durante el invierno, pero no estaba segura de que se pudiera evitar.

La carta del gobernador era bastante clara. Todos los hombres físicamente sanos de los territorios alejados deberían ser reclutados como tropas de milicia, y presentarse en Salisbury hacia mediados de diciembre. Quedaba muy poco tiempo para construir casas. Aún así, yo esperaba que Jamie tuviera algún plan para aliviar el hacinamiento. *Adso*, el gatito, había instalado su residencia en el armario de mi consulta, y la escena de la cocina iba adquiriendo su habitual parecido con las pinturas de El Bosco.

Por lo menos, con tantos cuerpos amontonados, la cocina había perdido el frío del amanecer; el ambiente estaba ahora caldeado y ruidoso. No obstante, dado lo confuso de la escena, pasaron varios minutos antes de que yo notara que las jóvenes madres presentes no eran tres, sino cuatro.

—¿De dónde has salido? —pregunté, sobresaltada al ver a mi hija acurrucada en un rincón.

Bree parpadeó, adormilada, y cambió de posición a Jemmy, que mamaba con total concentración, ajeno a la muchedumbre.

—En mitad de la noche los Mueller llamaron a nuestra puerta —explicó ella, bostezando—. Eran ocho, No hablaban bien nuestro idioma, pero me pareció entenderles que papá los había llamado.

—¿De veras? —Cogí un trozo de pastel de pasas, adelantándome por muy poco a un joven Chisholm—. ¿Todavía están allí?

—Ajá. Gracias, mamá. —Alargó la mano hacia el trozo de pastel que yo le ofrecía—. Sí. Antes de que amaneciera vino papá y sacó a Roger de la cama; al parecer aún no necesitaba a los Mueller. Cuando Roger se fue, un viejo enorme se levantó del suelo, diciendo: «*Bitte, Maedle*» y se acostó a mi lado. —Un delicado rubor le encendió las mejillas—. Y pensé que era mejor venir aquí.

—¡Ah! —exclamé, conteniendo una sonrisa—, debe de haber sido Gerhard.

El viejo granjero, eminentemente práctico, no entendería por qué debía tender sus vetustos huesos en el duro suelo de tablas, si había espacio disponible en la cama.

—Eso supongo —dijo ella confusamente, masticando un bocado de pastel—. Creo que es inofensivo, pero aún así...

—Sí, claro, para ti no representa ningún peligro —coincidió con ella.

—Inofensivos o no, han de tener hambre —dijo la señora Chisholm, siempre práctica. Y se agachó para recoger una muñeca, un pañal mojado y a un niño que se retorcía, y aún disponía de una mano libre para el café—. Será mejor despejar esto, antes de que los alemanes huelan la comida y vengan a aporrear la puerta.

—¿Queda algo para ellos? —pregunté, algo intranquila, tratando de recordar cuántos jamones había en el cobertizo donde los ahumábamos. Tras dos semanas de hospitalidad, nuestras provisiones estaban disminuyendo de manera alarmante.

—Por supuesto —aseguró enérgicamente la señora Bug, dejando caer las lonchas de embutido en la sartén caliente—. En cuanto haya terminado con este grupo, podrán decirles que vengan a tomar su desayuno. Tú, *a muirninn*... —Usó la espátula para dar un coscorrón a una niña de ocho o nueve años—. Corre al sótano, llena tu delantal de patatas y tráemelas. A los alemanes les gustan las patatas.

—¿Puedo ayudar...? —comencé, débilmente.

Pero la anciana sacudió la cabeza, ahuyentándome con pequeños movimientos de escoba.

—¡Ni pensarlo, señora Fraser! —dijo—. Tendrá usted bastante que hacer y... ¡Eh, ustedes, no entraran en mi bonita cocina con esas botas llenas de barro! ¡Fuera, límpienlas antes de poner un pie aquí!

En el umbral de la puerta estaba Gerhard Mueller, desconcertado, seguido por sus hijos y sobrinos varones. La señora Bug, sin dejarse intimidar por el hecho de que él le sacara treinta centímetros y no hablara nuestro idioma, arrugó la cara y le clavó ferozmente la escoba en las botas.

Después de dar una cordial bienvenida a los Mueller, aproveché la oportunidad para escaparme.

* * *

Tratando de evitar la multitud de la casa, me lavé fuera, en el pozo. Luego fui a los cobertizos para ocuparme de hacer inventario. La situación no era tan mala como temía; con una administración prudente, había bastante como para que nos durara todo el invierno, aunque tal vez fuera necesario constreñir un poco la mano generosa de la señora Bug.

Dejé la pesada vasija llena de *headcheese* junto a la puerta del cobertizo, para no olvidarla cuando regresara a la casa.

El granero estaba lleno en sus tres cuartas partes, aunque en el exterior, en el suelo, podían verse excrementos de ratón en cantidades alarmantes. *Adso*, el gato, crecía con celeridad, pero no tanto; su tamaño era el de una rata normal. La harina era algo escasa: sólo había ocho sacos. Tal vez hubiera más en el molino. Tendría que preguntarle a Jamie.

Hice un repaso de nuestras provisiones. La miel. Me detuve frunciendo los labios. Tenía casi ochenta litros de miel purificada y cuatro grandes vasijas de panal, retirado de mis colmenas, a la espera de que lo convirtiéramos en velas de cera. Todo eso se conservaba en la cueva cerrada con una empalizada que servía de establo, a fin de protegerlo de los osos, pero no de los niños a los que les tocaba alimentar a las vacas y las cerdas del establo. Hasta entonces yo no había visto dedos ni caras pringosas que los delataran, pero no vendría mal tomar algunas medidas preventivas.

Sumando la carne, los cereales y la pequeña granja, parecía que nadie iba a pasar hambre durante ese invierno. Lo que me preocupaba ahora era algo que no era grave, pero aun así importante: la deficiencia de vitaminas. Eché una mirada al bosquecillo de castaños, cuyas ramas estaban ya completamente desnudas. Pasarían cuatro meses largos antes de que se viera alguna hortaliza fresca, aunque todavía quedaban muchos nabos y coles por recoger.

Mientras caminaba de regreso a casa, traté de calcular cuántas provisiones deberían llevarse Jamie y sus milicianos, y cuántas dejar para el consumo de las mujeres y los niños. Era imposible decirlo; eso dependería, en parte, de los hombres que pudiera reclutar y de lo que cada uno llevara consigo. Aun así, al haber sido nombrado coronel le correspondería la responsabilidad de alimentar a los hombres del regimiento; los fondos quedarían reembolsados más adelante, si acaso, por asignación de la asamblea.

No era la primera vez que lamentaba profundamente no saber más sobre el tema. ¿Durante cuánto tiempo estaría en funcionamiento esa asamblea?

Brianna estaba fuera, dando vueltas y vueltas alrededor del pozo, con una expresión pensativa arrugándole la frente.

—¿Tuberías? —dijo, sin preliminares—. ¿Se fabrican tubos de metal en esta época? Los romanos los hacían, pero...

—Los he visto en París y en Edimburgo, utilizados para canalizar la lluvia de los tejados —sugerí—. De modo que existen. Pero no estoy segura de haber visto ninguno en las colonias. Si los hay han de ser terriblemente caros. —Descontando las cosas más sencillas, como las herraduras para caballos, todas las cosas de hierro debían ser importadas de Gran Bretaña, al igual que todo lo metálico, fuera de cobre, bronce o de plomo.

—Hum, por lo menos saben lo que es. —Entornó los ojos, calculando la inclinación del suelo entre el pozo y la casa. Luego movió la cabeza con un suspiro—. Creo que podría hacer una bomba. Pero llevar el agua hasta el interior de la casa es otra cosa. —De pronto bostezó, parpadeando, con los ojos ligeramente lacrimosos a la luz del sol—. Estoy tan cansada que no puedo pensar. Jemmy lloró toda la noche. Y cuando al fin se quedó dormido, aparecieron los Mueller. Creo que no he pegado ojo.

—Recuerdo esa sensación —dije, solidaria, sonriendo.

—¿Fui muy pesada de bebé? —preguntó ella, devolviéndome la sonrisa.

—Mucho —le aseguré, girando hacia la casa—. Y el tuyo, ¿dónde está?

—Con... —Brianna se detuvo, aferrándose el brazo—. ¿Qué...? En el nombre de Dios, ¿qué es eso?

Al mirar hacia allá, sentí un espasmo en el fondo del vientre.

—Qué es resulta bastante evidente —dije, acercándome—. Lo que me pregunto es que hace aquí.

Era una cruz. Una cruz bastante grande, hecha con dos ramas de pino seco, despojadas de las ramitas menores y atadas entre sí con una cuerda. Estaba firmemente plantada en el borde del patio, cerca de una gran picea azul que custodiaba la casa, y alcanzaba unos dos metros de altura. Las ramas eran delgadas aunque sólidas, y no se podía decir que fuera voluminosa o que molestara; sin embargo, su tranquila presencia parecía dominar el patio, tal como el tabernáculo domina el interior de la iglesia. Al mismo tiempo, su

efecto no resultaba reverente ni protector. Por el contrario: era siniestro.

—¿Hemos organizado alguna reunión religiosa? —Brianna trató de tomarlo a broma, pues la cruz la desasosegaba tanto como a mí.

—Que yo sepa, no.

Era obra de Jamie; eso se notaba en la calidad de la artesanía. Las ramas habían sido escogidas por su rectitud y su simetría; estaban cuidadosamente recortadas, con los extremos afilados. El palo que cruzaba tenía un corte prolijo, que se ajustaba bien al vertical. La cuerda que los ligaba se entrecruzaba con pulcritud de marinero.

—Puede que papá haya fundado su propia religión —dijo Brianna, pues ella también reconocía el estilo.

De súbito apareció la señora Bug por la esquina de la casa, con un cuenco lleno de comida para los pollos. Al vernos, se detuvo en seco y abrió inmediatamente la boca. Me preparé instintivamente para la embestida; Bree, por lo bajo, emitió una risita burlona.

—¡Ah, está aquí, señora! Acabo de decir a Lizzie que es una vergüenza, una verdadera vergüenza, todos esos críos alborotando arriba y abajo, y dejando porquerías por toda la casa, y hasta en la destilería de la señora y Lizzie me dice, me dice...

—¿En mi consulta? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Qué han hecho?

Ya iba corriendo hacia la casa, completamente olvidada de la cruz. La señora Bug me seguía pisándome los talones, sin dejar de parlotear.

—Sorprendí a dos de esos diablillos jugando a los bolos allí dentro, con esos bonitos frascos azules que usted tiene y una manzana. Pero puede quedarse tranquila, que les he dado unos buenos coscorrones. ¡Mira que dejar restos de comida pudriéndose allí y...!

—¡Mi pan! —Había llegado hasta el vestíbulo de delante. Al abrir la puerta, encontré todo limpio y reluciente... incluyendo la encimera, donde yo había dejado mi último experimento con la penicilina. Ahora estaba completamente vacía; la superficie de roble había sido fregada hasta perder el pulido.

—Era repugnante —dijo la señora Bug desde el vestíbulo, a mi espalda, apretando los labios con virtuosa pazguatería—. ¡Repugnante! Todo cubierto de moho, todo azul y...

Aspiré hondo, apretando los puños contra mi cuerpo, para no acogerla. Cerré la puerta, por no ver la encimera vacía, y me volví hacia la diminuta escocesa.

—Señora Bug —dije, haciendo un gran esfuerzo por hablar con calma—. Usted sabe perfectamente cuánto aprecio su ayuda, pero le pedí que no...

La puerta principal se abrió de par en par, chocándose contra la pared de al lado.

—¡Condenada bruja! ¿Cómo te atreves a levantar la mano contra mis pequeños?

Me encontré cara a cara con la señora Chisholm, arrebolada de furia y armada con una escoba, con dos pequeñuelos aferrados a sus faldas con las mejillas rojas y manchadas de lágrimas recientes.

—¡Tú y tus preciosos pequeños! —exclamó la anciana, indignada—. ¡Si tanto te preocupas por ellos, ya podrías educarlos como Dios manda y enseñarles a comportarse bien, en vez de permitir que correen por toda la casa como bárbaros, rompiendo y arruinándolo todo, desde el desván hasta la entrada!

—Bueno, señora Bug, no creo que los niños quisieran...

Mi intento apaciguador se perdió bajo los chillidos de esos tres Chisholm, como si fueran silbatos de vapor; los de la madre eran los más potentes.

—¡Quién eres tú para decir que mis niños son ladrones, vieja entrometida! —La mujer agitó la escoba, moviéndose de lado a lado en un intento de hacer blanco en la señora Bug. Yo me moví con ella, saltando de aquí para allá, interponiéndome entre las dos combatientes.

—Señora Chisholm —dije, alzando una mano apaciguadora—. Margaret. Oiga, estoy segura de que...

—¿Que yo soy qué? —La señora Bug pareció expandirse, como la masa al fermentar—. ¡Pues mira, lo que soy es una mujer temerosa de Dios y un alma cristiana! ¿Y quién eres tú para hablar a tus mayores y a tus superiores de ese modo? ¡Tú y esa tribu de demonios que andan corriendo por las colinas con harapos, sin ni siquiera una bacinilla donde mear!

—¡Señora Bug! —exclamé, volviéndome hacia ella—. No debería...

La señora Chisholm no se molestó en buscar una réplica; se limitó a embestir, con la escoba lista. Levanté los brazos para evitar que pasara por mi

lado. Al verse frustrada en su intento de aporrear a la señora Bug, lo que hizo fue dirigirle estocadas por encima de mi hombro, tratando de atravesarla.

La anciana, que obviamente se sentía a salvo tras la barricada de mi persona, brincaba como una pelota de *ping-pong*, con su carita redonda arrebatada de triunfo y de furia.

—¡Pordioseros! —gritó a todo pulmón—. ¡Hojalateros! ¡Gitanos!

—¡Señora Chisholm! ¡Señora Bug! —supliqué.

Pero ninguna de las dos me prestó atención.

—*Kittock! Mislearnit pilsh!* —aulló la señora Chisholm, descargando salvajemente su escoba. Los niños chillaban, y la madre me pisó la punta del pie con todo su peso.

Eso ya era demasiado. Me volví hacia ella echando chispas por los ojos.

—¡Ja! ¡Callejera descarada! ¡Tú y...!

Los chillidos de la señora Bug, a mi espalda, cesaron bruscamente. Al girar sobre mis talones me encontré con Brianna, que al parecer había corrido alrededor de la casa para entrar por la cocina. Sujetaba a la diminuta señora Bug con los pies bien lejos del suelo, ciñéndola por la cintura con un brazo y con la otra mano apretándole firmemente la boca. La anciana pataleaba en el aire, con los ojos saltones sobre la mano que la amordazaba. Bree me miró, puso los ojos en blanco y retrocedió por la puerta de la cocina, llevándose a su cautiva.

Cuando me giré para ajustar cuentas con la señora Chisholm, sólo vi un trozo de su falda gris, que desaparecía apresuradamente al otro lado del umbral, entre llantos de niños que se alejaban como una sirena en marcha.

Aunque mi corazón empezaba a aminorar la marcha, un escozor de irritación me recorría aún la piel, como una urticaria provocada por las ortigas. En un intento de sacudírmela, abrí el armario grande, para comprobar si las incursiones de los niños y la señora Bug habían hecho algún daño importante.

No; todo estaba bien. Cada frasco de vidrio había sido lustrado hasta parecer una joya (la luz del sol les arrancaba un fulgor azul, verde y cristalino); pero todos habían sido nuevamente depositados en el sitio exacto, con las etiquetas bien escritas hacia delante. Los haces de hierbas secas habían sido sacudidos para quitarles el polvo, pero volvían a colgar

pulcramente de sus clavos. A la señora Bug no se le podía negar que era un ama de casa virtuosa.

En el armario sólo había un objeto que permanecía intacto: una taleguilla diminuta. Era el amuleto que me había dado Nayawenne, la shaman tuscarora; seguía en su rincón, doblado y a solas. Me pareció increíble que la anciana no lo hubiera tocado.

En el aire permanecía el olor de su jabón, cargado de reproches como el fantasma de un ama de casa. En realidad no podía criticarla: el pan mohoso, el melón podrido y las rodajas de manzana reblandecida podían ser para mí objeto de investigación; para la señora Bug no eran otra cosa que una ofensa deliberada contra el dios de la pulcritud.

Cerré el armario con un suspiro, añadiendo el leve perfume del espliego seco y el olor almizclado de la menta a los fantasmas de la lejía y las manzanas podridas. Muchas veces antes había perdido preparados experimentales; éste no era demasiado complejo ni se encontraba en un estadio muy avanzado. Para reemplazarlo, bastaría media hora; no había más que buscar nuevos trozos de pan y otras muestras. Pero decidí no hacerlo; no había tiempo suficiente. Era obvio que Jamie comenzaba a convocar a sus milicianos; en pocos días más partirían hacia Salisbury, para presentarse al gobernador Tryon. En realidad, partiríamos ambos, pues yo tenía la firme intención de acompañarlos.

De pronto se me ocurrió que desde el principio me había faltado tiempo para completar ese experimento. Aunque el crecimiento hubiera sido rápido, no habría podido recolectar, secar, purificar... Aun sabiendo eso, lo había iniciado, continuando con mis planes y mis rutinas, como si la vida fuera aún estable y previsible, como si nada pudiera amenazar el tenor de mis días. Como si al fingir pudiera hacerlo realidad.

—Realmente eres muy tonta, Beauchamp —murmuré, sujetando un rizo detrás de la oreja, con aire fatigado.

Al salir cerré firmemente la puerta, y fui a negociar la paz entre las señoras Bug y Chisholm.

Aparentemente, la paz había vuelto a la casa; no obstante, perduraba una atmósfera de nerviosismo. Fuera, el aire parecía crepitar, como si se

avecinará una tormenta eléctrica. En mis ir y venir entre los cobertizos y la casa, no cesaba de mirar el cielo sobre el monte Roan, casi esperando ver el reflejo de los relámpagos. Sin embargo, el cielo tenía aún el pálido azul pizarra del otoño avanzado, empañado sólo por hebras de nubes.

Era incapaz de concentrarme en nada. Iba de una tarea a otra; dejé en la despensa un montón de cebollas a medio trenzar; un cuenco de habichuelas a medio desenvainar, en la entrada; un par de pantalones desgarrados, en el banco, con la aguja colgando de su hilo. Una y otra vez cruzaba el patio, sin rumbo, ni recado definido que cumplir.

En cada ocasión levantaba la vista hacia la cruz, como esperando que hubiera desaparecido desde mi último viaje, o quizá encontrar alguna nota explicatoria clavada a la madera. Pero no: la cruz seguía allí, dos simples palos de pino atados con una cuerda. Nada más. Sólo que una cruz siempre es algo más. Y esta vez yo ignoraba el qué.

Todo el mundo parecía compartir mi distracción. La señora Bug, deprimida por el conflicto con la señora Chisholm, declinó preparar el almuerzo y se retiró a su cuarto. Y Lizzie, que normalmente tenía buena mano para la cocina, quemó el guisado.

Jemmy estaba llorando, así que le dije a Bree que lo llevaría a dar un paseo. El ejercicio me serenaba pese al nerviosismo del niño, quien, después de unas palmaditas en la espalda, se tranquilizó.

Me volví para contemplar la casa. Se alzaba serena entre las píceas y los castaños, sólidamente construida y elegante en sus proporciones. En una de las ventanas apareció una cara, que sacó la lengua y la apretó contra el vidrio, bizqueando sobre la nariz achatada. El aire frío y límpido me trajo unas voces femeninas agudas y varios golpes resonantes.

—Hummmmm —me dije.

Por mucho que me desagradara volver a partir tan pronto y a pesar de lo poco que me gustara ver a Jamie envuelto en conflictos armados de cualquier tipo, la idea de pasar una o dos semanas en compañía de veinte o treinta hombres barbudos y malolientes iba adquiriendo un innegable atractivo. Aunque tuviera que dormir en el suelo...

—No todo han de ser rosas en la vida —le dije a Jemmy, suspirando—. Pero supongo que ya lo estás descubriendo, ¿verdad, pobrecito mío?

—¡Gummmm! —protestó. Y se encogió como una bola para escapar al dolor de dientes a punto de salir, clavándose dolorosamente las rodillas en el costado. Lo instalé más cómodamente sobre mi cadera y le di un dedo para mascar. Tenía las encías duras y abultadas; palpé el punto sensible donde estaba brotando el diente nuevo, hinchado y caliente bajo la piel. Desde la casa llegó un alarido penetrante, seguido por gritos y pasos precipitados.

—¿Sabes? —comenté—. Creo que lo mejor para esto es un poco de *whisky*. ¿Qué opinas tú?

Y retiré el dedo para apoyar al niño contra mi hombro. Al pasar junto a la cruz agaché la cabeza, buscando el amparo de la gran píceca roja. Justo a tiempo: la puerta de la cocina se abrió de par en par y la penetrante voz de la señora Bug se elevó como un trompetazo en el aire glacial.

El claro del *whisky* estaba lejos, pero no me importó. En el bosque reinaba una paz bienaventurada. Jemmy, acunado por el movimiento, terminó por adormecerse, laxo y pesado en mis brazos como un pequeño saco de arena.

Un cuervo pasó volando muy alto. Ante su grito bullicioso, el bebé dio un respingo en mis brazos.

—Calla —dije, estrechándolo más—. No es nada, tesoro. Sólo un ave.

Aun así busqué al cuervo con la vista, atento el oído por si hubiera algún otro. Esas aves presagiaban cosas poco corrientes, según la superstición de las montañas escocesas. Un solo cuervo anunciaba caminos; dos, buena suerte; tres, desgracia. Traté de quitarme esas ideas de la cabeza, pero Nayawenne me había dicho que el cuervo era mi guía, mi espíritu animal, y yo no podía ver esas grandes sombras negras sin sentir un escalofrío.

Jemmy se removió con una queja, pero volvió a quedar en silencio. Yo continué la marcha, dándole palmaditas. Mientras ascendía a paso lento por la montaña me pregunté qué animal sería su guía.

«No eres tú quien escoge el espíritu del animal —me había dicho Nayawenne—, sino a la inversa. Debes prestar mucha atención a las señales y los cambios, y aguardar a que tu animal se te manifieste». El de Ian era el lobo; el de Jamie, el oso; al menos, eso me había dicho la tuscarora. Entonces, me pregunté qué debía hacer una si era escogida por algo ignominioso: una musaraña, un escarabajo estercolero, pero la cortesía me

impidió decirlo.

Un cuervo solo. Aún lo oía, aunque se había perdido de vista, pero de los abetos no surgía ningún grito que le hiciera eco. Presagio de cambio.

—Podrías haberte ahorrado la molestia —le dije por lo bajo, para no despertar al bebé—. No era necesario que me lo dijeras, ¿entiendes?

Ascendía lentamente, escuchando el suspiro del viento y el sonido más grave de mi propia respiración. Eché un vistazo a la casa que había dejado atrás; desde esa altura sólo se veía la esquina del tejado y el humo que brotaba de la chimenea.

—¿Qué crees tú? —dije muy quedo a la cabecita de Jemmy, redonda y caliente bajo su gorra de punto, pegada a mi barbilla—. ¿Será tuya algún día? ¿Vivirás aquí, y después tus hijos?

Sería una vida muy diferente de la que podría haber llevado si Brianna se hubiera arriesgado a cruzar las piedras para llevarlo de vuelta. Pero como no lo había hecho, el destino de ese niño estaba allí. Me pregunté si ella había pensado que, al quedarse, no escogía sólo para sí, sino también para él. Elegía la guerra y la ignorancia, la enfermedad y el peligro. Pero se había arriesgado a todo eso por el padre del niño... por Roger. Yo no estaba muy segura de que fuera la decisión correcta, pero no me correspondía elegir.

Aun así no había manera de prever lo que significaba tener un hijo; la imaginación no podía equipararse al conocimiento de lo que podía causar el nacimiento de un niño, alterándonos la vida.

—Por suerte es así —dije a Jemmy—. De otra manera, nadie en su sano juicio se arriesgaría a tenerlos.

Para entonces mi agitación había desaparecido, calmada por el viento y la paz del bosque sin hojas. El claro del *whisky*, como lo llamábamos, no era visible desde la senda. Jamie había pasado días enteros inspeccionando las pendientes por encima del Cerro, hasta encontrar un sitio que cumpliera con todos sus requisitos.

En esos momentos no había nadie allí. Cuando se estaba elaborando una nueva horneada, Marsali y Fergus se turnaban para atenderla. Pero la tarima del suelo estaba ahora vacía bajo el techo, con las tablas agrisadas por el uso y el tiempo. No obstante, a poca distancia se veía un pulcro montón de leña, listo para usar.

Me acerqué a ver qué clase de leña era; a Fergus le gustaban las nueces duras, tanto porque era más fácil partirlas como por el sabor dulce que daba al grano malteado. Jamie, muy tradicional en lo referido al *whisky*, no empleaba otra cosa que roble. Toqué un trozo de la madera partida: veta ancha, madera liviana, corteza fina. Sonreí: Jamie había estado allí muy poco antes.

Normalmente, allí se dejaba un barrilete de *whisky*, tanto por hospitalidad como por cautela. «Si viniera alguien cuando la muchacha está sola aquí, es mejor que tenga algo para darle —había dicho Jamie—. Todo el mundo sabe lo que hacemos aquí; es mejor que nadie intente obligar a Marsali a decir dónde está la destilería». No era nuestro mejor producto, sino un licor muy joven y tosco, pero bastante bueno para ofrecer a un visitante indeseable o a un niño con problemas de dentición.

—De cualquier modo aún no has desarrollado papilas gustativas, de modo que no importa —le murmuré a Jemmy, que chasqueó los labios entre sueños, arrugando la carita en un gesto ceñudo.

Por más que busqué, no había señales del barrilete, ni en el sitio de costumbre, tras los sacos de cebada, ni entre el montón de leña. Quizá se lo habían llevado para rellenarlo; también era posible que lo hubieran robado. De cualquier modo no se había perdido gran cosa.

Caminé hacia el norte y a continuación giré hacia la derecha. Allí afloraba la roca de la montaña: eran dos bloques de piedra, recostadas la una contra la otra, con la abertura de abajo disimulada por matas de acebo. Cubriendo la cara a Jemmy con mi chal, para protegerlo de las hojas afiladas, me agaché para escurrirme cuidadosamente por la hendidura.

Descendí con cautela por la pendiente, siguiendo la vaga senda que serpenteaba entre los cantos rodados y que después viraba en torno a una saliente rocosa, para desembocar finalmente en el claro del manantial. La caminata me había hecho entrar en calor, pero los dedos con que sujetaba los bordes del chal continuaban entumecidos. Y Jamie estaba de pie ante el manantial, sin más abrigo que su camisa.

Me detuve en seco, oculta por un grupo de coníferas achaparradas.

No fue su desnudez lo que me detuvo, sino algo en su aspecto. Parecía cansado, pero eso era razonable, puesto que estaba en pie desde muy

temprano. Los pantalones raídos que usaba para cabalgar estaban tirados en el suelo; a un lado, el cinturón con todo lo que colgaba de él. Una mancha de color, medio escondida en la hierba, llamó mi atención: tela azul y castaño de su falda de cazador. Mientras lo observaba, él se quitó la camisa y, dejándola caer, se arrodilló junto al manantial, desnudo, para echarse agua en los brazos y la cara.

Sus ropas estaban llenas de barro por la cabalgata, pero no se lo veía sucio en absoluto. Le habría bastado con lavarse las manos y la cara, cosa que podía hacer más cómodamente junto al hogar de la cocina. No obstante se levantó y, recogiendo con el pequeño cántaro agua fría de la fuente, se la vertió deliberadamente encima, con los ojos cerrados, rechinando los dientes al sentirla correr por el torso y las piernas. Vi que sus testículos se encogían contra el cuerpo, como buscando amparo, al escurrirse el agua helada por la mata rojiza del vello pubiano, chorreando por el pene.

—Tu abuelo ha perdido la chaveta —le susurré a Jemmy, quien se removió en sueños, sin prestar atención a las idiosincrasias ancestrales.

Aspiró hondo, trémulo, y se vertió otro cántaro de agua. Cuando se agachó para llenarlo por tercera vez empecé a comprender lo que estaba haciendo.

Cuando el cirujano se lava minuciosamente antes de operar, no sólo lo hace por higiene. El rito de enjabonarse las manos, cepillarse las uñas, y aclarar la piel, una y otra vez hasta el dolor, es tanto actividad física como mental. Esa forma obsesiva de lavarse sirve para concentrar la mente y preparar el espíritu; lavas las preocupaciones externas y descartas las distracciones menores, al tiempo que eliminas gérmenes y piel muerta.

Yo lo había hecho demasiadas veces para no reconocer el rito al verlo. Lo que Jamie hacía era algo más que lavarse: se purificaba, utilizando el agua como mortificación. Se estaba preparando para algo; la idea me provocó un pequeño escalofrío en la espalda, helado como el agua del manantial.

Efectivamente, tras arrojarse el tercer cubo de agua, dejó el cántaro en el suelo y se sacudió, despidiendo gotitas del pelo hacia la hierba seca, como una llovizna. Aunque todavía estaba mojado, volvió a ponerse la camisa y se quedó muy quieto, mirando hacia donde el sol ya descendía entre las montañas.

La luz pasaba a torrentes entre los árboles sin hojas, tan brillante que, desde donde yo estaba, sólo podía ver su silueta, con la camisa húmeda atravesada por la luz; por dentro, como una sombra, la oscuridad de su cuerpo. Estaba erguido, con la cabeza en alto y los hombros cuadrados, alerta.

¿Alerta a qué? Tratando de calmar mi propia respiración, estreché suavemente la cabecita del bebé contra mi hombro, para impedir que despertara. Yo también escuché.

Me llegó el sonido de los bosques: un suspiro constante de agujas y ramas. De pronto sentí miedo, como si los ruidos fueran demasiado audibles, como si pudieran llamar la atención de algo peligroso.

Quedé petrificada, sin moverme en absoluto, tratando de no respirar, de convertirme en parte del bosque, como un conejo debajo de su mata. El pulso del niño palpitaba, azul, una vena tierna en la sien; incliné la cabeza hacia él para ocultarla.

Jamie dijo en voz alta algo en gaélico. Sonó a desafío... o tal vez a saludo. Las palabras me resultaron vagamente familiares, pero no había nadie allí; el claro estaba desierto. De pronto el aire pareció más frío. Jemmy se movió súbitamente en mis brazos, sobresaltado, y lo estreché con más fuerza, tratando de que no hiciera ningún ruido.

Luego el aire se agitó, desapareció el frío y pasó mi aprensión. Jamie seguía quieto. Por fin, aflojó los hombros. Se movió apenas, y el sol poniente encendió su camisa en un nimbo de oro, atrapado en su pelo como una repentina llamarada. De pronto, sacó el puñal de su funda y, sin vacilar, se pasó el filo por los dedos de la mano derecha. Me mordí los labios al ver la fina línea oscura que le cruzaba la yema de los dedos. Aguardó un momento, dejando que la sangre manara; luego sacudió la mano con un brusco movimiento de muñeca, arrojando gotitas de sangre a la roca que marcaba la fuente del manantial.

Dejando el puñal bajo la piedra, se persignó con los dedos ensangrentados. Luego se arrodilló con mucha lentitud, inclinando la cabeza sobre las manos cruzadas.

Yo le había visto rezar más de una vez, pero siempre en público o, al menos, siendo consciente de mi presencia. Esta vez, se creía solo. Verlo así,

arrodillado, manchado de sangre y con el alma entregada, me dio la sensación de estar espionando un acto más privado que cualquier otra intimidad del cuerpo. Habría querido moverme, hablar, pero interrumpirlo parecía una especie de sacrilegio. Guardé silencio, pero ya no era una simple espectadora: mi propia mente, sin querer, fue hacia la oración.

«Oh, Señor...». Las palabras se formaron en mi cabeza, sin pensamiento consciente. «Te encomiendo el alma de tu servidor James. Ayúdalo, por favor». Y me pregunté, vagamente, ayudarlo a qué.

En ese momento él se persignó y se puso de pie. El tiempo reanudó su marcha, sin que yo me hubiera percatado de que se había detenido. Me encontré descendiendo la colina hacia él, rozando la hierba con mi falda, sin conciencia de haber dado el primer paso. Jamie venía hacia mí; no pareció sorprenderse, pero al vernos se le iluminó la cara.

—*Mo chridhe* —dijo en voz queda, sonriente. Y se inclinó para besarme. La barba crecida era áspera y su piel aún estaba helada, fresca de agua.

—Sería mejor que te pusieras los pantalones —le dije—. Vas a congelarte.

—Sí. *Ciamar a tha thu, an gille ruaidh?*

Para mi sorpresa, Jemmy estaba despierto y su malhumor había desaparecido. Se movió, estirando los brazos hacia Jamie, que lo cogió suavemente para acunarlo contra un hombro, bajándole la gorra de lana sobre las orejas.

—Le va a salir un diente —le informé—. Como estaba algo molesto, se me ocurrió que un poco de *whisky* en las encías... pero en casa no había.

—Ah, sí. Creo que podemos solucionarlo. Tengo un poco en la petaca.

Llevó al bebé hacia el sitio donde había dejado su ropa y allí se agachó, para rebuscar con una sola mano, hasta encontrar la mellada petaca que llevaba en el cinturón. Luego se sentó en una piedra, con Jemmy en equilibrio sobre su rodilla, y me alargó el frasco para que se lo abriera.

—Fui al cobertizo —comenté, retirando el corcho con ruido sordo—, pero el barrilete había desaparecido.

—Sí, lo tiene Fergus. Deja, lo haré yo. Tengo las manos limpias. —Y extendió el índice de la mano izquierda, para que yo dejara gotear un poco de licor encima.

—¿Qué hace Fergus con él? —pregunté, instalándome a su lado, en la roca.

—Guardarlo —respondió, sin más información. Metió el dedo en la boca de Jemmy, frotando con suavidad la encía hinchada—. Sí, aquí está. Duele un poco, ¿verdad? ¡Ay! —Bajó la mano para retirar cuidadosamente los dedos de Jemmy, enredados en el pelo de su pecho.

—Hablando de eso... —le dije señalándole la mano derecha. Él cambió al niño de brazo y me la entregó, con los dedos hacia arriba.

Era un corte muy superficial, que cruzaba las yemas del índice, el corazón y el anular, los mismos con que se había persignado. La sangre ya se había coagulado, pero dejé caer unas gotas de *whisky* sobre ellos y limpié con mi pañuelo las manchas secas de la palma. Él se dejó atender en silencio, pero cuando terminé me sostuvo la mirada con una leve sonrisa.

—Todo está bien, Sassenach —me dijo.

—¿De verdad? —Le estudié la cara. Se lo veía cansado, pero tranquilo, sin el leve gesto ceñudo de los últimos días. Fuera lo que fuese lo que iba a hacer, ya había comenzado.

—¿Me has visto? —preguntó en voz baja, analizando a su vez mi cara.

—Sí. Tiene que ver con la cruz del patio, ¿verdad?

—Bueno, supongo que sí.

—¿Para qué es? —le pregunté sin rodeos.

Él frunció los labios, frotando suavemente la encía dolorida de Jemmy. Por fin dijo:

—Nunca has visto a Dougal MacKenzie convocar al clan, ¿verdad?

Eso me sobresaltó, pero respondí con cautela.

—No. Una vez vi a Colum hacerlo, en el juramento de Leoch.

Él asintió, con el recuerdo de aquella lejana noche de antorchas reflejado en los ojos.

—Sí —dijo por lo bajo—. Colum era el jefe y los hombres acudían a su convocatoria. Pero quien los conducía a la guerra era Dougal.

Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos.

—De vez en cuando se producía algún asalto. Pero, la mayoría de las veces, sólo se trataba de un capricho de Dougal o Rupert, un impulso provocado por la bebida o el aburrimiento; mandaban a una pequeña banda, a

por ganado o cereales, más bien por divertirse. Pero reunir a todo el clan para la guerra... eso era más raro, algo que sólo vi una vez, pero es algo que no puedes olvidar.

Una mañana, al despertar, la cruz de pino estaba allí; la vio cuando cruzó el patio del castillo. Los habitantes de Leoch ya se habían levantado y se ocupaban de las tareas habituales, pero nadie miraba la cruz ni hacía referencia alguna a ella. Aun así, ocultas corrientes de excitación recorrían el castillo. Aquí y allá los hombres formaban grupos y hablaban por lo bajo; pero cuando él se unía a un grupo, la conversación se desviaba inmediatamente a un tema indiferente.

—Yo era el sobrino de Colum, sí, pero también un recién llegado. Y ellos conocían a mi padre y a mi abuelo.

El abuelo paterno de Jamie había sido Simón, lord Lovat, jefe de los Fraser de Lovat, no muy amigo de los MacKenzie de Leoch.

—Algo se avecinaba, aunque yo no supiera el qué; cada vez que cruzaba una mirada con alguien se me erizaba el pelo de los brazos. —Por fin llegó al establo, donde encontró al viejo Alee, jefe de caballerizas de Colum. El anciano era bondadoso con él, por sí mismo y por cariño hacia su madre, Ellen MacKenzie.

—Es la cruz ardiente, muchacho —le contó a Jamie, mientras le arrojaba un cepillo y señalaba los establos con la cabeza—. ¿No la habías visto nunca?

Le explicó que era algo antiguo, una costumbre que se había instaurado hacía cientos de años, sin que nadie supiera quién la había iniciado, dónde, ni por qué.

—Cuando un jefe Hielan convoca a sus hombres para la guerra —le había contado el viejo, deslizando diestramente la mano deformada por una crin enmarañada—, hace levantar una cruz y le prende fuego. Se apaga de inmediato, ¿sabes?, con sangre o con agua. Pero aun así se la llama «cruz ardiente». Y es conducida por las cañadas y las montañas como la señal para que los hombres del clan cojan sus armas y acudan al sitio de reunión, dispuestos para el combate.

—¿Sí? —Jamie sintió que el entusiasmo le ahuecaba el vientre—. ¿Y contra quién vamos a pelear? ¿Cuándo partiremos?

El anciano arrugó las cejas encanecidas, en divertida aprobación de ese

tácito «nosotros».

—Irás a donde tu jefe te conduzca, muchacho. Pero esta noche iremos a luchar contra los Grant.

—Y así fue —me dijo Jamie—, aunque esa noche no. Cuando se hizo la oscuridad, Dougal prendió fuego a la cruz y convocó al clan. Luego apagó la madera con sangre de oveja. Dos jinetes abandonaron el patio con la cruz ardiente, para llevarla por las montañas. Cuatro días después había en ese patio trescientos hombres armados con espadas, pistolas y puñales. Y al amanecer del quinto día partimos a la guerra contra los Grant.

Aún tenía el dedo en la boca del bebé; distantes los ojos, recordaba.

—Ésa fue la primera vez que utilicé mi espada contra otro hombre —dijo—. La recuerdo bien.

—No me extraña —murmuré.

Jemmy empezaba a moverse y alborotar otra vez. Me lo puse nuevamente en el regazo para ver si había mojado los pañales, y efectivamente, así era. Por suerte había llevado otro metido bajo el cinturón, por precaución. Lo tumbé sobre mis rodillas para cambiarlo.

—Así que esa cruz del patio... —dije delicadamente, sin apartar la vista de mi tarea—. Tiene que ver con la milicia, ¿no?

Jamie suspiró; las sombras del recuerdo se movían detrás de sus ojos.

—Sí —dijo—. En otros tiempos, yo podría haber hecho un simple llamamiento, y los hombres habrían acudido a él sin dudarlo, porque me pertenecían. Hombres de mi sangre, hombres de mi tierra.

Sus ojos, nublados, miraban por encima de la ladera que se elevaba ante nosotros. Me pareció que no veía las cumbres boscosas de Carolina, sino las montañas erosionadas y las tierras rocosas de Lallybroch. Apoyé mi mano libre en la suya; su piel estaba fría, pero percibí su calor debajo, como fiebre en ascenso.

—Venían a por ti... pero tú fuiste a por ellos, Jamie. En Culloden fuiste a por ellos. Los condujiste hasta allí y los llevaste de regreso.

Irónico, pensé, que quienes habían acudido entonces a su convocatoria aún estuvieran, en su mayoría, sanos y salvos en Escocia. En las Tierras Altas no había sitio que no hubiera sido afectado por la guerra, pero Lallybroch y su gente estaban prácticamente intactos, gracias a Jamie.

—Sí, así es. —Se volvió para mirarme, con una sonrisa melancólica. Durante un instante, su mano se tensó bajo la mía; luego, se relajó. Entre sus cejas se dibujó nuevamente la arruga. Señaló con una mano las montañas que nos rodeaban.

—Pero estos hombres..., entre ellos y yo no hay deuda de sangre. No son Fraser; para ellos no soy su señor, ni su jefe por nacimiento. Si acuden cuando los convoque al combate será por propia voluntad.

—Y por la del gobernador Tryon —dije, seca.

Él movió la cabeza.

—No. ¿Acaso el gobernador sabe quiénes están aquí, quiénes respondieron a su llamada? —Hizo una leve mueca—. Me conocen a mí... y con eso basta.

Era preciso admitirlo. Poco le importaba a Tryon quiénes fueran los hombres que Jamie llevara consigo; le bastaba con que apareciera, seguido por un satisfactorio número de milicianos, dispuesto a hacerle el trabajo sucio.

Reflexioné durante un momento, mientras secaba el trasero a Jemmy con el borde de mi falda. Lo poco que yo sabía de la revolución norteamericana era lo que había aprendido en los textos escolares de Brianna. Y yo sabía mejor que nadie la enorme distancia que podía haber entre la historia escrita y la realidad.

Además, por entonces vivíamos en Boston, y los textos reflejaban la historia local. Si se leía lo referido a Lexington y Concord podía dar la impresión de que la milicia había implicado a todos los hombres de la comunidad físicamente aptos, que se pusieron en acción a la primera alarma, deseosos de cumplir con su deber cívico. Tal vez fuera así, tal vez no. Pero las tierras de Carolina no se parecían en nada a Boston.

—La milicia. —Levanté a Jemmy, que no paraba de moverse ni de darme patadas entre grandes protestas por el hecho de que se le pusiera un pañal—. ¡Oh!, basta ya, niño.

Jamie lo retiró de mi falda para ponérselo bajo el brazo.

—Deja que yo me encargo de él. ¿Necesitará más *whisky*?

—No sé, pero con tu dedo en la boca no puede gritar. —Aliviada por verme libre de Jemmy, regresé al curso de mis pensamientos.

—Ahora, hace más de cien años que Boston está poblada —observé—. Tiene aldeas y fincas... y las fincas no están tan lejos de las aldeas. Sus habitantes viven allí desde hace mucho tiempo. Todo el mundo se conoce.

Jamie asentía pacientemente ante cada una de estas asombrosas revelaciones, esperando que yo llegara a algo. Cosa que hice.

—Así que, cuando alguien convoca allí a una milicia... —Y de pronto comprendí que él había estado tratando de explicarme lo mismo desde un principio—. La gente acude, porque todos están habituados a luchar juntos en defensa de sus poblaciones, y porque nadie querría quedar como cobarde ante sus vecinos. Aquí, en cambio...

Me mordí los labios, contemplando las altas montañas que nos rodeaban.

—Eso es —asintió él, viendo aflorar la comprensión a mi cara—. Aquí es diferente.

Los pobladores de la montaña acudirían sin vacilar en auxilio de un vecino, pues en cualquier momento ellos podían necesitar la misma ayuda. Después de todo, no había nadie más a quien recurrir. Pero nunca habían luchado por un fin común, no tenían ningún interés compartido que defender. ¿Y abandonar sus hogares y sus familias, dejándolos indefensos, para servir al capricho de un remoto gobernador? Unos pocos podían sentirse obligados por una difusa idea del deber a cumplir; otros irían por curiosidad, por desasosiego o con la vaga esperanza de obtener alguna ganancia. Pero la mayoría acudiría sólo si los convocaba un hombre al que respetaran, en quien tuvieran confianza.

«Para ellos no soy su señor, ni su jefe por nacimiento», había dicho él. Tal vez no, pero aun así había nacido para la función. Si él quería, podía convertirse en jefe.

—¿Por qué? —pregunté en voz baja—. ¿Por qué vas a hacerlo?

Las sombras que se elevaban de las rocas iban sofocando poco a poco la luz.

—¿No te das cuenta? —Se volvió hacia mí con una ceja arqueada—. Tú me dijiste lo que sucedería en Culloden. Y yo te creí, Sassenach, por temible que me pareciera. Si los hombres de Lallybroch regresaron a casa sanos y salvos, fue tanto por ti como por mí.

Eso no era del todo cierto; cualquiera que hubiera marchado a Nairn con

el ejército de las Tierras Altas habría previsto el desastre que se avecinaba. Aun así, yo había ayudado en algo a que Lallybroch estuviera preparado, no sólo para la batalla, sino para sus consecuencias. El pequeño peso de culpa que sentía siempre al pensar en el alzamiento se alivió un poco, calmándome el corazón.

—Pues quizá sí, pero ¿qué...?

—Tú me has dicho lo que sucederá aquí, Sassenach. Tú, Brianna y MacKenzie, los tres. Rebelión y guerra. Y esta vez... la victoria.

La victoria. Asentí torpemente, recordando lo que sabía de las guerras y el costo de la victoria. No obstante, siempre era mejor que la derrota.

—Pues bien. —Se inclinó para recoger su puñal y lo usó para señalar las montañas que nos rodeaban—. He prestado mi juramento a la Corona; si falto a él en tiempos de guerra, soy un traidor. Mi tierra y mi vida están comprometidas; los que me sigan compartirán mi destino. ¿No crees?

—Cierto. —Ceñí los brazos al cuerpo, tragando saliva; habría querido tener a Jemmy conmigo. Él se volvió para mirarme, duros y brillantes los ojos.

—Pero me habéis dicho que esta vez la Corona no prevalecerá. Y si el rey es derrocado, ¿qué será de mi juramento? Si lo respeto, seré un traidor a la causa de los rebeldes.

—¡Oh! —exclamé, débilmente.

—¿Comprendes? En algún momento Tryon y el rey perderán su poder sobre mí... pero no sé cuándo será. En algún momento los rebeldes detentarán el poder... Y mientras tanto... —Inclinó hacia abajo la punta del puñal.

—Comprendo, sí. Bonita disyuntiva —comenté, sintiéndome algo debilitada ante lo precario de nuestra situación.

En ese momento, cumplir las órdenes de Tryon era la única opción. Pero más tarde, si Jamie seguía siendo hombre del gobernador durante los primeros estadios de la revolución, equivaldría a declararse leal a la Corona. Y eso, sería fatal a largo plazo. A corto plazo, no obstante, romper con Tryon, faltar a su juramento y apoyar a los rebeldes... le costaría las tierras y quizá la vida.

Se encogió de hombros, torciendo la boca con aire irónico, y acomodó a

Jemmy en su regazo.

—Bueno, no ha de ser la primera vez que camino entre dos fuegos, Sassenach. Puede que salga algo chamuscado, pero frito no, no creo. —Dejó escapar un pequeño resoplido que podía ser risa—. Lo llevo en la sangre, ¿no?

Logré reír un poco.

—Si estás pensando en tu abuelo —dije—, admito que era hábil, pero al final falló, ¿verdad?

Él inclinó la cabeza de lado a lado, ambiguamente.

—Puede ser, sí. Pero ¿no crees que quizá las cosas resultaron como él quería?

El difunto lord Lovat había sido famoso por lo tortuoso de su mente, pero yo no lograba ver las ventajas de hacer que le cortaran la cabeza, y así lo dije.

Jamie sonrió, pese a lo grave de la discusión.

—Pues... quizá no planeó que lo decapitaran, pero aun así... Ya viste lo que hizo: mandó al joven Simón a la batalla mientras él se quedaba en casa. Pero ¿cuál de los dos pagó el precio en Tower Hill?

Asentí lentamente; comenzaba a comprender. El joven Simón, quien en realidad tenía más o menos la edad de Jamie, no había padecido físicamente por el papel desempeñado abiertamente en el alzamiento. No había sufrido la cárcel ni el exilio, como tantos de los jacobitas; aunque perdió la mayoría de sus tierras, posteriormente recuperó parte de sus propiedades, gracias a repetidos y tenaces pleitos iniciados contra la Corona.

—Simón el Viejo podría haber culpado a su hijo, sí, con lo que Simón el Joven habría acabado en el patíbulo. Pero no fue así. Bueno, supongo que hasta una vieja víbora como él vacilaría antes de poner bajo el hacha la cabeza de su propio hijo y heredero.

Jamie asintió.

—¿Dejarías que alguien te cortara la cabeza, Sassenach, si tuvieras que elegir entre tú y Brianna?

—Sí —respondí sin vacilar. Si bien me costaba admitir que el viejo Simón hubiera poseído la virtud de pensar en su familia, hasta las víboras debían de preocuparse por el bienestar de sus hijos.

Jemmy había abandonado el dedo ofrecido; a cambio roía ferozmente la

empuñadura del cuchillo de su abuelo. Jamie envolvió la hoja con una mano, para que el niño estuviera a salvo de ella, pero no hizo esfuerzo alguno por quitarle el puñal.

—Yo también —dijo, sonriendo levemente—. Aunque espero que no se presente el caso.

—No creo que ninguno de los dos ejércitos quisiera... quiera... decapitar a nadie —opiné. Desde luego, quedaban en pie otras opciones desagradables, pero Jamie lo sabía tan bien como yo.

Sentí el súbito y apasionado impulso de incitarlo a arrojar todo por los aires, a alejarse de todo. Podía decir a Tryon que se quedara con sus tierras; a los arrendatarios, que buscaran su propio camino, huyendo del Cerro. La guerra era inminente, pero no tenía por qué tragarnos, esta vez. Podíamos ir al sur, a Florida, a las Indias. Al oeste, para buscar refugio entre los cherokees. Y hasta retornar a Escocia. Aunque las colonias se rebelaran, había otros lugares adonde ir.

El me estaba observando.

—Esto —dijo, descartando con un gesto a Tryon, la milicia y los reguladores— es algo muy pequeño, Sassenach; quizá no sea nada por sí solo. Pero es el comienzo, según creo.

La luz ya empezaba a apagarse; la sombra le cubría las piernas, pero el último rayo de sol prestaba a su cara un marcado relieve. Tenía una mancha de sangre en la frente, allí donde se había tocado al persignarse. Pensé limpiársela, pero no me moví.

—Para que yo pueda salvar a estos hombres, para que crucen conmigo entre los dos fuegos, tendrán que seguirme sin preguntas, Sassenach. Es mejor comenzar ahora, cuando no hay tanto en juego.

—Lo sé —dije, estremecida.

—¿Tienes frío, Sassenach? Coge al niño y vuelve a casa. Yo te seguiré en cuanto me haya vestido.

Me entregó a Jemmy y el puñal, puesto que los dos parecían momentáneamente inseparables, y se levantó. Después recogió su falda para sacudir los pliegues del tartán, pero yo no me moví. La hoja del puñal estaba caliente por el contacto de su mano.

Me clavó una mirada interrogante. Yo sacudí la cabeza.

—Te esperaremos.

Él se vistió deprisa, pero con cuidado. Pese a mis aprensiones, era preciso admitir la delicadeza de su instinto. No llevaba su falda de vestir, negra y carmesí, sino la de caza. En vez de esforzarse por impresionar con sus riquezas a los hombres de la montaña, vestía sencillamente, para demostrar a los otros escoceses que era uno de ellos, al tiempo que llamaba la atención y el interés de los alemanes.

Sería esa noche, sí. Obviamente, había mandado a Roger y a los otros a convocar a aquellos que vivían a un día de viaje; esa noche prendería fuego a su cruz, nombraría a los primeros hombres... y sellaría el trato con *whisky*.

—Así que Bree tenía razón —dije, por quebrar el silencio del claro—. Dijo que tal vez estabas fundando una nueva religión. Cuando vio la cruz, digo.

Se volvió hacia mí, sorprendido. Luego miró en dirección a la casa, crispando la boca en una mueca irónica.

—Supongo que así es —dijo—. Que Dios me ayude.

Con cuidado, le quitó a Jemmy el puñal y, después de limpiarlo con un pliegue de su manta, lo deslizó dentro de su funda. Había terminado.

Me levanté para seguirlo. Las palabras que no podía, que no quería pronunciar, se agolpaban en mi garganta. Temerosa de que alguna se deslizara por mi boca y saliera, preferí decir:

—¿Era a Dios a quien llamabas en tu auxilio cuando te vi, hace un rato?

—¡Oh, no! —Apartó la vista un instante—. Llamaba a Dougal MacKenzie.

De repente experimenté un profundo escrúpulo. Dougal había muerto hacía mucho tiempo, en la víspera de Culloden... en brazos de Jamie, con su puñal clavado en el cuello. Tragué saliva; mis ojos fueron involuntariamente hacia el cuchillo que le pendía del cinturón.

—Hace mucho tiempo hice las paces con Dougal —explicó muy quedo, siguiendo la dirección de mi mirada. Tocó la empuñadura del cuchillo, con su nudo de oro, que había pertenecido a Héctor Cameron—. Él era jefe. Por lo que ha de saber que entonces hice lo que debía, por mis hombres y por ti. Y que ahora volveré a hacerlo.

Entonces comprendí lo que había dicho, erguido de cara al oeste, hacia

donde van las almas de los muertos, retornando al hogar. No había sido una oración ni una súplica. Conocía esas palabras, si bien llevaba mucho tiempo sin oírlas. Él había gritado: «TulachArd!», el grito de guerra del clan MacKenzie.

—¿Y él...? ¿Crees que te ayudará?

Asintió con aire serio.

—Si puede —dijo—. Dougal y yo combatimos juntos muchas veces, mano a mano y espalda contra espalda. Y después de todo, Sassenach, la sangre es la sangre.

Asentí a mi vez, mecánicamente, mientras apoyaba a Jemmy contra mi hombro.

—Vamos —dije—. Se acerca la noche.

El bardo

Cuando al fin Roger llegó a la puerta de su casa ya había oscurecido del todo, pero las ventanas refulgían, acogedoras, y la chimenea despedía una lluvia de chispas, prometiendo calor y comida. Estaba cansado, con frío y hambriento; experimentaba un profundo y agradecido aprecio por su hogar, sustancialmente agudizado al saber que por la mañana debería abandonarla.

—¿Brianna? —Entró entornando los ojos para buscar a su esposa en el resplandor.

—¡Por fin! ¡Qué tarde llegas! ¿Dónde has estado? —Ella salió del pequeño cuarto del fondo, con el bebé en la cadera y una pila de tartán apretada contra el pecho. Alargó la cabeza sobre el tejido para darle un beso fugaz, dejándole un tentador regusto a mermelada de ciruelas.

—He pasado estas diez horas últimas a caballo, subiendo y bajando por valles y colinas —dijo él, quitándole la tela de las manos para tirarla sobre la cama—, en busca de una mítica familia holandesa. Ven a darme un beso decente, ¿quieres?

Ella, obediente, le rodeó la cintura con el brazo libre para darle un largo beso, perfumado de ciruelas. Roger se dijo que, por hambriento que estuviera, la cena podía esperar un poco. Pero el bebé, que pensaba distinto, lanzó un berrido tal que Brianna se apartó apresuradamente, haciendo una mueca.

—¿Sigue sin salirle el diente? —preguntó Roger, observando el

semblante rojo e hinchado de su vástago, cubierto por una reluciente película de moco, saliva y lágrimas.

—¿Cómo has podido adivinarlo? —exclamó ella, cáustica—. Oye, ¿puedes cogerlo un minuto?

Después de poner a Jemmy en brazos de su padre, se estiró del corpiño; el lino verde estaba húmedo, arrugado y lleno de manchas claras: leche escupida. Descubrió uno de sus pechos, y alargando los brazos hacia el niño, se sentó con él en la silla de amamantar, junto al fuego.

—Se ha pasado el día así —le informó, moviendo la cabeza. El bebé se retorció y gimoteaba, golpeando con la mano nerviosa el alimento que se le ofrecía—. No quiere mamar más que unos pocos minutos y luego vuelve a vomitar. Lloriquea si lo levantas, pero berrea si lo dejas. —Se pasó una mano fatigada por el pelo—. Me siento como si hubiera pasado el día combatiendo con lagartos.

—¡Hum!, mala cosa. —Roger se frotó la parte baja de la espalda, tratando de hacerlo con disimulo. Luego señaló la cama con el mentón—. Eh... ¿para qué es ese tartán?

—¡Ah!, lo había olvidado. Es tuyo. —Apartando momentáneamente la atención del niño, levantó la vista hacia Roger. Por primera vez reparó en su desaliño—. Lo trajo papá. Quiere que te lo pongas esta noche. A propósito: tienes una gran mancha de barro en la cara. ¿Te has caído?

—Varias veces.

Él se acercó al lavamanos, cojeando un poco.

—¿Sí? ¿Qué mala suerte! Chist, chist —acalló al niño, meciéndolo—. ¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien.

Él se quitó la chaqueta y le dio la espalda para verter agua en el recipiente. Luego se mojó la cara, atento a los chillidos de Jemmy; para sus adentros calculaba las posibilidades que tenía de hacer el amor con Brianna antes de la partida, que sería por la mañana. A continuación, se secó con la toalla, echando un vistazo disimulado a su alrededor, por si hubiera algo para comer. Tanto la mesa como el hogar estaban vacíos, aunque en el aire pendía un fuerte olor a vinagre.

—¿*Sauerkraut*? —adivinó, olfateando audiblemente—. ¿Los Mueller?

—Han traído dos grandes frascos. —Brianna hizo un gesto hacia el rincón, donde se veía un recipiente de piedra entre las sombras—. Ése es el nuestro. ¿Has comido algo?

—No. —Su vientre retumbó audiblemente; al parecer estaba dispuesto a aceptar el *sauerkraut* frío, si no había otra cosa. Pero en la casa grande debía de haber comida. Reanimado por esa idea, se quitó los pantalones y dio comienzo a la incómoda tarea de tablear el tartán, a fin de hacer una manta que pudiera sujetar con el cinturón.

Jemmy, mecido por su madre, se había calmado un poco y sólo emitía intermitentes quejidos de malestar.

—¿Qué era eso de unos míticos holandeses? —preguntó ella, sin dejar de mecerlo.

—Jamie me envió hacia el nordeste, en busca de una familia holandesa que, según le han dicho, se ha instalado cerca de Boiling Creek. Debía reclutar a los hombres para la milicia y, en lo posible, hacer que me acompañaran. —Echó una mirada ceñuda al paño preparado en la cama. Sólo había usado una manta como ésa dos veces—. ¿Es muy importante que me ponga eso?

Brianna, a sus espaldas, emitió un breve resoplido de risa.

—Algo tendrás que ponerte. No puedes ir a la casa grande vestido sólo con la camisa. No encontraste a esos holandeses, ¿verdad?

—Ni siquiera un zueco.

Había llegado a algo que parecía ser Boiling Creek, subió una ribera a lo largo de varios kilómetros, esquivando (o no) ramas bajas, zarzas y matas de hamamelis, sin hallar rastros de nada.

—Tal vez hayan partido. Pueden haber ido a Virginia o a Pensilvania —dijo Brianna, comprensiva.

—Vale —suspiró él—. Ríete, si es preciso.

Vestir una manta ceñida no era lo más digno que uno podía hacer, dado que el método más eficiente consistía en tumbarse sobre la tela tableada y rodar como una salchicha en el asador. Jamie sabía hacerlo de pie, pero, claro, el hombre tenía práctica.

Sus forcejeos, deliberadamente exagerados, fueron recompensados por las risas de Brianna, que a su vez parecieron tener un efecto sedante sobre el

bebé. Cuando Roger dio los toques finales a sus tablas y drapeados, madre e hijo estaban arrebolados, pero felices. Él les hizo una garbosa reverencia. Bree aplaudió con una sola mano contra la rodilla.

—Estupendo —dijo, recorriéndolo apreciativamente con la mirada—. ¡Mira a papá! ¡Papá guapo!

Jemmy, que contemplaba boquiabierto aquella visión de gloria viril, floreció en una sonrisa ancha y lenta. Roger aún estaba hambriento, dolorido y cansado, pero eso no parecía tan importante. Sonriendo de oreja a oreja, alargó los brazos hacia el bebé.

—¿Tienes que cambiarte? Si el niño ya está lleno y seco, lo llevaré a la casa. Así tendrás algo de tiempo para arreglarte.

—Insinúas que debo acicalarme, ¿no? —Brianna lo miró severa, levantando la nariz larga y recta. Tenía parte del pelo suelto, en mechones y enredos, y su vestido mostraba un aspecto lamentable.

—Estás preciosa —aseguró él, mientras levantaba al niño con destreza—. Calla, *a bhalaich*. Ya has disfrutado mucho de mamá. Y ella, por cierto, ha disfrutado mucho de ti. Ahora ven conmigo.

—¡No olvides la guitarra! —clamó Bree.

Él se detuvo ante la puerta, sorprendido.

—¿Qué?

—Papá quiere que cantes. Espera, que me ha dado una lista.

—¿Una lista? ¿De qué? —Por lo que Roger sabía, Jamie no prestaba la menor atención a la música. De hecho, que Fraser no apreciara su mayor habilidad le fastidiaba un poco, aunque rara vez lo admitiera.

—De canciones, desde luego. —Ella recitó la lista memorizada—. Quiere que cantes *Ho ro!*, y *Birniebouzle*. Y *The Great Silkie*. Dijo que entre una y otra puedes cantar otras cosas, pero quiere ésas. Y luego deberás cantar cosas de guerra. No es así como me lo dijo, pero ya sabes a qué me refiero: *Killiecrankie*, *The Haughs of Cromdale* y *The Sherrifsmuir Fight*. Sólo las más antiguas, desde luego; dice que no cantes las del cuarenta y cinco, salvo *Johnnie Cope*. Ésa no debe faltar, pero casi al final. Y...

Roger la miró fijamente, desenredando el pie de Jemmy de los pliegues de su manta.

—Yo pensaba que tu padre no conocía siquiera el título de las canciones,

por no hablar de preferencias.

Brianna, ya de pie, se quitó la larga horquilla que le sujetaba el pelo, dejando que la cascada roja cayera sobre sus hombros y su cara. Luego pasó ambas manos por la masa rojiza, echándola hacia atrás.

—Es cierto que no tiene preferencias. Papá no tiene el menor oído musical. Mamá asegura que tiene un buen sentido del ritmo, pero que no sabe distinguir una nota de otra.

—Eso era lo que yo pensaba, pero ¿por qué...?

—Aunque no preste atención a la música, Roger, presta atención. —Clavó el peine en la maraña de su pelo—. Y se fija. Sabe cómo reacciona la gente cuando escucha esas canciones, y lo que siente.

—¿De veras? —murmuró él. El hecho de que Fraser reparara en el efecto de su música, aunque no pudiera apreciarla personalmente, le provocó un extraño placer—. Así que quiere que los ablande un poco, ¿no es eso?, que los entusiasme antes de que él haga su parte.

—Eso es. —Ella asintió con la cabeza, mientras desataba los cordones de su corpiño. Sus pechos saltaron, redondos y sueltos bajo la fina camisa de muselina.

Roger cambió de posición para acomodarse la manta. Ella captó ese leve movimiento y lo observó. Luego alzó lentamente las manos para sostenerse los pechos, mirándolo con una pequeña sonrisa. Por un momento él tuvo la sensación de que había dejado de respirar.

Brianna fue la primera en romper el momento: dejando caer las manos, fue a hurgar en el baúl donde guardaba su ropa interior.

—¿Sabes exactamente qué se trae entre manos? —preguntó, apagada la voz en las profundidades del baúl—. ¿Ya había levantado esa cruz cuando partisteis?

—Sí. —Jemmy lanzaba pequeños bufidos, como una locomotora de juguete que pujara cuesta arriba. Roger se lo puso debajo de un brazo, abarcando la tripita con la mano—. Es una cruz ardiente. ¿Sabes de qué se trata?

Ella emergió del baúl con una camisa limpia en las manos; parecía algo alterada.

—¿Una cruz ardiente? ¡No me digas que va a quemar una cruz en el

patio!

—No exactamente. —Roger descolgó el *bordan* con la mano libre y probó la tensión del tambor con el dedo. Luego le explicó en pocas palabras la tradición de la cruz ardiente—. Es algo raro —concluyó, poniendo el tambor fuera del alcance de Jemmy—. No creo que se haya vuelto a hacer en las Tierras Altas después del Alzamiento. Pero tu padre me dijo que la había visto una vez. Es algo muy especial ver aquí esa ceremonia.

Arrebatado por su entusiasmo de historiador, tardó en darse cuenta que Brianna no estaba tan entusiasmada.

—Puede ser —dijo ella, intranquila—. No sé. Me da escalofríos.

—¿Eh? —Roger le echó un vistazo, sorprendido—. ¿Por qué?

Bree se encogió de hombros, quitándose la camisa arrugada por la cabeza.

—No sé. Quizá porque he visto cruces ardientes... en los informativos de la televisión. El KKK... ¿o es que no lo sabes? Puede que la televisión británica no informe... no informara de esas cosas.

—¿El Ku Klux Klan? —Aquellos fanáticos prejuiciosos no le inspiraban tanto interés como los pechos desnudos de Brianna, pero hizo un esfuerzo por concentrarse en la conversación—. ¡Oh! Claro que estoy enterado. ¿De dónde crees que sacaron la idea?

—¿Qué? No me digas que...

—Desde luego —afirmó él, alegremente—. De los inmigrantes escoceses; en realidad, descienden de ellos. Por eso se dieron el nombre de «Klan». Y ahora que lo pienso —añadió—, esta noche podría ser... el eslabón. La ocasión que trae la costumbre del viejo mundo al nuevo. ¿No sería grandioso?

—Grandioso —repitió Bree, vagamente, sacudiendo un vestido limpio de lino azul, con aire inquieto.

—Todo se inicia en algún punto, Bree —explicó él, con más suavidad—. Muy a menudo no sabemos dónde ni cómo. ¿Importa que esta vez lo sepamos? Además, el Ku Klux Klan no nacerá hasta dentro de cien años, por lo menos. —Hizo saltar ligeramente a Jemmy sobre la cadera—. No lo veremos nosotros, ni tampoco nuestro pequeño Jeremiah; tal vez ni siquiera su hijo.

—Estupendo —replicó ella con sequedad—. Y nuestro bisnieto podría

acabar siendo el Gran Dragón.

Él se echó a reír.

—Sí, es posible. Pero esta noche es tu padre.

Jugando con fuego

No estaba seguro de lo que esperaba. Tal vez algo parecido al espectáculo de la gran hoguera, durante la congregación. Los preparativos eran los mismos: implicaba grandes cantidades de comida y bebida. En un extremo del patio había un enorme tonel de cerveza y otro más pequeño, lleno de *whisky*; un cerdo descomunal giraba lentamente encima de un lecho de brasas, despidiendo nubes de humo y aromas que hacían la boca agua.

Él sonrió ante las caras bañadas por el fuego, lustrosas de grasa y encendidas por la bebida. Luego tamboreó su *bodhrdan*. El estómago le resonaba con fuerza, pero el ruido se perdió bajo el bullicioso estribillo de *Killiecrankie*:

*¡Conocí al diablo y a Dundee
en las laderas de Killiecrankie!*

Cuando le trajeran la cena se la habría ganado, sin duda. Llevaba más de una hora cantando y tocando. La luna ya se elevaba sobre Black Mountain. Aprovechó el estribillo para echar mano de la taza que habían dejado bajo su taburete; después de humedecerse la garganta atacó la nueva estrofa con más solidez.

¡Peleé en tierra, peleé en el mar,

*y en casa peleé con mi tía!
¡Conocí al diablo y a Dundee
en las laderas de Killiecrankie!*

Cantaba con una sonrisa de profesional, cruzando una mirada aquí, concentrándose en un rostro más allá y calculando mentalmente el efecto. Se estaba adentrando en lo que Bree llamaba «cosas de guerra».

Sentía la cruz erguida a su espalda, casi oculta por la oscuridad. Pero todos la habían visto, entre murmullos de interés y especulación.

Jamie Fraser, en un lateral, se mantenía fuera del círculo de luz. Roger apenas distinguía su silueta alta, oscura, a la sombra de la gran píceo roja que se levantaba cerca de la casa. Se había pasado toda la velada recorriendo metódicamente el grupo; aquí y allá se detenía a intercambiar un saludo cordial, decir un chiste, escuchar un problema o un relato. Ahora estaba solo, esperando. Ya casi había llegado el momento de hacer lo que se proponía, fuera lo que fuese.

Roger les concedió un momento para aplaudir y lo aprovechó para refrescarse. Luego se lanzó con «*Johnnie Cope*»: rápida, ardiente y divertida. Durante la congregación la había cantado varias veces; sabía bien el efecto que causaba.

Algunos de aquellos hombres habían combatido en Prestonpans; aunque derrotados en Culloden, aún vitoreaban a las tropas de Johnnie Cope y se regocijaban ante la oportunidad de revivir esa famosa victoria. Incluso los escoceses que no habían combatido allí, la conocían. Sólo importaba que lo pasaran bien.

La muchedumbre cantó medio a gritos el estribillo final, casi ahogando su voz.

*Eh, Johnnie Cope, ¿sigues andando?
¿Aún suenan tus tambores?
¡Si estás andando, yo esperaría,
para acercarme a las brasas por la mañana!*

Con un último toque de tambor, hizo una reverencia, entre grandes aplausos. El precalentamiento estaba hecho. Era hora de presentar el acto

principal. Muy sonriente, se levantó de su taburete y desapareció entre las sombras, hacia los maltrechos restos del enorme cerdo asado.

Bree estaba allí, aguardándolo, con Jemmy completamente despierto en los brazos. Ella se estiró para darle un beso y le cambió el *bordan* por el niño.

—¡Has estado estupendo! —dijo—. Aguántalo. Voy a traerte comida y cerveza.

Generalmente, Jem prefería estar con su madre; pero estaba tan aturdido por las llamas y el ruido que no protestó por el cambio de manos. Se limitó a acomodarse contra el pecho de Roger, chupándose muy serio el pulgar.

Su padre sudaba por el esfuerzo, con el corazón acelerado por la adrenalina de la actuación; lejos del fuego y de la muchedumbre, el aire le enfrió la cara enrojecida. El bebé era un peso cálido y sólido en el hueco de su brazo. Había estado bien y lo sabía. Sólo cabía esperar que fuera lo que Fraser deseaba.

Cuando Bree reapareció, trayendo una taza y un plato lleno de comida, Jamie ya había entrado en el círculo de luz, ocupando el sitio abandonado por Roger ante la cruz.

Alto, ancho de hombros, lucía su mejor chaqueta gris y una falda de tartán azul claro; el pelo suelto y flamígero sobre los hombros, con una pequeña trenza de guerrero a un lado, adornada con una sola pluma. La luz del fuego centelleaba en la empuñadura dorada de su puñal y en el broche que sujetaba su manta, y su actitud era seria, apasionada. Era todo un espectáculo... y lo sabía.

En pocos segundos el gentío se aquietó. Los hombres hacían callar a sus compañeros más garrulos.

—Sabéis bien por qué estamos aquí, ¿verdad? —preguntó él, sin preámbulos.

Levantó la mano para mostrar la arrugada citación del gobernador, bien visible la mancha roja del sello oficial a la luz del fuego. Hubo un rumor de asentimiento; la muchedumbre aún estaba alegre; sangre y *whisky* corrían libremente por sus venas.

—Se nos convoca a cumplir con el deber. El honor nos obliga a apoyar la causa de la ley... y del gobernador.

Roger vio que el viejo Gerhard Mueller, inclinado hacia un lado para

escuchar lo que uno de sus yernos le traducía al oído, asentía con aire de aprobación.

—*Ja!* —gritó—. *Lang lebe* gobernador!

Hubo un murmullo de risas y un eco de gritos en inglés y gaélico. Jamie, sonriente, esperó a que se acallara el bullicio. Luego giró lentamente, mirando cara a cara, reconociendo a cada hombre con un ademán de la cabeza. Por fin se volvió con la mano hacia la cruz que se levantaba tras él, desnuda y negra.

—En las Tierras Altas de Escocia, cuando un jefe se disponía a la guerra —dijo, en tono despreocupado y coloquial, pero de modo que se oyera en todo el patio—, prendía fuego a la cruz ardiente y la conducía por las tierras de su clan, como señal para que los hombres de su apellido cogieran las armas y acudieran al sitio de reunión, preparados para la batalla.

Unos cuantos hombres habían visto aquello o, al menos, sabían de qué estaba hablando.

—Pero estamos en una tierra nueva. Somos amigos —sonrió a Gerhard Mueller—. *Ja, Freunde*, vecinos y compatriotas —una mirada a los hermanos Lindsay—, pero no somos clan. Si bien se me ha puesto al mando, no soy vuestro jefe.

«No me vengas con ésas —pensó Roger—. De cualquier modo vas a serlo muy pronto». Dio un último trago de cerveza fría y dejó la taza y el plato. La comida podía esperar un poco más. Bree había cogido al bebé y él tenía nuevamente su *bordan* bajo el brazo. Lo preparó; ella le dirigió una mirada sonriente, pero casi toda su atención estaba fija en su padre.

Jamie se inclinó para retirar una antorcha de la fogata. Luego se irguió con ella, iluminando los planos amplios y los ángulos marcados de su cara.

—Que Dios sea testigo de nuestra buena disposición y fortaleza de nuestros brazos. —Hizo una pausa para que los alemanes pudieran seguirlo—. Que esta cruz ardiente se alce como testimonio de nuestro honor, para invocar la protección de Dios sobre nuestras familias... hasta que retornemos sanos y salvos.

Acercó la antorcha al poste de la cruz y allí la sostuvo hasta que la corteza seca se prendió; una llama pequeña fue creciendo y centelleando en la madera oscura. Roger sintió que Brianna suspiraba a su lado, aflojando en parte su

tensión.

Fraser se irguió un momento, observando la llama hasta asegurarse de que había prendido. Luego arrojó su antorcha a la hoguera y se dirigió nuevamente a los hombres.

—No podemos saber qué será de nosotros. Que Dios nos dé valor —dijo sencillamente—. Que Dios nos dé sabiduría. Si es Su voluntad, que él nos brinde paz. Partiremos por la mañana.

Entonces giró para alejarse del fuego, buscando a Roger con la mirada. El joven le hizo una señal de asentimiento; después de tragar para aclararse la voz, empezó a cantar suavemente, en la oscuridad, la canción con que Jamie quería poner fin a la ceremonia: «*La flor de Escocia*».

*Oh, flor de Escocia,
¿cuándo volveremos a verte?
los que peleamos y morimos
por tu pequeña colina y tu valle...*

No era una de las canciones que Bree llamaba «cosas de guerra». Era algo solemne y melancólico. Pero tampoco una canción doliente, pese a todo; expresaba recuerdos, orgullo y decisión. Ni siquiera era legítimamente antigua (Roger conocía al hombre que la había compuesto, en su propia época), pero Jamie la había oído y, como conocía la historia de Stirling y Bannockburn, estaba plenamente de acuerdo con esos sentimientos.

*Y se plantó ante él,
el orgulloso ejército de Eduardo,
y lo mandó de regreso,
para que lo pensara mejor.*

El grupo de escoceses dejó que cantara él solo la estrofa, pero al llegar al estribillo las voces se elevaron, quedas, luego más audibles:

*Y lo envió a casa...
¡Piénsalo otra vez!*

Él recordó algo que Bree le había dicho la noche anterior, en la cama, durante los pocos instantes en que ambos estuvieron todavía conscientes. Habían estado conversando sobre gente de la época, preguntándose si algún día conocerían personalmente a personas como Jefferson o Washington. Era una perspectiva estimulante y en absoluto imposible. Ella mencionó a John Adams, citando algo que, según los libros, Jefferson había dicho (antes bien, diría) durante la Revolución: «Soy guerrero; que mi hijo pueda ser comerciante... y que su hijo pueda ser poeta».

*Ahora las colinas están desnudas
y las hojas de otoño se amontonan, quietas.
Tu tierra, que ahora has perdido,
nunca fue tan querida
Eso se enfrentó a él,
el orgulloso ejército de Eduardo,
y lo envió a casa.
Piénsalo otra vez...*

Ya no era el ejército de Eduardo, sino el de Jorge. Pero seguía siendo el mismo ejército orgulloso. Vio un instante a Claire, de pie entre las otras mujeres que formaban un grupo aparte en el límite del círculo de luz. Su expresión era remota; estaba muy quieta, con el pelo suelto alrededor de la cara, oscurecidos los ojos dorados por una sombra interior y fijos en Jamie, que estaba a su lado, en silencio.

El mismo ejército orgulloso en el cual ella había combatido un día; el orgulloso ejército donde había muerto el padre de Roger. Sintió un nudo en la garganta; tuvo que coger aire desde muy hondo para cantarlo con fiereza. «Seré guerrero, para que mi hijo pueda ser mercader y su hijo, poeta». Ni Adams ni Jefferson habían combatido; Jefferson no tuvo ningún hijo varón. El poeta fue él, y sus palabras aún resonaban a través de los años y los ejércitos en armas, ardiendo en el corazón de quienes estaban dispuestos a morir por ella, por el país que sobre ellas se había fundado.

«Quizá sea por su pelo», pensó Roger irónicamente, al ver el destello de luz rojiza en la cabeza de Jamie, que se movía para observar en silencio

aquello que había iniciado. Algún tinte vikingo en la sangre daba a aquellos hombres altos y fieros el don de conducir a los hombres a la guerra.

*Los que lucharon y murieron
por tu colina y tu cañada...*

Así había sido y volvería a ser. Pues los hombres siempre combatían por lo mismo: el hogar y la familia. Y aunque ahora Roger se descubría bardo de un jefe escocés exiliado, trataría también de ser guerrero cuando llegara el momento, por el bien de su hijo y de los que vinieran después.

*Y lo envió a casa.
Piénsalo otra vez.
Piénsalo... otra vez.*

Lo angelical de mi descanso

Aunque era muy tarde, hicimos el amor por consentimiento tácito; ambos necesitábamos buscar refugio y consuelo en la carne del otro. Solos en nuestra alcoba, con las contraventanas bien cerradas para dejar afuera los ruidos y las voces del patio (el pobre Roger seguía cantando, por exigencia popular), pudimos descartar las prisas y las fatigas de la jornada, al menos por un rato.

Después, él me abrazó con fuerza, aferrado a mí como si fuera un talismán.

—Todo saldrá bien —dije en voz baja, acariciando su pelo húmedo; hundí los dedos donde se encuentran el cuello y los hombros; allí el músculo estaba duro como leña bajo la piel.

—Sí, lo sé.

Se estuvo quieto un rato, dejándome trabajar. La tensión de su cuello y sus hombros se fue relajando gradualmente; su cuerpo se hizo más pesado sobre el mío. Al sentir que yo aspiraba hondo, se dejó caer a un lado. Su estómago resonó audiblemente; ambos reímos.

—¿No has tenido tiempo para cenar? —pregunté.

—No puedo comer antes —respondió—. Me provoca calambres. Y después no hubo tiempo. ¿Tienes aquí algo comestible?

—No —dije, con pena—. Tenía algunas manzanas, pero los Chisholm les

echaron mano. Perdona. Debí traerte algo.

Sí, yo sabía que Jamie rara vez comía «antes» (antes de cualquier lucha, confrontación o situación socialmente tensa), pero no se me había ocurrido que tal vez después no tuviera tiempo de comer con todo el mundo.

—Tenías otras cosas en qué pensar, *Sassenach* —respondió secamente—. No te preocupes. Puedo esperar al desayuno.

—¿Estás seguro? —saqué un pie de la cama, dispuesta a levantarme—. Queda mucha comida. Si no quieres bajar, puedo ir yo y...

Me cogió por el brazo para meterme con firmeza bajo los cobertores. Luego me adaptó a la curva de su cuerpo, poniéndome un brazo encima para asegurarse de que no me moviera de allí.

—No —dijo con decisión—. Ésta puede ser la última noche que pase en una cama durante mucho tiempo y pienso quedarme en ella... contigo.

—Está bien.

Me acurruqué bajo su barbilla, obediente, relajándome contra él. Comprendía: nadie subiría a buscarnos, a menos que se presentara una emergencia, pero bastaría que él o yo apareciéramos abajo para provocar un inmediato tropel de gente que necesitaba esto o aquello, que deseaba preguntar algo, dar consejo, pedir... Era mucho mejor quedarse allí, abrigados y en mutua paz.

Yo había apagado la vela y el fuego se estaba consumiendo. Estuve a punto de levantarme a poner más leña, pero decidí no hacerlo. Que se redujera a brasas; de cualquier modo partiríamos al amanecer.

Me despecé, disfrutando a conciencia del suave abrazo del lecho de plumas, de las sábanas limpias y suaves, con su leve aroma a romero. ¿Habría puesto suficientes mantas en el equipaje?

La voz de Roger nos llegó a través de las contraventanas, aún potente, pero algo mellada por la fatiga.

—El Zorzal debería irse a la cama —dijo Jamie, con leve desaprobación—, si es que quiere despedirse de su esposa como se debe.

—¡Pero si Bree y Jemmy se retiraron hace horas! —me extrañé.

—El crío, quizá, pero la muchacha sigue allí. Hace un momento oí su voz.

—¿De verdad? —agucé el oído, pero no distinguí más que un rumor de

aplausos apagados, al terminar la canción—. Supongo que quiere acompañarlo tanto tiempo como pueda. Por la mañana estos hombres estarán exhaustos, por no hablar de la resaca.

—Mientras puedan montar a caballo, poco me importa que vomiten entre la maleza de vez en cuando —me aseguró Jamie.

Me acurruqué, ciñéndome las mantas a los hombros. La voz grave y resonante de Roger, entre risas, se negó con firmeza a seguir cantando. Me dolían el cuello y los hombros; también los pies, después de caminar hasta el manantial cargando a Jemmy. A pesar de todo, me encontré fastidiosamente desvelada, sin poder eliminar los ruidos del mundo externo, tal como los postigos lo eliminaban de la vista.

—¿Recuerdas todo lo que hiciste hoy?

Era un pequeño juego con el que solíamos entretenernos por la noche; cada uno trataba de recordar, con lujo de detalles, lo que había hecho, visto, oído y comido durante el día, desde el momento de levantarse hasta el de volver a la cama. Pero esa noche él no estaba de humor para eso.

—No recuerdo nada de lo que sucedió antes de que cerráramos esta puerta —dijo, apretándome cariñosamente una nalga—. Pero a partir de entonces creo poder recordar uno o dos detalles.

—Yo también lo tengo razonablemente fresco en la mente —le aseguré.

Entonces dejamos de hablar, asentándonos en el sueño, mientras abajo cesaban los ruidos que eran reemplazados por el zumbir de ronquidos misceláneos. Al menos, yo traté de hacerlo, pero no sirvió de nada: un rato después estaba más despierta aún, llena de ansiedad contenida, imaginando la total destrucción de mi consultorio; Brianna, Marsali o los niños, sucumbiendo ante alguna súbita epidemia; la señora Bug provocando rebeliones y derramamientos de sangre por todo el Cerro.

Me tumbé hacia el otro lado, de cara a Jamie.

—Estás pensando tan alto que te oigo desde aquí —le dije—. ¿O tal vez cuentas ovejas?

Abrió de inmediato los ojos, dirigiéndome una sonrisa melancólica.

—Contaba cerdos —me informó—. Y con buen resultado, a no ser por esa bestia blanca que se me aparecía de soslayo, siempre fuera del alcance, como provocándome.

Reí con él; luego, me acerqué para apoyar la frente contra su hombro, con un profundo suspiro.

—Tenemos que dormir, Jamie. Estoy tan cansada que mis huesos parecen estar a punto de fundirse. Y tú estabas en pie aun antes que yo.

—Hum... —Me rodeó con un brazo para estrecharme contra su hombro.

—Esa cruz... ¿no acabará incendiando la casa? —pregunté un momento después, habiendo encontrado un motivo más de preocupación.

—No. —Su voz sonaba algo soñolienta—. Hace tiempo que se apagó.

El fuego del hogar se había reducido a un lecho de ascuas refulgentes. Tumbándome nuevamente hacia el lado opuesto, fijé la vista en ellas, tratando de vaciar mi mente.

—Cuando me casé con Frank —le conté—, el sacerdote nos aconsejó que iniciáramos nuestra vida conyugal rezando juntos el rosario en la cama, todas las noches. Frank dijo que no sabía bien si era un acto de devoción, una manera de conciliar el sueño o sólo un método anticonceptivo permitido por la Iglesia.

El pecho de Jamie, a mi espalda, vibró de risa callada.

—Pues si quieres podríamos probar, *Sassenach* —dijo—. Pero tendrás que ser tú quien lleve la cuenta de los Avemarías; estás acostada sobre mi mano izquierda y ya se me han entumecido los dedos.

Me moví un poco para que pudiera retirar la mano.

—Rezar sí —dije—. Pero no eso, podría ser otra oración. ¿Conoces alguna buena para el momento de acostarse?

—Montones —aseguró él, moviendo los dedos en alto para que la sangre volviera a ellos. En la penumbra de la habitación, ese pausado movimiento me recordó la manera en que atraía a las truchas, incitándolas a salir de entre las piedras—. Deja que haga memoria.

La casa ya estaba en silencio, descontando los habituales crujidos de la madera al asentarse.

Aquí tienes una —dijo Jamie, por fin—. La tenía casi olvidada. Me la enseñó mi padre, no mucho antes de morir, diciendo que algún día podría serme útil.

Se acomodó mejor, inclinando la cabeza para que el mentón descansara sobre mi hombro, y empezó a hablarme al oído, con voz grave y cálida:

*Bendice, Oh Dios, la luna que está por encima de mí.
Bendice, Oh Dios, la tierra que está debajo de mí.
Bendice, Oh Dios, a mi esposa y a mis hijos.
Y bendíceme, Oh Dios, a mí, que he cuidado de ellos.
Bendice a mi esposa y a mis hijos,
Y bendíceme, Oh Dios, a mí, que he cuidado de ellos.*

Había comenzado con cierta timidez, vacilando de vez en cuando en busca de una palabra, pero eso ya había desaparecido. Ahora, hablaba con suave seguridad, y no ya para mí, aunque su mano tibia descansaba en la curva de mi cintura.

*Bendice, Oh Dios, aquello en que poso la mirada.
Bendice, Oh Dios, aquello en que pongo la esperanza.
Bendice, Oh Dios, mi razón y mi objetivo.
Bendice, Oh bendícelos, Dios de la vida.
Bendice, Oh Dios, mi razón y mi objetivo.
Bendice, Oh bendícelos, Dios de la vida.*

Su mano acarició la curva de mi cadera y subió a tocarme el pelo.

*Bendice a quien comparte mi lecho y mi amor.
Bendice el manejo de mis manos.
Bendice, Oh bendice, Oh Dios, el combate en defensa propia.
Y bendice, Oh bendice, el descanso angelical.
Bendice, Oh bendice, Oh Dios, el combate en defensa propia.
Y bendice, Oh bendice, el descanso angelical.*

Su mano se había quedado quieta bajo mi barbilla. La envolví con la mía, suspirando muy hondo.

—¡Oh!, me ha gustado, sobre todo lo del descanso angelical. Cuando Bree era pequeña la acostábamos con una oración a los ángeles: «Que Miguel esté a mi derecha, Gabriel a mi izquierda, Uriel detrás de mí, Rafael delante... y sobre mi cabeza, la presencia del Señor». —Él me estrechó los dedos a modo de respuesta.

Algo más tarde, al sentir que se levantaba, volví brevemente a la conciencia.

—¿Qué...? —pregunté, adormilada.

—Nada —susurró—. Sólo quiero escribir una nota. Duerme, *a nighean donn*. Al despertar estaré a tu lado.

Cerro de Fraser, 1 de diciembre de 1770

Del Sr. James Fraser a lord John Grey,

Plantación de Monte Josiah

Milord:

Le escribo con la esperanza de que todo continúe bien en su casa y para sus habitantes; en especial, mis saludos a su hijo.

Todo marcha bien en mi casa y, hasta donde sé, en River Run también. Las nupcias planeadas para mi hija y mi tía, sobre las cuales le escribí, sufrieron la inesperada interferencia de las circunstancias (principalmente una circunstancia llamada Randall Lylliwhite, nombre que os menciono por si algún día pasa a su conocimiento). Pero mis nietos recibieron el bautismo, por fortuna, y si bien la boda de mi tía ha sido postergada para otro momento, la unión de mi hija con el señor MacKenzie fue consagrada por cortesía del reverendo señor Caldwell, digno caballero, aunque presbiteriano. El joven Jeremiah Alexander Ian Fraser MacKenzie (el nombre Ian es, por supuesto, la variante escocesa de John, y se debe al cumplimiento de mi hija a un amigo, además de su primo) sobrevivió de buen ánimo tanto a su bautismo como al viaje de regreso. Su madre me encomienda decirle que su tocayo posee ahora no menos de cuatro dientes, temible logro que lo torna sumamente peligroso para aquellas almas desprevenidas que, hechizadas por su aparente inocencia, ponen inadvertidamente sus dígito a su pernicioso alcance. El niño muerde como un cocodrilo.

Durante el verano Dios ha hecho prósperos nuestros esfuerzos, bendiciéndonos con abundancia de cereales y heno silvestre, y de bestias para consumir. Los cerdos ascienden al presente a no menos

de cuarenta; dos vacas han tenido becerros y he comprado un caballo nuevo. El carácter de este animal me provoca graves dudas, pero su aliento no.

Hasta aquí mis buenas nuevas.

Paso ahora a las malas. He sido nombrado coronel de milicia, con órdenes de reclutar y entregar a tantos hombres como me sea posible al servicio del gobernador, hacia mediados de mes; este servicio está destinado a colaborar con la cesión de hostilidades locales.

Durante su visita a Carolina del Norte, tal vez oyera hablar de un grupo de hombres que se autodenominan «reguladores»... o tal vez no, puesto que en esa ocasión otros asuntos ocuparon su atención (mi esposa se complace en recibir buenos informes sobre su salud y le envía un paquete de remedios, con instrucciones para su administración, por si aún le atormentan los dolores de cabeza).

Estos reguladores no son más que chusma, menos disciplinados en su manera de actuar que los alborotadores que, según se nos ha dicho, han ahorcado al gobernador de Richardson en Efigie, Boston. No digo que sus quejas no tengan fundamento, sino que su manera de expresarlas hace difícil su reparación por parte de la Corona; antes bien, puede provocar en ambas partes mayores excesos, lo cual no dejará de terminar en daño.

El 24 de septiembre hubo en Hillsborough un estallido de violencia, durante el cual se destruyeron caprichosamente muchas propiedades y se recurrió a la fuerza —a veces con justicia, a veces no—, contra funcionarios de la Corona. Un juez fue lamentablemente herido. Muchos de los reguladores fueron arrestados. Desde entonces no se han oído más que murmullos o poco más.

Tryon es un hombre capaz, pero no es granjero. Aun así, tal vez espera, mediante una demostración de fuerza ahora (cuando es probable que no sea necesaria) intimidar a los alborotadores a fin de que más adelante no sea necesario hacerlo. Es un militar.

Estos comentarios me llevan al verdadero objetivo de esta misiva. No espero consecuencias fatales de la actual empresa, pero aun así... Usted también es militar, al igual que yo. Conoce lo imprevisible del

mal y qué catástrofes pueden surgir de los comienzos más triviales. Nadie conoce los detalles de su propio final, salvo que éste ha de llegar. Por lo tanto, he tomado todas las previsiones posibles para el bienestar de mi familia.

Enumero aquí a sus miembros, puesto que no los conoce a todos: Claire Fraser, mi amada esposa; mi hija Brianna y su marido, Roger MacKenzie, y su hijo, Jeremiah MacKenzie. Mi otra hija Marsali y su esposo, Fergus Fraser, hijo adoptivo mío, que ahora tienen dos pequeños, llamados Germain y Joan. La pequeña Joan lleva el nombre de la hermana de Marsali, conocida como Joan MacKenzie, que al presente mora todavía en Escocia. No dispongo de tiempo para familiarizarlo con la historia de la situación, pero tengo buenos motivos para considerar a esta joven como una hija más, y me siento igualmente obligado a cuidar su bienestar y el de su madre, llamada Laoghaire MacKenzie.

Le ruego, en nombre de nuestra larga amistad y por la consideración que le merecen mi esposa y mi hija, que si me acaeciera alguna desgracia en esta empresa, hagáis lo que esté a vuestro alcance para ponerlas a salvo.

Parto al amanecer de mañana, que no está muy distante.

*Su muy humilde y obediente servidor,
James Alexander Malcom MacKenzie Fraser*

Postscriptum: Mi agradecimiento por la información con que respondió usted a mi anterior averiguación sobre Stephen Bonnet. Tomo nota del consejo que la acompaña con la mayor apreciación y gratitud por su amable intención, aunque, tal como sospecha, no me hará cambiar de actitud.

Post-postscriptum: Farquard Campbell, de Greenoaks, cerca de Cross Creek, tiene en su poder copias de mi voluntad y testamento y de los documentos correspondientes a mi propiedad y asuntos, aquí y en Escocia.

TERCERA PARTE

Sobresaltos y excursiones

La milicia se pone en marcha

El tiempo nos ayudó, manteniéndose frío pero despejado. Con los Mueller y los hombres de las granjas de los alrededores, partimos del Cerro de Fraser un grupo de casi cuarenta hombres... y yo.

En la hondonada de Wogan se nos unieron seis más, y tres en Belleview, más los dos hermanos Findlay que provenían de un pequeño asentamiento llamado Possum Gut. Todas las noches Jamie dirigía ejercicios de práctica militar, aunque de un tipo muy poco ortodoxo.

—No tenemos tiempo para adiestrarlos como es debido —le explicó a Roger, la primera noche—. Se necesitan semanas de formación para que los hombres no huyan cuando comience el fuego.

El joven se limitó a hacer un gesto de asentimiento, aunque me pareció que por su cara pasaba cierta expresión de inquietud.

—Es natural huir del peligro, ¿no? El objetivo de adiestrar a las tropas es acostumbrarlas a la voz del oficial, de modo que la escuchen y obedezcan sin pensar en el peligro.

—Sí, igual que adiestras a un caballo para que no se espante de los ruidos —interrumpió Roger.

—Así es —le dio la razón Jamie, muy serio—. Pero hay una diferencia; el caballo debe estar convencido de que tú sabes más que él, mientras que el oficial sólo necesita gritar más fuerte.

Roger se echó a reír. Jamie prosiguió con una media sonrisa:

—En Francia, cuando me enrolé como soldado, me hacían marchar de un lado a otro, de arriba abajo; desgasté un par de botas antes de que me dieran pólvora para el arma. Al terminar el día estaba tan exhausto que, si hubieran disparado un cañonazo junto a mi jergón, no se me habría movido un pelo.

Giró un poco la cabeza; la sonrisa desapareció de su cara.

—Pero no tenemos tiempo para eso. La mitad de nuestros hombres tienen alguna experiencia como soldados, tendremos que confiar en que ellos se mantengan firmes, si llega el momento de combatir, y den valor al resto.

Miró más allá del fuego, señalando el panorama de árboles y montañas que iban desapareciendo.

—No es un gran campo de batalla, ¿verdad? Debemos organizarnos para luchar donde haya un lugar para refugiarse. Les enseñaremos a combatir como lo hacen los montañeses de Escocia, a congregarse o diseminarse a una palabra mía y, si no, a arreglárselas como puedan. Aunque sólo la mitad de los hombres tienen experiencia como soldados, todos ellos saben cazar.

Levantó la barbilla, señalando hacia los reclutas, varios de los cuales habían cazado pequeñas presas durante la jornada. Los hermanos Lindsay habían disparado sobre las codornices que estábamos comiendo.

Roger hizo un gesto afirmativo y se agachó para retirar de la fogata una bola de arcilla ennegrecida, escondiendo su cara. Yo me levanté.

—Pero no es exactamente como cazar ¿no? —Me senté junto a Jamie para darle un bollo de maíz caliente—. Mucho menos ahora.

—¿Qué quieres decir, *Sassenach*? —Jamie partió el bollo, entrecerrando los ojos de placer al inhalar el olor que de él emanaba.

—Para empezar, no sabes si llegaréis a combatir —señalé—. Además, en todo caso no os enfrentaréis con tropas entrenadas; los reguladores tienen tan poca experiencia como tus hombres. En tercer lugar, la verdadera intención no es matarlos, sino asustarlos para que se retiren o se rindan. Y cuarto— sonreí a Roger—, el objetivo de la caza es matar algo, mientras que el de la guerra es regresar con vida.

Jamie se atragantó. Intenté ayudarle con unas palmaditas en la espalda, pero él me fulminó con la mirada. Tosió algunas migajas, tragó saliva y se levantó, agitando el plaid.

—Escúchame —dijo, algo ronco—. Tienes razón, *Sassenach*, pero también te equivocas. Es verdad que no es como cazar, porque normalmente la presa no trata de matarte a ti. —Se volvió hacia Roger, ceñudo, y le dijo—: Presta atención. Claire se equivoca en lo demás. La guerra consiste en matar, y eso es todo. Si no quieres llegar a hacerlo, si te conformas con asustar, y sobre todo si piensas en tu propio pellejo... Vamos hombre, estarás más muerto cuando anochezca el primer día.

Arrojó al fuego los restos de su bollo y se alejó sin hacer ruido.

Durante un momento me quedé petrificada, hasta que el calor del panecillo que tenía en la mano me quemó los dedos. Lo dejé en el tronco, con un «¡ay!» apagado. Roger se movió en su asiento.

—¿Todo bien? —me preguntó sin mirarme. Sus ojos seguían fijos en el lugar por donde Jamie había desaparecido.

—Bien.

Enfrié los dedos quemados contra la corteza húmeda del tronco. Una vez aliviado el incómodo silencio por ese pequeño diálogo, me fue posible mencionar el asunto que nos ocupaba.

—Aunque Jamie tiene cierta experiencia en el tema —le dije—, creo que esto ha sido una reacción exagerada.

—¿Tú crees? —Roger no parecía nervioso ni preocupado por sus comentarios.

—Por supuesto. Pase lo que pase con los reguladores, sabemos perfectamente que esto no va a ser una guerra declarada. ¡Lo más probable es que quede en nada!

—Tienes razón. —El joven seguía con la vista perdida en la oscuridad y los labios fruncidos, en actitud cavilosa—. Sólo que... no creo que se refiriera a eso.

Arqueé una ceja y él me miró con una sonrisa irónica.

—Cuando salió de cacería conmigo me preguntó qué sabía yo de lo que se avecinaba. Se lo conté. Bree me ha dicho que también le ha preguntado a ella y que ella le respondió.

—¿Lo que se avecinaba? ¿Te refieres a la revolución?

Roger asintió, atento al trozo de bollo que estaba desmigando entre sus

dedos largos y encallecidos.

—Le conté lo que sabía. Las batallas, la política. No todos los detalles, por supuesto, pero sí lo principal de lo que recuerdo y lo prolongado y sanguinario que será. —Durante un instante guardó silencio; luego me miró con un destello verde en los ojos—. Supongo que es un intercambio justo. Tratándose de él nunca se sabe, pero quizá lo asusté y acaba de devolverme el favor.

Con un bufido de risa, me levanté para sacudir las migas y las cenizas de mi falda.

—El día en que puedas asustar a Jamie Fraser con historias de la guerra, hijo mío —dije—, ese día se congelará el infierno.

Él rió, sin perder la compostura.

—Puede que no lo asustara, pero se quedó muy callado. Pero te diré algo. —Aunque asumió un aire más serio, sus ojos seguían brillando—. A mí sí que me ha asustado.

Eché un vistazo hacia los caballos. A pesar de no ver a Jamie sabía que estaba allí; el sutil movimiento de los animales, sus leves resoplidos, me decían que alguien conocido estaba entre ellos.

—Él no era un simple soldado —dije al fin, en voz baja—. Era oficial.

Volví a sentarme en el tronco y toqué el bollo. Apenas estaba tibio. Lo cogí sin probarlo.

—Yo fui enfermera militar, ¿sabes? En un hospital de la campaña, en Francia.

Él inclinó con interés su cabeza morena. El fuego proyectaba sombras intensas a su cara, destacando el contraste de las cejas densas y los huesos fuertes con la curva suave de la boca.

—Atendía a soldados. Todos ellos tenían miedo. —Sonreí con tristeza—. Los que habían estado bajo el fuego, porque recordaban; los que no, porque imaginaban. Pero los que no podían dormir por la noche eran los oficiales.

Deslicé distraídamente el pulgar por la superficie desigual del bollo. Estaba algo grasienta.

—Yo estaba con Jamie después de Preston, cuando uno de sus hombres murió en sus brazos. Lloraba. Eso lo recuerda. Si no recuerda lo de Culloden es porque no puede soportarlo.

Bajé la vista a la masa frita que tenía en la mano, escarbando las puntas quemadas con la uña del pulgar.

—Lo asustaste, sí. No quiere llorar por ti. Yo tampoco —añadí suavemente—. Aunque ahora no suceda nada, cuando llegue el momento... ten cuidado, ¿me has oído?

Hubo un largo silencio. Luego él dijo por lo bajo:

—Sí. —Y se levantó. Sus pisadas se perdieron rápidamente en el silencio de la tierra húmeda.

Lo que a Jamie le asustaba no era lo que Roger le había dicho, sino lo que él mismo sabía. Todo buen oficial tiene dos opciones: dejarse desmoronar por la responsabilidad... o endurecerse como las piedras. Él lo sabía.

En cuanto a mí... yo también sabía unas cuantas cosas. Estaba casada con dos militares, ambos oficiales. Había sido enfermera y sanadora en los campos de batalla de dos guerras.

En los campos de batalla de las dos guerras mundiales murieron millares de soldados por las heridas causadas; yo lo sabía. Y sabía también que cientos de millares murieron por infecciones y enfermedades. Ahora las cosas no serían diferentes. No en los próximos cuatro años.

Y eso me asustaba mucho.

La noche siguiente acampamos en los bosques de Balsam Mountain, uno o dos kilómetros más allá del asentamiento de Lucklow. Varios hombres querían continuar hasta la aldea Brownsville, el punto más alejado de nuestro viaje, antes de dirigirnos hacia Salisbury. En Brownsville había la posibilidad de encontrarnos con alguna taberna o, por lo menos, un cobertizo acogedor donde pudiéramos dormir. Pero a Jamie le pareció mejor esperar.

—No quiero asustar a la gente —le había dicho a Roger— entrando con una tropa de hombres armados después del anochecer. Es mejor aparecer cuando haya amanecido, explicar a lo que venimos y conceder a los hombres un día y una noche para que se preparen.

Un espasmo de tos le sacudió los hombros.

No me gustaba el aspecto de Jamie ni cómo sonaba su voz. Tenía mala cara; cuando se acercó a la fogata para llenar su escudilla, percibí un sonido sibilante en su respiración. La mayoría de los hombres se encontraban en el

mismo estado; las narices rojas y las toses eran endémicas. La fogata siseaba a cada instante, alcanzada por algún salivazo.

—Ewald —llamó Jamie a uno de los Mueller, con voz ronca. Hizo una pausa para carraspear, con ruido de franela desgarrada—. Ewald, busca a Paul y traed más leña para el fuego. La noche será fría.

Una vez servido el último cuenco, me puse de espaldas al fuego para tomar mi ración de guiso; un grato calor rodeó mi trasero helado.

—¿Está bien, señora? —Jimmy Robertson, que había preparado la carne, me preguntó, esperando un cumplido.

—Delicioso —le aseguré.

En realidad, estaba caliente y yo tenía hambre. Eso, sumado al hecho de no haber tenido que guisarlo yo, dio a mis palabras un tono de sinceridad tal que él se fue satisfecho.

A mí también comenzaba a gotearme la nariz; esperaba que simplemente fuera a causa de la comida caliente. Al tragar, vi que no había señales de irritación en la garganta, ni de congestión en mi pecho. A Jamie le castañeaban los dientes; había terminado de comer y estaba de pie a mi lado, calentándose las posaderas junto al fuego.

—¿Todo bien, *Sassenach*? —preguntó, ronco.

—Sólo rinitis vasomotriz —repliqué, tocándome la nariz con el pañuelo.

—¿Dónde? —Echó una mirada suspicaz al bosque—. ¿Aquí? ¿No dijiste que vivían en el África?

—¿Qué? Ah, los rinocerontes. Sí, así es. Sólo quise decir que me goteaba la nariz, pero no tengo la gripe.

—¿Ah, no? Menos mal. Yo sí —añadió, y estornudó tres veces seguidas. Luego me entregó su cuenco vacío, para poder sonarse la nariz con ambas manos, cosa que hizo emitiendo una serie de ruidos escandalosos. Hice una mueca al ver lo enrojecidas e irritadas que estaban sus fosas nasales. En mi alforja tenía un poco de grasa de oso alcanforada, pero él no me permitiría ponérselo en público.

—¿Estás seguro de que no deberíamos continuar? —pregunté—. Geordie dice que la aldea no está lejos y hay una... especie de camino.

Conocía la respuesta; él no era de los que cambian de estrategia para su comodidad personal. De cerca, el silbido de la respiración de Jamie tenía una

nota más grave, zumbante, que me atribulaba.

Él sabía a qué me refería, y sonrió, guardándose el pañuelo empapado en la manga.

—Saldré adelante, *Sassenach* —dijo—. Es sólo un pequeño resfriado. He estado peor que ahora en muchas ocasiones.

Relajó el gesto. Me di la vuelta y vi a dos hombres que emergían del bosque, sacudiéndose la pinaza y trocitos de corteza de la ropa: Jack Parker y uno de los nuevos, cuyo nombre yo ignoraba todavía; a juzgar por su acento, seguro que había emigrado recientemente de algún lugar cercano a Glasgow.

—Todo en calma, señor —dijo Parker, tocándose el sombrero en saludo—. Pero frío como la caridad.

—Sí. Desde la cena no he sido capaz de sentir mis partes privadas —dijo el de Glasgow, frotándose con una muesa mientras se acercaba al fuego—. ¡Es como si hubieran desaparecido!

—Te entiendo —replicó Jamie—. Hace un momento fui a mear, pero no me la encontré.

Entre las carcajadas, fue a inspeccionar los caballos, con una segunda escudilla de guiso a medio vaciar en la mano. Los otros ya estaban preparando sus mantas y debatían la conveniencia de dormir con los pies o la cabeza hacia el fuego.

—Si te acercas demasiado se te chamuscarán las suelas de las botas —argumentó Evan Lindsay—. ¿Veis? Las cuñas se han derretido y mirad lo que ha pasado.

Levantó un pie de gran tamaño, exhibiendo un calzado maltrecho, atado con un cordel tosco que lo mantenía sujeto. A veces se cosían las suelas y los tacones, pero lo más común era unirlos con pequeñas cuñas de madera o cuero pegadas con resina de pino o algún otro adhesivo. La de pino, en particular, era inflamable. Yo había visto estallar chispas en los pies de quienes los acercaban demasiado al fuego: era alguna de esas cuñas, súbitamente prendida por el calor.

—Es preferible a que se te queme el pelo —argumentó Ronnie Sinclair.

—No creo que los Lindsay tengamos que preocuparnos por eso. —Kenny sonrió a su hermano mayor, quitándose la gorra de punto que usaba, como sus dos hermanos, para cubrirse la calva.

—Sí, sin dudarlo, la cabeza cerca del fuego —dijo Murdo—. No conviene que se te congele el cuero cabelludo. —A continuación, echó una mirada envidiosa a Roger, quien se estaba atando la densa melena negra con un trozo de cuero—. MacKenzie no tiene por qué preocuparse. ¡Es más peludo que un oso!

Roger respondió con una gran sonrisa. Como los otros, había dejado de rasurarse en cuanto partimos del Cerro; ahora, pasados ocho días, exhibía una pelusa espesa y oscura.

Jamie volvió a tiempo para oír eso y rió también, pero la risa acabó en un espasmo de toses.

Evan esperó a que pasara.

—¿Qué opinas tú, *Mac Dubh*? ¿Pies o cabeza?

Jamie se limpió la boca con la manga y sonrió. Parecía un verdadero vikingo, tan peludo como los demás, con el fuego arrancando destellos rojos y dorados a su barba reciente y su melena suelta.

—Eso no me preocupa, muchachos —dijo—. Yo dormiré abrigado en cualquier posición. —Y me señaló con la cabeza.

Hubo un rumor general de risas, a las que añadieron algunos comentarios ligeramente soeces en escocés y gaélico, por parte de los hombres del Cerro.

—Igual que una tropa de sucios babuinos —murmuré por lo bajo—. ¡Y yo duermo con el mono jefe!

—¿Los babuinos son los monos sin cola? —preguntó él, interrumpiendo su diálogo con Ewald sobre los caballos.

—Lo sabes perfectamente.

Lo miré a los ojos y él curvó la boca a un lado, sabiendo que yo le adivinaba el pensamiento. La sonrisa se ensanchó.

—Por cierto —murmuró a mi oído—, ¿llevas puestos esos pantalones infernales?

—Sí.

—Quítatelos.

—¿Qué? ¿Aquí? —Lo miré con ojos de fingida inocencia—. ¿Quieres que se me congele el trasero? —Él entornó apenas, con un destello azul de gato.

—No se te congelará. Te lo aseguro.

Se puso detrás de mí; el calor ardiente de las llamas fue reemplazado por la fresca solidez de su cuerpo. No menos ardiente, como descubrí cuando me rodeó la cintura con los brazos para atraerme hacia sí.

—Ah, la has encontrado —dije—. ¡Qué bien!

—¿Qué cosa? ¿Habías perdido algo? —Roger se detuvo. Venía de donde estaban los caballos, con un rollo de mantas bajo un brazo y su *bodharm* bajo el otro.

—Pues... sólo un par de pantalones viejos —respondió Jamie. A escondidas tras mi chal, deslizó una mano bajo la cinturilla de mi falda—. ¿Vas a obsequiarnos con una canción?

—Si alguien quiere, desde luego. —El joven sonrió, rojiza la luz del fuego sobre sus facciones—. En realidad quiero aprender una; Evan ha prometido cantarme una pieza romántica que le enseñó su abuela.

—¡Oh!, creo que la conozco —rió Jamie.

Roger arqueó una ceja; yo, asombrada también, torcí un poco el torso para mirar a mi esposo.

—Claro que no podría cantarla —dijo él con suavidad—. Pero sé la letra. En la cárcel de Ardsmuir, Evan la cantaba muy a menudo. Es un poco grosera —añadió, con ese tono vagamente remilgado que suelen adoptar los montañeses de Escocia, justo antes de decirte algo escandaloso.

Roger, reconociéndolo, se echó a reír.

—En ese caso será mejor que la escriba —dijo—, para beneficio de las generaciones futuras.

Los dedos de Jamie habían estado trabajando con habilidad. En ese momento, los pantalones (que eran suyos y, por lo tanto, unas seis tallas más de las que me correspondían) cayeron silenciosamente al suelo. Una corriente helada trepó bajo mis faldas, chocando contra mis partes inferiores recién desarropadas. Aspiré bruscamente.

—Hace frío, ¿no? —Roger se encogió de hombros, estremeciéndose exageradamente por solidaridad.

—Pues sí —confirmé—. Como para congelarle las pelotas a un mono de bronce, ¿no?

Los dos estallaron en simultáneos ataques de tos.

* * *

Con el centinela en su puesto y los caballos atendidos, nos retiramos a nuestro lugar de descanso, a discreta distancia del fuego. El calor de la comida y el fuego se habían esfumado, pero sólo me estremecí de verdad cuando él me tocó.

Habría querido meterme de inmediato entre las mantas, pero Jamie me retuvo. Su intención original parecía intacta, pero algo le distrajo. Quedó inmóvil, aunque sin dejar de abrazarme, con la cabeza erguida como para escuchar, la vista fija en la penumbra del bosque.

—¿Qué pasa? —Me moví un poco, apretándome instintivamente contra él, y sus brazos me ciñeron.

—No sé. Pero percibo algo, *Sassenach*. —Se apartó un poco, levantando la cabeza en inquieta búsqueda, como el lobo que olfatea el viento, pero no nos llegó más mensaje que un distante repiqueteo de ramas desnudas—. Si no son rinocerontes, algo hay. —Un susurro intranquilo me erizó los cabellos de la nuca—. Espera un momento, querida.

El viento sopló súbitamente frío con la pérdida de su presencia, mientras él iba a hablar en voz baja con dos de los hombres. ¿Qué era lo que percibía allí? Su sentido del peligro me inspiraba el mayor de los respetos. Un momento después se sentó en cuclillas a mi lado, mientras yo me cobijaba entre las mantas.

—No pasa nada. Les he dicho que esta noche pondremos dos guardias y que cada uno debe tener su arma cargada y a mano. Pero creo que todo está bien.

Seguía mirando hacia el bosque, pero su expresión era sólo pensativa.

—Todo está bien —repitió

—¿Se ha ido?

Giró la cabeza, con los labios algo contraídos. Su boca parecía suave, tierna y vulnerable entre su barba incipiente.

—No sé siquiera si ha habido algo allí, *Sassenach* —dijo—. Me pareció sentir que me observaban, pero pudo ser un lobo de paso, un búho... o nada más que un *spiorad* en pena, vagando por el bosque. De cualquier modo ya se

ha ido.

Me sonrió; vi el parpadeo de luz que enmarcaba su cabeza y sus hombros, recortados contra el fuego. Más allá se oía la voz de Roger, sobre el crepitar del fuego; estaba aprendiendo la melodía de la canción, siguiendo la voz de Evan, ronca, pero segura. Cuando Jamie se deslizó entre las mantas, a mi lado, giré hacia él, buscándolo con las manos frías para devolverle el favor que me había hecho antes.

Temblábamos convulsivamente, cada uno buscando con urgencia el calor del otro. Lo hallé y él me giró, alzando las capas de tela que nos separaban hasta quedar detrás de mí, ciñéndome con un brazo; pequeños trozos de secreta desnudez nos unían cálidamente bajo las mantas. De cara al bosque en penumbras, contemplé la luz del fuego que danzaba entre los árboles, mientras Jamie se movía detrás de mí (detrás, en medio, adentro), grande y cálido, tan despacio que apenas hacía susurrar las ramas sobre las que yacíamos.

La voz de Roger se elevó, dulce y potente, y poco a poco dejamos de temblar.

Desperté mucho más tarde, bajo un cielo negro azulado, con la boca seca, y la respiración ronca de Jamie cerca de mi oído. Había estado soñando uno de esos sueños sin sentido de incesante repetición, que al despertar desaparecen pero dejan un desagradable sabor en la boca y en la mente. Necesitaba agua y debía vaciar la vejiga, todo a la vez, de modo que me escurrí con cuidado bajo el brazo de Jamie y salí de las mantas. Él se movió, con una leve queja, resoplando en sueños, pero no se despertó.

Me detuve para posar una mano en su frente. Estaba fría, sin fiebre. Tal vez fuera sólo un fuerte resfriado, como él decía. Me levanté, abandonando de mala gana el cálido santuario de nuestro nido, pero sabiendo que no podía esperar a la mañana.

Las canciones se habían acallado; la fogata era ahora más pequeña, pero seguía encendida, alimentada por el centinela. Era Murdo Lindsay. Levanté la mano en un breve saludo. Murdo respondió con una inclinación de cabeza y continuó vigilando el bosque.

Los hombres dormían en un círculo, sepultados entre sus mantas. De

repente, al caminar entre ellos sentí reparo. Afectada todavía por el hechizo de la noche y los sueños, me estremecí ante aquellas siluetas calladas, tan quietas una al lado de la otra. Así habían dispuesto los cadáveres en Amiens. Y en Preston. Inmóviles y amortajados, uno junto a otro, con las caras cubiertas, anónimos. Rara vez la guerra mira a sus muertos a la cara.

¿Y por qué despertaba del abrazo amoroso pensando en la guerra y en hileras durmientes de cadáveres? Eso me pregunté mientras pasaba por donde estaban aquellos cuerpos. La respuesta era sencilla dado nuestro destino: íbamos hacia una batalla, si no inmediata, al menos cercana.

Pasé junto al último de los hombres dormidos como si caminara en medio de un sueño maligno, del que aún no había despertado del todo. Luego recogí una cantimplora del suelo, cerca de las alforjas, y bebí profundamente. El frío penetrante del agua comenzó a disipar mis pensamientos sombríos, arrastrados por aquel sabor dulce y limpio. Hice una pausa para secarme la boca.

Sería mejor llevarle un poco a Jamie; si no lo había despertado mi ausencia, lo despertaría mi regreso. Y él también tendría la boca seca, ya que no podía respirar por la nariz. Me colgué la cantimplora al hombro y me adentré en el cobijo del bosque.

Pese al frío intenso, allí había mucha paz. Jamie tenía razón: si algo había pasado por allí horas antes, en el bosque no había ya nada adverso.

Como si al pensar en él lo hubiera convocado, oí una pisada cautelosa y el jadeo lento y sibilante de su respiración. Tosió con un ruido estrangulado que no me gustó en absoluto.

—Aquí estoy —dije por lo bajo—. ¿Cómo está tu pecho?

La tos se cortó en un súbito jadeo de pánico y un crujir de hojas. Vi que Murdo, junto al fuego, se levantaba de un brinco, mosquete en mano; luego, una silueta oscura pasó como un rayo a mi lado.

—¡Eh! —exclamé, más sorprendida que asustada. La silueta tropezó. Instintivamente, ondeé la correa de la cantimplora por encima de mi cabeza, y golpeé con ella la espalda de la silueta, con un ruido hueco. Quienquiera que fuese (no se trataba de Jamie) cayó de rodillas, tosiendo.

Las estrellas giraban raudamente en lo alto, refulgiendo por entre las ramas sin hojas. Mi atacante desapareció, tras haber expresado su azoro con

una pequeña interjección escocesa. A mi izquierda se oían gritos y ruidos de choque, pero toda mi atención estaba concentrada en recobrar el aliento.

El intruso ya había sido capturado y arrastrado hasta la luz del fuego.

Si no hubiera estado tosiendo al recibir mi golpe, lo más probable es que hubiera logrado escapar. Tal como sucedieron las cosas, ahora tosía y jadeaba tanto que apenas podía mantenerse en pie; su cara estaba amoratada por el esfuerzo de hacer pasar el aire. Las venas de la frente sobresalían como lombrices. Al respirar (al menos, al intentarlo) emitía un escalofriante silbido.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —interpeló Jamie, ronco. Luego hizo una pausa para toser por solidaridad.

La pregunta era puramente retórica, pues era evidente que el niño no podía hablar. Era Josiah Beardsley, mi posible paciente de amigdalitis. Lo que hubiera estado haciendo desde la congregación no parecía haber mejorado su salud, por cierto.

Corrí hacia el fuego, en busca de la cafetera que estaba entre las brasas. La cogí con un pliegue de mi chal y la agité. Bien: quedaba un poco. Y como había estado hirviendo desde la cena, debía de estar caliente como el infierno.

—Sentadlo y aflojadle las ropas; y traedme agua fría. —Me abrí paso a través del círculo de hombres que rodeaba al cautivo, obligándolos a apartarse con la cafetera caliente.

Un momento después ponía un tazón de café en sus labios, negro y viscoso, diluido tan sólo con un poco de agua fría para que no le quemara la boca.

—Exhala lentamente contando hasta cuatro, aspira contando hasta dos, exhala de nuevo y bebe un sorbo —lo instruí.

El blanco de los ojos era visible alrededor del iris; por las comisuras de su boca asomaba la saliva. Le apoyé una mano firme en el hombro, instándolo a respirar, a contar, a respirar... Un sorbo, una inspiración, un sorbo, una inspiración... Y cuando se acabó el café, su cara había perdido ese alarmante matiz carmesí para aproximarse más al color de la panza del pescado, con un par de marcas rojizas allí donde los hombres lo habían golpeado. El aire seguía silbando en sus pulmones, pero al menos respiraba, lo cual era una considerable mejoría.

Los hombres lo observaban con interés, entre murmullos, pero como

hacía frío, era tarde y la emoción de la captura había desaparecido, empezaban a bostezar y entrecerrar los ojos. Después de todo, sólo era un chaval, esmirriado y además feo. A una orden de Jamie, volvieron a sus mantas sin protestar, dejando que su jefe, Roger y yo atendiéramos al inesperado huésped.

Para tener catorce años era menudo y estaba flaco hasta la demacración; cuando le abrí la camisa para auscultarlo, habría podido contarle las costillas. Por lo demás, no tenía ningún rasgo bello: el pelo negro, muy corto, estaba denso de polvo, grasa y sudor; en general, su aspecto era el de un mono lleno de pulgas; grandes y negros, los ojos resaltaban en la cara consumida por la preocupación y la desconfianza.

Después de haber hecho cuanto estaba a mi alcance, quedé más satisfecha con su aspecto. A una señal mía, Jamie se agachó a su lado.

—Bien, señor Beardsley —dijo con simpatía—. ¿Habéis venido para incorporaros a nuestra milicia?

—Eh... no. —Josiah hizo girar la taza de madera entre las manos, sin alzar la vista—. Yo... eh... mis asuntos me trajeron hacia aquí, eso es todo.

Su voz sonaba tan ronca que hice una mueca por empatía, imaginando el dolor de su garganta inflada.

—Comprendo. —Jamie mantuvo la voz grave y amistosa—. Conque viste nuestra fogata por casualidad y se te ocurrió venir a buscar comida y refugio.

—Sí, así fue. —Tragó saliva con evidente dificultad.

—Ajá. Pero viniste más temprano, ¿verdad? Estabas en el bosque cuando oscureció. ¿Por qué esperaste a que saliera la luna antes de acercarte?

—Yo no... no estaba...

—Oh, claro que sí. —El tono de Jamie seguía siendo cordial, pero firme. Alargó la mano para coger a Josiah por la pechera de la camisa, obligándole a que lo mirara—. Oye, chico, entre tú y yo hay un trato. Eres mi arrendatario, según acordamos. Eso significa que tienes derecho a mi protección. También significa que yo tengo derecho a saber la verdad.

Josiah le sostuvo la mirada. Aunque en su expresión había miedo y cautela, también se veía en ella el aplomo de una persona mucho mayor. No hizo esfuerzo alguno por apartar la vista. Sus ojos, negros y sagaces, se tornaron profundamente calculadores. Ese niño (si en verdad se lo podía

considerar así, cosa que Jamie, obviamente, no creía) estaba habituado a depender exclusivamente de sí mismo.

—Os dije, señor, que iría a vuestra casa hacia el año nuevo, y eso es lo que pienso hacer. Lo que haga mientras tanto es asunto mío.

Jamie arqueó las cejas, pero lo soltó con un lento ademán afirmativo.

—Es cierto. Pero admitirás que uno tiene derecho a sentir curiosidad.

El niño abrió la boca como para hablar, pero cambió de idea y escondió nuevamente la nariz en la taza de café. Jamie lo intentó de nuevo.

—¿Podemos ofrecerte ayuda para tus asuntos? ¿Quieres viajar un trecho con nosotros, al menos?

Josiah negó con la cabeza.

—No. Tengo una obligación para con vos, señor, pero es mejor que atienda eso por mí mismo.

Roger, que estaba sentado detrás de Jamie, lo observaba en silencio. De pronto se inclinó hacia delante, los ojos verdes fijos en el niño.

—Ese asunto tuyo —dijo—, ¿tiene algo que ver con esa marca que llevas en el pulgar?

La taza cayó al suelo; el café, al derramarse, me salpicó la cara y el corpiño. Antes de que yo pudiera parpadear para ver lo que ocurría, el muchacho había abandonado sus mantas y cruzado la mitad del claro. Por entonces Jamie ya iba detrás de él. Ambos desaparecieron en el bosque, como un zorro perseguido por su sabueso. Roger y yo nos quedamos boquiabiertos.

Por segunda vez en la noche, los hombres abandonaron sus mantas y echaron mano de sus armas. Yo empezaba a pensar que el gobernador quedaría muy complacido con sus milicianos; sin duda alguna, estaban listos para ponerse en acción en un momento.

—¿Qué diablos...? —pregunté a Roger, mientras me limpiaba el café de las cejas.

—Creo que no debería haber mencionado el tema tan de repente —dijo.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué pasa ahora? —bramó Murdo Lindsay, apuntando su mosquete a los árboles.

—¿Nos atacan? ¿Dónde están esos cabrones? —Kenny apareció a mi lado, gateando; espiaba por debajo de su gorro de punto como un sapo bajo una regadera.

—Nada. No sucede nada. Es decir... en realidad está todo bien.

Los hombres volvieron a acostarse, mientras Roger y yo nos mirábamos por encima de la cafetera.

—¿Qué era? —pregunté, algo irritada.

—¿La marca? Estoy casi seguro de que era una letra L. La vi cuando le diste la taza de café y él la cogió con la mano.

Se me contrajo el estómago. Sabía lo que significaba eso; lo había visto en otras ocasiones.

—Ladrón —dijo Roger, sin dejar de mirarme—. Lo han marcado.

—Sí —exclamé, entristecida—. ¡Oh!, Dios mío.

—Si la gente del Cerro se enterara, ¿no lo aceptarían? —preguntó Roger.

—Dudo que alguno se molestara. El problema es que haya huido cuando lo mencionaste. No sólo es un ladrón convicto: temo que pueda ser un fugitivo. Y en la congregación, Jamie lo convocó.

—Ah. —Roger se rascó distraídamente los bigotes—. *Earbsachd*. Ahora Jamie se sentirá comprometido con él, ¿verdad?

—Algo así.

Roger era escocés y de las Tierras Altas, por lo menos técnicamente. Pero había nacido mucho después de que desaparecieran los clanes; ni la historia ni la herencia podían haberle enseñado la fuerza de esos antiguos vínculos entre señor y arrendatario, entre el jefe y el integrante del clan. Lo más probable es que el mismo Josiah no tuviera idea de lo importante que era el *earbsachd*, lo prometido y aceptado por ambas partes. Jamie sí.

—¿Crees que Jamie podrá alcanzarlo? —preguntó él.

—Supongo que ya lo ha hecho. Si lo hubiera perdido ya estaría de regreso.

Roger se levantó de mi lado para espiar entre los árboles, algo atribulado.

—Está tardando mucho. Si ha pillado al chaval, ¿qué está haciendo con él?

—Sacándole la verdad, supongo —dije—. A Jamie no le gusta que le mientan.

Él me miró con cierto sobresalto.

—¿Cómo lo hace?

Me encogí de hombros.

—Como puede. —Yo le había visto hacerlo a través de la razón, la astucia, el encanto, las amenazas y, en una ocasión, por medio de la fuerza bruta. Recé para que no tuviera que emplearla, más por su bien que por el del Josiah.

—Comprendo —musitó Roger—. Pues bien...

La cafetera estaba vacía; arrojada bajo mi capote, bajé al arroyo para llenarla otra vez. Después de colgarla nuevamente sobre el fuego, me senté a esperar.

—Deberías ir a dormir —dije, después de algunos minutos.

Roger se limitó a sonreír. Luego se limpió la nariz y se acurrucó mejor dentro de la capa.

—Tú también.

Roger avivó un poco el fuego, añadiendo algunos trozos de leña. La cafetera humeaba, mezclándose el ruido de los ronquidos flemáticos de los hombres con el siseo de las gotas que caían ocasionalmente al fuego. Roger guardaba silencio, contemplando el movimiento de las llamas y el bosque, con los ojos entornados. Me pregunté qué pensaría.

—¿Temes por él? —preguntó quedo, sin mirarme.

—¿Cuándo? ¿Ahora o siempre? —Sonreí sin mucho humor—. Si temiera por él no descansaría nunca.

Él se volvió a mirarme con una vaga sonrisa.

—Ahora estás tranquila, ¿verdad?

Sonreí nuevamente, esta vez de verdad.

—No me estoy paseando de un lado a otro —respondí—. Ni me retuerzo las manos.

—Tal vez te sirviera para mantenerlas calientes.

Uno de los hombres se movió en sus envolturas, murmurando. Durante un momento dejamos de hablar. La cafetera hervía, dejando oír el suave rumor del líquido.

¿Qué es lo que lo retrasaba? No podía tardar tanto en interrogar a Josiah Beardsley; a esas horas ya debería haber obtenido las respuestas que quería o dejado en libertad al muchacho. Poco le importaba a Jamie lo que el chaval hubiera robado, a no ser por la promesa del *earbsachd*.

—¿Quieres que vaya a por él? —preguntó Roger súbitamente, en voz

baja.

Di un respingo y me froté la cara con una mano, moviendo la cabeza para despejarme.

—No. Es peligroso entrar en bosques desconocidos en la oscuridad. Y de cualquier modo no lo encontrarías. Si por la mañana no ha regresado... ya habrá tiempo.

Con el lento transcurrir de los segundos comencé a pensar que, en realidad, el amanecer podía llegar antes que Jamie. Estaba preocupada por él, pero mientras no aclarara, no había nada que se pudiera hacer. Tratando de distraer la mente de aquellas especulaciones nerviosas, probé a contar las toses de los hombres que dormían en torno al fuego.

La octava fue la de Roger: una tos grave, floja, que le sacudió los hombros. Me pregunté si estaría preocupado por Bree y Jemmy. O quizá se preguntaba si Bree estaría preocupada por él. Yo podría haberlo sacado de dudas, pero de nada le habría servido.

Por fin empecé a adormilarme, sobresaltándome cada vez que cabeceaba. La última vez me despertó el breve contacto de dos manos en mis hombros. Roger me tendió en el suelo, amontonándome la mitad del chal bajo la cabeza, a manera de almohada, y abrigándome los hombros con el resto. Lo vi un momento, recortado contra el fuego, negro y peludo en su capote. Luego no supe más.

No sé durante cuánto tiempo dormí. Me despertó súbitamente un estornudo explosivo, a poca distancia. Jamie estaba sentado a un par de metros, sujetando la muñeca de Josiah Beardsley con una mano, el cuchillo con la otra. Se detuvo el tiempo suficiente para estornudar dos veces más, después de limpiarse la nariz con la manga, impaciente, hundió el puñal entre las brasas.

Al sentir el hedor del metal caliente me incorporé de súbito. Antes de que pudiera decir o hacer nada, algo se movió pegado a mí. Bajé la vista, estupefacta, miré una y otra vez, convencida, en mi aturdimiento, de que aún estaba soñando.

Bajo mi capote, acurrucado contra mi cuerpo, un niño dormía profundamente. Al levantar la mirada, vi que Jamie presionaba el pulgar de

Josiah contra el metal abrasador de su puñal ennegrecido.

Él vio mi gesto convulsivo por el rabillo del ojo y me dirigió una mirada ceñuda, arrugando los labios callado mandando silencio. Josiah tenía la cara contraída y los labios estirados, descubriendo los dientes en un gesto de tormento, pero no hacía ruido alguno. Al otro lado del fuego, Kenny Lindsay observaba, sentado y callado como una roca.

Aún convencida de que soñaba (al menos, eso esperaba), apoyé una mano en el niño acurrucado contra mí. Él se movió otra vez. El contacto de la carne sólida bajo los dedos me despertó por completo. Cuando cerré la mano sobre su hombro, él abrió los ojos de par en par, alarmado.

Se apartó de un brinco, levantándose con torpeza. Entonces vio a su hermano (pues obviamente Josiah era su gemelo) y se detuvo abruptamente, echando una mirada enloquecida en torno del claro: los hombres diseminados, Jamie, Roger, yo misma.

Josiah, sin prestar atención al dolor de la mano quemada, que debía de ser espantoso, se levantó para acercarse velozmente a su hermano y le cogió por el brazo.

Vi que Josiah le estrujaba el brazo como para tranquilizarlo; entonces comencé a sospechar qué era lo que había robado. Dirigiéndoles una sonrisa, alargué la mano hacia Josiah.

—Déjame ver esa mano —susurré.

Tras una momentánea vacilación, él me entregó la diestra. Era un buen trabajo, tanto que por un momento me sentí mareada. La yema del pulgar le había sido retirada con un corte limpio; la herida abierta, cauterizada con metal al rojo. Un óvalo negro, encostrado, reemplazaba la marca incriminatoria.

Alguien se movió suavemente detrás de mí: Roger me traía la caja de remedios. La dejó junto a mis pies.

Por la lesión no podía hacer mucho, salvo aplicar un poco de unguento de genciana y vendar el pulgar con un paño limpio y seco. Jamie, ya guardado el puñal, se levantó sin ruido para ir a revolver entre las alforjas. Cuando acabé mi breve tarea, él estaba de regreso, con algo de comida envuelta en un pañuelo y una manta que nos sobraba atada en un rollo. También traía los pantalones que me había quitado.

Entregó la prenda al niño nuevo; la comida y la manta, a Josiah. Luego estrechó con fuerza el hombro del zagal y puso una mano suave en la espalda de su hermano, para hacer que se giraran en dirección al bosque, señalando los árboles con un gesto con la cabeza. Josiah asintió. Después de saludarme tocándose la frente, muy blanco el vendaje del pulgar, susurró:

—Gracias, señora.

Los dos niños desaparecieron silenciosamente entre los árboles; los pies descalzos del gemelo asomaban, pálidos, bajo el dobladillo flameante de los pantalones.

Sorprendí a Roger mirando sobre el hombro de Jamie. El joven señaló hacia el este y cruzó un dedo sobre los labios, luego se encogió de hombros con una mueca de resignación. Estaba tan interesado como yo por saber lo que había sucedido y por qué. Pero tenía razón: la noche llegaba a su fin. Pronto amanecería; los hombres, habituados a despertar con la primera luz, comenzarían a flotar hacia la superficie de la conciencia.

Jamie había dejado de toser, pero estaba emitiendo unos gorgoteos horribles, en un intento de despejar la garganta. Parecía un cerdo ahogándose en el barro.

—Toma —susurré, devolviéndole el tazón—. Bebe y acuéstate. Deberías dormir un rato.

—No vale la pena —dijo, y apuntó la cabeza hacia el este, donde los pinos se recortaban muy negros contra el cielo agrisado—. Además, tengo que pensar qué diablos voy a hacer ahora.

La muerte viene de visita

Apenas pude contener mi impaciencia mientras los hombres despertaban, comían y levantaban el campamento, con irritante parsimonia. Por fin, me encontré una vez más en la montura, cabalgando en una mañana tan fría y despejada que el aire parecía hacerse añicos al respirarlo.

—Bien —dije sin preámbulos, cuando mi yegua se puso a la altura de su caballo—. Cuenta.

Él se volvió a mirarme, sonriendo. A pesar de aquella noche agitada, me sentía llena de energía; la sangre circulaba muy cerca de mi piel, floreciendo en mis mejillas.

—¿No quieres que esperemos al pequeño Roger?

—Se lo contaré más tarde, o lo harás tú.

Azucé a mi montura para acercarla a la de Jamie, con las rodillas envueltas en el vapor que despedía el morro del animal. Mi marido se frotó la cara con una mano, sacudiéndose como para desprenderse la fatiga.

—Bien —dijo—. Has notado que son hermanos, ¿verdad?

—Lo noté, sí. ¿De dónde diablos ha salido el otro?

—De allí.

Señaló hacia poniente con la barbilla. Entornando los ojos distinguí algo que parecía una pequeña casa, con un par de cobertizos desvencijados. En ese momento una pequeña figura salió de la casa hacia uno de ellos.

—Están a punto de descubrir que él ha desaparecido —dijo Jamie, algo ceñudo—. Con un poco de suerte pensarán que ha ido al excusado o a ordeñar las cabras.

No me molesté en preguntar cómo sabía que allí tenían cabras.

—¿Es el hogar de Josiah y su hermano?

—En cierto modo, *Sassenach*. Eran esclavos.

—¿Eran? —repetí, escéptica. Me parecía dudoso que el período de esclavitud de los hermanos hubiera expirado, casualmente, la noche anterior.

Jamie encogió un hombro y se limpió la nariz con la manga.

—A no ser que alguien los pille, sí.

—Tú pillaste a Josiah —señalé—. ¿Qué te dijo?

—La verdad. —Torció un poco la boca—. Al menos eso creo.

Había perseguido a Josiah en la oscuridad, guiándose por sus frenéticos jadeos, hasta atraparle en una hondonada rocosa. Envolvió al niño helado en su manta, lo obligó a sentarse y, con juiciosa paciencia y firmeza (reforzadas con sorbos de *whisky* de su petaca), logró extraerle la historia.

—La familia emigró: padre, madre y seis críos. Solamente los gemelos sobrevivieron al viaje; los demás perecieron en el mar por enfermedad. Aquí no tenían parientes; al menos, nadie que esperara el barco, de modo que el capitán los vendió. Como el precio no había cubierto el costo de los pasajes de toda la familia, los niños fueron contratados para servir por treinta años, para que sus jornales pagaran la deuda.

Lo contaba con voz indiferente; eran cosas que sucedían. Yo lo sabía, pero estaba mucho menos dispuesta a aceptarlas sin comentarios.

—¡Treinta años! Pero si... ¿Qué edad tenían entonces?

—Dos o tres años.

Me quedé atónita. Ese dato mitigaba la tragedia básica, si el comprador de los niños hubiera cuidado su bienestar. Pero recordé las costillas escuálidas de Josiah y sus piernas combadas. No se los había cuidado en absoluto. Claro que lo mismo sucedía con muchos niños que vivían en sus propios hogares.

—Josiah no tiene ni idea de quiénes eran sus padres, de dónde venían y cómo se llamaban —explicó Jamie, entre toses y carraspeos—. Sabe su nombre y el de su hermano, que se llama Keziah, pero nada más. Beardsley es el apellido del hombre que los adquirió. En cuanto a los muchachos, no

saben si son escoceses, ingleses o irlandeses. Con esos nombres es probable que no sean alemanes ni polacos, pero ni siquiera eso es imposible.

—Hum... Así que Josiah huyó. Supongo que eso tiene algo que ver con la marca de su pulgar.

Jamie asintió, con la vista en el suelo, mientras su caballo descendía cautelosamente la pendiente.

—Robó un queso. En eso fue sincero. —Ensanchó la boca en un gesto de momentánea diversión—. Lo robó de una granja de Brownsville, pero la criada lo vio. En realidad, la mujer dijo que había sido el otro hermano, pero... Quizá no fue tan sincero como yo pensaba. De cualquier manera, uno de los niños cogió el queso, Beardsley los descubrió y llamó al comisario. Josiah aceptó la culpa... y el castigo.

Tras ese incidente, sucedido un par de años antes, el niño había huido de la granja. Según le contó a Jamie, su intención era volver para rescatar a su hermano en cuanto hallara un lugar para vivir. El ofrecimiento de mi esposo le pareció un don del cielo; entonces abandonó la congregación para regresar a pie.

—Imagínate su sorpresa cuando nos encontró encaramados en la ladera —comentó Jamie, y estornudó. Se limpió la nariz, con ojos lacrimosos—. Estaba acechando a poca distancia, sin saber si esperar a que nos fuéramos o averiguar si íbamos hacia la granja, pues en ese caso podría aprovechar la distracción para entrar a escondidas y llevarse al hermano.

—Y tú decidiste entrar con él para ayudarlo en el robo.

A mí también me goteaba la nariz por el frío. Mientras me sonaba, eché un vistazo a Jamie. Aún tenía la nariz roja y la piel húmeda debido a la enfermedad, pero sus altos pómulos estaban encendidos por el sol de la mañana y se lo veía bastante animoso, considerando que había pasado toda la noche en un frío bosque.

—Fue divertido, ¿no? —adiviné.

—¡Pues sí! Llevaba años sin hacer algo así. —La sonrisa le arrugó los ojos, convirtiéndolos en triángulos azules—. Fue como cuando hacíamos incursiones en las tierras de los Grant, con Dougal y sus hombres, siendo yo un niño. Nos escurríamos en la oscuridad y entrábamos en el granero... ¡Dios mío, si tuve que contenerme para no quedarme con la vaca! Es decir, lo

habría hecho, si hubieran tenido vaca.

Reí con indulgencia.

—Eres un perfecto bandido, Jamie.

—¿Bandido? —exclamó, algo ofendido—. ¡Pero si soy un hombre muy honrado, *Sassenach*! Al menos, cuando puedo permitírmelo —corrigió, echando un vistazo hacia atrás para asegurarse de que nadie pudiera oírnos.

—¡Oh! Eres totalmente honrado. Más de lo que te conviene. Sólo que no siempre respetas las leyes.

Esta observación pareció desconcertarlo un poco, pues arrugó el entrecejo, con un gruñido que tanto podía ser una interjección escocesa negativa como un intento de aflojar la flema. Tosió un poco. Luego frenó a su montura y, empinándose en los estribos, agitó el sombrero hacia Roger, que estaba a cierta distancia, cuesta arriba. El joven respondió a su gesto y puso a su caballo en dirección a nosotros.

Yo detuve a mi yegua junto a Jamie y dejé caer las riendas sobre su cuello.

—Haré que el pequeño Roger vaya con los hombres a Brownsville —explicó Jamie, erguido en su silla— mientras yo visito a los Beardsley. ¿Vienes conmigo, *Sassenach*, o vas con él?

—Iré contigo —dije sin vacilar—. Quiero ver cómo son esos Beardsley.

Sonriente, se apartó el pelo antes de volver a calarse el sombrero. Llevaba el pelo suelto para proteger del frío el cuello y las orejas; su melena brillaba como cobre fundido bajo el sol de la mañana.

—Eso pensaba. Pero cuidado con tu cara —añadió, en burlona advertencia—. No vayas a quedarte boquiabierto ni a ponerte como un tomate si se menciona al siervo ausente.

—Cuida tú la tuya —le repliqué, bastante fastidiada—. ¡Tomate! ¿Te dijo Josiah si los maltrataban? —Tal vez había algo más que el incidente del queso tras la fuga de Josiah.

Él movió la cabeza.

—No se lo pregunté, ni él me lo dijo. Pero piensa un poco, *Sassenach*: ¿abandonarías una casa decente para vivir sola en los bosques, dormir sobre hojarasca fría y comer gusanos y grillos hasta que aprendieras a cazar?

Azuzando a su caballo subió la cuesta al encuentro de Roger, mientras yo

estudiaba la conjetura. Regresó minutos después. Yo puse mi montura a la altura de la suya, con otra pregunta en la mente.

—Pero si las cosas estaban tan mal como para obligarlo a huir, ¿por qué su hermano no lo acompañó?

Jamie me dirigió una mirada de sorpresa. Luego sonrió, algo ceñudo.

—Keziah es sordo, *Sassenach*.

No era sordo de nacimiento, según le habían dicho a Josiah; su gemelo había perdido el oído a consecuencia de una lesión, cuando tenía alrededor de cinco años. Por lo tanto, sabía hablar, pero sólo era capaz de oír ruidos muy fuertes; al no poder percibir el susurro de las hojas o el ruido de pisadas, no podía cazar ni evitar la persecución.

—Dice que Keziah entiende lo que él le dice, y eso es indudable.

Por entonces habíamos llegado al pie de la pendiente. Los caballos se agruparon un instante en torno de Jamie, mientras se decidían los rumbos y se establecían los puntos de reunión. Después de intercambiar despedidas, Roger silbó entre dientes, mostrando apenas un rastro de timidez, y agitó su sombrero en el aire en ademán de convocatoria. Lo vi relajarse, girándose a medias en la silla; luego miró hacia el frente.

—No está seguro de que los demás lo sigan —comentó Jamie, con aire crítico. Luego se encogió de hombros—. Ya se las arreglará. O no.

—Se las arreglará —aseguré, recordando la noche anterior.

—Me alegra que lo pienses, *Sassenach*. Vámonos. —Y chasqueó la lengua, tirando las riendas para que su caballo diera media vuelta.

—Si no estás seguro de que se las pueda arreglar, ¿por qué dejas que vaya solo? —pregunté a su espalda, al adentrarnos en el bosquecillo que se interponía entre nosotros y la granja, ya invisible—. ¿Por qué no mantener al grupo unido y conducirlo tú mismo a Brownsville?

—Para comenzar, no aprenderá si no le doy oportunidad. Por otra parte... —Hizo una pausa, yendo hacia mí—. Por otra parte no quiero que todo el grupo vaya a casa de los Beardsley. Podrían enterarse de que ha desaparecido un siervo. Y todo el campamento vio anoche a Josiah. Si te falta un chico y te enteras de que un chaval ha provocado un alboroto en el bosque cercano, puedes sacar ciertas conclusiones, ¿no?

Lo seguí a través de un estrecho desfiladero entre los pinos. El rocío

centelleaba como diamantes en la corteza y las agujas. Las gotas heladas que caían de las ramas me erizaban la piel.

A menos que ese tal Beardsley sea viejo o lisiado, ¿no debería unirse a ti? —objeté—. Tarde o temprano alguien mencionará a Josiah delante de él.

Jamie sacudió la cabeza.

—En todo caso, ¿qué le dirían? Los hombres vieron al chaval que trajimos y lo vieron huir otra vez. Por lo que ellos saben, puede haber vuelto a escapar.

—Kenny Lindsay los vio a ambos, cuando volviste con ellos.

Se encogió de hombros.

—Sí, he hablado con Kenny mientras ensillábamos los caballos. No dirá nada.

Tenía razón: Kenny era uno de sus hombres de Ardsmuir, de los que lo obedecían sin preguntar.

—No —prosiguió él, guiando a su montura en torno de una gran roca—, Beardsley no es un lisiado; Josiah me dijo que comercia con los indios; lleva mercancías al otro lado de la Línea del Tratado, a las aldeas cherokees. Lo que no sé es si estará en casa en estos momentos. Pero en ese caso...

Aspiró hondo y se detuvo a toser, por el cosquilleo del aire frío en los pulmones.

—Es otro de los motivos por los que he hecho que los hombres se adelanten —continuó, algo jadeante—. No nos reuniremos con ellos hasta mañana, según creo. Hasta entonces habrán dispuesto de una noche para beber y alternar en Brownsville; ya no recordarán al niño y será difícil que lo mencionen en presencia de Beardsley.

Por lo visto, contaba con que los dueños de la granja fueran hospitalarios y nos dieran albergue. Era una expectativa razonable en esa zona boscosa. Decidí que si esa noche tosía otra vez, le untaría bien con grasa alcanforada, le gustara o no; si fuera necesario, incluso me sentaría sobre su pecho.

Cuando salimos de los árboles eché una mirada dubitativa a la casa. Era más pequeña de lo que me había parecido y estaba hecha una ruina, pero yo había dormido en sitios peores y sin duda volvería a hacerlo.

El achaparrado granero tenía la puerta abierta de par en par, pero no se veían señales de vida. Todo el lugar parecía estar desierto, si no fuera por la

voluta de humo que salía de la chimenea.

El decir que Jamie era honrado, yo hablaba en serio, aunque no fuera toda la verdad. Era honrado, y también respetaba las leyes... cuando le merecían respeto. El que una ley hubiera sido promulgada por la Corona no era suficiente. En cambio, había leyes no escritas por las que él habría dado la vida.

No obstante, si bien la ley de la propiedad tenía menos poder sobre los incursores escoceses que sobre otras personas, lo cierto era que iba a pedir la hospitalidad de un hombre al que habían despojado de algo de su propiedad. Jamie no se oponía enérgicamente a la servidumbre; por lo general habría respetado el derecho del señor. El hecho de que no lo hiciera significaba que percibía el predominio de una ley superior, ya fuera la amistad, la compasión, el *earbsachd* u otra.

Él se había detenido y me estaba esperando.

—¿Por qué decidiste ayudar a Josiah? —le pregunté sin rodeos, mientras cruzábamos el maltrecho maizal que se extendía delante de la casa.

Jamie se quitó el sombrero y lo enganchó a la silla para atarse el pelo adecentándose para el encuentro.

—Pues... le dije que, si estaba decidido a seguir su camino, que lo hiciera. Pero si quería venir al Cerro, solo o con su hermano, debíamos borrar esa marca de su pulgar para no provocar rumores. De lo contrario los Beardsley podían enterarse y las consecuencias serían nefastas.

Aspiró hondo y dejó escapar el aire; luego se volvió hacia mí, muy serio.

—El muchacho no vaciló ni un momento, aunque sabía lo que es ser marcado. Y te diré, *Sassenach*: por amor o por valor, el hombre desesperado puede hacer algo una vez. Pero cuando ya lo has hecho y sabes lo que vas a sufrir, se requiere algo más para hacerlo de nuevo.

Y, sin esperar respuesta, entró en el patio espantando a una bandada de palomas, muy erguido en la montura, con los hombros cuadrados. No había señales de las cicatrices que le marcaban la espalda bajo el capote, pero yo las conocía de sobra.

Conque era eso. «Igual que en el agua la cara refleja la cara, el corazón del hombre refleja al hombre». Y la ley del valor era la que él había respetado desde siempre.

—¡Ah, de la casa! —gritó Jamie, deteniéndose en el centro del patio.

Era la etiqueta aceptada para quien llegaba a una casa desconocida. Aunque la mayoría de los montañeses eran hospitalarios, no faltaban quienes miraban a los forasteros con cautela y tendían a hacer las presentaciones a punta de pistola, mientras el visitante no hubiera establecido su buena fe.

Teniendo esto en cuenta, me mantuve a prudente distancia detrás de Jamie, pero cuidé de mantenerme a la vista, extendiendo ostensiblemente mis faldas, a fin de exhibir mi condición femenina como prueba de que nuestras intenciones eran pacíficas.

Jamie se dirigía hacia el establo, gritando a intervalos sin resultado aparente. Eché un vistazo a mi alrededor, pero en el patio no había huellas recientes, aparte de las nuestras. Junto al tronco a medio aserrar se veía un montón de estiércol, pero no estaba fresco; aunque las bolas estaban húmedas de rocío, casi todas se habían deshecho en polvo.

Nadie había entrado ni salido de allí, salvo a pie. Lo más probable era que los Beardsley estuvieran todavía dentro, pero no se dejaban ver. Era temprano, sí, pero los granjeros ya debían de estar dedicados a sus faenas. Al fin y al cabo, un rato antes yo había visto a alguien allí.

Al volverme hacia la puerta reparé en una extraña serie de muescas cortadas en la madera del marco. Eran pequeñas, pero numerosas: recorrían una de las jambas con toda su longitud y la otra, hasta la mitad. Miré más atentamente; estaban dispuestas en grupos, tal como los prisioneros suelen llevar la cuenta de las semanas.

Jamie salió del establo, seguido por unos cuantos balidos. Las cabras que él había mencionado, sin duda. Me pregunté si ordeñarlas sería responsabilidad de Keziah. En ese caso no tardarían en descubrir su ausencia, si es que no la habían descubierto aún.

Jamie dio algunos pasos hacia la casa y volvió a gritar, con las manos alrededor de la boca. No hubo respuesta. Después de aguardar un momento, se encogió de hombros y subió al porche para llamar a la puerta con la empuñadura de su cuchillo. El ruido habría despertado a un muerto, si había alguno en la vecindad.

Jamie me miró con una ceja arqueada. Los granjeros no solían ausentarse

dejando la casa desatendida, sobre todo si tenían ganado.

—Hay alguien allí —dijo él, respondiendo a mi pensamiento—. Las cabras están recién ordeñadas; todavía tienen gotas en las tetas.

—¿Crees que habrán salido a buscar... eh... ya sabes? —murmuré, acercándome

—Tal vez.

Se apartó para espiar por una ventana. Casi todos sus cristales habían desaparecido o estaban rotos. Un trozo de muselina raída, sujeta con tachuelas, cubría la abertura. Vi que Jamie la observaba con aire ceñudo, con el desdén del artesano ante una reparación mal hecha.

De pronto giró la cabeza.

—¿Has oído, *Sassenach*?

—Sí. Pensé que eran las cabras, pero...

El balido se oyó otra vez, ya inconfundiblemente dentro de la casa. Jamie apoyó una mano en la puerta, pero no cedió.

—Cerrojo —dijo brevemente

Y volvió a la ventana para soltar cuidadosamente una esquina de la tela.

—¡Fiu! —exclamé, arrugando la nariz ante la vaharada que surgía.

Estaba habituada a los olores de las cabañas cerradas del invierno, donde los vahos de sudor, ropa sucia, pies mojados y bacinillas se mezclaban al pan horneado y los guisos, pero el aroma que manaba de la residencia de los Beardsley iba mucho más allá de lo normal.

—O bien tienen cerdos dentro de la casa —dije, echando un vistazo al establo—, o hay allí diez personas que no han salido desde la primavera.

—Es un poco fuerte —coincidió él. Acercó la cara a la ventana, haciendo una mueca ante el hedor, y aulló: *Thig a mach!* ¡Si no sales, Beardsley, voy a entrar!

Espié por encima de su hombro, para ver qué resultados producía esa amenaza. El cuarto interior era amplio, pero estaba tan atestado que la madera manchada del suelo apenas era visible entre el amontonamiento de cosas.

La otra ventana estaba cubierta por una piel de lobo, que dejaba el interior en sombras. Con tantas cajas, fardos y muebles amontonados, aquello parecía una versión empobrecida de la cueva de Alí Babá.

Otra vez llegó ese ruido desde la parte trasera de la casa, algo más fuerte;

era una mezcla de rugido y chillido. Di un paso atrás; el olor acre, sumado al sonido, me trajo a la cabeza una imagen de pelaje oscuro y violencia súbita.

—Osos —sugerí, medio en serio—. La gente se ha ido y dentro hay un oso.

—Sí, Ricitos de Oro —dijo Jamie, seco—. Sin duda. Con osos o sin ellos, aquí pasa algo raro. Tráeme las pistolas y la caja de cartuchos que tengo en la alforja.

Antes de que yo pudiera abandonar el porche, dentro se oyó un ruido de pies que se arrastraban. Giré de inmediato. Jamie había echado mano de su puñal, pero al mirar hacia dentro aflojó los dedos en la empuñadura. Viendo su gesto de sorpresa, me incliné sobre su brazo para mirar.

Una mujer se asomó entre dos montañas de mercancías para mirar hacia fuera con desconfianza, como una rata que espiara desde un cubo de basura. No tenía mucho aspecto de rata: era bastante robusta y de pelo ondulado, pero parpadeó a la manera calculadora de las sabandijas, evaluando la amenaza.

—Lárguense —dijo. Al parecer, dedujo que no éramos la vanguardia de un ejército invasor.

—Buenos días tenga usted, señora —comenzó Jamie—. Soy James Fraser, de...

—No me importa quién sea. Lárguese.

—No lo haré, por supuesto —replicó él con firmeza—. Debo hablar con el hombre de la casa.

Por la cara regordeta cruzó una rara expresión: preocupación, cálculo y algo que podía ser diversión.

—¿De veraz? —Hablaba con un ligero ceceo—. ¿Y por orden de quién?

A Jamie empezaban a enrojecérsele las orejas, pero respondió con bastante calma.

—Del gobernador, señora. Soy el coronel James Fraser —enfaticó—, y estoy a cargo de reclutar una milicia. Todos los hombres físicamente aptos, de entre dieciséis y sesenta años, deben prestar servicio. ¿Tendrá usted la bondad de llamar al señor Beardsley, por favor?

—¿Conque una mi-li-cia? —dijo ella, pausadamente—. ¿Por qué? ¿Contra quién van a pelear?

—Con un poco de suerte, contra nadie. Pero se ha llamado a reclutamiento y debo responder. Y también todos los hombres físicamente aptos que habiten dentro de la Línea del Tratado.

Jamie tensó la mano contra el marco de la puerta y miró a la mujer de frente, con una sonrisa cordial. Ella entornó los ojos y frunció los labios, pensativa.

—Físicamente aptos —dijo al fin—. Bueno, no tenemos nada de eso. El ziervo ha vuelto a huir, pero aun si estuviera aquí no sería apto: zordo como una tapia, y bastante mudo. —Señaló la puerta a modo de ilustración—. Pero si quereis perseguirlo, podéis quedaros con él.

Al parecer nadie pensaba correr tras Keziah. Aspiré hondo para dar un suspiro de alivio, pero lo contuve inmediatamente.

Jamie no se daría por vencido con tanta facilidad.

—¿Está el señor Beardsley en casa? —preguntó—. Quiero verlo.

Y probó a tirar del marco; la madera seca se rompió con un ruido de pistoletazo.

—No está en condicionez de recibir a nadie —dijo ella. La nota extraña asomaba otra vez en su voz, cautelosa, pero al mismo tiempo cargada de algo parecido al entusiasmo.

—¿Está enfermo? —pregunté, asomándome—. Tal vez pueda ayudar. Soy doctora.

Ella se adelantó un paso o dos para mirarme, con el entrecejo fruncido bajo una densa masa de pelo castaño. Era más joven de lo que yo había pensado; vista a la luz, la carota no presentaba telarañas de vejez ni carnes flojas.

—¿Doctora?

—Mi esposa es una sanadora de renombre —explicó Jamie—. Los indios la llaman Cuervo Blanco.

—¿La mujer de los conjuros? —Ella abrió los ojos alarmada, y dio un paso atrás.

Algo me resultaba extraño en esa mujer. Al observarla comprendí qué era. Pese al hedor de la casa, estaba limpia, con el pelo suave y esponjoso; no era lo normal en la temporada fría; la mayoría de la gente no se bañaba durante varios meses.

—¿Quién es usted? —pregunté sin rodeos—. ¿La señora Beardsley? ¿O tal vez la señorita Beardsley?

No tenía más de veinticinco años, pensé, a pesar de lo voluminoso de su figura. La observé con cierto desagrado, pero ella me sostuvo la mirada con bastante frialdad.

—Zoy la zeñora Beardzley.

La alarma había desaparecido; frunció los labios, proyectándolos hacia fuera con aire de cálculo. Jamie flexionó el brazo y el marco de la ventana crujió violentamente.

—Pazen, pues.

Allí estaba otra vez ese tono extraño, entre el desafío y la ansiedad. Jamie frunció el entrecejo al captarlo, pero dejó de sacudir el marco.

Ella salió de entre las cajas para acercarse a la puerta. La vi en acción menos de un segundo, pero bastó para notar que era coja; arrastraba un pie contra el suelo.

Se oyeron golpes y gruñidos mientras luchaba con el candado; luego, un chirrido y el golpe seco de éste al caer al suelo. La puerta, combada, se había atascado en el marco; Jamie empujó con el hombro y la abrió de golpe; las tablas quedaron trémulas por el impacto. ¿Cuánto tiempo llevaba sin abrirse?

Mucho, por lo visto. Jamie entró resoplando y tosiendo; yo lo seguí, tratando de respirar por la boca. Aun así el olor habría podido desmayar a un hurón. A la fetidez de la mercancía acumulada se sumaba la de alguna letrina. También olía a comida podrida, pero había algo más. Contraje cautelosamente las fosas nasales, tratando de no inhalar más que unas pocas moléculas para su análisis.

—¿Cuánto tiempo lleva enfermo el señor Beardsley? —pregunté. Entre la fetidez general, había reconocido un claro olor a enfermedad.

—Puez baztante.

Cuando cerró la puerta a nuestras espaldas experimenté una súbita claustrofobia. Dentro el aire estaba denso, tanto por el hedor como por la falta de luz. Sentí un fuerte impulso de arrancar las coberturas de ambas ventanas para que entrara algo de aire, pero apreté las manos contra mi capa para no hacerlo.

La señora Beardsley se puso de lado para escurrirse y Jamie fue tras ella,

pasando bajo unos cuantos postes para tienda. Los seguí con cautela, tratando de no pensar que mi pie, de vez en cuando, pisaba objetos desagradablemente blandos. ¿Manzanas podridas? ¿Ratas muertas? Caminé apretándome la nariz y sin mirar hacia abajo.

La casa era de construcción sencilla; una habitación grande en la parte frontal y otra detrás.

La habitación posterior contrastaba de manera llamativa con el asqueroso cúmulo de enfrente. Todo estaba impecable; la mesa de madera y el hogar de piedra, bien pulidos; unos cuantos utensilios relucían en su estante. Una de las ventanas tenía el cristal intacto y sin cubrir; el sol de la mañana atravesaba la habitación, puro y radiante. Allí había quietud y silencio; eso aumentó la extraña sensación de haber entrado a una especie de santuario, con respecto al caos del cuarto delantero.

La impresión de paz se evaporó al momento, ante un fuerte ruido que llegó de arriba. Era el mismo que habíamos oído antes, pero se lo oía más cerca; un chillido desesperado, como el de un cerdo al que torturaran. Jamie dio un respingo y se dirigió rápido hacia una escalerilla que, desde el lado opuesto de la habitación, conducía hacia un desván.

—Eztá allí arriba —dijo la señora Beardsley.

No era necesario, pues Jamie ya iba por la mitad de la escalerilla. El chillido se dejó oír otra vez, más urgente. Decidí no ir a buscar mi maletín sin haber investigado.

En el momento en que cogía la escalerilla, Jamie se asomó arriba.

—Trae luz, *Sassenach* —dijo brevemente. Y su cabeza desapareció.

La mujer permanecía inmóvil, con las manos sepultadas en el chal, sin hacer nada por buscar un candil. Tenía los labios apretados y las mejillas manchadas de rojo. Pasé por su lado para coger una palmatoria del estante y, después de encenderla en el hogar, subí precipitadamente.

—¿Jamie? —Asomé la cabeza por el desván, sosteniendo la vela en alto.

—Aquí, *Sassenach*. —Él estaba de pie al otro lado del cuarto, donde las sombras eran más densas. Pasé sobre el tope de la escalerilla para reunirme con él, pisando con cautela.

Allí el hedor era mucho más fuerte. Al ver un reflejo de algo en la oscuridad, acerqué la vela para mirarlo.

Jamie aspiró bruscamente, tan espantado como yo, pero de inmediato dominó sus emociones.

—El señor Beardsley, presumo —dijo.

El hombre era enorme; al menos, lo había sido. La carne del brazo pendía floja y blanca; el enorme pecho se hundía en el centro, y el cuello, que en otros tiempos debía de haber parecido el de un toro, estaba consumido hasta mostrar las fibras. Un solo ojo brillaba, frenético, tras los mechones apelmazados.

Ese ojo se abrió de asombro. El hombre emitió nuevamente aquel ruido, tratando de levantar la cabeza con insistencia. Percibí el escalofrío que recorría a Jamie. Aquello bastó para erizarme el pelo de la nuca, pero me dominé.

—Sujétame el candil —dije, poniéndole la palmatoria en la mano.

Me dejé caer de rodillas; demasiado tarde, noté algo líquido a través de la falda. El hombre yacía en su propia inmundicia, desde hacía tiempo, en el suelo mojado y cubierto de sustancia viscosa. Estaba desnudo; lo cubría sólo una manta de lino. Al retirarla detecté llagas ulcerosas entre las manchas de excremento.

Lo que afectaba al señor Beardsley era bastante obvio; una parte de su cara le caía grotescamente, con el párpado entrecerrado; tanto el brazo como la pierna yacían laxos y muertos, con las articulaciones nudosas y extrañamente distorsionadas por la desaparición de la masa muscular. Entre balidos resoplantes, la lengua asomaba por la comisura de la boca, babeando, en un vano intento de hablar.

—Chist —le dije—. No hable. Todo irá bien.

Le cogí la muñeca para evaluar el pulso; la carne se movía sobre los huesos, floja, sin la menor respuesta a mi contacto.

—Un ataque cerebral —dije suavemente a Jamie—. Una apoplejía, como dirías tú.

Apoyé una mano en el pecho de Beardsley para ofrecerle algún consuelo.

—No se preocupe —le dije—. Hemos venido a ayudarlo.

Hablaba en tono tranquilizador, pero me estaba preguntando qué ayuda podríamos darle. Higiene y abrigo, por lo menos; en ese desván hacía tanto frío como en el exterior; su pecho tenía la piel de gallina bajo el vello

abundante.

La escalerilla crujió pesadamente; al volverme vi el contorno de una cabeza esponjosa y dos gruesos hombros, recortados contra la luz de la cocina.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunté con aspereza.

—Maz o menoz... un mez —dijo ella, después de una pausa. Y agregó a la defensiva—: No pude trazladarlo. Ez muy pezado.

Eso era cierto, sin duda.

—¿Por qué está aquí arriba? —inquirió Jamie—. Si no lo movió usted, ¿cómo pudo llegar hasta aquí?

Giró para iluminar el desván con la luz de la vela. Allí había pocas cosas que pudieran atraer a un hombre: un viejo colchón de paja, unas cuantas herramientas diseminadas y viejos trastos domésticos. La luz brilló contra la cara de la señora Beardsley, convirtiendo en hielo sus pálidos ojos azules.

—Venía... perziguiéndome —dijo débilmente.

—¿Qué? —Jamie se acercó a la escalerilla y la cogió por un brazo para ayudarla (contra la voluntad de la mujer, me pareció) a subir el trecho restante—. ¿Cómo es eso de que la estaba persiguiendo?

Ella curvó los hombros, redonda y fea como un frasco de galletas entre sus grandes chales.

—Me golpeó —dijo sencillamente—. Zubí la escalerilla para huir de él, pero me ziguió. Trate de ezconderme aquí, entre laz zombraz, y él vino... pero entoncez... cayó. Y... ya no pudo levantarze.

Volvió a encogerse de hombros.

—Hum, sí —dijo Jamie, pasando la vista de una en otro—. Bien. Haga el favor de traer un poco de agua, señora. Traiga también otra vela y algunos trapos limpios —agregó.

—Jamie, acércame la luz, ¿quieres?

Se puso a mi lado, sosteniendo la vela para que iluminara el cuerpo arruinado. Echando a Beardsley una tenebrosa mirada, en la que se mezclaban la piedad y el desagrado, movió lentamente la cabeza.

—El castigo de Dios, ¿no te parece, *Sassenach*?

—No creo que sea enteramente de Dios —dije, bajando la voz para que no llegara a la cocina. Alargué la mano para coger la vela—. Mira.

A la sombra, cerca de la cabeza de Beardsley, había un recipiente con agua y un plato de pan, duro y azulado de moho; allí el suelo estaba cubierto de mendrugos de pan a medio comer. Ella lo había alimentado apenas lo suficiente para mantenerlo con vida, aunque en la habitación de abajo había grandes cantidades de comida, así como fardos de pieles, jarras de aceite, mantas de lana apiladas. Sin embargo, el dueño de todos esos bienes yacía en la oscuridad, famélico y temblando bajo una sola sábana de lino.

—¿Por qué no lo dejó morir, sin más? —se preguntó Jamie en voz baja, fija la vista en el pan mohoso.

Ante eso Beardsley lanzó unos gorgoteos y gruñidos; su ojo lagrimeó, en tanto unas burbujas de moco aparecían en la nariz. Arqueó el cuerpo, frustrado, pero luego se derrumbó con un ruido carnosos, que sacudió las tablas del desván.

—Creo que te entiende. ¿Verdad? —Había dirigido esta pregunta al enfermo; por la manera en que gorgoteó, babeando, resultó obvio que entendía; al menos sabía que se le estaba hablando.

—Y si quieres saber por qué...

Señalé con un gesto las piernas de Beardsley, moviendo lentamente la vela sobre ellas. Algunas de las llagas se debían al hecho de haber pasado tanto tiempo tendido y sin moverse. Otras no. Uno de los grandes muslos presentaba tajos paralelos, obviamente hechos con un cuchillo, ya negros y coagulados. La pantorrilla estaba decorada por una línea regular de ulceraciones: heridas muy rojas, rezumantes y bordeadas de negro. Quemaduras que se le habían dejado ulcerar.

Al ver aquello, Jamie gruñó por lo bajo y miró hacia la escalerilla. Desde abajo nos llegó el ruido de una puerta al abrirse; una ráfaga fría subió hasta el desván, haciendo bailar la llama de la vela. Cuando la puerta se cerró, la llama volvió a estabilizarse.

—Creo que podría bajarle. —Jamie alzó el candil para evaluar las vigas del techo—. Quizá, pasando por esta viga una cuerda gruesa. ¿Se lo puede mover?

—Sí —dije. Pero no estaba prestando atención. Al inclinarme hacia las piernas del hombre noté una vaharada de algo que llevaba muchísimo tiempo sin oler, un hedor maligno y siniestro.

No me lo había encontrado muchas veces, pero bastaba con una: el olor penetrante de la gangrena gaseosa es inolvidable. No quise decir nada que pudiera alarmar a Beardsley, si es que podía entenderme. En cambio le di una palmadita tranquilizadora y fui en busca de la palmatoria para ver mejor.

Al entregármela, Jamie se inclinó para murmurarme al oído:

—¿Puedes hacer algo por él, *Sassenach*?

—No —respondí, también en voz baja—. Es decir, por la apoplejía no. Puedo tratarle las llagas y darle algunas hierbas contra la fiebre. Eso es todo.

Contempló un momento la figura encorvada en las sombras, ya inmóvil. Luego movió la cabeza, persignándose, y bajó deprisa en busca de una cuerda.

Yo volví lentamente donde el enfermo, que me recibió con un denso «*Haugggg*» y un incansable golpeteo con una sola pierna, como el aviso de los conejos. Me arrodillé junto a sus pies, hablándole en tono tranquilizador, de nada en particular, mientras acercaba la luz para examinárselos. Los dedos. Todos los dedos del pie muerto estaban quemados; algunos sólo tenían ampollas; otros estaban consumidos casi hasta el hueso. Los dos primeros se habían puesto negros y un tinte verdoso se extendía sobre el empeine.

Quedé horrorizada, tanto por el acto en sí como por lo que podía haber conducido a eso. ¿Qué diantre haríamos con esos dos miserables?

Obviamente no podíamos llevar a Beardsley con nosotros. Y era igualmente obvio que no podíamos dejarlo allí, al cuidado de su esposa. Tal vez pudiéramos llevarlo hasta Brownsville; en el establo debía de haber una carreta. Pero aun así, ¿qué pasaría después?

No había ningún hospital donde pudieran atenderlo. Si algún hogar de Brownsville lo recibía por caridad, muy bien. Pero al ver el estado de Beardsley pasado un mes, era improbable que su parálisis y su habla mejoraran mucho. ¿Quién aceptaría atenderlo día y noche durante el resto de su vida?

Claro que el resto de su vida podía ser muy corto, según el éxito que yo tuviera al tratar la gangrena. La preocupación disminuyó al concentrarme en el problema inmediato. Tendría que amputar; era la única posibilidad. Los dedos no ofrecían dificultad, pero tal vez no bastara con ellos. Si era menester cortar el pie o parte de él, aumentaba el riesgo de *shock* y de infección.

¿Sentiría algo? A veces las víctimas de ataques cerebrales retenían la sensación en el miembro afectado, aunque no pudieran moverlo; otras veces había movimiento sin sensación o ninguna de las dos cosas. Toqué cautamente un dedo gangrenado, observándole la cara.

No me miró, no hizo ruido alguno. Eso respondía a la pregunta; no tenía sensibilidad en el pie. En cierto modo era un alivio; al menos no sufriría el dolor de la amputación.

Detrás de mí hubo un leve roce. La señora Beardsley estaba allí. Después de poner en el suelo un cubo de agua y un montón de trapos, se quedó a mi espalda mientras yo comenzaba a lavar la inmundicia.

—¿Puede curarlo? —preguntó. Su voz sonaba serena, remota, como si hablara de un desconocido.

De repente, la cabeza del paciente se bamboleó para fijar en mí el ojo abierto.

—Creo que puedo ayudar un poco —dije con cautela, deseando que Jamie regresara pronto. Necesitaba mi maletín, pero además la compañía de los Beardsley me ponía nerviosa.

Más aún cuando el enfermo emitió inadvertidamente una pequeña cantidad de orina. La mujer se echó a reír. Él respondió con un sonido que me erizó la piel de los brazos. Después de retirar el líquido de su muslo, continué con mi tarea, tratando de no prestar atención.

—¿Tienen usted o el señor Beardsley algún pariente cerca? —pregunté, en el tono más coloquial posible—. ¿Alguien que pudiera echarles una mano?

—Nadie —dijo ella—. Yo vivía en Maryland. Él me zaco de la caza de mi padre. Para traerme aquí. —Dijo «aquí» como si se refiriera al infierno; en ese momento había cierta similitud, por cierto.

Abajo se abrió la puerta; una ráfaga de aire frío anunció el regreso de Jamie. Oí el ruido cuando puso mi caja en la mesa y me levanté deprisa, deseando escapar de ellos aunque fuera un momento.

—Allí está mi esposo con los remedios. Iré a... eh... a traer... hum...

Me escurrí junto a la señora Beardsley para volar escalerilla abajo, sudando a pesar del frío. Jamie estaba junto a la mesa, ceñudo, dando vueltas a la cuerda que tenía en las manos. Al oírme levantó la vista, relajando un poco la cara.

—¿Cómo está, *Sassenach*? —preguntó en voz baja, señalando el desván con la barbilla.

—Muy mal —susurré—. Tiene dos dedos gangrenados; tendré que amputárselos. Y ella dice que no tienen familiares que puedan ayudarlos.

—Hum. —Apretó los labios, dedicando su atención a la eslinga que improvisaba.

Yo iba a coger mi caja para revisar los instrumentos, pero me detuve al ver las pistolas de Jamie en la mesa, junto con el cuerno de pólvora y el estuche de balas. Le toqué el brazo. «¿Para qué?», modulé con los labios señalándolos con la cabeza.

Entre sus cejas se acentuó la arruga, pero antes de que pudiera responder, arriba se oyó un terrible alboroto: revolcadas y golpes secos, acompañados por un ruido gorgoteante.

Jamie dejó caer la cuerda y salió disparado hacia la escalerilla, conmigo pisándole los talones. Cuando asomó la cabeza arriba dejó escapar un grito y se lanzó hacia adelante. Al entrar en el desván, siguiéndole, le vi forcejear con la señora Beardsley.

Ella le dio un codazo en la cara, golpeándolo en plena nariz. Eso quitó a Jamie cualquier inhibición que le impidiera maltratar a una mujer: la giró en redondo y le aplicó un seco *uppercut* al mentón, que la dejó tambaleante, con los ojos vidriosos. Me lancé hacia delante para rescatar la vela, mientras la mujer caía sentada en un colchón de faldas y enaguas.

—Be cago... ed esa... bujed. —La voz de Jamie sonaba apagada por la manga que presionaba su cara, para restañar la sangre que surgía de su nariz, pero su sinceridad era inconfundible.

El señor Beardsley se agitaba como un pez recién pescado, entre ruidos sibilantes y gorgoteos. Al levantar la palmatoria vi que trataba de tocarse el cuello con una mano. Tenía un pañuelo de lienzo, retorcido como una cuerda; su cara estaba negra, con el único ojo desorbitado. Me apresuré a desatar el pañuelo; su respiración se alivió con un gran soplo de aire fétido.

—Si hubiera sido más rápida lo habría liquidado. —Jamie bajó el brazo manchado de sangre, tocándose la nariz con delicadeza—. Cristo, creo que me la ha roto.

—¿Por qué? ¿Por qué me lo han impedido? —La señora Beardsley aún

estaba consciente, aunque se tambaleaba y tenía los ojos vidriosos—. Debería morir, quiero que muera, debe morir.

—*A nighean ma galladh*, podrías haberlo matado en cualquier momento de este último mes, si hubieras querido —señaló él, impaciente—. ¿Por qué has querido esperar a tener testigos?

Ella lo miró con ojos súbitamente claros y penetrantes.

—No lo quería muerto —dijo—. Quería que muriera. —Sonrió mostrando los restos de sus dientes quebrados—. Lentamente.

—¡Oh, Dios mío! —Me pasé una mano por la cara. Aunque apenas promediaba la mañana, tenía la sensación de que ese día ya duraba varias semanas—. Es culpa mía. Le dije que creía poder ayudar y pensó que yo lo salvaría, que quizá lo curaría por completo.

¡Esa maldita reputación de sanadora mágica!

—¡Beztia inmunda! —gritó la señora Beardsley, y se incorporó sobre las rodillas para coger un panecillo duro y se lo arrojó a la cabeza—. Beztia inmunda, hedionda, mugrienta, perversa...

Jamie la aferró por el pelo antes de que se echara contra el cuerpo tendido. Luego la apartó de un brazo, sollozante y chillando insultos.

—Por todos los demonios —dijo, por encima del alboroto—. Tráeme esa cuerda, *Sassenach*, antes de que los mate a los dos.

La tarea de bajar al señor Beardsley del desván nos dejó a ambos bañados en sudor y manchados de inmundicias, malolientes y con las rodillas flojas por el esfuerzo. La mujer se instaló en un taburete del rincón, callada y malévolamente como un sapo, sin hacer nada por ayudar.

Jamie se enjugó la frente con una manga manchada de sangre. Luego contempló a Beardsley, moviendo la cabeza. No pude reprochárselo: aun limpio y abrigado, tras haberle dado algunas cucharadas de gachas calientes, el hombre se encontraba en un estado lamentable. Lo examiné una vez más, con esmero, a la luz de la ventana. Sobre los dedos de los pies no cabían dudas: el hedor de la gangrena era muy claro, así como el tinte verdoso que cubría el empeine.

Tendría que amputar algo más que los dedos. Palpé cuidadosamente la zona en putrefacción, preguntándome si sería mejor intentar una amputación parcial, entre los metacarpos, o cortar simplemente a la altura del tobillo. Esta

última operación sería más rápida; en condiciones normales, habría intentado la amputación parcial, más conservadora, pero en este caso no tenía sentido: era obvio que el enfermo no volvería a caminar.

Me mordisqueé el labio inferior, dubitativa. En realidad, todo aquello podía ser inútil; el hombre ardía en una fiebre intermitente y las llagas de las piernas y nalgas rezumaban pus. ¿Qué posibilidades tenía de recobrase de la amputación sin morir a consecuencia de la infección?

La esposa apareció detrás de mí sin que yo la hubiera oído; para ser tan pesada se movía con notable suavidad.

—¿Qué pienzas hacer? —preguntó, con voz neutra y remota.

—Los dedos de este pie están gangrenados —dije. Ya no tenía sentido ocultar la situación al paciente—. Tendré que amputárselo.

En realidad no había opción, aunque el corazón me dio un vuelco al pensar que tendría que pasar allí tal vez semanas enteras, atendiendo a Beardsley. No podía entregarlo a los «tiernos» cuidados de su esposa.

Ella rodeó lentamente la mesa y se detuvo cerca de los pies. Su cara no expresaba nada, pero en las comisuras de la boca titilaba una pequeña sonrisa que iba y venía, como si no dependiera de su voluntad. Después de contemplar esos dedos ennegrecidos por un largo minuto, sacudió la cabeza.

—No —dijo muy quedo—. Deja que ze pudra.

Al menos, eso resolvió la duda de si Beardsley entendía o no: dilató el ojo abierto, lanzando un chillido de ira, y empezó a debatirse en un esfuerzo por alcanzarla, hasta tal punto que casi se cae al suelo. Jamie tuvo que forcejear para mantener esa mole en la mesa. Cuando al fin el enfermo cedió, jadeante y emitiendo pequeños maullidos, él enderezó la espalda, también agitado, y clavó en la señora Beardsley una mirada de gran disgusto.

Ella encorvó los hombros y se los ciñó con el chal, pero levantó el mentón en un gesto desafiante, sin retroceder ni apartar la vista.

—Zoy zu ezpoza —dijo—. No permitiré que lo corten. Ezo pondría zu vida en peligro.

—Pues así morirá —dije, seca—. Y será una muerte horrible. Tú...

No pude terminar: Jamie me estrujó el hombro con fuerza.

—Llévatela afuera, Claire —me dijo en voz baja.

—Pero...

—Fuera. —Tensó la mano en mi hombro, haciendo la presión casi dolorosa—. No entres hasta que yo te llame.

Estaba ceñudo, pero en sus ojos había algo que me hizo sentir un vacío acuoso en las entrañas. Eché un vistazo al aparador, donde estaban sus pistolas, junto a mi caja de remedios. Luego volví a mirarlo, horrorizada.

—No puedes —dije.

Él miró tristemente al enfermo.

—Si un perro estuviera así, no lo pensaría dos veces —dijo—. ¿Puedo hacer menos por él?

—¡Pero él no es un perro!

—No, en efecto. —Dejando caer la mano, rodeó la mesa para detenerse junto a Beardsley.

—Si me entiendes cierra el ojo, hombre —murmuró. Hubo un momento de silencio. El ojo enrojecido del enfermo se fijó en la cara de Jamie, con innegable inteligencia. El párpado se cerró lentamente; luego volvió a subir.

—Vete —me dijo Jamie—. Que decida él. Si quiere... o si no... te llamaré.

Me temblaban las rodillas. Entrecrucé las manos entre los pliegues de la falda.

—No. —Miré a Beardsley, tragando saliva con dificultad. Luego negué con la cabeza—. No. Yo... si tú... necesitas un testigo.

Él vaciló un instante, pero acabó por asentir.

—Tienes razón, sí. —Eché un vistazo a la mujer. Estaba muy quieta, con las manos apretadas bajo el delantal, mirándonos alternativamente a los tres. Él movió brevemente la cabeza. Luego se volvió de nuevo hacia el hombre, cuadrando los hombros.

—Parpadea una vez para decir que sí, dos para decir que no —instruyó—. ¿Has entendido?

El párpado descendió sin vacilar.

—Escucha, pues. —Jamie aspiró hondo y empezó a hablar con voz carente de emoción, sin apartar la vista de la cara arruinada y la fiereza de ese ojo abierto—. ¿Sabes qué te ha sucedido?

Un parpadeo.

—¿Sabes que mi esposa es doctora, sanadora?

El ojo rodó hacia mí, volvió a Jamie. Un parpadeo.

—Dice que has sufrido una apoplejía y que el daño no tiene remedio.
¿Comprendes?

De la boca torcida surgió un bufido. No era noticia. Un parpadeo.

—Tienes el pie podrido. Si no te lo cortan, la gangrena te matará.
¿Comprendes?

No hubo respuesta. Había olfateado la gangrena; tal vez sospechaba, pero sólo ahora estaba seguro de que provenía de su propia carne. Un lento parpadeo.

Beardsley había tomado su decisión mucho antes, tal vez incluso antes de nuestra llegada. Después de todo, llevaba un mes en ese purgatorio, suspendido en la fría oscuridad; había podido reflexionar, luchar a brazo partido con sus perspectivas y hacer las paces con la muerte.

¿Comprendía?

Oh, sí, muy bien.

Jamie se inclinó hacia la mesa, con una mano en el brazo de Beardsley, sacerdote de mangas manchadas, ofreciendo la absolución y la salvación. La mujer seguía petrificada a la luz de la ventana, como estólido ángel denunciante.

Las aseveraciones y las preguntas llegaron a su fin.

—¿Quieres que mi esposa te corte el pie y trate tus heridas?

Un parpadeo, luego dos, exagerados, deliberados.

La respiración de Jamie era audible. El peso que sentía en el pecho convertía cada palabra en un suspiro.

—¿Me pides que te quite la vida?

El párpado cayó... y no volvió a alzarse.

Jamie también cerró los ojos, recorrido por un pequeño estremecimiento. Luego se sacudió por un instante, como si saliera del agua fría, y se dirigió hacia el aparador donde había puesto sus pistolas.

Me apresuré a acercarme a él para apoyarle una mano en el brazo. Él no me miró, atento a la pistola que estaba amartillando. Estaba muy pálido, pero sus manos no temblaban.

—Vete —dijo—. Llévatela afuera.

Me volví hacia Beardsley, pero él ya no era mi paciente. Cogí a la mujer

del brazo y la conduje hacia la puerta. Ella me acompañó con pasos mecánicos, sin mirar atrás.

El patio iluminado por el sol parecía irreal. La señora Beardsley se liberó de mí para ir hacia el establo, apretando el paso. Después de echar una mirada sobre el hombro hacia la casa, partió en una pesada carrera, hasta desaparecer por la entrada del establo como si la persiguieran los demonios.

Yo había captado su sensación de pánico. Estuve a punto de correr tras ella, pero no lo hice. Me detuve a esperarla en el borde del patio. El corazón me palpitaba lentamente, retumbando en mis oídos.

Por fin se oyó el disparo; fue un sonido seco, poco audible, que no llamó la atención entre el suave balido de las cabras en el establo y el susurro de los pollos que escarbaban la tierra, a poca distancia. «En el corazón o en la cabeza», pensé súbitamente. Y me estremecí.

Era ya muy pasado el mediodía; una brisa helada atravesaba el patio, agitando el polvo y las briznas de heno. Yo seguía esperando. Él debía de haberse detenido a rezar una breve oración por el alma de Beardsley. Pasó un minuto, dos; al fin se abrió la puerta trasera. Jamie dio unos cuantos pasos hacia el exterior y se detuvo a vomitar.

Me adelanté por si me necesitara, pero no era así. Irguió la espalda, limpiándose la boca, luego echó a andar en dirección opuesta a mí, rumbo al bosque.

De repente me sentí superflua y extrañamente ofendida. Apenas unos momentos antes estaba trabajando, absorbida en la práctica de la medicina; conectada a la carne, la mente y el cuerpo; atenta a los síntomas, consciente del pulso y la respiración, de los signos vitales del moribundo. Aunque Beardsley no me era simpático en absoluto, me había dedicado por completo a la lucha por conservarle la vida y aliviar sus sufrimientos. Aún sentía en las manos el contacto extraño de su carne caliente y floja.

Ahora mi paciente estaba muerto. Y yo tenía la sensación de que me habían amputado una pequeña parte del cuerpo. Tal vez era la impresión.

Eché un vistazo a la casa; mi cautela original había sido reemplazada por asco... y algo más hondo. Había que lavar el cuerpo, desde luego, y adecentarlo para el entierro. Era algo que yo había hecho más de una vez sin

grandes reparos, aunque sin entusiasmo; sin embargo, ahora sentía una enorme renuencia a entrar nuevamente.

¿Era posible que su espíritu rondara aún la casa, sin haberse percatado de su libertad?

—No seas supersticiosa, Beauchamp —me dije con severidad—. Basta ya de eso.

Aun así no di un solo paso hacia la casa. Me quedé en el patio, tensa como un colibrí indeciso.

Si Beardsley ya no necesitaba mi ayuda y Jamie tampoco, aún quedaba alguien que podía requerirla. Di la espalda a la casa para caminar hacia el establo.

Era sólo un cobertizo grande, abierto, con un pajar fragante de heno, lleno de formas móviles. Me detuve a la entrada hasta que mis ojos se adaptaron a la penumbra. Allí estaba la mujer, acurrucada en un montón de paja fresca. Cinco o seis cabras se amontonaban alrededor, pujando entre sí y mordisqueándole los flecos del chal. Era poco más que una sombra gibosa, pero sorprendí el breve destello de un ojo cauteloso entre las sombras.

—¿Ya eztá? —La pregunta fue apenas audible por encima de los suaves balidos.

—Sí. —Vacilé, pero no parecía necesitar mi consuelo. Ya veía mejor: ella tenía un cabrito acurrucado en el regazo y acariciaba la cabecita sedosa—. ¿Estáis bien, señora Beardsley?

—No zé —murmuró.

Aguardé, pero ella no se movió. La apacible compañía de las cabras podía consolarla tanto como yo, de modo que la dejé, casi envidiándole el cálido refugio del establo y sus alegres camaradas. Pasaría algún tiempo antes de que pudiéramos partir, así que me dediqué a preparar los caballos.

En un lateral había medio tronco hueco, que servía como abrevadero, pero estaba vacío. Agradecida por el tiempo que me llevaría esa tarea, extraje agua del pozo y llené el tronco, cubo tras cubo.

Mientras me secaba las manos en la falda miré a mi alrededor, buscando alguna ocupación útil, pero no quedaba ninguna.

Al levantar la vista, me sorprendió encontrar la puerta trasera abierta. Estaba segura de haberla cerrado. ¿Estaría Jamie adentro? ¿O la señora

Beardsley?

Estiré el cuello para echar un vistazo a la cocina, manteniendo una distancia prudente, pero al acercarme oí el rítmico *chuff* de una pala en la tierra. Al rodear la esquina opuesta encontré a Jamie, cavando cerca de un fresno que crecía en el patio, a poca distancia de la casa. Aún estaba en mangas de camisa; el viento aplastaba el lino manchado contra su cuerpo, agitándole el pelo rojo contra la cara.

Cuando se lo apartó con la muñeca, me impresionó ver que estaba llorando. Lloraba en silencio, con cierto salvajismo, atacando la tierra como si fuera un enemigo. Al verme por el rabillo del ojo hizo una pausa para limpiarse rápidamente la cara, como si quisiera enjugarse el sudor de la frente.

Respiraba con dificultad, hasta el punto de que se le oía a distancia. Me acerqué para ofrecerle en silencio agua y un pañuelo limpio. No me miró a los ojos, pero bebió, tosió y bebió de nuevo. Luego se sonó la nariz con cautela. La tenía hinchada, pero ya no sangraba.

—No pasaremos la noche aquí, ¿verdad? —me arriesgué a preguntar, mientras me sentaba en un bloque de madera, bajo el fresno.

Él sacudió la cabeza.

—No, por Dios —dijo con voz ronca. Estaba arrebolado y con los ojos enrojecidos, pero se controlaba con firmeza—. Nos iremos en cuanto le hayamos dado una sepultura decente. No me importa volver a pasar frío en el bosque, pero no quiero dormir aquí.

Yo estaba plenamente de acuerdo, pero había otro detalle a tener en cuenta.

—¿Y... ella? —pregunté con delicadeza—. ¿Está en la casa? La puerta trasera está abierta.

Jamie volvió a clavar la pala con un gruñido.

—No, he sido yo. Al salir había olvidado dejarla abierta... para que el alma pueda escapar —explicó al ver mi asombro.

Lo que me produjo un escalofrío no fue el hecho de que eso coincidiera con mi idea anterior, sino el tono flemático de su explicación.

—Comprendo —dije, débilmente.

Durante un rato, Jamie continuó cavando; la pala se hundía

profundamente en la tierra, que allí era margosa y rica en mantillo. Por fin, sin quebrar el ritmo de la tarea, dijo:

—En una ocasión, Brianna me contó algo que había leído. No lo recuerdo bien, pero se trataba de un asesinato. El muerto era un hombre perverso que había inducido a alguien a cometerlo. Y al final, cuando se le preguntaba al narrador qué se debía hacer, él decía: «Dejad pasar a la justicia de Dios».

—¿Crees que en este caso se trató de eso? ¿De justicia?

Él movió la cabeza, pero no como una negativa, sino de desconcierto. Luego continuó cavando. Lo observé por un rato, tranquilizada por su proximidad y por el ritmo hipnótico de sus movimientos. Después de un rato, me preparé para la tarea que me aguardaba.

—Será mejor que vaya a preparar el cuerpo y a limpiar el desván —dije de mala gana—. No podemos dejar a la pobre mujer sola con esa inmundicia, a pesar de lo que haya hecho.

—Espera, *Sassenach*. —Jamie interrumpió la tarea y, algo desconfiado, echó un vistazo a la casa—. En un momento entraré contigo. Mientras — señaló el bosque con la cabeza—, ¿podrías traer algunas piedras para el montículo?

¿Un montículo? Eso me sorprendió bastante; parecía un detalle innecesario para el difunto señor Beardsley. Aunque en el bosque habría lobos. También se me ocurrió que Jamie estaba inventando una excusa convincente para que yo retrasara entrar de nuevo en la vivienda. Y en ese caso, cargar rocas parecía una alternativa muy deseable.

Afortunadamente no faltaban piedras adecuadas. Media hora después, la idea de entrar había comenzado a parecerme mucho menos objetable. Pero como Jamie seguía dedicado a su tarea, yo continué con la mía.

Por fin, ya jadeante, dejé caer otra carga junto a la sepultura, cada vez más honda. Las sombras se habían alargado en el patio y el aire era tan frío que se me habían entumecido los dedos; mejor así, dado que los tenía llenos de rasguños.

—Tienes una pinta terrible —comenté, apartando de mi cara el pelo desaliñado—. ¿La señora Beardsley no ha salido aún?

Él hizo un gesto negativo, pero tardó un instante en recobrar el aliento como para hablar.

—No —dijo, tan ronco que apenas le oí—. Aún está con las cabras. Supongo que allí no hace frío.

Lo observé con desasosiego. Cavar tumbas es un trabajo duro.

—Creo que ya es bastante profunda —dije, inspeccionando su obra. Yo me habría conformado con un agujero superficial, pero Jamie no hacía nada al descuido—. Déjalo ya, hombre, y cámbiate esa camisa. Estás empapado; cogerás un resfriado espantoso.

Sin molestarse en discutir, él recogió la pala para cuadrar pulcramente las esquinas del hoyo, de modo que no se desmoronaran. La sombra de la casa caía sobre la sepultura abierta, larga y fría. Me cubrí los codos con las manos, temblando en silencio.

Jamie arrojó la pala a tierra con un ruido metálico que me sobresaltó. Al salir del hoyo estuvo inmóvil un minuto, con los ojos cerrados, tambaleándose de fatiga. Luego los abrió para sonreírme.

—Terminemos con esto —dijo.

Ya fuera porque la puerta abierta había permitido la fuga del espíritu del difunto, ya porque Jamie estaba a mi lado, entré sin vacilar. El fuego se había apagado, dejando la cocina fría y penumbrosa, pero dentro no se percibía nada maligno. Simplemente... estaba vacía.

Los restos mortales del señor Beardsley descansaban apaciblemente bajo una de las mantas con que comerciaba. Mudo y quieto, vació él también.

La esposa había declinado asistir a las formalidades y hasta a entrar en la casa, mientras el cuerpo de su marido estuviera allí, de modo que barrí el hogar, encendí otra vez el fuego y lo avivé hasta que cobró vida. Mientras, Jamie se ocupaba de limpiar el desván.

En la muerte, Beardsley parecía mucho menos grotesco que en vida; ya relajados los miembros deformes, había perdido el aire de lucha frenética. Tenía la cara cubierta con una toalla de algodón, pero cuando espié bajo ella, vi que no debía limpiar ninguna sangría: Jamie le había disparado limpiamente en el ojo ciego, sin que la bala reventara el cráneo. El ojo sano estaba cerrado; la herida negra continuaba abierta y fija. Volví a depositar la toalla contra esas facciones, a las que la muerte había devuelto la simetría.

Jamie se detuvo silenciosamente a mi lado, tocándome el hombro.

—Ve a lavarte —le dije, señalando el pequeño hervidor que había colgado en el hogar para calentar agua—. Yo puedo arreglármelas sola.

Él se quitó la camisa empapada y la dejó caer dentro del hogar. Presté atención a los ruidos caseros que hacía al lavarse. De vez en cuando tosía, pero su respiración parecía más tranquila que cuando estaba fuera, a la fría intemperie.

—Ignoraba que la apoplejía pudiera ser así —comentó—. Creía que mataba de inmediato.

—A veces sí —dije, algo distraída, concentrándome en lo que hacía—. Pero con mucha frecuencia sucede como en este caso.

—¿Sí? Nunca se me ocurrió preguntarle a Dougal o a Rupert. O a Jenny. Si mi padre...

La frase se cortó abruptamente, como si se la hubiera tragado.

¡Ah! Conque era eso. Había olvidado lo que él me contara años antes, poco después de casarnos. Su padre había presenciado la flagelación de Jamie en Fort William; la impresión le provocó una apoplejía que lo mató. A Jamie, herido y enfermo, lo habían sacado subrepticamente del fuerte para enviarlo al exilio. Sólo semanas más tarde supo de la muerte de su padre; no había tenido oportunidad de despedirse de él, de sepultarlo, ni de honrar su tumba.

—Jenny debe de saberlo —comenté—. Y ella te habría dicho si...

Si Brian Fraser había padecido una agonía tan lenta como ésta, reducido a la impotencia ante los ojos de la familia que había tratado de proteger, ¿ella se lo habría contado? Si había atendido a su padre en la incontinencia y la discapacidad, si había esperado días, semanas, súbitamente privada de su padre y de su hermano, obligada a enfrentar sola a la muerte que se aproximaba momento a momento...

Pero Jenny Fraser era una mujer muy fuerte, que amaba profundamente a Jamie. Tal vez habría querido protegerlo, tanto de la culpa como del conocimiento.

Me volví hacia él. Estaba medio desnudo, pero aseado, con una camisa limpia en las manos. Me miraba, pero noté que sus ojos iban más allá y se fijaban en el cadáver con atribulada fascinación.

—Ella te lo habría dicho —repetí, esforzándome por imprimir certeza a mi voz.

Jamie aspiró hondo, penosamente.

—Tal vez.

—Estoy segura —dije con más firmeza.

Él asintió con la cabeza y suspiró otra vez, con más soltura. Comprendí entonces que la muerte de Beardsley no afectaba sólo a esa casa. Pero sólo Jenny tenía la llave de la única puerta que se podía abrir para mi esposo.

Ahora comprendía por qué lo había visto llorar, por qué había puesto tanto esmero al cavar la tumba. No era por espanto ni por caridad, mucho menos por consideración hacia el difunto, sino por Brian Fraser, el padre al que no había podido sepultar ni llorar.

Ya vestido, Jamie rodeó la mesa para ayudarme a levantar el cuerpo, pero en lugar de introducir las manos por debajo, las alargó para coger las mías.

—Júrame, Claire —dijo. Estaba casi afónico; tuve que inclinarme para oír—. Si algún día me sucede lo que a mi padre... júrame que me harás el mismo favor que yo le he hecho a este miserable.

La pala había dejado ampollas nuevas en sus palmas. Percibí la blandura extraña, móvil, llena de fluido.

—Haré lo que deba —susurré por fin—. Como tú lo has hecho.

Él me estrechó las manos y las soltó.

—Ahora vamos a enterrarlo. Todo ha terminado.

Brownsville

Era media tarde cuando Roger y sus milicianos llegaron a Brownsville, después de haberse desviado del camino y vagado varias horas por las colinas hasta que dos cherokees con los que se encontraron les indicaron el rumbo.

Brownsville estaba formado por cinco o seis chozas destartaladas repartidas en una colina, como un puñado de basura arrojada entre la maleza moribunda.

Aun así era, obviamente, buen sitio para comenzar, aunque sólo fuera por el bien de los hombres que lo acompañaban: al ver los toneles habían empezado a vibrar como limaduras de hierro cerca de un imán. El olor a la levadura de la cerveza les salía al encuentro como una bienvenida. Pensando que a él tampoco le iría mal una jarra, agitó una mano para ordenar el alto. Hacía un frío entumecedor y había pasado mucho tiempo desde el desayuno. Difícilmente les servirían nada allí, aparte de pan o un guiso, pero mientras fuera posible comer algo caliente y regarlo con algún tipo de alcohol, nadie se quejaría.

Roger había desmontado y estaba a punto de llamar a los otros cuando una mano le apretó el brazo.

—*Attendez.* —Fergus hablaba muy bajo, casi sin mover los labios. De pie junto a él, miraba algo que estaba más allá—. No te muevas.

Roger no se movió, ni tampoco los hombres, todavía en sus caballos.

Estaban viendo lo mismo que Fergus, fuera lo que fuese.

—¿Qué pasa? —preguntó, bajando también la voz.

—Alguien, dos tipos, nos están apuntando con pistolas desde la ventana.

—Ah. —Roger comprendió que Jamie había tenido muy buen criterio al no entrar en Brownsville en la oscuridad, la noche anterior. Estaba visto que conocía la naturaleza suspicaz de los lugares remotos.

Moviéndose con mucha lentitud, levantó las manos en el aire y le hizo un gesto con la barbilla a Fergus, que lo imitó de mala gana.

—¡Hola, a los de la casa! —gritó, con toda la autoridad que se es posible cuando se tienen las manos por encima de la cabeza—. Soy el capitán Roger MacKenzie, con una compañía de milicianos al mando del coronel James Fraser, del Cerro de Fraser.

El único efecto que provocó esa información fue que uno de los cañones se desviara, apuntando hacia Roger, lo que le hizo comprender que el arma no había apuntado contra él en un comienzo; la otra aún señalaba sobre su hombro derecho, hacia el grupo de jinetes que se removían en sus sillas, entre murmullos inquietos.

Genial. ¿Y ahora qué? Los hombres esperaban que él hiciera algo. Siempre con lentitud, bajó las manos y tomó aliento para gritar otra vez. Antes de que pudiera hablar, se oyó una voz ronca detrás de la piel de venado:

—¡Te estoy viendo, Morton, cretino!

Esta imprecación vino acompañada de un visible movimiento de la primera pistola, que abandonó abruptamente a Roger para dirigirse hacia el mismo blanco que su compañera: presumiblemente, Isaiah Morton, uno de los milicianos de Granite Falls.

Entre los hombres a caballo hubo un ruido de roce y gritos de sobresalto. De pronto estalló el infierno, al dispararse simultáneamente las dos pistolas. Los caballos se encabritaron, espantados.

Roger se había arrojado cuerpo a tierra a la primera explosión, pero al apagarse los ecos, se levantó como por reflejo, quitándose el barro de los ojos, y cargó de cabeza contra la puerta.

Para su propia sorpresa, su mente funcionaba con toda claridad. Si Brianna necesitaba veinte segundos para cargar y amartillar un arma, esos

cabrones no podían hacerlo mucho más deprisa. Por lo tanto, le quedaban unos diez segundos de gracia, y tenía la intención de aprovecharlos.

Golpeó la puerta con el hombro, haciéndola volar hacia dentro hasta chocar con la pared. Roger entró tropezando en la habitación y fue a estrellarse contra el muro de enfrente. Allí se dio un fuerte golpe en el hombro contra la chimenea y rebotó, pero consiguió mantenerse en pie, aunque tambaleándose como si estuviera borracho.

En la habitación había varias personas que se volvieron hacia él, boquiabiertas. Cuando su visión se despejó lo suficiente, pudo ver que sólo dos estaban armadas. Llenándose los pulmones de aire, se arrojó contra el tipo que tenía más cerca, un hombre esmirriado, de barba rala, y lo cogió por la camisa, imitando a un maestro muy temido que había tenido en la escuela elemental.

—¿Qué es lo que te propones, pequeñajo? —bramó Roger, tirando de él hasta que quedó de puntillas.

—¡Señor! ¡Suelte a mi hermano!

La víctima de Roger había dejado caer el arma y el cuerno de pólvora, cuyo contenido se esparció por el suelo. Pero el otro pistolero había logrado recargar su arma y ahora intentaba apuntar a Roger. Le resultaba difícil a causa de las tres mujeres presentes en la habitación, dos de las cuales le tiraban del brazo, hablándole a la vez y entorpeciéndole el camino. La tercera se había cubierto la cabeza con el delantal y emitía rítmicos chillidos de histeria.

En ese momento, Fergus entró en la casa, con una enorme pistola y apuntó al hombre armado.

—Tenga la bondad de bajar eso, por favor —dijo, alzando la voz para hacerse oír por encima del jaleo—. Y usted, señora, ¿puede echar agua sobre esta joven? ¿O quizá mejor abofetearla? —Señaló con el gancho a la mujer histérica, cuyos chillidos le arrancaron una leve mueca.

Una de las mujeres se acercó lentamente a la que gritaba, como si estuviera hipnotizada; después de aferrarla por el hombro y sacudirla, comenzó a murmurarle algo al oído, sin apartar los ojos de Fergus. Los alaridos cesaron, siendo reemplazados por sollozos irregulares y convulsivos.

—¿Y quién demonios es usted? —El segundo hombre, que había bajado

el arma, miraba a Fergus con aire confundido.

El francés hizo un gesto despreocupado con el garfio, que parecía fascinar a las mujeres.

—Eso no tiene importancia —dijo con aire grandioso, alzando dos o tres centímetros más su aristocrática narizota—. Lo que requiero... es decir, lo que requerimos —corrigió, dirigiendo a Roger un ademán cortés— es saber quiénes son ustedes.

Los habitantes de la cabaña se intercambiaron miradas, como preguntándose quiénes eran. Tras un momento de vacilación, el más corpulento de los dos hombres levantó agresivamente la barbilla.

—Me llamo Brown, señor. Richard Brown. Lionel, mi hermano; Meg, mi esposa; Alicia, mi hija... —Ésa era la muchacha que gritaba, que ya se había quitado el delantal de la cabeza y seguía bañada en lágrimas—. Y Thomasina, mi hermana.

—Para servirles, señora, señoritas. —Fergus dedicó a las damas una elegante reverencia, sin dejar por eso de apuntar con la pistola hacia la frente de Richard Brown—. Les pido perdón por este trastorno.

La señora Brown respondió con una inclinación de cabeza; tenía los ojos algo vidriosos. La señorita Thomasina Brown, alta y de aspecto severo, miró alternativamente a Roger y a Fergus.

Fergus parecía complacido; había logrado transformar una confrontación armada en una escena de salón parisino. A continuación miró a Roger y le cedió el control de la situación con un claro ademán de la cabeza.

—Bien. —Roger tenía la sensación de que su holgada camisa de lana se había convertido en una camisa de fuerza. Volvió a aspirar hondo, llenándose los pulmones con esfuerzo—. Pues como les decía, soy... eh... el capitán MacKenzie. El gobernador Tryon nos ha encomendado reclutar una compañía de milicianos. Hemos venido a notificarles que tienen ustedes la obligación de aportar hombres y provisiones.

Richard Brown pareció sorprenderse, su hermano se puso ceñudo. Antes de que pudieran presentar ninguna objeción, Fergus se acercó a Roger, murmurando:

—*Mon capitain*, ¿no convendría averiguar si han matado al señor Morton, antes de aceptarlos en nuestra compañía?

—Oh, sí. —Roger clavó en los Brown su mirada más severa—. Señor Fraser, ¿quiere ver qué ha pasado con el señor Morton? Yo esperaré aquí.

Sin perder de vista a los dueños de la casa, alargó una mano para recibir la pistola de su compañero.

—Oh, el tal Morton está vivito y coleando, capitán, sólo que no está aquí. Se ha pirado como zorro con el rabo chamuscado, pero cuando desapareció se movía perfectamente. —La voz nasal del de Glasgow habló desde la puerta.

Un grupo de cabezas curiosas, entre ellas la de Henry Gallegher, espían desde la puerta. También se veían varias armas desenfundadas. Roger empezó a respirar con más facilidad.

Los Brown, habiendo perdido todo el interés por Roger, miraban a Gallegher completamente desconcertados.

—¿Qué ha dicho? —susurró la señora Brown a su cuñada.

La otra dama movió la cabeza, con los labios apretados.

—Dice que el señor Morton está sano y salvo —tradujo Roger. Y tosió—. Lo cual es una suerte para ustedes —añadió, dirigiéndose a los hombres de la casa, con toda la amenaza que pudo poner en su voz. Luego se volvió hacia Gallegher, que se había reclinado contra el marco de la puerta, mosquete en mano, con cara de estar muy entretenido.

—¿Todos están bien, Henry?

Él se encogió de hombros.

—Estos sacos de estiércol no han agujereado a nadie, pero han dejado una bonita perdigonada en tu alforja. Señor —agregó tardíamente.

—¿En la del *whisky*? —inquirió, alarmado, Roger.

—¡Qué va! —Los ojos de Gallegher reflejaron su horror ante la posibilidad. Luego lo tranquilizó con una gran sonrisa—. En la otra.

—Ah, bueno. —El capitán hizo un gesto con la mano—. Sólo eran mis pantalones, ¿verdad?

Esa reacción arrancó risas y exclamaciones de apoyo entre los hombres apiñados en la puerta. Y alentó a Roger para dirigirse al más pequeño de los Brown.

—¿Y qué tienen ustedes contra Isaiah Morton? —quiso saber.

—Ha deshonrado a mi hija —replicó el hombre de inmediato, ya recobrada la compostura. Y clavó en Roger una mirada fulminante. La barba

se le retorció de cólera—. Le he dicho que, si se atrevía a asomar esa maldita cara en diez millas a la redonda, lo vería muerto a los pies de mi niña. ¡Y malditos sean mis ojos si esa puerca víbora no ha tenido el descaro de cabalgar hasta mi puerta! —El señor Richard Brown se volvió hacia el de Glasgow—. ¿Dice que los dos hemos errado el tiro?

Gallegher se encogió de hombros como pidiendo disculpas.

Sí. Lo siento.

La más joven de las señoritas Brown escuchaba el diálogo algo boquiabierta.

—¿Han errado? —preguntó. La esperanza le iluminaba los ojos enrojecidos—. ¿Isaiah vive aún?

—No por mucho tiempo —aseguró su tío, ceñudo.

Roger miró a Fergus, que se encogió levemente de hombros. Tenía que decidir él.

¿Y qué podía decirles? Morton era miliciano; por lo tanto, tenía derecho a su protección. No debía entregárselo a los Brown, pese a lo que hubiera hecho, si es que conseguían atraparlo. Por otra parte, su misión era reclutar a los dos hermanos y a todos los hombres de Brownsville que fueran aptos, además de conseguir provisiones para al menos una semana. Dadas las circunstancias, no parecía que la propuesta fuera a ser bien recibida.

Tenía la irritante convicción de que Jamie no habría tenido dudas de cómo resolver esa crisis diplomática. Pero, personalmente, él no tenía la más mínima idea de qué hacer.

Al menos disponía de un plan para ganar tiempo. Bajando la pistola con un suspiro, buscó la taleguilla que pendía de su cintura.

—Henry, trae la alforja donde tengo el *whisky*, ¿quieres? Señor Brown, espero que me permita adquirir algo de comida y un tonel de su cerveza para alimentar a mis hombres.

Con un poco de suerte, cuando se lo hubieran bebido todo, Jamie ya habría llegado.

Un tercio de cabra

No había terminado, después de todo. Oscureció mucho antes de que acabáramos en la granja de los Beardsley: limpiar, volver a cargar las alforjas y ensillar nuevamente los caballos. Estuve a punto de sugerir que cenáramos antes de partir (no habíamos comido nada desde el desayuno), pero la atmósfera de lugar era tan perturbadora que ni Jamie ni yo teníamos apetito.

—Esperaremos —dijo él, cargando las alforjas a lomos de la yegua. Luego echó un vistazo a la casa—. Siento un vacío en el estómago, pero con esta casa a la vista no podría probar bocado.

—Te comprendo. —Yo también miré con inquietud hacia atrás, aunque no había nada que ver, salvo la casa quieta y vacía—. No veo la hora de alejarme de aquí.

Los caballos piafaban, inquietos, sacudiendo las crines en su ansiedad de partir. Yo los comprendía. Eché otra mirada hacia atrás, sin poder contenerme. Habría sido difícil imaginar algo tan desolador. Y más difícil aún, imaginarse viviendo sola allí.

Por lo visto, la señora Beardsley también lo había pensado y había llegado a una conclusión similar, pues en ese momento emergió del establo, con el cabrito en los brazos, anunciando que vendría con nosotros. Al parecer también se llevaba las cabras. Me entregó el cabrito y desapareció nuevamente en el establo.

—No puede abandonarlas aquí —murmuré a Jamie, que protestaba en la penumbra, a mi espalda—. Hay que ordeñarlas. Además no hay tanta distancia, ¿o sí?

—¿Sabes a qué velocidad caminan las cabras, *Sassenach*?

—Nunca he tenido ocasión de medirles el tiempo —repliqué, algo irritada, cambiando de posición a mi pequeña carga peluda—. Pero no creo que sean mucho más lentas que los caballos, en la oscuridad.

Respondió con un sonido gutural escocés, al que la flema daba más expresividad que de costumbre. Luego tosió.

—¡Qué mal estás! —observé—. Cuando llegemos te pondré la grasa mentolada, muchacho.

Él no puso objeciones, cosa que me alarmó, pues indicaba una grave depresión de su vitalidad. Pero antes de que pudiera hacer más investigaciones sobre su estado de salud me interrumpió la aparición de la señora Beardsley, que salía del establo seguida de seis cabras, atadas a la misma cuerda como una banda de convictos jovialmente ebrios.

Jamie observó aquella procesión con aire dubitativo.

—La madre seguirá a su cría y las otras seguirán al macho —me dijo—. Las cabras son animales sociables; ninguna querrá alejarse por su cuenta, mucho menos por la noche. ¡Fuera! —murmuró, apartando de su cara un hocico inquisitivo, mientras se agachaba a revisar la cincha—. Con cerdos sería peor. Ellos sí se agrupan a su modo.

Y se incorporó, dando una palmada distraída a un testuz peludo. Luego dijo a la señora Beardsley, mostrándole el falso nudo que había atado a la silla, cerca de su mano:

Si ocurre algún percance, soltadlo de inmediato, o el caballo huirá con todos vosotros y esta criatura terminará ahorcada.

Ella asintió; era un bulto encorvado a lomos de la yegua. Luego miró hacia la casa.

—Debemos irnos antes de que zalga la luna —dijo en voz baja—. Ez entoncez cuando aparece.

Por la espalda me corrió un escalofrío. Jamie, con un respingo, se volvió hacia la casa a oscuras. A nadie se le había ocurrido cerrar la puerta, que permanecía abierta, como una cuenca ocular vacía.

—¿Quién? —preguntó, con un hilo de voz.

—Mary Ann —respondió—. Ella fue la última. —No había énfasis en su voz; hablaba como sonámbula.

—¿La última qué? —pregunté yo.

—La última ezpoza. —Y cogió las riendas—. Cuando zale la luna apareze de pie bajo el zerval.

Jamie giró la cabeza hacia mí. La oscuridad no me permitió ver su expresión, pero no era necesario. Carraspeé.

—¿No sería mejor... cerrar la puerta? —sugerí.

Presumiblemente, el espíritu del señor Beardsley ya había captado la idea. Y aunque su viuda no tuviera ningún interés en la casa y su contenido, no parecía decente dejarla a merced de los mapaches y las ardillas. Por otra parte, yo no tenía ningún deseo de aproximarme a la casa desierta.

—Monta, *Sassenach*.

Jamie cruzó el patio a grandes pasos, cerró la puerta con más violencia de la necesaria y regresó, a paso enérgico.

—¡Hop! —exclamó, montando detrás de mí. Y partimos, con el resplandor de la media luna apenas visible por encima de los árboles.

Me sentía bastante a salvo allí, sobre la mole poderosa del caballo, con el ruido de las cabras a nuestro alrededor y, detrás, la presencia tranquilizadora de Jamie, que me ceñía la cintura con un brazo. Pero no lo suficiente como para volver la vista atrás. Y al mismo tiempo, el impulso de mirar era tan intenso que casi contrarrestaba el miedo que me inspiraba la granja.

—En realidad no es un serbal, ¿no? —dijo suavemente Jamie, detrás de mí.

—No —confirmé—. Es un fresno silvestre. Pero son muy parecidos.

Le estreché la mano llena de ampollas, y él me besó en la cabeza.

En lo alto del sendero me volví a mirar, pero sólo se veía un vago brillo en el tejado erosionado de la casa. El fresno y lo que bajo él hubiera (o no) permanecían ocultos en las sombras.

Fue un gran alivio abandonar por fin las tierras de los Beardsley. Cuando los pinos taparon toda la hondonada, aparté de la mente los perturbadores acontecimientos del día para pensar en lo que nos esperaba en Brownsville.

—Confío en que Roger se las haya arreglado bien —dije, apoyándome

contra el pecho de Jamie, con un pequeño suspiro.

—Hum jum.

—Espero que haya encontrado alguna posada —insistí, pensando que esa perspectiva podía provocar algo más de entusiasmo—. Sería magnífico tener comida caliente y una cama limpia.

—Hum jum. —Esta vez tenía una mezcla de humor y escepticismo, sobre la posible existencia de comida caliente y camas limpias en los territorios apartados de Carolina.

—Las cabras parecen llevarlo muy bien —añadí. Y aguardé con expectación.

—Hum jum. —Me daba la razón a regañadientes, aunque dudando sobre la duración de esa buena conducta por parte de las cabras.

Mientras yo formulaba mentalmente otra observación, con la esperanza de instarlo a repetir aquello (el máximo habían sido tres veces), *Gideon* justificó súbitamente la desconfianza de Jamie alzándose de manos con un fuerte resoplido.

Choqué con el pecho de Jamie y el golpe seco de mi cabeza contra su clavícula me hizo ver las estrellas. Él me sujetó rodeándome con el brazo hasta dejarme sin aire mientras tiraba de las riendas con una sola mano, gritando.

Yo no tenía idea de lo que estaba diciendo; no sabía siquiera si hablaba en inglés o en gaélico. El caballo relinchaba, encabritado, y yo buscaba algo a lo que asirme: crines, silla, riendas... Una rama me azotó la cara, cegándome. Reinaba el pandemonio; se oían chillidos, balidos y un ruido como de tela desgarrada. Luego, algo me golpeó con fuerza, lanzándome a la oscuridad.

No me desmayé, pero faltó poco. Quedé despatarrada en un matorral, esforzándome por respirar, incapaz de moverme y sin ver nada, aparte de unas cuantas estrellas diseminadas en el cielo.

A cierta distancia se oía un gran jaleo, en el que predominaba un coro de cabras despavoridas, interrumpido de gritos que parecían de mujer. Gritos de dos mujeres.

Moví la cabeza, confundida. De pronto me puse boca abajo y comencé a arrastrarme: acababa de reconocer, aunque tarde, qué era aquello. Con frecuencia había oído rugidos de jaguar, pero siempre desde lejos, a distancia

segura. Pero éste no estaba nada lejos. El ruido de tela desgarrada había sido el bufido de un gran felino, que estaba muy cerca.

Al chocar con un gran tronco caído me apresuré a esconderme bajo él, introduciéndome en el hueco todo lo que pude. No era el mejor de los escondrijos, pero tal vez impidiera que algo saltara desde los árboles sobre mí.

Seguía oyendo los gritos de Jamie, aunque el tono de sus comentarios había pasado a ser una especie de ronca furia. Las cabras ya no balaban; ¿era posible que el felino las hubiera matado a todas? Tampoco se oía a la señora Beardsley. Los caballos, en cambio, armaban un tremendo barullo con tanto relinchar y piafar.

—Aquí —grazné, decidida a no abandonar mi refugio sin saber con certeza dónde estaba el jaguar... o al menos sin tener seguridad de que no estaba cerca de mí. Los caballos habían dejado de relinchar, aunque seguían resoplando y haciendo ruido con los cascos, como para demostrar que ninguno de ellos había huido ni caído presa del visitante—. ¡Aquí! —repetí, alzando un poco la voz.

Más crujidos a poca distancia. Jamie apareció a trompicones en la oscuridad y se agachó para tantear debajo del tronco. Su mano encontró mi brazo y lo estrechó.

—¿Estás bien, *Sassenach*?

—No he tenido tiempo de averiguarlo, pero creo que sí. —Salí del tronco con cuidado para ver si estaba herida. Cardenales aquí y allá, codos despellejados y una sensación de escozor en la mejilla golpeada por la rama. Básicamente, todo estaba bien.

—Me alegro. Date prisa, que está herido. —Él me levantó y me ayudó a caminar.

—¿Quién?

—El macho cabrío, por supuesto.

Para entonces mi vista se había adaptado a la oscuridad. Pude distinguir las grandes siluetas de *Gideon* y de la yegua bajo un álamo; ambos agitaban crines y colas con nerviosismo. A poca distancia había un bulto más pequeño, que parecía ser la señora Beardsley, agachada junto a algo.

Olía a sangre y a fetidez de cabra. Me puse en cuclillas, alargando la

mano hasta encontrar pelo áspero, caliente. El macho cabrío se sobresaltó con un fuerte «¡Beeeh!», que me tranquilizó un poco. Quizá estuviera herido, pero no moribundo. El cuerpo que tenía bajo mis manos estaba sólido y vital, con los músculos tensos.

—¿Dónde está la fiera? —pregunté, mientras localizaba la dureza de los cuernos y continuaba palpando apresuradamente la columna, las costillas y los flancos. El animal presentó sus objeciones con salvajes sacudidas.

—Se fue —dijo Jamie, que también se había agachado. Apoyó una mano en la cabeza del macho—. Ya, ya *a bhalaich*. Todo está bien. *Seas, mo charaid*.

No encontraba ninguna herida abierta en el cuerpo de la cabra; sin embargo olía a sangre: un vaho caliente y metálico, que perturbaba el limpio aire nocturno del bosque. Los caballos también lo olfateaban y se removían en la oscuridad, inquietos.

—¿Estamos seguros de que se ha ido? —insistí, tratando de no pensar en la sensación de tener unos ojos clavados en la nuca—. Huelo a sangre.

—Sí. La fiera se llevó a una de las hembras —me informó Jamie, mientras se arrodillaba a mi lado para apoyar una mano en el cuello del animal—. La señora Beardsley soltó a este bravo muchacho, que se arrojó de cabeza contra el felino. No lo vi todo, pero creo que la bestia le lanzó un zarpazo. La oí chillar y bufar. Y en ese momento el macho cabrío también gritó. Puede que se haya roto una pata.

Así era. Con esa información hallé fácilmente la fractura, en el húmero de la pata delantera derecha. La piel estaba intacta, pero el hueso, roto. Palpé el leve desplazamiento de los extremos. La cabra pujó, tratando de cornearme el brazo. Sus ojos se movían, frenéticos; las extrañas pupilas cuadradas eran visibles, pero incoloras bajo el débil claro lunar.

—¿Puedes curarlo, *Sassenach*?

—No lo sé.

El animal seguía forcejeando, pero sus movimientos se debilitaban perceptiblemente.

—No lo sé —repetí. Mis dedos habían encontrado finalmente el pulso; era muy veloz y débil. Traté de imaginar los tratamientos posibles, todos rudimentarios—. Es muy posible que muera, Jamie, aunque le reduzca la

fractura. ¿No sería mejor sacrificarlo? Convertido en carne será mucho más fácil de transportar.

Él acarició suavemente el cuello de la cabra.

—A un animal tan valiente... Sería una pena.

Al oír eso, la señora Beardsley soltó una risita nerviosa, como de niña.

—Ze llama *Hiram* —dijo—. Ez un buen muchacho.

—*Hiram* —repitió él, sin dejar de acariciarlo—. Pues bien, *Hiram*. *Courage, mon brave*. Saldrás adelante. Tienes los huevos del tamaño de un melón.

—De caquis, más bien —observé, pues había encontrado inadvertidamente los testículos en cuestión al efectuar mi examen—. Aunque perfectamente respetables, sin duda.

Aspiraba lo menos posible para no olerlo. Las glándulas almizcleras de *Hiram* estaban trabajando horas extraordinarias. Hasta el penetrante olor a sangre quedaba en segundo plano.

—Lo dije en sentido figurado —me informó Jamie, con bastante sequedad—. ¿Qué vas a necesitar, *Sassenach*?

Por lo visto la decisión estaba tomada.

—Pues bien. —Me quité el pelo de la cara con el dorso de la muñeca—. Búscame un par de ramas rectas, de unos treinta centímetros de longitud, sin ramillas laterales, y un trozo de cuerda. Luego me ayudarás con él —añadí, tratando de sujetar a mi inquieto paciente—. *Hiram* parece tenerte simpatía. Tal vez te reconoce como espíritu afín.

Jamie rió; fue un sonido grave y reconfortante junto a mi codo. Se incorporó, después de rascarle una vez más las orejas, y se alejó entre susurros de follaje. Momentos después estaba de regreso con lo que le había pedido.

—Bien. —Aparté una mano del cuello de *Hiram* para coger los palos—. Voy a entablillarlos; de esta manera no podrá doblar la pata y hacerse más daño. Tendremos que llevarlo a cuestras. Ayúdame a tenderlo de lado.

La señora Beardsley rondaba a mi lado, con un cabrito en brazos. El pequeño emitió un débil balido, como si despertara súbitamente de una pesadilla, y *Hiram* respondió con un fuerte «*beeh*».

—Tengo una idea —murmuró Jamie. Y se levantó para coger el cabrito.

Luego volvió a arrodillarse y se lo acercó al macho. De inmediato lo hociqueó en el costado, con un balido. Una lengua larga y viscosa serpenteó sobre mi mano, babosa, buscando la cabeza del pequeño.

—Sé rápida, *Sassenach* —sugirió Jamie.

No necesité más acicate. En pocos minutos tuve la pata estabilizada y las tablillas acolchadas con uno de los muchos chales que la señora Beardsley llevaba encima. *Hiram* se había tranquilizado y sólo emitía algún gemido ocasional. El cabrito, en cambio, balaba a todo pulmón.

—¿Dónde está su madre? —pregunté. Pero no necesitaba la respuesta. Aunque no fuera muy entendida en cabras, sabía de maternidad: sólo la muerte mantendría a una madre lejos del hijo que estuviera armando un alboroto semejante. Las otras cabras habían regresado por curiosidad, por miedo a las sombras o, simplemente, por buscar compañía, pero la madre no se adelantó.

—Pobrecilla... —dijo tristemente la señora Beardsley—. Una cabra tan dulce...

Hiram ya tenía los huesos en su sitio y el entablillado bien firme. Emitió un fuerte y belicoso «¡beeeehhh!» y se levantó apoyándose en tres patas. Cayó de inmediato, pero su reacción nos animó a todos. Hasta la señora Beardsley lanzó una exclamación de placer al verlo.

—Muy bien. —Jamie se incorporó con un profundo suspiro—. Y ahora...

—¿Y ahora qué? —inquirí.

—Ahora debo decidir qué haremos. —Había cierto nerviosismo en su voz.

—¿No continuaremos hacia Brownsville?

—Podríamos continuar. Si la señora Beardsley conoce bien el camino y es capaz de hallar el sendero a la luz de las estrellas.

Se volvió hacia ella, expectante, pero aun en las sombras vi el gesto negativo de la mujer.

Entonces caí en la cuenta de que ya no estábamos en la senda; en todo caso, era apenas un estrecho camino abierto por los venados.

—No podemos estar tan lejos, ¿verdad? —Miré a mi alrededor, aguzando vanamente la vista en la oscuridad, como si pudiera haber algún letrero luminoso que indicara la situación del sendero. En realidad, no tenía ni idea

del rumbo.

—No —contestó Jamie—. En cuanto a mí, creo que tarde o temprano la encontraría. Pero no pienso andar a trompicones por el bosque, en la oscuridad y con todo esto.

Recorrió el círculo con la vista, contando cabezas. Dos caballos muy asustadizos, dos mujeres (una de ellas bastante rara y posible homicida) y seis cabras, dos de las cuales no podían caminar. En realidad tenía razón.

Echó los hombros hacia atrás y los encogió un poquito, como para acomodar una camisa estrecha.

—Iré a echar un vistazo. Si encuentro el camino enseguida, mejor. Si no, acamparemos hasta mañana —dijo—. A la luz del día será mucho más fácil encontrar la senda. Ten cuidado, *Sassenach*.

Y con un estornudo final, desapareció en el bosque, dejándome a mí sola al cuidado del herido y nuestros acompañantes.

—¿Cree que volverá? —La señora Beardsley se acuclilló a mi lado, con el chal bien ceñido a los anchos hombros. Hablaba en voz baja, como si temiera que alguien pudiera oírnos.

—¿Quién? ¿El jaguar? No, no creo. ¿Para qué? —Aun así me recorrió un escalofrío al pensar en Jamie, solo en la oscuridad. *Hiram* resopló, con la paleta firmemente apoyada en mi muslo. Luego apoyó la cabeza en mi rodilla y lanzó un largo suspiro.

—¿Cómo se siente? —pregunté, más por mantener la conversación que por verdadero interés.

—Me alegra haber zalido de eze lugar —dijo simplemente.

Decididamente, yo compartía sus sentimientos; al menos nuestra situación había mejorado con respecto a la de la granja, aun con jaguar y todo. Pero eso no significaba que deseara pasar una temporada allí.

—¿Conoce a alguien en Brownsville? —le pregunté. No estaba segura del tamaño de la población, aunque por los comentarios de algunos milicianos parecía ser una aldea importante.

—No. —Durante un momento guardó silencio. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás para poder contemplar las estrellas y la apacible luna—. Ez que... nunca he eztado en Brownsville —añadió, casi tímida.

Ni en ningún otro lugar, al parecer. Contó la historia entre vacilaciones,

pero casi con ansias, ante el interés, aunque mínimo, por mi parte.

Resumiendo, Beardsley la había comprado a su padre para llevarla a su casa, junto con otras mercancías adquiridas en Baltimore. Una vez allí la mantuvo esencialmente prisionera; tenía prohibido abandonar la granja y dejarse ver por aquellos que pudieran pasar por allí. Mientras él viajaba por las tierras de los cherokees con su mercancía, la dejaba en la casa para que hiciera todo el trabajo. No contaba con más compañía que la de un siervo sordomudo.

—¿Qué cosa! —dije. Con todo lo sucedido durante el día había olvidado a Josiah y a su gemelo. Me pregunté si ella conocería a los dos o sólo a Keziah.

—¿Cuánto hace que vino a Carolina del Norte? —pregunté.

—Doz añoz —respondió en voz baja—. Doz añoz, trez mezez y cinco días.

Recordé las marcas hechas en la jamba de la puerta. ¿Cuándo comenzaría a llevar la cuenta? ¿Desde el principio? Estiré la espalda; eso molestó a *Hiram* y lo hizo rezongar.

—Ya veo. A propósito, ¿cómo te llamas? —pregunté, cayendo en la cuenta de que no sabía su nombre.

—Franzez —dijo. Pero lo intentó otra vez, como si no le gustara ese sonido confuso—. Fran-cesss.— El final fue un siseo entre los dientes partidos. Se encogió de hombros, riendo. Fue una risa breve y tímida—. Fanny. Mi madre me llamaba Fanny.

Fanny —repetí para alentarla—. Es un nombre muy bonito. ¿Puedo llamarte así?

—Zería... un placer —dijo. Tomó aire, pero se detuvo sin hablar, como si fuera demasiado tímida para expresar lo que estaba pensando. Muerto su esposo, parecía totalmente pasiva, privada de la fuerza que la había animado antes.

—Ah —exclamé al comprender—. Claire. Tutéame, por favor.

—Claire. ¡Qué bonito!

—Bueno, al menos no tiene ninguna ése —dije sin pensar—. Oh, perdona.

Ella le restó importancia con un pequeño resoplido. Alentada por la oscuridad, la sensación de intimidad engendrada por el tuteo... o

simplemente por la necesidad de hablar después de tanto tiempo, me habló de su madre, que había muerto cuando ella tenía doce años; de su padre, que pescaba cangrejos, y de la vida que llevaba en Baltimore, donde vadeaba por la costa durante la baja mar, para recoger ostras y almejas, y contemplaba los barcos pesqueros y los navíos de guerra que pasaban frente al fuerte Howard.

—Era... apacible —dijo con melancolía—. Tan abierto... Sólo el cielo y el agua. —Y volvió a inclinar la cabeza hacia atrás, como si anhelara el trocito de cielo visible entre las ramas que se entrecruzaban encima de nosotras. Tal vez las montañas boscosas de Carolina del Norte eran refugio y abrazo para un escocés como Jamie, pero bien podían resultar claustrofóbicas y extrañas para quien estuviera acostumbrado a la costa marítima de Chesapeake.

—¿Piensas regresar allá? —pregunté.

—¿Regresar? —Parecía algo sobresaltada—. Pues... no lo había pensado.

—¿No? —Había encontrado un árbol contra el cual apoyarme. Me estiré un poco para aliviar la espalda—. Sin duda sabías que tu... que el señor Beardsley iba a morir. ¿No tenías ningún plan?

Aparte de divertirse torturándolo mientras moría lentamente, claro. Caí en la cuenta de que había empezado a sentirme demasiado a gusto con esa mujer, sola en la oscuridad con las cabras. Podía haber sido una víctima de Beardsley... o tal vez lo decía sólo para que la ayudáramos. Convendría recordar los dedos quemados de su marido y el horroroso estado del desván. Me enderecé un poquito; por si acaso, palpé el pequeño cuchillo que llevaba a la cintura.

—No. —Parecía algo aturdida. No era de extrañar. Yo misma estaba aturdida, simplemente por la emoción y la fatiga. Tanto que me perdí lo que dijo a continuación.

—¿Qué has dicho?

—Que... Mary Ann no me dijo qué debía hacer... después.

—Mary Ann —repetí, cautelosa—. Ella era... la primera esposa de Beardsley, ¿no?

Fanny se echó a reír. El pelo de la nuca se me erizó de una manera muy desagradable.

—Oh, no. Mary Ann era la cuarta.

—La... cuarta —repetí, algo desmayada.

—Ez la única que él enterró bajo el zermal —me informó—. Fue un error. Laz otraz eztán en el bozque. Le daría pereza, zupongo. No quizo caminar tanto.

—Ah. —No se me ocurría mejor respuesta.

—Y ze lo dije. Ella aparece bajo el zermal cuando zale la luna. La primera vez que la vi penzé que era una mujer viva. Tuve miedo de lo que él pudiera hacerle, zi la veía zola allí, y zalí para advertirla.

—Comprendo. —Algo en mi voz debió de expresar poca credulidad, pues ella volvió la cabeza hacia mí. Agarré el puñal con más firmeza.

—¿No me creez?

—¡Claro que sí! —le aseguré, tratando de quitarme la cabeza de *Hiram* del regazo. Se me había dormido la pierna izquierda por la presión y no sentía el pie.

—Puedo demoztrártelo —dijo ella, con voz serena y segura—. Mary Ann me dijo dónde eztaban... laz otraz... y las encontré. Puedo enzeñarte laz tumbaz.

—No es necesario —aseguré, flexionando los dedos del pie para restaurar la circulación. Si se me acercaba, le echaría la cabra encima y rodaría hacia un lado para huir a gatas mientras llamaba a Jamie. ¿Y dónde diablos estaba Jamie, a todo esto?—. Así que... Fanny... Me decías que el señor Beardsley... —tampoco sabía el nombre de él, pero dadas las circunstancias prefería mantener mis relaciones con su memoria en un plano formal— que tu marido asesinó a cuatro mujeres. ¿Y nadie se enteró?

Claro que nadie tenía por qué enterarse. La granja de Beardsley estaba muy aislada y no era raro que las mujeres murieran: por accidente, de parto o, simplemente, por exceso de trabajo. Si alguien sabía que el hombre había perdido a cuatro esposas, era muy posible que a nadie le interesara averiguar por qué.

—Zí. —Me pareció que estaba tranquila; al menos, de momento no parecía peligrosa—. Me habría matado a mí también, pero Mary Ann ze lo impidió.

—¿Cómo?

Ella suspiró, acomodándose en el suelo. De su regazo surgió un balido

soñoliento; entonces caí en la cuenta de que el cabrito estaba nuevamente allí. Aflojé los dedos en torno del cuchillo; le sería difícil atacarme con una cabra en el regazo.

Según me contó, salía a conversar con Mary Ann cuando la luna estaba alta. La fantasmal mujer aparecía bajo el serbal sólo entre media luna creciente y la media menguante, nunca en luna nueva ni en cuarto creciente.

—¡Qué detalle! —murmuré. Pero ella no se percató. Estaba absorta en su relato.

Aquello se prolongó durante varios meses. Mary Ann le dijo quién era; también la informó sobre el destino sufrido por sus predecesoras y cómo había muerto ella misma.

—La eztranguló. Le vi en el cuello laz marcaz de zuz dedoz. Ella me advirtió que algún día haría lo mizmo conmigo.

Apenas algunas semanas después, Fanny tuvo la certeza de que había llegado el momento.

—Eztaba hasta arriba de ron, ¿zabez? Ziempre era peor cuando bebía. Y eza vez...

Trémula de nervios, había dejado caer la bandeja con la cena de Beardsley, salpicándolo de comida. Él se levantó de un brinco, rugiendo, y se arrojó contra ella. Fanny se dio la vuelta y huyó.

—Él eztaba entre la puerta y yo —dijo—. Corrí al dezván. Penzé que, borracho como eztaba, no podría zubir la ezcalerilla. Y no pudo.

Beardsley se había tambaleado y la escalerilla cayó ruidosamente. Mientras él luchaba por devolverla a su sitio, entre rezongos y maldiciones, alguien llamó a la puerta. El hombre inquirió a gritos quién era, pero no hubo respuesta; sólo un golpe más. Desde el borde del desván, Fanny vio su cara enrojecida; él la fulminó con la mirada. Se oyó un tercer golpe. Beardsley tenía la lengua tan entorpecida por el alcohol que no podía hablar con coherencia; se limitó a gruñir, con un dedo en alto en señal de advertencia; luego caminó hacia la puerta, tambaleándose, y la abrió con violencia. Al mirar afuera lanzó un alarido.

—Yo nunca había oído algo azí —musitó ella—. Nunca.

Beardsley giró en redondo y, en su carrera, tropezó con un taburete y cayó de bruces, despatarrado. Se levantó a duras penas y fue hacia la

escalerilla. Trepaba torpemente, salteando peldaños, a manotazos, entre exclamaciones y gritos.

—Me gritaba que lo ayudara, que lo ayudara. —Su voz tenía una nota extraña. Tal vez era sólo estupefacción por el hecho de que semejante hombre le hubiera pedido socorro. Pero me pareció que ese tono delataba el profundo y secreto placer que le provocaba el recuerdo.

Él llegó al tope de la escalerilla, pero no pudo dar el paso final hacia el desván. Su cara pasó repentinamente del rojo al blanco; los ojos se le volvieron hacia atrás. Luego cayó de bruces a las tablas, inconsciente, con las piernas colgándole absurdamente desde el borde.

—No podía bajarlo; apenas pude arrastrarlo hacia dentro. —Suspiró—. El rezto... ya lo zabez.

—No del todo. —Jamie habló desde la oscuridad, cerca de mi hombro, sobresaltándome. *Hiram* despertó con un gruñido de indignación.

—¿Cuándo has vuelto? —interpelé.

—Hace bastante. —Vino a arrodillarse a mi lado, con una mano en mi brazo—. ¿Y qué fue lo que vio en la puerta? —preguntó a la señora Beardsley. Su voz no expresaba más que un leve interés, pero noté que su mano estaba tensa. Me recorrió un escalofrío. «Qué».

—Nada —respondió ella, simplemente—. No vi a nadie allí. Pero... desde esa puerta se veía el zerbai. Y había salido la media luna.

Después de eso hubo un momento de silencio. Por fin Jamie se frotó la cara con una mano y suspiró.

—Sí. Bien. —Se levantó—. He encontrado un sitio donde podremos refugiarnos durante la noche. Ayúdame con la cabra, *Sassenach*.

Afortunadamente, el sitio que Jamie había encontrado estaba a poca distancia. Era una especie de hendidura poco profunda, en un ribazo arcilloso medio desmoronado. En otros tiempos había corrido algún arroyo por allí; el agua había desprendido una buena parte del ribazo, dejando una abertura. No obstante, años atrás algo había desviado el curso del agua; las piedras redondeadas que habían formado su lecho estaban diseminadas y medio hundidas en el suelo margoso.

—¿Ocurre algo, *Sassenach*? —Jamie se había detenido. Estaba en la ladera, algo por encima de mí, con *Hiram* sobre los hombros. Desde abajo,

recortado contra el suelo, era una figura grotesca y amenazadora, alta y con cuernos y una giba monstruosa.

—Estoy bien —le confirmé, casi sin aliento—. ¿Es aquí?

—Sí. Ayúdame, ¿quieres? —Parecía más sofocado que yo. Se arrodilló cuidadosamente, mientras yo me apresuraba para ayudarlo a depositar a *Hiram* en el suelo. Él se quedó de rodillas, con una mano en tierra para sostenerse.

—Espero que por la mañana no sea tan difícil encontrar la senda —dije. Lo miraba con preocupación. El agotamiento le obligaba a inclinar la cabeza y el aire gorgoteaba en su pecho con cada aliento. Necesitaba un sitio con fuego y comida, cuanto antes.

Él movió la cabeza y carraspeó.

—Sé dónde está. —Volvió a toser—. Sólo que...

La tos le sacudía con fuerza; noté que tensaba los hombros para aguantarla. Cuando cesó le apoyé suavemente una mano en la espalda; le recorría un temblor constante; no era un escalofrío, sino el estremecimiento de los músculos forzados más allá de los límites de su fuerza.

—No puedo continuar, Claire —dijo por lo bajo, como si se avergonzara de admitirlo—. Estoy agotado.

—Acuéstate —le dije, también quedo—. Yo me ocuparé de todo.

Hubo cierto alboroto y confusión, pero media hora después todos estábamos más o menos instalados, los caballos maneados y una pequeña fogata encendida. Me arrodillé para examinar a mi paciente principal, que estaba tendido sobre el pecho, con la pata entablillada extendida hacia delante, con sus damas sanas y salvas tras él, al abrigo del ribazo. *Hiram* emitió un belicoso «*Beh!*» y me amenazó con los cuernos.

—Desagradecido —murmuré al apartarme.

La risa de Jamie se quebró en un espasmo de tos que le sacudió los hombros. Estaba acurrucado a un lado de la cuesta, con la cabeza apoyada en la chaqueta doblada.

—En cuanto a ti —le dije—, abre ese capote y levántate la camisa. Ahora mismo.

Él me miró con los ojos entornados; luego echó un vistazo a la señora Beardsley. Su recato me hizo disimular una sonrisa, pero le di a la mujer un

hervidor pequeño y la envié en busca de agua y leña; luego extraje la calabaza con el ungüento mentolado.

Ahora que podía verlo bien, el aspecto de Jamie me alarmó un poco. Estaba pálido, con los labios blancos y las fosas nasales circundadas de rojo, ojeroso de fatiga. Parecía muy enfermo; oírlo era aún peor: su aliento silbaba en el pecho al respirar.

—Bueno, supongo que si *Hiram* no quiso morir delante de sus hembras, tú tampoco morirás delante de mí —dije con aire dubitativo, mientras cogía con el dedo un poco de grasa fragante.

—No pienso morir —dijo, bastante fastidiado—. Sólo estoy un poco cansado. Por la mañana seré el de siempre. ¡Oh, Dios, cómo odio esto!

Tenía el pecho bastante caliente, pero no me pareció que fuera fiebre, era difícil determinarlo, con los dedos tan fríos.

Él dio un respingo y trató de escabullirse, con un agudo «*Auh*». Lo sujeté con firmeza por el cuello y procedí a hacer mi voluntad, a pesar de sus protestas. Al fin dejó de resistirse y se entregó, entre risas intermitentes, estornudos y algún quejido ocasional, cuando le tocaba algún sitio donde hubiera cosquillas. A las cabras les pareció muy entretenido.

En pocos minutos lo había dejado jadeante en el suelo, con la piel del pecho y el cuello brillantes de grasa y enrojecidos por la friega. En el aire reinaba un fuerte aroma a menta y alcanfor. Le puse una franela gruesa en el pecho, le bajé la camisa, lo arropé con la capa y le cubrí hasta la barbilla con una manta.

—Bien —dije, satisfecha, mientras me limpiaba las manos con un paño—. En cuanto tenga agua caliente tomaremos una buena infusión de marrubio.

Abrió un ojo suspicaz.

—¿Tomaremos?

—Bueno, tú. Yo prefiero beberme el pis del caballo.

—Yo también.

—Lamentablemente, que yo sepa, no tiene efectos medicinales.

Él cerró el ojo con un gruñido. Durante un momento respiró con dificultad, como un fuelle roto. Luego levantó la cabeza algunos centímetros.

—¿Esa mujer ha vuelto?

—No. Supongo que encontrar el arroyo en la oscuridad le llevará algún tiempo. —Vacilé—. ¿Oíste lo que me contó?

Él movió la cabeza.

—Todo no, pero sí bastante. ¿Lo de Mary Ann y todo eso?

—Sí.

—¿Le creíste, *Sassenach*?

En vez de responder inmediatamente, me tomé algún tiempo para quitarme la grasa de las uñas.

—En ese momento, sí —dije al fin—. Ahora... no estoy tan segura.

Él gruñó otra vez, ahora con aprobación.

—No creo que sea peligrosa —dijo—. Pero ten tu pequeño puñal a mano, *Sassenach*... y no le vuelvas la espalda. Nos turnaremos para montar guardia; despiértame dentro de una hora.

Cerró los ojos, tosiendo, y se durmió profundamente.

Las nubes empezaban a cubrir la luna y el viento frío agitaba la hierba del ribazo.

—Despertarte dentro de una hora —murmuré al cambiar de posición, en un esfuerzo por lograr una mínima postura cómoda en el suelo rocoso—. ¡Ja! ¡Ni lo sueñes!

Le levanté la cabeza para apoyarla en mi regazo. Él se quejó un poco, pero no se movió. Giré los hombros y me recliné, buscando algún apoyo contra la pared inclinada de nuestro refugio. Pese a la advertencia de Jamie, no parecía necesario vigilar a la señora Beardsley; después de alimentar amablemente el fuego, se había acurrucado entre las cabras. Como sólo era de carne y hueso, estaba agotada por los acontecimientos del día y se durmió enseguida. La oí roncar apaciblemente al otro lado de la fogata, entre los resoplidos de sus compañeros.

—Y tú, ¿de qué crees estar hecho? —acusé a la pesada cabeza que descansaba en mi regazo—. ¿De goma vulcanizada?

Casi sin querer le acaricié el pelo. En su boca se dibujó una sonrisa de sorprendente dulzura. De repente, desapareció como había venido. Me quedé observándolo, atónita. No. Estaba profundamente dormido; su respiración era ronca, pero estable; las largas pestañas de dos colores descansaban contra las

mejillas. Con mucha suavidad volví a acariciarle el pelo.

Tal como esperaba: la sonrisa parpadeó como el toque de una llama y volvió a desaparecer. Suspiró profundamente, dobló el cuello para colocarse mejor y se relajó por completo.

—¡Oh, Jamie!, por Dios —le susurré. Las lágrimas me escocían en los ojos.

Hacía años que no lo veía sonreír así en sueños. En realidad, desde aquellos primeros días de nuestro matrimonio, en Lallybroch.

«De pequeño lo hacía siempre —me había dicho entonces su hermana Jenny—. Creo que lo hace cuando está feliz».

Doblé los dedos en el pelo denso y suave de la nuca, palpando la curva sólida del cráneo, el cuero cabelludo caliente, la fina línea de una antigua cicatriz.

—Yo también —susurré.

Engendros de Satanás

La señora MacLeod y sus dos hijos se alojaron en casa de la esposa de Evan Lindsay cuando los hermanos MacLeod partieron con la milicia junto con Geordie Chisholm y sus dos hijos mayores. La congestión de la casa grande se vio considerablemente aliviada, pero no lo suficiente, según pensaba Brianna, teniendo en cuenta que aún estaba allí la señora Chisholm.

El problema no era ella en sí, sino sus cinco hijos menores, todos varones, a quienes la señora Bug llamaba colectivamente «engendros de Satanás». Los gemelos de tres años causaban ese efecto, sí, se dijo Brianna, mirando a Jemmy con cierto temor, mientras se imaginaba el futuro.

Por el momento no daba muestras de ser un posible alborotador; estaba medio dormido en la alfombra del estudio de Jamie, donde Brianna se había retirado con la vaga esperanza de encontrar quince minutos de alguna soledad para escribir. El respeto a Jamie bastaba para mantener a los pequeños tunantes fuera de esa habitación.

En la mesa, a mano, tenía el tintero de Jamie: una calabaza hueca, bien tapada con una bellota grande, a su lado, un frasco de terracota con plumas de pavo bien afiladas. La maternidad le había enseñado a Brianna a aprovechar los momentos de tranquilidad que el azar le ofrecía; aprovechó ése para abrir el pequeño diario en el que registraba las anotaciones que consideraba íntimas.

Anoche soñé que hacía jabón. Personalmente nunca he hecho jabón, pero ayer estuve fregando el suelo y, cuando me acosté, aún me olían las manos. Es un olor horrible, entre ácido y a cenizas, con un espantoso hedor a grasa de cerdo, como a algo que lleva muerto mucho tiempo.

Estaba vertiendo agua en un hervidor de ceniza para hacer lejía. A medida que la iba vertiendo se iba convirtiendo en lejía. Del hervidor se elevaban grandes nubes de humo venenoso; ese humo era amarillo.

Papá me trajo un gran cuenco de sebo para mezclar con la lejía; dentro había dedos de bebé. Entonces no recuerdo haber pensado que aquello fuera extraño.

Brianna había estado tratando de pasar por alto una serie de ruidos estruendosos en el piso de arriba, como si varias personas estuvieran brincando en una cama. El alboroto cesó bruscamente, y fue reemplazado por un grito penetrante, al que siguió a su vez un ruido de carne contra carne, como de una fuerte bofetada, y varios alaridos más de tonos diversos.

Bree hizo una mueca y cerró los ojos con fuerza. Un momento después bajaban atronadoramente la escalera. Ella miró a Jemmy, que se había despertado con un sobresalto, pero no parecía asustado (Cielo Santo, se estaba habituando) y dejó la pluma para levantarse con un suspiro.

El señor Bug era el encargado de atender la granja y el ganado y repeler las amenazas físicas. El señor Wemyss, de cortar leña, acarrear agua y, en general, mantener en marcha el funcionamiento de la casa. Pero uno era callado y el otro, tímido. Así que Jamie le había dejado formalmente el mando a su hija. Por lo tanto, ella era corte de apelaciones y juez de todos los conflictos. Es decir, la señora.

La señora abrió de par en par la puerta del estudio, fulminando al gentío con la mirada y todos comenzaron a gritar al mismo tiempo.

—¡Indios salvajes!

—¡El precioso pelo de mi bebé!

—¡Ella empezó!

—¡Atreverse a pegar a mi hijo!

—¡Estábamos jugando a los cortadores de cabelleras, señora...!

—¡Eeeehhh!

—¡... y estos pequeños engendros han hecho un gran agujero en mi lecho de plumas!

—¡Pues mire lo que ha hecho ella, esa vieja maldita!

—¡Mire lo que han hecho ellos!

Pues señora, es sólo...

—¡Aaaahhhhhh!

Brianna salió al pasillo y cerró de un portazo. Como era una puerta maciza, el estruendo acalló momentáneamente el alboroto. Por otra parte Jemmy se echó a llorar, pero ella no le hizo caso.

Aspiró hondo, dispuesta a vadear en el jaleo, pero luego lo pensó mejor. No podía lidiar con ellos en grupo. Dividir para conquistar: no había otra manera.

—Estoy escribiendo —declaró, mirándolos uno a uno con los ojos entornados—. Algo importante.

La señora Aberfeldy parecía impresionada. La Chisholm, ofendida; la Bug, atónita.

Ella se dirigió una a una con un frío gesto de la cabeza.

—Más tarde hablaré con cada una de vosotras, ¿de acuerdo?

Abrió la puerta y, después de entrar, la cerró muy suavemente contra las tres caras atónitas. Luego apoyó la espalda contra ella, con los ojos cerrados, y dejó escapar el aliento que contenía.

Al verla, Jemmy dejó de llorar para chuparse el pulgar.

—Espero que la señora Chisholm no sepa nada de hierbas —le susurró ella—. Seguro que tu abuela tiene venenos allí.

Ahora Jemmy estaba tumbado boca arriba, con los pies en alto, mascando alegremente un trozo de bizcocho que había encontrado vaya una a saber dónde. El diario se había caído al suelo. Al oír que la señora Chisholm salía de la clínica, Bree se apresuró a coger la pluma y uno de los libros contables amontonados en el escritorio.

La puerta se abrió cuatro o cinco centímetros. Hubo un momento de silencio, durante el cual ella inclinó la cabeza, frunciendo el entrecejo en un

exagerado gesto de concentración, mientras garabateaba con la pluma sin tinta en la página que tenía ante sí. La puerta volvió a cerrarse.

—Zorra —dijo ella, por lo bajo. Jemmy dejó oír un ruido interrogativo. Ella lo miró—. No has oído eso, ¿entendido?

El pequeño emitió una exclamación de acuerdo, mientras se metía los restos chupeteados de la tostada en la fosa nasal izquierda. Ella hizo un gesto instintivo para quitárselo, pero se contuvo. Esa mañana no tenía paciencia para más conflictos. Por la tarde, tampoco.

Su padre los habría puesto a todos en orden en un segundo, mediante un ejercicio conjunto de encanto y autoridad masculina. La idea le arrancó un pequeño resoplido de diversión. Ven, le diría a una, y ella se acurrucaría a sus pies, ronroneando como *Adso*, el gato. Ve, diría a otra, y ella saldría hacia la cocina para hornearle un plato de panecillos de mantequilla.

Por centésima vez desde la partida de los hombres, lamentó profundamente no haberlos acompañado. Era fácil imaginar la mole de un caballo moviéndose bajo ella, el aire limpio y frío en los pulmones y Roger, cabalgando a su lado, con el sol arrancando reflejos a su pelo oscuro, y la aventura invisible a la que se enfrentarían juntos, algo más adelante.

Lo echaba de menos con un dolor profundo y sordo, como un moretón en el hueso. ¿Cuánto tiempo podía durar su ausencia, si se llegaba a producir el combate? Apartó la idea por no enfrentarse a la que seguía: si se combatía, existía alguna posibilidad de que él volviera enfermo, herido... o que no volviera nunca más.

—No llegaremos a eso —dijo con firmeza, en voz alta—. Regresarán dentro de una o dos semanas.

Una ráfaga de lluvia helada castigó la ventana con un repiqueteo. Empezaba a hacer frío; para cuando anocheciera, estaría nevando. Se ciñó el chal a los hombros, estremecida, y echó un vistazo a Jem para comprobar que estaba bien abrigado. Tenía el pañal mojado; una de sus medias se le había caído, dejando desnudo el piecico rosado. Pero él parecía no percatarse, absorto en la canción que dedicaba a sus dedos, mientras los movía ociosamente por encima de su cabeza.

Ella lo miró con aire dubitativo, pero se lo veía contento. Además, el brasero del rincón daba un poco de calor, sí.

—Bien —dijo. Y suspiró. Tenía a Jem; eso era todo. El problema era encontrar la manera de tratar con las Tres Furias antes de que la volvieran loca o se asesinaran mutuamente.

—Lógica —le dijo a Jemmy, apuntándole con la pluma—. Tiene que haber una solución lógica. Es como ese problema en el que tienes que llevar a la orilla opuesta, en canoa, a un lobo, un cordero y una lechuga. Deja que lo piense.

Jem trataba de meterse el pie en la boca llena de migas, pese a que parecía imposible.

—Debes de parecerte a papá —le dijo ella, tolerante.

Dejó la pluma en su frasco para cerrar el libro contable, pero se detuvo, atraída por la escritura torcida de las anotaciones. Al ver la letra de Jamie, característicamente desordenada, aún sentía una leve emoción. Recordaba la primera vez que la había visto, en una antigua escritura de propiedad cuya tinta con el tiempo se había vuelto de un color pardo claro.

Esta tinta había sido parda en un comienzo, pero ahora se había oscurecido, la mezcla de hierro y bilis alcanzaba su típico tono negro azulado con la exposición al aire, durante uno o dos días.

Entonces vio que no se trataba de un libro contable, sino de un registro diario de las actividades de la granja.

16 de julio: Recibido del pastor Gottfried seis lechones destetados, a cambio de dos botellas de vino moscato y un hacha. Guardados en el establo hasta que crezcan y puedan comer forraje por sí solos.

17 de julio: Por la tarde una de las colmenas empezó a enjambrar y entró en el establo. Afortunadamente mi esposa recapturó el enjambre y lo alojó en una mantequera vacía. Dice que Ronni Sinclair debe hacerle otra.

18 de julio: Carta de mi tía, pidiendo consejo sobre aserradero de Grinder'Creek. Respondí diciendo que iré a inspeccionar la situación antes de fin de mes. Carta enviada por medio de R. Sinclair, que va a Cross Creek con una carga de 22 toneles, de los cuales debo recibir la mitad de su ganancia como parte de pago de su deuda por herramientas de zapatero remendón. Hemos acordado deducir de esa

cantidad el coste de la mantequera nueva.

El flujo de entradas era tranquilizador, apacible como los días de verano que registraban. Bree sintió que el nudo de tensión empezaba a relajarse entre sus omóplatos; su mente se aflojaba y estiraba, dispuesta a buscar una salida a sus *dificultades*.

20 de julio: Cebada del sembrado inferior alta hasta la rodilla. Pasada la medianoche la vaca roja tuvo una vaquilla sana. Todo va bien. Día excelente.

21 de julio: Voy a casa de los Mueller. Intercambié una jarra de panal por bridas de cuero en mal estado (pero se pueden reparar). Regresé mucho después del oscurecer, por contemplar una bandada de aves acuáticas que alzaba vuelo sobre el estanque de Hollis's Gap. Me detuve a pescar y cobré diez buenas truchas. Tomamos seis en la cena; el resto servirá para el desayuno.

22 de julio: Mi nieto tiene sarpullido, aunque mi esposa declara que no tiene importancia. La cerda blanca se ha vuelto a escapar de su corral hacia el bosque. No sé si perseguirla o expresar mi pésame a la infortunada fiera que la encuentre. Su carácter se parece al de mi hija en estos momentos, después de estar varias noches casi sin dormir...

Brianna se inclinó hacia la página, con el entrecejo fruncido.

... por los gritos del infante, que según mi esposa tiene cólicos, pero pasarán. Confío en que tenga razón. Mientras tanto, he instalado a Brianna y al niño en la cabaña vieja, para alivio de los que habitamos la casa, si no de mi pobre hija. La cerda blanca devoró a cuatro lechones de la última camada antes de que pudiera impedirselo.

—¡Condenado cretino! —exclamó ella. Conocía bien a la cerda en cuestión y la comparación no le resultaba halagüeña. Jemmy, alarmado por su tono, dejó de arrullar y dejó caer la tostada, trémulos los labios—. No, no,

está bien, tesoro. —Ella fue a cogerlo y mecerlo suavemente—. Chist, todo está bien. Mami estaba hablando con el abuelo. Esa palabra tampoco la has oído, ¿de acuerdo? Shhh, shhhh...

Jemmy, ya tranquilizado, se estiró desde sus brazos hacia el bizcocho descartado, con pequeños gruñidos de ansiedad. Ella se agachó para recogerlo, echando al objeto medio disuelto una mirada de asco. La corteza, además de estar rancia, tenía una ligera capa de algo que parecía pelo de gato.

—¡Aj! No creo que esto te guste. ¿O sí?

Por lo visto, sí. Fue difícil persuadirlo de que aceptara a cambio una gran anilla de toro (de las que se usaban para conducir a los machos por la nariz, según recordó ella con cierta ironía). Confirmada su aceptación con un breve mordisco, el niño se colocó en su regazo para chupetearla empecinadamente, con lo que pudo releer la conclusión de la nota ofensiva.

—Hummm...

Se echó hacia atrás, acomodando el peso de Jemmy para estar más cómoda. Él ya se mantenía erguido con facilidad, aunque parecía increíble que ese fideo de cuello pudiera sostener la cúpula redonda de la cabeza. Bree echó una mirada ceñuda al registro contable.

—Tengo una idea —le dijo a Jemmy—. Si traslado a nuestra cabaña a esa bru... digo, a la señora Chisholm, ella y sus pequeños monstruos dejarán de molestarnos. Luego... hum... la señora Aberfeldy y Ruthie podrían hospedarse con Lizzie y su padre, si llevamos allí la cama que está en la habitación de tus abuelos. Los Bug recuperan su intimidad y la señora deja de ser una vieja... eh... Y tú y yo dormiremos en la habitación de los abuelos, hasta que ellos regresen.

Detestaba la idea de abandonar la cabaña. Era su hogar, su sitio, el de su familia. Allí podía entrar y cerrar la puerta, dejando atrás el furor de la casa grande. Allí estaban todas sus cosas: el telar a medio hacer, los platos de peltre, la jarra de loza que había pintado... todos esos pequeños objetos con los que había convertido ese lugar en su propio hogar.

Si a eso le sumaba el sentimiento de posesión y paz, abandonarlo le provocaba una incómoda sensación que tenía algo de supersticioso. La cabaña era el hogar que compartía con Roger; al abandonarla, aunque sólo fuera temporalmente, parecía admitir que tal vez él no retornaría para seguir

compartiéndola.

Estrechó con más fuerza a Jemmy, quien la ignoró concentrado en su juguete, con los puñitos regordetes chorreando baba allí donde asían la anilla.

No, no quería ceder su cabaña. Pero era una solución lógica. La señora Chisholm ¿estaría de acuerdo? La cabaña era una construcción mucho más tosca que la casa grande y carecía de sus comodidades.

Aun así estaba casi segura de que la mujer lo aceptaría. Si existía alguien cuyo lema fuera: «Mejor reinar en el infierno que servir en el paraíso», ésa era ella. Pese a las tribulaciones, sintió ganas de reír.

Después de cerrar el registro contable, trató de volver a colocarlo sobre la pila de donde lo había cogido, pero con una sola mano y estorbada por Jemmy, no llegaba. El libro se resbaló y cayó en la mesa.

—Cuernos —murmuró, estirándose en la silla para recogerlo. Se habían desprendido varias hojas sueltas, que ella volvió a introducir con la mano libre, tan ordenadamente como pudo.

Una de ellas era una carta; aún tenía pegados los restos del lacre, con la impresión de una media luna sonriente. Ella se detuvo: era el sello de lord John Grey. Debía de ser la carta que él había enviado en septiembre, con la descripción de su cacería de venados en el Pantano Tenebroso; su padre se la había leído varias veces a su familia, pues lord John era un corresponsal lleno de humor. La cacería en cuestión había estado plagada de ese tipo de contratiempos incómodos de soportar, pero pintorescos cuando después se relatan.

Sonriendo al recordarlo, desplegó la carta con el pulgar, deseosa de releerla, sólo para descubrir que se encontraba ante algo muy diferente.

13 de octubre, Anno Domini 1770

Señor James Fraser

Cerro de Fraser, Carolina del Norte

Mi querido Jamie:

Esta mañana me despertó el sonido de la lluvia que nos castiga desde hace una semana, y el suave cloqueo de varios pollos encaramados en la cabecera de mi cama. Después de levantarme ante la fija

mirada de numerosos ojillos, fui a averiguar a qué se debía esa circunstancia. Se me informó que el río había crecido tanto, bajo el ímpetu de las lluvias recientes, que había socavado tanto el excusado como el gallinero. El contenido de este último fue rescatado por William (mi hijo, al que quizá recordaréis) y dos de los esclavos, que rescataron con escobas a las aves desalojadas cuando arrastraba el torrente. No sabría decir de quién fue la idea de alojar en mis aposentos a las indefensas víctimas plumíferas, pero tengo ciertas sospechas al respecto.

Tras recurrir al uso de mi bacinilla (me gustaría que los pollos compartieran este adminículo, pero su incontinencia es alarmante), me vestí y me aventuré a salir para ver qué se podía salvar. Del gallinero quedan algunas tablas y el techo, pero ¡ay!, mi excusado se ha convertido en propiedad del rey Neptuno... o quienquiera sea la deidad menor que preside sobre un tributario tan modesto como nuestro río.

No obstante, le ruego no sufra preocupaciones por nosotros, pues la casa está a cierta distancia del río, construida sobre una elevación del terreno, lo cual nos pone a salvo de las inundaciones más incómodas. (El excusado había sido cavado junto a la casa vieja y aún no hemos intentado levantar una nueva estructura, más conveniente; este pequeño desastre, al ofrecernos la necesaria excusa para reconstruir, puede resultar una bendición disimulada).

Brianna puso los ojos en blanco ante ese juego de palabras, pero aun así sonrió. Jemmy dejó caer la anilla e inmediatamente comenzó a pedirla lloriqueando. Ella se inclinó para recogerla, pero se detuvo, atraída su atención por el comienzo del párrafo siguiente.

En su carta menciona al señor Stephen Bonnet y pregunta si tengo noticias o conocimiento de él. Lo conocí personalmente, como recordará, pero por desgracia no guardo recuerdo alguno del encuentro, ni tan siquiera para recordar su aspecto. No obstante, como sabe usted, conservo en mi cabeza un pequeño agujero como

singular recordatorio de esa ocasión. (Puede informar a su señora esposa que estoy bien curado, sin más síntomas de incomodidad que algún dolor de cabeza ocasional. Aparte de eso, la placa de plata con la que se ha cubierto la abertura está sujeta a enfriamientos súbitos cuando el clima es frío, lo cual tiende a hacer que mi ojo izquierdo lagrimee y a provocar una gran descarga de mocos, pero esto no tiene importancia).

Puesto que comparto, por lo tanto, su interés por el señor Bonnet y sus movimientos, hace tiempo vengo haciendo averiguaciones entre mis conocidos de la costa, dado que las descripciones de sus maquinaciones me hacen creer que es más probable encontrar al hombre allí. Sin embargo, puesto que el río es navegable hasta el mar, se me ha ocurrido que los capitanes del río y los tunantes del agua que, de vez en cuando, honran mi mesa podrían traerme, en algún momento, noticias del hombre.

No me complace la obligación de informar que Bonnet aún reside entre los vivientes, pero tanto el deber como la amistad me imponen comunicarle los datos que he obtenido. Son escasos; el miserable parece tener conciencia de su situación criminal, al punto de haber actuado con sutileza en sus movimientos hasta el presente.

Jemmy pataleaba y chillaba. Como en trance, Bree se agachó a recoger la anilla, con los ojos aún clavados en la carta.

He sabido poco de él, exceptuando la información de que en algún momento se había retirado a Francia: buena noticia. Sin embargo, hace dos semanas recibí a un huésped, un tal capitán Liston (lo de «capitán» no es sino un título de cortesía; el hombre asegura servir a la Marina Real, pero yo apostaría un tonel de mi mejor tabaco [del que le envió una muestra acompañando esta misiva, y si no lo recibiera le agradecería que me lo hiciera saber, pues no confío del todo en el esclavo a través de quien lo envió] a que nunca ha olido siquiera la tinta de un contrato, mucho menos el hedor de los pantoques), quien me proporcionó una historia más reciente —y

sumamente desagradable— de ese hombre Bonnet.

Contó Liston que, encontrándose en libertad en el puerto de Charleston, se encontró con algunos compañeros de vil aspecto, quienes lo invitaron a acompañarlos a una pelea de gallos, en el patio interior de un establecimiento llamado Copa del Diablo. Entre la chusma había un hombre notable por la elegancia de su vestimenta y la libertad con que gastaba su dinero; Liston oyó que lo llamaban Bonnet, y el propietario le informó que ese Bonnet tenía fama de contrabandista en las Riberas Exteriores, siendo apreciado entre los mercaderes de las ciudades costeras de Carolina del Norte, aunque mucho menos entre las autoridades, que eran incapaces de ajustar cuentas con ese hombre, debido a su comercio y al hecho de que las ciudades de Wilmington, Edenton y New Bern dependían de su tráfico.

Liston prestó poca atención a Bonnet (dijo), hasta que surgió un altercado sobre una apuesta. Hubo intercambio de palabras acaloradas y sólo el derramamiento de sangre habría podido salvar el honor. Los espectadores, sin reparos, comenzaron inmediatamente a apostar sobre el resultado de esa contienda humana, tal como lo estaban haciendo sobre las aves de riña.

Uno de los combatientes era el tal Bonnet; el otro, un tal capitán Marsden, capitán del Ejército a media paga, a quien mi huésped conocía como buen espadachín. Este Marsden, considerándose parte ofendida, maldijo los ojos a Bonnet e invitó al contrabandista a darle satisfacción en el acto, ofrecimiento aceptado de inmediato. Las apuestas se volcaron marcadamente a favor de Marsden, pues su reputación era mucha, pero pronto quedó en claro que había encontrado a su igual o superior en Bonnet. En pocos momentos, éste logró desarmar a su adversario y herirlo tan gravemente en el muslo que Marsden cayó de rodillas y se dio por vencido; indudablemente dadas las circunstancias, no tenía opción.

Bonnet, sin aceptar la rendición, ejecutó en cambio un acto de tal crueldad que causó profundísima impresión en quienes lo vieron. Tras comentar, con gran frialdad, que no serían sus propios ojos los

condenados, cruzó con la punta de su arma los ojos del vencido, retorciéndola de manera que no sólo dejó ciego al capitán: le infligió una mutilación tal que lo convertiría en objeto de gran horror y compasión de quienes lo vieran.

Tras dejar a su adversario así mutilado y desvanecido en la arena ensangrentada del patio, Bonnet limpió su acero contra la camisa de Marsden, lo envainó y se marchó..., no sin antes apoderarse de la bolsa del capitán, que reclamó como pago de su apuesta original. Ninguno de los presentes tuvo agallas como para impedirselo, teniendo ante ellos tan convincente ejemplo de su destreza.

Le relato esta historia tanto para familiarizarlo con el último paradero conocido de Bonnet como para advertirle de su carácter y su destreza. Sé que ya está familiarizado con el primero, pero le llamo la atención sobre la última, por el interés que me merece su bienestar. Desde luego, no espero que una palabra de mi bienintencionado consejo halle alojamiento en su pecho, colmado como ha de estar de animadversos sentimientos hacia el hombre, pero le imploro que tenga en cuenta, cuanto menos, la mención que ha hecho Liston de las vinculaciones de Bonnet.

En ocasión de mi propio encuentro con el hombre, éste era un criminal condenado; no creo que desde entonces haya prestado a la Corona servicios que merecieran el perdón oficial. Si se atreve a exhibirse tan abiertamente en Charleston, donde pocos años atrás escapó a la cuerda del verdugo, se diría que no teme por su seguridad... y esto sólo puede significar que ahora disfruta de la protección de amigos poderosos. Si busca destruir a Bonnet, debe descubrirlos y cuidarse de ellos.

Continuaré mis averiguaciones al respecto y le notificaré de inmediato cualquier nuevo detalle. Mientras tanto, consérvese bien y dedique de vez en cuando algún pensamiento a su calado y estremecido amigo de Virginia. Quedo, señor, con mis mejores deseos para con su esposa, hija y familia,

Su seguro servidor,

*John William Grey
Plantación Monte Josiah, Virginia*

Postscriptum: A su petición me he puesto a la búsqueda de un astrolabio, pero hasta ahora no he sabido de nada que se adecúe a vuestros propósitos. No obstante, este mes escribiré a Londres para que me manden muebles diversos y será un placer encargar uno a Halliburton, de la calle Green, cuyos instrumentos son de la mejor calidad.

Con mucha lentitud, Brianna volvió a sentarse en la silla. Luego le tapó las orejas a su hijo con manos suaves, pero firmes, y dijo una palabrota muy mal sonante.

Huérfano de la tormenta

Reclinada contra el ribazo, con la cabeza de Jamie en la falda, me quedé dormida. Tuve sueños lúgubres, como suele suceder cuando estás incómoda y tienes frío.

Desperté súbitamente; yacía en un lío de capotes y mantas, con los miembros de Jamie pesadamente entrelazados a los míos; una nieve fina caía entre los pinos. Desorientada durante un momento, toqué a Jamie, que se movió, tosiendo con fuerza; su hombro se estremeció bajo mi mano. Ese ruido me devolvió a los hechos del día anterior: Josiah y su gemelo, la granja de los Beardsley, los fantasmas de Fanny, el hedor de los excrementos y la gangrena, el olor más limpio de la pólvora y la tierra mojada. Los balidos de las cabras aún retumbaban desde mis sueños.

Entre el susurro de la nieve me llegó un grito débil. Me incorporé abruptamente, arrojando a un lado las mantas, en una llovizna de hielo en polvo. No era una cabra.

Jamie, sobresaltado, rodó para salir de entre la maraña de capotes y mantas; quedó acuclillado, con el pelo revuelto; sus ojos volaban de un lado a otro, buscando la amenaza.

—¿Qué pasa? —susurró, afónico. Y alargó la mano hacia su puñal envainado, que había dejado en el suelo, a su alcance. Yo levanté una mano para impedir que se moviera.

—No sé. Un ruido. ¡Escucha!

Levantó la cabeza, alerta; vi que su garganta se movía dolorosamente al tragar. Yo no oía otra cosa que el chispeo de la nieve, ni veía más que los pinos chorreantes. Pero Jamie oía algo... o lo veía; su cara cambió súbitamente.

—Allí —dijo por la bajo, señalando con la cabeza algo que estaba detrás de mí.

Al girar sobre mis rodillas me encontré con algo que parecía un pequeño montón de trapos; estaba a unos tres metros, junto a las cenizas de la fogata apagada. El llanto se oyó otra vez, ya inconfundible.

—Por todos los santos del cielo. —Casi sin conciencia de haber hablado, gateé hacia el bulto, lo recogí velozmente y comencé a escarbar entre las capas de ropa. Obviamente estaba con vida, puesto que yo lo había oído gritar; pero yacía inerte, casi sin peso en la curva de mi brazo.

La diminuta cara y el cráneo lampiño eran de un color blanco azulado, con las facciones cerradas y secas como la vaina de un fruto invernal. Al apoyar la palma contra la nariz y la boca percibí un leve calor húmedo contra la piel. Sobresaltada por mi contacto, los labios se abrieron en un maullido, en tanto los ojos oblicuos se apretaban, dejando afuera ese mundo amenazante.

—Dios bendito. —Jamie se persignó brevemente. Su voz era apenas más que un susurro flemático; después de un carraspeo lo intentó otra vez—. ¿Dónde está esa mujer?

Espantada por la aparición de la criatura, yo no me había detenido a pensar en sus orígenes; tampoco era un buen momento para hacerlo. El bebé se contorsionó un poco en sus envolturas, pero las manecitas estaban heladas y tenía la piel azulada y purpúrea por el frío.

—Por ahora déjala. Trae mi chal, ¿quieres, Jamie? El pobrecito está casi congelado.

Usé la mano libre para desatarme el corpiño; era uno de los viejos, abiertos por la parte delantera, que yo usaba por comodidad cuando salíamos de viaje. Una vez aflojados el corsé y la cinta de la camisa, apreté a la pequeña criatura helada contra mis pechos desnudos, todavía calientes por el sueño. Una ráfaga me arrojó nieve punzante contra la piel expuesta del cuello

y los hombros. Tiré precipitadamente de la camisa, cubriendo al bebé, y encorvé los hombros, estremecida. Jamie me echó el chal por encima; luego nos envolvió a ambos con los brazos, estrechándonos con fiereza, como para que el calor de su propio cuerpo entrara por la fuerza en el niño.

Calor que era considerable: estaba ardiendo de fiebre.

—¡Santo Dios! ¿Estás bien? —Lo miré; estaba pálido y con los ojos enrojecidos, pero bastante firme.

—Estoy bien, sí. ¿Dónde está? —repitió, con voz ronca—. La mujer.

Obviamente se había ido. Las cabras estaban apretujadas al abrigo del ribazo; vi asomar los cuernos de *Hiram* entre los lomos erizados de sus hembras. Seis pares de ojos amarillos nos observaban con interés. Me recordaron a los de mis sueños.

El sitio donde se había acostado la señora Beardsley estaba vacío; sólo quedaban una huella de hierba aplastada como testigo de su presencia allí. Debía de haberse alejado un poco para dar a luz, pues cerca del fuego no quedaban rastros del nacimiento.

—¿Es de ella? —preguntó Jamie. La congestión aún era perceptible en su voz, pero el sonido sibilante del pecho se había aligerado. Ya era un alivio.

—Supongo que sí. De otro modo, ¿de dónde ha venido?

Repartía mi atención entre Jamie y el niño, que había comenzado a moverse contra mi vientre, con pequeños movimientos de cangrejo, pero eché una mirada alrededor de nuestro improvisado campamento. Los pinos se erguían bajo la nieve susurrante, negros y silenciosos. Si Fanny Beardsley se había adentrado en el bosque, no quedaba en la pinaza huella alguna que delatara su paso.

—No puede estar lejos —dije—. No se ha llevado ninguno de los caballos.

Gideon y *Doña Cerdita* seguían juntos bajo una picea, con las orejas ceñudamente aplanadas por el clima, rodeados por las nubes de vapor de su aliento. Al vernos levantados y en movimiento, *Gideon* piafó y relinchó, mostrando los grandes dientes amarillos en una impaciente exigencia de sustento.

—Sí, viejo tunante, ya voy. —Jamie dejó caer los brazos y dio un paso atrás, pasándose los nudillos por la nariz—. Si quería irse en secreto no podía

llevarse un caballo. El otro habría metido jaleo hasta despertarme. — Depositó una mano suave sobre el bulto escondido bajo mi chal—. Tengo que ir a darles de comer. ¿Está bien el niño, *Sassenach*?

—Se está descongelando, —le aseguré—. Pero debe de tener hambre.

El bebé comenzaba a moverse más, retorciéndose con movimientos flojos, como una lombriz helada; su boca buscaba a ciegas. La sensación fue chocante por su familiaridad: mi pezón saltó por reflejo y en el pecho vibró la electricidad, mientras la boquita buscaba y se cogía a él. Lancé un pequeño chillido de sorpresa; Jamie arqueó una ceja.

—Eh... tiene hambre —aseguré, colocándomelo.

—Ya lo veo *Sassenach*. —Eché un vistazo a las cabras, que empezaban a removerse entre gruñidos soñolientos—. No es el único famélico. Un momento, por favor.

De la granja de Beardsley habíamos traído grandes sacos con heno seco; Jamie abrió uno y esparció comida para los caballos y las cabras. Luego se agachó para desenredar uno de los capotes de entre el montón de cobertores húmedos y me lo puso en los hombros. Finalmente rebuscó en la mochila una taza de madera, con la que se acercó resueltamente a las cabras.

El bebé estaba mamando con fuerza, con mi pezón bien hundido en su boca. Eso me tranquilizó en cuanto a la salud del niño, pero la sensación era perturbadora.

—No es que me moleste, créeme —le dije, tratando de distraernos a ambos—. Pero me temo que no soy tu madre, ¿comprendes? Lo siento.

¿Y dónde diablos estaba la madre? Giré poco a poco, recorriendo el paisaje con más atención, pero no veía huella alguna de Fanny Beardsley, mucho menos el motivo de su desaparición... o su silencio.

¿Qué diantre podía haber sucedido? Era posible (y evidente) que la señora Beardsley hubiera ocultado un embarazo avanzado bajo esa montaña de grasa y abrigo, pero ¿por qué?

—Por qué no nos lo dijo, es lo que me pregunto —murmuré hacia la cabecita del bebé.

Si el responsable de la desaparición de Fanny Beardsley había sido una o varias personas, ¿por qué habían dejado al bebé? ¿O por qué lo habían devuelto?

Respiré hondo y fuerte para despejar la nariz; luego giré la cabeza, aspirando el aire en diferentes direcciones. Un parto es muy sucio y yo estaba familiarizada con sus fuertes olores. La criatura que tenía en mis brazos emanaba todos esos olores, pero no se detectaba rastro alguno de sangre o líquido amniótico en el vientre helado.

—Muy bien —dije en voz alta, meciéndolo, ya que empezaba a perder el sosiego—. Se alejó de la fogata para dar a luz. Se fue sola, o alguien la obligó. Pero si quien se la llevó cayó en la cuenta de que estaba a punto de dar a luz, ¿por qué se molestó en traerte de vuelta en vez de conservarte, matarte o, simplemente, abandonarte para que murieras? Oh, perdona, no tenía intención de alterarte. Calla, tesoro, calla...

El bebé, que empezaba a salir de su helado estupor, había tenido tiempo de pensar qué otra cosa faltaba en su mundo. Después de abandonar mi pecho, frustrado, se retorció y lloraba con alentadora potencia. Entonces regresó Jamie, con una humeante taza de leche de cabra y un pañuelo moderadamente limpio. Después de retorcerlo hasta improvisar una teta, lo sumergió en la leche e insertó la tela goteante en la boca abierta del bebé. Los lloros cesaron de inmediato; ambos suspiramos de alivio.

—Ah, así estás mejor, ¿no? *Seas, a bhalaich, seas* —murmuraba él, dejando gotear la leche.

Estudié aquella carita diminuta, aún pálida y cerosa de grasa fetal; ya no tenía el color de la tiza; mamaba con profunda concentración.

—¿Cómo pudo haberlo abandonado? —me pregunté en voz alta—. ¿Y por qué?

Ése era el mejor argumento para explicar un secuestro: ¿qué otra cosa podía hacer que una flamante madre abandonara a su hijo? Por no hablar de alejarse a pie por un bosque a oscuras, inmediatamente después de dar a luz, dolorida y torpe, con la carne aún desgarrada y sangrando... La sola idea me arrancó una mueca y mi vientre se tensó.

Jamie movió la cabeza, atento a su trabajo.

—Tendría alguna razón, pero sólo Dios y los santos han de saber cuál es. Pero no odiaba al niño; pudo haberlo abandonado en el bosque sin que nadie se enterara.

Eso era cierto; ella (o alguna otra persona) había envuelto al bebé con

cuidado, para luego dejarlo tan cerca del fuego como era posible. Quería que sobreviviera... pero sin ella.

—¿Crees que se fue por propia voluntad?

Él asintió.

—Aquí no estamos lejos de la Línea del Tratado. Pudieron ser los indios, pero si alguien se la llevó, ¿por qué no nos capturaron también a nosotros? ¿Por qué no nos mataron a todos? —preguntó, con lógica—. Además, los indios se habrían llevado los caballos. No, creo que se fue por sus propios medios. Por qué lo hizo...

Movió la cabeza y volvió a empapar el pañuelo.

Debíamos partir pronto, antes de que la tormenta arreciara. Pero no me parecía bien irnos sin más, sin intentar averiguar qué suerte había corrido Fanny Beardsley.

Toda la situación parecía irreal. Era como si la mujer hubiera desaparecido por arte de brujería, dejando a cambio a ese pequeño sustituto. Me recordaba extrañamente las leyendas escocesas de niños cambiados, de bebés humanos reemplazados por vástagos de hadas. Aun así no se me ocurría para qué querían las hadas a Fanny Beardsley.

—Y nos faltan muchos kilómetros antes de poder dormir —le comenté a Jamie con un suspiro.

—¿Eh? Ah, no, falta sólo una hora para llegar a Brownsville —me aseguró—. Dos, quizá —corrigió, echando un vistazo al cielo—. Ahora que hay luz sé dónde estamos.

Otro súbito espasmo de tos le sacudió el cuerpo. Luego me entregó la taza y el pañuelo.

—Toma, *Sassenach*. Alimenta a ese pobre *sgaogan* mientras yo atiendo a las bestias, ¿sí?

Sgaogan. Un niño cambiado. Así que el halo extraño y sobrenatural de aquello también lo había impresionado. La mujer aseguraba que veía fantasmas; ¿era posible que alguno de ellos hubiera venido para llevársela? Estremecida, estreché al bebé contra mí.

—¿Hay alguna población cercana, aparte de Brownsville? ¿Algún lugar a donde la señora Beardsley pudiera ir?

Jamie negó con la cabeza; tenía una arruga entre las cejas. La nieve se

fundía al tocar su piel acalorada y le corría por la cara como si fueran lágrimas.

—Ninguna que yo sepa. ¿Acepta bien la leche de cabra?

—Como un cabrito —le aseguré, y me eché a reír.

Aunque desconcertado, él también sonrió. En ese momento necesitaba humor.

—Así llamamos los norteamericanos a los niños... o los llamaremos en el futuro —expliqué—. Cabritos.

La sonrisa se ensanchó.

—¿Sí? Entonces es por eso por lo que Brianna y Mackenzie llaman así al pequeño Jem. Yo pensaba que era sólo una broma entre los dos.

Se apresuró a ordeñar a las otras cabras, mientras yo seguía alimentando al niño con ese goteo, y trajo un cubo lleno a rebosar de leche caliente para nuestro desayuno.

El niño había dejado de mamar para orinar copiosamente: buen signo de salud general, pero nada conveniente en esos momentos, pues tanto sus ropas como la pechera de mi corpiño quedaron empapados.

Jamie revolvió precipitadamente las mochilas, buscando pañales y ropa seca. Por suerte *Doña Cerdita* cargaba la alforja donde yo tenía paños y tiras de algodón para limpiar y vendar. Cogió un montón y se hizo cargo del bebé, mientras yo iniciaba la incómoda y fría tarea de cambiarme la camisa y el corpiño sin quitarme la falda, la enagua y el capote.

—P-ponte el manto —dije, entre el castaño de mis dientes—, si no quieres morir de pulmonía.

Él sonrió, concentrado en su trabajo, aunque la punta de la nariz, muy roja, contrastaba con su cara pálida.

—Estoy bien —graznó. Luego carraspeó, impaciente, y repitió con más potencia—: Bien.

De pronto se detuvo, abriendo mucho los ojos por la sorpresa.

—¡Oh!, mira —dijo, más quedo—. Es una niña.

—¿De veras? —Me arrodillé a su lado para mirar.

—Bastante fea —añadió, inspeccionándola con aire crítico—. Menos mal que tendrá una dote decente.

—No creo que tú fueras una belleza cuando naciste —reproché—. No la

han limpiado como es debido, pobrecita. ¿Pero qué significa eso de la dote?

Él se encogió de hombros, mientras se las componía para poner diestramente un paño doblado bajo el minúsculo trasero sin mover el chal que cubría a la niña.

—Su padre ha muerto y su madre ha desaparecido. No tiene hermanos con quien compartir. Y en la casa no encontré ningún testamento que dijera quién debía recibir la propiedad de Beardsley. Queda una buena granja y bastante mercancía, por no hablar de las cabras. —Miró con una sonrisa a *Hiram* y a su familia—. Supongo que todo eso ha de ser de ella.

—Supongo que sí. Así que la niña tendrá una buena posición, ¿verdad?

—¡Oh!, bueno —se resignó él. Y cambió de posición para protegerla mejor del viento.

La niña parecía sana, aunque bastante pequeña; aun con el vientre abultado por la leche, no era más grande que una muñeca. Ésa era la primera dificultad: menuda como era y sin grasa que la aislara, moriría de hipotermia en muy poco tiempo, a menos que pudiéramos mantenerla abrigada y alimentada.

—No dejes que coja frío. —Metí las manos en las axilas para calentármelas antes de tocarla.

—No te preocupes, *Sassenach*. Sólo me falta limpiarle el trasero y... — Se interrumpió, con la frente arrugada—. ¿Qué es esto, *Sassenach*? ¿Una lesión? ¿Es posible que esa estúpida la haya dejado caer?

Me acerqué para observar. Él sostenía los pies del bebé con una mano y un puñado de vendas sucias en la otra. Sobre las pequeñas nalgas había una mancha azul oscura, con aspecto de moretón.

No era un moretón, pero sí explicaba un poco las cosas.

—No está herida. —Le aseguré, utilizando otro de los chales abandonados por la señora Beardsley para proteger la cabecita lampiña—. Es una mancha mongólica.

—¿Qué?

—Significa que la niña es negra —expliqué—. Africana, al menos en parte.

Jamie parpadeó, sobresaltado; luego se inclinó para mirar debajo del chal.

—No, nada de eso. Es tan blanca como tú, *Sassenach*.

Era cierto. La niña era tan blanca que parecía no tener sangre.

—Los niños negros no suelen ser negros cuando nacen —le expliqué—. En realidad a menudo son muy claros. La pigmentación de la piel comienza a desarrollarse algunas semanas después. Pero con frecuencia nacen con este leve amarotamiento de la piel en la base de la columna vertebral. Se llama mancha mongólica.

Él se frotó la cara con una mano, parpadeando para desprender los copos de nieve que trataban de posársele en las pestañas.

—Comprendo —musitó—. Pues eso explica algo, ¿no?

En efecto. El difunto señor Beardsley podía haber sido muchas cosas, pero no se podía decir que fuera negro. Esa criatura era hija de un negro. Fanny Beardsley sabía (o temía) que la criatura a punto de nacer destaparía su adulterio; por eso había creído mejor abandonarla y huir antes de que se revelara la verdad. Me pregunté si ese misterioso padre había tenido algo que ver con la suerte corrida por el señor Beardsley.

—¿Sabría ella con certeza que el padre era negro? —Jamie tocó el pequeño labio inferior, que ahora tenía un tinte rosado—. ¿O tal vez no llegó a ver a la niña? Después de todo, debe de haber nacido en la oscuridad. Si ella hubiera visto que parecía blanca, tal vez habría preferido arriesgarse.

—Tal vez. Pero no lo hizo. ¿Quién pudo ser el padre?

Aislada como estaba la granja de los Beardsley, no parecía que Fanny hubiera tenido oportunidad de conocer a muchos hombres, aparte de los indios que venían a comerciar. Me pregunté si los bebés indios tenían manchas mongólicas.

Jamie echó una triste mirada al desolado paraje. Luego levantó a la niña.

—No sé, pero no creo que sea difícil averiguarlo, una vez que hayamos llegado a Brownsville. Vamos, *Sassenach*.

Contra su voluntad, Jamie decidió dejar allí las cabras, a fin de conseguir techo y sustento para la niña cuanto antes.

—Aquí estarán bien durante un rato —dijo, esparciéndoles el resto del heno—. Las hembras no abandonarán al viejo. Y por ahora tú no te moverás de aquí, ¿verdad, *a bhalaich*?

Rascó a *Hiram* entre los cuernos como despedida, y partimos, entre un

coro de balidos de protesta, pues las cabras se habían habituado a nuestra compañía.

Bien arropada en mi grueso capote, con varios chales debajo y la niña sujeta contra mi vientre en un cabestrillo improvisado, yo estaba abrigada, pese a los copos que me rozaban la cara y se adherían a mis pestañas. Jamie tosía de vez en cuando, pero en general se lo veía mucho mejor que antes; la necesidad de atender a una emergencia le había devuelto la energía.

La niña parecía dormir, pero no se estaba quieta; se estiraba y retorció con los movimientos lánguidos del mundo acuático, no acostumbrada aún a la libertad de la vida fuera del vientre materno.

—Parece como si estuvieras embarazada, *Sassenach*.

Miré hacia atrás. Jamie me observaba con aire divertido bajo el ala de su sombrero, aunque me pareció ver algo más en su expresión: tal vez cierta nostalgia.

—Pues esta criatura me embaraza bastante —repliqué, cambiando ligeramente de postura para permitir los movimientos de mi compañera.

La presión de esas pequeñas rodillas, la cabeza y los codos contra mi vientre era, en verdad, perturbadoramente parecida a las sensaciones del embarazo; poco importaba que estuviera fuera y no dentro.

Como atraído por el bulto cubierto por mi manto, Jamie azuzó a *Gideon* para ponerse a mi lado. El caballo agitó la cabeza, deseoso de adelantarse, pero Jamie lo contuvo con un suave «*Seas!*» de reproche y el animal cedió, bufando vapor.

—¿Te preocupas por ella? —preguntó Jamie, señalando con la cabeza el bosque que nos rodeaba.

No hacía falta preguntar a quien se refería. Asentí. ¿Dónde estaría Fanny Beardsley? ¿Sola en el bosque? ¿Arrastrándose para morir como una bestia herida? ¿O quizá rumbo a algún refugio imaginario, caminando a ciegas entre la hojarasca helada y la nieve tal vez hacia la bahía de Chesapeake y los recuerdos del cielo abierto, las anchas aguas y la felicidad?

Jamie se estiró para apoyar una mano en la mía, puesta sobre la niña que dormía. Percibí el frío de sus dedos sin guantes a través de la tela que nos separaba.

—Ella ha escogido, *Sassenach* —dijo—. Y nos confió a la pequeña. Nos

ocuparemos de ponerla a salvo. Es cuanto podemos hacer por esa mujer.

Aunque no podía girar la mano para estrechar la suya, asentí. Él me apretó los dedos un momento y se quedó atrás, mientras yo miraba hacia nuestro destino, parpadeando para quitarme de las pestañas las gotas de nieve fundida.

Cuando Brownsville apareció a nuestra vista, casi toda la preocupación que sentía por Fanny Beardsley había desaparecido ante la que me causaba su hija. La criatura había despertado y lloraba, golpeándome el hígado con puños diminutos en busca de comida.

Jamie había llenado la cantimplora con leche de cabra, pero me pareció mejor llegar a algún refugio antes de alimentar nuevamente a la recién nacida. Si había allí una madre que pudiera ofrecerle su leche, eso sería lo mejor; si no, habría que calentar la leche de cabra; dado el frío que imperaba, la leche fría podía bajar peligrosamente la temperatura de la niña.

Doña Cerdita resopló, exhalando una gran bocanada de vapor, y de pronto aceleró el paso. Conocía el olor de la civilización... y de otros caballos. Levantó la cabeza con un penetrante relincho y *Gideon* la imitó. Cuando cesó el bullicio pude oír las respuestas alentadoras de varios caballos en la distancia.

—¡Están aquí! —exhalé, en un vaporoso arranque de alivio—. La milicia. ¡Han llegado!

—Bueno, era de esperar, *Sassenach* —replicó Jamie, mientras afirmaba la mano en las riendas para evitar que *Gideon* se desmandara—. Si el pequeño Roger no supiera dar con una aldea en el extremo de una senda recta, su inteligencia sería tan dudosa como su vista.

Pero él también sonreía.

Tras una curva del camino vi que Brownsville era una verdadera aldea. Nuestros caballos avanzaron a buen paso; tuve que tirar con fuerza de las riendas para que *Doña Cerdita* no trotara, pues habría sacudido gravemente a mi pasajera. Mientras la obligaba a marchar al paso, aunque se resistía, una silueta se apartó del pino que le servía de refugio y salió al camino delante de nosotros, agitando la mano.

—Milord —saludó Fergus, mientras *Gideon* se detenía de mala gana—. ¿Estáis bien? Temía que hubierais tropezado con alguna dificultad.

—Och. —Jamie señaló vagamente el bulto bajo mi capote—. En realidad no ha sido una dificultad, sólo...

Fergus observó el bulto con alguna extrañeza.

—*Quelle virilité, Monsieur* —le dijo a Jamie, en tono de profundo respeto—. Mis congratulaciones. —Mi esposo le dedicó una mirada mordaz y la niña rompió a llorar otra vez.

—Comencemos por lo más importante —dije—. ¿Hay aquí alguna mujer que tenga un bebé? Esta criatura necesita leche. Al instante.

Fergus asintió, con los ojos dilatados por la curiosidad.

—*Oui, milady*. He visto dos, por lo menos.

—Bien. Conduceme hasta ellas.

Él cogió a *Doña Cerdita* por una brida y marchó rumbo al asentamiento.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Jamie, carraspeando.

En mi preocupación por el bebé no me había detenido a pensar en lo que significaba la presencia de Fergus allí. Jamie tenía razón: si había salido al camino con ese tiempo no era sólo porque le interesara nuestro bienestar.

—Eh... Parece que tenemos una pequeña dificultad, milord. —Descritos los acontecimientos de la tarde anterior, concluyó con un gaélico encogimiento de hombros y un resoplido—... de modo que *monsieur* Morton se ha refugiado entre los caballos —dijo, señalando con la cabeza el establo improvisado—, mientras los demás disfrutamos de *l'hospitalité* de Brownsville.

Jamie parecía algo ceñudo; sin duda calculaba lo que le costaría la *hospitalité* para más de cuarenta hombres.

—Ajá. Es decir, ¿los Brown no saben que Morton está allí?

Fergus negó con la cabeza.

—Pero ¿por qué está allí? —pregunté, tras haber acallado momentáneamente al bebé con mi propio pecho—. Debería haber huido a Granite Falls, agradecido de estar con vida.

—No quiere ir, *milady*. Dice que no puede prescindir del dinero.

Justo antes de nuestra partida se había sabido que el gobernador ofrecía cuarenta chelines por cabeza, como incentivo para que se enrolaran en la milicia. Era una suma considerable, sobre todo para un colono nuevo que se enfrentaba a un mal invierno.

Jamie se pasó lentamente una mano por la cara. Era un dilema, sí; la compañía miliciania necesitaba hombres y provisiones de Brownsville, pero Jamie no podía reclutar a los Brown, que inmediatamente tratarían de asesinar a Morton. Tampoco podía permitirse el lujo de pagar de su bolsillo al fugitivo. Parecía sentir la tentación de asesinarlo con sus propias manos, pero supuse que no era una alternativa razonable.

—¿No se le podría persuadir para que se casara con la muchacha? —sugerí delicadamente.

—Lo he pensado —dijo Fergus—. Lamentablemente, *monsieur* Morton ya tiene una esposa en Granite Falls. —Movi6 la cabeza, que empezaba a parecer una colina nevada.

—Pero los Brown, ¿por qué no fueron tras Morton? —preguntó Jamie, que parecía seguir su propio curso de pensamientos—. Si un enemigo viene a tu tierra y los tuyos est6n contigo, no lo dejas escapar: lo persigues hasta matarlo.

Fergus asintió; obviamente estaba familiarizado con esa variedad de lógica escocesa.

—Creo que ésa era la intención, pero *le petit* Roger los ha distraído.

Percibí una clara nota de diversión en su voz. Jamie también.

—¿Qué ha hecho? —preguntó, cauteloso.

—Cantarles. —El aire divertido se acentuó—. Se ha pasado la mayor parte de la noche cantando y tocando su tambor. Toda la aldea ha venido a escucharlo. Hay seis hombres en edad de enrolarse en la milicia y dos mujeres *avec latí, milady*, como ya le he dicho.

Jamie tosió, se pasó una mano por la nariz y dijo:

—Bien. Oye, la pequeña debe comer y yo no puedo retrasarme. De lo contrario los Brown se percatarán de que Morton est6 aquí. Ve a decirle que iré a hablar con él en cuanto me sea posible.

Apuntó el morro de su caballo hacia la taberna, mientras yo azuzaba a *Doña Cerdita* para que lo siguiera.

—¿Qué harás con los Brown? —pregunté.

—¡Dios! —murmuró Jamie, más para sus adentros que para mí—. ¿Cómo diablos quieres que lo sepa?

Y tosió otra vez.

Misión cumplida

Nuestra llegada con el bebé causó la sensación suficiente para distraer a los habitantes de Brownsville de sus asuntos privados, fueran cotidianos u homicidas. Al ver a Jamie, una expresión de intenso alivio cruzó por la cara de Roger, aunque fue inmediatamente reprimida y reemplazada por una blanda actitud de seguridad en sí mismo. Bajé la cabeza para disimular una sonrisa, mientras miraba de soslayo a Jamie, por si hubiera notado esa rápida transformación. Él evitó mirarme, señal de que la había detectado.

—Bien hecho —dijo con aire indiferente. Y saludó a Roger con una palmada en el hombro, antes de girarse para recibir los saludos de los otros hombres y ser presentado a nuestros involuntarios anfitriones.

Roger se limitó a asentir, como si no le diera importancia, pero su cara adquirió un esplendor discreto, como si alguien hubiera encendido una vela en su interior.

La pequeña señorita Beardsley causó gran conmoción; se mandó llamar a una de las madres lactantes, quien de inmediato puso al aullante bebé al pecho, tras entregarme a cambio a su propio hijo. Era un varón de tres meses, de temperamento plácido; me miró con algún desconcierto, pero se limitó a dirigir hacia mí unas cuantas burbujas de saliva, sin que pareciera oponerse a la situación.

Acto seguido hubo alguna confusión, pues todos hacían preguntas y

especulaban al mismo tiempo. Pero Jamie puso fin al bullicio relatando lo acontecido en la granja de los Beardsley, aunque abreviado hasta el laconismo. Hasta la joven de ojos irritados, a quien reconocí como la *inamorata* de Isaiah Morton, olvidó su dolor para escuchar, boquiabierta.

—Pobre pequeñuela —dijo, observando a la recién nacida—. Así que, al parecer, no tienes padres.

La señorita Brown arrojó una mirada ceñuda a su propio padre; posiblemente pensaba que la orfandad tenía sus ventajas.

—¿Qué será de ella? —preguntó la señora Brown, más práctica.

—Nos ocuparemos de que reciba una buena atención, querida. Le daremos un hogar seguro. —Su esposo le apoyó una mano tranquilizadora en el brazo, al tiempo que intercambiaba una mirada con su hermano.

Jamie también lo vio; noté que contraía la boca como para decir algo, pero luego se encogió ligeramente de hombros y fue a hablar con Henry Gallegher y Fergus; sus dos dedos tiesos golpeaban suavemente contra la pierna.

La mayor de las señoritas Brown se inclinó hacia mí, dispuesta a formular otra pregunta, pero se lo impidió una súbita ráfaga de viento ártico que atravesó el gran salón, levantando las pieles que cubrían las ventanas y rociando el ambiente con una perdigonada de hielo. La señorita Brown lanzó una pequeña exclamación y olvidó su curiosidad para correr a sujetar las coberturas de las ventanas. Todo el mundo abandonó el tema de los Beardsley y la imitó.

El señor Richard Brown, aunque un poco enfurruñado, nos concedió otra noche de alojamiento. Los milicianos se repartieron entre las casas y los graneros de la aldea para cenar.

Jamie fue en busca de nuestras mantas y provisiones; además se ocupó de alimentar y albergar a los caballos. Presumiblemente aprovecharía la oportunidad para dialogar en privado con Isaiah Morton, si éste acechaba aún en la ventisca.

Me pregunté qué pensaría hacer con ese Romeo de montaña, pero no tuve mucho tiempo para reflexionar. Como empezaba a anochecer, me vi tragada por el torbellino de actividad que se desarrollaba en torno al hogar, mientras las mujeres se enfrentaban al nuevo desafío de preparar la cena para cuarenta

huéspedes inesperados.

Julieta (es decir, la joven señorita Brown) permanecía en un rincón, ceñuda y sin ayudar. Sin embargo se ocupó de la pequeña Beardsley; la niña dormía ya desde hacía rato, pero ella continuaba meciéndola y arrullándola.

Hiram tenía frío y estaba cansado y hambriento; como no necesitaba impresionar a su harén ausente, se dejó rascar la cabeza y las orejas, y alimentar con briznas de heno. Me permitió que entrara en su corral para inspeccionar el entablillado. Yo también estaba exhausta y hambrienta, pues no había comido nada en todo el día, salvo un poco de leche de cabra al amanecer. Entre el olor del guiso y el parpadeo de luces y sombras en la oscuridad, me sentía mareada y algo incorpórea, como si flotara a medio metro del suelo.

—Eres un viejo bueno, ¿verdad? —murmuré

Después de pasar la tarde en estrecho contacto con bebés, todos ellos en diversos estadios de humedad y llanto, la compañía de ese cabrón irascible me resultaba sedante.

—¿Va a morir?

Levanté la vista, sorprendida; había olvidado a la joven señorita Brown, abandonada entre las sombras de un rincón. Ahora estaba de pie junto al hogar, con la niña de los Beardsley en brazos, y una mirada ceñuda clavada en *Hiram*, que trataba de mordisquear el borde de mi delantal.

—No —dije, mientras le arrancaba la tela de la boca—. No lo creo.

¿Cómo se llamaba? Rebusqué en mi memoria, comparando las caras y los nombres de las apresuradas presentaciones. Alicia, eso era. Como no dijo nada más, para mantener el diálogo señalé a la pequeña que ella tenía en brazos.

—¿Cómo está la niña?

—Bien —dijo, inquieta. Observó a la cabra un segundo más. De pronto los ojos se le llenaron de lágrimas—. Yo preferiría estar muerta —dijo.

—¿De veras? —Eso me desconcertó—. Eh... pues...

Me froté la cara con una mano, tratando de reunir presencia de ánimo para enfrentarme a lo que acababa de oír. ¿Dónde estaba esa bestia que la muchacha tenía por madre? Eché un vistazo a la puerta, pero no venía nadie. Estábamos momentáneamente solas: las mujeres ordeñaban a las cabras o

preparaban la cena; los hombres atendían a los animales.

Salí del corral de *Hiram* para apoyarle una mano en el brazo.

—Escucha —le dije en voz baja—, Isaiah Morton no vale la pena. ¿Sabías que está casado?

Ella abrió mucho los ojos. Luego los entornó hasta casi cerrarlos, en un súbito manar de lágrimas. No, obviamente no lo sabía.

Las lágrimas corrían por sus mejillas hasta caer en la cabeza del bebé. Extendí los brazos y cogí suavemente a la criatura; luego, con la mano libre, la conduje hacia el banco.

—¿Co-cómo se ha...? ¿Quién...? —Gorgoteaba y sorbía por la nariz, tratando de hacer preguntas y dominarse, todo a la vez. Una voz de hombre gritó algo fuera. Ella se secó frenéticamente las mejillas con la manga.

—¿Que cómo lo sé? Morton se lo dijo a uno de los hombres de mi marido. Su mujer no sé quién es; sólo sé que vive en Granite Falls.

Di unas palmaditas a la minúscula espalda; la niña eructó y volvió a relajarse, cálido su aliento bajo mi oreja. Las mujeres la habían lavado y untado con aceite; olía casi como una tortilla recién hecha. Yo mantenía un ojo en la puerta y el otro en Alicia Brown, por si hubiera otro ataque de histeria.

Ella sollozaba. Después de un último hipo quedó en silencio, con la vista clavada en el suelo.

—Yo desearía estar muerta —susurró otra vez, con tal desesperación que fijé los ojos en ella, sobresaltada. Estaba encogida, con el pelo lacio bajo la gorra y los puños cruzados protectoramente sobre el vientre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé. Dada su palidez, y las circunstancias y el modo en que trataba a la niña, no era difícil sacar conclusiones—. ¿Tus padres lo saben?

Me miró, pero no se molestó en preguntar cómo lo había descubierto.

—Mamá y mi tía sí.

Respiraba por la boca, con sorbetones intermitentes.

—Se me ocurrió que... que así papá me permitiría casarme con él.

Yo nunca había pensado que la extorsión fuera una base firme para el matrimonio, pero no parecía buen momento para decirlo.

—Hum —murmuré a cambio—. ¿Y el señor Morton, lo sabe?

Ella negó con la cabeza, desconsolada.

—¿Tiene...? ¿Sabe usted si su esposa tiene hijos?

—No tengo ni idea. —Agucé el oído. Percibía voces de hombre en la distancia, traídas por el viento. Ella también. Me apretó el brazo con asombrosa fuerza. En los ojos pardos, con las pestañas erizadas, había una expresión de apremio.

—Anoche oí que el señor MacKenzie conversaba con los hombres. Decían que era sanadora, señora Fraser. Uno dijo que era usted mujer de conjuros. En cuanto a los bebés, ¿sabe cómo...?

—Viene alguien. —Me aparté de ella, interrumpiéndola antes de que pudiera terminar—. Oye, coge a la niña. Tengo que... remover el guiso.

Le puse a la pequeña en los brazos, sin ninguna ceremonia, y me levanté. Cuando se abrió la puerta, dando paso a una ráfaga de viento y nieve y a un numeroso grupo de hombres, yo estaba de pie ante el hogar, con la cuchara en la mano, los ojos fijos en el caldero y mi mente burbujeando tan vigorosamente como su contenido.

Aunque ella no hubiera tenido tiempo para pedírmelo explícitamente, yo sabía lo que estaba a punto de decir. «Mujer de conjuros», me había llamado. Quería que la ayudara a deshacerse de la criatura, casi con certeza. ¿Cómo?, me pregunté. ¿Qué mujer podía pensar algo así con un bebé palpitante en los brazos, que aún no llevaba un día fuera del vientre?

Era lógico que estuviera afligida y buscara frenéticamente la manera de escapar. «Démosle un poco de tiempo para recuperarse», pensé, echando un vistazo al banco, donde las sombras la ocultaban. «Debería hablar con su madre, con su tía...».

Jamie apareció súbitamente a mi lado, frotándose las manos enrojecidas sobre el fuego; la nieve se fundía en los pliegues de su ropa. Se lo veía sumamente alegre, a pesar del resfriado, las complicaciones amorosas de Isaiah Morton y la tormenta.

—¿Cómo marcha eso, *Sassenach*? —preguntó con voz ronca.

Y sin aguardar respuesta, me quitó la cuchara y, rodeándome con un brazo duro y frío me levantó en vilo para darme un cálido beso, tanto más sorprendente por la nieve que cubría su barba a medio crecer.

Al emerger algo aturdida de ese estimulante abrazo, caí en la cuenta de

que la actitud general de los hombres era igualmente jubilosa. Entre los aullidos y los bramidos habituales de los hombres que se sienten eufóricos, se oían palmadas en las espaldas, y ruido de botas y de abrigos que se quitaban.

—¿Qué sucede? —pregunté, sorprendida.

Para mi estupefacción, en el centro de la reunión descubrí a Joseph Wemyss. Tenía la punta de la nariz enrojecida de frío y los hombres le palmeaban la espalda para felicitarlo, con el riesgo de arrojarlo al suelo.

Jamie me dedicó una sonrisa luminosa, brillantes los dientes en la congelada espesura de la cara, y me puso en la mano una hoja de papel húmedo, que aún conservaba fragmentos de lacre rojo.

La tinta se había corrido al mojarse, pero pude leer lo más importante. Al saber que el general Waddell estaba en marcha, los reguladores habían decidido que convenía dispersarse. Y por orden del gobernados Tryon, la milicia debía retirarse.

—¡Oh, qué bien! —exclamé.

Y rodeé con los brazos a Jamie para devolverle el beso, a pesar de la nieve y el hielo.

Encantados con la noticia de la retirada, los milicianos aprovecharon el mal tiempo para celebrarla. Los Brown, igualmente encantados por no tener que incorporarse a la milicia, se sumaron a la celebración, a la que contribuyeron con tres grandes toneles de la mejor cerveza de Thomasina y veinticinco litros de sidra alcohólica... a la mitad de su precio.

Cuando terminó la cena, me senté en la esquina de un banco, con la niña de los Beardsley en los brazos, medio fundida por el cansancio; sólo me mantenía vertical el hecho de que no hubiera aún un lugar donde acostarse.

Alicia Brown no había tenido más oportunidades de hablar conmigo... y yo tampoco tuve ninguna de hablar con su madre o con su tía. La muchacha, sentada junto al corral de *Hiram*, lo alimentaba metódicamente con cortezas de pan sobrantes de la cena; en la cara se le habían fijado unas líneas de sombría angustia.

A petición general, Roger cantaba baladas francesas con voz suave y afinada. Delante de mí, flotaba la cara de una joven, con las cejas arqueadas en un gesto de pregunta. Dijo algo que se perdió en el parloteo de las voces;

luego alargó suavemente los brazos para coger a la niña.

Claro. Se llamaba Jemina. Era la joven madre que se había ofrecido a amamantarla. Me levanté para dejarle el sitio en el banco y ella se la puso inmediatamente al pecho.

Los milicianos, felices ante la perspectiva del inminente regreso a casa, se habían bebido casi todo lo que era potable en Brownsville y se esforzaban por consumir lo que quedaba. Pero la fiesta ya empezaba a disolverse; algunos hombres se retiraban, tambaleándose, a sus fríos lechos en graneros y establos; otros se enrollaban en mantas junto al fuego, agradecidos.

Vi que Jamie echaba la cabeza hacia atrás en un enorme bostezo. Se levantó, tratando de sacudirse el estupor de la comida y la cerveza; entonces me vio junto al hogar. Obviamente estaba tan cansado como yo, si no igualmente mareado, pero su profunda satisfacción era evidente en la tranquilidad con que desperezó sus largos miembros.

—Voy a ver cómo están los caballos —me dijo, con la voz enronquecida por la gripe y el exceso de charla—. ¿Quieres dar un paseo a la luz de la luna, *Sassenach*?

Ya no nevaba y la luna brillaba a través de una bruma de nubes que se iban desvaneciendo. El aire congelaba los pulmones; todavía frío e inquieto por el fantasma de la tormenta reciente, me ayudó a despejarme la cabeza.

Con el deleite infantil de ser la primera en marcar esa nieve virginal, caminaba con cuidado, levantando bien los pies para dejar huellas nítidas; luego me volvía para admirarlas.

—Me gusta observarte, *Sassenach*. Sobre todo en sociedad. Cuando ríes, tus dientes tienen un brillo encantador —me dijo Jamie cariñosamente.

—Adulador —le contesté. Pero me sentía lisonjeada, sobre todo considerando que llevaba varios días sin lavarme siquiera la cara.

Era una nieve seca, que se comprimía bajo los pies con un leve crujido. La respiración de Jamie seguía siendo ronca y trabajosa, pero había desaparecido el tableteo del pecho y tenía la piel fría.

—Mañana tendremos buen tiempo —dijo él, levantando la vista a la luna brumosa—. ¿Ves el anillo?

Era difícil no verlo: un inmenso círculo de luz difusa que circundaba la

luna, cubriendo la totalidad del cielo oriental. A través del resplandor se veían vagamente las estrellas. En el curso de una hora la noche sería luminosa y clara.

—Sí. ¿Eso significa que mañana podemos ir a casa?

—Sí. Supongo que volverá a haber barro otra vez. Se nota el cambio en el aire; ahora hace frío, pero la nieve se fundirá en cuanto caliente el sol.

Tal vez, pero por el momento hacía bastante frío. El refugio de los caballos había sido reforzado con más ramas de pino y tejo; parecía una pequeña loma desigual que se elevaba del suelo, densamente cubierta de nieve. Pero ya asomaban algunas manchas oscuras, derretidas por el aliento de los caballos que despedían volutas de vapor, apenas visibles. Todo estaba en silencio, con una palpable sensación de adormilada felicidad.

—Si Morton está aquí, ha de estar cómodo —comenté.

—No lo creo. En cuanto llegó Wemyss con la nota mandé a Fergus a decirle que la milicia había sido disuelta.

—Sí, pero si yo fuera Isaiah Morton, no sé si habría partido directamente a casa en medio de una cegadora tormenta de nieve —dije, dubitativa.

—Creo que lo habrías hecho, si tuvieras a todos los Brown de Brownsville buscándote con un arma.

Pero detuvo sus pasos y gritó un poco para llamar a Isaiah, con voz ronca.

Como del improvisado establo no surgiera respuesta alguna, volvió a cogerme del brazo para regresar a la casa. La nieve ya no era virginal; había sido pisoteada y revuelta por muchos pies, cuando los milicianos se dispersaron hacia sus camas. Roger ya no cantaba, pero aún se oían voces dentro; no todo el mundo estaba dispuesto a retirarse.

Sin muchas ganas de volver inmediatamente a esa atmósfera de humo y ruido, continuamos caminando; rodeamos la casa y el establo, disfrutando de la mutua cercanía y del silencio nevado. Al regresar, vi que la puerta del cobertizo estaba entornada y crujía al viento. Se la mostré a Jamie.

Él asomó la cabeza dentro, para verificar que todo estuviera en orden; luego, en vez de cerrar la puerta, me cogió del brazo para arrastrarme al interior del cobertizo.

—Antes de entrar, quiero hacerte una pregunta, *Sassenach* —dijo.

Había dejado la puerta completamente abierta, de modo que la luz de la

luna entraba a raudales, iluminando los jamones colgados, los toneles y las bolsas de tela embreada que había en el cobertizo. Aunque dentro hacía frío, la ausencia de viento me hizo entrar en calor; eché la capucha hacia atrás.

—¿Qué? —pregunté, con leve curiosidad.

—¿La quieres, *Sassenach*? —preguntó él, en voz baja. Su rostro era un óvalo claro, difuminado por las brumas de su aliento.

—¿A quién? —pregunté, sobresaltada.

Él respondió con un gruñido de diversión.

—A la niña, por supuesto.

Por supuesto.

—¿Si quiero quedarme con ella, dices? —pregunté, cauta—. ¿Adoptarla?

La idea no se me había pasado por la cabeza pero debía de estar acechando en el subconsciente, pues la pregunta no me sorprendió. Una vez formulada, la idea floreció plenamente.

Tenía los pechos sensibles desde la mañana, como si estuvieran llenos; sentí en la memoria el tirón exigente de la pequeña. Aunque yo no pudiera amamantarla, Brianna sí, o Marsali. Y si no, podía alimentarse de leche de vaca o de cabra.

De pronto caí en la cuenta de que me estaba masajeando suavemente un pecho. Me detuve al momento, pero Jamie había visto el gesto y se acercó para abrazarme. Recliné la mejilla contra la tela áspera y fría de su camisa de cazador.

—¿La quieres tú? —pregunté, sin saber si temía su respuesta o si la esperaba con ansiedad.

Él se encogió de hombros.

—La casa es grande, *Sassenach* —dijo—. Bastante grande.

No era una declaración resonante; sin embargo yo sabía que era un compromiso, por indiferente que sonara. Él había recogido a Fergus en un burdel de París, tres minutos después de haberlo conocido. Si adoptaba a la niña, la trataría como a una hija. En cuanto a amarla... Nadie puede garantizar el amor. Ni él... ni yo.

Jamie había notado mi tono dubitativo.

—Te vi con la pequeña, *Sassenach*. Siempre eres muy tierna, pero al verte con la niña bajo tu manto... te recordé embarazada de Faith.

Contuve el aliento. Me sorprendió oírlo pronunciar así el nombre de nuestra primogénita, como si nada. Rara vez hablábamos de ella; su muerte había quedado tan lejos en el pasado que a veces me parecía irreal; sin embargo, la herida de su pérdida nos había dejado a ambos tremendas cicatrices.

Sin embargo, Faith no era irreal en absoluto.

Estaba a mi lado cada vez que tocaba a un bebé. Y esa criatura, esa huérfana sin nombre, tan pequeña y frágil, con la piel tan transparente que se veían con claridad las hebras azules de las venas... Sí, los ecos de Faith eran potentes. Aun así, ésta no era hija mía. Pero podía serlo; eso era lo que Jamie decía.

¿Era acaso un regalo para nosotros? ¿O más bien una responsabilidad?

—¿Crees que deberíamos quedárnosla? —le pregunté con cautela—. Es decir... ¿qué podría pasarle si no?

Jamie resopló un poco y dejó caer el brazo para apoyarse contra la pared de la casa. Luego se limpió la nariz, con la cabeza inclinada hacia el vago murmullo de voces que penetraba por las rendijas entre los leños.

—La cuidarán bien, *Sassenach*. Recibirá una herencia. ¿Recuerdas?

Ese aspecto del asunto no se me había ocurrido.

—¿Estás seguro? —dudé—. Es cierto que los Beardsley han desaparecido, pero como es ilegítima...

Él negó con la cabeza.

—No. Es legítima.

—¡Pero no puede ser! Aunque nadie lo sepa todavía, salvo tú y yo, su padre...

—Para la ley, su padre fue Aaron Beardsley —me informó—. Según las leyes inglesas, el niño nacido durante el vínculo matrimonial es hijo y heredero legal del marido, aun si se tiene la certeza de que la madre ha cometido adulterio. Y esa mujer dijo que Beardsley se había casado con ella, ¿no?

Noté que estaba muy seguro sobre ese aspecto de la ley inglesa. Y comprendí (a tiempo, gracias a Dios, antes de decir nada) por qué estaba tan seguro.

William, su hijo varón. Había sido concebido en Inglaterra y, por lo que

todo el mundo allí sabía (exceptuando a lord John Grey), era supuestamente el noveno conde de Ellesmere. Por lo que Jamie decía, el condado era legalmente suyo, fuera o no hijo del octavo conde. «La ley es muy estúpida», pensé.

—Comprendo —dije lentamente—. Así que la pequeña sin nombre heredará todas las posesiones de Beardsley, aun cuando se descubra que no puede ser hija suya. Es... reconfortante.

Él me miró a los ojos durante un momento. Luego bajó la vista.

—Sí —dijo en voz baja—. Reconfortante.

Quizá hubo en su tono un dejo de amargura, pero desapareció con una tos y un carraspeo.

—Ya ves que no corre peligro de que la maltraten —dijo, despreocupadamente—. La Corte de los Huérfanos entregará la propiedad de Beardsley, con cabras y todo, a quienquiera que sea su tutor, para ser usada en beneficio de ella.

—Y de sus tutores —dije, recordando súbitamente la mirada que Richard Brown había intercambiado con su hermano antes de decir a su esposa que la niña sería «bien cuidada». Me froté la nariz, que se había entumecido en la punta.

—Así que los Brown aceptarían encantados.

—Oh, sí —afirmó—. Conocían a Beardsley y saben bien lo que ella vale. En realidad, apartarla de ellos sería delicado. Pero si la quieres, *Sassenach*, la tendrás. Te lo prometo.

Toda aquella conversación me estaba provocando una sensación muy extraña, algo parecido al pánico. Era como si una mano invisible me estuviera empujando hacia el borde de un precipicio. Quedaba por ver si era un abismo peligroso o, simplemente, un lugar para apoyar el pie y ver un panorama más amplio.

Vi en el recuerdo la suave cabeza del bebé y las orejas, finas como papel de seda, pequeñas y perfectas como conchitas, suaves remolinos rosados que se esfumaban en azulados tintes ultraterrenos. Por ganar un poco de tiempo para organizar mis pensamientos, pregunté:

—¿Por qué dijiste que sería delicado apartarla de los Brown? No tienen ningún derecho sobre ella, ¿verdad?

—No, pero ninguno de ellos mató a su padre.

—¿Qué...? Ah.

Era una trampa que yo no había tenido en cuenta: la posibilidad de que acusaran a Jamie de matar a Beardsley para apoderarse de la granja y los bienes del comerciante, mediante la adopción de la huérfana. Tragué saliva; en el fondo de la garganta tenía un vago regusto a bilis.

—Pero nadie sabe cómo murió Aaron Beardsley, excepto nosotros — señalé.

Jamie sólo había contado que el mercader había sufrido una apoplejía, a consecuencia de la cual murió, omitiendo que él había sido el ángel liberador.

—Nosotros y la señora Beardsley —dijo, con una leve ironía—. ¿Y si ella regresara y me acusara de asesinar a su esposo? Negarlo sería difícil. Y yo tendría a su hija.

No le pregunté qué razones podía tener para hacer algo así; por lo que ya había hecho, era obvio que Fanny Beardsley era capaz de cualquier cosa.

—No regresará —dije.

Pese a las dudas que todo me inspiraba, de eso estaba segura. Fanny Beardsley se había ido para siempre.

—Aun si lo hiciera —proseguí, apartando mi visión de la nieve cayendo en un bosque desierto y un bulto envuelto junto a la hoguera apagada—. Yo estuve allí. Podría declarar lo que sucedió.

—Si te lo permitieran —señaló él—. Y no lo harán. Eres una mujer casada, *Sassenach*; no puedes prestar testimonio ante un tribunal, aunque no fueras mi mujer.

Eso me detuvo en seco. Al vivir en sitios tan apartados, rara vez me tropezaba con la más indignante de las injusticias legales de la época, pero conocía algunas. Jamie tenía razón. De hecho, por estar casada, yo no tenía ningún derecho legal. Y lo irónico era que Fanny Beardsley sí los tenía, puesto que era viuda. Ella podría testificar ante un tribunal, si así lo deseaba.

—¡Dios mío! —dije con mucho sentimiento.

Jamie rió por lo bajo. Luego tosió.

Lancé un resoplido y una satisfactoria explosión de vapor blanco. En esos momentos me habría gustado ser un dragón; habría sido un gran placer lanzar llamas y azufre contra varias personas, comenzando por Fanny Beardsley. En

cambio suspiré; mi inofensivo aliento blanco se desvaneció en la penumbra del cobertizo.

—Ahora comprendo por qué dijiste que sería delicado —musité.

—Pero no imposible. —Me acarició la mejilla con una mano grande y fría. Sus ojos buscaron los míos, oscuros y apasionados—. Si quieres a esa niña, Claire, la recibiré. Ya nos enfrentaremos a lo que sobrevenga.

Sí, yo la quería. Sentí el peso leve de la niña dormida contra mi pecho. Había olvidado la embriaguez de la maternidad; había apartado el recuerdo de la exaltación, el agotamiento, el pánico, el deleite. Pero la proximidad de Germain, Jemmy y Joan me lo recordaban vívidamente.

—Una última pregunta —dije. Le cogí la mano y entrelacé sus dedos con los míos—. El padre de la pequeña no era blanco. ¿Qué consecuencias podría tener eso para ella?

Yo sabía cuáles serían las consecuencias en la ciudad de Boston de 1960, pero estábamos en un sitio muy diferente; si bien en algunos aspectos esta sociedad era más rígida y oficialmente menos esclarecida, en otros era, extrañamente, mucho más tolerante.

Jamie reflexionó atentamente; los dedos tiosos de la mano derecha marcaban un silencioso ritmo de contemplación en un barril de cerdo salado.

—Creo que no habrá problemas —dijo al fin—. No es posible que la hagan esclava. Aun si se pudiera probar que su padre fue un esclavo (y no hay prueba alguna) todo niño recibe la condición de su madre. El niño nacido de mujer libre es libre; el niño nacido de esclava es esclavo. Y esa horrible mujer no era esclava.

—Oficialmente no, al menos —dije, pensando en las marcas de la puerta—. Pero ¿aparte de la esclavitud?

Jamie se irguió con un suspiro.

—Creo que no, aquí no. Es posible que en Charleston eso tuviera importancia, sobre todo si ella alternara en sociedad. Pero en lugares apartados...

Se encogió de hombros. En realidad, como se encontraban a tan poca distancia de la Línea del Tratado había muchos niños mestizos. No era nada raro que los pobladores se casaran con mujeres cherokees. En el campo, los niños nacidos de relaciones entre blancos y negros eran menos frecuentes,

pero en la costa también abundaban. Aunque la mayoría fueran esclavos, allí estaban.

Y la pequeña señorita Beardsley no alternaría en sociedad si es que la dejábamos con los Brown. Allí sus posibles riquezas importarían mucho más que el color de su piel. Si vivía con nosotros tal vez fuera diferente, pues Jamie era un señor y lo sería siempre, cualesquiera fuesen sus ingresos.

—Ésa no ha sido mi última pregunta —dije. Apoyé una mano sobre la suya, fría contra mi mejilla—. La última es: ¿por qué me lo sugieres?

—Eh... pues se me ocurrió... —Apartó la vista—. Lo que me dijiste cuando regresamos a casa desde la congregación. Que podrías haber escogido la esterilidad segura, pero no lo hiciste por mí. Pensé...

Se interrumpió otra vez para frotarse el puente de la nariz con un nudillo de la mano libre. Luego aspiró hondo.

—Por mí —dijo con firmeza, dirigiéndose al aire como si fuera un tribunal—. No quiero que tengas otro hijo, *Sassenach*. No me arriesgaría a perderte —dijo, con voz súbitamente ronca—. Ni por diez niños. Tengo hijos, sobrinos y nietos. Son suficientes. —Habla con suavidad, mirándome a los ojos—. Pero no tengo más vida que tú, Claire.

Después de tragar saliva audiblemente continuó, con los ojos fijos en los míos.

—Sin embargo... pensé que si deseabas otro hijo... tal vez pudiera darte uno.

Las lágrimas me empañaron los ojos. Hacía frío en el cobertizo y teníamos los dedos rígidos. Giré mi mano en la suya para estrecharla con fuerza. Mientras él hablaba mi mente imaginaba posibilidades, dificultades, bendiciones. No necesitaba pensar más, pues la decisión se había tomado por sí sola. Una criatura era una tentación de la carne y del espíritu. Yo conocía la bienaventuranza de esa ilimitada unidad, así como la alegría agri dulce de ver que esa unidad se esfumaba según el hijo se descubría a sí mismo y buscaba distancia.

Pero había cruzado alguna línea sutil. Ya porque había nacido con alguna cota secreta incorporada a mi carne, ya porque sentía que ahora debía lealtad total a otra persona, lo supe. Como madre gozaba la ligereza del esfuerzo realizado, del honor satisfecho. De la misión cumplida.

Recosté la frente contra su pecho.

—No. —Le dije suavemente a la tela oscura que le cubría el corazón—. Pero te amo, Jamie.

Pasamos un rato abrazados, escuchando el rumor de voces a través de la pared que separaba la casa del cobertizo, pero callados y contentos con esa paz. Estábamos demasiado exhaustos para hacer el esfuerzo de entrar y no queríamos abandonar la tranquilidad de nuestro tosco refugio.

—Pronto habrá que entrar —murmuré al fin—. De otro modo caeremos aquí mismo y por la mañana nos encontrarán con los jamones.

Un vago zumbido de risa le corrió por el pecho, pero antes de que pudiera responder una sombra cayó sobre nosotros. Alguien estaba de pie en el vano de la puerta, bloqueando el claro de luna.

Jamie levantó bruscamente la cabeza y tensó las manos contra mis hombros, pero luego dejó escapar el aliento y aflojó su presión; entonces pude dar un paso atrás y volverme.

—Morton —dijo mi marido, en tono de larga paciencia—. En el nombre de Cristo, ¿qué haces aquí?

Isaiah Morton no tenía pinta de audaz seductor; claro que todo es cuestión de gustos. Era algo más bajo que yo, pero ancho de hombros, con torso de tonel y piernas algo combadas. Eso sí, tenía unos ojos muy bonitos y una buena mata de pelo rizado, aunque en la penumbra del cobertizo no pude distinguir su color. Calculé que tendría unos veintidós años.

—Mi coronel —dijo en un susurro—. Señora. —Me dedicó una breve reverencia—. No era mi intención asustarla, señora. Pero oí la voz del coronel y me pareció mejor aprovechar la oportunidad, por así decirlo.

—Por así decirlo —repitió.

—Sí, señor. No sabía cómo hacer para que Ally saliera; estaba rodeando la casa una vez más cuando la escuché conversar con su señora.

Me hizo otra reverencia, como por reflejo.

—Morton —repitió Jamie suavemente, pero con algo de acero en la voz —, ¿por qué no te has ido? ¿No te dijo Fergus que la milicia se había deshecho?

—Oh, sí que me lo dijo, señor. —Esta vez se inclinó ante Jamie, algo

nervioso—. Pero no podía partir sin ver a Ally, señor.

Carraspeé. Mi marido, con un suspiro, me hizo una señal afirmativa.

—Eh... Temo que la señorita Brown ya sabe lo de su compromiso anterior —dije delicadamente.

—¿Eh? —Isaiah pareció no comprender. Jamie lanzó una exclamación irritada.

—Es decir: la muchacha se ha enterado de que ya tienes esposa —dijo, brusco—. Y si su padre no te mata de un balazo en cuanto te vea, es posible que ella te clave un puñal en el corazón. Y si ninguno de los dos tiene éxito —prosiguió, irguiéndose en toda su amenazadora estatura—, me siento inclinado a ocuparme de eso yo mismo, a mano limpia. ¿Qué clase de hombre se lía con una muchacha y la deja embarazada, si no tiene derecho a darle su apellido?

Aun con tan poca luz fue evidente que Morton palidecía.

—¿Embarazada?

—Así es —aseguré fríamente.

—Así es —repitió Jamie—. Y ahora, pequeño bígamo, será mejor que te vayas antes de que...

Se interrumpió abruptamente, pues Isaiah sacó de debajo del capote una pistola. Al estar tan cerca, vi que estaba cargada y amartillada.

—Lo siento muchísimo, señor —dijo en tono de disculpa. Y se humedeció los labios, mirándonos a ambos—. No quería hacerle ningún daño, señor, y mucho menos a su señora. Pero verá, necesito ver a Ally.

Sus facciones regordetas se afirmaron un poco, aunque sus labios parecían inclinados a temblar. Aun así apuntaba a Jamie con decisión.

—Señora —me dijo—, si fuera usted tan amable, ¿querría entrar en la casa y hacer que Ally salga? Nosotros... el coronel y yo esperaremos aquí.

Yo no había tenido tiempo de sentir miedo. Y aún no lo tenía, aunque estaba muda de estupefacción. Jamie cerró los ojos un instante, como pidiendo fortaleza. Luego los abrió con un suspiro; su aliento fue una nube blanca en el aire frío.

—Baja eso, idiota —dijo, casi con amabilidad—. Bien sabes que no vas a dispararme. Y yo también lo sé.

Isaiah apretó a la vez los labios y el dedo que apoyaba en el gatillo. Yo

contuve el aliento. Jamie continuaba mirándolo, con una mezcla de censura y piedad. Por fin el dedo se aflojó y el cañón de la pistola apuntó hacia abajo, junto con los ojos de Isaiah.

—Es que necesito ver a Ally, coronel —dijo suavemente.

Aspiré hondo y miré a Jamie. Después de una breve vacilación, él asintió.

—Está bien, *Sassenach*. Sé astuta, ¿eh?

Hice un gesto afirmativo y me volví para entrar subrepticamente en la casa, mientras Jamie murmuraba algo en gaélico a mis espaldas; el sentido general era que ese hombre había perdido la cabeza. Yo no podía asegurar lo contrario, aunque también había percibido la fuerza de su petición. Pero si por casualidad alguno de los Brown descubría el encuentro, el precio sería muy caro... y no sería Morton el único que lo pagaría.

Después de cruzar el salón, pisando con cuidado entre los cuerpos tendidos, eché un vistazo a la cama puesta contra la pared. Richard Brown y su esposa dormían profundamente en ella.

Sólo había un sitio donde Alicia Brown podía estar; abrí tan silenciosamente como pude la puerta que conducía a la escalera del desván. Al parecer, uno de los hombres trataba de que *Hiram* bebiera de la jarra, y lo estaba logrando.

En contraste con la habitación de abajo, en el desván hacía bastante frío. Esto se debía a que el ventanuco estaba abierto; había entrado un montón de nieve, junto con un viento glacial. Vi a Alicia Brown debajo de la ventana, tendida en el pequeño montículo de nieve, completamente desnuda.

Me acerqué para mirarla. Yacía de espaldas, tesa y con los brazos cruzados contra el pecho, temblando. Tenía los ojos cerrados, fruncidos en feroz concentración. Obviamente, los ruidos de abajo no le habían permitido oír mis pisadas.

—En el nombre de Dios, ¿qué haces? —pregunté cortésmente.

Ella abrió los ojos con un pequeño chillido, que ahogó con la mano. Luego se sentó abruptamente, con la vista clavada en mí.

—Sé de muchas maneras originales de provocar el aborto —dije, mientras cogía un edredón para echárselo sobre los hombros—, pero morir congelada no sirve.

—Si m-muero no tendré que ab-abortar —dijo, con cierta lógica. Aun así

se ciñó el edredón a los hombros, con un castañeteo de dientes.

—Tampoco es el mejor medio de suicidarse, sin ánimo de criticar. De cualquier modo, déjalo para otro momento. El señor Morton está en el cobertizo y se niega a partir a menos que tú bajes a hablar con él. Será mejor que te levantes y te pongas algo.

Ella abrió mucho los ojos y se puso de pie; tenía los músculos tan rígidos del frío que se tambaleó torpemente. Si alguien reparaba en ella, al verla sola daría por sentado que iba a la letrina. Vernos juntas, en cambio, podía provocar algún comentario.

Ya sola en el desván a oscuras, me ceñí el capote para esperar junto al ventanuco los minutos necesarios antes de bajar también. Oí el suave golpe de la puerta al cerrarse, pero desde ese ángulo no veía a Alicia. A juzgar por la manera en que había respondido a mi convocatoria, no tenía intenciones de apuñalar a Isaiah en el corazón, pero sólo Dios sabía qué pensaban hacer esos dos.

Me moví abruptamente, arrancada de mi abstracción por un repentino movimiento, allí abajo. Silenciosas como renos en fuga, dos siluetas en la sombra corrían de la mano a través del campo nevado; los capotes los envolvían como nubes. Vacilaron un momento junto al refugio de los caballos; luego desaparecieron en el interior.

Me incliné sobre el alféizar, sin prestar atención a los cristales de nieve en que apoyaba las palmas. En el aire límpido me llegó claramente el ruido de los caballos al despertar: breves relinchos y golpeteo de cascos. El bullicio de abajo se había hecho más leve; un claro y potente «*Be-eh-eh*» subió por las tablas del suelo, como si *Hiram* percibiera el desasosiego de los caballos.

¿Dónde estaba Jamie? Me asomé, con el viento inflándome la capucha y arrojando una llovizna de hielo contra mi mejilla.

Allí estaba: una silueta alta y oscura que cruzaba la nieve hacia el refugio; pero caminaba con lentitud, levantando nubes de hielo en polvo. ¿Qué...? Entonces caí en la cuenta de que seguía las huellas de los amantes, pisoteándolas deliberadamente para borrar toda pista que pudiera contar todo con claridad a quienes quisieran rastrearlos.

De pronto apareció un agujero en el refugio: una parte de la pared levantada con ramas cayó a tierra. Nubes de vapor rodaron por el aire. Luego

emergió un caballo cargado con dos jinetes; partió hacia el oeste, urgido del paso al trote, luego al trote largo. La nieve no era profunda: apenas ocho, diez centímetros. Los cascos del animal dejaron un nítido rastro oscuro camino abajo.

Del refugio salió un relincho penetrante, seguido por otro. Desde abajo me llegaron exclamaciones de alarma, ruidos de pisadas y golpes secos: los hombres abandonaban sus mantas y cogían sus armas. Jamie había desaparecido.

De inmediato los caballos salieron violentamente del refugio, tras derribar la pared, pisoteando las ramas caídas. A resoplidos, relinchos, patadas y empellones, se lanzaron al camino en un caos de crines al aire y ojos desorbitados. El último saltó desde el refugio para unirse a los fugitivos, agitando la cola para apartar la vara que azotaba su grupa.

Jamie arrojó lejos esa vara y volvió al interior, justo en el instante en que las puertas de la casa se abrían de par en par, vertiendo sobre la escena una pálida luz de oro.

Aproveché la conmoción para bajar corriendo, sin que nadie me viera. Todo el mundo estaba fuera, hasta la señora Brown, con gorro de dormir y todo. *Hiram* se bamboleaba; cuando pasé baló de una forma ebria, con fuerte olor a cerveza, húmedos y protuberantes de cordialidad los ojos amarillos.

Fuera, en la carretera, hombres a medio vestir corrían de un lado a otro y agitaban los brazos. En medio de esa muchedumbre distinguí a Jamie, que era el que más gesticulaba. Entre las preguntas y los comentarios nerviosos, oí algunos fragmentos: «... embrujados», «¿... jaguar?», «¡... del demonio!» y cosas parecidas.

Después de algunas vueltas y discusiones incoherentes, se decidió por unanimidad que los caballos regresarían por sí solos. Muchos de ellos estaban maneados y no podrían llegar muy lejos; además, la nieve se desprendía de los árboles en velos de hielo arremolinado; hacía frío, el viento introducía sus dedos helados por cualquier abertura de la ropa.

—¿Vosotros os quedaríais fuera en una noche así? —inquirió Roger, muy razonable.

Se decidió que nadie en su sano juicio lo haría. Y como los caballos son, si no personas cuerdas, al menos bestias sensatas, el grupo volvió al interior

de la casa, entre rezongos y estremecimientos, ya perdido el calor del entusiasmo.

Entre los últimos estaba Jamie, que se volvió hacia la casa y me vio de pie en el porche. Tenía el pelo suelto y la luz que salía por la puerta le iluminaba como una antorcha. Me buscó los ojos y puso los suyos en blanco, con un imperceptible encogimiento de hombros.

Me llevé los dedos a los labios fríos para enviarle un pequeño beso helado.

CUARTA PARTE

*No oigo más música
que el batir de los tambores*

En casa por Navidad

—¿Qué habrías hecho tú? —preguntó Brianna. Y se giró con cuidado en la estrecha cama del señor Wemyss, para apoyar la barbilla en el hombro de Roger, y estar más cómoda.

—¿Qué habría hecho con respecto a qué? —Sin frío por primera vez en varias semanas, satisfecho después de una buena comida de la señora Bug y de haber alcanzado por fin el nirvana tras una hora de intimidad con su esposa, Roger se sentía gratamente adormilado y ajeno a todo.

—Con respecto a Isaiah Morton y Alicia Brown.

Él bostezó hasta casi descoyuntarse la mandíbula y se acomodó mejor; el colchón de barbas de maíz susurró sonoramente. Lo que acababan de hacer debía de haberse oído en toda la casa, pero en realidad no le importaba. En su honor, Bree se había lavado el pelo, que caía en ondas sobre su pecho, con un brillo sedoso a la luz mortecina del hogar. Aún no había anochecido, pero las persianas cerradas brindaban la agradable ilusión de estar dentro de una pequeña cueva.

—No sé. Lo mismo que tu padre, supongo. ¿Qué otra cosa se podía hacer? Tu pelo huele de maravilla. —Alisó un rizo con su dedo para admirar el brillo.

—Gracias. He usado eso que prepara mamá, con aceite de nuez y caléndula. Pero ¿qué me dices de la pobre esposa que Morton tenía en

Granite Falls?

—¿Qué puedo decirte de ella? Jamie no podía obligarlo a reunirse con ella... aun suponiendo que ella quisiera recibirlo —añadió, con lógica—. En cuanto a la muchacha, Alicia, estaba más que dispuesta. Tu padre no podía pregonar que Morton iba a fugarse con ella, a no ser que lo quisiera muerto. Si los Brown lo hubieran descubierto allí, lo habrían matado en el acto para clavar su pellejo en la puerta del granero.

Lo dijo con seguridad, pues recordaba las pistolas con que lo habían recibido en Brownsville. Se hundió de nuevo en la almohada.

—Creo que, dadas las circunstancias, lo mejor fue brindar a los jóvenes amantes la oportunidad de ponerse a salvo —dijo—. Y así lo hicieron.

Brianna suspiró, erizándole gratamente el vello del pecho con su aliento. Luego levantó la cabeza mirando con interés.

—¿Qué pasa? ¿Todavía tengo algo sucio? —Roger se había lavado, pero deprisa, deseoso de comer y más aún de ir a la cama.

—No, pero me gusta cuando se te pone la piel de gallina. Se te eriza todo el pelo del pecho. Y las tetillas, también.

Tocó ligeramente con la uña uno de los objetos en cuestión; para su contento, otra oleada de erizamiento cruzó el pecho de Roger. Él arqueó un poquito la espalda y volvió a relajarse. No: pronto tendría que bajar a atender las tareas vespertinas; ya había oído salir a Jamie.

Era hora de cambiar de tema. Aspiró hondo y levantó la cabeza de la almohada, olfateando con interés el rico aroma que se filtraba desde la cocina, entre las tablas del suelo.

—¿Qué están cocinando?

—Ganso. Varios. Una docena.

—Qué manjar —dijo, mientras deslizaba lentamente una mano por su espalda; el fino vello dorado que la cubría era invisible, salvo cuando las velas la iluminaban desde atrás, como en ese momento—. ¿Qué celebramos? ¿Nuestro regreso?

Bree apartó la cabeza de su pecho y le clavó lo que él, en privado, denominaba Una Mirada.

—La Navidad —dijo.

—¿Qué? —Roger, atónito, trató de calcular los días, pero los

acontecimientos de esas tres semanas habían borrado por completo su calendario mental—. ¿Cuándo?

—Mañana, idiota —replicó ella, con exagerada paciencia.

Después de hacerle algo impronunciadamente erótico a su tetilla, se incorporó con un susurro de cobertores, dejándolo privado de la bendita calidez y expuesto a las gélidas corrientes de aire.

—¿No has visto al entrar las ramas verdes que hay abajo? Lizzie y yo mandamos a los pequeños monstruos de los Chisholm en busca de ramas de pino; llevamos tres días haciendo guirnaldas.

Las palabras sonaban algo apagadas, pues se estaba poniendo la camisa pero a él le pareció que el tono no era de enfado, sino de incredulidad. Ojalá.

—Al entrar sólo te he visto a ti.

Era verdad, y al parecer lo mejor era la franqueza, pues ella sacó la cabeza por el cuello de la camisa y le clavó una mirada intensa, que se transformó en lenta sonrisa al ver la evidente sinceridad estampadas en sus facciones.

Se acercó a la cama para rodearlo con sus brazos, envolviéndole la cabeza en una nube de caléndulas y un lino suave como la mantequilla y... leche. Ah, claro. El niño tendría que comer muy pronto. Resignado, apoyó los brazos en la curva de esas caderas y descansó la cabeza entre sus pechos; esos breves momentos eran su parca ración de tanta abundancia.

—Perdona —dijo, ahogando las palabras en su calidez—. Lo había olvidado por completo. Debería haber traído algo para ti y para Jem.

—¿Qué por ejemplo? ¿Un trozo de pellejo de Isaiah Morton?

Entre risas, se enderezó para arreglarse el pelo. Llevaba puesto el brazalete que él le había regalado otra Nochebuena; al levantar el brazo, la luz del hogar arrancó destellos de la plata.

—Sí. Para hacer con él la cubierta de un libro. O un par de botitas para Jem.

La cabalgata había sido larga; hombres y animales desdeñaban el cansancio, deseosos de llegar a casa. Él estaba exhausto; el mejor regalo que podrían hacerle sería volver a la cama con ella, apretarse a su calor y dejarse llevar hacia las acogedoras honduras del sueño profundo y las fantasías amorosas. Pero el deber lo llamaba. Se incorporó con un parpadeo y un

bostezo.

—¿Los gansos son entonces para la cena de esta noche? —preguntó. En algún lugar debía de tener una camisa limpia, pero, como los Chisholm ocupaban su cabaña, y Bree y Jem se habían alojado provisionalmente en el dormitorio de los Wemyss, él no sabía dónde estaban sus cosas. De cualquier modo, no tenía sentido ponerse algo limpio sólo para ir a trabajar al establo y alimentar a los caballos. Se afeitaría y se cambiaría antes de cenar.

—La señora Bug está asando fuera medio cerdo para la comida de mañana. Ayer, yo cacé esos gansos y ella decidió aprovechar y cocinarlos también. Esperábamos que vosotros regresarais a tiempo.

Él la miró al detectar otra vez ese tono extraño en su voz.

—¿No te gusta el ganso? —preguntó—. Bree lo miró con expresión rara.

—Nunca lo he probado. Oye Roger...

—¿Sí?

—He estado pensando... Quería preguntarte si sabías...

—¿Si sé qué?

Él se movía con lentitud, todavía envuelto en una grata bruma de agotamiento y amor. Bree se había puesto el vestido; ya tenía el pelo cepillado y pulcramente recogido en un grueso moño sobre la nuca; mientras que a él sólo le había dado tiempo a buscar sus calcetines y sus pantalones. Los sacudió distraídamente y una lluvia de fragmentos de barro seco repiqueteó en el suelo.

—¡No hagas eso! ¿Qué te pasa? —Enrojecida por un súbito fastidio, ella le arrebató los pantalones y se asomó a la ventana para sacudirlos violentamente desde el alféizar. Luego se los tiró y Roger tuvo que lanzarse para atraparlos.

—¡Eh! ¿Qué bicho te ha picado?

—¿Bicho? ¿Lo ensucias todo y me preguntas qué bicho me ha picado?

—Perdona, no me di cuenta...

Ella gruñó. No fue un gruñido muy potente, pero sí amenazador. Grabado por un reflejo masculino profundamente grabado, Roger metió una pierna dentro de los pantalones. Pasara lo que pasase, prefería enfrentarse a ello con la ropa puesta. Se los subió a tirones, hablando deprisa.

—Oye, lamento haber olvidado la Navidad. Es que... Tenía cosas

importantes que atender; perdí la cuenta. Ya lo arreglaré. Quizá cuando vayamos a Cross Creek para la boda de tu tía...

—¡Al diablo con la Navidad!

—¿Qué? —Él se detuvo, con los pantalones a medio abotonar. El crepúsculo de invierno oscurecía la habitación, pero incluso a la luz de las velas pudo ver el color que encendía la cara de Brianna.

—¡Al diablo con la Navidad, al diablo con Cross Creek! ¡Y tú, joder, vete también al diablo! —Ella subrayó esto último arrojándole una jabonera que pasó zumbando junto a su oreja izquierda y se estrelló contra la pared de detrás.

—¡Espera un minuto, joder!

—¡Y no seas deslenguado!

—Pero si tú...

—¡Tú y tus «cosas importantes»! —La mano de Bree se cerró sobre la jofaina de porcelana. Roger se preparó para esquivarla, pero ella lo pensó mejor y bajó la mano—. ¡Me he pasado un mes entero aquí, metida hasta las orejas en ropa sucia, pañales cagados, mujeres gritonas y niños horribles, mientras tú hacías «tus cosas importantes»! ¡Y ahora llegas cubierto de barro y me lo ensucias todo sin percatarte siquiera de lo limpio que lo había dejado! ¿Tienes idea de lo que cuesta fregar suelos de pino arrastrándote de manos y rodillas? ¡Y con jabón de lejía!

Agitó las manos es un gesto de acusación, pero él no tuvo tiempo de ver si estaban cubiertas de llagas, podridas hasta las muñecas o simplemente enrojecidas.

—¡Y ni siquiera preguntas por tu hijo, que ya ha aprendido a gatear! ¡Yo quería enseñártelo, pero tú sólo pensabas en ir a la cama! ¡Y ni te has molestado en rasurarte antes!

Roger tenía la sensación de haber caído entre las aspas de un enorme ventilador que girara a gran velocidad. Se rascó la corta barba con aire culpable.

—Yo... eh... supuse que querías...

—¡Y quería! —Ella descargó el pie contra el suelo, levantando una pequeña nube de polvo, proveniente del barro seco desintegrado—. ¡Eso no tiene nada que ver contigo!

—De acuerdo. —Él se agachó para recuperar la camisa, sin dejar de vigilarla con un ojo precavido—. De modo que... te has enfadado porque no me percaté de que habías fregado el suelo. ¿Es eso?

—¡No!

—No —repitió él. Aspiró hondo y lo intentó otra vez—. Pues ha de ser porque me olvidé de la Navidad.

—¡No!

—¿Te has enfadado porque quise hacerte el amor, pese a que tú también querías hacerlo?

—¡Nooo! ¿Por qué no te callas?

Roger sintió la fuerte tentación de acceder a esa petición, pero la empeñada necesidad de llegar al fondo de las cosas lo obligó a insistir.

—Es que no comprendo por qué...

—¡Ya sé que no comprendes! ¡Ahí está el problema!

Bree giró sobre sus pies descalzos y fue a revolver en el arcón puesto junto a la ventana, entre gruñidos y resoplidos. Su marido abrió la boca, la cerró otra vez y se puso la camisa sucia por la cabeza. Se sentía a la vez irritado y culpable; mala combinación. Terminó de vestirse en un clima cargado de silencio, mientras analizaba y rechazaba posibles comentarios y preguntas, dándose cuenta de que todos podían inflamar aún más la situación.

Ella había encontrado sus medias; después de ponérselas se ajustó las ligas con pequeños movimientos bruscos, y hundió los pies en un par de zuecos viejos.

Roger se acercó a ella por detrás, con lentitud, y le apoyó las manos en los hombros. Como ella no se giró para pisarle un pie o clavarle la rodilla en la entrepierna, se arriesgó a darle un beso ligero en la nuca.

—Ibas a decirme algo sobre los gansos.

Bree aspiró hondo y dejó escapar el aire en un suspiro, apoyándose ligeramente en él. Su cólera parecía haber desaparecido tan de súbito como se había presentado, lo cual causó en Roger una desconcertada gratitud. Le rodeó la cintura con los brazos para estrecharla contra sí.

—Ayer —dijo ella— la señora Abernathy quemó las galletas del desayuno.

—¿Sí?

—La señora Bug la acusó de estar demasiado embobada con los lazos de su hija para prestar atención a lo que hacía. Y añadió que a quién se le ocurría poner moras en las galletas de mantequilla.

—¿Qué tienen de malo las moras en las galletas de mantequilla?

—No tengo ni idea, pero la señora Bug dice que no se debe mezclar. Luego Billy Macleod se cayó por la escalera. Y no podíamos encontrar a su madre. Se había quedado atascada en la letrina y...

—¿Cómo?

La señora Macleod era baja y bastante fornida, pero estaba muy bien definida por la cara posterior: su trasero parecía un par de balas de cañón dentro de un saco. Era demasiado fácil imaginarse el accidente en cuestión. Roger sintió que la risa le burbujeaba en el pecho e hizo un viril esfuerzo por sofocarla, pero le brotó por la nariz, en un doloroso resoplido.

—Hacemos mal en reírnos. Se le clavaron las astillas. —A pesar de su enfado, Brianna también se estremecía contra él, con la voz quebrada por temblores de regocijo.

—Santo cielo. ¿Y luego?

—Billy lloraba a gritos. No tenía nada roto, pero sí un fuerte golpe en la cabeza. La señora Bug salió de la cocina blandiendo la escoba, convencida de que nos atacaban los indios. La señora Chisholm fue en busca de la madre del niño y empezó a chillar desde la letrina y..., en medio de todo, pasan los gansos; entonces, la señora Bug mira hacia arriba con los ojos saltones y grita: «¡Gansos!», en voz tan alta que todo el mundo dejó de chillar. Luego corrió en busca de la escopeta de papá y me la trajo.

La narración la había calmado un poco. Se reclinó contra él, con un resoplido de risa.

—Yo estaba tan furiosa que tenía ganas de matar a alguien. Y los gansos eran un montón. Se los oía graznar por todo el cielo.

Todo el mundo corrió a verlos: los salvajes de los niños Chisholm con dos de sus perros, medio salvajes también, correteaban entre los árboles con exclamaciones y ladridos de entusiasmo, en busca de las presas caídas, mientras Brianna disparaba y volvía a cargar tan deprisa como le era posible.

—Uno de los perros cobró uno. Toby trató de quitárselo y el perro le mordió. Y el niño corría por todo el patio, gritando que le había arrancado el

dedo. Estaba cubierto de sangre, pero nadie podía cogerlo para ver qué le pasaba. Y mamá ausente, y la señora Chisholm abajo, junto al arroyo, con los gemelos...

Se estaba poniendo tensa otra vez. Él notó que volvía a subírsele la sangre a la cabeza, enrojeciéndole el cuello, y la estrechó por la cintura.

—Pero ¿el perro le había arrancado el dedo o no?

Brianna aspiró profundamente. Luego se volvió a mirarlo; su cara había perdido un poco el color.

—No. Ni siquiera estaba herido. La sangre pertenecía al ganso.

—Pues entonces lo has hecho muy bien, ¿no? La despensa llena, ni un dedo perdido... y la casa en pie.

Lo había dicho en broma pero le sorprendió que ella dejara escapar un suspiro y parte de su tensión.

—Sí —dijo, con una nota de innegable satisfacción en la voz—. Lo hice bien. Estamos todos enteros y bien alimentados. Con un mínimo derramamiento de sangre.

—Bueno, lo que se dice sobre las tortillas y los huevos es cierto, ¿no? —Roger se inclinó para darle un beso, pero se acordó de la barba—. Oh, perdona. Iré a afeitarme, ¿quieres?

—No. No te afeites. —Ella se volvió para pasarle la yema de un dedo por la mandíbula—. En cierto modo, me gusta. Además puedes dejarlo para más tarde, ¿no?

—Puedo, sí.

Entonces inclinó la cabeza para besarla con suavidad, pero profundamente. ¿Con que eso era? Bree sólo quería oírle decir que se había desenvuelto bien, sin ayuda de nadie. Y en verdad lo merecía. Él estaba seguro de que, durante su ausencia, no se había quedado sentada junto al hogar, arrullando a Jemmy, pero no imaginaba los detalles más sangrientos.

En esos momentos la pequeña habitación relumbraba con una suave luz dorada, que los había iluminado mientras hacían el amor, dejándole recuerdos de matices bermejos y marfileños del vello dorado que la cubría de las sombras carmesíes y purpúreas en sus lugares secretos, su propia piel oscura contra la palidez de ella.

El suelo estaba limpio (o lo había estado); las tablas de pino blanco, bien

restregadas; en los rincones había colocado romero seco. Además, había hecho la cama con sábanas limpias y había puesto un edredón nuevo. Todo para darle la bienvenida. Y él había entrado como una tromba, desbordante de aventuras, esperando alabanzas por la hazaña de regresar con vida, y sin ver nada de todo eso. Ciego a todo, en su urgencia de tenerla bajo su cuerpo y poseerla.

—Oye —le murmuró al oído—, puede que sea bobo, pero te amo, ¿sabes?

Ella suspiró profundamente, sus pechos pujaron contra el torso desnudo de Roger, tibios aún a través de la camisa y el vestido. Eran firmes; se estaban llenando de leche, pero todavía no estaban duros.

—Eres bobo, sí —dijo con franqueza—, pero yo también te amo. Y me alegra que hayas regresado.

Él la soltó, riendo. Encima de la ventana había una rama de enebro, cargada de bayas glaucas. Alargó la mano para arrancar una ramita, la besó y se la puso en el escote del vestido, entre los pechos, como prenda de paz... y a manera de disculpa.

—Feliz Navidad. Dime ahora qué pasó con esos gansos.

Ella apoyó una mano contra la ramita de enebro, con una media sonrisa que desapareció enseguida.

—Oh... no tiene importancia. Sólo que...

Roger siguió la dirección de sus ojos y vio la hoja de papel apoyada contra la pared, tras el lavamanos. Era un dibujo al carboncillo: gansos silvestres contra un cielo de tormenta, aleteando con fuerza sobre los árboles agitados por el viento. Le pareció estupendo; al contemplarlo tuvo la misma sensación extraña que había experimentado al oírlos graznar: mezcla de alegría y dolor.

—Feliz Navidad —dijo Brianna suavemente, a su espalda. Y le envolvió un brazo con la mano.

—Gracias. Es... Qué bien dibujas, Bree.

Era cierto. Se inclinó para besarla con pasión; necesitaba hacer algo para aliviar los anhelos que embrujaban ese papel.

—Mira el otro. —Ella se apartó un poco, sin soltarle el brazo, y señaló el lavamanos.

Roger no había visto que eran dos.

Ella dibujaba muy bien, sí. Tanto que le congeló la sangre en el corazón. El segundo dibujo también era un carboncillo: los mismos blancos, negros y grises desnudos. En el primero ella había volcado el salvajismo del cielo: las ansias y el valor, el esfuerzo que resiste con fe en el vacío del aire y la tormenta. En éste había visto quietud.

Era un ganso muerto que colgaba por las patas, con las alas medio desplegadas, el cuello laxo y el pico entreabierto, como si aun en la muerte buscara el vuelo y el potente reclamo de sus compañeros. Sus líneas eran delicadas; los detalles del plumaje, el pico y los ojos vacuos, exquisitos. Él nunca había visto nada tan bello ni tan desolador.

—Lo dibujé anoche —explicó ella, en voz baja—. Todo el mundo estaba en la cama, pero yo no podía dormir.

Había cogido un candelero para rondar, inquieta, por la casa llena de gente. Por fin salió al oscuro frío de los cobertizos, en busca de soledad, ya que no de reposo. En el cobertizo de ahumar, a la luz de las ascuas, le llamó la atención la belleza de los gansos colgados, la nitidez del plumaje blanco y negro contra el muro cubierto de hollín.

—Una vez segura de que Jemmy dormía profundamente, volví con mi caja de dibujo. Dibujé hasta que mis dedos estaban tan fríos, que no podían sujetar el carboncillo. Ése es el mejor. —Y señaló el dibujo con ojos ausentes.

Por primera vez Roger reparó en sus ojeras. La imaginó a la luz de una vela, completamente sola en medio de la noche, dibujando gansos muertos. Iba a abrazarla, pero ella se alejó hacia la ventana, donde las contraventanas empezaban a golpearse.

El deshielo había cesado. Le seguía un viento helado que desnudaba los árboles de sus últimas hojas y arrojaba bellotas y castañas contra el tejado con un repiqueteo de perdigonada. Él se acercó para cerrar las contraventanas y asegurarlas contra el fuerte viento.

Bree se incorporó. Iba a pasar a su lado, pero él la rodeó con los brazos para detenerla. La estrechó contra sí, para que no le viera la cara.

—Gansos —dijo al fin, con la voz medio apagada contra el pelo de Brianna—. Cuando yo era pequeño mis vecinos criaban gansos. Grandes y

blancos, los tunantes. Eran seis; andaban siempre juntos, graznando con el pico en alto. Aterrorizaban a los perros, a los niños y a todo el que pasara por la calle.

—¿Y a ti? —El aliento caliente de Bree era un cosquilleo contra su clavícula.

—Oh, sí, constantemente. Cuando jugábamos en la calle salían graznando para picarnos y castigarnos con las alas. Yo no podía salir al patio trasero, a jugar con un amigo, si la señora Graham no nos acompañaba para ahuyentar a esos cretinos con un palo de escoba. Una mañana, cuando vino el lechero, los gansos estaban todavía en el jardín delantero y lo atacaron. Él corrió hacia su carro; tantos chillidos espantaron al caballo, que pisoteó a dos de las aves, dejándolas planas como tortillas. Los chicos de la calle estábamos encantados.

Ella reía contra su hombro, medio escandalizada, pero también divertida.

—Y luego ¿qué pasó?

—La señora Graham los llevó dentro y los desplumó. Comimos pastel de ganso durante una semana —respondió él, divertido. Luego irguió la espalda para sonreírle—. Eso es todo lo que sé sobre los gansos: que son unos verdaderos cretinos, pero que están sabrosísimos.

Y se agachó para recoger del suelo la chaqueta manchada de barro.

—Bueno, ahora deja que ayude a tu padre con la faena. Luego quiero ver cómo gatea mi hijo.

Hechizos

Toqué con el dedo la superficie blanca y brillante; luego la froté entre mis dedos apreciándola.

—No hay absolutamente nada más graso que la grasa de ganso —aprobé, mientras me limpiaba los dedos en el delantal para coger una cuchara grande.

—Es lo mejor para la masa de pasteles —añadió la señora Bug y se puso de puntillas para observar celosamente, mientras yo dividía la suave materia blanca entre dos grandes vasijas: una para la cocina, la otra para mi clínica.

—Para la fiesta de *Hogmanay* haremos un rico pastel de venado —añadió, entornando los ojos para estudiar la perspectiva—. Después *hagais* con caldo de pescado. Y un poco de *corn crowdie*, harina de avena con leche o agua caliente. Y de postre, una gran tarta de pasas con mermelada y nata montada.

—Estupendo —murmuré. Mis propios planes para la grasa de ganso incluían un bálsamo de zarzaparrilla para quemaduras y abrasiones, un unguento mentolado para las narices tapadas y las congestiones de pecho, y otro suavizante y perfumado para las escoceduras de los pañales... quizá una infusión de alhucema con jugo de malva.

Miré hacia abajo, buscando a Jemmy; aunque había aprendido a gatear pocos días antes, ya era capaz de alcanzar una velocidad asombrosa, especialmente cuando nadie lo miraba. Estaba tranquilamente sentado en el

rincón, royendo apasionadamente el caballo de madera que Jamie le había tallado como regalo de Navidad.

Católicos como eran la gran mayoría de los escoceses de las Tierras Altas (y nominalmente cristianos, todos ellos), la Navidad era un fecha religiosa más que una gran ocasión festiva.

Pero *Hogmanay* era otra cosa. Sólo Dios sabía qué raíces paganas tenía la celebración escocesa del Año Nuevo, pero yo tenía mis motivos para preparar con anticipación una buena cantidad de remedios: los mismos motivos por los que Jamie estaba en esos momentos en el manantial del *whisky*, identificando qué toneles estaban lo bastante envejecidos como para no envenenar a nadie.

Una vez retirada la grasa de ganso, en el fondo del recipiente quedó una buena cantidad de caldo oscuro, arremolinado con trocitos de piel y hebras de carne. Vi que la señora Bug lo observaba con visiones de salsa bailándole en el cerebro.

—La mitad —le dije severamente, echando mano de un frasco grande.

Ella, sin discutir, se limitó a encogerse de hombros y volvió a su taburete, resignada.

—¿Qué piensa usted hacer con eso? —me preguntó con curiosidad, mientras yo cubría el cuello del frasco con un cuadrado de muselina, a fin de filtrar el caldo—. Es cierto que la grasa es una maravilla para ungüentos. Y sin duda el caldo es beneficioso para el cuerpo debilitado por la gota o por males de vientre. Pero se echa a perder. —Una ceja somera se arqueó a modo de advertencia, por si yo no lo sabía—. Si se deja uno o dos días, se pone azul de moho.

—Bueno, eso es lo que espero —dije, echando caldo en el cuadrado de muselina—. Acabo de poner una hogaza de pan a enmohecer; quiero ver si también aparece en el caldo.

Vi que por la mente de la mujer cruzaban todo tipo de preguntas y respuestas; y todas basadas en el miedo que esa locura mía por la comida podrida, al expandirse, pudiera abarcar toda la producción de la cocina. Sus ojos echaron un vistazo al pastel; luego volvieron a mí, cargados de sospecha.

Al apartar la cara para disimular una sonrisa, vi que *Adso*, el gatito, se había subido al banco, erguido sobre las patas traseras y con las zarpas plantadas en la mesa; sus grandes ojos verdes seguían con fascinación los

movimientos del cazo.

—Ah, ¿quieres un poco?

Cogí un platito del estante y vertí en él un oscuro charco de caldo, lleno de sabrosos fragmentos de carne y glóbulos de grasa.

—Esto le corresponde a mi mitad —le aseguré a la señora Bug. Pero ella movió vigorosamente la cabeza.

—De ninguna manera, señora Fraser —me dijo—. Ese pequeñín ha cazado aquí seis ratones en los dos últimos días. —Sonrió afectuosamente a *Adso*, que se había bajado de un brinco y estaba lamiendo el caldo a toda la velocidad que le permitía su diminuta lengua rosada—. Su minino puede comer todo lo que quiera de mi hogar.

—¿De veras? Estupendo. También puede venir a probar suerte con los que tengo en la clínica.

Por entonces teníamos una plaga de ratones, a los que el frío empujaba a los espacios interiores, donde correteaban por los zócalos después del anochecer. Aun a pleno día cruzaban súbitamente el suelo o saltaban desde los armarios abiertos, provocando leves paros cardíacos y rotura de vajilla.

—Pero no podemos criticar a los ratones —comentó la señora Bug, mirándome fugazmente—. A fin de cuentas, van a donde está la comida.

Casi todo el caldo había pasado por la muselina, dejando una gruesa capa de restos flotantes. Los rebañé para ponerlos en el platito de *Adso*, luego eché otro cazo de caldo.

—Sí que lo hacen —dije sin alterarme—. Y lo siento, pero el moho es importante. Es un remedio y...

—¡Oh, sí, desde luego! —se apresuró a asegurar—. Eso lo sé.

En su voz no había dejado de sarcasmo, cosa que me sorprendió. Vacilaba, pero al fin hundió la mano en el amplio bolsillo que colgaba tras la abertura de su falda.

—Cuando Arch y yo vivíamos en Auchterlonie había un hombre, un *carline*. Se llamaba Johnnie Howlat. La gente le tenía miedo, pero a pesar de todo iba a su casa. Algunos, a pleno día, para que los curara con hierbas y pócimas; otros, por la noche, para comprarle hechizos. ¿Sabe usted de eso?

Yo sabía, sí, a qué tipo de persona se refería. Algunos curanderos de las Tierras Altas no se limitaban a preparar remedios (los «filtros» que ella

mencionaba), sino que también practicaban la magia menor: vendían filtros de amor, pociones para la fertilidad... y conjuros dañinos. Algo frío me corrió por la espalda y desapareció, dejando tras de sí una vaga sensación de inquietud, como el rastro baboso de un caracol.

Tragué saliva; veía en mi recuerdo el pequeño manojito de plantas espinosas, tan cuidadosamente atadas con hilo blanco y negro, puesto bajo mi almohada por una muchacha celosa, llamada Laoghair, que se lo había comprado a cierta bruja: Geillis Duncan, bruja como yo.

¿Adónde quería llegar la señora Bug? Yo no estaba muy segura de lo que significaba la palabra *carline*, aunque la relacionaba con brujos o algo parecido. Ella me observaba con aire pensativo, bastante apagada su vivacidad normal.

—Era un hombrecillo sucio, ese Johnnie Howlat. No tenía mujer y su cabaña olía a cosas horribles. Él también. —Se estremeció de repente, aunque tenía el fuego a su espalda—. A veces se lo veía en el bosque o en los brezales, hurgando en la tierra. Cuando encontraba animales muertos traía las pieles, huesos, patas y dientes, para hacer sus hechizos.

—Qué desagradable —musité, con la vista fija en el frasco, mientras raspaba nuevamente el paño y volvía a echar caldo—. ¿Y aún así la gente iba a consultarlo?

—No había nadie más —replicó ella, simplemente.

Levanté la vista. Sus ojos oscuros seguían fijos en los míos, sin parpadear; movía lentamente la mano, como si tocara algo dentro del bolsillo.

—Al principio yo no lo sabía —continuó—, pero Johnny tenía musgo del cementerio, polvo de huesos, sangre de gallina y ese tipo de cosas. Pero usted —me observaba con aire pensativo, inmaculado el pañuelo blanco a la luz del fuego—, usted es una persona limpia.

—Gracias —dije, entre divertida y emocionada. En boca de la señora Bug, ése era un gran cumplido.

—Salvo por el pan enmohecido —añadió, apretando un poco los labios—. Y esa taleguilla de paganos que tiene en el armario. Pero es cierto, ¿no? Usted es hechicera, como Johnny.

Vacilé, sin saber qué decir. En la memoria tenía el recuerdo de Cranesmuir, tan vívido como no lo había visto en muchos años. Lo último

que deseaba era que la señora Bug divulgara el rumor de que yo era una *carline*; ya había quienes me denominaban «mujer de conjuros». No temía que me acusaran de bruja ante la ley; allí no, ya no. Pero una cosa era tener reputación de curandera y otra, que la gente acudiera a mí por esas otras cosas que ofrecían los hechiceros.

—No exactamente —dije, cautelosa—. Solo sé bastante sobre plantas. Y de cirugía. Pero en realidad no sé absolutamente nada de hechizos ni... encantamientos.

Ella asintió con satisfacción, como si yo hubiera confirmado sus sospechas en vez de negarlas.

—Una vez fui a verlo. A Johnnie Howlat.

—¿Sí? —Me senté con Jemmy en las rodillas—. ¿Estaba enferma?

—Quería un hijo.

No supe qué decir. En silencio, escuché el goteo del caldo que caía de la muselina, mientras ella echaba a la sartén el último resto y la llevaba al hogar.

—Tuve cuatro abortos en el curso de un año —explicó, de espaldas a mí—. Quien me vea ahora no lo creería, pero por entonces era sólo piel y huesos, no tenía más color que el suero y mis tetas se habían reducido a nada.

Una vez bien afirmada la sartén entre las brasa, la cubrió.

—De modo que cogí el poco dinero que teníamos y fui a casa de Johnnie Howlat. Él aceptó el dinero y llenó una cacerola de agua. Luego hizo que me sentara a un lado de la cacerola y él al otro; y así pasamos largo tiempo. Él miraba el agua; yo a él. Al cabo de un rato, se agitó y se fue a la parte trasera de la cabaña. No pude ver qué hacía, pues estaba oscuro, pero revolvía hurgaba y decía cosas por lo bajo; por fin me entregó un amuleto.

La señora Bug se incorporó para acercarse a mí. Puso una mano en la sedosa cabeza de Jemmy, con mucha suavidad.

—Johnny me dijo que eso me cerraría la boca del vientre y mantendría al bebé sano y salvo dentro, hasta que llegara el momento de nacer. Pero en el agua había visto una cosa y debía advertirme. Si yo tenía un niño vivo, me dijo, moriría mi esposo. De modo que me daría el amuleto y la oración que lo acompañaba. Era yo quien debía decidir. No se podía actuar con más justicia.

El dedo romo y desgastado siguió la curva de la mejilla infantil.

—Tuve ese objeto en el bolsillo durante un mes. Luego, lo guardé.

Alargué una mano para estrechar la suya. No se oía otra cosa que el mordisqueo del bebé y el estallido de los huesos sobre las brasas. Ella permaneció inmóvil un momento; luego retiró la mano para meterla nuevamente en el bolsillo. Extrajo un pequeño objeto que depositó en la mesa, a mi lado.

—Nunca me decidí a tirarlo —dijo, contemplándolo serenamente—. Después de todo, me costó tres peniques de plata. Y es muy pequeño. Cuando salimos de Escocia fue fácil traerlo conmigo.

Era un trocito de piedra de color rosa pálido, vetado de gris; estaba muy gastado. Estaba tallado toscamente y tenía forma de mujer embarazada. Era poco más que un vientre enorme, de pechos y nalgas hinchados, cuyas piernas cortas se afilaban hasta perderse. Había visto otras similares en distintos museos. Me pregunté si Johnny Howlat la habría tallado personalmente. O tal vez la habría encontrado en sus búsquedas por el bosque y los brezales, resto de un tiempo mucho más antiguo.

Lo toqué con delicadeza. Poco importaba qué hubiera hecho Johnnie Howlat, qué hubiera visto en su cacerola de agua: había tenido la astucia de reconocer el amor que unía a Arch y a Murdina Bug. ¿Qué era más fácil para una mujer: abandonar la esperanza de tener hijos, considerando que hacía un noble sacrificio por su amado esposo, o sufrir la amargura y la culpa del fracaso constante? Johnnie Howlat podría parecer un hechicero, pero realmente era un sanador.

—Pues nada —dijo la señora Bug, como a quien ya no le importa—, que quizá encuentre usted alguna muchacha a la que pueda serle útil. Sería una pena no sacarle provecho, ¿no cree?

Hogmanay

El año terminó claro y frío, con una luna pequeña y brillante que se elevó muy alta en la bóveda cárdena del cielo, bañando de luz las hondonadas y las sendas de la montaña. Era una suerte, pues venía gente desde todos los rincones del Cerro (y algunos, desde más lejos aún) para celebrar *Hogmanay* en la Casa Grande.

Los hombres habían despejado el establo nuevo y rastrillado el suelo para el baile. Bajo la luz de las lámparas, alimentadas con aceite de oso, se bailaban jigas, *reels*, *strathspeys* y otras danzas de las cuales yo ignoraba el nombre, pero que parecían divertidas, acompañadas por la música del chirriante violín de Evan Lindsay y la chillona flauta de madera de su hermano Murdo, acompasados por los latidos cardíacos que Kenny arrancaba a su *bodhran*.

Tras una o dos horas de baile, comenzaba a comprender por qué la palabra *reel* se utilizaba para indicar ebriedad; incluso sin que se hubiera bebido, la danza podía llegar a marear. Bajo la influencia del *whisky*, hacía que toda la sangre de la cabeza girara como agua en una lavadora. Al terminar una de ellas, ya tambaleante, fui a apoyarme en uno de los postes y cerré un ojo, con la esperanza de que cesaran las vueltas en mi cabeza. Un codazo en mi lado ciego me hizo abrir ese ojo. Allí estaba Jamie, con dos tazas desbordantes de algo. Acalorada y sedienta como estaba, sólo me

importó que fuera algo líquido. Afortunadamente era sidra, que bebí a grandes tragos.

—Si la bebes así te irás a pique, *Sassenach* —dijo él, vaciando la suya de manera exactamente igual. Estaba enrojecido y sudoroso de tanto bailar, pero sus ojos chispeaban al sonreírme.

—¡Tonterías! —dije. Con un poco de sidra a modo de lastre, la habitación había dejado de girar y yo me sentía alegre, a pesar del calor—. ¿Cuántas personas crees que hay aquí?

—Sesenta y ocho, la última vez que conté —me dijo, mientras se reclinaba a mi lado, contemplando la muchedumbre con expresión profundamente satisfecha—. Pero como entran y salen, no estoy muy seguro. Y no he contado a los niños —añadió.

A los lados del establo, entre sombras, había montones de heno fresco donde dormían los niños demasiado pequeños como para mantenerse despiertos, envueltos y amontonados igual que los gatitos. El parpadeo de las lámparas arrancó un destello de sedoso oro rojizo: Jemmy dormía profundamente en su manta, dichosamente arrullado por el bullicio. Vi que Bree se apartaba del baile y le acariciaba la mejilla. Roger, moreno y sonriente, alargó una mano hacia ella, y Bree la aceptó riendo; ambos volvieron a perderse en el remolino.

La última ronda de danzas llegó a su fin y se produjo una carrera general hacia el tonel de la sidra, presidido por el señor Wemyss, en un extremo del granero. Los bailarines se apretujaron como una horda de avispas sedientas, de modo que de éste sólo quedó a la vista la coronilla, casi blanco el pelo rubio al fulgor de las lámparas.

Busqué con la mirada a Lizzie, para ver si estaba disfrutando de la fiesta. Evidentemente, sí: estaba sentada en una parva de heno, rodeada por cuatro o cinco torpes adolescentes que se comportaban más o menos como los bailarines alrededor de la sidra.

—¿Quién es el grandullón? —le pregunté a Jamie, señalando el pequeño grupo—. No sé quién es.

Él lo miró, forzando la vista. Luego se tranquilizó.

—Ah, es Jacob Schnell. Ha venido desde Salem con un amigo; acompañan a los Mueller.

—¡Vaya!

Salem quedaba lejos, a más de cuarenta y cinco kilómetros. Me pregunté si la única atracción era la fiesta. Busqué a Tommy Mueller, a quien secretamente había escogido como posible pareja para Lizzie, pero no lo vi entre la muchedumbre.

—¿Sabes algo de ese Schnell? —pregunté, observándolo con aire crítico. Era uno o dos años mayor que los otros pretendientes de Lizzie, y bastante alto. Algo feo de facciones, pero con cara de buen talante; de una corpulencia que anunciaba el desarrollo de una próspera panza en la madurez.

—No lo conozco personalmente, pero sí a su tío. Es una familia decente; creo que el padre es zapatero.

Ambos miramos automáticamente los zapatos del joven; no eran nuevos, pero sí de muy buena calidad y con hebillas metálicas, grandes y cuadradas, a la moda alemana. El joven Schnell parecía llevar ventaja; se había acercado mucho a Lizzie para decirle algo; ella tenía los ojos clavados en su cara, con una leve arruga de concentración entre las cejas rubias, tratando de entender lo que él decía. Cuando comprendió, sus facciones se relajaron en risas.

—No creo. —Jamie sacudió la cabeza, algo ceñudo—. Su familia es luterana; no permitirán que el joven se case con una católica... y a Joseph le partiría el corazón que su hija se fuera a vivir tan lejos.

En realidad, el padre de Lizzie estaba profundamente apegado a ella; tras haberla perdido una vez, no estaría dispuesto a perderla de vista cuando la diera en matrimonio. Aun así, Joseph Wemyss haría casi cualquier cosa por asegurarle una vida feliz.

—Tal vez se iría con ella.

Jamie se entristeció al pensarlo, pero asintió de mala gana.

—Supongo que sí, pero sería una pena perderlo. Bueno, supongo que Arch Bug podría...

Lo interrumpieron unos gritos:

—*Mac Dubh! Mac Dubh!*

—¡Venga usted, *a Sheumais ruaidh*, demuéstrole cómo se hace! —llamó Evan desde el otro extremo del granero, agitando el arco en ademán autoritario.

Se había producido una pausa en el baile, para que los músicos tuvieran

un respiro y pudieran beber algo; mientras tanto, algunos de los hombres probaban su habilidad para la danza de las espadas, que sólo se puede ejecutar con acompañamiento de gaitas o de un solo tambor.

—*Mac Dubh, Mac Dubh!* —invitaban Kenny y Murdo, haciendo señas.

Pero Jamie los rechazó entre risas.

—No. Hace tanto tiempo que no hago eso...

—*Mac Dubh! Mac Dubh! Mac Dubh!* —Kenny batía su *bodhran*, cantando al compás, y el grupo que lo rodeaba hizo otro tanto—. *Mac Dubh! Mac Dubh! Mac Dubh!*

Él me dirigió una breve mirada de súplica, pero Ronnie Sinclair y Bobby Sutherland ya venían hacia nosotros con aire decidido. Me aparté un paso, entre risas, y ellos lo cogieron por los brazos, sofocando sus protestas con voces alegres, mientras lo empujaban hacia el centro de la pista.

Entre aplausos y gritos de aprobación, lo depositaron en un espacio despejado, donde la paja había sido apisonada en la tierra húmeda, a fin de formar una superficie dura. Al ver que no había opción, Jamie irguió la espalda y enderezó su falda. Después de intercambiar una mirada conmigo, poniendo los ojos en blanco en burlón gesto de resignación, comenzó a quitarse la chaqueta, el chaleco y las botas, mientras Ronnie cruzaba las dos espadas a sus pies.

Kenny Lindsay empezó a tocar suavemente su *bodhran*, con pausas entre toque y toque, creando un sonido de leve suspenso. La muchedumbre murmuraba y se removía, expectante. Jamie, en camisa, falda y calcetines, hizo una compleja reverencia que repitió cuatro veces, girando en el sentido del sol, hacia cada uno de los *airts*. Luego ocupó su lugar, de pie sobre las espadas cruzadas, y alzó las manos con los dedos rígidos por encima de la cabeza.

A poca distancia estalló un aplauso. Brianna se llevó dos dedos a la boca para emitir un ensordecedor silbido de aprobación, que provocó escandalizada sorpresa entre quienes la rodeaban. Vi que Jamie la miraba con una leve sonrisa; luego sus ojos buscaron otra vez los míos. En sus labios perduraba la sonrisa, pero en su expresión había algo distinto, melancólico. El ritmo del *bodhran* se hizo más veloz.

La danza escocesa de las espadas se podía ejecutar por tres motivos: por

exhibición y entretenimiento, como él estaba a punto de hacer; como competición y, como se había hecho al principio, a manera de presagio. Cuando se bailaba en la víspera de una batalla, la habilidad del bailarín anunciaba el éxito o el fracaso. Los jóvenes habían bailado entre espadas cruzadas en la noche previa a Prestonpans y Falkirk. Pero no antes de Culloden; en la víspera de ese combate final no hubo fogatas ni tiempo para los bardos y las canciones guerreras. No tenía importancia; en aquel entonces nadie necesitaba presagios.

Jamie cerró un momento los ojos e inclinó la cabeza. El ritmo del tambor se hizo más rápido.

Yo sabía por él que la primera vez que había bailado la danza de la espada fue en competición; después, en más de una ocasión, en vísperas de una batalla: primero en las Tierras Altas, luego en Francia. Los soldados veteranos le pedían que lo hiciera, pues apreciaban su habilidad como garantía de que saldrían vivos y victoriosos. Puesto que los Lindsay conocían su destreza, también debía de haber bailado en Ardsmuir. Pero eso era en el Viejo Mundo y en su antigua vida.

Sabía, sin necesidad de que Roger se lo dijera, que las costumbres antiguas estaban cambiando. Estábamos en un mundo nuevo; jamás se volvería a bailar la danza de las espadas con ese fin, buscando presagios y el favor de los antiguos dioses de la guerra y la sangre.

Abrió los ojos y enderezó bruscamente la cabeza. El tambor emitió un súbito «¡dunc!», y un grito de la multitud marcó el comienzo. Los pies de Jamie golpearon la tierra apisonada, al norte y al sur, hacia el este y el oeste, moviéndose deprisa entre los aceros. Golpeaban sin ruido, seguros en el suelo, y su sombra bailaba contra el muro de atrás, alta, con los largos brazos levantados. Su cara apuntaba todavía hacia mí, pero sin duda ya no me veía.

Bailaba con toda la destreza del guerrero que había sido y aún era. Pero me pareció que ahora bailaba sólo en aras de la memoria, para que sus espectadores no olvidaran. Y el sudor volaba de su frente con el esfuerzo, y en sus ojos había una expresión de indecible lejanía.

La gente aún lo comentaba cuando nos reunimos en la casa, justo antes de medianoche.

La señora Bug trajo un cesto de manzanas y reunió a las muchachas solteras en un rincón de la cocina. Entre muchas risitas y miradas furtivas hacia los chicos, cada una peló una fruta, cuidando de que la piel formara una sola pieza. Luego las arrojaban hacia atrás y se acercaban para observar entre exclamaciones las letras que habían formado cada trozo de piel al caer.

Como las mondas de manzana son normalmente circulares, abundaban los ces, las ges y las oes: buenas noticias para Charley Chisholm y el joven Geordie Sutherland, y muchas discusiones sobre si la O podía representar a Angus Og, pues Angus Og MacLeod era un muchacho sagaz y muy querido, mientras que el único Owen era un anciano viudo, que no pasaba del metro y medio de estatura y tenía un gran quiste sebáceo en la cara.

Yo había subido para acostar a Jemmy en su cuna, relajado y roncando; bajé a tiempo para ver a Lizzie arrojar su piel.

—¡Ce! —corearon dos de las niñas Guthrie, casi entrechocando las cabezas al inclinarse para mirar.

—¡No, no, es una jota!

Se convocó a la señora Bug, la experta residente, quien se agachó para observar la banda roja con la cabeza inclinada, como hace el petirrojo al evaluar a una lombriz.

—Es una jota, sin lugar a dudas —dictaminó al incorporarse.

Y el grupo, con un estallido de risas, se volvió al unísono hacia John Lowry, joven granjero de Woolam's Mill, quien las miró totalmente desconcertado.

Un destello rojo me llamó la atención hacia la puerta que daba al pasillo. Allí estaba Brianna, haciéndome señas. Corrí a reunirme con ella.

—Roger está listo para salir, pero no encontramos la sal. En la despensa no está... ¿La tienes en tu consultorio?

—¡Oh, sí, allí está! —exclamé, culpable—. La he estado usando para secar raíces y he olvidado devolverla a su sitio.

Los invitados llenaban los porches y formaban una fila en el ancho pasillo, llagando hasta la cocina y el estudio de Jamie, todos dedicados a conversar, beber y comer. Me abrí paso entre el gentío detrás de Brianna, intercambiando saludos y esquivando tazas de sidra.

El consultorio estaba casi desierto; la gente tendía a evitarlo, ya fuera por

superstición, asociaciones penosas o simple cautela, y yo había dejado la habitación a oscuras y el fuego apagado, para no animarlos a entrar. En ese momento ardía allí una sola vela. Roger, única persona presente, hurgaba entre las diversas cosas que yo había dejado en la encimera.

Cuando entramos levantó la vista con una sonrisa, todavía algo sofocado por la danza.

Como Roger era, sin discusión, el más alto y guapo de los morenos disponibles, se lo había elegido como «primer pie»; es decir, sería el primero que cruzaría el umbral, no sólo de la Casa Grande, sino también de los hogares de los alrededores. Fergus y Marsali, así como los otros que vivían cerca, ya habían corrido a sus casas, a fin de estar listos para saludar a su «primer pie» cuando llegara.

—Doce menos diez —declaró Brianna, apareciendo en la consulta detrás de mí, con su propio capote en el brazo—. Acabo de consultar el reloj del señor Guthrie.

—Hay tiempo de sobra. ¿Vas a venir conmigo? —Roger le sonrió al ver el abrigo.

—¿Estás bromeando? Hace años que no salgo después de medianoche. — Con idéntica sonrisa, ella hizo girar el capote alrededor de sus hombros—. ¿Ya tienes todo?

—Salvo la sal. —Roger señaló el saco de lona que había dejado en la encimera. El «primer pie» debía llegar con regalos: un huevo, un haz de leña, un poquito de sal... y un poco de *whisky*; todo eso garantizaría que en la casa no faltaran las cosas imprescindibles durante el año en ciernes.

—Bien. ¿Dónde he puesto...? ¡Dios mío! —Al abrir la puerta del armario en busca de la sal, me encontré con una par de ojos centelleantes que me fulminaron desde la oscuridad—. ¡Qué susto! —Apoyé una mano contra mi pecho para impedir que mi corazón saliera de un salto. Luego agité débilmente la otra hacia Roger, que había dado un brinco ante mi grito, listo para defenderme—. No os preocupéis. Es sólo el gato.

Adso se había refugiado allí, con los restos de un ratón recién cazado como compañía. Me gruñó, pero lo aparté con fastidio. El saquito de sal estaba debajo de sus peludas patas. Cerré el armario, dejando al gato a solas con su festín, y entregué la sal a Roger. Al cogerla, él dejó el objeto que tenía

en la mano.

—¿Dónde conseguiste esta mujercilla tan antigua? —preguntó, señalando el objeto, mientras guardaba la sal en el saco.

Al mirar hacia la encimera vi que se refería a la figurilla de piedra rosa.

—Me la ha dado la señora Bug —respondí—. Dice que es un amuleto para la fertilidad. Y ciertamente tiene aspecto de serlo. Es muy antigua, ¿no crees?

Eso pensaba yo y el interés de Roger confirmaba esa impresión. Él asintió con la cabeza, sin dejar de mirarla.

—Mucho. Las que he visto en museos datan de milenios atrás.

Siguió los contornos bulbosos con un dedo reverente. Brianna se acercó para ver. Yo, sin pensarlo, la detuve cogiéndola de un brazo.

—¿Qué? —exclamó ella, girando la cabeza para sonreírme—. ¿No debo tocarla? ¿Tan efectiva es?

—No, por supuesto que no.

Aparté la mano, riendo, pero me sentía cohibida. Al mismo tiempo cobré conciencia de que, en realidad, prefería que ella no la tocara. Fue un alivio ver que se limitaba a inclinarse para examinarla, sin retirarla de la encimera. Roger también la observaba... mejor dicho, tenía los ojos clavados en la nuca de Brianna, con un extraño apasionamiento. Era fácil imaginar que deseaba que ella tocara el objeto, con la misma fuerza que yo quería que no lo hiciera.

«Beauchamp —dije para mis adentros—, esta noche has bebido demasiado». Al mismo tiempo, llevada por un impulso, cogí la figura y me la metí en el bolsillo.

—¡Vamos! ¡Es hora de salir! —Ya roto el extraño clima del momento, Brianna acudió a Roger.

—Tienes razón. Vámonos.

Él se echó el saco al hombro, me sonrió y cogió a Bree del brazo. Luego desaparecieron; la puerta se cerró detrás de ellos.

Apagué la vela, dispuesta a seguirlos, pero me detuve. De pronto sentía cierta renuencia a regresar al caos de la celebración. Sentía palpar la casa entera a mi alrededor y la luz entraba a raudales por debajo de la puerta, pero allí había quietud. En medio del silencio percibí el peso del pequeño ídolo en mi bolsillo, un bulto duro apretado contra mi pierna.

Y allí estaba yo, en la oscuridad, alerta a los ruidos que hacía el gato al mascar dentro del armario, al poder de la tierra que se movía y agitaba bajo mis pies, mientras el año (o algo) se disponía a cambiar. A poca distancia había una bulliciosa multitud, pero yo estaba sola, mientras aquel sentimiento me recorría la piel y zumbaba en mi sangre.

Lo curioso es que no me era extraño. No se trataba de algo que viniera de fuera de mí, sino de algo que yo ya poseía y reconocía aunque no supiera cómo llamarlo. Pero la medianoche se aproximaba deprisa. Todavía extrañada, abrí la puerta y salí a la luz y al clamor del corredor.

Un grito, al otro lado del pasillo, anunció la llegada de la hora mágica, según el reloj del señor Guthrie; los hombres salieron a empellones del estudio bromeando entre sí, con las caras expectantes vueltas hacia la puerta.

No sucedió nada. ¿Acaso Roger habría decidido entrar por la puerta de atrás, debido a la multitud que había en la cocina? Me di la vuelta para mirar hacia allí, pero no: en la puerta de la cocina se agolpaban muchas caras que me observaban expectantes.

Aún no se habían oído los golpes en la puerta. En el pasillo se produjo un pequeño revuelo de inquietud y una pausa en las conversaciones. Era uno de esos incómodos silencios en los que nadie quiere hablar por miedo a ser bruscamente interrumpido.

Por fin se oyeron pisadas en el porche y un rápido golpeteo: uno-dos-tres. Jamie, como dueño de la casa, se adelantó para abrir la puerta y dar la bienvenida al «primer pie». Yo, que estaba lo bastante cerca, vi su expresión estupefacta y me apresuré a buscar el motivo.

En el porche no vi a Roger ni a Brianna, sino a dos siluetas más pequeñas, flacas y desarrapadas, pero definitivamente morenas. Los dos gemelos Beardsley se adelantaron tímidamente ante el gesto de Jamie.

—Feliz Año Nuevo, señor Fraser —dijo Josiah, con un graznido de rana. Luego se inclinó cortésmente ante mí, sin soltar el brazo de su hermano—. Hemos llegado.

En general, todos estuvieron de acuerdo en que dos morenos gemelos eran un presagio muy afortunado, pues obviamente llevarían el doble de buena suerte que un solo «primer pie». Aun así, Roger y Bree (que al encontrar los

mellizos en el patio, vacilantes, los habían enviado a la puerta) salieron para hacer el mejor papel posible en las otras casas del Cerro. Bree fue severamente advertida de que no debía entrar en ninguna casa antes de que Roger hubiera cruzado el umbral.

Buen augurio o no, la aparición de los Beardsley provocó muchos comentarios. Todo el mundo estaba enterado del fallecimiento de Aaron Beardsley (la versión oficial, es decir, que había muerto de apoplejía) y de la misteriosa desaparición de su mujer, pero el advenimiento de los gemelos hizo que todo fuera desenterrado y discutido otra vez. Nadie se explicaba qué habrían estado haciendo los muchachos entre la expedición miliciana y el Año Nuevo. Josiah sólo dijo, con su ronco graznido, «Hemos estado vagando»; su hermano Keziah no dijo absolutamente nada, con lo cual todo el mundo se vio obligado a hablar del comerciante y su esposa hasta que el agotamiento provocó un cambio de tema.

Los Beardsley quedaron inmediatamente bajo la custodia de la señora Bug que los llevó a la cocina para que se lavaran, comieran y entraran en calor.

Encontré a Jamie en su estudio, reclinado en la silla; tenía los ojos cerrados y una especie de dibujo en la mesa, frente a él. No dormía. Al oír mis pisadas abrió los ojos.

—Feliz Año Nuevo —dije por lo bajo. Y me incliné para darle un beso.

—Feliz Año Nuevo a ti también, *a nighean donn*. —Estaba tibio y olía un poco a cerveza y a sudor seco.

—¿Aún quieres salir? —le pregunté, echando un vistazo a la ventana. La luna se había puesto mucho antes y las estrellas ardían en el cielo, pálidas y frías. El patio estaba negro y lúgubre.

—No —dijo francamente, mientras se pasaba una mano por la cara—. Quiero acostarme. —Bostezó, tratando de alisarse el pelo. Luego añadió, generosamente—: Pero quiero que tú también vengas.

—Nada me gustaría más. ¿Qué es eso?

Me acerqué por detrás de él para observar el dibujo; parecía una especie de plano, con cálculos matemáticos garabateados en los márgenes. Él se incorporó, algo más despejado.

—Bueno... es un regalo de Roger para Brianna, por *Hogmanay*.

—¿Va a construir una casa para ella? Pero si...

—Para ella no. —Me miró con una sonrisa—. Para los Chisholm.

Roger, con una astucia digna del mismo Jamie, había indagado entre los pobladores del Cerro hasta lograr un acuerdo entre Ronnie Sinclair y Geordie Chisholm.

—¿Y mientras tanto, Roger y Bree recuperarán su cabaña, Lizzie y su padre no tendrán que dormir en el consultorio y todo será miel sobre hojuelas? —pregunté, encantada—. ¡Qué arreglo tan estupendo! ¿El plano es obra tuya?

—Sí. Geordie no es buen carpintero; no quiero que la construcción se derrumbe sobre él.

Después de analizar los dibujos con los ojos entornados, cogió una pluma del frasco, abrió el tintero y corrigió una cifra.

—Listo —dijo, dejando caer la pluma—. Con esto bastará. El pequeño Roger quiere enseñárselo a Bree esta noche, cuando vuelvan; le he prometido dejarlo a la vista.

—Ella estará encantada. —Me apoyé en el respaldo de la silla para masajearle los hombros. Él se inclinó hacia atrás, caliente el peso de su nuca contra mi vientre, y cerró los ojos con un suspiro de placer.

—¿Te duele la cabeza? —pregunté por lo bajo, detectando la arruga vertical entre los ojos.

—Un poco. ¡Oh, sí, qué maravilla!

Yo había alzado las manos para masajearle suavemente las sienes. La casa estaba en silencio, aunque todavía me llegaba un rumor de voces en la cocina. Más allá, el sonido agudo y dulce del violín de Evan flotaba en el aire frío.

—*Mi doncella de pelo castaño* —suspiré, llena de recuerdos—. Me encanta esa canción.

Y solté la cinta que sujetaba su trenza; la deshice entre los dedos, disfrutando de su tibia suavidad.

—Es raro que no tengas oído para la música —comenté por distraerlo, mientras peinaba los arcos rojizos de sus cejas, presionando el borde de las cuencas—. No sé por qué, pero la aptitud para las matemáticas suele venir acompañada del talento para la música. Bree tiene ambas cosas.

—Yo también, antes —dijo él, distraído.

—¿Tú también qué?

—Tenía ambas cosas. —Se inclinó hacia delante para estirar el cuello, con los codos apoyados en la mesa—. Humm, Santo Cielo. Por favor, sí.

—¿De veras? —Le masajeeé el cuello y los hombros, frotando los músculos duros bajo el paño—. ¿Vas a decirme que antes sabías cantar?

Era un chiste familiar: Jamie tenía buena voz para hablar, pero su oído era tan errático que cualquier canción, entonada por él, dormía a los bebés por aturdimiento, no porque los arrullara.

—Bueno, quizá no tanto. —Percibí la sonrisa en su voz, apagada por el pelo que le cubría la cara—. Pero podía distinguir una melodía de otra y reconocer si estaba bien o mal cantada. Ahora es sólo ruido o chirridos. —Y se encogió de hombros, descartando el tema.

—¿Qué sucedió? ¿Y cuándo?

—Pues fue antes de conocerte, *Sassenach*. Muy poco antes, en realidad. —Alzó una mano, buscándose la nuca—. ¿Recuerdas que había estado en Francia? Mientras regresaba, con Dougal MacKenzie y sus hombres, apareció Murtagh, vagando por las Tierras Altas con tu camisa...

Hablaba con ligereza, pero mis dedos habían hallado la antigua cicatriz bajo el pelo. No era sino un hilo; la cicatriz se había reducido hasta quedar del grosor de un cabello. Pero había sido una herida de veinte centímetros, abierta con un hacha, y estuvo a punto de matarlo. Pasó cuatro meses en una abadía francesa, al borde de la muerte, y durante varios años sufrió terribles dolores de cabeza.

—¿Fue por eso? ¿Dices que, después de recibir esa herida, ya no volviste a percibir la música?

Él encogió brevemente los hombros.

—No percibo más música que el batir de los tambores —dijo sencillamente—. Aún me queda el ritmo, pero la melodía ha desaparecido.

Mis manos se detuvieron en sus hombros. Él se volvió a mirarme con una sonrisa, como si tratara de tomarlo a broma.

—No te preocupes, *Sassenach*. No es nada. Antes tampoco cantaba bien. Y Dougal no me mató, después de todo.

—¿Dougal? ¿Crees que fue él?

Me sorprendió la certeza de su voz. Entonces yo había pensado que podía haber sido su tío el que lanzara ese ataque homicida contra él y que, sorprendido por sus propios hombres antes de poder concluir su obra, había fingido que acababa de encontrárselo herido. Pero no tenía pruebas para afirmarlo.

—Oh, sí. —Él también parecía sorprendido, pero luego cambió de expresión—. Oh, sí —repitió con más lentitud—. No me había dado cuenta... No entendiste lo que dijo al morir, ¿verdad? Quiero decir Dougal.

Mis manos aún descansaban en sus hombros; sentí que lo recorría un estremecimiento involuntario, que se extendió por mis brazos, erizándome el vello hasta la nuca.

Volví a ver el desván de la Casa Culloden, con tanta claridad como si la escena se desarrollara ante mí. Muebles desechados, objetos tumbados en la lucha... y en el suelo, encogido a mis pies, Jamie forcejeaba con Dougal, que corcoveaba y se resistía, con un burbujeo de sangre y aire en la herida que el puñal de su sobrino le había abierto en el cuello. Su cara demudada por la pérdida de la sangre vital, los ojos negros y feroces, clavados en Jamie, mientras su boca se movía en gaélico silencio, diciendo... algo. Y Jamie, tan pálido como Dougal, miraba fijamente los labios del moribundo para leer ese último mensaje.

—¿Qué dijo?

Él apartó la cara, mientras yo subía los pulgares bajo su pelo en busca de esa vieja cicatriz.

—«Aunque seas hijo de mi hermana... ojalá te hubiera matado aquel día, en la montaña. Desde el comienzo supe que serías tú o yo».

Lo dijo en voz baja y serena. La misma falta de emoción de esas palabras hizo que el escalofrío volviera a pasar, esta vez de mí a él. El estudio estaba en silencio.

—Por eso dijiste que habías hecho las paces con Dougal —musité.

—Sí. —Reclinado en la silla, alzó las manos para ceñirme cálidamente las muñecas—. Él tenía razón, ¿sabes? Era él o yo. Y así habría sido, de un modo u otro.

Con un suspiro, una pequeña carga de culpa se desprendió de mi ser. Como Jamie había matado a Dougal por defenderme, yo siempre había

pensado que esa muerte pesaba sobre mí. Pero él tenía razón: había demasiado entre ellos; si ese conflicto final no hubiera surgido entonces, en la víspera de Culloden, habría sido en otro momento.

Jamie me estrechó las muñecas y giró en la silla, sin soltarme.

—Dejemos a los muertos con los muertos, *Sassenach* —murmuró—. El pasado se ha ido; el futuro aún no ha llegado. Y aquí estamos juntos, tú y yo.

Mundos invisibles

La casa estaba en silencio; era la oportunidad perfecta para realizar mis experimentos. Preparé una bandeja con una taza y una tetera, nata y azúcar, que llevé conmigo a la consulta, junto con las muestras, y mientras el té reposaba, cogí un par de frasquitos del armario y salí de la casa.

El día era glacial, pero bello, con un cielo pálido que prometía mejores temperaturas para cuando avanzara la mañana. En ese momento el frío era tal que me alegré de llevar puesto mi chal. En la artesa de los caballos el agua tenía una capa de frágil hielo, pero no estaría tan helada como para que los microbios se hubieran muerto. Las largas hebras de algas que recubrían las tablas de la artesa se movieron lentamente bajo el agua cuando partí la fina capa de hielo y raspé el borde viscoso con uno de mis frascos.

Recogí más muestras de líquido de la vertiente y del charco estancado cerca de la letrina. Luego volví apresuradamente a la casa, para hacer mis pruebas con buena luz.

El microscopio seguía junto a la ventana, donde yo lo había instalado el día anterior. Bastaron unos pocos segundos para depositar unas gotas en las platinas que tenía preparadas; luego me incliné para mirar por el ocular, arrebatada por la expectación.

El ovoide de luz se abultó, disminuyó, desapareció por completo. Hice girar la tuerca con tanta lentitud como pude y... ¡allí estaba! Estabilizado el

espejo, la luz se resolvió en un círculo perfecto, ventana al otro mundo.

Encantada, contemplé el furioso batir de cilios de un paramecio, que perseguía empecinadamente a una presa invisible. Luego, un silencioso movimiento del campo visual, mientras la gota de agua variaba en sus microscópicas mareas. Aguardé un momento más, con la esperanza de identificar a una de esas veloces y elegantes euglenas, o quizá alguna hidra. Pero no tuve suerte: sólo misteriosos fragmentos verdinegros, manchas de desechos celulares y células de algas reventadas.

Moví la platina de un lado a otro sin hallar nada de interés. No importaba: tenía muchas otras cosas que observar. Después de aclarar el rectángulo de vidrio con alcohol, lo dejé secar. Luego sumergí una varilla de vidrio en uno de los pequeños vasos de precipitación alineados ante el microscopio y dejé caer una gota de líquido en el portaobjetos limpio.

Había tenido que probar varias veces antes de poder armar correctamente el microscopio. No se parecía mucho a la versión moderna, sobre todo si se dividía en partes para guardarlo en la atractiva caja del doctor Rawling. Aun así las lentes eran identificables; con ellas como punto de partida, había logrado ajustar a la base las piezas ópticas sin mayor dificultad. Lo más difícil fue obtener suficiente luz. Fue muy emocionante lograr que funcionara.

—¿Qué haces, *Sassenach*? —me preguntó Jamie desde el umbral de la puerta, con una tostada en la mano.

—Veo cosas —respondí, ajustando el foco.

—¿Sí? ¿Qué tipo de cosas? —Entró con una sonrisa—. Espero que no sean fantasmas. Ya estoy harto de éstos.

—Ven a mirar —le ofrecí, apartándome del microscopio.

Algo intrigado, se inclinó hacia el ocular, cerrando el otro ojo en un gesto de concentración. Bizqueó un momento. Luego lanzó una exclamación de grata sorpresa.

—¡Las veo! ¡Pequeñas cosas con cola que nadan por todas partes!

Irguió la espalda con una sonrisa encantada. Enseguida volvió a inclinarse. Experimenté una cálida sensación de orgullo ante mi nuevo juguete.

—¿No es una maravilla?

—Una maravilla, sí —confirmó él, absorto—. Mira cómo se esfuerzan esos pequeñajos, pujando y retorciéndose unos contra otros. ¡Y cuantos hay!

Observó unos segundos más, entre exclamaciones. Luego movió la cabeza, asombrado.

—Nunca había visto nada igual, *Sassenach*. Tú me habías hablado de los gérmenes, sí, ¡pero en la vida pensé que fueran así! Me los imaginaba con dienteitos, y no tienen. Y nunca pensé que tendrían esos rabos tan bonitos ni que nadarían tan apretados.

—Bueno, algunos microorganismos son así —comenté, mientras echaba un vistazo por el ocular—. No obstante, estas bestezuelas no son gérmenes, sino espermatozoides.

—¿Qué? —Puso cara de no comprender.

—Espermatozoides —repetí, paciente—. Células reproductivas masculinas. De las que sirven para hacer bebés, ¿entiendes?

Me pareció que iba a sofocarse. Quedó boquiabierto, con un atractivo matiz rosado en el semblante.

—¿Simiente? —graznó.

—Pues... sí.

Lo observé atentamente mientras vertía el té humeante en un vaso de precipitación limpio. Se lo di como tónico, pero él no le prestó atención. Mantenía la vista fija en el microscopio, como si algo pudiera saltar por allí y quedar retorciéndose en el suelo, a nuestros pies.

—Espermatozoides —murmuró para sus adentros—. Espermatozoides. —Agitó vigorosamente la cabeza y se volvió hacia mí, como si se le hubiera ocurrido algo espantoso—. ¿De quién son?

Su tono expresaba la más siniestra suspicacia.

—Pues... tuyos, por supuesto. —Carraspeé, algo azorada—. ¿De quién iban a ser si no?

Como por reflejo, él metió una mano entre las piernas para asirse protectoramente.

—¿Cómo diablos los conseguiste?

—¿Cómo crees? —pronuncié, bastante fría—. Esta mañana, al despertar, los tenía en custodia.

Él aflojó la mano, pero un intenso rubor de mortificación le teñía las

mejillas de oscuro carmesí. Se bebió de un trago el té, a pesar de lo caliente que estaba.

—Comprendo. —Y tosió.

Hubo un instante de profundo silencio.

—No... eh... ignoraba que pudieran mantenerse con vida —dijo al fin—. Eh... fuera, quiero decir.

—Pues no pueden si es que los dejas secar en una mancha de la sábana —le expliqué con ligereza—. Pero si impides que se sequen —señalé el pequeño vaso tapado, con una pequeña cantidad de fluido blancuzco—, resisten unas cuantas horas. Y en el hábitat adecuado sobreviven hasta una semana después de... eh... ser liberados.

—En el hábitat adecuado —repitió él, pensativo—. Te refieres a...

—En efecto —confirmé, con cierta aspereza.

—Hum. —En ese momento se acordó de la tostada que aún tenía en la mano y le dio un mordisco. Masticaba con aire meditativo—. ¿La gente sabe esto? Ahora, quiero decir.

—¿Si sabe qué? ¿Cómo son los espermatozoides? Sí, casi con seguridad. El microscopio existe desde hace más de cien años. Y cuando tienes un microscopio en funcionamiento, lo primero que haces es observar todo lo que tienes al alcance de tu mano. Considerando que el inventor del microscopio fue un hombre, yo diría que... ¿No te parece?

Él me miró y masticó con decisión otro bocado.

—Yo no diría exactamente «al alcance de la mano», *Sassenach* —dijo, con la boca llena—. Pero entiendo lo que quieres decir.

Como atraído por una fuerza irresistible, fue a mirar otra vez por el microscopio.

—Parecen muy enérgicos —aventuró, después de una breve inspección.

—Pues así deben ser —aseguré, conteniendo una sonrisa ante el avergonzado orgullo que le producían las proezas de sus gametos—. Después de todo, el trayecto es largo. Y al final les espera un terrible combate. Sólo uno obtiene el honor, ¿sabes?

Levantó la vista, sin comprender. Entonces caí en la cuenta de que no lo sabía. En París había estudiado matemáticas, idiomas y filosofía griega y latina, pero no medicina. Y aunque los científicos de la época ya conocían al

espermatozoide como entidad individual, antes que como sustancia homogénea, se me ocurrió que probablemente no tenían la menor idea de cómo se comportaba.

—¿Dé dónde creías que venían los bebés? —inquirí, después de informarle acerca de óvulos, espermatozoides, cigotos y cosas parecidas, todo lo cual lo dejó obviamente bizco.

Me miró con bastante frialdad.

—¿Yo, granjero de toda la vida? Sé exactamente de dónde vienen —me informó—. Lo que no sabía era... eh... que había tanto jaleo. Creía que... pues... que el hombre plantaba su simiente en el vientre de la mujer y que allí... pues... crecía. Como cualquier semilla. Nabos, maíz, melones y cosas así. Ignoraba que nadaran como renacuajos.

—Comprendo. —Me froté la nariz con un dedo, tratando de no reír—. De ahí esa clasificación agrícola de las mujeres entre fértiles o estériles.

—Hum. —Desechó eso con un ademán. Aún miraba, ceñudo, la platina bullente—. Una semana, has dicho. Por lo tanto realmente sí es posible que el pequeño sea hijo del Zorzal.

A esa hora tan temprana tardé como medio segundo en saltar de la teoría a las aplicaciones prácticas.

—Ah, ¿te refieres a Jemmy? Sí, es muy posible que sea hijo de Roger. —Él y Bonnet habían tenido contacto sexual con Brianna con dos días de diferencia—. Es lo que te dije. Y también a ella.

Él asintió con aire distraído. Luego se metió el resto de la tostada en la boca. Mientras masticaba se inclinó para mirar otra vez.

—Dime, ¿son distintos? ¿Los de un hombre se pueden distinguir de los de otro?

—Eh... por el aspecto no. —Cogí mi taza para beber un sorbo de té, disfrutando de su delicado perfume—. Pero sí que son diferentes; cada uno es portador de las características que cada hombre pasa a su prole.

No era prudente pasar de allí; ya lo había confundido demasiado al describirle la fertilización; explicarle lo que eran genes y los cromosomas, podía ser excesivo.

—Pero las diferencias ni siquiera se ven con el microscopio.

Él tragó su bocado con un gruñido y enderezó la espalda.

—¿Y para qué estás mirando?

—Por curiosidad. —Señalé la serie de frascos y vasos de precipitación alineados en la encimera—. Quería ver qué resolución tenía el microscopio, qué tipo de cosas se podían ver con él.

—¿Sí? ¿Y ahora qué? Es decir, ¿para qué lo quieres?

—Pues para diagnosticar con más precisión. Si cojo una muestra de los excrementos de una persona, por ejemplo, y veo que tiene parásitos intestinales, sabré mejor qué remedio darle.

—Sí, tiene sentido. Bien, sigue con lo tuyo.

Me dio un beso fugaz y marchó hacia la puerta, pero se volvió antes de salir.

—Oye, los... hum... espermatozoides —dijo, con cierto azoro.

—¿Sí?

—¿No puedes llevarlos afuera y darles sepultura decente o algo así?

Escondí una sonrisa en mi taza de té.

—Los cuidaré bien —le prometí—. Como siempre.

* * *

Allí estaban. Tallos oscuros, terminados en esporas en forma de bastoncillos, densos contra el fondo claro del campo visual del microscopio. Confirmación.

—Los tengo.

Me erguí para frotarme lentamente la cintura, mientras observaba mis preparados. Junto al microscopio había tres platinas, cada una con una mancha oscura en el centro y un código escrito en la esquina, con un trocito de cera. Eran muestras de moho, tomadas de pan de maíz húmedo, galletas pasadas y la corteza de un pastel que sobró de *Hogmanay*. Con diferencia, el mejor cultivo era el del trocito de corteza, por efecto de la grasa de ganso, sin duda.

De las diferentes pruebas que había realizado, estas tres eran las que contenían mayor proporción de *Penicillium*... o de lo que parecía serlo. En el pan mojado brotaban cantidad de mohos, además de varias cepas diferentes

de *penicillium*, pero las muestras escogidas por mí contenían lo más parecido a las ilustraciones de esporofitos que mostraban mis libros de texto de años atrás, de la otra vida.

Sólo había que confiar en que no me fallara la memoria... y que las cepas de moho allí presentes figuraran entre aquellas que producían mayor cantidad de penicilina; que yo no hubiera introducido inadvertidamente alguna bacteria virulenta en la mezcla y que... Cabía esperar muchas cosas, pero llega un momento en que se abandona la esperanza por la fe y se confía en el destino antes que en la caridad.

En la encimera se alineaban varios cuencos de caldo, cada uno cubierto con un trozo de muselina para evitar que algo cayera dentro. Algunos de los cultivos habían prosperado; otros no. Un par de cuencos presentaban grumos peludos de color verde oscuro, que flotaban bajo la superficie como siniestras bestias marinas. Había algunos intrusos: musgo, bacterias o tal vez una colonia de algas, pero el precioso *Penicillium* brillaba por su ausencia.

Algunos de los niños habían volcado un cuenco; *Adso* derribó otro, enloquecido por el olor a caldo de ganso, y lamió el contenido, con moho y todo, dando muestras de disfrutarlo. Obviamente, en ése no había nada tóxico. Eché un vistazo al gatito, que dormitaba en el suelo, acurrucado en un charco de sol; era la imagen viva de un soñoliento bienestar.

No obstante, tres de los cuencos restantes presentaban en la superficie un esponjoso terciopelo azul. Al examinar una muestra de uno de ellos, confirmé que había obtenido lo que buscaba. El moho, por sí mismo, no era un antibiótico, pero sí la sustancia clara que segregaba, como protección contra el ataque de las bacterias. Esa sustancia era la penicilina, y era lo que yo deseaba.

Así se lo había explicado a Jamie, que me observaba desde un taburete, mientras yo filtraba el caldo de otro cultivo en un trozo de gasa.

—Así que ahí tienes caldo meado por el moho, ¿no es así?

—Si insistes en expresarlo de ese modo, sí. —Lo miré adustamente. Luego recogí la solución filtrada para distribuirla en varios botes de barro.

Él insistió, satisfecho por haberlo interpretado bien.

—Y los pises del moho son lo que curan la enfermedad, ¿no? Es razonable.

—¿Te parece?

—Si usas otros tipos de meadas como remedio, ¿por qué no? —me dijo señalando el gran registro negro, que yo había dejado abierto en la encimera tras apuntar la última serie de experimentos. Él se había entretenido leyendo algunas de las páginas anteriores, escritas por el doctor Daniel Rawlings, antiguo propietario del libro.

—Es posible que Daniel Rawlings las usara. Yo no. —Como tenía las manos ocupadas, mostré la página abierta con el mentón—. ¿Para qué las usaba?

—«Electuario para el tratamiento del escorbuto» —leyó, siguiendo con el dedo las pulcras líneas de Rawlings—. «Dos cabezas de ajo trituradas con seis rábanos picantes, a lo que se agrega Bálsamo del Perú y diez gotas de mirra, compuesto éste que se mezcla con las aguas de un niño varón, para ser convenientemente bebido».

—Salvo por lo último, parece un condimento bastante exótico —comenté, divertida—. ¿Con qué ira mejor? ¿Liebre escabechada? ¿Guisado de ternera?

—No, la ternera tiene un sabor demasiado suave para combinarla con el rábano picante. Cazuela de cordero, quizá —replicó—. El cordero soporta cualquier cosa. —Su lengua recorrió distraídamente el labio superior—. ¿Por qué de un niño varón, *Sassenach*? He encontrado la mención en otras recetas. En Aristóteles y también en otros filósofos antiguos.

Comencé a limpiar mis platinas.

—Es más fácil de recoger la orina de un niño varón que la de una niña; te bastaría con probar una vez. Aunque parezca mentira, la orina de los bebés varones es muy limpia, sin que llegue a ser completamente estéril. Quizá los antiguos filósofos notaron que obtenían mejores resultados cuando la incluían en sus fórmulas, porque era más limpia que el agua potable que se recogía de los acueductos públicos, pozos artesianos y sitios similares.

—Cuando dices estéril no te refieres a que no pueda reproducirse, sino que no contiene gérmenes, ¿verdad? —Eché una ojeada recelosa al microscopio.

—Sí. Es decir... los gérmenes no pueden reproducirse porque no hay ninguno.

Una vez despejada la mesa de trabajo, exceptuando el microscopio y los

cuencos de caldo de penicilina (al menos, era de esperar que eso contuvieran), inicié los preparativos para la operación: bajé mi pequeño estuche de instrumentos quirúrgicos y extraje del armario una gran botella de alcohol de cereales.

Se lo entregué a Jamie, junto con el pequeño calentador que me había fabricado: una botella de tinta vacía, por cuyo corcho pasaba una mecha de lino retorcido y encerado.

—Lléname esto, ¿quieres? ¿Dónde están los niños?

—En la cocina, emborrachándose. —Vertió cuidadosamente el alcohol, frunciendo las cejas en un gesto de concentración—. ¿Conque la orina de las niñas no es limpia? ¿O sólo más difícil de obtener?

—No, en realidad no es tan limpia como la de los varones.

Sobre un paño limpio extendido en la encimera distribuí dos bisturís, un par de fórceps de extremo largo y varios cauterios pequeños. Rebusqué en el armario hasta desenterrar un puñado de tapones de algodón. Aunque el paño de algodón era terriblemente costoso, había tenido la suerte de que la esposa de Farquard Campbell me cambiara un saco de copos crudos por un frasco de miel.

—Se podría decir que el... hum... el camino hacia el exterior no es tan directo, de modo que la orina tiende a recoger bacterias y desechos de entre los pliegues de la piel. —Lo miré por encima de mi hombro, sonriente—. Pero eso no los autoriza a considerarse superiores.

—Ni soñarlo —me aseguró—. ¿Ya estás lista, *Sassenach*?

—Sí. Ve a por ellos. ¡Ah, y trae la jofaina!

Cuando salió me volví hacia la ventana que daba a Levante. Durante la víspera había nevado intensamente, pero ahora teníamos un buen día, luminoso y frío. No podía pedir nada mejor: necesitaba toda la luz posible. No era una operación difícil; ya la había practicado varias veces, pero nunca en alguien que estuviera bien sentado y consciente. Eso siempre cambiaba las cosas.

Además llevaba varios años sin hacerlo. Cerré los ojos para recordar, visualizando los pasos a seguir; los músculos de mi mano se contraían apenas, como eco de mis pensamientos, anticipándose a los movimientos que debería hacer.

—Que Dios me ayude —susurré, mientras me persignaba.

Pisadas inseguras, risitas nerviosas y la voz grave de Jamie en el pasillo. Me volví para saludar a mis pacientes con una sonrisa.

Un mes de buena alimentación, ropa limpia y camas calientes habían mejorado enormemente a los Beardsley, tanto en salud como en aspecto. Aún eran menudos, flacuchos y algo patizambos, pero los huecos de la cara se les habían rellenado un poco, el pelo oscuro era más suave y sus ojos habían perdido en parte la expresión de acosada desconfianza.

En realidad, ambos pares de ojos prietos estaban en esos momentos algo vidriosos. Lizzie tuvo que sujetar a Keziah por un brazo para que no tropezara con un taburete. Jamie, que tenía a Josiah bien aferrado por el hombro, lo guió hacia mí. Luego bajó el molde para budines que traía bajo el brazo.

—¿Estás bien? —Lo miré al fondo de los ojos, con una sonrisa reconfortante, y la apreté el brazo.

Él tragó saliva con dificultad. La sonrisa con que me respondió era horripilante; no estaba tan ebrio como para no sentir miedo. Hice que se sentara, sin parar de hablar para tranquilizarlo; después de rodearle el cuello con una toalla, deposité la jofaina sobre sus rodillas. Ojalá no la dejara caer; era de porcelana y la única que servía para hacer budines. Para sorpresa mía, Lizzie se le acercó por detrás y le puso las manos en los hombros.

—¿Quieres quedarte, Lizzie? —pregunté, dubitativa—. Creo que podemos arreglarnos perfectamente.

Jamie estaba acostumbrado a la sangre y a todo tipo de carnicerías, pero Lizzie no debía de haber visto nada, aparte de las enfermedades típicas y uno o dos partos.

—Oh, no, señora. Me quedaré. —Ella también tragó saliva, pero afirmó con valentía la pequeña mandíbula—. Les he prometido a Jo y a Kezzie que los acompañaría desde el principio hasta el fin.

Miré a Jamie; él se encogió imperceptiblemente de hombros.

—Pues adelante.

Llené dos tazas con el caldo que contenía penicilina y le di una a cada gemelo, para que se lo bebieran. Era probable que los ácidos estomacales contrarrestaran la mayor parte de la penicilina, pero yo esperaba que matara

las bacterias de la garganta. Después de la operación otra dosis sobre la superficie en carne viva podría evitar la infección.

No había manera de saber exactamente cuánta penicilina había en el caldo; es posible que les hubiera dado dosis enormes o quizá fueran demasiado pequeñas para causar algún efecto. Por lo menos estaba razonablemente segura de que la droga del caldo estaba activa.

No había medios para estabilizar el antibiótico ni para saber cuánto tiempo duraría sus propiedades, pero como estaba fresco, la solución tenía que actuar. Y era posible que el resto del caldo fuera útil durante algunos días más.

Prepararía más cultivos en cuanto hubiera terminado la operación; con un poco de suerte podría administrar la medicación a los gemelos con regularidad durante tres o cuatro días. Y si la fortuna nos acompañaba, de ese modo evitaría cualquier infección.

—Ah, con que eso se puede beber, ¿eh? —Jamie me estaba observando por encima de Josiah.

Unos años antes yo le había inyectado penicilina a causa de una herida de bala; obviamente, ahora pensaba que lo había hecho por puro sadismo. Sostuve su mirada.

—Se puede, pero la penicilina inyectable es mucho más efectiva, sobre todo en casos de infección declarada. En este momento no tengo cómo inyectarla. Y no la estoy aplicando para curar una infección, sino para evitar la posibilidad. Y ahora, si ya estamos listos...

Esperaba que Jamie sujetara a mi paciente, pero tanto Lizzie como Josiah insistieron en que no sería necesario. El muchacho se mantendría inmóvil, pasara lo que pasase. Lizzie seguía estrechándole los hombros, aún más pálida que él, con los nudillos recortados en blanco.

—¿Listo? —pregunté.

El depresor de lengua, hecho con un trozo de madera de fresno, le impedía hablar, pero emitió un gruñido que interpreté como asentimiento.

Tendría que ser rápida y lo fui. Si los preparativos habían requerido horas enteras, la operación sólo llevó un minuto. Sujeté con los fórceps una amígdala roja y esponjosa, la estiré hacia mí y realicé varios cortes rápidos, separando diestramente las capas de tejido. De la boca del niño surgía un hilo

de sangre que corría por su mandíbula, pero no era nada serio.

Retiré el grumo de carne y, después de arrojarlo a la jofaina, sujeté la otra amígdala, con la que repetí el proceso; el hecho de trabajar con la mano inclinada hacia atrás me retrasó muy poco.

Todo aquello no duró más de treinta segundos por cada lado. Cuando retiré los instrumentos de la boca de Josiah, él me miró con los ojos dilatados, atónito. Luego tosió y se inclinó hacia delante para arrojar otro pequeño trozo de carne a la jofaina, acompañado por cierta cantidad de sangre muy roja.

Lo así por la nariz para echarle la cabeza atrás. Después de llenarle la boca de algodón a fin de que absorbiera la sangre y me permitiera ver, cogí un pequeño cauterio y lo apliqué a los vasos sanguíneos más grandes; los más pequeños se cerrarían por sí solos.

Los ojos le lagrimeaban ferozmente y sus manos aferraban la jofaina con rigidez mortal, pero no se había movido, ni emitido queja alguna. Era lo que yo esperaba, tras haberlo visto cuando Jamie le quitó la marca del pulgar. Lizzie seguía estrechándole los hombros, con los ojos bien cerrados. Al tocarle Jamie el codo, los abrió súbitamente.

—Ya esta, *a muirninn*. Ha terminado. Llévatelo y haz que se acueste, ¿eh?

Pero Josiah se negó. Tan mudo como su hermano, sacudió violentamente la cabeza y ocupó un taburete. Allí se quedó, aunque pálido y tambaleante. Con los dientes delineados en sangre, dedicó a su hermano una horrenda sonrisa.

Lizzie rondaba entre los dos gemelos, vacilando entre uno y otro. Jo le señaló con firmeza a Keziah, que había ocupado el taburete de los pacientes. Exteriormente demostraba fortaleza, con el mentón erguido. Ella le dio unas palmaditas a la cabeza y fue a estrechar los hombros de Keziah. Él se volvió a mirarla, con una sonrisa de notable dulzura, y le besó la mano. Luego cerró los ojos y abrió la boca; parecía un polluelo pidiendo gusanos.

Esa operación fue algo más complicada, pues sus amígdalas y adenoides estaban muy engrosadas y dañadas por la infección crónica. Salió mucha sangre; tanto la toalla como mi delantal quedaron completamente manchados antes de que yo terminara. Después de cauterizarle las heridas observé atentamente a mi paciente, que estaba tan blanco como la nieve y con los ojos

vidriosos.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

No podía oírme, pero mi expresión preocupada fue bastante clara. Torció la boca en lo que pareció un gallardo esfuerzo por sonreír. Quiso asentir con la cabeza, pero puso los ojos en blanco y se deslizó desde el taburete a mis pies, con gran estruendo. Jamie atrapó la jofaina en el aire con bastante destreza.

Pensé que Lizzie también se desmayaría, pues había sangre por todas partes. En verdad se tambaleó un poquito, pero obedeció mi orden de sentarse junto a Josiah. Él le estrecho la mano con firmeza, mientras Jamie y yo recogíamos los fragmentos.

Jamie alzó a Keziah, laso y ensangrentado como la víctima de un homicidio. Su hermano se levantó, fijos los ojos ansiosos en el cuerpo inconsciente de su hermano.

—Todo saldrá bien —aseguró Jamie, en tono de absoluta confianza—. Como te he dicho, mi mujer es una gran sanadora.

Y todos se volvieron a mirarme con una sonrisa; Jamie, Lizzie y Josiah. Tuve la impresión de que correspondía agradecer con una reverencia, pero me contenté con sonreír también.

—Todo saldrá bien, sí —dije, imitando a Jamie—. Ahora vayan a descansar.

La pequeña procesión abandonó el consultorio de una manera más silenciosa que a su llegada, mientras yo guardaba mis instrumentos y limpiaba todo.

Me sentía muy feliz, iluminada por la serena satisfacción que acompaña a un trabajo logrado. Llevaba mucho tiempo sin hacer algo así; las exigencias y limitaciones del siglo XVIII impedían cualquier operación quirúrgica, salvo aquellas que se practicaban en casos de emergencia. Al no contar con anestesia ni antibióticos, la cirugía era demasiado difícil y peligrosa.

Pero ahora tenía al menos penicilina. Y todo saldría bien, sí, me dije, canturreando para mis adentros mientras apagaba la llama del calentador. Lo había percibido en la carne de los muchachos, al tocarlos mientras operaba. Ningún germen los amenazaría, ninguna infección vendría a arruinar la pulcritud de mi trabajo. En la práctica de la medicina, la suerte siempre

contaba, pero ese día las probabilidades estaban de mi parte.

—Todo saldrá bien —repetí para *Adso*, que lamía concentrado uno de los cuencos vacíos—. Y todo saldrá bien. Y todo tipo de cosas saldrá bien.

El gran registro negro seguía abierto en la encimera, allí donde Jamie lo había dejado. Busqué las últimas páginas, donde había apuntado el desarrollo de mi experimento, y cogí la pluma. Después de la cena describiría los detalles de la operación. Por el momento... Hice una pausa. Luego escribí al pie de la página: «¡Eureka!».

La visita del correo

A mediados de febrero Fergus hizo su viaje bimensual a Cross Creek, de donde regresó con sal, agujas, añil, otros elementos imprescindibles y una bolsa llena de correspondencia. Llegó a media tarde, tan deseoso de reencontrarse con Marsali que apenas se quedó lo suficiente para beber un tazón de cerveza antes de irse. Brianna y yo nos quedamos clasificando los paquetes y regocijándonos ante tanta riqueza.

Había un montón de periódicos publicados en Wilmington y New Bern; también unos cuantos de Filadelfia y Boston, que los amigos del norte enviaban a Yocasta Cameron y ella nos reenviaba después. Los hojeé; el más reciente databa de tres meses atrás, pero no importaba, en ese lugar, donde el material de lectura era literalmente más escaso que el oro, los periódicos eran como novelas.

Yocasta había enviado también, para Brianna, dos números de *El libro Brigham para la dama*, una publicación periódica con dibujos de la moda elegante de Londres y artículos de interés para las mujeres que tuvieran esos gustos.

—«Cómo limpiar el encaje de oro» —leyó Brianna al azar, con una ceja arqueada—. Eso es algo que todo el mundo debería saber, sin dudarlo.

—Mira las páginas de atrás —le aconsejé—. Allí es donde publican los artículos sobre cómo evitar el contagio de gonorrea y qué hacer con las

hemorroides de tu esposo.

La otra ceja subió también; se parecía a Jamie cuando se le presentaba alguna propuesta sumamente cuestionable.

—Si mi esposo me contagiara la gonorrea, tendría que ocuparse de sus hemorroides por sí solo. —Pasó unas cuantas páginas, arqueando las cejas cada vez más—. «Acícate para Venus. Una lista de remedios infalibles para la fatiga del miembro viril».

Me asomé a mirar por encima de su hombro, arqueadas mis propias cejas.

—Por cierto, ¿dónde está Jemmy?

—Durmiendo... al menos eso creo. —Eché una mirada suspicaz al techo. Como no se oyera ningún ruido funesto, continuó leyendo.

Volví a la correspondencia, dejando que continuara con su fascinante estudio.

Había un paquete dirigido a Jamie que parecía ser un libro; lo enviaba una librería de Filadelfia, pero llevaba el sello de lord John Grey: una mancha de cera azul, caprichosamente marcada con una medialuna sonriente y una sola estrella. La mitad de nuestra biblioteca provenía de John Grey, quien aseguraba que nos los enviaba para su propia satisfacción, pues aparte de Jamie, no conocía en las colonias a otra persona capaz de mantener una discusión decente sobre literatura.

También había varias cartas dirigidas a él; las inspeccioné una a una, con la esperanza de ver la característica letra puntiaguda de su hermana, pero no hubo suerte. Una era de Ian, que nos escribía fielmente una vez al mes. De Jenny, nada; no habíamos tenido noticias de ella en los seis últimos meses, desde que Jamie le escribiera, renuente, para informarle del destino de su hijo menor.

—Cómo eres, Jenny Murray —murmuré por lo bajo—. ¡Perdónalo y acabemos de una vez!

—¿Hum? —Brianna había dejado el periódico para examinar una carta cuadrada, con el entrecejo arrugado.

—Nada, nada. ¿Qué tienes ahí? —Dejé las que yo había estado clasificando para acercarme a ver.

—Es del teniente Hayes. ¿Para qué habrá escrito?

Una pequeña descarga de adrenalina me tensó el estómago. Debió de

notarse en mi desprevenida cara, pues Brianna dejó la carta para mirarme, frunciendo las cejas.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Nada.

Pero ya era demasiado tarde. Ella me miraba con un puño clavado en la cadera y una ceja arqueada.

—¡Qué mal mientes, mamá! —dijo, tolerante. Y sin vacilación alguna, rompió el sello.

—Está dirigida a tu padre —señalé, aunque mi protesta carecía de fuerza.

—Sí. La otra también —replicó ella, con la cabeza inclinada sobre la hoja.

—¿Cuál? —Pero mientras le preguntaba, me acerqué a leer junto a ella.

Teniente Archibald Hayes

Postmouth, Virginia

Señor James Fraser

Cerro de Fraser, Carolina del Norte

18 de enero de 1771

Señor:

Le escribo para informarle que al presente estamos en Portsmouth, donde probablemente deberemos permanecer hasta la primavera. Si conoce usted a algún capitán de mar que esté dispuesto a brindar pasaje a Perth para cuarenta hombres, con la promesa de ser recompensado por el Ejército, una vez que lleguemos a puerto, mucho le agradecería que me lo hiciera saber a su más breve comodidad.

Mientras tanto, nos hemos aplicado a diversos trabajos, a fin de poder mantenernos durante los meses de invierno. Varios de mis hombres han conseguido empleo en la reparación de barcos, que aquí es abundante. Por mi parte, me desempeño como cocinero en una taberna local, pero busco tiempo para visitar regularmente a mis hombres, en los diferentes alojamientos en los que están distribuidos, con el propósito de enterarme de su estado.

Hace dos noches visité una de esas pensiones. En el curso de la conversación uno de los hombres (el recluta Ogilvie, a quién usted recordará) me repitió una conversación que había oído casualmente en el astillero. Como se refería a cierto Stephen Bonnet, en quien está usted interesado, según recuerdo, le transmito aquí lo que he sabido al respecto. Según los informes, Bonnet parece ser contrabandista, ocupación nada extraña en esta zona. Sin embargo, parece traficar con mercancía de mayor calidad y en mayor cantidad que las habituales. Como consecuencia, la naturaleza de sus vinculaciones también parece ser fuera de lo corriente. Esto implica que ciertos depósitos de la costa de Carolina contienen periódicamente mercancías de características que, por lo general, no se encuentran allí, y que esas visitas coinciden con los avistamientos de Stephen Bonnet en las tabernas y garitos cercanos.

El recluta Ogilvie guarda poca memoria de los nombres específicamente oídos, pues no tenía conocimiento de que se tuviera interés en Bonnet; si me ha mencionado el asunto ha sido sólo como información curiosa. Uno de los hombres mencionado era «Butler», según dice, pero no puede asegurar que ese apellido tuviera alguna relación con Bonnet. Otro nombre era «Karen», pero el recluta no sabe si corresponde a una mujer o a un barco.

El depósito que, según él supone, es el que se mencionó en la conversación de referencia (aunque admite francamente no estar seguro de ello) se encuentra por casualidad a no mucha distancia del astillero. Cuando él me hubo informado de esos conocimientos, me ocupé de pasar frente a ese edificio y hacer averiguaciones en cuanto a sus dueños. El edificio es propiedad conjunta de dos socios: un tal Ronald Priestly y un tal Phillip Wylie. Por el momento no poseo información alguna concerniente a uno u otro, pero continuaré investigando según me lo permita el tiempo del que dispongo.

Habiendo descubierto lo mencionado, he hecho un esfuerzo por entablar conversación sobre Bonnet en las tabernas locales, pero con poco éxito. Se diría que el nombre es conocido, pero que pocos desean hablar de él.

Su muy seguro servidor,

*Archibald Hayes, teniente
67.º Regimiento de las Tierras Altas*

Aún nos envolvían los ruidos normales de la casa, pero Bree y yo parecíamos encontrarnos en una pequeña burbuja de silencio, donde el tiempo se había detenido abruptamente.

Me resistía a dejar la carta, pues eso haría que el tiempo volviera a correr. Y entonces deberíamos hacer algo. Pero a la vez no deseaba sólo dejarla, sino arrojarla al fuego y fingir que ninguna de las dos la había visto.

En ese momento Jemmy rompió a llorar en el piso alto; Brianna reaccionó con un respingo y fue hacia la puerta. Todo volvió a su cauce normal.

Dejé la carta en el escritorio, separada de las otras, y continué clasificando el resto de la correspondencia, para que Jamie la atendiera después; apilé pulcramente los periódicos y las publicaciones y desaté el paquete. Tal como yo suponía, era un libro: *La expedición de Humphrey Clinker*, de Tobías Smollett. Enrollé el cordel para guardármelo en el bolsillo. Durante todo ese tiempo, en el fondo de mi mente resonaba un pequeño «¡Ahora-qué, ahora-qué!», como un metrónomo.

Brianna regresó trayendo a Jemmy, que estaba colorado y con las marcas de la siesta en la cara; obviamente, su estado de ánimo era el de quien despierta del sueño a una aturdida irritación por las molestas exigencias de la vida consciente. Sabía cómo se sentía.

Bree tomó asiento y se abrió la camisa para darle de mamar. Los llantos cesaron como por arte de magia. Experimenté un momento de intensa melancolía por no ser capaz de hacer por ella algo igualmente efectivo. Se la veía pálida, pero entera.

Había que decir algo.

—Lo siento, querida —dije—. Traté de impedírselo... me refiero a Jamie. Sé que él no quería que te enteraras; no quería preocuparte.

—No importa. Ya lo sabía.

Con una sola mano, retiró uno de los libros de contabilidad de la pila que

Jamie tenía sobre el escritorio y lo sacudió por el lomo para hacer caer una carta doblada.

—Mira eso. La encontré mientras viajabais con la milicia.

Al leer el relato que lord John hacía del duelo entre Bonnet y el capitán Marsden sentí algo frío debajo del esternón. Si bien no me hacía ilusiones sobre el carácter de Bonnet, ignoraba que fuera tan hábil. Siempre he preferido que los criminales peligrosos sean ineptos.

—Pensé que era la respuesta de lord John a una pregunta casual de papá, pero veo que no. ¿Qué opinas tú? —preguntó Bree. La miré con atención.

—¿Qué opinas tú? —A mi modo de ver, la persona más importante en todo aquello era Brianna.

—¿Sobre qué? —Ella apartó los ojos de los míos hacia la carta, luego hacia la cabeza del niño.

—Pues... sobre el precio del té en la China, para empezar —exclamé, con cierta irritación—. Pero pasemos ahora al tema de Stephen Bonnet, si no te molesta.

Resultaba extraño pronunciar ese nombre en voz alta; todos lo habíamos evitado durante meses, por acuerdo tácito. Ella se mordió el labio inferior. Mantuvo la vista clavada en el suelo un instante. Después movió muy levemente la cabeza.

—No quiero oír hablar de ese hombre. Ni pensar en él —dijo, sin alterarse—. Y si volviera a verlo, podría... podría... —Se estremeció violentamente. Luego levantó los ojos hacia mí, con brusca ferocidad, exclamando—: ¿Qué le pasa? ¿Cómo pudo hacer esto?

Y descargó el puño contra su muslo. Jemmy, sobresaltado, soltó el pecho y empezó a llorar.

—Te refieres a tu padre, no a Bonnet.

Ella asintió, estrechando nuevamente a Jemmy contra el pecho, pero el niño había percibido su agitación y se retorció. Me incliné para cogerlo y me lo apoyé contra el hombro, consolándolo con palmaditas en la espalda. Las manos de Bree, ya vacías, se clavaron en sus rodillas y arrugaron la tela de la falda.

—¿Por qué no deja a Bonnet en paz? —Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del llanto del bebé. Los huesos de su cara parecían

haber cambiado de posición, por lo tensa que estaba la piel sobre ellos.

—Porque es hombre... y, además, escocés de las Tierras Altas —dije—. En su vocabulario no figura la expresión «Vive y deja vivir».

La leche goteaba del pezón a la camisa. Ella se cubrió el pecho con una mano y presionó para detenerla.

—Pero ¿qué piensa hacer si lo encuentra?

—Cuando lo encuentre —corregí de mala gana—. Mucho me temo que no dejaré de buscarlo. En cuanto a lo que hará entonces... pues bien... supongo que lo matará.

Dicho de ese modo adquiriría un tono despreocupado, pero en verdad no había otra manera de expresarlo.

—Trataré de matarlo, querrás decir. —Ella miró la carta de lord John y tragó saliva—. ¿Y si él...?

—Tu padre tiene mucha experiencia en cuanto a matar —dije tristemente—. A decir verdad, es muy diestro en eso... si bien hace tiempo que no lo hace.

Eso no pareció tranquilizarla mucho. Tampoco a mí.

—América es tan grande... —murmuró, moviendo la cabeza—. ¿Por qué no se largó, simplemente?

Excelente pregunta. Jemmy resoplaba, frotando furiosamente la cara contra mi hombro, pero había dejado de gritar.

—Yo tenía la esperanza de que Stephen Bonnet tuviera el buen tino de ir a hacer contrabando en la China o en las Indias Occidentales. Pero supongo que tiene vinculaciones aquí y no quiso abandonarlas. —Me encogí de hombros.

Brianna alargó los brazos hacia el niño, que seguía retorciéndose como una anguila.

—Después de todo, él no sabe que le siguen la pista Sherlock Fraser y su compañero lord John Watson.

Fue un buen intento, pero le temblaban los labios al decirlo y volvió a mordérselos. Aunque me dolía causarle más preocupaciones, ya no tenía sentido evitar el tema.

—No, pero es muy probable que se entere pronto —dije, de mala gana—. Lord John es muy discreto, pero el recluta Ogilvie no. Si Jamie continua

haciendo preguntas (y mucho me temo que así será) no pasará mucho tiempo sin que todo el mundo sepa de su interés.

Ignoraba si Jamie quería descubrir pronto a Bonnet y cogerlo desprevenido... o si su plan consistía en provocar, mediante sus preguntas, que el hombre saliera a cara descubierta. Quizá tenía la intención de llamar deliberadamente la atención de Bonnet para que él viniera a nosotros. Esa última posibilidad me aflojó las rodillas; tuve que sentarme pesadamente en el taburete.

Brianna aspiró hondo, lentamente, y exhaló el aire por la nariz; luego se puso el bebé al pecho.

—¿Roger lo sabe? ¿Está al tanto de esta... de esta maldita *vendetta*?

—Creo que no —respondí—. En realidad, estoy segura. De lo contrario te lo habría dicho, ¿verdad?

Su expresión se ablandó un poco, aunque en sus ojos quedaba una sombra de duda.

—Detesto pensar que podría ocultarme algo así. Al fin y al cabo —acusó con voz más seca—, tú me lo ocultaste.

Apreté los labios al recibir el aguijonazo.

—Dijiste que no querías pensar en Stephen Bonnet —observé, apartando la vista de las turbulentas emociones que se reflejaban en su cara—. Es natural. Yo... no queríamos obligarte a recordarlo.

Con cierta sensación de cosa inevitable, caí en la cuenta de que me estaba dejando arrastrar por el torbellino de las intenciones de Jamie, sin consentimiento por mi parte. Me erguí en el taburete para clavarle una mirada enérgica.

—Oye, a mí tampoco me parece buena idea buscar a Bonnet, hice cuanto pude para disuadir a tu padre. Más aún —añadí melancólicamente—, creía haberlo conseguido. Al parecer, no es así.

Una expresión decidida endurecía la boca de Brianna. Se acomodó mejor en la silla.

—Pues yo lo disuadiré, sí —aseguró.

Le eché una mirada reflexiva. Si existía alguien con tanta terquedad y tanta fortaleza como para desviar a Jamie del camino elegido, ésa era su hija. Aun así no había ninguna seguridad.

—Puedes intentarlo —dije, con cierta duda.

—¿No tengo derecho? —Desaparecido el horror inicial, sus facciones estaban nuevamente bajo control, frías y duras—. ¿No soy yo quien debo decir si quiero... lo que quiero?

—Sí —reconocí. Por lo general, todo padre tiende a pensar que él también tiene derecho. Y también los esposos. Pero quizá fuera preferible no decir nada.

Entre nosotras se hizo un silencio momentáneo, roto sólo por los ruidos de Jemmy y los graznidos de los cuervos. Casi por impulso formulé la pregunta que me afluía en la mente.

—¿Qué es lo que quieres, Brianna? ¿Quieres que Stephen Bonnet muera?

Ella me miró; luego desvió los ojos hacia la ventana, mientras daba palmaditas en la espalda de Jem. No parpadeaba. Por fin cerró brevemente los ojos y, al abrirlos, me miró de frente.

—No puedo —dijo, en voz baja—. Temo que, si permito que esa idea entre en mi mente... ya no podré pensar en nada más, de tanto como lo deseo. Y por nada del mundo permitiré que... él... me arruine la vida de ese modo.

—»Sí —continuó, con voz muy queda—. Quiero que muera. Pero aún más quiero a papá y a Roger vivos.

El momento de los sueños

Tal como se había acordado en la congregación, Roger fue a cantar a la boda del sobrino de Joel MacLeod y regresó a casa con un nuevo tesoro, ansioso por registrarlo en papel antes de que pudiera escapársele.

Después de quitarse las botas llenas de barro en la cocina y aceptar de la señora Bug una taza de té y una tarta de uvas pasas, subió directamente al estudio. Allí estaba Jamie, escribiendo cartas. Lo saludó con un murmullo distraído, pero de inmediato volvió a su composición con una arruga entre las densas cejas, acalambrada y torpe la mano que sostenía la pluma.

En el estudio había una pequeña librería de tres estantes, que contenía toda la biblioteca del Cerro. Las obras serias ocupaban el estante superior, el estante del medio estaba dedicado a lecturas más ligeras, mientras que el último estante contenía un ejemplar del *Diccionario del Dr. Sam Johnson*, los registros de Jamie, varios cuadernos de dibujo de Brianna y un volumen delgado, encuadernado en piel de carnero, en el que Roger registraba la letra de las canciones y poemas desconocidos que aprendía en *ceilidhs* y a la vera de los hogares.

Ocupó un taburete al otro lado de la mesa que Jamie utilizaba como escritorio y cortó una pluma nueva para el trabajo, con mucho cuidado; quería que esos registros fueran bien legibles. No sabía exactamente para qué podía servir esa colección, pero tenía grabado el aprecio instintivo del erudito

por la palabra escrita. Aunque sólo fuera para su propio uso y placer, le gustaba pensar que también podía dejar algo a la posteridad; por eso se tomaba la molestia de escribir con claridad y documentar las circunstancias en las que había adquirido cada canción.

Cuando terminó, un cuarto de hora después, con la cabeza gratamente vacía, se desperezó para aliviar el dolor de los hombros. Mientras esperaba a que la tinta se secara para guardar el libro, retiró del último estante uno de los cuadernos de Brianna.

A ella, no le molestaría que lo viera; le había dicho que podía hacerlo cuando quisiera. Pero al mismo tiempo sólo le enseñaba aquellos dibujos con los que estaba complacida o los que hacía especialmente para él.

Pasó las páginas del cuaderno, con esa mezcla de curiosidad y respeto que se experimenta al espiar en los misterios, deseoso de captar pequeñas visiones de su mente.

En ése había muchos bocetos del bebé. Se detuvo a observar uno, atrapado por el recuerdo. Mostraba a Jemmy dormido, de espaldas al observador, con el cuerpo curvado en una coma. A su lado estaba *Adso*, el gato, acurrucado de manera similar, con la barbilla apoyada en el pie regordete de Jemmy; sus ojos, ranuras de comatosa bienaventuranza. Él recordaba esa escena.

Brianna dibujaba a Jemmy con frecuencia (en realidad, casi todos los días), pero rara vez de frente.

—Es que los bebés no tienen cara —le había dicho, observando críticamente a su vástago, que roía con empecinamiento una correa de cuero.

—¿Que no? ¿Y qué es eso que tienen en el centro de la cabeza? —Él le sonrió desde el suelo, donde estaba tendido con el niño y el gato, lo cual facilitó que Brianna lo mirara con la nariz en alto.

—Estrictamente hablando, digo. Desde luego que tienen cara, pero todos son parecidos.

—Sabio es el padre que conoce a su hijo, ¿no? —bromeó él. Pero se arrepintió de inmediato al ver la sombra que nublaba los ojos de Bree. Pasó con la celeridad de una nube en verano, pero aun así había existido. Ella afinó el carboncillo con la hoja de su cortaplumas.

—Desde el punto de vista plástico, no —explicó—. No tienen huesos

visibles. Y son los huesos los que se utilizan para dar forma a la cara; sin huesos no hay mucho que ver allí.

Con huesos o sin ellos, tenía una notable habilidad para captar los matices de expresión. Roger sonrió ante un boceto: la cara de Jemmy tenía la expresión cerrada e inconfundible de quien está concentrado en la producción de un pañal realmente espantoso.

Además de los apuntes de Jemmy había varias páginas que parecían diagramas de ingeniería. Como éstos no le interesaban mucho, guardó el cuaderno y sacó otro. Notó enseguida que no eran apuntes. Las páginas estaban cubiertas con la escritura pulcra y angulosa de Brianna. Él pasó las páginas con curiosidad; no era un diario propiamente dicho, sino un registro de sus sueños.

Anoche soñé que me afeitaba las piernas.

Roger sonrió ante la intrascendencia del comentario, pero al imaginarse las pantorrillas de Brianna, largas y brillantes, continuó leyendo.

Usaba la navaja de papi y su crema de afeitar; pensaba que él protestaría al descubrirlo, pero eso no me preocupaba. La crema de afeitar venía en una lata blanca con letras rojas, que decía Old Spice en la etiqueta. No sé si existió alguna vez una crema de afeitar así, pero papi siempre olía a Old Spice y a humo de cigarrillo. Él no fumaba, pero la gente con la que trabajaba sí, y sus chaquetas siempre olían como el salón después de una fiesta.

Roger se llenó los pulmones, consciente a medias de los aromas que recordaba; pan recién horneado, té, cera para muebles y amoníaco. Nadie fumaba en las decorosas reuniones que se celebraban en el salón de la casa solariega; sin embargo, las chaquetas de su padre también olían a humo. Pasó la página, con indecible culpabilidad por esa intromisión, pero sin poderse resistir al impulso de penetrar en la intimidad de sus sueños, de conocer las imágenes que llenaban su mente dormida.

Las anotaciones no tenían fecha, pero todas comenzaban con las mismas palabras: «Anoche soñé...».

Anoche soñé que llovía. No es extraño, pues en la realidad estaba lloviendo; no ha amainado en dos días. Esa mañana, cuando fui a la letrina, tuve que saltar por encima de un enorme charco formado junto a la puerta y me hundi hasta los tobillos en el sitio blando que está junto a las zarzamoras.

Anoche nos acostamos con la lluvia castigando el tejado. ¡Qué grato era acurrucarse junto a Roger, estar abrigada en la cama después de un día húmedo y helado! Por la chimenea entraban gotas de lluvia que siseaban en el fuego. Nos contamos anécdotas de nuestra juventud; quizá de allí surgió el sueño, de haber pensado en el pasado.

No hay mucho que contar, salvo que yo miraba por una ventana de Boston; veía pasar los coches, que levantaban grandes cortinas de agua, y oía el susurro de sus cubiertas en la calle mojada. Cuando desperté aún oía ese ruido con tanta claridad que fui a mirar por la ventana; casi esperaba encontrarme con una calle transitada, llena de coches que susurraran en la lluvia. Fue una sorpresa ver piceas, castaños, hierbas silvestres y enredaderas, y no oír más que el suave repiqueteo de las gotas que rebotaban y se estremecían en las hojas. Todo estaba tan verde, tan lozano y crecido, que parecía una selva o un planeta extraño, algún lugar que yo no conocía, en el que nada podía reconocer, aunque lo veo todos los días.

Me he pasado el día oyendo el secreto susurro de las cubiertas en la lluvia, algo por detrás de mí.

Culpable, pero fascinado, Roger volvió la página.

Anoche soñé que conducía mi coche. Era mi Mustang azul. Iba deprisa por una ruta serpenteante, a través de las montañas; de éstas. Nunca he conducido por estas montañas, aunque sí por las de Nueva York. Pero sabía que estaba aquí en el Cerro.

¡Fue tan real! Todavía siento el pelo agitado por el viento, el volante en mis manos, la vibración del motor y el rumor de las ruedas contra el pavimento. Pero esa sensación, así como el coche, es imposible. Ya

no puede pasar en ninguna parte, salvo en mi cabeza. No obstante está allí, incrustada en las células de mi memoria, tan real como la letrina allí fuera.

De cualquier modo, esa parte (la de conducir) proviene de un recuerdo conocido. Pero ¿qué hay de los sueños, igualmente vívidos y reales, de cosas que no conozco en mi yo despierto? ¿Acaso algunos sueños son recuerdos de cosas que aún no han sucedido?

Anoche soñé que hacía el amor con Roger.

Había estado a punto de cerrar el libro, pues esa intromisión lo hacía sentirse culpable. En aquel momento, el sentimiento de culpa seguía presente, y era mucho, pero no lo suficiente como para contener su creciente curiosidad. Echó un vistazo nervioso a la puerta, pero la casa parecía tranquila; las mujeres trajinaban en la cocina y no se veía a nadie cerca del estudio.

Anoche soñé que hacía el amor con Roger.

Fue estupendo. Por una vez no pensaba, no era como si observara desde fuera, como siempre me pasaba. De hecho, durante mucho tiempo no tuve siquiera conciencia de mí misma. Sólo existía esa... esa cosa excitante, salvaje. Yo era parte de ella y Roger también, pero no había él o yo: solamente nosotros.

Lo curioso es que era Roger, pero al pensar en él yo no le daba ese nombre. Era como si tuviera otro, un nombre secreto, el verdadero. Y yo lo conocía.

(Siempre he pensado que todos tenemos ese tipo de nombre, algo que no es una palabra. Yo sé quién soy yo. Y quienquiera que sea, no se llama «Brianna». Soy yo, simplemente. «Yo» funciona bien como sustituto de lo que quiero decir, pero ¿cómo escribes el nombre secreto de otra persona?).

El hecho es que conocía el verdadero nombre de Roger; al parecer, por eso lo nuestro funcionaba. Y funcionaba de verdad. No lo pensé, no me interesó. Tan sólo al final me dije. «¡Eh, está sucediendo!».

Entonces sucedió; todo se disolvió, temblando y palpitando...

Allí había tachado el resto de la línea; en el margen había una pequeña nota cruzada que decía:

¡Después de todo ninguno de los autores que he leído pudo tampoco describirlo!

Pese a su asombrada fascinación, Roger rió en voz alta. Se contuvo de inmediato y echó una mirada presurosa a su alrededor, para ver si aún estaba solo. En la cocina se oían ruidos, pero ninguno en el pasillo. Sus ojos volvieron a la página como limaduras de hierro a un imán.

En el sueño tenía los ojos cerrados y estaba tendida allí, aún recorrida por pequeñas descargas eléctricas. Al abrir los ojos vi que quien estaba dentro de mí era Stephen Bonnet.

Fue una impresión tan fuerte que me despertó. Pensé que había gritado, pues tenía la garganta irritada, pero no era posible; Roger y el niño dormían profundamente. Me sentía acalorada hasta el punto de sudar, pero también tenía frío y el corazón me palpitaba con fuerza. Pasó mucho tiempo antes de que todo se tranquilizara lo suficiente para volver a conciliar el sueño. Los pájaros cantaban.

En realidad fue eso lo que me permitió que me durmiera otra vez: los pájaros. Papá (ahora que lo pienso también mi otro padre) me dijo que los arrendajos y los cuervos lanzan gritos de alarma cuando alguien se acerca, pero las aves cantoras dejan de cantar. Por lo tanto, si estás en un bosque debes estar alerta a eso. Con tanto bullicio como había en los árboles que rodean la casa, comprendí que estaba a salvo, que allí no había nadie.

Al pie de la página había un pequeño espacio en blanco. Roger pasó página, con las palmas sudorosas y el latir del corazón fuerte en sus oídos. La anotación se reanudaba en la parte de arriba. Hasta entonces la escritura había sido fluida, casi precipitada, con las letras aplanadas al correr a través de la página. Allí estaban formadas con más esmero, redondas y erguidas, como si hubiera pasado el primer impacto de la experiencia y ella volviera a

reflexionar, con empecinada cautela.

Traté de olvidarlo, pero no resultó. Aquello insistía en volver a mi mente. Por fin salí a solas para trabajar en el cobertizo de las hierbas. Cuando voy allí, mamá se ocupa de Jemmy, para que no estorbe, eso me aseguraba que estaría a solas. Me senté en medio de todos esos ramilletes colgados, con los ojos cerrados, y traté de recordar todos los detalles. De los diferentes momentos, pensaba: «Eso está bien» o «Eso es tan sólo un sueño». Porque Stephen Bonnet me asustaba; me sentía descompuesta al pensar en el final, pero en realidad quería recordar cómo era. Lo que sentía y cómo lo hice. Así tal vez pueda repetirlo con Roger. Pero aún tengo esta sensación de que no podré, a no ser que recuerde el nombre secreto de Roger.

Allí terminaba la anotación. Los sueños continuaban en la página siguiente, pero Roger no leyó más. Después de cerrar el libro con mucho cuidado, volvió a ponerlo en el estante, detrás de los otros. Pasó un rato de pie frente a la ventana, frotando inconscientemente las manos sudorosas contra las costuras de sus pantalones.

QUINTA PARTE

Mejor casados que en el infierno

En la gruta de Cupido

—¿Crees que compartirán el lecho?

Jamie no había alzado la voz, pero tampoco hizo ningún esfuerzo por bajarla. Por suerte estábamos en un extremo de la terraza, donde la pareja nupcial no podía oírnos. No obstante, varias cabezas se volvieron hacia nosotros.

Ninian Bell Hamilton nos miraba. Le dediqué una sonrisa al anciano escocés, agitando mi abanico cerrado a modo de saludo, mientras le daba a mi marido un codazo en las costillas.

—¡Bonita cosa para que un sobrino respetuoso piense de su tía! —le dije por lo bajo.

Él se puso fuera de mi alcance y arqueó una ceja.

—¿Qué tiene que ver el respeto con esto? Ya estarán casados. Y los dos han cumplido de sobra la mayoría de edad —añadió, con una gran sonrisa dirigida a Ninian, que se había puesto rojo por intentar sofocar la risa. Yo ignoraba la edad de Duncan Innes, pero le calculaba unos cincuenta y cinco años. En cuanto a Yocasta, la tía de Jamie, debía de llevarle por lo menos diez.

Por encima de las cabezas de la muchedumbre podía ver la cabeza de Yocasta, que aceptaba graciosamente los saludos de amigos y vecinos al otro lado de la terraza. Era una mujer alta, y llevaba un vestido de lana de color

rojizo; con una elegante cofia de encaje blanco a modo de corona sobre la prominente estructura ósea de los Mackenzie, la flanqueaban enormes floreros de piedra con varas de oro secas; Ulises, el mayordomo negro, montaba guardia junto a su hombro, muy digno con su peluca y su librea verde. Era, innegablemente, la reina de la Plantación River Run. Me puse de puntillas, buscando a su consorte.

Aunque Duncan era algo más bajo que Yocasta, también tendría que ser visible desde allí. Yo lo había visto antes, vestido con las galas de las Tierras Altas; su aspecto era deslumbrante, aunque muy tímido. Estiré el cuello, aferrándome del brazo de Jamie para no perder el equilibrio. Él me sujetó por el codo.

—¿Qué buscas, *Sassenach*?

—A Duncan. ¿No debería estar con tu tía?

A simple vista, nadie habría adivinado que Yocasta era ciega, que los grandes floreros servían para orientarla y que Ulises estaba allí para susurrarle al oído el nombre de quien se aproximaba. Vi que su mano izquierda ascendía a tocar el aire vacío y se retiraba. No obstante su cara no se alteró; saludó al juez Henderson, con una sonrisa y le dijo algo.

—¿Puede haber huido antes de la noche de bodas? —sugirió Ninian, levantando el mentón y las cejas en un esfuerzo por mirar sobre la muchedumbre, sin empinarse—. A mí, en su lugar, la perspectiva me pondría algo nervioso. Su tía es maja, Fraser, pero si quisiera podría congelarle los cojones al rey de Japón.

Jamie contrajo la boca.

—Duncan podría estar en apuros, por cualquier motivo —comentó—. Esta mañana ha ido cuatro veces al excusado.

Ante eso fui yo quien arqueó las cejas. Duncan padecía de estreñimiento crónico. De hecho yo le había traído un paquete de hojas de sena y raíces de cafeto, pese a los groseros comentarios de Jamie sobre lo que se debía regalar en las bodas. El novio debía de estar más nervioso de lo que yo pensaba.

—No creo que suponga ninguna sorpresa para mi tía, que ya ha tenido tres maridos —dijo Jamie, respondiendo a un murmullo de Hamilton—. Para Duncan, en cambio, será la primera vez. Esto asusta a cualquiera. Recuerdo mi propia noche de bodas...

Me miró con una gran sonrisa. Yo sentí que el calor me subía a las mejillas. Yo también la recordaba... muy vívidamente.

—¿No crees que hace mucho calor aquí? —Desplegué mi abanico en un arco de encaje color marfil para agitarlo contra mis mejillas.

—¿De veras? —se extrañó él, siempre sonriente—. No me había percatado.

—Duncan sí —intervino Ninian. Y frunció los labios arrugados para contener la risa—. La última vez que lo vi sudaba como un budín cocido al vapor.

Aquel día de marzo era claro y luminoso; por la casa, la terraza, el prado y el jardín pululaban los invitados a la boda, luciendo sus galas como mariposas fuera de temporada. Las nupcias de Yocasta serían el acontecimiento social del año, en lo que a la sociedad de Cape Fear concernía. Calculé no menos de doscientos invitados, que provenían de sitios tan distantes como Halifax y Edenton.

Ninian bajó la voz para decirle algo a Jamie, en gaélico, al tiempo que me miraba de reojo. Mi marido respondió con un comentario de elegante fraseología, pero contenido sumamente grosero, y me sostuvo blandamente la mirada, mientras el caballero mayor se ahogaba de risa.

En realidad, por aquel entonces yo entendía el gaélico bastante bien, pero hay ocasiones en que más vale la discreción que el valor. Extendí mi abanico para disimular mi expresión. En realidad se requería alguna práctica para conquistar la elegancia del abanico, pero resultaba una herramienta social muy útil para quien, como yo, padecía la maldición de una cara transparente. No obstante, hasta los abanicos tienen sus límites.

Volví la espalda a esa conversación, que amenazaba con degenerar aún más, e inspeccioné los alrededores en busca del novio ausente. Quizá Duncan estuviera realmente enfermo, y no sólo de los nervios. En ese caso debía echarle un vistazo.

—¡Fedra! ¿Has visto esta mañana al señor Innes?

La criada de Yocasta, que pasaba volando cargada de manteles, se detuvo abruptamente.

—No lo he visto desde el desayuno, señora —respondió, moviendo la cabeza, pulcramente cubierta por una cofia.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Comió bien?

—No, señora, ni un bocado. —Fedra arrugó la suave frente, pues estaba encariñada con Duncan—. La cocinera trató de tentarlo con un rico huevo revuelto, pero él se limitó a mover la cabeza. Estaba muy pálido. Eso sí bebió una taza de ponche de ron —añadió, como si la idea la animara un poco.

—Sí, eso le asentará el estómago —comentó Ninian, que lo había oído—. No se preocupe, señora Claire; Duncan estará bien. —Me hizo una reverencia y continuó hacia las mesas instaladas bajo los árboles.

Brianna, radiante con su vestido azul, como el cielo primaveral, estaba de pie junto a una de las estatuas de mármol que adornaban el prado, con Jemmy sobre la cadera, enfrascada en su conversación con Gerald Forbes, el abogado. Ella también llevaba un abanico, pero le estaba dando un uso mejor que el habitual: Jemmy se había apoderado de él y mascaba el mango de marfil, con una expresión de concentración en la carita rubicunda.

Claro que Brianna no necesitaba tanto como yo dominar la técnica del abanico, pues había heredado de Jamie la habilidad de esconder todos sus pensamientos tras una máscara de grata dulzura. En ese momento la llevaba puesta; eso me dio una idea de la opinión que le merecía el señor Forbes. Y Roger, ¿dónde estaría? Algo más temprano lo había visto con ella.

Cuando quise preguntar a Jamie qué opinaba sobre esa epidemia de maridos desaparecidos, descubrí que él se había contagiado. Jamie había desaparecido entre la muchedumbre. Giré despacio, buscándolo con la vista por la terraza y los prados pero no había señales de él entre el gentío. Como el fulgor del sol me hacía entornar los ojos, usé una mano a modo de visera.

Después de todo, mi marido no era de los que pasan desapercibidos. Como todo escocés con sangre de gigantes vikingos en las venas, era tan alto que su cabeza y sus hombros asomaban por encima de la mayoría; su pelo captaba el sol como bronce pulido. Por si fuera poco, ese día se había puesto sus mejores galas: una manta de tartán negro y carmesí, la chaqueta y el chaleco grises y los calcetines más vistosos que jamás llevaran las pantorrillas de un escocés. Debería destacar como una mancha de sangre sobre un algodón limpio.

No lo veía, pero divisé una cara familiar. Bajé de la terraza para abrirme paso entre los grupos de invitados.

—¡Señor MacLenan!

Él se volvió hacia mí con expresión de sorpresa, pero de inmediato sonrió cordialmente.

—¡Señora Fraser!

—¡Qué placer verlo! —le di la mano—. ¿Cómo está usted?

Se le veía mucho mejor que la última vez; limpio y adecentado, con traje oscuro y un sombrero sencillo. Aun así tenía las mejillas hundidas y una sombra detrás de los ojos, que ni siquiera desapareció con la sonrisa.

—Pues... bastante bien, señora. Bastante bien.

—¿No está...?, ¿dónde vive ahora? —Era más delicado que preguntar: ¿Cómo es que no está en la cárcel? Como no era tonto, respondió a las dos preguntas.

—Es que su marido tuvo la amabilidad de escribir al señor Ninian — señaló con la cabeza la delgada figura de Hamilton, que estaba enzarzado en una acalorada discusión— y le explicó mis dificultades. Este caballero es gran amigo de la Regulación... y también del juez Henderson.

Movió la cabeza, con los labios ahuecados en un gesto de desconcierto.

—No sabría decir cómo fue, pero el señor Ninian fue a recogerme a la cárcel y me llevó a su propia casa. Y allí estoy en la actualidad. Ha sido muy bondadoso. —Hablabla con evidente sinceridad, pero también con cierta abstracción. Luego se quedó en silencio.

Yo continué paseando por el prado e intercambiando saludos con los conocidos por encima de mi abanico. Me alegraba haber visto nuevamente a Abel y comprobar que estaba bien, al menos físicamente, pero no podía negar que me provocaba cierto escalofrío. Tenía la sensación de que poco le importaba dónde residiera su cuerpo: su corazón había quedado en la tumba de su esposa.

Me pregunté para qué lo habría traído Ninian. La boda le haría recordar la suya, como a todo el mundo.

Aunque el sol se había elevado lo suficiente como para entibiar el aire, me estremecí. El pesar de MacLenan me recordaba demasiado a los días posteriores a Culloden, cuando yo había retornado a mi propio tiempo, convencida de que Jamie había muerto. Conocía demasiado bien esa inercia del corazón, la sensación de caminar como sonámbulo a través de los días, el

yacer en la noche sin descanso, con los ojos abiertos, en un vacío que no era la paz.

La voz de Yocasta flotó desde la terraza, llamando a Ulises. Había perdido a tres maridos y ahora estaba a punto de tomar un cuarto. Por ciega que fuera, en sus ojos no había inercia. ¿Significaba eso que ninguno de sus maridos le habían interesado mucho? ¿O sólo que era una mujer muy fuerte, capaz de sobreponerse una y otra vez?

Yo también lo había hecho una vez... por Brianna. Pero Yocasta no tenía hijos, al menos ahora. ¿Acaso los había tenido en otros tiempos? ¿Había apartado el dolor de un corazón destrozado para vivir por un hijo?

Me sacudí, tratando de disipar esos pensamientos melancólicos. Después de todo, la ocasión y el día eran para celebrar. Los tejos del bosquecillo estaban en flor; mirlos y cardenales en celo revoloteaban entre ellos como papel picado, enloquecidos por el cortejo.

—¡Pues claro! —decía una mujer con tono de autoridad—. ¡Pero si comparten la casa desde hace meses!

—Sí, es cierto —confirmó una de sus compañeras, con aire de duda—. Pero nadie lo diría al verlos. ¡Mujer, si apenas se miran! Quiero decir... Claro que ella no puede mirarlo, ciega como está, pero cualquiera diría...

Los pájaros no eran los únicos, pensé, divertida. En toda la reunión reinaba un efecto de savia en ascenso. En la terraza se veían grupos de muchachas que cotilleaban como gallinas, mientras los hombres se paseaban con aire de indiferencia frente a ellas, vistosos como pavos reales con sus ropas de fiesta. No sería sorprendente que de esa celebración resultaran unos cuantos compromisos... y más de un embarazo. Había sexo en el aire; se percibía bajo las embriagadoras fragancias de las flores primaverales y la comida.

Estaba libre de melancolías, pero aún sentía la fuerte necesidad de encontrar a Jamie.

Recorrí todo el prado, por un lado y por el otro, sin ver señales de él entre la casona y el muelle, donde los esclavos con librea aún recibían a los últimos invitados, que llegaban por el río. Entre los que aún faltaban (y llevaba mucho retraso, por cierto) se encontraba el sacerdote que debía celebrar la boda.

El padre LeClerc era jesuita; viajaba desde Nueva Orleans a una misión próxima a Quebec cuando Yocasta lo sedujo con una sustanciosa donación a la Compañía de Jesús, apartándolo del estricto sendero del deber. Aunque el dinero no comprara la felicidad, era un artículo bastante útil.

Al echar un vistazo en dirección opuesta, me quedé petrificada. Ronnie Campbell, a un lado, me hizo una reverencia; alcé mi abanico a modo de respuesta, pero estaba demasiado distraída como para hablarle. Si bien no había encontrado a Jamie, acababa de ver el probable motivo de su abrupta desaparición. Farquard Campbell, el padre de Ronnie, subía por el prado desde el embarcadero, acompañado por un caballero que vestía los colores rojo y cervato del ejército de su majestad; su segundo compañero lucía el uniforme de la marina: era el teniente Wolff.

Verlo fue una desagradable sorpresa. El teniente Wolff no era mi personaje favorito. En realidad, no era querido por nadie que lo conociera.

Farquard Campbell me había visto y venía hacia mí entre la multitud, con las fuerzas armadas a remolque. Levanté mi abanico y realicé los ajustes faciales necesarios para una conversación cortés.

El otro militar le echó un vistazo, pero siguió responsablemente detrás de Farquard. Yo estaba segura de no conocerlo. Desde la partida del último regimiento escocés, durante el otoño, era raro ver una chaqueta roja en la colonia. ¿Quién podía ser éste?

Una vez fijas las facciones en lo que pretendía ser una simpática sonrisa, me sumergí en una reverencia formal, extendiendo mis faldas bordadas para lucirlas mejor.

—Señor Campbell... —Miré con disimulo detrás de él, pero afortunadamente el teniente Wolff había desaparecido en busca de sustento alcohólico.

—A su servicio, señora Fraser. —Farquard respondió doblando graciosamente las rodillas.

Él también miró sobre mi hombro, con leve gesto de intriga.

—Me pareció ver... Creía haber visto a su marido junto a usted.

—Oh, pues... creo que ha... que se ha ausentado. —Desvié delicadamente el abanico hacia los árboles, donde se levantaban las letrinas, separadas de la casa a una distancia prudente y por un biombo de pequeños

pinos blancos.

—Ah, comprendo, sí —carraspeó Campbell. Luego indicó al hombre que lo acompañaba—. Señora Fraser, permítame presentarle al mayor Donald MacDonald.

Era un caballero de nariz aguileña, por lo demás bastante apuesto, de unos treinta y ocho años.

—A su servicio, señora. —MacDonald se inclinó con mucha elegancia—. ¿Puedo expresarle lo bien que le sienta ese color?

—Puede —dije, relajándome un poco—. Gracias.

—El mayor acaba de llegar a Cross Creek. Le he asegurado que ésta sería la mejor oportunidad para establecer relación con sus compatriotas y familiarizarse con la zona. —Farquard señaló la terraza con un ademán, que abarcaba a un *Quién es Quién* de la sociedad escocesa residente en Cape Fear.

—Y por cierto —dijo el mayor, muy cortés—, no he oído tantos apellidos escoceses desde mi último viaje a Edimburgo. El señor Campbell me ha dicho que su marido es sobrino de la señora Camero... o la señora Innes, debería decir.

—Sí. ¿Se la han presentado ya? —Miré hacia el otro lado de la terraza. Aún no había señales de Duncan, mucho menos de Roger o Jamie. ¡Demonio! ¿Dónde estaban todos? ¿Reunidos en la letrina para una conferencia cumbre?

—No, pero estoy deseoso de presentarle mis cumplidos. El difunto señor Cameron era medio pariente de mi padre, Robert MacDonald, de Stornoway. —Inclinó respetuosamente la peluca en dirección a la pequeña construcción de mármol blanco que se levantaba a un extremo: el mausoleo que albergaba los restos de Héctor Cameron—. Por casualidad, ¿su marido tienen alguna vinculación con los Fraser de Lovat?

Gruñí para mis adentros al reconocer la telaraña escocesa que estaba tejiendo y mantuve un ojo alerta durante todo el interrogatorio, pero Jamie se había evaporado.

Farquard Campbell, que no era mal jugador, por cierto, parecía estar disfrutando con esa partida verbal; sus ojos bruños iban del mayor a mí, con expresión divertida. La diversión se convirtió en sorpresa al terminar yo un

análisis bastante confuso del linaje de Jamie por vía paterna, en respuesta al experto catecismo del mayor.

—¿Que el abuelo de su marido era Simon, lord Lovat? —exclamó—. ¿El Viejo Zorro?

Había elevado la voz con cierta incredulidad.

—Pues... si —confirmé, algo intranquila—. Supuse que usted lo sabría.

—¡Hombre! —dijo Farquard—. Sabía, sí, que Jamie era jacobita perdonado, pero al parecer, Yocasta no había mencionado su estrecha vinculación con el Viejo Zorro, ejecutado como traidor por su papel en el alzamiento de Estuardo. En esa ocasión, la mayoría de los Campbell habían combatido por el bando del gobierno.

—Si —dijo MacDonald, sin prestar atención a la reacción de Campbell, con el entrecejo algo fruncido por la concentración—. Tengo el honor de conocer un poco al actual lord Lovat. Entiendo que el título le ha sido devuelto, ¿verdad?

Y se dirigió a Campbell:

—Me refiero a Simon el Joven, que armó un regimiento para luchar contra los franceses en... ¿el año cincuenta y ocho? No: en el cincuenta y siete, sí. Hombre gallardo y excelente soldado. ¿Y vendría a ser el sobrino de su marido? No; su tío.

—Medio tío —aclaré. El viejo Simon se había casado tres veces y no ocultaba a sus bastardos, entre los cuales se contaba el padre de Jamie. Pero no había necesidad de señalarlo.

MacDonald asintió, con la cara iluminada por la satisfacción de tener todo en orden. La de Farquard se relajó un poco al saber que la reputación familiar estaba tan rehabilitada.

—Papista, desde luego —añadió MacDonald—, pero excelente soldado, a pesar de eso.

—Y hablando de soldados —lo interrumpió Campbell—, ¿sabe usted...?

Lancé un suspiro de alivio que hizo crujir las ataduras de mi corsé, pues el caballero guió suavemente al mayor al análisis de algún acontecimiento militar pasado. Al parecer MacDonald no estaba en activo, sino retirado y percibiendo la mitad de la paga, como tantos otros. A menos que la Corona requiriera de sus servicios, estaba en libertad de husmear por las colonias en

busca de ocupación. La paz era dura para los militares de carrera.

Farquard Campbell llevaba algún tiempo hablando sin que yo tuviera la menor idea de lo que había dicho. Al ver mi desconcierto sonrió con cierta ironía.

—Debo ir a presentar mis respetos a otras personas, señora Fraser —dijo—. Si me lo permite, la dejaré en la excelente compañía del mayor.

El mayor, así abandonado a mi presencia, buscó algún tema de conversación adecuado y cayó en la pregunta más común entre las personas que acaban de conocerse.

—Usted y su marido, ¿llevan mucho tiempo en la colonia, señora?

—No mucho —respondí, bastante cautelosa—. Unos tres años. En un lugar llamado Cerro de Fraser.

—Ah, sí, lo he oído mencionar.

Un músculo se contrajo en su boca; me pregunté, intranquila, qué le habrían comentado. El alambique de Jamie era un secreto a voces en los territorios apartados y entre los colonos escoceses de Cape Fear (más aún, delante de nosotros, junto a los establos, había varios toneles de *whisky* sin añejar que constituían el regalo de bodas de Jamie), pero yo confiaba en que no lo fuera tanto como para que un militar recién llegado ya hubiera sabido de él.

—Dígame, señora Fraser... —Después de una breve vacilación se lanzó de cabeza—. ¿Hay mucha actividad de los reguladores en su zona?

—Oh... eh... no, no mucha.

Desvié una mirada, cautelosa hacia el mausoleo de Héctor Cameron, donde Hermon Husband, con el traje gris oscuro de los cuáqueros, se destacaba como un borrón contra el puro mármol blanco.

—Me complace saberlo, señora —dijo MacDonald—. ¿Están ustedes bien informados en ese lugar tan remoto?

—No mucho. Eh... bonito día ¿verdad? Este año hemos tenido mucha suerte con el clima. ¿Ha tenido usted un viaje cómodo? Venir desde Charleston en este momento del año... el barro...

—Ya lo creo, señora, sufrimos algunas pequeñas dificultades, pero no más que... —Mientras hablaba, el mayor me evaluaba abiertamente, apreciando el corte y la calidad de mi vestido, las perlas que llevaba en el

cuello y en las orejas (prestadas por Yocasta) y los anillos de mis dedos. Yo conocía ese tipo de miradas; no había en ella rastro alguno de libertinaje ni de seducción. Simplemente, estaba juzgando mi posición social, así como la prosperidad e influencia de mi marido.

Eso no me ofendió. Después de todo yo estaba haciendo lo mismo con él.

—Dígame, señora Fraser... —empezó el mayor.

—¡No me insulta sólo a mí, señor, sino a todos los hombres honorables aquí presentes!

La voz aguda de Ninian Bell Hamilton resonó en una pausa de la conversación general. Todas las cabezas del prado giraron hacia él.

Estaba frente a frente con Robert Barlow, hombre al que me habían presentado un rato antes.

—¿Reguladores, los llama usted? ¡Alborotadores y presidiarios! ¿Y usted sugiere que esa chusma tiene sentido del honor?

—¡No lo sugiero! ¡Lo afirmo como realidad, y como tal lo defenderé!

El anciano caballero, muy erguido, tanteó en busca de su espada. Afortunadamente no iba armado, así que le asestó un puntapié en el trasero. Cogido por sorpresa, Barlow perdió el equilibrio y cayó a cuatro patas.

Yo buscaba frenéticamente a Jamie... o a Roger... o a Duncan. ¡Condenados hombres! ¿Dónde se habían metido?

Buchanan, uno de los yernos de Hamilton, avanzaba decididamente por entre la multitud, ya con intención de apartar a su suegro de Barlow, ya para asistirlo en su intento de asesinar al hombre.

—¡Oh! Demonios —murmuré—. Sosténgame esto. —Después de plantar mi abanico en manos del mayor MacDonald, recogí mis faldas, dispuestas a vadear en el alboroto en cuanto decidiera a quién golpearía primero (y dónde) para lograr el mayor efecto.

—¿Quiere usted que los detenga?

El mayor, que disfrutaba del espectáculo, pareció decepcionado ante la perspectiva, pero también resignado a cumplir con su deber. Ante mi sorprendido gesto de afirmación, desenfundó la pistola, la apuntó al cielo y disparó al aire.

El estallido fue lo bastante ruidoso para acallar momentáneamente a todos. Los combatientes quedaron petrificados. En medio de esa pausa,

Hermon Husband se abrió paso hacia el lugar de la escena.

—Amigo Ninian —dijo cordialmente—, amigo Buchanan, permitidme.

Asió al anciano escocés por ambos brazos para levantarlo en vilo, separándolo de Barlow. Luego clavó en James Hunter una mirada de advertencia. El hombre emitió un audible «¡Hum!», pero se retiró algunos pasos.

—Su abanico, señora Fraser...

Arrancada de mi evaluación del conflicto, descubrí que el mayor MacDonald me lo ofrecía cortésmente, muy complacido consigo mismo.

—Gracias. —Lo miré con cierto respeto—. Dígame mayor, ¿siempre lleva consigo una pistola cargada?

—Ha sido un descuido, señora —respondió blandamente—, pero quizá afortunado, ¿verdad? Señora Fraser, ¿quién es ese individuo mal afeitado? Parece hombre de agallas, pese a sus modales deficientes, ¿es posible que ahora sea él quien se líe a golpes?

Me di la vuelta. Hermon Husband estaba frente a frente con Barlow.

—Hermond Husband es cuáquero —expliqué, en tono de leve reproche—. No, él no recurrirá a la violencia. Sólo a las palabras.

Muchísimas palabras. Barlow trataba de interponer sus propias opiniones, pero Husband, sin prestarle atención, prestaba sus argumentos con tanto entusiasmo que de las comisuras de su boca volaban gotas de saliva.

—¿Sobre qué discuten? —preguntó MacDonald, que presenciaba el intercambio con interés—. ¿Sobre religión?

Yo no estaba muy dispuesta a examinar en detalle la retórica de la Regulación, pero hice lo posible por brindar a MacDonald una somera vista general de la situación.

—... y por lo tanto, el gobernador Tryon se vio obligado a organizar la milicia para combatir a los reguladores, pero ellos se retiraron —concluí—. Aún así, de ningún modo han abandonado sus exigencias.

—Comprendo —dijo MacDonald, interesado—. Farquard Campbell me habló de ese movimiento subversivo. Dice usted que el gobernador ordenó una milicia y podría hacerlo otra vez. ¿Quién dirige sus tropas, señora?

—Hum... creo que el general Waddell, Hugh Waddell, está al frente de varias compañías. Pero el cuerpo principal estaba al mando del gobernador en

persona, que ha sido militar.

—¿De veras? —El mayor parecía muy interesado; en vez de enfundar la pistola, la acariciaba distraídamente—. Campbell me dijo que su marido ha recibido una gran extensión de tierras en territorio despoblado. Por casualidad, ¿es íntimo del gobernador?

—Yo no diría tanto —respondí secamente—. Pero sí que conoce al gobernador.

El rumbo que había tomado la conversación me inquietaba un poco. En términos estrictos, era ilegal que los católicos recibieran de la Corona tierras en las colonias. Yo ignoraba si el mayor MacDonald estaba enterado de eso, pero obviamente debía de imaginar que Jamie era católico, dados sus antecedentes familiares.

—¿Cree usted que su marido podría presentarme, estimada señora? —los pálidos ojos azules brillaban de especulación; súbitamente comprendí qué es lo que intentaba.

—Podría ser —respondí, cauta. No veía motivos por los que Jamie pudiera oponerse a darle una carta de presentación para Tryon. Y en verdad yo estaba en deuda con ese hombre por haber evitado una riña a gran escala—. Tendrá usted que discutirlo con mi marido, pero será un placer hablarle por usted.

—Le estaré eternamente agradecido, señora. —Después de enfundar la pistola se inclinó hacia mi mano. Al erguir la espalda echó un vistazo por encima de mi hombro—. Con su permiso, señora Fraser, ya debo retirarme, pero confío conocer muy pronto a su marido.

El mayor se alejó hacia la terraza. Al volverme, vi que Hermon Husband se acercaba a grandes pasos hacia mí, seguido por Hunter y algunos otros.

—Señora Fraser, vengo a pedirle que exprese usted a la señora Innes mis buenos augurios y mis excusas, por favor —dijo sin preámbulo—. Debo retirarme.

—¡Oh!, ¿tan pronto se va? —vacilé.

—Será mejor así. Yocasta Cameron ha sido una gran amiga para mí y para los míos. Estaría pagando mal su bondad si trajera la discordia a las celebraciones de su boda. No quiero hacerlo... y a la vez la conciencia no me permite guardar silencio cuando oigo opiniones tan perniciosas como las que

se han expresado aquí.

Echó al grupo de Barlow una mirada de frío desprecio, que fue enfrentada de igual modo.

—Además —añadió, volviendo la espalda a los barlowistas—, hay asuntos que requieren nuestra atención. —Vaciló obviamente, como si estuviera a punto de decirme algo más, pero decidió no hacerlo—. ¿Se lo dirá usted?

—Desde luego, señor Husband. Y créame que lo siento.

Me dedicó una vaga sonrisa, teñida de melancolía, y movió la cabeza sin decir más. Pero mientras él se alejaba, seguido por sus compañeros, James Hunter se detuvo a decirme en voz baja:

—Los reguladores se están congregando. Hay un campamento grande cerca de Salisbury —dijo—. Tal vez convenga que vuestro marido lo sepa.

Me saludó tocando el ala de su sombrero y, sin aguardar respuesta, se alejó a grandes pasos.

Desde el borde de la terraza podía observar toda la fiesta, que fluía en un torrente de festividad desde la casa hasta el río; sus remolinos eran evidentes para el ojo entendido.

Mientras observaba, venían a mi mente pensamientos sobre lo que allí estaba sucediendo.

—¡Hombre, la señora Fraser! —una voz ligera interrumpió mis pensamientos. Phillip Wylie estaba junto a mi codo—. ¿Qué está usted pensando, querida mía? Se la ve indiscutiblemente... feral. —Hablaba en voz baja; me había cogido la mano y desnudaba sus dientes en una sonrisa sugestiva.

—No soy querida suya —le dije con cierta acritud, retirando bruscamente la mano—. En cuanto a lo de feral, me sorprende que nadie le haya mordido todavía en el trasero.

—¡Oh!, no pierdo la esperanza —me aseguró, chispeantes los ojos. Y mientras me hacía una reverencia consiguió apoderarse nuevamente de mi mano—. ¿Puedo aspirar al honor de bailar con usted más tarde, señora Fraser?

—Por supuesto que no —respondí, tirando de mi mano—. Suélteme.

—Sus deseos son órdenes para mí. —Me soltó pero no sin antes plantarme un beso en el dorso de la mano. Contuve el impulso de limpiarme el sitio húmedo en la falda.

—Vete, niño. —Agité el abanico hacia él—. Fuera, fuera.

Phillip Wylie era un petimetre. Hasta entonces lo había visto dos veces, en ambas ocasiones muy acicalado: pantalones de satén, medias de seda y todos los jaeces que suelen ir con ellos, incluidos la peluca y la cara empolvada y un pequeño lunar en forma de medialuna negra, garbosamente pegado junto a un ojo.

Pero ahora la podredumbre se había extendido. La peluca empolvada era malva y el chaleco de satén estaba bordado con... parpadeé. Sí: eran leones y unicornios de hilos de oro y plata. Los pantalones de satén lo ceñían como un guante bifurcado: la medialuna había cedido paso a una estrella en la comisura de la boca. El señor Wylie se había convertido en un macarrón... con queso.

—¡Oh!, no tengo intenciones de abandonarla señora Fraser —me aseguró—. La he estado buscando por todas partes.

—Pues ya me ha encontrado —dije, mientras observaba su chaqueta de terciopelo rosa intenso.

—¡Ah!, este año me ha sonreído la Fortuna. El tráfico con Inglaterra está bastante recuperado, gracias a los dioses, y yo he tenido mi parte en él, además de otras cosas. Debería usted acompañarme para ver...

En ese momento me rescató la súbita aparición de Adlai Osborn, un adinerado mercader de costa arriba, quien le dio una palmadita en el hombro. Aprovechando la distracción, levanté mi abanico y me escurrí por un hueco entre la muchedumbre.

Un tazón humeante de vino especiado, puesto bajo mi nariz como invitación, acaparó mi atención.

—Beba usted un poco, señora Fraser. —Era Lloyd Stanhope, con bonachona amabilidad—. No le conviene coger frío, querida señora.

No había peligro, pues el día era cada vez más templado, pero acepté la taza, disfrutando el aroma a canela y miel que de él brotaba.

Me incliné hacia un lado buscando a Jamie, pero no estaba a la vista. Un grupo de caballeros discutía los méritos comerciales del tabaco mientras tres

jovencitas observaban a través de sus abanicos, entre rubores y risitas agudas.

—... inigualable —decía Phillip Wylie a alguien. Los remolinos de la conversación lo habían traído de nuevo a mi lado—. ¡Absolutamente inigualable! Perlas negras, se las llama. Nunca ha visto usted nada igual, se lo aseguro. —Eché un vistazo a su alrededor, al verme alargó una mano para tocarme el codo—. Tengo entendido que usted ha pasado algún tiempo en Francia, señora Fraser. ¿Tal vez las ha visto allá?

—¿Perlas negras? —dije, esforzándome por atrapar las hebras de la conversación—. Pues sí, unas cuantas. Recuerdo que el arzobispo de Ruan tenía un pequeño paje moro que llevaba una muy grande en la oreja.

Stanhope quedó ridículamente boquiabierto. Wylie me miró por una fracción de segundo luego lanzó una carcajada tan potente que los del tabaco y las jovencitas se interrumpieron en seco para mirarnos.

—Acabará por matarme, mi querida señora —jadeó Wylie, mientras Stanhope profería sofocados resoplidos de regocijo.

Su amigo extrajo un pañuelo de encaje para tocarse delicadamente las comisuras de los ojos, para no arruinar el polvo con lágrimas de alegría.

—En verdad, señora Fraser, ¿no ha visto mis tesoros? —me cogió por el codo para propulsarme fuera de la muchedumbre, con asombrosa habilidad—. Venga, permítame que se los muestre.

Me guió hábilmente entre la muchedumbre, más allá de la casa, donde un sendero de piedras conducía a los establos.

Eran cinco: dos yeguas, un par de potros de dos años y un semental. Los cinco eran negros como el carbón; su pelaje refulgía bajo el pálido sol de primavera, aun lanudos como estaban por el pelo del invierno.

—¿Son suyos? —le pregunté sin mirarlo, por no apartar los ojos de esa encantadora visión. ¿Cómo los consiguió?

—Son míos, sí —dijo, barridas por el simple orgullo las afectaciones de costumbre—. Son frisonas. La más antigua de las razas; su linaje se remonta a varios siglos. En cuanto a cómo los obtuve... —Se inclinó sobre la cerca, con la mano extendida, y agitó los dedos hacia los caballos en un gesto de invitación—. Los crío desde hace varios años. Traje éstos por invitación de la señora Cameron. Quiere comprar una de mis yeguas y sugirió que uno o dos de sus vecinos también podían estar interesados.

—¡Ah!, estabas aquí, *Sassenach*. —La voz de Jamie sonó súbitamente en mi oído—. Te he estado buscando.

—¿De veras? —volví la espalda al corral—. Y tú, ¿dónde has estado?

—¡Oh!, aquí y allá —respondió, sin que mi tono acusador lo perturbara—. Espléndido caballo, señor Wylie, de verdad.

Lo saludó con una inclinación de cabeza y me condujo del brazo hacia el prado antes de que el otro pudiera murmurar: «A su servicio, señor».

—¿Qué haces aquí con el pequeño Phillip Wylie? —preguntó.

—Ver los caballos —respondí, con una mano contra el estómago, con la esperanza de acallar los ruidos ocasionados por la aparición de la comida—. ¿Y tú?

—Buscando a Duncan. —Me guió para sortear un charco—. No estaba en la letrina; tampoco en la herrería, ni en los establos o las cocinas. Cogí un caballo y cabalgué hasta los depósitos de tabaco, pero allí no había rastro de él.

—Puede que el teniente Wolff lo haya asesinado —sugerí—. El rival desdeñado y todo eso.

—¿Wolff? —Se detuvo con un gesto consternado—. ¿Ese escupitajo está aquí?

—En carne y hueso —aseguré, señalando el prado con el abanico.

Wolff había ocupado un puesto junto a la mesa del refrigerio; su silueta baja y fornida, con el uniforme azul y blanco, resultaba inconfundible.

—¿Es posible que tu tía lo haya invitado?

—Creo que sí —respondió, ceñudo pero resignado—. Supongo que no resistió la tentación de restregárselo en las narices.

—Es lo que pensé. Hace sólo media hora que llegó, pero si continúa bebiendo de ese modo, cuando se celebre la ceremonia estará inconsciente.

Jamie descartó al teniente con un gesto despectivo.

—Pues como si se conserva en alcohol, si así lo quiere, mientras no abra la boca más que para beber. Pero ¿dónde se ha escondido Duncan?

—¿Y si se hubiera arrojado al agua? —Lo dije en broma, pero aun así eché una mirada al río. Un bote venía hacia el embarcadero, con el remero de pie en la proa para arrojar la amarra al esclavo que lo esperaba—. Mira: ¿es por fin el sacerdote?

Se trataba de una figura baja y regordeta; con la sotana negra recogida por encima de las rodillas peludas, trepó ignominiosamente al muelle, ayudado por un empujón del barquero. Ulises ya corría a saludarlo.

—Bien —dijo Jamie, en tono satisfecho—. Ya tenemos un sacerdote y una novia. Dos de tres; es un progreso.

—¡Allí está! —exclamé, moviéndome tan súbitamente que pisé a Jamie en la punta del pie—. ¡Oh!, perdona.

—No importa —me aseguró. Había seguido la dirección de mi mirada y ahora se erguía decididamente—. Iré a por él. Sube a la casa, *Sassenach*, y no pierdas de vista a mi tía ni al cura. Que no escapen hasta que la boda se haya celebrado.

Jamie bajó por el prado hacia los sauces, respondiendo distraídamente a los saludos de amigos y conocidos. En realidad, pensaba menos en las inminentes nupcias de Duncan que en su propia esposa.

Tenía conciencia de que había sido bendecido con una bella mujer, aun en ropa de andar por casa. ¡Dios Santo! Sólo de pensar en cuerpos bajo las matas, su mente le había ofrecido una indecente visión de Claire con los pechos asomando por el vestido; las hojas marchitas y la hierba seca tenían los mismos colores que sus faldas arrugadas y el vello rizado de su... Ahogó bruscamente el pensamiento para dedicar una reverencia cordial a la anciana señora Alderdyce, la madre del juez.

—Un servidor, señora.

—Buenos días tenga usted, joven, buenos días. —La dama inclinó magistralmente la cabeza sin detener su camino, apoyada en el brazo de su compañera, una joven sufrida y paciente, que respondió al saludo de Jamie con una vaga sonrisa.

—¿Amo Jamie?

Una de las criadas rondaba a su lado con una bandeja llena de tazas. Él cogió una; después de agradecérselo con una sonrisa, bebió la mitad de su contenido de un solo trago.

No podía evitarlo: debía volver en busca de Claire. Lo que lo tenía así era haberla visto con su vestido nuevo. Llevaba meses sin verla ataviada como corresponde a una dama, con la cintura estrecha envuelta en seda y los

pechos blancos, redondos y dulces como peras de invierno, asomados a un buen escote. De pronto parecía una mujer distinta, íntimamente familiar, pero también estimulante por lo extraña.

Desde el día en que ella le había mostrado los espermatozoides, tenía incómoda conciencia del agolpamiento que, de vez en cuando, padecía en los testículos, impresión que se fortalecía en situaciones como ésta. Sabía muy bien que no había peligro de ruptura o explosión, pero no podía sino pensar en todos los empujones que se estaban produciendo allí dentro.

Quería ver a Duncan bien casado; luego el hombre tendría que ocuparse de sus propios asuntos. En cuanto cayera la noche... y si no encontraba mejor lugar que los matorrales, en los matorrales sería. Apartó una rama de sauce y se agachó para pasar.

—Duncan —comenzó.

Pero se interrumpió; el remolino de pensamientos carnales desapareció como agua por un sumidero. La chaqueta escarlata no pertenecía a Duncan Innes, sino a un desconocido que giró en redondo, tan sorprendido como él. Lucía el uniforme del ejército de su majestad.

En la cara del hombre se borró la expresión de sobresalto, casi tan rápido como la de sorpresa de Jamie. Debía de ser MacDonald, el militar que Farquard Campbell le había mencionado. Al parecer Farquard también había dado al mayor su descripción, pues era evidente que el hombre lo identificaba.

—El coronel Fraser, presumo...

—Mayor MacDonald, —dijo él a su vez, con una inclinación de cabeza en la que se mezclaban la cortesía y la cautela—. Un servidor, señor.

El otro se inclinó, puntilloso.

—¿Puedo robarle un minuto de su tiempo, coronel? —Miraba por encima del hombro de Jamie—. ¿En privado?

Jamie notó que pronunciaba su cargo de miliciano con agria diversión, pero asintió brevemente dirigiéndose a la casona. Como ese lugar le pareciera el mejor para evitar interrupciones, Jamie condujo al mayor por el sendero de piedras que conducía hacia los establos.

—¿Ha visto usted los caballos de Wylie? —preguntó el militar, mientras

rodeaban la casa; buscaría una conversación cualquiera hasta que estuvieran fuera del alcance de oídos ajenos.

—Sí. El semental es un magnífico animal, ¿verdad? —Por acto reflejo los ojos de Jamie se desviaron hacia el cercado. *Lucas* mordisqueaba la hierba junto a la artesa, mientras las dos yeguas se olisqueaban amistosamente cerca del establo, lustrosos los anchos lomos bajo el sol pálido.

—¿Sí? Tal vez. —El mayor miró hacia allá con un ojo medio cerrado en dubitativo acuerdo—. Parecen fuertes. Buen pecho. Pero todo ese pelo... no servirían para la caballería. Aunque supongo que, bien afeitados y vestidos...

Jamie contuvo el impulso de preguntarle si las mujeres también le gustaban afeitadas.

—¿Hay algún asunto que le preocupe, mayor? —preguntó, más abruptamente de lo que había calculado.

—No es exactamente preocupación mía —replicó afablemente MacDonald—. Se me ha dicho que a usted le interesa el paradero de una persona llamada Stephen Bonnet. ¿Estoy bien informado, señor?

—Yo... sí. ¿Sabe usted dónde está?

—Lamentablemente, no. —El mayor arqueó una ceja al ver su reacción—. Pero sé dónde ha estado. Mala persona, el tal Stephen, por lo que parece —inquirió, con aire algo jocoso.

—Se podría expresar así. Ha matado a varios hombres, y a mí me robó... y violó a mi hija —enumeró Jamie sin rodeos.

El mayor aspiró hondo, con la cara ensombrecida por una súbita comprensión.

—Ah, comprendo.

Levantó apenas la mano, como para tocarlo en el brazo, pero la dejó caer a un lado. Dio unos pasos más, con la frente arrugada en un gesto de concentración.

—Comprendo —repitió. De su voz había desaparecido cualquier rastro de diversión—. No sabía... Comprendo sí.

Y volvió a caer en el silencio; sus pasos se hicieron más lentos al acercarse al cercado de los caballos.

—Supongo que piensa decirme lo que sabe de ese hombre —dijo Jamie, cortés.

MacDonald pareció reconocer que, cualesquiera fuesen sus intenciones, la de su interlocutor era enterarse de lo que él supiera, ya por medio del diálogo, ya por métodos más directos.

—No lo conozco personalmente —dijo con suavidad—. Lo que sé es lo que escuché durante una reunión social en New Bern, el mes pasado.

Fue una tarde durante una partida de Whist organizada por David Howell, armador adinerado y miembro del Consejo Real del gobernador. La selecta reunión se inició con una cena excelente; luego pasaron a los naipes y a la conversación, bien marinada con ponche de ron y *brandy*.

Al avanzar la noche, con el humo de los cigarrillos ya denso en el aire, la conversación se tornó más franca; se hicieron referencias jocosas a la reciente fortuna de cierto señor Butler, con muchas especulaciones semiveladas en cuanto a la fuente de esas riquezas. A un caballero se le oyó decir con envidia: «Si uno pudiera tener a un Stephen Bonnet en el bolsillo...»De inmediato fue acallado por el codazo de un amigo cuya discreción no estaba tan disuelta por el ron.

—¿El señor Butler estaba entre los presentes? —preguntó Jamie, con aspereza. El nombre no le era familiar, pero si los miembros del Consejo Real conocían... En la colonia, los círculos de los poderosos eran reducidos; su tía o Farquard Campbell podían conocer a alguno de ellos.

—No, no estaba allí.

Habían llegado al cercado. MacDonald apoyó los brazos cruzados en la barandilla, fijos los ojos en el semental.

—Según creo, residen en Edenton.

Igual que Phillip Wylie. *Lucas*, el semental, se acercó a ellos, dilatando con curiosidad las negras fosas nasales.

Edenton estaba sobre el Estrecho de Albemarle, de fácil acceso para los barcos. Lo más probable era que Bonnet hubiera retomado su oficio de marino... y también el de pirata y contrabandista.

—Usted dijo que Bonnet era mala persona —comentó—. ¿Por qué?

—¿Juega al whist, coronel Fraser? —MacDonald le echó una mirada inquisitiva—. Particularmente, se lo recomiendo. Comparte algunas cualidades con el ajedrez en cuanto a descubrir la mente del adversario. Y tiene una gran ventaja: que se puede jugar contra más personas. —Las líneas

marcadas de su cara se relajaron en una momentánea sonrisa—. Otra ventaja, aún mayor, es que con él te puedes ganar la vida, cosa que rara vez sucede con el ajedrez.

—Estoy familiarizado con el juego, señor —replicó Jamie, con suma sequedad.

MacDonald era oficial, sin regimiento ni tareas activas por lo que sólo recibía la mitad de la paga. No era en absoluto raro que esos hombres completaran su magro salario recolectando datos que se pudieran vender o trocar. Por el momento no había puesto precio, pero eso no significaba que no reclamara más adelante el pago de la deuda. Jamie reconoció la situación con un breve cabezazo. El mayor asintió a su vez satisfecho. A su debido tiempo le diría lo que deseaba.

—Pues bien, señor: como supondréis, sentí curiosidad por averiguar quién era es Bonnet. Y si en verdad era un huevo de oro, qué gansa lo había puesto.

Pero sus compañeros de juego habían recobrado la cautela. No pudo saber nada más del misterioso Bonnet. Salvo el efecto que causaba en quienes lo conocían.

—¿Conoce usted el viejo dicho de que es tan revelador lo que el hombre dice como lo que calla? ¿O la manera de decirlo? —continuó sin aguardar respuesta—. Éramos ocho jugadores. Tres especulaban libremente, pero noté que sabían tan poco del señor Bonnet como yo mismo. Otros dos no parecían interesados. Pero los dos restantes... —movió la cabeza—. Estaban muy callados, señor. Como si no quisieran mentar al diablo por miedo a que apareciera.

Sus ojos refulgían de especulaciones.

—¿Conoce usted personalmente a ese hombre?

—Sí. ¿Quiénes eran los dos caballeros que le conocían?

—Walter Priestly y Hosea Wright —respondió inmediatamente el mayor—. Ambos, muy amigos del gobernador.

—¿Mercaderes?

—Entre otras cosas. Ambos tienen depósitos: Wright, en Edenton y Plymouth; Priestly, en Charleston, Savannah, Wilmington y Edenton. Priestly tiene también intereses comerciales en Boston —añadió MacDonald, como si

acabara de recordarlo—, aunque no sé bien en qué consisten. Ah... y Wright es banquero.

Jamie asintió. Caminaba con las manos cruzadas bajo los faldones de la chaqueta; nadie podía ver la fuerza con que apretaba los dedos.

—Creo haber oído hablar del señor Wright —dijo—. Phillip Wylie mencionó que un caballero así llamado posee una plantación cerca de la suya.

MacDonald asintió. El extremo de la nariz se le había puesto muy rojo y en sus mejillas se destacaban pequeños vasos sanguíneos rotos, recuerdos de años pasados en campaña.

—Sí, ha de ser Cuatro Chimeneas. —Miró de soslayo a Jamie, hurgándose con la lengua en una muela—. ¿Piensa usted matarlo?

—Por supuestos que no —replicó Jamie sin alterarse—. ¿A un hombre con tantos contactos en las altas esferas?

El mayor lo miró con aspereza; luego resopló.

—Sí, claro.

Durante algunos instantes continuaron caminando sin hablar, cada uno ocupado en sus pensamientos... y cada uno consciente de los de su compañero.

La noticia de los contactos de Bonnet tenía doble filo; por un lado ahora sería más fácil encontrar al hombre. Por otro, esas vinculaciones complicarían bastante las cosas cuando llegara el momento de matarlo. Aquello no detendría a Jamie (y el mayor lo percibía con claridad), pero sin duda era algo que llevaba a reflexionar.

Por el momento no había manera de acallar a MacDonald. Jamie no tenía medios para sobornarlo. Y de cualquier modo era pobre recurso, pues el hombre que se deja comprar una vez está siempre a la venta. Dada la vida que llevaba, el mayor debía de tener sus puntos débiles, pero ¿habría tiempo para descubrirlos? Esa idea lo llevó a otra.

—¿Cómo supo usted que yo buscaba noticias de Stephen Bonnet? —preguntó bruscamente.

El militar se encogió de hombros. Luego acomodó mejor el sombrero y la peluca.

—Lo he sabido por cinco o seis fuentes distintas, señor, tanto en tabernas como en las cortes de los magistrados. Me temo que su interés es muy

conocido. —Y añadió delicadamente, con una mirada de soslayo—: Aunque no su motivo.

Jamie lanzó un hondo gruñido. Si en toda la costa se sabía que él buscaba a Bonnet... Bonnet también lo sabría. Eso podía ser o no malo. Si Brianna se enteraba... Apenas empezaba a analizar las posibilidades cuando MacDonald volvió a hablar.

—Su hija... ha de ser la señora MacKenzie, ¿verdad?

—¿Importa eso?

Lo había dicho con frialdad. El mayor tensó los labios un momento.

—No desde luego. Sólo que... he conversado un rato con la señora Mackenzie y me ha parecido muy... encantadora. La idea de que...

Carraspeó. Luego se detuvo para girar hacia Jamie.

—Yo también tengo una hija —dijo de repente.

—¿Sí? —Jamie ignoraba que MacDonald estuviera casado. Seguramente no lo estaba—. ¿En Escocia?

—En Inglaterra. Su madre es inglesa.

El frío había pintado vetas de color en su mejilla curtida.

—También he conversado con su esposa —comentó MacDonald—. Una mujer encantadora y muy amable. Es usted un hombre afortunado, señor.

—Me inclino a pensar que sí —respondió Jamie.

El militar tosió delicadamente.

—La señora Fraser tuvo la amabilidad de sugerir que usted podría, quizá, proporcionarme una carta de presentación dirigida a su excelencia, el gobernador. A la luz de la reciente amenaza de conflicto, he pensado que tal vez un hombre de mi experiencia podría ofrecer algo en cuanto a..., usted comprende...

Comprendía perfectamente. Y aunque dudaba que Claire hubiera sugerido semejante cosa, era un alivio enterarse de que el precio era tan barato.

—Lo haré de inmediato —aseguró—. Búsqume esta tarde, después de la boda, y se la entregaré.

MacDonald inclinó la cabeza, gratificado.

Cuando llegaron al sendero que conducía a las letrinas, el mayor se despidió con una mano en alto. Al alejarse, pasó junto a Duncan Innes, que venía en dirección contraria, ojeroso y pálido como si tuviera las entrañas

anudadas.

—¿Te encuentras bien, Duncan? —preguntó Jamie, observando a su amigo con cierta preocupación. Pese a lo fresco del día, en su frente brillaba una película de sudor, y sus mejillas estaban pálidas.

—No —fue la respuesta—. No, me siento... Necesito hablar contigo, *MacDubh*.

—Por supuesto, *a charaid*. —Alarmado por el aspecto de Duncan, lo cogió del brazo para prestarle apoyo—. ¿Quieres que busque a mi esposa? ¿Necesitas un trago?

—No, *MacDubh*. Es a ti a quien necesito. Un consejo, si tuvieras la bondad.

—Claro, hombre, claro. —Ya más curioso que alarmado, Jamie soltó el brazo a su amigo—. Dime de qué se trata.

—De... de la noche de bodas —barbotó Duncan—. Yo... es decir... tengo...

Al ver que alguien salía al sendero delante de ellos, rumbo a las letrinas, se interrumpió abruptamente.

—Por aquí. —Jamie lo guió hacia la huerta, donde estarían a salvo entre los protectores muros de ladrillo. «¿La noche de bodas?», pensó, a un tiempo tranquilizado y lleno de curiosidad. Sabía que Duncan nunca había tenido esposa. Y en Ardsmuir no hablaba de mujeres, como los otros. Por entonces él lo había atribuido al pudor, pero quizá... No: Duncan tenía más de cincuenta años. Sin duda se le habría presentado la oportunidad.

Sólo quedaban dos posibilidades: preferencias raras o enfermedad sexual. Y él podía jurar que a Duncan no le gustaban los varones. Sería algo embarazoso, pero Claire podría curarlo, sin lugar a dudas. Pero ojalá no fuera la plaga francesa; ésa sí que era cruel.

—Aquí, *a charaid* —dijo, conduciendo a Duncan al macizo de las cebollas—. Aquí nadie nos molestará. Dime ahora, ¿qué problema tienes?

El secreto de Duncan

El padre LeClerk no hablaba inglés, exceptuando un jubiloso «*Tally-ho!*», que usaba alternativamente como saludo, como interjección de asombro o para expresar aprobación. Como Yocasta aún estaba en su *toilette*, fui yo quien lo presentó a Ulises. Luego lo acompañé al salón principal, hice que le sirvieran un buen refrigerio y lo senté a conversar con los Sherston, éstos eran protestantes y estaban asustados por la presencia del jesuita, pero tan deseosos de exhibir su francés que pasaron por alto la infortunada profesión del cura.

Tras esa delicada maniobra social, me excusé para salir a la terraza, a fin de ver si Jamie había logrado apresar a Duncan. Ninguno de los dos estaba a la vista, pero Brianna venía por el prado, con Jemmy en brazos.

Acababa de oír las campanadas del reloj del salón, que daban el mediodía. Era de esperar que Jamie tuviera a Duncan bien sujeto. Tal vez fuera mejor encerrarlo para evitar que volviera a desaparecer.

—¿Conoces a los Sherston? —preguntó Brianna.

—Sí —fue mi cauta respuesta—. ¿Por qué? ¿Qué han hecho?

Ella arqueó una ceja.

—Me han pedido que pinte el retrato de la señora Sherston. Es un encargo. Al parecer tía Yocasta les habló maravillas de mí y les mostró algunas cosas que hice la primavera pasada, cuando estuve aquí. Ahora

quieren un retrato.

—¿De veras? ¡Oh!, querida, qué estupendo.

—Sería estupendo si tuvieran dinero —observó ella, práctica—. ¿Qué opinas?

Eran una buena pregunta. Las ropas finas no siempre reflejan el valor real. Yo no conocía bien a los Sherston; no eran de Cross Creek, sino de Hillsborough.

—Bueno, son bastante vulgares —dije, vacilando—, y terriblemente esnobs, pero creo que él tiene dinero. Si no me equivoco, es dueño de una cervecería. ¿Por qué no le preguntas a Yocasta? Ella ha de saber.

—Bas-tante vul-gares —repitió ella con una gran sonrisa, imitando mi acento británico—. ¿Quién es la esnob?

—Yo no —me defendí con dignidad—; sólo observo atentamente los matices sociales. ¿Has visto a tu padre o a Duncan?

—A Duncan no, pero papá está abajo, junto a los árboles, con el señor Campbell.

Y señaló el lugar para ayudarme. El pelo de Jamie y su tartán carmesí refulgían ferozmente al pie del prado. Pero no había señales de la chaqueta escarlata de Duncan.

—Que el diablo se lleve a ese hombre —musité—. ¿Dónde se ha metido?

—En la letrina, y ha caído dentro —sugirió Bree.

Me ajusté el chal y fui a reunirme con Jamie. Allí se estaba sirviendo un almuerzo al aire libre, para comodidad de los invitados; al pasar junto a la mesa de refrigerio cogí una galleta y una loncha de jamón, con los que improvisé un bocadillo para calmar mis propias punzadas de hambre.

Al parecer, Jamie acababa de decir algo gracioso, pues Campbell emitió ese ruido grave y chirriante que en él pasaba por risa, mientras me saludaba con una inclinación de cabeza.

—Lo dejaré para que se ocupe usted de sus asuntos —le dijo a Jamie, recobrada la compostura—. Pero puede llamarme cuando me necesite. —Con una mano a modo de visera, miró hacia la terraza—. Ah, regresa el hijo pródigo. ¿En chelines o en botellas de Brandy?

Duncan cruzaba la terraza, saludando con tímidas sonrisas a quienes le expresaban sus buenos deseos. Debo de haber puesto cara de extrañeza, pues

el señor Campbell me hizo una reverencia y graznó, con aire divertido:

—He hecho una pequeña apuesta con vuestro marido, señora.

—Cinco a uno por Duncan, esta noche —explicó Jamie—. Que él y mi tía compartirán la cama.

—Santo cielo —exclamé, bastante fastidiada—. ¿Es que nadie aquí hablará de otra cosa? Todos vosotros tenéis la mente como una cloaca.

Campbell, riendo, se apartó para atender las urgencias de uno de sus nietos pequeños.

—No me digas que tú no te has estado preguntando lo mismo. —Jamie me dio un suave codazo.

—Por supuesto que no —respondí, escandalizada. Era cierto, pero sólo porque ya lo sabía.

—¡Oh!, por supuesto —repitió él, torciendo la boca—. ¡Pero si se te ve la lujuria en la cara, como los bigotes al gato!

—¿Qué quieres decir con eso? —interpelé.

Por si fuera cierto, desplegué el abanico para cubrirme la parte inferior de la cara, mientras parpadeaba sobre el encaje, fingiendo inocencia. Él emitió una interjección de burla, muy escocesa. Después de mirar a su alrededor, se inclinó para susurrarme al oído:

—Quiero decir que es así como miras cuando quieres que vaya a tu cama. —El cálido aliento me agitó el pelo de la sien—. ¿Es así?

Mi marido se frotó la nariz, observándome con intensa especulación; su mirada azul se demoró en el escote de mi vestido nuevo. Yo hice aletear delicadamente el abanico sobre la zona.

—Eh... podríamos... —Evaluó los alrededores, estudiando las perspectivas de intimidad, pero su vista volvió ineludiblemente al abanico, como si fuera un imán.

—No, no podemos —le informé, mientras dedicaba un sonriente saludo a las ancianas señoritas MacNeil, que pasaron tranquilamente tras él—. Todos los rincones de la casa están llenos de gente. Los graneros, establos y cobertizos, también. Y si has pensado en una *rendez-vous* bajo las matas del ribazo, olvídalos. Este vestido ha costado una fortuna.

Una fortuna en *whisky* ilegal, pero fortuna al fin y al cabo.

—Lo sé perfectamente.

Me recorrió lentamente con los ojos, desde la cabellera recogida hasta las punteras de los zapatos nuevos. El vestido era de seda ambarina, con hojas de seda parda y dorada bordadas en el corpiño y en el dobladillo. Y a mi parecer, me sentaba como un guante.

—Pero vale la pena —agregó suavemente. Y se inclinó para besarme. Una brisa helada agitó las ramas del roble que nos cubría. Me acerqué más a él, buscando su calor.

—¡Dios mío! —dije, apoyando la frente en los pliegues de su camisa para inhalar su olor a hombre, mezclado con el almidón— si tu tía y Duncan no necesitan la cama quizás...

—¡Ah!, así que tú también lo has pensado.

—No, en absoluto. Por otra parte, ¿qué te importa?

—No me importa, es verdad —dijo, impertérrito—. Pero esta mañana, cuatro hombres me han pedido opinión: si lo harían... o si ya lo habían hecho. Lo cual es todo un cumplido para mi tía, ¿no?

Era verdad. Yocasta MacKenzie debía de estar bien entrada en la sexta década, pero la idea de que compartiera el lecho con un hombre no resultaba en absoluto inconcebible. Yo conocía a muchas que habían abandonado con gusto la vida sexual, tan pronto como el fin de la edad fértil lo hizo posible. Yocasta no era de esas. Y al mismo tiempo...

—No lo han hecho —informé—. Lo supe ayer, por Fedra.

—Lo sé. Duncan acaba de decírmelo.

—¿De veras? —Eso me sorprendió bastante.

—Quería preguntarte algo, *Sassenach* —dijo, mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie nos escuchara—. ¿Puedes buscar una ocasión para hablar a solas con mi tía?

—¿En este manicomio? —Eché un vistazo a la terraza; un enjambre de invitados rodeaba a Duncan—. Supongo que podría pillarla en su habitación, antes de que baje para la ceremonia. Ha subido a descansar.

No me habría ido mal acostarme también; me dolían las piernas tras pasar horas enteras de pie; además, los zapatos nuevos eran algo estrechos.

—Perfecto. —Saludó amablemente a un conocido que se acercaba, pero luego le volvió la espalda para evitar interrupciones.

—De acuerdo —dije—. ¿Por qué?

—Pues... se trata de Duncan —parecía a la vez divertido y algo preocupado—. Hay una pequeña dificultad y él no se atreve a tocar el tema con ella.

—No me digas nada —adiviné—. Estuvo casado y creía que su primera esposa había muerto, pero acaba de verla aquí, comiendo encurtidos.

—No es tan grave —aseguró él, sonriente—. Y quizá no sea tan problemático como Duncan teme. Pero está muy preocupado y no se decide a hablar con mi tía; ella le intimida un poco, ¿sabes?

—Lo entiendo, pero ¿qué es lo que le tiene tan preocupado?

—Bueno —respondió, él, con lentitud—, ¿se te ha ocurrido preguntarte por qué nunca se ha casado?

—No. Sólo supuse que el alzamiento... ¡Oh, Dios mío!... —me interrumpí—. No me digas... Santo cielo... ¿le gustan los hombres?

Había levantado involuntariamente la voz.

—¡No! —exclamó él, escandalizado—. ¿Iba yo a permitir que mi tía se casara con un sodomita?

—Pues no tenías por qué saberlo —observé, divertida.

—Créeme que lo sabría —aseguró, ceñudo—. Ven aquí.

Levantó una rama colgante para que yo pasara y al llegar a un pequeño espacio abierto entre los troncos, repitió:

—No. ¡Qué mente más sucia tienes, *Sassenach*! Nada de eso. —Eché un vistazo atrás, pero estábamos a buena distancia del prado y razonablemente ocultos a la vista—. Pero es... incapaz.

Escogió ligeramente un hombro, como si la idea lo incomodara profundamente.

—¿Qué? ¿Impotente? —sentí que se me abría la boca y la cerré.

—Sí. Durante su juventud estuvo comprometido, pero sufrió un horrible accidente: un caballo de tiro lo derribó en la calle y lo pateó en el escroto. — Pareció a punto de tocarse a modo de comprobación, pero se contuvo—. Se curó, pero... ya no era apto para los ritos nupciales, de modo que liberó a la joven de su compromiso y ella se casó con otro.

—¡Pobre hombre! —exclamé, con solidaridad—. ¡Siempre ha tenido mala suerte!

—Pero está vivo —comentó Jamie—. Muchos otros murieron. Además

—señaló la extensión de River Run—, no creo que, en su situación actual, puedas hablar de mala suerte. Exceptuando esa pequeña dificultad, claro está.

Con la frente arrugada, repasé las posibilidades médicas. Si el accidente hubiera provocado un grave daño vascular, no había mucho que se pudiera hacer; yo no estaba preparada para una buena cirugía reconstructiva. Pero si era sólo un coágulo...

—¿Dices que sucedió cuando era joven? Hum, va a ser difícil, después de tanto tiempo. Pero puedo echar un vistazo y ver si...

Jamie me miró con incredulidad.

—¿Un vistazo? ¡*Sassenach!* Ese hombre se demuda cuando le preguntas por la salud de sus intestinos. Casi ha muerto de vergüenza al contarme esto. Si te entrometes en sus intimidades le dará una apoplejía.

Irritada, metí tras una oreja el mechón de pelo que había liberado una ramilla de roble.

—Pero ¿qué esperas de mí? ¿Que lo cure con encantamientos?

—No, por supuesto —replicó, algo impaciente—. No quiero que hagas nada por Duncan. Sólo que hables con mi tía.

—Pero... ¿quieres decirme que ella no lo sabe? ¡Están comprometidos desde hace meses! ¡Y han convivido la mayor parte de este tiempo!

—Pues él no pensó que mi tía lo quisiera por su belleza viril, ¿verdad? —observó Jamie—. Sólo parecía cuestión de negocios y conveniencia. Como propietario de River Run, él podría manejar cosas que como capataz estaba fuera de su alcance. Aun así no habría accedido, pero ella lo persuadió.

—¿Y no se le ocurrió mencionar ese... impedimento?

—Lo pensó, sí. Pero mi tía no daba muestras de pensar en el matrimonio sino como una cuestión de negocios. Ella no mencionó el hecho y él era demasiado tímido para hacerlo. De modo que no surgió nunca.

—Y supongo que ahora ha surgido. ¿Qué sucedió? ¿Acaso esta mañana tu tía le metió una mano bajo la falda? ¿Hizo algún comentario soez sobre la noche de bodas?

—Él no me lo ha dicho —replicó, seco—. Pero sólo esta mañana, cuando comenzó a oír las bromas de los invitados, se le ocurrió que quizá mi tía esperaba... pues... —Encogió un hombro y lo dejó caer—. No sabía qué hacer. Y escuchando a todos le entró el pánico.

—Comprendo. —Me pasé un nudillo por el labio superior, pensativa—. Pobre Duncan, no es de extrañar que esté tan nervioso.

—Sí. —Jamie enderezó la espalda con el aire de quien ha resuelto algo—. Pues bien, si tienes la bondad de hablar con Yocasta y aclarar las cosas...

—¿Yo? ¿Quieres que yo se lo diga?

—Mira, no creo que le importe mucho —dijo, burlón—. Después de todo, a su edad no creo que...

—¿A su edad? —bufé—. La última vez que se supo de tu abuelo Simon, ya septuagenario avanzado, aún estaba haciendo de las suyas.

—Pero mi tía es mujer —observó él, bastante austero—, por si no te has percatado.

—¿Y tú crees que eso cambia las cosas?

—¿Tú no?

—Pues sí, las cambia. —Me recliné contra un árbol, con los brazos cruzados bajo el busto, y lo miré con las pestañas entornadas—. Cuando yo tenga ciento un años y tú, noventa y seis, te invitaré a mi lecho... y entonces veremos quién se comporta a la altura de las circunstancias, ¿de acuerdo?

Me observó con un destello en el azul oscuro de sus ojos.

—Estoy pensando hacerte el amor aquí mismo, *Sassenach* —dijo—. Como pago a cuenta, ¿eh?

—Y yo estoy pensando tomarte la palabra —repliqué. Sin embargo... Eché un vistazo hacia la casa, que se veía perfectamente a través de las ramas. Los árboles empezaban a brotar, pero aquellas ramillas tiernas no eran en absoluto camuflaje suficiente. Giré en el momento en que las manos de Jamie descendían hacia la curva de mis caderas.

A partir de entonces los hechos son algo confusos; las impresiones predominantes son un apresurado susurro de telas, el aroma penetrante de la hierba pisoteada y el crujir de las hojas marchitas bajo los pies.

Pocos segundos después abrí repentinamente los ojos.

—¡No te detengas! —dije, incrédula—. ¡Ahora no, por el amor de Dios!

Él dio un paso atrás, con una gran sonrisa maliciosa, y dejó caer el borde de su falda. El esfuerzo le había enrojecido la cara con un tono de bronce rojizo; su pecho subía y bajaba contra los volantes de la camisa. Se pasó la manga por la frente.

—Te daré el resto cuando tenga noventa y seis años, ¿sí?

—¡No vivirás hasta entonces! ¡Ven aquí!

—¿Hablarás con mi tía?

—¡Qué sucia extorsión! —jadeé, manoteando los pliegues de su falda—.

Me las pagarás, te lo juro.

—Sin duda. Claro que sí.

Me rodeó la cintura con un brazo para alzarme en vilo. Luego se giró para quedar de espaldas a la casa, ocultándose con su cuerpo. Sus largos dedos recogieron diestramente la falda de mi vestido y las dos enaguas; luego con más destreza aún, se deslizaron entre mis piernas desnudas.

—Calla —murmuró a mi oído—, si no quieres que la gente se entere.

Con la curva de mi oreja entre los dientes, puso manos a la obra como buen trabajador, sin prestar atención a mis forcejeos intermitentes... y bastante débiles, es preciso admitirlo.

Yo estaba más que lista y él sabía lo que estaba haciendo. No hizo falta mucho tiempo. Le clavé los dedos en el brazo, duro como el hierro contra mi cintura; durante un momento de vertiginosa infinitud me arqueé hacia atrás y luego me derrumbé contra él, retorciéndome como la lombriz en el anzuelo. Jamie sofocó una risa grave y me soltó la oreja.

Se había levantado una brisa fría que me agitaba los pliegues de la falda. Desde el prado llegaban, en el aire de primavera, olores a humo y a comida, junto con el rumor de las conversaciones y las risas. Yo lo oía apagado bajo el golpeteo lento y fuerte de mi corazón.

—Ahora que lo pienso —comentó Jamie, soltándose—, Duncan conserva una mano útil. —Me depositó suavemente sobre mis pies, sin soltarme el codo, por si se me aflojaban las rodillas—. Puedes mencionárselo a mi tía, si es necesario.

La música tiene su encanto

Roger MacKenzie caminaba a través de la multitud; aquí y allá saludaba a algún conocido, pero continuaba avanzando sin detenerse, para evitar cualquier intento de diálogo. No estaba de humor para conversar.

Brianna se había ausentado para amamantar al niño; si bien la echaba de menos, por el momento prefería que estuviese fuera de la vista. No le gustaban en absoluto las miradas que estaba atrayendo. Al mismo tiempo se sentía muy orgulloso de su mujer. Estaba preciosa con su vestido nuevo; al mirarla experimentaba un grato sentido de posesión.

El débil gemido de un violín, que provenía de la casa, hizo que irguiera las orejas. Tenía que haber música para la fiesta, desde luego. Y, con suerte, unas cuantas canciones desconocidas para él.

Giró hacia la casa. No había traído libreta, pero sin duda Ulises tendría algo para darle.

Aunque el violín había callado, se oían sonidos de cuerdas y parches, alguien estaba probando y afinando instrumentos en el salón grande. En ese momento sólo había unos cuantos invitados que conversaban con aire indiferente.

Roger pasó junto a Ulises; de pie frente al hogar, con peluca e inmaculada librea verde, supervisaba a dos criadas que preparaban una gigantesca tina de ponche de ron. Sus ojos se desviaron automáticamente a la puerta; tras

registrar la presencia y la identidad de Roger, volvieron a lo suyo.

Los músicos se habían agrupado en el otro extremo de la habitación, desde donde echaban miradas sedientas al hogar, mientras preparaban sus instrumentos. Él se detuvo junto al violinista.

—¿Qué vais a interpretar hoy? —preguntó, sonriente—. ¿«*Ewie wi'the Crooked Horn*», tal vez, o «*Shawn Bwee*»?

—¡Oh!, Señor, nada rebuscado. —El director, un irlandés con aspecto de grillo, cuyos ojos brillantes contrastaban con su espalda encorvada, señaló con un gesto de cordial desdén a su abigarrado conjunto de músicos—. Éstos no saben más que *jigas* y *reels*. De cualquier modo, es lo que la gente querrá bailar —añadió, con aire práctico—. Después de todo, aquí no estamos en los grandes salones de Dublín, ni siquiera en Edenton. Un buen violinista puede mantenerlos contentos.

—¿Y ése es usted, supongo? —preguntó Roger con una sonrisa.

—Ése soy yo —confirmó el caballero, con una elegante reverencia—. Seamus Hanlon, señor. A su servicio.

—Es un honor. Roger MacKenzie, del Cerro de Fraser. —Se inclinó a su vez, disfrutando de esa formalidad anticuada.

Hanlon lo observó con sagacidad, apreciando la amplitud de su pecho.

—¡Y qué voz! Sin duda usted es cantante, señor MacKenzie.

Una vibración doliente interrumpió la respuesta de Roger. Al girar en redondo vio al chelista inflado sobre su instrumento, como una gallina con un polluelo muy grande, para protegerlo de un daño mayor contra el caballero que, por lo visto, lo había pateado despreocupadamente al pasar.

—¡Tenga usted cuidado, hombre! —exclamó el chelista—. ¡Torpe borrachín!

—¿Eh? —El intruso, hombre corpulento que vestía el uniforme naval, lo miró amenazadoramente—. Cómo shhe atreve... se atreve... a hab... blarme ashí...

Tenía la cara anormalmente enrojecida y se bamboleaba un poco. Roger percibió los vapores alcohólicos a dos metros de distancia.

El oficial señaló al músico con un dedo, como si estuviera a punto de hablar.

—Cuidado, señor O'Reilly —advirtió secamente Seamus Hanlon al

chelista—. Si estuviéramos cerca del mar, habría una ronda de enganche esperando que usted saliera. Tal como están las cosas, no sería raro que ese hombre lo ataque con algún pasador.

O'Reilly escupió elocuentemente al suelo.

—Lo conozco —dijo, despectivo—. Se llama Wolf, «Lobo», pero no es más que un perro de mala muerte. Está más borracho que una cuba. Dentro de una hora ya no se acordará de mí.

Hanlon, caviloso, contempló con los ojos entornados la puerta por la que el teniente había desaparecido.

—Puede ser —reconoció—. Pero yo también lo conozco. Y creo que su mente puede estar más lúcida de lo que su conducta da a entender.

Reflexionó durante un instante, golpeándose la palma de la mano con el arco del violín. Luego se volvió hacia Roger.

—¿Del Cerro de Fraser, ha dicho usted? ¿Es acaso pariente de la señora Cameron? De la señora Innes, debería decir —se corrigió.

—Estoy casado con la hija de Jamie Fraser —explicó Roger, paciente. Había descubierto que era la descripción más eficaz, pues todo el condado parecía saber quién era Jamie Fraser. De ese modo evitaba más preguntas sobre sus propios vínculos familiares.

—¡Diantre! —exclamó Seamus, visiblemente impresionado—. ¡Vamos! ¡Hum!

—¿Y qué está haciendo aquí esa esponja? —inquirió el chelista, todavía furioso, mientras daba a su instrumento unos golpecitos tranquilizadores—. Todo el mundo sabe que tenía intenciones de casarse con la señora Cameron para quedarse con River Run. ¡Qué descaro, mostrarse hoy por aquí!

—Tal vez ha venido para demostrar que no guarda rencores —sugirió Roger—. Un gesto cortés. Que ha ganado el mejor y todo eso, ¿no?

Ante eso los músicos emitieron una mezcla de risitas burlonas y bufidos de hilaridad.

—Tal vez —dijo el flautista, moviendo la cabeza—. Pero si usted es amigo de Duncan Innes, dígame que durante el baile cuide sus espaldas.

—Sí, dígaselo —repitió Seamus Hanlon—. Vaya usted, joven, y hable con él. Pero regrese, por favor.

Y llamó con un dedo al lacayo que estaba a la espera. Después de coger

una taza de la bandeja que se le ofrecía, la alzó a manera de saludo, sonriendo a Roger.

—Puede que usted pueda enseñarme una o dos canciones nuevas.

El amuleto Deasil

Sentada en el sillón de piel, frente al hogar, Brianna daba el pecho a Jemmy, mientras su tía abuela se preparaba para la boda.

—¿Qué le parece? —preguntó Fedra, hundiendo el peine de plata en un pequeño tarro de pomada—. ¿La peino hacia arriba, con los rizos en la coronilla? —Su voz sonaba esperanzada, pero cautelosa. No ocultaba su desaprobación por el hecho de que su ama se negara a usar peluca; si se lo permitía, se esmeraría en crear un efecto similar con el pelo natural de Yocasta.

—Tonterías —dijo la anciana—. Esto no es Edimburgo, hija, mucho menos Londres. —Se respaldó en el asiento, con la cara en alto y los ojos cerrados, disfrutando del sol primaveral, que entraba a raudales por los cristales, hacía chispear el peine de plata y convertía en sombras las manos de la esclava, contra el nimbo de lustroso pelo blanco.

—Puede ser, pero tampoco es el Caribe salvaje, ni los páramos —contraatacó Fedra—. Usted es la señora; es su boda y todo el mundo la mirará. ¿Quiere abochornarme, con el pelo suelto sobre los hombros como las indias, para que todos crean que no conozco mi oficio?

—¡Oh!, Dios no lo permita. —La ancha boca de Yocasta se contrajo con irritable humor—. Péiname con sencillez, por favor: hacia atrás y recogido con peinetas. Quizá mi sobrina te permita exhibir tu habilidad en sus rizos.

Fedra echó una mirada penetrante a Brianna, quien se limitó a negar con la cabeza, sonriente.

Brianna miró con envidia el tamaño del gran lecho de Yocasta. Entre las exigencias del viaje, Jemmy y el hacinamiento de River Run, llevaba más de una semana sin dormir con Roger. Y difícilmente pudiera hacerlo antes de regresar al Cerro.

En realidad, dormir con él no era lo que más le interesaba, por agradable que fuera. Los estirones del bebé en su pecho despertaban necesidades no maternas en otros sitios, cuya satisfacción requería de Roger y de alguna intimidad. La noche anterior habían iniciado algo promisorio en la despensa, pero los interrumpió uno de los esclavos al entrar en busca de queso. En el establo, quizá... Extendió las piernas, curvando los dedos, y se preguntó si los mozos de cuadra dormirían allí o no.

—Está bien, me pondré los brillantes, pero sólo para complacerte, *a niegan*.

La voz humorística de Yocasta la arrancó de una tentadora visión: un pesebre lleno de paja y el cuerpo desnudo de Roger, entrevisto en la penumbra.

—Con eso basta, con eso basta. —La anciana se puso de pie, ahuyentando a Fedra, que abandonó la habitación. Tamborileaba con los dedos contra el tocador, arrugado el entrecejo, obviamente concentrada en los detalles que debía atender. De pronto se presionó la frente con dos dedos, por encima de los ojos.

—¿Te duele la cabeza, tía? —preguntó Brianna.

Yocasta bajó la mano y se volvió hacia ella con una sonrisa irónica.

—¡Oh!, no es nada. Cada vez que cambia el tiempo se me alborota la cabeza.

Pese a la sonrisa, la muchacha vio las arrugas de dolor que aparecían en los pliegues de los ojos.

—Jem está a punto de terminar. Iré a por mamá, ¿quieres? Ella puede prepararte una tisana.

Su tía descartó el ofrecimiento con un ademán de la mano, desechando el dolor con obvio esfuerzo.

—No es necesario, *a muirninn*. No es tan grave. —Y se frotó las sienes

cuidando de no arruinar el peinado. El gesto desmentía sus palabras.

Jemmy se desprendió con un lechoso «¡pop!» y dejó caer la cabeza hacia atrás, con la diminuta oreja arrugada y de color carmesí; el hueco del brazo donde había descansado quedó caliente y sudoroso.

—Está lleno, ¿verdad? —Yocasta sonrió, volviendo hacia ellos los ojos ciegos.

—Como un tambor —le aseguró Brianna. Para asegurarse le dio unas palmaditas en la espalda, pero no se oyó más que el suave suspiro del sueño. Entonces se levantó, le limpió la leche del mentón y lo acostó boca abajo en la cuna improvisada: un cajón del *chiffonier* de Yocasta, puesto en el suelo y bien acolchado con almohadas y edredones.

—¿Quieres que llame a Fedra para que te ayude a vestirme, muchacha?

—No hace falta: puedo arreglarme sola... si me ayudas con los cordones.

—Supongo que puedo. Oye, ¿el niño no está demasiado cerca del fuego? Mira que pueden saltar chispas.

Brianna se contorsionó dentro del corsé, recogiendo los pechos en los huecos festoneados que los sostenían; luego se puso el vestido por arriba.

—No, no está demasiado cerca del fuego —dijo, paciente, pero lo apartó un poco del hogar, por si acaso.

—Gracias por seguir la corriente a esta vieja —dijo Yocasta, en tono seco, al oír el roce de la madera.

—De nada, tía. —Brianna dejó traslucir en la voz el afecto y la disculpa. Apoyó una mano en el hombro de su tía abuela y Yocasta se la cubrió con la suya, estrechándosela con suavidad.

—No es porque crea que descuidas al niño —dijo—, pero cuando has vivido tanto como yo también eres más cautelosa, hija. He visto las cosas terribles que le pueden suceder a un bebé, ¿sabes? —añadió con más suavidad—. Y preferiría quemarme viva yo misma antes que nuestro pequeñín sufriera ningún daño.

Sus manos recorrieron ligeramente la espalda de la muchacha, buscando las ataduras sin dificultad.

—Veo que has recobrado la silueta —dijo con aprobación, al rozar la cintura—. ¿Qué es esto? ¿Tejido en relieve? ¿De qué color es?

—Azul añil oscuro. Con hojas de vid y pámpanos en algodón grueso, en

contraste con el azul claro de la lana. —Guió los dedos de Yocasta por las viñas que cubrían cada ballena del corpiño, desde el escote hasta la V de la cintura, que descendía marcadamente por delante para destacar la esbelta silueta que su tía acababa de ponderar.

Aspiró hondo al ceñirse los cordones; su mirada voló del espejo a la cabecita de su hijo, pequeña y redonda como un melón cantalupo y conmovedora en su perfección. No era la primera vez que se preguntaba qué vida habría llevado Yocasta. Debía de haber tenido hijos (al menos eso pensaba Jamie), pero nunca hablaba de ellos y la muchacha no se atrevía a preguntar. Quizá los hubiera perdido durante la infancia, como tantas. Sintió un nudo en el pecho al pensarlo.

—No te preocupes —dijo su tía. Su semblante, reflejado en el espejo, adoptó un decidido optimismo—. Tu pequeño ha nacido para grandes cosas. No sufrirá ningún daño, estoy segura.

Y se dio la vuelta, haciendo crujir la seda verde de la bata sobre las enaguas. Bree se sorprendió una vez más ante esa facultad de adivinar los sentimientos ajenos, aun sin ver las caras.

—¡Fedra! —llamó Yocasta—. ¡Fedra! Tráeme el estuche... el negro.

La esclava estaba cerca, como siempre. Un breve susurro en los cajones del armario y trajo el estuche negro. Yocasta se sentó con él ante su secreter.

Era una caja estrecha, vieja y gastada, recubierta de cuero y sin más adornos que el cierre de plata. La anciana guardaba sus mejores alhajas en un joyero mucho más grandioso, de madera de cedro, con el interior recubierto de terciopelo. ¿Qué tendría en ése?

Se acercó a su tía, que acababa de levantar la cubierta. Dentro había una varilla de madera torneada, del grosor de un dedo, con tres anillos: una simple banda de oro, con un berilo engarzado; otro con una esmeralda grande, y el último con tres diamantes rodeados de piedras más pequeñas, que captaban la luz y la reflejaban en arco iris, haciéndolos bailar contra los muros y las vigas.

—¡Qué preciosidad de anillo! —exclamó Bree, involuntariamente.

—¿El de diamantes? Es que Héctor Cameron era rico, sí —comentó Yocasta, tocando distraídamente la sortija más grande. Sus largos dedos sin adornos rebuscaron diestramente entre las baratijas amontonadas en la caja,

junto a los anillos, hasta encontrar algo pequeño y opaco que entregó a Brianna.

Era un pequeño broche de metal en forma de corazón, algo bruñido, con un trabajo de calado.

—Es un amuleto *deasil, a muirninn* —explicó la anciana, con un gesto de satisfacción—. Engánchalo en las faldas del niño, del revés.

—¿Un amuleto? —Brianna miró a Jemmy—. ¿Qué clase de amuleto?

—Contra las hadas. Que el pequeño lo lleve siempre abrochado a su delantal (siempre dado la vuelta, recuerda), y nada proveniente del Pueblo Antiguo podrá hacerle daño.

A Brianna se le puso la piel de gallina de los antebrazos ante el tono objetivo de aquella voz.

—Tu madre debería habértelo dicho —prosiguió Yocasta, con un dejo de reproche—. Claro que es una *Sassenach*. Y a tu padre no se le ocurriría. Los hombres no piensan en esas cosas —añadió, con cierta amargura—. A la mujer le corresponde cuidar de los pequeños y protegerlos de todo mal.

Se inclinó hacia el cesto de la yesca y, después de buscar a tientas, extrajo una larga ramilla de pino, con la corteza aún adherida.

—Toma esto —ordenó—. Enciende un extremo en el hogar y camina tres veces alrededor del niño. ¡En la dirección del sol!

Brianna, intrigada, cogió la varilla y la acercó al fuego. Luego hizo lo que se le indicaba, cuidando de sostener la varilla encendida lejos de la cuna improvisada y de sus propias faldas. Yocasta golpeaba rítmicamente el suelo con el pie, cantando en voz baja. Hablaba en gaélico, pero lentamente, de modo que la muchacha pudo reconocer la mayor parte de las palabras.

*Que la sabiduría de la serpiente sea tuya,
que la sabiduría del cuervo sea tuya,
y la sabiduría del águila valiente.*

*Que la voz del cisne sea tuya,
que la voz de la miel sea tuya,
y la voz del Hijo de las estrellas.*

*Que la protección del hada sea tuya,
que la protección de los elfos sea tuya,*

*que la protección del perro colorado sea tuya.
Que la riqueza del mar sea tuya,
que la riqueza de la tierra sea tuya,
y la riqueza del Padre del Cielo.
Que cada día sea alegre para ti,
que no haya días malos para ti,
una vida gozosa y satisfecha.*

Yocasta hizo una pausa, con una arruga en la frente, como alerta para percibir cualquier respuesta del país de las hadas. Claramente satisfecha, señaló el hogar.

—Arroja eso al fuego. Así el niño estará protegido contra las quemaduras.

Brianna obedeció. La fascinaba descubrir que nada de eso le parecía ridículo. Era extraño, pero muy satisfactorio, pensar que de ese modo protegía a Jem de todo daño, aun contra las hadas, en las que personalmente no creía. Al menos, no había creído en ellas antes de todo eso.

Desde abajo le llegó un hilo de música, el chirrido de un violín y una voz grave y madura. Aunque no llegaba a distinguir las palabras, reconoció el sonido.

Yocasta inclinó la cabeza para escuchar, sonriente.

—Tiene buena voz, tu marido.

Brianna también escuchaba. Percibió muy débilmente el familiar ir y venir de «Mi amor está en América». «Siempre canto para ti». Los pechos blandos, ya vacíos de leche, le escocieron un poco ante el recuerdo.

—Tienes buen oído, tía —comentó, apartando el pensamiento con una sonrisa.

—¿Estás satisfecha con tu matrimonio? —preguntó Yocasta abruptamente—. ¿Te llevas bien con el muchacho?

—Sí —respondió ella, algo sobresaltada—. Muy bien, sí.

—Me alegro. —Su tía abuela escuchaba, inmóvil y con la cabeza inclinada a un lado—. Me alegro, sí —repitió en voz baja.

Llevada por un impulso, Brianna le apoyó una mano en la cintura.

—¿Y tú, tía? —preguntó—. ¿Eres... estás satisfecha?

«Feliz» no parecía ser la palabra adecuada, teniendo a la vista esa hilera

de anillos en el estuche. Tampoco podía hablar de «llevarse bien», si recordaba a Duncan, tímido y enmudecido la noche anterior, nervioso y descompuesto esa mañana.

—¿Satisfecha? —dijo Yocasta, desconcertada—. ¡Ah, de casarme! — Para alivio de Brianna, su tía se echó a reír; las líneas de su cara se alzaron en sincera diversión—. ¡Pues sí, desde luego! ¡Pero si es la primera vez que cambiaré de apellido en cincuenta años!

Con un pequeño bufido de diversión, la anciana se volvió hacia la ventana y apoyó la palma contra el cristal.

—El día es perfecto, muchacha —añadió—. ¿Por qué no te pones el manto y sales a tomar un poco de aire en compañía?

Estaba en lo cierto; el río distante refulgía como plata entre un encaje de ramas verdes. El aire interior, tan tibio momentos antes, parecía ahora súbitamente rancio y helado.

—Creo que sí. —Brianna miró hacia la cuna—. ¿He de llamar a Fedra para que cuide del niño?

Yocasta lo descartó con un gesto de la mano.

—Anda, vete, vete. Yo cuidaré del pequeñín. No pienso bajar en un rato.

—Gracias, tía.

Bree le dio un beso en la mejilla y se dispuso a salir. Luego, mirando a su tía, dio un paso atrás, hacia el hogar, y apartó discretamente la cuna del fuego.

* * *

El aire fresco de fuera olía a hierba nueva y a humo de barbacoa. Sintió deseos de brincar por los senderos de piedra, con la sangre cantando en las venas. Desde la casa le llegaban compases de música y la voz de Roger. Daría un paseo rápido y luego entraría; tal vez entonces Roger estuviera dispuesto a darse un descanso y...

—¡Brianna!

Oyó su nombre siseado desde la huerta. Al volverse, sobresaltada, descubrió la cabeza de su padre, asomada por una esquina del muro, como un

caracol rojizo. La llamó con un gesto y desapareció.

Ella echó un vistazo sobre su hombro, para asegurarse de que nadie la observara, y entró apresuradamente. Su padre estaba agachado entre las zanahorias recién brotadas, junto a una criada negra que yacía despatarrada en un montón de estiércol, con la cofia sobre la cara.

—¿Qué demonios...? —comenzó ella. Luego captó una penetrante vaharada de alcohol entre los aromas de las plantas y el estiércol calentado por el sol—. Ah.

Y se puso en cuclillas junto a su padre, con las faldas abultadas sobre el sendero.

—Fue culpa mía —explicó él—, al menos en parte. Dejé una taza medio vacía bajo los sauces. —Señalaba una taza para ponche, tirada en el camino, con una gota de líquido pegajoso aún adherida al borde—. Ella debe de haberla encontrado.

Bree levantó el volante de la cofia con un dedo cauteloso. Era Betty, una de las mayores; tenía los labios flojos y la mandíbula caída en un estupor alcohólico.

—Sí, no fue su primera media taza —confirmó Jamie, al verla—. Debe de haber estado como una cuba. No sé cómo pudo caminar hasta aquí desde la casa, en esas condiciones.

—¿Qué bebías? ¿Ponche de ron? —preguntó Brianna.

—Brandy.

—En ese caso no fuiste tú quien la empujó al otro lado.

Le mostró la taza, inclinándola para que él pudiera ver los posos oscuros del fondo. El ponche de Yocasta no se preparaba sólo con ron, azúcar y mantequilla, según la costumbre, sino también con pasas de Corinto, y se terminaba de especiar con un hierro caliente. El resultado no era sólo una mezcla de color pardo oscuro, sino que dejaba un denso sedimento, compuesto de pequeños granos de hollín, provenientes del hierro, y restos chamuscados de las pasas.

Jamie cogió la taza, ceñudo, y metió en ella la nariz para aspirar profundamente. Luego hundió un dedo en el líquido y se lo llevó a la boca.

—¿Qué es? —preguntó ella, al ver su cambio de expresión.

—Ponche. —Pero repasó varias veces los dientes con la lengua, como

para limpiarlos—. Con láudano, según creo.

—¡Láudano! ¿Estás seguro?

—No —reconoció él, francamente—. Pero si esto no contiene algo aparte de las pasas de Corinto, yo soy holandés.

—Te creo —dijo, limpiándose la punta de la nariz con el dorso de la mano—. ¿Voy a buscar a mamá?

Jamie se agachó junto a la mujer para examinarla con atención. Después de palpar una mano lasa y escuchar la respiración, movió la cabeza.

—No sé si está drogada o sólo ebria, pero no parece moribunda.

—¿Qué haremos con ella? No podemos dejarla tendida aquí.

—No, por supuesto.

Con mucha suavidad, Jamie alzó a la mujer. Un zapato gastado cayó al camino. Brianna lo recogió.

—¿Sabes dónde duerme? —preguntó su padre, maniobrando cuidadosamente con su carga estentórea para rodear un macizo de pepinos.

—Trabaja en la casa; debe de dormir en la buhardilla.

Él sacudió la cabeza para quitar un mechón de pelo rojo que el viento le había metido en la boca.

—Pues bien, rodearemos los establos y trataremos de subir por la escalera posterior sin que nos vean. Ve delante, hija, y hazme una seña cuando el camino esté libre.

Cuando se volvía para hacer la señal a su padre divisó al mismo señor Wylie, que entraba en los establos acompañando a una dama. Un destello de seda dorada... ¡Un momento! ¡Era su madre! Por un instante, Claire volvió su cara pálida hacia ella, pero estaba atenta a lo que su acompañante decía y no reparó en la presencia de su hija.

Bree vaciló. Habría querido llamar a su madre, pero no podía hacerlo sin llamar la atención. Al menos sabía dónde encontrarla. Una vez que Betty estuviera a salvo en su cama, podría ir a pedirle ayuda.

Tras unos momentos de alarma y librarse por poco de ser vistos, lograron subir a Betty hasta el largo ático que compartía con las otras esclavas de la casa. Jamie, jadeante, la dejó caer sin ceremonias en uno de los camastros.

—Bueno —dijo, algo gruñón—. Ya está a salvo. Si le dices a algunas de

las otras esclavas que se ha sentido indispuesta, supongo que el asunto no llegará a mayores.

—Gracias, papá. —Ella se acercó para darle un beso en la mejilla—. Eres muy dulce.

—¡Oh!, sí —exclamó él, resignado—. Tengo los huesos llenos de miel. —Aun así no parecía disgustado—. ¿Has traído ese zapato?

Le quitó el otro y los puso juntos, bajo la cama. Luego cubrió con la tosca manta de lana los pies de la mujer, enfundados en sucias medias blancas. Brianna verificó su estado; hasta donde podía juzgar, todo estaba bien; la mujer aún roncaba con una regularidad tranquilizadora. Mientras se alejaban de puntillas hacia la escalera posterior, le dio a Jamie la taza de plata.

—Toma. ¿Sabías que ésta es una de las tazas de Duncan?

—No. —Él arqueó una ceja—. ¿Cómo que es de Duncan?

—Tía Yocasta encargó un juego de seis tazas, como regalo de bodas. Me las enseñó ayer. Mira. —Hizo girar la taza en la mano para mostrarle el monograma grabado—. La I de Innes, con un pequeño pez que nada alrededor de la letra; fijate en el bello detalle de las escamas. ¿Te es útil saberlo? —preguntó, al ver que su padre arrugaba la frente, interesado.

—Quizá. —Él sacó un pañuelo limpio para envolver el recipiente con cuidado y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta—. Iré a averiguar. Mientras tanto, ¿puedes buscar a Roger Mac?

—Por supuesto. ¿Para qué?

—Pues se me ha ocurrido que si Betty bebió parte del ponche y quedó tendida como un pescado en la encimera, me gustaría encontrar al que bebió la primera parte y ver si está en el mismo estado. Si el ponche estaba drogado, es posible que estuviera destinado a otra persona, ¿verdad? Tú y Roger Mac podríais buscar discretamente entre los arbustos, por si hubiera algún cuerpo tendido.

En su prisa por llevara a Betty arriba, ella no lo había pensado.

—De acuerdo. Pero antes debería buscar a Fedra o a Ulises para decirles que Betty está indispuesta.

—Sí. Si hablas con Fedra, podrías averiguar si la mujer consume opio, además de beber, Aunque me parece improbable —añadió con sequedad.

—También a mí —repuso ella, en el mismo tono.

Comprendía por qué. Podía darse el caso de que el ponche no estuviera drogado y que Betty hubiera tomado láudano por sí misma, deliberadamente. Ella sabía que Yocasta tenía un poco en la despensa. Pero si lo había consumido, ¿era sólo por divertirse o porque tenía intención de suicidarse?

Era mucho más probable que Betty fuera alcohólica, simplemente, del tipo que bebe cualquier cosa vagamente etílica; así lo sugería el olor de su ropa. Pero en ese caso, ¿por qué arriesgarse a robar láudano en medio de una fiesta que aseguraba bebidas en abundancia?

De mala gana, llegó a la misma conclusión que debía haber sacado su padre: Betty había ingerido el láudano (si de eso se trataba) por accidente. Y en ese caso... ¿para quién era la taza de la que había bebido?

Jamie se volvió, frunciendo los labios en señal de silencio, y le indicó por señas que no había moros en la costa. Ella lo siguió a paso rápido. Cuando llegaron al camino, sin haber sido vistos, dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Qué hacías allí, papá? —preguntó.

Su padre puso cara de no entender.

—En la huerta —explicó Brianna—. ¿Cómo es que encontraste a Betty?

—¡Ah! —Él la cogió del brazo para alejarla de la casa. Marcharon tranquilamente hacia el corral, como dos inocentes invitados que quisieran contemplar los caballos—. Acababa de cambiar unas palabras con tu madre en el bosquecillo. Regresé atravesando la huerta. Y allí estaba la mujer, tendida de espaldas en el montón de estiércol.

—Ése es un detalle que hay que tomar en cuenta, ¿no te parece? ¿Se acostó en la huerta a propósito o fue sólo por accidente que la encontré allí?

Jamie movió la cabeza.

—No sé. Pero en cuanto Betty esté sobria quiero hablar con ella. ¿Sabes dónde está tu madre ahora?

—Sí, con Phillip Wylie. Creo que iban a los establos.

Su padre dilató un poco las fosas nasales al oír ese nombre; ella contuvo una sonrisa.

—Iré a por ella —dijo Jamie—. Mientras tanto, tú ve en busca de tu marido. Y algo más, muchacha... Que nadie se entere de lo que haces, ¿eh?

Ella asintió con un gesto. Entonces Jamie giró sobre sus talones y se dirigió hacia los establos, golpeteando suavemente la chaqueta con los dedos

de la mano derecha, como solía hacerlo cuando estaba muy pensativo.

El viento frío se filtró bajo las faldas y las enaguas de Bree, ahuecándolas, y le provocó un escalofrío. Entendía bien lo que su padre había querido sugerir.

Si no era un intento de suicidio ni un accidente, podía tratarse de un intento de asesinato. Pero ¿de quién?

Coqueteos

Después de nuestro interludio, Jamie me dio un largo beso y se alejó ruidosamente entre la maleza, en busca de Ninian Bell Hamilton, decidido a averiguar qué pensaban hacer los reguladores en el campamento que Hunter había mencionado. Dejé pasar unos momentos en aras de la decencia y salí también, pero me detuve en el borde del bosquecillo antes de aparecer a la vista del público, para asegurarme de presentar un aspecto decoroso.

Cuando estaba a punto de salir de detrás de los árboles se me ocurrió revisar la parte posterior de mi falda, por si hubiera allí manchas o trocitos de corteza. Cuando estiraba el cuello para mirar hacia atrás, choqué de frente con Phillip Wylie.

—¡Señora Fraser! —Me cogió por los hombros para evitar que cayera de espaldas—. ¿Está usted bien, querida mía?

—Sí, por supuesto. —Mis mejillas ardían con legítima justificación. Di un paso atrás para sacudirme. ¿Por qué tropezaba siempre con Phillip Wylie? ¿Acaso esa pequeña peste me estaba siguiendo?—. Disculpe usted, por favor.

—Nada, nada —dijo él, cordialmente—. Ha sido culpa mía. Soy demasiado torpe. ¿Puedo traerle algo que le restaure el ánimo, querida mía? ¿Un vaso de sidra? ¿Vino? ¿Ponche de ron? ¿Licor de manzanas? O... No: *brandy*. Eso es, permítame traerle un poco de *brandy* para reponerse del susto.

—¡No, nada, gracias! —No pude menos que reírme de lo absurdo. Él sonrió de oreja a oreja; obviamente se consideraba muy ingenioso.

—Bueno, si ya está repuesta, querida señora, debe acompañarme. Insisto. Había atrapado mi mano en el hueco de su codo y me remolcaba decidido en dirección a los establos, pese a mis protestas.

—No llevará más que un momento —me aseguró—. Me he pasado el día deseoso de mostrarle mi sorpresa. Quedará usted absolutamente encantada, se lo aseguro.

Me rendí débilmente. Parecía más fácil ir a ver nuevamente esos benditos caballos que discutir con él.

—Ese potro tiene muy buen carácter —comenté con aprobación, comparando mentalmente los buenos modales de *Lucas* con la rapaz personalidad de *Gideon*. Como Jamie aún no había tenido tiempo de castrarlo, durante el viaje a River Run el caballo había mordido a casi todo el mundo, animales y humanos por igual.

—Es característico de la raza —explicó Wylie, abriendo la puerta de los establos—. Son caballos muy amistosos, aunque su carácter gentil no los priva de inteligencia, se lo aseguro. Por aquí, señora Fraser.

En contraste con el exterior fulgurante, en el establo la oscuridad era total, tanta que tropecé con un ladrillo saliente del suelo y caí hacia delante, con una exclamación de sobresalto. El señor Wylie me sujetó por un brazo.

—¿Está usted bien, señora Fraser? —preguntó, mientras me ayudaba a enderezarme.

—Sí —aseguré, algo sofocada. En realidad me había torcido el tobillo y me dolía la punta del pie; esos zapatos nuevos eran encantadores, pero aún no estaba habituada a ellos—. Permítame esperar un momento, hasta que mi vista se adapte.

Él esperó, pero sin soltarme el brazo. Sujetaba sólidamente mi mano en el hueco del codo, para brindarme más apoyo.

—Reclínese contra mí —dijo simplemente.

Lo hice. Por un instante permanecimos quietos; yo, con el pie dolorido en alto, como una garza, a la espera de que los dedos dejaran de palpar. Por una vez el señor Wylie parecía falto de ocurrencias y salidas, quizá por lo apacible de la atmósfera.

—Aquí se está como dentro de un vientre, ¿verdad? —comenté—. Es tan cálido y oscuro... Casi me parece sentir el latido del corazón.

Wylie rió por lo bajo.

—Es el mío —dijo. Y se tocó el chaleco; su mano fue una sombra oscura contra el satén claro.

Mis ojos se adaptaban rápidamente a la oscuridad, pero aún así el lugar era muy penumbroso. La silueta esbelta de un gato se deslizó junto a nosotros haciendo que bajara el pie dolorido. Aún no soportaba el peso, pero al menos podía apoyarlo.

—¿Puede sostenerse sin apoyo un momento? —preguntó él.

Sin esperar respuesta, se apartó para encender una lámpara, a poca distancia. Entonces Wylie volvió a cogerme del brazo con la mano libre para conducirme hacia el extremo opuesto del establo.

Estaban en el último pesebre. Phillip alzó la lámpara, al tiempo que se volvía para sonreírme. La luz brilló sobre un pelaje que relucía y ondulaba como agua a medianoche, y se reflejó en los grandes ojos pardos de la yegua.

—¡Oh, qué belleza! —comenté. Y luego, alzando un poco la voz—: ¡Oh!

Una cría asomaba por detrás de su grupa, toda ella patas largas y rodillas abultadas; la pequeña grupa y las paletas inclinadas eran ecos redondeados de la perfección muscular de su madre. La cría parpadeó una sola vez, deslumbrada por la luz; luego se apresuró a refugiarse tras el cuerpo de su madre. Un momento después asomó cautelosamente el hocico. Siguió un ojazo parpadeante... y el hocico desapareció, sólo para reaparecer casi al instante, algo más lejos.

—¡Pues mire usted a esa pequeña coqueta! —exclamé, encantada.

Wylie rió.

—Es coqueta, sí —dijo, con la voz llena de orgullo—. ¿No son magníficas?

—Sí que lo son —confirmé, pensativa—. Pero no estoy segura de que ésa sea la palabra correcta. Magnífico es lo que se diría de un semental o un caballo de guerra. Éstas son... ¡son dulces!

—¿Dulces? —se extrañó él, con un resoplido de risa—. ¡Dulces!

—Por supuesto. Encantadoras. Deliciosas. De buen carácter.

—Son todo eso, sí —confirmó él—. Y bellas, además.

No miraba a los caballos, sino a mí, con una vaga sonrisa.

—Sí —musité, aunque experimentaba una oscura punzada de inquietud—. Son muy bellas.

Wylie estaba muy cerca; di un paso a un lado y le volví la espalda, con el pretexto de observar a los caballos. La cría hociqueó la ubre henchida de su madre, agitando la cola con entusiasmo.

—¿Cómo se llaman? —pregunté.

Wylie se acercó a la barra del pesebre con aire de indiferencia, pero se las compuso para que su brazo me rozara la manga al colgar la linterna de un gancho instalado en el muro.

—La yegua es *Tessa* —dijo—. Y usted ya ha visto a *Lucas*, el semental. En cuanto a la potra... —Me cogió de la mano, sonriente—. Pensaba llamarla *La Belle Claire*.

Por un segundo no me moví, estupefacta ante la expresión que veía en su cara.

—¿Qué? —dije, atónita. Debía de estar equivocada. Traté de retirar la mano, pero había vacilado por un segundo de más. Sus dedos estrujaron los míos. ¿No tendría intenciones de...?

Sí.

—Encantadora —dijo suavemente, arrimándose—. Deliciosa. De buen carácter. Y... bella.

Me besó. Estaba tan desconcertada que por un momento no me moví. Su beso fue breve y casto, blanda la boca. Pero lo que importaba era el hecho de que se hubiera atrevido.

—¡Señor Wylie! —exclamé. Retrocedí precipitadamente un paso, pero me detuvo la barandilla.

—Señora Fraser —dijo él con voz queda, avanzando a su vez un paso—. Querida mía.

—Yo no soy su...

Y me besó otra vez. Ya sin ningún rastro alguno de castidad. Aún horrorizada, pero ya libre de estupefacción, lo empujé con fuerza. Él se tambaleó y tuvo que soltarme la mano, pero se recobró instantáneamente y me sujetó por un brazo, deslizándome la otra mano por detrás.

—Coqueta —susurró. Y bajó la cara hacia la mía.

Le di un puntapié. Por desgracia lo hice con el pie dolorido, lo cual privó al golpe de fuerza.

—¡Basta! —siseé—. ¡Basta ya!

—Me enloqueces —susurró él, estrechándome contra su pecho. E intentó hundirme la lengua en la oreja.

Yo pensaba que había enloquecido, pero rechazaba cualquier responsabilidad por ese estado. Logré aferrarlo por el cuello, pero ese maldito corbatón se me interpuso; traté de introducir los dedos. Él dio un respingo hacia el costado y me sujetó la mano.

—Por favor —dijo—, quiero...

—¡Me importa un rábano lo que usted quiera! —le espeté—, ¡suélteme de inmediato, grandísimo... —busqué a ciegas algún insulto adecuado— cachorro!

Para mi sorpresa, se detuvo en seco. No podía palidecer, pues ya tenía la cara cubierta de polvos de arroz (su sabor me había quedado en los labios). Pero apretó la boca con expresión... dolida.

—¿Es eso lo que piensa de mí? —preguntó en voz baja.

—¡Pues sí, diablos! ¿Qué otra cosa puedo pensar? ¿Ha perdido usted la cabeza, que se comporta de esta manera tan... despreciable? ¿Qué bicho le ha picado?

—¿Despreciable? —Parecía atónito al oír calificar de ese modo sus insinuaciones—. Pero si yo... es decir, usted... Supuse que... no le disgustaría...

—No es posible —dije, con toda firmeza—. No es posible que usted haya concebido una idea de ese tipo. ¡Nunca le he dado el menor motivo para pensar algo así!

Intencionadamente no, desde luego. Pero se me ocurrió la inquietante idea de que tal vez teníamos distintas percepciones de mi conducta.

—¿Qué no? —Su cara iba cambiando, nublandose de cólera—. ¡Permítame usted que difiera, señora!

Con cierta aprensión, caí en la cuenta de que el coqueteo, en el plano social de Phillip, se disimulaba con un aire de broma. ¿Qué le había dicho, por Dios? Recordaba difusamente haber analizado, con él y su amigo Stanhope, la Ley del Sello. Impuestos, sí, y tal vez caballos... ¿Habría sido

suficiente para inflamar ese malentendido?

—«Tus ojos son como los estanques de peces de Heshbon» —recitó, en voz baja y acerba—. ¿No recuerda usted la noche en que se lo dije? ¿El salmo de Salomón le parece «una conversación cortés»?

—¡Cielo Santo!... —Contra mi voluntad, empezaba a sentirme algo culpable; en la fiesta de Yocasta habíamos mantenido un breve diálogo de ese tipo. ¿Y él lo recordaba? El salmo de Salomón era bastante fuerte; quizá la simple referencia... Pero me sacudí mentalmente y erguí la espalda.

—Tonterías —declaré—. Usted lo dijo a modo de broma provocativa y yo me limité a responderle en el mismo tono. Y ahora debo...

—Ha venido aquí conmigo. A solas.

Y dio un paso más hacia mí, con decisión en los ojos. ¡Se estaba convenciendo a sí mismo, ese petimetre empecinado!

—Señor Wylie —dije con firmeza, apartándome hacia un lado—, lamento profundamente que usted haya interpretado mal la situación, pero soy muy feliz con mi marido y usted no me inspira ningún interés romántico. Y ahora, si me disculpa...

Pasé esquivándolo y salí precipitadamente del establo, tan deprisa como los zapatos me lo permitían. Llegué a las puertas sin que me molestara, con el corazón acelerado.

En el contratiempo reciente sólo se me había soltado un mechón de cabellos. Lo sujeté con cuidado y sacudí algunas briznas de paja adheridas a mis faldas. Afortunadamente no me había desgarrado la ropa; una vez asegurado el pañuelo, volvía a quedar decente.

—¿Estás bien, *Sassenach*?

Salté como un salmón en el anzuelo y mi corazón hizo otro tanto. Giré en redondo, con la adrenalina recorriéndome el pecho como una corriente eléctrica. Allí estaba Jamie, de pie a mi lado, observándome con una leve arruga en el entrecejo.

—¿Qué has estado haciendo, *Sassenach*?

Aún tenía el corazón en la garganta, sofocándome, pero me obligué a pronunciar unas cuantas palabras, con la esperanza de que sonaran despreocupadas.

—Nada. Es decir, vine a ver a los caballos. Al caballo. A la yegua. Ha

tenido un potrillo.

—Sí, ya sé —dijo. Me observaba con aire extraño.

—¿Encontraste a Ninian? ¿Qué te ha dicho? —Me acomodé el pelo en la nuca, aprovechando la oportunidad para evitar su mirada.

—Dice que es cierto, aunque nunca lo dudé. Hay más de un millar de hombres acampados cerca de Salisbury. Y todos los días se les suman más, ha dicho. ¡El viejo estúpido está muy complacido!

Frunció el entrecejo, tamborileando con los dos dedos tiosos contra la pierna. Comprendí que estaba muy preocupado. Si se convocaba nuevamente a la milicia, sólo quedarían las mujeres para ocuparse de la siembra.

—Los hombres de ese campamento, ¿han abandonado sus tierras?

Salisbury también estaba al pie de la montaña. Era inconcebible que un agricultor abandonara su tierra a esa altura del año sólo para protestar contra el gobierno, por muy irritado que estuviera.

—Las han abandonado o las perdieron —dijo él brevemente. Su ceño se acentuó al mirarme—. ¿Has hablado con mi tía?

—Eh... no —reconocí, sintiéndome culpable—. Todavía no. Iba a... Pero has dicho que había otro problema. ¿Qué más ha sucedido?

Emitió el ruido de una tetera al hervir, lo cual expresaba en él una rara impaciencia.

—¡Cristo, casi lo había olvidado! Creo que han envenenado a una de las esclavas.

—¿Qué? ¿A quién? ¿Cómo? —Dejé caer las manos para mirarlo con fijeza—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—¡Pero si acabo de decírtelo! No te preocupes; no corre peligro. Sólo está borracha perdida. —Encogió los hombros, irritado—. El único inconveniente es que quizá no era a ella a quien querían envenenar. He hecho que Roger Mac y Brianna salieran a echar un vistazo. No han venido a informarme de ningún cadáver, tal vez me equivoque.

—¿Tal vez? —Me froté el puente de la nariz, distraída de mis preocupaciones por esa novedad—. Es cierto que el alcohol es un veneno, aunque nadie parezca entenderlo, pero existe una diferencia entre embriagarse y ser envenenado intencionalmente. ¿Qué significa...?

—*Sassenach* —me interrumpió.

—¿Qué?

—En el nombre de Dios, ¿qué has estado haciendo? —estalló.

Lo miré con desconcierto. Mientras discutíamos había enrojecido progresivamente, pero yo lo atribuí a la frustración y a sus temores por lo de Ninian y los reguladores. Al ver el peligroso destello azul de sus ojos caí en la cuenta de que en su actitud había algo más personal. Incliné la cabeza a un lado para mirarlo con desconfianza.

—¿Por qué lo preguntas?

Apretó los labios sin responder. En cambio extendió un índice para tocar, muy delicadamente, la comisura de mi boca. Luego me mostró la yema, con un pequeño objeto negro adherido: el lunar en forma de estrellas de Phillip Wylie.

—Ah... —Sentí un claro zumbido en los oídos—. Eso. Pues...

Me sentía mareada. Ante mis ojos bailaban pequeñas manchas, todas en forma de estrella negra.

—Sí, eso —me espetó él—. ¡Por Dios, mujer! Como si no bastaran los problemas de Duncan y las diabluras de Ninian... ¿Y por qué no me dijiste que había reñido con Barlow?

—No creo que eso fuera exactamente una riña —expliqué, esforzándome por recobrar la serenidad—. Además, el mayor MacDonald le puso fin, ya que a ti no se te encontraba por ninguna parte. Y si quieres que se te informe de todo, el mayor quiere...

—Ya sé lo que quiere. —Descartó a MacDonald con un seco ademán de la mano—. Estoy hasta las narices de mayores, reguladores y sirvientas borrachas. ¡Y tú, besuqueándote con ese petimetre en el establo!

Como sentía subir la sangre detrás de los ojos, apreté los puños para dominarme y no abofetearlo.

—¡No estaba «besuqueándome» con él en absoluto, y tú lo sabes! Ese pequeño estúpido se me insinuó, pero eso fue todo.

—¿Qué se te insinuó? ¿Quieres decir que te hizo el amor? ¡Eso es evidente!

—¡Nada de eso!

—¿No? ¿Acaso le has pedido que te prestara este lunar para que te trajera suerte?

Movió el dedo bajo mi nariz; yo se lo aparté de un manotazo. Demasiado tarde, recordé que «hacer el amor» no significaba fornicar, sino enredarse en un coqueteo amoroso.

—Quiero decir —aclaré entre dientes— que me besó. Probablemente por bromear. ¡Pero si podría ser su madre!

—Hasta su abuela —señaló él, de manera brutal—. Conque te besó. ¿Y por qué diablos lo incitaste, *Sassenach*?

Quedé boquiabierta de indignación. Era tan insultante que me considerara la abuela de Phillip Wylie como que me acusara de haberlo incitado.

—¿Qué lo incité? ¡Condenado idiota! ¡Sabes perfectamente que no lo he incitado!

—Tu propia hija te vio entrar allí con él. ¿No tienes vergüenza? Con todo lo que tengo que enfrentarme aquí, ¿quieres que me vea obligado a retarlo a duelo?

Sentí algún remordimiento al pensar en Brianna, y otro mayor aún por la posibilidad de que Jamie desafiara a Wylie. Pero deseché ambas ideas.

—Mi hija no es tonta ni chismosa —dije, con inmensa dignidad—. Ella no pensaría mal si yo fuera a ver un caballo. ¿Y por qué tendría nadie que pensar mal?

Él exhaló un largo suspiro, con los labios ahuecados. Su mirada era fulminante.

—¿Por qué? Pues quizá porque todo el mundo te vio coquetear con él en el prado. Porque lo vieron seguirte como un perro tras una hembra en celo.

Debió de notar que mi expresión se alteraba peligrosamente, pues tosió un poco antes de continuar:

—Más de una persona ha creído necesario comentármelo. ¿Crees que me gusta ser el hazmerreír de todos, *Sassenach*?

—Pero... pero... —Me ahogaba la furia. Habría querido pegarle, pero vi que algunas cabezas se volvían hacia nosotros con interés—. ¿Perra en celo? ¿Cómo te atreves a decirme algo así? ¡Cretino infame!

Tuvo la decencia de mostrarse algo avergonzado, si bien seguía echando chispas.

—De acuerdo, no debí decirlo así. No era mi intención... Pero lo cierto es que lo acompañaste, *Sassenach*. Como si yo no tuviera suficientes problemas,

mi propia esposa... Y si hubieras ido a hablar con mi tía, como te pedí, no habría sucedido nada de esto. ¿Ves lo que has hecho ahora?

Yo había cambiado de idea con respecto a la conveniencia del duelo. Quería que Jamie y Phillip Wylie se mataran mutuamente, cuanto antes, en público y con el máximo derramamiento de sangre. Tampoco me importaba que nos miraran. Hice un serio intento de castrarlo a mano limpia, pero él me aferró por las muñecas.

—¡Por Dios! ¡La gente nos mira, *Sassenach*!

—¡Me... importa... un... rábano! —siseé, forcejeando por liberarme—. ¡Suéltame, que ya les daré algo para mirar!

No había apartado los ojos de su cara, pero tenía conciencia de muchas otras que se volvían a nosotros desde el prado. Él también.

—Pues bien, que miren —dijo.

Me envolvió en sus brazos para estrecharme con fuerza y me besó. Como no podía liberarme, dejé de forcejear y me puse rígida, furiosa. A la distancia se oyeron risas y soeces exclamaciones de aliento. Ninian Hamilton gritó algo en gaélico que me alegré de no entender.

Por fin apartó sus labios de los míos, sin soltarme, e inclinó lentamente la cabeza; su mejilla se apoyó contra la mía, fresca y firme.

—Lo siento —dijo en voz baja. Su aliento me cosquilleó en la oreja—. No quise insultarte. De veras. ¿Quieres que lo mate y luego me suicide?

Me relajé un poco. Tenía las caderas sólidamente apretadas a él y, con sólo cinco capas de tela, allí, el efecto era reconfortante.

—Hum, todavía no. —Me sentía mareada por el torrente de adrenalina. Aspiré hondo para tranquilizarme.

—Ve a echar un vistazo a Betty, la sirvienta, y ojalá puedas hacerle decir algo sensato —dijo, mirando el sol, que pendía por sobre las copas de los sauces que bordeaban el río—. Pero se hace tarde. Será mejor que subas a hablar primero con mi tía, si queremos que haya boda a las cuatro.

Aspiré hondo, tratando de serenarme. Aún chapoteaban en mí muchas emociones inexpresadas, pero obviamente había mucho que hacer.

—Bien —dije—. Iré a hablar con Yocasta y luego echaré un vistazo a Betty. En cuanto a Phillip Wylie...

—En cuanto a Phillip Wylie —me interrumpió—, no vuelvas a pensar en

él, *Sassenach*. —A sus ojos asomó cierto apasionamiento interior—. Más tarde me ocuparé de él.

Partes pudendas

Dejé a Jamie en el vestíbulo y subí al cuarto de Yocasta, saludando a los amigos y conocidos con que me cruzaba. Estaba desconcertada, irritada... y divertida a mi pesar. Desde los dieciséis años no había dedicado tanto tiempo a la asombrada contemplación del pene, y allí estaba ahora, preocupada por tres.

Deduje que Duncan estaba más o menos intacto. Lo más probable era que su impotencia tuviera orígenes psicológicos; quizá alguna experiencia prematura había convencido a Duncan de que esa parte de su vida estaba terminada.

Llamé a la puerta de Yocasta y entré.

Allí estaba el padre LeClerc, sentado ante una pequeña mesa del rincón, liquidando una variedad de comestibles; en la mesa había también dos botellas de vino, una de las cuales estaba ya vacía. El sacerdote levantó la vista hacia mí con una sonrisa grasienta.

—*Tally-ho, Madame!* —saludó alegremente, blandiendo una pata de pavo —. *Tally-ho, tally-ho!*

Por contraste, *bonjour* parecía casi represivo, de modo que me contenté con una reverencia y un breve *Cheerio!*

Toqué a Yocasta en el codo y le pregunté si podíamos instalarnos en el asiento de la ventana, pues tenía que discutir con ella algo importante.

Pareció sorprenderse, pero aceptó. Después de disculparse con una reverencia ante el padre LeClerc, vino a sentarse a mi lado.

—¿Sí, sobrina? —preguntó—. ¿Qué es lo que sucede?

—Pues es que —dije, aspirando hondo— tengo que hablarte de Duncan. Verás...

Quedó atónita en cuanto empecé a hablar, pero noté algo más en su actitud. Algo que parecía... alivio, pensé con sorpresa. En su actitud había preocupación, pero no parecía muy inquieta. En realidad, su expresión iba pasando de la sorpresa al contento de quien descubre una explicación para algo que le atribulaba.

Tal vez la había sorprendido y hasta inquietado un poco no despertar en Duncan ninguna muestra de interés físico.

Ahora sabía por qué. Aspiró hondo y movió lentamente la cabeza.

—¡Dios mío!, pobre hombre —dijo—. Sufrir semejante cosa y llegar a aceptarlo, sólo para verse repentinamente obligado a preocuparse de nuevo por eso. ¿Por qué el pasado no nos deja vivir tranquilos?

Bajó la vista, parpadeando; me conmovió ver que tenía los ojos húmedos.

De pronto apareció a su lado el padre LeClerc.

—¿Algún problema? —me dijo en francés—. ¿*Monsieur* Duncan ha sufrido alguna herida?

Yocasta no sabía de francés más que *Comment ça va?*, pero entendió claramente el tono de la pregunta y reconoció el nombre de su prometido.

—No se lo digas —me pidió.

—No, no —la tranquilicé. Luego miré al cura, moviendo los dedos en señal de que no había de qué preocuparse—. *No, non. C'est rien.* No es nada.

Me echó una mirada dubitativa, frunciendo el entrecejo. Luego, a Yocasta.

—¿Una dificultad en el lecho marital? —preguntó sin rodeos, en francés.

Mi cara debió de expresar consternación, pues hizo un gesto discreto hacia abajo, contra la pechera de su hábito.

—He oído la palabra «escroto», *Madame*, y no creo que usted hablara de animales.

—*Merde* —dije por lo bajo.

Yocasta, que había levantado bruscamente la cabeza al oír la palabra

«escroto», se volvió hacia mí. La tranquilicé con unas palmaditas en la mano, tratando de resolver qué haría.

—Temo que ha adivinado de qué se trata, en general —me disculpé ante mi tía—. Será mejor que se lo explique.

Ella se mordió el labio inferior, pero no puso objeciones. Le expliqué el caso al sacerdote, tan brevemente como pude.

—*Oui, merde, Madame* —dijo—. *Quelle tragédie!* —Se persignó brevemente con el crucifijo; luego, tomó asiento junto a Yocasta—. Por favor, *Madame*, pregúntele cuál es su deseo.

—¿Su deseo?

—*Oui*. ¿Desea aún casarse con *Monsieur* Duncan, aun sabiendo esto? Verá usted, señora: según las leyes de la Santa Madre Iglesia, ese impedimento es un obstáculo para la consumación del matrimonio. Al conocer estas condiciones, yo no debería administrar el sacramento. No obstante... No obstante, el propósito de esa prohibición es que el matrimonio sea una unión fructífera, si Dios así lo quiere. En este caso no es posible que Dios así lo quiera. Por lo tanto...

Cuando traduje la pregunta a Yocasta, su cara palideció y se apoyó un poco en el respaldo del asiento. Apenas un momento después, dejó escapar un profundo suspiro.

—Bueno, gracias a Dios he tenido la suerte de contar con un jesuita —dijo secamente—. Cualquiera de ellos podría argumentar hasta persuadir al Papa de que se quitara los calzones. Ni hablar de algo tan nimio como conocer las intenciones del Señor. Sí. Dile que aún deseo casarme.

Transmití eso al padre LeClerc, quien frunció algo el entrecejo, examinando a Yocasta con mucha atención. El sacerdote carraspeó antes de hablar. Se dirigía a mí, pero con la vista fija en ella.

—Por favor, *Madame*, dígame esto. Si bien es cierto que la base para esta ley de la Iglesia es la procreación, el verdadero matrimonio entre hombre y mujer, esta... unión de la carne, es importante por sí misma. El lenguaje del rito... «los dos serán una sola carne», dice. Y hay razones para eso. Es mucho lo que sucede entre dos personas que comparten un lecho y se gozan mutuamente. El matrimonio no se reduce a eso, pero en verdad importa.

Yo debí de poner cara de sorpresa, pues sonrió apenas.

—No siempre he sido sacerdote, *Madame* —dijo—. En otros tiempos estuve casado. Sé lo que significa renunciar para siempre a esa parte... carnal... de la vida.

Asentí con la cabeza y, después de tomar aliento, traduje lo que había dicho. Yocasta escuchó hasta el final, pero estaba decidida.

—Dile que le agradezco el consejo —dijo, con un imperceptible toque de irritación—. Yo también he estado casada anteriormente, más de una vez. Y con su ayuda volveré a casarme. Hoy.

Traduje, pero él ya había comprendido, por la postura de Yocasta y su tono de voz. Por un momento frotó las cuentas entre los dedos. Luego asintió.

—*Oui, Madame* —dijo. Y le estrechó la mano en un suave gesto de aliento—. *Tally-ho, Madame!*

Si parece pato...

Bien: eso estaba hecho, pensé, mientras subía la escalera hacia el ático. En la lista de asuntos urgentes seguía la esclava Betty: ¿habría sido realmente drogada? Jamie la había descubierto en la huerta dos horas antes, pero tal vez hubiera todavía síntomas visibles.

La puerta del dormitorio de las esclavas estaba entornada; al abrirla, me encontré con Ulises, cruzado de brazos ante la cabecera de un camastro. A su lado, vi a un hombre menudo y pulcro, de chaqueta y voluminosa peluca, con un pequeño objeto en la mano.

Antes de que yo pudiera hablar, apretó ese objeto contra el brazo flojo de la criada y se oyó un chasquido seco. Una vez retirado, quedó un rectángulo de sangre contra la piel parda de la criada. Las gotas cayeron en el cuenco que tenía bajo el codo.

—Un escarificador —explicó el hombre a Ulises—. Un gran adelanto con respecto a las lancetas y las navajas. Lo he comprado en Filadelfia.

—No dudo que la señora Cameron le estará muy agradecida por su amable condescendencia, doctor Fentiman —murmuró el mayordomo.

Fentiman. Con que ésa era la autoridad médica de Cross Creek. Al oír mi carraspeo, Ulises levantó la cabeza, alerta.

—Señora Fraser —dijo, con una reverencia—. El doctor Fentiman acaba de...

—¿La señora Fraser? —El médico me miró con la misma suspicacia con que yo lo observaba, pero se impusieron los buenos modales y me hizo una reverencia.

—A su servicio, señora.

Percibí olor a ginebra en su aliento y la vi en los capilares rotos de la nariz y las mejillas.

—Encantada. —Le di la mano a besar.

—Su bondad es elogiabile, señora Fraser —dictaminó el médico—. Pero no hay necesidad de que se moleste. La señora Cameron es una vieja y apreciada amiga; atender a su esclava es un placer para mí —y sonrió benignamente.

La respiración de la esclava era profunda y estertórea, bastante regular. Me moría por tomarle el pulso. Inhalé profundamente, tratando de no llamar la atención.

Reconocí fácilmente las miasmas alcohólicas que habían descrito Jamie y Brianna, pero no habría podido decir cuánto de ellas provenía de Betty y cuánto de Fentiman. Si en la mezcla había láudano, tendría que acercarme más para detectarlo y hacerlo deprisa, antes de que los volátiles óleos aromáticos se desvanecieran por completo.

—Qué amable es usted, doctor —dije, con una sonrisa cínica—. No dudo que la tía de mi esposo le estará muy agradecida por sus esfuerzos. Pero un caballero como usted... ha de tener cosas mucho más importantes que requieran su atención. Creo que Ulises y yo podemos ocuparnos de atender a la esclava. Sus compañeros deben de echarlo de menos, doctor.

Para mi sorpresa, el médico no sucumbió de inmediato a esos halagos. Me soltó la mano, con una sonrisa tan falsa como la mía.

—En absoluto, querida mía. Le aseguro que aquí no se requiere atención alguna, es un simple caso de abuso. Le he administrado un emético; en cuanto surta efecto será posible dejarla aquí sin peligro. Regrese usted a sus placeres, mi señora; no hay necesidad de que se arriesgue a ensuciar tan bonito vestido.

Antes de que yo pudiera replicar, desde la cama nos llegó un fuerte ruido de arcadas. El doctor Fentiman giró de inmediato, cogiendo la bacinilla de debajo de la cama. El vómito hedía a una mezcla de ron y *brandy*, pero me

pareció percibir también el fantasma del opio.

—¿Qué clase de emético utilizó? —pregunté, inclinándome hacia la mujer para abrirle un ojo con el pulgar. El iris miraba hacia arriba, pardo y vidrioso, con la pupila reducida a un punto. Definitivamente: opio.

—¡Señora Fraser! —El médico me fulminó con una mirada de irritación—. ¡Sírvasse retirarse, por favor, y no entrometerse! Estoy sumamente ocupado y no tengo tiempo para sus fantasías. Usted, señor, ¡llévesela!

Después de agitar una mano ante Ulises, giró hacia la cama.

—¡Pero... grandísimo...! —Al ver que Ulises daba un paso inseguro hacia mí, callé el epíteto.

Furiosa, abandoné la habitación. Jamie me estaba esperando al pie de la escalera. Al verme me tomó inmediatamente del brazo para conducirme al patio.

—Ése... ése... —Me faltaban palabras.

—¿Gusano oficioso? —sugirió, como para ayudar.

—¡Sí! ¿Lo has escuchado? ¡Qué descaro el de ese carnicero, ese insignificante... escupitajo! ¡Que no tiene tiempo para mis fantasías! ¿Cómo se atreve?

—¿Quieres que suba y lo apuñale? —preguntó, con la mano en el puñal—. Puedo destriparlo, si quieres... o sólo romperle la cara.

—Pues... no. —Dominé mi cólera con cierta dificultad—. No creo que debas hacer eso.

Me pareció oír el eco de una conversación similar, referida a Phillip Wylie. Jamie también lo notó, pues curvó la boca con ironía.

—Diablos —dije, tristemente.

—Sí. —A regañadientes retiró la mano del puñal—. Parece que hoy no se me permite derramar sangre, ¿eh?

—¿Te gustaría?

—Muchísimo —aseguró—. Y a ti también, por lo que veo.

No podía discutir, pues me habría encantado destripar al doctor Fentiman.

—¿Pueden sus métodos matar a esa mujer? —me preguntó Jamie.

—En principio no. ¡Ah!, en cuanto a lo del láudano, creo que tenías razón.

Jamie asintió, ahuecando pensativamente los labios.

—Pues bien: lo importante es hablar con Betty, una vez que esté en condiciones de expresarse coherentemente. No creo que Fentiman vea junto a la cama de una esclava enferma, ¿o sí?

—No —admití de mala gana—. Hasta donde se ve, ella no corre peligro. Habría que vigilarla, pero sólo por si vomita y se ahoga mientras duerme. Y dudo que él se quede a hacer eso, si es que se le ocurre.

—Bien. —Jamie reflexionó un momento; la brisa le levantaba el pelo de la coronilla—. He pedido a Brianna y a Roger que comprueben si algún invitado está roncando por algún rincón. Yo iré a ver en las dependencias de los esclavos. ¿Podrás escabullirte hasta el ático cuando se vaya Fentiman y hablar con Betty en cuanto despierte?

—Supongo que sí. —De cualquier modo pensaba subir para asegurarme de que la mujer estaba bien—. Pero no te demores mucho. Ya están casi listos para la ceremonia.

Nos miramos durante un instante.

Y con una reverencia, giró sobre sus talones para cumplir con su tarea.

46

Azogue

Para alivio de Jamie, la boda se realizó sin dificultades. La ceremonia fue en francés y se celebró en el saloncito privado de Yocasta, en el piso de arriba; además de los novios y el sacerdote, estaban presentes él y Claire como testigos, Brianna y su joven esposo, y Jemmy, que durmió durante la ceremonia.

Duncan estaba pálido, pero entero, y la tía de Jamie pronunció sus votos con voz firme. Brianna, que se había casado recientemente, lo contemplaba estrujando el brazo de su marido, en tanto Roger Mac la miraba con ojos tiernos. Jamie también se conmovió; mientras el sacerdote entonaba la bendición, él se llevó los dedos de Claire a los labios para rozarlos con un beso breve.

Concluidas las formalidades y firmados los contratos, todos bajaron para reunirse con los invitados ante un opíparo banquete de bodas.

Jamie cogió una copa de vino y se reclinó contra el muro bajo la terraza, sintiendo que su espalda descargaba las tensiones del día. Un problema menos.

Betty permanecía inconsciente, pero fuera de peligro. Y como no había aparecido ningún otro envenenamiento, era probable que hubiera ingerido la droga ella misma.

Lo que en realidad quería Jamie era estar con su esposa. La deseaba a

morir.

Ella se encontraba en el extremo de la terraza. Se le contrajeron los dedos: en cuanto estuviera con ella a solas le recogería la melena hacia arriba con las manos, sólo por el placer de dejarla caer otra vez por su espalda.

Ella reía por algo que Lloyd Stanhope acababa de decirle. Tenía una copa en la mano y estaba ruborizada por el vino; al verla sintió una punzada de deseo.

Acostarse con ella podía ser cualquier cosa, desde ternura hasta orgía, pero poseerla cuando estaba algo ebria era siempre deleite especial. Entonces se preocupaba menos de él, abandonada y ajena a todo lo que no fuera su propio placer; le arañaba, le mordía... y le imploraba que hiciera lo mismo con ella. A él le encantaba esa sensación de poder, la elección entre unirse a ella de inmediato, con lujuria salvaje, o contenerse por un tiempo para manejarla a su antojo.

La vio utilizar con efectividad el abanico: asomaba los ojos por el borde y se fingía espantada por algo que ese sodomita de Forbes había dicho. ¿Misericordia? No, no la tendría.

La aparición de George Lyon interrumpió sus pensamientos. Se lo habían presentado, pero sabía poco de ese hombre atildado y presuntuoso.

—Señor Fraser, ¿me permite una palabra?

—Para servirlo, señor.

Se volvió para dejar la copa; ese ligero movimiento fue suficiente para ajustarse discretamente la manta.

—¿Caminamos un poco, señor Lyon? —sugirió. Si quería tratar algún asunto íntimo, era mejor no hacerlo allí, donde podía interrumpirlos algún invitado.

Caminaron lentamente hasta el extremo de la terraza, intercambiando frases comunes entre sí y cortesías con otros huéspedes, hasta llegar al patio, donde vacilaron un instante.

—Me han hablado mucho de usted, señor Fraser —empezó su compañero, mientras marchaban hacia la alta torre del reloj que coronaba los establos.

—¿De veras, señor? Confío que no todo fuera desfavorable.

Él también había oído algunas cosas sobre Lyon; comerciaba con

cualquier cosa que la gente quisiera comprar o vender... y no era escrupuloso en cuanto al origen de su mercancía.

Lyon se echó a reír.

—Por supuesto que no, señor Fraser. Aparte del ligero impedimento de sus vínculos familiares, no he oído más que calurosos encomios, tanto sobre su carácter como sus logros.

«*A Dhia*», pensó Jamie. Extorsión y halago, todo en la primera frase.

—Chisholm, McGillivray, Lindsay... —repitió el hombre, pensativo—. Así que la mayoría de sus hombres son escoceses de las Tierras Altas, ¿no, señor Fraser? ¿Hijos de colonos? ¿O quizá militares retirados como usted?

—¡Oh!, dudo que un militar se retire jamás del todo, señor —comentó Jamie—. Quien ha vivido sobre las armas queda marcado de por vida. Hasta he oído comentar que los viejos soldados no mueren: sólo se esfuman.

Lyon rió con exageración, declarando que era un buen epigrama.

—Me complace oírle expresar esos sentimientos, señor Fraser. Su majestad siempre ha confiado en la reciedumbre de los escoceses. ¿Acaso usted o alguno de sus vecinos sirvió en el regimiento de su primo?

Ahora Lyon preguntaba si Jamie no había tratado también de establecer sus credenciales como leal soldado de la Corona enrolándose en alguno de los regimientos escoceses. La torpeza de ese hombre era increíble.

—Pues no. Lamentablemente, no podría prestar ese servicio —respondió él—. Cierta incapacidad provocada por una campaña anterior, ¿comprende usted? —la pequeña incapacidad de haber sido prisionero de la Corona durante varios años, pero no mencionó esa parte.

Por entonces habían llegado al cercado y estaban cómodamente apoyados en la valla.

—Qué caballos extraños, ¿verdad? —Jamie, que los observaba con fascinación, interrumpió la disquisición de Lyon.

—Sí, es una raza muy antigua —dijo Lyon—. Los había visto antes... en Holanda.

—En Holanda. ¿Ha viajado usted mucho?

—No tanto, pero estuve allá algunos años y la casualidad quiso que conociera a un pariente suyo. ¿Un mercader de vinos, llamado Jared Fraser?

Jamie sintió una descarga de sorpresa, a la que siguió una cálida

sensación de placer ante el recuerdo de su primo.

—¿De veras? Sí, Jared es primo de mi padre. Confío en que usted lo encontrara bien.

—Muy bien, sí.

Lyon se acercó un poco, y Jamie comprendió que iba a entrar en materia. Vació su copa y la dejó, dispuesto a escuchar.

—Tengo entendido que su familia tiene también cierto... talento para los licores, señor Fraser.

—Afición, tal vez sí, señor. En cuanto a talento, no sabría decirle.

—¿No? Pues ya veo que usted es demasiado modesto. Su *whisky* es célebre por su calidad.

—Me halaga usted. —Ahora sabía lo que se avecinaba. No sería la primera vez que alguien le sugería una asociación: que él proporcionara el *whisky* y sus socios se encargarían de distribuirlo en Cross Creek, en Wilmington y hasta en Charleston.

Al parecer, Lyon tenía planes más grandiosos. El más añejado iría por barcos aguas arriba, hasta Boston y Filadelfia, sugirió. El fresco, en cambio, podía ir a las aldeas cherokees, al otro lado de la Línea del Tratado, a cambio de cueros y pieles. Él tenía socios que le proporcionarían...

Jamie escuchaba con creciente desaprobación. Por fin lo interrumpió.

—Sí. Agradezco su interés, señor, pero temo que mi producción no alcanza para lo que usted sugiere. Produzco *whisky* sólo para consumo familiar, y unos pocos toneles más para el trueque local. Nada más.

Lyon gruñó amistosamente.

—Pero con sus conocimientos y su habilidad, señor Fraser, usted podría incrementar su producción. Si es cuestión de materiales... Puedo hablar con los caballeros que actuarían como socios en la empresa y...

—No, señor. Me temo que no. Si me disculpa.

Le hizo una abrupta reverencia y giró sobre sus talones para regresar a la terraza. Debía preguntar a Farquard Campbell quién era ese hombre. Si alguna vez se dedicaba a ese comercio, lo haría personalmente, quizá con la ayuda de Fergus o Roger Mac, tal vez el viejo Arch Bug y Joe Gemís... pero nadie más.

Volvió a grandes pasos a la terraza, pensativo, pero la aparición de su

esposa le borró por completo el *whisky* de la cabeza.

Claire se había separado de Stanhope y sus amigos; estaba de pie ante la mesa del refrigerio, observando las exquisiteces exhibidas. Jamie vio que Gerald Forbes la observaba con ojos encendidos de especulación; de inmediato, se interpuso entre su esposa y el abogado. Sintió que los ojos del hombre chocaban con su espalda y sonrió para sus adentros. «Ésta es mía, viejo», se dijo.

—¿No sabes por dónde comenzar, *Sassenach*? —Cogió la copa vacía de Claire, mientras aprovechaba el movimiento para acercarse contra su espalda.

Ella se apoyó contra él, riendo, y se reclinó contra su brazo. Olía a polvos de arroz y a piel caliente, junto con el perfume de los pimpollos de rosa que le adornaban el pelo.

—Toma, *Sassenach*. —Depositó la copa vacía en una bandeja que pasaba y la reemplazó por otra llena.

¡Oh!, no puedo...-Empezó ella, pero Jamie, para acallarla, cogió otra copa y la alzó hacia ella, como en un brindis. Las mejillas de Claire enrojecieron.

—Por la belleza —dijo él, con una suave sonrisa.

Me sentía estupendamente, y no todo se debía al vino, aunque era muy bueno. Más bien era la ausencia de tensiones, tras todos los conflictos de ese día.

La aparición de Jamie fue algo prematura para mi programa, puesto que yo aún no había comido nada, pero no me oponía a reajustar mis prioridades.

—Por la belleza —dijo suavemente, y bebió, sin apartar los ojos de mí.

—Por la intimidad —respondí, levantando mi propia copa.

Alcé lentamente las manos para quitarme el encaje ornamentado del pelo y mis rizos cayeron sueltos por mi espalda. Oí que alguien ahogaba una exclamación escandalizada. Jamie tenía los ojos clavados en mí como los de un halcón en el conejo. Le sostuve la mirada y bebí, tragando con lentitud.

En ese momento, una voz habló detrás de él, desde los grandes ventanales iluminados por las velas.

—Señor Fraser.

Ambos dimos un respingo. Al ver la figura recortada en el vano de la

puerta, Jamie aflojó el cuerpo y dio un paso atrás, torciendo la boca en una mueca de ironía.

Phillip Wylie salió hacia la luz de las antorchas. Su enrojecimiento era tal que se veía a pesar de los polvos.

—Mi amigo Stanhope ha propuesto que esta noche organicemos una o dos mesas de whist —dijo—. ¿Quiere jugar, señor Fraser?

Jamie le clavó una mirada larga y fría, el pulso palpitaba a un lado de su cuello, pero su voz sonó serena.

—¿Al whist?

—Sí. —Wylie sonrió esmerándose en no mirarme—. Me han dicho que usted tiene buena mano para las cartas, señor. Claro que nuestras apuestas son bastante elevadas. Tal vez no considere...

—Será un placer —replicó Jamie. Su tono dejaba perfectamente en claro que el único placer verdadero habría sido hacerle tragar los dientes.

—¡Ah!, estupendo. Espero... con ansias la ocasión.

—A sus órdenes, señor. —Jamie se inclinó abruptamente. Luego dio media vuelta y me cogió del codo para alejarnos de la terraza.

Lo acompañé en silencio hasta que estuvimos lo bastante lejos para que nadie nos oyera.

—¿Has perdido la cabeza? —pregunté cortésmente.

—¿Puedo permitir que ese petimetre pisotee mi honor y luego me insulte a la cara? —Giró hacia mí, echando chispas por los ojos.

—No creo que haya... —empecé, pero me interrumpí. Era evidente que, si la intención de Wylie no era insultarlo directamente, al menos quería desafiarlo. Y para un escocés ambas cosas eran casi lo mismo.

—¡Pero no tienes por qué aceptar!

—Por supuesto que sí —dijo, rígido—. Tengo orgullo.

—¡Sí, y Phillip Wylie lo sabe perfectamente! El orgullo precede a la caída. ¿Nunca lo has oído decir?

—No tengo la menor intención de caer —me aseguró—. ¿Me das tu anillo de oro?

—¿Qué...? ¿Mi anillo?

Mis dedos fueron involuntariamente a la mano izquierda, a la alianza de Frank. Él me observaba con atención, los ojos fijos en los míos.

—Necesito algo con qué apostar —explicó en voz baja.

—¡Al demonio! —Le volví la espalda, mirando hacia el prado.

—No lo perderé —dijo Jamie, detrás de mí. Me apoyó una mano en el hombro—. Y si lo perdiera... lo rescataría. Sé que lo aprecias.

Torcí el hombro para sacudirme su mano y me alejé algunos pasos. Él no dijo nada ni me tocó; se limitaba a esperar.

—El de oro —dije por fin, inexpresiva—. ¿El de plata no?

Su anillo, ése no. Su marca de propiedad, ésa no.

—El de oro vale más —explicó él Y añadió—: En dinero.

—Eso lo sé.

Me giré para enfrentarme a él. Las llamas de las antorchas, aleteando en el viento, arrojaban una luz móvil contra sus facciones; así era más difícil leer en ellas.

—¿No sería mejor que te diera los dos? —Tenía las manos frías y resbaladizas de sudor. El anillo de oro se desprendió con facilidad; el de plata estaba más ajustado, pero lo retorcí hasta hacer que pasara por el nudillo. Le cogí la mano para dejar caer en ella los dos anillos, con un tintineo.

Luego di media vuelta y me alejé.

Las lizas de Venus

Roger salió del salón a la terraza, serpenteando entre la muchedumbre que se aglomeraba en torno a las mesas. Estaba acalorado y sudoroso, el aire de la noche fue como una palmada refrescante. Se detuvo en el extremo de la terraza, donde podría desabotonarse el chaleco sin llamar la atención.

Allí estaba Bree: salía de la sala, volviéndose a medias para decir algo a la mujer que llevaba detrás. De inmediato lo vio y se le encendió la cara.

—¡Por fin! Apenas te he visto en todo el día. Pero te escuchaba de vez en cuando —añadió ella, señalando con la cabeza las puertas abiertas del salón.

—¿Sí? ¿Y he cantado bien? —preguntó él como sin darle importancia.

Ella sonrió y le golpeó el pecho con el abanico cerrado, imitando el gesto de una consumada coqueta... cosa que no era.

—¡Oh!, señora MacKenzie —dijo, en tono agudo y nasal—, ¡qué voz tan divina tiene su esposo! Si yo tuviera su suerte, tenga la seguridad de que me pasaría horas enteras embriagándome con su melodía...

Entre risas, él reconoció a la señorita Martin, la dama de compañía de la anciana señorita Bledsoe.

—Sabes perfectamente que cantas bien —dijo Brianna—. No hace falta que yo te lo diga.

—Tal vez no —admitió él—. Pero eso no significa que no me guste oírlo.

—¿De veras? ¿No es suficiente con la adulación de las multitudes?

Roger no supo qué responder y optó por cogerla de la mano.

Brianna pidió a uno de los esclavos que le trajera una botella de vino y dos copas.

—¿Encontraste a algún invitado desvanecido entre los arbustos? —preguntó ella. Después de tragarlo aclaró—: Esta tarde, cuando papá te pidió que salieras a investigar.

Él lanzó un breve bufido.

—¿Sabes en qué se diferencia una boda escocesa de un velatorio escocés?

—No, ¿en qué?

—En el velatorio hay un borracho menos.

Ella se echó a reír.

—No —respondió él, mientras la guiaba diestramente hacia la derecha del embarcadero, donde estaban los sauces—. Ahora se ven unos cuantos pies asomando entre las matas, pero esta tarde aún no habían tenido tiempo de quedar patas arriba.

—Tú sí que dominas el lenguaje —comentó ella, apreciativa—. Yo fui a hablar con los esclavos; todos presentes y en su mayoría, sobrios. Un par de mujeres han admitido que Betty bebe en las fiestas.

—Lo cual es poco decir, a juzgar por los comentarios de tu padre. Dijo que estaba como una cuba. Y me parece que no se refería sólo a la borrachera.

—Hum... Mamá dijo que más tarde ya parecía estar bien, a pesar de que el doctor Fentiman insistió en sangrarla. Ese médico me da escalofríos. Parece un duende o algo así. Y tiene las manos más frías y húmedas que yo haya tocado en mi vida.

—Aún no he tenido el placer —dijo Roger, divertido—. Ven.

Apartó el velo colgante de las ramas de sauce, y Brianna buscó el banco de piedra a tientas para dejar la bandeja.

Roger cerró los ojos con fuerza y contó hasta treinta. Al abrirlos pudo distinguir la silueta de Bree, y la línea horizontal del banco. Allí puso las copas y escanció el vino, haciendo tintinear el cuello de la botella contra las copas.

Luego alargó una mano y la deslizó por el brazo de Bree, hasta que localizó la de ella y pudo entregarle sin peligro la copa llena.

—Por la belleza —dijo, alzando la suya.

—Por la intimidad —brindó ella. Y bebió. Al cabo de un momento murmuró, soñadora—: ¡Ah, qué rico...! Hacía tanto tiempo que no probaba vino... ¿Un año? No: casi dos. Desde antes de que naciera Jemmy. En realidad, desde... —Se interrumpió abruptamente; luego continuó con más lentitud—: Desde nuestra primera noche de bodas. En Wilmigton, ¿recuerdas?

—Sí, recuerdo.

No era extraño que Bree recordara ahora aquella noche. Había comenzado así, bajo las ramas de un enorme castaño. La situación actual se parecía extraña y conmovedoramente a aquélla: la oscuridad, el secreto, el olor del follaje y el agua cercana.

Pero aquélla había sido una noche calurosa, tan densa y húmeda que la carne se fundía contra la carne. Ahora el frío le hacía desear el calor de Bree.

—¿Crees que dormirán juntos? —preguntó Brianna. Parecía algo sofocada, tal vez por efecto del vino.

—¿Quiénes? Ah, ¿Yocasta y Duncan? ¿Por qué no, si se han casado?

Roger vació su copa y la dejó con un tintineo del cristal contra la piedra.

—Ha sido una bella boda, ¿verdad? —Ella se dejó quitar la copa sin resistencia—. Tranquila, pero muy bella.

—Muy bella, sí. —La besó con suavidad, estrechándola contra sí, mientras palpaba la atadura del vestido a la espalda, entrecruzada bajo el fino chal de punto.

—No he traído mi... es decir... —Ella se apartó un poco, dubitativa.

—Pero has tomado las semillas, ¿no?

—Sí.

Pero aún parecía dudar. Él rechinó los dientes y la sujetó mejor, como para impedir que huyera.

—No importa —susurró, deslizado la boca por su cuello, hasta la pendiente donde se unía con el músculo del hombro—. No necesitamos... es decir... no voy a... dejar que...

El escote del vestido era profundo debajo del pañuelo, como lo indicaba la moda; más profundo aún con los cordones desatados. Roger sintió el pecho blando y pesado en el hueco de su mano, grande y redondo el pezón, y se

dejó llevar por el impulso de acercar la boca.

Ella se puso rígida; luego se relajó con un suspiro extraño. Roger sintió en la lengua un sabor caliente y dulce; luego, un extraño palpitar y un chorro de... Tragó por reflejo, horrorizado... Horrorizado y excitadísimo. Lo había hecho sin pensar, sin intención... Pero ella le sujetó la cabeza con fuerza.

Eso le dio valor para continuar; la empujó suavemente hacia atrás, acostándola en el borde del banco para poder arrodillarse ante ella. Se le había ocurrido una súbita idea, provocada por el recuerdo de aquella anotación en el cuaderno de los sueños.

—No te preocupes —le susurró—. No nos... arriesgaremos a nada. Deja que lo haga... sólo por ti.

Aún vacilando, ella le permitió deslizar las manos bajo su falda, subir por la curva sedosa de la pantorrilla, enfundada en la media, y el muslo desnudo, bajo la curva aplanada de las nalgas. Una de las canciones de Seamus describía las hazañas de cierto caballero «en las lizas de Venus». Las palabras se deslizaron por su cabeza, y decidió desempeñarse con honor en esa palestra.

Aunque ella no supiera describirlo, él se lo haría conocer. Bree se estremeció entre sus manos.

—¿Señorita Bree?

Los dos dieron un respingo. Roger sentía el tronar de la sangre en los oídos... y en los testículos.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Eres tú, Fedra? ¿Qué pasa? ¿Es por Jemmy?

—Sí, señora. —La voz de Fedra venía desde el sauce más cercano a la casa—. El pobre niño Ha despertado acalorado e inquieto; no quiso la papilla ni la leche. Y ahora ha comenzado a toser mucho. Teresa quería que buscáramos al doctor Fentiman, pero le he dicho...

—¡El doctor Fentiman!

Brianna echó a correr hacia la casa, seguida por la esclava.

Roger se puso de pie y esperó un momento, con la mano contra los botones de la bragueta. La tentación era fuerte; sólo tardaría un minuto. Quizá menos, en ese estado. Pero no: Bree podía necesitarlo para que se entendiera con Fentiman. La sola idea de que el doctor utilizara sus sanguinarios instrumentos en la carne blanda de Jemmy bastó para que se lanzara de

cabeza entre los sauces, detrás de las dos mujeres. Las lizas de Venus tendrían que esperar.

Encontró a Bree con Jemmy en el *boudoir* de Yocasta, centro de un pequeño grupo de mujeres, que parecieron escandalizadas al verlo aparecer. A pesar de todo, se abrió paso entre ellas hasta reunirse con Brianna.

El pequeño tenía mal aspecto, sí. Roger sintió un nudo de miedo en la boca del estómago. ¡Virgen Santa!, ¿cómo podía haber ocurrido algo así en tan poco tiempo? En la fiesta, había estado tan bullicioso y simpático como de costumbre, pero ahora yacía contra el hombro de Brianna, con las mejillas encendidas y los ojos pesados, gimoteando un poco; de su nariz brotaba un hilo de moco claro.

—¿Cómo está? —Le tocó una mejilla con la mano. ¡Por Dios, ardía!

—Enfermo —fue la seca respuesta.

Jemmy empezó a toser; era un ruido espantoso: fuerte, pero medio sofocado. La sangre se agolpó en la carita ya roja; los ojos azules, redondos, se dilataron en el esfuerzo de tomar aliento entre un espasmo y otro.

—¡Maldición! —murmuró Roger—. ¿Qué hacemos?

—Agua fría —dijo con autoridad una de las mujeres—. Sumergidlo por completo en un baño de agua fría. Y que beba también.

—Tú, muchacha, ve en busca del doctor Fentiman —le dijo a Fedra una de las mujeres—. ¿No me has oído?

—¡No! ¡Él no, de ningún modo! —gritó Brianna y a continuación se dirigió a Roger—: Busca a mamá. ¡Pronto!

Roger bajó como una tromba al vestíbulo, donde se encontró con Claire, que venía apresuradamente hacia él. Alguien se lo había dicho.

—¿Jemmy? —preguntó ella.

Ante su mudo gesto afirmativo, subió la escalera en un segundo, seguida por las miradas atónitas de la gente que llenaba el vestíbulo. Roger la alcanzó arriba, en el pasillo, a tiempo para abrirle la puerta, y se mantuvo atrás para no estorbar, maravillado. En cuanto Claire entró en la habitación, la atmósfera de preocupación lindante con el pánico cambio de inmediato. Aunque la aflicción perduraba, las mujeres se retiraron a su paso sin vacilar, murmurando entre sí. Claire se acercó directamente a Jemmy y a Bree, sin

prestar atención a nadie más.

—Hola, tesoro. ¿Qué pasa? ¿Nos encontramos muy mal?

Mientras hablaba en murmullos con el bebé, le desvió la cabeza a un lado y a otro, palpando bajo las mejillas regordetas y detrás de las orejas.

—Pobrecito... No importa, tesoro. Mamá está aquí, la abuela está aquí y todo se arreglará... ¿Cuánto tiempo lleva así? ¿Ha bebido algo? Sí, querido, sí... ¿Traga con dificultad?

Claire cogió una hoja del grueso papel de Yocasta. La enrolló para formar un tubo, que usó para auscultar atentamente la espalda y el pecho de Jemmy.

—Sí, claro que es *croup* —dijo distraídamente, en respuesta al diagnóstico interrogante que ofrecía una de las mujeres—. Pero eso es sólo tos y dificultad para respirar. El *croup* puede presentarse solo, por así decirlo, o como síntoma temprano de otras enfermedades.

—¿Por ejemplo? —Bree estrechaba a Jemmy con fuerza.

—Pues... —Claire parecía escuchar atentamente lo que sucedía dentro de Jemmy, que había dejado de toser y yacía contra el hombro de su madre, exhausto, respirando con jadeos—. Hum... resfriado común, gripe, asma, difteria... pero no es eso —añadió deprisa, al ver la cara de Brianna.

—¿Estás segura?

—Sí —replicó Claire con firmeza—. No creo que sea difteria. Además, no ha habido casos por aquí. Y como aún le das el pecho, tiene la inmunidad...

Se interrumpió abruptamente, notando que las mujeres la miraban. Luego tosió deliberadamente, como para incitar a Jemmy con el ejemplo. El niño gimió un poquito y volvió a toser. Roger sentía una roca en su propio pecho.

—No es grave —aseguró Claire al incorporarse—. Pero es preciso empezar ya a tratarlo. Bajémoslo a la cocina. Fedra, ¿puedes traerme un par de edredones viejos, por favor?

Y se dirigió hacia la puerta, ahuyentando a las mujeres a su paso.

Guiado por un impulso, Roger alargó los brazos hacia el bebé. Tras un instante de vacilación, Brianna permitió que lo cogiera. Jemmy no se resistió; pendía laxo y pesado, en terrible contraste con su normal elasticidad de caucho. Su mejilla quemaba a través de la camisa. Bajó la escalera con él en brazos y Bree a su lado.

—¿Tienes alguna infección en el oído, tesoro? —Claire le sopló en un oído; luego, en otro. El bebé parpadeó, entre roncas toses, y se pasó una mano regordeta por la cara, pero sin muestras de dolor.

Guiados por las indicaciones de Claire, los esclavos trajinaban en un rincón de la cocina; trajeron agua hirviendo y con los edredones unidos con alfileres formaron una tienda.

Entonces, Brianna se metió bajo el edredón y alargó los brazos para que le entregaran a Jemmy. Claire, que había mandado a una esclava a buscar su caja de remedios, revolvió en ella hasta encontrar una redoma llena de un aceite amarillo y un frasco de cristales blancos.

Antes de que pudiera hacer nada con ellos, Joshua, uno de los mozos de cuadra, bajó ruidosamente la escalera, medio sofocado por la prisa.

—¡Señora Claire! ¡Señora Claire!

Al parecer, mientras algunos caballeros disparaban sus pistolas en celebración del feliz acontecimiento, uno de ellos había sufrido cierto percance, aunque Josh no sabía exactamente de qué se trataba.

—No está malherido —aseguró—, pero sangra mucho. Y el doctor Fentiman... quizá no esté tan firme como convendría. ¿Vendría usted, señora?

—Por supuesto.

En un abrir y cerrar de ojos, ella puso el frasco y la redoma en manos de Roger.

—Tengo que ir. Coge esto. Pon un poco en el agua caliente; que respire el vapor hasta que deje de toser.

Rápida y pulcra, recogió su caja y, después de entregársela a Josh, desapareció por la escalera antes de que Roger pudiera preguntarle nada.

—¿Dónde está mamá? ¿Se ha ido? —preguntó Bree.

—Sí. Hay una emergencia. Pero todo saldrá bien —aseguró Roger—. Me ha dado lo que debemos echar en el agua. Dijo que le hagamos respirar el vapor hasta que la tos cese.

Se sentó en el suelo, junto a la jofaina. La oscuridad no era total allí abajo. Cuando sus ojos se habituaron pudo ver bastante. Bree parecía preocupada pero no tan aterrada como antes. Él también se sentía mejor; al menos sabía lo que debía hacer. Y Claire no parecía tan preocupada como

para no separarse de su nieto.

La redoma contenía aceite de pino, penetrante y perfumado de resinas. No sabía cuánto usar, pero echó al agua una cantidad generosa. Mientras lo hacía se extrañó de la instintiva familiaridad del gesto.

—¡Ah! Así que era eso —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Esto. —Señaló con el gesto aquel abrigado santuario, que se llenaba rápidamente de un vapor perfumado—. Recuerdo haber estado en mi cama con una manta en la cabeza. Mi madre puso esto en agua caliente; olía igual. Por eso me pareció familiar.

—¡Ah...! —La idea pareció tranquilizar a Bree—. ¿Tú también tuviste *croup* cuando eras pequeño?

—Supongo que sí. No recuerdo nada. Solamente el olor.

A esas alturas el vapor había llenado la pequeña tienda, húmedo y penetrante. Él se llenó los pulmones. Luego dio unas palmaditas a la pierna de Brianna.

—No te preocupes. Con esto se curará.

Roger había dejado caer el corcho del alcanfor. Lo buscó a tientas en el suelo y tapó con firmeza el frasco.

—Me gustaría saber qué ha hecho tu madre con los anillos —comentó por buscar algún tema de conversación que rompiera ese húmedo silencio.

—¿Por qué? —preguntó Brianna.

—Cuando me entregó estas cosas no los tenía puestos. —Le había llamado la atención, pues nunca la había visto sin esos anillos de oro y plata.

—¿Estás seguro? Nunca se los quita, salvo para hacer algo muy horrible. —Bree dejó escapar una risita nerviosa, inesperada—. La última vez fue cuando Jem dejó caer su «bobi» en la bacinilla.

Roger rió, divertido. «Bobi» se refería a cualquier objeto pequeño, pero así llamaban ahora a la anilla que a Jem le gustaba mascar. Era su juguete favorito y no podía acostarse sin él.

—¿*Ba ba*? —Jem levantó la cabeza, con los ojos entrecerrados. Aún respiraba con dificultad, pero empezaba a demostrar interés por algo que no fuera su incomodidad—. ¡*Ba ba*!

La oscura intimidad de la tienda hizo que Roger recordara algo: había allí

la misma sensación de paz y retiro que en el banco de los sauces, aunque hiciera mucho más calor. El algodón de su camisa había perdido rigidez; sentía el hilo de sudor que le corría por la espalda, desde la nuca.

—Oye —le dijo a Bree—, ¿no quieres subir a quitarte el vestido nuevo? Aquí se te estropeará.

—Pues... —Ella se mordió el labio—. No, no importa. Me quedaré.

Roger se incorporó, medio agachado bajo los edredones, y levantó a Jem, que tosía y goteaba en su regazo.

—Ve —dijo con firmeza—. Puedes recoger su b... ya sabes qué. Y no te preocupes. Es obvio que el vapor está surtiendo efecto. Pronto estará bien.

Al fin ella consintió. Roger ocupó el taburete, con Jemmy acurrucado en el hueco de su brazo. La presión del asiento le hizo tomar conciencia de cierta congestión residual, originada en el encuentro bajo los sauces. Cambió un poco de posición para aliviar la incomodidad.

—Bueno, el daño es pasajero —murmuró a Jemmy—. Cualquiera muchacha te lo dirá.

Jemmy resopló y dijo algo ininteligible, que comenzaba con «¿Ba...?». Luego volvió a toser, pero por poco tiempo. Él acarició la mejilla, que parecía algo menos afiebrada. Pero no era fácil apreciarlo, con tanto calor como hacía allí.

—¿Ba ba? —preguntó una vocecita de rana contra su pecho.

—Sí, ya viene. Calla, calla.

—Ba...

—*Era ru-bia, como un ha-da...*

—¡Ba...!

—*¡Y calza-ba ciento diez!* —Roger levantó abruptamente la voz, con lo que provocó un sobresaltado silencio, tanto dentro como fuera de la tienda, en la cocina. Después de un carraspeo, retomó un tono de arrullo—. *Oh mi ama-da, oh mi ama-da, oh mi ama-da Clementine...*

La canción parecía surtir efecto. Jemmy había puesto los párpados a media asta. Empezó a chuparse el pulgar, pero no podía respirar por la nariz. Roger apartó suavemente el dedo y le retuvo el puño. Estaba mojado y pegajoso; era muy pequeño, pero se le percibía tranquilizadamente fuerte.

—*Se golpeó... con una asti-lla...*

Los párpados aletearon ligeramente; luego abandonaron la lucha. Jemmy suspiró, ya completamente laxo. El calor manaba de su piel en oleadas. Tenía diminutas gotas de humedad en las pestañas: lágrimas, sudor, vapor o las tres cosas a la vez.

—... *y perdí a mi Clementine. Oh mi amada, oh mi amada...*

Se enjugó la cara otra vez. Luego besó aquella mata suave de pelo húmedo. «Gracias», pensó con sinceridad, dirigiéndose a todos, de Dios hacia abajo.

—*Oh mi ama-da Clementine.*

Extraños en la noche

Cuando llegué a mi cama, después de examinar por última vez a todos mis pacientes, ya era muy tarde. En el primer descansillo me detuve a mirar al otro lado del pasillo, donde Yocasta tenía sus habitaciones. Allí todo era silencio; las bromas pesadas habían terminado. Presté atención, pero en la oscuridad no se oía más que la fuerte respiración de Ulises, y continué arrastrándome hacia arriba, con las rodillas y la espalda doloridas, echando de menos mi propia cama... y la comprensión de mi marido.

En el segundo descansillo, una ventana abierta dejaba oír gritos lejanos, risas y algún disparo recreativo, traído por el viento de la noche.

Con tantos huéspedes en la casa, los únicos que gozaban el lujo de una alcoba privada eran los recién casados; los demás nos habíamos apiñado de cualquier modo en las habitaciones disponibles. Avancé de puntillas entre aquellos cuerpos para ocupar mi espacio, al pie de una de las grandes camas.

A pesar del arrullo hipnótico de tantos seres dormidos a mi alrededor, permanecía rígida y dolorida, contemplando los dedos de mis pies, que se recortaban contra la luz moribunda del hogar.

Betty había pasado del estupor a un sueño que parecía profundo y normal. Por la mañana, cuando despertara, podríamos averiguar quién le había dado la taza... y, quizá, qué había en ella. Ojalá Jemmy también pudiera dormir plácidamente. Pero lo que en realidad me preocupaba era Jamie.

No le había visto entre los que jugaban a las cartas ni entre los que conversaban. Tampoco había visto a Phillip Wylie en la planta baja de la casa.

Ése no era el tipo de gente ni el estilo de Jamie, pero fue imaginármelo entre ellos lo que me encogió los pies de frío.

«No cometeré ninguna estupidez», me dije mientras me ponía de lado para recoger las rodillas tanto como era posible en ese atestado espacio. No las haría, es verdad, pero su definición de estupidez no siempre coincidía con la mía.

Los huéspedes varones estaban alojados en los edificios exteriores o en los vestíbulos. Al pasar, había visto anónimos durmientes en el suelo, envueltos en sus capotes y roncando sonoramente junto al fuego. No busqué entre ellos, pero Jamie debía de estar allí; al fin y al cabo, su jornada había sido tan larga como la mía.

Pero no era habitual que se retirara sin venir a darme las buenas noches, cualesquiera que fuesen las circunstancias. Claro que estaba irritado conmigo, y nuestra riña no estaba resuelta, sino inflamada por la invitación de esa bestia. Phillip Wylie. Cerré las manos, frotando con los pulgares la leve callosidad que marcaba el sitio donde normalmente estaban los anillos. ¡Condenados escoceses!

Jemima Hatfield se removió y murmuró a mi lado, perturbada por mi desasosiego. Volví a tenderme de lado, la vista perdida en el pie de roble de la cama.

Sí, él seguía enfadado por los atrevimientos de Phillip Wylie. Y yo también lo habría estado, de no ser por el cansancio. ¿Cómo se atrevía...? En realidad, no merecía la pena irritarse, al menos no por el momento. Aunque no era normal que Jamie me evitara, enfadado o no.

El cansancio me venció, me quedé dormida y empecé a soñar.

En mi sueño había caballos: lustrosos frisonos negros, de crines flotantes que ondulaban al viento, mientras los sementales corrían a mi lado. Veía mis propias patas, extendidas para el salto; yo era una yegua blanca. El suelo pasaba en un borrón verde bajo mis cascos, hasta que me detuve a esperar: un semental de pecho amplio que se me acercó, caliente y húmedo su aliento contra mi cuello. Cerró los dientes blancos contra mi nuca...

—Soy el Rey de Irlanda —dijo.

Desperté lentamente, vibrando de pies a cabeza, y descubrí que alguien me acariciaba la planta de esos mismos pies.

Como seguía desconcertada por las imágenes de mis sueños, no me alarmé; simplemente, curvé los dedos y flexioné el tobillo, disfrutando del delicado pulgar que avanzaba por el arco y trepaba por el hueco del tobillo. De pronto, con una pequeña sacudida, desperté por completo.

Quienquiera que fuese percibió mi regreso a la conciencia, pues el contacto se detuvo momentáneamente. Regresó con más firmeza; una mano grande y tibia ejecutó con el pulgar un masaje contra la base de los dedos.

Por entonces yo estaba despierta y algo sobresaltada, pero sin miedo. Moví el pie, para desprender esa mano, pero los dedos me lo estrecharon ligeramente a modo de respuesta. Luego su compañera me pellizcó suavemente el dedo gordo.

El contacto continuó por la planta del pie, haciéndome cosquillas. Me sacudí involuntariamente, conteniendo una risita.

Aquellos dedos siguieron la curva de la pantorrilla y buscaron refugio en la blanda cara posterior de la rodilla. Allí tocaron un ritmo veloz contra la piel en tanto yo me contorsionaba de agitación. Se hicieron más lentos hasta detenerse con firmeza en la arteria donde la piel era tan fina que las venas se dibujaban en azul; percibí el torrente de sangre que pasaba por allí.

Él cambió de posición, con un suspiro; luego una mano me rodeó la redondez del muslo y se deslizó poco a poco hacia arriba. La otra la siguió, presionando inexorablemente para separarme las piernas.

El corazón me palpitaba en los oídos; sentía los pechos hinchados y los pezones pujantes contra la muselina de la camisa. Aspiré hondo... y percibí olor a polvos de arroz.

Mi corazón se detuvo por un momento, pues la idea cobró existencia en mi mente: ¿y si no era Jamie?

Permanecí muy quieta, tratando de no respirar, concentrada en esas manos, que estaban haciendo algo delicado e indescriptible. Eran manos grandes; sentí que los nudillos presionaban contra la suave carne interior del muslo. Pero Phillip Wylie también tenía las manos grandes, demasiado para su estatura. Lo había visto recoger un puñado de avena para *Lucas*, su

semental, y el hocico del caballo cabía en la palma.

Callos: esas manos vagabundas (¡Oh, buen Dios!), estaban encallecidas. Pero también las de Wylie; sus palmas de jinete eran tan duras como las de Jamie.

Tenía que ser Jamie. Levanté un poco la cabeza, para espiar en la oscuridad. ¡Por supuesto que era Jamie! En ese momento una de las manos hizo algo que me sobresaltó. Sacudí los miembros con un grito ahogado y mi codo se clavó contra las costillas de mi vecina, quien se incorporó de inmediato, con una fuerte exclamación. Las manos se retiraron abruptamente, estrujándome los tobillos en una apresurada despedida.

Alguien gateaba por el suelo. Luego, un destello de luz mortecina y una ráfaga fría que entró desde el pasillo: la puerta se había abierto para volver a cerrarse al instante.

—¿Qué...? —murmuró Jemina a mi lado, en aturdida estupefacción—. ¿Quién anda?

Al no recibir respuesta, murmuró algo y volvió a dormirse. Yo no.

In vino veritas

Pasé largo tiempo insomne, escuchando los ronquidos y susurros de mis compañeras, y el palpitar de mi corazón. Cuando Jemina Hatfield se tumbó inconscientemente contra mí, le asesté un codazo en las costillas.

—¿Juf? —musitó ella, sobresaltada. Y se incorporó a medias, parpadeando, antes de hundirse.

Yo no sabía qué sentir. Por una parte estaba excitada; contra mi voluntad, pero definitivamente excitada. Quienquiera que hubiese sido mi visitante nocturno, sabía qué hacer con un cuerpo femenino.

Eso argumentaba a favor de Jamie. Aun así, yo no sabía qué grado de experiencia tenía Wylie en las artes del amor; En el establo lo había rechazado sin darle oportunidad de demostrar sus habilidades en ese sentido.

Pero mi visitante de medianoche no había aplicado ninguna caricia que yo pudiera identificar como el repertorio de Jamie. Si hubiera usado la boca, en cambio... No sabía si sentirme divertida o indignada, seducida o violada. Pero estaba enojadísima de eso, estaba segura.

—¡Uf! —dijo Jemina. Al parecer yo no era la única perjudicada por mis emociones.

—¿Hum? —murmuré, fingiendo estar semidormida—. Grrgl. Bzg.

En la mezcla había también un dejo de culpa. Si yo hubiera tenido la seguridad de que había sido Jamie, ¿me habría enfadado?

Lo peor era que no podía hacer absolutamente nada por averiguar quién había sido. No podía preguntar a Jamie si había venido a acariciarme en la oscuridad, pues, si no había sido él, asesinaría a Phillip Wylie con sus propias manos.

Por fin abandoné la cama y me acerqué a la puerta. Con gran sigilo, la abrí para echar una mirada al pasillo y caminé en silencio hasta la escalera posterior, con intención de salir a tomar aire.

En el tope de la escalera me detuve en seco. Al pie de los peldaños había un hombre: una silueta alta y negra contra los cristales de los ventanales. Yo no creía haber hecho ningún ruido, pero él se volvió, levantó la cara hacia mí. Reconocí inmediatamente a Jamie.

—Baja —dijo con voz queda.

Eché una mirada vacilante detrás de mí. Del cuarto que acababa de abandonar surgía una confusión de ronquidos, pero nadie se movía.

Volví a mirarlo. Él no dijo nada más, pero levantó dos dedos en gesto de llamada. Su olor a humo y *whisky* colmaba el hueco de la escalera.

La sangre me palpitaba en los oídos... y en otro sitio. Me sentía arrebolada, con el pelo húmedo pegado a las sienes y al cuello; el aire frío se metía bajo mi camisa, tocando la película viscosa entre los muslos.

Descendí tratando de que los peldaños no crujieran bajo mis pies y me detuve antes de bajar el último peldaño. Gracias a Dios, no tenía sangre en la ropa.

No era la primera vez que veía ebrio a Jamie, pero esta vez había algo muy diferente. Se mantenía sólido como una roca, con las piernas separadas, delatando su estado sólo por cierta deliberación en la manera de moverse.

—¿Qué...? —susurré.

—Ven aquí. —Su voz sonaba grave, ronca, de insomnio y de *whisky*.

No tuve tiempo de contestar ni de obedecer. Él me cogió del brazo para bajarme del último peldaño y me estrechó contra sí para besarme. Fue un beso desconcertante, como si su boca conociera la mía demasiado bien y pudiera obligarme al placer, sin pararse a pensar en mis deseos. Liberé mi boca el tiempo suficiente para jadearle al oído:

—¡Aquí no!

Jamie levantó la cabeza, parpadeando como si despertara de una

pesadilla, con los ojos dilatados y ciegos. Luego hizo un gesto afirmativo, y se levantó, tirando de mí al mismo tiempo.

Junto a la puerta pendían los capotes de las criadas. Después de envolverme en uno, me alzó en vilo y atravesó la puerta a golpes de hombro. Al llegar al sendero me dejó en el suelo; un momento después avanzábamos juntos por un paisaje de sombras y viento, todavía entrelazados, a tropezones, forcejeando.

Los establos. Golpeó la puerta y me arrastró consigo hacia la tibia oscuridad. Ya dentro, me empujó con fuerza contra la pared.

—Si no te poseo ahora voy a morir —dijo, sin aliento, y su boca buscó otra vez la mía. De pronto se apartó. Me tambaleé y tuve que apoyar las manos contra los ladrillos del muro para no perder el equilibrio.

—Extiende las manos —dijo.

—¿Qué?

—Las manos. Extiéndelas.

Obedecí, totalmente desconcertada, y él me tomó la izquierda. Una cálida presión; la débil luz que penetraba por la puerta brilló sobre mi anillo de oro. Luego me cogió la derecha para ponerme el de plata. A continuación me mordió los nudillos con fuerza. Un momento después se me estaba en el pecho y el aire frío me rozaba los muslos; sentí el rasguño de los ladrillos contra el trasero desnudo.

—Mira. —Su aliento me quemó el oído—. Mira hacia abajo. Observa cómo te poseo. ¡Mira, maldita!

Me apretó la nuca con una mano, inclinándome la cabeza para que observara en la penumbra cómo me poseía. Arquee la espalda y luego me derrumbé, mordiendo la hombrera de su chaqueta para no hacer ruido. Sentí su boca contra mi cuello. Me aferré con fuerza, mientras él se estremecía contra mí.

Enredados entre la paja, contemplamos la luz del día que se filtraba por la puerta entornada del establo. Aún me retumbaba el corazón en los oídos y mi sangre cosquilleaba en las sienes, los muslos y los dedos. Pero de algún modo me sentía ajena a esas sensaciones, como si las estuviera experimentando otra persona. Estaba como fuera de la realidad... y algo escandalizada.

El ritmo de su respiración pareció cortarse durante un segundo, pero no se movió. Dos exhalaciones, tres... y luego la vaga presión de un dedo contra mi columna.

—Así que ganaste —dije a la espalda de Jamie. Mi voz sonaba extraña, como si llevara mucho tiempo sin usarla.

—Tal como te prometí —respondió con suavidad, inclinando la cabeza para colocar los pliegues de la manta.

Me levanté, algo mareada, y busqué apoyo en el muro para sacudir la arena y la paja de mis pies. El contacto de los toscos ladrillos contra mi espalda era un vívido recuerdo; extendí los dedos contra ellos, tratando de resistir la embestida de las sensaciones recordadas.

—¿Estás bien, *Sassenach*? —Al percibir mis movimientos giró bruscamente la cabeza para mirarme.

—Sí. Sí. Bien. Sólo que... Estoy bien. ¿Y tú?

Se lo veía pálido y desaliñado, con la barba crecida, demacrado por las tensiones y con negras ojeras provocadas por una larga noche de insomnio.

—Yo... —Tragó saliva audiblemente. Luego se puso de pie ante mí—. ¿No me odias? —preguntó abruptamente.

Pillada por sorpresa, me eché a reír.

—No. ¿Te parece que hay motivos?

Él torció un poco la boca y se la frotó con los nudillos.

—Quizá, pero me alegra que no los veas.

Me cogió las manos para acariciar con el pulgar el dibujo entrelazado del anillo de plata. Tenía las manos frías.

—¿Por qué podría odiarte? ¿Por los anillos?

En realidad me habría enfurecido si él hubiera perdido cualquiera de los dos, pero como no era así...

—Pues podríamos comenzar por eso —dijo, cortante—. Hacía tiempo que no me dejaba llevar por mi orgullo, pero no pude contenerme. Ese pequeño Phillip Wylie pavoneándose a nuestro alrededor, mirándote los pechos con aire ufano y...

—¿Eso hacía? —No me había percatado.

—Eso hacía. —Jamie volvió a irritarse al recordarlo. Luego retomó el catálogo de sus propios pecados—. Pero también este de haberte arrastrado

hasta aquí en camisa, para montarte como una bestia hambrienta...

Me rozó el cuello, donde aún sentía el escozor de un mordisco.

—Pues en verdad esa parte me ha gustado.

—¿De veras? —parpadeó, con sorpresa.

—Sí. Aunque temo que tengo moretones en el trasero.

—¡Oh!... —Bajó la vista, avergonzado—. Lo siento. Cuando terminé la partida de whist no podía pensar en otra cosa que en ir a por ti, *Sassenach*. Subí y bajé esa escalera diez o doce veces. Llegaba hasta tu puerta y retrocedía.

—¿De verdad? —Me complació oír eso, pues aumentaba las posibilidades de que él hubiera sido mi visitante nocturno.

—Trataba de que vinieras a mí, supongo. Pensé que la fuerza de mi deseo podía despertarte. Y entonces viniste... —Se interrumpió. Sus ojos se habían puesto suaves y oscuros—. ¡Cristo, qué bella estabas allí, en lo alto de la escalera, con la cabellera suelta y la sombra de tu cuerpo recortada contra la luz! —Movié lentamente la cabeza—. Pensé que me moriría si no te poseía.

Le acaricié la cara; su barba fue un suave erizo contra mi palma.

—No podía permitir que murieras —susurré, poniéndole un mechón de pelo detrás de la oreja.

Bajé la mano y Jamie se inclinó para recoger su chaqueta, medio sepultada en la paja. Se agachó sin perder el equilibrio, pero lo vi hacer una mueca de dolor cuando la sangre le llegó súbitamente a la cabeza.

—¿Bebiste mucho anoche? —pregunté al reconocer los síntomas.

Él se incorporó con un pequeño gruñido de diversión.

—Jarras, sí —fue su melancólica respuesta—. ¿Se nota?

Una persona, mucho menos experimentada que yo lo habría detectado a ochocientos metros; aun sin las señales más obvias de su intoxicación reciente, su olor era el de una destilería.

—Por lo visto no te impidió jugar bien a las cartas —comenté, con tacto—. ¿O acaso Phillip Wylie estaba tan afectado como tú?

Pareció sorprendido y algo afrentado.

—¿Me crees capaz de emborracharme mientras juego? ¿Después de haber apostado tus anillos? No, eso fue después. MacDonald trajo una botella de champán y otra de *whisky* para que celebráramos nuestras ganancias.

—¿MacDonald? ¿Donald MacDonald jugaba contigo? ¿Ganancias, has dicho? —En la tensión del momento sólo parecía importante que hubiera conservado mis anillos, pero esas joyas eran sólo su apuesta—. ¿Qué le ganaste a Phillip Wylie? —pregunté, riendo—. ¿Los botones bordados de la chaqueta? ¿Las hebillas de plata de sus zapatos?

—Pues no —dijo—. Su caballo.

Me puso su chaqueta sobre los hombros y me condujo por el pasillo principal del establo. Joshua había entrado calladamente por la otra puerta y estaba trabajando en el extremo opuesto. Parecía tan cansado como yo; tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

—¿Cómo está? —preguntó Jamie, señalando el pesebre con el mentón.

Josh se animó un poco ante la pregunta.

—¡Oh!, muy bien —aseguró—. Es un buen muchacho, el caballo del señor Wylie.

—Por supuesto que sí —coincidió Jamie—. Sólo que ahora es mío.

—¿De quién? —Josh quedó boquiabierto y con los ojos saltones.

—Mío. —Jamie se acercó a la barandilla para rascar las orejas del gran semental—. *Seas* —murmuró al animal—. *Ciamar a tha thu, a ghille mhoir?*

Contemplé al caballo, que levantó la cabeza para dirigirnos una mirada simpática y apartando de la cara el velo de sus crines, volvió a concentrarse en su desayuno.

—Un animal encantador, ¿verdad? —Jamie admiraba a *Lucas* con aire de lejana especulación.

—Pues sí, pero... —Mi propia admiración estaba teñida de consternación. Pese a la irritación que Wylie me inspiraba, sentí pena al pensar en lo que debía afectarlo la pérdida de su magnífico frisón.

—¿Pero qué, *Sassenach*?

—Pues... —Busqué torpemente las palabras. En esas circunstancias, no podía expresar compasión por Phillip Wylie—. Pues... ¿qué piensas hacer con él?

—No pienso quedármelo —aseguró mi esposo—. Me encantaría, pero tienes razón: no sirve para el Cerro. Pienso venderlo.

—¡Ah!, bien. —Saberlo era un alivio. Wylie quería comprar nuevamente

a *Lucas*, cualquiera que fuese el precio. La idea me reconfortó. Y el dinero no nos vendría mal.

Mientras conversábamos, Joshua se había alejado. En ese momento reapareció con un saco de cereales al hombro. Parecía alerta y algo alarmado.

—¿Señora Claire? —dijo—. Con su permiso, señora, acabo de encontrarme con Teresa; dice que a Betty le pasa algo malo. Me ha parecido que debía decírselo.

Sangre en el ático

El ático parecía la escena de un crimen brutal. Betty se debatía en el suelo, junto a la cama, tumbada con las rodillas recogidas y los puños clavados en el abdomen; la muselina de su camisa estaba desgarrada y empapada en sangre. Fentiman, también en el suelo, forcejeaba con su cuerpo espasmódico, casi tan ensangrentado como ella.

Antes que yo pudiera llegar, Betty dejó escapar una tos gorgoteante, expulsando más sangre por la boca y la nariz. Luego se curvó hacia delante, se arqueó hacia atrás, volvió a doblarse... y quedó laxa.

Fentiman estaba arrodillado tras ella, pálido y sin peluca. El lugar hedía a sangre, heces y bilis; él mismo estaba cubierto de todas esas sustancias. Levantó la vista hacia mí, sin dar señales de reconocerme, con los ojos dilatados y aturridos por el *shock*.

—Doctor Fentiman. —Hablé en voz baja—. Ha hecho usted cuanto pudo —dije, estrechándole el hombro—. No es culpa suya.

Lo sucedido el día anterior no tenía importancia. Él era un colega y yo le debía la absolución, si estaba en mi poder dársela.

Él se pasó la lengua por los labios secos y asintió con la cabeza. Luego depositó suavemente el cadáver en el suelo. Un grave gemido me obligó a girar, sin soltarle el brazo. En un rincón de la habitación se agolpaban varias esclavas, demudadas y con las manos aleteando de inquietud contra la

muselina de sus camisas. En la escalera se oían voces masculinas, apagadas y nerviosas. Reconocí la de Jamie, grave y serena.

—¿Gussie? —dije el primer nombre que me vino a la memoria.

La esclava se adelantó; era una jamaicana pálida y menuda, con un turbante de calicó azul.

—¿Sí, señora? —Me miraba a los ojos, evitando el cuerpo tendido en el suelo.

—Voy a llevar al doctor Fentiman abajo. Haré que algunos de los hombres suban para... ocuparse de Betty. Esto...

Señalé la suciedad que cubría el suelo. Ella asintió; aún estaba impresionada, pero era un alivio tener algo que hacer.

—Esta Betty, mamá de esa muchacha, Fedra —explicó Gussie, y tragó saliva—. Alguien... ¿puedo ir, señora? ¿Puedo ir y decir?

—Por favor. —Di un paso atrás, indicándole por señas que bajara. Ella caminó de puntillas junto al cadáver y luego huyó hacia la puerta.

El doctor Fentiman comenzaba a emerger del *shock*. Vi que su instrumental, caído en el forcejeo, estaba sembrado por todas partes, en un desparramo de metal y cristales rotos.

Pero antes de que pudiera recogerlo se oyó una breve conmoción en la escalera. Duncan entró en el cuarto, con Jamie pisándole los talones. Noté con algún interés que aún llevaba sus ropas de novio, aunque sin chaqueta ni chaleco. ¿Se habría acostado siquiera?

Me saludó con la cabeza, pero sus ojos fueron inmediatamente hacia Betty. Parpadeó varias veces, y luego aspiró hondo. Finalmente recogió un edredón para cubrirla con suavidad.

—Ayúdame con ella, *Mac Dubh* —dijo.

Al ver lo que se proponía, Jamie alzó en brazos a la difunta. Su compañero se volvió hacia las mujeres.

—No se preocupen —aseguró en voz baja—. Yo me ocuparé de ella.

En su voz había una extraña nota de autoridad. Comprendí que, a pesar de su natural modestia, había aceptado que era el amo.

Al ver que Fentiman iba a recoger uno de los frascos, le dije:

—Deje. Las mujeres se ocuparán de esto. —Y sin esperar respuesta, lo cogí con firmeza por el codo para conducirlo escaleras abajo.

Así que Betty era la madre (o había sido) de Fedra. A ella yo no la conocía bien, pero a Fedra sí. El dolor que sentí por la muchacha me anudó la garganta. De cualquier modo, en esos momentos no podía auxiliarla; en cambio al doctor sí.

Mudo de espanto, me siguió sin resistencia. Junto al río había un banco de piedra, medio escondido bajo un sauce llorón. Difícilmente habría alguien allí a esas horas de la mañana.

No había nadie, pero sí dos copas de vino, manchadas de rojo, abandonados restos de los festejos. Me pregunté por un momento si allí había tenido lugar alguna cita romántica. Aparté la inoportuna pregunta junto con las copas y tomé asiento, invitando al doctor Fentiman con un ademán.

—¿Se siente mejor?

—Sí. Gracias, señora Fraser.

—Fue un verdadero golpe, ¿no? —sugerí, empleando mis mejores modales de cabecera.

—Un verdadero golpe, sí —murmuró cerrando los ojos—. No debí...

—Usted fue muy amable al acudir inmediatamente —dije al fin—. Veo que lo han sacado de la cama. ¿El empeoramiento fue súbito?

—Sí. Anoche, después de sangrarla, habría jurado que esa mujer se recuperaría. El mayordomo me despertó justo antes del amanecer. Cuando subí, ella se quejaba otra vez de dolores en el abdomen. Volví a sangrarla y le administré un clíster, pero de nada sirvió.

—¿Un clíster? —Eran enemas, remedio muy popular en esa época.

—Tintura de nicotiana —explicó—. Según mi experiencia, surge muy buen efecto en casos de dispepsia.

Respondí con un murmullo, sin comprometerme. La nicotiana era tabaco. En solución fuerte, administrada por vía rectal, podía curar muy pronto un caso de parásitos intestinales, pero difícilmente haría algo por la indigestión. Aun así, tampoco podía provocar una hemorragia como aquella.

—Qué extraordinaria cantidad de sangre —comenté—. Nunca había visto nada parecido. —Me incliné hacia él para apoyarle una mano consoladora en el brazo—. Sé que usted hizo todo lo que se podía hacer —continué—. Anoche, cuando usted la vio, no sangraba por la boca, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza, encorvado dentro del capote.

—No. Aun así me siento culpable, de veras.

—Así son las cosas —comenté, melancólica—. Siempre queda la sensación de que se debería haber hecho algo más.

Él captó el profundo sentimiento de mi voz y se volvió hacia mí, sorprendido. Su tensión cedió un poco y las manchas rojas de sus mejillas comenzaron a atenuarse.

—Es usted... muy comprensiva, señora Fraser.

Le sonreí sin responder. Aunque fuera un matasanos arrogante y colérico, había acudido, dispuesto a luchar por su paciente con la mejor voluntad. A mi modo de ver, eso lo convertía en merecedor de solidaridad.

Pasado un momento me cubrió una mano con la suya. El olor a sangre medio seca de sus ropas me hacía ver otra vez la escena del ático. ¿De qué diantre había muerto esa mujer?

Le hice preguntas diplomáticas a fin de extraerle los detalles que hubiera podido observar, pero no sirvió de nada, pues aquello había sucedido a hora muy temprana, con la estancia a oscuras.

—Confío que la señora Cameron... es decir, la señora Innes... no piense que he traicionado su hospitalidad —dijo, intranquilo.

El doctor Fentiman consideraba la posibilidad de que Yocasta lo culpara por no haber evitado la muerte de su esclava y tratara de cobrar una compensación.

—Ella comprenderá que usted ha hecho todo lo posible —aseguré—. Yo se lo diré, si usted quiere.

—Mi querida señora. —El médico, agradecido, me estrujó la mano—. Es usted tan amable como encantadora.

—¿Le parece, doctor?

Una voz masculina había hablado fríamente detrás de mí. Allí estaba Phillip Wylie, con una expresión muy sardónica en la cara.

—No es «amable» la palabra que me viene a la mente, a decir verdad. «Lasciva», quizá. «Caprichosa», ciertamente. Pero «encantadora», eso sí, lo reconozco.

Sus ojos me recorrieron de pies a cabeza, con una insolencia absolutamente reprochable. Me levanté, ciñéndome la bata con gran dignidad.

—Se está propasando, señor Wylie —dije, con toda frialdad posible.

Él rió, pero no como si aquello le pareciera divertido.

—¿Qué yo me propaso? ¿No ha olvidado usted algún detalle, señora Fraser? ¿El vestido, por ejemplo? ¿No teme coger frío con esa vestimenta? ¿O quizá los abrazos del doctor son abrigo suficiente?

Fentiman, tan espantado como yo por la aparición de Wylie, se había puesto de pie para interponerse entre los dos, rojo de furia.

—¿Cómo se atreve, señor! ¡Cómo tiene el atrevimiento de apostrofar de ese modo a una dama! Si yo estuviera armado, señor, le exigiría satisfacción en este mismo instante, ¡puedo jurarlo!

Al ver la sangre que manchaba las piernas y los pantalones del doctor Fentiman, el gesto ceñudo e irritado de Wylie perdió certidumbre.

—Yo... ¿Ha sucedido algo, señor?

—Nada que sea de su incumbencia, se lo aseguro. —El médico se irguió y me ofreció el brazo con un ademán grandioso—. Venga usted, señora Fraser. No tiene por qué verse expuesta a las pullas insultantes de este cachorro. Permítame acompañarla hasta donde la espera su esposo.

Al mirar por encima de mi hombro vi que Wylie seguía con la vista clavada en nosotros, y levanté la mano en un pequeño gesto de despedida. La luz chisporroteó en mi anillo de oro. Noté que él se ponía aún más rígido.

—Ojalá lleguemos a tiempo para el desayuno —dijo el doctor Fentiman, alegremente—. Creo que he recobrado el apetito.

Sospecha

Los invitados comenzaron a partir después del desayuno. Yocasta y Duncan, los despedían desde la terraza, mientras la fila de carruajes y carretas descendía lentamente por la calzada.

—Pareces cansada, mamá. —A Bree también se le notaba la fatiga; ella y Roger se habían acostado muy tarde.

—No me explico por qué. —Le respondí, conteniendo un bostezo—. ¿Cómo ha amanecido Jemmy?

—Resfriado, pero sin fiebre. Ha comido un poco de *porridge* y...

La escuché asintiendo automáticamente con la cabeza. Luego la acompañé para examinar a Jemmy, que alborotaba alegremente, pese a los mocos. El niño estaba al cuidado de Gussie; la muchacha tenía el mismo semblante pálido y ojeroso que todos los presentes, pero me pareció que su aire de mudo sufrimiento se debía más a la tensión emocional que a la resaca.

Al volver a la casa con el doctor Fentiman, después de ponerlo en manos de Ulises para que lo alimentara y limpiara, había ido directamente en busca de Fedra, sin detenerme más que para lavarme y cambiarme de ropa, por no presentarme delante de ella manchada con la sangre de su madre.

La encontré en la despensa, aturdida por el *shock*; estaba sentada en el taburete que Ulises usaba para lustrar la plata, con una gran copa de *brandy* intacta a su lado. La acompañaba Teresa, otra de las esclavas; al verme soltó

un breve suspiro de alivio y se acercó a saludarme.

—No está muy bien —murmuró, moviendo la cabeza—. No ha dicho una palabra, no ha vertido una lágrima.

La tez de Fedra había palidecido, y su mirada estaba fija en la pared desnuda, que había más allá del vano de la puerta.

—Lo siento mucho —le dije en voz baja, al tiempo que apoyaba una mano en su hombro—. El doctor Fentiman la atendió e hizo todo lo que pudo.

No hubo respuesta. Respiraba, pero eso era todo.

Me mordí la cara interior del labio, en busca de algo o alguien que pudiera consolarla.

—El cura —se me ocurrió súbitamente—. ¿Te gustaría que el padre LeClerc... bendijera el cuerpo de tu madre?

Un leve estremecimiento recorrió el hombro bajo mi mano. La bella cara inmóvil giró hacia mí los ojos opacos.

—¿De qué servirá? —susurró.

—Pues... bueno... —Busqué a ciegas una respuesta, pero ella ya había vuelto a fijar la vista en una mancha de la mesa.

Al final, le di una pequeña dosis de láudano para que durmiera e indiqué a Teresa que la acostara en el catre donde dormía normalmente, en el vestidor de Yocasta.

Abrí la puerta del vestidor para ver cómo estaba, y me tranquilizó oír su respiración lenta y profunda. Bree, que me había seguido, miró por encima de mi hombro, y le indiqué con un gesto que todo estaba bien.

Brianna se detuvo ante la puerta del *boudoir* y giró súbitamente hacia mí para abrazarme con fiereza. En la habitación iluminada, Jemmy la echó de menos y empezó a chillar.

—¡Mamá! ¡Ma! ¡Ma-má!

Agotada, me dirigí hacia la escalera que llevaba al segundo piso. El dormitorio estaba desierto, con los colchones al aire y el hogar limpio; las ventanas habían sido abiertas para ventilar la habitación. El ambiente estaba frío, pero en paz. Mi manto seguía colgado en el guardarropa. Me acosté sobre la funda del colchón, cubierta con el manto, y me dormí al instante.

Desperté justo antes del ocaso, hambrienta y aliviada porque el olor a sangre y flores había dado paso al aroma del jabón y lino calentado por el cuerpo.

De repente, Jamie abrió la puerta y me sonrió. Estaba afeitado y peinado, con ropa limpia y claros los ojos; parecía haber borrado cualquier rastro de la noche anterior.

—Por fin despierta. ¿Has dormido bien, *Sassenach*?

—Como los muertos —respondí, y al decirlo sentí un vuelco en mi interior. Él lo vio reflejado en mi cara y vino a sentarse a mi lado.

—¿Qué sucede? ¿Has tenido algún mal sueño, *Sassenach*?

—No creo —respondí. Sin embargo, mi mente parecía haber seguido funcionando en las sombras de la inconsciencia, tomando notas y extrayendo deducciones.

—Esa mujer, Betty... ¿Ya la han sepultado?

—No. Lavaron el cuerpo y lo pusieron en uno de los cobertizos. Yocasta ha preferido dejar el entierro para mañana, por no atribular a los invitados. Algunos se quedarán una noche más. —Me observó con el entrecejo fruncido—. ¿Por qué?

—Hay algo malo. Me refiero a su muerte.

—¿Malo... en qué sentido? —Arqueó una ceja—. Fue una muerte horrible, sin duda, pero no te refieres a eso, ¿verdad?

—No. Creo que alguien la ha matado.

—¿Quién? —preguntó al fin—. ¿Estás segura, *Sassenach*?

—No tengo ni idea. Y no puedo estar del todo segura, pero... —Vacilé. Él me estrechó una mano, como para alentarme—. He visto morir a muchísima gente y por todo tipo de causas. No puedo expresar en palabras de qué se trata, pero sé... creo... que hay algo malo —concluí, sin mucha convicción.

—Comprendo —dijo él, por lo bajo—. Pero no tienes manera de asegurarlo, ¿verdad?

—Hay una manera —dije.

El final de un día agitado

El lugar donde habían puesto el cadáver estaba muy lejos de la casa; era un pequeño cobertizo para herramientas, edificado junto a la huerta. Jamie me apoyó una mano en la espalda.

—¿Estás bien, *Sassenach*? —susurró.

—Sí. —Me cogí de su mano libre para reconfortarme.

Aunque exteriormente Jamie pareciera tan entero como siempre tampoco estaba tranquilo. Por ser celta y católico, creía firmemente en un mundo invisible que se extendía más allá de la disolución del cuerpo. En eso estaba implícita la creencia en los *tannasgreach* (los espíritus) y no deseaba encontrarse con ellos. No obstante, puesto que yo estaba decidida, él se enfrentaría por mí con el otro mundo; me estrechó la mano con fuerza, sin soltarla, y respondí de igual modo, agradecida por su presencia.

—Una cosa es ver morir a un hombre a golpes de hacha en el campo de batalla —me había dicho antes, mientras discutíamos—. Eso es parte de la guerra, algo honorable, por cruel que parezca. Pero coger un cuchillo y trinchar a sangre fría a una pobre inocente como ésa... —Me miró con los ojos sombríos, atribulados—. ¿Estás segura de que es necesario, Claire?

—Estoy segura —había dicho yo, inspeccionando el contenido del saco. Un gran rollo de vendas de algodón para absorber los fluidos, frascos pequeños para muestras de órganos, el más grande de mis serruchos para

hueso, un par de escalpelos... La colección era siniestra, en realidad. Envolví las grandes tijeras en una toalla, y las puse en la bolsa. Luego medí cuidadosamente mis palabras.

—Mira —dije al fin, mirándolo a los ojos—. Aquí hay algo malo, estoy segura. Y si alguien asesinó a Betty, tenemos la obligación de averiguar qué sucedió. Si alguien te asesinara, ¿no querías que se hiciera todo lo posible para demostrarlo?, ¿para... vengarte?

Calló durante un largo instante; me miraba con los ojos entornados, pensativo. Luego se relajó.

—Sí, es cierto —dijo, y comenzó a envolver el serrucho con tela.

No había vuelto a protestar ni a preguntarme si estaba segura. Se limitó a decir, con firmeza, que si yo estaba decidida él me acompañaría. Eso fue todo.

—No tienes por qué hacerlo, Claire. —Jamie me apretó la mano—. No por eso pensaré que eres cobarde.

—Pero yo sí —dije. Él asintió con la cabeza. No había más que discutir; me soltó la mano y se adelantó para abrir el portón.

Miré a mi alrededor; luego, de nuevo a la casa. A pesar de ser tan tarde aún ardían las velas en el salón posterior, donde se prolongaba una partida de naipes. Los pisos superiores estaban a oscuras, salvo la ventana de Yocasta.

—Tu tía vela hasta tarde —susurré a Jamie.

Él se volvió a mirar.

—No, es Duncan —corrigió—. Mi tía no necesita luz.

—Puede que él le esté leyendo en la cama —sugerí, tratando de aliviar la solemnidad de nuestra misión.

Jamie respondió con un pequeño bufido burlón, y lo opresivo de la atmósfera se aligeró un poco. Alzó el pestillo y empujó el portón, dejando ver detrás un cuadro completamente negro. Cuando atravesé el umbral, me sentí como Perséfone al entrar en el infierno. Jamie entornó la puerta y me entregó la lámpara.

Fue casi un alivio entrar allí, donde el aire estaba inmóvil. Habían puesto a la difunta en una tabla sobre dos caballetes, ya lavada y envuelta en un sudario de muselina. A su lado vi una pequeña hogaza de pan y una copa de *brandy*; sobre el sudario, encima del corazón, un ramillete de hierbas secas,

pulcramente anudadas. Al verlas Jamie se persignó, mirándome con aire casi acusador.

—Es mala suerte tocar cosas de una tumba.

—Sólo si las robas —le aseguré en voz baja, pero yo también me persigné antes de coger los objetos para ponerlos en un rincón del cobertizo—. Cuando acabe los colocaré en su sitio.

Con uno de mis escalpelos, corté cuidadosamente la costura del sudario. Había traído una aguja fuerte e hilo encerado para coser la cavidad del cuerpo; con un poco de suerte podría reparar también el sudario, de modo que nadie se percatara de lo que había hecho.

La cara estaba casi irreconocible; las mejillas redondas habían quedado flojas y hundidas; el suave lustre de la negra piel estaba reducido a un gris ceniciento; los labios y las orejas tenían un tinte lívido. Eso me facilitó las cosas; obviamente, eso era sólo una corteza, no la mujer que yo había conocido.

Jamie se limitó a sostener la lámpara en alto, para que yo pudiera trabajar. La luz proyectaba su sombra contra el muro del cobertizo, gigantesca y fantasmagórica. Aparté la vista de ella para concentrarla en mi trabajo.

—No tienes por qué mirar, Jamie —señalé, mientras me apartaba un momento para secarme la frente con la muñeca—. En la pared hay un clavo. Si quieres salir un rato, cuelga la lámpara allí.

—Estoy bien, *Sassenach*. ¿Qué es eso? —se inclinó hacia delante, señalando con cautela. Su expresión intranquila había cedido paso a otra de interés.

—La tráquea y los bronquios —expliqué, siguiendo con el dedo los gráciles anillos de cartílago—, y una parte de pulmón. Si te sientes bien, ¿puedes acercar un poco la luz?

Y procedí a cortar el lóbulo superior del pulmón derecho.

—Dame un poco más de algodón, ¿quieres?

Alguna mancha de sangre en el sudario no preocuparía a nadie, por lo espectacular que había sido su fallecimiento, pero no quería despertar tanta sospecha como para que alguien mirara dentro.

Al inclinarme para coger el algodón apoyé una mano en un costado del cadáver, y el cuerpo emitió una queja. Jamie dio un salto atrás, sobresaltado.

Yo también había dado un respingo, pero me repuse de inmediato.

—No es nada —dije, aunque tenía el corazón acelerado y el sudor de la cara se me había enfriado súbitamente—. Sólo un poco de gas atrapado. Los cadáveres suelen emitir ruidos extraños.

—Sí. —Jamie tragó saliva—. Sí, lo he visto a menudo. Pero te coge por sorpresa, ¿verdad? —Sonrió a medias, con la frente cubierta por una pátina de sudor.

Como no disponía de guantes, tenía las manos ensangrentadas hasta la muñeca; los órganos y las membranas presentaban una desagradable viscosidad, producto de la descomposición. Puse una mano bajo el corazón para levantarlo hacia la luz, buscando manchas en la superficie o roturas visibles en los grandes vasos.

A continuación, desprendí el esófago y lo corté a lo largo. Luego di la vuelta al tejido. En el extremo inferior se notaba un poco de irritación y algo de sangre, pero no había señales de rotura ni de hemorragia. Me incliné para mirar dentro de la cavidad faríngea, pero no había luz suficiente para ver gran cosa. Entonces, dirigí mis exámenes hacia el otro extremo: deslicé una mano bajo el estómago para retirarlo.

De inmediato se agudizó la sensación de maldad que había experimentado desde un principio. Si había algo malo allí, ése era el lugar donde habría más posibilidades de hallar las evidencias.

En el estómago no había comida; después de tanto vómito, eso no era extraño. No obstante, cuando corté la gruesa pared muscular surgió un penetrante olor a ipecacuana, que se impuso al hedor del cadáver.

—¿Qué? —Ante mi exclamación Jamie se inclinó hacia delante, ceñudo.

—Ipecacuana. Ese matasanos la medicó con ipecacuana... ¡y lo hizo no hace mucho! ¿La hueles?

Aunque con una mueca de asco, aspiró cautelosamente y asintió.

—¿No es lo que corresponde hacer cuando hay espasmos en el estómago? Tú le diste a Beckie MacLeod cuando bebió de tu líquido azul.

—Es cierto. —Beckie, de cinco años, había bebido medio frasco de una cocción que yo había preparado para envenenar ratas—. Pero lo hice de inmediato. Dárselo después, cuando el veneno o el irritante ya ha salido del estómago, no tiene sentido.

¿Podía Fentiman saber eso, con los conocimientos médicos de su época? Probablemente había vuelto a medicarla con ipecacuana porque no se le ocurría otra cosa. Volví a la gruesa pared del estómago. Ésa era la fuente de la hemorragia, sí: la pared interior estaba áspera y de color rojo oscuro, como carne picada. Había allí una pequeña cantidad de líquido: linfa clara, que comenzaba a separarse de la sangre coagulada.

—¿Crees que pudo ser la ipecacuana lo que la mató?

—Ahora no estoy segura —murmuré, hurgando con cuidado.

Si Fentiman le había dado a Betty una fuerte dosis de ipecacuana, los vómitos violentos podían haber causado una rotura interna, con la consiguiente hemorragia; pero no aparecía ninguna evidencia de eso. Utilicé el escalpelo para abrir el estómago un poco más, apartar los bordes y abrir el duodeno.

—¿Puedes darme uno de esos frascos vacíos? Y la botella de lavado, por favor.

Jamie colgó la lámpara del clavo y se arrodilló para rebuscar en mi bolsa, mientras yo hurgaba en el estómago. En los repliegues había material granuloso que formaba un residuo pálido. Al rasparlo, descubrí que se desprendía con facilidad, dejándome una pasta densa y arenosa en la punta de los dedos. Yo no sabía que era, pero en el fondo de mi mente se iba formando una sospecha desagradable. Tenía que lavar el estómago, recoger ese residuo y llevarlo a la casa, donde podría examinarlo, cuando llegara la mañana. Si era lo que yo pensaba...

Sin previo aviso, la puerta del cobertizo se abrió de par en par y pude ver la cara de Phillip Wylie, pálido y espantado, en el marco de la puerta.

Me miró, boquiabierto, y tragó saliva; el ruido me llegó con claridad. Después de recorrer la escena con la vista, sus ojos volvieron a mi cara convertidos en anchos estanques de horror.

Yo también estaba horrorizada. ¿Qué sucedería si él alborotaba? Sería un escándalo terrible, aunque yo pudiera explicar lo que estaba haciendo. Y si no podía... En una ocasión había estado a punto de que me quemaran por brujería; con una bastaba.

Después de tragar saliva, dije lo primero que me vino a la mente.

—Buenas noches.

Se pasó la lengua por los labios. No se había puesto sus polvos de arroz, pero estaba tan pálido como un retal de muselina.

—Señora... Fraser —dijo—. Yo... eh... ¿qué es lo que hace?

En mi opinión, eso debía de ser bastante obvio; presumiblemente, su pregunta se refería a los motivos por los que lo hacía. Y yo no tenía intenciones de profundizar en el tema.

—Eso no es de su incumbencia —dije secamente, recobrando un poco el valor—. ¿Qué hace usted aquí a estas horas de la noche?

Por lo visto era una buena pregunta; su cara pasó del horror a la cautela. Su cabeza se movió como si quisiera mirar por encima del hombro, pero detuvo el movimiento antes de completarlo. Aun así, mis ojos siguieron la dirección del gesto. Detrás de él había un hombre alto, que ahora se adelantaba, pálido el rostro, sardónicos los ojos verdes. Stephen Bonnet.

—¡Por todos los santos del infierno! —exclamé.

Jamie salió de debajo de la mesa como una cobra al ataque, Phillip Wylie se apartó de la puerta con un grito y la lámpara cayó al suelo. Hubo un fuerte olor a aceite y *brandy* derramados, un suave siseo de llama al encenderse, y el sudario caído a mis pies comenzó a arder.

Jamie había desaparecido; fuera se oían gritos y un ruido de pies que corrían sobre el pavimento. Pisoteé la tela en llamas, con intención de apagarla.

Luego lo pensé mejor. Tenía que salir de allí. Recogí mi bolsa y huí en la noche, con las manos rojas y el puño aún apretado en torno a la evidencia. No sabía que sucedía ni lo que podría suceder a continuación, pero tenía la certeza de no haberme equivocado. Betty había sido asesinada.

Nadie había salido aún de la casa principal, pero los gritos y las llamas no tardarían en llamar la atención. El olor a quemado era fuerte; sin duda pensaban que el establo ardía o estaba a punto de incendiarse.

¿Y si rescataban del cobertizo el profanado cadáver de Betty? No sabrían quién era el responsable, pero el descubrimiento causaría una terrible indignación, con los consecuentes rumores e histeria pública.

Detrás de mí estalló un gemido agudo; debido al sobresalto, me golpeé el codo contra las piedras. Fedra había cruzado el portón, seguida por Gussie y

otra esclava. Corría a través de la huerta, gritando «¡Mamá!», mientras su camisa blanca reflejaba la luz de las llamas que ya abrían agujeros en el techo del cobertizo.

Me invadió una horrible sensación de culpa. Su voz, tan parecida a la de Bree, hizo que me imaginara lo que habría sentido mi hija si hubiera sido mi cuerpo el que se quemaba en el cobertizo. Pero Fedra habría podido sentir cosas peores si yo no hubiera provocado el incendio. A pesar de los nervios, busqué la bolsa que había dejado caer a mis pies.

Revolví en el saco hasta encontrar un frasco tapado, que normalmente usaba para guardar sanguijuelas, y la pequeña botella de lavado, con alcohol diluido en agua. No veía nada, pero sentí que la sangre se quebraba, desprendiéndose en escamas, al abrir los dedos agarrotados para depositar cautelosamente en el jarro el contenido de mi mano. Los dedos me temblaban tanto que no podía sujetar el corcho de la botella; por fin lo arranqué con los dientes y vertí el alcohol sobre la palma abierta, de modo que los restos de ese residuo granuloso cayeran al recipiente.

Por entonces la alarma había llegado a la casa; se oían voces que provenían de allí. ¿Qué sucedía? ¿Dónde estaba Jamie? ¿Y Bonnet y Phillip Wylie? Mi marido no tenía más arma que una botella de agua bendita, ¿y los otros? Al menos no se habían oído disparos... pero los puñales no hacen ruido.

Había gente que corría de un lado a otro de la huerta, sombras fugaces a lo largo de los caminos, a pocos pasos de mi escondrijo. De pronto una de las figuras gritó y recibió la respuesta de otra. Me zumbaban los oídos.

«No seas idiota —me dije—. Estás al borde del desmayo. ¡Siéntate!».

Una vez repuesta, salí al sendero oscuro con la bolsa en la mano. La primera persona a la que vi fue al mayor MacDonald; de pie en el camino, contemplaba el incendio del cobertizo. Lo aferré por un brazo, provocándole un sobresalto.

—¿Qué sucede? —le dije, sin molestarme en pedir disculpas.

—¿Dónde está su marido? —preguntó él simultáneamente, buscando a Jamie con la vista.

—No sé. —Lamentablemente, era muy cierto—. Yo también lo estoy buscando.

—¡Señora Fraser! ¿Está usted bien, querida? —Lloyd Stanhope surgió junto a mí.

—Oí que gritaban «¡Fuego!» y pensé que podía haber algún herido — expliqué con serenidad, mostrando la bolsa—. He traído mi equipo médico. ¿Sabe usted si todos están bien?

—Hasta donde puedo... —comenzó MacDonald, pero de inmediato saltó hacia atrás, alarmado, arrastrándome por un brazo. La cubierta cedió con un ruido profundo y las chispas se elevaron a gran altura para caer luego entre la multitud reunida en la huerta.

Todo el mundo retrocedió entre gritos ahogados. Luego se hizo una de esas pausas breves e inexplicables, en que todos los miembros de una muchedumbre se quedaban mudos al mismo tiempo. El cobertizo aún ardía, con un ruido de papel arrugado, pero por encima de él se oía una voz que gritaba a lo lejos. Era una voz de mujer, aguda y quebrada, pero potente y plena de furia.

—¡La señora Cameron! —exclamó Stanhope.

Pero el mayor ya iba hacia la casa a todo correr.

El oro del francés

Encontramos a Yocasta en el asiento junto a su ventana; estaba en camisón, atada de pies y manos con tiras de sábana y completamente escarlata de ira. Duncan Innes, sin otra ropa que la camisa de dormir, yacía de bruces en el suelo, cerca del hogar.

Corrí a arrodillarme a su lado para buscar el pulso.

—¿Ha muerto? —El mayor miraba por encima de mi hombro, con más curiosidad que simpatía.

—No. Saque a toda esta gente de aquí, por favor.

La alcoba estaba atestada de huéspedes y sirvientes, que rodeaban a Yocasta entre especulaciones, comentarios y protestas. El mayor parpadeó ante lo perentorio de mi tono, pero no perdió tiempo en discutir la situación.

Mi examen superficial de Duncan sólo reveló un gran chichón detrás de una oreja. Al parecer lo habían golpeado con un candelabro de plata, que yacía a su lado en el suelo. Tenía muy mal color, pero su pulso era firme y su respiración, rítmica.

Yocasta fue mucho más efectiva. Una vez liberada de sus ataduras, cruzó a trompicones la habitación, dividiendo la multitud como si fuera el Mar Rojo.

—¡Duncan! ¿Dónde está mi esposo? —inquirió, girando la cabeza de lado a lado, feroces los ojos ciegos. La gente se apartaba ante ella; en pocos

segundos estuvo a mi lado.

—¿Quién está aquí? —su mano describió un arco ante ella en busca de orientación.

—Soy yo... Claire. —Le cogí la mano para guiarla hasta mí. Sus dedos estaban helados y temblaban; las ligaduras le habían dejado profundas marcas rojas en las muñecas—. No te preocupes; creo que Duncan está bien.

Extendió una mano para comprobarlo por sí misma; yo le guié los dedos hasta el cuello y se los apoyé en la vena grande que veía palpar a un costado. Ella se inclinó hacia delante, con una pequeña exclamación, y palpó sus facciones con ternura.

—Lo han golpeado. ¿Está malherido?

—Creo que no —le aseguré—. Sólo tiene un chichón en la cabeza.

—¿Estás segura? Huelo a sangre.

Fue una desagradable sorpresa descubrir que aún quedaban bordes de sangre seca en las uñas, restos de la autopsia improvisada.

—Creo que soy yo —murmuré discretamente—; la regla.

En la puerta se produjo un pequeño revuelo. Al volverme descubrí, con intenso alivio, que era Jamie. Su expresión se endureció al ver a Duncan. Hincó una rodilla a mi lado.

—Está bien —dije, sin darle tiempo a preguntar—. Alguien le golpeó en la cabeza y ató a tu tía.

—¿Sí? ¿Quién? —Tras echar un vistazo a Yocasta, apoyó una mano en el pecho de Duncan, como para asegurarse de que de verdad respiraba.

—No tengo la más remota idea —respondí secamente—. De lo contrario ya habría mandado a los hombres tras esos criminales.

—¿Nadie ha visto a esos tunantes? —preguntó Yocasta.

—Creo que no, tía —respondió Jamie, con calma—. Con semejante hervidero en la casa nadie sabe qué buscar.

¿Qué había querido decir? ¿Acaso Bonnet había escapado? Pues sin duda era él quien había invadido la alcoba de Yocasta; era imposible que hubiera varios criminales en operación al mismo tiempo, en un lugar como aquél.

Jamie movió apenas la cabeza. Al ver la sangre bajo mis uñas, arqueó una ceja. ¿Había descubierto algo, tenía ya la certeza? Asentí con la cabeza, recorrida por un ligero escalofrío. «Asesinada», modulé con los labios.

El mayor cerró la puerta con firmeza y se acercó a nosotros.

—¿Lo llevamos a la cama?

Duncan empezaba a moverse; tosía un poco, pero afortunadamente no vomitó. Jamie y el mayor MacDonald lo levantaron, y lo tendieron en la gran cama de dosel.

—¿Estás repuesta, tía? —preguntó Jamie.

Ella elevó una ceja en sardónica respuesta.

—Con una copa estaré mejor —dijo, aceptando la taza que Ulises le ponía en las manos—. Pero sí, sobrino, estoy bastante bien. ¿Duncan...?

Yo estaba sentada en la cama, junto a él, con su muñeca entre los dedos. Lo sentí ascender hacia la superficie de la conciencia; sus párpados se estremecieron y tensó un poco los dedos contra mi palma.

—Está reaccionando —le aseguré.

—Dale *brandy*, Ulises —ordenó Yocasta.

—Todavía no —dije yo—. Se atragantaría.

—¿Te sientes en condiciones de contarnos lo que ha sucedido, tía? —preguntó Jamie, con cierta dureza en la voz—. ¿O debemos esperar a que lo haga Duncan?

Yocasta cerró un instante los ojos, suspirando. Tenía la habilidad de todos los MacKenzie para ocultar lo que pensaba, pero en este caso era evidente que pensaba a toda velocidad. La punta de su lengua fue a tocar un punto irritado en la comisura de la boca. Entonces comprendí que debían de haberla amordazado.

Fuera se oían murmullos en el pasillo; no todos los huéspedes se habían dispersado. Capté frases apagadas: «... completamente quemado, no quedaron sino los huesos», «¿... robado? No sé...», «... revisar los establos», «Sí, consumido por completo...». Recorrida por un intenso escalofrío, apreté con fuerza la mano de Duncan, luchando contra un pánico que no comprendía. Mi expresión debió de ser extraña, pues Bree dijo, suave:

—¿Mamá? —Me miraba con la frente arrugada de preocupación.

Jamie apoyó en mis hombros las manos grandes y calientes. El mayor MacDonald me miró con curiosidad, pero de inmediato desvió la atención hacia Yocasta, que giró la cabeza en esa dirección.

—El mayor MacDonald, ¿verdad?

—Para servirla, señora. —El hombre le hizo automáticamente una reverencia, olvidando que ella no podía verlo.

—Le agradezco sus amables servicios, mayor. Mi esposo y yo estamos en deuda con usted.

MacDonald respondió con un murmullo cortés.

—No, no —insistió ella, irguiendo la espalda—. Se ha tomado usted muchas molestias por nosotros. No debemos abusar más de su amabilidad. Ulises, acompaña al mayor al salón y ocúpate de servirle un buen refrigerio.

El mayordomo se inclinó y condujo al mayor hacia la puerta.

Mi pánico comenzaba a desaparecer y pude centrar la atención en mi paciente, que ya había abierto los ojos, y miraba a Jamie.

—*Mac Dubh*, ¿qué ha sucedido?

Jamie retiró una mano de mi hombro para estrecharle el brazo.

—No te preocupes, *a charaid*. —Desvió una mirada significativa hacia Yocasta—. Tu esposa va a contarnos qué fue lo que sucedió. ¿Verdad, tía?

Yocasta frunció los labios, pero luego suspiró, resignada a la ingrata y necesaria confidencia.

—¿no hay nadie aquí que no sea de la familia?

Cuando le aseguramos que así era, comenzó.

Había despedido a su doncella y estaba a punto de retirarse, dijo, cuando la puerta que daba al pasillo se abrió súbitamente, dando paso a dos hombres, según le pareció.

—Estoy segura de que había más de uno. Oí los pasos y la respiración —dijo, frunciendo el entrecejo para concentrarse—. Quizá fueran tres, pero no lo creo. Sólo hablaba uno. El otro debía de ser alguien a quien conozco pues se mantuvo a distancia, como si temiera que yo pudiera reconocerlo.

El hombre que hablaba le era desconocido. Ella estaba segura de no haber oído antes aquella voz.

—Era irlandés —dijo. La mano de Jamie se tensó contra mi hombro—. Se expresaba bien, pero no era un caballero.

—No, ya lo creo —musitó Jamie.

Bree había dado un ligero respingo ante la palabra «irlandés», aunque sólo había una pequeña arruga de concentración en su frente.

—El hombre era cortés, pero directo en sus exigencias. Quería el oro.

—¿Oro? —fue Duncan quien habló, pero la pregunta era evidente en todas las caras—. ¿Qué oro? No hay oro en la casa, aparte de unas cuantas libras esterlinas y algún dinero de la Proclamación.

Yocasta apretó los labios, pero ya no había remedio.

—El oro del francés —dijo abruptamente.

—¿Qué? —Duncan, atónito, se tocó el chichón que tenía detrás de la oreja, como si creyera que le había afectado al oído.

—El oro del francés —repitió Yocasta, irritada—. El que enviaron justo antes de Culloden.

—Antes de... —empezó Bree, con los ojos dilatados. Pero Jamie la interrumpió.

—El oro de Luis —dijo—. ¿A eso te refieres, tía? ¿El oro de los Estuardo?

Yocasta dejó escapar una risa breve, sin ningún humor.

—Alguna vez lo fue.

Y mandó a Bree a buscar el estuche que el día anterior le había mostrado. Cuando regresó, lo depositó en su regazo. Yocasta vació su taza, la dejó con un golpe seco y abrió el estuche. Dentro surgió un brillo de oro y diamantes. Ella retiró una varilla de madera con tres anillos.

—Hace tiempo tenía tres hijas —comenzó—. Tres mujeres. Clementina, Seonag y Morna. —Tocó uno de los anillos: una banda ancha con tres grandes diamantes—. Esto era para mis niñas. Héctor me lo dio al nacer Morna, que era suya. Morna... ¿sabéis que significa «amada»?

Extendió la otra mano, buscando a tientas, y tocó la mejilla de Bree, que la encerró entre las suyas.

—De cada uno de mis matrimonios sobrevivió una niña. —Los dedos de Yocasta tocaban delicadamente los anillos—. Clementina era hija de John Cameron, con quien me casé cuando yo era poco más que una criatura. La alumbré a los dieciséis años. Seonag era hija de Hugh, el Negro: morena como su padre, pero con los ojos de mi hermano Colum. Y luego Morna, la menor. Cuando murió tenía apenas dieciséis años.

Su expresión era triste, pero la línea de su boca se había suavizado al pronunciar los nombres de sus tres hijas desaparecidas.

—Éste me lo dio Héctor Cameron —dijo Yocasta tocando la banda de los

tres diamantes—. Y él las mató a todas. Las mató por el oro del francés.

La horrible sorpresa me dejó sin aliento, con un hueco en el estómago. Sentí que Jamie se quedaba muy quieto a mi espalda; se dilataron los ojos enrojecidos de Duncan. Brianna, sin cambiar de expresión, cerró los ojos durante un momento, pero retuvo aquella mano larga y huesuda.

—¿Qué fue de ellas, tía? —preguntó, sin alzar la voz—. Cuéntame.

Para sorpresa mía, cuando volvió a hablar no se dirigió a Brianna, sino a Jamie.

—Tú sabes lo del oro, ¿verdad, *a mhic mo pheathar*? —dijo.

—He oído hablar de eso —respondió con calma; después se sentó a mi lado, más cerca de su tía—. Es un rumor que circulaba por las Tierras Altas desde lo de Culloden. Se decía que Luis enviaría oro para ayudar a su primo en aquella lucha. Después dijeron que el oro había llegado, pero nadie lo vio.

—Yo lo vi. —La ancha boca de Yocasta, tan parecida a la de su sobrino, se ensanchó aún más—. Yo lo vi, Treinta mil libras en lingotes de oro. Yo estaba con ellos la noche en que lo desembarcaron a remo desde el barco francés. Venía en seis cofres, tan pesados que el bote sólo podía traerlos de dos en dos; de lo contrario se habría hundido. Cada cofre tenía la flor de lis tallada en la cubierta; cada uno estaba cerrado con bandas de hierro y un candado; cada candado, sellado con lacre rojo, y el lacre lucía el sello del anillo del rey Luis: la flor de lis.

Esas palabras hicieron correr un suspiro colectivo de sobrecogido respeto. Yocasta asintió lentamente.

—¿Dónde lo desembarcaron, tía? —preguntó Jamie por lo bajo.

Ella movía la cabeza con lentitud, como asintiendo para sí misma, con los ojos clavados en la escena que el recuerdo le pintaba.

—En Innismaraich. Una pequeña isla frente a Coigach.

Miré a Jamie a los ojos: Innismaraich significaba «Isla del Pueblo de Mar»; es decir, la isla de las focas. La conocíamos.

—Allí estaban los tres hombres a los que se les confió —dijo Yocasta—. Uno de ellos era Héctor; otro mi hermano Dougal; el tercero estaba enmascarado. Los tres tenían máscara, pero yo conocía a Héctor y a Dougal. Al tercer hombre no lo conocía y ninguno de ellos pronunció su nombre. No obstante reconocí a su sirviente; se llamaba Duncan Kerr.

Jamie se había puesto algo rígido al oír el nombre de Dougal; ante el de Duncan Kerr quedó petrificado.

—¿Había también sirvientes? —preguntó.

—Dos —confirmó su tía, con una sonrisa amarga—. El enmascarado trajo a Duncan Kerr, como he dicho; mi hermano Dougal, a un hombre de Leoch. Yo lo conocía de vista, pero no por su nombre. Héctor contaba conmigo para que lo ayudara. Yo era una mujer fuerte, como tú, *a leannan* —añadió suavemente, estrechando la mano de Brianna—. Era fuerte y Héctor confiaba en mí como en nadie. Yo también confiaba en él... por entonces.

El fantasma de una sonrisa tocó de melancolía los labios de Jamie. Miró primero a Brianna y luego, de nuevo, a mí.

—Fue en marzo —dijo Yocasta—. Una noche glacial, pero clara como el hielo. De pie en el acantilado, contemplé el mar y el sendero que la luna tendía sobre el agua, como de oro. La nave llegó navegando por ese camino de oro, como un rey a su coronación, y pensé que era una señal.

Giró la cabeza hacia Jamie, torciendo abruptamente la boca.

—En verdad me pareció oír que él reía —dijo—. Brian, el negro. El que me separó de mi hermana. No habría sido extraño en él. Pero no estaba allí.

Yo observaba a Jamie. No se movía, pero el pelo rojizo de sus antebrazos se había erizado.

—Ignoraba que hubieras conocido a mi padre —dijo, con voz algo dura—. Pero dejemos eso por ahora, tía. Dices que fue en marzo.

Ella asintió.

—Demasiado tarde. Debió llegar dos meses antes, dijo Héctor. Hubo retrasos...

En realidad demasiados retrasos. En enero, tras la victoria de Falkirk, esa muestra del respaldo de Francia podría haber sido decisiva. Pero en marzo el ejército de las Tierras Altas se retiraba hacia el norte, rechazada en Derby su invasión a Inglaterra. Los hombres de Carlos Estuardo marchaban hacia su destrucción a Culloden.

Con los cofres en tierra y a salvo, los nuevos custodios del oro conferenciaron para decidir qué se haría con el tesoro. El ejército estaba en movimiento y Estuardo con él. Edimburgo había vuelto a manos de los ingleses. No había lugar seguro a donde llevarlo, manos confiables en las que

se lo pudiera entregar.

—Ellos no confiaban en O’Sullivan ni en los otros que rodeaban al príncipe —explicó Yocasta—. Irlandeses, italianos... Dougal dijo que no se había tomado tantas molestias sólo para que el oro fuera robado o dilapidado por extranjeros. Es decir: no quería perder el mérito de haberlo obtenido.

Por fin se dividió el oro; cada hombre cogió dos de los cofres e hizo un juramento de sangre: guardar el secreto y conservar el tesoro con fidelidad en nombre de su monarca legítimo, el rey Jacobo.

—También tomaron juramento a los dos sirvientes —dijo Yocasta—. Les hicieron un corte; a la luz de las velas, las gotas de sangre eran más rojas que el lacre de los cofres.

Los conspiradores, nerviosos por la posesión de tanta riqueza, marcharon antes del amanecer, con los cofres envueltos en mantas y harapos.

—Cuando bajábamos el último de los cofres, llegaron un par de viajeros. Fue eso lo que salvó la vida al posadero, pues era un lugar solitario y él era el único testigo de nuestra presencia allí. Creo que Dougal y Héctor no habrían pensado así; pero el tercer hombre se proponía eliminarlo; lo leí en sus ojos, en la posición de su cuerpo mientras esperaba, al pie de la escalera, con la mano en el puñal. Él vio que yo lo observaba y me sonrió bajo la máscara.

—¿nunca se quitó la máscara? —inquirió Jamie.

Yocasta negó con la cabeza.

—No. De vez en cuando, al recordar aquella noche, me preguntaba si lo reconocería en caso de verlo nuevamente. Me parecía que sí; era moreno y delgado, pero fuerte como un cuchillo. Si viera otra vez esos ojos, sin duda. Pero ahora... No sé si podría reconocerlo sólo por la voz.

—Pero ¿estás segura de que no era irlandés? —Duncan escuchaba absorto, incorporado sobre un codo.

—¡Ah! No, *a dhuine*. Por su manera de hablar era escocés. Un caballero de las Tierras Altas.

Jamie y su amigo intercambiaron una mirada.

—¿Uno de los MacKenzie o de los Cameron? —sugirió Duncan, en voz queda.

—O uno de los Grant, quizá —dijo Jamie.

Yo entendí esas especulaciones. Entre los clanes de las Tierras Altas

existía una complejísima serie de asociaciones y enemistades; eran muchos los que no habrían podido cooperar en una empresa tan importante y secreta.

Los conspiradores se separaron, cada cual por su camino, con un tercio del oro del francés. Yocasta ignoraba qué habían hecho con sus cofres Dougal y el desconocido. Héctor Cameron colocó los suyos en un hoyo abierto en el suelo de su dormitorio.

Su intención era dejarlo allí hasta que el príncipe hubiera llegado a algún lugar seguro, donde pudiera recibir el oro y utilizarlo para lograr sus objetivos. Pero Carlos Estuardo ya estaba en fuga y durante muchos meses no hallaría sitio donde descansar. Y entonces se produjo el desastre.

—Héctor abandonó la casa, el oro y a mí para incorporarse al ejército del príncipe. Regresó el diecisiete de abril, al ponerse el sol. Me ordenó que recogiera las cosas de valor que tuviera a mano. La causa estaba perdida, dijo; debíamos huir o morir con los Estuardo, pero Cameron era lo bastante astuto para no llevar en su huida los dos cofres del oro francés.

—Retiró tres barras de un cofre y me los entregó para que los escondiera bajo el asiento del coche, mientras él y el palafrenero llevaban el resto a los bosques; no vi dónde los enterraron.

El 18 de abril, a mediodía, Héctor Cameron subió a su carruaje con su esposa, el palafrenero, su hija Morna y tres barras de oro, y partió a toda velocidad hacia el sur, rumbo a Edimburgo.

—Seonag estaba casada con el Maestre de Garth, que había apoyado a los Estuardo: lo mataron en Culloden, aunque entonces no lo sabíamos. Clementina ya había enviudado y vivía en Rovo, con su hermana. Yo sabía adónde nos dirigíamos, pero ignoraba que tuviera todo tan dispuesto.

Los Cameron fueron descubiertos dos días después, cerca de Ochertyre.

—Se desprendió una rueda del carruaje —dijo Yocasta, con un suspiro—. Aún la veo girar sola camino abajo. Se había roto el eje. No tuvimos más remedio que acampar junto a la carretera, mientras Héctor y el mozo de cuadra se apresuraban a arreglarlo.

Las reparaciones requirieron la mayor parte del día. El nerviosismo de Héctor empeoró durante la tarea y se contagió al resto del grupo.

—Por entonces yo ignoraba lo que había visto en Culloden —dijo Yocasta—. Él sabía que, si los ingleses lo atrapaban todo habría terminado.

Si no lo mataban en el acto lo ahorcarían por traidor.

»Cuando pudieron colocar nuevamente la rueda en el coche ya empezaba a anochecer; era primavera y oscurecía temprano. Cuando llegábamos a lo alto de la colina, dos hombres armados de mosquetes salieron a la carretera de entre las sombras, delante de nosotros.

Eran soldados ingleses, hombres de Cumberland. Al verlos, Héctor se hundió en un rincón del carruaje, con la cabeza inclinada y cubierta con un chal, fingiendo ser una vieja profundamente dormida. Atenta a las instrucciones que él susurraba, Yocasta asomó por la ventanilla, dispuesta a desempeñar el papel de dama respetable que viajaba con su madre y su hija.

Los soldados no le dieron tiempo a pronunciar su discurso. Uno de ellos abrió violentamente la portezuela y la bajó a tirones. Morna, despavorida, saltó tras ella e intentó apartarla del soldado. Otro hombre aferró a la niña y la arrastró hacia atrás, interponiéndose entre Yocasta y el carruaje.

—En un minuto más «la abuela» habría estado también en tierra; entonces descubrirían el oro y todo habría terminado para nosotros.

Un pistoletazo los sorprendió a todos. Héctor, asomado a la portezuela abierta, había disparado contra el soldado que sujetaba a Morna. Pero la luz del crepúsculo era escasa; quizá los caballos se movieron, meneando el carruaje. El hecho es que el disparo alcanzó a Morna en la cabeza.

—Corrí hacia ella —dijo Yocasta, con voz ronca—. Corrí hacia ella, pero Héctor bajó de un salto y me detuvo. Los soldados estaban alhelados. Él me arrastró hacia el coche y gritó al mozo de cuadra: «¡Adelante, adelante!».

Se humedeció los labios con la lengua y tragó saliva.

—«Ha muerto», me dijo, una y otra vez. «Ha muerto, no puedes hacer nada». Y me sujetó con fuerza para impedir que, me arrojara del carruaje.

»Así Héctor salvó su propia vida... y la mía, por lo que valiera entonces —continuó, aún remota—. Y el oro, desde luego.

Sus dedos buscaron nuevamente el anillo y lo hicieron girar lentamente en su varilla; las piedras centellearon bajo la luz de la lámpara.

—Desde luego —murmuró Jamie.

Yocasta apartó los anillos y se levantó; a continuación se arrodilló en el asiento junto a la ventana y apartó las cortinas. Presionó las manos contra el cristal helado de la noche; una blanca bruma se extendió en torno de sus

dedos, como llama fría.

—Héctor compró esta plantación con el oro que trajimos —dijo—. La tierra, el molino, los esclavos. Si he de hacerle justicia —su tono sugería que no era ésa su inclinación— lo que vale ahora se debe en gran parte a su propio trabajo. Pero la compró con ese oro.

—¿Y su juramento? —preguntó Jamie, por lo bajo.

—¿Su juramento? —Ella lanzó una risa breve—. Héctor era práctico. Los Estuardo estaban acabados. ¿Para qué necesitaban el oro, allá en Italia?

—Práctico —repetí.

—Práctico, sí —asintió—. Mis hijas habían muerto y él no encontraba motivos para malgastar lágrimas en ellas. Jamás las mencionó; tampoco me permitía hablar de ellas. Había sido hombre adinerado y volvería a serlo. No le habría sido tan fácil, si alguien lo hubiera sabido. —Lanzó un fuerte suspiro, cargado de ira contenida—. Me atrevería a decir que, en este país, nadie sabe que una vez fui madre.

—Aún lo eres —señaló Brianna, suavemente—. Eso lo sé.

Sus ojos azules buscaron los míos, oscuros de comprensión. Sentí el escozor de las lágrimas detrás de la sonrisa con la que le respondí. Sí, ella lo sabía y yo también. Y Yocasta; las líneas de su cara se relajaron, la nostalgia reemplazó a la furia y al recuerdo de la desesperación. Se acercó lentamente a Brianna y le puso la mano libre en la cabeza. Luego los dedos largos y sensibles se deslizaron hacia abajo, sondeando los pómulos fuertes, los labios anchos y largos y la nariz recta.

—Sí, *a leannan* —dijo con suavidad—. Tú sabes lo que quiero decir. ¿Comprendes ahora por qué quiero que todo esto sea tuyo... o de alguien de tu sangre?

Jamie intervino con una tosecilla antes de que Bree pudiera contestar.

—Sí —dijo, en tono práctico—. ¿Y eso es lo que le contaste al irlandés anoche? No todo, sin duda, pero ¿le has dicho que no tienes el oro aquí?

Yocasta dejó caer las manos y se volvió hacia él.

—Sí. Le dije que los cofres seguían enterrados en el bosque, allá en Escocia. Que fuera a desenterrarlos y se los quedara, si quería.

—¿Y no aceptó tu palabra?

—No era caballero —repitió—. No sé cómo podrían haber resultado las

cosas; siempre tengo un pequeño puñal bajo la almohada. No habría tolerado que me pusiera impunemente las manos encima. Pero antes de que pudiera coger el puñal oí pasos en el vestidor.

Señaló con un ademán la puerta cercana al hogar; detrás estaba su vestidor, que unía su dormitorio con el que antes era de Héctor Cameron y ahora, presumiblemente, de Duncan.

Los intrusos también habían oído los pasos; el irlandés siseó algo a su amigo; luego se apartó de Yocasta hacia el hogar. Entonces el otro personaje se acercó a ella por detrás y le tapó la boca con una mano.

—Sólo puedo decirles que el hombre usaba una gorra bien encasquetada y apeataba a licor, como si se lo hubiera vertido encima en vez de beberlo. — Hizo una pequeña mueca de asco.

La puerta se había abierto, dando paso a Duncan. Al parecer, el irlandés saltó desde atrás de la puerta y lo golpeó en la cabeza.

—No recuerdo nada —dijo él, melancólico—. Vine a darle las buenas noches a la señ... a mi esposa. Recuerdo que puse la mano en el pomo de la puerta. Un momento después estaba tendido allí, con la cabeza partida. Después de tocar con cuidado el chichón, miró a Yocasta con aire preocupado—. ¿Estás bien, *mo chridhe*? ¿Esos cabrones no te maltrataron?

—Claro que estoy bien —dijo, buscando a tientas hasta encontrar la mano de Duncan—. Exceptuando la inquietud de creerme viuda por cuarta vez. Luego el irlandés se acercó a mí y la bestia que me sujetaba me soltó.

El irlandés le había informado que no creía ni por un momento que el oro hubiera quedado en Escocia. Tenía la seguridad de que estaba en River Run y, si bien no se habría atrevido a maltratar a una dama, no experimentaba las mismas inhibiciones con respecto a su esposo.

—Dijo que, si yo no les decía dónde estaba, él y su compañero comenzarían a cortar a Duncan en trocitos, comenzando por los dedos del pie para avanzar hacia los huevos —dijo Yocasta sin rodeos.

Duncan no tenía mucha sangre en la cara, pero la poca que allí había desapareció al oír eso. Jamie apartó la vista de él, carraspeando.

—Y tú le creíste, supongo.

—Tenía un buen cuchillo; me lo pasó por la palma de la mano, para demostrarme que hablaba en serio.

—Pues bien, y luego...

—Y luego les dije que el oro estaba enterrado bajo el cobertizo de la huerta. —A su rostro volvió brevemente la expresión satisfecha—. Pensé que al encontrar el cadáver se desconcentrarían un poco. Para cuando hubieran reunido valor para cavar, yo podía haber hallado una manera de escapar o de dar la alarma... y así fue.

Después de atarla y amordazarla apresuradamente, los hombres salieron rumbo al cobertizo, con la amenaza de regresar para reanudar las operaciones si descubrían que había mentido. Pero no se esmeraron mucho con la mordaza; ella no tardó en arrancársela y gritar pidiendo auxilio.

—Supongo que, al ver el cadáver, la impresión les hizo tirar la lámpara, con lo que incendiaron el cobertizo. —Asintió con lúgubre satisfacción—. Poco precio a pagar. Sólo lamento que no se hayan quemado también.

—¿No crees que hayan podido iniciar el incendio a propósito? —sugirió Duncan—. ¿Para cubrir las señales de la excavación?

Yocasta descartó la idea con un encogimiento de hombros.

—¿Con qué fin? Allí no había nada que pudieran encontrar, aunque cavaran hasta la China.

Al parecer, no había nada más que decir o hacer. Ulises entró trayendo otro candelabro y una bandeja con *brandy* y varias copas. El mayor MacDonald reapareció para informar que no habían hallado rastros de los malhechores. Después de examinar a Duncan y a Yocasta, los dejé con Bree y Ulises para que los acostaran.

Jamie y yo descendimos en silencio. Al pie de la escalera me volví hacia él. Estaba pálido y demacrado por la fatiga.

—Regresarán, ¿verdad? —le dije en voz baja.

Él asintió con la cabeza. Luego me cogió por el codo para conducirme hacia la escalera de la cocina.

Coloquio con pastel

En esa época del año aún se utilizaba la cocina del sótano. Jamie se detuvo para un cortés diálogo con la cocinera; con lo que consiguió, no sólo un pastel recién horneado, sino también una gran jarra de café humeante. En cuanto se hubo despedido, me arrancó del taburete en el que yo me había dejado caer, y partimos otra vez, en el viento frío de la noche moribunda.

Caminábamos serenamente, mano a mano, y a los recuerdos del día anterior se superponían los inquietantes olores de la sangre y el incendio. Con cada paso, me sentía como si estuviera a punto de empujar las puertas de vaivén de algún hospital; luego me envolverían el zumbido de las luces fluorescentes y el discreto olor a remedio y cera para suelos.

—Falta de sueño —murmuré para mis adentros.

—Ya habrá tiempo para dormir, *Sassenach* —dijo Jamie—. Antes tenemos una o dos cosas que hacer. —Cambió de mano el pastel envuelto para cogerme por el codo e impedir que la fatiga me hiciera caer de bruces.

Yo sólo había querido decir que era la falta de sueño la que me causaba la sensación de estar nuevamente en un hospital. Durante muchos años, en mis funciones de interna, residente y madre, había trabajado largamente sin dormir; así se aprende a funcionar bien pese al cansancio absoluto.

La sensación de lúcido desapego me acompañó aun cuando nos desviamos hacia los establos. Él había dicho que teníamos algo que hacer. No

creía que tuviera intenciones de repetir las hazañas del día anterior. Pero si pensaba en un tipo de orgía más tranquila, con café y pastel, resultaba extraño celebrarla en el establo y no en la sala.

La puerta lateral estaba sin tranca; los olores cálidos del heno y los animales dormidos nos salieron al encuentro.

—¿Quién es? —dijo una voz queda y grave, desde las sombras interiores. Roger. Claro: no le había visto entre los que invadieron el cuarto de Yocasta.

—Fraser —respondió Jamie, también en voz baja. Después de hacerme entrar consigo, cerró la puerta.

La silueta de Roger, que estaba envuelto en un capote, se recortaba contra el resplandor de una lámpara, hacia el final de la fila de pesebres.

—¿Cómo estás, *a Smeóraich*? —Jamie le entregó la jarra de café. Roger hundió una pistola en la cintura de los pantalones y la cogió. Sin comentarios, retiró el corcho y bebió.

—¡Oh, Dios! —dijo con un suspiro—. Esto es lo mejor que he probado en varios meses.

—No del todo. —Algo divertido, Jamie cogió la jarra para entregarle el pastel envuelto—. ¿Cómo está ése?

—Al principio metió bastante bulla, pero desde hace un rato se ha quietado. Tal vez se haya dormido. —Roger señaló el pesebre con la cabeza. Jamie descolgó la lámpara de su gancho y la sostuvo en alto por encima del portón atrancado. Por debajo de su brazo vi una silueta acurrucada y medio escondida en la paja, en el fondo del pesebre.

—¿Señor Wylie? —llamó Jamie, siempre en voz baja—. ¿Duerme usted? La silueta se agitó entre susurros de heno.

—No, señor —fue la respuesta, fríamente amarga. La silueta se desplegó lentamente y Phillip Wylie se puso de pie, sacudiéndose la paja de la ropa.

Realmente yo lo había visto en mejores momentos. Era evidente que había recibido un golpe en la nariz, pues tenía un surco de sangre seca en el labio superior y una mancha pardusca en el chaleco de seda bordada.

Pese a ello, su actitud se mantenía incólume en una indignación glacial.

—¡Tendrá que responder por esto, Fraser! ¡Por Dios que sí!

—Con mucho gusto, señor —respondió Jamie, impertérrito—. Pero no antes de obtener algunas respuestas de usted. —Quitó el pestillo al pesebre y

abrió—. Salga, señor Wylie.

El hombre salió con la cabeza en alto. Pasó a un palmo de mí, con la mirada fija hacia delante, fingiendo no verme.

Aceptó rígidamente la jarra de café que le ofrecieron, pero unos cuantos sorbos parecieron devolverle notablemente la compostura.

—Se lo agradezco, señor. —Devolvió la jarra con una reverencia—. Bueno, ¿puedo preguntar cuáles son los motivos de esta incalificable conducta?

—Puede, señor —respondió Jamie, irguiéndose a su vez—. Quiero descubrir en qué consiste su asociación con cierto Stephen Bonnet y qué sabe usted de su actual paradero.

La cara de Wylie quedó casi cómicamente en blanco.

—¿Quién?

—Stephen Bonnet.

Wylie clavó en Jamie una mirada fulminante, con las cejas oscuras muy fruncidas.

—No conozco a ningún caballero con ese nombre, señor Fraser; por lo tanto, no tengo idea alguna de sus movimientos. Aun si lo tuviera, dudo mucho que me sintiera obligado a informarle.

—¿No? —Jamie bebió un sorbo de café, pensativo; luego me entregó la jarra—. ¿Qué me dice usted de las obligaciones de un invitado para con su anfitrión, señor Wylie?

Las cejas oscuras se elevaron en un gesto de estupefacción.

—¿A qué se refiere, señor?

—Veo que usted no está informado, señor, de que anoche la señora Innes y su esposo sufrieron un ataque y un intento de robo.

Wylie quedó boquiabierto. A menos que fuera muy buen actor, su sorpresa era auténtica.

—No lo sabía. ¿Quién...? —El desconcierto desapareció y dio paso a la ira—. ¿Usted cree que yo estuve involucrado en esta... esta...?

—¿Despreciable empresa? —sugirió Roger, que parecía divertirse—. Sí, creo que sí. ¿Un poco de pastel para acompañar el café, señor?

Y le alargó un trozo. Wylie lo miró fijamente un momento; luego se levantó de un brinco y lo hizo caer de un golpe.

—¡Grandísimo canalla! —Giró hacia Jamie con los puños apretados—. ¿Se atreve a insinuar que soy un ladrón?

Jamie se echó un poco hacia atrás, con el mentón en alto.

—En efecto —dijo serenamente—. Usted trató de robarme a mi esposa ante mis propias narices. Por tanto, ¿qué escrúpulo podría tener para con los bienes de mi tía?

La cara de Wylie se ruborizó, y a continuación se lanzó contra Jamie. Los dos rodaron con un revoloteo de brazos y piernas. Roger se lanzó hacia la refriega, pero yo lo sujeté por el capote.

Jamie tenía a su favor la habilidad y la corpulencia, pero Wylie no era novicio en el arte de los puños; por añadidura, lo impulsaba una ira desatada.

Ferozmente irritada contra los dos, me adelanté un paso y vertí sobre ellos el contenido de la jarra.

—¡Ya estoy harta de esto!

—¡Pues yo no! —exclamó Wylie, acalorado—. ¡Él me ha insultado en mi honor! ¡Exijo...!

—¡Oh, al diablo con su maldito honor! ¡Y con el tuyo también! —bramé.

Jamie se contentó con un resonante bufido. Empujé con el pie uno de los taburetes caídos, con la vista aún clavada en él.

—¡Siéntate!

Él levantó el banquillo y se sentó con inmensa dignidad.

Wylie no parecía tan dispuesto a prestarme atención y continuaba con los comentarios sobre su honor. Le asesté un puntapié en la espinilla. Esta vez calzaba botas fuertes. Él lanzó un chillido y saltó sobre el otro pie, sujetándose la pantorrilla afectada.

—No conviene fastidiarla cuando está irritada —dijo Jamie a su contrincante, echándome una mirada cautelosa—. Es peligrosa, ¿sabe usted?

Wylie me miró, muy ceñudo, hizo un esfuerzo por tragarse lo que estaba a punto de decir y se sentó lentamente en el otro banquillo.

—Me gustaría saber qué sucede aquí, por favor —dijo, con exquisita cortesía.

—Pues yo opino lo mismo, señor —dijo Jamie.

—Robo, asesinato y sólo el cielo sabe qué más —enumeré con firmeza—. Y queremos llegar al fondo del asunto.

—¿Asesinato? —repitieron Roger y Wylie a la par. Ambos parecían sobresaltados.

—¿Quién ha sido asesinado? —inquirió el prisionero, mirándonos alternativamente a Jamie y a mí.

—Una esclava —informó Jamie—. Mi esposa sospechó que había dolo en su muerte. Necesitábamos descubrir la verdad. Ése ha sido el motivo de nuestra presencia en el cobertizo, anoche.

—Presencia. —Ante el recuerdo de lo que me había visto hacer en el cobertizo pareció descompuesto—. Sí... comprendo. —Y me miró por el rabillo del ojo.

—¿Con qué la mataron? —Roger entró en el círculo de luz y se sentó en el cubo invertido, a mis pies—. ¿Qué la mató?

—Alguien le dio de comer cristal molido —respondí—. Encontré una buena cantidad en su estómago.

Mientras lo decía, presté mucha atención a Philip Wylie, pero su cara tenía la misma expresión estupefacta que Jamie y Roger.

—Cristal. —Jamie fue el primero en recobrase—. ¿Cuánto tarda algo así en matar, *Sassenach*?

Me froté el entrecejo con dos dedos. El aturdimiento de la hora temprana iba dando paso a un palpitante dolor de cabeza.

—No sé. Llega al estómago en pocos minutos, pero podría tardar bastante en provocar una gran hemorragia. Y si algo dificultara los procesos digestivos (la bebida, por ejemplo), podría tardar aún más. También si ella hubiera comido en cantidad al ingerir el cristal.

—¿Es la mujer que tú y Bree encontrasteis en la huerta? —Roger se volvió hacia Jamie.

—Sí. —Él mantuvo los ojos fijos en mí—. Estaba inconsciente por efectos de la bebida. Más tarde, cuando la viste, *Sassenach*, ¿había ya señales de eso?

Negué con la cabeza.

—Tal vez el cristal ya estaba haciendo efecto, pero ella estaba inconsciente. Una cosa: Fentiman dijo que se había despertado en mitad de la noche, quejándose de sufrir retortijones. Es seguro que por entonces ya estaba afectada. Pero no puedo decir con certeza si se le suministró el cristal molido

antes de que tú y Bree la encontrarais o si despertó de su estupor al anochecer y alguien se lo dio entonces.

—Pero ¿por qué? ¿Quién podía desearle la muerte? —preguntó Jamie.

—Es una buena pregunta —asintió Wylie—. Sin embargo, puedo asegurarles que yo no fui.

Jamie lo estudió largamente.

—Puede ser, sí —dijo—. Pero si no... ¿A qué fue usted anoche al cobertizo? ¿Qué podía llevarlo allí, como no fuera contemplar el rostro de su víctima?

—¡Mi víctima! —Wylie se puso rígido de ira renovada—. ¡No era yo el que estaba en el cobertizo, ensangrentado hasta los codos con las entrañas de esa mujer y arrancándole trocitos! —Giró la cabeza hacia mí—. ¡Mi víctima! Profanar un cadáver es un crimen capital, señora Fraser. Y me han llegado rumores... ¡Oh, sí que me han llegado rumores sobre usted! Yo digo que fue usted quien mató a la mujer, a fin de obtener...

Sus palabras terminaron en un gorgoteo, pues Jamie aferró la pechera de su camisa y se la retorció en torno al cuello. Luego lo golpeó con fuerza en el estómago. El joven se dobló en dos, tosiendo y vomitando.

—Estoy seguro de que no piensa hacer acusaciones tan infundadas contra mi esposa, ¿verdad... señor? —dijo Jamie a Wylie, con excesiva cortesía.

No me sorprendió que Phillip negara con la cabeza; por lo visto, aún no había recobrado el habla.

—Bien —dije, apartando hacia atrás un mechón de pelo—. Si todo eso está acordado... ¿Dónde estábamos?

—En el asesinato de Betty —apuntó Roger—. No sabemos quién, no sabemos cuándo y no sabemos por qué. No obstante, como base para la discusión, sugeriría partir del supuesto de que ninguno de los presentes ha tenido nada que ver con eso.

—Muy bien. —Jamie desechó el asesinato con un gesto brusco, mientras se sentaba—. ¿Qué hay de Stephen Bonnet?

El semblante de Roger se ensombreció al oír eso.

—Sí, ¿qué hay de él? ¿Está involucrado en este asunto?

—Quizá en el asesinato no, pero anoche mi tía y su esposo fueron atacados en su alcoba por dos villanos, uno de los cuales era irlandés.

—Repito —dijo Wylie fríamente— que no conozco a ningún caballero con ese nombre, sea irlandés u hotentote.

—Stephen Bonnet no es un caballero —dijo Roger. Las palabras eran bastantes suaves, pero su tono hizo que Wylie levantara la vista hacia él.

—No conozco a ese hombre —dijo con firmeza. Probó a tragar saliva y, como le resultara soportable, respiró más hondo—. ¿Por qué suponen ustedes que ese tal Bonnet es el irlandés que cometió esa tropelía contra el matrimonio Innes? ¿Acaso dejó su tarjeta de visita?

Me sorprendí a mí misma con una carcajada. Jamie me echó un vistazo y luego se volvió hacia Wylie.

—No —dijo—. Yo sí conozco un poco a Stephen Bonnet, que es un traidor, degenerado y ladrón. Y el hombre estaba con usted, señor, cuando nos encontró a mi esposa y a mí en el cobertizo.

—Sí —confirmé—. Yo también lo vi, de pie detrás de usted. ¿Y qué hacía usted allí, a fin de cuentas? —De pronto se me había ocurrido la pregunta.

Los ojos del prisionero se habían ensanchado ante la acusación de Jamie.

—No lo conozco —repitió en voz baja—. Tuve la sensación de que me seguían, pero al mirar hacia atrás no vi a nadie, de modo que no presté mucha atención. Cuando vi... lo que había en el cobertizo... quedé tan impresionado que sólo pude atender a lo que tenía ante mis ojos.

Era perfectamente comprensible. Wylie encogió los hombros y los dejó caer.

—Si en verdad ese tal Bonnet me seguía, tendré que considerar vuestra palabra, señor. Pero os aseguro que no estaba allí en mi compañía ni con mi conocimiento.

—Pronto vendrán los mozos de cuadra. —Jamie aspiró hondo, encogiendo a medias los hombros. Luego miró a Wylie—. Pues bien, señor. Acepto vuestra palabra de caballero

—¿De veras? Me halaga usted.

—Aun así —continuó Jamie, desdeñando deliberadamente el sarcasmo—, me gustaría saber a qué iba usted a ese cobertizo anoche.

Wylie se había levantado a medias. Ante esa pregunta volvió a sentarse con lentitud y parpadeó una o dos veces, como si pensara. Por fin suspiró.

—Fui a por *Lucas* —dijo simplemente—. Yo estaba allí la noche en que nació. Lo he criado, le enseñé a tolerar la silla, lo adiestré. —Tragó saliva una vez; detesté el estremecimiento de los volantes que le adornaban el cuello—. Vine al establo para pasar algunos instantes a solas con él... para despedirme.

Por primera vez la cara de Jamie perdió la sombra de disgusto que exhibía al mirarlo.

—Comprendo, sí —dijo en voz baja—. ¿Y luego?

Wylie enderezó la espalda.

—Al salir del establo me pareció oír voces cerca del muro de la huerta. Y cuando me acerqué para ver qué sucedía vi luz en el cobertizo. Abrí la puerta. Y usted sabe mejor que yo qué sucedió luego, señor Fraser.

Jamie se frotó la cara con fuerza. Luego asintió enérgicamente.

—Lo sé, sí. Me lancé tras Bonnet y usted se me interpuso.

—Usted me atacó —corrigió Wylie, frío, mientras se acomodaba la chaqueta destrozada—. Yo me defendí. Y estaba en mi derecho de hacerlo. Luego usted y su yerno me sujetaron, me trajeron por la fuerza aquí y me retuvieron cautivo durante la mitad de la noche.

Roger carraspeó. Jamie también, aunque su intención era más agria.

—Pues sí —dijo—, no discutiremos eso. —Con un suspiro, despidió a su prisionero con un gesto—. ¿Sabe usted por ventura en qué dirección huyó Bonnet?

—¡Oh, sí!, aunque por entonces ignoraba su nombre, claro. Supongo que a estas horas estará completamente fuera de su alcance. —Había una nota extraña en su voz, algo parecido a la satisfacción. Jamie giró bruscamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—*Lucas*. —Wylie señaló con la cabeza el penumbroso pasillo del establo—. Su pesebre es el último. Conozco bien su voz y el ruido de sus movimientos. Esta mañana no lo he oído. Bonnet, si de él se trataba, huyó hacia los establos.

Antes de que él hubiera terminado de hablar, Jamie tenía la lámpara en la mano y marchaba a grandes pasos por el corredor.

La luz amarilla se volcaba sobre la paja vacía.

Guardamos silencio durante un largo instante. Luego Phillip Wylie se estiró con un suspiro.

—Si ya no es mío, señor Fraser, tampoco será suyo. —Sus ojos se posaron luego en mí con oscura ironía—. Pero le deseo que disfrute de su esposa.

Se alejó con las medias caídas y los tacones rojos guiñando a la luz del amanecer.

Fuera rompía el alba, serena y encantadora. Sólo el río parecía moverse; la luz arrancaba destellos de plata a su corriente, más allá de los árboles.

Roger se fue hacia la casa, bostezando, pero Jamie y yo nos demoramos junto a cercado. En pocos minutos la gente comenzaría a despertar; habría más preguntas, especulaciones, charla. Por el momento, ninguno de los dos quería más conversación.

Por fin. Jamie me rodeó los hombros con un brazo y, con aire decidido, volvió la espalda a la casa.

—No comprendo por qué no pensé en este sitio cuando buscaba un lugar íntimo —dijo.

Estábamos en el cobertizo de los carruajes. Entre las sombras, vi una carreta y el faetón de Yocasta, un vehículo descubierto que parecía un gran trineo sobre dos ruedas. Jamie me alzó por la cintura para depositarme dentro y subió detrás de mí. Sobre los cojines había una manta de búfalo que extendió en el fondo del faetón. Allí había espacio suficiente para dos personas acurrucadas, siempre que no les molestara estar muy juntas.

—Ven, *Sassenach* —dijo, dejándose caer de rodillas—. Lo que venga después... puede esperar.

Yo estaba completamente de acuerdo. Aunque en el umbral de la inconsciencia, no pude menos que preguntar, adormilada:

—Tu tía... ¿la crees? ¿Lo que contó del oro y todo eso?

—Desde luego que sí —murmuró a mi oído—. Al menos hasta donde puedo comprobar lo que ha dicho.

Deducciones

Cuando finalmente la sed y el hambre nos obligaron a abandonar nuestro refugio, pasamos frente al patio de los esclavos, que desviaron prudentemente la vista, aún ocupados en retirar los restos de la fiesta. En el extremo del prado vi a Fedra, que venía del mausoleo con los brazos cargados de platos y tazas abandonados entre las matas.

Al vernos se detuvo, diciendo:

—¡Oh!, la señorita Yo lo busca, amo Jamie. —Hablabas sin expresión, como si las palabras tuvieran poco sentido para ella.

—Ah, ¿sí? —Jamie se frotó la cara con una mano—. Bien, subiré a verla.

Ella se daba la vuelta ya para alejarse cuando Jamie le tocó un hombro.

—Lamento tu pérdida, muchacha —dijo en voz baja.

Los ojos de Fedra se llenaron de lágrimas, pero no dijo nada. Todavía algo desorientada, oí que Jamie decía algo.

—¿... ir a lavarte y descansar un poco, *Sassenach*?

—¿Qué? ¡Oh, no! Iré contigo.

De pronto ansiaba acabar con todo ese asunto y volver a casa. Ya había tenido suficiente vida social por una temporada.

Encontramos a Yocasta, a Duncan, a Roger y a Brianna reunidos en la sala de Yocasta, devorando un desayuno tardío, pero sustancioso. Brianna dirigió una mirada penetrante a la ropa arruinada de Jamie, pero continuó sorbiendo su té sin decir nada. Ella y Yocasta estaban en bata; Roger y Duncan, aunque vestidos, parecían demacrados y sucios. Ninguno de los dos se había afeitado; Duncan tenía un gran moretón azul en el costado de la cara, allí donde se había golpeado con la piedra del hogar; por lo demás se los veía bien.

Por fin, saciados y algo más repuestos, nos respaldamos en los asientos y, con toda firmeza, declaré iniciada la sesión.

—Todo esto comienza con Betty, ¿no os parece?

—Puede que sí, puede que no, pero supongo que es un punto de partida tan útil como cualquier otro, *Sassenach* —respondió él.

Brianna terminó de untar de mantequilla una fina tostada.

—Continúe, *Miss Marple* —me dijo con aire divertido, antes de dar el mordisco.

—Bien. Veamos: cuando vi a Betty me pareció que estaba drogada, pero como el doctor Fentiman me impidió examinarla, no pude asegurarme. Aun así, estamos seguros de que bebió ponche con alguna droga, ¿verdad?

—Sí —dijo Jamie—. En la taza percibí el sabor de algo que no era licor.

—Y yo interrogué a las esclavas de la casa después de hablar con papá —añadió Brianna—. Dos de las mujeres admitieron que Betty bebía los restos de las copas, pero ambas aseguraron que sólo estaba achispada cuando ayudó a servir el ponche de ron en la sala.

—Y en esos momentos yo estaba allí, con Seamus Hanlon y sus músicos —confirmó Roger, estrechando la rodilla de Bree—. Vi que Ulises preparaba personalmente el ponche. ¿Era el primero que preparabas ese día, Ulises?

Todas las cabezas giraron hacia el mayordomo, que permanecía tras la silla de Yocasta, inescrutable. Su pulcra peluca y su librea planchada eran un reproche silencioso al aire generalizado de desaliño y agotamiento.

—No, el segundo —especificó—. El primero se bebió en el desayuno. —La casa y los sirvientes estaban a su cargo; era obvio que los acontecimientos recientes se le antojaban un mortificante reproche personal.

—Bien. —Roger se frotó la barba crecida—. Por mi parte, no reparé en

Betty, pero si ella hubiera estado borracha en esos momentos, yo no habría dejado de percatarme. Y tampoco Ulises, supongo.

Miró por encima del hombro en busca de confirmación y el mayordomo asintió de mala gana.

—El teniente Wolff sí estaba borracho —continuó—. Todo el mundo comentó que era demasiado temprano para que estuviera en ese estado.

Yocasta soltó una exclamación grosera, y Duncan bajó la cabeza para disimular una sonrisa. Jamie resumió:

—El hecho es que la segunda ronda de ponche se sirvió justo después del mediodía. Apenas una hora más tarde encontré a esa mujer tendida de espaldas en el estiércol, apestando a bebida y con una taza de ponche a su lado. No digo que sea imposible, pero habría que apresurarse mucho para embriagarse de ese modo en tan poco tiempo, sobre todo bebiendo sólo restos.

—Es de suponer, pues, que en realidad estaba drogada —dije—. La sustancia más probable sería el láudano. ¿Había láudano en la casa?

Yocasta comprendió que la pregunta le estaba dirigida a ella y se irguió en la silla. Parecía muy repuesta de lo acontecido la noche anterior.

—¡Oh, sí!, pero eso no significa nada —objetó—. Cualquiera pudo haber traído un poco; no es tan difícil de obtener, si se puede pagar. Sé de dos mujeres, entre los invitados presentes, que lo consumen con regularidad. Me atrevería a decir que ellas debieron traer un poco.

Me habría encantado saber cuáles eran esas adictas al opio y cómo lo sabía Yocasta, pero descarté ese punto para pasar al siguiente.

—Entonces, cualquiera que fuese la procedencia del láudano, al parecer acabó dentro de Betty. —Me volví hacia Jamie—. Dijiste que, cuando la encontraste así, se te ocurrió que podía haber bebido una droga o un veneno destinado a otra persona.

—Sí, pues no sé por qué alguien querría indisponer a una esclava.

—No sé por qué, pero alguien la mató —interrumpió Brianna—. No veo cómo pudo ingerir cristal molido que iba destinado a otra persona.

—¡No me metas prisa! Estoy tratando de ser lógica. —Dirigí una mirada ceñuda a Bree, quien hizo un ruido tan grosero como el de Yocasta—. No, no creo que pudiera ingerirlo por accidente, pero no sé cuándo lo tomaría. Casi

con seguridad, fue después de que Fentiman la examinara por primera vez.

Si Betty hubiera ingerido el cristal antes, los eméticos y purgantes de Fentiman le habrían provocado una gran hemorragia, como en realidad sucedió cuando él volvió a atender sus molestias internas, hacia el amanecer.

—Creo que tienes razón —le dije a Brianna—, pero sólo por ser ordenada; cuando saliste a recorrer los jardines, Roger, ¿encontraste a algún invitado que pareciera drogado?

Él negó con la cabeza, ceñudo, como si el sol lo molestara. Posiblemente le dolía la cabeza.

—No —dijo—. Había unos veinte individuos que empezaban a tambalearse un poco, pero todos parecían legítimamente ebrios.

—¿Y el teniente Wolff? —preguntó Duncan, para sorpresa de todos. Al ver que todos lo mirábamos, se ruborizó. Pero insistió—: A *smeòraich* dijo que el hombre estaba completamente borracho cuando pasó por la sala. ¿Pudo beber la mitad del láudano o lo que fuera y dar el resto a la esclava?

—No lo sé —observé—. Por lo menos es posible. ¿Vio alguien al teniente, ya más avanzado el día?

—Sí —dijo Ulises, haciendo que todos giraran otra vez hacia él—. Entró en la casa durante la cena y me pidió que le consiguiera inmediatamente una barca. Se fue por el agua, todavía muy ebrio, pero lúcido.

—¿No olvidáis algo? —Yocasta había seguido los argumentos con atención. Inclined hacia delante, estiró la mano hacia la mesa, tocando hasta localizar lo que buscaba: una pequeña taza de plata—. Tú, sobrino, me mostraste la taza de la que Betty bebió —le dijo a Jamie, mostrándosela—. Era como ésta, ¿verdad?

Se trataba de una flamante pieza de plata esterlina. El diseño grabado era apenas visible. La I mayúscula y el pececillo que nadaba en torno a ella casi se perdían en el brillo del metal.

—Sí, era como ésa, tía —confirmó Jamie—. Brianna dice que es parte de un juego.

—Sí. Se lo regalé a Duncan la mañana de nuestra boda. —Ella dejó la taza, pero mantuvo los largos dedos cruzados arriba—. Él y yo usamos dos de ellas durante el desayuno, pero las otras cuatro quedaron aquí arriba. —Movié la mano hacia atrás, señalando el pequeño aparador instalado contra la

pared. Conté: las seis tazas de plata estaban en ese momento en la mesa, llenas del oporto que Yocasta prefería para el desayuno. Pero no había manera de saber cuál de ellas había contenido el licor drogado. Ella preguntó:

—El día de la boda, Ulises, ¿llevaste alguna de estas tazas al salón?

—No, señora. —El mayordomo pareció horrorizarse ante la sugerencia—. Desde luego que no.

Ella giró los ojos ciegos hacia Jamie; luego hacia mí.

—Ya ven —dijo simplemente—. Era la taza de Duncan.

Su marido pareció sobresaltarse; luego quedó intranquilo al comprender las implicaciones de lo que ella había dicho.

—No. —Movié la cabeza—. No puede ser.

—¿Alguien te ofreció una copa ese día, *a cariad*? —preguntó Jamie, inclinándose atentamente.

¡Todo el mundo! Por supuesto. Al fin y al cabo era el novio. Pero el trastorno digestivo ocasionado por los nervios le había impedido aceptar esos ofrecimientos. Tampoco recordaba si alguna de esas tazas que le sirvieron era de plata.

—Estaba distraído, *Mac dubh*; no me habría percatado si alguien me hubiera ofrecido una serpiente viva.

Ulises cogió una servilleta de la bandeja para ofrecérsela sin llamar la atención. Duncan la aceptó a ciegas y se enjugó la cara.

—¿Creen ustedes que alguien trataba de hacer daño a Duncan? —El tono estupefacto de Roger podía no ser estrictamente halagüeño, pero él pareció no tomarlo a mal.

—Pero ¿por qué? —dijo desconcertado—. ¿Quién puede odiarme?

Jamie rió por lo bajo; la tensión se aflojó un poco en torno de la mesa. Era cierto: aunque Duncan era inteligente y hábil, su carácter modesto hacía imposible que hubiera ofendido a nadie; mucho menos podía haber provocado ese frenesí homicida.

—Bueno, *a charaid* —Observó mi marido, con tiento—, podría no ser personal, ¿comprendes? —Y me miró con una mueca irónica.

Más de una vez habían atentado contra él, por motivos que no se relacionaban con lo que él hubiera hecho, sino con lo que era. Desde luego, ocasionalmente también habían tratado de matarlo por cosas que había hecho.

Yocasta parecía estar pensando lo mismo.

—Por cierto —dijo—. He estado reflexionando. ¿Recuerdas, sobrino, lo que sucedió en la Congregación?

Jamie, con una ceja arqueada, levantó su taza de té.

—Allí sucedieron muchas cosas, tía. Pero supongo que te refieres a lo que pasó con el padre Kenneth.

—Sí. —Ella levantó de manera automática una mano y Ulises puso en ella otra taza llena—. ¿No me contaste que Lillywhite había dicho algo con respecto a impedir que el sacerdote celebrara ceremonias?

—En efecto. ¿Crees que se refería a tu boda con Duncan? ¿Que ésa era la ceremonia que debía impedir?

—Espera un momento —dijo—. ¿Dices que alguien quería impedir la boda de tu tía con Duncan? Y después de lograr su propósito en la Congregación, ¿no se le ocurrió otra manera de impedirlo ahora, por lo cual intentó matar a Duncan? —Mi voz reflejaba estupefacción.

—No soy yo el que lo dice —aclaró Jamie, observando a Yocasta con interés—, pero es lo que sugiere mi tía.

—Así es —confirmó ella, serena. Después de acabar su té, dejó la taza con un suspiro—. No quiero darme aires, sobrino, pero el hecho es que he sido cortejada por unos cuantos, desde que Héctor murió. River Run es una finca rica y yo, una anciana.

Hubo un instante de silencio mientras lo asimilábamos. La cara de Duncan reflejó inquietud y horror.

—Pero... —tartamudeó—, pero si fue así, *Mac Dubh*, ¿por qué esperar?

—¿Esperar?

—Sí. —Miró en torno de la mesa, buscando quién lo entendiera—. Mira, si alguien quiso impedir la boda en la Congregación, todo está bien. Pero desde entonces han pasado cuatro meses y nadie ha levantado una mano contra mí. Casi siempre cabalgo solo; habría sido muy fácil tenderme una emboscada en el camino y ponerme una bala en la cabeza.

—Por qué esperar casi hasta el momento de la boda y en presencia de centenares de personas, dices. Pues sí, tienes razón, Duncan —admitió Jamie.

Roger había escuchado todo eso con los codos apoyados en las rodillas y el mentón en las manos. Al oír eso se irguió.

—Se me ocurre un motivo —dijo—. El sacerdote.

Todo el mundo lo miró con las cejas arqueadas.

—El sacerdote estaba aquí —explicó—. Si todo esto ha sido por River Run, no se trata sólo de quitar a Duncan de en medio. Después de matarlo, nuestro asesino estaría como al comienzo: Yocasta no se ha casado con Duncan, pero tampoco él. Pero si todo está listo para celebrar una ceremonia privada, con el sacerdote aquí... resulta simple. Mata a Duncan, de un modo que pueda pasar por suicidio o accidente; luego invade las habitaciones de Yocasta y obliga al cura a consagrar el matrimonio a punta de pistola. Como los sirvientes y los invitados están pendientes de Duncan, nadie interviene ni se opone. El lecho está a mano... Señaló la gran cama de dosel, visible por la puerta que comunicaba con la alcoba—. Lleva a Yocasta allí y consuma el matrimonio por la fuerza. Y el individuo ya es tu tío.

—Llegado a ese punto vio que Yocasta había quedado boquiabierta y Duncan, estupefacto; sólo entonces cayó en la cuenta de que ésa no era sólo una interesante proposición académica.

—Eh... quiero decir —carraspeó—. Hay quien lo ha hecho.

Jamie también carraspeó. Era cierto. Su propio abuelo, hombre de malas intenciones, había iniciado su ascenso en la sociedad al desposar por la fuerza (y poseer inmediatamente) a la anciana *lady* Lovat, rica y viuda.

—¿Qué? —Brianna miró a Roger, obviamente horrorizada—. ¡Pero qué cosa tan...! ¡No podrían salirse con la suya!

—No veo la dificultad —observé, sacudiéndome las migas del pecho—. Obviamente esta operación no ha sido realizada por un solo hombre. Quienquiera que sea el aspirante a novio... Recuerden ustedes que no sabemos si existe, pero supongamos que sí. Quienquiera que sea, si existe, tiene cómplices, sin duda. Randall Lillywhite, para empezar.

—Que no estaba aquí —me recordó Jamie.

—Hum, eso es cierto —admití—. Aun así, el principio es válido.

—Sí —insistió Roger—. Y si él existe, el principal sospechoso es el teniente Wolff, ¿no? Todo el mundo sabe que intentó más de una vez casarse con Yocasta. Y él sí que estaba aquí.

—Pero borracho como una cuba —añadió Jamie, dudando—. O no. Como ya dije, a Seamus y a sus muchachos les sorprendió que alguien

podiera estar tan ebrio a hora tan temprana. ¿Y si hubiera sido una patraña? Si fingía estar borracho perdido, nadie le prestaría atención ni lo consideraría sospechoso más tarde; mientras tanto, él podía envenenar una taza de ponche, entregársela a Betty con instrucciones de ofrecerla a Duncan, escabullirse y rondar por ahí, listo para correr escaleras arriba en cuanto se supiera que Duncan se había derrumbado. Tal vez Betty ofreció la taza, Duncan la rechazó y... Allí estaba la mujer, con una taza llena de ponche de ron en la mano. —Se encogió de hombros—. ¿Quién podría reprocharle que se fuera a la huerta para disfrutarla?

Yocasta y Ulises bufaron simultáneamente, dejando bastante en claro lo que pensaban de lo reprochable de esa acción. Después de un breve carraspeo, Roger continuó con su análisis.

—Bien, de acuerdo. Pero la dosis no mató a Betty, ya fuera porque el asesino calculó mal o... —se le ocurrió otra idea brillante—. Quizá su intención era dejarlo inconsciente y luego arrojarlo al río. Eso habría sido aún mejor. No sabes nadar, ¿verdad? —preguntó, volviéndose hacia él.

Duncan movió la cabeza, como aturdido, y levantó mecánicamente su única mano para masajear el muñón del brazo ausente.

—Sí. Una bonita muerte en el río habría pasado por accidente, sin problemas. —Roger se frotó las manos, muy complacido—. Pero todo salió mal, porque no fue Duncan quien bebió el ponche con la droga, sino la criada. Y por eso la mataron.

—¿Por qué? —Yocasta parecía tan aturdida como su flamante esposo.

—Porque ella podía identificar al hombre que le había dado la taza —intervino Jamie, pensativo y repantigado en su silla—. Y lo habría hecho en cuanto alguien la interrogara. Eso tiene sentido, sí. Desde luego, el asesino no podía deshacerse de ella por medios violentos; corría el riesgo de que lo vieran al subir o bajar del ático.

Roger hizo un gesto de aprobación ante su rápido entendimiento.

—Queda por resolver el problema de cómo se le suministró el cristal molido. Ulises, ¿sabes si a Betty le dieron algo de comer o de beber? —pregunté.

—El doctor Fentiman ordenó que le dieran un *syllabub* —dijo Ulises lentamente— y algo de *porridge*, si estaba lo bastante despierta para tragar.

Yo preparé el *syllabub* y se lo envié por medio de Mariah. En cuanto al *porridge*, se lo encargué a la cocinera, pero no sé si Betty lo comió ni quién pudo llevarlo.

—Hum... —Yocasta frunció los labios—. Bastaría con un momento, ¿no? Distraes a la muchacha, echas el cristal...

—O quizá alguien subió al ático con el pretexto de ver cómo estaba y le dio algo para beber, con el cristal dentro —sugerí—. Un *syllabub* era el vehículo perfecto. Alguien pudo perfectamente subir sin que lo vieran.

—Muy bien, inspector Lestrade —dijo Brianna a Roger, *sotto voce*—. Pero no hay pruebas, ¿verdad?

—Es cierto —dijo Yocasta—. No hay pruebas. ¿Recuerdas que Betty te ofreciera una taza de ponche, *a dhuine*?

Duncan se mascó furiosamente el mostacho, concentrándose, pero luego sacudió la cabeza.

—Es posible... *a bhean*. Pero es posible que no.

—Pues bien...

Todo el mundo guardó silencio un momento, mientras Ulises caminaba silenciosamente alrededor de la mesa, retirando las cosas. Por fin Jamie lanzó un profundo suspiro y se incorporó.

—Bueno: he aquí lo que sucedió anoche. ¿Todos estamos de acuerdo en que el irlandés que entró en tu alcoba, tía, era Stephen Bonnet?

A Brianna le tembló la mano y su taza de té cayó sobre la mesa.

—¿Quién? —preguntó con voz ronca—. ¿Stephen Bonnet... aquí?

—Sí —confirmó Jamie, renuente—. Lo vi.

—¿Y ha sido él quien vino a por el oro... o uno de ellos? —Brianna cogió una de las tazas de oporto para beberla como si fuera agua. Ulises, aunque parpadeando, se apresuró a llenarla con el vino del botellón.

—Eso parecía. —Roger alargó la mano hacia un bollo, evitando cautelosamente los ojos de Brianna.

—¿Cómo pudo descubrir lo del oro, tía? —Jamie se respaldó en su silla, con los ojos entrecerrados para concentrarse.

Yocasta lanzó un resoplido y alargó la mano. Ulises, acostumbrado a sus necesidades, puso en ella una tostada con mantequilla.

—Uno de ellos debió decírselo a alguien: Héctor Cameron, mi hermano

Dougal o el tercer hombre. Y apostaría a que no fueron Héctor ni Dougal. Pero hay algo que puedo decirles. El segundo hombre que entró en mi habitación, el queapestaba a bebida. Dije que no habló, ¿verdad? Pues parece bastante obvio: era alguien que yo conozco, cuya voz habría podido reconocer.

—¿El teniente Wolff? —sugirió Roger.

Jamie asintió; entre sus cejas se formó una arruga.

—¿Qué mejor que la Marina para hallar a un pirata cuando se lo necesita?

—¿Y quién necesita de un pirata? —murmuró Brianna. El oporto le había devuelto la compostura, pero todavía estaba pálida.

—Sí —dijo Jamie, sin prestarle atención—. No es poca empresa, diez mil libras en oro. Se requeriría más de un hombre para cargar con semejante suma. Luis de Francia y Carlos Estuardo lo sabían; por eso enviaron a seis individuos para que cargaran con los treinta mil.

Si alguien se había enterado de su existencia, no era extraño que hubiera contratado la ayuda de Stephen Bonnet, que no sólo tenía los medios para transportar el oro, sino también contactos para venderlo.

—El teniente partió en un bote durante la cena —dije lentamente—. Supongamos que fue aguas abajo para encontrarse con Bonnet. Luego volvieron juntos y aguardaron la oportunidad para entrar en la casa e intentaron aterrorizar a Yocasta, a fin de que les dijera dónde estaba el oro.

Jamie asintió.

—Podría ser. Sí. Hace años que el teniente hace negocios aquí. ¿Es posible, tía, que viera algo y sospechara que ese oro estaba aquí? Dijiste que Héctor tenía tres barras; ¿queda algo de eso?

Yocasta apretó los labios, pero después de un momento asintió de mala gana.

—Se empecinaba en tener un trozo en su escritorio como pisapapeles. Sí, Wolff pudo haberlo visto, pero ¿cómo pudo saber qué era?

—Puede que en el momento no lo supiera —sugirió Brianna—, pero más tarde supo lo del oro francés y sumó dos más dos.

Ante eso hubo un murmullo de asentimiento. Como teoría funcionaba bien; lo que yo no veía era la manera de probarlo, y así lo dije. Jamie se encogió de hombros.

—No creo que lo importante sea probarlo, sino saber lo que puede suceder ahora. —Y miró directamente a Duncan—. Regresarán, *a cariad* —dijo serenamente—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, sí. —Duncan parecía desdichado, pero decidido, y alargó una mano para coger la de Yocasta; era el primer gesto de ese tipo que yo lo veía hacer—. Nos encontrarán preparados, *Mac Dubh*.

Jamie asintió lentamente.

—Debo partir, Duncan. La siembra no puede esperar. Pero pondré sobre aviso a todos mis conocidos para que vigilen al teniente Wolff.

Yocasta guardaba silencio, inmóvil su mano en la de Duncan, pero al oír eso irguió la espalda.

—¿Y el irlandés? —preguntó. Con la otra mano se frotaba suavemente la rodilla, presionándola con el canto de la mano.

Jamie intercambió una mirada con Duncan; luego, otra conmigo.

—Regresará —dijo, con voz cargada de sombría certeza.

Yo estaba mirando a Brianna cuando lo dijo. Su rostro permaneció sereno, pero vi el miedo que se movía en sus ojos. Stephen Bonnet (lo pensé con un vuelco en el corazón) ya había regresado.

Al día siguiente partimos hacia las montañas. Cuando apenas habíamos recorrido unos ocho kilómetros, oí ruido de cascos en el camino, detrás de nosotros. Era el mayor MacDonald; el deleite que expresaba su rostro me dijo todo lo que necesitaba saber.

—¡Por todos los diablos! —exclamé.

La nota traía el sello de Tryon.

—Esta mañana estuve en Greenoaks —explicó el mayor, mientras Jamie rompía el sello—. Puesto que venía hacia aquí, me ofrecí para traerlo.

Ya conocía el contenido de la nota. Farquard Campbell debía de haberla abierto.

Observé la expresión de Jamie mientras leía; no cambió. Al terminar de leerla me entregó la nota.

19 de marzo de 1771

A los oficiales Comandantes de la Milicia

Señores:

En el día de ayer he determinado, con el consentimiento del Consejo de su majestad, marchar con un cuerpo de regimientos milicianos hacia los asentamientos de los insurgentes, a fin de reducirlos a la obediencia, pues con sus actos y declaraciones rebeldes han desafiado al gobierno e interrumpido el curso de la justicia, obstruyendo, desordenando y cerrando las Cortes de la ley. Puesto que algunos de sus regimientos pueden desempeñar una parte en el honor de prestar al país este importante servicio, les requiero que escojan ustedes a treinta hombres, que se incorporarán al Cuerpo de mis fuerzas en esta empresa.

No existe intención de movilizar estas tropas antes del vigésimo día del próximo mes, antes de lo cual se les informará de la fecha en que deben reunir a sus hombres, el tiempo de la marcha y el camino a seguir.

Se recomienda como deber cristiano, que incumbe a todos los plantadores que permanezcan en sus hogares, que cuiden y auxilien a las familias de aquellos hombres que prestarán este servicio, a fin de que ni sus familias ni sus plantaciones se perjudiquen mientras ellos están aplicados a un servicio que concierne al interés de todos.

Para los gastos ordenados en esta expedición extenderé garantías impresas a la orden de los portadores, garantías que se tornarán negociables hasta que el tesoro pueda pagarlas con los fondos contingentes, en caso de que no haya en el tesoro dinero suficiente para responder a los servicios necesarios de esta expedición.

Su seguro servidor,

William Tryon

¿Lo sabrían ya Hermon Husband y James Hunter, cuando abandonaron River Run? Supuse que sí. Y el mayor, desde luego, iba ahora a New Bern para ofrecer sus servicios al gobernador.

—Por todos los diablos —maldije con énfasis.

El mayor MacDonald parpadeó, y Jamie me echó un vistazo.

—Bueno —dijo—. Queda casi un mes. Justo el tiempo que necesito para sembrar la cebada.

SEXTA PARTE

La guerra de la Regulación

***... y combatir contra ellos,
diciendo que tenían suficientes hombres
para matarlos, «¡podemos matarlos!»***

*Declaración de Waightstill Avery, testigo
Carolina del Norte
Comando de Mecklenburg*

Waightstill Avery atestiguó y dijo que, el día seis de marzo, alrededor de las nueve o diez de la mañana, el declarante se encontraba en la actual residencia de cierto Hudgins, quien vive en el extremo inferior de la Isla Larga.

Y que el declarante vio a treinta o cuarenta de esas personas que se autodenominan «reguladores», y que fue entonces arrestado y hecho prisionero por uno de ellos (quien dijo llamarse John Mc Quiston) en el nombre de todos ellos. Y que poco después un tal James Graham (o Grimes) habló al declarante con estas palabras: «Usted es ahora prisionero y no debe ir a lugar alguno sin alguien que lo vigile», a lo cual añadió inmediatamente que «Mientras no se aparte de su vigilante no sufrirá daño alguno».

Este declarante fue luego conducido, bajo la custodia de dos hombres, hasta el campamento regular (según lo denominaron) distante una milla, adonde horas después acudieron muchas más

personas de la misma denominación y otras, cuya totalidad este declarante supone y calcula en doscientos treinta individuos.

Que por ellos mismos el declarante conoció los nombres de cinco de sus capitanes o líderes, por entonces presentes, a saber: Thomas Hamilton y otro del mismo apellido, James Hunter, Joshua Teague, cierto Gillespie y el mencionado James Grimes (o Graham). Que el declarante oyó a muchos de aquellos cuyos nombres desconoce pronunciarse en términos oprobiosos contra el gobernador, los jueces de la Corte Superior, contra la Casa de Asamblea y otros altos funcionarios. Mientras la multitud circundante pronunciaba palabras aún más oprobiosas, el mencionado Thomas Hamilton se irguió en el centro y pronunció frases del siguiente tenor, mientras la multitud asentía y afirmaba la verdad de lo dicho:

«Qué derecho tiene Maurice Moore a ser juez, él no es juez, no fue nombrado por el rey, como tampoco Henderson, ninguno de ellos tiene corte. La Asamblea ha hecho una ley de desmanes, y la gente está más enfurecida que nunca, fue lo mejor que se pudo hacer por el país, pues ahora nos veremos obligados a matar a todos los escribientes y abogados, y los mataremos y que me lleve el diablo si no se los ejecuta. Si no hubieran hecho esa ley podríamos haber dejado a algunos con vida. ¡Una ley de desmanes! Nunca hubo semejante ley en Inglaterra ni en país alguno salvo Francia, la trajeron de Francia y traerán también la Inquisición».

Muchos de ellos decían que el gobernador era amigo de los abogados y que la Asamblea había arruinado a los reguladores a hacer leyes por dinero. Encerraron a Husband en la cárcel, para que no pudiera ver sus pícaros procedimientos, y luego el gobernador y la Asamblea hicieron las leyes que los abogados querían. El gobernador es amigo de los abogados, los abogados lo manejan todo, nombran a jueces de paz débiles e ignorantes para su propio beneficio.

No debería haber abogados en la provincia, decían entre maldiciones. Fanning fue proscrito el veintidós de marzo y cualquier regular que lo viera a partir de entonces debía matarlo antes de

regresar, si lo encontraban en Salisbury. Algunos deseaban encontrar al juez Moore de Salisbury, para azotarlo, y otros, para matarlo. Cierta Robert Thomson dijo que Maurice Moore era perjuro y le aplicó nombres oprobiosos, como bandido, tunante, villano, canalla, etcétera, y los otros asentían.

Cuando llegó la noticias de que el capitán Rutherford, a la cabeza de su compañía, desfilaba por las calles de Salisbury, este declarante oyó que varios de ellos insistían pertinazmente para que todo el cuerpo de reguladores allí presente marchara a Salisbury con sus armas y combatir contra ellos, diciendo que tenían hombres suficientes para matarlos, «Podemos matarlos, ya les enseñaremos a no oponerse a nosotros».

Presta juramento y suscribe lo antecedente, el octavo día de marzo de 1771, ante mí que doy fe.

*(Firmado) Waightstill Avery
(Testigo) William Harris, Juez de Paz*

*De William Tryon al general Thomas Gage,
Carolina del Norte
New Bern, 19 de marzo de 1771*

Señor:

En el día de ayer, el Consejo de su majestad de esta provincia decidió reclutar un cuerpo de fuerzas entre los regimientos y compañías de milicianos, a fin de marchar hacia los asentamientos de insurgentes, quienes por sus actos y declaraciones de rebeldía han desafiado a este gobierno.

Puesto que en este país tenemos pocas máquinas e implementos militares, debo requerir vuestra ayuda para procurarme los artículos (cañón, proyectiles, estandartes, tambores, etcétera) enumerados abajo.

Mi intención es iniciar la marcha en esta ciudad, alrededor del día

veinte del mes próximo, y reunir a la milicia mientras marche a través de los condados, Planeo reclutar a mil quinientos hombres, aunque por el espíritu que ahora se manifiesta a favor del gobierno, ese número podría incrementarse notablemente.

Quedo a vuestras órdenes, con gran respeto y estima.

Vuestro seguro servidor.

William Tryon

*Y ahora me acuesto a dormir...**Cerro de Fraser**15 de abril de 1771*

Roger, tendido en la cama, escuchaba el zumbido de un mosquito que había logrado pasar entre el cuero que cubría la ventana de la cabaña. La cuna de Jem estaba cubierta por un tul de gasa, pero él y Brianna carecían de esa protección. El mosquito parecía circular por encima de la cama; ocasionalmente descendía en picado para provocarlo con diminutas canciones junto a su oído, antes de remontarse otra vez en la oscuridad.

Había pasado todo el día ayudando a preparar el Cerro para la partida de los hombres; cada vez que cerraba los ojos, detrás de sus párpados pasaban imágenes fragmentadas de la faena.

Corría abril, con bastante calor, y la huerta de Claire estaba rebosante de brotes. «Quien hace un jardín trabaja con Dios». Esas palabras estaban escritas en un viejo reloj de sol, en la casa solariega de Inverness donde había crecido. Irónico, si se tenía en cuenta que el reverendo no tenía tiempo ni talento para la jardinería; aquello era una selva de césped sin cortar y vetustos rosales asilvestrados. Mentalmente dio las buenas noches a la sombra del reverendo.

«Buenas noches, papá. Que Dios te bendiga».

Mucho tiempo atrás había perdido el hábito de dar así las buenas noches a una breve lista de parientes y amigos, resaca de una niñez en que las oraciones nocturnas terminaban con la habitual enumeración: «Dios bendiga a la abuelita, al abuelo Guy que está en el Cielo, y a mi gran amigo Peter; y a Lillian, la perra, y al gato del tendero...».

Llevaba años sin hacerlo, pero el recuerdo de la paz que le brindaba ese pequeño rito lo indujo a redactar una lista nueva. Parecía mejor que contar ovejas. Y más que dormir deseaba aquella paz que recordaba.

«Buenas noches, pequeñín —pensó, girando la cabeza hacia la cuna—. Dios te bendiga». Y a Brianna.

Giró la cabeza hacia otro lado y abrió los ojos para ver el óvalo oscuro de su cara dormida en la almohada. Tratando de no hacer ruido, se tendió sobre el costado para observarla. La habitación estaba tan oscura que sólo podía ver las tenues marcas de los labios y las cejas.

Con el suave calor de su respiración en la cara, se preguntó qué estaría soñando Brianna en esos momentos.

Ella y el niño también partirían por la mañana; el equipaje de ambos estaba listo, junto a su propio hatillo, junto a la puerta. El señor Wemyss los llevaría en coche a Hillsborough, que estaba en pleno centro del territorio de los reguladores, y él tenía dudas en cuanto a ese viaje. Pero Brianna había desdeñado la idea de que ella o Jem pudieran estar en peligro. Probablemente estaba en lo cierto; sin embargo, él tenía la sospecha de que, aun con peligro, habría actuado igual.

Ella canturreaba para sus adentros; Loch Lomond, nada menos. «¡Oh!, ve por el camino alto, que yo iré por el bajo, y llegaré a Loch Lomond antes que tu...».

—¿Me has oído? —le preguntó Roger, sujetándola por un brazo, mientras ella doblaba el último vestido de Jemmy.

—Si querido —murmuró Bree, pestañeando con burlona sumisión. Eso lo irritó al punto de cogerla por la muñeca para mirarla de frente.

—Hablo en serio —dijo. La miró a los ojos y le apretó la muñeca con más fuerza. De pronto imaginó sus huesos bajo la piel: pómulos anchos y altos, cráneo curvo y largos dientes blancos; era demasiado fácil imaginar

esos dientes expuestos hasta la raíz en un rictus óseo permanente.

Entonces la había estrechado contra sí con súbita violencia, para besarla con tanta fuerza que sintió sus dientes contra los propios, sin importarle que alguno de los dos pudiera salir magullado.

Bree llevaba puesta la camisola; él no se molestó en quitársela; simplemente la arrojó de espaldas en la cama y recogió la prenda por encima de sus muslos. Ella alzó las manos, pero Roger no se dejó tocar; comenzó por inmovilizarle los brazos, luego la hundió en el colchón con el peso de su cuerpo para buscar consuelo en la delgada capa de carne que separaba sus huesos de los propios.

Lo hicieron en silencio, conscientes a medias de que el niño dormía a poca distancia. No obstante, en algún momento el cuerpo de Brianna había respondido, de una manera profunda y sorprendente, que iba más allá de las palabras.

—Lo digo en serio —había repetido momentos después, en voz baja, hablando a la maraña de cabellos rojos.

—Lo sé —dijo ella—. Yo también lo digo en serio.

—¿Era eso lo que querías? —Lo susurró muy quedo para no despertarla. El calor de su cuerpo atravesaba las mantas; estaba profundamente dormida.

Si eso era lo que deseaba, ¿qué era, exactamente? ¿Había respondido a la brutalidad de su posesión? ¿O acaso había respondido a la fuerza de lo que se escondía detrás, a su necesidad de mantenerla a salvo?

Y si era la brutalidad... Apretó un puño al pensar en Stephen Bonnet. Ella nunca le había contado lo sucedido entre ella y Bonnet. Preguntárselo era inconcebible, y más aún sospechar que algo en ese encuentro pudiera haberla excitado. No obstante, ella se excitaba visiblemente en las raras ocasiones en que algo lo impulsaba a poseerla abruptamente.

Estaba muy tenso otra vez. El mosquito pasó zumbando y él le asestó un manotazo... demasiado tarde. Incapaz de estarse quieto, se levantó calladamente para hacer una rápida serie de flexiones, a fin de relajar los músculos.

Por fin se levantó, con los músculos trémulos de pasajero agotamiento, y se acercó a la ventana para desclavar el cuero. Así, desnudo, dejó que el aire húmedo de la noche corriera sobre él.

En un lateral de la casa grande, en el lado opuesto del claro, brillaba una luz más potente. Una lámpara; dos siluetas caminaban juntas; una, alta; la otra, más menuda. El hombre dijo algo en un rumor interrogativo; reconoció la voz de Jamie, pero no llegó a distinguir las palabras.

—No —respondió la de Claire, más ligera y clara al acercarse—. ¿Con lo sucia que estoy después de plantar? Voy a lavarme antes de entrar. Tú ve a acostarte.

La silueta más grande vaciló por un momento; luego le entregó la lámpara. Roger vio la cara de Claire un momento, sonriente y vuelta hacia arriba. Jamie se inclinó para besarla y luego retrocedió.

—Date prisa, pues —dijo. Roger percibió la correspondiente sonrisa en su voz—. No duermo bien si no te tengo a mi lado, *Sassenach*.

—¿Piensas dormirte enseguida? —Ella hizo una pausa, con un dejo de broma provocativa en la voz.

—No, enseguida no. —La figura de Jamie se había fundido en las sombras, pero la brisa llevó su voz hacia la cabaña—. Pero tampoco puedo hacer nada si no te tengo a mi lado, ¿no?

Claire rió suavemente.

—Comienza sin mí —dijo, girando hacia el pozo—. Ya te alcanzaré.

Roger aguardó junto a la ventana hasta verla regresar, balanceando la lámpara al caminar deprisa. Ella entró.

Roger miró hacia el bosque; su piel ya estaba fresca y el pelo del pecho se le erizó. Al frotarlo, distraído, tocó el sitio dolorido del mordisco. Era una marca oscura a la luz de la luna; ¿seguiría allí cuando llegara la mañana?

Después, volvió a la cama. Al pasar junto a la cuna se detuvo para acercar una mano, buscando la respiración del bebé a través del tul, tibia y tranquilizadora contra su piel.

Jem se había destapado; Roger levantó el tul para arrojárselo a tientas y le ciñó las mantas con firmeza. Había algo blando... sí, el muñeco de trapo; el bebé lo tenía apretado contra el pecho. Roger le puso la mano en la espalda durante un instante, para sentir el sedante ir y venir de su respiración.

—Buenas noches, pequeñín —susurró por fin, tocando el pequeño y blando trasero—. Dios te bendiga y te proteja.

Feliz cumpleaños

1 de mayo de 1771

Campamento de May Union

Desperté al amanecer. Habíamos llegado al campamento la noche anterior, tras un viaje montaña abajo y a través del valle, hasta llegar al sitio de reunión: la plantación del coronel Bryan. Lo hicimos a tiempo; Tryon aún no había llegado con sus tropas desde New Bern, ni tampoco los destacamentos de Craven y Carteret, que traerían consigo las piezas de artillería y los cañones giratorios. Se esperaba que Tryon y sus tropas llegaran ese día.

La señora Bryan me había propuesto que me alojara en su casa, junto con otras esposas que habían acompañado a los oficiales, pero Jamie insistía en dormir en el campo, con sus hombres, y yo preferí dormir con él.

Miré de soslayo, cuidando de no moverme por si aún dormía. No era así, pero estaba muy quieto, completamente relajado. Sólo había levantado la mano derecha y parecía examinarla con atención: era una mano encallecida y maltratada por el trabajo. La piel estaba muy bronceada y curtida, y cubierta de pelo dorado. Yo le encontraba una belleza notable.

—Feliz cumpleaños —dije en voz baja—. ¿Estás haciendo inventario?

—Sí, algo así. Pero supongo que me faltan algunas horas. Nací a las seis

y media. Sólo a la hora de la cena habré vivido medio siglo entero.

—¡Oh!, no creo que se me vaya a desprender nada —respondió, pensativo—. En cuanto al funcionamiento... pues bien...

—Todo parece estar en perfecto orden —le aseguré.

—Bien —dijo él—. ¿Cómo supiste que estaba haciendo... inventario?

—Yo lo hago siempre, en todos mis cumpleaños... Más bien es una mirada hacia atrás, para reflexionar sobre el año que acaba de pasar. Supongo que todos lo hacemos, sólo para ver si somos la misma persona que el día anterior.

—Yo estoy razonablemente seguro de serlo —me aseguró—. No veo cambios notables. ¿Y tú?

Levanté la cabeza para observarlo cuidadosamente. En realidad, era bastante difícil evaluarlo con objetividad; estaba a la vez tan habituada a sus facciones y tan encariñada con ellas que tendía a reparar en los detalles queridos. También respondía al menor cambio en su expresión. Pero en verdad no lo examinaba como a un todo integrado.

—No —dije al fin, apoyando de nuevo el mentón con un suspiro satisfecho—. Sigues siendo tú.

Gruñó con aire divertido, pero no se movió. Uno de los cocineros pasó a poca distancia, a tumbos y maldiciendo al tropezar con algo. El campamento aún se estaba organizando; algunas de las compañías eran pulcras y organizadas. Muchas otras no; había tiendas torcidas y piezas de equipo esparcidas por la pradera, en una mezcolanza casi militar.

—¿Crees que el gobernador pueda hacer algo con estas tropas? —pregunté, dubitativa.

—¡Oh!, sí. Tryon es militar y sabe lo que debe hacer... por lo menos para comenzar. No es muy difícil hacer que los hombres marchen en fila y excaven letrinas, ¿sabes? Hacer que combatan es otra cosa.

—¿Y podrá hacerlo?

—Puede que sí, puede que no. La cuestión es: ¿será necesario?

Ésa era la cuestión, sí. Los reguladores tenían diez mil hombres, que marchaban en bloque hacia New Bern. El general Gage se había embarcado en Nueva York con un regimiento de oficiales para someter a la colonia. La milicia del condado de Orange, alzada en rebelión, había matado a sus

oficiales. Entre los hombres del condado de Wake, la mitad había desertado. Hermon Husband, prisionero a bordo de un barco, iba rumbo a Londres para responder a las acusaciones de traición. Hillsborough estaba en poder de los reguladores, que se preparaban para incendiar la ciudad y pasar a Edmund Fanning y a todos sus asociados por las armas.

—¿Alguna vez piensas...? —comenzó Jamie, pero no acabó.

—¿Si pienso en qué?

—Bueno, se me ha ocurrido que ya he vivido más tiempo que mi padre. Y eso es algo que no esperaba. Es que... bueno, me resulta extraño. Me preguntaba si tú también pensabas en eso.

—Sí. Solía hacerlo cuando era más joven.

—Yo imaginaba cómo sería tener treinta años, cuarenta, pero ¿ahora qué?

—Te inventas. Miras a otras personas. Te pruebas otras vidas para ver cómo te sientan. Coges lo que puedes usar y buscas dentro de ti mismo lo que no puedes hallar en otra parte. Y siempre te preguntas si lo estás haciendo bien.

—Sí, eso es —repitió muy bajo.

El campamento empezaba a entrar en actividad, entre ruidos metálicos, golpes secos y el ronco sonido de voces adormiladas.

—Ésta es una mañana que mi padre nunca vio —dijo Jamie, en voz baja—. El mundo y cada día vivido en él es un regalo, *mo chridhe*, sin que importe lo que traiga el mañana.

Máquinas militares

«Diario de la expedición contra los insurgentes»

Escrito por William Tryor, gobernador

Jueves, 2 de mayo

Los destacamentos de Craven y Carteret partieron de New Bern con los dos cañones de campaña, seis cañones giratorios montados sobre cureñas, dieciséis carretas y cuatro carros, todos cargados de equipaje, municiones y las provisiones necesarias para los diversos destacamentos que se incorporarían a ellos en el trayecto al domicilio del coronel Bryan, sitio de la Reunión General.

El gobernador partió de New Bern el 27 de abril y llegó a casa del coronel Bryan el 1 de mayo. Hoy se unieron las tropas de los dos distritos.

Viernes, 3 de mayo, Union Camp

A las 12 en punto, el gobernador pasó revista a los destacamentos en la pradera de Smiths Ferry, sobre la orilla occidental del río Neuse.

Sábado, 4 de mayo

La totalidad marchó hasta Johnston Court House. Nueve millas.

Domingo, 5 de mayo

Marcha hasta la casa del mayor Theophilus Hunter, en el condado de Wake. Trece millas.

Lunes, 6 de mayo

El ejército se detuvo y el gobernador pasó revista al regimiento de Wake en una reunión general. El señor Hinton, coronel del regimiento, informó al gobernador que sólo tenía veintidós hombres en la compañía que se le había ordenado reclutar, debido al descontento imperante entre los habitantes del condado.

El gobernador observó un descontento general en el regimiento de Wake al pasar frente a la primera fila del batallón, viendo que no más de un hombre de cada cinco tenían armas, y puesto que, ante su convocatoria a ofrecerse como voluntarios para el servicio, se negaban a obedecer, ordenó que el ejército rodeara al batallón; efectuado esto, ordenó que tres de sus coroneles reclutaran a cuarenta de los hombres más apuestos y activos, maniobra que causó no poco pánico en el regimiento, que a la sazón consistía en cuatrocientos hombres.

Durante el reclutamiento, los oficiales del ejército actuaron para persuadir a los hombres de que se enrolaran; en menos de dos horas elevaron la compañía de Wake a cincuenta hombres. Al llegar la noche el regimiento de Wake fue despedido, muy avergonzado tanto de su desgracia como de su propia conducta, que lo había ocasionado. El ejército regresó al campamento.

Miércoles, 8 de mayo

El destacamento del coronel Hinton ha sido dejado atrás, con vistas a impedir que los descontentos de ese condado formen un cuerpo que se una a los reguladores de los condados adyacentes.

Esa mañana un destacamento marchó a la vivienda de Turner Tomlinson, notorio regulador, y lo trajo prisionero al campamento, donde fue celosamente encerrado, Confesó ser regulador, pero no

hizo revelaciones.

El ejército marchó y acampó cerca de Booth, en New Hope Creek.

Viernes, 10 de mayo

Hicimos alto y ordenamos que las carretas fueran reaprovisionadas, los caballos herrados y reparado todo lo que hiciera falta. Se pasó revista en Hillsborough a dos compañías de la milicia de Orange.

Esta tarde se ha fugado el prisionero Tomlinson. Los destacamentos enviados tras él no han tenido éxito.

Domingo, 12 de mayo

Marchamos y vadeamos el río Haw para acampar en la ribera oeste. Se esperaba que los reguladores se opusieran al paso de los realistas por ese río, tal como era su intención, pero al no sospechar que el ejército saldría de Hillsborough antes del lunes, este súbito movimiento del ejército los derrotó en esa parte de su plan.

Hoy hemos recibido informes de que el general Waddell fue obligado por los reguladores a cruzar nuevamente el río Yadkin con las tropas a su mando.

Oficio Divino, con Sermón, celebrado por el reverendo señor McCartney, Texto: «Si no tienes espada, vende tu prenda y compra una».

En el día de hoy veinte caballeros voluntarios se incorporaron al ejército, principalmente en los condados de Granville y Bute. Se conformó con ellos una tropa de caballería ligera, al mando del mayor MacDonald. Las partidas de los flancos apresaron a un regulador, tendido en emboscada con su arma. El comisario retiró de su casa parte de un tonel de ron, puesto allí para uso de los reguladores. También algunos cerdos que debían ser asignados a su familia.

Lunes, 13 de mayo

Marcha hasta O'Neal. A las doce en punto llegó un jinete enviado por el general Waddell con un mensaje verbal, pues no se atrevió a traer una carta por miedo a ser interceptado. El mensaje informaba

de que, el jueves 9 por la noche, los reguladores rodearon su campamento en un número de dos mil y, de la manera más atrevida e insolente, requirieron que el general se retirara con sus tropas al otro lado del río Yadkin, que estaba a dos millas de distancia. Él rehusó obedecer, informando que el gobernador le había dado órdenes de avanzar. Ante eso aumentó la insolencia de los reguladores, que intentaron intimidar a sus hombres con muchos gritos indios.

El general, viendo que sus hombres no pasaban de trescientos, que no estaban dispuestos a combatir, y que muchos de sus centinelas se pasaban a los reguladores, se vio obligado a cumplir con lo pedido; por la mañana temprano volvió a cruzar el río Yadkin, con su cañón y su equipaje. Los reguladores acordaron dispersarse y regresar a sus domicilios.

Inmediatamente se celebró un consejo de guerra para deliberar sobre la información traída por el jinete: lo componían el Honorable John Rutherford, Lewis DeRosset, Robert Palmer y Sam Cornell, del Consejo de su majestad, y los coroneles y oficiales de campo del ejército. Allí se resolvió que el ejército debía cambiar su rumbo, marchar desde la vivienda del capitán Holt por la ruta que conduce de Hillsborough a Salisbury, cruzar los ríos Alamance, el pequeño y el grande, con toda la prontitud posible, y marchar sin pérdida de tiempo a reunirse con el general Waddell. Por ende el ejército se puso en marcha y, antes de oscurecer, acampó en la orilla izquierda del pequeño Alamance. Se ordenó que un fuerte destacamento se adelantara para apoderarse de los ribazos occidentales del Gran Alamance, a fin de impedir que partidas enemigas ocuparan ese importante puesto.

Este atardecer recibimos información de que los reguladores enviaban exploradores a todos sus asentamientos para congregarse en Sandy Creek, cerca del domicilio de Hunter.

Marchamos y nos unimos al destacamento en ribera oeste del Gran Alamance, donde fue escogido un buen sitio para acampar. Allí el ejército hizo alto hasta que se pudieran traer más provisiones desde

Hillsborough, para cuyo fin se han vaciado varias carretas que han sido enviadas desde el campamento hacia Hillsborough.

Habiendo llegado este atardecer la información de que los rebeldes piensan atacar el campamento durante la noche, se hicieron los necesarios preparativos para un combate. Se ordenó a un tercio del ejército permanecer bajo las armas toda la noche; al resto, acostarse con ellas a mano. No se dio aviso de alarma.

Martes, 14 de mayo

Hicimos alto y se ordenó a los hombres no salir del campamento.

El ejército estuvo en armas toda la noche, como ayer. No hubo alarma.

Miércoles, 15 de mayo

Alrededor de las seis de la tarde, el gobernador recibió una carta de los insurgentes, que presentó al consejo de guerra, donde se determinó que el ejército debía encontrarse con los rebeldes a primera hora de la mañana siguiente, que el gobernador les enviaría una carta ofreciéndoles las condiciones y, en caso de negativa, se atacaría.

Los hombres pasaron la noche en armas. No se dio la alarma, aunque los rebeldes se encuentran a cinco millas del campamento.

Del «Libro de los Sueños»:

Hillsborough, 15 de mayo

«Anoche me dormí temprano y desperté antes del amanecer, dentro de una nube gris. Durante todo el día me he sentido como si caminara dentro de la bruma; me hablan y no oigo; veo que las bocas se mueven y asiento, sonrío y luego me voy. El aire está caliente y muy húmedo; todo huele a metal caliente. Me duele la cabeza y la cocinera está haciendo mucho ruido con las cacerolas».

«He pasado todo el día tratando de recordar qué soñé, pero no puedo. Sólo gris y una sensación de miedo. Nunca he estado cerca de una batalla, pero tengo la sensación de que lo que sueño es humo de cañones».

Consejo de guerra

Jamie regresó del consejo de guerra bien pasada la hora del almuerzo e informó brevemente a los hombres cuáles eran las intenciones de Tryon. La reacción general fue de aprobación, que no de franco entusiasmo.

—Mejor movernos ahora —dijo Ewald Mueller—. Si esperamos más, criamos musgo.

Esa opinión fue recibida con risas y gestos de asentimiento. El humor de la compañía se animó notablemente ante la perspectiva de entrar en acción por la mañana.

Jamie hizo un rápido recorrido de inspección, respondiendo preguntas y calmando inquietudes; luego vino a reunirse conmigo ante nuestra pequeña fogata. Los observé con atención; pese a las tensiones de la situación inmediata, había en él un aire de satisfacción contenida que despertó inmediatamente mis sospechas.

—¿Qué has hecho? —le pregunté, mientras le entregaba un gran trozo de pan y una escudilla de guiso.

—He retenido a Cornell por un buen rato después del consejo, para preguntarle por Stephen Bonnet. —Arrancó un trozo de pan con los dientes y lo tragó sin apenas masticarlo—. ¡Cristo, estoy hambriento! No he comido nada en todo el día; lo he pasado arrastrándome entre los espinos, como las serpientes.

—No creo que Samuel Cornell estuviera arrastrándose entre los espinos.

—No, eso fue después. Estuvimos buscando las líneas de los rebeldes — explicó—. No están muy lejos, ¿sabes? Aunque hablar de líneas es concederles el beneficio de una considerable duda. No había visto chusma como ésa desde aquella vez en Francia, cuando tomamos una aldea donde se alojaban una banda de contrabandistas de vino. La mitad de ellos estaban con prostitutas, y todos borrachos; para arrestarlos fue preciso levantarlos del suelo. Éstos no son mucho mejores, por lo que he podido ver, aunque no hay tantas rameras —añadió para ser justo.

—¿Has averiguado algo sobre Bonnet?

Él asintió.

—Cornell no lo conoce personalmente, pero ha oído comentarios. Parece que el tío trabaja alrededor de los Bancos Exteriores por un tiempo y luego desaparece durante tres o cuatro meses. Reaparece un día cualquiera, en las tabernas de Edenton o Roanoke, con los bolsillos repletos de oro.

—Eso significa que trae mercancías de Europa y las vende. —Tres o cuatro meses era el tiempo que tardaba un barco en llegar a Inglaterra y regresar—. ¿Contrabando?

Jamie asintió con la cabeza.

—Es lo que Cornell piensa. ¿Y a que no sabes dónde desembarca la mercancía? En el muelle de Wylie. Al menos así se rumorea.

—¿Qué? ¿Quieres decir que Phillip Wylie está asociado con él? —Fue una inquietante sorpresa escuchar eso. Pero Jamie movió la cabeza.

—No podría asegurarlo. Pero el muelle está junto a la plantación de Phillip Wylie, sin duda alguna. Y ese alfeñique estaba con Bonnet la noche en que vino a River Run, aunque después lo haya negado —añadió. Luego agitó una mano, descartando momentáneamente a Phillip Wylie—. Pero Cornell dice que Bonnet ha vuelto a desaparecer; este último mes no se lo ha visto, de modo que mi tía y Duncan parecen estar a salvo, por el momento. Una preocupación menos para mí... y me alegro; ya tengo suficientes. —Lo dijo sin ironía, recorriendo con la mirada el campamento que nos rodeaba—. Hermon Husband está aquí —añadió.

Aparté la vista de la escudilla que estaba llenando de guiso.

—¿Has hablado con él?

—No pude acercarme. Está con los reguladores, ¿recuerdas? Lo vi desde lejos; yo estaba en una pequeña colina, mirando a través del arroyo. Estaba rodeada de una gran masa de hombres, pero su vestimenta es inconfundible.

—¿Qué hará? —Le entregué la escudilla llena—. No creo que combata... ni que les permita combatir.

Me inclinaba por considerar que la presencia de Husband era una señal de esperanza. Él era lo más parecido a un líder que había entre los reguladores; estaba segura de que lo escucharían.

Jamie, en cambio, parecía preocupado.

—No sé, *Sassenach*. No creo que empuñe personalmente las armas, no, pero en cuanto a los demás...

Dejó la frase sin terminar mientras reflexionaba. Luego su cara expresó una repentina decisión. Me devolvió la escudilla y, girando sobre sus talones, cruzó el campamento. Lo vi tocar a Roger en el hombro y llevarlo aparte. Ambos conversaron algunos momentos; luego Jamie extrajo de su chaqueta algo blanco y se lo entregó. Roger lo miró un momento. Luego hizo un gesto afirmativo y lo escondió bajo su propia chaqueta.

Jamie lo dejó con una palmada en el hombro y volvió a cruzar el campamento, aunque se detuvo a cambiar un par de comentarios risueños y groseros con los hermanos Lindsay. Regresó aliviado y sonriente.

—He indicado a Roger Mac que vaya en busca de Husband a primera hora de la mañana —explicó, atacando la escudilla de guiso con renovado apetito—. Le he pedido que lo traiga, si puede, para que hable con Tryon cara a cara. Si él no logra convencer a Tryon (y no creo que pueda), tal vez éste pueda convencerlo a él de que la cosa va en serio. Si Hermon ve que habrá derramamiento de sangre, tal vez pueda convencer a sus hombres de que depongan las armas.

—¿De verdad lo crees?

—No lo sé —dijo simplemente—. Pero nada se pierde con probar, ¿no es cierto?

Hice un gesto afirmativo y me incliné para echar más troncos en el fuego. Esa noche nadie se acostaría temprano.

61

Ultimátum

*Campamento del Gran Alamance
16 de mayo de 1771*

*A las gentes ahora alzadas en armas,
que se autodenominan reguladores:*

En respuesta a su petición, debo informarles de que siempre he estado atento a los verdaderos intereses de este país y al de todos los individuos que en él residen. Lamento la fatal necesidad a la que ahora me han obligado, al retirarse de la misericordia de la Corona y de las leyes, de requerirles que depongan las armas, entreguen a los cabecillas proscritos y se sometan a las leyes de su país, y luego confíen en la indulgencia y la compasión del gobierno. Al aceptar estos términos en el curso de una hora a partir de la entrega de este despacho, evitarán un derramamiento de sangre, pues en este momento se encuentran ustedes en estado de guerra y rebelión contra su rey, su país y sus leyes.

W. Tryon

Cuando desperté, Jamie se había ido; su manta estaba doblada a mi lado y

Gideon no estaba bajo el roble al que Jamie lo había atado la noche anterior.

—El coronel ha ido a reunirse con el consejo de guerra del gobernador — me dijo Kenny Lindsay, con un enorme bostezo—. ¿Té o café, señora?

—Té, por favor.

Tal vez era el curso de los acontecimientos actuales los que me hacían pensar en la fiesta del Té de Boston. No recordaba cuándo debía tener lugar esa revuelta y los hechos subsiguientes, pero tenía la oscura sensación de que convenía aprovechar cualquier oportunidad de tomar té mientras aún pudiera conseguirlo, con la esperanza de saturar mis tejidos.

Repuesta con el té, cogí un par de cántaros y me encaminé hacia el arroyo. Esperaba que no hiciera falta, pero no estaría de más tener agua hervida a mano, por si acaso.

Cuando volví al campamento lo encontré ya despierto y con todos los hombres en estado de alerta, aunque con los ojos enrojecidos. Sin embargo no parecía haber preparativos para una batalla inmediata; sólo el regreso de Jamie despertó un movimiento de interés general. *Gideon* serpenteó entre las fogatas con sorprendente delicadeza.

—¿Cómo están las cosas, *Mac Dubh*? —preguntó Kenny, levantándose para saludarlo—. ¿Alguna novedad?

Él negó con la cabeza. Vestía con pulcritud cercana a la severidad: el pelo recogido hacia atrás, puñal y pistolas a la cintura, espada al costado. Listo para la batalla; al pensarlo me corrió un escalofrío por la columna.

—El gobernador ha enviado su carta a los reguladores. Cuatro comisarios llevaron una copia cada uno. Deben leerla a cada grupo con que se crucen. Es preciso esperar y ver qué pasa.

Seguí su mirada hacia la tercera fogata. Roger debía de haber partido con la primera luz, antes de que el campamento despertara.

Tras vaciar los cubos en el hervidor, los recogí para hacer otro viaje al arroyo, pero *Gideon* irguió las orejas y levantó súbitamente el testuz, con un fuerte relincho. Al instante Jamie lo taloneó para ponerlo delante de mí y bajó la mano a la espada. El enorme pecho y la cruz del caballo me bloqueaban la vista, impidiéndome ver quién venía, pero noté que la mano de Jamie se relajaba en la empuñadura de la espada. Debía de ser un amigo.

Al oír el saludo de una voz familiar, miré por debajo de los belfos de

Gideon: el gobernador Tryon venía cruzando la pequeña pradera, acompañado por dos ayudantes de campo. Después de detener a su caballo, saludó a Jamie tocándose el sombrero. Al verme a la sombra de *Gideon*, se lo quitó en un gesto de cortesía, inclinándose en la silla.

—A sus órdenes, señora Fraser. —Eché un vistazo a los cubos que yo cargaba y se volvió hacia uno de los edecanes—. Señor Vickers, tenga usted la amabilidad de ayudar a la señora Fraser.

Muy agradecida, entregué los cubos al señor Vickers, pero en vez de ir con él me limité a indicarle adónde debía llevarlos. Tryon me miró con una ceja arqueada, pero yo respondí con una suave sonrisa y me mantuve en mis trece. No me movería de allí.

Tuvo la inteligencia de entenderlo y, en vez de poner objeciones a mi presencia, me soslayó.

—¿Sus tropas están en orden, coronel Fraser?

—Sí, señor.

El gobernador arqueó las dos cejas, con visible escepticismo.

—Convóquelos, señor. Quiero inspeccionar su preparación.

Jamie hizo una pausa para coger las riendas. Luego evaluó la montura de Tryon, entornando los ojos contra el sol naciente.

—Buen caballo el suyo, señor. ¿Es tranquilo?

—Por supuesto. —El gobernador frunció el entrecejo—. ¿Por qué?

Jamie echó la cabeza hacia atrás para emitir un ululante grito de las montañas escocesas, de aquellos que deben oírse a gran distancia. El caballo de Tryon tiró de las riendas y puso los ojos en blanco. De la maleza brotaron milicianos chillando como demonios; una negra nube de cuervos estalló en los árboles, alzando bulliciosamente el vuelo, como si fueran la bocanada de humo de un cañón. El caballo se alzó de manos, desmontando a Tryon, que quedó tirado en la hierba, y huyó a través de la pradera.

Di varios pasos hacia atrás para ponerme fuera del paso.

El gobernador se incorporó, purpúreo y jadeante, sólo para descubrir que era el centro de un arco de sonrientes milicianos que le apuntaban con sus armas. Él clavó una mirada flamígera en el cañón del rifle que tenía ante la cara y lo apartó con una mano, haciendo ruidos de ardilla enfadada. Jamie carraspeó de una manera muy significativa, con lo que los hombres se

esfumaron silenciosamente por el bosquecillo.

El señor Vickers reapareció saliendo del bosque, con cara de sobresalto y un cubo de agua en cada mano.

—¿Qué ha sucedido? —Iba a acercarse a Tryon, pero yo lo detuve con una mano. Era mejor dar al gobernador un momento para recobrar tanto su aliento como su dignidad.

—Nada importante —dije, recobrando mis cántaros antes de que pudiera volcarlos—. Eh... ¿sabe cuántos milicianos hay congregados aquí?

—Mil sesenta y ocho, señora —dijo, completamente extrañado—. Sin contar las tropas del general Waddell, por supuesto. Pero ¿qué?

—¿Y tienen cañones?

—¡Oh!, sí varios, señora. Tenemos dos destacamentos con artillería. Dos de seis, diez cañones giratorios y dos morteros de ocho libras.

—Al otro lado del arroyo hay dos mil hombres, señor, pero están casi desarmados. Muchos no tienen más que un cuchillo. —La voz de Jamie llegó desde detrás, atrayendo la atención de Vickers.

—Eso me han dicho, señor Fraser —dijo Tryon secamente—, aunque me complace saber que su información corrobora la mía. Señor Vickers, ¿tendrá usted la bondad de ir en busca de mi caballo?

—Supongo que sus agentes también le han dicho que los reguladores no tienen ningún líder real.

—Por el contrario, señor Fraser. Tengo la impresión de que Hermon Husband es y ha sido durante bastante tiempo uno de los principales agitadores de este movimiento. Otro nombre que he visto a menudo es el de James Hunter, suscribiendo cartas de protesta y las interminables peticiones que me llegan a New Bern. Y hay otros: Hamilton, Gillespie...

—En algunas circunstancias, señor, estaría dispuesto a discutir con usted si la pluma es más poderosa que la espada..., pero no al borde de un campo de batalla, como estamos ahora. La audacia en la redacción de panfletos no hace a un hombre apto para dirigir tropas. Y Husband es cuáquero.

—Eso me han dicho —convino Tryon. Señaló hacia el arroyo distante, con una ceja elevada en desafío—. Sin embargo está aquí.

—Está aquí —confirmó Jamie.

Hizo una pausa, evaluando el humor de Tryon antes de continuar. El

gobernador estaba muy tenso, pero la batalla no era todavía inminente y su tensión estaba bien controlada. Aún podía escuchar.

Ese hombre ha comido en mi casa, señor —dijo Jamie, con cautela—. Y yo he comido en la suya. Nunca ha ocultado sus opiniones ni su carácter. Si está hoy aquí, no dudo que ha venido con la mente atormentada.

Respiró hondo. Estaba hollando terreno peligroso.

—He hecho que uno de mis hombres cruzara el arroyo en busca de Husband, señor, para rogarle que se entreviste conmigo. Quizá pueda persuadirlo para que se use su considerable influencia sobre esos hombres, esos ciudadanos —señaló brevemente el arroyo y los invisibles seguidores que acampaban más allá—, haciéndoles abandonar ese desastroso curso de acción, que sólo puede acabar en tragedia.

Miró a Tryon directamente a los ojos.

—¿Puedo pedirle, señor... puedo rogarle...? Si Husband viniera, ¿hablaría usted mismo con él?

Tryon guardó silencio, sin conciencia de estar dando vueltas y vueltas al polvoriento tricornio entre las manos.

—Son ciudadanos de esta colonia —dijo al fin, moviendo la cabeza en dirección al arroyo—. Lamentaría que sufrieran algún daño. Sus quejas no carecen de fundamento; lo he reconocido así, ¡públicamente!, y he tomado medidas para que se los indemnice.

Echó un vistazo a Jamie, para ver si aceptaba esa aseveración. Él esperó en silencio. Tryon aspiró hondo y se golpeó un muslo con el sombrero.

—No obstante, soy gobernador de esta colonia. No puedo permitir que se perturbe la paz, que se desobedezca la ley, que los desmanes y el derramamiento de sangre queden impunes. —Me miró con tristeza—. Y no lo haré.

Luego su atención volvió a Jamie.

—Creo que no vendrá, señor. Ellos han fijado su curso y yo el mío. Aun así... —Vaciló por un momento, pero luego movió la cabeza, decidido—. No, si realmente viene, razone usted con él, por favor. Si accede a conseguir que sus hombres regresen pacíficamente a casa, sólo entonces tráigamelo para que acordemos las condiciones. Pero no puedo buscar esa posibilidad.

Jamie sostuvo la mirada al gobernador un momento. Luego aceptó lo

inevitable.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó en voz baja.

Tryon echó un vistazo al sol; faltaba muy poco para la media mañana. Roger había partido dos horas antes. ¿Cuánto podía tardar en encontrar a Hermon Husband y regresar?

—Las compañías están preparadas para el combate —dictaminó Tryon. Y echó una mirada al bosquecillo, con una leve contracción en la boca. Luego clavó una mirada ceñuda a Jamie—. No falta mucho. Está listo, señor Fraser.

Y poniéndose el sombrero, cogió las riendas y montó su caballo. Se alejó sin mirar atrás, seguido por sus edecanes.

Sospechosos

Artículo 12: Ningún oficial ni soldado podrá ir más allá de los límites del campamento que estén dentro de la distancia de la gran guardia.

Artículo 63: Los oficiales al mando deben interrogar a todas aquellas personas que les parezcan sospechosas; y aquellos que no puedan dar una explicación convincente de su presencia serán confinados, luego de lo cual se presentará un informe al Cuartel General.

*«Deberes y reglas del campamento»:
Órdenes dadas por su excelencia el gobernador Tryon a
los provincianos de Carolina del Norte*

Roger se tocó el bolsillo de los pantalones, donde había guardado la insignia que lo identificaba como miliciano: un botón de cuatro centímetros de diámetro, con el borde perforado y estampada con un tosco «CF», que significaba «Compañía de Fraser»; cosidas en la chaqueta o en el sombrero, esas insignias, así como las escarapelas de paño, eran el único uniforme para la mayor parte de la infantería del gobernador y el único medio de distinguir a un miliciano de un regular.

—¿Y cómo sabe uno contra quién debe disparar? —había preguntado irónicamente dos días antes, cuando Jamie le entregó aquello—. Si te acercas

lo suficiente como para ver la insignia antes de disparar, ¿no disparará primero el otro tío?

—Por mi parte no esperaría —dijo Jamie—. Si alguien corre hacia ti con un revólver, dispara y ruega que todo salga bien. Cada compañía seguirá su propio camino, de modo que no es probable que veas a ningún otro miliciano, por lo menos al principio. Si alguien viene hacia nosotros, probablemente será el enemigo.

Luego curvó un poco hacia arriba la boca, señalando con un gesto a todos los hombres que los rodeaban, ocupados con la cena.

—¿Conoces bien a todos los que están aquí? No dispaes contra ninguno de ellos y te irá bien, ¿de acuerdo?

Con una sonrisa melancólica, Roger descendió cuidadosamente por una cuesta cubierta de diminutas plantas con flores amarillas. En la intimidad había resuelto no disparar contra nadie, cualesquiera que fuesen las circunstancias o la posibilidad de dar en el blanco. Había escuchado suficientes relatos de reguladores: Abel MacLennan, Hermon Husband. Aún teniendo en cuenta el estilo naturalmente hiperbólico de Husband, sus panfletos ardían con ineludible sentido de justicia. ¿Cómo iba Roger a matar o mutilar a un hombre sólo por protestar contra unos abusos y una corrupción tan flagrantes que debían ofender a cualquier persona justa?

Al oír voces se detuvo un momento; luego se escondió sin hacer ruido tras el tronco de un álamo grande. Un momento después aparecieron tres hombres, conversando entre sí con aire despreocupado. Los tres portaban armas y cajas de municiones, pero no daban la impresión de ser ceñudos soldados en vísperas de una batalla, sino tres amigos que hubieran salido a cazar conejos.

Mientras Roger observaba desde su escondite, un hombre se detuvo con la mano en alto; sus camaradas quedaron tiesos como perros de caza, con la nariz apuntada hacia un grupo de árboles, a unos sesenta metros de distancia.

Aun sabiendo que había algo allí, Roger tardó un momento en distinguir al pequeño venado, muy quieto contra un grupo de árboles jóvenes; el velo de luz moteada que penetraba por entre las hojas primaverales lo disimulaba casi completamente a la vista.

El primer hombre descolgó sigilosamente el arma del hombro y echó

mano de un cartucho, pero uno de sus compañeros lo detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Espera, Abram —dijo, en voz baja pero clara—. No te conviene disparar tan cerca del arroyo. Ya has oído lo que dijo el coronel: los reguladores están reunidos en la ribera, cerca de ese punto. —Señaló con la cabeza el denso bosquecillo de alisos y sauces que marcaba el borde del arroyo invisible, a cien metros escasos—. No vayas a provocarlos justamente ahora.

Abram asintió de mala gana y volvió a colgarse el rifle del hombro.

—Sí, supongo que sí. ¿Creéis que será hoy?

—No veo cómo. —El tercer hombre sacó de la manga un pañuelo amarillo para enjugarse la cara; el clima era caluroso y húmedo—. Tryon tiene los cañones instalados desde el amanecer; el tío no va a permitir que nadie le salte encima. Podría esperar a los hombres de Waddell, pero tal vez piense que no los necesita.

Abram resopló con leve desprecio.

—¿Para aplastar a esa chusma? ¿Los has visto? En mi vida he visto peores soldados.

El hombre del pañuelo sonrió cínicamente.

—Bueno, aun así, Abie, ¿has visto a esos milicianos de tierra adentro? Eso sí que es chusma. Y hablando de los reguladores, son muchos, chusma o no. Dos a uno, dice el capitán Neale.

Abram gruñó, echando una última mirada al bosque y al arroyo.

—Chusma —repitió, más confiado. Y les volvió la espalda—. ¡Hala!, vamos a echar un vistazo más arriba.

Los cazadores estaban en el mismo bando que él; no llevaban escarapela, pero sí las insignias de miliciano en el pecho y en el sombrero, destellos plateados bajo el sol de la mañana. Aun así Roger se mantuvo a la sombra hasta que los hombres hubieron desaparecido. Estaba razonablemente seguro de que Jamie lo había enviado a esa misión sin más autoridad que la suya; era mejor que no le pidieran explicaciones.

La actitud de los milicianos para con la Regulación era, en el mejor de los casos, desdeñosa. En el peor (entre los oficiales superiores) de fría venganza.

—Aplastémoslos de una vez por todas —había dicho Caswell la noche

anterior, mientras tomaba su café junto al fuego. Era dueño de una plantación en la parte oriental de la colonia y no simpatizaba en absoluto con las quejas de los reguladores.

Roger volvió a dar una palmada a su bolsillo, pensativo. No, era mejor dejar la insignia allí. Si lo detenían podría mostrarla. Y no creía que nadie le disparara por la espalda sin darle al menos un grito de advertencia.

Con la aprobación de Jamie había dejado su mosquete en el campamento, no traía más armas que el cuchillo, elemento normal para cualquier hombre. Por lo demás, todo su equipo era un gran pañuelo blanco, plegado dentro de su chaqueta.

—Si alguien te amenaza, sea donde fuere, agítalo y grita «¡Tregua!» —le había indicado Jamie—. Luego diles que vayan a buscarme. Y no digas nada más hasta que yo llegue. Si nadie te lo impide, ponte bajo la protección de Husband y tráelo contigo.

Al imaginarse trayendo a Hermon Husband desde el otro lado del arroyo, con el pañuelo flameando por encima de su cabeza en el extremo de un palo, como si fuera un guía turístico en el aeropuerto, sintió deseos de aullar de risa. Pero Jamie no había sonreído siquiera, de modo que él aceptó la tela con aire solemne y lo guardó cuidadosamente. Echó un vistazo entre las hojas que colgaban, pero el arroyo pasaba chispeando al sol, sin más ruido que el susurro del agua contra la piedra y la arcilla. No había nadie a la vista y el rumor del agua ahogaba cualquier ruido que pudiera provenir desde más allá de los árboles, al otro lado. Aunque los milicianos no le dispararan por la espalda, no estaba tan seguro de que los reguladores no fueran a dispararle de frente, en caso de verlo cruzar desde el lado del gobierno.

Aun así no podía pasarse el día escondido entre los árboles. Salió al ribazo y caminó aguas abajo, hacia el punto que habían indicado los cazadores, tratando de distinguir entre los árboles cualquier señal de vida. Cerca de ese punto, el cruce era mejor: poca profundidad y fondo rocoso. Aun así, si los reguladores estaban «congregados» en las cercanías, guardaban absoluto silencio.

Habría sido difícil imaginar una escena más apacible; sin embargo el corazón le martilleó súbitamente en los oídos. Volvía a experimentar esa extraña sensación de que había alguien muy cerca. Miró en todas direcciones,

pero nada se movía, salvo la corriente del agua y las hojas de los sauces.

—¿Eres tú, papá? —dijo por lo bajo. Y de inmediato se sintió tonto. Aun así, la sensación de que había alguien allí seguía presente, aunque era una sensación positiva.

Por fin, con un encogimiento de hombros, se agachó para quitarse los zapatos y las medias. Sin duda era por las circunstancias. Claro que nadie podía comparar el hecho de vadear un arroyo en busca de un cuáquero alborotador con el de pilotar un Spitfire a través del Canal para bombardear Alemania. Pero toda misión es una misión, se dijo.

Volvió a mirar a su alrededor, pero sólo había renacuajos que se retorcían en el fondo. Con una sonrisa algo torcida, metió el pie en el agua, con lo que los renacuajos huyeron frenéticamente.

—Aquí estamos —le dijo a un pato silvestre.

No se oía nada entre los árboles de un lado o del otro, nada, salvo el alegre bullicio de los pájaros. Sólo cuando se sentó en una roca tibia por el sol para secarse los pies y volver a calzarse, sólo entonces oyó por fin alguna señal de que esa orilla estuviera poblada por seres humanos.

—Anda y dime qué quieres, bombón.

—No sé, preciosa. ¿Cuánto me costará?

—¡Oohh, pero escúchalo! ¿Verdad que no es momento para contar los peniques?

—No se preocupen, señoras. Si es necesario haremos una colecta.

—Ah, ¿con que así lo hacen ustedes? Pues sea, señor, pero tengan en cuenta que, en esta parroquia, la colecta va antes de los cánticos.

Al escuchar esta amistosa negociación, Roger dedujo que las voces en cuestión pertenecían a tres hombres y a dos mujeres, y todos parecían seguros de que, cualesquiera que fuesen los arreglos financieros, tres penetrarían en dos sin dificultades ni consecuencias molestas.

Recogió sus zapatos y se escabulló silenciosamente, dejando a los invisibles centinelas (si acaso lo eran) dedicados a sus cálculos. Por lo visto, el ejército de la Regulación no estaba tan organizado como las tropas del gobierno.

Lo cual era poco decir, según pensó algo después. Como no sabía con certeza dónde estaba el cuerpo principal del ejército, había recorrido unos

cuatrocientos metros por el ribazo, sin ver ni oír a nadie, salvo a las dos prostitutas y a sus clientes. Con la creciente sensación de estar fuera de la realidad, cruzó sin rumbo pequeños pinares y bordeó praderas cubiertas de hierbas, sin más compañía que los pájaros en pleno cortejo y pequeñas mariposas anaranjadas y amarillas.

—¿Ésta es manera de librar una guerra? —murmuró, mientras se abría paso entre matas de zarzamora.

De pronto, al rodear un meandro del arroyo, vio a los reguladores propiamente dichos: un grupo de mujeres que lavaban la ropa en la corriente, junto a un montón de rocas.

Volvió a esconderse en la maleza antes de que lo vieran y se apartó del arroyo, ya con más ánimo. Si había mujeres allí, los hombres no debían de estar lejos.

Así era. Unos cuantos metros más allá oyó los ruidos de un campamento: voces despreocupadas, risas, resonar de cucharas y cacerolas, el golpe seco del hacha al partir leña. Al rodear una mata de espinillo estuvo a punto de ser derribado por una panda de jóvenes que pasaron corriendo, entre gritos y chillidos.

Pasaron junto a Roger sin mirarlo dos veces; él continuó la marcha, ya sin tanta cautela. Nadie le dio el alto; no había centinelas. En verdad, las caras desconocidas no parecían ser allí novedad ni amenaza. Algunos lo miraron sin darle importancia y continuaron con sus conversaciones, sin ver nada extraño en su aparición.

—Busco a Hermon Husband —dijo sin rodeos a un hombre que asaba una ardilla en las llamas de una fogata. Por un momento el interpelado pareció no entender—. El cuáquero.

—¡Ah!, sí. —Las facciones del hombre se aclararon—. Está por allí... en esa dirección, creo.

«Por allí» resultó ser un buen trecho. Roger atravesó otros tres campamentos dispersos antes de llegar a lo que parecía ser el cuerpo principal del ejército... si se le podía dignificar con ese término. El ambiente parecía cada vez más serio. Aun así, aquello estaba muy lejos de ser el cuartel general de un comando estratégico.

Aquí la situación era muy diferente que en las ordenadas fuerzas de la

milicia, pero aún menos preparada para hostilidades inmediatas. No obstante, al avanzar un poco más, preguntando el camino ante cada fogata por la que pasaba, comenzó a percibir algo diferente en la atmósfera: una urgencia creciente, casi desesperada. Los juegos bruscos de los campamentos más alejados habían desaparecido; allí los hombres discutían en grupos cerrados, con las cabezas juntas, o permanecían a solas, ceñudos, cargando las armas y afilando los cuchillos.

Según se aproximaba, el nombre de Hermon Husband era reconocido por todos y los índices señalaban el rumbo con más seguridad. Su apellido parecía casi un imán que lo atraía más y más al centro de una masa cada vez más densa; la componían hombres y muchachos, todos armados. El ruido iba en aumento; las voces le golpeaban los oídos como martillos en la forja.

Por fin encontró a Husband; estaba de pie en una piedra, como un gran lobo gris acorralado, rodeado por treinta o cuarenta hombres que clamaban en furiosa agitación. Abundaban los codazos y los pisotones, sin considerar a quién iban dirigidos. Obviamente exigían una respuesta, pero les era imposible hacer una pausa para escucharla.

Husband, en mangas de camisa y roja la cara, hablaba a gritos con uno o dos de los que estaban más cerca, pero Roger no pudo oír una palabra por encima del bullicio generalizado. Se abrió paso a través de los círculos exteriores, pero lo apretado de la muchedumbre lo detuvo cerca del centro. Al menos allí pudo distinguir unas cuantas palabras.

—¡Es preciso! ¡Bien sabes, Hermon, que no hay opción! —gritó un hombre esmirriado, de sombrero maltrecho.

—¡Siempre hay opción! —aulló Husband a su vez—. ¡Ha llegado el momento de elegir! ¡Y Dios nos dice que lo hagamos con prudencia!

—Sí, ¿con los cañones apuntados contra nosotros?

—No, no, hay que avanzar. ¡Hay que avanzar o todo estará perdido!

—¿Perdido? ¡Hasta ahora lo hemos perdido todo! Debemos...

—El gobernador nos ha dejado sin alternativa. Es preciso...

—Es preciso...

—¡Es preciso!

Las palabras sueltas se perdían en un rugido general de ira y frustración. Al ver que nada lograría si aguardaba a tener público, Roger se abrió paso

implacablemente entre dos granjeros y sujetó a Husband por la manga de la camisa.

—Señor Husband, ¡debo hablar con usted! —le gritó al oído.

El cuáquero lo miró con ojos vidriosos. Hizo ademán de librarse, pero luego parpadeó al reconocerlo. Su cara cuadrada estaba roja por encima de la barba crecida; el pelo áspero y gris, sin atar, se erizaba como púas de puercoespín. Sacudió la cabeza con los ojos cerrados; al abrirlos miró a Roger como si tratara inútilmente de disipar una visión imposible.

Aferró a Roger por un brazo y, con un gesto feroz hacia la muchedumbre, bajó de un salto de su piedra para buscar refugio en una maltrecha cabaña que se incitaba, como ebria, a la sombra de algunos arces. Roger fue tras él, después de arrojar una mirada fulminante a los más cercanos, a fin de desalentar la persecución.

Aun así unos cuantos los siguieron, con mucho agitar de brazos y gritos acalorados, pero Roger les cerró la puerta en la cara y echó el cerrojo; luego apoyó la espalda contra la puerta, para mayor seguridad. Husband se detuvo en el centro, jadeante; luego cogió un cazo para beber a grandes tragos el agua de un cubo puesto en el hogar; era el único objeto que aún quedaba en la cabaña.

—¿Qué os trae por aquí, amigo MacKenzie? —preguntó con característica suavidad—. ¿Acaso venís a uniros a la causa de la Regulación?

—No, claro que no —le aseguró Roger. Echó una mirada cautelosa a la ventana, temiendo que la muchedumbre intentara entrar por allí, pero no se oían ruidos de ataque inmediato contra el edificio, aunque fuera el rumor de voces continuaba con la discusión—. He venido a preguntarle si estaría dispuesto a cruzar el arroyo conmigo para hablar con Jamie Fraser. Bajo bandera de tregua, su seguridad estaría garantizada.

Husband también echó un vistazo a la ventana.

—Temo que el tiempo de hablar ya pasó —dijo, con una irónica torsión de labios.

Roger era de la misma opinión, pero insistió, decidido a cumplir con su cometido.

—En lo que al gobernador concierne, no es así. No tiene ningún deseo de masacrar a sus propios ciudadanos; si se pudiera persuadir a la muchedumbre

de que se dispersara pacíficamente...

—¿Os parece una perspectiva probable? —Husband señaló la ventana con un gesto cínico.

—No —reconoció Roger—. Aun así, si usted viniera... si ellos vieran que existe alguna posibilidad de...

—Si hubiera una posibilidad de reconciliación e indemnización, habrían debido ofrecerla mucho antes —lo interrumpió Husband—. ¿Así demuestra el gobernador su sinceridad? ¿Viene con tropas y cañones para enviar una carta que...?

—De indemnización no —dijo el joven sin rodeos—. Me refiero a la posibilidad de salvar la vida a esta gente.

—¿Hemos llegado a eso? —preguntó en voz baja, mirándolo de frente.

Roger aspiró hondo e hizo un gesto afirmativo.

—No hay mucho tiempo. El señor Fraser me ha encomendado decirle, si no va usted a hablar personalmente con él, que hay dos compañías de artilleros desplegadas contra ustedes y ocho mil milicianos, todos bien armados. Todo está listo. Y el gobernador no esperará mucho tiempo; a lo sumo hasta el próximo amanecer.

—Aquí hay unos dos mil hombres de la Regulación —dijo Husband, como para sus adentros—. ¡Dos mil! ¿No cree que ver a tantos le haría cambiar de opinión? ¿Que tanta gente abandone el hogar para acudir en protesta...?

—El gobernador opina que se han alzado en rebelión y, por lo tanto, hay estado de guerra —interrumpió Roger. Echó un vistazo a la ventana, donde el pergamino aceitado pendía en jirones—. Y después de haberlos visto, reconozco que su opinión tiene bases razonables.

—No es rebelión —aseguró Husband, tozudo. Y sacó del bolsillo una gastada cinta de seda negra para atarse el pelo hacia atrás, con la espalda muy erguida—. ¡Pero nuestras quejas legítimas han sido dejadas de lado por completo! No tenemos más opción que acudir en masa a presentar nuestras demandas ante el señor Tryon, para hacerle ver la justicia de nuestras objeciones.

—Hace un momento me pareció oírlo hablar de alternativas —señaló el joven, seco—. Y si ha llegado el momento de escoger, como dijo usted, me

parece que la mayor parte de los reguladores han escogido la violencia, a juzgar por los comentarios que escuché al venir.

—Quizá —dijo Husband, renuente—. No obstante no somos... no son un ejército vengador ni una turba...

—¿Tienen algún líder designado, alguien que pueda hablar oficialmente por ellos? —Roger volvió a interrumpirlo, impaciente por transmitir su mensaje y alejarse de allí—. ¿Usted mismo? ¿El señor Hunter, quizá?

—En realidad no tienen ningún líder —dijo Husband tras una larga pausa—. Jim Hunter es bastante audaz, pero no tiene dotes de mando. Le he preguntado; dice que cada hombre debe actuar por sí mismo.

—Usted tiene ese don. Puede liderarlos.

Husband pareció escandalizarse.

—Yo no.

—Pero si los ha guiado hasta aquí...

—¡Ellos han acudido! No pedí a nadie que...

—Usted está aquí. Ellos lo han seguido. Usted habló con ellos y lo escucharon. Vinieron siguiéndolo. Lo escucharán, sin duda.

Fuera de la cabaña el ruido iba en aumento; la multitud se impacientaba. Si no era todavía una turba, estaba muy cerca. ¿Y qué harían si descubrían quién era el que estaba allí y a qué había venido?

Husband lo observó un instante; luego le cogió las dos manos.

—Recemos juntos, amigo —dijo en voz baja.

—Pero yo...

—No hace falta que diga usted nada. Sé que es papista, pero no tenemos por costumbre rezar en voz alta. Basta con que permanezca en silencio y pida, en el fondo de su corazón, que descienda la sabiduría... no sólo sobre mí, sino sobre todos los presentes.

Roger se mordió la lengua para no corregirlo; en ese momento su propia afiliación religiosa no tenía importancia, aunque sí la de Husband, por lo visto. Se limitó a contener la impaciencia y estrechó las manos del cuáquero, ofreciéndole el apoyo que estaba a su alcance.

Husband estaba inmóvil, con la cabeza algo inclinada. Un puño aporreó la endeble puerta de la cabaña.

—¡Hermon! ¿Estás bien?

—¡Sal, Hermon! ¡No hay tiempo para esto! Caldwell ya ha regresado de ver al gobernador...

—¡Una hora, Hermon! ¡Nos ha dado sólo una hora!

Derribarían la puerta, sin duda. Pero no: los golpes disminuyeron hasta reducirse a toques impacientes; luego, a algún puñetazo aislado. El palpitar del corazón de Roger se fue calmando gradualmente hasta reducirse a un ritmo sereno y parejo; la ansiedad se esfumaba en su sangre.

Cerró los ojos en un intento de fijar sus pensamientos, tal como Husband le había pedido. Buscó a tientas en su mente alguna oración adecuada, pero sólo le venían a la memoria fragmentos confusos del Libro de Culto Común.

«Socórrenos, ¡oh, Señor!...».

«Escúchanos...».

«Ayúdanos, ¡oh, Señor!», susurró la voz de su padre... su otro padre, el reverendo, que hablaba en el fondo de su mente. «Ayúdanos, ¡oh, Señor!, a recordar con cuánta frecuencia obramos mal, no por falta de amor, sino por falta de reflexión, y cuán ingeniosas son las trampas que nos hacen tropezar».

Cada palabra pasó por su mente, fugaz como la hoja en llamas que se eleva en el viento de la fogata, para desaparecer hecha cenizas antes de que él pudiera asirla. Por fin renunció; se limitó a estrechar las manos de Husband, atento a su respiración, que era una nota grave y áspera.

«Por favor», pensó en silencio, sin saber qué pedía. También esas palabras se evaporaron sin dejar nada.

Nada sucedió. Fuera aún se oían voces, pero no parecían tener más importancia que el reclamo de los pájaros. El aire de la habitación estaba en calma, pero fresco y vivaz, como si por los rincones circulara una corriente sin llegar a tocar el centro, donde estaban ellos. Roger sintió que su propia respiración se tranquilizaba y su corazón se hacía aún más lento.

No recordaba haber abierto los ojos, pero los tenía abiertos. Al bajar la vista reparó en sus propias manos, que aún estrechaban las de Husband, más pequeñas. Lo invadió un respeto sobrecogido al apreciar la belleza de sus propios dedos, los huesos curvados de la muñeca y los nudillos, el encanto de una fina cicatriz roja que cruzaba la articulación del pulgar.

Husband dejó escapar el aliento en un hondo suspiro y retiró las manos. Roger se sintió momentáneamente abandonado, pero luego la paz del

ambiente volvió a posarse en él.

—Se lo agradezco, amigo Roger —dijo el cuáquero, en voz baja—. No esperaba recibir tal gracia, pero bienvenida sea.

Él asintió sin decir nada. Vio que Husband descolgaba su chaqueta y se la ponía; en su cara se veían ahora líneas de serena decisión. Sin vacilar, el cuáquero quitó el cerrojo de la puerta y abrió.

La muchedumbre reunida fuera retrocedió; la expresión de sorpresa cedió paso de inmediato a la ansiedad y la irritación. El cuáquero, sin prestar atención a la tempestad de preguntas y exhortaciones, marchó directamente hasta un caballo amarrado a un arbolillo, detrás de la cabaña; lo desató y subió a la silla. Sólo entonces miró desde arriba a sus compañeros de la Regulación.

—¡Vuelvan ustedes a casa! —dijo en voz alta—. Debemos abandonar este sitio; que cada hombre regrese a su hogar.

Este anuncio fue recibido con un atónito silencio; luego hubo exclamaciones de indignación y desconcierto.

—¿Qué hogar? —inquirió un joven, de escasa barba rojiza—. ¡Quizá tú tengas hogar adonde volver! ¡Yo no!

Husband permanecía sólido en la silla, sin dejarse conmover por el griterío.

—¡Vuelvan a casa! —gritó otra vez—. Los exhorto. Aquí no queda nada, salvo la violencia.

—¡Sí, y bien que la haremos! —aulló un hombre corpulento, mostrando el mosquete en alto entre un coro de vítores.

Roger había seguido a Husband, ignorado por la mayoría de los reguladores. Se detuvo a cierta distancia, mientras el cuáquero se alejaba con lentitud, inclinándose desde la montura para responder con gritos y gestos a los hombres que corrían a su lado. Uno lo aferró por la manga; él tiró de las riendas y se inclinó para escuchar un discurso obviamente apasionado. Pero al fin irguió la espalda, sacudió la cabeza y se plantó el sombrero.

—No puedo quedarme y permitir que se derrame sangre por mi presencia. Si permanecen aquí, amigos, habrá homicidio. ¡Partan! Aún pueden partir. ¡Les imploro que lo hagan!

Ya no gritaba, pero el bullicio se había calmado lo suficiente como para

que su voz corriera. Al levantar la cara, arrugada por la preocupación, vio a Roger de pie a la sombra de un tejo. La serenidad de la paz lo había abandonado, pero en sus ojos perduraba la decisión.

—¡Me voy! —anunció—. ¡Se lo ruego! ¡Regresen todos a casa!

Con súbita determinación, volvió grupas y puso a su caballo al trote. Unos cuantos hombres corrieron tras él, pero pronto se detuvieron, desconcertados y resentidos, murmurando entre sí y moviendo la cabeza con aire de confusión.

El ruido volvió a crecer; todos discutían al mismo tiempo, insistiendo y negando. Roger se alejó discretamente hacia el bosquecillo de arces. Lo más prudente sería emprender el regreso cuanto antes, ahora que Husband había partido.

Una mano lo aferró por un hombro, obligándolo a girar.

—¿Quién diablos eres tú? ¿Qué le has dicho a Hermon para que se fuera? Era un tío ceñudo, de raído chaleco de piel, con los puños apretados.

—Le dije que el gobernador no quiere que nadie sufra daño, si se puede evitar —respondió Roger, tratando de que su tono fuera apaciguador.

—¿Te envía el gobernador? —preguntó un hombre de barba negra, mirando con escepticismo su ropa sencilla—. ¿Has venido a ofrecer unas condiciones diferentes de las de Caldwell?

—No. —Roger aún estaba bajo el efecto de su encuentro con el cuáquero; se sentía protegido de las corrientes de cólera e histeria incipiente que se arremolinaban en torno a la cabaña, pero esa paz se iba esfumando con celeridad. A sus interrogadores se sumaron otros, atraídos por la confrontación—. No —repitió, en voz más alta—. He venido para advertirle a Husband... y a todos vosotros. El gobernador quiere...

Lo interrumpió un coro de gritos groseros: lo que Tryon quisiera no tenía ningún interés para los presentes. Entonces se encogió de hombros y dio un paso atrás.

—Haced lo que os parezca, entonces —dijo, con toda la serenidad posible—. El señor Husband os ha dado el mejor de los consejos. Y yo lo apoyo.

Giró para alejarse, pero un par de manos descendieron sobre sus hombros, obligándolo una vez más a enfrentarse al círculo de interrogadores.

—Espera un momento, tío —dijo el hombre del chaleco de cuero—. Has

hablado con Tryon, ¿verdad?

—No —admitió Roger—. Me ha enviado... —¿Debía utilizar el nombre de Jamie Fraser? No: igual podía ahorrarle problemas como provocárselos—. He venido a pedir a Hermon Husband que cruzara el arroyo conmigo para que viera con sus propios ojos cuál es la situación. Él prefirió aceptar mi informe de la situación. Ya han visto ustedes cuál fue su reacción.

—¡Eso lo dices tú! —Un hombre fornido, de patillas rojizas, elevó el tozudo mentón—. ¿Y por qué hay que aceptar tu informe de la situación?

La calma que Roger traía de la cabaña no lo había abandonado del todo; recogió los restos para hablar con serenidad.

—No puedo obligarlo a escuchar, señor. Pero quienes tengan oídos, escuchen esto.

Los miró a la cara, uno a uno. Aunque de mala gana, dejaron de alborotar, hasta que él se vio en el centro de un círculo que le prestaba renuente atención.

—Las tropas del gobernador están listas y bien armadas. —Su voz sonaba extraña, serena pero algo apagada, como si fuera otro el que hablara a cierta distancia—. No he visto personalmente al gobernador, pero se me ha dicho cuáles son sus propósitos: no quiere que se derrame sangre, pero está decidido a llevar a cabo las acciones que considere necesarias para dispersar esta asamblea. No obstante, si regresan pacíficamente a sus hogares, está dispuesto a mostrarse clemente.

Se hizo un momento de silencio. Lo rompió un carraspeo. Un escupitajo de moco, con vetas pardas de tabaco, aterrizó en el barro, junto a la bota de Roger.

—Eso va para el gobernador y su clemencia —dijo el del escupitajo, conciso.

—¡Y esto va para ti, estúpido! —añadió uno de sus compañeros, lanzando un bofetón a Roger.

Él esquivó el golpe y bajó el hombro para cargar contra el atacante, que se tambaleó, perdiendo terreno. Pero atrás había más de ellos. Roger se detuvo, con los puños apretados, listo para defenderse si era necesario.

—No le hagan daño, muchachos —ordenó el hombre del chaleco de cuero—. Al menos por ahora. —Se acercó al joven, sin ponerse al alcance de

sus puños, y lo observó con desconfianza—. Hayas visto o no la cara de Tryon, supongo que has visto sus tropas, ¿verdad?

—En efecto. —El corazón de Roger latía deprisa y la sangre le cantaba en las sienes.

—¿Sabes cuántos hombres tiene Tryon?

—Algo más de mil —respondió, observando con atención la cara del hombre. No hubo sorpresa: ya lo sabía—. Pero son milicianos adiestrados y tienen artillería. ¿Es verdad que ustedes no tienen nada de eso, señor?

—Piensa lo que quieras —contestó secamente—. Pero puedes decirle a Tryon que le doblamos en número. Además, adiestrados o no —su boca se torció con ironía—, todos estamos armados, cada hombre con su mosquete.

Inclinó la cabeza hacia atrás, con los ojos entronados, para evaluar la luz.

—Una hora, ¿no? —preguntó, algo más suave—. Creo que será antes. — Y miró a Roger a los ojos—. Vuelva a cruzar el arroyo, señor. Dígale al gobernador Tryon que tenemos intención de decirle lo nuestro y salimos con la nuestra. Si él nos escucha y accede a nuestras exigencias, bien. Si no...

Tocó la culata de la pistola que llevaba a la cintura. En su cara se asentaron líneas sombrías.

Roger recorrió con la vista el círculo de caras silenciosas. Algunas expresaban incertidumbre, pero en su mayoría estaban sombrías o desafiantes. Sin decir palabra giró para alejarse.

El libro del cirujano, Tomo I

Artículo 28: Los cirujanos deben llevar un libro en el que registrarán a todos los hombres que se sometan a su atención, incluyendo su nombre, la compañía a la que pertenecen, la fecha en que entran a su cuidado y la fecha en que le dan el alta.

«Deberes y reglas del campamento»

Me estremecí al sentir que una brisa fría me tocaba la mejilla, aunque el día era muy cálido. Tuve la absurda idea de que era el roce de un ala, como si el Ángel de la Muerte hubiera pasado silenciosamente a mi lado, atento a su lúgubre tarea.

—Tonterías —dije en voz alta. Evan Lindsay me oyó; lo vi girar momentáneamente la cabeza, pero de inmediato apartó la mirada. Como todos, vigilaba el este.

Aún no había llegado ningún mensajero, pero vendría. Yo no lo dudaba. Algo había sucedido en algún lugar.

Todo el mundo esperaba, inmóvil en su sitio. Llevada por una abrumadora necesidad de moverme, giré abruptamente; mis manos se flexionaron como pidiendo hacer algo. El agua estaba hervida y lista, cubierta con un trozo de lino limpio. Había puesto la caja de medicinas sobre un tocón; retiré la cubierta para revisar otra vez su contenido, aunque segura de

que todo estaba en orden.

Toqué uno a uno los frascos centelleantes; sus nombres eran una sedante letanía.

Atropina, belladona, láudano, paregórico, aceite de espliego, aceite de enebro, menta... Y la botella parda, de forma achaparrada, que contenía el alcohol. Tenía un barrilete lleno en la carreta.

Un movimiento atrajo mi atención; era Jamie; caminaba tranquilamente bajo los árboles, inclinándose aquí para decir una palabra al oído de alguien, tocaba más allá un hombro, como un mago que diera vida a las estatuas.

Permanecí inmóvil, por no distraerlo, pese a lo mucho que deseaba atraer su atención. Él se movía con facilidad, bromeando despreocupadamente; sin embargo yo podía percibir su tensión.

A poca distancia sonó un ruido de cascos y el estrépito de unos caballos que avanzaban por la maleza. Todo el mundo se dio la vuelta, expectante y con los mosquetes en la mano. Una exclamación ahogada y un murmullo general saludaron al primer jinete que surgió a la vista, agachando la cabeza roja bajo las ramas de los arces.

—¡Cristo! —dijo Jamie—. ¿Qué diablos hace ésta aquí?

Las risas de los hombres que la conocían rompieron la tensión como grietas en el hielo, Jamie relajó un poco los hombros, pero salió a su encuentro con expresión bastante ceñuda.

Cuando Brianna desmontó a su lado, yo también estaba allí.

—¿Qué...? —comencé.

Pero Jamie ya estaba cara a cara con su hija, los ojos entornados, la mano en su brazo, hablando en voz baja, en un veloz torrente de gaélico.

Brianna le replicó algo que no entendí, también en gaélico, y él se echó hacia atrás. Ella movió secamente la cabeza, como satisfecha con el impacto de su declaración, y giró sobre sus talones. Entonces, al verme, una ancha sonrisa le transformó la cara.

—¡Mamá! —Me abrazó.

—Hola, querida. ¿De dónde vienes? —Después de darle un beso en la mejilla di un paso atrás; a pesar de todo me alegraba verla.

—De Hillsborough —contestó—. Anoche, alguien que fue a cenar a casa de los Sherston dijo que la milicia estaba acampada aquí. Por eso he venido.

Traje algo de comer —señaló las abultadas alforjas de su caballo— y algunas hierbas de la huerta de los Sherston; se me ocurrió que podían serte útiles.

—¿Eh? ¡Oh!, sí. ¡Qué bien! —Sentía la presencia ceñuda de Jamie a mi espalda, pero no me volví a mirarlo—. Eeh... no es que no me alegre de verte, querida, pero es posible que aquí se libere una batalla dentro de muy poco y...

—Ya lo sé. —Aún estaba muy sofocada y su color se acentuó al oírme. Levantó un poco la voz—. No importa. No he venido a combatir. En ese caso me habría puesto pantalones de montar.

Echó un vistazo por encima de mi hombro; detrás de mí se oyó un fuerte bufido, seguido por algunas risas ahogadas de los hermanos Lindsay. Ella bajó la cabeza para disimular una sonrisa; yo no pude menos que sonreír también.

—Me quedaré contigo —dijo en voz más baja—. Si hay después heridos que atender, puedo ayudar.

Vacilé, pero no podía negar que, si se llegaba al enfrentamiento, habría heridos que atender y un par de manos más sería muy útil. Brianna no era enfermera, pero sabía de gérmenes y antisepsia, cosa mucho más útil, en cierto modo, que los conocimientos de anatomía y fisiología.

Ella había erguido la espalda para buscar entre los hombres que esperaban a la sombra de los arcos.

—¿Dónde está Roger? —preguntó en voz baja, pero serena.

—Está bien —le aseguré, con la esperanza de que fuera verdad—. Esta mañana Jamie le mandó cruzar el arroyo con una bandera de tregua, para traer a Hermon Husband a hablar con el gobernador.

—¿Y todavía está allá? —Había subido involuntariamente la voz, pero volvió a bajarla, controlándose—. ¿Con el enemigo? Si se puede llamar así.

—Regresará. —Jamie apareció junto a mí; miraba a su hija sin mucha alegría, pero obviamente resignado a su presencia—. No te preocupes, muchacha. Bajo la bandera blanca nadie le hará nada.

—¿De qué le servirá la bandera de tregua si aún está allí cuando comiencen los disparos?

—Regresará —repitió él, aunque en tono más suave. Luego le tocó la cara y alisó un mechón de cabellos—. Te lo prometo, muchacha. No le

sucedirá nada.

Bree pareció encontrar algo tranquilizador en la cara de su padre, pues su expresión aprensiva se alivió un poco. Asintió con la cabeza, en muda aceptación. Después de darle un beso en la frente, Jamie se volvió para hablar con Rob Byrnes.

Por un momento ella lo siguió con la vista; luego desató los cordones de su sombrero y vino a sentarse a mi lado, en una piedra.

—¿Hay algo que pueda hacer ahora? —preguntó, señalando con la cabeza mi caja de medicinas—. ¿Quieres que te traiga algo?

Negué con la cabeza.

—No, tengo todo lo necesario. No hay más que esperar. —Hice una mueca—. Es lo peor.

Ella respondió con un renuente murmullo de asentimiento e hizo un esfuerzo por relajarse. Luego evaluó el equipo preparado, con una arruga entre las cejas: fuego encendido, agua hirviendo, mesa plegable, la caja grande con el instrumental y un envoltorio más pequeño, que contenía mi equipo de emergencias.

—¿Qué hay ahí? —preguntó, tocando el saco de lona con la puntera de la bota.

—Alcohol y vendas, un escalpelo, fórceps, serrucho de amputación, torniquetes. Si se puede me traerán los heridos hasta aquí o a otro de los cirujanos. Pero si debo atender a alguno en el campo... a alguien que esté demasiado mal como para caminar o ser trasladado, puedo coger esto e ir de inmediato.

Noté que paseaba la mirada por el claro, posándola aquí en un hombre, allá en otro. Adiviné lo que estaba pensando: ¿cómo era posible? Cómo podía una vez un grupo tan compacto y ordenado, una cabeza inclinada para escuchar al amigo, un brazo extendido hacia la cantimplora, sonrisas y entrecejos arrugados, ojos luminosos y músculos tensos... y luego visualizar la rotura, la abrasión, la fractura... y la muerte.

De repente, se oyó el ruido de un caballo que se acercaba a toda prisa. Cuando el mensajero apareció, yo ya estaba de pie, como el resto del campamento. Era uno de los jóvenes edecanes de Tryon, pálido por el nerviosismo contenido.

—Estén en alerta —dijo, medio descolgándose de la silla, sin aliento.

—¿Y qué cree usted que hemos estado haciendo desde el amanecer? —inquirió Jamie, impaciente—. Por todos los santos, hombre, ¿qué sucede?

Muy poco, al parecer, pero ese poco era importante. Un ministro de los reguladores había ido a parlamentar con el gobernador.

—¿Un ministro? —interrumpió Jamie—. ¿Un cuáquero?

—No sé, señor —dijo el edecán, fastidiado por la interrupción—. Pero los cuáqueros no lo tienen claro; eso lo sabe cualquiera. No: era un ministro llamado Caldwell, el reverendo David Caldwell.

Cualquiera que fuese su afiliación religiosa, Tryon no se había dejado conmovir por la súplica del embajador. No podía ni quería tratar con el populacho, y no había más que decir. Si los reguladores se dispersaban, él prometía estudiar cualquier queja justa que le fuera presentada de la manera correcta. Pero debían dispersarse en el curso de una hora.

—No podría ni querría en un cajón —canturreé por lo bajo, medio desequilibrada por la espera—. No podría ni querría con un león.

Jamie se había quitado el sombrero y el sol brillaba en su pelo rojizo. Bree soltó una risita contenida, tanto por extrañeza como por diversión.

—No podría ni querría con el populacho —agregó a su vez—. No podría ni querría... ¿hacer el macho?

—Puede, sí —dije, *sotto voce*—. Y mucho me temo que lo hará.

Por centésima vez en la mañana eché un vistazo hacia el grupo de sauces por el que Roger había desaparecido, rumbo a su misión.

—Una hora —repitió Jamie, como respuesta al mensaje del edecán. Y miró en la misma dirección—. ¿Cuánto queda para eso?

—Media hora, quizá. —El muchacho pareció de pronto mucho más joven de lo que era. Tragó saliva y se puso el sombrero—. Debo partir, señor. Está usted atento al cañón. ¡Buena suerte!

—Lo mismo a usted, señor.

Como si hubiera sido una señal, el campamento brincó en un torbellino de actividad, aun antes de que el edecán hubiera desaparecido entre los árboles. Se volvieron a revisar armas que ya estaban cebadas y cargadas, se soltaron hebillas para volverlas a prender, se pulieron las insignias; algunos sacudían el polvo de los sombreros y les prendían las escarapelas, se ajustaban los

calcetines y las ligas, sacudían las cantimploras llenas, para asegurarse de que su contenido no se hubiera evaporado en la última media hora.

Era contagioso. Me descubrí deslizando los dedos por las hileras de frascos, una vez más; los nombres que murmuraba se emborronaban en mi mente, como si fueran las palabras de alguien que rezara el rosario, perdiendo el sentido en el fervor del petitorio: «Romero, atropina, espliego, aceite de clavo...».

Bree se destacaba por su inmovilidad en medio de tanto alboroto. Sentada en su piedra, sin más movimiento que el de sus faldas agitadas por alguna brisa, mantenía la vista fija en los árboles lejanos. Oí que decía algo por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —pregunté, volviéndome.

—Que no figura en los libros. —Apuntó con el mentón hacia el campo, los árboles, los hombres que nos rodeaban—. No figura en los libros de historia. He leído lo de la masacre de Boston. Lo leí allá, en los libros, y aquí, en el periódico. Pero nunca supe de esto allá. No he leído una sola palabra sobre el gobernador Tryon, Carolina del Norte o un lugar llamado Alamance. De modo que no sucederá nada. —Hablaba con fiereza, aplicando toda su voluntad—. Si aquí hubo una gran batalla, alguien debería haber escrito sobre ella. Nadie lo hizo, de modo que no sucederá nada. ¡Nada!

—Ojalá tengas razón —dije. Y se me alivió en parte el frío de la espalda. Tal vez era cierto. Por lo menos no sería una batalla importante. Faltaban apenas cuatro años para que estallara la Revolución; hasta las pequeñas escaramuzas que precedieron al conflicto eran bien conocidas.

La masacre de Boston se había producido poco más de un año antes: un combate callejero, el choque de una turba con un pelotón de soldados nerviosos. Insultos a gritos, algunas pedradas; un disparo no autorizado, una descarga provocada por el pánico y cinco hombres muertos. Uno de los periódicos de Boston informó de la noticia, acompañada por un apasionado editorial; yo lo había visto en el salón de Yocasta; uno de sus amigos le había enviado un ejemplar.

Y doscientos años después, ese breve incidente sería inmortalizado en los textos escolares, como evidencia del creciente descontento de los colonos. Eché un vistazo a los hombres que nos rodeaban, dispuestos a pelear. Si allí

se libraba una gran batalla, si un gobernador real sofocaba lo que era, en esencia, una rebelión de contribuyentes, ¡sin duda habría valido la pena registrarlo!

Aun así, era pura teoría. Y yo tenía la incómoda conciencia de que ni la guerra ni los libros de historia tomaban muy en cuenta lo que habría debido ocurrir.

Jamie estaba de pie junto a *Gideon*. Lo había atado a un árbol, pues entraría en combate a pie, con sus hombres. Lo vi retirar las pistolas de la alforja, guardar en la taleguilla de su cinturón las municiones de reserva. Tenía la cabeza inclinada, absorto en los detalles de la tarea.

De pronto experimenté un impulso horrible y repentino. Necesitaba tocarlo, decirle algo. Traté de persuadirme de que Bree tenía razón; no era nada; probablemente no habría un solo disparo. Sin embargo había tres mil hombres armados en los ribazos del Alamance, y entre ellos zumbaba la idea del derramamiento de sangre.

Dejé a Brianna sentada en su roca, fijos los ojos en el bosque, y corrí hacia él.

—Jamie —dije, poniéndole una mano en el brazo. Él apoyó una mano sobre la mía.

—*A nighean donn* —dijo, con una pequeña sonrisa—. ¿Has venido a desearme suerte?

—No podía dejarte ir sin decir... algo. Supongo que bastará con «Buena suerte». —Vacilé; las palabras se me atascaban en la garganta, por la súbita urgencia de decir mucho más de lo que el tiempo permitía. Al final dije sólo las cosas importantes—: Jamie... te amo. ¡Cuídate!

Él decía que no recordaba lo de Culloden. Me pregunté si la amnesia se extendía a las horas previas a la batalla, a nuestra despedida. Al mirarlo a los ojos supe que no era así.

—Con «Buena suerte» basta —dijo—. «Te amo» es mucho mejor.

Luego levantó la mano para tocarme el pelo y la cara, mirándome a los ojos como para retener mi imagen de ese momento, por si acaso fuera la última.

—Tal vez llegue un día en que tú y yo nos separemos otra vez —dijo por lo bajo. Sus dedos me rozaron los labios, ligeros como el roce de una hoja al

caer. Sonreía apenas—. Pero no será hoy.

Señal de ataque

Tened en cuenta que, durante la marcha, el disparo de tres cañones será la señal para formar la línea de batalla; cinco, la señal de ataque.

Orden de la batalla, W. Tryon

Roger se alejó despacio del campamento de los reguladores. Le gritaron unos cuantos insultos y amenazas sin mucha convicción, pero cuando se encontró entre los árboles la multitud ya había perdido interés en él, enzarzada nuevamente en su agitada controversia.

Tan pronto como estuvo fuera de la vista se detuvo. Tenía la respiración agitada y se sentía mareado. En el centro de ese círculo de caras hostiles no había sentido nada, absolutamente nada. Ahora, lejos y a salvo, le temblaban los músculos de las piernas y le dolían los puños de tanto apretarlos. Desplegó los dedos tiesos, los flexionó y trató de dominar su respiración.

Tal vez después de todo aquello no era tan distinto al vuelo nocturno sobre el Canal y los cañones antiaéreos.

A su alrededor, soplabla una leve brisa, que le despegó del cuello el pelo húmedo, con un aliento de bienvenido frescor. Tenía completamente empapada la camisa y la chaqueta; el corbatín mojado parecía estar a punto de estrangularlo. Se quitó la chaqueta y tiró de la corbata con dedos trémulos.

Luego, con los ojos cerrados y la prenda colgando de la mano, respiró a grandes bocanadas, hasta que cedió la sensación de náusea.

Convocó a su mente la última imagen de Brianna, en el vano de la puerta, con Jemmy en los brazos. Vio sus pestañas, mojadas de lágrimas, y los ojos redondos y solemnes del bebé, y percibió un grave eco de la sensación que había experimentado en la cabaña, con Husband: una visión de belleza, una convicción de gozo que serenaba la mente y aliviaba el alma. Regresaría con ellos; era lo único que importaba.

Al cabo de un momento abrió los ojos, recogió su chaqueta y se puso en marcha; mientras avanzaba lentamente hacia el arroyo empezó a sentirse más sereno en lo físico, ya que no en lo mental.

No iba acompañado de Husband, pero había logrado lo que el mismo Jamie hubiera podido hacer. Era posible que la turba (no eran un ejército, pese a lo que Tryon pensara de ellos) se desmembrara y volviera a casa, privado ahora hasta del escaso liderazgo que Husband había representado. Ojalá.

Pero tal vez no se dispersaran. De esa turba ardiente podía surgir otro hombre apto para tomar el mando. De pronto recordó una frase oída en el alboroto, frente a la cabaña. «¿Has venido a ofrecer unas condiciones diferentes de las de Caldwell?». Eso le había preguntado el hombre de la barba negra. Y rato antes, mientras rezaba con Husband, había oído vagamente que alguien gritaba: «¡No hay tiempo para esto! Caldwell ya ha regresado de ver al gobernador...». Y otra voz, en tono desesperado: «¡Una hora, Hermon! ¡Nos ha dado sólo una hora!».

—¡Hombre, claro! —dijo en voz alta. David Caldwell, el ministro presbiteriano que lo había casado. Debía de ser él. Por lo visto, el hombre había ido a hablar con Tryon en nombre de los reguladores... y regresó rechazado, con una advertencia.

Una hora, no más. ¿Una hora para dispersarse, para retirarse pacíficamente? ¿O una hora para responder a algún ultimátum?

Levantó la vista. El sol estaba casi en el cenit; era apenas pasado el mediodía. Después de ponerse la chaqueta guardó el corbatón en el bolsillo, junto a la bandera de tregua que no había utilizado. Cualquiera que fuese el significado de esa hora de tregua, tenía que ponerse en marcha.

El día continuaba despejado y caluroso; el olor de la hierba y el follaje vibraba de savia en ascenso. Pero ahora la sensación de prisa y el recuerdo de los reguladores, zumbando como avispas, le impedían apreciar las bellezas naturales. Aun así, algún rastro de paz perduraba en él mientras apretaba el paso hacia el arroyo, un vago eco de lo que había experimentado en la cabaña.

Esa extraña sensación de respeto sobrecogido seguía acompañándolo, oculto pero accesible, como una piedra pulida en el bolsillo. La hizo girar en la mente, sin prestar mucha atención a las zarzas y los matorrales que atravesaba en su camino.

Una rama colgante le rozó la cara; alargó una mano para apartarla, algo sorprendido por el fresco lustre de las hojas, la extraña delicadeza de sus bordes, mellados como cuchillos, pero livianos como el papel. Era un eco leve, pero perceptible, de lo que había visto antes, esa penetrante belleza. De pronto se preguntó si Claire la vería. ¿Percibía el toque de la belleza en los cuerpos que tenía bajo las manos? ¿Era quizá la causa de que fuera sanadora, lo que le permitía curar?

Husband había compartido su percepción, sin duda. Y eso lo había confirmado en sus principios de cuáquero. Por eso abandonó el campo, imposibilitado de ejercer la violencia o de tolerarla.

¿Y sus propios principios? No parecían haber sufrido cambios; si antes no tenía intenciones de disparar contra nadie, menos las tendría ahora.

«¿Y los principios de Jamie Fraser?», se dijo. A menudo, llevado por su simpatía personal y por la curiosidad del historiador, se preguntaba qué movía a Fraser. Con respecto a este conflicto, Roger había tomado su propia decisión... o quizá la decisión se había tomado sola. No podía, a conciencia, hacer daño a nadie, aunque en caso de necesidad se creía capaz de defender su propia vida. Pero Jamie...

Estaba seguro de que simpatizaba con los reguladores. También parecía probable que su suegro no tuviera ningún sentido de lealtad personal con la Corona, con juramento o sin él. No, a la Corona no, pero ¿quizá a William Tryon?

Tampoco allí había lealtad personal, pero sí una obligación, decididamente. Tryon lo había convocado y Jamie Fraser acudía. Dadas las

condiciones imperantes, no tenía mucha alternativa. Pero una vez allí, ¿combatiría?

¿Y cómo no hacerlo? Debía ponerse a la cabeza de sus hombres y, si se llegaba al combate, entonces tendría que combatir, cualesquiera que fuesen sus sentimientos personales sobre el tema.

Trató de imaginarse apuntado y disparando un mosquete contra un hombre contra quien no tenía nada. Era comprensible que Jamie hubiera tratado de lograr la ayuda de Husband para acabar con el conflicto antes de que comenzara.

Aun así, Claire le había dicho una vez que, en su juventud, Jamie había combatido en Francia como mercenario. Presumiblemente, en aquel entonces habría matado a hombres contra quienes no tenía nada. ¿Cómo...?

Al abrirse paso entre los sauces oyó las voces antes de ver a nadie. Un grupo de mujeres, de las que acompañan a todo ejército, trabajaban al otro lado del arroyo. Paseó entre ellas una mirada indiferente, pero de pronto dio un respingo, sorprendido por... ¿Qué? ¿Qué era?

Allí. No habría podido decir cómo identificó; no había en ella nada que la distinguiera. Sin embargo sobresalía entre las demás como si alguien hubiera remarcado sus contornos en tinta negra, para destacarla contra el fondo del arroyo y el follaje tierno.

—Morag —susurró. Y su corazón latió con más fuerza, con un pequeño estremecimiento de gozo. Ella vivía.

Salió de los sauces antes de que se le ocurriera preguntarse qué hacía y por qué lo hacía. Por entonces ya era demasiado tarde: estaba en el ribazo, caminando abiertamente hacia ellas.

Varias de las mujeres le echaron un vistazo; algunas quedaron inmóviles, vigilantes. Pero iba solo y estaba desarmado. Ellas eran más de veinte y sus hombres estaban cerca.

Ella se quedó muy quieta, sumergida en el agua hasta las rodillas, con las faldas recogidas. Lo había identificado, obviamente, pero no daba señales de conocerlo.

Las otras mujeres retrocedieron un poco, desconfiadas. Ella se irguió entre las libélulas, con un vestido mojado entre las manos; algunos mechones de pelo castaño asomaban de su cofia. Roger salió del agua y se irguió ante

ella, mojado hasta las rodillas.

—Señora MacKenzie —saludó en voz baja—. Me alegro de encontrarla.

—Señor MacKenzie —dijo a su vez, con una pequeña inclinación de cabeza.

La mente de Roger seguía a toda marcha, preguntándose qué hacer. Debía advertirla, pero ¿cómo? No podía hacerlo delante de todas esas mujeres.

Por un momento se sintió indefenso y torpe; luego, inspirado, se agachó para recoger una brazada de ropa chorreante que se arremolinaba en el agua, junto a las piernas de la mujer, y trepó al ribazo. Morag lo siguió con repentina prisa.

—¿Qué hace? —acusó—. ¡Oiga, devuélvame esa ropa!

Roger llevó la ropa mojada hacia los árboles; luego la dejó caer en una mata, con cuidado de que no tocara el polvo. Morag venía pisándole los talones, enrojecida de indignación.

—¿Cómo se le ocurre? ¡Mire que robar ropa! —acusó, acalorada—. ¡Devuélvame eso!

—No se la he robado —le aseguró él—. Sólo quería hablar con usted a solas un momento.

—¿Sí? —Ella lo miró con suspicacia—. ¿De qué?

—Quiero saber si está bien. ¿Y su hijo... Jemmy? —Pronunciar ese nombre le provocó un extraño escalofrío; por una fracción de segundo vio la imagen de Brianna en el vano de la puerta, con su hijo en los brazos, superpuesta al recuerdo de Morag con su bebé, en la penumbra de la bodega, dispuesta a matar o morir por conservarlo.

—Ah —musitó ella. La desconfianza desapareció en parte, reemplazada por un renuente reconocimiento de su derecho a preguntar—. Estamos bien... los dos. Y también mi marido —añadió intencionadamente.

—Me alegra saberlo —aseguró él—. Me alegra mucho. —Buscó algo más que decir; se sentía incómodo—. Yo... a veces la recuerdo; me preguntaba si... si todo estaba bien. Y ahora, al verla... bueno, se me ocurrió preguntar. Nada más.

—¡Oh!, sí. Comprendo, sí. Pues muchas gracias, señor MacKenzie. —Lo dijo mirándolo directamente a los ojos, serios los suyos—. Sé lo que usted hizo por nosotros. No lo olvidaré; todas las noches lo menciono en mis

oraciones.

—¡Oh!... —Roger tuvo la sensación de que un peso leve lo había golpeado en el pecho—. Eh... gracias.

Se había preguntado más de una vez si ella lo recordaría. Si recordaba el beso que él le había dado en aquella bodega, buscando la chispa de su calidez como escudo contra el frío de la soledad. Carraspeó, ruborizado por el recuerdo.

—¿Vive cerca de aquí?

Ella sacudió la cabeza; algún pensamiento, algún recuerdo le hizo apretar los labios.

—Antes sí, pero... No viene al caso. —Súbitamente le volvió la espalda para retirar la ropa mojada de la mata; sacudía prenda por prenda antes de plegarla—. Le agradezco su interés, señor MacKenzie.

Obviamente, daba por terminada la conversación. Él se secó las manos en los pantalones y cambió de posición. No quería alejarse. Debía decirle... pero tras haberla reencontrado sentía una extraña renuencia a separarse de ella tras haberla puesto sobre aviso; burbujeaba de curiosidad. Curiosidad y una peculiar sensación de vínculo.

Quizá no fuera tan peculiar; esa mujercita morena era de su familia, la única persona de su propia sangre que había encontrado tras la muerte de sus padres. Y al mismo tiempo era muy peculiar, sí; lo comprendió aun mientras alargaba la mano para curvarla en torno del brazo de Morag. Después de todo, ella era su antepasada directa, una abuela de varias generaciones atrás.

La mujer se puso rígida y trató de desasirse, pero él la retuvo. Aunque tenía la piel fría por el agua, Roger sintió el palpitar de su pulso bajo los dedos.

—Espere —dijo—. Por favor. Un momento. Yo... debo decirle... algunas cosas.

—No, nada de eso. Preferiría que no me dijera nada. —Ella tiró con más fuerza y se liberó.

—Su marido, ¿dónde está? —El cerebro de Roger comenzaba a relacionar tardíamente algunas ideas. Si ella no vivía cerca, era lo que él había pensado al verla: una de las mujeres que acompañaban a los ejércitos. Pero habría apostado la vida a que no era prostituta; por lo tanto seguía a su

marido, y eso significaba que...

—¡Está muy cerca! —Ella retrocedió un paso.

Roger se interpuso entre ella y la mata con la colada; para recobrar sus enaguas y sus medias tendría que pasar a su lado. De pronto cayó en la cuenta de que Morag le tenía un poco de miedo; entonces giró precipitadamente para arrebatarse alguna prenda al azar.

—Perdone. Su colada... Aquí tiene.

Ella las cogió como por reflejo. Algo cayó al suelo: un vestido de bebé. Ambos se agacharon para recogerlo y chocaron las frentes con un golpe sólido.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Por María y santa Bride! —Morag se frotó la cabeza, sin soltar las prendas mojadas que estrechaba contra el seno, con una sola mano.

—¡Cristo! ¿Está usted bien? Morag... señora MacKenzie... ¿está bien? ¡Lo siento mucho! —Roger la tocó en el hombro, mirándola con ojos lagrimeantes de dolor. Se agachó para recoger el pequeño vestido que había caído entre ambos e hizo un vano esfuerzo por limpiarle las manchas de barro.

—Estoy bien, sí. —Después de enjugarse los ojos y sorber por la nariz, tocó apenas el punto dolorido de la frente—. Tengo la cabeza dura, como decía mi madre. ¿Y usted? ¿Está bien?

—Bien, sí. —Roger también se tocó la frente. De pronto cobraba conciencia de que la curva del hueso bajo su mano se repetía con exactitud en la cara que tenía ante sí. La de ella era más pequeña, más ligera... pero la misma—. Yo también tengo la cabeza dura. —Le sonrió de oreja a oreja, ridículamente feliz—. Es cosa de familia.

Y le entregó la prenda manchada de barro.

—Lo siento mucho —se disculpó otra vez, no sólo por el vestido sucio—. Su marido. Le pregunté por él porque... está con los reguladores, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Usted no?

—No —respondió—. He venido con la milicia. —Señaló con una mano el humo del campamento de Tryon, a buena distancia.

Los ojos de Morag volvieron a expresar cautela, pero no miedo. Él estaba solo.

—Eso es lo que deseaba decirle —explicó él—. Advertirles, a usted y a

su esposo. Esta vez el gobernador va en serio; ha traído tropas organizadas y cañones. Muchas tropas, todas armadas.

Se inclinó hacia ella para entregarle el resto de las medias mojadas. Ella alargó una mano, pero mantuvo los ojos clavados en los de él, a la espera.

—Está decidido a aplastar esta rebelión por cualquier medio. Ha dado órdenes de matar, si hubiera resistencia. ¿Comprende usted? Dígaselo a su esposo. Deben partir ambos antes de... antes de que suceda nada.

Ella palideció; su mano fue a cubrir el vientre como por reflejo. El agua de la ropa había empapado el vestido de muselina; ahora se notaba el pequeño abultamiento escondido allí, redondo y suave como un melón bajo la tela húmeda. Roger recibió la descarga de ese miedo, como si las medias mojadas condujeran la electricidad.

«Antes sí», había respondido ella a su pregunta de si vivían cerca. Tal vez sólo quería decir que se habían mudado a otro lugar, pero... Entre su colada había ropa de bebé, tenía a su hijo con ella. Su esposo debía de estar en ese hervidero de hombres.

Un hombre solo podía coger su pistola y unirse a una turba, sin más motivos que el aburrimiento o una borrachera; un hombre casado y con un hijo no lo haría. Eso indicaba un descontento grave, un problema serio. Y si había llevado a su esposa y a su hijo a la guerra era porque no tenía un lugar seguro donde dejarlos.

Probablemente Morag y su esposo se habían quedado sin hogar; su miedo era perfectamente comprensible. Si mataban o mutilaban a su marido, ¿cómo haría ella para mantener a Jemmy y al bebé que tenía en su vientre? No tenía allí familia que pudiera ayudarla.

En realidad, tenía familia, sólo que lo ignoraba. Él le aferró la mano para atraerla hacia sí, abrumado por la necesidad de protegerlos, a ella y a sus hijos. Una vez los había salvado; podía hacerlo nuevamente.

—Morag —dijo—. Escúcheme. Si algo le sucediera, lo que fuese, acuda a mí. Si necesita algo, cualquier cosa. Yo cuidaré de usted.

Ella no hizo esfuerzo alguno por desasirse. Roger sintió el irresistible impulso de crear algún contacto físico entre ambos, esta vez tanto por ella como por sí mismo. Se inclinó hacia delante para besarla con mucha suavidad.

Luego abrió los ojos y levantó la cabeza. Se descubrió mirando por encima de su hombro, hacia la cara incrédula de su tatarabuelo.

—Apártese de mi mujer.

William Buccleigh MacKenzie salió de los arbustos con una expresión siniestra en la cara. Era alto y muy ancho de hombros. Cualquier otro detalle personal parecía carecer de importancia, considerando que también tenía un cuchillo. Aún estaba envainado, pero la mano del hombre descansaba sobre la empuñadura de una manera muy significativa.

—No he querido faltarle al respeto —dijo, irguiendo lentamente la espalda. Cualquier movimiento brusco parecía imprudente—. Le ofrezco mis disculpas.

—¿No? ¿Y qué diablos ha querido hacer, pues? —MacKenzie apoyó una mano posesiva en el hombro de su mujer, fulminando a Roger con la mirada.

—Conocí a su esposa... y también a usted... hace uno o dos años, a bordo del *Gloriana*. Al reconocerla se me ocurrió preguntar cómo estaba la familia. Eso es todo.

—No quería hacerme daño, William. —Morag tocó la mano de su marido y la dolorosa presión aflojó—. Lo que dice es cierto. ¿No lo reconoces? Es el que me encontró con Jemmy en la bodega, cuando nos escondimos allí; nos trajo agua y comida.

—Usted me pidió que cuidara de ellos —agregó Roger, intencionadamente—. Durante la pelea, aquella noche en que los marineros arrojaron a los enfermos al mar.

—¿Sí? —Las facciones de MacKenzie se relajaron un poco—. ¿Con que era usted? En la oscuridad no le vi la cara.

—Yo tampoco vi la suya.

Ahora la veía con claridad; pese a lo incómodo de las circunstancias, no pudo menos que estudiarla con interés. De modo que ése era el hijo no reconocido de Dougal MacKenzie, antiguo jefe de guerra de los MacKenzie de Leoch. Se le notaba. Su cara era una versión más recia, más cuadrada, más rubia, pero al mirar mejor Roger identificó sin dificultad los pómulos anchos, la frente ancha que Jamie Fraser había heredado del clan materno. Eso y la estatura: William superaba el metro ochenta.

El hombre se giró un poco al oír un ruido en la espesura. Dos hombres

salieron de las matas, cautelosos y sucios por la vida en la intemperie. Uno de ellos traía un mosquete; el otro sólo un tosco garrote, hecho con una rama caída.

—¿Quién es, Buck? —preguntó el del mosquete, observando a Roger con alguna desconfianza.

—Eso es lo que quiero averiguar. —El momentáneo ablandamiento había desaparecido, dejando un gesto ceñudo en la cara de MacKenzie. Apartó a su esposa con un leve empujón—. Ve con las otras mujeres, Morag. Yo me ocuparé de este tío.

—Pero William... —Ella los miró a ambos—. Pero si no ha hecho nada...

—¿Te parece que no es nada, tomarse atrevimientos contigo a la vista de todos, como si fueras una cualquiera? —William le clavó una mirada sombría.

—Yo... no, quiero decir... eso fue... él ha sido bondadoso con nosotros, no deberíamos...

—¡Vete, he dicho!

Morag abrió la boca como para protestar, pero se encogió de miedo al verle hacer un súbito movimiento hacia ella, con el puño apretado. Sin un instante de decisión consciente, Roger alzó el puño desde la cintura y lo estrelló contra la mandíbula de MacKenzie.

William, cogido por sorpresa, se tambaleó y cayó de rodillas, moviendo la cabeza como buey desnucado. El grito ahogado de Morag se perdió entre las exclamaciones de los otros hombres. Antes de que pudiera enfrentarse a ellos, Roger oyó un ruido detrás de él: era el frío chasquido de una pistola amartillada.

Hubo un breve «¡pst!» de pólvora encendida; luego el arma se disparó con un rugido y una bocanada de humo negro. Todos dieron un respingo y se tambalearon por el ruido. Roger se encontró forcejeando confusamente con uno de los otros; ambos tosían, medio ensordecidos. Mientras se desasía de su atacante vio que Morag, de rodillas entre las hojas, limpiaba la cara a su esposo con una prenda mojada. William la apartó con rudeza y se levantó para arrojarse hacia Roger, con los ojos saltones y la cara amoratada de furia.

Roger giró sobre sus talones, resbalando entre las hojas, y se desprendió

del hombre del mosquete para refugiarse entre las matas. Un momento después cruzaba la espesura, rompiendo ramas, arañándose la cara y los brazos. Detrás de él se oían fuertes chasquidos y una respiración jadeante. Una mano de hierro lo sujetó por el hombro.

Asió esa mano y la retorció con fuerza. Se oyó un crujido de articulación y hueso. El dueño de aquella mano se apartó con un chillido, mientras Roger se arrojaba de cabeza por una abertura entre la maleza.

Cayó sobre un hombro, medio acurrucado, y rodó sobre sí; después de romper una pequeña mata, se deslizó como por un tobogán por un empinado ribazo de arcilla, hasta caer al agua con un chapoteo.

Se esforzó por afirmar los pies, entre toses y manotazos, sacudiéndose el pelo y el agua de los ojos, sólo para ver a William MacKenzie de pie en lo alto del ribazo. Al ver a su enemigo en tanta desventaja, él también se lanzó con un grito.

Algo parecido a una bala de cañón se estrelló contra el pecho de Roger y lo hizo caer nuevamente al agua. No podía respirar, no veía nada, pero luchó contra el enredo de ropas, miembros y barro revuelto, tratando vanamente de hacer pie; los pulmones le estallaban por falta de aire.

Asomó la cabeza por encima de la superficie, boqueando como un pez para tragar aire. Oyó el silbido de su propio aliento y también el de MacKenzie. El otro se apartó e hizo pie algo más allá, jadeando como una locomotora. Roger se agachó, palpitante, con las manos apoyadas en los muslos y los brazos trémulos por el esfuerzo. Luego se enderezó, apartándose el pelo mojado que se le pegaba a la cara.

—Mira —comentó, jadeando.

No dijo más, pues MacKenzie, que aún respiraba también con dificultad, avanzaba hacia él con el agua a la cintura. Tardíamente, Roger recordó algo más. Ese hombre era hijo de Dougal MacKenzie. Pero también el hijo de Geillis Duncan, la bruja.

En algún lugar, más allá de los sauces, se oyó un fuerte estruendo. La batalla había comenzado.

Alamance

Después, el gobernador envió su carta al capitán Malcom, uno de sus edecanes, y al comisario de Orange; en ella requería a los rebeldes que depusieran las armas, entregaran a sus cabecillas y demás. El capitán Malcom y el comisario regresaron alrededor de las diez y media, con la información de que el comisario les había leído la carta cuatro veces a diferentes divisiones de rebeldes, quienes rechazaron con desdén los términos ofrecidos, diciendo que no querían tiempo para analizarlas; y con clamores rebeldes llamaron a la batalla.

*«Diario de la expedición contra los insurgentes»,
W. Tryon*

—Estén alertas por si ven a MacKenzie. —Jamie tocó a Geordie Chisholm en el hombro. El otro giró la cabeza, aceptando el mensaje con un ligero ademán.

Avanzó hacia el primer puesto apartando la maleza con tanta violencia como si fuera un enemigo. Si estaban alerta verían a MacKenzie a tiempo y no le dispararían por error. Al menos eso se dijo, sabiendo perfectamente que en medio de los enemigos y en el calor de la batalla, uno dispara ante cualquier cosa que se mueva.

Luego, para su alivio, no hubo más tiempo para pensar, pues salieron a campo abierto y los hombres se diseminaron corriendo, agachados y serpenteando por la hierba, en grupos de tres y cuatro, como él les había enseñado: tenía que haber un soldado con experiencia en cada grupo. En algún lugar, detrás de ellos, el primer cañonazo surgió como un trueno en un cielo soleado.

Entonces vio a los primeros reguladores; un grupo venía por la derecha, corriendo al campo raso. Aún no habían visto a sus hombres.

Antes de que los divisaran, él aulló: «*Casteal an DUIN!*» Y cargó contra ellos con el mosquete en alto, como señal para los que lo seguían. El aire se partió en alaridos. Los reguladores, cogidos por sorpresa, se detuvieron amontonados, manoteando las armas y molestándose entre ellos.

—*Thugham! Thugham!* —A mí, a mí. Ya estaba lo bastante cerca. Clavó una rodilla en tierra, se agachó sobre el mosquete, apuntó y disparó sobre la cabeza de los hombres apiñados.

Detrás de él se oyó el gruñido de sus hombres que asumían la formación de fuego, el chasquido del pedernal y, por fin, el ruido ensordecedor de la descarga. Uno o dos de los reguladores se agacharon para responder al fuego. Los otros corrieron en busca de refugio, hacia una pequeña elevación cubierta de hierba.

—*A draigha!* ¡Izquierda! *Nach links!* ¡Cortadles el paso! —se oyó gritar a sí mismo. Pero lo había hecho sin pensarlo; ya iba corriendo.

El pequeño grupo de reguladores se deshizo; unos cuantos corrieron hacia el arroyo; los otros, juntos como ovejas, galopaban hacia el amparo de la elevación. Llegaron a tiempo y desaparecieron tras la curva de la colina. Jamie llamó a sus tropas con un silbido, capaz de oírse sobre el tronar de los cañones. Ya se oían disparos de mosquete a la izquierda. Partió en esa dirección confiado en que los otros lo seguirían.

Fue un error; allí la tierra era pantanosa; estaba llena de hoyos cenagosos y barro adherente. Lanzó un grito y agitó el brazo, indicándoles retroceder hacia el sitio más alto. Que el enemigo viniera hacia ellos cruzando el pantano, si es que podía.

El terreno alto estaba cubierto de densas malezas, pero por lo menos estaba seco. Él agitó la mano bien abierta para que los hombres se

diseminaran para refugiarse.

Avanzó lentamente hacia poniente, alerta. Allí el matorral se componía de zumaque y escaramujo, marañas de zarzas que llegaban hasta la cintura y grupos de pinos que se elevaban por encima de la cabeza. La visibilidad era escasa, pero podría oír a cualquiera que se acercara mucho antes de verlo... o de ser visto.

Ninguno de sus hombres estaba a la vista. Ya refugiado en un grupo de tejos, emitió un reclamo agudo, como el de la codorniz. Otros gritos similares surgieron desde atrás; ninguno de delante. Bien: ahora cada uno sabía, más o menos, dónde estaban los demás. Avanzó con cautela, abriéndose paso entre la maleza.

Al sentir un golpeteo de pisadas se apretó contra las ramas de un tejo, con los abanicos de oscuras agujas balanceándose sobre él y el mosquete listo para apuntar por una abertura de las matas. Quiquiera que fuese venía deprisa. Entre el crujir de ramillas pisadas y el ruido de una respiración dificultosa, un joven surgió entre el matorral, jadeante. No tenía pistola, pero en su mano centelleaba un cuchillo de desollar.

Nada más verlo creyó conocer a ese muchacho. Antes de que su dedo pudiera relajarse contra el gatillo, su memoria puso nombre a esa cara.

—¡Hugh! —exclamó, en voz baja pero penetrante—. ¡Hugh Fowles!

El joven dejó escapar un chillido de sobresalto y se dio la vuelta. Al ver a Jamie con su pistola, entre la cortina de agujas, quedó petrificado como un conejo.

Una determinación movida por el pánico se reflejó en su cara: de inmediato se lanzó hacia Jamie, gritando. Fraser, sobresaltado, tuvo apenas tiempo de levantar el mosquete para detener el puñal con su cañón, empujándolo hacia arriba y hacia atrás; la hoja resbaló en el cañón con un chirrido metálico y le rozó los nudillos. Cuando el joven Hugh levantó el brazo para apuñalarlo, él le asestó un puntapié en la rodilla y se apartó, y el muchacho, perdido el equilibrio, cayó hacia un lado; el cuchillo salió disparado, dando vueltas en el aire.

Jamie pateó otra vez al muchacho haciéndolo caer. El cuchillo quedó clavado en el suelo.

—¿Quieres estarte quieto? —dijo, bastante irritado—. ¿Es que no me

reconoces?

No habría podido decir si Fowles lo reconocía o no, ni siquiera si lo había escuchado. Con la cara blanca y los ojos fijos, se debatía en un ataque de pánico, jadeante, tratando de levantarse y de liberar su cuchillo al mismo tiempo.

—¿Por qué no...? —comenzó Jamie. De inmediato dio un respingo, pues Fowles había renunciado al cuchillo y se lanzaba hacia delante con un gruñido de esfuerzo.

El peso del muchacho lo arrojó hacia atrás. Sus manos lo arañaron en busca del cuello. Él dejó caer el mosquete, puso el hombro contra la mano del chico y lo detuvo con un brutal puñetazo en el vientre. Hugh Fowles se derrumbó hecho una bola en el suelo, retorciéndose como un ciempiés herido.

Más ruido de pisadas que corrían. Apenas tuvo tiempo de levantar el mosquete antes de que las matas se abrieran una vez más. Era Joe Hobson, el suegro de Fowles, con el mosquete listo.

—¡Detente! —Jamie, agazapado tras el arma, apuntó la boca hacia el pecho del hombre.

—¿Qué le has hecho? —Sus ojos fueron de Jamie al yerno y volvieron.

—Nada definitivo. Baja el arma, ¿quieres?

Hobson no se movió. Estaba sucio y con la barba crecida, pero su mirada era vivaz y alerta.

—No quiero hacerte daño. ¡Baja eso!

—No nos dejaremos apresar —dijo Hobson.

—Ya estáis apresados, estúpido. Pero no te preocupes, que ni tú ni el muchacho sufriréis daño alguno. ¡Se está más seguro en la cárcel que aquí, hombre!

Un estruendo sibilante confirmó esa afirmación: algo voló por entre los árboles, un par de metros más arriba, rompiendo las ramas a su paso. «Bala de cadena», pensó Jamie automáticamente, mientras se agachaba por reflejo, con las entrañas crispadas.

Hobson dio un respingo de terror y giró el cañón de su mosquete hacia Jamie. De inmediato saltó otra vez, con los ojos dilatados por la sorpresa: una mancha roja floreció lentamente en su pecho. Él se miró con aire desconcertado; el cañón de su pistola descendió como tallo marchito. Luego

dejó caer el arma, se sentó bruscamente y, apoyando la espalda contra un árbol caído, murió.

Jamie giró sobre sus talones, aún agachado. Geordie Chisholm estaba tras él, con la cara medio ennegrecida por el humo de su disparo.

Se oyó nuevamente el tronar de la artillería y un segundo proyectil atravesó el ramaje, hasta caer a poca distancia con un golpe seco, que Jamie percibió a través de las suelas. Entonces se arrojó boca abajo para arrastrarse hacia Hugh Fowles, que se había incorporado sobre manos y rodillas y estaba vomitando.

Él lo aferró del brazo y tiró con fuerza, sin prestar atención al charco de vómito.

—¡Ven! —Asido por la cintura y un hombro, lo arrastró hacia el refugio del bosquecillo—. ¡Geordie! ¡Geordie, ayúdame!

Allí estaba Chisholm. Entre ambos pusieron a Fowles de pie y, medio en vilo, medio a rastras, lo llevaron con ellos, tropezando en su carrera.

A la izquierda alguien surgió entre los arbustos. Jamie llevaba el arma en la mano izquierda; la alzó por reflejo y disparó. Cruzó a trompicones su propio humo, mientras el hombre contra quien había disparado echaba a correr sin tino, chocando con los árboles.

Fowles ya podía mantenerse en pie; Jamie le soltó el brazo, dejando que Geordie cargara con él, y clavó una rodilla en tierra. Buscó a ciegas la pólvora y el proyectil, desgarró el cartucho con los dientes y la vertió dentro, introdujo la carga a fondo, llenó la cazoleta, verificó el pedernal... Al levantar el cañón mostró los dientes, consciente a medias de lo que hacía. Tres hombres se acercaban hacia ellos. Apuntó al primero. Con un último resto de conciencia, disparó por encima de sus cabezas y el mosquete reculó en sus manos. Los hombres se detuvieron; él bajó el arma, desenvainó el puñal y cargó contra ellos, entre aullidos.

Las palabras le quemaban la garganta, ya irritada por el humo.

—¡Corred!

Se vio como desde lejos. Y pensó que estaba haciendo lo mismo que con Hugh Fowles. Y a él le había parecido una estupidez.

—¡Corred!

Los hombres se dispersaron como perdices en vuelo. Como habría podido

hacer un lobo, él se lanzó tras el más lento. El hombre al que perseguía miró hacia atrás y, con un alarido de terror, chocó contra un árbol. Jamie se arrojó sobre su presa; al aterrizar contra su espalda sintió el crujido elástico de las costillas bajo sus rodillas. Lo cogió de los pelos y tiró para levantarle la cabeza. Tuvo que contenerse para no cortar el cuello desnudo que tenía ante sí, estirado e indefenso. Podía sentir el impacto de la hoja en la carne, el calor de la sangre al brotar. Y lo deseaba.

Tragó el aire a grandes bocanadas, jadeante. Con mucha lentitud apartó el cuchillo del pulso acelerado.

—Eres mi prisionero —dijo.

El hombre lo miró sin comprender. Lloraba; las lágrimas trazaban surcos en el polvo de su cara. Intentó hablar entre sollozos, pero en esa posición no podía coger aliento para formar las palabras. Jamie cayó en la cuenta de que había hablado en gaélico: el hombre no comprendía.

Aflojó lentamente el puño y se obligó a soltarle la cabeza. Buscó a tientas las palabras inglesas, sepultadas bajo la sed de sangre que palpitaba en su cerebro.

—Eres... mi... prisionero —balbuceó por fin, jadeando entre una palabra y otra.

—¡Sí, sí! Como quiera, pero no me mate, por favor, no me mate. —El hombre se acurrucaba debajo de él.

Se apartó lentamente de su prisionero para arrodillarse junto al cuerpo tendido. De pronto sintió una ternura hacia ese hombre. Alargó la mano para tocarlo, pero al sentimiento le siguió una sensación de horror, igualmente repentina, que desapareció con la misma prontitud.

—Levántate. —Le temblaban las manos. Tuvo que hacer tres intentos para envainar el puñal.

—*Ciamar a tha thu, Mac Dubh?* —Ronnie Sinclair estaba a su lado y le preguntaba si estaba bien.

Asintió con la cabeza y dio un paso atrás, mientras Sinclair ayudaba al hombre a levantarse y lo obligaba a que diera la vuelta a su chaqueta. Los otros iban llegando: Geordie, los Lindsay, Gallegher se agolpaban en torno a él, como limaduras de hierro atraídas por un trozo de imán.

Los otros también habían hecho prisioneros: seis en total. Entre ellos

estaba Fowles, pálido y miserable.

Jamie ya sentía la mente despejada, aunque su cuerpo siguiera laxo y pesado.

—Pregunta si han visto a MacKenzie —le dijo a Kenny Lindsay en gaélico, haciendo un pequeño gesto a los prisioneros.

Entre los que conocían a Roger MacKenzie, nadie lo había visto. Jamie hizo un gesto afirmativo y se limpió con la manga los restos de sudor.

—Haya o no regresado sano y salvo, lo que vosotros teníais que hacer, lo habéis hecho muy bien, muchachos. Ahora, vámonos.

Un sacrificio necesario

Aquella misma noche enterraron a los muertos con honores militares. Tres proscritos apresados en la batalla fueron ahorcados delante del ejército. Eso brindó gran satisfacción a los hombres y, en ese momento, fue un sacrificio necesario para apaciguar las murmuraciones de las tropas, quienes solicitaban que se hiciera inmediatamente justicia pública contra algunos proscritos cogidos durante la acción, por la que se habían arriesgado a tantos peligros y sufrido tanta pérdida de vidas y sangre.

*«Diario de la expedición contra los insurgentes»,
W. Tryon*

Roger tiró con fuerza de la soga que le rodeaba las muñecas, pero sólo pudo hundir un poco más en la piel ese tosco esparto. Sentía el ardor de la piel raspada y una humedad que podía ser sangre, pero tenía las manos tan entumecidas que no estaba seguro.

Estaba tendido donde Buccleigh y sus amigos lo habían arrojado después de atarlo de pies y manos, a la sombra de un tronco caído y empapado por el agua del río. Lo habían amordazado con la bandera de tregua tan pegada a la garganta que casi lo ahogaba, y su propio corbatón en torno a la boca.

A poca distancia aún se oían disparos; ya no eran descargas, sino unos

cuantos estallidos desiguales. El aire apestaba a humo de pólvora; de vez en cuando algo llegaba silbando entre los árboles, como un parloteo sin sentido, con un tremendo desgarrar de ramas y hojas. ¿Balas en cadena? ¿Balas de cañón?

Una de ellas había caído un rato antes en el ribazo, donde se hundió con una pequeña explosión de barro, interrumpiendo momentáneamente la pelea. Uno de los amigos de Buccleigh lanzó un grito y echó a correr, chapoteando, hacia el amparo de los árboles; el otro, en cambio, siguió dando golpes y manotazos, sin prestar atención a los disparos y los gritos, hasta que él y Buccleigh lograron hundirle la cabeza bajo el agua y sujetarlo allí.

Por fin logró incorporarse sobre las rodillas, doblado como un gusano, pero sin atreverse a levantar la cabeza, por miedo a que se la volara algún disparo. Frotó la cara con fuerza contra la corteza del tronco que estaba medio desprendida, en un intento de arrancar la banda de tela atada en torno a su cabeza. Dio resultado. Se atascó en el muñón de una rama y, al dar un tirón hacia arriba, pudo bajar el corbatón por debajo de su barbilla. Entre gruñidos de esfuerzo, empujó el pañuelo hacia fuera, lo enganchó en la misma rama y retrocedió; el trapo mojado salió de su garganta, como si fuera un tragasables pero al revés.

Al fin podía respirar. ¿Y ahora? Los disparos continuaban. A su izquierda oyó el ruido de varios hombres que se abrían paso entre las matas, sin que los obstáculos los detuvieran.

Varios pies corrían hacia él; se agachó del tronco, justo a tiempo para evitar que lo aplastara un cuerpo que pasó catapultado sobre él. Su nuevo compañero gateó hasta apretarse contra el leño; sólo entonces reparó en su presencia.

—¡Tú! —Era Barba Negra, del campamento de Husband. Lo aferró por la pechera de la camisa para acercárselo—. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Cabrón!

—¡Suelta, loco!

Sólo entonces el tipo notó que él estaba atado y lo soltó, estupefacto. Roger, perdido el equilibrio, cayó de lado y se raspó dolorosamente la cara contra la corteza del tronco. Los ojos de Barba Negra, desorbitados de asombro, se entornaron gozosamente.

—¡Hombre, con que te han capturado! ¡Pues sí que estamos de suerte!

¿Quién te prendió, idiota?

—Es mío. —Una voz grave, de acento escocés, anunció el regreso de William Buccleigh MacKenzie—. ¿Cómo es eso de que todo es culpa de él? ¿A qué te refieres?

—¡A esto! —Barba Negra estiró un brazo para señalar los alrededores y la batalla moribunda.

—Este condenado pico de oro vino esta mañana al campamento y se llevó a Hermon Husband para hablarle en privado. No sé qué diantres le dijo, pero, cuando acabó, Husband montó a caballo, nos dijo a todos que volviéramos a casa ¡Y se marchó!

Barba Negra clavó en Roger una mirada fulminante y, echando la mano atrás, lo abofeteó con fuerza.

—¿Qué le dijiste, cabrón?

Sin guardar respuesta se volvió hacia Buccleigh, que los miraba a ambos con profundo interés.

—Si Hermon se hubiera quedado con nosotros tal vez habríamos podido resistir —clamó—. Pero que se fuera de ese modo nos socavó el suelo bajo los pies. Nadie sabía qué hacer. Y cuando menos lo esperabas, Tryon nos grita que nos rindamos. No era algo que se pudiera hacer, desde luego, pero tampoco estábamos lo que se dice preparados para combatir...

Al decir eso, viendo que Roger lo observaba, se le apagó la voz al recordar que ese hombre lo había visto huir despavorido.

Al otro lado del tronco se hizo el silencio; los disparos habían cesado. Roger cayó en la cuenta de que la batalla estaba terminada y completamente perdida. Lo más probable era que los milicianos invadieran muy pronto ese lugar.

—Lo que le dije a Husband es lo que os digo a vosotros —manifestó—. El gobernador está decidido a aplastar esta rebelión y, por lo que se ve, acaba de hacerlo. Si os interesa salvar el pellejo... —Barba Negra, con un aullido de ira, lo cogió por los hombros e intentó estrellarle la cabeza contra el tronco. Roger se retorció como una anguila, echándose hacia atrás, con lo que logró desasirse; luego lo golpeó con la frente en plena nariz. Sintió un satisfactorio crujido de hueso y cartílago y el calor húmedo de la sangre contra la cara.

Era la primera vez que aplicaba a alguien «el beso de Glasgow», pero al parecer surgía espontáneamente. El impacto le había dejado la muñeca dolorida, pero ya no importaba. Sólo deseaba que Buccleigh se acercara lo suficiente para hacerle lo mismo.

El otro lo miró con una mezcla de diversión y cauteloso respeto.

—Ah, con que eres hombre de talento, ¿eh? Traidor, ladrón de esposas y, por añadidura, gran luchador, todo en el mismo paquete, ¿no?

Barba Negra se levantó, ahogándose en la sangre de la nariz rota, pero Roger no le prestó atención. Ya se le había despejado la vista y no la apartaba de Buccleigh; sabía cuál de esos dos representaba la peor amenaza.

—El hombre que está seguro de su esposa no teme que algún otro se la robe —dijo, apenas atemperada la ira por la cautela—. Yo estoy seguro de mi esposa y no necesito la tuya, *amadain*.

Buccleigh estaba bronceado por el sol y muy enrojecido por la contienda, pero a sus mejillas subió un rojo más oscuro. Aun así mantuvo la compostura.

—¡Ah!, estás casado —dijo, con una pequeña sonrisa—. Bastante fea ha de ser tu esposa para que vengas a olfatear la mía. ¿O acaso te ha echado de su cama porque no sabías servirla decentemente?

La presión de la cuerda en las muñecas recordó a Roger que no estaba en situación de intercambiar palabras fuertes.

—A menos que quieras dejar viuda a esa esposa tuya, es hora de que te vayas, ¿no? —dijo. Apuntó con la cabeza hacia el lado opuesto del tronco donde al breve silencio seguía un rumor de voces distantes.

—La batalla ha terminado y vuestra causa está perdida. No sé si piensan tomar prisioneros...

—Han tomado a varios. —Buccleigh lo miró frunciendo el entrecejo obviamente indeciso.

—Es mejor que te vayas mientras puedas —sugirió—. Tu esposa estará preocupada.

Mencionar otra vez a Morag fue un error. La cara de Buccleigh se oscureció aún más, pero antes de que pudiera decir nada lo interrumpió la aparición de la nombrada en persona, en compañía del hombre que, rato antes había ayudado a amarrarlo.

—¡Will! ¡Oh, Willie, estás a salvo, gracias a dios! ¿Tienes alguna herida?

—estaba pálida y preocupada; traía en brazos a un niño pequeño.

—No te preocupes, Morag —respondió Buccleigh, gruñón—. No he sufrido ningún daño.

Le dio unas palmadas afectuosas en la mano y un tímido beso en la frente. Su compañero, sin prestar atención a ese tierno reencuentro, azuzó a Roger con la puntera de la bota, muy interesado.

—¿Qué haremos con esto, Buck?

Buccleigh apartó momentáneamente la atención de su esposa. Morag, al ver a Roger en el suelo, sofocó un grito y se llevó una mano a la boca.

—¿Qué has hecho, Willie? —exclamó—. ¡Suéltalo, por santa Bride!

—Nada de eso. Es un sucio traidor. —Buccleigh apretó los labios en una línea ceñuda, obviamente disgustado por el hecho de que su esposa se fijara en el prisionero.

—¡No, no puede ser! —Con el niño apretado contra el seno, Morag se inclinó para observar a Roger. Al ver el estado de sus manos se volvió hacia su esposo con una exclamación indignada—. ¡Hill! ¿Cómo has podido tratar así a este hombre, después de lo que hizo por tu esposa y por tu hijo?

—Lárgate, Morag —dijo, expresando los deseos de Roger en un lenguaje menos galante—. Ni tú ni el niño tenéis nada que hacer aquí. Llévatelo.

Por entonces Barba Negra se había recobrado un poco. De pie junto a William, miraba a Roger con gesto ceñudo, sin soltar la nariz hinchada.

—Cortémosle el cuello y acabemos de una vez. —Subrayó su opinión con un puntapié a las costillas de Roger.

Morag dio un grito feroz y pateó al agresor en la espinilla.

—¡Déjelo en paz!

Barba Negra, cogido por sorpresa, retrocedió con un alarido. El otro compañero de Buccleigh parecía encontrar todo eso más que divertido, pero sofocó su hilaridad al ver que el celoso volvía hacia él una mirada horrible.

Morag estaba de rodillas, con una pequeña daga entre las manos, tratando de cortar las ataduras de Roger con una sola mano. Por mucho que él agradeciera su intención, habría sido mejor que no intentara ayudarlo. El marido la cogió por un brazo para levantarla de un tirón. El pequeño, sobresaltado, rompió en chillidos.

—¡Déjalo, Morag! —bramó Buccleigh—. ¡Vete, vete ya!

—¡Vete, sí! —intervino Barba Negra, echando chispas—. ¡Nadie te ha pedido ayuda, pequeña entrometida!

—¡Qué modo es ése de hablarle a mi esposa! —Buckleigh giró sobre sus talones y le asestó un rápido golpe en el estómago.

El hombre cayó sentado, abriendo y cerrando cómicamente la boca. Roger sintió cierta pena por Barba Negra; al parecer, no tenía más suerte que él mismo con los dos MacKenzie.

El otro hombre, que observaba la escena con fascinación, aprovechó la oportunidad para intervenir, mientras Morag trataba de calmar el llanto de su bebé.

—No sé qué piensas hacer, Buck, pero será mejor que lo hagamos y nos larguemos de una vez. —Señaló el arroyo, intranquilo. A juzgar por el rumor de voces, de allí venían varios hombres. Se los oía hablar con firmeza; por ende, no podían ser reguladores en fuga. ¿Milicianos en busca de prisioneros? Ésa era la sincera esperanza de Roger.

—Sí. —Buckleigh echó un vistazo en esa dirección y puso una mano en el hombro de su mujer.

—Vete, Morag. No quiero que corras peligro.

Al percibir el dejo de súplica en su voz ella ablandó la expresión.

—Me iré. Pero tú, William Buckleigh, me jurarás no tocar ni un pelo a este hombre.

William se desorbitó un poco y apretó los puños, pero Morag se mantuvo en sus trece, menuda y feroz.

—¡Júralo! —dijo—. ¡Pues por santa Bride que no compartiré el lecho de un asesino!

En obvio conflicto, Buckleigh miró al ceñudo Barba Negra; luego a su otro amigo. El grupo de milicianos se estaba acercando. Por fin miró a su esposa a la cara.

—Está bien, Morag —gruñó. Luego le dio un pequeño empujón—. ¡Ahora vete!

—No. —Ella le cogió la mano. El pequeño Jemmy, superado el susto, se había acurrucado contra el hombro de su madre. Morag apoyó en su cabecita la mano de su padre—. Júralo sobre la cabeza de tu hijo, Will: que no harás daño a este hombre ni ordenarás que lo maten.

Por un momento Buccleigh se puso rígido y la sangre volvió a agolparse en su cara. Después de un momento de tensión hizo un solo gesto afirmativo.

—Lo juro —dijo en voz baja. Y dejó caer la mano.

Morag, tranquilizada, se alejó deprisa.

Roger dejó escapar el aliento que contenía. William lo miraba, con los verdes ojos entornados en cavilación, ajeno a la creciente agitación de su amigo.

—¡Vamos, Buck! No hay tiempo que perder. Dicen que Tryon pensaba ahorcar a los prisioneros. ¡Y no tengo ningún interés en caer!

—¿De verdad? —musitó Buccleigh, mirando a su cautivo a los ojos.

Por un momento Roger creyó ver algo familiar en esas profundidades. Por la espalda le corrió un escalofrío de inquietud.

—Tiene razón —le dijo a William, señalando al otro con la cabeza—. Vete. No te denunciaré... por respeto a tu esposa.

Buccleigh frunció un poco los labios, pensativo.

—No —dijo al fin—, no creo que me denuncies. —Se agachó para recoger la sucia y mojada exbandera de parlamento—. Vete, Johnny. Cuida de Morag. Nos vemos luego.

—Pero Buck...

—¡Vete! No corro peligro. —Con una vaga sonrisa, sin apartar los ojos de Roger, Buccleigh hundió la mano en la taleguilla y extrajo un trocito de metal plateado, opaco. Con un pequeño respingo, Roger reconoció su propia insignia militar, con las toscas FC grabadas en el disco de peltre.

William la hizo saltar en la mano.

—Tengo una idea con respecto a este mutuo amigo —le dijo a Barba Negra, que de pronto renovaba su interés por los procedimientos—. ¿Me acompañas?

Barba Negra miró a Roger; luego, a MacKenzie. Una lenta sonrisa empezó a crecer bajo su nariz bulbosa y enrojecida. En la espalda de Roger, el escalofrío de intranquilidad se transformó súbitamente en una verdadera descarga de miedo.

—¡Socorro! —bramó—. ¡Socorro, milicia! ¡Auxilio!

Rodó y se retorció, tratando de evitarlos, pero Barba Negra lo cogió por los hombros, tirando de él hacia atrás. Detrás de los árboles se oyeron voces y

un ruido de pies que echaban a correr.

—No, señor —dijo William Buccleigh, arrodillado frente a él. Sujetó la mandíbula de Roger con mano de hierro, estrangulando sus chillidos, y le estrujó las mejillas para obligarlo a abrir la boca—. No creo que hable usted, por cierto.

Con una ligera sonrisa, volvió a meter el trapo empapado por la garganta de Roger y lo sujetó con el corbatón destrozado.

Luego se incorporó, con la insignia de miliciano bien sujeta entre los dedos. Cuando las matas se abrieron, él se volvió hacia los recién llegados con un brazo alzado en cordial saludo.

Consecuencias

Siendo ya las dos y media, dispersado por completo el enemigo y con el ejército a cinco millas del campamento, se consideró prudente regresar a él sin pérdida de tiempo. Se ordenó que llevaran carretas vacías para cargar a los muertos y heridos de su bando, e incluso a varios heridos rebeldes, quienes reconocieron que, si hubieran ganado la batalla, no habrían dado cuartel sino a quienes se hubieran unido a los reguladores. Aun a éstos se les brindó buena atención y se les vendaron las heridas.

*«Diario de la expedición contra los insurgentes»,
W. Tryon*

Una bala de mosquete le había destrozado el codo a David Wingate. Abrí la articulación con una incisión semicircular en la cara exterior, por la que extraje la bala deformada y varias astillas de hueso; pero el cartílago estaba muy dañado y los tendones del bíceps, cortados por completo; tenía a la vista el brillo plateado de un extremo, bien escondido en la carne oscura del músculo.

Me mordí el labio inferior, estudiando las posibilidades. Si dejaba las cosas como estaban, el brazo quedaría definitivamente inutilizado. Si lograba ligar el tendón cortado y alinear los extremos de la articulación, tal vez

recuperara parte del movimiento.

Paseé la vista por el campamento, que ahora parecía un aparcamiento de ambulancias, sembrado de cuerpos, equipos y vendajes ensangrentados. La mayoría de esos cuerpos se movían, gracias a Dios, aunque sólo fuera para maldecir o quejarse. Uno de los hombres, traído por sus amigos, había llegado muerto; yacía a la sombra de un árbol, envuelto en su manta.

En general, las heridas que yo había visto eran leves, aunque había dos hombres con el cuerpo atravesado por los tiros. Por ellos no podía hacer nada, salvo mantenerlos abrigados y esperar lo mejor.

Jamie no estaba. Después de traer a sus hombres de regreso, se fue con Lindsay para entregarle los prisioneros al gobernador... y preguntar en el trayecto si había noticias de Roger.

Los hombres seguían llegando, en grupos de uno o dos, y Bree los miraba con el corazón en los ojos. Si alguien me necesitaba, ella me llamaría. Decidí que tenía tiempo para intentarlo. Había poco que perder, aparte del mayor sufrimiento para el señor Wingate. Le preguntaría si estaba dispuesto.

Aunque sudoroso y pálido como la cera, se mantenía erguido. Me autorizó con un gesto de la cabeza. Cuando volví a darle la botella de *whisky*, se la llevó a la boca con la mano libre como si contuviera el elixir de la vida. Llamé a un hombre para que le mantuviera el brazo inmóvil mientras yo operaba y corté velozmente la piel por encima de la articulación del codo, en forma de T invertida, para dejar al descubierto la parte inferior del bíceps, haciéndolo más accesible. Luego hurgué con el más largo de mis fórceps hasta que asomó la recia hebra plateada del tendón cortado y tiré de él cuanto pude; cuando encontré un sitio donde aplicar la sutura, me dediqué al delicado trabajo de reunir los extremos cortados.

Entonces perdí contacto con cuanto me rodeaba, concentrada toda mi atención en la tarea. Tenía una buena aguja de cirugía y suturas de seda hervida; los puntos surgieron pequeños y pulcros: un nítido zigzag negro que sujetaba con firmeza el tejido resbaladizo y brillante. Por fin la peor parte quedó terminada y el tiempo volvió a avanzar. Me fue posible decir unas palabras reconfortantes a David, que había soportado todo aquello con gallardía; cuando le dije que había terminado, él hizo un débil intento de sonreír, aunque tenía los dientes apretados y las mejillas mojadas de lágrimas.

Cuando le lavé las heridas con alcohol diluido aulló, como todos; no podían evitarlo, pobrecitos. Pero luego cayó hacia atrás, temblando, mientras yo suturaba las incisiones y le vendaba las heridas.

Pero eso no requería gran habilidad ni atención; gradualmente cobré conciencia de que algunos hombres, detrás de mí, analizaban la batalla reciente, llenos de elogios para con el gobernador Tryon.

—¿Tú lo has visto? —preguntaba uno de ellos, con inquietud—. ¿Es verdad que hizo lo que dicen?

—Que me arranquen las tripas y las frían para el desayuno si no es cierto —replicó su compañero, sentencioso—. Lo he visto con mis propios ojos, sí. Se acercó a caballo hasta unos cien metros de esos cerdos y les ordenó, cara a cara, que se rindieran. Durante un minuto no hubo respuesta; ellos medio se miraban entre sí, como para ver quién hablaba. Por fin alguien grita que ni hablar, que de ningún modo van a rendirse. Entonces el gobernador, ceñudo como para asustar a una tormenta, hace que su caballo se alce de manos y levanta su espada, y luego la baja con un grito: «¡Fuego contra ellos!».

—¿Y dispararon ustedes al momento?

—No —intervino otra voz, más educada y en tono bastante seco—. ¿Te parece mal? Una cosa es cobrar cuarenta chelines por unirte a la milicia; otra muy distinta disparar a sangre fría contra tus propios conocidos. Miré al otro lado y ¿a quién veo allí? ¡Al primo de mi esposa, sonriéndome de oreja a oreja! Mira, no digo que ese tunante sea nuestro pariente favorito, pero ¿puedo ir a casa y decirle a mi Rally que acabo de agujerear a su primo Millard?

—Preferible eso a que el primo Millard haga lo mismo contigo —dijo la primera voz, con una sonrisa audible. El tercer hombre rió.

—Es verdad —reconoció—. Pero no esperamos a que las cosas llegaran a eso. Al ver que sus hombres vacilaban, el gobernador se puso rojo como el moco del pavo. Se empinó sobre los estribos con la espada en alto y bramó, mirándonos a todos: «¡Disparad, cabrones! ¡Disparad contra ellos o contra mí!».

El narrador puso tanto entusiasmo en su representación que arrancó un murmullo de admiración entre quienes lo escuchaban.

—¡Ése sí que es un soldado! —dijo una voz, seguida por un rumor

general de acuerdo.

—Entonces disparamos —dijo el narrador, con leve encogimiento de hombros perceptible en la voz—. Una vez que comenzamos, no hizo falta mucho tiempo. El primo Millard es muy veloz corriendo, por lo que pudimos ver. El cretino escapó.

Ante eso hubo más risas. Sonreí a David y le di unas palmadas en el hombro. Él también escuchaba; la conversación lo distraía.

—No, señor —aseguró otro—. Creo que Tryon quiere asegurarse la victoria. Dicen que va a ahorcar a los líderes de la Regulación en el campo de batalla.

—¿Qué? —Al oír eso giré en redondo, con las vendas todavía en la mano. Los hombres me miraron con un parpadeo de sorpresa.

—Sí, señora —dijo uno de ellos, tirando con torpeza el ala del sombrero—. Me lo dijo un tío de la brigada de Lillington, que iba a disfrutar del espectáculo.

—Disfrutar —murmuró otro de los hombres, persignándose.

—Será una pena que ahorquen al cuáquero —opinó otro, sombrío—. El viejo Husband es un demonio imprimiendo panfletos, pero no es un criminal, ni tampoco James Hunter o Ninian Hamilton.

Volví a mi trabajo, en un intenso esfuerzo por borrar la imagen de lo que, en ese momento, estaría sucediendo en el campo de batalla.

Probablemente el gobernador pensara que se requería un gesto drástico para sellar su victoria, intimidar a los supervivientes y aplastar de una vez para siempre la mecha, por largo tiempo ardiente, de ese movimiento peligroso.

Hubo una conmoción y un ruido de cascos. Levanté la vista. Junto a mí, Bree alzó bruscamente la cabeza, con el cuerpo tenso... era Jamie quien regresaba, con Murdo Lindsay a la grupa. Los dos desmontaron. Mientras Murdo se ocupaba de *Gideon*, él se me acercó de inmediato.

Por la expresión preocupada de su cara comprendí que no tenía noticias de Roger; él me echó un vistazo y vio en la mía la respuesta a su propia pregunta. Sus hombros se encorvaron un poco, desalentados, pero luego volvieron a cuadrarse.

—Iré a revisar el campo de batalla —dijo en voz baja—. Ya he hecho

circular la voz entre todas las compañías. Si lo llevan a algún otro campamento, alguien vendrá a darnos aviso.

—Voy contigo. —Brianna se quitó el delantal sucio y lo redujo a una pelota.

Jamie asintió.

—Sí, muchacha, por supuesto. Pero aguarda un momento. Traeré a Josh para que ayude a tu madre.

—Iré a... a preparar los caballos.

La seguí con la vista mientras se alejaba cruzando el claro, recogíendose las faldas con dedos tensos. Y sentí que el contrapeso del miedo se desprendía. Cayó como una piedra en mi estómago.

Ejecución de órdenes

Roger despertó lentamente. No tenía idea de dónde estaba ni de cómo había llegado allí, pero había voces, muchísimas voces. Percibía la juntura en la que su cabeza iba a estallar por la presión: una banda ardiente en el tope de su cráneo.

Un defecto de su vista lo privaba de perspectiva y le hacía ver las cosas en fragmentos: un racimo lejano de cabezas que flotaban como un manojo de globos, un brazo ondulante con un estandarte carmesí, como si lo hubieran amputado de su cuerpo. Varios pares de piernas que debían de estar cerca... ¿Estaba acaso sentado en el suelo? En efecto. Una mosca pasó zumbando junto a su oreja y aterrizó en su labio superior. Por reflejo él intentó darle un manotazo; sólo entonces cayó en la cuenta de que estaba despierto... y todavía atado.

Parpadeó con fuerza y aspiró profundamente, tratando de aferrarse a algún hilo de realidad, de volver en sí. «Enfoca —pensó—. Sujétate». Pudo captar una palabra aquí y allá; las prendió con alfileres para analizar su significado.

—Ejemplo.

—Gobernador.

—Cuerda.

—Mear.

—Reguladores.

—Guiso.

—Ahorcar.

—Hillsborough.

—Agua.

«Agua». Ésa tenía sentido. Él sabía lo que era el agua. Quería agua. La necesitaba. Tenía la garganta seca, como si tuviera la boca llena de... En realidad estaba llena de algo; en un intento inconsciente de tragar, movió la lengua y le provocó una arcada.

—Gobernador.

La palabra repetida justo encima de él hizo que levantara la vista. Fijó la visión flotante en una cara. Delgada, morena, ceñuda de pasión.

—¿Está usted seguro? —dijo la cara. Y él se preguntó difusamente: «¿Seguro de qué?». Él no estaba seguro de nada, salvo de sentirse muy mal.

—Sí señor —dijo otra voz. Y otra cara nadó hasta ponerse a la vista junto a la primera. Ésa le pareció conocida; la bordeaba una densa barba negra—. Lo vi en el campamento de Hermon Husband, hablando con él. Pregunte entre los prisioneros, señor. Ya verá que se lo confirman.

La primera cabeza asintió, giró a un lado y arriba, como para dirigirse a alguien más alto. Los ojos de Roger subieron, buscando. Entonces se sacudió con una exclamación ahogada al ver los ojos verdes que lo miraban desde arriba, indiferentes.

—Es James MacQuiston —dijo el hombre de ojos verdes, con un gesto de confirmación—. De Hudgin's Ferry.

—¿Lo vieron en la batalla?

La imagen del primer hombre ya era bien clara: un tío de aspecto militar, de unos treinta y ocho años, vestido de uniforme. Y otra cosa empezaba a aclararse... James MacQuiston. Él había oído nombrar a MacQuiston... ¿Qué...?

—Mató a un hombre de mi compañía —dijo Ojos Verdes, con voz ronca de ira—. Le disparó a sangre fría cuando yacía en tierra, herido.

El gobernador... Ése debía de ser el gobernador... ¡Tryon! ¡Ése era su nombre! El gobernador asintió, con una arruga profundamente grabada en su frente.

—Llévenlo también, pues —dijo, volviéndoles la espalda—. Por ahora bastará con tres.

Unas manos aferraron a Roger por los hombros hasta ponerlo de pie. Se descubrió caminando a medias, sostenido por dos hombres vestidos de uniforme. Pujó contra ellos, tratando de girar en busca de Ojos Verdes... ¡Cuernos! ¿Cómo se llamaba ese hombre? Pero lo obligaron a marchar, a trompicones, rumbo a una pequeña elevación coronada por un inmenso roble blanco.

Un mar de hombres rodeaba esa elevación, pero se retiraron para abrir paso a Roger y a sus guardianes.

«MacQuiston», pensó, con el nombre súbitamente claro en la memoria. Era un líder secundario de la Regulación, un alborotador de Hudgin's Ferry.

¿Por qué diablos Ojos Verdes...? ¡Buccleigh! Era Buccleigh. Al alivio de recordar el nombre siguió inmediatamente el espanto de comprender que Buccleigh lo había hecho pasar por MacQuiston. ¿Por qué...?

No tuvo tiempo siquiera de formularse la pregunta. Las últimas filas se abrieron ante él. Entonces vio los caballos debajo del árbol y los nudos corredizos que pendían de sus ramas, sobre las sillas vacías.

Sujetaron a los caballos por la cabeza mientras montaban a los hombres. Sintió el roce de las hojas en las mejillas y las ramitas que se le enredaban en el pelo; por instinto agachó la cabeza para proteger los ojos.

Al otro lado del claro vio una silueta de mujer, medio escondida entre la muchedumbre, con la inconfundible curva de un niño en el brazo.

Se arrojó a un lado, con la espalda arqueada, y sintió que se resbalaba. No tenía manos con que protegerse. Otras manos lo sujetaron y lo devolvieron a su sitio; una de ellas lo golpeó con fuerza en la cara. Él sacudió la cabeza, con los ojos acuosos. A través del borrrón de lágrimas vio que la mujer entregaba su carga a alguien y, con las faldas recogidas, echaba a correr.

Al otro lado del claro la criatura comenzaba a chillar por su madre. La muchedumbre había quedado en silencio y los gritos del bebé se oían con fuerza. El soldado moreno, montado en su caballo, sostenía la espada en alto. Pareció decir algo, pero Roger no oyó nada: la sangre le rugía en los oídos.

Los huesos de sus manos emitieron un chasquido seco; una línea de calor

líquido le corrió a lo largo del brazo: un músculo desgarrado. La espada descendió con un destello de sol contra la hoja. Las nalgas de Roger se deslizaron por encima de la grupa del animal y sus piernas quedaron colgando, indefensas. Un tirón desgarrador...

Y giraba, sofocándose, luchando por respirar. Sus dedos arañaron la cuerda hundida en la carne. Por fin tenía las manos libres, pero ya era demasiado tarde: no había sensación en ellas, no podía manejarlas.

Quedó balanceándose y pataleando. De entre la multitud surgió un lejano rumor. Pateó, corcoveó, buscando con los pies en el aire vacío, rasgándose el cuello. Tensó el pecho, arqueó la espalda. Sólo veía negrura y pequeños relámpagos que parpadeaban en las comisuras de sus ojos.

Entonces el terco impulso lo abandonó. Sintió que su cuerpo se estiraba, flojo, buscando la tierra, abrazado por un viento frío.

Horrible emergencia

Jamie y Bree estaban casi listos para partir. Varios de los hombres se habían ofrecido a formar parte de la partida de búsqueda, aun fatigados y sucios de humo como estaban. Bree se mordió el labio y aceptó con gratitud.

«El pequeño Josh» estaba algo intimidado por su nuevo puesto de asistente de cirugía; pero a fin de cuentas era mozo de cuadra y, como tal, estaba habituado a atender a caballos enfermos.

Mientras me lavaba las manos para saturar un corte en el cuero cabelludo, detecté cierto disturbio en el borde de la pradera, a mi espalda. Jamie también giró la cabeza. De inmediato cruzó apresuradamente el claro, con las cejas arqueadas.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Una joven venía hacia nosotros, en un estado lamentable y trotando con una fea cojera. Aunque era menuda y había perdido un zapato, aún corría apoyada en Murdo Lindsay, que parecía discutir con ella en plena marcha.

—Fraser —la oí jadear—. ¡Fraser!

Soltó a Murdo para abrirse paso entre los hombres que esperaban; al pasar sus ojos iban recorriendo las caras.

—James... Fraser... Necesito... ¿Es usted? —Jadeaba, sin aliento.

Jamie se adelantó para cogerla por un brazo.

—Yo soy Jamie Fraser, muchacha. ¿Me buscas a mí?

Ella asintió con la cabeza; no tenía aliento para hablar. Agitó los brazos, señalando el arroyo con gestos desmesurados.

—Ro... er —pronunció—. Roger. MacKen... zie.

Antes de que la última sílaba brotara de su boca, Brianna estaba a su lado.

—¿Dónde está? ¿Está herido? —La aferró por un brazo.

La chica sacudió afirmativamente la cabeza.

—Ahorc... ¡Lo... están... ahorcando! ¡El gober... nador!

Bree la soltó para correr hacia los caballos. Jamie ya estaba allí. Se agachó sin decir palabra, con las manos cruzadas formando un estribo. Brianna puso allí el pie y se arrojó a la montura. Antes de que Jamie hubiera llegado a su caballo, ella ya estaba en marcha. Aun así *Gideon* alcanzó a la yegua en segundos y ambas monturas desaparecieron entre los sauces.

Dejé la aguja y la sutura en las manos sobresaltadas de Josh, cogí el saco con mi equipo de emergencia y corrí hacia mi propio caballo.

Los alcancé momentos después. Como no sabíamos exactamente dónde tenía Tryon su tribunal de guerra, perdimos un tiempo valioso, pues Jamie se vio obligado a detenerse varias veces para pedir indicaciones. Éstas eran siempre confusas y contradictorias.

Caía la tarde. Estábamos rodeados por nubes de pequeños mosquitos, pero Jamie no hacía nada por apartarlos. Tenía los hombros rígidos como piedra, dispuestos a soportar la carga.

Tanto eso como mis propios temores me dijeron que Roger debía de haber muerto.

El terreno se abrió, aplanado en una ancha pradera. Jamie azuzó a *Gideon* para ponerlo al galope y los otros caballos lo siguieron. Nuestras sombras volaban como murciélagos por la hierba; el ruido de nuestros cascos se perdía entre las voces de la multitud que colmaba el campo.

En una elevación, en el lado opuesto de la pradera, se alzaba un enorme roble blanco. Mi caballo cambió súbitamente de dirección, esquivando a un grupo de hombres. Entonces las vi: tres figuras esquemáticas que se balanceaban, quebradas, en la densa sombra del árbol.

* * *

Fue un mal ahorcamiento. A falta de tropas oficiales, Tryon no contaba con la horrible y necesaria habilidad de un verdugo. Había hecho montar a caballo a los tres condenados, con las cuerdas pasadas por las ramas del árbol; a una señal se habían retirado los caballos para dejarlos colgando.

Uno de ellos había tenido la suerte de morir por fractura de cuello. Vi el ángulo marcado de la cabeza, la flacidez de los miembros amarrados. No era Roger.

Los otros se habían estrangulado lentamente. Habían utilizado la cuerda que tenían a mano; era nueva, sin estirar. Roger era más alto que los otros y las puntas de sus pies tocaban el polvo. Había logrado soltarse las manos y meter los dedos bajo la cuerda. Por un momento no pude mirarle la cara. En cambio desvié la vista hacia la de Brianna: estaba demudada, totalmente inmóvil, fijo cada hueso, cada tendón, como en la muerte.

La de Jamie estaba igual, pero si los ojos de Brianna habían quedado aturcidos por la impresión, los de Jamie ardían como agujeros quemados en el cráneo. Se detuvo un momento ante Roger, luego se persignó y dijo algo en gaélico, en voz muy baja.

—Yo lo sostendré —dijo, entregando su puñal a Brianna, sin mirarla—. Tú corta la cuerda, muchacha.

Dio un paso adelante para sujetar el cadáver por el medio y lo levantó un poco, para restar presión a la soga.

Roger gimió. Jamie quedó paralizado, con los brazos cerrados en torno a él. Sus ojos volaron hacia mí, dilatados por el espanto. Fue un sonido levísimo. Sólo la reacción de Jamie me convenció de que en verdad lo había percibido. Y también Brianna. Dio un salto hacia la cuerda y la cortó en silencioso frenesí.

En el momento en que el cuerpo caía, me lancé adelante para sujetarle la cabeza entre las manos, mientras Jamie lo bajaba a tierra. Estaba frío, pero firme. Así debía ser si estaba vivo.

—Una tabla —dije sin aliento—. Una tabla, una puerta, algo sobre lo cual

colocarlo. No debemos moverle el cuello; puede tenerlo partido.

Jamie se puso en marcha; partió con movimientos rígidos, pero fue apretando el paso más y más, mientras dejaba atrás a los grupos de familiares dolientes y a los curiosos.

Roger no parecía respirar; no había movimientos visibles en el pecho, en los labios ni en las fosas nasales. Busqué vanamente el pulso en la muñeca libre; habría sido inútil hurgar en la masa hinchada del cuello. Por fin hallé un pulso abdominal que latía débilmente, justo debajo del esternón.

El nudo corredizo estaba profundamente hundido en la carne; busqué frenéticamente el cortaplumas que llevaba en el bolsillo. La soga era nueva, de esparto crudo. Las fibras velludas estaban manchadas por la sangre seca. Lo examiné vagamente, en aquella remota parte de mi cerebro que aún tenía tiempo para cosas tales mientras mis manos trabajaban. Las sogas nuevas se estiran. Los verdugos profesionales usan las suyas, ya estiradas y aceitadas. El esparto crudo me pinchó dolorosamente los dedos al tirar y cortar.

Saltó la última hebra; tiré para retirar la soga. No me atrevía a mover la cabeza; si había fractura en las vértebras cervicales, corría peligro de matarlo o dejarlo incapacitado.

Sujeté la mandíbula y traté de meterle los dedos en la boca para librarla de mocos y obstrucciones. De nada sirvió. La lengua hinchada no había salido, pero estorbaba. Aun así, el aire requiere menos espacio que los dedos. Le apreté la nariz con fuerza, aspiré dos o tres veces tan hondo como pude y luego soplé, con la boca pegada a la suya.

El pecho no se movía. Aspiré hondo y volví a soplar, con la mano libre contra su pecho. Nada. Soplé otra vez. Ningún movimiento. Otra vez. Algo, pero no lo suficiente. Otro soplido. El aire escapaba por los bordes de mi boca. Soplé. Era como intentar inflar una piedra. Soplé otra vez.

Voces confusas por encima de mi cabeza. Brianna, que gritaba. Jamie, junto a mi codo.

—Aquí está la tabla —dijo con calma—. ¿Qué debemos hacer?

—Cógelo por las caderas. Bree, tú por los hombros. Levantad cuando yo os lo diga, no antes.

Lo movimos deprisa; mis manos sostenían la cabeza como si fuera el Santo Grial. Me arranqué la enagua para enrollarla, a fin de que sirviera de

apoyo a su cuello. Al moverlo no había percibido ningún crujido, pero necesitaba toda la suerte disponible para otras cosas. Por terquedad o puro milagro, no había muerto. Pero había pasado cerca de una hora suspendido por el cuello; la tumefacción de los tejidos de la garganta lograría en muy poco tiempo lo que la cuerda no había podido hacer.

Ignoraba si disponía de unos pocos minutos o de una hora, pero el proceso era inevitable y sólo había una cosa que se pudiera hacer. Por esa masa de tejidos aplastados y maltrechos sólo pasaban unas cuantas moléculas de aire; un poco más de tumefacción lo cerraría del todo. Si por la boca o la nariz no llegaba aire a los pulmones, era urgente proporcionar otro canal.

Me volví en busca de Jamie, pero fue Brianna quien se arrodilló a mi lado.

¿Una traqueotomía? Era rápida y no requería gran habilidad, pero resultaría difícil mantenerla abierta... y tal vez no fuera suficiente para aliviar la obstrucción. Tenía una mano en el esternón de Roger, con el suave latir del corazón seguro bajo los dedos. Era bastante firme... quizá.

—Bien —le dije a Brianna, tratando de mostrarme serena—. Necesitaré un poco de ayuda.

—Sí —respondió... y gracias a Dios, ella sí parecía serena—. ¿Qué debo hacer?

En esencia no era nada difícil: Simplemente, sostener la cabeza de Roger bien hacia atrás y sujetarla con firmeza mientras yo le cortaba el cuello. Se arrodilló junto a la cabeza de su marido e hizo lo que yo le indicaba. Me tomé un momento, con las manos en su cuello y los ojos cerrados, para buscar el débil palpar de la arteria y la masa de la tiroides, algo más suave. Oprimí hacia arriba: se movía, sí. Masajeé el istmo de la tiroides para quitarla de en medio, empujándola con fuerza hacia la cabeza, y con la otra mano presioné la hoja del escalpelo contra el cuarto cartílago traqueal.

Allí tenía forma de U; detrás de él estaba el esófago, blando y vulnerable; no debía profundizar demasiado. Sentí que la piel y la fascia se separaban, fibrosas, resistentes; luego, un suave chasquido al entrar la hoja. Se produjo un súbito gorgoteo y un silbido húmedo: el ruido del aire aspirado a través de la sangre. El pecho de Roger se movió. Sólo entonces me di cuenta de que aún tenía los ojos cerrados.

Todo está bien

Abrió los ojos. No pudo reconocer lo que estaba mirando y se esforzó por entender. Le palpitaba la cabeza; también tenía otras diez o doce pulsaciones menores, cada una de ellas un fulgurante estallido de dolor. Volvió a cerrar los ojos, buscando el consuelo de la oscuridad. Recordaba difusamente un esfuerzo terrible, los músculos de las costillas desgarrados por la lucha en procurar algo de aire. En algún lugar de su memoria había agua, agua que le llenaba la nariz e inflaba las oquedades de su ropa... ¿Se estaría ahogando? La idea disparó un chispazo de alarma por su mente.

Dio un respingo y agitó los brazos, tratando de llegar a la superficie. El dolor le atravesó el pecho hasta quemarle la garganta; trató de toser y no pudo, trató de aspirar y no halló aire. Golpeó contra algo duro...

Algo lo sujetó para mantenerlo quieto. Sobre él apareció una cara. ¿Brianna? El nombre flotó en su mente como un globo de fuerte color. Entonces sus ojos se centraron un poco, trayendo a la vista una cara más dura, más feroz. Jamie. El nombre flotaba delante de él, pero de algún modo lo tranquilizaba.

Presión, calidez... Una mano le estrechaba el brazo; otra el hombro. Con fuerza. Parpadeó, con la vista nublada; gradualmente se fue aclarando. No sentía movimiento alguno de aire en la boca ni en la nariz; tenía la garganta cerrada y aún le ardía el pecho, pero respiraba; los músculos de las costillas le

dolían sordamente al moverse. No se había ahogado, no; dolía demasiado.

—Estás vivo —dijo Jamie—. Estás vivo. Estás entero. Todo está bien.

Examinó las palabras con una sensación de desapego, dándole vueltas en la mente.

«Estás vivo. Estás entero. Todo está bien».

Le invadió una vaga sensación de consuelo. Al parecer, eso era todo lo que necesitaba saber por el momento. Cualquier otra cosa podía esperar.

Una débil chispa

—¿Señora Claire? —Era Robin MacGillivray, que rondaba la entrada de la tienda. Al verlo, Claire se levantó de inmediato.

—Allá voy. —Ya estaba de pie, con el equipo en la mano y en marcha hacia la puerta, antes de que Brianna hubiera podido hablar.

—¡Mamá!

No fue más que un susurro, pero el tono de pánico hizo que Claire se volviera como si hubiera pisado una placa giratoria. Los ojos ambarinos se fijaron en Bree un momento; luego se desviaron hacia Roger y regresaron a su hija.

—Vigila su respiración —dijo—. Mantén el tubo limpio. Dale aguamiel, si está consciente y puede tragar un poco. Y tócalo. No puede girar la cabeza para verte; necesita saber que estás aquí.

—Pero... —Brianna se interrumpió, con la boca demasiado seca para hablar.

—Me necesitan —adujo Claire, con mucha suavidad. Giró con un susurro de faldas hacia Robin y desapareció en el crepúsculo.

—¿Y yo no? —Los labios de Brianna se movieron, pero no supo si había hablado en voz alta o no. No importaba; Claire se había ido. Estaba sola.

Se sintió mareada; entonces cayó en la cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Dejó escapar el aire y volvió a aspirar, profunda, lentamente. Se

dijo, con firmeza, que su madre no se habría ido si hubiera peligro inmediato o si quedara algún recurso médico por aplicarle. ¿Habría algo que ella misma pudiera hacer?

«Tócalo. Háblale. Hazle saber que estás con él». Eso le había dicho Claire durante los desagradables momentos que siguieron a esa traqueotomía improvisada.

Brianna regresó junto a Roger, buscando en vano algún lugar donde pudiera tocarlo sin peligro. Tenía las manos hinchadas como guantes inflados, amaratas y manchadas de púrpura y rojo, casi negros los dedos aplastados; las marcas de la cuerda eran en sus manos tan profundas que la horrorizaban, como si pudiera ver la blancura del hueso. Parecían irreales, como un maquillaje malo para una película de terror.

Por grotescas que parecieran, peores eran las de la cara, también amarata y tumefacta, con un horrendo collarín de sanguijuelas adheridas bajo la mandíbula; pero allí la deformidad era más sutil, como si algún siniestro desconocido fingiera ser Roger.

También sus manos estaban pródigamente decoradas con esos parásitos. Todas las sanguijuelas de la zona debían de estar adheridas a él. Por orden de Claire, Josh había corrido a pedir prestadas las de los otros cirujanos; luego él y los dos muchachos Findlay bajaron a toda prisa a chapotear por los ribazos del arroyo, a la búsqueda de más.

«Vigila su respiración». Eso era algo que podía hacer. Le apoyó una mano leve sobre el corazón, tan aliviada de encontrarlo caliente al tacto que lanzó un gran suspiro. Su respiración era tan superficial que ella retiró la mano, como si la presión de su palma contra el pecho bastara para detenerla. Pero estaba respirando, sí; se oía el tenue silbido del aire a través del tubo insertado en su garganta. Claire había confiscado la pipa del señor Caswell, importada de Inglaterra; el cañón de marfil fue implacablemente partido y lavado con alcohol; aún tenía manchas de alquitrán, pero parecía funcionar bien.

En la mano derecha, dos de los dedos estaban fracturados y todas las uñas, ensangrentadas, rotas o arrancadas. Su estado parecía tan precario que no se atrevía a tocarlo, como si el sobresalto pudiera empujarlo a través de algún límite invisible entre la vida y la muerte. Aun así comprendía la

intención de su madre; ese mismo contacto podía retenerlo, impedir que cruzara ese límite y se perdiera en la oscuridad.

Le estrujó el muslo con firmeza, tranquilizado por el contacto sólido del largo músculo bajo la manta que le cubría la parte inferior del cuerpo. Él dejó escapar una pequeña exclamación, se puso tenso y volvió a relajarse.

—¿Me oyes? —preguntó ella, con voz muy queda, inclinándose hacia delante—. Aquí estoy, Roger. Soy yo, Bree. No te preocupes, no estás solo.

Su propia voz le sonaba extraña; demasiado alta, tesa, torpe.

Le acarició el brazo, se lo estrechó un poquito. Como si percibiera el contacto, él entreabrió un ojo. Bree creyó ver, como una chispa en sus profundidades, la conciencia de que ella estaba a su lado.

—Pareces una versión masculina de Medusa.

Había dicho lo primero que le vino a la mente. Una ceja oscura se elevó apenas.

—Por las sanguijuelas —explicó ella. Tocó una de las que tenía en el cuello y el parásito se contrajo perezosamente, ya medio llena—. Una barba de serpientes. ¿Te molestan?

De inmediato recordó lo que le había dicho su madre. Pero él movió los labios, formando con obvio esfuerzo un silente «no».

—No hables. —Bree echó un vistazo a la otra cama, algo cohibida, pero el herido que la ocupaba estaba quieto, con los ojos cerrados. Entonces se inclinó para dar un rápido beso a Roger. Fue apenas un roce de labios. Él contrajo la boca, como si quisiera sonreír.

Brianna habría querido gritarle: «¿Qué sucedió? ¿Qué demonios hiciste?». Pero él no podía responder.

De pronto la sobrecogió la furia. No gritó, atenta al ir y venir de la gente, pero lo aferró por un hombro, que parecía estar razonablemente indemne.

—Por todos los Santos del Cielo, ¿cómo hiciste esto? —le susurró al oído.

Roger movió lentamente los ojos para fijarlos en ella e hizo una pequeña mueca, que Bree no supo interpretar. Luego el hombro empezó a vibrar bajo su mano. Lo observó algunos segundos, completamente perpleja. Luego cayó en la cuenta de que él se estaba riendo. ¡Reía!

Yesca y carbón

Gerald Forbes era un abogado de éxito, y normalmente lo parecía. Aun con su equipo de campaña y el hollín de la pólvora manchándole la cara, conservaba un aire de sólida seguridad que le iba muy bien como capitán de milicia. Si bien ese aspecto no lo había abandonado, se le veía intranquilo; de pie a la entrada de la tienda, enrollaba y estiraba el ala del sombrero.

Al principio supuse que era sólo el desasosiego que afecta a tantos en presencia de la enfermedad, o quizá disgusto por las circunstancias que había sufrido Roger. Pero evidentemente se trataba de otra cosa; apenas saludó con un gesto a Brianna, que estaba sentada junto a la cama de su esposo.

—Mi solidaridad en su desgracia, señora —dijo. Luego se volvió de inmediato hacia Jamie—. Señor Fraser, ¿me permite una palabra? Usted también, señora —añadió, inclinándose gravemente hacia mí.

En la tienda de Forbes, Isaiah Morton yacía de costado, mortalmente pálido y bañado en sudor. Aún respiraba, pero despacio y con un horrible ruido como a gárgaras. No estaba consciente, lo cual era una pequeña ventaja. Después de efectuar un somero examen, me senté sobre los talones, limpiándome el sudor de la cara con el dobladillo del delantal.

—Un disparo le atravesó el pulmón —dije.

Los dos hombres asintieron, como si ya lo supieran.

—Le dispararon por la espalda —añadió Jamie, en tono sombrío. Y echó

un vistazo a Forbes, que asintió sin apartar la vista del herido.

—No —dijo en voz baja, en respuesta a una pregunta no formulada—. No actuó como un cobarde. Y la avanzada fue limpia; no había otras compañías detrás de nosotros.

—¿Ni reguladores? ¿Francotiradores? ¿Tampoco emboscadas? —preguntó Jamie.

Pero Forbes negó con la cabeza antes de que hubiera terminado con esas preguntas.

—Perseguimos a varios reguladores hasta el arroyo, pero allí nos detuvimos y los dejamos escapar. —Forbes seguía enrollando y desenrollando mecánicamente el ala del sombrero, una y otra vez—. No tuve estómago para matarlos.

Jamie asintió en silencio.

—Le dispararon dos veces por la espalda —aclaré. La segunda bala sólo le había rozado el brazo, pero la dirección del surco estaba bien a la vista.

Jamie cerró los ojos por un instante y volvió a abrirlos.

—Los Brown —dijo Jamie, con resignación.

Gerald Forbes levantó la vista, sorprendido.

—¿Brown? Eso fue lo que él dijo.

—¿Habló? —Mi esposo se sentó en cuclillas junto al herido.

—Fue cuando lo trajeron. —Forbes se arrodilló junto a Jamie, dejando por fin el maltratado sombrero—. Preguntó por usted, Fraser. Y luego dijo: «Avisad a Ally. Avisad a Ally Brown». Lo dijo varias veces, antes de...

Señaló con un gesto mudo a Morton, cuyos ojos semicerrados mostraban los ojos en blanco de la agonía.

—¿De veras crees que han sido ellos? —pregunté, también en voz baja. El pulso daba tumbos y se estremecía bajo mi pulgar, luchando.

—Hice mal en dejarlos escapar —dijo para sus adentros. Se refería a Morton y a Alicia Brown.

—No habrías podido detenerlos. —Quise tocarlo con la mano libre para reconfortarlo, pero no pude, pues estaba pegada al pulso de Morton.

Gerald Forbes me miraba, intrigado.

—El señor Morton... se fugó con la hija de un hombre llamado Brown expliqué delicadamente. —Y los Brown no quedaron conformes.

—¡Oh!, comprendo. —Forbes bajó la vista hacia el herido—. Los Brown... ¿Sabe usted a qué compañía pertenecen, Fraser?

—A la mía —respondió Jamie—. Es decir, pertenecían. Desde que terminó la batalla no he vuelto a verlos. —Se volvió hacia mí—. ¿Se puede hacer algo por él, *Sassenach*?

—No. Pensé que se iría en momentos, pero aún resiste. La bala no debe de haber tocado ninguna arteria principal. Aun así...

Jamie suspiró profundamente.

—Bien. ¿Te quedarás con él hasta que...?

—Sí, desde luego. ¿Puedes volver a nuestra tienda y ver si allí todo está bajo control? Si Roger... en fin... si alguien me necesita, ven a por mí.

Él asintió una vez más y se fue. Gerald Forbes se acercó para apoyar una mano en el hombro de Morton.

—Su esposa... me encargaré de que reciba ayuda. ¿Se lo dirá usted, si reacciona?

—Sí, por supuesto —repetí. Pero mi vacilación hizo que él levantara la vista, arqueando las cejas.

—Es que... hum... él tiene dos esposas —expliqué—. Cuando se fugó con Alicia Brown ya estaba casado. De ahí las dificultades con la familia de la muchacha.

—Comprendo —dijo, parpadeando—. Y la... eh... la primera señora Morton, ¿sabe usted cómo se llama?

—No, me temo que...

—Jessie.

La palabra fue poco más que un suspiro, pero bien podría haber sido un disparo, por el efecto que tuvo en la conversación.

—¿Qué? —Debo de haber apretado la muñeca de Morton, pues él hizo una leve mueca.

—Jessie —suspiró otra vez— Jeze... bel. Jessie Hatfield. ¿Agua?

—Ag... ¡oh, sí! —Le solté la muñeca para coger inmediatamente la jarra de agua.

—Jezebel Hatfield y Alicia Brown —dijo Forbes cuidadosamente, como si apuntara los nombres en su ordenada mente de abogado—. ¿Correcto? ¿Y dónde viven esas mujeres?

—Jessie... en Granite Falls. Ally está... en Greenboro.

Apenas respiraba, jadeando entre una palabra y otra. Aun así no percibí gorgoteo de sangre en su garganta; tampoco manaba por la boca o la nariz. Aún se oía el sonido del aire que entraba por la herida de la espalda; en una súbita inspiración, lo moví un poco hacia delante y tiré de la camisa destrozada hacia arriba.

—Señor Forbes, ¿tiene usted una hoja de papel?

—Eh... sí... Es decir... —De forma automática, Forbes había hundido la mano en la chaqueta para sacar una hoja doblada. Se la arrebaté y, después de desplegarla, vertí agua sobre ella y la pegué contra el pequeño agujero abierto bajo el omóplato. La tinta, mezclada con sangre, corrió en pequeños hilos oscuros sobre la piel amarillenta, pero el ruido de succión cesó abruptamente.

En la mano con que sostenía el papel percibí el latir del corazón. Aún era débil, pero más firme. Sí, era más firme.

—Que me aspen —dije, inclinándole para mirarlo a la cara—. No vas a morir, ¿verdad?

—No, señora —dijo. Aún respiraba en cortos jadeos, pero más hondo—. Ally. El bebé... mes próximo. Le dije... que estaría... allí.

—Haremos lo posible para que así sea —le aseguré. Luego levanté la vista hacia el abogado—. Señor Forbes, sería mejor llevar al señor Morton a mi tienda. ¿Puede usted traer a un par de hombres para que lo trasladen?

—¡Oh! Por supuesto, señora Fraser. Inmediatamente.

Pero tardó en ponerse en movimiento. Vi que desviaba la vista hacia la hoja de papel mojado pegada a la espalda de Morton. La observé. Sólo pude leer unas cuantas palabras borrosas entre mis dedos, pero bastaron para indicarme que Jamie estaba equivocado al referirse a Forbes como sodomita. «Mi adorada Valencia», comenzaba la carta. Yo sólo sabía de una mujer llamada Valencia en toda la zona de Cross Creek; en realidad, en toda la Carolina del Norte. Y ésa era la esposa de Farquard Campbell.

—Lamento muchísimo lo que ha sucedido con su papel —le dije. Sin dejar de sostenerle la mirada, froté cuidadosamente la palma de la mano sobre la hoja, con lo que todas las palabras escritas en ella se convirtieron en un borrón de sangre y tinta—. Temo que está totalmente arruinado.

Él aspiró profundamente y se plantó el sombrero en la cabeza.

—No tiene importancia, señora Fraser. Ninguna importancia. Iré a... traer algunos hombres.

La noche trajo alivio contra el calor y las moscas. De todos mis pacientes sólo quedaban Isaiah Morton y Roger; los otros heridos graves habían sido reclamados por los cirujanos de sus propias compañías o trasladados a la tienda del gobernador, que los haría atender por su médico personal. Los heridos leves habían vuelto con sus compañeros, para exhibir sus cicatrices o calmar los dolores con cerveza.

Al oír un batir de tambores en la distancia, me quedé inmóvil, escuchando. Tocaban una cadencia solemne, que se interrumpió abruptamente. Hubo un momento de silencio; luego, el tronar de un cañón.

Los hermanos Lindsay estaban cerca; ellos también habían levantado la vista al oír los tambores.

—¿Qué es eso? —les pregunté, alzando la voz—. ¿Qué sucede?

—Traen a los muertos, señora Fraser —explicó Evan—. No se preocupe. —Honos militares para los muertos en combate. Me pregunté si enterrarían en el mismo lugar a los dos líderes ahorcados o si se les asignaría una tumba aparte, menos honorable, en el caso de que los parientes no los reclamaran. Tryon no era de los que dejan siquiera a un enemigo para festín de las moscas.

Al tocar a Isaiah Morton percibía el ardor de la bala alojada en su pulmón, pero también el ardor, aún más fuerte, de su feroz voluntad de vivir a pesar de ella. Cuando tocaba a Roger percibía es mismo calor... pero era una chispa débil. Mientras escuchaba el silbido de su respiración, imaginaba leña quemada, con diminutas ascuas aún encendidas, pero trémulo y al borde de la extinción abrupta.

«Yesca», pensé absurdamente. Eso es lo que haces cuando el fuego amenaza apagarse. Soplas sobre la chispa, pero también necesitas yesca, algo donde la chispa pueda prender, algo que la alimente para que crezca.

Un crujir de ruedas me arrancó de la contemplación de un juncal. Era una carreta pequeña, tirada por un solo caballo y con un solo conductor.

—¿Señora Fraser? ¿Es usted?

Tardé un momento en reconocer la voz.

—¿Señor MacLellan? —pregunté, estupefacta.

Él se detuvo a mi lado y se tocó el sombrero con la mano.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté en voz baja, aunque no había nadie que pudiera oírme.

—Vine en busca de Joe —respondió, señalando con un leve movimiento de cabeza hacia la parte trasera del carro.

No debería haberme sorprendido, después de haber pasado el día viendo muerte y destrucción. Además, mi relación con Joe Hobson era muy superficial. Pero ignoraba que hubiera muerto; se me erizó la piel de los antebrazos.

Sin decir más, caminé hacia la parte posterior de la carreta. Sentí la pequeña sacudida y la vibración de la madera: Abel había puesto el freno y se apeaba para reunirse conmigo.

El cuerpo no estaba amortajado, aunque alguien le había cubierto la cara con un pañuelo grande, no del todo sucio.

—¿Estuvo usted en el combate? —le pregunté a Abel, sin mirarlo. Debía de haber acompañado a los reguladores, pero no olía a pólvora.

—No —dijo suavemente por detrás de mi hombro—. No tenía intención de pelear. Vine con Joe Hobson, el señor Hamilton y los otros, pero cuando se acercaba el combate me alejé. Caminé hasta el molino, al otro lado de la ciudad. Y al ponerse el sol, como no había señales de Joe... regresé —concluyó simplemente.

—¿Y ahora? —pregunté—. ¿Quiere que le ayudemos a enterrarlo? Mi esposo...

—¡Oh, no! —interrumpió—. Lo llevaré a casa, señora Fraser. Aun así le agradezco la amabilidad. Pero si pudiera darme un poco de agua... o algo de comida para el viaje...

—Por supuesto. Espere, que voy a buscar provisiones.

Mientras regresaba deprisa a la tienda calculé la distancia entre Alamance y Drunkard's Spring. ¿Cuatro días, cinco, seis? Y el sol tan ardiente, y las moscas... Pero como sabía lo que es un escocés cuando toma una decisión, fui sin discutir.

Me detuve un momento para examinar a los dos hombres; los dos respiraban. Había reemplazado el papel mojado que cubría la herida de

Morton por un trozo de lino aceitado, pegado en los bordes con miel, que constituye un excelente sello.

Brianna seguía junto a Roger. Había traído un peine de madera y le estaba peinando el pelo revuelto; retiraba con suavidad los abrojos y las ramillas, deshacía los enredos, todo con lenta paciencia. Mientras tanto canturreaba algo por lo bajo: «*Frère Jacques, Frère Jacques...*».

El nudo que tenía en la garganta me impidió hablar. Corrí afuera otra vez, con el paquete bajo el brazo. Una figura salió de la oscuridad frente a mí y estuvimos a punto de chocar. Me detuve en seco, con el paquete apretado contra mi hombro, y lancé una exclamación ahogada.

—Perdone usted, señora Fraser. Supuse que me había visto.

Era el gobernador. Dio otro paso hacia la luz que manaba de la tienda.

—Su yerno —dijo, mirando hacia la tienda—. ¿Está...?

—Está con vida —dijo una voz baja y grave, detrás de él.

Tryon giró en redondo con una exclamación sofocada. Yo levanté bruscamente la cabeza. Una sombra se movió y tomó forma. Era Jamie, que salía lentamente de la noche.

—Señor Fraser. —El gobernador, aunque sobresaltado, afirmó la mandíbula y apretó los puños en los costados—. He venido a presentar mis disculpas por el daño hecho a su yerno. Fue un error sumamente lamentable.

—Sumamente lamentable —repitió Jamie, con entonación algo irónica—. ¿Y le molestaría decirme, señor, cómo se produjo ese... error?

Dio un paso adelante y Tryon, automáticamente, retrocedió la misma distancia. Noté que se acaloraba y que apretaba los dientes.

—Fue una equivocación —dijo entre dientes—. Se le identificó erróneamente como un líder proscrito de la Regulación.

—¿Quién lo identificó? —La voz de Jamie sonaba cortés.

En las mejillas del gobernador aparecieron unas pequeñas manchas encendidas.

—No sé. Varias personas. Yo no tenía motivos para dudar de la identificación.

—Ya veo. ¿Y Roger MacKenzie no dijo nada en su propia defensa? ¿No reveló quién era?

Los dientes de Tryon se clavaron brevemente en el labio superior.

—Eh... no.

—¡Porque estaba atado y amordazado, hombre! —intervine—. No se le permitió hablar, ¿verdad, grandísimo... eh...?

La luz de la tienda se reflejó en el medallón de Tryon, una medialuna de plata que pendía de su garganta. La mano de Jamie se elevó tan lentamente que Tryon no percibió amenaza alguna. Con toda suavidad, se fijó en torno del cuello del gobernador, justo por encima del medallón.

—Déjanos solos, Claire —dijo. Su voz no parecía muy amenazante, sino flemática. En los ojos de Tryon se encendió un relámpago de pánico. Dio un respingo hacia atrás y el medallón centelleó.

—¡No se atreva a ponerme las manos encima, señor! —El pánico cedió de inmediato, reemplazado por furia.

—¡Oh!, claro que sí. Igual que usted puso las manos encima de mi hijo.

—¡Fue un error! Y he venido para rectificarlo hasta donde me sea posible. —Tryon no cedía terreno, dientes apretados y mirada fulminante.

Jamie lanzó una exclamación despectiva.

—Un error. ¿Simplemente eso es para usted que un hombre inocente pierda la vida? Usted mata y mutila por ganar gloria, sin que le importe la destrucción que deja atrás; sólo le interesa ampliar las crónicas de sus hazañas. ¿Cómo anotará esto en los despachos que envíe a Inglaterra, señor? ¿Dirá que apuntó los cañones contra sus propios ciudadanos, quienes no tenían más armas que garrotes y cuchillos? ¿O dirá que sofocó la rebelión y preservó el orden? ¿Dirá que, en su prisa por vengarse, mató a un hombre inocente? ¿Dirá que cometió «un error»? ¿O que castigó la maldad y ejerció justicia en nombre del rey?

Tryon dominó el genio, aunque trémulo y con los dientes apretados. Antes de hablar aspiró profundamente por la nariz.

—Señor Fraser: le diré algo que sólo unos pocos saben. Aún no es de conocimiento público. Me han nombrado gobernador de la colonia de Nueva York. El nombramiento llegó hace más de un mes. En julio partiré para hacerme cargo del nuevo puesto. En mi lugar se ha nombrado a Josiah Martin. —Nos miró a ambos—. Ya ven ustedes: no tenía nada que ganar ni que perder con todo esto. No necesitaba glorificar mis hazañas, como usted ha dicho. He hecho lo que he hecho por cumplir con mi deber. No quise dejar

esta colonia en estado de desorden y rebelión.

Aspiró profundamente y dio un paso atrás, obligándose a abrir los puños que mantenía apretados.

—Usted tiene experiencia en cuestiones de guerra y de deber, señor Fraser. Y si es honesto, reconocerá que a menudo se cometen errores en ambos planos. No puede ser de otra manera.

Sostenía la mirada de Jamie. Ambos guardaron silencio. El llanto distante de un bebé me apartó de esa confrontación. Me volví bruscamente. En ese momento Brianna salió de la tienda, detrás de mí, con un revoloteo de faldas agitadas.

—Jem —dijo—. ¡Ése es Jemmy!

Era él. Desde el otro lado del campamento se acercaba un barullo de voces, que se resolvieron en la silueta redonda y llena de volantes de Phoebe Sherston; parecía asustada, pero decidida. La seguían dos esclavos: un hombre que cargaba dos enormes cestas y una mujer, en cuyos brazos se retorció un bulto que armaba un terrible alboroto.

Brianna fue hacia el bulto y Jemmy emergió de entre las mantas. Madre e hijo desaparecieron entre las sombras de los árboles. Siguió una pequeña confusión, mientras la señora Sherston explicaba desarticuladamente a la multitud de curiosos que se había afligido tanto... al oír los informes de batalla, tan terrible... y pensó que quizá... y entonces... y como el niño no dejaba de chillar...

Jamie y el gobernador, arrancados de su enfrentamiento cara a cara, también se habían retirado hacia los árboles. Los tenía a la vista: dos sombras rígidas; una alta y la otra más baja, de pie, muy juntas. Pero ese *tête-à-tête* había perdido el elemento de peligro; noté que Jamie inclinaba la cabeza hacia su interlocutor, atento.

—... He traído comida —me estaba diciendo Phoebe Sherston—. Pan fresco, mantequilla, algo de mermelada de frambuesas, pollo frío y...

—¡Comida! —exclamé, recordando abruptamente el paquete que llevaba bajo el brazo—. ¡Perdone usted!

Y me escabullí con una brillante sonrisa, dejándola boquiabierta delante de la tienda.

Abel MacLennan aguardaba pacientemente allí donde yo lo había dejado.

Descartó mis disculpas con un gesto y me dio las gracias por la comida y la jarra de cerveza.

—¿Hay algo más que...? —pero me interrumpí. ¿Qué más podía hacer por él?

Sin embargo, al parecer había algo.

—El joven Hugh Fowles —dijo—. Dicen que lo hicieron prisionero. ¿Cree usted que... su esposo podría hablar por él? ¿Tal como lo hizo por mí?

—Supongo que sí. Se lo diré... Señor MacLennan —dije, movida por un impulso—, ¿adónde irá usted? Después de haber llevado a Joe Hobson a su casa, claro.

—Pues —dijo—, no pienso ir a ninguna parte. Allá están las mujeres, ¿no? Con Joe muerto y Hugh prisionero, ya no hay un hombre con ellas. Me quedaré.

Luego me hizo una reverencia y se puso el sombrero. Le estreché la mano, lo cual fue una sorpresa para él. Luego trepó a la carreta, chasqueó la lengua para azuzar al caballo y alzó una mano en gesto de despedida que yo imité.

Cuando regresé a la tienda, las cosas estaban más o menos tranquilas. EL gobernador y la señora Sherston se habían ido; también los esclavos. Isaiah Morton dormía, gimiendo de vez en cuando, pero sin fiebre. Roger yacía inmóvil como una figura sepulcral, negras de moretones la cara y las manos; el débil silbido del tubo por donde respiraba era un contrapunto de la canción con que Brianna mecía a Jemmy.

El niño tenía la cara laxa y la boquita abierta en el absoluto abandono del sueño. Con súbita inspiración alargué los brazos; Bree, aunque sorprendida, me permitió cogerlo. Con mucho cuidado puse el cuerpecito flojo y pesado contra el pecho de Roger. Bree hizo un pequeño movimiento, como para sujetar al bebé e impedir que se resbalara, pero Roger levantó un brazo, tieso y lento, y lo cruzó sobre el niño dormido.

«Yesca», pensé, satisfecha.

* * *

Campamento del Gran Alamance

Viernes, 17 de mayo de 1771

Seña: Granville

Contraseña: Oxford

El gobernador, impresionado con el más afectuoso sentido de gratitud, agradece tanto a los oficiales como a los soldados del ejército el vigoroso y generoso apoyo que le prestaron ayer en la batalla cerca del Alamance. A su valor y firme conducta se debió, bajo la Providencia de Dios Todopoderoso, la señalada victoria lograda sobre los obstinados y caprichosos rebeldes. Su excelencia se condeuele con los leales por los bravos hombres que cayeron y sufrieron en la acción, pero al reflexionar que el destino de la Constitución dependía del éxito de la jornada, y los importantes servicios así prestados a su rey y a su país, considera que esta pérdida (aun si al presente causa aflicción a sus parientes y amigos) es un monumento de perdurable gloria y honor para ellos y sus familias.

Los difuntos serán sepultados a las cinco de esta tarde, frente al parque de artillería. El oficio fúnebre se celebrará con honores militares a los muertos. Después de la ceremonia habrá oraciones y acción de gracias por la señalada victoria que la Divina Providencia ha querido otorgar ayer al ejército contra los insurgentes.

SÉPTIMA PARTE

Alarmas de lucha y huida

Con su blanca palidez

La señora Sherston, con inesperada generosidad, nos ofreció su hospitalidad. Me instalé en su gran casa de Hillsborough con Brianna, Jemmy y mis dos pacientes; Jamie dividía su tiempo entre Hillsborough y el campamento de los milicianos, que se mantendría en Alamance Creek hasta que Tryon estuviera convencido de que la Regulación estaba definitivamente aplastada.

Era incapaz de alcanzar con los fórceps la bala alojada en el pulmón de Morton, pero no parecía molestarle mucho y la herida empezaba a cerrar de modo satisfactorio.

Aunque no tenía ninguna certeza sobre la eficacia de mi pequeña provisión de penicilina, parecía dar resultado; la herida estaba algo enrojecida y drenaba un poco, pero no había infección y la fiebre era muy poca. Además de la penicilina, la presencia repentina de Alicia Brown, muy abultada en su embarazo, pocos días después de la batalla supuso un importantísimo impulso para la recuperación de Morton.

Roger era otra cuestión. Dormía mucho, y eso habría debido ser buena señal. Pero su sueño, aunque pesado, no era tranquilo; había en él algo inquietante, como si buscara la inconsciencia con un deseo feroz y, una vez alcanzada, se aferrara a ella con terquedad; eso me preocupaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Brianna, que tenía su propio tipo de empecinamiento, era la encargada de

despertarlo cada pocas horas, para alimentarlo y limpiar el tubo de la incisión. Durante esos procedimientos él clavaba la vista en la distancia media, mirando sombríamente la nada, y apenas se daba por enterado de los comentarios que se le dirigían.

Una vez terminada la cura, cerraba nuevamente los ojos y se recostaba contra la almohada, con las manos vendadas sobre el pecho, como una figura sepulcral, sin dejar oír más sonidos que el suave silbar del tubo insertado en su cuello.

Dos días después de la batalla de Alamance, Jamie llegó a casa de los Sherston justo antes de cenar.

—Hoy he mantenido una pequeña conversación con el gobernador —dijo—. Estaba muy ocupado y no quería pensar en lo que sucedió después de la batalla, pero yo no estaba dispuesto a dejar las cosas así.

—No creo que fuera un gran contrincante —murmuré—. William Tryon ni siquiera es escocés, mucho menos un Fraser.

—Pues no. —Se despreczó con fruición—. ¡Cristo, estoy muerto de hambre! ¿Hay algo de comer?

—Jamón asado y pastel de batata —le dije—. ¿Y qué dijo el gobernador una vez debidamente intimidado?

—¡Oh!, varias cosas. Para comenzar, insistí en que me informara en qué circunstancias apresaron a Roger Mac: quién lo entregó y qué dijo. Quiero llegar al fondo de esto.

—¿Recordó algo cuando le presionaste?

—Sí, algo más. Tryon dice que quienes llevaron cautivo a Roger Mac fueron tres hombres; uno de ellos tenía la insignia de la compañía Fraser; él supuso que era uno de los míos, desde luego. Así dice —añadió con ironía.

—Sin duda era la insignia de Roger —dije—. El resto de tu compañía regresó contigo. Todos, menos los Brown, y no pueden haber sido ellos.

Él asintió, desechando la conclusión con un breve gesto.

—Sí, pero ¿por qué? Él dice que Roger Mac estaba atado y amordazado. Una manera nada honorable de tratar a un prisionero de guerra, le hice notar.

—¿Y qué respondió?

—Dijo que esto no era guerra, sino insurrección, y que estaba justificado tomar medidas sumarias. Pero apresar y ahorcar a un hombre sin permitirle

decir una palabra en su defensa... Si Roger Mac hubiera muerto colgado de esa cuerda, Claire, te juro que Tryon ya estaría con el cuello roto y comido por los cuervos.

—No murió ni morirá. —Al menos eso esperaba yo, pero lo dije con toda la firmeza posible.

—Pues bien. Dijo que el hombre identificó a Roger Mac como James MacQuiston, uno de los cabecillas de la Regulación. He estado preguntando por ese MacQuiston —añadió. Mientras hablaba se había calmado un poco—. ¿Te sorprendería saber, *Sassenach*, que nadie ha visto personalmente a ese hombre?

Me sorprendería y lo dije. Él asintió; el rubor iba abandonando sus mejillas.

—A mí también, pero así es. Sus palabras aparecen publicadas en los viejos periódicos, a la vista de todos, pero nadie lo ha visto nunca. Ni el viejo Ninian, ni Hermon Husband... ninguno de los reguladores con los que pude hablar, aunque ahora casi todos se esconden, claro —añadió—. Hasta localicé al impresor que publicó uno de los discursos de MacQuiston. Dice que el original le fue dejado una mañana en el umbral, con una horma de queso y dos certificados de dinero de la proclamación para pagar la impresión.

—Pues eso sí que es interesante —dije—. De modo que «James MacQuiston» bien puede ser un nombre supuesto.

—Es muy probable.

Al analizar las implicaciones de esa idea, súbitamente se me ocurrió una posibilidad.

—¿Crees que el hombre que identificó así a Roger pueda haber sido el mismo MacQuiston?

Jamie arqueó las cejas e hizo un lento gesto afirmativo.

—¿Y para protegerse quiso hacer que ahorcaran a Roger Mac en su lugar? Haber muerto es una excelente protección contra el arresto. Sí, es una buena idea... aunque un poco perversa —añadió juiciosamente.

—¡Oh!, sólo un poco.

Parecía menos furioso con el perverso y ficticio MacQuiston que con el gobernador; claro que sobre la actuación de Tryon no había dudas.

—¿Recordaba el gobernador cómo eran esos hombres que llevaron a

Roger? —pregunté.

—Sólo de uno. El que tenía la insignia. Fue el que más habló. Dice que era un tipo rubio, muy alto y fornido. Le pareció que tenía los ojos verdes. No reparó mucho en su aspecto, desde luego, pues en ese momento tenía la mente muy ocupada. Pero al menos recordaba eso.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamé. Había tenido una idea súbita—. Alto, rubio y de ojos verdes. ¿Crees que puede haber sido Stephen Bonnet?

—¡Jesús! —exclamó él—. No se me había ocurrido.

Tampoco a mí. Lo que sabía de Bonnet no parecía coincidir con la imagen de los reguladores, casi siempre hombres pobres y desesperados como Joe Hobson, Hugh Fowles y Abel MacLennan. Unos pocos eran idealistas indignados, como Husband y Hamilton. Stephen Bonnet podía haber sido, alguna vez, pobre y desesperado, pero yo tenía la razonable certeza de que no se le habría ocurrido buscar compensación del gobierno por medio de la protesta. Por la fuerza sí. Matar a un juez o a un comisario para vengar alguna injusticia, muy posiblemente. Pero... No, era ridículo. Si de algo estaba segura con respecto a Stephen Bonnet era que el hombre no pagaba impuestos.

—No. —Jamie movió la cabeza; al parecer había llegado a la misma conclusión—. En este asunto no hay dinero que ganar. Hasta Tryon tuvo que solicitar fondos al conde Hillsborough para costear su milicia. Y los reguladores... —Desechó con un ademán la idea de que ellos pagaran a alguien por nada—. Aunque no sé mucho de Stephen Bonnet, creo que sólo iría a la batalla si le ofrecieran oro.

—Cierto. No parece posible que Bonnet pudiera ser James MacQuiston, ¿verdad?

Por primera vez él relajó la cara, riendo.

—No, *Sassenach*. De eso sí estoy seguro. Stephen Bonnet no sabe leer ni escribir, aparte de su nombre.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Samuel Cornell. No conoce personalmente a Bonnet, pero dice que cierta vez Walter Priestly vino a pedirle un préstamo de dinero, con urgencia. Eso le extrañó, pues el hombre tiene fortuna, pero Priestly le

explicó que tenía un embarque al llegar y debía pagarlo en oro; según dijo, el que lo traía no aceptaba recibos de mercadería en depósito, dinero de la proclamación ni letras de cambio. Para él sólo servía el oro.

—Sí, eso suena a Bonnet. Y hablando de oro... ¿Es posible que Bonnet estuviera en Alamance por casualidad? ¿Camino de River Run, tal vez?

Él reflexionó un momento, pero finalmente negó con la cabeza.

—No fue una batalla importante, *Sassenach*, de esas en que puedes verte envuelto y arrastrado sin darte cuenta. Los ejércitos estuvieron frente a frente durante más de dos días; las líneas de centinelas tenían más agujeros que una red de pesca; cualquiera podría haber abandonado el lugar o dado un rodeo para evitarlo. Y Alamance no está cerca de River Run. No: quienquiera que haya sido el que quiso matar a Roger, estaba allí por cuenta propia.

Después de la cena subí con Jamie para ver cómo estaba Roger. Jamie esperó a que yo evaluara su pulso y su respiración. Luego, a una señal mía, se sentó junto a la cama.

—¿Sabes quiénes eran los hombres que te denunciaron? —preguntó sin preámbulos.

Roger asintió con lentitud y mostró un dedo en alto.

—Uno de ellos. ¿Cuántos eran?

Tres dedos. Concordaba con los recuerdos de Tryon.

—¿Eran reguladores?

Un gesto afirmativo. Jamie me miró. Luego, otra vez a Roger.

—¿No era Stephen Bonnet?

Él se incorporó bruscamente, boquiabierto, y dio un manotazo al tubo en un vano intento por hablar. Luego sacudió violentamente la cabeza.

Yo lo aferré por el hombro y sujeté el tubo, que la violencia de sus movimientos había medio sacado de la incisión. Roger pareció no darse cuenta; sus ojos estaban clavados en los de Jamie y su boca se movía con urgencia, formulando mudas preguntas.

—No, no. Si no lo has visto es porque no estuvo allí. —Jamie lo cogió con firmeza por el otro hombro para ayudarme a acostarlo—. Es que Tryon ha dicho que te traicionó un hombre alto y rubio, probablemente de ojos verdes. Pensamos que quizá...

Ante eso Roger se relajó. Negó otra vez con la cabeza y Jamie insistió:

—Pero conoces al hombre. ¿Lo habías visto antes?

Él apartó la mirada, hizo un gesto afirmativo y se encogió de hombros. Parecía a la vez irritado e indefenso. Al notar que su respiración se aceleraba, sibilante en el tubo de ámbar, carraspeé significativamente, con el entrecejo fruncido. Roger estaba fuera de peligro, por el momento, pero eso no significaba que estuviera bien.

Jamie no me prestó atención. Antes de subir, había cogido la caja de dibujo de Bree. La puso en el regazo de Roger, con una hoja de papel encima, y le ofreció uno de los carboncillos.

—¿Quieres probar otra vez?

Había tratado varias veces de que Roger se comunicara por escrito, pero sus manos estaban demasiado hinchadas como para sujetar una pluma. Él apretó los labios un momento, pero cerró torpemente la mano en torno al carboncillo.

Arrugó la frente, como para concentrarse, y comenzó a garabatear algo lentamente. Jamie lo observaba con atención, sosteniendo el papel con las dos manos para que no se resbalara.

La barra de carbón se partió en dos y sus fragmentos cayeron al suelo. Mientras yo iba a recogerlos, Jamie se inclinó sobre la hoja manchada. Había una despatarrada W, luego una M, un espacio y un torpe MAC.

—¿William? —Miró a Roger, pidiendo verificación. En los pómulos del enfermo brillaba el sudor, pero asintió muy brevemente.

—William Mac —dije, espiando sobre el hombro de Jamie—. Fue un escocés... ¿o al menos alguien de apellido escocés?

Roger apretó un puño y se golpeó el pecho, una y otra vez, modulando una palabra con los labios. Por una vez fui más rápida que Jamie.

—¿MacKenzie? —pregunté.

Mi recompensa fue un veloz destello de ojos verdes y un gesto afirmativo.

—MacKenzie. William MacKenzie. —Jamie, con el entrecejo arrugado, revisaba obviamente su lista mental de nombres y caras, pero ninguna coincidía.

Yo observaba a Roger. Su cara también empezaba a parecer más normal.

Me pareció ver algo raro en su expresión. En sus ojos leí dolor físico, impotencia y frustración por su incapacidad de revelar a Jamie lo que deseaba saber, pero también algo más. Ira, sin duda, y también algo parecido al desconcierto.

—¿Conoces a algún William MacKenzie? —pregunté a Jamie.

—Sí, a cuatro o cinco. En Escocia. Aquí, ninguno. Y tampoco...

A la palabra «Escocia». Roger levantó abruptamente una mano. Jamie se interrumpió, atento a la cara de Roger como un perro *pointer*.

—Escocia —repitió—. ¿Algo sobre Escocia? ¿El hombre es inmigrante nuevo?

Roger sacudió violentamente la cabeza, pero de inmediato se detuvo con una mueca de dolor. Durante un momento, cerró los ojos con fuerza; al abrirlos alargó una mano insistente hacia los trozos de carboncillo que yo tenía en la mano.

Tuvo que intentarlo varias veces; al terminar yacía contra la almohada, exhausto. El resultado de su esfuerzo era borroso y despatarrado, pero leí el nombre con claridad.

«Dougal», decía. La expresión interesada de Jamie se agudizó hasta convertirse en algo parecido a la cautela.

—Dougal —repitió cuidadosamente. También conocía a varios Dougal, algunos de los cuales residían en Carolina del Norte—. ¿Dougal Chisholm? ¿Dougal O'Neill?

Roger movió la cabeza; el tubo silbó con su exhalación. Luego levantó la mano para señalar enfáticamente a Jamie con los dedos entablillados. Como la única respuesta fuera una mirada de incompreensión, buscó a tientas el trozo de carboncillo, pero éste rodó por la caja de dibujo hasta caer al suelo.

Tenía los dedos sucios de polvo de carbón. Con una mueca de dolor, apretó la yema del anular contra la página y, mediante el recurso de utilizar todos los dedos por turnos, produjo un fantasmal garabato, que disparó una pequeña descarga eléctrica desde la base de mi columna.

«Geillie», decía.

Jamie miró ese nombre un momento. Luego se persignó, estremecido.

—El hijo que Dougal tuvo con Geillis Duncan —dijo Jamie, girando hacia él con la incredulidad escrita en la cara—. Creo que lo llamaron

Willian. ¿Te refieres a él? ¿Estás seguro?

Un breve asentimiento. Roger cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, un dedo entablillado se alzó, vacilante, para señalar su propio ojo: un verde claro e intenso, del color del musgo.

La revelación de la identidad de William Buccleigh MacKenzie no alteró el deseo de Jamie por hallar a ese hombre, pero sí su intención de matarlo en cuanto lo hallara.

Brianna, llamada a mi cuarto para una consulta, entró con su delantal de pintura, trayendo un fuerte olor a trementina y aceite de lino.

—Sí —dijo—. He oído hablar de él. William Buccleigh MacKenzie. El niño cambiado.

—¿Qué? —Las cejas de Jamie ascendieron hacia la línea del pelo.

—Así lo llamaba yo —dije—. Cuando vi el árbol genealógico de Roger y caí en la cuenta de quién debía ser William Buccleigh MacKenzie. Dougal entregó el niño a William y Sarah MacKenzie, ¿recuerdas? Y ellos le pusieron el nombre del hijo que habían perdido dos meses antes.

—Roger mencionó que había visto a William MacKenzie y a su esposa a bordo del *Gloriana*, en el viaje entre Escocia y Carolina del Norte —explicó Bree—. Pero tardó en comprender quién era y no tuvo oportunidad de hablar con él. De modo que ese William está aquí. Pero ¿por qué diantre quiso matar a Roger... y por qué de esa manera?

—Es el hijo de una bruja —especificó Jamie, como si con eso bastara.

—También a mí me creían bruja —le recordé con cierta aspereza.

Eso provocó una mirada de soslayo y una curva de su boca.

—Es cierto —dijo—. Pues bien, supongo que será necesario esperar mientras investigo. Y saber el nombre es útil. Mandaré aviso a Duncan y a Farquard. Pero ¿qué haré cuando lo encuentre? Aunque sea hijo de una bruja, no puedo matar a alguien de mi propia sangre. Después de Dougal... —Se contuvo a tiempo y disimuló con una tos—. Quiero decir, después de todo, es el hijo de Dougal. Primo mío...

Comprendí lo que había querido decir. Cuatro personas sabían lo sucedido aquella noche, en el ático de Culloden House, en vísperas de aquella lejana batalla. Una de ellas había muerto; otra desapareció en el tumulto del

Alzamiento y era muy probable que también hubiera muerto. Sólo quedaba yo como testigo de la sangre de Dougal y la mano que la había derramado. Poco importaba qué crímenes hubiera cometido William Buccleigh MacKenzie, la memoria de su padre impediría que Jamie lo matara.

—¿Pensabas matarlo? ¿Antes de averiguar quién era?

—Roger Mac es tu marido, hijo varón de mi casa —dijo, muy serio—. Debo vengarlo, por supuesto.

—Bien —dijo—. Cuando halles a William Buccleigh MacKenzie, quiero enterarme.

Brianna extendió un pegote de pintura verde y lo mezcló al gran manchón gris claro que había creado. Luego vaciló un momento, inclinando la paleta hacia uno y otro lado a la luz de la ventana, para apreciar el color formado, y añadió un toque de cobalto al otro lado del manchón, produciendo una variedad de tonos sutiles que iban del gris azulado al verdoso, tan tenues que se requería los ojos de un entendido para distinguirlos del blanco.

Con uno de los pinceles cortos y gruesos, aplicó esos grises a la tela, trabajando la curva de la mandíbula con diminutas pinceladas superpuestas. Sí, así estaba bien: pálido como la porcelana, pero con una sombra vívida debajo... algo a la vez delicado y terrenal.

Pintaba con una profunda concentración que la aislaba de cuanto la rodeaba, absorta en la doble visión del artista, comparando la imagen en evolución con la que tenía inmutablemente grabada en la memoria. No porque hubiera sido la primera vez que veía un muerto. Su padre, Frank, había sido velado con el ataúd abierto. Y también había ido a los velatorios de viejos amigos de la familia. Pero los colores que aplicaban los artistas embalsamadores eran toscos, casi brutales en comparación con los de un cadáver fresco. El contraste la había dejado estupefacta.

Desde el pasillo le llegaron voces desconocidas, pero se dirigían al salón. Ya tranquila, cogió nuevamente el pincel grueso.

Invocó nuevamente su imagen mental: el muerto en Alamance bajo el árbol, cerca del improvisado hospital de campaña de su madre. No se le había ocurrido preguntar por el nombre del difunto. ¿Acaso era falta de sensibilidad? Probablemente; el hecho era que toda su sensibilidad había

estado, por entonces, dedicada a otra cosa... y aún era así. No obstante, cerró los ojos para rezar una rápida oración por el alma de su involuntario modelo.

Al abrir los ojos vio que la luz se perdía. Entonces rasqueteó la paleta y empezó a limpiar los pinceles; lentamente, de mala gana, salía de su trabajo para regresar al mundo.

A Jem ya le habrían dado la cena y su baño, pero se negaba a acostarse si ella no lo amamantaba y lo mecía hasta dormirlo. Le daría de mamar, lo acostaría y luego iría a la cocina a por su cena retrasada. No había comido con los otros para aprovechar la luz vespertina. Después subiría para ver a Roger.

En ese momento Phoebe Sherston asomó la cofia por la puerta.

—¡Ah, querida, estabas aquí! ¿No bajarías un momento al salón? El matrimonio Wilbur se muere por conocerte.

—Eh... pues sí, por supuesto —dijo Brianna, con toda la gentileza que pudo. Luego señaló con un gesto el delantal manchado de pintura—. Dame un momento para cambiarme.

Obviamente, la señora Sherston quería exhibir a su dócil artista con disfraz y todo.

—No, no te molestes por eso. Esta reunión es muy sencilla. A nadie le importará.

—Bien, pero necesito un minuto para acostar a Jem.

La dueña de la casa hizo un mohín con la boca; no entendía por qué sus esclavas no podían hacerse cargo de ese niño. Pero Brianna ya le había expresado su opinión al respecto y tuvo la prudencia de no insistir.

Brianna encontró a sus padres en el salón, con los Wilbur, que resultaron ser una amable pareja entrada en años. Al aparecer ella hicieron los debidos aspavientos, insistieron cortésmente en ver el retrato; expresaron profunda admiración tanto por el tema como por la pintora y, en general, se comportaron con tanta amabilidad que ella se fue tranquilizando.

Cuando estaba a punto de excusarse, el señor Wilbur aprovechó una pausa en la conversación para volverse hacia ella con una sonrisa benévola.

—Tengo entendido que corresponde felicitarla por su buena suerte, señora MacKenzie.

—¿Eh? Ah... gracias —dijo ella, sin saber por qué la felicitaban. Miró a

su madre, buscando alguna pista.

Claire hizo una pequeña mueca y se volvió hacia Jamie. Él tosió.

—El gobernador Tryon le ha otorgado a tu marido cinco mil acres de tierra —dijo en tono sereno, casi desabrido.

—¿De verdad? —Bree quedó momentáneamente desconcertada—. ¿Qué...? ¿Por qué?

—Como compensación —dijo su madre, seca, mirando a su esposo.

Entonces Brianna comprendió: nadie cometería la torpeza de mencionar abiertamente el ahorcamiento accidental de Roger, pero era un episodio demasiado sensacional como para no haber circulado por toda la sociedad de Hillsborough. De pronto cayó en la cuenta de que tal vez no fuera por pura amabilidad que la señora Sherston había invitado a sus padres y a Roger. La notoriedad de tener como huésped al propio ahorcado concentraría la atención de Hillsborough en los Sherston, de una manera muy gratificante. Era aún mejor que hacerse pintar un retrato nada convencional.

—Confío que su esposo esté mucho mejor, querida. —La señora Wilbur, con mucho tacto, cubrió el bache en la conversación—. Nos apenó mucho saber lo de sus lesiones.

—Sí, está mucho mejor, gracias —dijo ella, con la sonrisa más breve que la cortesía autorizaba. Luego se volvió nuevamente hacia su padre—. ¿Lo sabe Roger? ¿Lo del otorgamiento de tierras?

Él apartó la vista, carraspeando.

—No. Supuse que querrías decírselo tú.

La primera reacción de la muchacha fue de gratitud: tendría algo para decirle a su marido. Era muy incómodo, eso de hablar con alguien que no podía responderte. Ella pasaba todo el día acumulando temas de conversación, pequeñas ideas o acontecimientos que pudiera convertir en relatos cuando lo viera. Pero la provisión de cuentos se acababa demasiado pronto y la dejaba sentada junto al lecho, a la búsqueda de temas inocuos.

Su segunda reacción fue de fastidio. ¿No podía su padre decírselo en privado, en vez de exponer los asuntos familiares ante completos desconocidos? Luego captó el sutil intercambio de miradas entre sus padres; entonces cayó en la cuenta de que Claire acababa de hacer esa misma pregunta a Jamie, aunque en silencio, y él había respondido con un brevísimo

desvió de la vista hacia el señor Wilbur y la dueña de la casa, antes de bajar las largas pestañas rojizas.

«Es mejor decir la verdad ante testigos respetables —decía su expresión—, antes de que los chismes se diseminen por cuenta propia».

A ella no le importaba mucho su propia reputación, pero conocía las realidades sociales lo bastante bien como para comprender que un escándalo podía perjudicar mucho a su padre. Por ejemplo: si empezaba a rondar por ahí un falso informe de que, en realidad, Roger había sido uno de los cabecillas de la Regulación, la lealtad del mismo Jamie caería bajo sospecha.

Su padre ocupaba una posición prominente, pero no tan segura como para resistir los efectos corrosivos del rumor y la sospecha. Ella y Roger lo habían discutido más de una vez en la intimidad; las líneas de fractura ya estaban allí, bastante obvias para quien supiera lo que se avecinaba; las tensiones que se profundizarían hasta abrir el abismo y separar de Inglaterra a las colonias.

Si la tensión crecía demasiado aprisa o se tornaba demasiado grande, si las hebras entre el Cerro de Fraser y el resto de la colonia se desgastaban demasiado... podían romperse; los extremos pegajosos se cerrarían en un grueso capullo en torno de su familia, dejándolos suspendidos por un hilo, solos y presa de aquellos que les chuparían la sangre.

«Esta noche estás morbosa», se dijo, agriamente divertida ante las imágenes elegidas por su mente. Probablemente era el efecto de pintar la muerte.

Ni los Wilbur ni los Sherston parecieron reparar en su estado de ánimo. Su madre, en cambio, le echó una mirada larga y reflexiva, aunque no dijo nada. Después de intercambiar con los visitantes algunas frases gentiles, Bree se excusó.

En el cuarto de Roger había luz. Brianna fue hacia allí, olvidando la comida ante un apetito mayor por su contacto.

Una esclava cabeceaba en el rincón, con las manos flojas en el regazo, sobre la labor de punto. Al abrirse la puerta dio un respingo y parpadeó con aire culpable.

De inmediato Bree miró hacia la cama, pero todo estaba bien: ahí estaba el siseo de la respiración de Roger. Despidió a la mujer con un gesto. Roger yacía de espaldas, con los ojos cerrados y la sábana bien estirada sobre los

ángulos marcados de su cuerpo. «Está muy delgado —se dijo ella—. ¿Cómo ha podido adelgazar tanto en tan poco tiempo?». Si bien no podía tragar más que unas cuantas cucharadas de sopa y el caldo de penicilina que preparaba Claire, no era posible que se consumiera tanto en sólo dos o tres días.

Luego cayó en la cuenta de que debía de haber adelgazado antes, por las tensiones de la campaña; también sus padres habían perdido peso. La horrible hinchazón de sus facciones había disimulado lo prominente de sus huesos.

Aspiró hondo al percatarse de que la ventana de ese cuarto también estaba cerrada; el sudor le corría por la parte baja de la espalda, escurriéndose desagradablemente por la hendidura entre las nalgas.

El ruido del marco corredizo despertó a Roger, que giró la cabeza en la almohada. Al verla sonrió apenas.

—¿Cómo estás? —preguntó ella en voz baja.

Él encogió un poco un hombro, pero moduló con los labios un silente «Bien».

—Hace un calor espantoso, ¿verdad?

Bree señaló la ventana; el aire que entraba era caliente, pero al menos se movía. Con un gesto afirmativo, él se tiró del cuello de la camisa con una mano vendada. Ella captó la insinuación y se lo desató para abrírselo hasta donde pudo, exponiéndole el pecho a la brisa.

En la mesilla había una escudilla cubierta con un caldo de carne frío, condimentado con penicilina; a un lado, una taza de té endulzado con miel. Cogió la cuchara e hizo gesto inquisitivo. Él hizo una leve mueca, pero señaló el caldo. Bree se sentó en el taburete, con la escudilla en la mano.

Aunque debía estar atenta a su boca para guiar la cuchara, sintió que sus ojos la observaban. Habría querido mirarlos, pero casi tenía miedo de lo que podía encontrar en esas honduras verdes: ¿sería el Roger que ella conocía o el desconocido silencioso, el ahorcado?

—¡Ah!, casi lo olvidaba. —Se interrumpió en medio de una descripción de los Wilbur. No lo había olvidado, pero tampoco quería soltarle la noticia sin más ni más—. Esta tarde papá ha hablado con el gobernador. Tryon te otorgará unas tierras. Cinco mil acres.

Mientras lo decía captó lo absurdo de aquello: cinco mil acres de páramo a cambio de una vida casi destruida.

Él frunció el entrecejo, en algo que parecía desconcierto; luego movió la cabeza y se recostó nuevamente contra la almohada, con los ojos cerrados. Levantó las manos y las dejó caer, como si aquello fuera demasiado para pensarlo. Tal vez tenía razón.

Bree lo contempló en silencio durante un rato, pero él ya no volvió a abrir los ojos. Había profundas arrugas allí donde se unían las cejas. Movida por la necesidad de tocarlo, de franquear esa barrera de silencio, trazó la sombra del cardenal que oscurecía el pómulo, rozando apenas la piel.

Roger abrió los ojos y los fijó en su cara, impasible la expresión. Bree, consciente de su expresión preocupada, se esforzó por sonreír.

—No pareces muerto —dijo.

Eso rompió la fachada impasible; las cejas se curvaron hacia arriba y a los ojos asomó una tenue chispa de humor.

—Roger... —A falta de palabras se movió hacia él, impulsiva. Él se puso algo rígido, encogiendo instintivamente los hombros para proteger el frágil tubo de la garganta. Bree le rodeó los hombros con un brazo; puso mucha cautela, pero necesitaba desesperadamente sentirlo—. Te amo —susurró. Y le estrechó el brazo, instándolo a creerle.

Lo besó. Sus labios estaban calientes y secos; a pesar de la familiaridad, experimentó cierta impresión. No había aire que se moviera contra la mejilla, ni aliento caliente que la tocara. Era como besar una máscara. Desde profundidades secretas de los pulmones, una corriente húmeda siseaba en el tubo de ámbar y rozaba el cuello de Bree, como la exhalación de una caverna. Se le erizó la piel de los brazos. Dio un paso atrás, con la esperanza de que ni la impresión ni el rechazo se le reflejaran en el rostro.

Él había cerrado los ojos con fuerza y tenía los dientes apretados; la sombra se movía en su mandíbula.

—Que... descansas —logró decir, con voz trémula—. Hasta... hasta mañana.

Los sonidos del silencio

Pasaron diez días antes de que el retrato de Penélope Sherston quedara terminado a su gusto. Para entonces, tanto Isaiah Morton como Roger estaban lo bastante repuestos como para viajar. Dado el inminente nacimiento del vástago Morton y el peligro que corría su padre si se acercaba a Granite Falls o a Brownsville, Jamie hizo arreglos para que él y Alicia se alojaran en casa del cervecero de los Sherston; Isaiah le serviría de carretero en cuanto su salud se lo permitiera.

Morton había revivido espectacularmente con la llegada de Alicia; en el curso de una semana, pudo bajar la escalera y sentarse en la cocina, a contemplar como perro devoto mientras ella trabajaba. Camino a la cama se detuvo para hacer algún comentario sobre el retrato de la señora Sherston.

—¿Verdad que es igual que ella? Basta ver ese cuadro para saber quién es.

Puesto que la señora Sherston había querido que la pintaran en el papel de Salomé, yo no estaba muy segura de que eso fuera un cumplido, pero ella se ruborizó coquetamente y se lo agradeció.

En realidad Bree había hecho un trabajo estupendo; la retrató con realismo, aunque favoreciéndola. El único aspecto en que había cedido a la tentación era un detalle sin importancia: la cabeza cortada de Juan el Bautista tenía un notable parecido con las facciones taciturnas del gobernador Tryon.

Pero con tanta sangre era difícil que alguien se percatara.

Estábamos listos para regresar a casa y todos reflejábamos un inquieto entusiasmo y alivio. Todos, salvo Roger.

El joven estaba indiscutiblemente mejor, en términos puramente físicos. Volvía a mover las manos, con excepción de los dedos fracturados, y el moretón de la cara y el cuerpo había desaparecido casi completamente. Lo mejor de todo era que la tumefacción de la garganta había cedido al punto de permitirle respirar por la boca y la nariz. Pude retirarle el tubo del cuello y suturar la incisión.

En términos psicológicos, yo no estaba muy segura de su recuperación. Después de suturarle el cuello lo ayudé a incorporarse, le limpié la cara y le di un poco de agua mezclada con *brandy*, para que hiciera de reconstituyente. Después de observarlo atentamente mientras bebía, apoyé los dedos en su cuello, palpando con cuidado, y le pedí que tragara otra vez. Evalué con los ojos cerrados el movimiento de la laringe, los anillos de la tráquea y el grado de daño sufrido.

Al abrir los ojos me encontré con los suyos a cinco centímetros, aún muy abiertos. En ellos había una pregunta fría y desnuda como un témpano.

—No sé —repetí, apartando lentamente los dedos—. ¿Quieres... probar?

Él negó con la cabeza y se levantó para acercarse a la ventana, de espaldas a mí, con los brazos apoyados en el marco. Un vago, inquieto recuerdo se agitó en mi mente.

Aquello no había sucedido a pleno día sino en una noche de luna, en París. Al despertar del sueño había visto a Jamie de pie y desnudo, enmarcado por la ventana; las cicatrices de su espalda eran plata pálida y su cuerpo relucía de sudor frío. Roger también estaba sudando, aunque por el calor; la camisa se le pegaba al cuerpo. Y sus líneas eran las mismas: el aspecto de un hombre que se tensa para enfrentarse al miedo, que ha elegido afrontar solo a sus demonios.

Desde la calle subían algunas voces; era Jamie, que regresaba del campamento con Jemmy sentado ante él, en la montura. Había tomado la costumbre de llevar al niño consigo en sus salidas diarias, para que su madre pudiera trabajar sin distracciones.

Bree salió para coger al niño y su voz subió flotando, entre risas. Roger

parecía tallado en madera. Llamarlos le era imposible, pero podría haber golpeado el marco de la ventana o hacer algún ruido para saludarlos con la mano. Pero no se movió.

Después de un momento me levanté para salir sin hacer ruido, con un nudo en la garganta.

Cuando Bree se hubo llevado a Jemmy para darle un baño, Jamie me contó que Tryon había liberado a casi todos los hombres capturados durante la batalla.

—Entre ellos, a Hugh Fowles. —Dejó a un lado la chaqueta y se aflojó el cuello de la camisa, con la cara levantada hacia la brisa de la ventana—. Yo pedí por él... y Tryon me escuchó.

—Era lo menos que podía hacer —le dije, irritada.

Él hizo un ruido grave desde el fondo de la garganta. Me hizo pensar en Roger, cuya laringe ya no era capaz de esa peculiar expresión escocesa. La aflicción debió de notarse en mi cara, pues Jamie me tocó un brazo, arqueando las cejas.

—He suturado el cuello de Roger —dije—. Ya puede respirar... pero no sé si podrá hablar otra vez.

Jamie hizo otro de sus ruidos, ése profundo y colérico.

—También he hablado con Tryon sobre lo que prometió para Roger Mac. Me ha dado el documento de la cesión de tierras: cinco mil acres contiguos a los míos. Su último acto oficial como gobernador... prácticamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Dije que ha liberado a casi todos los prisioneros? —Se apartó de mí, inquieto—. A todos, menos a doce, cabecillas proscritos de la Regulación a los que retiene en la cárcel. Al menos, eso dice. —La ironía de su voz era tan densa como el aire polvoriento—. Va a presentarlos a juicio dentro de un mes, con cargos de rebelión.

—Y si los declaran culpables...

—Al menos ellos podrán hablar antes de que los ahorquen.

Se había detenido delante del retrato, con el entrecejo fruncido. Pero no supe si lo veía.

—No me quedaré a presenciar eso. Le he dicho a Tryon que debemos partir para ocuparnos de nuestras cosechas y de los animales. Apoyándome

en esa base, ha dado de baja a la compañía de milicianos.

—¿Cuándo partiremos?

—Mañana. —Había prestado atención al retrato, sí: señaló con sombría aprobación a la cabeza boquiabierta en la bandeja—. Sólo hay un motivo para demorarse y creo que ahora no tiene mucho sentido.

—¿Cuál?

—El hijo de Dougal —respondió, dando la espalda al retrato—. En estos diez días he buscado a William Buccleigh MacKenzie de punta a punta del condado. He hallado a algunos que lo conocieron, pero nadie lo ha visto desde Alamance. Hay quien dice que ha abandonado definitivamente la colonia. Son muchos los reguladores que han huido. Husband, según dicen, se llevó a su familia a Maryland. Pero en cuanto a William MacKenzie, ha desaparecido como una serpiente en la guarida de una rata. Y su familia con él.

Di mi nombre

Nuestro viaje de regreso al Cerro de Fraser fue mucho más rápido que el trayecto a Alamance, pese a ir siempre cuesta arriba. La compañía de milicianos se había deshecho nada más recibir la baja del gobernador; sus miembros se dispersaban de prisa para regresar a sus casas y a sus campos.

Por eso nuestro grupo era mucho más reducido: apenas dos carretas. Algunos hombres que vivían cerca del Cerro decidieron viajar con nosotros: los dos muchachos Findlay, por ejemplo, puesto que en el trayecto pasaríamos frente a la casa de su madre.

Eché un vistazo disimulado a los hermanos, que estaban ayudando a descargar la carreta para instalar el campamento nocturno. Buenos muchachos, aunque callados. Respetaban a Jamie y parecían tenerle un respeto casi religioso, pero durante esa breve campaña habían formado una peculiar alianza con Roger. Esa extraña fidelidad continuó incluso al desbandarse la compañía.

Los dos habían ido a Hillsborough para visitarlo. Le llevaban tres manzanas tempranas, verdes y deformes, obviamente robadas de alguna huerta ajena. Él se las había agradecido con una ancha sonrisa; antes de que yo pudiera impedirselo, cogió una y le dio un heroico mordisco. Llevaba una semana sin tragar más que sopa; estuvo a punto de morir atragantado, pero la tragó, asfixiado y jadeante. Y los tres sonrieron de oreja a oreja, mirándose

sin decir nada, con lágrimas en los ojos.

Durante el viaje, los Findlay solían estar cerca de Roger, siempre vigilantes y listos para saltar en su ayuda cuando las heridas de las manos le impedían hacer algo. Jamie me había hablado de Iain Mhor, el tío de los muchachos; obviamente, tenían mucha experiencia en cuanto a adivinar las necesidades no expresadas.

Roger se había recuperado con celeridad, puesto que era joven y fuerte; además, las fracturas no eran graves. Pero dos semanas era poco para que los huesos quebrados se soldaran; yo habría preferido mantenerlo vendado por una semana más. Sin embargo, como era obvio que la restricción lo irritaba, el día antes de la partida le había quitado los entablillados de los dedos, contra mi parecer y advirtiéndole que debía cuidarse mucho.

—¡Ni se te ocurra! —le dije, al ver que iba a retirar de la carreta un pesado saco de provisiones.

Él me miró con una ceja en alto; luego se encogió tranquilamente de hombros y dio un paso atrás, para que Hugh Findlay cargara con el saco. Señaló las piedras que Iain Findlay traía para rodear la fogata; luego, al bosque cercano. ¿Podía recoger leña?

—Por supuesto que no —respondí con firmeza.

Él hizo la señal de beber y arqueó las cejas. ¿Ir a por agua?

—No. Bastaría con que se te resbalara un cántaro y...

—¿Puede escribir, *Sassenach*? —preguntó Jamie, que se había detenido junto a la carreta y observaba la escena.

—¿Escribir? ¿Escribir qué? —pregunté, sorprendida.

Pero él ya había pasado junto a mí para revolver en busca de su maltrecho portátil.

—¿Cartas de amor? —sugirió, con una gran sonrisa—. ¿O sonetos, quizá? —Le arrojó el escritorio plegable a Roger, que lo recibió limpiamente en los brazos, a pesar de mi chillido de protesta—. Pero tal vez, antes de componer un poema épico en honor a William Tryon, puedas relatarme cómo fue que nuestro mutuo pariente trató de matarte, ¿no?

El joven le dedicó una sonrisa torcida e hizo un lento gesto afirmativo.

Comenzó a escribir mientras se montaba el campamento; hizo una pausa para cenar y luego retomó la tarea. Con sólo mirarlo me dolían las

articulaciones de los dedos.

—¡Ay! ¡Basta ya de eso!

Aparté la vista de la sartén que estaba fregando con un puñado de juncos y arena. Brianna estaba entretenida en un combate mortal con su hijo, que se arqueaba hacia atrás contra su brazo, retorciéndose y dando patadas, en uno de esas enloquecedoras rabietas ante las que hasta los padres más abnegados piensan en el infanticidio.

—¿Qué te pasa? —interpeló Bree, irritada. Y luchó con Jemmy hasta lograr que se sentara a medias; al parecer trataba de cambiarle el pañal para acostarlo.

—Tal vez no esté cansado aún —sugerí—. Pero ya ha comido, ¿verdad?

—Sí. Y puede que él no esté cansado, pero yo sí.

Era cierto. Había caminado junto a la carreta la mayor parte del día, a fin de aliviar el esfuerzo de los caballos en las cuestas, cada vez más empinadas. También yo.

—Déjalo aquí y vete a lavarte, ¿quieres? —propuse.

El niño, erguido sobre las manos y las rodillas, oscilaba hacia delante y hacia atrás, entre horribles relinchos. Cogí una gran cuchara de madera y la moví tentadoramente ante él. Al verla dejó de chillar y se sentó en cuclillas, suspicaz.

Agregué al cebo una taza de hojalata y la puse en el suelo, cerca de él. Eso fue suficiente; rodó sobre el trasero, cogió la cuchara con ambas manos e inició el intento de enterrar la taza a golpes. Bree me dirigió una mirada de profunda gratitud y desapareció en el bosque, por la pendiente que conducía al pequeño arroyo.

Jamie alargó un brazo por encima de mi hombro para ponerme una taza en la mano y se sentó a mi lado.

—*Slàinte, mo nighean donn* —dijo con una suave sonrisa, levantando su propia taza en un brindis.

—Hum. —Cerré los ojos, inhalando los fragantes vapores—. ¿Es correcto decir *slàinte* cuando no es *whisky* lo que bebes? —El contenido de la taza era vino.

—No veo por qué no —respondió él, con lógica—. Al fin y al cabo es sólo un deseo de buena salud.

—Cierto, pero creo que decir «salud» es un deseo más práctico que figurativo, al menos con cierto tipo de *whisky*; es decir expresas la esperanza de que la persona con quien brindas sobreviva a la experiencia de beberlo.

Sus ojos se arrugaron en una risa divertida.

—Aún no he matado a nadie con el destilo, *Sassenach*.

—No me refería al tuyo. —Hice una pausa para beber otro poco—. ¡Ah, qué rico! Pensaba en esos tres milicianos del regimiento del coronel Ashe.

Un centinela había descubierto a esos tres hombres borrachos perdidos, tras haber consumido una botella de algo que pasaba por *whisky*, conseguido Dios sabe dónde. Como la compañía de Ashe no contaba con cirujano y nosotros acampábamos al lado, me llamaron en medio de la noche para que los atendiera lo mejor posible. Los tres sobrevivieron, pero uno había perdido la vista de un ojo y otro quedó con cierto grado de lesión cerebral.

Jamie se encogió de hombros. La ebriedad era una de esas cosas de la vida. Y el mal licor, lo mismo.

—*Thig a seo, a chuisle!* —clamó. Jemmy, perdido el interés por la taza y la cuchara, gateaba hacia la cafetera que habíamos dejado entre las piedras de la fogata, para que se mantuviera caliente. El niño no prestó atención a la orden, pero fue puesto fuera de peligro por Tom Findlay, quien lo enlazó con un brazo por la cintura para entregárselo a su abuelo, a pesar de sus pataleos.

—Siéntate —le ordenó Jamie con firmeza.

Sin darle tiempo a reaccionar, lo plantó en el suelo y le entregó su pelota de trapo. El niño lo cogió; su mirada pícaro fue de su abuelo a la fogata.

—Arroja eso al fuego, *a chuisle*, y te daré una zurra —le informó Jamie, afectuoso.

Jem contrajo la frente e hizo un elocuente puchero, pero no arrojó la pelota a las llamas.

—¿*A chuisle?* —repetí, tratando de imitar la pronunciación—. Ésa es nueva. ¿Qué significa?

—Pues... —Él se frotó el puente de la nariz con un dedo—. Significa «mi sangre».

—¿Eso no se dice *mo fuil?*

—Sí, pero ésa es la sangre que brota cuando te lastimas. *A chuisle* es algo así como... «Oh, tú, en cuyas venas corre mi propia sangre». En general se lo

dices sólo a los niños de tu familia.

—Qué encantador. —Dejé mi taza vacía en el suelo para recostarme contra su hombro. Aún estaba cansada, pero la magia del vino había pulido los rudos bordes del agotamiento, dejándome agradablemente atontada—. ¿Se lo dirías a Germain? ¿O a Joan? ¿O acaso *a chuisle* tiene un sentido muy literal?

—Como apelativo para Germain preferiría *un petit enmerdeur* —respondió, con un leve resoplido de diversión—. A Joan... Sí, a la pequeña Joan le diría *a chuisle*. Es sangre del corazón, ¿comprendes? No sólo del cuerpo.

Jemmy había dejado caer su pelota de trapo y contemplaba encantado las luciérnagas que empezaban a titilar entre la hierba, al caer la oscuridad. Ya con el estómago lleno y un agradable descanso, todo el mundo comenzaba a sentir el efecto sedante de la noche.

Junto al fuego se oyó un fuerte susurro de matas. Por allí emergió Brianna, mojada, pero mucho más animada. Se detuvo junto a Roger para apoyarle una mano en la espalda y echó un vistazo a lo que estaba escribiendo. Entonces él levantó la vista y, encogiéndose los hombros en un gesto resignado, reunió las páginas ya escritas de su obra y se las entregó. Ella se arrodilló a un lado para leer, con el entrecejo fruncido por el esfuerzo de distinguir las letras a la luz del fuego.

—Fue buena idea hacer que Roger escribiera —comenté—. No veo el momento de saber qué pasó.

—Lo mismo digo —concordó Jamie—. Pero ahora que William Buccleigh ha desaparecido, puede ser más importante saber qué es lo que pasará.

—¿Así que no te interesa descubrir si tu primo es o no capaz de asesinar a sangre fría? —pregunté.

Él emitió un gruñido sordo que podía pasar por risa.

—Es un MacKenzie, *Sassenach*. Un MacKenzie de Leoch.

Los Fraser eran duros como piedras, me habían dicho. El mismo Jamie describía con estas palabras a los MacKenzie de Leoch: «Encantadores como alondras del campo... y astutos como zorros».

—¿Qué?

La exclamación de Brianna desvió mi atención hacia el otro lado de la fogata. Miraba a Roger con las páginas en la mano y una expresión donde se mezclaba el regocijo y la consternación. La cara de Roger estaba vuelta hacia ella, pero levantó una mano como para acallarla y miró hacia los hombres que bebían bajo el árbol, como para asegurarse de que nadie la hubiera oído.

Vi un reflejo de luz en los huesos de su cara. Luego su expresión cambió en un instante de la cautela al horror. Se levantó precipitadamente, con la boca abierta.

—¡No! —bramó.

Fue un grito terrible, potente y áspero, pero con un dejo horriblemente estrangulado, como si lo hubiera lanzado con un puño hundido en la garganta. Petrificó a todos cuantos lo oyeron... incluido Jemmy, que había abandonado a las luciérnagas para reanudar sigilosamente su investigación de la cafetera. Levantó la vista hacia su padre, deteniendo la mano a quince centímetros del metal caliente. Luego arrugó la cara y rompió a llorar, asustado.

Roger alargó los brazos por encima de la fogata para levantarlo. El niño chilló y pataleó, tratando de escapar de ese terrorífico desconocido. Bree se apresuró a hacerse cargo de él, estrechándolo contra el seno, con la cara contra su hombro. Había palidecido por la impresión.

Roger también parecía fuertemente impresionado. Se llevó una mano cautelosa al cuello, como si no estuviera seguro de tocar su propia carne. Aún tenía una marca oscura bajo la mandíbula, dejada por la cuerda; era visible aun a la luz vacilante del fuego, junto con la línea más pequeña y pulcra de mi propia incisión.

Pasada la sorpresa inicial causada por su grito, los hombres se levantaron para acercarse.

—Diga algo más —lo instó Hugh Findlay.

—Sí, señor, inténtelo —se sumó Iain, radiante la cara redonda—. Diga... diga «Tres tigres comen trigo en un trigal».

La sugerencia fue acallada con un abucheo. Siguió una lluvia de propuestas entusiastas. Roger comenzaba a desesperarse y apretaba los dientes. Jamie y yo nos habíamos levantado; percibí que mi esposo se disponía a intervenir de algún modo.

Entonces Brianna se abrió paso; Jemmy, acoplado a su cadera, observaba la escena con intensa confianza. Ella estrechó la mano de Roger y le dedicó una sonrisa que apenas temblaba un poquito.

—¿Puedes decir mi nombre? —preguntó.

La sonrisa de Roger se parecía a la suya. Me llegó el ruido áspero del aire en su garganta, al tomar aliento. En esta oportunidad habló con mucha suavidad, pero todos guardaban silencio. Fue un susurro penoso y denso. La primera sílaba golpeó con fuerza para brotar entre las cuerdas vocales dañadas; la última fue apenas audible. Pero dijo:

—Brrria... na.

Y ella rompió a llorar.

Dinero sangriento

Cerro de Fraser

Junio de 1771

Me había sentado frente a Jamie en su estudio para hacerle compañía; yo rallaba raíces de sanguinaria mientras él luchaba con las cuentas del trimestre. Ambas eran tareas lentas y tediosas, pero así podíamos compartir la luz de una misma vela y disfrutar de la mutua compañía.

—¡Mira esto! —exclamó Jamie—. Un tonel de *brandy* a doce chelines; dos piezas de muselina a tres con diez cada una; ferretería... ¿Para qué demonios necesita Roger productos de una ferretería? ¿Acaso piensa tocar melodías con una azada? ¡Ferretería, diez con seis!

—Creo que eso fue por una reja de arado —dije, pacificadora—. No es para nosotros. Roger la compró para Geordie Chisholm.

Jamie contempló penosamente las cifras y se pasó una mano por el pelo.

—Sí —dijo—. Sólo que Geordie no tendrá ni un penique hasta que se vendan las cosechas del año próximo. De modo que seré yo quien deba pagar ahora esos diez con seis chelines, ¿verdad?

Dejé caer en un frasco el extremo de la raíz que terminaba de rallar. La sanguinaria tiene el nombre bien puesto; el jugo de su raíz es rojo, acre y

pringoso. En el regazo tenía un cuenco lleno de ralladuras húmedas y rezumantes; por el aspecto de mis manos, se habría dicho que acababa de destripar a unos cuantos animalejos.

—Tengo listo el cordial de cerezas, seis docenas de botellas —le ofrecí. ¡Cómo si él no lo supiera! Durante toda una semana la casa entera había olido a jarabe para la tos—. Fergus puede venderlas en Salem.

Jamie asintió con aire distraído.

—Sí, cuento con eso para comprar semillas de maíz. ¿Tienes algo más que se pueda enviar a Salem? ¿Velas? ¿Miel?

—Creo que puedo prescindir de cuarenta y cinco litros de miel —dije, con cautela—. Y quizá de diez docenas... bueno, de una gruesa de velas.

—Creía que éste había sido un buen año para tus colmenas —observó.

Era cierto. Mi primera colmena se había expandido; ahora tenía nueve en torno a mi huerta. De ellas había extraído casi doscientos veinticinco litros de miel y cera suficiente para treinta docenas de velas. Por otra parte, tenía pensado dar otro uso a esos productos.

—Necesito algo de miel para la clínica —expliqué—. Es un buen elemento antibacteriano para las heridas.

—De acuerdo, quédate con la miel. ¿Puedo vender el jabón?

Asentí, complacida. Tras muchos y cautos experimentos, había logrado por fin producir un jabón que no olía a cerdo muerto remojado en lejía ni eliminaba la capa superior de la epidermis. Pero en vez de suero requería aceite de girasol o de oliva, ambos muy costosos.

Tenía planeado un trueque con las mujeres cherokees: lo que me sobraba de miel por su aceite de girasol, para hacer más jabón y champú. Ambos se venderían a precios excelentes en cualquier parte. Al menos eso pensaba yo, pero no estaba segura de que Jamie accediera a poner dinero en esa empresa, que tardaría meses en fructificar, si podía obtener ganancias inmediatas vendiendo la miel. No obstante, si le hacía ver que podíamos ganar mucho más con el jabón que con la miel sin elaborar, no tendría dificultades en salirme con la mía.

Antes de que pudiera exponer las perspectivas se oyeron pisadas ligeras en el pasillo y unos suaves golpes en la puerta.

—Pase —ordenó Jamie, irguiendo la espalda.

El señor Wemyss asomó la cabeza, pero de inmediato vaciló, algo alarmado por las sanguinarias manchas de mis manos. Jamie lo invitó con un cordial movimiento de pluma.

—¿Sí, Joseph?

—¿Puedo hablarle de un tema privado, señor?

Aparté la silla, pero cuando iba a recoger mis cosas él me detuvo con un gesto.

—¡Oh!, no, señora. Me gustaría que usted también estuviera presente, si no le molestara. Se trata de Lizzie; la opinión de una mujer me sería muy valiosa.

—Por supuesto. —Volví a sentarme, ya con curiosidad.

—¿De Lizzie? ¿Has encontrado marido para nuestra pequeña, Joseph? — Jamie dejó la pluma en el tintero.

—Creo que sí, señor Fraser. Esta mañana ha venido Robin McGillivray para pedir la mano de mi Elizabeth para su muchacho Manfred.

Enarqué las cejas un poco más. Hasta lo que yo sabía, Manfred McGillivray no había visto a Lizzie más de cinco o seis veces, en las que apenas habían cambiado unas pocas frases de cortesía.

Cuando el señor Wemyss describió la situación, las cosas quedaron algo más claras. Jamie había prometido una dote para Lizzie, consistente en una parcela de buena tierra; su padre, ya libre de su contrato de servidumbre, tenía derecho también a cincuenta acres, que ella heredaría. La parcela de los Wemyss lindaba con la de los McGillivray; unidas, constituían una granja muy respetable. Por lo visto, ahora que Ute McGillivray tenía a sus tres hijas casadas o convenientemente comprometidas, el matrimonio de Manfred era el paso siguiente de su plan magistral. Después de examinar a todas las muchachas casaderas de treinta kilómetros a la redonda, se había decidido por Lizzie y enviado a Robin para que iniciara las negociaciones.

—Bueno, los McGillivray son una familia decente —dijo Jamie, juicioso. Mientras reflexionaba, hundió un dedo en mi cuenco de sanguinaria rallada y trazó una línea de marcas rojas en su secante—. No tienen mucha tierra, pero a Robin le va bastante bien y el pequeño Manfred es muy trabajador, por lo que me han dicho.

Robin era armero y tenía una pequeña tienda en Cross Creek. Manfred

había hecho su aprendizaje con otro arnero de Hillsborough; entonces ya cobraba jornal.

—¿La llevaría a vivir a Hillsborough? —pregunté. Eso podía influir mucho en Joseph Wemyss. Si bien era capaz de cualquier cosa por asegurar un futuro a su hija, amaba profundamente a Lizzie y perderla la partiría el corazón.

—Dice Robin que no, que planea ejercer su oficio en Woolam's Creek, siempre que pueda pagar una tienda pequeña. Vivirían en la granja. —Echó un vistazo de reojo a Jamie y luego apartó la vista; la sangre ascendió bajo su blanca tez.

Mi esposo inclinó la cabeza y vi que contraía la boca. De modo que era allí donde entraba él en las negociaciones. Woolam's creek era un pequeño asentamiento que se estaba desarrollando al pie del Cerro de Fraser. Si bien el molino y las tierras que se extendían al otro lado del arroyo eran propiedad de los Woolam, una familia de cuáqueros, hacia el lado del cerro todo pertenecía a Jamie.

Hasta el momento había proporcionado tierras, provisiones y herramientas a Ronnie Sinclair, Theo Frye y Bob O'Neill, para un taller de tonelero, una herrería (todavía en construcción) y un pequeño almacén de productos varios; según las condiciones, nosotros participaríamos eventualmente de las ganancias, pero por el momento, no habría ingresos.

Si Jamie y yo teníamos planes para el futuro, lo mismo podía decirse de Ute McGillivray. Desde luego, ella sabía que Jamie haría cuanto pudiera por Lizzie, pues sentía una estima especial por ella y su padre. Y desde luego, eso era lo que Joseph Wemyss pedía ahora con mucha delicadeza: ¿podría Jamie proporcionar a Manfred un lugar en Woolam's Creek, como parte del acuerdo?

Él me miró por el rabillo del ojo. Yo encogí imperceptiblemente un hombro; me preguntaba si Ute McGillivray, en sus cálculos, habría tenido en cuenta la fragilidad física de Lizzie. Había muchas jovencitas más fuertes que ella y mejor dotadas para la maternidad. Aun así, en el caso de que muriera de parto, dejaría más ricos a los McGillivray, tanto por las tierras de su dote como por la propiedad de Woolam's Creek. Y no era tan difícil conseguir otra esposa.

—Supongo que se podría hacer algo —respondió Jamie, cauteloso. Vi que su mirada iba hacia el libro de cuentas, con sus deprimentes columnas de cifras.

—Ya me las arreglaré —dijo—. Pero ¿qué dice la niña? ¿Acepta a Manfred?

El señor Wemyss pareció dudar un poco.

—Dice que sí. Es un buen muchacho, aunque su madre... Buena mujer, muy buena —añadió de inmediato—, sólo que un poco... eh... Aun así...

Se volvió hacia mí, arrugada la estrecha frente.

—A decir verdad, señora, no estoy seguro de que Lizzie sepa lo que quiere. Sabe que es un buen partido y que estaría cerca de mí. —Su expresión se ablandó al decirlo. Luego volvió a ponerse firme—. Pero no me gustaría que aceptara sólo por agradarme.

—Comprendo —dije—. ¿Quiere usted que hable con ella?

—¡Oh, señora!, le estaría muy agradecido. —Se levantó casi de un brinco, aligerado por el alivio. Después de estrechar fervorosamente la mano a Jamie, se inclinó varias veces ante mí y salió por fin, con muchas reverencias y murmullos de gratitud.

La puerta se cerró tras él, y Jamie movió la cabeza, suspirando.

La única vela, a punto de consumirse, arrojaba sombras movedizas por la habitación. Me levanté para ir hacia el estante en busca de otra. Para sorpresa mía, Jamie se acercó también; y, buscando detrás de las velas nuevas y medio consumidas, extrajo de las sombras un achaparrado reloj-candelabro.

Lo puso en el escritorio y utilizó una de las bujías para encenderla. La mecha ya estaba ennegrecida: la vela había sido utilizada anteriormente, aunque no estaba muy consumida. A una mirada de Jamie fui calladamente a cerrar la puerta.

—¿Crees que ha llegado el momento? —pregunté en voz queda, deteniéndome a su lado.

Él movió la cabeza sin responder. Luego, con un suspiro, volvió hacia mí el libro de cuentas. Allí pude ver el estado de nuestros asuntos, presentado en blanco y negro: fatal, en lo que a efectivo se refería. Aparte de la armería para Manfred McGillivray y la modesta dote de Lizzie, debíamos afrontar los

gastos normales de la crianza y el mantenimiento del ganado, más un ambicioso plan para suministrar rejas de arado a todos los arrendatarios, muchos de los cuales aún estaban labrando a mano.

Y más allá de nuestros propios gastos, cargábamos con una onerosa obligación: la maldita Laoghaire MacKenzie Fraser, alias Mal Rayo la Parta.

No era exactamente una exmujer, pero tampoco dejaba de serlo. Convencido de que mi ausencia era definitiva (si es que no había muerto), Jamie se había casado con ella por insistencia de su hermana Jenny. En poco tiempo fue obvio que ese matrimonio era un error; al reaparecer yo se pidió la anulación, para alivio de todos los involucrados.

Jamie, generoso hasta el exceso, había acordado pagarle una importante pensión anual y asignar una dote a cada una de las hijas de Laoghaire. La de Marsali se iba pagando poco a poco en tierras y *whisky*; en cuanto a Joan, no había noticias de boda inminente. Pero pronto habría que pagar el dinero con el que la madre mantenía en Escocia su propio estilo de vida, cualquiera que fuese... y no lo teníamos.

Jamie reflexionaba melancólicamente, con los ojos entornados. No me molesté en sugerirle que Laoghaire podía solicitar una licencia de mendicante y salir a pedir limosna por la parroquia. A pesar de la opinión que le mereciera esa mujer, él se consideraba responsable y no había más que decir.

Probablemente no aceptaría tampoco pagar la deuda en toneles de pescado en salmuera y jabón de lejía. Así que sólo quedaban dos alternativas: pedir un préstamo a Yocasta, cosa muy desagradable, o vender otra cosa. Varios caballos, por ejemplo. Unos cuantos cerdos. O una joya.

La vela ardía con fuerza; la cera que rodeaba la mecha ya se había fundido. Ya se podía ver a través del claro charco de cera derretida: tres gemas, oscuras contra el gris dorado de la vela, que no llegaba a ocultar del todo sus vívidos matices. Una esmeralda, un topacio y un diamante negro.

Jamie los miraba sin tocarlos, con las densas cejas unidas en concentración.

No sería fácil vender una de aquellas piedras en las colonias de Carolina del Norte; probablemente sería necesario viajar a Charleston o a Richmond. Pero se podía hacer, y de ese modo conseguiríamos dinero suficiente para pagar a Laoghaire su libra de carne y cubrir los gastos crecientes. Pero las

gemas tenían un valor que iban más allá del dinero: eran la moneda que permitía viajar a través de las piedras; protegían la vida del viajero.

Las pocas cosas que sabíamos de ese peligroso tránsito se basaban, en su mayor parte, en los escritos de Geillis Duncan o en lo que ella me había dicho; sostenía que las gemas brindaban al viajero, no sólo protección contra el caos en ese inefable espacio entre los estratos del tiempo, sino también en alguna posibilidad de conducir, de escoger el momento en el que surgiría.

Llevada por un impulso, regresé al estante y, poniéndome de puntillas, busqué a tientas el envoltorio de cuero escondido entre las sombras. Pesaba en la mano. Lo desenvolví con cuidado y deposité la piedra ovalada en el escritorio, junto a la vela. Era un ópalo grande, cuyo ardiente corazón se traslucía en la matriz opaca, gracias al tallado que cubría la superficie: una espiral, primitivo dibujo de la serpiente que devora su propia cola.

El ópalo era propiedad de otro viajero, el misterioso indio llamado Diente de Nutria Marina. Un indio que alguna vez habló inglés y cuyo cráneo mostraba obturaciones de plata en la dentadura. Él había llamado «pasaje de regreso» a esa gema. Al parecer, no sólo Geillis Duncan creía que las piedras preciosas tenían algún poder en ese horrible lugar... intermedio.

—Cinco, dijo la bruja. —Apuntó Jamie, pensativo—. ¿Dijo que se necesitaban cinco piedras?

—Eso pensaba ella. —Aunque la noche era cálida, se me erizó la piel al pensar en Geillis Duncan, en las gemas... y en el indio que había conocido en una ladera oscura, con la cara pintada de negro en señal de muerte, justo antes de encontrar el ópalo y el cráneo sepultado con él. ¿Sería su cráneo el que habíamos enterrado, con obturaciones de plata y todo?

—¿Debían ser gemas pulidas o talladas?

—No sé. Dijo que las talladas eran mejores, pero no sé por qué... ni tampoco si tenía razón.

Ése era siempre el problema: sabíamos tan poco...

Él emitió un pequeño bufido y se frotó el puente de la nariz con un nudillo.

—Pues bien: tenemos estas tres y el rubí de mi padre. Son cuatro piedras talladas y pulidas. Y luego, este pequeño «bobi» —se refería al ópalo— y la de tu amuleto, que están en bruto.

El caso era que las piedras talladas o pulidas valían mucho más, en efectivo, que el ópalo o el zafiro en bruto. Sin embargo, ¿podíamos arriesgarnos a perder una piedra que quizá representara, algún día, la diferencia entre la vida y la muerte para Bree o Roger?

—No es probable —dije, en respuesta a su pensamiento más que a sus palabras—. Bree se quedará, al menos hasta que Jemmy sea mayor, quizá para siempre.

Después de todo, ¿quién podía renunciar a un hijo, a la posibilidad de conocer a sus nietos? No obstante yo lo había hecho. Froté distraídamente mi anillo de oro.

—Sí, pero el muchacho...

—No. Él no abandonaría a Bree y a Jemmy. —Lo dije con firmeza, pero en mi corazón había una chispa de duda.

—Todavía no —dijo Jamie, en voz baja.

Aspiré hondo, pero no dije nada. Sabía muy bien a qué se refería. Roger, envuelto en su silencio, parecía alejarse cada día más. Él aún sonreía, jugaba con Jemmy y se mostraba siempre atento con Brianna, pero la sombra de sus ojos no cedía jamás. Cuando no se lo requería para alguna tarea, desaparecía durante horas enteras, a veces todo el día. Caminaba por las montañas y regresaba después del oscurecer, exhausto, sucio de polvo... y silencioso.

—No duerme con ella, ¿verdad? Desde que sucedió aquello.

—Algunas veces. He preguntado. Pero creo que últimamente ya no.

Bree hacía lo imposible por acercarlo, por arrancarlo de las profundidades de esa creciente depresión. Pero tanto para Jamie como para mí era obvio que nuestra hija estaba perdiendo la batalla y lo sabía. Se la notaba cada vez más callada y ojerosa.

—Si él... retornara... ¿habría cura para su voz? ¿Allá, en su propio tiempo? —Jamie deslizó un dedo sobre el ópalo, siguiendo la espiral con los ojos.

Yo suspiré otra vez.

—No sé. Se le podría ayudar... quizá con una operación o con terapia de foniatría. Hasta qué punto mejoraría, nadie puede saberlo. El hecho es que... podría recobrar sin ayuda buena parte de su voz, si se esforzara. Pero no lo hará.

Jamie asintió con la cabeza. Cualesquiera que fuesen las posibilidades de cura médica, lo cierto era que, si fracasaba el matrimonio, no quedaría nada que retuviera a Roger allí. Y si entonces decidía retornar...

Jamie se incorporó en la silla para apagar la vela.

—Todavía no —dijo en la oscuridad, con la voz firme—. Faltan algunas semanas antes de que haya que enviar el dinero a Escocia; ya se verá si podemos hacer otra cosa. Por ahora conservaremos las piedras.

Un paquete enviado desde Londres

El paquete llegó en agosto, gracias a Jethro Wainwright, uno de los pocos vendedores itinerantes lo bastante emprendedores como para subir por los empinados y serpeantes caminos que conducían al Cerro. Enrojecido y jadeante por el ascenso y el esfuerzo de descargar a su burra, el señor Wainwright me entregó el envío con una inclinación de cabeza y, a una invitación mía, se dirigió agradecido a la cocina, mientras su asno mascaba la hierba del patio.

Era un paquete pequeño, una especie de caja bastante pesada, envuelta en hule, cuidadosamente cosido y atado con bramante para mayor seguridad. La etiqueta decía, simplemente: «Al señor James Fraser, caballero, Cerro de Fraser, Carolina».

—¿Qué crees que es? —le pregunté a la burra. Era una pregunta retórica, pero la amigable bestia levantó la cabeza y rebuznó en respuesta.

El ruido despertó los correspondientes gritos de curiosidad y bienvenida entre *Clarence* y los caballos; en pocos segundos aparecieron Jamie y Roger por un lateral del granero, Brianna del silo y el señor Bug.

—¿Qué es? —Brianna se puso de puntillas para mirar por encima del hombro de su padre, que había cogido el paquete—. No viene de Lallybroch, ¿verdad?

—No, no es la letra de Ian... ni la de mi hermana —replicó Jamie,

después de una vacilación muy breve—. Pero ha viajado mucho... —Miró el dorso del paquete y sacudió la cabeza—. Tenía un sello, pero ha desaparecido.

—Hum. —El señor Bug movió la cabeza contemplando el envoltorio con aire dubitativo—. No es un azadón.

—No, no es una cabeza de azadón —confirmó Jamie, sopesando el paquete—. Tampoco un libro, mucho menos una mano de papel. Y no recuerdo haber encargado otra cosa. ¿Podrían ser semillas, *Sassenach*? El señor Stanhope prometió enviarte algunas del jardín de su amigo, ¿verdad?

—¡Oh, podría ser! —Era una posibilidad estimulante; el señor Crossley, amigo de Stanhope, tenía un gran jardín ornamental, con muchas especies exóticas e importadas.

Roger y Brianna intercambiaron una mirada. Para ellos, las semillas eran mucho menos interesantes que el papel o los libros. Aun así, cualquier carta o paquete era algo tan novedoso que nadie quería abrirlo mientras no se hubiera disfrutado de todas las especulaciones posibles sobre su contenido.

Al final no lo abrimos hasta después de cenar. Jamie apartó el plato vacío, cogió el envoltorio con la debida ceremonia, lo sacudió una vez más y me lo entregó.

—Ese nudo requiere la mano de un cirujano, *Sassenach* —dijo con una gran sonrisa.

Después de pellizcar la cuerda durante varios minutos logré desatar el nudo y enrollé el bramante con pulcritud, para un uso futuro.

Entonces Jamie cortó cuidadosamente la costura con la punta del cuchillo y extrajo, entre exclamaciones de asombro, una pequeña caja de madera. Su diseño era simple, pero elegante; estaba hecha de madera oscura pulida, con los goznes y el cierre de bronce.

Jamie levantó delicadamente el cierre con un dedo y apartó la tapa hacia atrás. Dentro había un pequeño saco de terciopelo rojo oscuro. Desató el cordel que lo fruncía, y extrajo lentamente un... objeto.

Era un disco dorado y plano, de unos diez centímetros de diámetro. Boquiabierto de asombro, noté que tenía el borde algo levantado, como un plato, y que estaba decorado con símbolos diminutos. En la parte central del disco se veía una extraña pieza de filigrana, hecha de un metal plateado. Se

trataba de un pequeño dial abierto, parecido a la esfera de un reloj, pero con tres brazos que unían su borde exterior al centro del disco dorado.

El pequeño círculo de plata estaba también decorado con arcanos impresos, quizá demasiado pequeños para la vista, y unido a una pieza en forma de lira que descansaba en el vientre de una anguila de plata, larga y plana, cuyo lomo se ajustaba perfectamente al borde interior del disco dorado. Encima había una barra de oro, afilada en los extremos como una aguja de brújula muy gruesa, que estaba atravesada por un eje que pasaba por el centro del disco y que le permitía girar. A lo largo de esa barra se leía, en letra clara: «James Fraser».

—Es un astrolabio —informó Jamie.

En su cara inferior, el objeto presentaba una superficie plana, con varios círculos concéntricos grabados, a su vez subdivididos por cientos de marcas y símbolos diminutos. Ese lado tenía una pieza giratoria, como la aguja de la otra cara, pero de forma rectangular y con los extremos curvados hacia arriba, aplanados y recortados de modo que las muescas formaban un par de miras.

Bree alargó un dedo para tocar con respeto la reluciente superficie.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿Eso es oro de verdad?

—En efecto. —Jamie depositó cuidadosamente el objeto en su palma extendida—. Y lo que me gustaría saber es ¿por qué?

—¿Por qué un astrolabio y por qué de oro? —pregunté.

—Por qué de oro —respondió, frunciendo el entrecejo—. Hace tiempo que deseaba tener un instrumento así y no podía encontrar ninguno entre Albani y Charleston. Lord John Grey me prometió que haría que me enviaran uno de Londres; supongo que es éste. Pero por qué es de...

La atención de todos estaba aún fija en el astrolabio, pero él la desvió hacia la caja en la que había venido. Como cabía esperar, en el fondo había una nota, bien doblada y sellada con lacre azul. La insignia no era la habitual media luna sonriente con estrellas de lord John, sino un escudo desconocido: mostraba un pez con un aro en la boca.

Jamie frunció el entrecejo al verlo; luego rompió el sello y la abrió.

*Señor James Fraser, Caballero
Cerro de Fraser*

Colonia Real de Carolina del Norte

Mi estimado señor:

Tengo el honor de enviarle el objeto adjunto con los cumplidos de mi padre, lord John Grey. En ocasión de mi partida hacia Londres, me dio instrucciones de conseguir el mejor instrumento posible; sabedor de la alta estima que le merece la amistad de usted, me he cuidado de que así fuera. Espero que merezca su aprobación.

Su seguro servidor,

*William Ransome, lord Ellesmere,
Capitán del 9.º Regimiento*

—¿William Ransome? —Brianna se había levantado para leer por encima de Jamie. Me miró con las cejas fruncidas—. Dice que lord John es su padre, pero ¿el hijo de lord John no es todavía un niño?

—Tiene quince años. —La voz de Jamie encerraba una nota extraña.

—... no es Grey —decía Brianna.

—No. —Jamie seguía mirando la nota que tenía en la mano y parecía algo distraído. Sacudió por un instante la cabeza, como para desprenderse de algún pensamiento, y volvió al asunto que lo ocupaba—. No —repitió con más firmeza, dejando la nota—. El muchacho es hijastro de John; su padre era el conde de Ellesmere; el niño es el noveno de ese título. Ransom es el apellido de Ellesmere.

Mantuve la mirada fija en la mesa y en la caja vacía, temerosa de que mi cara transparente revelara algo más, aunque sólo fuera el hecho de que había algo que revelar.

En realidad, William Ransom no era hijo del octavo conde de Ellesmere, sino de James Fraser; percibí la tensión con que Jamie me tocó la pierna por debajo de la mesa, aunque su cara expresaba ahora una leve exasperación.

—Por lo visto le han comprado un nombramiento al muchacho —dijo, doblando pulcramente la carta para guardarla nuevamente en la caja—. De modo que ha ido a Londres y allí compró esto por indicación de John. Supongo que, para un muchacho de su crianza, «bueno» significa

necesariamente chapado en oro.

Jamie examinó el astrolabio, haciendo girar con el índice la anguila de plata.

—Es magnífico, sí —reconoció, casi renuente.

—Muy bonito. —El señor Bug hizo un gesto de aprobación—. ¿Para topografía?

—Así es.

—¿Para topografía? —preguntó Brianna—. ¿Esto es para medir las tierras?

—Entre otras cosas. —Jamie hizo girar el astrolabio y empujó suavemente la barra plana, haciendo girar las miras recortadas—. Esto... se usa como teodolito. ¿Sabes qué es eso?

Brianna asintió, interesada.

—Claro. Conozco distintas formas de topografía, pero por lo general usábamos...

—Dijiste que sabías medir tierras, lo recuerdo. —Jamie observó a su hija con aprobación—. Por eso quería esto, aunque pensaba en algo menos vistoso. De peltre habría sido más útil. Aun así, mientras no tenga que pagarlo...

—Déjame ver. —Brianna extendió una mano para coger el objeto y movió el dial interior, absorta.

—¿Sabes usar el astrolabio? —le pregunté, dubitativa.

—Yo sí —aseguró su padre, con cierta presunción—. Aprendí en Francia. —Y se levantó—. Vamos fuera, muchacha. Te enseñaré a calcular la hora.

—Sí, exactamente ahí. —Jamie se inclinó atentamente sobre el hombro de Bree, señalando un punto del dial exterior. Ella ajustó cuidadosamente el interior y movió ligeramente el marcador.

—¡Las cinco y treinta! —exclamó, ruborizada de placer.

—Y treinta y cinco —corrigió Jamie.

—Ésta es la primera vez que sé la hora exacta desde que abandoné la casa de los Sherston. —Bree no prestaba atención al instrumento que tenía en las manos. La vi buscar los ojos de Roger, sonriente. Un momento después él respondió con su sonrisa torcida. ¿Cuánto tiempo habría pasado para él?

Bree devolvió cuidadosamente el astrolabio a Jamie, quien de inmediato empezó a frotarlo con los faldones de la camisa para quitarle las huellas digitales.

—¿Qué otra cosa puedes hacer con eso, papá?

—¡Oh!, muchas cosas. Puedes saber cuál es tu posición, tanto en tierra como en el mar, calcular la hora, localizar determinada estrella en el cielo...

—Muy útil —observé—, pero no tanto como un reloj. Pero supongo que tu mayor interés no era saber la hora.

—No. —Él guardó tiernamente el astrolabio en su saco de terciopelo—. Debo medir correctamente la tierra de las dos concesiones, cuanto antes.

—¿Por qué? —Bree ya se iba, pero al oír eso se volvió con una ceja en alto.

—Porque queda poco tiempo —explicó Jamie—. Vosotros dos sabéis lo que se avecina. —Jamie miró a Bree y a Roger—. Aunque el rey caiga, la tierra perdurará. Y para conservar estas tierras a través de todo eso es necesario medirla y registrarla debidamente. Cuando hay disturbios, cuando la gente debe abandonar su tierra o dejarse desposeer... recuperarla es un trabajo infernal, pero se puede, siempre que tengas una buena escritura para probar que alguna vez te perteneció. Lallybroch... lo salvamos gracias a la escritura. Y el joven Simon, el hijo de Lovat... él también peleó por su tierra después de Culloden, y al fin recuperó la mayor parte. Pero sólo porque tenía papeles para demostrar que había sido suya. Por eso.

Abrió el estuche para depositar en su interior, con suavidad, el saco de terciopelo.

—Quiero tener papeles. Y cualquiera que sea el Jorge que con el tiempo gobierne, esta tierra será nuestra. Y tuya —añadió suavemente, alzando los ojos hacia Brianna—. Y después, de tus hijos.

Que no es poco

Brianna había subido hasta la casa grande para coger prestado un libro. Tras dejar a Jemmy en la cocina con la señora Bug, se dirigió al estudio de su padre.

Fergus había traído tres libros más de su último viaje a Wilmington: una serie de ensayos de Michel de Montaigne (no le servirían, pues estaban en francés), un maltrecho ejemplar de *Moll Flanders*, por Daniel Defoe, y un volumen muy delgado, de cubierta blanda, escrito por B. Franklin: *Medios y maneras de obtener la Virtud*. No hay mucho que pensar, se dijo, retirando *Moll Flanders*. El libro estaba muy desgastado, pero parecía completo.

Un súbito estruendo en la consulta de su madre la arrancó de la contemplación del libro. Por instinto buscó a Jem con la mirada, pero no estaba allí, claro. Después de dejar precipitadamente el volumen en su lugar, salió del estudio corriendo, sólo para encontrarse con su madre, que acudía desde la cocina.

Llegó a la puerta de la clínica apenas un segundo antes.

—¡Jem!

La puerta del gran armario estaba entornada; en el aire pendía un fuerte olor a miel. En el suelo había una vasija rota, en medio de un charco dorado y pringoso. Jemmy se había sentado en el centro, generosamente untado, con los ojos azules absolutamente redondos y la boca abierta en un gesto de

sorpresa culpable.

La sangre subió a la cabeza de Bree. Lo levantó por un brazo, pringoso y todo.

—¡Jeremiah Alexander MacKenzie! —dijo, en tono enfadado—. ¡Eres un niño muy malo!

Después de inspeccionarlo apresuradamente por si estuviera lastimado o sangrando, le dio un azote en el trasero, lo bastante fuerte como para que le escociera la palma de la mano.

El chillido resultante le provocó un sentimiento de culpa. Pero, al ver el resto de la carnicería que le rodeaba, tuvo que dominar el impulso de zurrarlo otra vez.

Manojos enteros de romero seco, tomillo y milenrama habían sido arrancados del secadero y estaban hechos pedazos. Una de las baldas donde estaban las gasas colgaba desprendida de la estantería, y la tela estaba completamente desgarrada. Por el suelo rodaban botellas y jarras; algunas habían perdido los corchos y se habían derramado polvos y líquidos multicolores. Un gran saco de lino, lleno de sal gruesa, estaba medio vacío; por doquier había puñados de sus cristales arrojados con abandono.

Peor aún: el amuleto de su madre yacía en el suelo, con la taleguilla rota, aplastada y vacía. Alrededor, se veían trocitos de plantas secas, algunos huesos diminutos y otros restos.

—Lo siento mucho, mamá. Se ha escapado. No estaba atenta. Debí de tener más cuidado...

Claire algo aturdida por el tumulto, miró a su alrededor para hacer un rápido inventario. Luego se inclinó para levantar a Jemmy, sin fijarse en la miel.

—Bueno, a esta edad lo tocan todo —le dijo a Bree, más divertida que enfadada—. No te preocupes, querida; es sólo desorden. Gracias al cielo no llegó a los cuchillos. Y los venenos también están bien arriba.

Brianna sintió que su corazón volvía a aminorar el paso. Sentía la mano caliente, palpitante de sangre.

—Pero tu amuleto... —señaló.

Por la cara de su madre pasó una sombra al ver aquella profanación.

—¡Oh! —Claire aspiró hondo, dio unas palmaditas a Jemmy en la

espalda y lo dejó en el suelo.

—Lo siento —repitió Brianna, impotente.

Su madre, haciendo un esfuerzo visible, restó importancia al asunto con un gesto; luego se agachó para recoger los fragmentos del suelo.

—Siempre me pregunté qué habría dentro —comentó, mientras recogía con cuidado los huesos diminutos—. ¿De qué crees que sea esto? ¿De musaraña?

—No sé. —Brianna se sentó en cuclillas a su lado para subir las cosas—. Supongo que serían de ratón o murciélago.

Su madre la miró, sorprendida.

—Pues sí que eres lista. Mira esto. —Pellizcó del suelo un objeto pequeño y pardo, como de papel, y se lo enseñó. Al inclinarse para mirar mejor, Brianna vio algo que parecía una hoja seca y arrugada, pero en realidad era un trozo del ala de un murciélago diminuto.

—«Pata de sapo, ojo de tritón, / ala de murciélago, lengua de lebre!» —citó Claire, mientras depositaba el puñado de huesos en la encimera—. ¿Qué querría decir con eso?

—¿Quién?

—Nayawenne, la mujer que me dio la taleguilla.

Jemmy, olvidadas las regañinas, se había apoderado de un grapa quirúrgica a la que le estaba dando vueltas, como si estudiara sus posibilidades comestibles. Brianna se preguntó si debía quitársela, pero como no tenía filo y su madre siempre esterilizaba sus instrumentos metálicos en agua hirviendo, decidió dejárselo por el momento.

El niño se quedó con Claire mientras ella iba a la cocina a por agua caliente y algunos trapos con los que limpiar la miel. La señora Bug roncaba suavemente en una butaca, profundamente dormida, con las manos cruzadas sobre el redondeado vientre y el pañuelo cómodamente torcido hacia una oreja. Regresó de puntillas, con el cubo de agua y un montón de trapos. La mayor parte de la basura estaba ya recogida; su madre se arrastraba a cuatro patas, mirando por debajo de los muebles.

—¿Has perdido algo? —Echó un vistazo al último estante del armario, pero no faltaba más que la vasija de miel. Las otras botellas ya estaban tapadas y en su sitio; todo estaba más o menos como de costumbre.

—Sí. —Claire se agachó un poco más para mirar debajo del armario—. Una piedra. Más o menos de este tamaño. —Mostró el índice y el pulgar curvados, indicando el diámetro de una moneda pequeña—. De color azul grisáceo, traslúcida en algunos puntos. Es un zafiro en bruto.

—¿Estaba en el armario? Tal vez la señora Bug la cambió de lugar.

Claire se sentó sobre los talones.

—No, no toca nada aquí dentro. Además, no estaba en el armario, sino allí. —Señalaba la mesa donde había puesto la taleguilla vacía del amuleto, junto a los huesos y los restos de plantas.

Hicieron una rápida inspección de la estancia, seguida por otra más minuciosa, sin descubrir señales de la piedra. Claire se pasó una mano por el pelo, mirando a Jemmy con aire pensativo.

—Mira, odio decir esto, pero ¿no crees que...?

—¡No fastidies! —La preocupación de Brianna había crecido hasta convertirse en leve alarma. Se agachó delante de Jemmy—. Tenía trocitos de hojas secas pegados con miel alrededor de la cara, pero supongo que era sólo romero o tomillo...

Ofendido por ese atento escrutinio, él trató de golpearla con la grapa, pero ella le sujetó la muñeca con mano de hierro y le quitó el instrumento.

—No se pega a mamá —dijo automáticamente. Eso no se hace. Jem... ¿te has comido la piedra de la abuelita?

—No —dijo él, también automáticamente. Y se apoderó nuevamente de la grapa—. ¡Mío!

Ella le olfateó la cara, con lo que el pequeño se inclinó hacia atrás en ángulo alarmante. No estaba segura. Pero no parecía romero.

—Ven a olerlo —le dijo a su madre—. Yo no estoy segura.

Claire se agachó para hacerlo y Jemmy chilló de risueña alarma, dispuesto a un divertido juego de «Te como». Pero se llevó una desilusión; su abuela se limitó a inhalar profundamente.

—Jengibre silvestre —dijo, con decisión. Luego cogió un paño mojado para limpiar las manchas de miel, pese a los crecientes aullidos de protesta—. Mira.

Señalaba la piel ya limpia alrededor de la boca. Brianna las vio con claridad: dos o tres ampollas diminutas.

—Jeremiah —dijo severamente, tratando de mirarlo a los ojos—. Responde a mamá. ¿Te has comido la piedra de la abuelita?

Jemmy desvió la cara y se retorció para escapar. En un gesto de protección, puso las manos atrás.

—No pegar —dijo—. ¡No s'hace!

—No te zurraré —lo tranquilizó ella, aferrando un pie ya en fuga—. Pero quiero saber. ¿Te has tragado una roca así de grande?

Mostró el tamaño entre el pulgar y el índice. Jemmy lanzó una risita.

—Bonito —dijo. Ésa era la palabra que prefería ahora. La aplicaba sin distinción a cualquier objeto que le gustara.

Brianna cerró los ojos con un suspiro de exasperación. Luego miró a su madre.

—Temo que sí. ¿Le hará daño?

—No lo creo. —Claire observó a su nieto con aire pensativo.

Luego fue a abrir uno de los armarios altos y extrajo un gran frasco de cristal marrón.

—Aceite de castor —explicó, mientras revolvía un cajón en busca de una cuchara—. No es tan rico como la miel, pero sí muy efectivo.

El aceite de castor, por efectivo que fuera, requería tiempo. Brianna y Claire aprovecharon la espera para limpiar la clínica, sin apartar la vista de Jemmy, a quien pusieron a jugar con su cesto de piezas de madera. Luego se dedicaron a preparar remedios. Como el día era templado y agradable, dejaron la ventana abierta, aunque eso las obligara a matar moscas, sacudirse los mosquitos y retirar algún abejorro entusiasta de las soluciones burbujeantes.

—¡Cuidado, tesoro! —Brianna se apresuró a barrer con la mano una abeja que se había posado sobre los juguetes del niño, antes de que Jemmy pudiera cogerla—. Bicho malo. ¡Ay!

—Huelen su miel —explicó Claire, ahuyentando a otra—. Será mejor que les devuelva un poco. —Puso un cuenco de aguamiel en el alféizar; en pocos segundos las abejas se arracimaban en su borde para beber golosamente.

—Mira que son obstinadas... —comentó Brianna.

—Pues con la obstinación puedes llegar muy lejos —murmuró Claire,

distraída, mientras removía la solución puesta a calentar sobre la lámpara de alcohol—. Creo que esto ya está. ¿Qué piensas tú?

—De eso sabes mucho más que yo. —Pero la muchacha se inclinó a olfatear—. Creo que sí; huele bastante fuerte.

Claire retiró el cuenco de la llama y filtró el líquido verdoso por una gasa.

—¿Siempre tuviste vocación por la medicina? —preguntó Brianna, con curiosidad.

Claire negó con la cabeza, mientras desmenuzaba con un cuchillo un puñado de corteza de tejo.

—Cuando era jovencita no se me pasaba por la cabeza. Entonces, como la mayoría de las chicas, pensaba casarme, tener hijos, atender a mi hogar... Oye, ¿crees que Lizzie está bien? Anoche me pareció verla un poco amarilla, pero tal vez fuera la luz de las velas.

—Yo la veo bien. Pero no sé si está realmente enamorada de Manfred.

La noche anterior habían celebrado el compromiso de Lizzie y Manfred MacGillivray con una cena opípara, a la que asistió toda la familia del novio. La señora Bug, que quería mucho a Lizzie, se había esmerado como nunca; no era de extrañar que ahora durmiera.

—No —dijo Claire, francamente—. Pero mientras no esté enamorada de otro, creo que no importa. Él es un buen muchacho y bastante guapo. Y Lizzie ha simpatizado con su suegra; eso también es bueno, dadas las circunstancias.

—Tal vez simpatice más con la señora MacGillivray que con Manfred. Era muy pequeña cuando perdió a su madre; y disfruta de tener otra vez algo parecido. —Brianna miró a Claire por el rabillo del ojo. Recordaba demasiado bien la sensación de no tener a su madre... y la bienaventuranza de volver a encontrarla.

Claire frotó entre las manos la corteza desmenuzada, dejándola caer en un frasco pequeño lleno de alcohol.

—Sí. Aun así me parece mejor que Lizzie y Manfred esperen un poco hasta conocerse mejor. Se había acordado que la boda se celebraría el verano siguiente, cuando Manfred ya tuviera su taller instalado en Wollam's Creek.

—Espero que esto resulte.

—¿Qué?

—La corteza de tejo. —Claire tapó el frasco y lo guardó en el armario—. El registro del doctor Rawlings dice que se puede utilizar como sustituto de la corteza de quina. Como quinina, ya entiendes. Y es mucho más fácil de conseguir, además de mucho más barata.

—Estupendo. Espero que funcione. —La malaria de Lizzie estaba latente desde hacía varios meses, pero siempre existía el peligro de que se manifestara.

Mientras machacaba un puñado de salvia en el mortero regresó al tema anterior, que perduraba en su mente.

—Dices que cuando eras niña no pensabas ser médico. Pero después no parecías pensar en otra cosa.

Tenía recuerdos dispersos, pero muy vívidos, de la época en que su madre estudiaba medicina: el olor a hospital que traía en el pelo y en la ropa, el contacto fresco y suave de la bata quirúrgica que a veces traía puesta cuando iba a darle las buenas noches, si llegaba tarde del trabajo.

—Bueno —dijo Claire—. Cuando sabes quién eres y para qué has nacido, siempre encuentras la manera de hacerlo. No sólo las mujeres. Tu padre... me refiero a Frank... Él era muy buen historiador. La materia le gustaba y tenía el don de la disciplina y la concentración. Así llegó a tener éxito, pero en realidad no era su... su vocación. Él mismo me lo dijo: podría haberse dedicado a otra cosa sin que le importara mucho. Pero hay personas a las que les importa muchísimo, y en esos casos... Para mí la medicina era muy importante. Al principio no lo sabía, pero con el correr del tiempo me di cuenta de que estaba hecha para eso. Y una vez que lo supe...

—Sí, pero... no siempre puedes dedicarte a la carrera para la que has nacido, ¿verdad? —preguntó Bree, pensando en la garganta lesionada de Roger.

—Pues no, a veces la vida te obliga a algunas cosas —murmuró su madre—. Y en el caso de la gente común, a menudo la vida que llevan es la vida que han encontrado. Allí tienes a Marsali, por ejemplo. No creo que haya pensado nunca hacer algo distinto. Su madre se dedicaba a la casa y la crianza de los hijos; ella no ve motivos para no hacer lo mismo. Sin embargo... tuvo una gran pasión, Fergus, y bastó eso para arrancarla del camino trillado que habría seguido su vida.

—¿Para arrojarla a otra igual?

—Sí, sólo que en América en vez de Escocia. Y tiene a Fergus.

—¿Cómo tú tienes a Jamie?

Claire levantó la vista, sorprendida. Bree rara vez lo llamaba por el nombre de pila.

—Sí. Jamie es parte de mí. Igual que tú. Pero ni tú ni él me llenáis por completo. Soy lo que soy: médica, enfermera, sanadora, bruja... como la gente quiera decirlo; el nombre no importa. Nací para eso y lo seré hasta que muera. Si os perdiera, a ti o a Jamie, ya no volvería a sentirme completa, pero aún me quedaría eso. —Continuó en voz tan suave que Brianna tuvo que esforzarse para oírla—. Por un tiempo, después de... retornar... antes de que tú nacieras... eso era todo lo que tenía. Sólo el conocimiento.

Desde fuera les llegó un ruido de botas; luego, la voz de Jamie, dirigida en cordial comentario al pollo que se le había cruzado en el camino.

Amar a Roger, amar a Jemmy, ¿no era suficiente para ella? Sin duda alguna, debía serlo. Pero tuvo la horrible y hueca sensación de que tal vez no lo era. Antes de que el pensamiento pudiera expresarse en palabras, se apresuró a preguntar.

—¿Y papá?

—¿Qué hay de él?

—¿Sabe... es de los que saben quién es? ¿Qué crees?

—Oh, sí. Lo sabe —aseveró Claire—. Es un hombre. Que no es poco.

Soledades

Brianna cerró el libro con una mezcla de alivio y mal presentimiento. Jamie le había sugerido que enseñara las primeras letras a algunas niñas del Cerro, y ella no se opuso. Durante un par de horas la cabaña se llenaba de voces alegres.

Aun así ella no era maestra por naturaleza; al terminar cada lección sentía siempre alivio. Pero el mal presentimiento la seguía, pisándole los talones. Casi todas las niñas venían solas o al cuidado de una hermana mayor. Anne y Kate Henderson, que vivían a tres kilómetros, acudían acompañadas por Obadiah, su hermano mayor.

Bree no sabía con certeza cómo ni cuándo había comenzado aquello. Tal vez el primer día, cuando él la miró a los ojos con una leve sonrisa y le sostuvo la mirada por un segundo de más, antes de dejar a sus hermanas con una palmadita en la cabeza.

Bree detestaba tener que salir a la puerta al terminar cada lección. Las niñitas se diseminaban en un revoloteo de vestidos y risitas. Y Obadiah estaba allí, esperando, ya reclinado contra un árbol, ya sentado en el brocal del pozo; una vez lo había encontrado descansando en el banco, frente a la puerta.

Esa constante incertidumbre de no saber dónde estaría la ponía de los nervios, casi tanto como su semisonrisa y la mueca ufana y burlona con que

se despedía, casi con un guiño, como si supiera de ella algo secreto y vergonzoso, algo que, por el momento, prefería reservarse.

Obadiah no le decía nada; no le hacía gestos indecorosos. ¿Cómo protestar porque la miraba? Era ridículo. Ridículo, también, que algo tan simple le hiciera subir el corazón a la garganta cuando abría la puerta.

Reunió coraje para dejar salir a las niñas. Cuando se diseminaron miró alrededor. Él no estaba allí: ni junto al pozo, ni bajo el árbol, ni en el banco... no estaba.

Anne y Kate ya iban por el centro del claro, con Janie Cameron, las tres de la mano.

—¡Annie! —llamó Bree—. ¿Dónde está tu hermano?

—Ha ido a Salem, señorita —respondió—. ¡Hoy cenaremos en casa de Jane!

La tensión desapareció lentamente de su cuello y sus hombros. Jemmy dormía, arrullado por la recitación nasal del abecedario. Podía aprovechar su siesta para ir al sibil a por un poco de leche de manteca.

El sibil estaba fresco y oscuro; el ruido del agua que corría por el canal de piedra era sedante. Le encantaba estar allí, admirar las frondas de algas adheridas a la piedra, a la deriva en la corriente.

Salió despacio del sibil, con el cántaro de leche y de manteca en una mano y un trozo de queso en la otra. Haría una tortilla francesa de queso para el almuerzo; se preparaba rápido y a Jemmy le encantaba. Aún sonreía cuando, al apartar la vista del sendero, se encontró con Obadiah Henderson, sentado en su banco.

—¿Qué haces aquí? —Su voz sonó seca—. Las niñas dijeron que habías ido a Salem.

—Y así fue. —Él se puso de pie para acercarse, con esa semisonrisa insinuante en los labios—. Ya he regresado.

—Pues las niñas ya se han ido —dijo, con toda la frialdad posible—. Están en casa de los Cameron.

Aunque el corazón le palpitaba con fuerza, pasó junto a él con intención de dejar el cántaro en el porche. Cuando se agachó, él le apoyó una mano en la parte baja de la espalda. Por un momento quedó petrificada. Él no retiró la mano ni intentó acariciar ni apretarla, pero ese peso era como una serpiente

muerta contra su espalda. Bree se giró en redondo y dio un paso atrás.

—Te he traído algo —dijo Obadiah—. De Salem. —Aún tenía la misma sonrisa en los labios.

—No lo quiero —dijo ella—. Es decir... gracias, pero no. No has debido hacerlo. A mi esposo no le gustaría.

—No tiene por qué enterarse. —Él se acercó un paso; ella retrocedió. La sonrisa se hizo más ancha.

—Dicen que tu marido no pasa mucho tiempo en casa, últimamente — comentó con voz queda—. Debes de sentirte sola.

Le acercó una manaza al rostro. En ese momento se oyó un ruido extraño, carnoso. La cara del muchacho quedó en blanco y sus ojos se dilataron de pronto.

Ella lo miró un instante, sin la menor idea de lo que había sucedido, hasta que Obadiah bajó los ojos desorbitados a la mano extendida. Entonces Bree vio el pequeño cuchillo clavado en la carne del antebrazo y la mancha roja que iba creciendo en la camisa, alrededor.

—Vete de aquí —dijo Jamie en voz baja, pero clara. Salía de los árboles, mirando a Henderson sin ninguna cordialidad. Llegó en tres pasos largos y arrancó el cuchillo clavado en el brazo del muchacho—. Vete y no vuelvas jamás.

El muchacho se fue, aferrándose el brazo herido, a tropezones. Luego corrió hacia la senda y desapareció entre los árboles. El patio quedó en silencio.

—¿Tenías que hacer eso? —fue lo primero que ella logró decir. Estaba aturdida, como si ella misma hubiera recibido algún golpe.

—¿Habrías preferido que esperara? —Su padre la cogió por un brazo para obligarla a sentarse en el porche.

—No, pero... ¿no podrías... haberle dicho algo, nada más?

Sentía los labios entumecidos y en los márgenes de su campo visual flotaban pequeños destellos de luz. Comprendió remotamente que estaba a punto de desmayarse. Entonces se inclinó hacia delante, con la cabeza entre las rodillas y la cara sepultada en el seguro refugio del delantal.

—Pero si lo hice. Le he dicho que se fuera. —El porche crujió cuando Jamie se sentó a su lado.

—Ya sabes a qué me refiero. —Su voz sonaba extraña, sofocada por los pliegues del delantal—. ¿Qué querías hacer? ¿Exhibirte? ¿Qué seguridad tenías de clavar un cuchillo a esa distancia? ¿Y qué era eso? ¿Un cortaplumas?

—Sí. Lo único que tenía en el bolsillo. Y en realidad no quería clavárselo —admitió Jamie—. Quise arrojarlo contra el muro de la cabaña, para darle un golpe desde atrás cuando él desviara la cabeza hacia el ruido. Pero se movió.

Bree cerró los ojos y respiró profundamente por la nariz para asentar el estómago.

—¿Te sientes bien, *a muirninn*? —preguntó él, con voz queda. Le apoyó suavemente una mano en la espalda, algo más arriba que Obadiah. Era agradable: grande, tibia y consoladora.

—Estoy bien, sí —aseguró ella, abriendo los ojos—. Perfectamente.

Entonces él se relajó un poco; sus ojos se aquietaron, pero sin apartarse de ella.

—Bien, dime: ésta no ha sido la primera vez, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo lleva este patán rondándote?

—Desde la primera semana —dijo.

Él ensanchó los ojos.

—¿Tanto? ¿Y por qué no se lo has dicho a tu marido? —inquirió él, incrédulo.

—Es que... verás, yo no creía... es decir... No era asunto suyo.

Como su padre se llenara los pulmones de aire, sin duda para algún comentario mordaz sobre Roger, se apresuró a defenderlo.

—Es que... es que... en realidad él no hizo nada concreto. Sólo mirar. Y... sonreír. ¿Iba yo a decirle a Roger que él me miraba? No quise que me tomara por débil o indefensa. —No obstante había sido ambas cosas y lo sabía—. No quería... pedirle que me defendiera.

—¿Para qué demonios crees que estamos los hombres? —preguntó Jamie en tono de total desconcierto—. ¿Quieres tenerlo de mascota? ¿Cómo falderillo? ¿Cómo un pájaro enjaulado?

—¡No comprendes!

—Ah, ¿no? —Su resoplido era, tal vez, una risa sardónica—. Llevo treinta años casado; tú menos de dos. ¿Qué es lo que no comprendo?

—No es... ¡Tú y mamá no sois como Roger y yo! —estalló.

—Claro que no —dijo, sin alterarse—. Tu madre tiene en cuenta mi amor propio, y yo, el suyo. ¿Acaso crees que ella es una cobarde, incapaz de defenderse sola?

—Yo... no. —Brianna tragó saliva, peligrosamente cerca de las lágrimas, pero decidida a no dejarlas escapar—. Pero es diferente, papá. Somos de otro lugar, de otra época.

—Lo sé muy bien —replicó él; su boca se curvó en una semisonrisa irónica y su voz se hizo más suave—. Pero no creo que los hombres y las mujeres hayan cambiado mucho.

—Tal vez no. —Ella tragó saliva para afirmar la voz—. Pero tal vez Roger sí que haya cambiado. Desde Alamance.

Jamie tomó aliento como para hablar, pero lo dejó escapar lentamente sin decir nada. Había retirado la mano, y ella sintió su falta.

—Sí —dijo al fin, en voz baja—. Puede ser.

Brianna oyó un golpe sordo en el interior de la cabaña; luego, otro. Jem había despertado y estaba arrojando los juguetes desde la cuna. En un momento comenzaría a llamarla para que lo sacara. Se levantó con brusquedad.

—Jem está despierto. Debo entrar.

El niño estaba de pie, aferrado al costado de su cuna e impaciente por escapar. En cuanto ella se inclinó para levantarlo, se arrojó a sus brazos.

«Debes de sentirte sola», había dicho Obadiah Henderson. Y estaba en lo cierto.

Merengue en su punto

Satisfecho tras la comida, Jamie se apoyó en el respaldo con un suspiro. Cuando iba a levantarse, la señora Bug se levantó súbitamente de la mesa, agitando un dedo admonitorio.

—¡No, no, señor! ¡No se me vaya, que tengo el merengue recién hecho y eso no puede esperar!

—Creo que voy a reventar, señora Bug, pero al menos moriré feliz —le informó Jamie—. Venga... pero debo ir a por algo mientras usted lo sirve.

Con asombrosa agilidad, considerando que acababa de consumir medio kilo de salchichas especiadas con manzanas fritas y patatas, abandonó la silla y desapareció por el pasillo rumbo a su estudio.

—¡Quero medengue! —Jemmy golpeó la mesa con la mano, cantando a todo pulmón—: ¡Me-den-gue! ¡Me-den-gue!

Roger miró a Bree con una semisonrisa; me alegró notar que ella la captaba y se la devolvía.

Jamie llegó justo cuando el merengue hacia su aparición. Al pasar junto a Roger alargó una mano y depositó frente a él un libro contable envuelto en tela, coronado por el pequeño estuche de madera que contenía el astrolabio.

—Creo que el buen tiempo se mantendrá por un par de meses más —dijo como quien no quiere la cosa.

—¿Sí? —La palabra salió ahogada y apenas audible, pero bastó para que

Jemmy interrumpiera sus gorgoritos para mirar a su padre, boquiabierto. Me pregunté si era lo primero que Roger había dicho en todo el día.

—Pues sí. Fergus bajará a la costa antes de la primera nevada. Sería bueno que pudiera llevar los informes de topografía para presentarlos en New Bern, ¿no crees?

Y clavó la cuchara en el merengue con aire decidido, sin levantar la vista. Sólo llenó el silencio el choque de las cucharas contra los platos de madera. Por fin habló Roger, que no había tocado la suya.

—Puedo... hacer eso.

Quizá sólo se trataba del esfuerzo que requería el paso del aire por su garganta lesionada, pero en la última palabra hubo un énfasis que arrancó una mueca a Brianna. Fue muy leve, pero yo la vi... y también Roger, que bajó la vista a su plato.

—Vale —dijo Jamie, en tono aún más despreocupado—. Te enseñaré cómo se hace. Puedes partir dentro de una semana.

Anoche soñé que Roger partía. Hace ya una semana que sueño con su viaje, desde que papá se lo propuso.

En mi sueño Roger ponía sus cosas en una bolsa grande, mientras yo fregaba el suelo. Él no dejaba de estorbarme y yo quitaba la bolsa de en medio una y otra vez, para poder fregar otro trozo.

Quiero y no quiero que se vaya. Oigo todas las cosas que no dice; resuenan en mi cabeza. No dejo de pensar que, cuando se haya ido, habrá silencio.

* * *

Pasó abruptamente del sueño al despertar. Sabía que él se había ido, pero levantó la cabeza para comprobarlo. La mochila ya no estaba junto a la puerta, ni tampoco el hatillo de comida.

La noche anterior habían hecho el amor antes de dormir. Al principio ella pensó que no sucedería, pero cuando se acercó para rodearlo con sus brazos, él la estrechó con fuerza, la besó largamente y, por fin, la llevó a la cama.

En su ansiedad por asegurarse su amor con el cuerpo, de darle algo de sí para que se llevara, se olvidó por completo de sí misma; el clímax la sorprendió. Deslizó una mano hacia abajo, entre las piernas, recordando la sensación de verse repentinamente envuelta en una gran ola, indefensa, barrida hacia la playa. Ojalá Roger se hubiera dado cuenta. No había dicho nada; ni siquiera abrió los ojos.

En la oscuridad previa al amanecer, le dio un beso de despedida, siempre callado. ¿O no fue así? Brianna se llevó una mano a la boca, súbitamente insegura; pero en la carne suave y fresca de sus labios no había pista alguna.

¿Le había dado un beso al despedirse? ¿O era sólo un sueño?

Matador de osos

Agosto de 1771

El relincho de los caballos en el cercado anunciaba visitas. La curiosidad hizo que abandonara mi último experimento para acercarme a la ventana. En el patio no había hombres ni caballos, pero los animales seguían resoplando como cuando veían a alguien desconocido. Por lo tanto el visitante venía a pie y se había dirigido hacia la puerta de la cocina.

Esta suposición fue casi instantáneamente respaldada por un grito agudo que vino desde la parte trasera. Asomé la cabeza al pasillo, justo a tiempo para ver a la señora Bug, que salía de la cocina corriendo entre alaridos de pánico.

Pasó como una bala, sin verme, y salió por la puerta principal, dejándola abierta. Eso me permitió verla cruzar el patio y desaparecer en el bosque, sin dejar de gritar a todo pulmón. Cuando miré hacia el lado opuesto, fue casi un desencanto ver a un indio en la puerta de la cocina, con cara de sorpresa.

—*Osiyo* —dije cautelosamente.

Respondió a mi saludo con una sonrisa brillante y dijo algo de lo que no entendí nada. Me encogí de hombros, impotente, pero sonreí a mi vez. Así pasamos varios segundos, saludándonos con la cabeza e intercambiando

sonrisas, hasta que el caballero metió la mano por el cuello de su camisa interior y extrajo un cordón de cuero con una sarta de negras uñas curvas: las zarpas de uno o más osos.

Las exhibió haciéndolas repiquetear un poco, mientras miraba de un lado a otro, con las cejas arqueadas, como si buscara a alguien bajo la mesa o dentro de los armarios.

—¡Ah! —exclamé—. Usted busca a mi esposo. —Imité el gesto de quien apunta un rifle—. ¿El Matador de osos?

Mi inteligencia fue recompensada con un destello de dientes sanos.

—Creo que volverá en cualquier momento —dije—. ¿Quiere beber algo?

Me siguió de buena gana. Cuando Jamie entró, estábamos sentados a la mesa, compartiendo el té e intercambiando cabezazos y sonrisas. Mi marido venía acompañado, no sólo de la señora Bug, que no se despegaba de sus faldones y miraba con suspicacia al visitante, sino también de Peter Bewlie.

Peter nos presentó a nuestro huésped como Tsatsa'wi, hermano de su esposa india. Vivía a unos cincuenta kilómetros más allá de la Línea del Tratado, pero estaba pasando una temporada con los Bewlie.

—Anoche, mientras fumábamos una pipa después de cenar —explicó Peter—, Tsatsa'wi le dijo a mi esposa que en la aldea tenían un problema. Y ella me lo contó a mí, porque él no habla nuestro idioma ni yo el suyo, sólo algunas palabras sueltas y frases de cortesía. Como les decía, él se refirió a un oso malvado que los acosa desde hace meses.

—Yo diría que Tsatsa'wi está bien equipado para vérselas con esa bestia —comentó Jamie, señalando con la cabeza el collar de uñas.

—Sí —afirmó Peter—. Es muy buen cazador, pero parece que el oso en cuestión no es un oso cualquiera. Y por eso le he dicho: «Vamos a decírselo a *Mac Dubh*; tal vez quiera ir a liquidar a esa bestia».

—Pues estos días no puedo ir, pero tal vez cuando hayamos recogido el heno... ¿Sabes qué sucede con ese oso problemático, Peter?

—Pues sí —dijo el hombre, alegremente—. Es un fantasma.

Jamie no pareció muy impresionado; simplemente, se frotaba la barbilla con aire dubitativo.

—Hum. Dime qué ha hecho.

El oso había dado a conocer su presencia un año atrás, aunque durante un

tiempo nadie lo vio. Hubo algunas depredaciones normales: desaparecían las sardas de pescado o de panochas de maíz puestas a secar frente a las casas; alguien robaba la carne de los cobertizos... Al principio los habitantes de la población pensaron que se trataba de un oso algo más astuto de lo normal: en general a los osos les importa muy poco que los vean.

—Venía sólo de noche, ¿comprenden ustedes? —explicó Peter—. Y no hacía mucho ruido. Por la mañana, al salir, la gente descubría que le habían robado las reservas sin un ruido que los despertara. Por las huellas supieron desde un principio que se trataba de un oso.

La gente de la aldea, muy acostumbrada a los osos, había tomado las precauciones de costumbre: trasladar las provisiones a zonas más protegidas y soltar los perros por la noche. Como resultado de esto, varios perros desaparecieron, nuevamente sin ruido alguno.

Al parecer los perros se volvieron más precavidos o el hambre del oso aumentó. La primera víctima fue un hombre; apareció muerto en el bosque. Luego, hace ya seis meses, el animal se llevó a un niño.

La víctima era un bebé, arrebatado con cuna y todo de la orilla del río, mientras su madre lavaba ropa hacia el atardecer. No hubo ruidos ni más rastros que una gran huella de zarpa dibujada en el barro.

En los meses siguientes hubo otras cuatro muertes. Dos niños que recogían fresas silvestres, ya avanzada la tarde. Uno de los cadáveres apareció con el cuello partido, pero por lo demás intacto. El otro desapareció; las marcas indicaban que lo habían arrastrado bosque adentro. Una mujer fue parcialmente devorada en su propio maizal, también hacia el atardecer. La última víctima fue un hombre que había salido a cazar al oso.

—De él no encontraron nada, salvo el arco y algunos jirones de ropa ensangrentada —dijo Peter.

—¿De modo que ellos mismos lo han cazado? —pregunté—. Es decir, al menos lo intentaron.

—¡Oh!, sí, señora Claire. Así fue como al fin descubrieron qué era.

Una pequeña partida de cazadores salió en busca del oso, armada de arcos, lanzas y los dos mosquetes que la aldea se vanagloriaba de poseer. Lo buscaron durante cuatro días; hallaron algunos rastros, pero no eran recientes, y ninguna señal del oso en sí.

—Tsatsa’wi iba con ellos —dijo Peter, levantando un dedo hacia su cuñado—. Una noche él montaba guardia con otro, mientras el resto dormía. Contó que, mucho después de salir la luna, se alejó un poco para orinar. Regresó justo a tiempo para ver que la bestia se llevaba a su amigo, muerto, con el cuello triturado entre sus fauces.

Tsatsa’wi seguía el relato con atención. Al llegar a ese punto hizo un gesto que parecía ser el equivalente cherokee de la señal de la cruz: un gesto rápido y serio para repeler el mal. Luego comenzó a hablar; sus manos se movían para representar los hechos siguientes.

Naturalmente, había gritado para alertar a sus camaradas restantes; después corrió hacia el oso para asustarlo, con la esperanza de hacer que soltara a su amigo, aunque era evidente que ya estaba muerto.

Los cazadores iban acompañados de dos perros, que también se habían arrojado contra el oso, entre ladridos. La fiera soltó a su presa, pero en vez de huir cargó contra Tsatsa’wi. Él se arrojó a un lado, mientras el oso se detenía el tiempo suficiente para barrer de un zarpazo a uno de los perros. Luego desapareció en la oscuridad del bosque, perseguido por el otro perro, una lluvia de flechas y un par de balas de mosquete; nada lo tocó.

Lo buscaron con antorchas, pero fue imposible encontrarlo. El segundo perro volvió con aire avergonzado y los cazadores, completamente desanimados, regresaron a la fogata y pasaron el resto de la noche despiertos; por la mañana volvieron a la aldea.

—Pero ¿por qué creen que es un fantasma? —Brianna se inclinó hacia delante; su horror inicial había dado paso al interés.

Peter la miró con una ceja arqueada.

—¡Ah!, es que no lo ha dicho. O tal vez sí, pero de un modo que yo no he comprendido. La bestia era mucho más grande que un oso normal y completamente blanca. Dice que, cuando se volvió a mirarlo, sus ojos relumbraban, rojos como las llamas. De inmediato supusieron que era un fantasma; por eso no los sorprendió mucho que las flechas no lo tocaran.

Tsatsa’wi volvió a interrumpirlo; señaló primero a Jamie, luego dio unos golpecitos a su collar de uñas y por fin, para sorpresa mía, apuntó el dedo hacia mí.

—¿Yo? —dije—. ¿Qué tengo que ver con eso?

El cherokee debió de percibir mi tono de sorpresa, pues se inclinó sobre la mesa y me cogió una mano para acariciarla, no en ademán de afecto, sino como para palpar la piel. Jamie comentó, divertido:

—Eres muy blanca, *Sassenach*. Tal vez el oso te tome por un espíritu afín.

Sonreía de oreja a oreja, pero Tsatsa'wi asintió con mucha seriedad. Luego me soltó la mano y emitió una especie de graznido, como el de un cuervo.

—¡Oh! —exclamé, bastante intranquila. No recordaba cómo se decía en cherokee, pero al parecer los habitantes de esa aldea no sólo habían oído hablar del Matador de Osos, sino también del Cuervo Blanco. Para ellos cualquier animal blanco era significativo... y a menudo siniestro.

Fue así que una semana después, con el heno ya cosechado y cuatro medias reses de venado apaciblemente colgadas en el cobertizo de ahumar, partimos hacia la Línea del Tratado.

Integramos la partida Brianna y Jemmy, los dos gemelos Beardsley, Peter Bewlie, que debía guiarnos hasta la aldea, Jamie y yo. La mujer de Peter se había adelantado con Tsatsa'wi. En un principio Brianna no quería venir, más por miedo de llevar a Jemmy a territorio salvaje que por no participar de la cacería. Jamie insistió, asegurando que su puntería sería muy valiosa. Como aún no quería destetar al niño, se vio obligada a llevarlo consigo.

En cuanto a los Beardsley, al que Jamie quería consigo era a Josiah.

—El muchacho ya ha matado al menos dos osos —me dijo—. Vi las pieles en la congregación. Y si su hermano quiere venir, no veo ningún inconveniente.

—Tampoco yo —coincidí—. Pero ¿por qué quieres que venga Bree? ¿Tú y Josiah no sois suficientes para enfrentaros con el oso?

—Quizá —replicó él, deslizando un trapo aceitado por el cañón de su rifle—. Pero si dos cabezas son mejor que una, tres serán aún mejor, ¿no? Sobre todo si la tercera dispara como esa muchacha.

—¿Sí? —dije, escéptica—. ¿Y qué más?

Él me miró con una gran sonrisa.

—¿Acaso crees que tengo otros motivos, *Sassenach*?

—No, no lo creo: lo sé.

Él inclinó la cabeza hacia el arma, riendo. Pero tras un rato de limpiar y frotar dijo, sin levantar la vista:

—Vale... no me ha parecido mala idea que la muchacha haga amigos entre los cherokees. Por si algún día necesita un sitio a donde ir.

No me engañó con ese tono despreocupado.

—Algún día. ¿Cuándo comience la Revolución, quieres decir?

—Sí, o... cuando tú y yo muramos. Sea cuando sea —añadió, mientras miraba con un solo ojo a lo largo del cañón, para comprobar la alineación.

Normalmente lograba no pensar en ese recorte del periódico, con la noticia de que cierto James Fraser y su esposa, del Cerro de Fraser, habían muerto en un incendio. Otras veces lo recordaba, pero relegaba la posibilidad al fondo de mi conciencia, por no pensar en ella. De vez en cuando, no obstante, despertaba en medio de la noche, temblando y aterrorizada, en los rincones de mi mente.

—El recorte decía «sin hijos supervivientes» —señalé, decidida a vencer el miedo—. ¿Crees que Bree y Roger se irán... hacia algún lugar... antes de que suceda?

A vivir con los cherokees, quizá. O a las piedras.

—Es posible. —Estaba serio, con la vista fija en su trabajo. Ninguno de los dos estaba dispuesto a admitir la otra posibilidad. En todo caso no hacía falta.

A pesar de su renuencia inicial, Brianna parecía estar disfrutando del viaje. También los Beardsley lo pasaban bien. La extirpación de las adenoides y las amígdalas infectadas no habían curado a Keziah de su sordera, pero estaba mucho mejor. Podía oír todo lo que se le decía en voz bien alta, aunque parecía entender con facilidad cuanto su hermano le dijera, aunque fuera en voz muy baja. Me pregunté qué pensaría de los cherokees... y los indios de él y su hermano. Peter decía que esa tribu consideraba a los gemelos como seres benditos y afortunados. Tsatsa'wi quedó encantado cuando supo que los Beardsley participarían en la cacería.

Josiah también parecía divertirse, hasta donde una podía apreciar, pues era muy reservado. Pero según nos acercábamos a la aldea creí notarlo algo nervioso.

También noté que Jamie estaba un poco inquieto, pero en su caso sospechaba los motivos. No le molestaba en absoluto colaborar en una cacería y le alegraba tener la oportunidad de visitar a los cherokees. Pero quizá le incomodaba que se proclamara de ese modo su reputación de Matador de Osos.

Esta suposición quedó demostrada en la tercera noche del viaje. Acampamos a unos quince kilómetros de la aldea; llegaríamos sin dificultad hacia mediodía.

Mientras cabalgábamos noté que trataba de decidir algo; cuando nos sentamos a cenar, en torno a una gran hoguera, cuadró súbitamente los hombros y se levantó para acercarse a Peter Bewlie, que contemplaba el fuego con aire soñador.

—Hay algo que debo decir, Peter. Sobre ese oso fantasma que vamos a buscar.

Peter levantó la vista, sobresaltado. Pero sonrió y le hizo un hueco a su lado.

—¿Sí, *Mac Dubh*?

—Pues verás, lo cierto es que yo no sé mucho de osos. En Escocia se acabaron hace años.

Peter arqueó las cejas.

—¡Pero si dijiste que habías matado a un gran oso sin más armas que un puñal!

—Y así fue. Pero yo no cacé a esa bestia. Ella me siguió, de modo que no tuve alternativa. No estoy muy seguro de que yo vaya a ser de mucha ayuda para descubrir al oso fantasma. Seguramente es un animal muy astuto, ¿no?, si lleva meses enteros entrando y saliendo de esa aldea, sin que nadie lo haya visto más que un momento.

—Más astuto que el oso normal —añadió Brianna, contrayendo un poco la boca. Jamie le clavó una mirada penetrante, que desvió hacia mí al ver que me atragantaba con la cerveza.

—¿Qué? —inquirió, irritado.

—Nada —jadeé—. Absolutamente nada.

Al darnos la espalda, disgustado, Jamie descubrió que Josiah Beardsley también estaba haciendo muecas de risa contenida.

—¡Qué! —le ladró—. Estas dos son unas chifladas —nos señaló agitando el pulgar hacia atrás—, pero ¿qué pasa contigo?

Inmediatamente el chico borró la sonrisa y trató de parecer serio, pero se le contraían las comisuras de la boca y un fuerte rubor le encendía las mejillas enjutas, visible aun a la luz del fuego. Jamie entornó los ojos. A Josiah se le escapó un ruido sofocado, que podía ser una risa. Con la vista clavada en Jamie, se cubrió la boca con una mano.

—¿Y bien? —preguntó mi marido, cortés.

Keziah, al notar que sucedía algo, se pegó a su gemelo para prestarle apoyo. Josiah hizo un breve movimiento hacia él, pero sin apartar la vista de Jamie. Aún estaba rojo, pero parecía haberse controlado.

—Bueno, será mejor que se lo diga, señor.

—Sí, será mejor.

El chico respiró hondo, resignado.

—No siempre era un oso. A veces era yo.

Jamie lo miró fijamente un momento. Entonces fue su boca la que empezó a contraerse.

—Ah, ¿sí?

—No siempre —explicó Josiah. Pero cuando sus vagabundeos lo llevaban cerca de alguna de las aldeas indias («Sólo si tenía hambre», se apresuró a añadir) acechaba desde el bosque, para acercarse después del oscurecer y hacerse con cualquier cosa comestible. Permanecía en la zona algunos días, comiendo de las provisiones de la aldea hasta haber recuperado las fuerzas y continuaba con sus cacerías. Cuando había reunido unas cuantas pieles regresaba a la cueva.

Brianna, ya sin reír, había escuchado la confesión de Josiah con la frente arrugada.

—Pero tú no... es decir, sin duda alguna no fuiste tú quien se llevó al bebé con la tabla que le servía de cuna. Y tampoco mataste a la mujer que apareció medio comida, ¿verdad?

—¡Oh!, no. ¿Para qué? No creerá usted que me los comí yo, ¿verdad? —Sonrió al decirlo—. A veces he tenido tanta hambre que habría podido hacerlo, si hubiera encontrado a algún muerto, siempre que fuera reciente —añadió, juicioso—. Pero no tanto como para matar deliberadamente a alguien.

—No, nunca pensé que te los hubieras comido —dijo Brianna secamente—. Sólo se me ocurrió que, si alguien los hubiera matado, por cualquier motivo, el oso podría haber mordisqueado los cadáveres.

Peter asintió con aire pensativo. Parecía interesado, pero esas confesiones no le impresionaban.

—Sí, es lo que haría un oso —dijo—. No son exigentes para comer. No hacen ascos a la carroña.

Jamie hizo un gesto afirmativo, pero no desvió su atención de Josiah.

—Eso me han dicho, sí. Pero Tsatsa'wi dijo que había visto al oso cuando se llevaba a su amigo. De modo que mata a la gente, ¿no?

—Bueno, a ése lo mató —dijo Josiah. Pero su tono tenía un tono extraño; Jamie lo miró con más atención, arqueando una ceja. Josiah movió lentamente los labios, como si tratara de tomar una decisión. Luego echó un vistazo a Kezzie, que le sonrió.

Por fin el chico se volvió hacia Jamie con un suspiro.

—No pensaba decir nada sobre esta parte —confesó francamente—. Pero usted ha sido honesto con nosotros, señor, y no me parece bien que vaya tras ese animal sin saber qué más podría haber allí.

—¿Qué más? —Jamie bajó lentamente el trozo de pan que estaba a punto de morder—. ¿Qué más podría haber allí?

—Pues..., tenga en cuenta que lo vi una sola vez —advirtió Josiah.

—¿Y dónde estabas entonces?

Cerca de la aldea a la que nos dirigíamos. No era la primera vez que Josiah andaba por allí. Su objetivo era una casa en el extremo de la aldea; allí había sartas de maíz puestas a secar bajo los aleros. Pensaba que podría coger una y escapar con bastante facilidad, siempre que no despertara a los perros de la aldea.

—Si despiertas a uno los tienes a todos aullando detrás de ti —dijo, moviendo la cabeza—. Y sólo faltaban un par de horas para que amaneciera. De modo que me escurrí lentamente, atento por si alguno de esos pícaros dormía enroscado junto a la casa que estaba vigilando. Mientras acechaba en el bosque había visto salir de ella una silueta. Como ninguno de los perros se alteró, era razonable pensar que esa persona vivía allí. El hombre se detuvo para orinar; luego, para alarma de Josiah, se cargó al hombro un arco y un

carcaj y se dirigió directamente hacia el bosque donde él estaba oculto.

—No creía que él viniera a por mí, pero trepé a un árbol, muy rápido y sin hacer ningún ruido —dijo, sin jactarse.

El hombre debía ser un cazador que salía temprano, rumbo a un arroyo lejano donde venados y mapaches iban a beber cuando amanecía.

Josiah contenía el aliento, agazapado en su árbol, apenas un par de metros por encima de su cabeza. El hombre desapareció enseguida entre los densos matorrales. Cuando el muchacho estaba a punto de descender, oyó una súbita exclamación de sorpresa, seguida por el ruido de un breve forcejeo que concluyó con un horrible ruido a golpe.

Josiah caminó suavemente por el bosque en dirección a los ruidos susurrantes que se oían. Al mirar cautelosamente entre las ramas de un cedro distinguió una silueta humana tendida en el suelo; otra se inclinaba sobre ella, forcejeando para quitarle una prenda.

—El hombre estaba muerto —explicó Josiah, tranquilamente—. Supongo que aquel hombrecillo le hundió la cabeza con una piedra o un garrote.

—¿Hombrecillo? —Peter había escuchado el relato con mucha atención—. ¿Cómo era? ¿Le viste la cara?

—No, sólo vi su sombra que se movía. —Entrecerró los ojos para hacer un cálculo mental—. Creo que era más bajo que yo; más o menos así. —Alargó una mano, indicando algo menos de un metro y medio.

Pero el asesino se vio interrumpido cuando saqueaba el cadáver, Josiah no notó nada hasta que oyó el súbito crujir de un palo partido y el husmear inquisitivo del oso que busca algo.

—¿Cómo corrió aquel ser al oírlo! —comentó—. Pasó a mi lado como una flecha, tan cerca como está usted de mí. Fue entonces la única vez que pude verlo.

—Bueno, no nos tengas en suspense —dije, viendo que se detenía a beber un trago de cerveza—. ¿Cómo era?

—Pues... Yo hubiera jurado que era el mismo diablo, señora. Aunque yo me imaginaba al diablo más grande —añadió, dando otro sorbo.

Naturalmente, este comentario provocó alguna confusión. Al pedir más aclaración se descubrió que Josiah se refería a su color: el misterioso «pequeñazo» era negro.

—Sólo cuando fui a esa congregación vuestra me enteré de que algunos tíos normales son negros —explicó—. No sabía que hubiera gente así.

Para no llamar la atención de ese ser, el muchacho se había quedado inmóvil; fue así como oyó al oso que daba cuenta del infortunado aldeano.

—Es como dice el señor Peter —dijo, señalando a Bewlie con un ademán—. Los osos no son muy exigentes. A ése no lo vi, de modo que no sé si era blanco o no; pero que se comió a ese indio, vaya que si se lo comió.

El recuerdo no parecía perturbarlo. En cambio vi que Brianna contraía las fosas nasales al escucharlo. Jamie intercambió una mirada con Peter.

—Bueno —dijo al fin—. Parece que no todas las fechorías cometidas en la aldea de tu cuñado se pueden achacar al oso fantasma, ¿no? También estaba Josiah robando comida y esos pequeños demonios negros matando a la gente. ¿Qué dices tú, Peter? ¿Es posible que un oso se aficiona a la carne humana, una vez que la ha probado, y luego salga a cazar gente?

Peter asintió lentamente, con la cara arrugada, concentrado.

—Es posible, *Mac Dubh* —reconoció—. Y si hay un negro cabrón rondando por el bosque, ¿quién sabe ahora a cuántos mató el oso y a cuántos el diablo negro? Pero el oso carga con la culpa de todo.

—Pero ¿quién es ese pequeño demonio negro? —Preguntó Bree. Los hombres se miraron entre sí. Luego se encogieron de hombros, casi al unísono.

—Debe de ser un esclavo fugitivo, ¿no? —le dije a Jamie—. Un negro libre en su sano juicio no tendría por qué andar solo por territorio salvaje.

—Puede que no esté en su sano juicio —insinuó Bree—. Esclavo o libre, si le da por matar a la gente...

Jamie carraspeó.

—Supongo que tu mujer no habló de demonios negros, ¿verdad, Peter?

—No, no creo, *Mac Dubh*. Lo único que recuerdo, en ese sentido, es lo del Hombre Negro de Poniente.

—¿Y qué es eso? —preguntó Josiah, interesado. Peter se rascó la barba.

—Pues... no debería decírselo a nadie, pero los chamanes dicen que en cada uno de los cuatro rumbos vive un espíritu. Y cada espíritu tiene un color distinto, de modo que, cuando cantan sus oraciones y cosas por el estilo, llaman al Hombre Rojo de Levante, por ejemplo, para que ayude a la persona

por la que cantan, porque el rojo es el color del triunfo y el éxito. El norte es azul: el Hombre Azul va a por la derrota y las dificultades; a él se lo convoca para que dé dolores de cabeza a tu enemigo, ¿comprenden? El Hombre Blanco del Sur es paz y felicidad; se le canta por las mujeres embarazadas y cosas así.

Jamie parecía a un tiempo sorprendido e interesado.

—Se parece mucho a los cuatro *airts*, los cuatro puntos cardinales de Escocia, ¿verdad, Peter?

—Pues sí —reconoció Bewlie—. ¿No es extraño que los cherokees tengan las mismas ideas que los escoceses de las montañas?

—¡Oh!, no tanto. —Jamie señaló con un gesto el bosque oscuro, más allá del pequeño círculo de luz que irradiaba la fogata—. Ellos llevan el mismo tipo de vida que nosotros, ¿no? Son cazadores y habitantes de la montaña. Pueden haber visto las mismas cosas que nosotros.

Peter asintió lentamente, pero toda esa filosofía impacientaba a Josiah.

—Entonces, ¿es o no el Hombre Negro de Poniente? —inquirió.

Los dos giraron la cabeza hacia él.

—El Poniente es el hogar de los muertos —dijo Jamie con voz queda.

Peter asintió, muy serio.

—Y el Hombre Negro de Poniente es la muerte misma —añadió—. Al menos, eso dicen los cherokees.

Josiah murmuró que esa idea no le gustaba mucho. A Brianna, aún menos.

—No creo que el espíritu de poniente vaya por los bosques rompiendo la cabeza a la gente —declaró con firmeza—. Lo que Josiah vio era una persona. Un negro. *Ergo*, se trata de un negro libre o de un esclavo fugitivo. Y dadas las circunstancias, voto por esclavo fugitivo.

No me pareció que el asunto diera para un proceso democrático, pero le daba la razón.

—Tengo otra idea —dijo, recorriendo a los presentes con la mirada—. ¿Y si fuera ese hombrecillo negro el que devoró a la gente que apareció medio comida? ¿No hay caníbales entre los esclavos africanos?

Jamie pareció divertido por la idea.

—Bueno, supongo que en África habrá algún que otro canibal —

reconoció—. Pero no he sabido de ninguno entre los esclavos. No creo que fueran muy adecuados como sirvientes domésticos, ¿verdad? Podrían morderte el culo apenas les volvieras la espalda.

Ese comentario nos hizo reír y alivió un poco la tensión. Todos iniciamos los preparativos para acostarnos.

Jamie, después de intercambiar una mirada con Brianna, anunció que ambos harían el primer turno de guardia; Josiah y yo, el siguiente; Peter y Kezzie, el último. Hasta entonces no habíamos montado guardia, pero nadie protestó por la decisión.

Peter y los gemelos Beardsley se durmieron en pocos segundos; los oía roncar al otro lado del fuego. Yo también empezaba a adormecerme, arrullada por las voces quedas de Jamie y Bree.

—¿Te preocupa tu marido, *a nghiean*? —preguntó él, suavemente.

—Estoy preocupada por él desde que lo ahorcaron —dijo—. Ahora también tengo miedo.

—Hoy no corre más peligro que ayer, muchacha... ni que cualquier otra noche desde que partió.

—Es cierto —respondió ella, seca—. Pero el que la semana pasada nosotros no supiéramos de osos fantasmas ni de asesinos negros, no significa que no estuvieran por allí.

—Es justamente lo que quería decir —observó él—. Tu miedo no reducirá el peligro, ¿comprendes?

—Sí, pero ¿crees que me preocuparé menos por eso?

—No, no creo.

Hubo un breve silencio. Luego Brianna volvió a hablar:

—No dejo de pensar. ¿Qué haré si sucede algo... si él no regresa? Durante el día estoy bien, pero por la noche no puedo dejar de pensar...

—¡Oh!, bueno —musitó él. Le vi levantar la vista a las estrellas—. ¿Cuántas noches hay en veinte años, *a nighean*? ¿Cuántas horas? Pues ése es el tiempo que he pasado preguntándome si mi esposa aún vivía, cómo estarían ella y mi hijo. Para eso está Dios. Preocuparse no sirve de nada; orar sí... a veces —añadió con franqueza.

—Sí —reconoció ella, algo insegura—. Pero si...

—Y si ella no hubiera regresado a mí —la interrumpió Jamie, con

firmeza—, si tú no hubieras venido... si yo jamás hubiera sabido... o si hubiera tenido la certeza de que las dos habíais muerto... En ese caso yo habría continuado viviendo, a *nighean*, y haciendo lo que debía hacer. Y lo mismo harás tú.

Cielo oscurecido

Roger, sudoroso, se abrió paso por un denso bosquecillo de eucaliptos y robles. Tenía ganas de llegar al arroyo, y no sólo por el agua, que sí la necesitaba, pues, aunque por la noche comenzaba a hacer frío, los días seguían siendo calurosos y antes del mediodía se le había terminado el agua que le quedaba en la cantimplora. Pero más que el agua necesitaba sentir el aire libre. Allí abajo, al pie de la montaña, los bosquecillos de tejos y laureles eran tan densos que apenas permitían ver el cielo; donde el sol lograba abrirse paso, la hierba crecía hasta la rodilla.

Se había llevado a *Clarence*, la mula, más apta que los caballos para la marcha ruda de los territorios salvajes, pero algunos lugares eran demasiado arduos incluso para él. Lo dejó amarrado en tierras más altas, con su rollo de mantas y sus alforjas, y continuó abriéndose paso entre la maleza para llegar hasta el siguiente punto que debía medir.

Hacía calor. Se quitó la chaqueta y se la ató a la cintura; luego se enjugó la cara con la manga de la camisa y continuó la marcha; el astrolabio se bamboleaba, colgado de su cuello por una correa. Desde lo alto de una montaña podía ver las hoyas brumosas y los barrancos boscosos, con cierto placer sobrecogido al pensar que todo eso era suyo.

Quería terminar de una vez con esa selva y volver a tierras más altas. Aunque uno se sintiera enano ante los árboles gigantescos de la selva virgen,

se podía respirar bajo ellos. Era incomprensible que un lugar así pudiera alterarse... pero así sería. Él lo sabía bien. ¡Pero si ya lo había visto! Había conducido su coche por una carretera asfaltada, construida en medio de un lugar que alguna vez había sido como ése. Sabía que podía cambiar. Y mientras luchaba por atravesar los matorrales de zumaque y zarzamora, era consciente de que aquel lugar podía tragárselo sin vacilar un segundo.

Aun así había algo sedante en la tremenda escala de la espesura. Entre los árboles gigantescos y la vida salvaje que pululaba allí encontraba algo de paz: en paz lo dejaban las palabras que se le amontonaban en la cabeza, la preocupación en los ojos de Brianna, la crítica en los de Jamie; una crítica suspendida, que pendía allí como la espada de Damocles. Lo dejaban en paz las miradas de compasión o curiosidad, el esfuerzo constante y penoso de hablar, el recuerdo del canto.

Durante los primeros días de medir el terreno no había dicho una palabra; era un inmenso alivio no tener que hacerlo. Pero ahora empezaba a hablar de nuevo; le disgustaba el sonido maltrecho y ronco de las palabras, pero no le afligía tanto, pues no había nadie que lo escuchara.

Por fin oyó el gorgoteo del agua sobre las piedras y, al salir de un bosquecillo de sauces tiernos, encontró el arroyo a sus pies, con el sol chispeando en el agua. Después de beber y mojarse la cara, escogió los puntos de la ribera desde donde haría sus mediciones. Extrajo el libro del registro, tinta y la pluma del zurrón que llevaba al hombro, y sacó el astrolabio de la camisa.

Mientras realizaba sus mediciones y tomaba nota en el libro, cantó por lo bajo, sin reparar en la quebrada distorsión de los sonidos.

* * *

Muy pronto descubrí por qué mi nombre parecía importante para Tsatsa'wi: la aldea se llamaba Kalanun'yi, Ciudad del Cuervo. Cuando llegamos no vi ninguno, pero oí el graznido ronco de uno entre los árboles.

Los habitantes de la aldea nos saludaron con entusiasmo, nos sirvieron una abundante comida y nos atendieron durante un día y una noche. La tarde

del segundo día nos invitaron a participar en una invocación a la deidad cherokee de la caza, para pedirle que favoreciera la expedición contra el oso fantasma.

Hasta que conocí a Jackson Jolly yo ignoraba que entre los chamanes indios había tanta diferencia de talento como entre la clerecía cristiana. Por aquel entonces, yo ya había conocido a varios de las dos clases, pero los misterios del lenguaje me habían impedido descubrir que la vocación de chamán no implicaba necesariamente magnetismo personal, poder espiritual ni don de predicación.

Al ver las facciones endurecidas de quienes se apiñaban en la casa del suegro de Peter Bewlie, comprendí que Jackson Jolly, pese al encanto personal o los vínculos con el mundo espiritual que pudiera tener, carecía lamentablemente del don de la palabra.

El chamán ocupó su puesto ante el hogar, vestido con una manta de franela roja similar a un chal y con una máscara que representaba la cara de un pájaro; ya entonces noté cierta expresión resignada en alguno de los presentes. Cuando comenzó a hablar, en voz alta y monótona, la mujer que estaba a mi lado cambió pesadamente de posición y suspiró. Jolly era un chamán sincero, indudablemente, pero también muy aburrido.

El cántico para la cacería del oso era bastante monótono; incluía interminables repeticiones de «*He! Hayuya, hayuya'haniwa, hayuya'haniwa ...*». Luego, ligeras variaciones sobre el mismo tema; cada verso terminaba con un estimulante «*Yoho!*», que te cogía por sorpresa.

Sin embargo, la congregación exhibió más entusiasmo durante esa canción. Por fin comprendí que el problema no estaba en el chamán, probablemente. El oso fantasma asolaba la aldea desde hacía varios meses; ya debían de haber pasado por esa ceremonia en concreto varias veces, sin éxito alguno. No se trataba de que Jackson Jolly fuera mal predicador, sino de que sus fieles sufrían cierta pérdida de fe.

Al terminar el cántico, Jolly plantó ferozmente el pie en el hogar, como para acentuar algo que decía; luego extrajo de su talega una varilla de salvia y, después de prenderle fuego, comenzó a caminar por la habitación, ahumando a los presentes. La muchedumbre le abrió paso cortésmente, permitiéndole dar varias vueltas en torno de Jamie y los gemelos Beardsley,

mientras cantaba y los perfumaba con volutas de humo fragante.

Terminada esta fase de la ceremonia, el chamán regresó a su puesto junto al fuego y empezó a cantar otra vez. Comenzaba a dolerme la espalda. Al fin Jolly puso fin a sus procedimientos con un grito; luego se retiró un trecho para quitarse la máscara y secarse el sudor de la frente, muy complacido consigo mismo. Entonces el jefe de la aldea se adelantó para parlamentar; la gente comenzó a moverse, inquieta.

Me desperecé tan discretamente como pude, mientras me preguntaba qué habría para cenar. Distraída con esas cavilaciones, al principio no me percaté de que los movimientos se habían hecho más pronunciados. Luego la mujer que estaba a mi lado se irguió bruscamente, diciendo algo en voz alta y autoritaria, e inclinó la cabeza a un lado como para escuchar.

El jefe calló de inmediato; a mi alrededor la gente miraba hacia arriba, con el cuerpo rígido y los ojos dilatados. Yo también lo oí: el aire se había llenado de un susurro de alas.

—¿Qué diantre es eso? —me susurró Brianna.

Yo no tenía ni idea, pero el ruido se hacía cada vez más fuerte. El aire comenzaba a vibrar en una especie de trueno constante, largo.

—¡Tsiskwa! —gritó un hombre de la muchedumbre.

Y de súbito se produjo una estampida hacia la puerta.

Al salir pensé primero que se trataba de una repentina tormenta. El cielo estaba oscuro, tronaba y una luz extraña, opaca, parpadeaba sobre todas las cosas. Pero no se percibía humedad alguna en el aire.

—¡Pájaros, Dios mío, son pájaros!

Apenas oí la voz de Brianna detrás de mí, entre el coro de asombro que me rodeaba. Todos estaban de pie en la calle, mirando hacia arriba.

Era terrorífico, sí. Yo nunca había visto nada parecido; a juzgar por su reacción, tampoco la mayoría de los cherokees. Era como si la tierra se estremeciera. El aire temblaba, vibrando ante el batir de alas como un tambor castigado por manos frenéticas.

La parálisis de la muchedumbre no duró mucho. Aquí y allá se oían gritos. De súbito la gente echó a correr; todos entraban de prisa en sus casas y volvían a salir armados de arcos. En pocos segundos, una perfecta descarga de flechas se elevó por entre las nubes de pájaros; los cuerpos emplumados

llovían del cielo, laxos y ensangrentados, atravesados por los dardos.

Pero no eran cuerpos lo único que caía del cielo. Una jugosa deposición me golpeó el hombro. Era toda una lluvia de partículas, nociva precipitación lanzada por la atronadora bandada, que levantaba pequeñas bocanadas de polvo en la calle. Retrocedí para refugiarme bajo los aleros de una casa, con Brianna y Jemmy.

Desde ese refugio, sobrecogidos, vimos que los aldeanos pujaban entre sí, disparando a toda prisa; una flecha seguía a otra. Jamie, Peter Bewlie y Josiah habían corrido a por sus rifles y disparaban entre la muchedumbre, sin molestarse siquiera en apuntar. No era necesario, pues nadie podía fallar. Los niños, manchados por los excrementos, se escurrían por entre las piernas para recoger las aves caídas y las amontonaban en los umbrales de las casas.

Aquello debió de durar una media hora. La pasamos acurrucados bajo los aleros, medio ensordecidos por el ruido e hipnotizados por el incesante raudal que pasaba por lo alto. Por fin pasó la gran bandada; los rezagados, separados de los bordes, también desaparecieron por sobre la montaña.

La aldea suspiró al unísono. Vi que la gente se frotaba las orejas, tratando de quitarse el batir de las alas. En medio de la muchedumbre, Jackson Jolly sonreía de oreja a oreja, generosamente cubierto de excrementos y plumas, fulgurantes los ojos. Dijo algo con los brazos extendidos y los que estaban cerca murmuraron una respuesta.

—Estamos benditos —me tradujo la hermana de Tsatsa'wi; parecía profundamente impresionada. Señaló con un gesto a Jamie y a los gemelos Beardsley—. El Antiguo Blanco nos ha enviado una gran señal. Hallarán al oso, sin duda.

Los cazadores partieron al día siguiente, antes del amanecer. Brianna, pese a su renuencia a separarse de Jemmy, trepó a la montura con ligereza. En cuanto al niño, estaba muy entretenido en revolver el contenido de los cestos como para prestar atención a la partida de su madre.

Las mujeres dedicaron el día a desplumar, asar, ahumar y preservar las palomas con ceniza de leña. Por mi parte ayudé a cocinarlas, matizando la faena con entretenidos diálogos y trueques provechosos. Había llevado conmigo cien litros de miel y algunas hierbas y semillas importadas de

Europa. Las negociaciones fueron rápidas; al caer la noche había cambiado mi mercancía por cantidades de ginseng, calambuco y algo muy poco frecuente: una chaga. Según se me habían dicho, este enorme hongo verrugoso, que crece en abedules vetustos, tenía fama de curar el cáncer, la tuberculosis y las úlceras. Me parecía un elemento útil para cualquier médico.

En cuanto a la miel, la había cambiado por cien litros de aceite de girasol, envasado en grandes sacos de piel; estaban amontonados bajo los aleros de la casa donde nos hospedábamos, apilados como balas de cañón. Cada vez que salía me detenía a mirarlos con satisfacción, imaginando todo el jabón suave y fragante que podría hacer con ese aceite. Con un poco de suerte podría venderlo a buen precio y obtener el dinero que habría que mandarle a Laoghaire «mal rayo la parta».

El siguiente día lo pasamos en los huertos con mi anfitriona, otra de las hermanas de Tsatsa'wi, llamada Sungi, mujer alta y de rostro dulce, que aparentaba unos treinta años. Sabía unas cuantas palabras de inglés, pero por suerte algunas de sus amigas lo hablaban mejor..., pues mi vocabulario cherokee se limitaba a «hola», «bueno» y «más».

Sungi puso a Jemmy a cargo de sus dos niñas; obviamente les advirtió que tuvieran mucho cuidado, pues señaló varias veces el bosque.

—Bueno Matador de Osos venir —dijo—. Este oso no oso. No hablar nosotros.

—¡Oh, ah! —dije, asintiendo con aire inteligente.

Otra de las mujeres colaboró ampliando la idea; explicó que todo oso razonable prestaba atención a la invocación del chamán, que convocaba al espíritu del oso, a fin de que cazadores y animales se encontraran adecuadamente. Dado el color de ese oso, su terquedad y su conducta maligna, resultaba evidente que no era un oso de verdad, sino algún espíritu maligno que había decidido manifestarse como tal.

—¡Ah! —exclamé, con un poco más de comprensión—. Jackson mencionó al «Antiguo Blanco»; ¿se referiría al oso? —Sin embargo, Peter había dicho que el blanco era uno de los colores favorables.

Otras de las indias (quien me había dicho su nombre inglés, Anna), rió algo escandalizada.

—¡No, no! Antiguo Blanco, el fuego.

Otras damas intervinieron con gorjeos. Finalmente comprendí que el fuego, aunque obviamente poderoso y merecedor de un trato intensamente respetuoso, era una entidad benéfica. De allí que la conducta del oso pareciera tan atroz: a los animales blancos normalmente se los trataba con respeto y se los consideraba portadores de mensajes del otro mundo (en ese punto una o dos de ellas me miraron de reojo), pero ese oso no se comportaba de manera comprensible.

Dado lo que yo sabía sobre la ayuda que el animal había recibido de Josiah Beardsley y el «pequeño diablo negro», yo lo comprendía muy bien. Por no implicar a Josiah, mencioné que había escuchado ciertos relatos, sin especificar dónde, según los cuales existía un hombre negro que vivía en el bosque y hacía cosas malas. ¿Sabían ellas algo de eso?

—¡Oh, sí! —me aseguraron. Pero yo no tenía por qué preocuparme. Existía un pequeño grupo de hombres negros que vivían «por allí»; señalaron el otro lado de la aldea y los cañaverales invisibles al otro lado del río. Era posible que esas personas fueran demonios, sobre todos considerando que venían del oeste.

Y era posible que no lo fueran. Algunos cazadores de la aldea los habían seguido cautelosamente durante varios días para ver qué hacían. Los cazadores informaban que esos hombres negros vivían en la miseria, vestidos con harapos y sin casas decentes. Un demonio que se respetara no podía vivir así.

No obstante, eran tan pocos y tan pobres que no valía la pena atacarlos; además, los cazadores dijeron que sólo había tres mujeres, las tres muy feas. Y que después de todo, sí podían ser demonios. De modo que decidieron dejarlos momentáneamente en paz. Los hombres negros nunca se acercaban a la aldea, añadió una de las indias, arrugando la nariz; los perros los olfatearían.

Al promediar la tarde los cazadores regresaron.

—Cuatro zarigüeyas, dieciocho conejos y nueve ardillas —informó Jamie, mientras se limpiaba la cara y las manos con un paño mojado—. También encontramos muchas aves, pero con tanta paloma no nos molestamos en cazarlas, salvo un bonito halcón que George Gist quería por las plumas. —Venía castigado por el viento y con la nariz enrojecida por el

sol, pero muy animado—. Y Brianna, bendita sea, mató un buen alce al otro lado del río. Un tiro en el pecho, pero lo derribó... y ella misma le cortó el cuello, aunque no es nada fácil hacerlo cuando la bestia aún patalea.

—¡Oh!, qué bien —dije, algo desfallecida al imaginar un pataleo de pezuñas afiladas y cuernos letales muy cerca de mi hija.

—No te preocupes, *Sassenach* —dijo él—. Le enseñé a hacerlo como se debe. Se acercó desde detrás.

—¿Habéis visto algún oso, por casualidad, o estabais demasiado ocupados?

Él me miró con un ojo entornado por encima de la toalla con que se estaba secando la cara, pero respondió con afabilidad.

—Descubrimos muchas señales de su presencia. Josiah tiene buena vista para eso. No sólo el estiércol, sino también un árbol con pelo enganchado en la corteza. Él dice que cada oso tiene un par de árboles preferidos y va a rascarse allí una y otra vez, de modo que, si queríamos matar a uno en especial, podíamos acampar cerca y esperar.

—¿Y en este caso esa estrategia no servía?

—Creo que habría servido —respondió él, muy sonriente—, pero no era el oso que buscábamos. Los pelos adheridos al árbol no eran blancos, sino pardos.

Aun así la expedición no había sido un fracaso. Los cazadores completaron un gran semicírculo en torno de la aldea y se adentraron en el bosque, donde exploraron hasta llegar al río. Y en la tierra blanda de la zona baja, cerca del cañaveral, encontraron huellas de pisadas.

—Josiah dijo que eran diferentes de las que había dejado el oso cuyo pelo vimos. Y Tsatsa'wi cree que eran como las del oso blanco que mató a su amigo.

La conclusión lógica, en la que coincidían todos los expertos presentes, era que el oso fantasma tenía su madriguera en el cañaveral. Esos cañares eran lugares densos, sombreados y frescos en el calor del verano, poblados de aves y pequeñas presas.

—En esos lugares no puedes adentrarte a caballo, ¿verdad? —pregunté.

—No, y tampoco se puede avanzar mucho a pie, porque son muy densos. Pero no tenemos intención de entrar en busca del oso.

El plan consistía en prender fuego al cañaveral, para que el oso saliera por el lado opuesto al llano, donde se lo podría matar con facilidad. Pero el fuego haría salir también a muchos otros animales, por lo que se había avisado a los habitantes de otra aldea, distante unos treinta kilómetros, para que sus cazadores participaran. Con un poco de suerte podrían reunir provisiones para todo el invierno, y el mayor número de cazadores impediría que el maligno oso fantasma pudiera escapar.

—Muy eficiente —comenté, divertida—. Espero que no hagan salir también a los esclavos.

—¿Qué?

—Diablos negros o algo así. —Le conté lo que había sabido del asentamiento de esclavos fugitivos.

—Pues no creo que sean diablos —dijo secamente—. Pero me parece que no corren peligro. Han de vivir al otro lado del cañaveral, en la orilla opuesta. Aun así preguntaré. Hay tiempo. Los cazadores de Kanu'gala'yi tardarán tres o cuatro días en llegar.

Los días siguientes fueron agradables, aunque reinaba una sensación expectante que culminó con la llegada de Kanu'gala'yi.

Después de las debidas ceremonias y un gran festín de bienvenida, consistente en higaditos de paloma ahumados con manzana frita, la gran partida de caza salió al amanecer, equipada con antorchas de pino y braseros, además de aros, mosquetes y rifles. Tras despedirlos con un desayuno adecuado, los que no participábamos de la cacería nos retiramos a las cabañas, para entretenernos con la cestería, la costura y la conversación.

Pensaba aprovechar la conversación del día para preguntar por los componentes del amuleto que Nayawenne había hecho para mí. Claro que, por ser ella una curandera tuscarora, tal vez las creencias subyacentes no fueran las mismas, pero lo del murciélago me despertaba curiosidad.

—Sobre los murciélagos hay un cuento —comenzó Sungi.

—Los animales y los pájaros decidieron jugar un partido de pelota —dijo Anna, traduciendo con facilidad lo que narraba Sungi—. Por entonces los murciélagos caminaban en cuatro patas, como los otros animales. Pero cuando llegó el momento de empezar a jugar, los otros animales les dijeron

que no podían, pues eran demasiado pequeños y saldrían aplastados. Los murciélagos se disgustaron.

Sungi frunció el entrecejo con cara de murciélago disgustado.

—Entonces los murciélagos se acercaron a los pájaros y les ofrecieron jugar en su bando. Los pájaros aceptaron el ofrecimiento; con hojas y palillos hicieron alas para los murciélagos. Las aves ganaron el juego y los murciélagos quedaron tan contentos con sus alas que...

Sungi se interrumpió abruptamente y levantó la cabeza para olfatear. Todas las mujeres que nos rodeaban hicieron lo mismo. Nuestra anfitriona se levantó de prisa para asomarse a la puerta, con la mano apoyada en el marco.

El olor a humo que flotaba en el aire desde hacía una hora se había acentuado mucho. Me levanté para seguir a Sungi, con las otras mujeres.

El cielo había empezado a cubrirse de nubarrones, pero la nube de humo era aún más oscura: un borrón negro que se amontonaba sobre los árboles distantes. El viento cabalgaba los bordes de la tormenta cercana; frente a nosotras pasaron torbellinos de hojas secas, con un ruido de pies pequeños y precipitados.

Sungi dijo algo que no entendí, pero su sentido era obvio. Una de las más jóvenes se humedeció un dedo con saliva y lo levantó, pero era innecesario: yo sentía el viento contra la cara lo bastante fuerte para levantarme el pelo de los hombros. Soplaban directamente hacia la aldea.

De inmediato las mujeres se pusieron en movimiento: corrieron por la calle hacia sus casas, llamando a los niños; aquí y allá se detenían para recoger en la falda la carne puesta a secar o arrancar de los aleros una ristra de cebollas, alguna calabaza.

Yo no sabía con certeza dónde estaba Jemmy; una de las niñas indias se lo había llevado a jugar, pero en la confusión no había visto cuál era. Me levanté las faldas para correr calle abajo, asomándome al interior de cada casa sin que nadie me invitara.

Encontré a Jemmy en la quinta casa, profundamente dormido con otros niños de distintas edades, todos acurrucados como cachorros en una manta de búfalo. Los desperté con toda la suavidad posible, mientras desenredaba a Jemmy.

Cuando salimos a la calle, el olor a humo se había acentuado mucho. La

evacuación estaba en plena marcha; la gente (mujeres en su mayoría) abandonaba apresuradamente las viviendas, empujando hacia delante a los niños y cargada con hatillos con sus pertenencias.

Los cazadores se habían llevado a la mayoría de los caballos. Cuando llegué al corral de zarzas sólo quedaban tres. Uno de los ancianos de la aldea estaba montado en uno y tenía por las bridas a *Judas* y al otro animal, listo para llevárselos. El mío estaba ensillado, con las alforjas y un freno de cuerda. El anciano, al verme, dijo algo con una gran sonrisa y señaló a *Judas*.

—¡Gracias! —exclamé.

El hombre se inclinó para coger diestramente a Jemmy, a fin de que yo pudiera montar y hacerme cargo de las riendas; luego me entregó al niño con mucho cuidado.

Los caballos estaban inquietos. Sabían tan bien como nosotros lo que era un incendio y la idea les gustaba aún menos. Sujeté con firmeza el freno con una mano y a Jemmy con la otra.

—Bien, bestia —dije a *Judas*, fingiendo autoridad—. ¡Vamos ya!

El caballo estaba muy de acuerdo con esa proposición: se encaminó hacia la abertura de la cerca como si fuera la línea de llegada de una carrera, con lo que enganchó mis faldas en las espinas del cercado. Me las compuse para sofrenarlo apenas lo suficiente para que el anciano y sus dos caballos salieran del corral y se pusieran a nuestra altura.

El hombre me gritó algo y señaló hacia la montaña, en la dirección opuesta al fuego. El viento le cruzaba el largo pelo gris contra la cara, ahogando sus palabras. Se lo apartó, pero en vez de molestarse en repetir, se limitó a poner su montura en la dirección que había indicado.

Azucé a *Judas* con la rodilla para que lo siguiera, pero lo mantuve a rienda corta. Eché una mirada vacilante hacia la aldea, donde la gente continuaba saliendo de las casas, todos con el rumbo que había indicado el anciano.

Bree vendría a buscar a Jemmy en cuanto notara que la aldea estaba en peligro. Me demoré para esperarla, pese a la creciente agitación de *Judas*.

El viento ya azotaba los árboles, arrancando bocanadas de hojas verdes, rojas y amarillas que pasaban, raudas, o convertían mi falda y el pellejo del caballo en una colcha de retazos otoñales. Todo el cielo se había puesto

cárdeno; oí los primeros rugidos del trueno bajo el silbido del viento y el susurro del fuego. Aun a través del humo, se percibía el olor de la lluvia inminente, y eso me dio una súbita esperanza. Lo que la situación requería era justamente un buen chubasco; cuanto antes, mejor.

Encontré a Brianna y a Jamie en medio del pueblo, buscándonos ansiosamente con la vista. Jemmy lanzó un chillido de gozo al ver a su madre y se arrojó a sus brazos, con lo que estuvo a punto de caer bajo los cascos nerviosos de los caballos.

—¿Cazasteis el oso? —le pregunté a Jamie.

—¡No! —gritó él, para hacerse oír por encima del ruido del viento—. ¡Vámonos, *Sassenach*!

Bree ya iba hacia el bosque, donde el último de los indios ya desaparecía entre los árboles. Pero al quedar libre de Jemmy yo había pensado en otra cosa.

—¡Un minuto! —grité, mientras desmontaba.

Arrojé las riendas a Jamie, que se inclinó para atraparlas. Me gritó algo que no llegué a entender.

Estábamos ante la casa de Sungi y yo había visto los odres de aceite de girasol apilados bajo los aleros. Me arriesgué a echar un vistazo en dirección al cañaveral. El fuego se estaba acercando. Aun así estaba casi segura de que los caballos nos permitirían distanciarnos del incendio. Y no pensaba dejar a merced del fuego las ganancias de todo un año de miel.

Sin prestar atención a los bramidos furiosos de Jamie, corrí al interior de la casa para escarbar como una oca entre las cestas diseminadas, esperando, contra toda esperanza, que Sungi no hubiera... Por suerte, no. Con un puñado de tiras de cuero en la mano, salí corriendo. Arrodillada entre el polvo y el humo arremolinados, até un cabo al cuello de cada odre y los anudé de dos en dos, ciñendo las ataduras tanto como pude. Luego, cargada con una de esas incómodas yuntas, volví tambaleándome hacia los caballos.

Jamie, al verme, asió los dos pares de riendas con una sola mano y se inclinó para coger la correa improvisada que unía los odres; los cargó sobre la cruz de *Gideon*, dejando pender un saco a cada lado.

—¡Vamos! —gritó.

—¡Uno más!

Judas resoplaba y ponía los ojos en blanco, mostrando los dientes en un gesto de miedo, pero Jamie lo retuvo con fuerza, mientras yo cruzaba el segundo par de odres sobre la silla. Luego monté.

En cuanto Jamie aflojó el puño de hierro con que sujetaba el freno, *Judas* arrancó. Yo tenía la cuerda en las manos, pero comprendí que no serviría de nada; me limité a aferrarme a la silla como si en eso me fuera la vida; con los odres de aceite rebotando contra mis piernas, volamos hacia la seguridad de las tierras elevadas.

La tormenta estaba mucho más cerca; el viento había cesado, pero el trueno resonaba con fuerte estruendo, haciendo que *Judas* clavara los cascos y brincara como una liebre a campo abierto. Detestaba los truenos. Al recordar lo que había sucedido la última vez que lo monté durante una tormenta de lluvia, me incliné contra su lomo, aferrada como un abrojo y muy decidida a no dejarme caer en su carrera loca.

De pronto nos encontramos en el bosque; las ramas deshojadas se lanzaban como látigos contra mí. Me apreté más al cuello del animal, con los ojos cerrados para evitar que me fueran arrancados. *Judas* había aminorado la marcha, por necesidad, pero aún estaba despavorido.

Cuando volvió a tronar, él perdió pie en las hojas resbaladizas y resbaló de costado, estrellándose contra un grupo de arbolillos. La elástica madera nos salvó de daños mayores. Se levantó a duras penas y continuamos avanzando. Abrí un ojo con cautela; *Judas* parecía haber encontrado un sendero; era una línea difusa que serpenteaba por entre el denso matorral, hacia delante.

Más allá, los árboles volvieron a cerrarse; ya no vi más que una claustrofóbica serie de troncos y ramas entrelazados, a los que se entretejían restos amarillentos de madreSelva silvestre y destellos de enredaderas escarlatas. Lo denso de la maleza hizo que el caballo aminorara la marcha aún más; por fin pude tomar aliento y preguntarme dónde estaría Jamie.

Restalló nuevamente el trueno; tras su estela oí un relincho agudo detrás de mí. Por supuesto: si *Judas* detestaba los truenos, *Gideon* detestaba seguir a otro caballo. Vendría muy cerca, esforzándose por alcanzarnos.

Judas avanzó algunos pasos más y se detuvo en seco, jadeando. Sin esperar a que un nuevo trueno lo pusiera en marcha otra vez, me apresuré a

desmontar y ató la cuerda a un árbol pequeño.

Justo a tiempo. Restalló el trueno, tan fuerte que lo sentí en la piel. *Judas* se alzó de manos con un alarido, tirando de la cuerda, pero yo la había enrollado al tronco. Me alejé a tropezones de su pánico. Jamie me cogió desde atrás y dijo algo, pero los truenos ahogaron su voz.

Me aferré a él, temblando por la adrenalina de la reacción tardía. La lluvia ya era intensa, frescas las gotas contra mi cara. Él me besó en la frente; luego me condujo hacia un enorme tejo, cuyos abanicos de agujas quebraban la lluvia, formando abajo una cueva fragante, casi seca.

Cuando la adrenalina que me circulaba por el cuerpo empezó a agotarse, dispuse de un momento para mirar en derredor; entonces caí en la cuenta de que no éramos los únicos habitantes de ese refugio.

—Mira —dije, señalando hacia las sombras.

Los rastros eran leves, pero obvios; alguien había dejado allí, después de comer, un pulcro puñado de huesos pequeños. Los animales no eran tan ordenados; tampoco amontonaban la pinaza para formar una cómoda almohada.

Jamie hizo una mueca al oír los truenos, pero asintió.

—Sí, es un puesto de asesino, pero no creo que lo hayan usado últimamente.

—¿Un puesto de qué?

—De asesino —repitió él. Un relámpago, a su espalda, encendió una lámina vivida que dejó su silueta impresa en mi retina—. Así llaman a los centinelas; son los guerreros que montan guardia fuera de la aldea, para detener a quienquiera que llegue sin avisar. ¿Ves?

—Por el momento no veo nada. —Alargué una mano, a tientas, y al tocar la manga de su chaqueta busqué el refugio de su brazo. Cerré los ojos con la esperanza de recuperar la visión, pero seguía viendo el fulgor contra los párpados apretados.

Los truenos parecían alejarse un poco; al menos ya no eran tan frecuentes. Parpadeé; veía otra vez. Cuando Jamie se apartó, haciendo gestos, descubrí que estábamos de pie en una especie de cornisa, con la faz de la montaña en empinada pendiente a nuestra espalda. Más arriba, oculto a la vista por una hilera de coníferas, se abría un estrecho claro; obviamente había sido hecho

por el hombre, pues ésa era la única clase de claro que había en esas montañas. Pero entre las ramas se apreciaba una vista deslumbrante del pequeño valle en que se alzaba la Ciudad del Cuervo.

La lluvia había amainado, pero desde ese punto se podía ver que las nubes no formaban una sola tormenta, sino varias. El cañaveral aún humeaba; era una corona baja y plana, de color gris muy claro contra el cielo entenebrecido. Aun a la altura en que estábamos, el olor a quemado irritaba la nariz, extrañamente mezclado al de la lluvia. Aquí y allá se veían lenguas ígneas que aún ardían entre las cañas, pero era evidente que el fuego se había extinguido en su mayor parte; el siguiente chubasco lo sofocaría por completo. También vi que la gente volvía a la aldea, en pequeños grupos que salían del bosque con bultos y niños a rastras.

—¿Todo bien, *Sassenach*? —La mano de Jamie se apoyó en mi cuello, cálida, y sus dedos frotaron con suavidad el perfil tenso de mis hombros.

—Sí. ¿Te parece que no habrá peligro al bajar? —De la senda sólo sabía que era angosta y empinada; ahora estaría lodosa y resbaladiza por la hojarasca mojada.

—No —dijo—, pero no creo que...

Se interrumpió abruptamente para observar el cielo, con el entrecejo arrugado. Luego miró hacia atrás; yo apenas podía ver el contorno de los caballos, que estaban muy juntos al abrigo del árbol donde yo había atado a *Judas*.

—Iba a decir que no me parecía muy seguro quedarnos aquí —dijo al fin—. Pero esa tormenta avanza deprisa; ya ves los relámpagos que cruzan la montaña, y los truenos...

Con melodramática oportunidad, un marcado retumbar de truenos rodó por el valle. Uno de los caballos lanzó un agudo relincho de protesta y tiró del freno, haciendo repiquetear el follaje. Jamie miró hacia atrás con expresión sombría.

—Tu montura odia los truenos, *Sassenach*.

—Ya lo había notado —dije, acurrucándome contra su calor.

—Sí. Lo más probable es que se parta el cuello, y te lo parta a ti, si cuando estáis bajando...

Un nuevo trueno ahogó sus palabras, pero comprendí lo que intentaba

decir.

—Esperaremos —dijo firme.

Y me abrazó desde atrás, apoyando el mentón en mi coronilla con un suspiro. Así esperamos juntos, al abrigo del tejo, a que llegara la tormenta.

Rápido como la pólvora

Roger se despertó a medias, con el olor a humo quemándole la garganta. Tosió y volvió a hundirse en el sueño; después de un almuerzo liviano a la orilla del río se había tendido a la sombra de un sauce, para descansar una hora.

De pronto, se incorporó parpadeando, alarmado por un chillido distante. El grito se repitió, lejano pero potente. ¡La mula!

Humo... olía a humo, sí. Medio sofocado, trató de contener la tos. Cada vez que tosía era como si se le desgarrara el tejido cicatrizado de la garganta.

—¡Allá voy! —susurró en dirección a *Clarence*.

Había dejado la mula maneada en un prado, al borde del cañaveral, pero no estaba muy lejos.

—Otra vez —murmuró, aplicando su peso a un grupo de cañas tiernas para abrirse paso—. Grita otra vez... demonio.

El cielo estaba oscuro. Al ponerse en marcha a tientas, recién arrancado de su sueño, su única idea de la dirección era *Clarence*.

¿Qué sucedía? El olor a humo era notablemente más potente; según se liberaba del aturdimiento causado por el sueño y el pánico, cayó en la cuenta de que algo iba mal. Los pájaros, que a mediodía solían estar adormilados, estaban agitados; revoloteaban por encima de su cabeza. El aire, inquieto, sacudía las hojas desgarradas del cañar. Roger sintió un roce caliente en la

cara; no era el calor húmedo, adherente y envolvente del lodoso cañaveral, sino algo seco y caliente, que le provocó un paradójico escalofrío. ¡Cielo Santo, aquello se estaba incendiando! El humo le trepó al pecho, se le aferró a los pulmones; quemaba, le impedía respirar a fondo.

—*Clarence* —jadeó, tan alto como pudo.

No sirvió de nada; apenas podía oír su propia voz sobre la creciente agitación de las cañas. En cuanto a la mula, ya no la oía. ¿Era posible que ese tozudo animal ya estuviera reducido a cenizas? No; lo más probable era que hubiera desgarrado los trapos que lo maneaban para galopar hacia un lugar seguro.

El humo lo había invadido todo en nubes cada vez más densas, que se arrastraban cerca del suelo y surgía, sofocante, entre las matas. Ahora le era posible oír el incendio: era un cloqueo suave, como de alguien que riera por lo bajo, con la garganta llena de cicatrices.

Los sauces. Su mente se aferró a la idea de los sauces; a la distancia distinguió unos cuantos, apenas visibles sobre las cañas ondulantes. Los sauces crecen cerca del agua; allí estaba el río.

Cuando llegó al agua, capoteó hasta el centro del arroyo y allí se dejó caer de rodillas, con la cara bien cerca del agua.

Allí el aire corría, refrescado por el agua; lo bebió a grandes tragos, al punto de toser otra vez, el cuerpo se le sacudió en una serie de espasmos desgarrantes. Encomendó su alma a Dios y huyó, sofocado y a tropezones, con los guijarros deslizándose bajo sus pies; huyó durante tanto tiempo como sus piernas trémulas quisieron llevarlo, hasta que el humo lo aferró por el cuello para llenarle la cabeza, la nariz y el pecho, y lo sofocó. La banda de cicatrices era una mano que estrujaba, privándolo del aire y de la vida; dejaba sólo tinieblas detrás de sus ojos, iluminados por el rojo parpadeo del fuego.

Luchaba. Luchaba contra el lazo corredizo, contra las ataduras de sus muñecas, y luchaba sobre todo con el vacío negro que le aplastaba el pecho y le cerraba la garganta. Luchaba por un último y precioso trago de aire. Corcoveó con las fuerzas que le quedaban. Y luego rodó por el suelo, con los brazos libres.

Una mano, al agitarse, golpeó contra algo. Era blando y lanzó un chillido

de sorpresa.

De inmediato sintió unas manos en los hombros y las piernas. Se sentó, con la visión fracturada y el pecho palpitante por el esfuerzo de respirar. Algo lo golpeó con fuerza en la mitad de la espalda. Se atragantó, tosió, tragó aire suficiente para seguir tosiendo, en el fondo chamuscado de sí mismo, y un enorme coágulo de flema negra salió de su pecho, caliente y viscoso como una ostra podrida sobre la lengua.

Lo escupió con una arcada; la bilis subió, ardiente, por el canal estrujado de su garganta. Volvió a escupir y se incorporó, jadeante.

No tuvo conciencia de nadie, absorto como estaba en el milagro del aire y el aliento. Había voces a su alrededor, caras difusas en la oscuridad; todo olía a quemado.

El agua le tocó la boca. Levantó la vista, parpadeando, y lagrimeó por el esfuerzo de mirar. Sentía los ojos chamuscados; luces y sombras se borroneaban. Parpadeó con fuerza; las lágrimas calientes fueron un bálsamo para el ardor de los ojos y refrescaron su piel al correr por las mejillas. Alguien le sostenía una taza contra los labios: una mujer, con la cara ennegrecida por el hollín. No, no era hollín. Entornó los ojos, sin dejar de parpadear. Era negra. ¿Una esclava?

Bebió apenas un sorbo de agua, levantó las manos para coger la taza. Eso le sorprendió: esperaba sentir el dolor en los dedos quebrados, en la carne entumecida... pero sus manos estaban sanas y útiles. Buscó automáticamente el hueco del cuello, esperando el dolor y el silbido del ámbar. Increíblemente, tocó carne sólida. Respiró; el aire silbaba en su nariz y bajaba por su garganta.

Estaba sentado en una choza derrengada. Dentro había varias personas y otras más espiaban desde la puerta. En su mayoría eran negros, todos vestidos con harapos, y ninguno parecía siquiera remotamente amistoso.

La mujer que le había dado agua parecía asustada. Él trató de sonreírle, pero tosió otra vez. Ella lo miró por debajo del trapo raído que llevaba sobre las cejas. La parte blanca de sus ojos era de color escarlata; tenía los labios hinchados y bordeados de rojo. Los suyos debían de estar igual. El aire aún estaba denso de humo; a lo lejos se oía el estallar de las cañas, partidas por el calor, y el rumor agonizante del incendio. A poca distancia un pájaro lanzó

un grito de alarma y calló abruptamente.

Cerca de la puerta se estaba desarrollando una conversación en susurros sibilantes. Los hombres que dialogaban... no: discutían... le echaban un vistazo de vez en cuando; sus caras eran máscaras de miedo y desconfianza. Fuera empezaba a llover; no pudo sentir el olor de la lluvia, pero sí el aire fresco en la cara, y oyó el golpeteo de las gotas en la cubierta, en los árboles.

Se esforzó por reconocer las palabras, pero sólo oía un balbuceo. Esos hombres no hablaban inglés, ni francés, ni gaélico. En el mercado de Wilmigton había oído a unos tordos recién traídos que parloteaban con el mismo murmullo ronco y secreto. Alguna lengua africana... o más de una.

Tenía la piel llena de ampollas, caliente y dolorida en varios puntos; el ambiente de la choza era tan caluroso que el sudor le corría por la cara, mezclado con las lágrimas. Pero de pronto sintió un escalofrío en la base de la columna: no estaba en una plantación; en esa zona de las montañas no había ninguna. Las pocas tierras aisladas que existían allí eran demasiado pobres para tener esclavos, mucho menos en ese número. Algunas tribus de indios tenían esclavos, pero no eran negros.

Sólo cabía una respuesta posible y su conducta la confirmaba: eran esclavos fugitivos, sus captores... ¿sus salvadores? Esclavos fugitivos que vivían allí en secreto.

La libertad de esa gente, quizá la vida misma, dependía del secreto. Y allí estaba él, como una amenaza viviente. ¿Lo habrían salvado del fuego? En ese caso estaban arrepentidos, a juzgar por las miradas que le echaban los hombres reunidos junto a la puerta.

Uno de los que discutían se apartó del grupo para sentarse en cuclillas ante él, después de apartar a la mujer. Sus estrechos ojos negros lo recorrieron de la cara al pecho. Luego, de nuevo miraron hacia arriba.

—¿Quién tú?

No parecía que el belicoso interrogador quisiera saber su nombre. Antes bien, qué propósitos tenía. Por la mente de Roger pasaron raudamente varias posibilidades. ¿Cuál sería la mejor para conservar la vida?

El metal del astrolabio le había quemado en el incendio, levantando rápidas ampollas que, al estallar, pegaron el metal a la piel con su líquido viscoso. Ahora, al moverse, el objeto se había desprendido por su propio

peso, arrancando los trozos de piel; en el centro del pecho tenía ahora un parche en carne viva.

Hundió dos dedos por el cuello de la camisa y tiró suavemente de la cinta.

—To-pó-gra-fo —graznó; las sílabas pasaron a viva fuerza por entre el hollín y las cicatrices de su garganta.

Su interrogador miró con fijeza el disco de oro, dilatados los ojos. Los hombres que estaban a la puerta pujaron entre sí para acercarse a ver.

Uno de ellos le arrebató el astrolabio. Él dejó que se lo pasara por la cabeza, sin hacer esfuerzo alguno por retenerlo, y aprovechó el interés de los hombres por aquel vistoso objeto para juntar lentamente los pies. El que tenía el astrolabio alzó la voz para decir algo que parecía un nombre. Ante la puerta hubo un movimiento; alguien se abrió paso entre los presentes.

La mujer que entró tenía el mismo aspecto que los otros; vestía un sayo harapiento, mojado por la lluvia, y un trapo cuadrado atado en torno a la cabeza le ocultaba el pelo. La única diferencia era que sus miembros flacos tenían el color pardo pecoso y curtido de la persona blanca. Mantuvo los ojos fijos en Roger mientras se acercaba al centro de la cabaña. Sólo el peso del astrolabio que traía en la mano apartó su mirada de él.

Se adelantó un hombre tuerto, alto y de huesos grandes, que señaló el astrolabio con un dedo y dijo algo que sonó a pregunta. Ella movió lentamente la cabeza, siguiendo con un dedo las marcas del disco, con intrigada fascinación. Luego le dio vuelta.

Roger vio que tensaba los hombros al ver las letras grabadas. En su pecho surgió una chispa de esperanza. Ella reconocía ese nombre.

—Tú no eres Jamez Frazer —dijo.

Podía tener cualquier edad entre veinte y sesenta años, aunque no había canas en el pelo castaño claro de las sienes. Las arrugas de la cara parecían deberse al hambre y las privaciones más que a los años. Roger la sonrió deliberadamente; ella estiró la boca por reflejo, en una mueca vacilante; aun así bastó para que él viera los incisivos partidos en ángulo. Con los ojos entornados llegó a distinguir la fina cicatriz que atravesaba una ceja. Era mucho más delgada de lo que Claire le había descrito, pero eso era comprensible.

—No soy... James Fraser —confirmó con voz ronca—. Pero tú eres...

Fanny Beardsley... ¿verdad?

A pesar de los dientes no estaba seguro, pero la expresión de horror que cruzó por la cara de la mujer fue una sólida confirmación. Los hombres también conocían ese nombre. El tuerto se adelantó de inmediato para estrecharle el hombro; los otros se acercaron con aire amenazador.

—James Fraser es... el padre de mi mujer —aclaró él—. ¿Quieres noticias... de la criatura?

De la cara de Fanny desapareció la expresión de sospecha. Aunque no se movía, a sus ojos subió un ansia tal que Roger tuvo que resistir el impulso de retroceder.

—¿Fan? —El hombre alto se acercó a ella; su único ojo iba y venía con suspicacia entre la mujer y Roger.

Ella dijo algo, casi en un susurro, y levantó una mano para cubrir la del hombre, que seguía apoyada en su hombro. La cara de su compañero quedó súbitamente en blanco, como si alguien le hubiera pasado un borrador. Ella se volvió para mirarlo de frente y le habló en voz baja, con tono apremiante.

En la choza la atmósfera había cambiado; aún estaba cargada, pero a la amenaza general se mezclaba ahora un aire de confusión. Los hombres agrupados cerca de la puerta se miraron entre sí; luego, ceñudos, a la pareja que discutía en susurros. Roger permanecía inmóvil, reuniendo fuerzas. Si se veía obligado a correr, no podría hacerlo a mucha velocidad ni llegar muy lejos.

La discusión cesó abruptamente. El hombre alto se volvió e hizo un gesto brusco hacia la puerta, diciendo algo; los otros gruñeron de sorpresa y desaprobación, pero se retiraron lentamente.

Apenas la puerta derrengada se hubo cerrado tras ellos, la mujer lo agarró por la manga.

—Dime —le exigió.

—Un... momento. —Él volvió a toser y se limpió la saliva con el dorso de la mano—. Tú me... sacas... de aquí. Luego... te diré... todo cuanto sé.

—¡Dímelo!

Los dedos de la mujer se le clavaron en el brazo. Él sacudió la cabeza, entre toses. El hombre alto apartó a Fanny para aferrarlo por la camisa.

—¡Dile, hombre, o te destripo!

—No —dijo con terquedad—. Sáquenme... de aquí. Luego les contaré.
El hombre vaciló. Su único ojo volvió hacia la mujer.

—¿Segura que sabe?

—Sabe, sí.

—Era... niña. —Roger le sostuvo la mirada con fijeza, resistiendo la necesidad de parpadear—. Eso... has de saberlo.

—¿Vive?

—Sácame... de aquí.

No era alta ni corpulenta, pero su urgencia parecía colmar la choza y parecía hacerla vibrar. Durante un largo minuto siguió con los ojos ardientes clavados en él y los puños apretados. Luego giró sobre los talones para decirle algo violento al hombre, en esa extraña lengua africana.

Él trató de discutir, pero fue inútil; el torrente de palabras lo golpeaba como el agua de una manguera de incendios. Por fin levantó las manos en frustrada rendición y arrancó el trapo que cubría la cabeza de la mujer. Después de desatar los nudos con largos dedos veloces, lo sacudió para formar una venda, siempre rezongando por lo bajo.

Lo último que Roger vio, antes de que el hombre le vendara los ojos con el trapo, fue la cara de Fanny Beardsley, las pequeñas trenzas grasientas que le rodeaban los hombros y sus ojos aún fijos en él, ardientes como brasas.

No salieron sin oír protestas; durante un trecho, los rodeó un coro de voces furiosas y manos que les tiraban de las ropas y las extremidades. Roger caminaba, con la mano apoyada en el hombro de Fanny Beardsley para guiarse. El asentamiento parecía pequeño; al menos pasó muy poco tiempo antes de que los árboles se cerraran en torno a ellos. El hombre y la mujer intercambiaban ocasionalmente algún comentario, pero pronto quedaron en silencio. Aunque la venda estaba demasiado apretada para ver nada, algo de luz se filtraba por debajo; así podía calcular los cambios de hora. Cuando salieron de la choza promediaba la tarde; cuando al fin se detuvieron, la luz había desaparecido casi por completo.

Le quitaron la venda y él parpadeó; lo súbito de la luz compensaba lo escaso. El anochecer estaba avanzando. Se encontraban en una hondonada, ya medio cubierta por la oscuridad. Fanny Beardsley se enfrentó a él; bajo el

dosel del enorme castaño parecía más menuda, pero tan apasionada como en la choza. Él había tenido tiempo de sobra para pensar. ¿Debía decirle dónde estaba su hija o fingir que lo ignoraba? Si se lo decía, ¿haría ella algún intento por recuperarla? Y en ese caso, ¿cuáles podían ser las consecuencias para la niña, los esclavos fugitivos... e incluso para Jamie y Claire Fraser?

Ninguno de los dos había dicho nada sobre los hechos que habían sucedido en la granja de los Beardsley, más allá de explicar que él había muerto de una apoplejía. Pero Roger los conocía lo suficiente para sacar deducciones de la expresión atribulada de Claire y la impasible de Jamie. Pero si él no sabía lo sucedido, Fanny sí... y bien podía ser algo que los Fraser prefirieran mantener oculto. Si la señora Beardsley reaparecía en Brownsville para reclamar a su hija, habría algunas preguntas que contestar... y tal vez a nadie beneficiaba que se las respondiera.

Pero el cielo ardiente bañaba su cara de fuego. Frente al hambre de esos ojos en llamas él no pudo menos que decir la verdad.

—Tu hija... está bien —comenzó con firmeza.

Ella estranguló una pequeña exclamación, en el fondo de su garganta. Cuando terminó de escuchar lo que Roger sabía, las lágrimas le corrían por la cara, abriendo surcos en el hollín y el polvo que la cubrían, pero sus ojos se mantenían bien abiertos, fijos en él, como si al parpadear pudiera perder alguna palabra vital.

El hombre permanecía algo más atrás, cauteloso y vigilante, con la atención concentrada en la mujer, pero de vez en cuando echaba una mirada a Roger. Por fin se puso junto a su compañera, con el único ojo tan brillante como los de ella.

—¿Ella tener el dinero? —preguntó.

—Sí, ha... heredado... toda la propiedad... de Aaron... Beardsley —le aseguró Roger, con la garganta irritada de tanto hablar—. El señor... Fraser... se ocupó... de eso.

Él había acompañado a Jamie a la Corte de Huérfanos, para que prestara testimonio sobre la identidad de la niña. Richard Brown y su esposa recibieron la custodia de la criatura... y sus bienes. Le habían dado el nombre de Alicia, vaya a saber por qué sentimientos profundos o por qué indignación.

—¿No importa que ella negra?

Vio que el ojo del esclavo se desviaba hacia Fanny Beardsley y se apartaba de inmediato. La mujer oyó en su voz el dejo de incertidumbre y giró hacia él como una víbora al ataque.

—¡Ez tuya! —dijo—. ¡No pudo ser de él, no, no!

—Sí, eso tú decir —replicó él, resentido—. ¿Dan dinero a niña negra?

Ella golpeó un pie contra el suelo y lo abofeteó. El hombre le apartó la cara, pero no hizo otro intento de escapar de su furia.

—¿Creez acazo que la habría abandonado zi hubiera zido blanca? —gritó Fanny, aporreándolo en los brazos y en el pecho—. ¡Zi tuve que dejarla fue por culpa tuya, tuya! ¡Tú y eze maldito pellejo negro!

Fue Roger quien le sujetó las muñecas y se las retuvo a pesar de sus forcejeos. La dejó chillar hasta quedar ronca. Por fin ella se derrumbó en lágrimas.

El esclavo, que había presenciado todo eso con una mezcla de vergüenza y cólera, hizo un ademán de extender los brazos hacia ella. Fue un movimiento imperceptible, pero bastó para que ella se arrojara en sus brazos, a sollozar contra su pecho. Él la abrazó con torpeza, meciéndola sobre los talones descalzos. Se le veía avergonzado, pero ya ni iracundo.

Roger carraspeó con una mueca de dolor. El esclavo levantó la vista hacia él.

—Vete, hombre —dijo suavemente. Luego, antes de que Roger pudiera moverse, añadió—: Espera... ¿Verdad, hombre, la niña buena vida?

—Está... bien... cuidada. —Pero quería ofrecerles algo más—. Es... bonita —añadió por fin. Ya casi había perdido la voz; no era más que un susurro—. Una niña... bonita.

La cara del hombre cambió, atrapada entre el azoro, la consternación y el placer.

—¡Oh! —dijo—. Eso por su mamá, seguro.

Y dio unas palmaditas muy suaves en la espalda a Fanny Beardsley. Ella había dejado de sollozar, pero mantenía la cara apretada a su pecho, quieta y silenciosa. Ya había oscurecido casi por completo; la intensa penumbra borraba casi todo el color; la piel de la mujer parecía igual a la de su compañero.

El hombre sólo vestía una camisa empapada y tan rota que su piel oscura asomaba a través de los jirones, pero llevaba un cinturón de cuerda del que pendía un saco de tela basta. Rebuscó allí con una sola mano y sacó el astrolabio para devolvérselo a Roger.

—¿No vas a... quedártelo? —preguntó él.

El esclavo sacudió la cabeza.

—No, ¿para qué? —añadió, con un gesto irónico en la boca—, tal vez nadie viene a buscar tú, pero sí buscar cosa.

Roger cogió el pesado disco y se pasó la cinta por la cabeza.

—Nadie... vendrá —dijo.

Giró en redondo y se alejó, sin tener idea de dónde estaba ni hacia dónde iba.

Quemado hasta los huesos

Los caballos se apaciguaron un poco, pero aún estaban intranquilos. Jamie se abrió paso entre las coníferas hasta el pequeño claro.

—Pues si no os gusta —le oí decir—, ¿para qué vinisteis?

Gideon lanzó un suave relincho de placer al verlo. Cuando iba a acercarme para ayudarlo, un movimiento fugaz atrajo mi vista hacia abajo.

Me asomé para verlo. Parecía un caballo, aunque venía de una dirección diferente de la que habían tomado los refugiados.

—¡Es *Clarence*! —grité.

—¿Quién? —me llegó la voz de Jamie desde el otro lado del saliente.

—¡*Clarence*! ¡La mula de Roger!

Venía al trote por los maizales en barbecho, con las orejas hacia delante y obviamente feliz de reincorporarse a la sociedad. Estaba ensillada, pero sin jinete.

—Ha roto la manea para huir. —Jamie estaba junto a mi hombro y contemplaba la pequeña silueta del mulo—. ¿Ves?

En mi alarma yo no lo había notado, pero en una de las patas delanteras tenía un trapo que flameaba en la carrera.

—Supongo que eso es mejor. —Me sudaban las manos. Me sequé las palmas contra las mangas, por no apartar la vista—. Es decir... si estaba maneado es porque Roger no iba montado en él; no es que se haya caído y

pueda estar lesionado.

—¡Ah!, no. —Jamie parecía preocupado, pero no daba muestras de alarma—. Sólo tendrá que andar mucho.

De repente restalló un relámpago; el trueno que le pisaba los talones fue tan fuerte y súbito que di un respingo y estuve a punto de perder el equilibrio. Jamie me aferró de un brazo para impedir que cayera y me apartó del borde. Los caballos alborotaban en el extremo opuesto del precipicio. Él se volvió en esa dirección, pero de pronto se detuvo, con la mano aún en mi brazo.

—¿Qué? —Seguí la dirección de su mirada; sólo veía la faz del barranco, unos tres metros más abajo, festoneada de pequeñas plantas.

Me soltó el brazo y, sin responder, caminó hacia el barranco, donde había un viejo árbol quemado. Con mucha delicadeza, alargó la mano para extraer algo de la corteza muerta. Me acerqué a mirar; en la palma de su mano mostraba varios pelos largos y ásperos. Pelos blancos.

La lluvia empezaba otra vez su tarea de empapar cuanto estuviera a la vista. Los caballos lanzaron un penetrante par de relinchos; no les gustaba en absoluto verse abandonados así.

Eché un vistazo al tronco del árbol; había pelos por todas partes, enganchados en las grietas de la corteza. Me pareció oír la voz de Josiah: «Los osos tienen árboles especiales para rascarse. Cada oso vuelve al mismo, una y otra vez». Y tragué saliva con dificultad.

—Si los caballos están asustados —dijo Jamie, muy pensativo—, tal vez no sea tan sólo por los truenos.

Tal vez no, pero tampoco ayudaban. En el fondo de la cuesta estalló un relámpago y el trueno resonó con él. Otro dúo llegó pisándole los talones, y otro, como si una batería antiaérea estuviera disparando bajo nuestros pies. Los caballos estaban histéricos y yo me sentía a punto de imitarlos.

Al salir de la aldea me había puesto el capote, pero ya tenía la capucha y el pelo pegados al cráneo; la lluvia me castigaba la cabeza como un torrente de clavos. Jamie también tenía el pelo pegado. A través del aguacero me hizo una mueca y un gesto que indicaba: «Espera aquí», pero sacudí la cabeza y fui tras él.

Los caballos estaban desesperados, con las crines empapadas y los ojos desorbitados. Al ver eso Jamie apretó los labios y echó un vistazo al sitio

donde habíamos visto el árbol donde rascarse, invisible desde allí. Hubo otro relámpago y el trueno estremeció la roca; los dos caballos pujaron, relinchando. Eso decidió a Jamie, que aferró las riendas de *Judas* para inmovilizarlo. Por lo visto íbamos a bajar de la montaña, por resbaladizo que estuviera el camino.

Subí a la silla en un revoltijo de faldas mojadas y, bien aferrada, intenté gritar palabras reconfortantes al oído de *Judas*, que bailaba por la ansiedad de iniciar la marcha. Estábamos peligrosamente cerca de las coníferas del borde; me incliné cuanto pude hacia el lado opuesto, tratando de que se apartara de allí.

El aire olía a azufre; miré a mi alrededor, alarmada. Los árboles, las rocas, la tierra misma estaban bañados de luz azul. Por la superficie del barranco, a pocos metros de distancia, siseaban diminutas serpientes de electricidad blanca, brillante.

Me giré para llamar a Jamie y lo vi montado en *Gideon*; tenía la boca abierta y me gritaba algo, pero todas las palabras se perdieron en la reverberación del aire.

Las crines de *Gideon* empezaron a erizarse como por arte de magia. El pelo de Jamie se elevó desde sus hombros, atravesado por cables de azul crepitante. Caballo y jinete refulgían en una luz infernal que delineaba cada músculo de la cara y los miembros. Una ráfaga me recorrió la piel. Un momento después Jamie se arrojaba desde su montura contra mí. Los dos volamos hacia el vacío.

El rayo cayó antes de que llegáramos al suelo.

Cuando volví en mí, olía a carne quemada y el ozono escocía en la garganta. Me sentía como si me hubieran vuelto del revés y tuviera todos los órganos a la vista.

Aún llovía. Permanecí inmóvil durante un rato, mientras la lluvia me corría por la cara y me empapaba el pelo; las neuronas de mi sistema nervioso volvían lentamente a funcionar. Un dedo se contrajo por sí solo. Traté de hacerlo deliberadamente y lo conseguí. Flexioné los dedos; no se movían bien. Pero algunos minutos después había puesto en funcionamiento los circuitos necesarios para incorporarme.

Jamie estaba despatarrado de espaldas a poca distancia, como un muñeco

de trapo, en un matorral de zumaque. Me acerqué a gatas y descubrí que tenía los ojos abiertos. Al verme parpadeó; en el costado de su boca se contrajo un músculo, en un intento de sonrisa.

No se veía sangre y sus miembros, aunque torcidos de cualquier modo estaban rectos. La lluvia se le estaba acumulando en las cuencas de los ojos. Él parpadeó violentamente y giró la cabeza para dejar escurrir el agua. Apoyé una mano en su estómago; bajo mis manos percibí el gran pulso abdominal, lento, pero firme.

No sé cuánto tiempo estuvimos inconscientes, pero la tormenta había pasado también. Los relámpagos centelleaban más allá de las montañas, recortando los picos en marcado relieve.

—¿Estás bien, *Sassenach*?

—Estupenda —aseguré. Aún me sentía agradablemente remota—. ¿Y tú?

—Todavía no siento los dedos de los pies —dijo—; por lo demás, estoy bien. Pero los caballos...

Miró hacia arriba y noté que tragaba saliva.

Los caballos guardaban silencio.

Habíamos caído unos seis metros por debajo del saliente de la montaña, entre abetos y calambucos. Yo podía moverme, sí, pero no tenía intención de hacerlo. Me quedé sentada, haciendo inventario, mientras Jamie se sacudía e iniciaba el ascenso hasta la cornisa del «asesino».

Los caballos debían de haber muerto. ¿Por qué nosotros no? Al percibir el olor a carne quemada me recorrió un pequeño escalofrío. ¿Habríamos sobrevivido sólo porque estábamos condenados a morir dentro de cuatro años? Cuando nos llegara el turno, ¿yaceríamos entre las ruinas incendiadas de nuestra casa, convertidos en cáscaras de carne chamuscada y maloliente?

«Quemada hasta los huesos», susurró la voz de mi memoria. Las lágrimas se mezclaron en mi cara con la lluvia, pero eran lágrimas lejanas: por los caballos, por mi madre; por mí, todavía no.

Jamie regresó, empapado hasta los huesos y sin aliento. Noté que había perdido los dos zapatos.

—*Judas* ha muerto —dijo, sentándose a mi lado. Me estrechó con fuerza la mano fría; la suya también había perdido el calor.

—Pobrecito —dije. Las lágrimas corrieron más deprisa, arroyos tibios

que se mezclaban con la lluvia helada—. Él lo sabía, ¿verdad? Siempre detestó los truenos y los relámpagos, siempre.

Jamie, con un murmullo consolador, me rodeó los hombros con un brazo para que apoyara la cabeza contra su pecho.

—¿Y *Gideon*? —pregunté al fin, levantando la cabeza.

—Está vivo —dijo—. Tiene una quemadura a lo largo del hombro y la pata delantera, y las crines se le han chamuscado por completo.

—¿Crees que podrá bajar si lo llevas por la brida? Tengo... tengo un buen bálsamo para las quemaduras.

—Sí, creo que sí.

Me extendió la mano como apoyo para que me levantara. Al girar para sacudir las faldas arrugadas vi algo.

—Mira —dije, con la voz reducida a un susurro—. Jamie, mira.

A tres metros de distancia, cuesta arriba, se erguía un gran abeto del Canadá; la parte superior de la copa había desaparecido limpiamente; la mitad de las ramas restantes humeaba, reducidas a carbón. Entre una rama y el muñón del tronco se veía una masa enorme y redondeada, metida allí como una cuña. La mitad era negra, pues los tejidos se habían carbonizado, pero el pelo de la otra mitad se erguía en mojadadas púas blancas, con el color cremoso del trillium.

Jamie se quedó mirando el cadáver del oso, con la boca entreabierta. Luego la cerró lentamente y movió la cabeza. Cuando giró hacia mí perdió la vista entre las montañas distantes, donde los relámpagos, en su retirada, aún restallaban silenciosamente.

El fuego del hogar

Los pies se le estaban congelando bajo el único edredón. Aún estaba adormilada, pero no podría volver a conciliar el sueño si no buscaba más abrigo. Se levantó a duras penas, con los ojos reducidos a ranuras, y caminó descalza por el suelo helado para ver cómo estaba Jemmy. Dormía bien hundido en su pequeña cama de plumas, con el edredón subido hasta las orejitas rosadas.

Revolvió en busca de un segundo edredón y lo extendió sobre la cama. Gruñó de fastidio al ver que la taza de agua estaba vacía. Sintió deseos de volver a la cama y hundirse en un sueño profundo y abrigado, pero con la garganta seca no podría.

Junto al umbral había un cubo con agua del pozo. Entre muecas y bostezos, descorrió el cerrojo con mucha suavidad y salió; el aire frío le retorció la enagua en torno de las piernas. Medio agachada, buscó a tientas en la oscuridad. El cubo no estaba. ¿Dónde...?

Por el rabillo del ojo detectó un movimiento fugaz que la hizo volverse en redondo. Por un momento pensó que era Obadiah Henderson, sentado en el banco junto a su puerta. Al ver que la sombra se levantaba, su corazón se apretó como un puño. Pero lo reconoció al instante. Se encontró en los brazos de Roger antes de que su mente pudiera ordenar los detalles a conciencia.

—Eres tú —dijo. Lloraba—. ¡Has vuelto a casa!

—He vuelto a casa, sí —le susurró al oído—. ¿Estás bien? ¿Y Jem?

—Estamos bien, los dos. ¿Y tú? —Sorbió las lágrimas por la nariz—. ¿Qué hacías aquí fuera, Cielo Santo? ¿Por qué no has llamado?

—Estoy bien, sí. No he querido asustarte. Pensaba dormir aquí y llamar por la mañana. ¿Por qué lloras?

Sólo entonces Bree cayó en la cuenta de que, si él hablaba en susurros, no era por no despertar a Jem; su voz era sólo un murmullo cascado y sin aliento. Pero había pronunciado las palabras con claridad, sin esfuerzo, sin la dolorosa vacilación de antes.

—Puedes hablar —le dijo, limpiándose apresuradamente los ojos con el dorso de la muñeca—. Mejor, quiero decir.

Apoyó los dedos en la cicatriz tibia y desigual; luego tocó la incisión que le había salvado la vida, una línea blanca y nítida entre los pelos de la barba.

—¿Todavía te duele cuando hablas?

—Duele —respondió él, en ese graznido débil y ronco—. Pero puedo hablar. Lo haré... Brianna.

Yo tenía mucho que objetar al fuego del hogar: desde las astillas bajo las uñas y la brea en las manos, a las ampollas, las quemaduras y la enfurecedora indocilidad del elemento. Sin embargo debía reconocer dos cosas a su favor: era innegablemente cálido, e iluminaba el amor con una luz de belleza tan tenue que se podían olvidar todas las vacilaciones de la desnudez.

Nuestras sombras mezcladas corrían juntas en la pared: aquí un brazo, allá la curva de una espalda, como parte de una bestia ondulante. La cabeza de Jamie se elevó aparte: un gran animal de melena que se erguía por encima de mí, arqueando la espalda al extremo.

Extendí la mano a través de esa extensión de piel relumbrante y músculo estremecido, rozando el vello chispeante de los brazos y el pecho, hasta sepultarla en la tibieza de su pelo y guiarlo, jadeante, al hueco oscuro de mi seno. Mantuve los ojos semicerrados; también las piernas, pues me resistía a renunciar a su cuerpo, a la ilusión de unidad... si acaso era una ilusión. ¿Cuántas veces más podría retenerlo así, aun en el hechizo de luz del fuego?

Le solté los hombros para tocar con ternura los recios remolinos de su pelo. Él giró la cabeza para besarme el pecho; luego, con un suspiro, se

deslizó hacia un costado.

—¿Qué haces, tesoro? —le pregunté.

—Me aseguro de que mi ropa no se queme.

Entre una cosa y otra, no había prestado mucha atención mientras él iba arrojando mis prendas, pero todas parecían estar lejos de las llamas; la falda formaba un pequeño montículo junto a la cama; el corpiño y la enagua habían caído en rincones opuestos. La banda que utilizaba como sostén no estaba a la vista.

—Eres hermosa —me susurró.

—Si tú lo dices...

—¿No me crees? ¿Te he mentado alguna vez?

—No es eso. Si tú lo dices ha de ser verdad, porque tú haces que lo sea.

—¿Piensas lo mismo de mí, *Sassenach*? —preguntó súbitamente.

Parecía tímido. Lo miré con sorpresa.

—¿Si pienso qué? ¿Que eres hermoso? —Mi boca se curvó involuntariamente. Él sonrió a su vez.

—Tanto como eso... no, pero al menos si puedes soportar mi facha.

Seguí con un dedo la tenue línea blanca que le cruzaba las costillas, vieja huella de una espada. La otra cicatriz, más larga y gruesa, de la bayoneta que le había desgarrado un muslo a lo largo. El brazo que me sujetaba, bronceado y curtido, con el vello blanqueado por largas jornadas de sol y trabajo. Cerca de mi mano, su pene se curvaba entre los muslos, ya suave, pequeño y tierno, en su nido de vello rojizo.

—Para mí eres hermoso, Jamie —dije al fin, suavemente—. Tan hermoso que me rompes el corazón.

—Pero soy viejo —objetó, sonriente—. Ya tengo canas en la cabeza; mi barba se ha puesto gris.

—Plateada —corregí.

—Gris —insistió él, con firmeza—. Y, encima, escasa. Y aun así... —Sus ojos se ablandaron al mirarme—. Aun así ardo cuando me acerco a ti, *Sassenach*; creo que así será hasta que ambos quedemos reducidos a cenizas.

—¿Es una expresión poética? —pregunté con cautela—. ¿O lo dices literalmente?

—¡Oh!, no. No me refería a... No. —Ciñó su brazo en torno a mí, con la

cabeza inclinada hacia la mía—. No pienso en eso. Si debe ser...

—No será.

Una breve risa me agitó el pelo.

—Pareces muy segura, *Sassenach*.

—El futuro se puede alterar. Yo lo hago en cada momento.

—¿De veras?

Me aparté un poco para mirarlo.

—De veras. Ahí tienes a Mairi MacNeill. La semana pasada, si yo no hubiera estado allí, habría muerto junto con sus gemelos. Pero yo estaba allí, y no murieron.

Puse una mano detrás de mi nuca para observar el reflejo de las llamas, que ondulaba como agua en las vigas del techo.

—A veces pienso... Son muchos a los que no puedo salvar, pero a algunos sí. Si alguien sobrevive gracias a mí y después tiene hijos, y éstos le dan nietos, y así sucesivamente... Pues cuando llegue mi época habrá en el mundo treinta o cuarenta personas que, de otro modo, no habrían estado allí, ¿verdad? Y todas ellas habrán hecho cosas en su vida. ¿No te parece que eso es cambiar el futuro?

—Sí —musitó él. Me cogió la mano libre para seguir, con un largo dedo, las líneas de la palma—. Sí, pero es el futuro de ellos lo que cambias, *Sassenach*, y quizá así estaba decretado. —Tiró suavemente de los dedos. Un nudillo crujió como los leños que crepitaban en el hogar—. Los médicos han salvado a mucha gente en el curso de los años, sin duda.

—Por supuesto, y no sólo los médicos. —Me incorporé, impelida por la potencia de mi argumento—. Es que no importa, ¿no te das cuenta? Tú. Tú mismo has salvado vidas en alguna ocasión. ¿Fergus, Ian? Los dos andan por el mundo, haciendo cosas, procreando y todo eso. Tú cambiaste su futuro, ¿verdad?

—Sí, tal vez. Pero no podía hacer otra cosa, ¿o sí?

Esa declaración tan simple me dejó muda. Pasamos un rato en silencio, contemplando el juego de la luz contra el muro encalado. Por fin, él se movió a mi lado y volvió a hablar.

—No lo digo por buscar compasión —aclaró—, pero de vez en cuando me duelen un poco los huesos, ¿sabes?

Alargó la mano baldada sin mirarme y la hizo girar a la luz, de modo que la sombra de los dedos torcidos formara una araña en el muro.

De vez en cuando. Yo lo sabía, claro que sí. Conocía los límites del cuerpo... y sus milagros. Lo había visto sentarse al terminar la jornada, con el agotamiento escrito en cada línea de su cuerpo.

—Lo sé —dije con suavidad.

—Pero contigo no —dijo, cubriéndome la mano—. ¿Sabes que mis dolores sólo desaparecen cuando estoy en tu lecho, *Sassenach*? Cuando te poseo, cuando estoy en tus brazos, mis heridas se curan y mis cicatrices quedan en el olvido.

—Las mías también.

Durante un rato me acarició el pelo en silencio. Estaba revuelto y enmarañado debido a nuestros esfuerzos anteriores; él alisó un rizo y otro, peinándolos uno a uno con los dedos.

—Tu cabellera es como una gran nube de tormenta, *Sassenach* —murmuró ya adormilado—. Todo oscuridad y luz al mismo tiempo. No hay dos cabellos del mismo color.

Era cierto; el mechón que tenía entre los dedos mostraba hebras blanquísimas y otras plateadas o rubias; vetas oscuras, casi como el pelaje de las martas, y varios restos del castaño claro de mi juventud. Hundió los dedos bajo la masa; sentí que su mano se curvaba contra mi nuca como contra un cáliz.

—Vi a mi madre en su ataúd —dijo por fin—. Las mujeres le habían trenzado el pelo para que tuviera un aspecto decoroso, pero mi padre no lo permitió. Quería verla por última vez tal como era para él. Fue personalmente al ataúd, le deshizo las trenzas y extendió la cabellera con las manos, cubriendo la almohada.

Hizo una pausa; su pulgar quedó inmóvil.

—Yo estaba allí, quieto en el rincón. Cuando todos salieron para recibir al cura me acerqué sigilosamente. Era la primera vez que veía a una persona muerta.

Dejé que mis dedos se cerraran sobre su antebrazo. Una mañana mi madre me dio un beso en la frente; luego volvió a colocarme la horquilla que se me había desprendido de mi pelo ensortijado y salió. Jamás volví a verla.

La velaron con el ataúd cerrado.

—¿Era... ella?

—No. —Contemplaba el fuego con los ojos entornados—. No del todo. Se le parecía, pero nada más. Como si alguien la hubiera tallado en madera de abedul. Pero su pelo... eso aún tenía vida. Eso todavía era... ella.

Lo oí tragar saliva y carraspear un poco.

—La cabellera le cruzaba el pecho, cubriendo al niño que yacía con ella. Pensé que a él no le gustaría sofocarse de ese modo. Y retiré las guedejas rojas para dejarlo a la vista. Mi hermanito, acurrucado en sus brazos, con la cabeza en su seno, abrigado y en sombras bajo la cortina de pelo. Y enseguida pensé que no, que estaría más contento si lo dejaba así. Y volví a alisar la cabellera de mi madre para cubrirle la cabeza.

Su pecho se elevó bajo mi mejilla. Deslizó lentamente las manos por mi pelo.

—No tenía una sola cana, *Sassenach*. Ni una.

Ellen Fraser había muerto de parto a los treinta y ocho años. Mi madre, a los treinta y dos. Y yo... yo tenía la riqueza de todos esos años largos que ellas habían perdido. Y más aún.

—Para mí es un gozo ver cómo te tocan los años, *Sassenach* —susurró—, pues significa que vives.

Un hoyo en el fondo del mar

Cerro de Fraser
Octubre de 1771

De repente, Roger se despertó, de esa manera que no permite la transición de la somnolencia; con el cuerpo inerte, pero la mente alerta y los oídos en sintonía con aquello que lo había despertado. No tenía recuerdo consciente de haber oído llorar a Jemmy, pero tenía su eco en el oído interno, con esa combinación de esperanza y resignación que, en toda pareja con hijos, es la condena del que se despierta con más facilidad.

El sueño tiraba de él hacia las olas de la inconsciencia, como una piedra de diez toneladas atada a sus pies. Un pequeño susurro le retuvo la cabeza en la superficie.

«Vuelve a dormir», pensó ferozmente en dirección a la cuna. «Calla, calla... Vuelve... a... dorrrmirrrr». Esa hipnosis telepática rara vez resultaba, pero al menos retrasaba por algunos segundos preciosos la necesidad de moverse. Alguna vez se producía el milagro y su hijo volvía a dormir, relajado en la cálida humedad del pañal y los sueños cubiertos de migajas.

Contuvo el aliento, aferrado al borde del sueño que se le esfumaba,

atesorando esos pocos segundos de inmovilidad. Pero oyó otro ruido y de inmediato estuvo de pie.

—¿Bree? Bree, ¿qué pasa?

Estaba de pie junto a la cuna, fantasmal figura en la oscuridad. Estrechaba entre sus brazos al pequeño y temblaba de frío y miedo. Él la cogió por los hombros, acercándosela por instinto, y de inmediato se contagió de su frío. Lo sintió en el corazón. Se obligó a estrecharla con más fuerza, para no mirar la cuna vacía.

—¿Qué pasa? —susurró—. ¿Es Jemmy? ¿Qué ha pasado?

—Nada —respondió ella—. Está bien.

Su voz sonaba espesa, pero tenía razón. Jem, incómodamente aplastado entre sus padres, despertó con un súbito chillido de indignación. Esa enérgica resistencia llenó a Roger de cálido alivio, ahogando las glaciales imágenes que se habían apoderado de su mente. Con alguna dificultad, desprendió al niño de los brazos de su madre y lo sostuvo contra su propio hombro, entre palmaditas reconfortantes y suaves siseos. El niño, tranquilizado por ese procedimiento rutinario, bostezó y volvió a su habitual estado de placidez, con un murmullo soñoliento que subía y bajaba como una sirena lejana.

—Papipapipapi...

Brianna seguía de pie junto a la cuna, con los brazos vacíos ceñidos a su propio cuerpo. Roger le acarició el pelo con la mano libre y la atrajo hacia sí.

—Ven a la cama —dijo por lo bajo—. Métete bajo el edredón. Hace frío. No era cierto; la cabaña estaba caldeada.

No obstante, Brianna acudió y se puso el niño al pecho aun antes de haberse acostado. Jemmy, que nunca rechazaba alimento alguno, aceptó el ofrecimiento de buena gana y se acurrucó satisfecho como un apóstrofe contra el vientre de su madre.

Roger se deslizó en la cama, detrás de ella, e imitó la postura de su hijo, con las rodillas recogidas contra las de Brianna y el cuerpo curvado en una coma protectora en torno de ella. Entre esos seguros signos de puntuación, Brianna se relajó poco a poco. Aun así Roger percibía algo de tensión en su cuerpo.

—¿Mejor? —preguntó por lo bajo. Su piel aún estaba fría y húmeda, pero comenzaba a templarse.

—Sí. —Ella dejó escapar el aliento en un suspiro trémulo—. Tuve un mal sueño. Perdóname por despertarte.

—No importa. —Roger le acarició una y otra vez la curva de la cadera—. ¿Quieres contármelo?

—Tenía frío —dijo ella, en voz baja—. Creo que el edredón se desplazó. Pero en el sueño tenía frío porque la ventana estaba abierta.

—¿Aquí? ¿Una de estas ventanas?

—No. —Ella tomó aliento—. Estaba en la casa de Boston, donde me crié. En la cama. Pero tenía frío y el frío me despertó... en el sueño. Me levanté para ver de dónde venía la corriente de aire.

En el estudio de su padre había ventanales. De allí provenía el viento; las largas cortinas blancas se inflaban hacia el interior de la habitación. Junto al escritorio antiguo estaba la cuna, con una fina manta blanca que la brisa hacía flamear.

—Él había desaparecido. —La voz era firme, pero se quebró con el recuerdo del terror—. Jemmy había desaparecido. La cuna estaba vacía. Comprendí que algo había entrado por la ventana para llevárselo.

Apretó la espalda contra él, buscando consuelo sin darse cuenta.

—Aquello, fuera lo que fuese, me daba miedo pero no importaba. Debía encontrar a Jemmy.

Tenía un puño apretado a la barbilla. Él se lo estrechó con suavidad.

—Descorrí las cortinas y salí corriendo... pero allí no había nada. Sólo agua. —El recuerdo la estremeció.

—¿Agua? —Él acarició con el pulgar el puño apretado, tratando de calmarla.

—El océano. El mar. Sólo... agua, lamiendo el borde de la terraza. Estaba oscura y yo sabía que no tenía fondo. Y que Jemmy estaba allí abajo. Se había ahogado. Yo había llegado demasiado tarde. —Por un momento perdió la voz, pero continuó con más firmeza—. Me zambullí, sin pensarlo. No podía hacer otra cosa. Todo estaba oscuro y había cosas en el agua, a mi alrededor. No las veía, pero me rozaban; cosas grandes. Busqué y busqué, pero no veía nada. De pronto el agua se hizo más clara y... lo vi.

—¿A Jemmy?

—No. A Bonnet. A Stephen Bonnet.

Roger se obligó a no moverse, a no tensarse. Ella soñaba a menudo y él siempre se imaginaba que, cuando no decía nada, era porque había soñado con Bonnet.

—Tenía a Jemmy en las manos y se reía. Traté de quitárselo, pero él lo apartó. Lo hizo una y otra vez. Cuando traté de pegarle se limitó a sujetarme la mano. Reía. Luego miró hacia arriba y su cara cambió.

Respiró hondo y, en busca de consuelo, aferró uno de los dedos de su marido.

—Nunca vi una mirada como ésa, Roger, nunca. Él estaba viendo algo detrás de mí, algo que se acercaba, y que lo aterrorizaba. Me tenía aferrada. Yo no podía volverme a mirar, ni tampoco escapar, por no dejar a Jemmy. Eso venía y... y entonces desperté.

Dejó escapar una risa débil y trémula.

—La abuela de mi amiga Gayle solía decir que, si en sueños caes de un barranco, cuando llegues al fondo morirás en la realidad. ¿Eso vale también para cuando te devora un monstruo marino?

—No. Además, de sueños como ése siempre despiertas a tiempo.

—Hasta ahora sí. —Ella parecía dudar un poco.

—Y siempre será así. No te aflijas. Jemmy está a salvo. Yo estoy aquí. Y no permitiré que os suceda nada.

La rodeó con un brazo y curvó la mano contra el pañal caliente. Jemmy, satisfechas todas sus necesidades físicas, había caído en un apacible sopor, contagioso en su abandono. Brianna, con un suspiro, cubrió la mano de Roger con la suya.

—En el escritorio había libros —dijo, ya soñolienta—. En el escritorio de papá. Me di cuenta de que había estado trabajando. Por todas partes había libros abiertos y papeles esparcidos. En el centro del escritorio había una hoja escrita. Yo quería leerla para saber qué estaba haciendo, pero no podía detenerme.

—Hum...

Brianna se estremeció un poco; el movimiento arrancó un susurro a las barbas de maíz del colchón; fue un diminuto sismo en ese pequeño universo caliente. Se puso tensa para luchar contra el sueño, pero volvió a relajarse.

El cielo estaba cubierto y la mañana era fresca, pero muy húmeda; Roger sintió que el sudor le cubría el cuerpo. Había pasado apenas una hora desde el amanecer y aún tenían la casa a la vista, pero ya le escocía el cuero cabelludo por las gotas lentas que se le iban juntando bajo la trenza.

Flexionó los hombros con resignación y el primer hilo de sudor se le arrastró por la espalda, cosquilleante. Al menos sudar servía para aliviar los músculos doloridos; esa mañana se había levantado con los brazos y los hombros tan rígidos que necesitó de Brianna para vestirse; fue ella quien le pasó la camisa por la cabeza y le abotonó la bragueta con diestros dedos.

—¿Te parece que el clima se mantendrá? —preguntó Roger, más por entablar conversación que por otra cosa. Jamie no era parlanchín, pero en esa ocasión parecía anormalmente silencioso. A su saludo, un rato antes, apenas había respondido con un «... día, sí». Tal vez era por lo gris de la mañana, que amenazaba lluvia.

Jamie se detuvo para levantar la vista al cielo encapotado. Cerró con torpeza la mano derecha y volvió a abrirla poco a poco. El anular rígido le dificultaba algunas tareas delicadas, como la de escribir, pero en compensación le ofrecía una ventaja dudosa: las articulaciones hinchadas anunciaban la lluvia con tanta fiabilidad como el barómetro. Mientras movía los dedos, le dedicó a Roger una débil sonrisa.

—Sólo una pequeña punzada —dijo—. No lloverá antes de que caiga la noche. Pongamos manos a la obra, ¿quieres?

Roger echó un vistazo hacia atrás; la casa y la cabaña habían desaparecido. La espalda de Jamie se retiraba; él frunció el entrecejo, vacilante. Para llegar al campo donde iban a sembrar debían caminar unos ochocientos metros; habría tiempo suficiente para conversar. Pero no era buen momento, aún no. Aquel asunto debía ser tratado cara a cara y en el tiempo de descanso. Más adelante, cuando hicieran una pausa para comer.

Caminaron a través del bosque, silenciosos como indios sobre la capa de hojas podridas, y salieron del robledal de modo tan repentino que una maraña de cuervos alzó el vuelo del campo recién desmalezado, chillando como demonios escapados del mundo inferior.

—¡Jesús! —murmuró Jamie, mientras se persignaba involuntariamente.

A Roger se le cerró la garganta y se le hizo un nudo en el estómago. Los cuervos habían estado comiendo algo que yacía en el hueco dejado por un árbol arrancado; por encima de los montones de tierra sólo se veía una curva pálida, que se parecía inquietantemente a la de un hombro desnudo.

Era un hombro desnudo, sí... de cerdo. Jamie se agachó junto al cuerpo del cerdo salvaje para tocar con asco las marcas dejadas en el pellejo grueso y claro. Roger vio el atareado movimiento de las moscas dentro de las cavidades rojas y negras.

—¿Un oso? —preguntó, sentándose en cuclillas junto a él.

Su suegro movió la cabeza.

—Un felino. —Separó las cerdas escasas de la oreja para señalar unas heridas punzantes azuladas en los pliegues de grasa—. Le partió el cuello con un solo mordisco. ¿Y ves las marcas de las garras?

A pesar del calor húmedo, a Roger se le erizó el pelo en un escalofrío. Era demasiado fácil imaginar unos ojos amarillos en las sombras del matorral, allí detrás, evaluando fríamente el punto en que el cráneo se encuentra con la frágil columna vertebral.

—¿Puede estar todavía cerca? —Miró a su alrededor, tratando de fingir indiferencia.

—Tal vez. La presa está fresca. —Luego se agachó para sujetar las patas tías—. Vamos a colgarla. Es demasiada carne para malgastarla.

Arrastraron al animal muerto hasta un árbol que tenía una rama baja y fuerte. Jamie sacó de la manga un pañuelo sucio y se lo ató a la frente, para que el sudor no le ardiera en los ojos. Roger buscó su propio pañuelo, cuidadosamente lavado y planchado, e hizo otro tanto. Para ahorrar trabajo de lavandería, se quitó las camisas limpias y las tendió en una mata.

En el campo había cuerdas, abandonadas allí al terminar la faena de arrancar los tocones; Jamie cogió un trozo y dio varias vueltas a las patas delanteras del animal; luego pasó el extremo libre por encima de la rama. Era una cerda adulta: unos dos quintales de carne maciza. Jamie plantó firmemente los pies y tiró de la soga hacia atrás, gruñendo por el súbito esfuerzo.

Al inclinarse para ayudarlo a izar la tiesa res, Roger contuvo el aliento, pero Jamie tenía razón: estaba fresca. Se percibía el olor habitual a cerdo,

debilitado por la muerte y mezclado con el aroma más penetrante de la sangre, pero nada peor.

Cuando rodeó el cadáver con los brazos, las cerdas le rasparon la piel del vientre; apretó los dientes para contener una mueca de asco. Hay pocas cosas tan muertas como un gran puerco muerto. A una palabra de su suegro, el cuerpo quedó atado. Lo soltó. El cerdo se bamboleó suavemente, como un péndulo de carne.

Roger estaba empapado, más de lo que justificaba el esfuerzo hecho. Tenía una gran mancha de sangre pardusca en el pecho y el vientre. Se frotó el nudo de la barriga con el canto de la mano y la sangre se mezcló con el sudor. Volvió a mirar a su alrededor, como despreocupado. Entre los árboles nada se movía.

—Las mujeres se alegrarán —comentó.

Jamie, riendo, desenvainó el puñal.

—No lo creo. Se pasarán la mitad de la noche levantadas, carneando y salando.

Roger sostuvo al cerdo para que Jamie lo destripara; luego envolvió la maloliente masa de intestinos en el mantel del almuerzo, mientras su suegro, paciente, se esforzaba por encender una fogata con madera verde, para alejar a las moscas de la res colgada. Maloliente y manchado de sangre, desperdicios y sudor, Roger cruzó el campo hacia el pequeño arroyo que corría por el bosque.

Se arrodilló para echarse agua en los brazos, la cara y el torso; se enjuagó la boca y escupió antes de beber a fondo, pasando a la fuerza el agua por su garganta, todavía tensa. Aún sentía la fría rigidez del cerdo muerto, veía la tierra pegada a su hocico, los ojos vaciados por los cuervos. Se le erizó la piel de los hombros, tanto por el frío del arroyo como por sus pensamientos.

Entre un hombre y un cerdo no había tanta diferencia. Carne a la carne, polvo al polvo. Bastaba con un golpe. Se desperezó lentamente, sintiendo los últimos dolores musculares.

En el castaño, por encima de su cabeza, se oía un bullicioso coro de graznidos. Los cuervos, negras manchas entre el follaje amarillo, expresaban su disgusto por el robo de su festín. En un arrebato de asco, alzó una piedra para arrojarla hacia el árbol, con toda su fuerza. Los cuervos alzaron vuelo,

chillando, y él regresó al campo con ceñuda satisfacción.

Ya habían cortado los palos para la cerca, pero los pilares serían de piedra, lo bastante sólidos como para resistir los empellones de cerdos que pesaban trescientos o cuatrocientos kilos. Dentro de un mes sería tiempo de arrear a los cerdos que habían soltado en el bosque, a fin de que engordaran de forma natural al comer las abundantes castañas del suelo.

Él y Jamie formaban un buen equipo. Eran más o menos del mismo tamaño y cada uno adivinaba por instinto los movimientos del otro.

Cuando hacía falta una mano, allí estaba. Por el momento no había necesidad; esa parte de la faena era la peor, pues no había nada de interés para calmar el tedio ni habilidad que facilitara el trabajo. Sólo piedras, cientos de piedras que debían retirar del suelo margoso y cargar, arrastrar o mover a la fuerza hasta el sembrado, para allí amontonarlas y ponerlas en su sitio.

A menudo conversaban durante la tarea, pero esa mañana no. Cada uno trabajaba a solas con sus pensamientos, yendo de un lado a otro con la interminable carga. Era menester. No había alternativa y él lo sabía desde hacía mucho tiempo. Roger observó disimuladamente a su suegro. ¿Accedería?

De acuerdo. Jamie entendería mejor que nadie la necesidad, la carga que representaba el sueño de Brianna, y que era como una piedra en el vientre de Roger. Lo ayudaría, por supuesto, pero ¿le permitiría que terminara solo con aquello? Después de todo, Jamie también tenía interés en el asunto.

Tal vez era una tontería pensar siquiera en actuar solo. «Hijo de predicador», le decían los otros muchachos en la escuela. Y eso es lo que era, con toda la ambigüedad que aquello encerraba. Huérfano a consecuencia de la guerra, educado por un hombre de paz, ¿cómo podía inclinarse por el asesinato? Empujó la piedra hacia el campo, haciéndola rodar con lentitud.

—Nunca has matado nada, más que peces —murmuró para sí—. ¿Qué te hace pensar...?

Pero lo sabía demasiado bien.

Al promediar la mañana tenían piedras suficientes para construir el primer pilar. Con un gesto y un murmullo se pusieron manos a la obra: arrastrar, levantar, disponer en la pila y asegurar, con alguna exclamación ahogada al aplastarse un dedo o magullarse un pie.

Jamie alzó una gran piedra hasta su sitio; luego irguió la espalda, sin aliento. Roger también respiró hondo. Sería mejor hacerlo ahora; difícilmente se presentaría una oportunidad mejor.

—Tengo que pedirte un favor —dijo abruptamente.

Jamie, jadeante, levantó la vista y se quedó esperando.

—Enséñame a luchar.

—Sabes luchar bastante bien —dijo Jamie, exhalando el aliento. Luego contrajo la boca—. ¿Acaso quieres que te enseñe a manejar la espada sin cortarte el pie?

—Sí, para empezar.

Jamie lo observó un momento.

—Ya eres viejo para eso, ¿sabes? —dijo al fin su suegro—. La mayoría de los espadachines comienzan en la niñez. —Hizo una pausa—. Yo recibí mi primera espada a los cinco años.

—Viejo, tal vez, pero no he muerto.

—Pero te podría suceder —advirtió Fraser—. Saber un poco es peligroso. Un tonto con la espada en su vaina corre menos peligro que el tonto que cree saber manejarla.

—«Saber un poco es algo peligroso» —citó Roger—. «Bebe hasta el fondo o no bebas del pozo». ¿Me crees tonto?

Jamie rió, sorprendido.

—«Unos pocos tragos te nublan la cabeza» —agregó, finalizando la estrofa—. «Bebe en abundancia y volverá la claridad». En cuanto a que seas tonto, no creo que te embriagues con la sola idea, ¿verdad?

Roger sonrió ligeramente; Jamie lo sorprendía con sus profundos conocimientos.

—Beberé en cantidad suficiente para mantenerme sobrio —dijo—. ¿Me enseñarás?

—Tienes buena estatura. Y quizá buen alcance. —Lo observó de pies a cabeza—. Sí, creo que puedes servir.

Jamie no volvió a hablar hasta que había medio construido el siguiente pilar.

—¿Por qué? —preguntó, con los ojos en la enorme piedra que bajaba lentamente a su lugar.

—Tengo una familia que proteger —dijo.

La piedra se movió de mala gana, deslizándose algunos centímetros por la superficie desigual. Jamie movió la cabeza una, dos veces; a su llamado «tres» pujaron juntos, con un doble gruñido de esfuerzo. El monstruo se levantó a medias, quedó inmóvil, subió del todo y cayó en su sitio con un ruido seco, que reverberó en el suelo, a sus pies.

—¿Que proteger de qué? —Jamie se pasó una muñeca por la mandíbula. Luego señaló al cerdo colgado—. Por mi parte, no me gustaría enfrentarme a un jaguar con una espada.

—¿No? —Roger flexionó las rodillas para maniobrar con una roca—. Dicen que has matado a dos osos; a uno de ellos, con un puñal.

—Pues sí —confirmó Jamie, seco—. No tenía otra cosa más que ese puñal. En cuanto al otro... si hubo alguna espada no fue la mía, sino la de san Miguel.

—Pero si hubieras sabido con antelación que podías... eh... enfrentarte a él, ¿no te habrías armado... mejor? —El joven flexionó las rodillas para bajar cuidadosamente la piedra a su sitio.

—Si yo hubiera sabido que podía enfrentarme a ese maldito oso —dijo Jamie, mientras levantaba otra—, habría escogido otro camino.

Roger lanzó un bufido de risa y acomodó la nueva piedra contra las anteriores. A un lado quedaba un pequeño hueco que le restaba firmeza; Jamie, al verlo, escogió un pequeño trozo de granito, ahusado por un extremo: cabía exactamente allí; los dos se sonrieron involuntariamente.

—¿Crees que se puede coger otro camino? —preguntó Roger.

Fraser se frotó la boca con una mano, pensativo.

—Si te refieres a la guerra, sí, es lo que pienso. —Le clavó la mirada—. Puede que lo encuentre, puede que no... pero hay otro camino, sí.

—Puede ser. —Roger no se refería a la guerra inminente; con seguridad, Jamie tampoco.

—En cuanto a los osos... —Fraser quedó inmóvil, serenos los ojos—. Te diré: hay una gran diferencia entre enfrentarte a un oso cuando estás desprevenido... a perseguirlo.

El mediodía llegó bajo la forma de un rumor en la barriga, dolor en las manos y la súbita percepción del cansancio en brazos y piernas. Por tácito

consentimiento, se sentaron con el paquete de comida y los hombros cubiertos por las camisas limpias, para no coger frío cuando se les secase el sudor.

Jamie masticó laboriosamente y tragó su bocado con un poco de cerveza. De inmediato hizo una mueca y ahuecó los labios como para escupir, pero al fin lo tragó.

—¡Puaj! Lizzie se ha pasado otra vez con la mezcla.

—¿Qué le ha puesto esta vez? —Lizzie había estado experimentando con distintos sabores para la cerveza, con poco éxito.

Jamie olfateó la boca de la botella.

—¿Anís? —sugirió, mientras se la pasaba a su yerno.

—Anís y jengibre —dijo. Aun así bebió un sorbo, cauteloso. Hizo la misma mueca que Jamie y vació la botella sobre una dócil mata de zarzamora.

—El que guarda siempre tiene, pero...

—No conviene envenenarse. —Jamie cogió la botella vacía y fue hacia el arroyo. A su regreso entregó el agua a Roger—. Tengo noticias de Stephen Bonnet.

Lo dijo con tanta indiferencia que Roger tardó en captar el significado de esas palabras.

—¿De veras? —dijo al fin.

—Sí. No sé dónde está ahora, pero sí dónde estará en abril... o dónde puedo hacer que esté. Seis meses; luego lo matamos. ¿Te parece que tendremos tiempo?

—Sí —dijo—. Bastará.

En garde

Por un momento creyó que no podría levantar la mano hasta el pestillo.

Los brazos le colgaban como si llevara pesas de plomo, y los músculos del antebrazo brincaban y temblaban por el agotamiento. Tuvo que hacer dos intentos, y aun entonces sólo pudo cogerlo torpemente entre el índice y el mayor; el pulgar no podía cerrarlo.

Brianna debió de oír sus manotazos, pues la puerta se abrió de súbito; su mano cayó sin fuerzas. Apenas vio un destello de pelo revuelto y una cara sonriente, con una mejilla manchada de hollín; de inmediato tenía los brazos de su mujer alrededor del cuerpo y su boca sobre la suya propia. Estaba en casa.

—¡Has vuelto! —dijo Bree, soltándolo.

—Sí... —Y bien que se alegraba. La cabaña olía a comida caliente y a jabón de lejía.

—¡Papi, papi! —Jemmy saltaba de entusiasmo, aferrado a un banquillo para no perder el equilibrio—. ¡Pa... piii!

—Hola, hola —dijo Roger, alargando una mano hacia abajo para dar unas palmaditas a la cabeza esponjosa del pequeño—. ¿Quién es el niño de papá?

—¡Yo! ¡Yo! —Y sonrió con una enorme expansión de encías rosadas, mostrando todos sus diente-cillos blancos.

—Tenemos una sorpresa para ti. ¡Mira esto! —Fue rápidamente hacia la

mesa e hincó una rodilla en el suelo, a un paso de Jemmy. Luego le acercó las manos—. Ven con mamá, bonito. Ven aquí, bebé, ven con mamá.

Jemmy se balanceó precariamente, soltó una mano y, alargando los brazos hacia su madre, dio dos pasos de borracho hasta caer contra ella, chillando. Brianna lo atrapó y lo puso en dirección a Roger.

—Ven con papi —lo alentó—. Anda, ven con papi.

—Vamos, amiguito, ven aquí.

Jemmy se aferró un momento, inclinado hacia delante; luego soltó la mano de su madre y se tambaleó hacia Roger, en tres pasos cada vez más veloces, y se dejó caer de cabeza en el abrazo salvador de su padre.

—¡Así me gusta! Ahora lo tocarás todo, ¿verdad?

—¡Como si ahora no tocara nada! —exclamó Brianna, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y qué otra cosa habéis hecho hoy? —preguntó Roger, sentándose a la mesa.

—¿Qué otra cosa? —Ella dilató los ojos; luego los entornó—. ¿No te parece que aprender a caminar es suficiente para un día?

—Por supuesto; es estupendo, maravilloso —se apresuró él a reconocer—. Lo decía sólo por entablar conversación.

—Pues bien, hemos fregado el suelo, aunque la diferencia no se note...

—Bajó la vista con cierto disgusto a las toscas tablas manchadas—. Hemos preparado la masa del pan, sólo que no ha levado, de modo que cenarás con galletas.

—Me encantan las galletas —aseguró él inmediatamente.

—Sin duda. —Bree arqueó una roja ceja—. Y para el hambre no hay galleta dura.

Roger rió. Se le estaba pasando el frío, y aunque poco le faltaba para caer del taburete, de puro cansado, se encontraba bien. Y hambriento. Su estómago gruñó, expectante.

—Una galleta con mantequilla sería buen comienzo —dijo—. ¿Qué más? Huelo algo rico. —Olfateó hacia el caldero burbujeante, esperanzado—. ¿Guiso?

—No: colada. —Bree clavó una mirada fulminante en el caldero—. La tercera del día. No es mucho lo que entra en esa porquería, pero no pude

llevar la ropa sucia al caldero grande de la casa, porque tenía que fregar el suelo e hilar. Si lavas fuera tienes que quedarte a atender el fuego y remover, de modo que no puedes hacer casi nada más en ese tiempo.

La mirada de Brianna se centró en Roger, como si reparara en él por primera vez.

—Y usted, señor MacKenzie, ¿qué ha estado haciendo? Se diría que viene de la guerra.

Le tocó suavemente la cara; en la frente se le estaba formando un chichón; Roger sintió una pequeña punzada de dolor ante el contacto.

—Algo así. Jamie me ha estado enseñando los rudimentos de la esgrima.

Rió con timidez al ver que ella arqueaba las cejas.

—Con espadas de madera, supongo.

Varias espadas de madera. Ya habían roto tres, aunque las armas improvisadas no eran ramillas, por cierto.

—¿Y te dio una estocada en la cabeza? —La voz de Brianna sonó dura.

—Eh... no, no exactamente.

—¿Qué significa «no exactamente»?

—Mira... me enseñaba algo llamado *corps à corps*, que al parecer significa, en francés: «envuelve la espada de tu adversario a la tuya y, mientras él trata de liberarla, le das un rodillazo en los cojones y un golpe en la cabeza».

Brianna dejó escapar una risa escandalizada.

—¿O sea que te...?

—No, pero ha faltado poco. —Roger hizo una mueca de recordarlo—. En el muslo tengo un moretón del tamaño de mi mano.

—¿Estás lesionado en algún otro lugar? —Brianna frunció el entrecejo, preocupada.

—No. —Él le sonrió, sin retirar las manos del regazo—. Cansado. Dolorido. Famélico.

El ceño se borró y la sonrisa de la muchacha volvió a encenderse, aunque entre sus cejas quedó una pequeña arruga. Después de sacar del aparador una bandeja de madera, se puso en cuclillas junto al hogar.

—Codornices —dijo con satisfacción, mientras utilizaba el atizador para retirar varios bultos ennegrecidos de las cenizas—. Las trajo papá esta

mañana. Me dijo que no las desplumara, que las pusiera al fuego envueltas en barro; por eso tuvimos que hacer una segunda colada.

Las codornices parecían simplemente piedras chamuscadas, pero por las grietas del barro surgían volutas tentadoras. Roger sintió deseos de coger una y comérsela inmediatamente, con barro quemado y todo. Lo que hizo fue tantear bajo la servilleta que cubría el plato; allí descubrió las criticadas galletas. Con los dedos estirados, logró arrancar un buen trozo y se lo metió silenciosamente en la boca. Jemmy, al ver el pan, alargó la mano entre apremiantes ruidos de exigencia. Roger rompió cuidadosamente un trocito más y se lo dio, pero en el trayecto estuvo a punto de que se le cayera. Había perdido la mitad de la uña del pulgar que le rezumaba, muy roja.

Jemmy clavó la vista en el pulgar herido. Luego se metió el suyo en la boca para chuparlo ruidosamente. En realidad parecía buena idea. Ese dedo escocía con un dolor sordo y sentía todos los dedos fríos y rígidos. Después de echar un vistazo a la espalda de Brianna, se metió el pulgar en la boca. Lo sintió extraño, grueso, duro y con el sabor metálico de la sangre y la suciedad fría. Pero de pronto encontró el hueco; lengua y paladar se cerraron en torno del dedo herido, en una presión cálida y sedante.

Jemmy le dio un golpe en el muslo, su señal acostumbrada para pedir «aúpa»; él lo cogió por la parte trasera del pañal y lo subió hasta su rodilla con la mano libre. El pequeño se revolvió un poco hasta sentirse cómodo; luego se relajó en súbita paz, con el trozo de pan estrujado en una mano, mientras se chupaba silenciosamente el dedo.

Roger se relajó poco a poco, con un codo apoyado en la mesa y el otro brazo sosteniendo a su hijo. El denso aliento del niño, su pesada respiración contra las costillas, eran un tranquilizador acompañamiento para los ruidos hogareños que Brianna hacía al servir la cena. Para su sorpresa el pulgar dejó de dolerle; aun así lo dejó donde estaba, demasiado exhausto como para poner en tela de juicio esa extraña sensación de comodidad.

Sus músculos también se relajaban gradualmente al abandonar el estado de alerta nervioso en que se habían mantenido durante varias horas. En su oído interior aún resonaban las enérgicas indicaciones: «Usa el antebrazo, hombre... ¡La muñeca, la muñeca! No apartes la mano así, mantenla cerca del cuerpo. ¡Eso no es un garrote, hombre! ¡Es una espada! Usa la punta».

La cabeza se le bamboleó en el cuello. Con un parpadeo, volvió abruptamente del rechinar de las espadas de madera a la cálida penumbra de la cabaña. Brianna maldecía por lo bajo ante el aparador, golpeando los bultos de arcilla ennegrecida con el mango de un puñal, en un intento de partirlos.

«Cuida el movimiento de los pies. ¡Atrás, atrás! Sí, ahora ven hacia mí. No, no te estires tanto...».

«No atrapes la hoja con la tuya; arrójala fuera. ¡Golpea, golpea para apartarla! ¡Ven a mí, embiste! Mantenla cerca, cerca... sí, bien... ¡ja!».

Se le deslizó el codo y su mano cayó. Él se irguió con una sacudida; sujetando al niño dormido. Parpadeó, con la vista borrosa por la luz del fuego.

Brianna también dio un respingo de culpabilidad y cerró su libreta de apuntes. Una vez de pie lo escondió tras un plato contra la cara posterior del armario.

—La comida está lista —dijo apresuradamente—. Voy a por... la leche.

Roger cambió de posición a Jemmy. El niño dormía profundamente, con el pulgar bien sujeto en la boca.

El de Roger estaba mojado de saliva; sintió un rubor de bochorno. ¿Lo habría dibujado así Bree? No sería la primera vez que lo dibujaba en posiciones que él consideraba comprometedoras. ¿O tal vez estaba registrando sus sueños?

Depositó suavemente a Jemmy en su cuna, sacudió las migajas húmedas de la colcha y se frotó los nudillos amoratados. De la despensa llegaban ruidos de chapoteo. Se acercó sigilosamente al aparador para extraer el libro de su escondrijo. No eran sueños, sino dibujos. Apenas unas pocas líneas rápidas, la esencia del boceto. Un hombre muerto de cansancio, todavía alerta: con la cabeza en una mano, el cuello doblado de agotamiento y el brazo libre ciñendo algo atesorado e indefenso. Lo había titulado *En garde*, con su letra inclinada y angulosa.

Cerró el libro y volvió a ponerlo en su sitio. Bree estaba de pie en la puerta de la despensa, con la jarra de leche en la mano.

—Ven a comer —le dijo suavemente—. Necesitas reponer fuerzas.

Roger compra una espada

Cross Creek

Noviembre de 1771

No era la primera vez que manejaba una espada del siglo XVIII; ni el peso ni la longitud lo cogieron por sorpresa. La cazoleta estaba algo torcida, pero no tanto que impidiera el ajuste de la mano en la empuñadura.

—Está un poco maltrecha —le había dicho Fraser, con un ojo entrecerrado para mirar la espada a lo largo, antes de entregársela—, pero la hoja está bien equilibrada. Pruébala, a ver si te entiendes con ella.

Estaban en Cross Creek, en la transitada callejuela de la herrería; unos cuantos transeúntes se detuvieron a observarlos y ofrecerles comentarios útiles.

—¿Cuánto pide Moore por ese trozo de lata? —preguntó alguien, despectivamente—. Más de dos chelines sería un robo a mano armada.

—Es una buena espada —aseguró Moore—. Era de mi tío, que sirvió en Fuerte Stanwyck. Ese acero ha matado a más de un francés y no tiene mella.

—¡Que no tiene mella! —exclamó el despectivo—. ¡Pero si está tan torcida que, si quisieras ensartar a un hombre, acabarías cortándote la oreja!

Las carcajadas del gentío ahogaron la réplica del herrero. Roger bajó la

punta de la espada y la elevó lentamente. ¿Cómo diablos se prueba una espada? ¿Había que hacerla ondular de un lado a otro? ¿Clavarla en algo?

—¡Ah!, si lo que el joven quiere es una espada, Malachy McCabe tiene una mejor, que le quedó después del servicio. Creo que se desharía de ella por tres chelines, a lo sumo. —El zapatero del otro lado de la calle señaló la espada con aire sagaz, y los labios fruncidos.

—Ésta no es una pieza elegante —añadió un exsoldado de edad madura, con la cabeza inclinada a un lado—. Pero sirve, puedo asegurarlo.

Roger extendió el brazo, que salía a defender la calidad de su mercancía. El herrero saltó a un lado con un grito de sobresalto, entre los aullidos de la multitud.

Una vez fuerte y nasal, a espaldas de Roger, interrumpió sus disculpas.

—¡Aquí, señor! ¡Permítame ofrecerle un adversario más digno de su acero que un herrero desarmado!

Roger, al girar sobre sus talones, se encontró frente a frente con el doctor Fentiman, que desenvainaba una hoja larga y fina, metida dentro de su bastón de paseo. El doctor, a quien Roger doblaba en tamaño, blandió su estoque con afable ferocidad. Obviamente lo impulsaba un almuerzo oneroso; la punta de su nariz refulgía como una bombilla de Navidad.

—¿Medimos nuestra habilidad, señor? —Fentiman agitó la espada de un lado a otro, haciendo cantar la estrecha hoja en el aire—. A primera sangre, ¿sí? ¿Qué dice usted?

Roger miró a Jamie, que se había apoyado contra la pared y parecía divertido. La respuesta fue un encogimiento de hombros y una ceja arqueada.

«Pruébala, a ver si te entiendes con ella», había dicho su suegro. Pues bien, un duelo con ese mosquito borracho era una buena manera de probarla. Roger levantó la espada y clavó en el doctor una mirada amenazante.

—*En garde* —dijo.

El grupo de curiosos lanzó un rugido de aprobación.

—*Gardez vous* —replicó inmediatamente el médico.

Y embistió. Roger giró sobre un talón y Fentiman pasó como una bala, con el estoque apuntando como una lanza. Moore, el herrero, saltó a un lado justo a tiempo para evitar por segunda vez que lo ensartaran, entre sucesivas maldiciones.

—¿Acaso me ha elegido como blanco? —gritó agitando el puño.

Sin preocuparse por eso, el doctor recobró el equilibrio y cargó nuevamente hacia Roger, lanzando chillidos agudos para alentarse. Quizá el doctor no fuera un mal espadachín cuando estaba sobrio, pero en su estado actual resultaba fácil desviar sus estocadas frenéticas y sus locos arrebatos... siempre que uno prestara atención.

Enseguida Roger supo que le sería posible poner fin al duelo en cualquier momento, con sólo parar el fino estoque del doctor con el filo de su propio acero, tanto más pesado. Pero comenzaba a disfrutar de aquello, de modo que puso cuidado en parar los golpes con la parte plana de la hoja.

Gradualmente todo fue desapareciendo de su vista, salvo la punta centelleante del estoque; los gritos de la muchedumbre se redujeron a un zumbido de abeja; el polvo de la callejuela y el muro de la herrería eran apenas visibles. Rozó la pared con el codo, retrocedió y se movió en círculos para ganar espacio, todo de una manera inconsciente.

El estoque golpeó contra su hoja, se trabó y se liberó con un chirrido metálico. Tañidos, chasquidos y el silbar del aire vacío, y el ritmo resonante que vibraba en las muñecas con cada golpe de la espada del médico.

Vigila el toque, síguelo, apártalo. No sabía lo que estaba haciendo, pero lo hacía. El sudor le corría hasta los ojos; sacudió la cabeza para apartarlo y estuvo a punto de recibir una embestida en el muslo, pero la detuvo muy cerca y desvió el estoque hacia atrás.

El doctor se tambaleó, perdido el equilibrio. En el aire polvoriento sonaron gritos ferales:

—¡Ahora! ¡Dale! ¡Atraviésalo!

Roger vio el chaleco bordado del doctor, descubierto, lleno de mariposas de seda, y sofocó el impulso visceral de embestir contra él. Impresionado por la intensidad del apremio, dio un paso atrás. Fentiman, al percibir su debilidad, saltó hacia delante con un aullido, el acero apuntado. Roger dio medio paso a un lado y el médico pasó raudo, rozando en su trayectoria el corvejón de un caballo de tiro.

El animal emitió un grito de indignación, y de inmediato espadachín y espada volaron por el aire, hasta estrellarse contra la fachada del taller del zapatero. Fentiman cayó a tierra como una mosca aplastada, rodeado de

hormas y zapatos desparramados.

Roger se mantuvo quieto, jadeante y acalorado por la lucha. Jamie le retiró suavemente los dedos de la empuñadura de la espada. La sangre le cosquilleaba por todas partes. Apenas oía las risas, las invitaciones a beber un trago; tampoco percibía las palmadas de felicitación que llovían contra su espalda.

—¡Un enema, un enema, que le pongan un enema! —gritaba una banda de aprendices tras el doctor, al que se llevaban para aplicarle los primeros auxilios en la taberna más cercana. El propietario del caballo se afanaba solícitamente sobre el gran bayo, aunque éste parecía más desconcertado que herido.

—Supongo que el doctor ha ganado. Después de todo fue él el que extrajo la primera sangre.

Roger sólo supo que había hablado al oír su propia voz, extrañamente tranquila.

—¿Te basta con eso? —Jamie lo miraba interrogativamente; aún sostenía la espada en la palma de la mano.

—Sí —dijo—. Con eso basta.

—Bien. Puedes servir —añadió Jamie despreocupadamente. Y le volvió la espalda para pagar al herrero.

OCTAVA PARTE

Vamos de cacería

Las lunas de Júpiter

Finales de noviembre de 1771

Por cuarta vez en varios minutos, Roger se tuvo que recordar que desde el punto de vista médico no era posible morir de frustración sexual. Se tendió de espaldas, con cuidado para que el colchón no hiciera ruido, y clavó la vista en el techo. No sirvió de nada; por los bordes del cuero engrasado que cubría la ventana, el sol del amanecer caía a torrentes sobre la cama, y por el rabillo del ojo podía ver las piernas doradas de su esposa, iluminadas como por un reflector.

Cerró los ojos, pero eso no sirvió de nada; enseguida comenzó a ver imágenes de la noche anterior; Brianna, a la luz tenue de las ascuas, chispeantes las llamas de su pelo entre las sombras, y un súbito brillo en la curva de un pecho desnudo, al deslizarse el camisón por los hombros.

Por tarde que fuera, por cansado que estuviera, la deseaba desesperadamente. Pero otra personita la había necesitado aún más. Entreabrió un ojo y se incorporó un poco, sólo para mirar por encima de los rizos revueltos de Brianna, la cuna todavía en sombras pegada a la pared. No había señales de movimiento.

Había entre los dos un viejo acuerdo. Como él solía despertarse al menor

ruido, mientras que ella se encontraba aturdida y torpe, era Roger quien se levantaba cuando sonaba la sirena de la cuna. Alzaba al bulto empapado y aullante y atendía las necesidades inmediatas de la higiene. Cuando se lo entregaba a su madre, Brianna ya estaba lo bastante espabilada para quitarse el camisón y acomodar al niño en el refugio de su cuerpo.

Roger se había quedado dormido mientras Bree aún lo estaba reconfortando, pero se despertó cuando ella se dio la vuelta en la estrecha cama, rozándole el muslo con sus nalgas. Al sentir la presión del trasero, apenas pudo contenerse para no atacarla desde la retaguardia. Le detuvieron pequeños ruidos de succión al otro lado de Bree: Jem aún estaba en la cama.

Permaneció inmóvil, escuchando, rezando para que ella se mantuviera despierta el tiempo suficiente para devolver al pequeño tunante a su cuna; a veces madre e hijo se dormían juntos; en esos casos, por la mañana lo despertaba una desconcertante mezcla de olores: a mujer deseable y a pis de bebé. Aquella noche había sido él quien se había quedado dormido a pesar de las molestias, agotado tras haber pasado el día derribando árboles en la montaña.

Inhaló profundamente. No: el niño estaba en su cuna. En la cama no había más olores que el de Brianna, un terrenal olor a mujer, una vaga y dulce nube de sudor y untuosa disposición.

Alargó una mano sigilosa para acariciarle dulcemente la nalga más próxima. Era fresca, suave y redonda como una calabaza.

Ella emitió un suave murmullo y se desperezó lujuriosamente, arqueando la espalda; el modo en que subió el trasero convenció a Roger de que lo más prudente era poner el edredón a un lado, lanzarse encima de ella y alcanzar su objetivo en los diez segundos escasos que se requerían.

Llegó hasta el paso de arrojar el edredón. En el momento en que separaba la cabeza de la almohada, una figura redonda y clara surgió lentamente por el borde de la cuna, como una de las lunas de Júpiter. Un par de ojos azules lo observó con clínica objetividad.

—¡Mirtos! —dijo él.

—¡Oh, erda! —dijo Jemmy, en alegre mímica. Y se puso de pie para saltar aferrado al borde de la cuna, mientras cantaba—: ¡Erda, erda, erda!

Brianna despertó sobresaltada, parpadeando a través de rizados enredados.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Eh... algo me picó. —Roger devolvió discretamente a su sitio el borde del edredón—. Por aquí debe de haber una avispa.

Bree se apartó el pelo de la cara y bebió de la taza que tenía en la mesa; siempre se despertaba sedienta.

Una lenta sonrisa se dibujó en su boca ancha y suave al mirarlo.

—¿Sí? Pues menudo agujijonazo tienes. ¿Quieres que te lo frote? —Y dejó la taza para rodar graciosamente sobre un codo, con la mano extendida.

—Eres una sádica —dijo Roger, rechinando los dientes—. No hay duda. Debes de haberlo heredado de tu padre.

Ella se incorporó, riendo, para ponerse la camisa por la cabeza.

—¡Mamá! ¡Erda, mamá! —le decía Jemmy, radiante, mientras ella lo levantaba con un gruñido de esfuerzo.

—Bribón —le dijo ella, afectuosa—. Esta mañana no eres precisamente el favorito de papá. Eres muy inoportuno. —Arrugó la nariz—. Y qué mal hueles.

—Depende de la perspectiva, supongo. —Roger se puso de lado para observarla—. Desde su punto de vista ha sido perfectamente oportuno.

—Sí. —Brianna lo miró con una ceja arqueada—. De ahí la palabra nueva, ¿no?

—Pues no es la primera vez que la escucha —observó Roger, seco. Y se sentó para sacar las piernas de la cama, frotándose la cara y el pelo con una mano.

—Bueno, ahora tendremos que encontrar la manera de pasar de lo abstracto a lo concreto ¿verdad? —Puso a Jemmy de pie en el suelo y se arrodilló frente a él. Después de darle un beso en la nariz, le quitó el imperdible de los pañales—. ¡Oh, puaj! ¿No te parece que a los dieciocho meses va siendo hora de aprender a usar la bacinilla?

—¿A quién se lo preguntas, a mí o a él?

—¡Uf!... Da igual. Al que tenga una opinión para darme.

Jemmy, obviamente, no la tenía. Animosamente estoico, ignoraba el decidido asalto que su madre efectuaba contra sus partes íntimas, utilizando un paño mojado en agua fría. Brianna lo cogió en brazos para sentarse con él en la mecedora, junto al hogar.

—¿Quieres una merienda? —le ofreció, abriendo el escote de su camisa con aire invitante.

—Sí, por favor —exclamó Roger, sinceramente.

Bree se echó a reír, no sin solidaridad, mientras acomodaba a Jemmy en su regazo para que mamara.

—A ti te toca el siguiente turno —aseguró a Roger—. ¿Quieres *porridge* de avena o gachas fritas?

—¿No hay otra cosa en la carta? —¡Maldita sea! Había estado a punto de conseguirlo. Tenía que volver a empezar.

—Pues claro que sí. Tostadas con mermelada de fresas. Queso. Y huevos, pero tendrás que ir al gallinero a buscarlos; en la despensa no queda ninguno.

A Roger le costaba concentrarse en el tema del desayuno al tener delante a Brianna, a la luz tenue de la cabaña, con los largos muslos extendidos bajo el camisón y los pantalones metidos bajo la silla. Ella pareció detectar su falta de interés culinario, pues contempló con una sonrisa su propia desnudez.

—Estás muy guapo, Roger —dijo por lo bajo. Su mano libre fue a posarse en la cara interior de un muslo.

—Tú también. —La voz de su marido sonó sensual. Estaba más que guapa.

Ella dio una palmadita en la espalda de Jemmy.

—¿Quieres visitar a tía Lizzie después del desayuno, tesoro? —le preguntó sin mirarlo. Sus ojos estaban fijos en los de Roger; su boca ancha, curvada en una lenta sonrisa.

Él no se creyó capaz de esperar hasta después del desayuno sin tocarla siquiera. El chal estaba en los pies de la cama; se lo puso en la cintura, por respeto a la decencia, y fue a arrodillarse junto a la mecedora.

—Te amo —le susurró al oído. Ella giró la cabeza para besarlo; fue un fugaz contacto de labios suaves.

—Yo también te amo —dijo.

En el momento en que él se decidía a ahondar en la materia, un fuerte aporreo sacudió las tablas de la puerta, acompañado por la voz de su suegro.

—¡Roger! ¿Estás ahí? ¡Levántate ahora mismo!

Brianna dejó en el suelo a Jemmy; al oír la voz de su abuelo, el niño lanzó un chillido extático y corrió a golpear la puerta cerrada.

¡Date prisa! —La luz inundó la cabaña al correr el cuerpo de la ventana, dejando ver la ancha cara de Jamie Fraser, enrojecida por el entusiasmo y el sol de la mañana—. Muévete, hombre. No es hora de andar por ahí con el trasero al aire. Mac Leod dice que hay bestias detrás del cerro. —Envió un beso a Jemmy—. *A ghille ruaidh, a cariad! Ciamar a tha thu?*

Roger se olvidó del sexo y el pudor. Se puso la camisa por la cabeza, con movimientos bruscos.

—¿Qué clase de bestias? ¿Venados, alces?

—¡No sé, pero se trata de carne!

Con una última y anhelante mirada al cuerpo de su esposa, Roger cogió sus calcetines.

Peligro en la hierba

Al mediodía, entre gruñidos y jadeos, los hombres penetraron en la zona verde oscura de las coníferas. Nadie decía nada; aun cuando se detenían un instante para coger aliento, la quietud del bosque prohibía toda charla innecesaria.

Alrededor la espesura parecía serena... y desierta. Quizá porque llegaban demasiado tarde, cuando los animales ya habían continuado su marcha, quizá porque Mac Leod había visto mal. Al salir al otro lado del cerro, los hombres se encontraron a pleno sol. El aire era escaso y frío. Al llegar a un sitio al abrigo del viento, el grupo se detuvo en muda apreciación.

Jamie se adelantó hasta el borde de una saliente rocosa, con la coleta cobriza lanzando reflejos al sol, y giró de un lado a otro, mirando hacia abajo entre los árboles, con los ojos entornados. Roger vio que dilataba las fosas nasales y sonreía para sus adentros. Tal vez olfateaba la presa.

Fraser movió la cabeza. Luego se volvió hacia Fergus para decirle algo en voz baja y trepó por la cornisa hasta desaparecer.

—Esperemos —dijo Fergus a sus compañeros, lacónico.

Los hombres se sentaron a conversar en voz baja, malolientes. Si en la frescura del bosque no se notaba, allí arriba, al sol, era evidente el hedor a sudor reciente, que se imponía a las capas más profundas de suciedad y olores físicos.

Roger se dijo que tal vez no era un olfato animal extraordinario lo que hacía tan difícil acercarse a la presa a pie, sino la fetidez de los seres humanos. Él no olía de ese modo, ¿o sí? Por curiosidad inclinó la cabeza para respirar dentro del escote abierto de su camisa. Sentía que un hilo de sudor le corría por el dorso del cuello, bajo el pelo. Lo secó con el borde de la camisa; antes de regresar a su casa se daría un baño, aunque el arroyo estuviera cubierto de hielo.

La importancia de la ducha y los desodorantes no era por una simple cuestión estética, reflexionó. Al fin y al cabo, uno se habitúa a casi cualquier fetidez habitual. Lo que no había comprendido en la seguridad del medio moderno, relativamente inodoro, era las consecuencias más íntimas del olor.

A veces una vaharada al azar despertaba sin previo aviso sus reacciones más primitivas, haciendo que se sintiera como un sucio mandril.

Un toque en el codo lo sobresaltó. Se dio la vuelta, con un brazo extendido en rápida defensa. Jamie lo esquivó limpiamente y le sonrió. Luego señaló con la cabeza el borde de la cornisa.

—Los he encontrado —dijo.

Jamie hizo un gesto con la mano y Fergus acudió de inmediato. El francés apenas le llegaba al hombro, pero no parecía ridículo. Con su única mano a modo de pantalla, miró hacia donde Fraser señalaba. Roger se acercó por detrás de ellos para mirar cuesta abajo. Una gruesa línea de altos árboles desnudos marcaba el curso de un arroyo. Fraser, al verlo, señaló hacia abajo con el mentón.

—Junto al arroyo. ¿Lo ves? —dijo.

Al principio Roger no vio nada. Luego divisó algo: un arbusto, al final de la pendiente, se movía de forma distinta a la provocada por el viento al agitar las ramas cercanas. Era una sacudida brusca, como si algo tirara de él para alimentarse.

—¿Qué es eso?

La súbita aparición de un bulto oscuro fue suficiente para revelarles que el animal era grande, muy grande.

—No sé. Es más grande que el venado. Un wapiti, quizá. —Fraser miraba con atención, entornando los ojos para protegerlos del viento.

—¿Un alce americano, quizá? —Fergus frunció el entrecejo bajo la mano que daba sombra a los ojos—. Nunca he visto ninguno, pero son muy grandes, ¿no?

—No. —Roger sacudió la cabeza—. Es decir, sí, pero eso es distinto. He cazado alces americanos... con los mohawks. Y no se mueven así.

—Es verdad. No son ni venados, ni alces... Y hay más de uno. ¿Lo veis?

Roger entornó mucho los ojos; pero al ver lo que Fraser hacía, lo imitó: se balanceaba de un pie al otro, dejando que sus ojos vagaran por el paisaje. Aquí y allá, entre los grises y pardos descoloridos entre manchas de follaje perenne, había una dislocación, un nudo en el diseño de la naturaleza: movimientos extraños que no causaba el viento. Aunque cada bestia era invisible en sí, su presencia se detectaba por las sacudidas de los arbustos cercanos.

—¡Yo tenía razón! Tenía razón, ¿verdad, *Mac Dubh*? —se jactó Mac Leod, pasando de uno a otro la cara radiante de triunfo—. ¿No os dije que había visto bestias?

—Cristo, hay todo un rebaño —susurró Evan Lindsay, como eco de su pensamiento. La cara del montañés refulgía de expectación. Se volvió hacia Jamie—. ¿Cómo haremos, *Mac Dubh*?

—Es difícil saber; están en terreno abierto. No podemos acorralarlos en ninguna parte. —Se chupó un dedo para apreciar la brisa; luego señaló—. El viento viene del oeste; descendamos por el arroyuelo hasta el pie de la pendiente. Luego Roger y yo pasaremos al costado, cerca de esa gran saliente rocosa. ¿La veis?

Lindsay asintió lentamente; el diente torcido mordisqueaba el labio.

—Están cerca del arroyo. Dad un rodeo; manteneos lejos hasta llegar cerca de ese gran cedro. ¿Lo veis? Luego diseminados: dos a cada lado del arroyo. Evan es el mejor tirador, que esté listo. Roger Mac y yo nos acercaremos al rebaño por atrás para impulsarlos hacia vosotros.

Fergus asintió.

—Comprendo —dijo, estudiando el terreno, allá abajo—. Y si nos ven se lanzarán por aquel pequeño desfiladero, donde quedarán atrapados. Muy bien. *Allons-y!*

Al ver que Jamie cargaba y amartillaba su arma, Roger había hecho lo mismo, con una mezcla de entusiasmo y malos presagios ante el acre olor de la pólvora. Dado el tamaño de las bestias que seguían, hasta él tenía posibilidades de dar en el blanco.

En la maleza, hacia delante, se oyó un pequeño chasquido y algo de pelo rojo asomó a la vista. Hacia allí fue, con la mano cerrada en torno de la culata, tibia y sólida la madera en su palma, con el cañón apuntando hacia arriba por encima del hombro.

Mientras rodeaba sigilosamente una mata de zumaque, Roger sintió que algo cedía súbitamente bajo su pie y se echó hacia atrás para no perder el equilibrio. Al ver lo que había pisado sintió un fuerte impulso de reír, a pesar de la inmediata desilusión.

—¡Jamie! —llamó, sin preocuparse ya por el sigilo o el silencio. El pelo brillante de Fraser apareció por entre una cortina de laurel, seguido por su dueño.

—No soy un gran rastreador —dijo Roger, señalando hacia abajo—, pero he pisado tantas cosas de éstas que sé reconocerlas. —Raspó el costado de su zapato contra un tronco caído—. ¡Mira qué es lo que hemos estado acechando!

Jamie se detuvo en seco. Luego se acercó para agacharse junto al manchón pardo y corrugado. Después de tocarlo con la punta de un dedo, levantó la vista hacia Roger con una mezcla de diversión y desconcierto.

—¡Que me aspen! —dijo. Siempre en cuclillas, inspeccionó la espesura con el entrecejo arrugado. Luego murmuró—: Pero ¿qué hacen aquí?

Por fin se incorporó para mirar hacia el arroyo, donde el sol, ya en descenso, lanzaba reflejos cegadores entre las ramas.

—No tiene ningún sentido —dijo, entornando los ojos—. Sólo hay tres vacas en el Cerro y esta mañana vi ordeñar a dos. La tercera es la de Bobby MacLeod. Y creo que él sabría reconocer a su propia vaca. Además...

Giró lentamente sobre los talones para echar un vistazo a la empinada pendiente que acababan de bajar. No hacía falta decir nada. Para descender por allí, cualquier vaca habría necesitado un paracaídas.

—Hay más de una, muchas más —apuntó Roger—. Tú mismo las viste.

—Es cierto, pero ¿de dónde vienen? —Jamie arrugó la frente, intrigado—. Los indios no crían ganado, mucho menos en esta temporada. Si tenían alguna bestia, a estas horas ya está carneada y ahumada. Y en cincuenta kilómetros a la redonda no hay ninguna granja de la que puedan venir.

—¿Y si fuera un rebaño salvaje? —sugirió Roger—. Pueden haberse escapado hace mucho tiempo y han estado vagando por allí.

A los ojos de Jamie asomó un aire calculador, como eco del gorgoteo esperanzado que emitía el estómago de Roger.

—En ese caso serán presas fáciles —dijo su suegro.

Media hora después emergieron en el ribazo del arroyo que habían visto desde arriba.

—¿Por qué no se me ocurriría traer cuerdas? —murmuró Jamie, mientras se abría paso entre los sauces tiernos de la ribera, al rodear el vado—. Una cosa es la carne, pero leche y queso...

El murmullo se apagó al abandonar el arroyo para seguir una huella en el follaje; se adentraba nuevamente en el bosque.

Los dos hombres se separaron sin decir nada, a paso quedo. Roger aguzaba cuando podía el oído en el silencio del bosque. Debían de estar cerca; hasta la vista poco experimentada del muchacho había detectado lo reciente de las señales. Estaba refrescando; tendrían que buscar a los otros y acampar cuanto antes, pues el crepúsculo era corto. Una buena fogata les iría bien; mejor aún si tenían algo para asar en ella.

Ahora iban descendiendo hacia una pequeña hondonada, donde la tierra, al enfriarse, despedía volutas de bruma otoñal. Jamie se había adelantado un poco y caminaba con tanta firmeza como lo escarpado del suelo le permitía; por lo visto la senda aún era visible para él, pese a la densa vegetación.

—Roger. —Jamie señaló algo con la cabeza—. Mira.

Apartó una rama grande y espinosa, poniendo al descubierto el tronco de un sicómoro grande. Parte de la corteza se había desprendido, dejando una mancha blancuzca y rezumante en la corteza gris.

—¿Las vacas se frotan así? —Roger contempló la mancha con cara de duda, extrayendo un mechón de pelo oscuro y lanudo, atrapado en la áspera corteza.

—Sí, a veces —replicó Jamie—. Pero que me lleve el diablo si alguna

vez he visto ese pelaje en una vaca. ¿Por qué crees que...?

Algo se movió junto al codo de Roger. Al volverse, el muchacho se encontró con una monstruosa cabeza bruna que espiaba por encima de su hombro. Roger gritó y retrocedió. Su arma se disparó con una fuerte explosión. A continuación, sintió algo que pasaba por su lado a toda velocidad y un golpe seco. Se encontró de bruces sobre el tronco de un árbol, sin aliento. Jamie estaba de rodillas en la hojarasca, buscando frenéticamente el arma de Roger.

—¡Arriba! —le dijo—. ¡Levántate, Roger! ¡Por Dios, son bisontes!

Un momento después estaba de pie y seguía a Jamie, que brincaba como un venado entre las matas. El bosque ya no estaba en silencio; por delante se oían ruidos de ramas que se rompían y graves resoplidos. Alcanzó a Jamie en la cuesta; la subieron trabajosamente. Allí estaban: ocho o nueve bestias enormes y lanudas, que corrían en grupo cerrado, atronando la colina.

Jamie clavó una rodilla en tierra, apuntó y disparó, sin efecto visible.

No había tiempo para detenerse a recargar; era preciso mantener el rebaño a la vista. Un meandro de arroyo centelleó entre los árboles, más abajo y a la derecha. Roger se lanzó cuesta abajo, en un arrebatado de entusiasmo. Oyó que Jamie le seguía lanzando a gritos exhortaciones gaélicas.

Una exclamación diferente hizo que Roger se detuviera para mirar hacia atrás. Fraser se había detenido, con la cara petrificada de espanto. Antes de que el joven pudiera decir nada, el espanto mudó a furia. Jamie aferró el mosquete por el cañón y, mostrando los dientes, golpeó el suelo con la culata. Apenas se detuvo antes de levantar el arma para golpear otra vez, y otra; sus hombros se sacudían con el esfuerzo.

—¿Qué diablos...?

Entonces la vio. Unas ondas marrones, duras, gruesas y escamosas se retorcían entre las matas de hierbas. La cabeza de la serpiente estaba aplastada y su sangre manchaba el mosquete de Jamie, pero el cuerpo aún se retorció como un gusano.

—¡Basta! Está muerta. ¿Me oyes? ¡Basta, he dicho! —Sujetó a Fraser por un brazo, pero su suegro se liberó para dar un culatazo más. Por fin se detuvo.

—¡Dios Santo! ¿Qué ha sucedido? ¿Te ha picado?

—Sí, en la pierna. La pisé.

—Ven a sentarte y veamos eso.

Jamie dio unos pasos vacilantes y se dejó caer en un tronco caído. Luego buscó el borde del calcetín con dedos trémulos, pero Roger se los apartó para descalzarlo. Las marcas de los colmillos eran muy claras: una doble punción rojo oscuro en la pantorrilla.

—Es venenosa. Tengo que cortar. —Roger desenvainó su puñal.

Mordiéndose los labios en un gesto de concentración, oprimió la punta del cuchillo contra la piel, justo por encima de una de esas punciones. Entonces Fraser cogió la mano de Roger con la suya y empujó con un gruñido cruel. La punta se hundió súbitamente, dos o tres centímetros. Cuando la sangre manó alrededor de la hoja, los dedos que apretaban se retiraron.

—Otra vez. Con fuerza. Y date prisa, hombre, por el amor de Dios. —La voz de Jamie era firme.

El joven se preparó para utilizar la fuerza necesaria y cortó con celeridad: dos marcas en cruz sobre las punciones, tal como indicaban las guías de primeros auxilios. Luego dejó caer el cuchillo y acercó la boca a las heridas. Chupó con toda la fuerza posible, llenándose la boca de un sabor a metal caliente. Succionaba y escupía en silencioso frenesí, salpicando de sangre las hojas amarillas.

Algo lo aferró por el pelo de la nuca y jaló con fuerza, obligándolo a detenerse. Levantó la cabeza, jadeando.

Basta ya, ¿me oyes? —dijo Jamie con suavidad—. Vas a dejarme seco. —Y movió tímidamente el pie descalzo, haciendo una mueca al verse la pierna. Roger se sentó sobre los talones y aspiró una bocanada de aire.

He hecho más... desastre... que la serpiente.

La boca se le llenó de saliva; tosió y volvió a escupir. Fraser, en silencio, le ofreció la petaca de *whisky*; él se enjuagó la boca con un sorbo y, después de escupirlo, bebió a fondo.

—¿Estás bien? —Se limpió la barbilla con el dorso de la mano; aún tenía sabor a hierro. Señaló con la cabeza la pierna macerada.

—Lo resisto. —Jamie estaba todavía pálido, pero una comisura de su boca se desvió hacia arriba—. Ve a ver si los otros están a la vista.

No se los veía; desde lo alto de la saliente rocosa sólo se divisaba un mar de ramas desnudas que se agitaban de un lado a otro. Ronco de tanto gritar contra el viento, Roger bajó de nuevo la cuesta.

—No hay señales de nadie. ¿Puedes caminar? —Roger se inclinó hacia su suegro.

—Puedo, pero poco.

Roger sintió la primera punzada de intranquilidad. Había hecho cuanto sabía; en las guías de primeros auxilios, el paso siguiente era siempre «inmovilizar el miembro y llevar al paciente a un hospital cuanto antes». Los cortes y la succión eran para retirar el veneno de la herida, pero al parecer había quedado una buena cantidad, que se diseminaba lentamente por el cuerpo de Jamie. No había tenido tiempo de extraerlo todo... si es que había extraído algo. Y lo más parecido a un hospital, Claire y sus hierbas, estaba a una jornada de distancia.

—¿Duele mucho? —preguntó, azorado.

—Sí.

Oscurecía a toda velocidad. Era evidente que esa noche no irían a ninguna parte; en las montañas era imposible orientarse en la oscuridad, incluso si Fraser hubiera podido caminar. Le quedaba un poco de pan de maíz; en cuanto al agua, no era difícil de conseguir; entre el susurro de los árboles oía el gorgoteo de un arroyo algo más abajo. Pero antes convenía recoger leña, mientras hubiera luz.

—Sería mejor encender una fogata. —Jamie habló de repente, sobresaltando a Roger con ese eco de sus pensamientos. Abrió los ojos para mirarse una mano y la hizo girar, como si no la conociera.

—Noto pinchazos en los dedos —comentó con interés. Luego se tocó la cara con una mano—. Aquí también. Se me han dormido los labios. ¿Sabes si eso es lo habitual?

—No sé. Supongo que sí, si te has bebido el *whisky*. —Era un chiste patético, pero fue un alivio que lo aceptara con una débil risa.

—No. —Jamie tocó la petaca que tenía a un lado—. Me pareció que más tarde podía hacerme falta.

—Es verdad. Quédate aquí; no debes moverte. Voy a buscar algo de leña. Los otros verán la luz del fuego.

—Trae también la serpiente —le dijo Jamie, cuando ya se alejaba—. Lo justo es justo. ¡Que nos sirva de cena!

Roger sonrió de oreja a oreja, a pesar de su preocupación, e inclinó el descenso de la cuesta con un gesto tranquilizador.

Mientras se inclinaba para arrancar un grueso nudo de un tronco blando y podrido, se preguntó cuáles eran las posibilidades. Fraser era corpulento y muy saludable. Sobreviviría, sin duda.

Pero había quienes morían por mordeduras de serpiente, y ocurría con cierta frecuencia.

No podía dejar de mirar hacia la cuesta, cada pocos minutos; sentía una pequeña punzada de alarma cada vez que Fraser quedaba fuera de su vista. ¿Y si se derrumbaba antes de su regreso?

Pero se tranquilizó un poco al recordar algo. No, todo estaba bien. Jamie no moriría esa noche, ni por la mordedura de la serpiente ni por frío. No era posible; estaba destinado a morir en un incendio dentro de algunos años. Por una vez, la fatalidad futura representaba tranquilidad en el presente. Respiró hondo y dejó escapar el aire con alivio. Luego reunió valor para acercarse a la serpiente.

Aunque estaba muerta, tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para recogerla. Era tan gruesa como su muñeca y medía cerca de un metro veinte. Jamie la desolló mientras él encendía el fuego. Por el rabillo del ojo vio que su suegro estaba extrañamente torpe; el entumecimiento de sus manos debía de haber empeorado. Aun así trabajaba con empecinamiento: cortó la serpiente y, con dedos trémulos, ensartó los trozos de pálida carne cruda en una ramilla a medio pelar.

Terminada la tarea, Jamie extendió el palo hacia la fogata, pero estuvo a punto de que se le cayera. Roger logró sujetarlo y, a través de la ramilla, percibió el temblor que le sacudía la mano y el brazo.

—¿Estás bien? —dijo. Y le tocó la frente.

Fraser se echó hacia atrás, en ofendida sorpresa.

—Sí —dijo. Pero luego hizo una pausa—. En realidad... me siento algo extraño —admitió.

—Acuéstate un rato, ¿quieres? —sugirió, tratando de mostrarse despreocupado—. Si puedes, duerme. Ya te despertaré cuando la comida esté

lista.

La carne de la serpiente goteaba, siseante. Pese al leve disgusto que le provocaba la idea de comérsela, Roger sintió que el estómago le resonaba.

Oscureció por completo antes de que la carne estuviera cocida. Roger fue a buscar agua; luego amontonó brazadas de hierbas secas y leña en el fuego, hasta que las llamas crepitaron más altas que él; si los otros hombres se encontraban en un radio de un kilómetro y medio no dejarían de verlas.

Fraser se incorporó dificultosamente para comer.

—¿Los indios hacían algo contra las mordeduras de serpiente?

—Sí —respondió Roger, cauteloso—. Tenían raíces y hierbas que mezclaban con estiércol o cereales calientes para hacer cataplasmas.

—¿Y resultaba? —Fraser sostenía un trozo de carne en la mano caída, como si estuviera demasiado exhausto para llevárselo a la boca.

—Lo vi hacer sólo dos veces. En una ocasión pareció dar resultado. No hubo hinchazón ni dolor; al anochecer de mismo día la niña estaba bien. En la otra ocasión... no resultó. Y en tu época, ¿qué harían?

—Aplicarte una inyección de algo llamado suero antiofídico.

—¿Una inyección? —Jamie no parecía entusiasmado—. Claire me hizo eso una vez. No me gustó nada.

—Pero ¿sirvió?

Su suegro respondió sólo con un gruñido.

Pese a su preocupación, Roger devoró su ración y también lo que Jamie dejó de la suya. Fraser se había quitado la camisa de cazador, a pesar del frío, y permanecía sentado, con los ojos cerrados, oscilando un poco. Roger se sentó en cuclillas a su lado para tocarle el brazo. ¡Dios Santo, estaba ardiendo!

Pero abrió los ojos con una leve sonrisa. El joven le ofreció una taza de agua, que él aceptó con mano torpe. Por debajo de la rodilla, su pierna estaba grotescamente tumefacta, casi hasta el doble de su tamaño normal.

Roger se preguntó, inquieto, si podía estar equivocado en su convicción de que el pasado no se puede cambiar; en ese caso, el momento y la manera en que Fraser moriría estaba fijada; sería dentro de unos cuatro años. Sin esa certeza, el aspecto de Jamie era muy preocupante. ¿Y hasta qué punto estaba convencido, al fin y al cabo?

—Podrías estar equivocado. —Jamie había dejado la taza y lo miraba con serenos ojos azules.

—¿Sobre qué? —preguntó él, sobresaltado al oír sus pensamientos expresados en voz alta. ¿Acaso había hablado en murmullos sin darse cuenta?

—Sobre el cambio. Tú decías que no era posible cambiar la historia. ¿Y si te equivocas?

Roger fue a atizar el fuego.

—No me equivoco —aseguró, tanto para sí como para Fraser—. Piensa, hombre. Tú y Claire tratasteis de detener a Carlos Estuardo, de cambiar lo que hizo... y no pudisteis. No se puede.

—Eso no es del todo cierto —objetó Fraser.

—¿Por qué no?

—Es cierto que no pudimos evitar el alzamiento... pero eso no dependía sólo de nosotros y de él: había mucha otra gente relacionada. Los jefes que lo seguían, esos malditos irlandeses que lo halagaban... y hasta Luis. Él y su oro. —Agitó una mano para descartar el tema—. Pero eso no tiene nada que ver. Dices que Claire y yo no pudimos detenerlos. Y es cierto: no pudimos detener el comienzo. Pero podríamos haber impedido el final.

—¿Te refieres a Culloden? —Roger, con la vista clavada en el fuego, recordó vagamente aquel día lejano en que Claire les había contado, a él y a Brianna, la historia de las piedras... y de Jamie Fraser. Sí: ella había hablado de una última oportunidad para impedir la matanza final de los clanes...

—Si matabais a Carlos Estuardo...

—Sí. Si lo hubiéramos hecho... pero ni ella ni yo pudimos decidirnos. —Tenía los ojos casi cerrados, pero movió la cabeza, inquieto, obviamente incómodo—. Muchas veces me he preguntado si fue por decencia... o por cobardía.

—O quizá por otra cosa —apuntó Roger, abruptamente—. No se sabe. Si Claire hubiera tratado de envenenarlo, apuesto a que habría sucedido algo: tal vez se habría caído el plato, se lo habría comido el perro o habría muerto otro en su lugar. ¡Las cosas no habrían cambiado!

Fraser abrió lentamente los ojos.

—Así que tú piensas que todo está predeterminado, ¿eh? ¿Qué el hombre no tiene libre albedrío? —Se frotó la boca con el dorso de la mano—. Y

cuando decidiste regresar en busca de Brianna, y luego otra vez a por ella y el pequeño, ¿no fue por libre decisión? ¿Estabas destinado a hacerlo?

—Yo... —Roger se interrumpió, con los puños apretados contra los muslos. De pronto, por encima del olor a leña quemada, parecía elevarse el de las aguas del pantoque del *Gloriana*. Luego se relajó con una breve risa—. Mal momento para ponerse filosófico, ¿no te parece?

—Pues sí —aceptó Fraser, en voz baja—. Sólo que tal vez no tenga otro. —Y prosiguió antes de que Roger pudiera contestar—: Si no hay libre albedrío... tampoco hay pecado ni redención ¿verdad?

—¡Jesús! —murmuró Roger, apartándose el pelo de la frente—. ¡Salgo con Ojo de Águila y acabo sentado bajo un árbol con Agustín de Hipona!

Jamie no le hizo caso, absorto en lo suyo.

—Claire y yo escogimos no matar. No quisimos derramar la sangre de un hombre. Pero la sangre de Culloden ¿no cae así sobre nosotros? No quisimos cometer el pecado, ¿y aun así el pecado vino por nosotros?

—Por supuesto que no. —Roger se puso de pie, nervioso, y fue a atizar el fuego—. Lo que sucedió en Culloden no fue culpa vuestra. ¿Cómo podía serlo? Todos los que tomaron parte en eso, Murray, Cumberland, todos los jefes... ¡No fue obra de un solo hombre!

—¿Crees que todo está determinado? ¿Estamos condenados o salvados desde el momento de nacer, sin que nada pueda cambiarlo? ¡Y eres hijo de un predicador! —Fraser rió entre dientes.

—Sí —afirmó Roger. Se sentía a la vez torpe e inexplicablemente enfadado—. Es decir, no, no es eso lo que creo. Sólo que... pues... si algo ya ha sucedido de una manera, ¿cómo podría suceder de otra?

—Sólo tú crees que ha sucedido —apuntó Fraser.

—No lo creo. ¡Lo sé!

Hum. Sí, porque vienes del otro lado del asunto; lo tienes atrás. ¿Y si acaso tú no puedes cambiar algo, pero yo sí, porque para mí aún está hacia delante?

Roger se frotó con fuerza la cara.

—Eso no tie... —Pero se interrumpió. ¿Cómo decir que no tenía sentido? A veces pensaba que nada en el mundo tenía ya sentido—. Quizá —reconoció, cansado—. Dios lo sabe; yo no.

—Sí. Pues bien, supongo que lo averiguaremos muy pronto.

Roger lo miró con aspereza al percibir una nota extraña en su voz.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú crees saber que morí dentro de tres años —dijo Fraser, con clama

—. Si muero esta noche será porque estás equivocado, ¿no? Lo que crees que sucedió no habrá sucedido; por ende, el pasado se puede cambiar, ¿sí?

—¡No vas a morir! —le espetó Roger.

—Me alegra oírlo. Pero ahora me gustaría beber un poquito de ese *whisky*. Quita el corcho, ¿quieres? Con estos dedos no podré sujetarlo.

Entregó la petaca a su suegro para que bebiera.

—Acuéstate —refunfuñó, cuando Jamie hubo terminado—. Voy a por más leña.

No podía estarse quieto; aunque tenía un montón de leña a mano, vagó por la oscuridad, siempre a la vista del fuego.

Había pasado muchas noches como ésa. Noches en las que había luchado con las alternativas, demasiado inquieto para tenderse en un cómodo lecho de hojarasca, tan atormentado que no podía dormir.

Las opciones eran claras, pero nada fáciles de elegir. Por una parte, Brianna y todo lo que la acompañaba; el amor y el peligro, la duda y el miedo. Por otra. La seguridad de saber quién y qué era él, certeza a la que había renunciado por la mujer que era su esposa... y el niño que podía ser su hijo.

Había escogido. Por sí mismo, sin que nada lo obligara. Así como había escogido besar a Morag. Torció la boca al pensarlo, pues entonces no tenía idea alguna de las consecuencias de esa pequeña acción.

Desde el bosque, detrás de él, surgió un ruido; se le erizó el pelo de la nuca antes de reconocerlo; no era risa, como había creído al principio, sino el grito lejano de un jaguar.

Se levantó para rodear calladamente la fogata, mirando hacia las sombras. Fraser estaba tendido en la oscuridad, muy quieto. Las manchas se le habían extendido a la cara. Roger notó que sus facciones tenían un aspecto congestionado; párpados y labios estaban algo tumefactos. A la luz vacilante resultaba imposible saber si respiraba aún.

Se arrodilló para sacudirlo con fuerza.

—¡Oye! ¿Estás vivo? —Quiso decirlo en tono de broma, pero el miedo era evidente en su voz.

Fraser no se movió. Luego abrió lentamente un ojo.

—Sí —murmuró—. Pero no es un placer.

Roger no volvió a dejarlo. Le limpió la cara con un paño mojado y le ofreció más *whisky*, que él rechazó. Luego tomó asiento junto a la silueta tendida, atento a cada resuello.

Jamie cambió de posición y el movimiento le arrancó una queja. Roger lo calmó apoyándole una mano en el hombro.

«No te vayas», pensó; las palabras no dichas eran una bola dura en su garganta. «Quédate con nosotros. Quédate conmigo».

Pasó largo tiempo allí, con la mano apoyada en el hombro de Fraser. Tenía la absurda idea de que eso equivalía a sujetarlo, a mantenerlo anclado a la tierra. Si lo sujetaba hasta el amanecer todo estaría bien; si retiraba la mano todo habría terminado. El fuego se iba consumiendo, pero él postergaba la necesidad de atenderlo para no soltar a Jamie.

—¿MacKenzie? —Fue sólo un murmullo, pero él se inclinó de inmediato.

—Sí. Aquí estoy. ¿Quieres agua? ¿Una gota de *whisky*?

Alargó la mano hacia la taza, derramando agua en su nerviosismo. Fraser bebió dos tragos y la apartó con un gesto.

—No sé si estás en lo cierto o no —dijo. Su voz sonaba ronca, pero clara—. Pero si te equivocas y muero, pequeño Roger, hay cosas que debo decirte. No quiero dejarlo para cuando sea demasiado tarde.

—Aquí estoy —repitió él, sin saber qué otra cosa decir.

—Bonnet. Debo decirte qué tengo en marcha.

—¿Sí? —Por primera vez el joven sentía algo más que preocupación por su suegro.

—Hay un hombre llamado Lyon; Duncan Innes te dirá cómo encontrarlo. Trabajaba en la costa; compra a los contrabandistas que operan en los bancos exteriores. Durante la boda me buscó para proponerme un negocio con el *whisky*.

El plan era bastante simple. Jamie quería enviar aviso a ese tal Lyon para informarle de que estaba dispuesto a comerciar con él, siempre que se reuniera con él trayendo a Stephen Bonnet, como prueba de que tenía un

hombre con la reputación y la habilidad necesaria para manejar el transporte a lo largo de la costa.

—La reputación necesaria —replicó Roger, por lo bajo—. La tiene, sí.

—No lo aceptará con tanta facilidad; querrá imponer sus condiciones, pero acabará por acceder. Dile que tienes suficiente *whisky* como para que valga la pena. Dale un tonel de dos años para que pruebe, si es preciso. Cuando vea lo que la gente está dispuesta a pagar por eso, aceptará con gusto. El lugar...

Se interrumpió, con la frente arrugada, y respiró un par de veces antes de continuar.

—Yo pensaba que fuera en Wylie's Landing, pero si debes ir tú, elige un lugar de tu agrado. Lleva a los Lindsay para que te cubran las espaldas, si quieren. Si no, busca a otro, pero no vayas solo. Y ve dispuesto a matarlo al primer disparo.

Roger asintió, tragando saliva con dificultad.

—No dejes que se te acerque tanto como para alcanzarte con la espada —dijo—. Has aprendido, pero no lo suficiente para enfrentarte a Bonnet.

—¿Y tú sí? —dijo Roger, sin poder contenerse.

—¡Oh!, sí —dijo su suegro, en voz baja—. Si sobrevivo. —Luego, con un ataque de tos, levantó la mano para descartar momentáneamente a Bonnet—. En cuanto al resto... vigila a Sinclair. Es un hombre para utilizar, pues sabe todo lo que sucede en el distrito, pero jamás le des la espalda.

Hizo una pausa para pensar, ceñudo.

—Puedes confiar en Duncan Innes y en Farquard Campbell —dijo—. Y en Fergus. Fergus te ayudará, si puede. En cuanto al resto... —Volvió a cambiar de posición, con otra mueca—. Cuídate de Obadiah Henderson; él te pondrá a prueba. Muchos lo harán; déjalos... pero a Henderson no. Enfrentate a él a la primera oportunidad; no tendrás otra.

La voz de Fraser se apagó, ya afónica. ¿Habría perdido la conciencia? El hombro en el que Roger apoyaba la mano estaba laxo, inerte. No se atrevió a moverse.

De pronto Fraser contrajo una mano. Tenía los dedos hinchados como embutidos y la piel, roja y brillante. Roger se la cubrió con la mano libre y sintió que los dedos se movían, tratando de asirla.

—Dile a Brianna que estoy orgulloso de ella —susurró Jamie—. Que mi espada sea para el pequeño.

El joven asintió con la cabeza, sin poder hablar. Luego cayó en la cuenta de que Jamie no podía verlo y carraspeó.

—Sí. Se lo diré.

Esperó un momento, pero Fraser no dijo nada más. El fuego estaba casi consumido, pero la mano que sostenía quemaba como las brasas. Una ráfaga de aire pasó como una cuchillada, agitándole el pelo contra la mejilla, y arrancó del fuego una súbita lluvia de chispas.

Aguardó tanto como le pareció prudente, mientras la fría noche se escurría en solitarios minutos. Luego se inclinó para hacerse oír.

—¿Y a Claire? —preguntó en voz baja—. ¿Quieres que le diga algo?

Temió haber esperado en exceso, pues Fraser permaneció inmóvil varios minutos más. Luego la manaza se agitó, cerrando a medias los dedos hinchados; fue el fantasma de un gesto, como para asir el tiempo que se le escapaba.

—Dile... que iba en serio.

Economía doméstica

—No he visto nada igual en mi vida. —Me incliné un poco más para mirar—. Es rarísimo.

—Eso que te has pasado media vida como curandera —murmuró Jamie, fastidiado—. No me digas que en tu época no hay serpientes.

—En el centro de Boston no, no muchas.

Apoyé cautelosamente una mano en el tobillo. La piel estaba hinchada, caliente y seca. Y roja. La cara, las orejas y el cuello también tenían el color de un tomate maduro; sólo había escapado la piel clara del pecho, pero hasta allí tenía puntos rojos.

—Pareces asado a fuego lento —comenté con fascinación, frotando el sarpullido—. Nunca había visto algo tan rojo.

—No creo que estés en condiciones de criticar, *Sassenach* —comentó él, clavando los ojos en mis dedos, manchados de amarillo y azul.

—¡Oh, maldita sea...! —Me levanté de un salto y, después de cubrirlo apresuradamente con los edredones, corrí hacia la puerta. Distraída por la dramática llegada de Jamie, había dejado sin atención, en el patio, una tina llena de ropa en tintura... y con poco agua. Si se consumía del todo y la ropa se quemaba...

En cuanto salí me golpeó en la cara un fuerte hedor a orina y a añil. Pese a todo respiré con profundo alivio al ver allí a Marsali, roja por el esfuerzo de

levantar de la tina una masa chorreante, utilizando la gran horquilla de madera. Me apresuré a ayudarla, cogiendo una a una las prendas humeantes del montón para tenderlas a secar en las matas de zarzamora.

—Gracias a Dios. —Dije, agitando en el aire los dedos escaldados para refrescarlos—. Tenía miedo de haber arruinado todo.

—Pues... quizá queden un poco oscuras. —Marsali se pasó una mano por la cara para retirar las finas hebras rubias que habían escapado del pañuelo—. Pero si el tiempo sigue bueno puedes dejarlas al sol para que se decoloren. ¡Anda, vamos a quitar la tina antes de que se chamusque!

Las costras de añil comenzaban a resquebrajarse y ennegrecer en el fondo del recipiente: Cuando lo retiramos del fuego nos rodeó una nube de humo acre.

—No ha pasado nada —dijo Marsali, entre toses y abanicándose con la mano—. Deja, mamá Claire, que iré a por agua para que se remoje. Tú tienes que cuidar de papá, ¿verdad? He bajado en cuanto me enteré. ¿Está muy mal?

—¡Oh!, gracias, querida. Creo que se repondrá —le aseguré, disimulando mis propios temores—. Se encuentra muy mal y se lo ve aún peor. En toda mi vida no había visto nada así. Pero si la herida no se infecta...

—¡Ah!, saldrá adelante —dijo Marsali, confiada—. Fergus dice que cuando los encontraron, a él y a Roger Mac, parecía muerto, pero cuando cruzaron el segundo cerro ya estaba haciendo unas bromas terribles sobre la serpiente.

Por mi parte, tras haber visto el estado de su pierna herida, no era tan optimista, pero sonreí para tranquilizarla.

—Sí, creo que se pondrá bien. Voy a preparar una cataplasma de cebolla y a limpiar un poco la herida. Ve a verlo mientras voy a buscar las cebollas, ¿quieres?

Por suerte había cebollas de sobra. Arranqué seis de las grandes y las llevé a la cocina para cortarlas en rodajas.

—Deje, *a leannan*, yo me encargaré de eso. —La señora Bug me quitó el cuchillo de la mano y cortó enérgicamente las cebollas—. ¿Es para una cataplasma? Sí, eso es. Con una buena cataplasma de cebolla se cura cualquier cosa. —Pero echó hacia la consulta una mirada llena de preocupación.

—¿Puedo ayudar, mamá? —Bree venía del pasillo, también preocupada —. Papá está hecho un espanto. ¿Está bien?

Me aparté el pelo de la cara con el dorso de la mano; los ojos me chorreaban por las cebollas.

—Creo que sí. —Sorbí por la nariz mientras me secaba los ojos—. ¿Y Roger?

—Roger está bien.

Percibí la pequeña nota de orgullo en su voz; Jamie le había dicho que su marido le había salvado la vida.

—Duerme —añadió—. ¿Necesitas algo, mamá?

—Sí. ¿Puedes buscarme algunas cresas? Las necesito para la pierna de Jamie. —Eché un vistazo ceñudo al luminoso día otoñal—. Me temo que la escarcha ha matado a todas las moscas; hace días que no veo ninguna. Pero puedes buscar en el corral; ponen sus huevos en el estiércol caliente.

Puse las rodajas de cebolla en un cuenco de calabaza y vertí sobre ellas un poco de agua caliente. Mientras se cocían volví a la clínica. En el centro de la habitación había una recia mesa de pino, que oficiaba a la vez de camilla, sillón de dentista, encimera para preparar drogas o mesa auxiliar en el comedor, según las exigencias médicas y el número de invitados a cenar. En ese momento sostenía la silueta supina de Jamie, apenas visible bajo el montón de edredones y mantas. Marsali estaba a un lado, con la cabeza inclinada hacia él, y le daba una taza de agua.

—¿De veras estás bien, papá? —dijo.

—Pues claro que sí. —En la voz de Jamie percibí una intensa fatiga, pero una mano enorme salió de entre los edredones para tocarle la mejilla—. Fergus hizo un trabajo estupendo. Mantuvo al grupo unido a lo largo de toda la noche, por la mañana nos encontró y nos trajo a todos sanos y salvos a través de la montaña. Tiene un buen sentido de la orientación.

Marsali mantuvo la cabeza inclinada, pero su mejilla se curvó en una sonrisa.

—Eso le dije. Pero no se perdona por haber permitido que las bestias escaparan. Dice que habría bastado una sola para alimentar a todo el Cerro durante el invierno.

Jamie desechó el asunto con un gruñido.

—Bueno, ya nos arreglaremos.

Era obvio que le costaba hablar, pero no quise alejar a Marsali. La presencia de su hija podía distraerlo de su miseria.

Abrí el armario sin hacer ruido, en busca del gran cuenco cubierto donde guardaba las sanguijuelas. Tenía diez o doce de las grandes. Retiré tres para ponerlas en una escudilla de agua limpia, que puse a entibiar junto al brasero.

Mientras disponía las otras cosas necesarias, escuchaba los murmullos coloquiales a mi espalda: Germain, la pequeña Joan, un puercoespín en los árboles, cerca de la cabaña de Marsali y Fergus.

Gasa para la compresa de algodón, la botella de alcohol y agua esterilizada, los recipientes de piedra que contenían hidrastis, equinácea y alcanfor. Y la botella con el caldo de penicilina. Al mirar la etiqueta maldije para mis adentros: tenía casi un mes; entre la cacería del oso y las tareas del otoño, en las últimas semanas no había tenido tiempo para hacer un cultivo fresco.

Tendría que usar ése. Con los labios apretados, desmenucé las hierbas secas entre las manos, dejándolas caer en la taza de madera de haya.

—Las piñas cortadas que encuentras en el suelo ¿son frescas? —preguntó Jamie. El puercoespín parecía interesarle un poco más que el nuevo diente de Joan.

—Sí, verde y fresco. Estoy segura de que anda por allí arriba, el condenado, pero ese árbol es inmenso y desde abajo no se lo ve. Dispararle es imposible.

La puntería de Marsali era mediocre, pero como Fergus no podía disparar el mosquete con una sola mano, era ella quien cazaba para alimentar a la familia.

—Hum... —Jamie carraspeó con esfuerzo y ella se apresuró a darle más agua—. Frota un palo con tasajo de cerdo y ponlo en el suelo, no muy lejos del tronco. Luego, que Fergus se siente a vigilar. A los puercoespines les encanta la sal y la grasa; cuando las huelen se arriesgan a bajar en la oscuridad. Una vez en tierra, no necesitas malgastar balas. Basta con golpearlos en la cabeza. Fergus puede hacerlo perfectamente.

Al abrir el cofre de mis instrumentos médicos fruncí el ceño ante la bandeja que contenía los serruchos y los escalpelos. Escogí un bisturí

pequeño, de hoja curva; sentí el mango frío bajo los dedos. Tendría que limpiar la herida, retirando el tejido muerto, los jirones de piel y los trocitos de hojas, tela y polvo, pues los hombres le habían cubierto la pierna con barro y un vendaje hecho con un sucio pañuelo de cuello. Luego podría mojar las superficies expuestas con solución de penicilina. Ojalá sirviera de algo.

—Sería estupendo —dijo Marsali, con cierta melancolía—. Nunca he cazado ese tipo de animales, pero Ian me ha dicho que están ricos; son muy gordos. Además, las púas sirven para coser y para muchas otras cosas.

Me mordí los labios al ver los otros instrumentos. El más grande era un serrucho plegable para amputaciones de urgencia, y la idea de utilizarlo ahora hizo brotar un sudor frío bajo mis brazos.

—La carne es grasa —dijo Jamie—, pero rica...

Se interrumpió abruptamente para cambiar de posición con una queja ahogada.

En mis brazos y en mis manos sentía ya cada paso del proceso de amputación: la tensión de cortar la piel y el músculo, el rechinar del hueso, el latigazo de los tendones, los vasos resbaladizos, pegajosos, sangrantes, que se escurrían dentro de la carne cortada como... serpientes.

—Necesitas carne grasa. Estás muy delgada, *a muirninn* —dijo Jamie por lo bajo, a mi espalda—. Demasiado delgada para estar gestando.

Me di la vuelta, maldiciendo otra vez para mis adentros. Me había parecido, pero tenía la esperanza de equivocarme. ¡Tres bebés en cuatro años! Y con un marido manco, que no podía hacer el trabajo rudo de la finca y no quería ocuparse de lo que sí podía hacer, como cuidar de los bebés y fermentar la malta, porque eran «cosas de mujeres».

Marsali lanzó una mezcla de risa y sollozo.

—¿Cómo lo sabes? No se lo he dicho siquiera a Fergus.

—Pues deberías... aunque él ya lo sabe.

—¿Te lo ha dicho?

—No... pero durante la cacería me pareció que sus trastornos no eran una simple indigestión. Ahora, al verte, he sabido que era esto.

Las sanguijuelas comenzaban a moverse, estirando lentamente los cuerpos como bandas elásticas animadas. Aparté el edredón que cubría la pierna de Jamie y presioné suavemente aquellos parásitos contra la carne

tumefacta, alrededor de la herida.

Analicé la situación, con la frente crispada y mordiéndome los labios. No sabía qué clase de serpiente lo había mordido, pero era obvio que tenía una potente toxina hemolítica. Jamie tenía el cuerpo cubierto de capilares reventados y sangrantes, tanto externos como internos; cerca de la herida eran más grandes.

El pie y el tobillo de la pierna mordida estaban todavía calientes y enrojecidos; mejor dicho, rojos. Ésa era buena señal, pues significaba que la circulación profunda permanecía intacta. El problema era mejorar la circulación cerca de la herida, lo suficiente para evitar la muerte masiva de los tejidos. Pero esas vetas rojas me tenían muy preocupada; podían ser sólo parte del proceso hemorrágico, pero más probablemente eran los primeros signos de la septicemia: envenenamiento de la sangre.

Lo miré entornando los ojos. Estaba cubierto de edredones, tan enfermo que apenas podía moverse, pero aun así las líneas de su cuerpo eran elegantes y prometían fuerza. La idea de mutilarlo me era insoportable... pero lo haría, si era preciso. Dejar lisiado a Jamie, privarlo de un miembro... Al pensarlo se me contraía el estómago y me sudaban las manos manchadas de azul.

¿Lo aceptaría él mismo?

Cogí la taza de agua de Jamie y me la bebí entera. No pensaba preguntárselo. Él tenía derecho a escoger, pero era mío y yo había decidido. No renunciaría a él, sin que importara lo que fuera preciso hacer para conservarlo.

—¿De veras te sientes bien, papá? —Marsali me había estado observando. Sus ojos iban de Jamie a mí, asustados. Me apresuré a reacomodar mis facciones en una expresión de confianza.

Jamie también me estaba observando. Torció el gesto hacia arriba.

—Pues sí, eso creía yo. Pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes peor? —pregunté, ansiosa.

—No, me siento bien —me aseguró, aunque era una mentira descarada—. Sólo que cuando me lastimo, siempre que no hay peligro, me regañas como una arpía. Pero cuando estoy desesperadamente mal te pones tierna como la leche. Y esta vez no me has dicho cosas feas, ni una palabra de reproche, desde que llegué a casa, *Sassenach*. ¿Significa eso que voy a morir?

Tenía una ceja arqueada en gesto de ironía, pero en sus ojos detecté un dejo de auténtica preocupación. Cogí aliento y le apoyé las manos en los hombros.

—¡Condenado estúpido! ¡Mira que pisar una serpiente! ¿No podías mirar dónde ponías el pie?

—No, pues iba cuesta abajo, siguiendo a mil toneladas de carne —replicó él, sonriente.

Sentí una pequeña relajación muscular bajo la mano. Tuve que reprimir el impulso de devolverle la sonrisa. En cambio le clavé una mirada fulminante.

—¡Pues me has dado un susto de mil demonios!

—¿Y crees que yo no me asusté?

—No estás autorizado —señalé con firmeza—. Sólo podemos asustarnos de uno en uno. Y éste es mi turno.

Eso lo hizo reír, pero a la risa siguió un ataque de tos y un fuerte escalofrío.

—Tráeme una piedra caliente para sus pies —ordené a Marsali, mientras lo arropaba apresuradamente con los edredones—. Y también una tetera llena de agua hirviendo.

Ella voló hacia la cocina. Yo eché un vistazo a la ventana, preguntándome si Brianna habría tenido suerte en su búsqueda de cresas. Eran insuperables para limpiar heridas supurantes sin causar daños en los tejidos sanos.

Mientras pensaba eso levanté el borde del edredón para echar un vistazo a mis otros asistentes invertebrados. Lancé un pequeño suspiro de alivio. Las sanguijuelas operaban deprisa; ya habían empezado a hincharse con la sangre acumulada en los tejidos de la pierna, proveniente de los capilares rotos. Sin esa presión, tal vez recuperara una circulación saludable, a tiempo para mantener vivos los músculos y la piel.

Vi su mano aferrada al borde de la mesa; sus escalofríos piaban a mis muslos, presionados contra la madera. Le cogí la cabeza entre las manos; sus mejillas quemaban.

—¡No vas a morir! —siseé—. ¡De ninguna manera! ¡No te lo permitiré! —Y le acerqué la taza de penicilina a los labios para que bebiera.

Marsali había traído la tetera llena de agua hirviendo. Vertí la mayor parte

en las hierbas que tenía preparadas y, mientras reposaban, le serví una taza de agua fresca para quitarle el sabor de la penicilina. Él tragó nuevamente, con los ojos todavía cerrados, y se recostó contra la almohada.

—¿Qué es eso? —preguntó—. Sabe a hierro.

—Agua. Todo te sabe a hierro; te sangran las encías. —Le di la jarra vacía a Marsali para que trajera más—. Ponle miel —dije—. Una parte de miel por cada cuatro de agua.

—Lo que necesita es té de carne —dijo ella, observándolo con la frente crispada—. Eso habría dicho mi mamá. Y mi abuela. Cuando alguien ha perdido mucha sangre no hay como el té de carne.

Se me ocurrió que Marsali debía de estar gravemente preocupada, pues rara vez mencionaba a su madre delante de mí, gracias a su natural sentido del tacto. No obstante, por una vez la maldita Laoghaire estaba en lo cierto; el té de carne habría sido excelente... si hubiéramos tenido carne fresca. Y no teníamos.

—Agua con miel —dije brevemente. Y la eché de la habitación.

Mientras iba en busca de refuerzos para las sanguijuelas, me detuve a mirar por la ventana, para ver qué había conseguido Brianna.

Estaba en el corral, descalza y con las faldas recogidas por encima de la rodilla, sacudiéndose el estiércol de un pie.

Eso significaba que hasta el momento no había tenido suerte. Al verme en la ventana agitó la mano. Luego, señaló el hacha y el límite del bosque. Le hice un gesto de asentimiento; quizá un tronco podrido ofreciera alguna posibilidad.

Jemmy estaba en el suelo, a poca distancia, con las andaderas a la cerca del corral. Ya no las necesitaba para mantenerse en pie, por cierto, pero servían para impedir que escapara mientras su madre estaba atareada.

Un ruido me hizo girar en redondo; Jamie volvía lentamente a su nido de edredones, con el aspecto de un gran perezoso carmesí, con mi serrucho para amputaciones en una mano.

—¿Qué diablos haces?

Se acostó despacio, entre muecas de dolor y respirando en largos jadeos. Luego apretó contra el pecho el serrucho plegado.

Levantó el instrumento un par de centímetros.

—No —dijo categóricamente—. Sé lo que piensas, *Sassenach*, y no te lo permitiré.

—Sabes que no lo haría si no fuera absolutamente necesario.

—No —dijo una vez más, mirándome con su familiar obstinación.

—No sabes qué podría suceder...

—Sé mejor que tú lo que está sucediendo con mi pierna, *Sassenach* —me interrumpió. Hizo una pausa para respirar un poco más—. No me importa.

—Puede que a ti no, pero a mí sí.

—No voy a morir —aseguró—. Y no quiero vivir con media pierna. Me horroriza.

—Pues a mí tampoco me gusta mucho pensarlo. Pero ¿y si es preciso escoger entre tu pierna y tu vida?

—No es preciso.

—¡Podría serlo!

—No será así.

—De acuerdo —dije, con los dientes apretados—. Dame ese chisme para que lo guarde.

—Quiero tu palabra. Puede que la fiebre me haga perder la conciencia. Y no quiero que me cortes la pierna si no estoy en condiciones de impedirlo.

—¡Si llegas a ese estado no tendré alternativa!

—Tal vez tú no —replicó sin alterarse—, pero yo sí. Lo he decidido. Dame tu palabra, *Sassenach*.

—¡Me indigna que seas tan imposiblemente...!

Un alarido fuera me impidió continuar. Me volvía hacia la ventana, a tiempo para que Marsali dejara caer dos cubos llenos al suelo. El agua le empapó la falda y los zapatos sin que ella prestara atención. Al seguir la dirección de su mirada ahogué un grito.

Había cruzado la cerca del corral sin problemas, rompiendo los palos como si fueran cerillas, y ahora estaba entre las calabaceras que crecían junto a la casa, mascando las enredaderas. Era enorme, bruno y lanudo. Y Jemmy, a tres metros escasos, lo miraba con los ojos muy redondos y la boca abierta.

Marsali lanzó otro chillido. Jemmy, contagiado por su terror, empezó a gritar llamando a su madre. Con la sensación de moverme a cámara lenta le quité el serrucho a Jamie y salí al patio. Mientras bajaba los peldaños de la

entrada, Brianna salió del bosque. Corría en silencio, con el hacha en la mano y la cara tensa, decidida.

Alzó el hacha hacia atrás en plena carrera y la descargó en arco al dar el último paso. Golpeó con todas sus fuerzas, justo detrás de las orejas de la enorme bestia. Una fina llovizna de sangre fue a salpicar las calabazas. El animal, con un bramido, bajó el testuz como para lanzarse a la carga.

Bree se hizo a un lado para esquivarlo. Luego se lanzó hacia Jemmy. De rodillas junto a él, tiró de las correas que lo sujetaban a la cerca. Por el rabillo del ojo vi que Marsali cogía de las zarzas una enagua recién teñida.

Yo había desplegado el serrucho durante mi carrera. Con dos golpes corté las correas de Jemmy y lo levanté para cruzar nuevamente el patio. Marsali había arrojado la enagua sobre la cabeza del bisonte, que sacudía el testuz y se balanceaba de un lado a otro, desconcertado; la sangre parecía negra contra el verde amarillento del teñido reciente.

Dio un paso y otro. Clavé los dedos en su lana para sujetarlo. Los temblores que le recorrían me sacudieron como un terremoto. Como en un sueño, segura de lo que hacía, deslicé una mano bajo los belfos babeantes; su aliento cálido se metió dentro de mi manga. El gran pulso latía en el ángulo de la mandíbula; lo visualicé en mi mente: el gran corazón carnoso y la sangre que bombeaba, cálida en mi mano, fría contra la mejilla, que se apretaba a la enagua empapada.

Pasé el serrucho a través del cuello, cortando con fuerza. En las manos, en los antebrazos, sentí la tensión de cortar la piel y el músculo, el rechinar del hueso, el latigazo de los tendones, los vasos resbaladizos, pegajosos, sangrantes, que se escurrían hasta perderse.

El animal se volvió bruscamente y cayó con un golpe sordo.

Cuando volví en mí estaba sentada en mitad del patio, con una mano aún aferrada a su pelo; se me había entumecido una pierna bajo el peso de la cabeza del bisonte y tenía las faldas pegadas a los muslos, malolientes y empapadas de sangre.

Alguien dijo algo. Al levantar la vista vi a Jamie a gatas en los escalones de la entrada, boquiabierto y completamente desnudo. Marsali, sentada en el suelo, con las piernas estiradas hacia delante, abría y cerraba la boca sin decir nada.

Brianna se inclinó hacia mí, con Jemmy en brazos.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Bree.

Entonces caí en la cuenta de que ya me lo había preguntado varias veces. Bajó una mano para apoyarla suavemente en mi cabeza.

—No sé —dije—. Creo que sí.

Retiré trabajosamente la pierna y me puse de pie, apoyándome en ella. La recorrían los mismos temblores que habían sacudido al bisonte; también a mí. Pero iban cesando. Cogió aliento y bajó la vista hacia la enorme res. Así, tendida de lado, le llegaba casi a la cintura. Marsali se reunió con nosotras, moviendo la cabeza con sobrecogimiento.

—Santa Madre de Dios, ¿cómo haremos para carnear todo eso? —dijo.

—Pues... —Me pasé una mano trémula por el pelo—. Supongo que nos las arreglaremos.

Con una pequeña ayuda de mis amigos

Apoyé la frente contra el frío cristal de la ventana de mi consulta, parpadeando ante la escena del patio. Las píceas se destacaban negras contra el resplandor moribundo, al igual que la horca levantada en el centro del patio y los horripilantes restos que pendían de ella. Cerca de las zarzas se había encendido una hoguera. Las siluetas de los que allí estaban corrían por todas partes, como si entraran y salieran entre las sombras y las llamas. Unos daban cuenta de la res colgada, con ayuda de cuchillos y azuelas; otros se retiraban a paso lento, con grandes trozos de carne y cubos de grasa.

A pesar de la oscuridad, distinguí la silueta alta y clara de Brianna entre la horda de demonios que atacaban el bisonte. «Manteniendo el orden», me dije.

En cuanto empezaron a aparecer los hombres, que venían de sus casas a medio vestir, sin afeitarse y con los ojos brillantes de entusiasmo, ordenó serenamente que se cortaran maderos para construir un armazón capaz de izar y sostener una tonelada de carne. En un principio los hombres, disgustados por no haber participado en la matanza, no le prestaron mucha atención. Pero Brianna era alta, llamativa, hablaba con energía... y le sobraba empecinamiento.

—¿Quién ha hecho ese corte? —interpeló, mirando de frente a Geordie Chisholm y a sus hijos, que se acercaban a la res con los cuchillos en la mano.

Después de señalar el profundo hachazo en la nuca, pasó una mano lenta por la manga, mostrando la sangre que la manchaba.

—¿Y ése? —Un pie descalzo señaló delicadamente el cuello cortado y el charco de sangre que se coagulaba en el patio.

Desde la ventana vi que más de una cara se volvía hacia la casa, comprendiendo al fin que Brianna era la hija de El Señor, hecho que los prudentes tenían muy en cuenta.

Pero fue Roger quien cambió la dirección de la marea, con una mirada fría que puso a los hermanos Lindsay tras él, hacha en mano.

—Ella lo mató —dijo, con su graznido ronco—. Haced lo que manda.

Y cuadró los hombros; su expresión decía a las claras que no habría más controversia. Al ver esto Fergus, con un encogimiento de hombros, se agachó para coger la bestia por el rabo.

—¿Dónde quiere usted que la pongamos, *madame*? —preguntó cortésmente.

Todos los hombres se echaron a reír; luego, con miradas tímidas y gestos de resignación, se sumaron de mala gana al trabajo, siguiendo sus indicaciones.

Brianna había dirigido a su esposo una mirada de sorpresa; luego, de gratitud. Finalmente se hizo cargo de toda la labor, con resultados notables. Apenas atardecía y el bisonte ya estaba casi despiezado; su carne, distribuida entre todas las familias del Cerro.

Eché un vistazo a la mesa, donde Jamie seguía envuelto en mantas. Habría querido que lo llevaran arriba, a su cama, pero él insistió en quedarse abajo, donde podría oír lo que sucedía.

—Casi han terminado de carnear —le dije—. Brianna ha hecho un trabajo estupendo.

—¿De veras? —Tenía los ojos entreabiertos, pero fijos con esa mirada febril, ese aturdimiento empapado en sueños en que las sombras se retuercen en el aire ondulante del fuego.

Ya quedaba muy poco del bisonte, salvo un montón de huesos despojados. Me llegó un vago olor a carne asada, a leña quemada y a café. De inmediato abrí la ventana de par en par, dando paso a esos apetitosos aromas.

—¿Tienes hambre, Jamie? —pregunté. Por mi parte estaba hambrienta,

aunque no lo había notado hasta oler la comida.

—No —dijo él, soñoliento—. No quiero nada.

—Deberías tomar un poco de sopa, si puedes, antes de dormir.

Me volví para apartarle el pelo de la cara. El rubor se había esfumado un poco, al parecer; era difícil asegurarlo a la luz incierta del fuego y la vela. Le habíamos dado aguamiel y té de hierbas en cantidad, de modo que ya no tenía los ojos hundidos por la deshidratación, pero los huesos de los pómulos y las mandíbulas le sobresalían. Llevaba más de cuarenta y ocho horas sin comer y la fiebre estaba consumiendo una enorme cantidad de energía, con lo que agotaba sus tejidos.

—¿Necesita más agua caliente, señora? —Lizzie apareció en el vano de la puerta, con Jemmy en los brazos.

—No, Lizzie, gracias. Tengo suficiente.

Se abrió la puerta de la casa, dejando entrar una fuerte ráfaga que avivó las ascuas del brasero. Escuché ruido de pies descalzos en las tablas del pasillo.

Yo ya había escuchado con anterioridad la expresión «de sangre hasta las cejas», pero semejante cosa no se veía a menudo, salvo en el campo de batalla. Las cejas de Brianna no eran visibles, pues eran lo bastante rojas como para confundirse con la sangre que le cubría la cara. Jemmy, después de mirarla bien, curvó la boca hacia abajo en expresión de dubitativa inquietud, al borde de un grito.

—Soy yo, cariño —lo tranquilizó ella.

Y alargó una mano hacia el niño, pero se detuvo antes de tocarlo. Jemmy no rompió a llorar, pero escondió la cara contra el hombro de Lizzie.

Brianna pasó por alto a la vez el rechazo de su hijo y el hecho de que estaba dejando por todos lados huellas de barro y sangre a partes iguales.

—Mira —dijo, alargando hacia mí el puño.

Abrió los dedos en un gesto reverencial, para mostrarme su tesoro: un puñado de diminutos gusanos blancos se retorció entre ellos. Al verlos el corazón me dio un vuelco de entusiasmo.

—¿Son de los buenos? —preguntó ella, anhelante.

—Creo que sí. Déjame ver.

Me apresuré a poner las hojas mojadas de la tisana en un plato pequeño,

para ofrecer a los gusanos un refugio temporal. Brianna los colocó suavemente allí y puso el plato en la encimera, junto al microscopio, como si contuviera polvo de oro en vez de cresas. Cogí uno de los gusanos con el borde de una uña para ponerlo en un portaobjeto. Hice señas a Bree para que me acercara otra vela.

—Sólo una boca y una tripa —murmuré, inclinando el espejo para que reflejara la luz. Era demasiado tenue para trabajar con el microscopio, pero tal vez alcanzara en este caso—. Pequeños tragaldabas.

Contuve el aliento para mirar por el frágil ocular, forzando la vista. Las larvas de la moscarda azul tienen una sola línea visible en el cuerpo; las larvas de la mosca borriquera, dos. Las líneas son tenues, invisibles a simple vista, pero muy importantes. Las cresas de la moscarda azul comen carroña y sólo carroña: carne muerta y en putrefacción. En cambio, las larvas de la mosca borriquera se clavan en la carne viva, para consumir el músculo y la sangre del huésped. ¡No era algo que yo quisiera insertar en una herida reciente!

Cerré un ojo para que el otro se adaptara a las sombras móviles del ocular. El cilindro oscuro del cuerpo se retorció hacia todos lados al mismo tiempo. Una línea estaba claramente a la vista. ¿Había otra? Miré hasta que me lagrimeó el ojo. Pero no vi ninguna otra. Entonces dejé escapar el aliento que había contenido hasta entonces, y me relajé.

—Enhorabuena, papá —dijo Brianna, acercándose a Jamie.

—¿Sí? —dijo Jamie—. ¿Por qué?

—Por las cresas. Son obra tuya —explicó. Y abrió la otra mano para mostrar un trozo de metal deforme. Era una bala de rifle aplastada—. Las cresas estaban en una herida que el bisonte tenía en los cuartos traseros. Esto apareció en el agujero, detrás de ellas.

Me eché a reír, tanto de alivio como por diversión.

—¡Jamie! ¿Le disparaste en el culo?

—No creía haberle dado —dijo—. Sólo intentaba desviar el rebaño hacia Fergus.

—Tal vez debas conservarla como amuleto —dijo Brianna; hablaba en tono ligero, pero había un surco entre sus invisibles cejas—. O para morderlo mientras mamá te cura la pierna.

—Demasiado tarde —dijo, con una débil sonrisa.

Sólo entonces vio ella la pequeña correa de cuero que él tenía en la mesilla, cerca de la cabeza, marcada con las profundas marcas de sus dientes. Me miró con espanto. Yo encogí un hombro: había pasado más de una hora limpiándole la herida de la pierna; no había sido fácil para ninguno de los dos.

Me aclaré la garganta y volví a las cresas. Por el rabillo del ojo vi que Bree posaba el dorso de la mano contra la mejilla de Jamie. Él giró la cabeza para besarle los nudillos, sin prestar atención a la sangre.

—No te preocupes, muchacha —le dijo. Su voz era débil, pero firme—. Estoy bien.

Dejé caer las cresas en una escudilla de agua esterilizada y las removí rápido antes de ponerlas nuevamente en el lecho de hojas húmedas.

—No dolerá —dije, tanto para tranquilizar a Jamie como a mí misma.

—Ya sé —replicó él, con un cinismo impropio en él—. Ya sé de eso.

—En realidad, tiene razón —manifestó una voz suave y ronca a mi espalda.

Roger ya se había lavado; tenía mojado el pelo contra el cuello de la camisa y llevaba ropa limpia.

—¿Cómo estás? —preguntó en voz baja.

—Saldré adelante.

—Me alegro.

Para mi sorpresa, Roger le estrechó el hombro en un breve gesto de consuelo. Era la primera vez que lo veía hacer eso; una vez más me pregunté qué habría sucedido entre ambos en la montaña.

—Marsali va a traerte un poco de caldo de carne —me dijo. Y arrugó la frente al observarme—. Convendría que tú también bebieras un poco.

—Buena idea. —Cerré los ojos un instante, y respiré hondo.

Sólo al sentarme caí en la cuenta de que estaba en pie desde primera hora de la mañana.

—Bueno, el tiempo y la marea no esperan por las cresas —dije, mientras hacía un esfuerzo por levantarme otra vez—. Será mejor que pongamos manos a la obra.

Jamie lanzó un breve resoplido y se estiró; luego, de mala gana, relajó el

cuerpo para prepararse. Me observó con resignación mientras yo preparaba el plato de cresas y los fórceps; por fin alargó la mano hacia la correa.

—No necesitas eso —aseguró Roger; acercó otro taburete para sentarse—. Lo que te ha dicho es cierto: esos bichos no hacen daño.

Jamie volvió a resoplar. El joven le sonrió de oreja a oreja.

—Eso sí: pican que es una alegría, pero sólo si piensas en ellas. Si te las quitas de la mente, no son nada.

—Qué gran consuelo me das, MacKenzie.

No podría haber sido más fácil; simplemente retiré el emplasto de cebollas y prendí las cresas, una a una, en los tajos ulcerados de la pantorrilla. Roger se acercó por detrás de mí para observar.

—Casi parece una pierna —dijo, sorprendido—. No lo esperaba.

Sonreí sin mirarlo, muy concentrada en mi delicada tarea.

—Las sanguijuelas son muy efectivas —dije—. Hiciste una chapuza con el cuchillo, pero también ha sido útil; dejaste agujeros tan grandes que el pus y el fluido pudieron drenar; eso ha ayudado.

Era cierto; aunque la pierna aún estaba caliente y muy amoratada, la tumefacción había cedido notablemente. Volvían a ser visibles la larga tibia y el delicado arco del pie y el tobillo. Yo no me hacía ilusiones: aún había peligro de infección, gangrena y escaras, pero aun así mi corazón estaba más aliviado. Era, reconociblemente, la pierna de Jamie.

Pesqué otro gusano por detrás de la cabeza, cuidando de no aplastarlo con el fórceps y retiré el borde de la piel con la delgada sonda que tenía en la otra mano, para insertar aquella diminuta lombriz en ese hueco entre la piel.

—Listo —dije un momento después. Y repuse la cataplasma. Cebollas y ajos hervidos, envueltos en muselina y empapados en caldo de penicilina; así la herida se mantendría húmeda y seguiría drenando. Si la renovábamos cada hora, era de esperar que el calor del emplasto facilitara también la circulación de la pierna. Luego, un vendaje con miel, para evitar cualquier otra invasión bacterial.

La simple concentración me había mantenido las manos firmes. Ahora todo estaba hecho y sólo quedaba esperar. El platillo de hojas mojadas repiqueteó contra la encimera.

No creía haberme sentido tan cansada en toda mi vida.

Decisiones

Entre Roger y el señor Bug llevaron a Jamie a nuestro dormitorio. Yo habría preferido no mover esa pierna con un traslado, pero él insistió.

—No quiero que duermas en el suelo aquí abajo, *Sassenach* —dijo ante mis protestas, sonriéndome—. Debes estar en tu cama. Y como no querrás dejarme solo, eso significa que yo también debo estar allí, ¿no?

Habría querido discutir, pero en realidad estaba tan cansada que no me habría quedado mucho si él hubiera exigido que ambos durmiéramos en el granero.

No obstante, mis dudas regresaron en cuanto lo hubimos instalado.

—Te moveré la pierna —aduje, mientras colgaba mi vestido en una de las perchas—. Será mejor que tienda un jergón aquí, junto al fuego, y...

—Nada de eso —dijo él, decidido—. Dormirás conmigo.

—Serías capaz de discutir hasta en el lecho de muerte —protesté, fastidiada—. No hace falta que estés siempre al timón, ¿sabes?

Él abrió los ojos para clavarme una tenebrosa mirada azul.

—*Sassenach* —dijo suavemente.

—¿Qué?

—Me gustaría que me tocaras... sin hacerme daño. Sólo una vez antes de dormir. ¿Te molestaría mucho?

Quedé terriblemente desconcertada al caer en la cuenta de que él tenía

razón. Atrapada en la emergencia, preocupada por su estado, durante todo el día sólo le había hecho cosas dolorosas y violentas. Marsali, Brianna, Roger, Jemmy... todos lo habían tocado con dulzura, ofreciéndole solidaridad y consuelo. Yo... yo estaba tan aterrorizada por lo que podía suceder, por lo que podía verme obligada a hacerle, que no me había concedido un hueco para la ternura. Aparté la vista un momento, parpadeando hasta que las lágrimas retrocedieron. Entonces me levanté para acercarme a la cama y lo besé con mucho cariño.

—Quiero que duermas a mi lado, *Sassenach* —susurró.

—Está bien. —Le sonreí.

Me arrodillé para sofocar el fuego y apagué la vela. Después me acosté a su lado, con suavidad, para no sacudir la cama. Él estaba de costado, de espaldas a mí. Imité la curva de su cuerpo con el mío, cuidando de no tocarlo.

Su respiración era artificial, pero estable; mantenía los hombros relajados. Necesitaba descansar más que ninguna otra cosa. Pero al mismo tiempo me moría por tocarlo. Quería comprobar que estaba allí, vivo a mi lado..., necesitaba saber cómo estaba.

¿Tenía fiebre? La incipiente infección de la pierna, ¿había progresado, a pesar de la penicilina, esparciendo el veneno a través de la sangre?

Moví la cabeza con cautela, hasta tener la cara a dos centímetros de su espalda, y aspiré lenta, profundamente. Sentía su calor contra la cara, pero la tela de la camisa no me permitía calcular su temperatura.

No había olor a pus. Era demasiado pronto para percibir el de la gangrena, aun si la podredumbre estuviera comenzando, invisible bajo los vendajes. Pero creía percibir un dejo extraño bajo su piel, algo que nunca antes había percibido. ¿Necrosis de los tejidos? ¿Algún subproducto del veneno ofídico? Dejé escapar el aire por la nariz e inhalé de nuevo, más hondo.

—¿Apesto mucho? —preguntó él.

—¡Ay! —En el respingo me había mordido la lengua. Él se estremeció apenas, por algo que tomé como risa contenida.

—Pareces un cerdo buscando trufas, *Sassenach*, de tanto como olfateas ahí detrás.

—Vaya, vaya —exclamé, algo ofendida. Toqué el punto dolorido de mi

lengua—. Bueno, al menos estás despierto. ¿Cómo te encuentras?

—Como un montón de tripas mohosas.

—Muy pintoresco. ¿Podrías ser un poco más concreto? —Le apoyé una mano en el costado y él dejó escapar el aliento; sonó como un pequeño gemido.

—Como un montón de tripas mohosas —repitió, y se detuvo para respirar con fuerza—... con cresas.

—Serías capaz de bromear en tu lecho de muerte, ¿verdad? —Incluso al decirlo sentí un estremecimiento de preocupación.

—Pues lo intentaré, *Sassenach* —murmuró, soñoliento—. Pero en estas circunstancias no se puede esperar mucho de mí.

—¿Te duele?

—No. Sólo estoy... cansado. —En verdad hablaba como si estuviera demasiado exhausto como para buscar la palabra correcta y hubiera escogido ésa por simple abandono.

—No me extraña. Me acostaré a dormir en otro sitio, para que puedas descansar.

Iba a apartar los cobertores, pero él levantó una mano para impedírmelo.

—No. No me dejes. —Bajó el hombro hacia mí e hizo un esfuerzo para levantar la cabeza de la almohada. Me intranquilizó aún más notar que estaba demasiado débil para darse la vuelta por sí solo.

—No te dejaré. Pero tal vez sea mejor que duerma en el sillón. No quiero...

—Tengo frío —dijo suavemente—. Tengo mucho frío.

Oprimí apenas los dedos bajo su esternón, buscando el gran pulso abdominal. El latido era rápido y más superficial de lo que correspondía. No estaba afiebrado. No sólo tenía frío, sino que estaba helado al tacto. Eso me alarmó.

Ya perdida la cautela, me acurruqué contra él, apretando los pechos contra su espalda, con la mejilla apoyada contra su omóplato. Me concentré en generar calor e irradiarlo a su piel a través de la mía. Con mucha suavidad busqué el borde de su camisa y tiré de ella hacia arriba; luego curvé las manos para ajustarlas a la redondez de sus nalgas. Se tensaron un poco, sorprendidas, pero volvieron a relajarse.

—Claire —dijo él, por lo bajo—, tócame.

No oía el latir de su corazón, pero sí el mío: un sonido denso y sordo en el oído apoyado en la almohada.

Deslicé la mano por la pendiente de su vientre y descendí con más lentitud, abriendo con los dedos la maraña áspera y rizada, hasta abarcar sus formas redondeadas. El poco calor que había en él estaba todo allí. Lo acaricié con el pulgar y sentí que se movía. Jamie exhaló el aliento en un largo suspiro y su cuerpo pareció hacerse más pesado, hundirse en el colchón al relajarse.

Me sentía muy extraña, ya sin miedo, pero con todos los sentidos sobrenaturalmente agudizados y a la vez... en paz. Ya no tenía conciencia de más ruidos que la respiración de Jamie y el palpitar de su corazón, que llenaban la oscuridad.

Un momento después empecé a moverme; es decir: nos movíamos juntos. Una mano se estiró entre los dos, trepó entre sus piernas; la punta de mis dedos, justo detrás de sus testículos. Mi otra mano lo rodeó, moviéndose con el mismo ritmo que me flexionaba los muslos y levantaba mis caderas para pujar contra él desde atrás.

Podría haberlo hecho eternamente; tal vez era así. No tenía noción del paso del tiempo: sólo de una paz soñadora y de ese ritmo lento y parejo, mientras nos movíamos en la oscuridad. En algún momento, en algún lugar, percibí un palpitar firme: primero, en una mano; luego, en ambas. Se fundía con el latido de su corazón.

Él suspiró larga, hondamente, y yo sentí que el aire brotaba de mis propios pulmones. Quedamos en silencio. Y juntos nos deslizamos hacia la inconsciencia.

Desperté con una sensación de paz absoluta. Inmóvil, sin pensar, escuché el palpitar de la sangre en mis venas. Por fin recordé, y, bruscamente, me di la vuelta en la cama. Sus ojos estaban cerrados; su piel tenía el color del marfil antiguo. Olfateé con prisa. La habitación estaba fétida por el olor a cebollas, miel y sudor febril, pero sin el hedor de la muerte súbita.

Lo golpeé con una mano en el centro del pecho. Él dio un respingo, sobresaltado, y abrió los ojos.

—¡Cretino! —dije, tan aliviada al sentir el movimiento de su pecho que me tembló la voz—. Querías morir, ¿no?

Parpadeó al mirarme. Tenía los ojos hinchados, todavía nublados por la fiebre.

—No hacía falta mucho esfuerzo, *Sassenach* —dijo en voz baja, ronca por el sueño—. No morir era más difícil.

A la luz de la mañana entendí claramente lo que el agotamiento y los efectos posteriores del golpe emocional me habían impedido notar la noche anterior. Su empeñamiento en dormir en su propia cama. Las persianas abiertas, para oír las voces de su familia y sus arrendatarios. Y yo, a su lado. Muy cuidadosamente, sin decirme una palabra, había decidido cómo y dónde quería morir.

—Cuando te trajimos arriba pensaste que estabas a punto de morir, ¿verdad? —pregunté.

—Pues no lo sabía con certeza —reconoció lentamente—, pero me sentía muy mal. —Cerró los ojos, como si el cansancio le impidiera mantenerlos abiertos—. Y sigo así —añadió, con cierto desapego— pero no tienes por qué preocuparte. He tomado una decisión.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

Él respiró hondo un par de veces; luego giró la cabeza para mirarme.

—Quiero decir que anoche pude haber muerto.

Era muy cierto, pero él se refería a otra cosa. Lo expresaba como si fuera algo consciente.

—¿Qué significa eso de que has tomado una decisión? ¿Has decidido no morir, después de todo? —Traté de hablar con ligereza, pero no me salió muy bien. Recordaba demasiado bien esa extraña sensación de quietud atemporal que nos había rodeado.

—Fue muy extraño —dijo—. Y al mismo tiempo no lo fue en absoluto.

—Sería mejor que me explicaras qué sucedió.

—En realidad no lo sé, *Sassenach*. Es decir, sí, pero no sé cómo expresarlo.

Aún parecía cansado, pero mantuvo los ojos abiertos y fijos en mi cara, vívidamente azules a la luz de la mañana.

—Cuando Arch y Roger Mac me trajeron, me encontraba muy mal, sí —

dijo—. Terriblemente descompuesto. La pierna y la cabeza me palpitaban a cada latido del corazón, a tal punto que esperaba el siguiente con miedo. Y a escuchar los espacios entre uno y otro. Aunque no lo parezca —dijo, vagamente sorprendido—, hay mucho tiempo entre uno y otro latido del corazón.

Dijo que, en esos intervalos, había comenzado a desear que el latido siguiente no llegara. Y poco a poco cayó en la cuenta de que su corazón se hacía más lento... y el dolor, más remoto, como si fuera independiente de él. Su piel se enfriaba; la fiebre desaparecía del cuerpo, dejando en la mente una extraña claridad.

—Ahora viene lo que no puedo explicar, *Sassenach*. Pero... vi.

—¿Qué viste? —pero ya sabía que no podría decírmelo. Como todos los médicos, había visto enfermos que decidían morir. Y a veces miraban así, con los ojos muy fijos en algo, a lo lejos.

Él vaciló, esforzándose por hallar palabras. Se me ocurrió algo y me apresuré a ayudarlo.

—Conocí a una anciana que murió en el hospital donde yo trabajaba; con ella estaban todos sus hijos, ya adultos. Fue muy apacible.

Bajé la vista a mis dedos entrelazados con los suyos, todavía rojos e hinchados.

—Murió. Yo la vi muerta; su pulso se había detenido y no respiraba. Todos sus hijos lloraban junto a la cama. Y de pronto abrió los ojos. No miraba a nadie, pero veía algo. Luego dijo, con toda claridad: «¡Oooh!». Así, con emoción, como una niña que acabara de ver algo maravilloso. Y cerró los ojos otra vez. —Parpadeé para alejar las lágrimas—. ¿Fue... así?

Asintió sin decir nada. Su mano se tensó en la mía.

—Más o menos —murmuró.

Se había encontrado extrañamente suspendido, en un lugar que no podía describir en absoluto; se sentía completamente en paz... y veía con toda nitidez.

—Ante mí parecía haber... no era exactamente una puerta, sino una especie de pasaje. Yo podía atravesarlo, si quería. Y quería, sí —agregó, mirándome de soslayo con una sonrisa tímida.

También sabía lo que dejaba atrás. Y comprendió que en ese momento

podía elegir: ir hacia delante... o retroceder.

—¿Fue entonces cuando me pediste que te tocara?

—Sólo tú podías traerme de regreso —dijo simplemente—. Yo no tenía fuerzas.

Sentí un gran nudo en la garganta; no podía hablar, pero le estreché la mano.

—¿Por qué? —dije al fin—. ¿Por qué... decidiste quedarte?

—Porque me necesitas —dijo muy quedo.

—¿No ha sido porque me amas?

Levantó la vista con la sombra de una sonrisa.

—*Sassenach*... te amo ahora y te amaré siempre. Aunque muera, aunque mueras tú, estemos juntos o separados. Lo sabes. —Me tocó la cara—. Yo lo sé de ti y tú lo sabes de mí.

Luego inclinó la cabeza; el pelo rojo le cayó sobre la mejilla.

—No me refería sólo a ti, *Sassenach*. Aún tengo cosas que hacer. Por un momento pensé que tal vez no era así, que podríais arregláros las. Con Roger Mac, el viejo Arch, Joseph y los Beardsley... Pero se avecina una guerra y... —Hizo una leve mueca—. Para mi desgracia, soy jefe. Dios me ha hecho lo que soy. Me ha dado ese deber... y debo hacerlo, cualquiera que sea el precio.

—El precio —repetí, intranquila.

En su voz percibía algo más duro que la resignación. Él echó una mirada casi indiferente hacia los pies de la cama.

—Esa pierna no está mucho peor —dijo con ligereza—, pero tampoco mejora. Creo que tendrás que cortarla.

Sentada en mi consulta, miraba por la ventana, tratando de encontrar otra manera. Tenía que haber otro recurso.

Jamie tenía razón; las líneas rojas continuaban allí. No habían avanzado más, pero allí estaban, feas y amenazantes. La penicilina oral y tópica parecía haber causado algún efecto en la infección, pero no lo suficiente. Las cresas hacían un buen trabajo con los abscesos pequeños, pero no podían luchar contra la bacteriemia subyacente que le estaba envenenando la sangre.

Eché un vistazo a la botella de vidrio pardo. Eso podía ayudarlo a resistir

un poco más, pero sólo quedaba un tercio; no era suficiente. Y administrada por vía oral no causaría efecto suficiente para erradicar a la mortífera bacteria, cualquiera que fuese, que se estaba multiplicando en su sangre.

El serrucho de amputación estaba aún en la encimera. Yo le había dado mi palabra a Jamie... y él me la había devuelto.

Apreté los puños con indecible frustración, casi más potente que mi desesperanza. ¿Por qué, por qué, por qué no había iniciado inmediatamente otro cultivo de penicilina? ¿Cómo podía haber sido tan irreflexiva, descuidada e idiota?

¿Por qué no había insistido en ir a Charleston o a Wilmington, en busca de algún soplador que pudiera hacerme el émbolo y el cilindro de una jeringa hipodérmica? Luego habría podido improvisar algo que sirviera de aguja. Tanta dificultad, tanto experimento para obtener esa preciosa sustancia... y ahora que la necesitaba con desesperación...

Un movimiento vacilante en el vano de la puerta hizo que me volviera, tratando de dominar las facciones.

Era uno de los Beardsley. Cada vez era más difícil distinguirlos, ahora que Lizzie les hacía el mismo corte de pelo. Desde luego, una vez que hablaban resultaba sencillo.

—¿Señora? —Era Kezzie.

—¿Sí? —Mi voz debía de sonar seca, pero no importaba; Kezzie no distinguía matices.

Traía un saco de tela que se movía y cambiaba de forma.

—Para El Señor —dijo, con su voz alta, algo inexperta, ofreciéndome la bolsa—. Viejo Aaron... decía que esto funciona. Te muerde serpiente grande, buscas una pequeña, cortas la cabeza, bebes la sangre. —Y me entregó el saco, que yo acepté con mucha cautela.

—Gracias —dije débilmente—. Ya... veré. Gracias.

Keziah me hizo una reverencia y salió, radiante, dejándome en custodia lo que parecía ser una serpiente de cascabel pequeña, pero muy irritada. Busqué frenéticamente algún lugar donde ponerla. Por fin, cogí el frasco de sal y, siempre sosteniendo la bolsa con el brazo estirado, usé la otra mano para vaciar la sal en la encimera. Luego metí el saco dentro del frasco y me apresuré a ponerle la tapa.

Brianna asomó la cabeza por la puerta.

—¿Mamá? ¿Cómo ha amanecido papá?

—Nada bien. —Mi cara debió de revelar la gravedad de su estado, pues se acercó a mí, ceñuda.

—¿Está muy mal? —preguntó por lo bajo.

Asentí sin poder hablar. Ella dejó escapar el aliento en un hondo suspiro.

—¿Puedo ayudar?

—Por casualidad, ¿en la Facultad de Ingeniería no te enseñaron a hacer una jeringa hipodérmica?

—¿Por qué no lo dijiste antes? —preguntó, con calma—. Si no puedo hacer una jeringa, al menos podré idear algo que cumpla la misma función. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—De unas cuantas horas, al menos. Si no mejora con las cataplasmas, tendría que cortar o amputar esta noche.

—¡Amputar! —Su rostro quedó exangüe—. ¡No puedes hacer eso!

—Puedo... pero por Dios que no quiero. —Mis manos se cerraron con fuerza, negando su habilidad.

—Pues déjame pensar. —Todavía estaba pálida, pero la impresión iba pasando según se concentraba—. Dime, ¿dónde está la señora Bug? Pensaba dejarle a Jemmy, pero...

—¿Se ha ido? ¿No estará en el gallinero?

—No. He pasado por allí al venir. No la he visto en ninguna parte... y el fuego de la cocina está casi apagado.

Eso era más que extraño; la señora Bug había venido a preparar el desayuno, como siempre. ¿Por qué se había ido otra vez?

—Pero ¿dónde está Jemmy? —pregunté, buscándolo con la mirada.

—Lizzie lo ha llevado arriba para que vea a papá. Le pediré que lo cuide un rato.

—Bien. ¡Ah, espera!

Mi exclamación hizo que se volviera desde la puerta, con las cejas arqueadas a modo de pregunta.

—¿Podrías llevarte eso afuera, querida? —Señalé con disgusto el gran frasco de vidrio—. Déjalo bien lejos.

—Cómo no. ¿Qué es?

La pequeña serpiente de cascabel había salido de su bolsa y estaba enroscada en un nudo. Al ver que Brianna extendía la mano hacia el frasco, embistió contra el vidrio. Ella dio un salto atrás, lanzando un chillido.

—*Ifrinn!*

A pesar de la tensión y la angustia, me eché a reír.

—¿De dónde sacaste eso? ¿Y para qué es? —preguntó ella, ya repuesta de la sorpresa inicial. Se inclinó con cautela para dar unos golpecitos contra el vidrio. La serpiente, que parecía irascible en extremo, atacó con un ruido audible y ella volvió a retirar bruscamente la mano.

—La trajo Kezzie. Se supone que Jamie sanará si bebe su sangre —expliqué.

Ella alargó un dedo cauteloso para seguir el curso de una gota amarillenta que se deslizaba por el vidrio. Dos gotas, en realidad.

—¡Mira eso! ¡Ha tratado de morderme a través del cristal! Esa serpiente está furiosa. No creo que la idea le guste mucho.

—Vale, no importa —dije, acercándome—. No creo que a Jamie le gustara tampoco la idea. En estos momentos no quiere saber nada de serpientes.

—Hum... —Ella seguía observando a la pequeña serpiente, con una arruga entre las cejas rojas—. ¿Te ha dicho Kezzie dónde la encontró?

—No se me ocurrió preguntar. ¿Por qué?

—El caso es que las serpientes están muy bien hechas —dijo, con aire soñador—. Las mandíbulas se desarticulan, lo cual les permite tragar presas más grandes que ellas. Y los colmillos se repliegan contra el paladar cuando no están en uso.

—¿Sí? —La miré con cierta desconfianza, pero ella no me hizo caso.

—Los colmillos son huecos —continuó, tocando el sitio en que el veneno había penetrado en el lienzo, dejando una pequeña mancha amarillenta—. Están conectados a un saco de veneno localizado en la mejilla; de ese modo, cuando la serpiente muerde, los músculos de la mejilla estrujan el saco para hacer salir el veneno, que pasa a lo largo del colmillo para penetrar en la presa. Tal como si fuera una aguja. Pensaba probar con una púa de puercoespín afilada, pero esto funcionaría mucho mejor. Ha sido diseñado para eso.

—Comprendo —dije, con una pequeña oleada de esperanza—. Pero necesitarías algo que sirviera de depósito...

—Antes que nada necesito una serpiente más grande —dijo, girando hacia la puerta—. Voy a por Jo o Kezzie; veamos si ésa ha salido de algún cubil y si hay otras allí.

Y partió prontamente a ejecutar su misión, llevándose el frasco, mientras yo me dedicaba a estudiar el problema del antibiótico, ya renovadas las esperanzas. Si se podía inyectar la solución, tendría que filtrarla y purificarla tanto como fuera posible.

Me habría gustado hervirla, pero no me atrevía. Ignoraba si las altas temperaturas podían destruir o desactivar la penicilina... si es que quedaba allí algo de penicilina activa. La oleada de esperanza que me había causado la idea de Brianna se atenuó un poco. De nada serviría contar con un aparato hipodérmico si no tenía nada útil que inyectar.

Abrí la puerta del armario, levanté la tapa de mi arcón de medicinas y fui al estudio de Jamie a por papel, tinta y pluma. La penicilina era, con diferencia, el más efectivo de los antibióticos disponibles, pero no el único. Comencé a hacer una lista de las hierbas que tenía a mano y, bajo cada nombre, todas las aplicaciones que le conocía, las hubiera usado o no. Toda hierba utilizada para estados sépticos era una posibilidad. Al oír pasos en la cocina llamé a la señora Bug, pues quería pedirle que me trajera una tetera de agua hirviendo.

Ella apareció en el vano de la puerta; en los brazos traía un cesto grande. Antes de que yo pudiera decir nada, se acercó para plantar el cesto en la encimera. Detrás de ella entró su esposo con otro cesto y un pequeño barrilete abierto, del que surgía un penetrante aroma alcohólico. Los rodeaba un olor algo rancio, como el hedor lejano de un basurero.

—Le oí decir a usted que no tenía suficiente moho a mano —comenzó, ansiosa, pero con los ojos brillantes—, de modo que le he dicho a Arch: debemos recorrer las casas cercanas y ver qué conseguimos para la señora Fraser. Después de todo, el pan se pone malo tan pronto con esta humedad... y Dios sabe lo dejada que es la señora Chisholm.

Yo miraba fijamente los resultados de esa excursión matinal por las despensas y muladares del Cerro. Cortezas de pan, bizcochos echados a

perder, calabazas medio podridas, porciones de pastel con marcas de dientes aún visibles en la masa... una variedad de desechos pegajosos y fragmentos en putrefacción, todos cubiertos de trozos mohosos, en azul terciopelo y verde musgo. El barrilete estaba medio lleno de maíz podrido; en el turbio líquido resultante flotaban islas de mohos azules.

—Los cerdos de Evan Lindsay —explicó el señor Bug, en un raro arrebató de locuacidad. Los dos Bugs me sonrieron de oreja a oreja, tiznados por sus esfuerzos.

—Gracias —dije. Me sentía sofocada, y no sólo por el olor. Las miasmas del licor de maíz me hicieron lagrimear.

* * *

Justo después de oscurecer subí al piso alto, llevando mi bandeja de pociones e implementos; sentía una mezcla de excitación y miedo.

Jamie estaba recostado contra las almohadas y rodeado de gente.

—Bien —dijo, con una despreocupación bastante bien fingida—, supongo que estamos listos.

—Estamos listos para probar algo nuevo —dije, sonriente, en un intento de mostrarme confiada—. Si alguien quiere rezar, hágalo, por favor.

Todos se precipitaron a limpiar la mesilla. Deposité allí la bandeja; Brianna, que había subido conmigo, se adelantó con su invento, sosteniéndolo cuidadosamente con ambas manos.

—¿Qué es eso, en el nombre de Cristo? —Jamie observó el objeto con el entrecejo fruncido; luego, a mí.

—Es una especie de serpiente de cascabel hecha en casa —le explicó Brianna.

Hubo un murmullo de interés y todo el mundo estiró el cuello para ver. Pero la atención se desvió casi de inmediato, cuando aparté el edredón para desenvolverle la pierna, entre un coro de murmullos espantados y exclamaciones compasivas.

La carne de la pierna estaba muy roja hasta la rodilla, a excepción de las partes negras y las que supuraban. Momentáneamente habíamos retirado las

cresas, por miedo a que el calor las matara; en esos momentos estaban en mi consulta, felizmente atareadas con los trozos más horribles de lo traído por los Bug. Si lograba salvar la pierna podrían ayudar con la limpieza posterior.

Yo había revisado cuidadosamente los desechos bajo el microscopio, para poner en una escudilla todo lo que pudiera identificar como portador de *Penicillium*. Sobre esa miscelánea recolección vertí el licor de maíz fermentado y dejé reposar la mezcla durante todo el día. Con suerte, si había algo de penicilina cruda en la basura, se habría disuelto en el líquido alcohólico.

Mientras tanto había preparado una tisana bien fuerte con aquellas hierbas que tenían reputación de ser útiles para el tratamiento interno de los estados supurativos. Llené una taza con esa solución, sumamente aromática, y se la entregué a Roger, desviando cautelosamente la nariz.

—Dásela a beber —dije. Y agregué con intención, clavando en Jamie una mirada firme—: Toda.

Él olfateó la taza que se le ofrecía y me devolvió la mirada, pero bebió, haciendo muecas exageradas para entretener a los presentes. Así animado el humor general, pasé al gran acontecimiento: cogí de manos de Bree la hipodérmica improvisada.

Los gemelos Beardsley se adelantaron para mirar, henchidos de orgullo. A petición de Bree habían salido inmediatamente; promediada la tarde regresaron con una magnífica serpiente de cascabel, de casi un metro de longitud.

Después de retirar los sacos de veneno y los colmillos, encomendé a la señora Bug la tarea de enjuagarlos repetidas veces con alcohol, para erradicar cualquier rastro de veneno. Bree cogió la seda engrasada que servía de envoltura al astrolabio; con una parte de ella cosió un pequeño tubo que se fruncía por un extremo con una bastilla, de la misma forma que los monederos. Luego cortó un trozo grueso de una pluma de pavo y, después de ablandarlo en agua caliente, lo utilizó para unir al colmillo el extremo fruncido del tubo. Se sellaron las uniones de tubo, pluma y colmillo con cera de abeja; también se extendió cera a lo largo de la costura, para evitar filtraciones.

Deslicé los dedos por la pierna para seleccionar un buen sitio, libre de

vasos sanguíneos importantes; después de limpiarlo con alcohol puro, clavé el colmillo en él, tan a fondo como pude.

—Ya. —Hice una señal a Brianna, que esperaba a mi lado con la botella de alcohol de maíz filtrado. Con los dientes clavados en el labio inferior, ella vertió con cuidado, hasta llenar el tubo de seda que yo sostenía. Una vez doblado el extremo abierto, presioné firmemente con el pulgar y el índice, para expulsar el líquido por el colmillo a los tejidos de la pierna.

Trabajé a lo largo de la pierna. Bree volvía a llenar la jeringa a cada inyección.

La habitación estaba en silencio, pero cada vez que yo escogía otro lugar todos contenían el aliento, lo dejaban escapar en un suspiro después de la punción y luego, sin darse cuenta, se inclinaban hacia la cama, mientras yo inyectaba el alcohol ardiente en los tejidos infectados.

No hizo falta mucho tiempo. Al terminar cubrí todas las heridas con miel y froté la pantorrilla y el pie con aceite de gualteria.

Entonces todos se retiraron, después de dar a Jamie un beso en la mejilla o una palmada en el hombro, deseándole buena suerte con voces gruñonas. Él respondía a las despedidas con una sonrisa, un ademán, alguna broma.

Cuando la puerta se cerró detrás del último, se dejó caer contra la almohada y cerró los ojos, exhalando todo el aliento en un largo suspiro. Me dediqué a ordenar mi bandeja: puse la jeringa a remojar en alcohol, encorché los frascos y doblé las vendas. Luego me senté a su lado; él me alargó una mano sin abrir los ojos.

Su piel estaba caliente y seca. Le acaricié suavemente los nudillos con el pulgar; de abajo llegaban los rumores de la casa, discretos, pero llenos de vida.

—Funcionará —dije en voz baja, al cabo de un minuto—. Estoy segura.

—Lo sé —dijo él.

Respiró muy hondo y, por fin, rompió en sollozos.

Sangre nueva

Roger despertó bruscamente de un descanso negro y sin sueños. Reconoció el contacto de Brianna, que le tocaba el brazo.

—¿Eh? —Se incorporó súbitamente, con una ronca exclamación de pregunta.

—Lamento tener que despertarte.

Brianna sonreía, pero en su frente se dibujaba visiblemente una arruga de preocupación. Él la abrazó por reflejo y se dejó caer de nuevo contra la almohada.

—Hum. —Estrecharla era un ancla que lo sujetaba a la realidad.

—¿Estás bien? —preguntó ella, en voz baja.

—Estoy bien. —Después de un hondo suspiro, le dio un beso en la frente y se relajó, parpadeando—. ¿Qué hora es?

—Algo pasado del mediodía. No quería despertarte, pero ha venido un hombre y no sé qué hacer con él.

Una comisura de su larga boca se curvó brevemente, con la misma ironía que su padre. Luego alargó la mano hacia la jarra. El ruido del agua al caer entró por los oídos de Roger como la lluvia en suelo reseco. Vació en tres sorbos la taza que le ofrecía y se la alargó nuevamente.

—Más, por favor. ¿Un hombre?

—Dice llamarse Thomas Christie. Quiere hablar con papá; dice que

estuvo en Ardsmuir.

—¿Sí? —Mientras ordenaba sus pensamientos, Roger bebió la segunda taza con más lentitud—. Vale. Dile que estaré allí en un minuto.

Él se vistió con lentitud; su mente aún estaba gratamente aletargada. Pero al agacharse para rescatar sus calcetines caídos debajo de la cama, algo entre las sábanas revueltas le llamó la atención, justo bajo el borde de la almohada. Alargó lentamente una mano para cogerlo. Era «la mujercita»: el pequeño amuleto de fertilidad; pulida la antigua piedra rosada, asombrosamente pesado en la mano.

Después de mirarla fijamente un momento, se inclinó para esconderla nuevamente bajo la almohada.

Brianna había dejado al visitante en el estudio de Jamie. Roger se detuvo un instante, para verificar que todas las partes de su cuerpo estuvieran presentables y en su sitio. Dadas las circunstancias, ese tal Christie no podía pretender demasiado.

Tres caras se volvieron hacia él. Bree no le había dicho que Christie venía con acompañantes. De cualquier modo era obvio que Thomas Christie era el mayor; el joven moreno, de unos veinte años, debía de ser su hijo.

—¿El señor Christie? —Ofreció la mano al caballero—. Soy Roger MacKenzie, el yerno de Jamie Fraser. Creo que ya conocen a mi esposa.

Christie, algo sorprendido, miró por detrás de Roger, como si esperara que Jamie se materializara tras él.

—Temo que en estos momentos mi suegro no está... disponible. ¿Puedo serle útil en algo?

El hombre asintió lentamente y le estrechó la mano con firmeza. Roger quedó estupefacto al sentir algo familiar, pero al mismo tiempo completamente inesperado: la característica presión contra el nudillo del saludo masónico. Llevaba años sin experimentarlo; más por reflejo que por razonamiento, respondió con la contraseña, confiando en que fuera la correcta. Por lo visto fue satisfactoria, pues la expresión severa de Christie se aflojó un poco.

—Tal vez, señor MacKenzie, tal vez. —El hombre le clavó una mirada penetrante—. Busco tierras donde establecerme con mi familia... y me han dicho que el señor Fraser podría estar en situación de facilitármelas.

—Podría ser —respondió Roger, cauteloso.

Se preguntaba si Christie lo había intentado por si acaso o si tenía motivos para esperar que su señal fuera reconocida. Presumiblemente sabía que Jamie Fraser reconocería el signo y había supuesto que su hijo también. ¿Jamie Fraser, francmasón? Nunca se le había pasado la idea por la cabeza. Y Jamie nunca lo había mencionado.

—Siéntese, por favor —dijo repentinamente.

El hijo de Christie y la jovencita, que tanto podía ser su hermana como su esposa, se habían levantado al entrar él y permanecían de pie tras el cabeza de familia. Roger les ofreció unos taburetes y tomó asiento tras el escritorio de Jamie. De inmediato cogió una pluma del vaso de cristal azul, con la esperanza de que eso le diera un aspecto más profesional. ¿Qué preguntas eran las que correspondía hacer a un posible arrendatario?

—Bien, señor Christie, veamos. —Le sonrió, consciente de la barba sin afeitar en las mandíbulas—. Me dice mi esposa que usted conoció a mi suegro en Escocia.

—En la prisión de Ardsmuir —respondió el caballero, clavando en Roger una mirada aguda, como si lo desafiara a extraer sus conclusiones.

Roger volvió a carraspear; su garganta, aunque cicatrizada, aún tendía a bloquearse cuando estaba recién levantado. Pero Christie pareció tomar aquello por comentario adverso y se tensó un poco.

—Jamie Fraser también estuvo preso allí —dijo—. Supongo que usted lo sabe.

—Claro que sí —confirmó Roger—. Tengo entendido que varios de los hombres asentados aquí, en el Cerro, han venido de Ardsmuir.

—¿Quiénes? —interpeló Christie.

—Eh... los Lindsay, es decir: Kenny, Murdo y Evan —enumeró Roger—. Geordie Chisholm y Roger MacLeod. Creo que... sí, estoy seguro: Alex MacNeill también estuvo en Ardsmuir.

Christie había seguido esa lista con estrecha atención.

—Los conozco —dijo, con aire de satisfacción—. MacNeill puede responder por mí, si es necesario.

Aunque Roger nunca había visto a Jamie entrevistar a un posible arrendatario, de vez en cuando lo oía hablar con Claire de los que escogía.

Sobre esa base, le hizo algunas preguntas sobre su pasado más reciente, tratando de esquivar la cortesía con una actitud de autoridad.

Christie dijo que había sido trasladado con los otros prisioneros, pero tuvo la suerte de que su servidumbre fuera adquirida por el dueño de una plantación de Carolina del Sur, quien, al descubrir que tenía algún estudio, lo hizo preceptor de sus seis hijos; además cobraba a las familias vecinas por el privilegio de que le enviaran también a sus hijos. Una vez que expiró el plazo de su servidumbre, Christie accedió a quedarse a cambio de un sueldo.

—¿De veras? —preguntó Roger. Su interés por el hombre había aumentado notablemente. ¡Con que maestro de escuela! Para Bree sería un gozo renunciar a su indeseado puesto. Y ese hombre parecía más que capaz de lidiar con escolares intransigentes—. ¿Y qué le trae por aquí, señor Christie? Estamos algo lejos de Carolina del Sur.

—Mi esposa ha muerto —dijo, malhumorado—. De gripe. Y también el señor Everett, mi empleador. Su heredero no necesitaba de mis servicios y yo no quise quedarme allí sin empleo. —Clavó en Roger una mirada penetrante, por debajo de las cejas hirsutas—. Usted ha dicho que el señor Fraser no está. ¿Cuándo regresará?

—No sabría decírselo. —En realidad no podía saber cuánto duraría la incapacidad de Jamie. Aunque se recobraba sin más problemas, posiblemente debiera guardar cama durante un tiempo. Y no quería despedir a Christie ni obligarlo a esperar. El año estaba avanzado y no quedaba mucho tiempo, si ese hombre y su familia iban a pasar el invierno allí.

Los dos hombres eran fornidos y fuertes, a juzgar por su aspecto. Los acompañaba una mujer que podía cuidar de sus necesidades domésticas. Y a parte de la hermandad masónica, Christie había pertenecido al grupo de Jamie en Ardsmuir. Él siempre hacía un esfuerzo especial para buscar sitio a esos hombres.

Tomada la decisión, Roger sacó una hoja de papel en blanco y destapó el tintero. Luego volvió a carraspear.

—Muy bien, señor Christie. Creo que podemos llegar a algún... acuerdo.

Fue una grata sorpresa ver entrar a Brianna, con una bandeja de bizcochos y cerveza. La dejó en el escritorio, con la mirada pudorosamente baja, pero él captó un destello de diversión entre las pestañas y le rozó la muñeca,

sonriente, para darse por enterado. El gesto le hizo pensar en el saludo de Christie. ¿Brianna sabría algo de los antecedentes de Jamie, en ese aspecto? Probablemente no; de otro modo lo habría mencionado.

—Brianna, te presento a nuestros nuevos arrendatarios —dijo—. El señor Thomas Christie y...

—Allan, mi hijo —completó el caballero—, y Malva, mi hija.

El muchacho saludó con una callada inclinación de cabeza, sin apartar los ojos del refrigerio. La niña mantenía las manos recatadamente cruzadas en el regazo y apenas levantó la vista. Otro punto a favor de Christie, pensó Roger, distraído: las niñas casaderas eran pocas.

Bree saludó a cada uno con una inclinación de cabeza y miró a la muchacha con interés especial. Un fuerte alarido en la cocina la hizo salir a toda prisa, murmurando una excusa.

—Mi hijo —murmuró Roger, a modo de disculpa. Y ofreció un jarro de cerveza—. ¿Acepta usted un refrigerio, señor Christie?

Los contratos de arrendatarios se guardaban en el cajón izquierdo del escritorio; él los había visto y conocía las nociones generales. Para empezar, acordarían cincuenta acres (dos hectáreas) con posibilidades de arrendar más según fuera necesario; el pago se efectuaría según la situación individual. Una breve discusión, acompañada por cerveza y bizcochos, y ambos llegaron a un acuerdo que parecía adecuado.

Roger puso punto final al contrato con un ademán garboso; luego firmó como representante de James Fraser y pasó el documento a Christie, para que lo suscribiera. Sentía una profunda y grata satisfacción. Un buen arrendatario, dispuesto a pagar la mitad de su renta oficiando de maestro de escuela durante cinco meses al año.

De pronto cayó en la cuenta de que Jamie habría dado un paso más. Además de ofrecer su hospitalidad a los Christie, les habría conseguido un lugar donde hospedarse hasta que tuvieran techo propio. Pero no en la casa grande mientras Jamie estuviera enfermo y Claire, ocupada en atenderlo. Después de reflexionar un momento, se acercó a la puerta para llamar a Lizzie.

—Tenemos un nuevo arrendatario con familia, *a muirninn* —dijo, sonriente—. El señor Thomas Christie y sus hijos. ¿Puedes pedir a tu padre

que los acompañe a la cabaña de Evan Lindsay? Está cerca de las tierras que van a ocupar. Y creo que Evan y su esposa tienen sitio para hospedarlos por un tiempo, hasta que puedan instalarse.

—¡Oh!, sí, señor Roger. —Lizzie, ansiosa y bien dispuesta, hizo una breve reverencia a Christie, que respondió con una pequeña inclinación. Luego miró a Roger, arqueando las cejas finas en su carita de laucha—. ¿El señor está enterado?

Roger sintió que un leve rubor le subía a las mejillas.

—Todo está en orden —aseguró—. Se lo diré en cuanto se sienta mejor.

—¿El señor Fraser está enfermo? Cuánto lo lamento. —La voz suave, desconocida, surgió desde atrás, sobresaltándolo.

Al volverse descubrió que Malva lo miraba, interrogante. No había reparado mucho en ella, pero en ese momento le impresionó la belleza de sus ojos.

—Le ha mordido una serpiente —dijo, abrupto—, pero ya está fuera de peligro.

Alargó una mano a Christie; esta vez esperaba el gesto secreto.

—Bienvenido al Cerro de Fraser —dijo—. Confío en que usted y su familia sean felices aquí.

Jamie estaba sentado en la cama, celosamente atendido por devotas mujeres y, por lo tanto, desesperado. Su cara se relajó un poco al ver a otro hombre. Entonces despidió con un gesto a sus doncellas. Claire se quedó, ocupada con sus frascos y sus instrumentos.

Roger iba a sentarse al pie de la cama, pero Claire le echó de allí, señalándole enérgicamente el taburete.

—Dime, Roger Mac, ¿has atendido esa herida que la mula tenía en la pata?

—La he curado yo —informó Claire—. Está cicatrizando bien. Roger ha estado muy ocupado en atender a los nuevos arrendatarios.

—Ah, ¿sí? —Fraser arqueó las cejas, interesado.

—Pues sí, un hombre llamado Tom Christie y su familia. Dice que estuvo en Ardsmuir contigo.

Por un instante Fraser lo miró fijamente, inexpresivo. Luego asintió,

recobrando como por arte de magia su expresión de agradable interés, y el tiempo normal reanudó su marcha.

—Sí, conozco bien a Tom Christie. ¿Dónde ha estado en estos veinte años?

El joven le informó lo que el hombre le había contado de sus andanzas y qué condiciones habían establecido.

—Eso está muy bien, —aprobó Jamie, el enterarse de que Christie estaba dispuesto a officiar de maestro—. Dile que puede usar los libros que tenemos aquí.

La conversación pasó a asuntos más mundanos. Pocos minutos después Roger se levantó para retirarse. Todo parecía estar perfectamente bien, pero sentía un oscuro desasosiego. ¿Acaso se había imaginado ese instante? Al volverse para cerrar la puerta vio que Jamie tenía los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. Si no dormía, así evitaba efectivamente cualquier conversación. Claire lo observaba, con los ojos de halcón reflexivamente entornados. Ella también se había dado cuenta.

Así que no eran imaginaciones suyas. ¿Qué diantre pasaba con Tom Christie?

La media luz estival

Al día siguiente, Roger cerró la puerta tras él y se detuvo un momento en el porche, para respirar el aire frío de la avanzada mañana. Echó un vistazo en derredor, apuntando mentalmente sus tareas del día.

Tenía la extraña sensación de haber abandonado su trabajo, no días, sino meses o años atrás. Si cerraba los ojos un instante, tenía la impresión de que cuando volviera a abrirlos se encontraría en una calle de Oxford y la perspectiva de una apacible mañana de trabajo entre los volúmenes polvorientos de la Bodleian.

Se golpeó un muslo con la mano para quitarse esa idea. Hoy no. No estaba en Oxford, sino en el Cerro. Debía cortar unos árboles y recoger heno; no el heno sembrado, sino el que crecía silvestre en las colinas, en pequeños trozos de tierra. Con una jarra de cerveza y los bocadillos envueltos dentro de su talego, fue en busca de la hoz y el hacha.

Al caminar empezó a espabilarse. Los músculos entraron en calor; cuando llegó al primero de los prados altos comenzaba a sentirse normal, sólidamente incrustado en el mundo físico de la montaña y el bosque. El futuro había vuelto al mundo de los sueños y los recuerdos. Una vez más estaba presente y daba razón de sí.

—Mejor así —murmuró para sus adentros—. No es cuestión de cortarse un pie.

Y dejó caer el hacha bajo un árbol para agacharse a cortar la hierba.

No era la tarea sedante y monótona de la siega habitual. En que la gran guadaña de mango doble iba dejando agradables hileras de hierba seca en el campo. Este trabajo era a la vez más rudo, pero más fácil; requería asir cada mata con una mano y cortar los tallos cerca de la raíz, para luego echar el puñado de heno silvestre en el saco de tela embreada que llevaba consigo. No se requería mucha fuerza, pero sí atención, más que el inconsciente esfuerzo muscular de segar el heno sembrado.

Era una labor sedante; muy pronto su mente comenzó a divagar hacia otras cosas. Las que Jamie le había dicho en las negras laderas, bajo las estrellas.

Algunas ya las conocía; que Alex MacNeill y Nelson McIver no se llevaban bien y por qué; que uno de los hijos de Patrick Neary parecía que robaba y qué hacer al respecto; qué tierras vender, cuándo y a quién. De otras no tenía idea. Apretó los labios al pensar en Stephen Bonnet.

Y qué se debía hacer con Claire.

—Si muero, ella debe irse —había dicho súbitamente Jamie—. Que se vaya. Si el pequeño puede pasar, todos tenéis que volver. Pero sobre todo ella. Haz que vaya a las piedras.

—¿Por qué? —preguntó Roger, en voz baja—. ¿Por qué debe partir? Pasar por las piedras es peligroso.

—Para ella es peligroso estar aquí sin mí. —Durante un momento, la mirada de Fraser se perdió. Se recostó hacia atrás, con los ojos semicerrados. Repentinamente volvió a abrirlos—. Ella es una Antigua. Si lo descubren la matarán.

Luego cerró otra vez los ojos. No volvió a hablar hasta que los otros los encontraron, al rayar el día.

«Es una Antigua». Por desgracia, Fraser lo había dicho en inglés. En gaélico el significado habría sido más claro. Si hubiera dicho *ban—sidhe*, Roger habría sabido si se refería al reino de las hadas o a una mujer sabia, pero humana.

Sin duda no podía... pero tal vez sí. Aun en la época de Roger, los escoceses llevaban en la sangre la creencia en «los otros», aunque no lo admitieran del todo. ¿Y ahora? Fraser creía abiertamente en los fantasmas,

por no hablar de ángeles y santos. Para la cínica mente presbiteriana de Roger, no había mucha diferencia entre encender velas a santa Genoveva y dejar afuera un cazo de leche para las hadas.

Por otra parte, aunque no le gustara reconocerlo, él jamás habría tocado la leche destinada a los Otros ni tocado un amuleto colgado sobre una puerta... y no sólo por respeto a la persona que los hubiera puesto allí.

Tal vez Fraser no estaba desencaminado. Por risible que fuera la idea de que él y Brianna, y hasta la misma Claire, fueran *sidheanach*, todo tenía más de una cara. Ellos eran diferentes, sí. No todo el mundo podía viajar a través de las piedras; menos aún eran los que lo hacían. Y había otros. Geillis Duncan. El viajero desconocido que ella le había mencionado a Claire. El caballero cuya cabeza cortada había aparecido en el páramo, con las obturaciones de plata intactas. Al pensar en él se le erizó la piel de los brazos.

Jamie había dado sepultura a la cabeza, con el debido respeto y una breve plegaria, en una colina próxima a la casa; fue el primer habitante del pequeño cementerio del Cerro. Por insistencia de Claire había marcado la pequeña sepultura con un trozo de granito en bruto, sin inscripción alguna, pero con vetas de serpentina verde.

¿Y si Fraser estaba en lo cierto? «Si el pequeño puede pasar, tenéis que volver todos».

Y si no volvían... algún día yacerían todos en el claro soleado: él, Brianna, Jemmy, y cada uno bajo su trozo de granito. La única diferencia era que cada uno tendría su nombre. Pero ¿qué fechas tallarían? Se lo preguntó de súbito, mientras se limpiaba el sudor de la mandíbula. En cuanto a Jemmy no habría dificultad, pero el resto...

Allí estaba el problema, desde luego; al menos uno de ellos: «Si el pequeño puede pasar». Si la teoría de Claire era correcta, si la facultad de pasar a través de las piedras era un rasgo genético, como el color de los ojos o el tipo de sangre... Jemmy tendría un cincuenta por ciento de probabilidades, si era hijo de Bonnet; si era de Roger, tres de cuatro o quizás la certeza.

Segó salvajemente una mata de hierba, sin molestarse en sujetarla, y las espiguillas volaron como metralla. Entonces recordó la pequeña figura rosada bajo la almohada. Respiró hondo. ¿Y si daba resultado, si nacía otro niño que fuera de su propia sangre sin lugar a dudas? Tres probabilidades de cuatro...

o quizá otra piedra, un día, en el cementerio familiar.

El saco estaba casi lleno y allí no había más hierba que valiera la pena cortar. Se lo cargó al hombro para descender la colina hasta el borde del maizal más elevado.

Al llegar al maizal, Roger divisó la silueta pequeña y fibrosa de Kenny Lindsay, que se acercaba entre los árboles.

—*Madain mhath, a smeòraich!* —gritó—. ¿Es cierto que tenemos gente nueva?

Roger había dejado de sorprenderse ante la velocidad con que circulaban las noticias en la montaña. Ofreció a Lindsay su jarra de cerveza y le dio detalles sobre la nueva familia.

—Se llama Christie, ¿no? —preguntó Kenny.

—Sí. Thomas Christie, con sus hijos, varón y mujer. Debes de conocerlo; estuvo en Ardsmuir.

—¿Sí? Ah.

Allí estaba otra vez, ese leve estremecimiento ante el nombre.

—Christie —repitió Kenny. La punta de su lengua asomó un instante, como si degustara el sonido—. Hum. Sí. Vale.

—¿Qué pasa con Christie? —inquirió Roger, cada vez más intranquilo.

—¿Qué pasa? —El otro pareció sobresaltado—. Nada, hombre. Qué podría pasar. ¿O sí?

—No. Quiero decir... Me ha parecido que te sobresaltabas un poco al escuchar ese nombre. Se me ocurrió que podía ser ladrón, alcohólico o algo así.

Por la cara de Kenny pasó el entendimiento, como el sol por una pradera.

—Ah, pues sí, ahora comprendo. No, no, Christie es un tío bastante decente, hasta donde yo sé.

—¿Hasta donde tú sabes? Pero ¿no estuvisteis juntos en Ardsmuir? Eso ha dicho él.

—Pues sí, es cierto —acordó Lindsay.

Sin embargo, aún parecía dudar. Pero de nada sirvió insistir, salvo para que se encogiera de hombros.

—¿Vienes un rato a casa, *a smedraich?* —Kenny señaló con la cabeza los pinos que se alzaban al otro lado de la pradera.

Roger asintió, sonriente.

—Gracias, Kenny.

Acompañó a Lindsay a atender sus animales; el hombre tenía dos cabras lecheras y una cerda.

—Buena cerda —comentó Roger cortésmente, mientras Kenny echaba en la artesa maíz para que comiera.

—Mala como las víboras. Y así de rápida, también —dijo Lindsay, mirándola de reojo—. Ayer estuvo a punto de arrancarme la mano. Quería llevarla a que el cerdo de *Mac Dubh* la sirviera, pero no quiso.

—Cuando una hembra no está de humor, no hay nada que hacer —comentó Roger.

Kenny movió la cabeza.

—Puede ser, sí. Pero hay maneras de ablandarlas, ¿no? Es un truco que me enseñó mi hermano Evan.

Tras dedicar a Roger una sonrisa desdentada, señaló con la cabeza un barril del que emanaba el olor dulce del cereal en fermentación.

—¿Sí? —dijo Roger, riendo—. Pues espero que resulte.

—Resultará, sí —aseguró Lindsay, confiado—. Ésta es un demonio para la malta fermentada. El problema es que, si le das lo suficiente como para que esté dispuesta, no puede caminar muy bien. Tendremos que traerle al macho, cuando *Mac Dubh* se reponga.

—¿Está en celo? Mañana traeré al macho —prometió Roger, imprudentemente.

—Si eres tan amable, *a smedraich*. —Después de una pausa añadió, como sin darle importancia—: Espero que *Mac Dubh* se levante pronto. ¿Ha estado en condiciones de recibir a Tom Christie?

—No lo ha visto, no... pero yo se lo he dicho.

—Ah, ¿sí? Qué bien, ¿no?

Roger entrecerró los ojos, pero el otro apartó la vista. Su desasosiego persistía. Presa de un súbito impulso, Roger alargó el brazo encima del heno para cogerle la mano; gesto que lo sobresaltó considerablemente. Se la estrechó y le tocó el nudillo.

Kenny quedó boquiabierto y parpadeante en el rayo de sol que entraba por la puerta. Por fin dejó el cubo vacío, se limpió cuidadosamente la mano

en la falda harapienta y se la ofreció a Roger con aire formal.

Cuando se la soltó, la situación entre ambos seguía siendo cordial, pero se había alterado muy sutilmente.

—Christie también —observó Roger.

—Pues sí. Todos nosotros.

—¿Todos los de Ardsmuir? ¿Y... Jamie? —La idea lo dejaba estupefacto. Kenny asintió otra vez, mientras se inclinaba para recoger el cubo.

—Pues sí. Lo inició *Mac Dubh*. ¿No lo sabías?

De nada servía andarse con rodeos. Sacudió la cabeza para descartar el tema. Cuando viera a Jamie se lo mencionaría... siempre que su suegro estuviera en condiciones de responder preguntas. Clavó en el granjero una mirada directa.

—Pues bien, en cuanto a Christie, ¿pasa algo malo con él?

La reticencia de Lindsay había desaparecido.

—¡Oh!, no. Me sorprendió un poco verlo aquí. No se llevaba muy bien con *Mac Dubh*, eso es todo. Si tuviera otro sitio a donde ir, no creo que hubiera venido al Cerro Fraser.

—¿Por qué?

—Nada importante —dijo, encorvando los hombros—. Es que Christie es protestante, ¿comprendes?

—Comprendo, sí —replicó Roger, muy seco—. Pero lo pusieron con los prisioneros jacobitas. Y eso causó problemas en Ardsmuir. ¿Es eso lo que me quieres decir?

Era muy probable. En su propia época no había mucho afecto entre los católicos y los severos escoceses que descendían de John Knox y los suyos. Nada le gusta tanto a ese pueblo como un poco de enfrentamiento religioso. Y en el fondo, en eso había consistido la causa de los jacobitas. Coge a unos cuantos calvinistas irreductibles, convencidos de que, si no ajustan bien la manta, el Papa bajará por la chimenea para morderles los pies. Arrójalos en una cárcel, cara a cara con hombres que rezan en voz alta a la Virgen María... Sí, ya me lo imaginaba. Dados los mismos números, dejarían los disturbios futbolísticos reducidos a nada.

—¿Y cómo llegó Christie a Ardsmuir?

Kenny pareció sorprendido.

—Pues porque era jacobita. Lo arrestaron con los demás después de Culloden. Fue juzgado y enviado a prisión.

—¿Un jacobita protestante? —No era imposible, ni siquiera difícil. La política había creado asociaciones aún más extrañas. Pero sí se salía de lo común.

El granjero, con un suspiro, echó un vistazo al horizonte, donde el sol descendía entre los pinos.

—Anda, vamos dentro, MacKenzie. Ya que Tom Christie ha venido al Cerro, será mejor que alguien te lo cuente todo. Si me doy prisa llegarás a tiempo para cenar.

Una vez traídos los taburetes y servida la leche de manteca fresca, Kenny Lindsay cumplió con su palabra e inició el relato. Según dijo, Christie era escocés de las Tierras Bajas; sin duda MacKenzie ya se había dado cuenta de ello. De Edimburgo. En los tiempos del Alzamiento tenía una buena tienda en la ciudad, recién heredada de su padre. Tom Christie estaba decidido a conquistar una buena posición.

Con esa idea en la mente, cuando el ejército del príncipe *Tearlach* ocupó la ciudad, se puso su mejor ropa y fue a ver a O'Sullivan, el irlandés a cargo del comisariado del ejército.

—Nadie sabe qué pasó entre ellos, pero Christie salió de allí con un contrato para proveer las vituallas del ejército de las Tierras Altas y una invitación al baile de esa noche, en Holyrood.

Kenny bebió un largo trago de leche dulce. Al dejar la taza, con el mostacho untuoso de blanco, hizo un gesto sapiente.

—Sabíamos cómo eran esos bailes de palacio. *Mac Dubh* nos hablaba siempre de eso. La Gran Galería, con los retratos de todos los reyes de Escocia, y las chimeneas de azulejos holandeses, donde se podría haber asado un buey. El príncipe y todos los grandes que iban a verlo, vestidos de seda y encaje. ¡Y qué comida, buen Dios! ¡De qué comida nos hablaba!

Los ojos de Kenny se hicieron redondos y soñadores al recordar las descripciones escuchadas con el estómago vacío. Distráidamente sacó la lengua para lamerse la leche del labio superior. Luego se sacudió para volver a lo presente.

—Pues bien —dijo, despreocupadamente—. Cuando el ejército abandonó

Edimburgo, Christie fue también con ellos, no sé si para cuidar su inversión o para mantenerse a la vista del príncipe.

Roger notó que en esa lista de posibilidades no figuraba la idea de que el hombre hubiera actuado por motivos patrióticos. Ya fuera por prudencia o ambición, Christie se había quedado con el ejército... demasiado tiempo. Lo abandonó en Nairn, en la víspera de Culloden, para iniciar el regreso a Edimburgo, en el pescante de una carreta del comisariato.

—Si en vez de la carreta hubiera montado uno de los caballos, tal vez habría llegado —comentó Lindsay, cínico—. Pero no: topó con todo un saco de Campbells. Tropas del gobierno, ¿entiendes?

Roger asintió.

—Dicen que trató de hacerse pasar por vendedor ambulante, pero en esa misma carretera había comprado una carrada de cereal en una finca, y el granjero juró y perjuró que Christie había estado en su patio apenas tres días antes, con una escarapela blanca en el pecho. Y eso fue todo. Se lo llevaron. Christie fue a parar primero a la prisión de Berwick; luego, por motivos que sólo la Corona sabía, a Ardsmuir, adonde llegó un año antes que Jamie Fraser.

—Él y yo llegamos al mismo tiempo. —Kenny miró dentro de su tazón vacío y cogió la jarra—. Era una cárcel vieja, medio derruida, que llevaba varios años en desuso. Cuando la corona decidió reabrirla trajeron hombres de aquí y allá; en total seríamos unos ciento cincuenta. La mayoría, jacobitas convictos. Algún ladrón y uno o dos asesinos.

Para protegerse o por consuelo, se habían formado pequeños grupos que estaban en constante conflicto. Chocaban como guijarros en el oleaje, magullándose mutuamente de vez en cuando, mientras aplastaban a cualquier pobre diablo que quedara entre ambos.

—Todo se reduce a comida y abrigo, ¿entiendes? —explicó Kenny, imparcial—. En lugares así no piensas en otra cosa.

Entre los grupos había un pequeño núcleo de calvinistas empecinados, con Thomas Christie a la cabeza. Compartían la comida y las mantas, se defendían mutuamente, se comportaban con una santurronería que sacaba de quicio a los católicos.

—Si uno de nosotros estuviera quemándose, éstos no habrían ni meado

sobre ti para apagarte. —Lindsay movió la cabeza—. No robaban comida, no, pero se plantaban en un rincón a rezar en voz alta, ¡y dale con los usureros, los idólatras y todo eso! ¡Y cuidaban de que nosotros supiéramos a quiénes se referían! Y entonces llegó *Mac Dubh*.

—Algo así como el Segundo Advenimiento, ¿no? —dijo Roger, medio para sus adentros. Le sorprendió que el granjero se echara a reír.

—Sólo si te refieres a que algunos ya conocíamos a *Sheumais ruaidh*. No, hombre. Lo trajeron en barco. Sabes que Jamie Roy detesta los barcos, ¿verdad?

—He oído algo de eso —respondió Roger, seco.

—No sé que has oído, pero es verdad —le aseguró Kenny, muy sonriente—. Entró en la celda tambaleándose, verde como una muchacha; vomitó en el rincón y se arrastró hasta debajo de un banco. Allí se quedó uno o dos días.

Pasada la crisis, Fraser guardó un tiempo silencio, hasta saber quién era quién y qué era qué. Sin embargo, era caballero por naturaleza, señor y gran guerrero, hombre muy respetado entre los escoceses de las Tierras Altas. Todos lo trataban con deferencia natural; le pedían opinión, buscaban su juicio y los débiles se amparaban en su presencia.

—Eso fue como un mazazo para Tom Christie —dijo Kenny, moviendo sabiamente la cabeza—. Había llegado a pensar que era la rana más grande del estanque, ¿entiendes?

—Entiendo, sí. Y no le gustó tener un competidor, ¿eh?

—Tal vez no habría sido tan grave si la mitad de su pequeña banda no hubiera empezado a escapar de sus rezos para escuchar lo que *Mac Dubh* contaba. Pero lo peor fue lo del nuevo alcaide.

Bogle, el alcaide originario, había sido reemplazado por el coronel Harry Quarry, hombre relativamente joven, pero militar experimentado, que había combatido en Falkirk y en Culloden. A diferencia de su predecesor, tenía cierto respeto por los prisioneros que tenía bajo su mando. Y puesto que conocía la reputación de Jamie Fraser, lo trataba como a un enemigo derrotado, pero honorable.

—Poco después de asumir el cargo en Ardsmuir, Quarry hizo que le llevaran a *Mac Dubh* ante su presencia. No sé qué sucedió entre ellos, pero pronto se convirtió en una costumbre: una vez por semana los guardias se lo

llevaban para que se afeitara y se lavara; luego subía a cenar algo con Quarry y le hablaba de lo que hiciera falta.

—Y a Tom Christie tampoco le gustó eso —adivinó Roger.

Comenzaba a formarse una amplia imagen de Christie: ambicioso, inteligente... y envidioso. Era hábil por sí mismo, pero a diferencia de Fraser, no había nacido en buena cuna ni era hábil para la guerra, ventajas que bien podían resentir a un comerciante con aspiraciones sociales, aun antes de la catástrofe de Culloden.

Kenny movió la cabeza y la echó hacia atrás para vaciar su taza. Luego, con un suspiro de satisfacción, señaló la jarra con un movimiento de cejas. Su visitante dijo:

—No, ya basta, gracias. Pero los masones... ¿cómo sucedió? ¿Dices que tuvo que ver con Christie?

—Pues verás... —continuó Kenny—. A Christie no le gustó nada que *Mac Dubh* fuera el grande; él creía que ese lugar le correspondía por derecho. —Clavó una mirada astuta y evaluadora en Roger—. Creo que no sabía lo que cuesta ser jefe en un lugar así. Lo descubrió más adelante. Pero eso no tiene nada que ver. —Agitó una mano, descartando lo irrelevante—. El caso es que Christie también era jefe, sólo que no tan bueno como *Mac Dubh*. Pero había quienes lo escuchaban, y no sólo entre los chupacirios.

—¿De verdad?

—Hubo más problemas —aclaró—. Pequeñeces, sí, pero lo barruntabas.

Cambios y cismas, las pequeñas fallas y fracturas que resultan cuando dos masas terráqueas se encuentran y se empujan, hasta que entre ellas se levantan montañas o una es subsumida por la otra, en una ruptura de roca y tierra.

—Nos dábamos cuenta de que *Mac Dubh* estaba pensativo, pero él no suele decir a nadie lo que piensa, ¿verdad?

«A casi nadie», pensó el joven súbitamente, recordaba la voz de Fraser, tan baja que apenas se oía sobre el gemido del viento otoñal. «A mí me lo dijo». El pensamiento fue un pequeño calor repentino en su pecho, pero lo apartó por no distraerse.

—Una noche *Mac Dubh* volvió a nosotros bastante tarde, pero en vez de acostarse a descansar nos llamó. A mí y a mis hermanos, a Gavin Hayes,

Ronie Sinclair... y Tom Christie.

Fraser había despertado silenciosamente a los seis hombres para llevarlos hasta una de las pocas ventanas de la celda, donde la luz del cielo nocturno le iluminaba el rostro. Los hombres se reunieron a su alrededor, con los ojos hinchados y los dolores de la jornada, sin saber qué significaría aquello. Desde el último enfrentamiento (una riña entre dos hombres por un insulto sin importancia), Christie y Fraser se mantenían alejados.

Al principio, Fraser no dijo una palabra; se limitó a sonreír, y alargó la mano hacia Tom Christie. El otro vaciló un momento, suspicaz... pero no había alternativa.

—Cualquiera habría dicho que *Mac Dubh* tenía un rayo en la mano, por la impresión que recibió Christie. No sé cómo se enteró *Mac Dubh* de que Christie era masón, pero así fue. ¡Había que ver su cara cuando comprendió que Jamie Roy también lo era! Fue obra de Quarry —explicó, al ver la pregunta en la expresión de Roger—. Él era un maestro.

Un maestro masón, jefe de una pequeña logia militar, compuesta por los oficiales de la guarnición. Como uno de los miembros acababa de morir, les faltaba un hombre para completar los siete requeridos. Después de estudiar la situación y explorarla en algunas conversaciones cautelosas, invitó a Fraser a unírseles. Después de todo, un caballero era siempre un caballero, jacobita o no.

No era una situación muy ortodoxa, se dijo Roger, pero ese Quarry parecía de los que adaptan los reglamentos a su conveniencia. También Fraser.

—De modo que Quarry lo inició. En un mes pasó de aprendiz a artesano y un mes más tarde era maestro. Fue entonces cuando decidió decírnoslo. Y esa misma noche fundamos una nueva logia, nosotros siete: la segunda logia de Ardsmuir.

Roger lanzó un resoplido de risa al imaginarlo.

—Vosotros seis... y Christie. —Tom Christie, el protestante. Y el hombre, honorable en su rigidez, no tuvo más remedio que respetar su juramento masónico y aceptar como hermanos a Fraser y a sus católicos.

—Para comenzar. Pero a los tres meses todos los de las celdas eran aprendices. Y a partir de entonces no hubo tantos disturbios.

—No creo que a Jamie le haya perjudicado pertenecer a la logia de los oficiales —observó Roger.

—Pues... supongo que no —respondió Lindsay, vagamente.

Luego apartó el taburete para levantarse. El relato había terminado, ya era de noche y había que encender una vela. No dio un solo paso hacia la palmatoria de terracota que estaba sobre el hogar, pero Roger notó por primera vez que no olía a comida en el fuego.

—Es hora de ir a por mi cena —dijo, levantándose—. ¿Quieres acompañarme?

El hombre se animó visiblemente.

—Con gusto, *a smeòraich*. Dame un minuto para ordeñar las cabras y estaré contigo.

A la mañana siguiente, después de un delicioso desayuno, encontré a Jamie despierto.

—¿Cómo estás? —pregunté, mientras dejaba la bandeja que le había llevado para apoyarle una mano en la frente. Aún tenía fiebre, pero no tanta como el día anterior.

—Preferiría estar muerto. Así al menos la gente dejaría de preguntarme cómo me encuentro —respondió, gruñón.

Interpreté su estado de ánimo como señal de que volvía a la salud.

—¿Qué me has traído para desayunar? —Se puso de lado para retirar la servilleta que cubría la bandeja. Al ver la escudilla de pan con leche me miró como para acusarme de la más profunda traición. Antes de que pudiera agregar otra queja me senté en el taburete, a su lado, y le pregunté sin rodeos:

—¿Qué pasa con Tom Christie?

Él parpadeó, cogido por sorpresa.

—¿Por qué? ¿Hay algo de malo en él?

—No sé. No lo he visto.

—Pues yo tampoco lo he visto en más de veinte años —dijo, cogiendo la cuchara para remover suspicazmente el pan con leche—. Si en este tiempo le ha brotado una segunda cabeza, para mí es toda una novedad.

—¡Ja! —exclamé, tolerante—. Es posible, sólo posible, que hayas engañado a Roger. Pero yo te conozco.

Ante eso levantó la vista y sonrió de costado.

—¿Sí? ¿Sabías que no me gusta mucho el pan con leche?

—Si pretendes extorsionarme para que te traiga una chuleta, olvídalo —le aconsejé—. Lo de Tom Christie puede esperar, si es preciso.

—Tráeme *parritch* con miel y te lo contaré.

Al volverme le descubrí sonriendo de oreja a oreja.

—Trato hecho. —Volví a mi taburete.

Él reflexionó un momento, pero comprendí que sólo buscaba la manera de comenzar.

—Roger me contó lo de la logia masónica de Ardsmuir —dije, para ayudarlo—. Anoche.

Me miró con sorpresa.

—Y él ¿cómo lo ha sabido? ¿Se lo ha dicho Christie?

—No, fue Kenny Lindsay. Pero al parecer, Christie le hizo una señal masónica a su llegada. En realidad, yo creía que a los católicos no se nos permitía ser masones.

Él arqueó una ceja.

—Es que el Papa no estuvo en la prisión de Ardsmuir y yo sí. Pero ignoraba que estuviera prohibido. Así que Roger también es masón, ¿eh?

—Así parece. Y tal vez ahora no esté prohibido. Eso vendrá después. —Descarté el tema con un gesto de la mano—. Pero volviendo a Christie, hay algo más, ¿verdad?

Él apartó la vista.

—Sí —dijo en voz baja—. ¿Te acuerdas de cierto sargento Murchison, *Sassenach*?

—Vívidamente. —Había visto al sargento una sola vez, en Cross Creek, más de dos años antes. Pero el nombre me parecía familiar en relación con algo más reciente. Entonces recordé dónde lo había oído.

—Lo mencionó Archie Hayes. Eran dos. Gemelos. Uno de ellos fue el que disparó contra Archie en Culloden, ¿no fue así?

—Sí. Era lo que cabía esperar de esos dos, que dispararan contra un niño a sangre fría. Nunca he conocido a una pareja tan cruel. —Contrajo la boca, pero sin humor—. Si algo bueno ha hecho Stephen Bonnet en su vida es matar a uno de esos dos tunantes.

—¿Y el otro? —pregunté.

—Al otro lo maté yo.

—¿Por qué? —pregunté, vagamente sorprendida ante la serenidad de mi propia voz.

Entonces, apartó la vista.

—Por cien razones y por ninguna —dijo en voz baja. Se frotó la muñeca con aire distraído, como si aún sintiera el peso de los grilletes—. Podría contarte ejemplos de su crueldad, *Sassenach*, y todos serían ciertos. Se ensañaban con los débiles, robaban, golpeaban... y eran de los que disfrutaban de la crueldad gratuita. En una prisión no había recursos contra esa gente. Pero no lo digo para justificarme. No hay justificación.

A los prisioneros de Ardsmuir se los sometía a trabajos forzados: cortar leña, picar piedras, acarrearlas. Trabajaban en pequeños grupos, cada uno bajo la custodia de un soldado inglés armado de mosquete y cachiporra.

—Era verano. ¿Conoces el verano de las Tierras Altas, *Sassenach*? ¿La media luz?

Asentí. La media luz estival de la noche de las montañas escocesas, a principios de verano. Tan cerca del polo norte, en el solsticio de verano el sol apenas se pone; desaparece bajo el horizonte, pero aun a medianoche el cielo se mantiene claro y lechoso. El alcaide de la prisión aprovechaba de vez en cuando esa luz para hacer que los prisioneros trabajaran hasta muy entrada la noche.

—No nos molestaba tanto —dijo Jamie. Tenía los ojos abiertos, pero fijos en lo que veía, en la media luz estival de su memoria—. Era mejor estar fuera que dentro. Aun así, por la noche estábamos tan agotados que apenas podíamos poner un pie delante del otro.

Al terminar la jornada, tanto los guardias como los hombres estaban entumecidos por el agotamiento. Se reunía a los distintos grupos de prisioneros y se los formaba en columna para que marcharan de regreso a la cárcel, arrastrando los pies por los brezales, a tropezones y tambaleantes, borrachos por la necesidad de acostarse y dormir.

—Aún estábamos junto a la cantera. Debíamos cargar en la carreta las herramientas y los últimos bloques; luego, seguir a los demás. Recuerdo que levanté un bloque grande y di un paso atrás, jadeando por el esfuerzo. Detrás

de mí se oyó un ruido. Al volverme, vi al sargento Murchison. Era Billy, pero eso no lo supe hasta después.

El sargento era sólo una forma achaparrada en la media luz, invisible la cara contra el cielo, cuyo matiz era el de una concha de ostra.

—De vez en cuando me pregunto si lo habría hecho, de haberle visto la cara. —Los dedos de su mano izquierda acariciaron distraídamente la muñeca; comprendí que aún sentía el peso de los hierros.

El sargento había levantado la cachiporra para darle un fuerte golpe en las costillas; luego la usó para señalar una maza abandonada en el suelo y le volvió la espalda.

—No lo pensé ni un momento —dijo Jamie, con voz queda—. En dos pasos caí contra él y le apreté el cuello con la cadena de mis grilletes. No tuvo tiempo de hacer un solo ruido.

La carretera estaba a tres metros escasos del borde del precipicio, con una caída a pico de doce metros; abajo, treinta metros de agua negra y serena, bajo ese vacío cielo blanco.

—Lo até a uno de los bloques y lo arrojé. Luego volví a la carretera. Allí estaban los dos hombres de mi grupo, como estatuas, observándome a la media luz. No dijeron nada; yo tampoco. Subí y me hice cargo de las riendas; ellos subieron a la parte trasera. Alcanzamos a la columna y continuamos juntos, sin decir una palabra. Nadie echó de menos al sargento Murchison hasta la noche siguiente, pues se pensó que estaba de permiso en la aldea. No creo que lo encuentren jamás.

Entonces pareció tomar conciencia de lo que estaba haciendo y apartó la mano de la muñeca.

—¿Y los dos hombres? —pregunté por lo bajo.

—Tom Christie y Duncan Innes.

Suspiró profundamente. Luego estiró los brazos, moviendo los hombros como para acomodarse la camisa, aunque era holgada. Por fin levantó la mano para girarla de un lado a otro.

—Qué extraño —dijo, observando la muñeca a la luz.

—¿Qué cosa?

—Las marcas. Han desaparecido.

—¿Las marcas... de los grilletes?

Asintió.

—Las tuve durante años. Por los roces, ¿comprendes? No sabía que hubieran desaparecido.

—Cuando te encontré en Edimburgo, Jamie, ya no las tenías. Desaparecieron hace mucho tiempo.

Se miró los brazos y movió la cabeza, como si le costara creerlo.

—Sí —dijo por lo bajo—. Bueno, también Tom Christie.

NOVENA PARTE

Un asunto peligroso

Aurum

La casa estaba en silencio y era demasiado tarde para que la gente del Cerro viniera de visita. Todos estarían atareados en dar de comer a las bestias, acarrear leña y agua, y encender el fuego para la cena.

Cogí del armario pluma, tinta y el gran registro de casos. Luego, apunté una cuidadosa descripción del tumor que el pequeño Geordie Chisholm tenía en la oreja, que requería observación, y añadí las medidas que había tomado recientemente a la mano izquierda de Tom Christie.

El hombre sufría de artritis en las dos manos y tenía los dedos algo encogidos, pero tras haberlo observado atentamente durante la cena, estaba casi segura de que lo de su mano izquierda no era artritis, sino contractura de Dupuytren: una extraña retracción de los dedos anular y meñique hacia la palma de la mano, producida por el acortamiento de la aponeurosis palmar.

En realidad, no tenía que haberlo dudado, pero las manos de Christie estaban tan encallecidas por los años de trabajo que no llegaba a palpar el nódulo característico en la base del anular. Había notado que el dedo tenía un aspecto extraño al suturarle un tajo en la mano. Desde entonces se lo controlaba cada vez que podía persuadirlo de que me permitiera examinarlo, cosa que no sucedía a menudo.

Pese a las aprensiones de Jamie, los Christie eran hasta el momento los arrendatarios perfectos; llevaban una vida tranquila y apartada, salvo por las

clases de Thomas, que parecía ser un maestro estricto, pero efectivo.

Estuve dándole vueltas a la manera de describir la contractura de Depuytren sin darle ese nombre, puesto que el barón Depuytren aún no había nacido. Pero una imagen vale más que mil palabras, y yo me creía capaz de realizar un dibujo lineal más o menos real. Mientras lo intentaba, me pregunté cómo lograr que Thomas Christie me permitiera operarle la mano.

Era un procedimiento bastante rápido y simple, salvo por la falta de anestesia y el hecho de que Christie fuera abstemio y presbiteriano estricto.

Bostecé, abandonando momentáneamente el problema y retrocedí unas cuantas páginas. Quería admirar el pulcro dibujo que había hecho de la mordedura ofídica y la hipodérmica de Brianna.

Para mi sorpresa, la pierna había curado bien; hubo bastante desprendimiento de tejidos, pero las cresas se ocuparon de eso con mucha efectividad; sólo quedaron dos pequeñas depresiones en la piel, allí donde la víbora había clavado los colmillos, y la fina cicatriz de la incisión que yo hice para limpiar los tejidos y colocar los gusanos. Jamie aún renqueaba un poco, pero eso podía desaparecer con el tiempo.

Canturreando de pura satisfacción, retrocedí unas pocas páginas más y eché un vistazo a las últimas notas apuntadas por Daniel Rawlings.

Josephus Howard... siendo su dolencia principal una fistula del recto, junto con un caso avanzado de hemorroides. Tratado con un cocimiento de hiedra terrestre, mezclada con alumbre de potasio y una pequeña cantidad de miel, hervida junto con jugo de caléndula.

Una nota posterior de la misma página, fechada un mes más tarde, se refería a la eficacia de este compuesto, con ilustraciones del estado del paciente antes y después del tratamiento. Observé el dibujo; Rawlings no era mejor dibujante que yo, pero había logrado captar notablemente la molestia intrínseca del trastorno.

Añadí una nota al margen, apuntando que convenía recomendar una dieta rica en hortalizas fibrosas como apoyo al tratamiento, útil también para prevenir el estreñimiento.

Jamie ya estaba en su estudio. En un momento me reuniría con él.

Casi lo pasé por alto. Estaba apuntado al dorso del dibujo de la fístula, obviamente había sido añadido como comentario casual a las actividades del día.

He hablado con el señor Héctor Cameron, de River Run, quien me ruega vaya a examinar los ojos de su esposa, cuya vista está gravemente afectada. La plantación está a gran distancia, pero enviará un caballo.

Me incorporé para pasar la página, fascinada. Quería ver si en verdad el doctor había examinado a Yocasta. Cierta vez, con alguna dificultad, la había persuadido de que me permitiera examinarle los ojos, y tenía curiosidad por conocer las conclusiones de Rawlings. A falta de oftalmoscopio no había manera de saber con certeza la causa de su ceguera, pero yo tenía una fuerte sospecha. Y al menos podía eliminar causas tales como las cataratas y la diabetes.

Me pregunté si Rawlings habría visto algo que yo hubiera pasado por alto o si su estado habría empeorado notablemente desde entonces.

Sangré al herrero (una pinta), purgué a su esposa con aceite de sena y administré al gato tres gotas de lo mismo (gratis), tras haber observado un pulular de gusanos en las heces del animal.

Eso me hizo sonreír; por toscos que fueran sus métodos, Daniel Rawlings era buen médico. Me pregunté una vez más qué habría sido de él y si alguna vez podría conocerlo. No sería así; no concebía que un médico no regresara a reclamar instrumentos tan buenos como los suyos, si estaba en situación de hacerlo.

Acicateado por mi curiosidad, Jamie había hecho algunas averiguaciones, pero sin resultados. Daniel Rawlings había partido hacia Virginia, dejando atrás su caja de instrumentos, para desaparecer sin dejar rastro.

Otra página, otro paciente; sangrados, purgas, ampollas abiertas a lanceta... Rawlings había tenido mucho que hacer en Cross Creek, pero ¿habría llegado a River Run?

Sí, allí estaba, una semana y varias páginas después.

Llegué a River Run después de un viaje espantoso. Partí al amanecer con el sirviente negro del señor Cameron, que me trajo un caballo. No llegué a lugar seguro hasta mucho después del oscurecer, exhausto y famélico. El señor Cameron me recibió cordialmente con brandy.

Tras haber hecho el gasto de procurarse un médico, Héctor Cameron debió querer aprovecharlo, pues hizo que Rawlings examinara a todos los esclavos y sirvientes, y también a él mismo.

Setenta y tres años de edad, estatura media, ancho de hombros, pero algo encorvado. Manos tan deformadas por el reumatismo que no puede manejar ningún elemento más sutil que una cuchara. Por lo demás está bien conservado y muy vigoroso para su edad. Se queja de despertarse a la noche, micciones dolorosas, Me inclino por sospechar una dolencia salaz de la vejiga antes que cálculos o enfermedad crónica de las partes viriles interiores, pues el trastorno es recurrente, pero se prolonga mucho tiempo en cada ocasión, siendo la duración media de cada ataque de dos semanas, acompañado por irritación del órgano masculino. Fiebre leve, sensibilidad al palpar la zona baja del abdomen y orina negra, de olor fuerte, todo lo cual apoya mi opinión.

Como en la casa hay una buena cantidad de arándanos secos, he recetado una tisana, de cuyo zumo ha de beber tres tazas al día. También recomendé una infusión de galio, a beber por la mañana y por la noche, por sus efectos refrescantes y por si hubiera arenilla presente en la vejiga, lo cual podría agravar ese trastorno.

Me descubrí haciendo gestos de aprobación. No siempre estaba de acuerdo con Rawlings, en cuanto a diagnóstico o tratamiento, pero en este caso parecía haber dado en el blanco. Pero ¿qué habría pasado con Yocasta? Allí estaba, en la página siguiente.

Yocasta Cameron, sesenta y cuatro años de edad, trigrávida, bien

alimentada y en buen estado general de salud, de aspecto muy juvenil.

No hay señales de enfermedad orgánica ni daño externo de los ojos. El blanco está claro; las pestañas, libres de sustancia alguna; no hay tumor visible. Las pupilas responden normalmente si se pasa una luz ante ellas y cuando se la vela. Al acercar un candil por el costado, el humor vítreo del ojo se ilumina sin mostrar defectos interiores. Noto un leve enturbiamiento que indica una catarata incipiente en la lente del ojo derecho, pero esto no basta para explicar la pérdida gradual de la vista.

—Hum —dije en voz alta. Las observaciones de Rawling coincidían con las mías. A continuación apuntaba el tiempo en que se había producido la pérdida de la vista (aproximadamente dos años) y el proceso, que no había sido abrupto, sino un encogimiento paulatino del campo visual.

Probablemente el período había sido más largo; a veces la pérdida era tan gradual que la gente no se percataba hasta que la vista llegaba a estar en grave peligro.

... fragmentos de visión cortados como lonchas de queso. Hasta lo que resta de la facultad es sólo útil a media luz, pues la paciente exhibe gran irritación y dolor cuando se expone el ojo a la fuerte luz del sol.

He visto otros dos casos de este trastorno, siempre en personas de cierta edad, aunque no tan avanzado. Mi opinión es que pronto la vista desaparecerá por completo, sin que sea posible mejorarla. Por suerte el señor Cameron tiene un sirviente negro que sabe leer y lo ha puesto a disposición de su esposa, para que la acompañe y le advierta de la presencia de obstáculos, además de leerle y darle cuenta de cuanto la rodea.

Ahora la luz había desaparecido y Yocasta estaba completamente ciega. Con que se trataba de una dolencia progresiva; eso no me decía mucho, pues casi todas lo eran. ¿En que fecha la habría visto Rawlings?

Podía ser cualquiera entre muchas enfermedades: degeneración macular,

tumor del nervio óptico, lesión por parásitos, retinitis pigmentosa, arteritis temporal..., pero mi sospecha preliminar era que se trataba de un glaucoma. Recordé que Fedra, mientras mojaba paños con té frío, había dicho que su señora sufría «otra vez» de dolores de cabeza, como si se tratara de algo frecuente. Y Duncan me había pedido que le hiciera una almohada de alhucema para aliviarle las migrañas.

Pero esos dolores de cabeza podían no tener relación alguna con la vista. Por entonces yo no había preguntado cómo eran; tal vez se tratara de simple tensión nerviosa, en vez de la banda de presión que suele acompañar al glaucoma. Después de todo, una arteritis también habría provocado dolores de cabeza frecuentes. Lo frustrante era que el glaucoma, por sí solo, no tenía síntomas previsible, salvo la ceguera final. Se debía a un fallo en el drenaje del fluido ocular, de modo que la presión interna del ojo aumentaba hasta provocar lesiones, sin que el paciente ni su médico recibieran advertencia alguna. Pero había otros casos de ceguera asintomáticos.

Mientras contemplaba esas posibilidades caí en la cuenta de que Rawlings había continuado con sus notas en el dorso de la página... pero en latín.

Parpadeé, algo sorprendida. Se notaba que aquello era continuación del pasaje anterior; la escritura a pluma presenta un característico oscurecimiento y decoloración de las palabras, según se va renovando la tinta al mojar la pluma. Los matices de cada anotación tendían a ser diferentes al cambiar de tinta. No: eso había sido escrito al mismo tiempo que la página precedente.

Pero ¿por qué el paso repentino al latín? Obviamente, Rawling sabía un poco de esa lengua, lo cual revelaba que había recibido cierta instrucción formal, aunque no en la ciencia médica. Pero normalmente no lo utilizaba para sus notas clínicas, aparte de alguna frase o palabra ocasional, requerida para la descripción de una dolencia. Allí, en cambio, había una página y media escritas en latín.

Hojeé el libro hacia atrás para verificar mi impresión. Había algo de latín aquí y allá, pero con poca frecuencia y siempre de igual modo: como continuación de un párrafo comenzado en inglés. Era muy extraño. Volví a la parte referida a River Run, con intención de descifrarla.

Después de una o dos frases abandoné el esfuerzo y fui en busca de

Jamie. Estaba en su estudio escribiendo cartas.

El tintero estaba a mano, bien lleno, y en el escritorio había una pluma de pavo nueva. En el secante, una página casi en blanco, con tres palabras negras y solitarias en la cabecera. Me bastó verle la cara para saber lo que decían: «Mi querida hermana».

Él levantó la vista con una sonrisa irónica y se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decirle?

—No sé.

—No puedo seguir diciéndole que lo lamento. —Hizo girar lentamente el cañón entre el pulgar y el dedo medio—. Se lo he dicho en todas las cartas. Si estuviera dispuesta a perdonarme...

En ese caso Jenny habría contestado al menos a una de las cartas que él enviaba fielmente a Lallybroch, mes a mes.

—Ian te ha perdonado. Y los niños también. —Esporádicamente llegaban misivas del cuñado de Jamie, junto con ocasionales notas del Joven Jamie y, de vez en cuando, unas líneas de Maggie, Kitty, Michael o Janet. Pero el silencio de Jenny era tan ensordecedor que ahogaba cualquier otra comunicación.

—Desde luego, sería peor que... —Dejó morir la frase, con la vista perdida en el papel. En realidad, nada podía ser peor que ese distanciamiento.

Ella había compartido su corazón y su alma desde el día en que nació... hasta el momento en que, por culpa de él, perdió al menor de sus hijos. Al menos así lo veía Jenny.

Me dolía ver que él aún cargaba con la culpa de la desaparición de Ian... y sentía algún resentimiento contra Jenny. Si bien comprendía lo hondo de su pérdida y me solidarizaba con su dolor, Ian no había muerto, hasta donde sabíamos. Sólo ella podía absolver a Jamie; sin duda lo sabía.

Por un tiempo habíamos supuesto que la carta de Jenny se había perdido en el camino, simplemente. Pero después de tanto tiempo yo ya no tenía esperanzas. Jamie Sí.

—Se me ocurrió que debía enviarle esto. —Buscó entre los papeles hasta encontrar una hoja pequeña, manchada y sucia; el borde mellado revelaba que había sido arrancada de un libro.

Era un mensaje de Ian, única prueba concreta de que el muchacho aún

estaba sano y salvo. La habíamos recibido en noviembre, durante la congregación, a través de John Quince Myers, montañés que recorría el páramo.

La nota, escrita en torpe latín a manera de broma, aseguraba que Ian estaba bien y que era feliz. Se había casado con una muchacha «a la manera mohawk»; esperaba ser padre en la primavera. Eso era todo. La primavera había pasado sin más noticias. Ian no había muerto, pero era casi igual. Las posibilidades de que volviéramos a verlo eran remotas y Jamie lo sabía. Jamie tocó suavemente el miserable papel. Le había contado a Jenny lo que decía la nota, pero sin enviarle el original, y yo sabía por qué: era su único vínculo material con Ian; desprenderse de él era, de algún modo, entregarlo definitivamente a los mohawks.

«*Ave!* —decía la nota—. *Ian salutatur avunculus Jacobus*». Ian saluda a su tío James.

Para Jamie era más que un sobrino. Ian era especial, un hijo adoptivo, como Fergus. Pero a diferencia de Fergus, llevaba su misma sangre y, en cierto modo, reemplazaba al hijo varón que había perdido. Ese otro hijo tampoco había muerto, pero jamás podría reclamarlo.

—Sí —dije, con un nudo en la garganta—. Creo que deberías enviarla. Debería estar en poder de Jenny, aun si...

De pronto la nota me hizo recordar el registro de casos. Lo cogí, con la esperanza de distraer a Jamie.

—Hum, hablando de latín... aquí tengo un fragmento extraño. ¿Podrías echarle un vistazo?

—Por supuesto. —Dejó a un lado la nota de Ian para recibir el libro; lo movió de modo tal que el último rayo de sol cayera sobre la página. Luego frunció ligeramente el entrecejo.

—Caramba, este hombre sabe tan poca gramática latina como tú, *Sassenach*.

—Mil gracias. No todos podemos ser eruditos ¿sabes? —Me acerqué un poco más para mirar sobre su hombro.

—«Una rareza...» —dijo Jamie, traduciendo con lentitud, mientras pasaba el dedo por la página—. «Estoy despierto...». No, creo que quiso decir «Me despertaron ruidos en la alcoba contigua. Estoy creyendo»... o sea,

creí... «que mi paciente iba a orinar, y me estoy levantando para seguirlo». ¿Por qué, me pregunto?

—El paciente —informé a Jamie—, que era Héctor Cameron, tenía un trastorno en la vejiga. Probablemente Rawlings quería verlo orinar para ver en qué consistía la dificultad, si había dolor, sangre en la orina, ese tipo de cosas.

—*Homo procedente*... el hombre procede... ¿Por qué dice «el hombre» en vez de usar su nombre?

—Escribía en latín para guardar el secreto —dije, impaciente por escuchar lo que seguía—. Supongo que, si Cameron veía su nombre en el libro, sentiría curiosidad. Pero ¿qué pasó?

—«El hombre sale...». ¿De la casa o sólo de su alcoba? De la casa, ha de ser. «... y yo lo sigo. Camina a paso firme, con celeridad...». ¿Y por qué no? Ah, aquí está. «Me desconcierto. Le doy... le he dado doce granos de láudano».

—¿Doce granos? ¿Estás seguro de que eso es lo que dice? —Me incliné sobre su brazo para mirar. Él señaló la anotación, inscrita claramente a blanco y negro—. ¡Pero es una dosis suficiente para tumbar a un caballo!

—Sí, «... doce granos de láudano para ayudar al sueño», dice. Ahora se explica que al doctor le intrigara ver a Cameron correteando por el prado en plena noche.

Le di un codazo.

—¡Sigue!

—Hum, Pues bien, dice que fue a la letrina, sin duda esperando encontrar allí a Cameron, pero no había nadie y no había olor a... eh... no parecía que alguien hubiera estado allí recientemente.

—No necesitas hablar con delicadeza sólo por mí —observé.

—Lo sé —dijo él, muy sonriente—. Pero mi propia sensibilidad no ha encallecido aún, pese a mi largo contacto contigo, *Sassenach*.

—Olvida tu sensibilidad, por favor —dije, golpeando el suelo con un pie—. ¿Dónde estaba Cameron?

Él recorrió la página con la vista, formando las palabras con los labios.

—Él no lo sabe. Vagó por allí hasta que el mayordomo salió de su agujero, tomándolo por un merodeador, y lo amenazó con una botella de

whisky.

—¡Qué arma más formidable! —comenté, sonriente, imaginándome a Ulises en gorro de dormir, blandiendo ese implemento destructivo—. ¿Cómo se dice en latín «botella de *whisky*»?

—Él dice *aqua vitae*; sin duda es lo más aproximado que encontró. Pero debe de haber sido *whisky*, pues dice que el mayordomo le dio una medida para curarle el susto.

—¿Con que no halló a Cameron?

—Sí, al separarse de Ulises. Estaba roncando en su blanco lecho. A la mañana siguiente preguntó, pero Cameron no recordaba haberse levantado por la noche. —Volvió la página con un dedo—. ¿Es posible que el láudano le impidiera recordar?

—Puede ser, sí —dije, con las cejas fruncidas—. Es muy posible. Pero me parece increíble que haya podido andar por ahí con tanto láudano en el cuerpo... a menos que... —Enarqué una ceja al recordar los comentarios que Yocasta había hecho durante nuestra discusión, en River Run—. ¿Hay alguna posibilidad de que tu tío Héctor consumiera opio o algo por el estilo? Si estaba habituado a tomarlo en grandes cantidades habría desarrollado tolerancia.

—Nunca oí nada de eso. Pero no había motivos para que me lo dijeran.

Y la verdad. Si Héctor Cameron tenía medios para permitirse el consumo de narcóticos importados, era asunto exclusivamente suyo. Aun así, alguien lo habría mencionado.

La mente de Jamie circulaba por otros caminos.

—¿Para qué salir de la casa en plena noche si sólo quería orinar, *Sassenach*? —preguntó—. Sé que Cameron tenía una bacinilla. Yo mismo la he usado. Tenía su nombre y el escudo de los Cameron pintados en el fondo.

—Excelente pregunta. —Clavé la vista en la página llena de garabatos crípticos—. Si el hombre sufría grandes dolores o dificultad para orinar, como cuando se expulsa un cálculo renal, pudo haber salido para no despertar a los de la casa.

—No he sabido que mi tío fuera consumidor de opio, pero tampoco que tuviera mucha consideración por su esposa o sus sirvientes.

—Sin duda por eso tu tía se lleva tan bien con Duncan.

—*Ecce homo* —murmuró Jamie, pensativo—. ¿Un homo francés, quizá?

—¿Qué? —Lo miré con fijeza.

—¿No se te ha ocurrido, *Sassenach*, que el hombre a quien el doctor siguió pudo no ser Cameron?

—Hasta ahora no, no se me había ocurrido. —Me incliné para estudiar la página—. Pero ¿por qué debía ser otro, francés por añadidura?

Jamie señaló el borde de la página; allí había unos pequeños dibujos que me parecieron garabatos. Uno de ellos era una flor de lis.

—*Ecce homo* —repitió, tocándolo—. El doctor no estaba seguro del hombre al que seguía; por eso no lo llama por su nombre. Si Cameron estaba drogado, fue otro el que salió esa noche de la casa; sin embargo él no menciona que hubiera nadie más allí.

—Pero podría no mencionarlo porque no lo comprobó —argüí—. A veces agrega notas personales, pero casi todas son estrictamente descripciones de casos, sus observaciones sobre los pacientes y los tratamientos aplicados. Aun así... —Fruncí las cejas—. Una flor de lis garabateada en el margen no tiene por qué significar nada, mucho menos que hubiera un francés allí.

Aparte de Fergus, no había en Carolina del Norte mucha gente de esa nacionalidad. La flor de lis podía ser un simple garabato hecho al azar; sin embargo no había otros en el libro. Cuando Rawlings incluía dibujos, éstos eran esmerados y venían al caso; los utilizaba como recordatorios o como guía para cualquier médico que lo siguiera.

Sobre la flor de lis había una figura que parecía un triángulo, con un pequeño círculo en el vértice y una base curva; abajo, una secuencia de letras. *Au et aq.*

—Au... u —dije lentamente—. Aurum.

—¿Oro? —Jamie levantó la vista hacia mí, sorprendido. Asentí.

—Es la abreviatura científica de oro, sí. «Aurum et aqua», oro y agua. Supongo que se refiere a la goldwasser, pequeñas escamas de oro suspendidas en una solución acuosa. Es un remedio para la artritis. Y lo curioso es que suele resultar, aunque nadie sabe por qué.

—Costoso —observó Jamie—. Pero supongo que Cameron podía pagarlo.

—Aquí dice que Cameron sufría de artritis. —Fruncí el entrecejo ante la página y sus crípticas notas al margen—. Quizá pensaba aconsejarle el uso de goldwasser para ese trastorno. Pero no entiendo la flor de lis ni esto otro. —Lo señalé—. No es el símbolo de ningún tratamiento médico que yo conozca.

Para sorpresa mía, Jamie se echó a reír.

—Desde luego, *Sassenach*. Es una brújula masónica.

—¿De verdad? —Levanté la vista, parpadeando—. ¿Cameron era masón? Con un encogimiento de hombros, se pasó una mano por el pelo.

—Rawlings también debió de serlo —dijo; pese a su obvia renuencia a hablar del tema, no podía dejar de establecer relaciones lógicas—. De lo contrario no habría sabido de esto. —Un largo dedo tocó el signo de la brújula.

Yo no sabía qué decir a continuación, así que alargué la mano libre hacia el registro y, para mi sorpresa, él me la detuvo.

—Déjame un poco más, *Sassenach* —dijo—. Hay algo muy extraño en esta idea de un masón francés vagando por River Run, en medio de la noche. Me gustaría saber qué más dice el doctor Rawlings cuando escribe en latín.

Cuestiones de sangre

Hubo un destello pardo ante la puerta y *Adso* salió disparado de la encimera, como si alguien hubiera gritado: «¡Pescado!». Era la segunda de sus pasiones: Lizzie, que volvía del cobertizo con un cuenco de crema en una mano, un plato con mantequilla en la otra y una gran jarra de leche contra el seno, precariamente sostenida por las muñecas cruzadas. El gato se enroscó a sus tobillos como una cuerda peluda.

—Nada de eso, señorito —le dije, alargando la mano para rescatar la jarra de leche.

—Ay, gracias señora. —Lizzie relajó los hombros con un pequeño suspiro—. Es que no quería hacer dos viajes.

Estornudó y quiso limpiarse la nariz con el antebrazo, con lo que puso en peligro la mantequilla. Yo saqué un pañuelo del bolsillo y se lo pegué a la nariz.

—¿Te encuentras bien, Lizzie? —Sin esperar respuesta, la cogí por un brazo para remolcarla hasta la consulta.

—Estoy bien, señora, de verdad —protestó.

Estaba pálida. Lizzie siempre estaba pálida, pero ese día su piel tenía un matiz extraño que me inquietó. Había pasado casi un año desde su último ataque de malaria y, en general, se la veía bien, pero...

—Ven aquí. —La llevé hacia un par de taburetes altos—. Siéntate un

momento.

Con obvia renuencia, pero sin atreverse a protestar, se sentó con los recipientes en equilibrio sobre las rodillas. Después de echar un vistazo a la mirada fija y predatoria de *Adso*, los guardé en el armario.

Pulso normal. La respiración... bien; no era sibilante ni entrecortada. Las glándulas linfáticas de la mandíbula estaban hinchadas, pero eso no era raro: la malaria las había dejado permanentemente dilatadas.

Le levanté un párpado con el pulgar para observar el orbe gris, ansioso. Superficialmente estaba bien, aunque algo enrojecido. Pero una vez más había algo raro en sus ojos, aunque me fuera imposible determinar qué. ¿Tal vez un tinte amarillo en la parte blanca? La cogí por la barbilla para girarle la cara hacia el costado, sin que se resistiera.

—Hola. ¿Todo bien? —Roger se detuvo en el vano de la puerta, con un ave muy grande y muy muerta colgando de la mano.

—¡Un pavo! —exclamé, con una cálida nota de admiración. El pavo me gustaba, sí, pero Jamie y Bree habían matado cinco durante la semana anterior, con lo que nuestras cenas adquirirían un dejo de monotonía.

—¿Le disparaste tú mismo? —pregunté, mientras me acercaba abnegadamente para admirarlo.

—No. —Roger tenía la cara enrojecida por el sol, el entusiasmo o ambas cosas—. Lo golpeé en el ala con una piedra —explicó, orgulloso—. Luego lo perseguí y le partí el cuello.

—Estupendo. —Mi entusiasmo era un poco más auténtico. Cuando lo limpiáramos no tendríamos que quitar municiones de la carne.

Se pasó el ave a la mano izquierda para extenderme la diestra, envuelta en un paño ensangrentado.

—Mientras forcejeaba con éste sufrí un pequeño accidente. ¿Podrías...?

Retiré el paño y fruncí los labios al ver lo que había debajo. El pavo, en su lucha por salvar la vida, le había abierto tres tajos mellados en el dorso de la mano. La sangre estaba casi coagulada, pero de la punción más fresca surgían gotas frescas que corrían por el dedo hasta caer al suelo.

—¡Oh!, será un segundo. Ven a sentarte. Lo limpiaré y... ¡Lizzie! ¡Espera un momento!

La muchacha, que había aprovechado la distracción para escapar hacia la

puerta, se detuvo como si hubiera recibido un balazo en la espalda.

—Pero si estoy bien, señora —rogó—. De verdad, estoy buena.

En realidad sólo la había detenido para que se llevara la mantequilla y la crema y guardarlos en el armario. Para la leche ya era demasiado tarde; *Adso* estaba erguido sobre las patas traseras, con la cabeza y los hombros dentro de la jarra, de la cual surgían pequeños chapoteos. El ruido era un eco al que hacía la sangre de Roger al caer en el suelo. Y eso me dio una idea.

—Se me ocurre algo. Vuelve a sentarte Lizzie. Sólo quiero una gota de tu sangre.

Lizzie no acostumbraba desobedecer las órdenes de nadie. De muy mala gana, volvió a sentarse en el taburete junto a Roger.

—¿Para qué quieres sangre? —preguntó con interés—. Puedes tomar de la mía toda la que quieras. —Y levantó su mano herida con una gran sonrisa.

—Eres muy generoso —dije, mientras preparaba un trozo de lino y un puñado de portaobjetos—. Pero tú no has tenido malaria.

—Que yo sepa, no. —Roger observaba mis preparativos con profundo interés.

Lizzie emitió una risa desolada.

—Si la hubiera tenido lo sabría, señor.

—Supongo que sí. —Él le echó una mirada compasiva—. Es horrible, según dicen.

—De verdad. Todos los huesos te duelen como si los tuvieras rotos por dentro. Es como si tuvieras fuego en los ojos. De pronto te brota el sudor a mares y luego viene el frío, como para que te partan los dientes de tanto castañetear... —Encogió el cuerpo en un estremecimiento—. Pero yo creía que se me había pasado.

—Eso espero —dije. Con un trozo de paño y alcohol destilado, limpié a fondo la yema de su dedo medio.

Clavé rápidamente la lanceta en su piel; luego cogí un portaobjeto y apreté la yema. Después de echar generosas gotas de sangre en cada una de las tres placas de vidrio, le envolví el dedo con el paño y la solté.

Me apresuré a estirar las gotas con otro portaobjetos limpio y puse los tres a secar.

—Eso es todo, Lizzie —le dije, sonriente—. Preparar esto me llevará

algún tiempo.

Después de sacudirse el delantal, salió de la habitación.

—Discúlpame por hacerte esperar —rogué a Roger, mientras retiraba del armario tres pequeños recipientes de terracota.

No te preocupes. —Me observaba con fascinación.

Después de verificar que las manchas de sangre estuvieran secas, deslicé cada placa en un recipiente. Ya podía dedicar mi atención a limpiar y vendar su mano herida, un procedimiento sencillo.

—No es tan malo como yo pensaba —murmuré, limpiándole la sangre coagulada en los nudillos—. Ha sangrado bastante. Eso es bueno.

—Si tú lo dices... —No hizo ninguna mueca, pero mantuvo la cara vuelta hacia la ventana.

—Así se limpian las heridas —expliqué, mientras aplicaba un poco de alcohol—. No necesitaré profundizar tanto para desinfectarlas.

Él inhaló con un fuerte siseo. Luego, para distraerse, señaló con la cabeza los portaobjetos puestos a remojar.

—Hablando de sangre, ¿qué piensas hacer con la de la señorita ratita?

—Es un experimento. No sé si funcionará, pero he fabricado algunas tinturas a base de plantas. Si alguna de ellas se fija a la sangre, podré ver bien las células rojas bajo el microscopio... y lo que contienen.

—¿Qué contienen? —me preguntó, interesado.

—*Plasmodium vivax* —respondí—. El protozoo que causa la malaria.

—¿Y se puede ver? Yo creía que los gérmenes eran demasiado pequeños, aun para el microscopio.

—Eres peor que Jamie. —Terminé de limpiar con la esponja, enjuagar y secar el dorso de la mano; en la gasa limpia asomaban pequeños parches rojos—. Hablando de sangre —añadí como sin interés—, ¿sabes, por casualidad, a qué grupo sanguíneo perteneces?

Ante eso arqueó una ceja oscura. Al fin y al cabo, yo no había querido insinuárselo subrepticamente; sólo buscaba una manera de abordar el tema.

—Sí —dijo lentamente—. Soy cero positivo.

—Qué interesante —dije. Reemplacé el trozo de gasa por uno limpio y empecé a aplicar el vendaje.

—¿En qué medida es interesante? —preguntó él.

—Moderadamente.

Retiré los portaobjetos, que chorreaban tintura rosada y azul. Puse una a secar contra la jarra de leche; luego intercambié los otros dos, colocando el rosado en la tintura azul y viceversa.

—Hay tres grupos sanguíneos principales —dije, mientras soplaba suavemente contra el portaobjeto puesto a secar—. Más, en realidad, pero esos tres son los que todo el mundo conoce. Decimos que una persona es de tipo sanguíneo A, B o O. Como cualquier otra característica, se determina genéticamente. Y como los seres humanos son heterosexuales, en general, heredas de cada uno de tus padres la mitad de los genes que corresponden a cualquier característica.

—Recuerdo vagamente haber estudiado eso en la escuela —dijo Roger, cortante—. Pero supongo que ahora tiene cierta importancia personal, ¿no?

—No lo sé. Podría ser.

El portaobjeto rosado parecía seco; lo apoyé suavemente bajo el microscopio y me incliné para graduar el espejo. Mientras hacía girar la ruedecilla de enfoque, mirando por el ocular, continué:

—El caso es que esos grupos sanguíneos se relacionan con los anticuerpos, unos objetos pequeños, de forma extraña, que las células sanguíneas tienen en la superficie. Es decir: la gente de tipo A tiene en sus células una clase de anticuerpos; la gente de tipo B, otra diferente, y la de tipo O no tiene ninguno.

De pronto aparecieron los glóbulos rojos, levemente entintados, como fantasmas redondos y rojizos. Aquí y allá, una mancha de rosado más oscuro señalaba lo que podía ser un poco de desechos celulares o, quizá, un glóbulo blanco, más grande. Pero no había mucho más. Mientras retiraba de sus baños los otros portaobjetos, proseguí:

—Si uno de los padres da al hijo el gen de la sangre tipo O, y el otro le da el del tipo A, la sangre del niño aparecerá como tipo A, pues lo que el examen revela son los anticuerpos. Aun así, el niño tendrá también el gen del tipo O.

Agité suavemente uno de los vidrios en el aire para secarlo.

—Mi tipo sanguíneo es O. Ahora bien: sé que la sangre de mi padre era tipo O. A fin de que haya aparecido ese tipo, es necesario que sus dos genes

hayan sido O. Por lo tanto, el gen A provino de mi madre.

Viendo que en sus facciones aparecía la familiar expresión de vacuidad, dejé el portaobjeto con un suspiro. Bree, después de dibujar unas esporas de penicilina por encargo mío, había dejado junto al microscopio su bloc y su lápiz de grafito. Busqué una hoja en limpio.

—Mira —dije. Y dibujé rápidamente un gráfico.

Henry Julia

OO = Tipo O A? = A o AB

Claire

OA = Tipo A

—¿Comprendes? —Señalé con la barra de grafito—. No sé con certeza el tipo de mi madre, pero no importa; para que yo tenga el tipo sanguíneo A, ella tiene que haberme pasado ese gen, pues mi padre no lo tenía.

El siguiente portaobjeto estaba casi seco; lo puse en su sitio y me incliné para mirar por el ocular.

—Los tipos sanguíneos, esos anticuerpos, ¿se pueden ver por el microscopio? —Roger, estaba a mi espalda, muy cerca.

—No —dije, sin levantar la vista—. Éste no tiene tanta resolución. Pero se pueden ver otras cosas. Al menos, eso espero.

Moví la ruedecilla una fracción de centímetro y las células surgieron a la vista. Allí estaban los glóbulos rojos, grumos rosados en forma de disco; aquí y allá, dentro de algunas de estas células. El corazón me palpitaba de entusiasmo.

—¡Ven a ver! —exclamé con deleite. Y me hice a un lado.

Roger se inclinó, intrigado.

—¿Qué es lo que veo? —preguntó, bizqueando.

—Plasmodium vivax —respondí, orgullosa—. Malaria. Esos pequeños grumos oscuros que están dentro de las células.

Yo iba y venía, recogiendo los desechos de mis operaciones. Cuando me agaché para recoger el paño ensangrentado con que él se había envuelto la

mano, preguntó:

—Y sabes el tipo sanguíneo de Bree, desde luego.

—Tipo B —dije, con la vista en la caja de vendas—. Bastante raro, sobre todo entre las personas blancas. Se encuentra principalmente en poblaciones pequeñas y bastante aisladas.

—Poblaciones pequeñas y aisladas. ¿Los montañeses de Escocia, por ejemplo?

Alcé la vista.

—Quizá.

Él asintió en silencio; era obvio que reflexionaba. Luego cogió el lápiz y dibujó lentamente un nuevo gráfico en el bloc.

Claire Jamie

AO = Tipo O B? = B o AB

Brianna

OB = Tipo B

—Así es —asentí a su mirada interrogativa—. Exactamente.

Él respondió con una sonrisa irónica. Luego bajó la vista para estudiar los gráficos.

—¿Eso significa que puedes averiguarlo? —preguntó al fin, sin mirarme—. ¿Con certeza?

—No. —Con un pequeño suspiro, dejé caer el paño en el cesto de la ropa sucia—. Es decir, no puedo decir con certeza si Jemmy es tuyo, pero quizá pudiera decir con certeza si no lo es.

Su tez había perdido el rubor.

—¿Cómo es eso?

—Bree es tipo B, pero yo soy tipo A. Eso significa que tendrá un gen B y mi gen O; puede haber dado a Jemmy cualquiera de los dos. Tú sólo pudiste darle un gen tipo O, pues no tienes otro.

Señalé con la cabeza una serie de tubos que estaban cerca de la ventana; el suero que contenían relumbraba con un matiz de oro pardusco ante el sol

de la tarde avanzada.

—Pues bien, si Bree le ha dado un gen O y tú, su padre, le has dado otro gen O, su sangre será tipo O; no tendrá anticuerpos y no reaccionará al suero preparado con mi sangre, con la de Brianna o la de Jamie. Si Brianna le dio su gen B y tú le diste O, aparecerá como tipo B: su sangre reaccionará ante mi suero, pero no ante el de Bree. En cualquiera de esos casos el padre podrías ser tú... o cualquier otro de tipo sanguíneo O. No obstante, si...

Recogí el lápiz que Roger había dejado y, mientras hablaba, escribí lentamente, ilustrando las posibilidades.

Brianna Roger

OB = Tipo B OO = Tipo O

Jemmy

OB o OO = Tipo B o Tipo O

—Pero... —Di unos toques con el lápiz contra el papel—. Si Jemmy resultara tipo A o tipo AB, eso significaría que su padre no era homocigótico del tipo O. Homocigótico significa que los dos genes son del mismo tipo, como tú.

Apunté las alternativas a la izquierda del gráfico anterior.

X Brianna Roger

AO/AA/AB/BB/BO/OO BO = Tipo B OO = Tipo O

Jemmy Jemmy

AB = Tipo AB BO = Tipo B

AO = Tipo A OO = Tipo O

OB/BO = Tipo B

BB = Tipo B

OO = Tipo O

Vi que la vista de Roger se desviaba por un instante hacia esa X y me pregunté por qué lo había escrito así. Después de todo, el otro posible padre

no era un desconocido cualquiera.

—Ten en cuenta que el tipo O es muy común —dije, en tono de disculpa.

—Así que si es tipo O o tipo B, puede ser mío, pero no tendremos la certeza. En cambio, si es tipo A o AB, tendremos la seguridad de que no es mío.

—Es un análisis muy tosco —dije, tragando saliva—. No puedo... es decir, siempre cabe la posibilidad de un error.

Él asintió sin levantar la vista.

—¿Se lo has dicho a Bree? —preguntó en voz baja.

—Por supuesto. Dijo que no quería saberlo, pero que lo hiciera si tú lo pedías.

Me incliné hacia el microscopio, de espaldas a él, para darle un momento de intimidad.

—... Cuatro, cinco, seis... —Contaba las células infectadas por lo bajo, tratando de soslayar la presencia de Roger y el súbito recuerdo que había surgido al decirle cuál era el tipo sanguíneo de Bree.

A los siete años le habían extirpado las amígdalas. Yo no olvidaría la cara del médico ante el gráfico que tenía en la mano, con el tipo sanguíneo de la niña y el de sus padres. Frank era tipo A, como yo. Y dos padres tipo A no podrían, en ninguna circunstancia, tener un hijo tipo B. El médico nos miró a ambos, con la cara contrariada por el azoro... y me miró con ojos llenos de fría especulación.

Frank, bendita su alma, también vio esa expresión y dijo, con desenvoltura «Mi esposa era viuda; yo adopté a Bree al poco de nacer». De inmediato la cara del médico se fundió en disculpas, mientras mi esposo me estrechaba la mano con fuerza tras los pliegues de mi falda. Apreté la mano al recordarlo, como para devolverle el gesto... y el portaobjeto se inclinó de pronto, dejándome ante los ojos un vidrio borroso.

Roger se levantó a mi espalda. Me volví hacia él. Sonreía, con ojos suaves y oscuros como el musgo.

—La sangre no importa —dijo en voz baja—. Es mi hijo.

—Sí. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Lo sé.

Muchacho listo

Esa noche soplaba un viento frío del este. De pronto, una ráfaga infló el cuero engrasado que cubría la ventana, desprendiéndolo por un lado; la fuerte corriente de aire diseminó los papeles de la mesa e inclinó la llama de la vela en un ángulo alarmante.

Roger se apresuró a poner la vela fuera de peligro y apretó el cuero con la palma de la mano, mientras echaba un vistazo sobre el hombro, por si el ruido hubiera despertado a su esposa y a su hijo. En el hogar, las ascuas despidieron una súbita lengua de fuego. Brianna se movió ante el roce frío en su mejilla.

Pero se limitó a acurrucarse un poco más bajo los edredones. El camastro donde Jemmy dormía ahora estaba amparado por la cama grande; desde ese rincón no se oía nada.

Roger revolvió en un pequeño recipiente de asta, lleno de tonterías útiles, hasta encontrar una chincheta. La clavó en su sitio con el canto de la mano, con lo que la corriente se redujo a una pequeña filtración, y luego se agachó para recoger los papeles caídos.

¿Dejarán que regrese la vaca de Telfer?

¿O no harán nada por mí?

Repitió mentalmente los versos; aún los oía en voz cascada de Kimmie Clellan.

Era una canción llamada «*Jamie Telfer of the Fair Dodhead*», una de aquellas baladas antiguas, compuestas por decenas de versos y con decenas de variaciones regionales, todas las cuales se referían a los esfuerzos del fronterizo Telfer por vengar un ataque contra su casa, convocando la ayuda de parientes y amigos. Roger conocía tres de esas variaciones, pero Clellan sabía otra, que incluía todo un argumento secundario sobre Willie, el primo de Telfer.

Kimmie había dicho que sólo cantaba para pasar el rato o para entretener a los anfitriones cuyo fuego compartía. Recordaba todas las canciones de su juventud en Escocia y le gustaba interpretarlas tantas veces como la gente quisiera, mientras le mantuvieran la garganta bien mojada.

El resto de los presentes en la casa grande disfrutaron de dos o tres piezas de su repertorio; a la cuarta comenzaron a bostezar y parpadear; por fin, con los ojos vidriosos, murmuraron una excusa y se retiraron en masa a la cama, mientras Roger seguía proporcionando *whisky* al viejo y lo instaba a repetir la canción una vez más, para grabarse la letra en la memoria.

Pero la memoria era imprevisible. Era mucho más seguro confiar las cosas importantes al papel. La pluma raspaba suavemente, captando las palabras una a una para clavarlas como luciérnagas en la página.

*Pero yo arriaré la vaca de Telfer
Mal que pese a todo escocés...*

La vela emitió un breve chisporroteo al llegar a una falla de la mecha. El resplandor vaciló sobre la hoja y las letras se esfumaron abruptamente en las sombras, mientras la llama se reducía a una enana azul, como la súbita muerte de un sol en miniatura.

—«*Pero Willie fue golpeado en la cabeza*»— murmuró para sí—. «*Pero Willie fue golpeado en la cabeza, y la espada atravesó la rodilla*».

Brianna se movió en la cama, haciendo crujir las barbas de las mazorca, y levantó la cabeza con un murmullo inquisitivo.

—No te preocupes —susurró él, echando una mirada inquieta al camastro

del rincón—. Se ha apagado la vela. Sigue durmiendo.

«*Pero Willie fue golpeado en la cabeza...*».

—Ngm. —Un suspiro y el ruido de la cabeza que volvía a caer contra la almohada de plumas.

Como un reloj, Jemmy asomó la suya desde su propio nido de mantas. Antes de que Roger pudiera moverse, Brianna ya había salido del lecho como un misil teleguiado para arrancar al niño de sus edredones, tirando de sus ropas con una sola mano.

—¡Bacinilla! —espetó a Roger, buscando a ciegas con el pie descalzo.

Impelido a la obediencia instantánea por la urgencia de su tono, Roger se arrojó al suelo y movió el brazo en un arco por el negro vacío, bajo la cama.

«*Willie fue golpeado en la cabeza... y en la ¿rodilla, pantorrilla?*».

—¡Aquí está!

Había hallado el recipiente de terracota. Lo envió por el suelo hacia Bree.

Ella plantó allí a Jemmy, ya desnudo, mientras ella murmuraba frases alentadoras.

—Bueno, tesoro, sí, así es...

«*Willie fue matado en la... No, golpeado*».

—¿No quieres caca? —Y lo sacudía suavemente por un hombro.

—¿Querer caca? —se extrañó Roger. Esa curiosa expresión apartó de su mente los restos del verso—. ¿Qué significa eso de «querer caca»?

Su opinión personal, basada en su experiencia de padre, era que los niños producen su propia caca; más aún, nacen en estado de caca y en adelante mejoran muy lentamente. Así lo dijo, provocando una mirada mortal por parte de Brianna.

—¿Qué? —exclamó ella, en tono cortante—. ¿Cómo que nacen en estado de caca?

Tenía una mano en el hombro de Jemmy, para mantenerlo en equilibrio; la otra le rodeaba la tripa; el índice desaparecía en las sombras de abajo, para controlar su puntería.

—Caca —explicó Roger—. Me parece que está claro.

Ella abrió la boca para replicar, pero Jemmy se tambaleó de un modo alarmante, con la cabeza caída sobre el pecho.

—¡No, no! —exclamó ella, sujetándolo—. ¡Despierta, bonito! ¡Haz caca!

Esa frase insidiosa se había instalado en la mente de Roger y reemplazaba alegremente la mitad del verso esfumado.

«Willie fue sentado a hacer su caca, y la espada atravesó la bacinilla».

Sacudió la cabeza como para desprendérselas, pero ya era demasiado tarde: las verdaderas palabras habían huido. Ya resignado, se agachó junto a Brianna para ayudarla.

—Despierta, amigo. Tienes que trabajar. —Levantó a Jemmy el mentón con un dedo y le sopló en la oreja.

Brianna bostezó, parpadeante y ceñuda a la luz de la vela.

—Bueno, si no te gusta «hacer caca», ¿cómo lo decís en Escocia? —interpeló, irritada.

—Pues... creo recordar que un amigo preguntaba a su pequeño si quería hacer popó —comentó.

Brianna respondió con un ruido grosero, pero Jemmy movió los párpados.

—Popó —dijo con aire soñador, como si le gustara el sonido.

—Lo que más te guste —se resignó Brianna, todavía fastidiada—. Haz caca, haz popó, pero termina con eso, que mami quiere dormir.

—¿No deberías quitarle ese dedo del... hum? —Roger señaló con la cabeza la parte en cuestión—. Vas a provocarle algún complejo.

—Con gusto. —Bree se apresuró a retirar la mano, con lo que el pequeño objeto saltó hacia arriba, apuntando directamente a Roger sobre el borde de la bacinilla.

—¡Eh, un mom...! —Alcanzó a levantar una mano como escudo, justo a tiempo.

—Popó —dijo Jemmy, sonriendo con adormilado placer.

—¡Muchacho listo! —dijo Roger, sinceramente.

Una momentánea sorpresa interrumpió el aplauso de Brianna.

Él también quedó sorprendido. Lo había dicho automáticamente y, al oír las palabras, por un momento su voz le pareció ajena. Muy familiar, pero ajena. Era como cuando apuntaba la canción de Clellan, oyendo la voz del anciano aun mientras formaba las palabras con sus propios labios.

—Sí, eso es, listo —repitió con más suavidad, dando unas palmaditas en la cabeza sedosa.

Mientras Bree acostaba a Jemmy, entre besos y murmullos admirativos,

él llevó la bacinilla afuera para vaciarla. Cumplido ese básico acto higiénico, fue a lavarse las manos en el pozo antes de volver a la cama.

—¿Has terminado de trabajar? —preguntó Bree, soñolienta. Y se dio la vuelta para plantarle el trasero contra el vientre, sin más ceremonias.

—Por esta noche sí. —La rodeó con sus brazos y la besó detrás de la oreja.

El sueño extendió una manta de sopor hasta sus orejas y abrió los pulcros armarios de su mente, dando salida a todos los pensamientos e impresiones del día, que se diseminaron en coloridos montones.

Se resistió durante algunos minutos a la inconsciencia para hurgar entre esas riquezas esparcidas, con la vaga esperanza de hallar un trozo de la canción de Telfer. Pero lo que surgió de entre los escombros no fue la historia del malhadado Willie, sino una voz. Ni la suya ni la del viejo Kimmie Clellan.

«¡Muchacho listo!», dijo, con cálida voz de contralto, teñida de risa. Roger dio un respingo.

—¿Qué has dicho? —murmuró Brianna.

—Anda... sé listo —musitó él, repitiendo las palabras que se formaban en su memoria—. Eso era lo que ella decía.

—¿Quién? —Brianna giró la cabeza.

—Mi madre. —Él le puso la mano libre en la cintura—. Me has preguntado qué decíamos en Escocia. Lo había olvidado, pero eso era lo que ella solía decirme. «Anda, sé listo». O: «¿Necesitas ser listo?».

—De vez en cuando hablas de tu padre, pero nunca te he oído mencionar a tu madre.

—Es que no recuerdo gran cosa de ella.

—¿Qué edad tenías cuando murió? —La mano de Brianna fue a posarse en la suya.

—Pues... cuatro años, creo. Casi cinco.

—Hum... —Con ese murmullo compasivo, le estrechó la mano.

—Qué.

—Es que... estaba pensando... si yo muriera ahora... Jemmy es tan pequeño que no recordaría nada en absoluto —susurró, con las palabras medio apagadas por la almohada.

—Claro que sí —la contradijo él automáticamente; quería reconfortarla, aun sabiendo que tenía razón.

—Tú no la recuerdas, y eras mucho mayor cuando la perdiste.

—Pero sí la recuerdo —corrigió él, clavando la yema del pulgar en el punto donde el cuello se unía al hombro—. Sólo que vagos fragmentos. Hay unas pocas cosas que recuerdo con claridad, como el guardapelo que solía colgarle del cuello, con sus iniciales dibujadas con diminutas piedras rojas. Eran granates.

Es posible que ese guardapelo le hubiera salvado la vida al fracasar en su primer intento de cruzar a través de las piedras.

—Eso es una cosa, Roger. —La voz de Bree tenía un dejo de aspereza—. Pero de ella, ¿te acuerdas? ¿Qué sabría Jemmy de mí... o de ti mismo... si de nosotros le quedara sólo...? —Miró alrededor en busca de algún objeto adecuado—. ¿Tu *bodhran* y mi navaja?

—Él sabría mucho de nosotros, y no sólo por las cosas que dejáramos, aunque le servirían de ayuda.

—¿Cómo?

—Pues... —Ella había vuelto a relajar los hombros—. Tú estudiaste algo de historia, ¿verdad? Sabes lo mucho que se puede deducir de los objetos domésticos, tales como platos y juguetes.

—Hum... —Ella parecía dudar, pero tal vez sólo quería que la convenciera.

—Y Jem sabría mucho de ti a través de tus dibujos —señaló.

—Creo que eso es verdad —reconoció ella, lentamente—. Me gustaría saber si Jem será músico... o dibujante.

—Es así como nos conocerá mejor —dijo a cambio, reanudando el suave masaje—. Cuando se estudie a sí mismo.

—Hay algo que me intriga. Cuando descubriste lo de Jamie, cuando ambos comenzamos a buscarlo... debiste preguntarte cómo sería. Cuando lo hallaste, ¿resultó ser lo que imaginabas por lo que ya sabías de él o por lo que sabías de ti misma?

—No sé —dijo—. No lo supe entonces y sigo sin saberlo.

—¿Qué significa eso?

—Cuando oyes hablar de alguien antes de conocerlo, la persona no es

exactamente como te habían dicho ni como la imaginabas, desde luego. Pero tampoco olvidas lo que habías imaginado; eso permanece en tu mente y, en cierto modo, se funde con lo que descubres al conocerla. —Inclinó la cabeza hacia delante, pensativa—. Además, aun cuando oyes algo de alguien a quien ya conoces, eso también afecta tu manera de verlo, ¿no es así?

—¿Eh? Hum, supongo que sí. ¿Te refieres... a tu otro padre? ¿A Frank?

—Supongo que sí. —Ella se movió bajo sus manos en un encogimiento de hombros—. ¿Qué me dices de tus padres, Roger? ¿Sería por eso que el reverendo guardó todas aquellas cajas con sus cosas?, ¿para que más adelante, al verlas, supieras más de ellos y agregarlas a tus propios recuerdos?

—Sí, supongo que sí —musitó él, inseguro—. De cualquier modo no tengo ningún recuerdo de mi verdadero padre; sólo me vio una vez, y por entonces yo tenía menos de un año.

—Pero recuerdas a tu madre, ¿no? ¿Un poco, al menos?

La verdad era que nunca había hecho el intento consciente de recordar a su madre. Al pensarlo experimentó una repentina y desacostumbrada vergüenza.

—Ella murió en la guerra, ¿no? —Bree había retomado el masaje que él suspendiera, acariciándole el muslo endurecido.

—Sí... en los bombardeos alemanes.

—¿En Escocia? Yo creía que...

—No. En Londres.

No quería hablar de eso. Nunca había hablado de eso. Sin embargo esta noche... sentía un eco de la breve angustia de Bree al pensar que su hijo podía no recordarla.

—Mi abuela materna era inglesa —dijo lentamente—. Viuda. Cuando mataron a mi padre nos fuimos a vivir con ella a Londres.

Respiró profundamente. Bree, al sentirlo, apretó con firmeza la espalda contra su pecho.

—Mamá... mi madre... era menuda, como la abuela. Es decir... a mí me parecían grandes, pero recuerdo... recuerdo que se ponía de puntillas para retirar cosas del estante.

—¿Cómo era? ¿Te pareces en algo a ella?

—Un poco —dijo él, lentamente—. Tenía el pelo oscuro, como yo.

La habitación quedó en silencio, salvo por el murmullo del fuego y el suave crepitar de los leños. La noche era fría, pero serena; por la mañana habría niebla; Roger, al salir, había sentido la humedad que emanaba de los árboles, acumulándose en la tierra. Pero el interior de la casa estaba tibio y seco.

—Yo estaba con ella —dijo Roger en voz baja.

Estaba de espaldas, con la vista perdida en las vigas, apenas visibles para sus ojos adaptados a la oscuridad.

—¿Qué? ¿Con quién? —La pausa del sueño era perceptible en la voz de Bree, pero la curiosidad la espabiló un instante.

—Con mi madre. Y mi abuela. Cuando... la bomba.

Ella giró abruptamente la cabeza, consciente de su tensión, pero Roger siguió con la vista clavada en las vigas oscuras, sin parpadear.

—¿Quieres contármelo? —La mano de Brianna encontró la suya y la estrechó. Él no estaba seguro de querer hacerlo, pero asintió.

—Supongo que te lo debo. —Reconoció—. Era de noche. Sonaron las alarmas antiaéreas. Yo sabía lo que significaban, pero siempre me moría de miedo. No había tiempo de vestirse. Mamá me arrancó de la cama y me puso el abrigo sobre el pijama. Luego corrimos escaleras abajo, hacia el refugio más cercano.

Para ellos, el refugio más cercano era la estación del metro, al otro lado de la calle.

—Era estimulante. —Vio la gente apiñada, oyó los gritos de los guardias sobre el ruido de la muchedumbre—. Todo vibraba: el suelo, las paredes, el aire mismo.

Haciendo tronar los pies en los peldaños de madera, torrentes de refugiados se abalanzaban hacia las entrañas de la tierra: al primer andén, al de más abajo y al siguiente, como si cavaran hacia un lugar seguro. Había pánico, pero pánico ordenado.

—Las bombas podían atravesar quince metros de tierra, pero los andenes más abajo eran seguros.

Al llegar al pie del primer tramo, corriendo empujándose unos con otros por un breve túnel de azulejos blancos, hasta el tope de la escalera siguiente.

Allí había un espacio amplio; la muchedumbre se arremolinó en él, henchida por la presión de los refugiados que provenían del otro túnel, y se redujo un poco, pues sólo una pequeña parte podía apiñarse en el tramo siguiente.

—Había un muro que rodeaba el tope de la escalera. La abuela temía que me aplastaran contra ella, pues la gente bajaba en el tropel desde la calle, empujando desde atrás.

De puntillas, con el pecho apretado contra el cemento, alcanzaba a mirar por encima del muro. Abajo, las luces de emergencia formaban líneas seguidas a lo largo de los muros y pintaban franjas en la muchedumbre.

—A poca distancia se oyó un gran golpe. Vi que las luces temblaban. Luego se oyó un ruido como de algo que se desgarrara allí arriba. Todo el mundo levantó la vista y comenzó a gritar.

La grieta abierta en el techo no parecía muy alarmante: apenas una línea negra que serpenteaba como una víbora en un rompecabezas, siguiendo las líneas de los azulejos. Pero se ensanchó súbitamente y dejó entrar un torrente de polvo y piedras.

—Ella me soltó —dijo, en un susurro estrangulado—. Me soltó la mano.

Parpadeó con fuerza, tratando de controlar su respiración, mientras recomponía los fragmentos destrozados de esa noche. Confusión, frenesí, dolor... pero ¿qué había sucedido en realidad? No guardaba sino una impresión de caos. Pero había sobrevivido a todo eso; debía saber lo que había sucedido. Sólo tenía que decidirse a revivirlo.

Roger cerró los ojos y dejó que sucediera.

—Al principio no lo recordaba —murmuró al fin—. Es decir, sí, pero recordaba solamente lo que me habían contado.

No tenía recuerdo alguno de que lo hubieran llevado a través del túnel, inconsciente, ni de las semanas que había pasado después del rescate, trasladado con otros huérfanos de refugio en refugio, de hogar en hogar, enmudecido por el terror y el desconcierto.

—Sabía mi nombre y mi dirección, desde luego, pero en esas circunstancias no servía de mucho. Mi padre ya había muerto. Aun así, cuando las organizaciones de socorro localizaron al hermano de mi abuela el reverendo, ya habían logrado averiguar lo que sucedió en el refugio.

«Fue un milagro que yo no muriera con todos los que perecieron en esa

escalera», dijeron. Dijeron que mi madre debía de haberme perdido en medio del pánico, que la multitud debía de haberme arrastrado escaleras abajo. Fue así como acabé en el nivel inferior, donde el techo resistió.

—Pero ¿ahora recuerdas lo que sucedió? —preguntó en voz baja.

—Recordaba, sí, que ella me había soltado la mano. Por eso pensé que el resto también era verdad. Pero no fue así. Ella me soltó la mano.

Las palabras surgían ahora con más facilidad; la opresión de la garganta y el pecho había desaparecido.

—Me soltó la mano... y luego me levantó. Esa mujer menuda... me levantó para arrojarme por encima del muro, hacia la muchedumbre que llenaba el andén de abajo. Creo que me desvanecí por la caída... pero recuerdo el rugido con que cedió el techo. De los que estaban en esa escalera no sobrevivió nadie.

—Está bien —le susurró, con voz resquebrajada; la luz del fuego reventaba en manchones estrellados a través de las lágrimas—. No olvidaremos. Ni Jem ni yo. Pase lo que pase, no olvidaremos.

Hermano

La nieve empezaba a fundirse. Yo estaba indecisa entre el placer que me causaba el deshielo y el palpitar de la primavera en la tierra..., y la preocupación por la pérdida de la barrera glacial que nos protegía, al menos temporalmente, del mundo exterior.

Jamie no había cambiado de idea. Dedicó toda una velada a redactar cuidadosamente una carta a Milford Lyon. Decía que ya estaba listo para estudiar la venta de sus productos (léase *whisky* ilegal), tal como el señor Lyon le había propuesto; le complacía decir que ya disponía de una cantidad considerable. Sin embargo, le preocupaba la posibilidad de que su mercancía sufriera algún percance en la entrega (es decir, que fuera interceptada por las autoridades aduaneras o escamoteada en el trayecto), por lo cual deseaba alguna seguridad de que sería transportada por un caballero de reconocida capacidad para esas operaciones.

El señor Priestly, su buen amigo de Edenton (a quien, desde luego, no había visto nunca en su vida), así como el señor Samuel Cornell, con quien había tenido el honor de trabajar en el Consejo de Guerra del gobernador, le aseguraban que el más capaz para tales empresas era cierto Stephen Bonnet, cuya reputación era inigualable. Si el señor Lyon estuviera dispuesto a acordar una entrevista con dicho señor Bonnet, a fin de que Jamie se formara una impresión propia en cuanto a la fiabilidad del negocio propuesto, en ese

caso...

—¿Crees que aceptará? —pregunté.

—Si conoce a Stephen Bonnet o puede localizarlo, sí, lo hará. Priestly y Cornell son nombres que tienen un efecto mágico.

—Y si localiza a Bonnet...

—Iré a reunirme con él.

La carta a Lyon fue despachada a través de Fergus, y yo traté de no seguir pensando en ella. Aun así el asunto continuaba acechando en los rincones de mi mente. El día en que, al regresar de atender un parto, encontré un montón de cartas en el escritorio de Jamie, el corazón se me puso en la garganta.

Gracias a Dios no había respuesta de Milford Lyon. De cualquier modo hubiera quedado rápidamente eclipsada, pues entre el montón de correspondencia había una carta dirigida a Jamie, con la fuerte letra negra de su hermana.

Apenas pude contenerme para no abrirla de inmediato, por si contenía algún reproche hiriente, a fin de arrojarla directamente al fuego antes de que Jamie pudiera verla. Prevalció el honor: logré contenerme hasta que regresó de Salem. Una vez informado de lo que había llegado, se lavó apresuradamente la cara y las manos antes de ir a su estudio. Después de cerrar cautelosamente la puerta, rompió el sello.

Jenny Fraser Murray escribía con mano hábil; su letra era redonda y elegante; las líneas, rectas y fácilmente legibles.

16 de septiembre de 1771

Hermano:

Bien. Tras haber cogido la pluma para escribir esta única palabra, me he quedado contemplándola hasta que la vela se ha consumido dos o tres centímetros, sin idea alguna de cómo continuar. Continuar así sería malgastar la cera de abeja, pero si apago la vela y me voy a la cama habré arruinado una hoja de papel sin utilidad alguna. Por ende, la economía me obliga a continuar.

Podría llenarte de reproches. Así utilizaría la página, además de preservar lo que mi esposo gusta calificar como las maldiciones más

horribles que haya tenido el privilegio de escuchar en su larga vida. Eso sería provechoso, pues en su momento me tomé grandes molestias para componerlas y no me gustaría que esos esfuerzos se perdieran. Aun así, creo que el papel disponible no es suficiente para todas ellas.

Además pienso que tal vez no conviene regañarte ni condenarte, después de todo, pues podrías interpretarlo como justo castigo y, de ese modo, considerar que ya has expiado tu crimen, con lo que dejarías de castigarte a ti mismo. La penitencia sería demasiado simple. Si has tejido tu propio cilicio, prefiero que continúes usándolo, y ojalá te despelleje el alma como la pérdida de mi hijo despelleja la mía.

Pese a todo, supongo que si escribo es para perdonarte. Sé que algún propósito tenía al coger la pluma y, si bien el perdón me parece al presente una empresa muy dudosa, supongo que la idea se me hará más cómoda con la práctica.

Supongo que te preguntarás qué me ha conducido a realizar este acto, de modo que te lo diré.

El lunes pasado salí temprano para visitar a Maggie; ha tenido otro bebé, de modo que has vuelto a ser tío; se trata de una preciosa niña llamada Angélica. Al atardecer emprendí el regreso, pero después de recorrer un trecho mi mula pisó la entrada a la madriguera de un topo y cayó. Tanto la montura como yo nos levantamos algo cojas; era obvio que no podría montar a la bestia y que no llegaría muy lejos si continuaba a pie.

Me encontraba en la carretera Auldearn, después de haber subido la cuesta desde Balriggan. Normalmente no busco ningún contacto con Laogharie Mackenzie (pues ha reasumido ese nombre, tras haber expresado yo en el distrito mi disgusto por verla utilizar el de Fraser, al que no tenía derecho), pero se acercaba la noche, amenazaba lluvia y su casa era el único lugar donde podía encontrar techo y comida. De modo que desensillé la mula y, dejando que se procurara su cena a la vera del camino, partí cojeando en busca de la mía.

Bajé por detrás de la casa, más allá del establo, y llegué a la pérgola

que tú construiste. A estas alturas las enredaderas han crecido tanto que no se veía nada, pero supe que había alguien allí, pues se oían voces.

Entonces comenzó a llover. Era sólo una llovizna, pero el tamborileo contra las hojas debió de ahogar mi voz, pues nadie respondió a mi llamada. Me acerqué un poco más, y cuando estaba a punto de llamar una vez más, oí los ruidos de una rara hochmagandy dentro de la pérgola.

—¿Hochmagandy? —Miré a Jamie con las cejas arqueadas en gesto de pregunta.

—Fornicación —aclaró él, lacónico.

Me pareció que lo mejor era quedarme quieta. Por lo que alcanzaba a oír, la que se abría de piernas era Laoghair, pero no tenía ni idea de quién podía ser su compañero. Como tenía el tobillo más hinchado que una vejiga, no podía caminar mucho más. De modo que me vi obligada a esperar bajo la lluvia, escuchando toda esa inhonesté.

Si el cortejante hubiera sido un hombre del distrito, yo lo habría sabido, pero no tenía noticias de que aceptara atenciones de nadie, aunque varios lo hubieran intentado; después de todo, ella es la dueña de Balriggeran y vive como una gran señora con el dinero que tú le envías.

Escuchar aquello me colmó de indignación, pero más aún me sorprendió descubrir la causa de aquello. Que mi furia era por ti, por irracional que resulte, dadas las circunstancias. Aun así, tras haber descubierto semejante emoción en mi pecho, me vi obligada a reconocer que mis sentimientos por ti no habían perecido del todo, en verdad.

Aquí se interrumpía el texto, como si Jenny hubiera tenido que atender algún asunto doméstico. En la página siguiente se reanudaba con otra fecha.

18 de septiembre de 1771

De vez en cuando sueño con el joven Ian...

—¿Qué? —exclamé—. ¡Qué joven Ian ni joven Ian! ¿Con quién estaba Laoghaire?

—Ya me gustaría saberlo —murmuró Jamie.

De vez en cuando sueño con el joven Ian. A menudo, esos sueños adquieren la forma de la vida cotidiana; lo veo aquí, en Lallybroch; pero ocasionalmente sueño con su vida entre los salvajes... si es que de verdad aún vive.

Ahora comprendo que, al fin de cuentas, todo se reduce a lo mismo con lo que comencé, esa única palabra: «Hermano». Eres mi hermano, tal como el joven Ian es mi hijo. Si haber perdido a mi hijo me amarga los sueños, haberte perdido a ti me amarga los días, Jamie.

Me he pasado la mañana escribiendo cartas y preguntándome si terminaría ésta, o la arrojaría al fuego. Pero las cuentas ya están hechas, he escrito a todo el mundo y las nubes se han ido, de modo que el sol brilla a través de la ventana y sobre mí cae la sombra de las rosas de nuestra madre.

Muchas veces, a lo largo de estos años, he creído oír la voz de mi madre. Pero en este caso no necesito escucharla para saber qué me diría. Por eso no arrojaré esto al fuego.

Recuerdas, ¿verdad?, el día en que rompí la jarrita de la leche al arrojártela a la cabeza, un día en que me estabas fastidiando. Sé que lo recuerdas, pues una vez se lo mencionaste a Claire. Yo vacilaba en admitir el delito y tú asumiste la culpa, pero padre sabía la verdad y nos castigó a ambos.

Ahora soy diez veces abuela y tengo el pelo gris, pero aún me arden las mejillas de vergüenza y se me encoge el estómago cuando recuerdo aquello: padre hizo que nos arrodilláramos juntos para darnos unos azotes.

Tú chillabas y gruñías como un cachorro mientras te pegaba; yo apenas podía respirar y no me atrevía a mirarte. Luego me tocó el

turno, pero estaba tan alterada por las emociones que apenas sentí los golpes. Sin duda, al leer esto dirás, indignado, que fue sólo porque padre me trató con más suavidad, por ser una niña. Es posible que sí y es posible que no; reconozco que Ian es más tierno con sus hijas.

Ese día juré que no volvería a ser cobarde.

Y ahora veo que es cobardía continuar culpándote por lo de Ian. Siempre he sabido lo que significa amar a un hombre, sea esposo o hermano, amante o hijo. Y es peligroso.

Los hombres irán donde les plazca y harán lo que deban; no corresponde a la mujer pedirles que se queden, ni hacerles reproches por ser lo que son... o por no retornar.

Lo sabía cuando envié a Ian a Francia, lo sabía cuando te vi partir hacia Leoch, con la esperanza de que no te olvidaras de Lallybroch ni de mí. Lo sabía cuando el joven Jamie nadó hacia la isla de las focas, cuando Michael se embarcó hacia París. Y debería haberlo sabido, también, cuando el pequeño Ian se fue contigo.

Pero siempre he tenido suerte, pues mis hombres han vuelto a mí siempre. Ya estuvieran mutilados o quemados, cojos, deshechos o en harapos, siempre han regresado. Llegué a suponer que era mi derecho. Y eso fue un error.

Desde el alzamiento he visto muchas viudas. No sé por qué supuse que estaba exenta de esos sufrimientos, que debía ser la única que no perdiera a ninguno de sus hombres y sólo a uno de sus pequeños. Justamente por haber perdido a Caitlin amé tanto a Ian, pues sabía que era mi último hijo.

Aún lo consideraba mi niño, en vez de reconocer que era un hombre. Y siendo así las cosas, sé muy bien que, aun si tú hubieras podido retenerlo, no lo habrías hecho, pues tú mismo eres otra de esas condenadas criaturas.

Ahora he llegado casi al final de esta página y me parece un derroche comenzar otra.

Madre te amó siempre, Jamie. Cuando comprendió que iba a morir me mandó llamar y me encomendó cuidar de ti. Como si yo pudiera

*dejar de hacerlo jamás.
Tu afectuosísima y amante hermana,*

Janet Flora Arabella Fraser Murray

Jamie retuvo el papel un momento; luego lo bajó con mucha suavidad y apoyó la cabeza entre las manos, de modo que yo no podía verle la cara. Tenía los dedos enredados en el pelo y se masajeaba la frente, moviendo lentamente la cabeza. Su respiración se oía algo entrecortada.

Por fin dejó caer las manos para mirarme, parpadeando, intensamente enrojecido y con lágrimas en los ojos. Su expresión era extrañísima; en ella se mezclaban el desconcierto, la furia y la risa, que era apenas más visible.

—¡Oh!, Dios —dijo. Se secó los ojos con el dorso de la mano—. ¡Oh!, Cristo, ¿cómo diablos lo consigue?

—¿El qué? —Saqué un pañuelo limpio del corpiño para dárselo.

—Hacer que me sienta como si fuera en niño de ocho años. Encima, idiota.

* * *

La carta de Jenny me llenó de alegría y aligeró considerablemente el corazón de Jamie. Al mismo tiempo, seguía sintiendo una gran curiosidad con respecto al incidente que ella había comenzado a describir. Sabía que la de Jamie era aun mayor, pero él se cuidaba mucho de decirlo.

Una semana después llegó una carta de su cuñado Ian; ésa no mencionaba en absoluto la aventura de Jenny cerca de Balriggeran, ni el descubrimiento hecho en la pérgola.

—¿No podrías escribir para preguntarles? —insinué delicadamente—. ¿A Ian o a Jenny?

—No podría —respondió él, con firmeza—. Después de todo no es asunto mío, ¿verdad? Si esa mujer fue alguna vez mi esposa, hoy no lo es. Y si quiere tener un amante, es asunto suyo.

En lo que me había contado de su breve matrimonio con Laoghaire

MacKenzie nada insinuaba que sintiera atracción física por ella. La había desposado por soledad, o al menos eso me había dicho. Y yo le creía. Era hombre de honor y yo comprendía su soledad, pues había padecido la propia. En general yo lograba olvidar que había compartido el lecho de Laoghaire, breve e insatisfactoriamente, según decía él. Pero no olvidaba que ella había sido y aún era una mujer bastante atractiva. Lo cual me inducía a lamentar que Jenny Murray no hubiera encontrado otra inspiración para cambiar de sentimientos con respecto a su hermano.

Jamie pasó el resto del día callado y abstraído, aunque volvió a mostrarse sociable cuando, después de la cena, Fergus y Marsali vinieron con los niños a hacernos una visita. Mientras él enseñaba a Germain a jugar a las damas, Fergus repetía para Roger la letra de una balada que había aprendido en los callejones de París. Las mujeres nos sentamos junto al hogar para coser ropa de bebé, tejer escarpines y, en honor del embarazo de Marsali y el compromiso de Lizzie, entretenernos mutuamente con escalofrantes anécdotas del parto.

Ya era tarde cuando nos acostamos. Jamie estaba recostado contra la almohada, con las manos cruzadas detrás de la nuca. Hacía frío, lo bastante como para que los cristales de la ventana se empañaran con nuestro aliento, pero él no se había puesto camisa de dormir. Mientras me cepillaba el pelo pude admirar el espectáculo.

Aunque se había repuesto bien de la mordedura de serpiente, aún estaba más delgado que de costumbre; eso permitía ver el arco elegante de la clavícula y los músculos largos del brazo, hueso a hueso. La piel del pecho estaba bronceada allí donde solía dejar la camisa abierta.

—La luz de la vela te favorece, *Sassenach* —dijo, sonriendo.

—Lo mismo pensaba yo de ti —dije, mientras dejaba el cepillo para levantarme.

—Dejémosla encendida, pues. —Él alargó una mano para impedirme que la apagara. Su mano rodeó mi cintura, atrayéndome—. Ven a la cama y deja que te mire. Me gusta cómo se mueve la luz en tus ojos, como el *whisky* cuando lo viertes sobre el *haggis* y luego le prendes fuego.

—Qué poético —murmuré.

Pero no hice remilgos cuando él me abrió espacio y me quitó la camisa. La habitación estaba lo bastante fría como para que se me encogieran los pezones, pero la piel de su pecho era un calor delicioso contra mis pechos. Él me estrechó con un suspiro de placer...

Mucho más tarde desperté en la oscuridad, al sentir otra vez sus manos sobre mí. Como aún estaba gratamente adormilada, permanecí inerte, dejando que hiciera su voluntad. Mi mente estaba apenas sujeta a la realidad; tardé un poco en notar que había algo fuera de lugar, y más aún en despejar la mente.

Él estaba encorvado a medias sobre mí, con la cara medio iluminada por el resplandor del hogar. Tenía los ojos cerrados y el entrecejo algo fruncido; respiraba por los labios entreabiertos. Se movía casi mecánicamente. Me pregunté, atónita, si era posible que lo estuviera haciendo en sueños.

Me acariciaba de un modo extraño, monótono, como quien realiza una tarea repetitiva. El contacto era más que íntimo, pero también impersonal.

De pronto, sin abrir los ojos, retiró el edredón que me cubría y me separó las piernas con una brusquedad nada habitual en él. Cerré instintivamente las piernas y me escabullí. Entonces me plantó las manos en los hombros y me apartó los muslos con la rodilla para poseerme con rudeza.

Mi agudo chillido de protesta hizo que abriera los ojos. Me miró. Sus pupilas estaban apenas a dos o tres centímetros de las mías, desenfocadas. Luego cobraron abrupta conciencia. Quedó petrificado.

—¿Quién diablos te crees que soy? —dije, en voz baja y furiosa.

Él se separó de mí para lanzarse fuera de la cama; los cobertores cayeron al suelo mientras descolgaba su ropa del perchero. Alcanzó la puerta en dos pasos y salió dando un portazo.

Me froté la cara con las manos, tratando de espabilarme. ¿Acaso era yo la que soñaba?

No. Era él. Medio dormido (o del todo) me había tomado por la maldita Laoghaire. Ninguna otra cosa podía explicar el que me hubiera tocado con esa desagradable impaciencia, teñida de cólera. Obviamente era imposible volver a conciliar el sueño. Pasé algunos minutos contemplando las sombras entre las vigas, pero al fin me levanté para vestirme.

El patio estaba triste y frío bajo la luna. Nada se movía y el viento no era

más que un suspiro entre los pinos. Pero a cierta distancia se oía un ruido débil y regular. Caminé cuidadosamente hacia él, en la oscuridad.

La puerta del granero estaba abierta.

Me apoyé en el marco, cruzada de brazos, mientras él iba de un lado a otro amontonando el heno bajo el claro de luna, como para descargar los nervios. Los míos aún me palpitaban en las sienes, pero comenzaron a ceder mientras lo observaba.

Él sabía que yo estaba allí; lo noté por la forma en que mantenía la cabeza vuelta hacia otro lado. Por fin clavó la horquilla en la parva y fue a sentarse en un banco hecho con medio tronco, la cabeza entre las manos y los dedos frotando violentamente el pelo.

Cuando me miró su expresión estaba a medio camino entre el desconcierto y una renuente diversión.

—No entiendo.

—¿Qué? —Fui a sentarme cerca de él, con las piernas encogidas bajo el cuerpo.

—Nada, *Sassenach* —respondió secamente, mirándome de soslayo.

—¿Tan mal están las cosas? —A manera de prueba, le deslicé una mano por la espalda.

Él soltó un profundo suspiro.

—Cuando tenía veintitrés años, no comprendía que al mirar a una mujer se me derritieran los huesos y al mismo tiempo me sintiera capaz de doblar el hierro con las manos. A los veinticinco, no comprendía cómo se podía adorar a una mujer y querer violarla, todo a la vez.

—¿A una sola mujer? —pregunté.

Y obtuve lo que buscaba: la curva en su boca y una mirada que me atravesó el corazón.

—Una sola —confirmó. Me estrechó con fuerza la mano que yo había posado sobre su rodilla, como si temiera que yo se la arrebatara—. Sólo una. Y eso es lo que no entiendo tampoco ahora. Te amo, *a nighean donn*. Te he amado desde el momento en que te vi y te amaré hasta que se acabe el tiempo.

Me recorrió una oleada de calor pero, antes de que pudiera responder, él se volvió a mirarme, con una consternación tal que resultó casi cómica.

—Y si las cosas son así, Claire, ¿por qué quiero abordar el primer barco que zarpe hacia Escocia, para buscar a un hombre a quien no conozco y matarlo, sólo por acostarse con una mujer sobre la cual no tengo ningún derecho y a la que nunca pude soportar durante más de tres minutos?

Descargó el puño contra el tronco y la madera vibró bajo mis nalgas.

—¡No lo entiendo, no!

Contuve el impulso de decirle: «¿Acaso crees que yo sí?». A cambio me limité a acariciarle muy suavemente los nudillos con el pulgar. No era tanto una caricia como un gesto de consuelo, y así lo interpretó él. Al fin suspiró profundamente y se levantó.

—Soy un tonto —dijo.

—Tal vez. Pero no irás a Escocia, ¿verdad?

En vez de responder, se levantó para pasearse de un lado a otro, pateando con malhumor los grumos de barro seco. No era posible que estuviera pensando... Me costó mantener la boca cerrada, pero aguardé con paciencia hasta que él se detuvo frente a mí.

—De acuerdo —dijo, como si fuera una declaración de principios—. No sé por qué me irrita que Laoghaire busque la compañía de otro... No, eso no es verdad: lo sé muy bien. Y no es por celos ni... Bueno, sí, pero eso no es lo principal.

Me miró como si me desafiara a contradecirlo, pero yo no abría la boca. Entonces respiró profundamente, con la cabeza baja.

—Bien, debo ser sincero. —Apretó los labios un momento. Luego estalló, mirándome—. ¿Por qué? ¿Qué encuentra en él?

—¿Quién en quién? ¿Laoghaire en el hombre que...?

—¡Es que ella detestaba el sexo! —me interrumpió—. Tal vez yo crea ser mejor de lo que soy... o tú me halagas... —Me clavó una mirada que trataba de ser fulminante, pero acabó en desconcierto—. ¿Soy... soy...?

Yo no sabía si esperaba que yo respondiera: «¡Sí que lo eres!» o «¡No, nada de eso!». Me contenté con una sonrisa que decía ambas cosas.

—Bien, bien —reconoció, de mala gana—. Nunca creí que fuera por mi culpa. Y antes de casarnos yo le gustaba bastante. Yo pensaba que quizá le disgustaban los hombres en general o el acto en sí. Y en ese caso... pues no era tan grave, porque no era culpa mía, aunque me sentía en la obligación de

arreglar eso...

Se perdió en sus pensamientos, con el ceño arrugado. Luego reanudó, suspirando:

—Pero tal vez me equivocaba. Quizá fuera culpa mía, sí. Y eso es lo que ahora me atormenta.

Yo no sabía bien qué decirle, pero era obvio que debía decir algo.

—Creo que no era culpa tuya —aseguré—. Era un problema de ella. Aunque tal vez prejuizo. Al fin y al cabo trató de matarme.

—¿Qué? —Se dio la vuelta, estupefacto.

—¿No lo sabías? Ah... —Traté de recordar si se lo había contado. No, probablemente no. Entre una cosa y otra, entonces no me pareció importante. Pensaba que no volvería a verla. Y después..., después perdió toda importancia. Le expliqué brevemente que aquel día, en Cranesmuir, Laoghaire había hecho que me reuniera con Geillie Duncan, sabiendo perfectamente que la iban a arrestar por brujería, con la esperanza de que me arrestaran a mí también, como luego sucedió.

—¡Esa perra maldita! —exclamó, más atónito que otra cosa—. No, no sabía una palabra de eso. ¡*Sassenach!*, ¿crees que me habría casado con ella, si lo hubiera sabido?

—Entonces, sólo tenía dieciséis años —aduje; dadas las circunstancias, podía ser tolerante y perdonar—. Tal vez no esperaba que nos juzgaran ni que el tribunal quisiera quemarnos vivas. Quizá sólo pensó que, si me acusaban de bruja, tú perderías interés en mí.

Al menos al revelarle esa superchería había logrado distraerlo.

Su única respuesta fue un bufido. Durante un rato se paseó de un lado a otro, inquieto, haciendo crujir la paja esparcida. Por fin se detuvo con un enorme suspiro y apoyó una mano en el banco, la cabeza en mi hombro.

—Perdona —susurró.

Lo abracé para estrecharlo con fuerza contra mí, hasta que volvió a suspirar y los nudos de sus hombros se relajaron. Entonces lo solté. Él se puso de pie y me ofreció la mano.

Cerramos la puerta del granero para volver a casa, de la mano y en silencio.

Ballena muerta

Hacia finales de marzo, los caminos que descendían de la montaña ya estaban transitables. Como aún no había noticias de Milford Lyon, después de alguna discusión se decidió que Jamie y yo, con Brianna, Roger y Marsali, viajaríamos a Wilmington, mientras Fergus llevaba los informes de las mediciones topográficas a New Bern, para archivarlos y registrarlos formalmente.

Las muchachas y yo compraríamos las provisiones que se nos habían agotado durante el invierno, mientras Roger y Jamie hacían discretas averiguaciones sobre Milford Lyon... y Stephen Bonnet. Fergus se reuniría con nosotros en cuanto hubiera terminado con lo de los informes topográficos.

Una vez localizado el señor Bonnet, Jamie y Roger irían al lugar donde realizaba sus negocios y se turnarían para matarlo a tiros o atravesarlo con la espada, después de lo cual regresarían a las montañas.

El calor aumentaba considerablemente según descendíamos hacia la costa. Conseguimos alojamiento en una posada pequeña y limpia, algo alejada del muelle. Era relativamente barata y cómoda, aunque algo pequeña y oscura.

—¿Por qué no tienen más ventanas? —gruñó Brianna, después de tropezar con Germain en la oscuridad del descansillo.

—Impuesto a las ventanas —le informó Roger.

—¿Qué? ¿La Corona cobra impuestos a las ventanas?

—Sí. A la gente debería preocuparle más eso que los sellos o el té, ¿verdad? Pero al parecer están acostumbrados.

Las muchachas, los niños y yo dedicamos varios días a hacer compras, mientras Roger y Jamie mezclaban los negocios con el placer en diversas tabernas. Ya habían terminado con la mayoría de sus recados y Jamie obtenía un pequeño, pero útil ingreso adicional mediante el juego de naipes y las apuestas en las carreras de caballos, pero de Stephen Bonnet sólo habían sabido que no se lo veía por Wilmington desde hacía algunos meses.

Más avanzada la semana, comenzó a llover hasta el punto de tener que pasar dos días encerrados. Marsali se quedaba levantada hasta entrada la noche, escuchando las ráfagas y rezando el rosario o jugando a las cartas con Jamie, para distraerse.

—¿Fergus dijo que vendría de New Bern en un barco grande? ¿El *Octopus*? Suena a barco de buen tamaño, ¿verdad, papá?

—¡Oh!, sí. Pero creo que los paquebotes también son muy seguros. No, no descartes ésa, muchacha. Tira el tres de espadas.

—¿Cómo sabes que tengo el tres de espadas? —inquirió ella, con un gesto suspicaz—. Y eso de los paquebotes no es verdad. Lo sabes tanto como yo. Anteayer vimos los restos de uno en el fondo de la calle Elm.

—Sé que tienes el tres de espadas porque yo no lo tengo —le dijo Jamie, apoyando su mano de cartas contra el pecho—. Y las otras espadas ya están todas en la mesa. Además, Fergus podría venir por tierra, no en barco.

Una ráfaga sacudió las contraventanas.

—Otro motivo para no tener ventanas —comentó Roger, mientras miraba la mano de Marsali por encima de su hombro—. Jamie tiene razón: descártate el tres de espadas.

—Oye, sigue tú. Yo debo atender a Joanie. —Se levantó súbitamente y, después de poner las cartas en las manos de Roger, corrió a la pequeña habitación vecina, que compartía con sus hijos. Yo no había oído llorar a Joanie. Arriba se oyó un golpe fuerte y chirriante: una rama que cruzaba el tejado. Todos levantamos la vista. Por debajo del alarido del viento se oía el rumor hueco del oleaje, que hervía sobre las marismas sumergidas,

castigando la costa.

Por la mañana había despejado y desde el mar llegaba una brisa fresca, que olía a espliego marítimo, a pinos... y traía el fuerte hedor de una bestia marítima pudriéndose al sol. El muelle aún mostraba una deprimente ausencia de mástiles. No había barcos grandes anclados allí, ni siquiera un queche o un paquebote, aunque el puerto de Wilmington hervía de botes, balsas, canoas y *pirettas*.

Una de ellas detectó a nuestro pequeño grupo, desconsolado en el muelle, y se lanzó hacia nosotros. Los remeros alzaron la voz para preguntarnos si necesitábamos transporte. Al inclinarse Roger para rechazar cortésmente el ofrecimiento, la brisa del puerto le arrebató el sombrero, que fue a posarse en la espuma de las aguas parduscas, girando como una hoja.

La embarcación se desvió de inmediato hacia el sombrero flotante y uno de los remeros lo ensartó con la punta del remo, para levantarlo en un gesto triunfal. Pero cuando la *piretta* se acercaba al muelle, la expresión jubilosa del barquero se transformó en estupefacción.

—¡MacKenzie! —exclamó—. ¡Que me asen en un mondadientes si no es él!

—¡Duff! ¡Duff, viejo amigo! —Después de agacharse para recoger su sombrero, Roger ofreció la mano a su conocido.

Duff subió ágilmente al muelle y estrechó a Roger en un abrazo viril. Los demás observábamos cortésmente ese encuentro.

—¿Lo conoces? —pregunté a Brianna, que examinaba al viejo amigo de su esposo con aire dubitativo.

—Creo que estuvo embarcado con Roger —replicó.

—¡Pero qué pintas tienes, hombre! —exclamó el remero, dando un paso atrás. Se pasó alegremente la manga por la nariz—. ¡Chaqueta de gran señor, y qué botones! ¡Y el sombrero! ¡Pero si vas tan puesto que hasta la mierda te resbalaría!

Roger, riendo, se agachó para recoger el sombrero empapado. Después de golpearlo contra el muslo para desprender una brizna de alga, se lo entregó distraídamente a Bree, que continuaba observando al señor Duff con bastante desconfianza.

—Mi mujer —la presentó. Luego nos abarcó en un ademán—. Y su familia. El señor James Fraser, la señora Fraser... y la hermana de mi mujer, que también es de los MacKenzie.

—Un servidor, señor... señoras. —Duff se inclinó ante Jamie, apoyando un dedo en el horrible objeto que tenía en la cabeza, en breve muestra de respeto. Luego miró a Brianna y una ancha sonrisa le estiró los labios—. ¡Ah!, así que te has casado con ella; la has sacado de sus bragas, ya veo. — Con un codazo familiar a las costillas de Roger, redujo la voz a un ronco susurro—. ¿Tuviste que pagar al padre por ella... o él te pagó para que te la llevaras?. —Y emitió un ruido chirriante que interpreté como risa.

Jamie y Bree le clavaron miradas idénticamente frías a lo largo de las rectas narices, pero antes de que Roger pudiera responder el otro barquero gritó algo incomprensible desde la embarcación.

—¡Oh!, sí, sí, aguanta el agua, hombre. —El señor Duff acalló a su socio con un gesto de la mano—. Eso es un chiste —me explicó en tono de confianza—. Entre marineros, ¿sabe usted? «Aguanta el agua», ¿comprende? Porque si no aguantas el agua terminarás en el fondo del puerto, ¿no? —Y repitió aquellos chirridos, estremecido de regocijo.

—Muy gracioso —le aseguré—. Pero él dijo algo sobre una ballena, ¿no?

—¡Oh, claro! ¿No es para eso para lo que habéis bajado a la costa?

Todo el mundo lo miró sin entender.

—No —dijo Marsali, demasiado consciente de su cometido como para prestar atención a otra cosa, ni siquiera a una ballena—. No, señor, hemos venido a ver si hay noticias del *Octopus*. ¿Sabe usted algo de él?

—No, señora. Pero delante de los bancos, el tiempo ha estado traicionero durante todo el mes... —Al ver que la muchacha palidecía se apresuró a añadir—: Muchos barcos deben de haberse desviado, ¿comprende? Pueden haber buscado otro puerto o estarán frente a la costa, esperando cielos más claros para llegar a éste. Lo que tuvimos que hacer nosotros al llegar en el *Gloriana*, ¿recuerdas MacKenzie?

—Sí, es cierto —asintió Roger. Pero sus ojos se habían tornado cautos ante la mención de ese barco. Miró un instante a Brianna y luego, a Duff—. Veo que te has separado del capitán Bonnet —dijo, bajando un poco la voz.

—¿Stephen Bonnet? —repitió mi esposo, mirándolo con interés—.

¿Conoce usted a ese caballero?

—Lo conozco, sí, señor —dijo Duff, persignándose.

Al ver eso Jamie asintió lentamente.

—Ya veo, ya veo. ¿Conoce usted por casualidad, el paradero actual del señor Bonnet?

—Pues bien, en cuanto a eso...

Duff lo miró especulativamente, apreciando los detalles de su vestimenta y su aspecto. Obviamente se preguntaba cuánto podía valer la respuesta a esa pregunta. Pero su socio, allí abajo, se impacientaba cada vez más.

Marsali también.

—¿Dónde pueden haber ido, señor? ¿Si han buscado otro puerto? —preguntó.

—¿Bonnet? —Jamie arqueó las cejas, con una expresión a la vez alentadora y amenazante.

—¿Van a ver la ballena o no van a ver la ballena? —chilló el caballero del bote, impaciente por buscar empresas más rentables.

Duff parecía no saber a quién responder primero. Sus ojillos parpadeantes iban y venían entre Jamie, Marsali y su socio, cada vez más vociferante. Me adelanté para romper la pausa.

—¿Qué ballena es ésta?

Obligado a concentrarse en esa pregunta, más directa, Duff pareció aliviado.

—¡Pues la ballena muerta, señora! Una muy grande que el mar ha lanzado a la isla. Yo supuse que todos habían venido a verla.

Entonces caí en la cuenta de que el movimiento de embarcaciones no era del todo casual. Algunas canoas y barcazas grandes se dirigían, en verdad, hacia la boca de Cape Fear, pero la mayor parte de los botes más pequeños iban y venían; ya desaparecían en la bruma distante o regresaban de ella, trayendo pequeños grupos de pasajeros. La sombrillas de lino brotaban como setas en los botes; entre la gente del muelle había muchos habitantes de la ciudad, que miraban al otro lado con aire de expectación.

—Dos chelines por pasaje completo —sugirió Duff, para congraciarse—. Ida y vuelta.

Roger, Brianna y Marsali se mostraron interesados. Jamie, inquieto.

—¿En eso? —preguntó, echando una mirada escéptica a la *piretta* que cabeceaba abajo.

El socio de Duff, un caballero de raza e idioma indeterminados, pareció ofenderse ante esa crítica implícita a su embarcación, pero Duff nos tranquilizó:

—¡Oh!, pero si hoy la mar está muy tranquila, señor, muy tranquila. Será como estar sentado en una taberna. ¿No? Muy adecuado para conversar. —Y parpadeó con afable inocencia.

Jamie inhaló profundamente y echó otro vistazo a la *piretta*. Por un lado odiaba los botes. Por el otro, por ir tras Stephen Bonnet haría cosas mucho más desesperadas que abordar una embarcación. Sólo quedaba por ver si en verdad el señor Duff tenía información que nos sirviera o si sólo buscaba pasajeros. Tragó saliva, buscando valor.

Duff, sin esperar, fortaleció su posición diciendo a Marsali, astutamente:

—En la isla hay un faro, señora. Desde arriba se puede mirar mar adentro, a gran distancia, y ver si hay algún barco anclado frente a los bancos.

Ella bajó inmediatamente la mano a su bolso. Con un suspiro resignado, Jamie hundió las manos en su *sporrán*.

—Será mejor buscar otro bote más, para que no nos ahoguemos todos a la vez.

A medida que nos adentrábamos en el agua, la mar no estaba tan serena, pero el subir y bajar del oleaje nos acunaba apaciblemente.

Eché un vistazo a la espalda de Jamie, pero mantenía la cabeza inclinada. Al remar, sus hombros se movían en un ritmo fácil y potente.

Resignado a lo inevitable, se había ocupado enérgicamente de la situación. Después de llamar a un segundo bote, hizo que Bree, Marsali y los niños subieran a él. A continuación anunció que él y Roger cogerían los remos de la *piretta*, a fin de que Duff pudiera despreocuparse y recordar mejor cualquier dato interesante referente a Stephen Bonnet.

Duff y Peter se instalaron en un extremo de la embarcación. A mí se me indicó que me sentara en el otro extremo, frente a ellos.

—Para que vigile un poco las cosas, *Sassenach*. —Jamie me puso en la mano la culata de su pistola. Luego, me ayudó a descender al bote y se

embarcó a su vez, cautelosamente.

Roger, sentado delante de mí, remaba con rítmicas flexiones de los anchos hombros, claramente habituado al ejercicio. Jamie, frente a él, manejaba los remos con bastante elegancia, pero sin tanta seguridad.

—¡Oh!, sí que podría acostumbrarme a esto. ¿Qué dices tú, Peter? —Duff levantó la larga nariz hacia la brisa, con los ojos semicerrados, para saborear la novedad de que otro manejara los remos.

Peter, que parecía ser una exótica mezcla de indio y africano, respondió con un gruñido.

—¿Stephen Bonnet? —inquirió Jamie, cordialmente, mientras tiraba de los remos.

—¡Ah!, sí. —Al parecer, Duff habría preferido postergar indefinidamente el tema, pero una mirada a la cara de Jamie lo resignó a lo inevitable—. ¿Qué desea usted saber? —preguntó, encorvando los hombros en un gesto de cautela.

—Para comenzar, dónde está.

—No tengo ni idea —respondió él, presuroso y ya más satisfecho.

—Pues bien, ¿dónde vio usted a ese cretino por última vez? —preguntó Jamie, paciente.

Luego dio un codazo a su socio.

—Estaba en una taberna de Roanoke, comiendo pastel de pescado.

—Es usted muy observador, señor Duff —comentó Jamie—. ¿Y su sentido del tiempo?

—¿Eh? Sí, ya entiendo, hombre. Cuándo fue... Hará dos meses, poco más o menos.

—Y si usted estaba tan cerca como para ver lo que el hombre comía —observó Jamie, tranquilamente—, supongo que debía de estar compartiendo su mesa, ¿verdad? ¿De qué hablaba?

Duff pareció algo azorado.

—Pues... principalmente, del culo de la tabernera.

—No creo que ese tema de conversación pueda ocupar toda una comida, por escultural que fuera la muchacha —intervino Roger.

—¡Hombre! No imaginas lo mucho que se puede decir sobre el trasero de una mujer —le aseguró el marinero—. Sin ánimo de ofenderla —añadió

presuroso, inclinando el sombrero hacia mí.

—No me ha ofendido —le aseguré cordialmente.

—¿Sabe usted nadar, señor Duff? —preguntó Jamie, en tono de leve curiosidad.

—¿Qué? —El escocés parpadeó, sobresaltado—. Yo... eh... pues...

—No, no sabe —informó Roger, alegremente—. Me lo dijo.

El otro le arrojó una mirada de traicionada indignación por encima de la cabeza de Jamie.

—¡Vaya lealtad! —exclamó, escandalizado—. ¡Buen compañero eres tú! ¡Mira que entregarme de ese modo...! ¡Qué desvergüenza!

—Bonnet —repitió Jamie, todavía en tono cortés, pero cortante.

—Pero si les digo la verdad: no tengo la menor idea de dónde pueda estar ese hombre. Cuando lo vi en Roanoke estaba haciendo algunos arreglos para traer ciertos... cierta mercancía. Si eso le sirve de algo... —añadió, grosero.

—¿Qué mercancía? ¿Adónde la traía? ¿Para llevarla adónde?

—Por lo que entendí, cajas de té —respondió Duff, cauteloso—. En cuanto al resto, no sé.

—¿Qué resto?

—Vamos, hombre, todo barco que navega por esta agua lleva diferentes tonterías. Usted ha de saberlo.

—Trajisteis té. ¿De dónde? ¿De un barco?

—Sí, el *Sparrow* —prosiguió Duff, sin apartar la vista de él—. Ancló frente a los bancos y fuimos en botes para traer la carga, a través de la ensenada de Joad. Desembarcamos en el muelle de Wylie y allí entregamos todo a un tipo.

—¿Qué... tipo?

Duff tardó en responder. En sus ojillos hundidos chispeó una mirada especulativa.

—Que no se te ocurra, Duff —dijo Roger en voz baja, pero firme—. Desde aquí puedo alcanzarte con un remo, ¿lo entiendes?

—¿Sí? —El otro los miró a ambos, pensativo, luego, a mí—. Sí, supongo que podríais. Pero aun suponiendo que sepas nadar, MacKenzie, y que el señor Fraser pueda mantenerse a flote... no creo que la señora pueda, ¿verdad? Con tantas faldas y enaguas... —Movié la cabeza, con los labios

fruncidos en un gesto caviloso—. Se iría al fondo como una piedra.

—¿Claire? —dijo Jamie.

Percibí la nota tensa en su voz. Con un suspiro, extraje la pistola que escondía bajo la chaqueta, cruzada en mi regazo.

—Bien —dije—. ¿Contra cuál disparo?

Peter abrió repentinamente los ojos, tanto que mostró un anillo blanco en torno de los iris negros. Miró la pistola, luego a Duff y, finalmente, a Jamie.

—Da té a un hombre Butla —dijo—. Trabaja pa' s'or Lyon. —Luego señaló a su compañero—. Mata él —me propuso.

Así, roto el hielo, nuestros pasajeros tardaron muy poco en revelarnos el resto de lo que sabían.

Tal como Duff había insinuado, el contrabando era tan común en la zona que constituía una práctica comercial generalizada; la mayoría de los mercaderes y todos los barqueros de Wilmington participaban de ella, allí y en casi toda la costa de Carolina, a fin de evitar los asfixiantes impuestos de la mercancía que se importaba por vía oficial. Stephen Bonnet no sólo era uno de los contrabandistas más efectivos, sino que se había convertido en todo un especialista.

—Trae mercancías por encargo —dijo Duff—. Y por cantidad, como quien dice.

—¿Qué cantidad? —inquirió Jamie.

Duff calculó con los labios fruncidos.

—En esa taberna de Roanoke éramos seis. Seis, con botes pequeños, de los que pueden recorrer las ensenadas. Y cada uno cargó todo lo que pudo. En total debieron de ser unos cincuenta cajones de té.

—¿Y con qué frecuencia trae esas cargas? ¿Cada dos meses? —Roger se había relajado un poco. Yo no; clavé en nuestro barquero una mirada dura por encima de la pistola, para hacérselo saber.

—Mucho más a menudo —respondió él, observándome con desconfianza—. No podría asegurarlo, pero uno oye comentarios, ¿entiendes? Por lo que dicen otros barqueros, calculo que en plena temporada trae una carga cada dos semanas. La desembarca en algún punto de la costa entre Virginia y Charleston.

Eso arrancó a Roger un gruñido de sorpresa.

—¿Y la marina? —preguntó Jamie—. ¿A quién paga?

Era una buena pregunta. Los botes pequeños podían rehuir la vigilancia de la marina, pero la operación de Bonnet requería traer mercancía en grandes cantidades, en barcos de gran tamaño. Sería difícil ocultar algo a tal escala... y la respuesta obvia era que él no se molestaba en ocultarlo.

Duff se encogió de hombros.

—¡Hombre! No sé.

—Pero ¿vosotros no habéis trabajado para Bonnet desde febrero? —señalé—. ¿Por qué?

Los marineros intercambiaron una mirada.

—Tiene hambre, come pejesapo —me dijo Peter—. Tiene pasta, come algo mejó.

—¿Qué?

—El hombre es peligroso, *Sassenach* —tradujo Jamie, secamente—. Ellos prefieren no tratar con él, salvo en caso de necesidad.

—Hay que verlo —dijo Duff, entusiasmado por el tema—. Puedes tratar con él, cómo no... siempre que tu interés corra parejo con el suyo. Pero quizá él decida repentinamente que el suyo corre hacia otro rumbo...

Peter se pasó un dedo solemne por el cuello fibroso.

—Y no te avisa —continuó su compañero—. Si hace un momento todo era cigarros y habanos, de pronto te encuentras de espaldas en el suelo, tragando sangre... y aún das gracias por poder tragarla.

—Así que es colérico, ¿no? —dijo Jamie.

Duff, Peter y Roger movieron simultáneamente la cabeza.

—Más frío que el hielo —dijo Roger, con un dejo de tensión en la voz.

—Te mata sin que se le mueva un pelo —aseguró Duff.

—Te corta como a aquella ballena —añadió Peter, señalando la isla.

La corriente nos había acercado mucho más y ya teníamos el animal a la vista. Las aves marinas chillaban por encima del cadáver, lanzándose en picamultitud, con pañuelos y taleguillas contra la nariz.

En ese momento cambió el viento; un fétido soplo de podredumbre nos envolvió como una ola al romper en la playa. En pocos minutos la quilla de la *piretta* tocó tierra. Duff y Peter saltaron para remolcar el casco playa arriba; luego me ayudaron a descender, muy galantes: por lo visto no me odiaban

por lo de la pistola.

Monstruos y héroes

Los niños, muy ilusionados al ver la ballena, tiraban de sus renuentes madres como si fueran cometas. Yo las acompañé, aunque me mantuve a distancia prudente del enorme cadáver. Mientras tanto, Jamie y Roger se llevaron a Duff aparte para conversar en privado, mientras Peter cedía a la somnolencia en el fondo del bote.

Pese al hedor, algunos de los visitantes más intrépidos estaban de pie sobre el cadáver y saludaban alegremente a los que habían quedado en la playa.

Al mirar playa abajo, vi que Duff, cada vez más inquieto, paseaba la vista entre la ballena y el bote. Obviamente estaba deseoso de volver a su negocio antes de que la atracción desapareciera por completo.

Por fin logró escapar y corrió a su *piretta*, como perseguido por los fantasmas. Jamie y Roger se acercaron a mí, pero los niños no estaban dispuestos a abandonar la ballena. Brianna se ofreció noblemente a vigilarlos a ambos, a fin de que Marsali pudiera subir al faro cercano, por si el *Octopus* estuviera a la vista.

—¿Qué le has dicho al pobre señor Duff? —pregunté a Jamie—. Se lo veía muy preocupado.

—¿Sí? Pues no tiene por qué. —Miró hacia el agua, donde la embarcación de Duff regresaba velozmente al muelle—. No he hecho más

que ofrecerle un pequeño negocio.

—Sabe donde está Lyon —intervino Roger. Parecía inquieto, pero emocionado.

—Y el señor Lyon sabe donde está Bonnet, o al menos sabe cómo hacerle llegar un mensaje. Subamos un poco más, ¿quieres? —Jamie señaló la escalera de la torre.

En lo alto del faro el aire era más fresco, pero yo no podía prestar mucha atención al panorama.

—¿Y bien? —pregunté, no muy segura de querer escuchar la respuesta.

—He encomendado a Duff que lleve un mensaje al señor Lyon. Si todos estamos de acuerdo, dentro de una semana nos encontraremos con el señor Bonnet en el embarcadero de Wylie.

* * *

—Navegaste con nuestro Stephen, ¿verdad? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Dos meses, tres?

—Casi tres —respondió Roger.

¿«Nuestro Stephen»? ¿Qué pretendía Jamie con esa frase tan doméstica?

Él asintió, sin dejar de contemplar el ir y venir del mar; la brisa liberaba hebras de pelo de sus ataduras y las hacía bailar como llamas, pálidas a la luz del día.

—Entonces lo conoces lo suficiente.

El joven apoyó su peso contra la barandilla. Era sólida, pero estaba mojada y pegajosa por la llovizna medio seca, allí donde le había alcanzado la espuma de las rocas.

—Lo suficiente —repitió.

—¿Lo suficiente como para qué?

Jamie lo miró a la cara, con los ojos entornados para protegerlos del viento, pero brillantes como navajas.

—Lo suficiente como para saber que es un hombre, nada más.

—¿Y qué otra cosa podría ser? —Roger percibió el filo en su propia voz.

Jamie volvió a contemplar el mar, sombreándose los ojos con una mano,

pues estaba de cara al sol poniente.

—Un monstruo —dijo suavemente.

—Menos que un hombre... o más.

Roger abrió la boca para replicar, pero descubrió que no podía. Pues era un monstruo lo que ensombrecía de miedo su propio corazón.

—¿Qué pensaban de él los marineros? —Claire se inclinó por encima de la barandilla para mirarlo, desde el otro lado de Jamie; el viento se apoderó de su cabellera y la sacudió en una nube voladora; tempestuosa como el cielo distante.

—¿En el *Gloriana*? —Él respiró hondo; una vaharada de ballena muerta fue a mezclarse con el aroma fecundo de las marismas—. Lo... respetaban. Algunos lo temían. —«Yo por ejemplo»—. Tenía fama de ser un capitán duro, pero bueno. Competente. Los hombres estaban dispuestos a embarcarse con él, porque siempre llegaba a puerto sano y salvo y sus viajes siempre rendían buenas ganancias.

—¿Era cruel? —preguntó Claire, con una tenue arruga en las cejas.

—Todos los capitanes son crueles de vez en cuando, *Sassenach* —dijo Jamie, con un ligero timbre de impaciencia—. Es necesario.

Ella levantó la vista para mirarlo y Roger vio que su expresión cambiaba. El recuerdo le ablandó los ojos; una idea irónica tensó la comisura de su boca. Luego apoyó una mano en el brazo de Jamie y sus nudillos palidieron al apretar.

—Nunca has hecho otra cosa que lo que debías —dijo, en voz tan baja que Roger apenas la oyó. No importaba; obviamente, esas palabras no estaban destinadas a él. Luego alzó un poco el tono—. Hay una diferencia entre crueldad y necesidad.

—Sí —dijo Jamie, casi para sus adentros—. Y una línea muy delgada, quizá, entre un monstruo y un héroe.

La batalla en el embarcadero de Wylie

El estrecho estaba sereno y plano; con la superficie apenas rizada por diminutas ondas levantadas por el viento. Menos mal, pensó Roger al mirar a su suegro. Al menos Jamie tenía los ojos abiertos, fijos en la costa con una suerte de apasionada desesperación, como si la visión de la tierra firme, aún inalcanzable, pudiera ofrecerle algún consuelo.

Roger no se mareaba, pero se sentía casi tan descompuesto como él.

—Allí está. —Duff se reclinó sobre los remos, señalando el muelle con la cabeza.

El embarcadero de Wylie parecía un espejismo; flotaba en una capa de niebla, por encima del agua, entre una densa maleza. Lo rodeaban pantanales, achaparrados bosques costeros y anchas extensiones de agua. Comparado con los verdes recintos de las montañas, aquello parecía incómodamente desprotegido. Al mismo tiempo, estaba aislado, a varios kilómetros de cualquier signo de presencia humana.

En parte, eso era una falsa impresión; Roger sabía que la plantación estaba a un kilómetro y medio de embarcadero. Éste consistía en un simple muelle de madera sobre pilotes, junto al cual se levantaba una serie de cobertizos destartalados. Más allá de los cobertizos, una cerca de palos delimitaba un pequeño corral; de vez en cuando, Wylie debía transportar su ganado por agua.

Jamie tocó la caja de cartuchos que pendía de su cinturón para verificar que todavía estuviera seca. Sus ojos evaluaron el cielo. Entonces Roger cayó en la cuenta de que, si llovía, quizá no podrían confiar en las pistolas. La pólvora negra se apelotona con la humedad y, si ésta era excesiva, no encendería. Lo último que deseaba era enfrentarse a Stephen Bonnet con un arma inútil.

Le sudaban las palmas de las manos; se las frotó contra los pantalones sin molestarse en disimular. Llevaba un puñal a la cintura, junto con el par de pistolas; la espada estaba en el fondo del bote; sólida dentro de su vaina. Al pensar en la carta de John Grey, en los ojos del capitán Marsden, sintió un sabor amargo y metálico en el fondo de la garganta.

A una indicación de Jamie, la *piretta* se acercó lentamente al embarcadero; todos a bordo estaban alerta a cualquier señal de vida.

—¿No vive nadie aquí? —preguntó Fraser en voz baja, inclinado hacia el hombro de Duff para inspeccionar los cobertizos—. ¿No hay esclavos?

—No —gruñó el remero—. En estos tiempos Wylie no utiliza el embarcadero tan a menudo, pues ha construido un camino nuevo desde su casa; va hacia el interior y sale a la carretera principal a Edenton.

Jamie lo miró con aire cínico.

—Y como Wylie no lo usa, hay otros que lo aprovechan, ¿no?

Roger vio que el muelle estaba bien situado para el contrabando: desde la tierra no se veía, pero el acceso era fácil desde el estrecho. Lo que a primera vista había tomado por isla, a su derecha, era en verdad un laberinto de bancos de arena, que separaban de la parte mayor el canal que conducía al embarcadero de Wylie. Había por lo menos cuatro canales menores que se adentraban en los bancos de arena; dos de ellos habrían dado cabida a un queche de buen tamaño.

Duff rió entre dientes.

—¡Hombre!, hay un pequeño camino de conchas que lleva a la casa. Si alguien viene por allí lo sabréis con tiempo.

Peter se removió, inquieto, señalando los bancos de arena con la cabeza.

—Marea —murmuró.

—¡Oh!, sí, no tendréis que esperar mucho... o sí. Todo depende. —El escocés sonrió de oreja a oreja, como si eso le pareciera muy gracioso.

—¿Por qué? —gruñó Jamie, que no le encontraba la gracia. Ahora que la salvación estaba a mano se sentía algo mejor, pero obviamente no estaba de humor para chistes.

—La marea está subiendo. —Duff dejó de remar el tiempo suficiente para quitarse la horrible gorra y enjuagarse la frente medio calva—. Durante la bajamar el canal no tiene profundidad suficiente para un queche. Dentro de horas o un poco más podrán entrar. Si están allí fuera, esperando, vendrán enseguida para liquidar el asunto y partir antes de que cambie la marea. Pero si todavía no han llegado, tal vez deban esperar la pleamar del atardecer. Es peligroso navegar por los canales durante la noche. Bonnet no es de los que se asustan por un poco de oscuridad, pero si no lleva prisa es posible que se demore hasta la mañana siguiente. Sí, es posible que debáis esperar bastante.

La *piretta* se deslizó junto al muelle; Duff proyectó un remo contra uno de esos pilotes incrustados de percebes, para hacerla girar diestramente. Jamie trepó al embarcadero con precipitación, deseoso de llegar a tierra firme. Roger lo siguió, cargado con las espadas y el pequeño hatillo que contenía las cantimploras y la reserva de pólvora. Se arrodilló en el muelle, con todos los sentidos alerta para percibir la menor señal de movimiento humano, pero sólo se oían los gorjeos líquidos de los mirlos en el pantano y el grito de las gaviotas en el estrecho.

Después de revolver dentro de su saco, Jamie extrajo una taleguilla, y se la arrojó a Duff sin decir nada. Era un pago simbólico. El barquero cobraría el resto cuando regresara a buscarlos, dentro de dos días.

Si tenía éxito, él mismo le pagaría el resto del dinero acordado; si no, lo haría Claire.

Ambos permanecieron juntos en el muelle, en silencio, mientras la *piretta* se alejaba poco a poco. El nudo que Roger tenía en el estómago se apretaba más y más.

De vez en cuando se preguntaba a cuántos hombres habría matado Fraser... si acaso los contaba, si sabía. No era lo mismo, desde luego, matar a un hombre en combate o en defensa propia, que tenderle una emboscada y planear su asesinato a sangre fría. Aun así a Fraser debía de resultarle más fácil.

Jamie seguía con la vista en el bote que se alejaba, inmóvil como la

piedra. Lo vio tragar saliva con dificultad. No, para él tampoco era fácil.

De algún modo, eso era un consuelo.

Exploraron brevemente todos los cobertizos. Una o dos de las construcciones parecían haber sido utilizadas como vivienda. Se instalaron en el más grande de los cobertizos, que se levantaba en el mismo muelle, y se acomodaron para esperar.

El plan era muy sencillo: disparar contra Bonnet en cuanto apareciera. A menos que lloviera, en cuyo caso habría que emplear espadas o cuchillos. Dicho de ese modo el procedimiento parecía sencillo, pero la imaginación de Roger no podía dejarlo así.

—Camina, si quieres —dijo Jamie, tras haber pasado un cuarto de hora viendo los movimientos nerviosos de su yerno—. Cuando venga, lo oiremos.

—Hum... ¿Y si no viene solo?

—Pues nada. Si viene con sus hombres tendremos que apartarlo de ellos. Me lo llevaré a uno de los cobertizos pequeños, con el pretexto de conversar en privado, y allí lo despacharé. Tú impide que nadie me siga. Sólo necesitaré un minuto.

—¿Sí? Luego vienes tranquilamente a informar a sus hombres que acabas de matar a su capitán. ¿Y entonces?

—Ya habrá muerto. ¿Te parece que pueda inspirar en sus hombres tanta lealtad como para que quieran vengarlo?

—Pues... no —reconoció Roger, lentamente.

—He averiguado muchas cosas sobre el señor Bonnet —observó Jamie, mientras dejaba la pistola—. Tiene socios, pero no amigos. No navega siempre con la misma tripulación. Bonnet escoge a sus tripulantes al azar, no porque le sean simpáticos, sino por su habilidad y fuerza. Por eso no creo que le tengan mucho afecto.

Roger reconoció lo acertado de la observación. En el *Gloriana* reinaba el orden, pero no había sentido de camaradería, ni siquiera entre los oficiales. Y lo que Jamie decía era verdad: cuanto habían descubierto revelaba que Bonnet escogía a sus asistentes según los necesitara; si llevaba compañía a esa cita, difícilmente fueran tripulantes leales, sino marineros escogidos en los muelles al azar.

—De acuerdo. Pero si... cuando lo matemos, cualquier hombre que esté con el...

—... necesitará otro empleo —lo interrumpió Jamie—. No: siempre que no disparemos contra ellos ni les demos motivos para sentirse amenazados, no creo que se preocupen mucho por la suerte de su capitán. Aun así...

Recogió su espada con el entrecejo fruncido y la deslizó dentro de la vaina, como para comprobar que no estaba atascada.

—Por si ésa fuera la situación, me llevaré a Bonnet aparte, como he dicho. Dame un minuto para ocuparme de él; luego busca alguna excusa para venir por mí. Pero no te detengas: atraviesa directamente los cobertizos y ve hacia los bosques. Allí nos reuniremos.

Roger lo miró con aire escéptico y carraspeó una y otra vez. Por fin cogió una de sus pistolas.

—Bueno. Sólo una cosa más: de Bonnet me encargo yo.

Fraser le clavó una mirada penetrante. Él se la sostuvo, atento al pulso que empezaba a martillear dentro de sus oídos. Su suegro iba a hablar, pero calló. Lo miraba con aire pensativo. Y él podía oír los argumentos; latían en su oído interior, junto con el pulso, tan audibles como si Jamie los hubiera dicho en voz alta: «Nunca has matado a nadie. Ni siquiera sabes lo que es una batalla. No tienes puntería. Con la espada apenas te defiendes. Peor aún: tienes miedo a ese hombre. Y si lo intentas y fallas...».

—Lo sé —dijo, sosteniendo aquella honda mirada azul—. Es mío. Yo me ocuparé de él. Brianna es hija tuya, lo sé... pero es mi esposa.

—Estás en tu derecho —dijo Jamie formalmente—. Pero no vaciles, no lo desafies. Mátalo a la primera oportunidad. —Hizo una pausa—. Pero si caes... ten la seguridad de que yo te vengaré.

—Estupendo —dijo—. Y si caes tú, seré yo quien te vengue. ¿Trato hecho?

Fraser se limitó a mirarlo durante un largo instante, sin reír. En ese momento Roger comprendió por qué sus hombres lo seguían donde fuera y hacían lo que él ordenara.

—Un extraño trato —dijo al cabo de un momento—. Gracias.

No tenían reloj, pero tampoco lo necesitaban. Aun con el cielo encapotado y

el sol invisible, era posible sentir el pasar de los minutos, el movimiento gradual de la tierra, según iban cambiando los ritmos del día. El chapoteo del agua contra los pilotes cambió de tono, pues la marea creciente retumbaba en el espacio abierto bajo el muelle.

La pleamar llegó y pasó; el retumbo bajo el muelle se tornó hueco al descender el agua. En los oídos de Roger, el pulso iba aflojando, junto con los nudos de sus tripas.

De pronto algo golpeó el muelle. Jamie se levantó al instante, con dos pistolas en el cinturón y otra en la mano. Inclino la cabeza hacia Roger y salió.

El muchacho ajustó sus pistolas en el cinturón y, después de tocar la empuñadura del cuchillo para asegurarse, fue tras él. Por un momento vio el bote. Un segundo después estaba en el cobertizo más pequeño, a la derecha. Jamie había desaparecido; debía de estar en su propio puesto, a la izquierda.

El bote se movía lentamente a lo largo del muelle, todavía sin amarras. Sólo alcanzaba a ver un fragmento de la popa; el resto estaba fuera de la vista. De cualquier modo no podría disparar hasta que Bonnet apareciera en el muelle.

Un rollo de cuerda cayó contra las tablas; oyó el golpe y luego la pisada de alguien que subía a la barandilla para amarrarla. Cerró los ojos, tratando de oír por encima del tronar de su corazón. Pisadas. Lentas, pero no furtivas. Se acercaban a él.

La puerta estaba entornada. Se acercó silenciosamente al borde, alerta, esperando. Una sombra atravesó la puerta. El hombre entró.

Roger embistió desde detrás de la puerta y se arrojó contra él, tumbándolo contra la pared con un golpe seco. El hombre lanzó un grito de sorpresa ante el impacto; el sonido de esa voz lo detuvo, justo cuando rodeaba con las manos un cuello nada masculino.

—¡Mierda! —dijo—. Es decir... eh... le ruego que me perdone, señora.

La tenía apretada contra la pared, con todo su cuerpo contra ella. El resto de su persona tampoco tenía nada de masculino. Con las mejillas encendidas dio un paso atrás, jadeante.

Ella se sacudió como un perro, se acomodó la ropa y se tocó tímidamente la nuca, allí donde se había golpeado contra el tabique.

—Perdóneme —dijo—. Se sentía a la vez horrorizado y completamente estúpido—. No fue mi intención... ¿Está usted herida?

La muchacha era tan alta como Brianna, pero de contextura más sólida, pelo castaño oscuro y cara bonita, de huesos anchos y ojos profundos. Sonrió abiertamente y dijo algo incomprensible, con fuerte olor a cebolla. Luego lo miró de arriba abajo con bastante osadía y, obviamente complacida, se subió los pechos con las manos en un gesto de inconfundible invitación.

—Eh... No, me temo que estás equivocada... No, no toques eso. ¡No! *Non! Nein!*

Forcejeó con sus manos, que parecían decididas a desabrocharle el cinturón.

—No, estoy casado. ¿Quieres parar?

De no ser por el olor, Roger habría pensado que era una alucinación, pero así, a tan corta distancia, las cebollas eran lo de menos. Aunque a simple vista no estaba sucia, despedía la fetidez arraigada de quien acaba de hacer un largo viaje por mar. Él lo reconoció al instante. Y también un inconfundible hedor a cerdos, que manaba de sus faldas.

—*Excusez-moi, mademoiselle.* —La voz de Jamie surgió desde detrás; sobresaltada. Miró a Roger—. ¿Quién es?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? —En un esfuerzo por recobrar la compostura, Roger se sacudió la ropa—. Supuse que era Bonnet o alguno de sus hombres, pero obviamente no es así.

—Obviamente. —Fraser parecía dispuesto a buscar el lado humorístico de la situación—. *Qui êtes-vous, mademoiselle?* —preguntó a la muchacha.

Ella lo miró con la frente arrugada, sin entender, y dijo algo en ese extraño idioma. Ante eso Jamie arqueó las dos cejas.

—¿Qué es lo que habla? —preguntó Roger.

—No tengo ni idea. —A la expresión divertida de Jamie se mezclaba cierta cautela. Se volvió hacia la puerta con la pistola preparada—. Vigílala, ¿quieres? No ha venido sola.

Eso era obvio: en el muelle se oían voces. Un hombre y otra mujer. Roger intercambió con su suegro una mirada de estupefacción. No: la voz no era la de Bonnet ni la de Lyon. Y por todos los santos, ¿qué hacían esas mujeres allí?

Pero al acercarse las voces, la muchacha gritó algo en esa lengua extraña. Aunque no parecía una advertencia, Jamie se apretó junto a la puerta, con la pistola preparada y la otra mano en el puñal.

La estrecha abertura se oscureció casi por completo. Una cabeza oscura y desmelenada asomó en el cobertizo. Jamie se adelantó un paso para clavar la pistola bajo el mentón de un hombre muy corpulento y muy sorprendido. Luego lo aferró por el cuello de la camisa y dio un paso atrás, arrastrándolo hacia el interior.

Casi de inmediato lo siguió una mujer; su contextura alta y robusta, sus facciones bonitas, la identificaron de inmediato: debía de ser la madre de la muchacha. Ella era rubia; el hombre en cambio (¿quizá el padre de la joven?), tan moreno como el oso al que se parecía.

—Empiezo a sentirme muy tonto —dijo Fraser a su yerno, y apartó cautelosamente la pistola—. *Wer seid Ihr?* —preguntó.

—No creo que sean alemanes —dijo Roger. Luego señaló con el pulgar a la joven, que observaba a Jamie como si evaluara su potencial para un buen ejercicio entre la paja—. Ella no responde al francés ni al alemán, aunque tal vez haya fingido.

El hombre los observaba a ambos con el entrecejo fruncido, con si tratara de entender lo que le decían. Pero al oír el vocablo «francés» pareció iluminarse.

—*Commente ça va?* —dijo, con el acento más execrable que Roger hubiera oído en su vida.

—*Parlez-vous français?* —preguntó Jamie, sin dejar de vigilarlo.

El gigante, con una sonrisa, mostró el pulgar y el índice separados por dos o tres centímetros.

—*Un peu.*

El hombre sabía unas diez o doce palabras de francés, lo suficiente para presentarse; Mijaíl Chemodurov, su esposa Iva y Karina, su hija.

—Rushki —dijo, plantándose una mano en el pecho carnoso.

—¿Rusos? —Roger los miraba, estupefacto. Jamie, en cambio, parecía fascinado.

—Nunca había visto a un ruso —dijo—. Pero ¡por los clavos de Cristo! ¿Qué hacen aquí?

Esa pregunta fue transmitida con cierta dificultad al señor Chemodurov.

—*Les cochons* —dijo—. *Pour le Monsieur Wylie*. —Miraba a Jamie con aire expectante—. *Monsieur Wylie?*

Dado el penetrante aroma que despedían los tres rusos, no fue sorpresa que mencionaran a los cerdos. Menos obvia era la relación entre los porquerizos rusos y Phillip Wylie. Pero antes de que pudieran formular la pregunta se oyó fuera un fuerte golpe y un ruido chirriante, como si algún objeto de madera, de buen tamaño, hubiera golpeado el muelle. A esto siguió inmediatamente un coro de bramidos y chillidos, porcinos en su mayoría; no obstante, algunos eran humanos... y femeninos.

Chemodurov se movió con asombrosa celeridad, pero Jamie y Roger salieron del cobertizo pisándole los talones. El joven apenas tuvo tiempo de ver que ahora eran dos las embarcaciones amarradas al muelle: además de la pequeña barca del ruso, un bote abierto, de menor tamaño. Varios hombres desembarcan del bote, erizados del cinturón las pistolas y el puñal.

—No te muevas, tío —dijo el hombre que sostenía el mosquete.

Chemodurov vadeaba sin vacilación entre los invasores, chapaleando con esas manos que parecían jamones. Uno de los hombres había caído al agua, empujando desde el muelle; el ruso tenía a otro en su poder y lo estaba estrangulando con brutal eficiencia, sin prestar atención a gritos, amenazas ni golpes.

Los gritos llenaban el aire; Iva y Karina habían corrido hacia su embarcación, en cuya cubierta aparecieron dos de los invasores, cada uno aferrando una versión algo más pequeña de Karina. Uno de los hombres apuntó una pistola hacia las rusas. Debió de apretar el gatillo, pues Roger vio una chispa y una pequeña bocanada de humo, pero el tiro falló. Las mujeres, sin vacilar, cargaron contra él entre alaridos. El hombre, despavorido, dejó caer el arma y la niña que sujetaba para arrojarla al agua.

Un golpe seco, horrible, apartó la atención de Roger de esa escena secundaria. Uno de los hombres, bajo y cuadrado, había golpeado a Chemodurov en la cabeza con la culata de una pistola. El ruso, con un parpadeo, aflojó un poco su presión sobre la víctima. Su atacante hizo una mueca, luego sujetó el arma con más fuerza y lo golpeó otra vez. Entonces Mijaíl puso los ojos en blanco y cayó al muelle, que se sacudió por el

impacto.

Roger buscaba con la vista a Stephen Bonnet en medio de la refriega, pero allí no se veían rastros del digno capitán del *Gloriana*.

No tuvo tiempo de decidir si el descubrimiento era un desencanto o un alivio. En ese momento el hombre que había golpeado a Chemodurow se volvió hacia a él. Entonces reconoció a David Anstruther, el comisario del condado de Orange. El otro entornó los ojos al identificarlo, pero no pareció sorprendido de verlo.

La pelea, si acaso merecía ese nombre, llegaba a su fin. Las cuatro rusas ya habían sido rodeadas y llevadas a empellones al más grande de los cobertizos; también arrastraron hasta allí al caído Chemodurow.

Llegado ese momento, un hombre alto y elegante se encaramó desde el bote. Aun sin la peluca ni la chaqueta verde botella, Roger reconoció sin dificultad al señor Lillywhite; sin ninguna prisa, observó el desarrollo de los acontecimientos. Roger vio que apretaba melindrosamente la boca al ver el rastro de sangre. Lillywhite hizo un gesto al hombre que sujetaba a Roger. Por fin la presión del arma aflojó un poco, permitiéndole respirar profundamente.

—El señor MacKenzie, ¿verdad? —preguntó el magistrado, cordialmente—. ¿Y dónde está el señor Fraser?

—En Wilmington —dijo, imitando la cordialidad de Lillywhite—. Usted también se ha alejado mucho de su territorio, ¿verdad señor?

—No me tome el pelo, señor —dijo el magistrado, cortante.

—No se me pasaría por la cabeza —le aseguró Roger, sin perder de vista al tipo del mosquete, que parecía dispuesto a reanudar sus presiones—. Pero si hemos de formular esa clase de preguntas, ¿dónde está Stephen Bonnet?

Lillywhite lanzó una risa breve.

—En Wilmington.

Anstruther apareció junto al codo del magistrado, gordo y sudoroso. Dedicó a Roger una inclinación de cabeza y una fea sonrisa.

—MacKenzie. Encantado de verlo otra vez. ¿Dónde está su suegro? Y lo más importante: ¿dónde está el *whisky*?

Lillywhite lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿No lo habéis encontrado? ¿Habéis revisado los cobertizos?

—Los revisamos, sí. Allí no hay más que basura. —Se meció sobre la punta de los pies, amenazante—. Venga, MacKenzie, ¿dónde lo tiene escondido?

—Yo no he escondido nada —replicó Roger, con ecuanimidad—. No hay *whisky*.

Comenzaba a relajarse un poco. Cualquiera que fuese el paradero de Stephen Bonnet, al menos no estaba allí. Sin duda no les gustaría descubrir que lo del *whisky* había sido una estratagema, pero...

El comisario le golpeó en la boca del estómago. Él se dobló en dos y se le oscureció la visión.

En los márgenes de su campo visual aparecieron manchas luminosas. Cogió aliento, jadeante. Estaba sentado en el muelle, con las piernas extendidas hacia delante, y el comisario lo aferraba por el pelo.

—Haz otro intento —le aconsejó Anstruther, sacudiéndolo enérgicamente por la cabeza. El dolor fue más irritante que penoso: él lanzó un sólido puñetazo al muslo del comisario. El hombre lanzó un chillido y lo soltó para saltar hacia atrás.

—¿Buscó usted en la otra embarcación? —inquirió Lillywhite, sin prestar atención al sufrimiento del comisario.

Anstruther clavó en Roger una mirada fulminante, mientras se frotaba el muslo, pero sacudió la cabeza a manera de respuesta.

—Allí no había más que cerdos y las muchachas. ¿Y de dónde diablos salieron esos? —preguntó.

—De Rusia. —Roger tosió; el dolor le hizo apretar los dientes.

—¿De Rusia? ¿Qué tienen ellos que ver en este asunto?

—Nada, que yo sepa. Llegaron después que yo.

El magistrado lanzó un gruñido; parecía disgustado. Reflexionó un momento, ceñudo, y luego decidió probar otro enfoque.

—Fraser tenía un acuerdo con Milford Lyon. Yo he asumido la parte del señor Lyon en ese acuerdo. Es absolutamente correcto que usted me entregue el *whisky* —dijo, tratando de infundir un tono de cortesía comercial a su voz.

—El señor Fraser ha hecho otros arreglos —explicó Roger, con igual cortesía—. Me ha enviado para que informara de eso al señor Lyon.

Eso pareció desconcertar a Lillywhite; miraba al joven con fijeza,

proyectando y metiendo los labios fruncidos, como si evaluara su sinceridad.

—¿Cómo llegó usted aquí? —interpeló Lillywhite, abruptamente—. Si no ha viajado en ese bote...

—He venido por tierra desde Edenton. —Bendijo mentalmente a Duff por esa información, mientras señalaba despreocupadamente por encima de su hombro—. Por allí hay un camino de conchas.

Los dos lo miraban fijamente, pero él les sostuvo la mirada sin amilanarse.

—Algo huele mal, y no es el pantano. —Anstruther olfateó audiblemente a modo de ejemplo.

Lillywhite, sin prestarle atención, seguía observando a Roger con los ojos entornados.

—Tendré que importunarlo por un momento más, señor MacKenzie —dijo. Y giró hacia el comisario—. Póngalo con los rusos... si es que lo son.

Anstruther aceptó esa misión con presteza. Los rusos se habían apiñado en un rincón del cobertizo, donde las mujeres atendían solícitamente al padre y esposo herido, pero todos levantaron la vista al entrar Roger, con un parloteo de saludos y preguntas incomprensibles. Él sonrió hasta donde pudo y apoyó la oreja contra el tabique, a fin de escuchar lo que Lillywhite y compañía se traían entre manos.

En un principio había albergado la esperanza de que aceptaran su explicación y se fueran; aún era posible que lo hicieran, pero ahora se le ocurría otra posibilidad, mucho más inquietante.

Por la conducta de los hombres era obvio que venían con intención de apoderarse del *whisky* por la fuerza. Y el hecho de que Lillywhite hubiera permanecido oculto... Desde luego, no podía permitir que se descubrieran sus vinculaciones con piratas y contrabandistas.

Tal como estaban las cosas, puesto que no había *whisky*, Roger no podía denunciar ningún delito por parte de Lillywhite; aunque la ley no permitía el contrabando, tales arreglos eran tan comunes en la costa que el mero rumor no perjudicaría su reputación dentro de su condado. Por otra parte, Roger estaba solo; al menos, eso pensaba Lillywhite.

Obviamente el magistrado tenía algún vínculo con Stephen Bonnet... y eso podía salir a la luz si Roger y Fraser empezaban a hacer preguntas. La

operación en que Lillywhite estaba involucrado, ¿era tan peligrosa como para que pensara matar a Roger a fin de evitar que se supiera? Él tenía la inquietante sensación de que esos dos podían llegar a esa conclusión.

Fuera se oían muchos golpes, gradualmente reemplazados por voces lejanas, mientras se inspeccionaban nuevamente los cobertizos y se extendía la búsqueda al pantano próximo.

En el techo de hojalata resonó un leve tamborileo; comenzaba llover. Estupendo: si se les mojaba la pólvora no podrían dispararle; tendrían que degollarlo. Pasó de desear que Jamie no apareciera antes de tiempo a rogar que no lo hiciera demasiado tarde. En cuanto a lo que podría hacer si parecía...

Las espadas. ¿Estarían aún donde las habían dejado, en el rincón del cobertizo?

Los rusos levantaron la vista, con una mezcla de cautela y preocupación. Él sonrió, indicándoles por pequeños gestos que no se entrometieran. Si, allí estaban las espadas.

Chemadurov, que estaba consciente, dijo algo con voz gangosa. De inmediato Karina se levantó para acercarse a Roger y le tocó suavemente en el brazo. Después de coger una de las espadas que él cargaba, la desenvainó con un silbido resonante; todos dieron un respingo, entre risas nerviosas ella cerró las manos en torno del pomo y alzó el arma por encima de su hombro, como un bateador de béisbol. A continuación se puso en guardia junto a la puerta, con ceño feroz.

Los rusos lanzaron grandes exclamaciones de entusiasta respaldo. Una de las niñas menores quiso coger la otra espada, pero él sonrió, diciendo que muchas gracias pero prefería conservarla.

Para sorpresa suya, la niña negó con la cabeza y añadió algo en ruso. Roger arqueó las cejas, sin comprender. Entonces la jovencita le tiró del brazo para llevarlo consigo hasta el rincón.

Durante el breve cautiverio, habían estado muy ocupadas en retirar toda la basura y formar un colchón cómodo para el herido. Así habían descubierto la trampilla que se abría en el suelo, destinada a permitir que los botes pasaran bajo el muelle con la marea baja y descargaran directamente dentro del cobertizo, en vez de hacerlo en el embarcadero.

La marea estaba en descenso; había casi dos metros de altura con respecto a la superficie del agua. Roger se quitó la ropa hasta quedar en pantalones y, descolgándose desde el borde del hueco de la trampilla, se dejó caer de pie, por no zambullirse en algo que podía ser un bajío peligroso.

Pero la profundidad superaba su estatura; se hundió en una lluvia de burbujas plateadas hasta que sus pies tocaron el fondo arenoso; entonces se impulsó hacia arriba y rompió la superficie con un torrente de aire. Después de hacer un gesto tranquilizador al círculo de caras rusas que lo miraban por la abertura, braceó hacia el extremo opuesto al muelle.

Lillywhite se dio la vuelta, acariciando nerviosamente la empuñadura de su espada. Desde el techo del cobertizo, Jamie observaba su manera de moverse y de tocar el arma. El hecho de que llevara espada en esas circunstancias denunciaba tanto la familiaridad con la afición a esa arma.

Anstruther estaba fuera de su vista, apoyado contra el muro del cobertizo, bajo la saliente del techo. Pero el comisario no le preocupaba. Era sólo un matón de brazo corto.

—Debemos matarlos a todos. Es la única manera de estar seguros.

Lillywhite emitió un gruñido de dudoso asentimiento.

—Puede ser, pero ¿y los hombres? No conviene poner nuestro destino en manos de testigos que puedan hablar. Habríamos podido liquidar a Fraser y a MacKenzie sin problemas, donde no se nos viera, pero a tantos... Quizá sea mejor dejar a esos rusos; son extranjeros y no parecen saber una palabra de inglés.

—¿Y cómo llegaron aquí, me gustaría saber? Alguien sabe que están aquí y vendrá a por ellos, sin duda. Ya han visto demasiado. Y si usted quiere seguir usando este lugar...

La lluvia seguía siendo ligera, pero caía sin pausa. Jamie giró la cabeza para limpiarse los ojos contra un hombro. Estaba tendido boca abajo, brazo y piernas extendidos como una rana para no deslizarse por la pendiente de la cubierta. Por el momento no se atrevía a moverse. Pero la lluvia susurraba en el estrecho, abriendo hoyuelos en el agua, y arrancaba un ruido resonante al metal del techo. Si arreciaba un poco más cubriría cualquier ruido que él hiciera.

—... enviar a los hombres de regreso con el bote. Nosotros iremos por el camino, después...

Continuaban hablando en voz baja, pero Jamie comprendió que ya había tomado la decisión; Lillywhite sólo necesitaba convencerse de que era necesario y de que no les llevaría mucho tiempo. Pero primero despedirían a los hombres; el magistrado tenía razón en temer la presencia de testigos.

Echó un vistazo al cobertizo más grande, donde estaba Roger Mac y los rusos. Había poca distancia entre un edificio y otro: poco más o menos un metro entre techo y techo. Sólo un cobertizo se interponía entre el más grande y él. Pues bien...

Aprovecharía la partida de los hombres para avanzar por los techos, confiado en que la suerte y la lluvia impidieran a Lillywhite y Anstruther levantar la cabeza. Se apostaría por encima de la cubierta del cobertizo y, cuando entraran para hacer lo suyo, caería sobre el magistrado desde arriba; ojalá pudiera partirle el cuello o, al menos, incapacitarlo al instante. Podía contar con que Roger Mac corriera para ayudarlo a dominar al comisario.

En el muelle no había nadie. Lillywhite y el comisario habían traído a cuatro hombres, todos los cuales estaban en la arena blanda, al sur del embarcadero, hurgando entre la hierba, que les llegaba a la cintura. Jamie inhaló profundamente y recogió los pies. Pero al girar en redondo captó un movimiento por el rabillo del ojo y quedó petrificado.

Del bosque salían varios hombres. Por un momento pensó que era otra obra de Lillywhite, pero luego cayó en la cuenta de que todos eran negros. Todos menos uno.

«*Les cochons*», habían dicho los rusos. «*Pour le Monsieur Wylie*». ¡Y allí venía *Monsieur Wylie*, con sus esclavos, para recibir sus cerdos!

Volvió a tenderse de bruces y se arrastró por el metal mojado, rumbo a la parte trasera del cobertizo. Quedaba por ver si Wylie se mostraría más dispuesto a ayudarlo que atravesarlo con su propia espada. Pero sin duda el hombre querría proteger a sus rusos.

El agua estaba fría, pero no tanto como para entumecerlo, y la marea no era todavía muy fuerte. Tragó un poco de aire y continuó braceando, alerta. Ahora estaba en el lado norte del muelle, escondido en la sombra intensa que

arrojaba la embarcación de los rusos.

No se oían voces por allí. El susurro de la lluvia en el estrecho cubriría cualquier ruido que él hiciera. Listo, pues. Con los pulmones llenos de aire, se lanzó hacia la luz lluviosa, más allá del muelle.

Nadó desesperadamente, tratando de no chapotear; a cada instante esperaba que una bala de mosquete se le clavara entre los omóplatos. Se metió entre las hierbas, que le azotaron el brazo y la pierna; entonces giró a medias, jadeante, con el escozor de la sal en los cortes. Un momento después gateaba por la maleza del pantano, con las totoras ondulando sobre su cabeza y la lluvia castigándole la espalda.

Por fin se detuvo, con el pecho palpitante por falta de aire. Y ahora ¿qué diablos podía hacer? Haber huido del cobertizo está muy bien, pero no tenía ningún plan. Buscar a Jamie, supuestamente, si es que lo conseguía sin que volvieran a atraparlo.

Como si el pensamiento hubiera atraído la atención, oyó el chapoteo de alguien que caminaba a paso lento por el pantano, a poca distancia. Estaba buscando. Quedó inmóvil, con la esperanza de que la lluvia disimulara el ruido de su fuerte respiración.

De pronto alguien apareció frente a él, a un palmo de su cara. En el otro extremo, un negro lo miraba boquiabierto, con los ojos dilatados por el asombro.

—¿Usted no zarigüeya! —dijo, en tono de profunda acusación.

—No —reconoció Roger, suavemente. Se tocó el pecho con mano trémula, como para asegurarse de que su corazón siguiera allí dentro—. Lo siento.

En su casa, Phillip Wylie era muy diferente de cuando estaba en sociedad. Para atrapar a los cerdos se había ataviado con pantalones holgados y delantal de granjero; mojado por la lluvia y sin rastros de peluca, pintura, polvos ni lunares postizos, conservaba su delgada elegancia, pero se lo veía mucho más normal y razonablemente apto. También algo más inteligente, aunque tendía a quedar boquiabierto e insistía en interrumpir el relato de Jamie con preguntas y exclamaciones.

—¿Lillywhite? ¿Randall Lillywhite? Pero ¿cómo pudo...?

—Concéntrese, hombre —dijo Jamie, impaciente—. Más tarde se lo explicaré mejor, pero él y ese comisario van a trinchar a los rusos como si fueran jamones de Navidad. Tenemos que ocuparnos de eso ahora mismo.

Wylie le clavó una mirada fulminante; luego echó un vistazo suspicaz a Roger.

—Él tiene razón —graznó el joven.

Apretó los labios en una línea fina y exhaló con fuerza el aliento por la nariz. Luego miró a sus esclavos como si los contara; eran seis, todos armados de varas fuertes. Uno o dos llevaban cuchillos de caña al cinturón. Él asintió con la cabeza, como si hubiera tomado una decisión.

—Vamos.

Para evitar el delator crujido de las conchas, atravesaron el pantano a paso lento, pero sin pausa.

—¿Por qué cerdos? —oyó que preguntaba Jamie, con curiosidad.

—No son cerdos —explicó Wylie—. Jabalíes rusos, para caza deportiva. Todo el mundo dice que, de todos los animales de caza, el jabalí ruso es el adversario más feroz y más astuto. Me propongo soltarlos en los bosques de mi propiedad, para que se reproduzcan.

Al acercarse el embarcadero, Roger divisó un fugaz movimiento: la embarcación más pequeña se retiraba.

—Han renunciado a buscarnos, a mí y al *whisky*, y despiden a los hombres. —Jamie se pasó una mano por la cara para enjuagarse la lluvia—. ¿Qué decide usted, Wylie? No hay tiempo que perder. Los rusos están en el cobertizo principal, en el muelle.

Una vez decidido, Wylie no se andaba con rodeos.

—¡Vamos allá! —dijo.

Y agitó una mano para llamar a sus esclavos. Todos corrieron hacia el muelle. El grupo giró hacia el camino de conchas, yendo por el muro con un ruido de avalancha. Parecía que todo un ejército enemigo se aproximara.

Una cara sobresaltada asomó entre los cobertizos y se retiró de inmediato. Jamie lanzó uno de sus salvajes gritos montañés. Wylie dio un respingo, pero luego se le unió con un aullido:

—¡Salid de ahí cabrones!

Los negros, así alentados, comenzaron a gritar también y se lanzaron

hacia el muelle, agitando las varas con entusiasmo.

Fue casi una desilusión llegar al muelle y no encontrar a nadie, salvo a los rusos cautivos, que estuvieron a punto de decapitar a Phillip Wylie al verle abrir la puerta de su prisión sin anunciarse. Se hizo una breve inspección del ruso y la marisma circuncidante, pero no encontraron huellas de Lillywhite ni de Anstruther.

—Seguro se van nadando —dijo uno de los negros, al regresar. Y señaló con la cabeza el matorral de los bancos de arena—. ¿Los cazamos?

—No se han ido a nado —dijo Wylie, por lo bajo. Hizo un gesto hacia la pequeña playa vacía, junto al embarcadero—. Se han llevado mi bote, los tunantes.

Disgustado, comenzó a dar órdenes para el desembarco de los jabalíes rusos. Chemodurov y su familia ya iban hacia la casa de la plantación.

Uno de los esclavos salió del cobertizo con una brazada de armas, lo cual recordó a Wylie sus deberes de anfitrión.

—Le agradezco la ayuda que me ha prestado para proteger mi propiedad, señor —le dijo a Jamie, con una reverencia bastante rígida—. ¿Me permite ofrecerles mi hospitalidad, a usted y al señor MacKenzie?

—Soy yo el que le está agradecido, señor, por ayudarnos a proteger nuestra vida —replicó Fraser, con igual rigidez—. Y aprecio el ofrecimiento pero...

—Será un gran placer —lo interrumpió Roger—. Muchas gracias.

Y sorprendió a Wylie con un firme apretón de manos. Luego cogió a su suegro por el codo y se lo llevó hacia el camino de conchas, antes de que pudiera protestar

—Pero si no tienes por qué besarle el culo —dijo, en respuesta a los rezongos de Jamie, mientras se adentraban en el bosque—. Que su mayordomo nos dé una toalla limpia y algo de almorzar; luego nos iremos, antes de que él termine con sus jabalíes. No he desayunado y tú tampoco. Y si es preciso volver a Edenton a pie, no pienso hacerlo con el estómago vacío.

La idea de la comida pareció devolver un poco la ecuanimidad de Jamie. De mutuo acuerdo, dejaron para más adelante el análisis de los últimos acontecimientos... y las especulaciones sobre el paradero de Stephen Bonnet.

—¡Jabalíes rusos, nada menos! —exclamó Jamie cuando se detuvieron al

abrigo del bosque. Se sacudió como los perros—. ¡No creo que ese hombre haya visto un jabalí en toda su vida! Cualquiera diría que puede matarse sin tanto gusto.

—¿Cuánto crees que puede haberle costado? Más de lo que tú y yo ganaremos en diez años, probablemente. Sólo para que unos cuantos cerdos viajen... ¿Cuánto? ¿Seis mil millas? —Roger movió la cabeza, estupefacto.

Roger había visto uno fugazmente, mientras los esclavos lo arreaban por el muelle.

—Sí que son grandes —dijo—. Y cuando hayan engordado un poco, supongo que serán todo un espectáculo. Pero no sé si esto les gustará, comparado con Rusia.

Señaló con un gesto el bosque húmedo y enmalezado.

—Bueno, no les faltarán bellotas ni raíces —observó Jamie—. Y algún negro de vez en cuando, como postre. Supongo que estarán muy bien.

Roger se echó a reír. Jamie gruñó, divertido.

—Crees que bromeo, ¿eh? Es que tú tampoco has calzado jabalíes.

—No. Tal vez el señor Wylie nos invite a venir...

Le estalló la nuca. Todo lo demás desapareció.

En algún momento recobró la conciencia. Conciencia de un dolor tan grande que el desmayo resultaba inmensamente preferible. Se obligó a espabilarse y levantó la cabeza, aunque el esfuerzo hizo estallar fuegos artificiales dentro de sus ojos y lo puso al borde del vómito. Se apoyó en los codos, con los dientes apretados. Al cabo de un momento su vista se despejó, aunque las cosas eran todavía difusas.

Tardó un momento en comprender lo que sucedía. Los hombres estaban unos tres metros más allá, donde la maleza y los árboles le impedían ver la lucha. No obstante captó un murmullo. «*A Dhia!*», entre los jadeos y los gruñidos. Entonces sintió una aguda punzada de alivio: Jamie estaba con vida.

Su espada estaba a pocos pasos, medio cubierta de arena y hojarasca. También una de las pistolas, pero no se molestó en tocarla; aunque la pólvora estuviera seca, no podría sujetar el arma con firmeza. Falló varias veces, pero una vez que tuvo la mano bien metida en la cazoleta de la espada se sintió un

poco mejor; ya no la dejaría caer.

Se sentía como el jabalí: el suelo desconocido se movía traicioneramente bajo sus pies. De pronto pisó algo blando, que rodaba, y cayó sobre un codo.

Al girar torpemente sobre sí, estorbado por la espalda, descubrió que había pisado la pierna de Anstruther. El comisario yacía de espaldas, con la boca abierta y expresión sorprendida. En el cuello tenía un gran corte; en derredor la arena había absorbido mucha sangre, rojiza y maloliente.

Retrocedió, y la sorpresa hizo que se pusiera de pie sin pensarlo. Lillywhite estaba de espaldas a él, con la camisa de hilo mojada y pegada a la piel. Arremetió en una estocada, gruñendo; luego lanzó un golpe de plano, paró...

Jamie mostraba los dientes en una semisonrisa maniática en el esfuerzo de seguir el arma de su adversario. Pero había visto a su yerno.

—¡Roger! —gritó, corto de aliento—. ¡Roger, *a cariad!*

Lillywhite, en vez de volverse a mirar, embistió, hizo fintas, paró y arremetió.

—No... soy... tan tonto —jadeó.

Sin duda pensaba que Jamie le mentía para inducirlo a mirar hacia atrás. La visión del joven se borroneaba nuevamente en las orillas. Se aferró de un árbol, tratando de mantenerse en pie.

—Eh —dijo con voz ronca. Alzó la espada, la punta temblaba—. ¡Eh!

Lillywhite dio un paso atrás y giró en redondo, con los ojos dilatados por la sorpresa. Roger embistió a ciegas, sin apuntar, pero con toda la fuerza que le restaba en el cuerpo.

La espada penetró en el magistrado por el ojo. Después de rozar el hueco, el metal se clavó en algo y quedó adherido allí. Trató de soltar la espada, pero su mano estaba cogida en la cazoleta. Lillywhite quedó rígido.

Ya despavorido, se retorció en un intento de arrancar la espada. Lillywhite, después de un espasmo, quedó laxo y cayó hacia él, como un enorme pescado. Y él seguía tirando en vano por librarse del arma.

Por fin Jamie le sujetó la muñeca para liberarlo. Luego lo rodeó con un brazo y se lo llevó, tropezando, ciego de pánico y de dolor. Le sostuvo la cabeza y le frotó la espalda, murmurando tonterías en gaélico, mientras él vomitaba.

—¿Estás bien? —preguntó Roger, en medio de todo eso.

—Estoy bien, sí. Y tú también, ¿verdad?

Por fin pudo ponerse de pie. Lillywhite yacía boca arriba en la hojarasca. Roger cerró los ojos, tragando saliva.

—Vamos. —Jamie le cogió de un brazo y se lo pasó por los hombros.

Cuando salieron del bosque ya podía caminar por sus propios medios, aunque tendía a desviarse hacia los lados. Ante ellos se levantaba la casa de Wylie. Cruzaron el prado, sin prestar atención a las miradas de los sirvientes, que se apiñaban en las ventanas del piso alto para señalarlos y murmurar entre sí.

—¿Por qué? —preguntó Roger, al detenerse para sacudir las hojas de su camisa—. ¿Lo han dicho?

—No. —Jamie extrajo de la manga algo mojado que debía haber sido un pañuelo; después de hundirlo en la fuente ornamental, lo usó para limpiarle la cara. Tras echar una mirada a las sucias vetas resultantes, volvió a aclararlo en la fuente.

—La primera noticia que tuve fue el ruido de tu cabeza, cuando Anstruther te golpeó. Coge esto, que aún sangras. Cuando me volví a mirar, ya estabas tendido en el suelo. Y un momento después una espada se me cruzó por las costillas, como salida de la nada. Mira ésta. —Metió los dedos por un largo tajo abierto en la camisa—. Me agaché tras un árbol y a gatas logré desenvainar a tiempo. Pero ninguno de los dos dijo una palabra.

—¡Cielos! ¿Es porque tengo la cabeza reventada o en realidad esto no tiene ningún sentido? ¿Por qué se empeñaban tanto en matarnos?

—Porque nos querían muertos —explicó Jamie, muy lógico, mientras se arremangaba para lavarse las manos en la fuente—. Ellos o algún otro.

—¿Stephen Bonnet?

—Si me gustara el juego lo apostaría todo por él.

—¡Pero si te gusta el juego!

—Pues ya ves.

Jamie se pasó distraídamente una mano por el pelo revuelto. Luego se volvió hacia la casa. Karina y sus hermanas agitaban extáticamente la mano desde la ventana.

—Lo que me gustaría saber, en este momento, es dónde está Stephen

Bonnet.

—En Wilmington.

Jamie viró en redondo, fruncido el entrecejo.

—¿Qué?

—Que está en Wilmington —repitió Roger—. Es lo que dijo Lillywhite, pero yo pensé que bromeaba.

Su suegro lo miró fijamente un momento.

—Quiera Dios que haya sido una broma —dijo.

Entre los mirtos

Wilmington

Comparada con el Cerro de Fraser, Wilmington era una metrópoli embriagadora. En circunstancias normales, las chicas y yo habríamos disfrutado plenamente de sus delicias. No obstante, la ausencia de Roger y Jamie, así como el carácter de la misión que se habían impuesto, nos pedían encontrar mucha distracción.

Nos levantábamos con los ojos hinchados, entre montones de ropa sucia y sábanas húmedas. Después de alimentar y vestir a los niños, salíamos en busca de cualquier alivio mental que se pudiera hallar durante el día: carreras de caballos, tiendas o las veladas musicales por la que rivalizaban, una vez por semana y en noches sucesivas, las dos anfitrionas más eminentes de la ciudad.

La señora Dunning ofreció la suya el día siguiente a la partida de Roger y Jamie. Las ejecuciones de arpa, violín, clavicémbalo y flauta se intercalaban con recitales de poesía y «Canciones, tanto Cómicas como Trágicas», interpretadas por el señor Angus McCaskill, el popular y cortés propietario de la posada más grande de Wilmington.

Durante toda la actuación, Brianna lució un semblante tan

apasionadamente reflexivo que acabó por desconcertar a los músicos; algunos observaban con nerviosismo y se escabullían hacia el otro lado del salón, para interponer el clavicémbalo entre ambos. Yo sabía que la actitud de mi hija no se relacionaba en absoluto con la ejecución: antes bien, revivía las discusiones que habían precedido a la partida de los hombres.

Brianna se mostró apasionada, elocuente y feroz. Jamie, paciente, sereno e inamovible. Yo mantuve la boca cerrada; por una vez fui más terca que cualquiera de ellos. No podía, a conciencia, aliarme con Bree, pues sabía cómo era Stephen Bonnet. Tampoco podía aliarme con Jamie, pues sabía cómo era Stephen Bonnet.

Pero también sabía cómo era mi marido. Y si al pensar que iba a enfrentarse con ese hombre me sentía como si estuviera colgada de una cuerda raída, sobre un pozo sin fondo, también reconocía que estaba equipado como pocos para esa tarea. Más allá de su habilidad para matar, se trataba de un asunto de conciencia.

Lo que Bonnet le había hecho a Brianna no era un crimen que Jamie pudiera perdonar, mucho menos olvidar. Pero más allá de la simple venganza o la amenaza constante que ese hombre representaba para Bree y Jemmy, Jamie se sentía personalmente responsable, al menos en parte, por el daño que Bonnet pudiera causar en el mundo: a nuestra familia o a otras personas. En una ocasión le había ayudado a escapar del patíbulo; no tendría paz mientras no corrigiera ese error. Y así lo dijo.

—¡Estupendo! —le siseó Brianna, con los puños apretados a los flancos—. Tú tendrás paz. ¡Perfecto! ¿Y qué paz tendremos mamá y yo si tú mueres? ¿O Roger?

—¿Preferirías que fuéramos unos cobardes?

—¡Sí!

—No es verdad —aseguró él—. Ahora piensas así porque tienes miedo.

—¡Por supuesto que tengo miedo! Y también mamá, sólo que ella no lo dice porque piensa que irás de cualquier modo.

—Si piensa eso, tiene razón. —Jamie me miró de soslayo, con un amago de sonrisa—. Me conoce bien, ¿verdad?

Lo miré, pero de inmediato aparté la cara, con los labios bien cerrados, y me dediqué a contemplar los barcos anclados en el puerto, mientras la

discusión continuaba.

Fue Roger quien le puso fin.

—Brianna —dijo suavemente, cuando ella hizo una pausa para respirar—. No permitiré que ese hombre viva en el mismo mundo que mis hijos o mi esposa —continuó—. ¿Partimos con tu bendición... o sin ella?

Si alguna bendición le dio, fue otorgada por la noche, en la paz del lecho. Jamie recibió mi bendición y mi adiós en la misma oscuridad, siempre sin decir palabra.

A la noche siguiente, la señora Crawford presentó en su velada a los mismos ejecutantes, poco más o menos, pero con una novedad: fue allí donde conocí el aroma de las velas de mirto.

—¿Qué es ese perfume encantador? —pregunté en el intervalo a la dueña de la casa.

—Cera de mirto —respondió ella, complacida—. No la utilizo por sí sola, aunque es posible, porque se necesita una tremenda cantidad de bayas, cerca de ocho libras, para obtener una sola libra de cera. De modo que mezclo la cera de mirto con la de abejas. Y he quedado muy satisfecha.

Así fue como, al tercer día, pedí prestados varios cubos a nuestra posadera, encargué una cesta con el almuerzo y reuní a mis tropas para una expedición recolectora.

Brianna y Marsali consintieron de inmediato, aunque con poco entusiasmo.

—Cualquier cosa es preferible a quedarnos sentadas aquí, preocupadas —dijo Brianna.

—Sí, y cualquier cosa es mejor que el olor a pañales sucios y leche agria —añadió Marsali, abanicándose con un libro; se la veía pálida—. No me vendría mal un poco de aire fresco.

Yo no estaba segura de que pudiera caminar tanto con su abultado vientre (ya estaba en el séptimo mes), pero ella aseguró que el ejercicio le sentaría bien.

El señor Burns, nuestro posadero, desenterró amablemente una vieja carretilla de cabra, que tuvo la gentileza de ofrecernos. No obstante, la cabra estaba dedicada a comer ortigas en el jardín vecino y rehusó dejarse atrapar.

Tras perseguirla acaloradamente durante un cuarto de hora, Brianna declaró que prefería tirar ella misma de la carretilla antes que seguir jugando al que te pilló con ese animal.

—¡Señora Fraser, señora Fraser!

Ya íbamos calle abajo, con los niños, los cubos y la cesta del almuerzo en la carretilla, cuando la señora Burns salió corriendo de la posada; traía una jarra de cerveza en una mano y una vetusta pistola de pedernal en la otra.

—Serpientes —explicó al entregarme el arma—. Dice mi Annie que la última vez que pasó por allí vio diez o doce víboras.

—Serpientes —repetí, aceptando de mala gana el objeto y su correspondiente parafernalia.

Iba a poner la pistola en el cesto de la comida, pero ante la querúbrica inocencia de Germain y Jemmy decidí que era imprudente dejarles un arma a mano, aunque estuviera descargada. Opté por dejarla caer dentro de un cubo y lo colgué del brazo.

Guiadas por las indicaciones de la señora Crawford, recorrimos un kilómetro y medio playa abajo, hasta encontrar un bosque costero.

—Por allí —dije, señalando la enmarañada vegetación.

Como habría sido más difícil continuar con la carretilla, la dejamos allí. Mientras los niños corrían libremente, persiguiendo cangrejos y aves, nosotras nos adentramos a paso lento en el bosque achaparrado.

Pese a lo espeso de la maleza, caminar por allí era más agradable que por la playa abierta; los árboles eran lo bastante altos como para brindar una grata sensación de intimidad y refugio; la fina capa de hojarasca y pinaza permitía pisar mejor.

Jemmy, cansado de caminar, me tiró de la falda y extendió los brazos.

—Vamos. —Dejé que el cubo de bayas me colgara de la muñeca y lo alcé con un crujir de vértebras; era un niño muy bien fornido. Él me ciñó cómodamente de la cintura con los pies cubiertos de arena y apoyó la cara en mi hombro, con un suspiro de alivio.

Cuando vimos un exuberante grupo de mirtos, nos diseminamos hasta perdernos de vista entre las matas, pero de vez en cuando nos llamábamos mutuamente, a fin de no extraviarnos.

Yo había dejado a Jemmy en el suelo. Mientras me preguntaba si podía

dar alguna utilidad a la pulpa de las bayas, después de hervirlas para extraer la cera, oí un suave crujir de pisadas al otro lado de la mata.

—¿Eres tú, querida? —pregunté, pensando que era Brianna—. Convendría almorzar pronto; creo que está a punto de llover.

—Pues qué amable invitación —dijo una voz masculina, muy divertida—. Se lo agradezco, señora, pero he desayunado en abundancia hace poco rato.

Al verlo salir de detrás del arbusto me quedé paralizada, completamente enmudecida. Lo extraño es que mi mente funcionaba a la velocidad de la luz.

«Si Stephen Bonnet está aquí, es que Jamie y Roger están fuera de peligro, gracias a Dios».

«¿Dónde están los niños?».

«¿Dónde está Bree?».

«¿Dónde está esa pistola, maldita sea?».

—¿Quién es ése, *grand-mère*? —Germain, con algo que parecía una rata muerta colgando de una mano, se aproximó con cautela y miró al intruso con los ojos entornados.

—Germain —dije con voz ronca, sin apartar los ojos de Bonnet—, ve a por tu madre y quédate con ella.

—¿Conque *grand-mère*? ¿Y quién es su madre? —El hombre nos miró alternativamente, interesado. Por fin inclinó el sombrero hacia atrás y se rascó la mandíbula.

—Eso no importa —dije, con toda la firmeza posible—. ¡Ve, Germain!

Eché un vistazo hacia abajo, pero la pistola no estaba en mi cubo. De los seis habíamos dejado tres en la carretilla; indudablemente el arma estaba en uno de éstos. Mala suerte.

—¡Oh!, no te vayas todavía, jovencito. —Bonnet hizo un gesto hacia Germain, pero el niño, alarmado, se escabulló hacia atrás y le arrojó la rata a las rodillas. La sorpresa hizo que el hombre vacilara un instante, justo lo que Germain necesitaba para desaparecer entre los mirtos. Ojalá supiera dónde estaba Marsali. Lo último que necesitábamos era que se perdiera.

Bueno, quizá había cosas peores. Lo último era que Stephen Bonnet viera a Jemmy. Y eso fue lo que sucedió un instante después, cuando mi nieto salió de las matas. Mi parálisis desapareció en un segundo: lo alcé

precipitadamente y retrocedí varios pasos.

—¿Y quién es este dulce hombrecito? —preguntó Bonnet, dando un paso hacia mí.

—Mi hijo —respondí al instante.

—Ya veo que se parece a su padre. —En las pobladas cejas rubias, brillaban gotas de sudor—. Y a su... hermana. Esa encantadora hija suya, ¿se encuentra por aquí, querida mía? Tengo muchos deseos de renovar nuestra relación.

—No lo pongo en duda —dije, sin esforzarme por disimular mi tono cortante—. Pero ella está en casa... con su marido.

—¿En casa, vaya! ¿Y a qué llama usted casa, señora? —Se quitó el sombrero para secarse la cara con la manga.

—Pues... a la que tenemos en el campo. Una granja. —Señalé vagamente hacia lo que me pareció el oeste.

—Una granja —repitió; un músculo se le contrajo en la mejilla—. ¿Y qué les ha traído tan lejos de su casa, si me permite preguntar?

—No le permito —dije—. Es decir... puede preguntárselo a mi marido. No tardará en venir.

—¡Oh!, eso lo dudo, mi querida señora Fraser. Verá usted, a estas horas él ya estará muerto.

—¿Qué quiere decir?

—Le explicaré: ha sido un trato —dijo. Su diversión parecía ir en aumento—. Una división de trabajo, se podría decir. Mi amigo Lillywhite y el bueno del comisario se ocuparían de los señores Fraser y MacKenzie; el teniente Wolff manejaría la parte de la señora Cameron. De ese modo quedaba a mi cargo la agradable tarea de familiarizarme con mi hijo y reencontrarme con su madre. —Su mirada se encontró con Jemmy.

Ante eso rió brevemente.

—No sabe usted mentir, señora, si me perdona el comentario. Sabe perfectamente lo que quiero decir, pues me vio allá, en River Run. Francamente, me encantaría saber qué hacían usted y el señor Fraser. ¿Carnear a esa negra que mató Wolff? Dicen que la imagen del asesino queda grabada en los ojos de la víctima, pero a juzgar por lo que vi, usted no observaba los ojos. ¿Era algún tipo de magia?

—Wolff... ¿Conque fue él?

En ese momento me daba lo mismo que el teniente hubiera asesinado a una veintena de mujeres; sólo quería entretenerlo con cualquier tema de conversación.

—Pues sí. Es un chapucero, ese Wolff —dijo con objetividad—. Pero como fue él quien averiguó lo del oro, ha exigido participar en la empresa.

¿Dónde estaban Marsali y Brianna? ¿Las habría encontrado Germain? No se oía otra cosa que el zumbido de los insectos y el batir lejano del oleaje. Pero alguien tenía que oírnos.

—El oro —dije, en voz algo más alta—. ¿A qué oro se refiere? En River Run no hay oro alguno. Yocasta Cameron ya se lo habrá dicho.

—Reconozco que la señora Cameron miente mejor que usted, querida, pero tampoco a ella la creí. El caso es que el doctor vio ese oro, ¿comprende usted?

—¿Qué doctor?

—Rawls... creo que se llamaba. O Rawlings —aclaró Bonnet—. Pero no tuve el placer de conocerlo, de modo que podría equivocarme.

—Lo siento, pero aún no entiendo una palabra de lo que me dice.

Yo intentaba simultáneamente sostenerle la mirada y buscar en el suelo cualquier cosa que se pudiera utilizar como arma. Bonnet tenía una pistola y un cuchillo en el cinturón, pero no parecía deseoso de usarlos.

—¿No? Pues bien, fue Wolff, como le decía. Necesitaba que le extrajeran un diente o algo parecido, y así fue como conoció a ese matasanos en Cross Creek. Luego lo invitó a beber algo y acabó pasando la noche en una taberna, bebiendo con él. Por lo que parece, el doctor era otro borrachín. Antes del amanecer los dos eran uña y carne. Rawlings dejó traslucir que en River Run había visto una gran cantidad de oro, pues justamente venía de allí, ¿comprende usted?

Rawlings perdió la conciencia o la recuperó lo bastante para no decir más, pero esa revelación fue suficiente para reafirmar al teniente en su decisión de obtener la mano (y la propiedad) de Yocasta Cameron.

—Pero la señora no quiso saber nada de él. Y luego anunció que había aceptado al manco. ¡Ah!, qué golpe cruel para el orgullo del teniente. — Sonreía al decirlo; le faltaba un molar a un lado.

El teniente Wolff, furioso y desconcertado, pidió consejo a su gran amigo, Randall Lillywhite.

—Ah, ¿fue por eso que mandó arrestar al cura en la congregación? ¿Para evitar que casara a la señora Cameron con Duncan Innes?

—Así debía ser. Una pequeña postergación nos daría la oportunidad de investigar mejor el asunto.

Esa oportunidad se había presentado durante la boda. Tal como lo habíamos planteado en nuestras teorías, alguien (el teniente Wolff) intentó drogar a Duncan Innes con una taza de ponche y láudano. El plan era dejarlo inconsciente y arrojarlo al río. Durante el revuelo ocasionado por la desaparición del novio y su presumible muerte accidental, Wolff podría revisar el lugar a fondo, en busca del oro... y a su debido tiempo renovar su proposición a Yocasta.

—Pero la negra se bebió el preparado —dijo, sin que se le moviera el pelo—. Por desgracia no la mató. Y como habría podido decir quién le entregó la taza, Wolff mezcló vidrio molido a las gachas que iban a darle.

—Lo que quiero saber —dije— es qué papel desempeña usted en todo esto. ¿Qué hacía allí, en River Run?

—¿No sabe usted, querida, que el teniente y yo somos grandes amigos desde hace años? Él me pidió ayuda para eliminar al manco. De ese modo podría dejarse ver en medio de la fiesta, divirtiéndose en total inocencia, mientras su rival sufría un accidente. Una vez que el láudano falló, lo mejor habría sido darle un buen golpe en la cabeza a ese Innes y arrojarlo al agua. Pero no hubo manera; se pasó la mitad del día en las letrinas y siempre había alguien con él.

No había a mi alcance nada que se pudiera usar como arma. Durante la conversación Jemmy iba perdiendo el miedo a ese desconocido y empezaba a querer desasirse.

Retrocedí un poco; Bonnet, al verlo, sonrió sin preocupación. Obviamente no creía que yo pudiera escapar. Y esperaba algo. Por supuesto, me lo había dicho él mismo. Esperaba a Brianna. Comprendía tardíamente que nos había seguido desde la ciudad; sabía que Marsali y Brianna estaban cerca; era mucho más sencillo esperar a que reaparecieran.

—La señora Cameron... Innes, en esta ocasión, se mostró bien dispuesta

a hablar en cuanto le insinué que su esposo podía perder algunas de sus atesoradas partes. Pero en realidad esa vieja embustera nos mintió. Más adelante, al reflexionar, se me ocurrió que se mostraría más dispuesta si se trataba de su heredero. —Y miró a Jemmy, chasqueando la lengua—. Así que iremos a ver a su tía abuela, ¿verdad pequeño?

Jemmy lo miró con desconfianza y se apretó a mí. Yo había logrado introducirme entre dos matas de mirto. Trataría de distraerle con la conversación hasta que pudiera girarme, dejar a Jemmy en el suelo e instarlo a correr. Con un poco de suerte podría bloquearle el paso el tiempo suficiente para que él huyera... siempre que el niño echara a correr.

—Lillywhite —dije, retomando la conversación—. ¿A qué se refería usted cuando dijo que él y el comisario iban a... ocuparse de mi esposo y el señor MacKenzie?

—Pues lo dicho, señora Fraser: su esposo ha muerto. —Había empezado a mirar más allá de mí, entre las matas. Obviamente, esperaba que Brianna apareciera en cualquier instante—. Lo que sucedió durante la boda nos hizo ver con claridad que no convenía permitir que la señora Cameron tuviera tanta protección. Si habíamos de intentarlo nuevamente, era menester que ella no tuviera parientes varones a los que pedir ayuda ni venganza. Por eso, se me ocurrió que era una buena oportunidad para eliminarlo tanto a él como al señor MacKenzie: dos pájaros de un solo tiro. Pero luego me pareció mejor que Lillywhite se ocupara de esa parte, junto con su comisario domesticado. —Sonrió—. Mientras tanto yo vendría a por mi hijo y su madre; de ese modo no habría peligro de que algo saliera mal. ¿Comprende usted? Podríamos...

Giré sobre mis talones y planté a Jemmy en el suelo, al otro lado de las matas.

—¡Corre! —lo insté—. Corre, Jem, vete.

Se escabulló con un destello rojo, gimoteando de miedo. Bonnet chocó conmigo.

Trató de apartarme de un empujón, pero yo lo estaba esperando y traté de arrebatarse la pistola que llevaba al cinturón. Él se apartó con un movimiento brusco, pero yo ya había cogido la culata; la desenfundé y, mientras, caía al suelo, con él encima, la arrojé hacia atrás.

Él rodó hacia un costado y se incorporó sobre las rodillas. De inmediato

quedó petrificado.

—No se mueva... o por la Santa Virgen que le volaré la cabeza.

Marsali, blanca como una sábana, apuntaba la vetusta pistola de pedernal contra él, por encima de la curva de su vientre.

—¡Mátalo, *maman!* —La cara de Germain, detrás de ella, brillaba de ansiedad—. ¡Mátalo! ¡Como al puercoespín!

Joan, algo más atrás, empezó a llorar al oír la voz de su madre, pero Marsali no apartaba los ojos de Bonnet. ¿Habría cargado y cebado la pistola? Probablemente, puesto que olía a pólvora negra.

—Vale, vale —dijo Bonnet, lentamente.

Noté que calculaba la distancia entre él y Marsali: cuatro o cinco metros, demasiado para que pudiera alcanzarla de un salto. Puso un pie en el suelo y empezó a levantarse. En tres pasos llegaría hasta ella.

—¡No dejes que se levante! —Yo también me puse de pie y le di un empujón en el hombro. Cayó de lado y amortiguó el golpe con una mano. Luego giró hacia atrás, con más celeridad de la que yo habría podido imaginar, y me cogió por la cintura para ponerme sobre él.

De pronto me encontré con su brazo ceñido en torno al cuello, sujetándome contra su pecho. Hubo un susurro de metal contra la piel y algo frío me tocó el cuello. Dejé de forcejear para coger aliento.

Marsali tenía los ojos abiertos como platos y los labios muy apretados. Gracias a Dios, su mirada seguía apuntando a Bonnet y la pistola también.

—Dispara, Marsali —dije, con calma—. Ahora mismo.

—Baja esa pistola, muchacha —dijo Bonnet, con igual serenidad—, si no quieres que le corte el cuello en lo que cuento tres. Uno...

—¡Dispárale! —ordené con todas mis fuerzas. E inhalé mi última bocanada de aire.

—Dos...

—¡Espere!

La presión de la hoja contra mi cuello cedió un poco; con un cosquilleo de sangre, me permitió otro resuello que ya no esperaba. Pero no tuve tiempo de disfrutarlo: Brianna estaba entre los mirtos, con Jemmy aferrado a sus faldas.

—Suéltala —dijo.

Marsali, que contenía el aliento, lo dejó escapar en un jadeo y respiró a fondo.

—No me soltará. Y tampoco importa —les dije a ambas, con firmeza—. Marsali, dispárale. ¡Hazlo ya!

Ella tensó la mano que sostenía el arma, pero no pudo hacerlo. Echó un vistazo a Brianna; estaba muy pálida y le temblaba la mano.

—Mátalo, *maman* —susurró Germain, pero en su voz había desaparecido la ansiedad. Él también estaba pálido y no se apartaba de su madre.

—Vendrás conmigo, preciosa. Tú y el pequeño. —Al hablar Bonnet sentí la vibración de su pecho; también percibí la medio sonrisa en su cara, aunque no podía verla—. Los otros pueden irse.

—No hagas caso —dije, tratando de que Bree me mirara—. No nos dejará ir, y tú lo sabes. Nos matará, a mí y a Marsali, aunque diga lo contrario. Lo único que se puede hacer es dispararle. Si ella no puede, tendrás que hacerlo tú, Bree.

Los ojos de Brianna se desviaron bruscamente hacía mí, espantados. Bonnet gruñó, medio divertido, medio fastidiado.

—¿Condenar a su madre? No es capaz de eso, señora Fraser.

—Oye, Marsali... te matará, y al bebé contigo —dije, tensando todos los músculos en el esfuerzo de hacérselo comprender, de lograr que disparara—. Germain y Joan morirán aquí, solos. Lo que suceda conmigo no importa, créeme. Por el amor de Dios, ¡dispara ya!

Ella disparó.

Hubo una chispa y una bocanada de humo blanco; Bonnet dio un respingo. Luego la mano de Marsali se aflojó, la boca de la pistola apuntó hacia abajo... y el proyectil cayó a la arena, junto con el taco. El tiro había fallado.

Marsali gimió de espanto. Brianna, con la velocidad del rayo, recogió el cubo caído y lo arrojó a la cabeza de Bonnet. Él me soltó para lanzarse a un lado, con un chillido. Un momento después Germain y Jemmy lloraban a dúo y Joan chillaba como una loca en el bosque.

Bonnet estaba nuevamente de pie, enrojecido y con el cuchillo en la mano. Aunque se lo veía furioso, hizo un esfuerzo por sonreír a Brianna.

—Vamos, guapa —dijo, alzando la voz para hacerse oír por encima de la

barahúnda—. Sólo he venido a por ti y a por mi hijo. No voy a haceros daño.

—No es tu hijo —replicó ella, en voz baja y enconada—. Y nunca lo será.

—¿No? —exclamó él, despectivo—. Pues no es lo que me dijiste en aquella mazmorra de Cross Creek, mi cielo. Y ahora que lo veo... —Miró nuevamente a Jemmy—. Es mío, querida. Se me parece, ¿verdad, muchacho?

Jemmy, entre aullido, sepultó la cara en las faldas de su madre. Bonnet se encogió de hombros y abandonó todo intento de engatusarla.

—Vamos —dijo. Y dio un paso hacia delante, con intención de apoderarse de Jemmy.

La mano de Brianna salió de sus faldas, armada con una pistola. Era la que yo había arrancado del cinturón de ese hombre, y apuntaba al sitio de donde provenía. Bonnet se detuvo en seco, boquiabierto.

—¿Qué me dices? —susurró. Lo miraba sin parpadear—. ¿Mantienes la pólvora seca, Stephen?

Afirmó la pistola con ambas manos y le disparó a la entrepierna.

Él fue veloz, debo de reconocerlo. Aunque no tenía tiempo para huir, se cubrió la parte amenazada con ambas manos, en el mismo instante en la que ella apretaba el gatillo. La sangre estalló entre sus dedos en una densa llovizna, sin que yo pudiera ver dónde lo había herido.

Retrocedió con paso vacilante, aferrándose. Miraba en derredor como si no pudiera creerlo. Su respiración se hizo más rápida y trabajosa. Nosotras lo mirábamos, paralizadas.

Entre jadeos, dio la vuelta y se alejó, como un bicho que alguien hubiera pisado, con movimientos convulsos. Se oyó el ruido de las matas contra las que chocaba. Un momento después desapareció.

—¿Decía la verdad? —Brianna se agachó junto a mí—. ¿Crees que habrán muerto?

—No —dije. No sentía pánico al recordar lo que Bonnet había dicho; sólo una certidumbre en el pecho, como un peso pequeño y reconfortante—. No, no han muerto.

Marsali había desaparecido para ir a por Joanie. Germain, inclinado sobre la arena, estudiaba con fascinación las manchas de sangre.

—Vamos —dije, mientras daba tiernas palmaditas a Jemmy—. Creo que por ahora prescindiremos de velas perfumadas.

Roger y Jamie reaparecieron dos días después. Yo estaba razonablemente segura de que Roger tenía una pequeña conmoción cerebral, pero él se negó a acostarse. En cambio permitió que Bree le sostuviera la cabeza en el regazo y tocara el impresionante chichón, entre exclamaciones de horror. Mientras tanto, Jamie nos hizo un breve relato de la batalla del embarcadero y nosotras les dimos una explicación algo confusa de nuestra aventura entre los mirtos.

—¿Entonces Bonnet no ha muerto? —preguntó Roger, abriendo un ojo.

—No lo sabemos —reconocí—. Escapó. No sé si su herida era grave. No perdió mucha sangre, pero si recibió el disparo en el bajo vientre, es mortal, casi con certeza. La muerte por peritonitis es muy lenta y horrible.

Fergus llegó en el barco del mediodía. Traía triunfalmente las escrituras oficialmente selladas de las dos concesiones de tierras, con lo que coronó el día. No obstante, las celebraciones fueron limitadas, puesto que aún quedaba un gran cabo suelto.

Después de una vigorosa discusión, se decidió que él y yo viajaríamos inmediatamente a River Run. La parte joven de nuestra familia permanecería en Wilmington algunos días más para concluir los asuntos pendientes; mientras tanto se mantendrían alertas por si se hablaba de algún hombre herido o moribundo. Después regresarían al Cerro Fraser, con cuidado de no acercarse a Cross Creek ni a River Run.

—Así el teniente no podrá influir sobre mi tía amenazándoos a ti o al niño —explicó Jamie a Brianna. Luego se dirigió a sus yernos—. En cuanto a vosotros, *mo charadean*, no podéis dejar a las mujeres y los pequeños solos. ¡Sabe Dios a quién podrían matar esta vez!

Al amanecer siguiente, partimos solos.

Astucia de zorros

Tres días después, cuando ya estaba atardeciendo, llegamos a River Run.

—¿Qué opinas? —pregunté a Jamie. Habíamos detenido a los caballos al pie del prado, para observar bien la situación antes de acercarnos a la casa.

—Por lo menos nadie ha incendiado la casa —respondió, empujando sobre los estribos—. Tampoco hay ríos de sangre corriendo por la escalinata.

Cuando llegamos a la puerta principal tuve la certeza de que algo andaba mal. En la casa reinaba una quietud siniestra. Lo más extraño era que Ulises no saliera a recibirnos. Durante varios minutos nadie respondió a nuestras llamadas; cuando al fin se abrió la puerta, quien apareció fue Freda, la criada de Yocasta.

Tenía tan mala cara como la última vez que la había visto, casi un año antes, tras la muerte de su madre; pero al vernos se le iluminaron los ojos y relajó la boca en visible alivio.

—¡Oh, señor Jamie! —exclamó—. ¡Tanto como he rezado desde ayer, pidiendo que alguien viniera a ayudarnos!

—Sí, pequeña. Nunca pensé que yo pudiera ser la respuesta a una plegaria, pero no tengo objeciones. Mi tía... ¿está bien?

Y se retiró sin darnos tiempo a hacer más preguntas, señalándonos la escalera.

Yocasta estaba tejiendo en sus habitaciones. Al oír nuestras pisadas

levantó la cabeza. Antes de que pudiéramos decir nada, preguntó con voz trémula:

—¿Jamie? —Y se levantó.

—Sí, tía, soy yo. Y Claire. ¿Qué es lo que pasa? —Jamie cruzó la habitación en dos zancadas y le cogió la mano para darle unas palmaditas reconfortantes.

La cara de la anciana sufrió la misma transformación de alivio que habíamos visto en Freda. Durante un momento pareció que le fallaban las rodillas, pero irguió la columna y se volvió hacia mí.

—¿Claire? Bendita sea santa Bride por haberte traído, aunque no sé cómo... Pero dejemos eso por ahora. ¿Quieres venir? Duncan está herido.

En la habitación contigua, yacía inerte bajo un montón de edredones. En un primer momento temía que hubiera muerto, pero se movió al oír la voz de Yocasta.

—*Mac Dubh?* —preguntó, intrigado. Y asomó la cabeza entre los cobertores, bizqueando en la penumbra—. Por todos los santos, ¿qué te trae por aquí?

—El teniente Wolff —dijo Jamie, algo cáustico—. ¿Te suena ese nombre?

—Pues sí, ya lo creo.

La voz de Duncan tenía un dejo extraño, pero no le presté atención; estaba ocupada en encender velas y desenterrarlo para ver qué le sucedía. Esperaba encontrarme con una herida de pistola o puñal, pero a primera vista no había nada de eso. Tuve que reordenar la mente para descubrir que tenía una pierna rota.

Mientras Freda iba a buscar material para entablillarle la pierna, Jamie, informado de que Duncan no corría peligro, se sentó para ir al fono del asunto.

—¿El teniente Wolff ha andado por aquí? —preguntó.

—Eh... sí. —Nuevamente esa pequeña vacilación.

—¿Y se ha ido?

—Pues sí. —Duncan se estremeció involuntariamente.

—¿Duele? —pregunté.

—¡Oh!, no, señora Claire —me aseguró—. Ha sido sólo... bueno...

—Será mejor que me lo cuentes sin rodeos, Duncan —advirtió Jamie, con cierta exasperación—. Y si las cosas son como creo, yo también tengo algo que contarte.

El teniente había estado en River Run dos días antes, pero contra su costumbre no se presentó por la puerta principal. Lo que hizo fue dejar su caballo maneado a uno o dos kilómetros y aproximarse a pie, con sigilo.

—Lo sabemos sólo porque después encontramos el caballo —explicó Duncan, mientras yo le vendaba la pierna—. Pero no sospechábamos que estuviera aquí. Hasta que salí para ir a la letrina, después de cenar, y él se arrojó encima de mí en la oscuridad. Estuve a punto de morir del susto. Y luego casi he muerto de veras, porque me disparó. Si hubiera tenido el brazo de ese lado, creo que lo habría atravesado. Pero como no lo tengo, no hubo herida.

A pesar de su discapacidad, Duncan se defendió ferozmente: golpeó al teniente en la cara y cargó contra él, derribándolo hacia atrás.

—Tropezó con el muro de ladrillo y cayó por encima, de modo que se dio un horrible golpe en la cabeza.

—¡Vaya! ¿Entonces murió en el acto? —preguntó Jamie, interesado.

—Pues no. —Duncan parecía haberse tranquilizado durante el relato, pero en ese momento volvió a inquietarse—. Verás, *Mac Dubh*... Yo también me tambaleé al derribarlo, pisé la canaleta de la letrina y me partí la pierna. Y allí me quedé, gimiendo junto al camino. Por fin Ulises oyó mis llamadas y bajó, seguido por Yo.

Mientras Ulises iba a buscar un par de caballerizos para cargar a Duncan hasta la casa, él le había explicado a Yocasta lo ocurrido. Después, entre el dolor de la pierna rota y su costumbre de dejar que el mayordomo resolviera las dificultades, se despreocupó del teniente.

—Fue culpa mía, *Mac Dubh*; lo reconozco —dijo, pálido y ojeroso—. Tenía que haber dado un par de órdenes. Pero ni siguiera ahora sé qué es lo que debía mandar, y mira que he tenido tiempo para pensarlo.

El resto de la historia, que le arrancamos pese a su renuencia, era que Yocasta y su mayordomo, tras discutir el asunto, habían llegado a la conclusión de que el teniente ya no era una molestia, sino una verdadera amenaza. Y estando así las cosas...

—Ulises lo mató —dijo Duncan sin rodeos. Luego hizo una pausa, nuevamente horrorizado—. Yo me ha dicho que ella se lo ordenó. Y Dios sabe que es muy capaz de eso, *Mac Dubh*.

—¡Cielo Santo! —exclamó Jamie—. Si alguien se entera, Ulises será ahorcado en el acto... o algo peor, aunque mi tía se lo haya ordenado.

—Así es —añadió Duncan—. No puedo permitir que vaya al patíbulo pero ¿qué haré con el teniente? Hay que tener en cuenta a la marina, por no hablar de los comisarios y los magistrados.

Eso era un punto decisivo. La prosperidad de River Run dependía en gran parte de que la marina siguiera comprándole madera y brea. En realidad, el teniente Wolff era el contacto responsable de esos contratos. Era comprensible que la marina de su majestad mirara con malos ojos al terrateniente que había matado a su representante local, cualquiera que fuese su motivo. En cuanto a la ley, representada por el comisario y los magistrados, tal vez fura un poco más comprensiva con la situación... pero no con el perpetrador. Cuando un esclavo derramaba sangre de un blanco, se lo condenaba automáticamente, aunque lo hubieran provocado. Poco importaba lo que hubiera sucedido; aunque diez testigos declararan que Wolff había atacado a Duncan, Ulises no se salvaría.

Jamie se frotó el mentón con un nudillo.

—Eh... ¿Cómo fue que...? Es decir... ¿No podríamos declarar que lo hiciste tu mismo Duncan? Después de todo fue en defensa propia. Y tenemos evidencias de que el hombre vino a asesinarte, con la idea de desposar luego a mi tía por la fuerza o, por lo menos, retenerla como rehén para que revelara lo del oro.

—¿Qué oro? —Duncan puso cara de no entender—. ¡Pero si aquí no hay oro! ¿No quedó eso claro el año pasado?

—El teniente y sus socios creen que sí —le informé—. Pero Jamie os contará eso dentro de un momento. Ahora bien, ¿qué sucedió con el teniente?

—Ulises le cortó el cuello —dijo Duncan, tragando saliva—. Con mucho gusto diría que fui yo, pero...

Aparte de lo difícil que habría sido degollar a alguien con una sola mano, era demasiado obvio que el teniente había muerto a manos de un zurdo. Y Duncan ni siquiera tenía mano izquierda. Yo sabía que Yocasta Cameron era

zurda, al igual que su sobrino, pero por el momento el tacto me impedía mencionarlo.

—¿Dónde está Ulises?

—En el establo, si es que no se ha ido ya.

Consciente de que su mayordomo sería condenado a muerte si alguien descubría la verdad, Yocasta le había ordenado ensillar un caballo y huir hacia las montañas si veía llegar a alguien.

Jamie respiró hondo y se pasó una mano por la cabeza, pensativo.

—Bueno, lo mejor sería que el teniente desapareciera. ¿Dónde lo habéis puesto, Duncan?

—Creo que está en el foso de la barbacoa, *Mac Dubh*. Envuelto en una tela cubierta de brea y tapado con leña, como si fuera una res de cerdo.

Mi marido volvió a arquear las cejas, pero se limitó a asentir.

—De acuerdo. Déjalo de mi cuenta.

Dejé instrucciones de que dieran a Duncan aguamiel y una infusión de té, eupatorio y corteza de cerezo; luego salí con Jamie para analizar los diferentes métodos de desaparición.

—Lo más sencillo sería enterrarlo en un sitio cualquiera, supongo —dije.

—Hum. —Jamie alzó la antorcha de pino para observar, pensativo, el bulto bajo la tela embreada—. Quizá. Pero pienso en los esclavos. Todos saben lo que sucedió. Si lo sepultamos aquí también lo sabrán. No se lo dirán a nadie, desde luego, pero su fantasma quedara rondando, ¿no?

—¿Su fantasma? —repetí, ciñéndome el chal.

—Por supuesto. Asesinado aquí y escondido sin venganza...

—¿De veras crees que rondaría por aquí? —pregunté, cautelosa—. O te refieres a lo que creerían los esclavos.

Él se encogió de hombros.

—No creo que haya mucha diferencia. Ellos evitarán el lugar donde lo enterremos; alguna de las mujeres verá su fantasma por la noche y correrán los rumores, como siempre sucede. Y llegará el momento en que uno de los esclavos diga algo en Greenriver; llegará a oídos de Farquod y no pasará mucho tiempo sin que alguien venga a hacer preguntas. Además, la marina no tardará en buscar al teniente. ¿Y si lo fondeamos en el río? Después de todo, era lo que él pensaba hacer con Duncan.

—No es mala idea —reflexioné—. Pero él quería que Duncan apareciera. Es este tramo el río no tiene mucha profundidad y pasan muchas embarcaciones. Aun si pusiéramos un buen peso al cadáver, es posible que aparezca flotando en la superficie o que alguien lo enganche con una pértiga. Pero aunque apareciera, ¿habría algún problema? Nadie lo relacionaría con River Run.

—Sí, es cierto. Pero si aparece alguien de la marina hará una investigación. Alguien vendrá a hacer preguntas. ¿Y qué pasará si interrogan a los esclavos?

—Hum, sí. —Teniendo en cuenta el nerviosismo de los esclavos, cualquier interrogatorio haría que alguno de ellos cayera en el pánico y dijera lo que no debía.

Jamie contemplaba con expresión abstraída el bulto tapado.

—Supongo que... podríamos quemarlo —dije, tragando bilis—. Al fin y al cabo ya está en el foso.

—No es mala idea —dijo Jamie. Su boca se contrajo en una vaga sonrisa—. Pero creo que tengo otra mejor.

Se volvió para contemplar la casa. Había luz en algunas ventanas, pero todo el mundo estaba dentro, acobardado.

—Acompáñame —dijo, súbitamente decidido—. En el establo debe de haber una maza.

El frente del mausoleo estaba cerrado por una reja ornamental de hierro forjado, con una enorme cerradura; la decoraban rosas jacobitas de dieciséis pétalos.

—¿Te parece que esto es mejor que enterrarlo o quemarlo? —pregunté en susurros, aunque no había nadie por allí.

—¡Oh!, sí. El viejo Héctor se ocupará de él y evitará que haga daño a nadie —aseguró Jamie, como si tal cosa.

Levanté la antorcha para que Jamie viera mejor. Había envuelto la maza con trapos, para no desconchar el mármol. Los pequeños bloques de la pared frontal, dentro de la reja, estaban hábilmente cortados de modo que se casaran entre sí, y pegados con poco cemento. Al primer golpe, dos de ellos se desplazaron varios centímetros. Con algunos golpes más se abrió un espacio

oscuro, por el que se podía ver la negrura interior.

Jamie se secó el sudor de la frente y murmuró algo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Dije que esto hiede —respondió. Parecía intrigado.

—¿De qué te sorprendes? —pregunté, algo irritada—. ¿Cuánto hace que murió Héctor Cameron? ¿Cuatro años?

—Pues sí, pero no es...

—¿Qué estáis haciendo! —La voz de Yocasta resonó detrás de mí, agudizada por la agitación. Estaba de pie en el camino, fantasmagórica con su camión blanco. Freda se acurrucaba detrás de su ama.

—¿Qué estamos haciendo? Pues sepultando al teniente Wolff, por supuesto. —Jamie, sobresaltado por la súbita aparición de su tía, pareció algo fastidiado—. Déjalo de mi cuenta, tía. No tienes por qué preocuparte.

—Pero no debes. ¡No, no debes abrir la tumba de Héctor! —Yocasta torció su larga nariz; obviamente había detectado el olor a podredumbre.

—No te aflijas, tía —insistió él—. Vuelve a la casa. Ya me arreglaré. Todo saldrá bien.

—¡No, Jamie, no puedes! Cierra eso. ¡Ciérralo, por Dios!

En su voz era inconfundible el pánico. Vi que Jamie fruncía el entrecejo, confundido. El viento volvió a levantarse en una pequeña ráfaga, que trajo hacia nosotros un olor a muerte mucho más potente. Jamie cambió de expresión; pese a las protestas de su tía, desalojó unos cuantos bloques más con rápidos golpes de maza.

—Trae la antorcha, *Sassenach* —dijo.

Lo hice, con una creciente sensación de horror. Juntos, hombro con hombro, miramos por la estrecha abertura. Dentro había dos ataúdes de madera lustrada, cada uno en pedestal de mármol. Y en el suelo, entre ellos...

—¿Quién es, tía? —preguntó Jamie con voz serena.

Ella parecía petrificada. En el rostro inmóvil, los ojos ciegos iban de un lado a otro, buscando una huida posible. Jamie dio un paso adelante y la aferró por un brazo. El susto la arrancó de su trance.

—*Co a th'ann?* —bramó—. ¿Quién es? ¡Quién!

—Se llamaba... se llamaba Rawlings —dijo vagamente.

—¿Cómo fue? —preguntó Jamie con calma.

Entonces, ella cerró los ojos y dejó caer los hombros en un suspiro.

—Lo mató Héctor.

—Ah, ¿sí? —Jamie echó una mirada cínica a los ataúdes y al bulto que había en el suelo, entre los dos—. ¡Qué hazaña! Ignoraba que mi tío fuera tan capaz.

—Antes —aclaró ella con voz inexpresiva, como si ya nada importara—. Rawlings era médico. Cierta vez vino a examinarme los ojos. Cuando Héctor se puso enfermo hizo que viniera de nuevo. No sé bien qué sucedió, pero lo sorprendió husmeando por donde no debía y le aplastó la cabeza. Héctor tenía mal genio.

—Eso parece —comentó Jamie, echando otro vistazo al cuerpo del doctor Rawlings—. ¿Y cómo?

—Él... escondió el cadáver; pensaba llevarlo al bosque y abandonarlo allí. Pero luego... empeoró y no pudo levantarse. Un día después, Héctor murió. Entonces...

Su mano, larga y blanca, apuntó hacia la bocanada de aire húmedo y frío que surgía de la tumba abierta.

Jamie se quedó contemplando el mausoleo violado, con las cejas juntas en un gesto de concentración.

—Oye, ¿y de quién es el segundo ataúd? —preguntó.

—Mío. —Yocasta empezaba a recobrar el aplomo; cuadró los hombros y levantó el mentón.

Jamie me miró con un pequeño bufido. Era creíble que esa mujer prefiriera dejar un cadáver expuesto antes que colocarlo en su propio ataúd, pero así acrecentaba las posibilidades de que fuera descubierto. Aun en el caso de que alguien abriera el mausoleo, el médico podría haber descansado allí en total seguridad, pues nadie hubiera abierto el féretro de Yocasta hasta que llegara el momento de que recibiera su propio cuerpo. Esa mujer era egoísta, pero estúpida no, en absoluto.

—De acuerdo, mete a Wolff, si es preciso —dijo—. Puede quedar allí en el suelo, con el otro.

—¿Por qué no lo ponemos en el ataúd, tía? —preguntó Jamie; noté que la observaba con atención.

—¡No! —ella le había vuelto la espalda, pero ante eso se giró deprisa,

feroz la cara a la luz de la antorcha—. Es basura. ¡Deja que se pudra en el suelo!

Ante esa respuesta él entornó los ojos, pero en vez de contestar empezó a retirar los bloques sueltos.

—¿Qué haces? —Yocasta volvió a agitarse al oír el chirrido de mármol, pero se desorientó al mirar y quedó de cara hacia el río. Comprendí entonces que ya estaba completamente ciega; no veía ni siquiera la luz de la antorcha.

De cualquier modo, en ese momento no podía prestarle atención. Jamie entró por la abertura.

Lo seguí, respirando apenas. Los ataúdes tenían placas de bronce, algo opacas por la humedad, pero perfectamente legibles. «Héctor Alexander Robert Cameron», decía una; la otra, «Yocasta Isobeail MacKenzie Cameron». Sin vacilar, él levantó la tapa del segundo.

No estaba claveteada; se movió de inmediato.

—¡Oh! —murmuró Jamie, al ver lo que contenía.

El oro nunca pierde el brillo, por muy húmedo que sea el ambiente. Puede pasar siglos enteros en el fondo del mar; un día emergerá en la red de algún pescador, refulgente como el día en que fue fundido.

Los lingotes formaban una capa en el fondo del ataúd. Suficiente para llenar dos arcones pequeños, cada uno tan pesado que para cargarlos se requerían dos hombres... o un hombre y una mujer fuerte. Cada lingote con su flor de lis estampada. Un tercio del oro del francés.

El resplandor me hizo parpadear. Aparté la vista nublada. Aunque el suelo estaba a oscuras, aún se distinguía la silueta acurrucada contra el mármol claro. «Husmeando donde no debía». ¿Y qué habría visto Daniel Rawlings, que había dibujado esa flor de lis en el margen de su registro y esa discreta anotación, «Aurum»?

Entonces Héctor Cameron aún vivía y el mausoleo no estaba herméticamente cerrado. Tal vez Héctor, al levantarse en medio de la noche para ver su tesoro, había guiado hasta allí a su médico, sin saberlo. Ni Cameron ni Rawlings podrían ya decirnos cómo habían sucedido las cosas.

Sentí un nudo en la garganta por el hombre que yacía a mis pies, el amigo y colega cuyos instrumentos utilizaba, cuya sombra, junto a mi codo, me brindaba consuelo y valor cuando trataba de curar a un enfermo.

Jamie cerró suavemente el féretro, como si contuviera a un ocupante cuyos restos había perturbado.

Yocasta seguía inmóvil en el sendero, con un brazo en torno de Freda. Por los ruidos, la anciana debía saber dónde estábamos, pero aún continuaba de cara al río, con los ojos fijos a la luz de la antorcha.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —pregunté a Jamie.

Él se volvió a mirar la tumba un momento. Luego se encogió de hombros.

—Dejaremos al teniente al cuidado de Héctor, como estaba planeado. En cuanto al doctor...

Se llenó lentamente los pulmones, contemplando con aire atribulado los huesos que yacían en elegante abanico, pálidos e inmóviles: dedos de cirujano.

—Creo que deberíamos llevarlo a casa... al Cerro —dijo—. Para que descanse entre amigos.

Pasó rozando a las dos mujeres, sin decirles nada ni pedir perdón, y fue a buscar al teniente Wolff.

El sueño de un zorzal

Cerro de Fraser

Mayo de 1772

Bree mantenía la postura en que había caído, medio encima de Roger; el corazón le palpitaba con fuerza en los oídos.

—¿No estás enfadada conmigo? —susurró él.

—No. Nunca te prohibí que lo leyeras.

Él le rozó los hombros, haciendo que curvara la punta de los pies en una reacción de placer. ¿Qué le importaba? No. Probablemente habría debido sentirse expuesta en la intimidad de sus sueños y sus pensamientos; pero podía confiárselos. Roger jamás los utilizaría en contra de ella.

Además, una vez expuestos en el papel, sus sueños se convertían en algo independiente, como sus dibujos: el reflejo de una faceta de su mente, pero distinto de la mente o el corazón que lo habían creado.

—Pero lo justo es justo. —Apoyó el mentón en el hueco de su hombro; él olía bien, a deseo satisfecho—. Ahora debes contarme uno de tus sueños.

Una risa vibró dentro de su pecho; casi muda, pero ella la percibió.

—¿Sólo uno?

—Sí, pero debe de ser importante. Nada de esos sueños que todos

tenemos; uno que hayas tenido sólo tú.

Le rascó suavemente el vello oscuro rizado del pecho, para que se erizara. Tenía la otra mano bajo la almohada; si movía un poco los dedos tocaba la silueta suave de la mujercita antigua, como él la llamaba. Entonces podía imaginar que su propio vientre se hinchaba, redondo y duro. Aún perduraba el espasmo suave en la parte inferior del vientre, último efecto del acto amoroso. ¿Sucedería esta vez?

Él movió la cabeza en la almohada, pensativo. Sus ojos tenían el color del musgo, suave y vívido bajo la luz velada.

—Podría ser romántico —susurró—. Podría decir que éste es mi sueño: tú y yo aquí, solos... nosotros y nuestros hijos.

—Podrías —repitió ella, apretándole la frente contra el hombro—. Pero eso no es un sueño de verdad, sino una fantasía. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí.

Roger guardó silencio durante un momento, ancha y caída la mano apoyada contra su cintura.

—A veces —murmuró por fin—, a veces sueño que canto. Y despierto con la garganta dolorida.

—¿Qué cantas? —susurró.

—Nada que conozca o que haya oído nunca —respondió él, muy quedo—. Pero sé que canto para ti.

El libro del cirujano, Tomo II

27 de julio de 1772

He tenido que dejar mis tareas para atender a Rosamund Lindsay, quien llegó ya avanzada la tarde con una grave laceración en la mano izquierda, causada por un hacha mientras descortezaba árboles. Herida extensa, pulgar izquierdo casi seccionado; el corte se extendía desde la base índice, por el proceso estiloides del radio, superficialmente dañado. La herida databa de tres días atrás; tratada con un tosco vendaje y grasa de tocino. Extensa sepsis, con supuración, pronunciada hinchazón de mano y antebrazo. Pulgar ennegrecido; gangrena evidente; penetrante olor característico. Líneas rojas subcutáneas, indicativas de envenenamiento de la sangre, desde el sitio herido casi hasta la fosa antecubital.

La paciente presentaba temperatura alta (40° C aprox.), síntomas de deshidratación, desorientación leve, evidente taquicardia.

Vista la gravedad de su estado, recomendé inmediata amputación del brazo a la altura del codo. La paciente se negó a ello; insistió en la aplicación de cataplasma de paloma, consistente en aplicar a la herida el cuerpo hendido de una paloma recién sacrificada (el esposo de la paciente había traído una). Cortado pulgar a la altura de la base metacarpiana, ligado restos de arteria radial (aplastada en la lesión original) y superficiales volae. Limpiado y drenado de la

herida. Aplicado aproximadamente una onza y media de polvo de penicilina en bruto (origen: corteza de casaba podrida, cultivo n.º 23, prep. 15/4/71) en tópico, seguida por una aplicación de ajo crudo triturado (tres dientes), bálsamo de Berberis canadensis... y cataplasma de paloma, aplicada sobre el vendaje, por insistencia del esposo. Suministrado fluidos por vía oral: mezcla febrífuga de centaura roja, sanguinaria y lúpulo; agua ad lib. Inyectado mezcla de penicilina líquida (cultivo n.º 23), vía intravenosa, dosis un cuarto de onza en suspensión de agua esterilizada.

Rápido deterioro de la paciente, con crecientes síntomas de desorientación y delirio, fiebre alta. Extensa urticaria en el brazo y la parte superior del torso. Intenté aliviar la fiebre con repetidas aplicaciones de agua fría, sin resultado. Dada la incoherencia de la paciente, solicité al esposo autorización para amputar; me fue negada sobre la base de que la muerte parecía inminente y «ella no querría que la enterráramos a trozos».

Repetido inyección de penicilina. Poco después la paciente cayó en la inconsciencia y expiró justo antes del amanecer.

Volví a mojar la pluma, pero dejé que las gotas de tinta cayeran desde el extremo afilado. ¿Qué más debía decir?

El arraigado hábito de la minuciosidad científica luchaba contra la cautela. Era importante describir lo que había sucedido, tan a fondo como fuera posible. Al mismo tiempo dudaba si debía poner por escrito lo que podía ser una confesión de homicidio involuntario.

Lo cierto era que Rosamund Lindsay no parecía haber muerto de septicemia, sino de una reacción aguda a la penicilina no purificada; en pocas palabras, por obra de mi remedio. También era cierto que, si no hubiera recibido atención, el envenenamiento de la sangre la habría matado igualmente. En verdad, no había modo de saber qué efectos tendría la penicilina. Pero de eso se trataba, ¿verdad? De que alguien más pudiera saberlo.

Sí, debía incluir una descripción de los efectos. Pero la cuestión era: ¿para quién llevaba ese registro?

Me mordí el labio, pensativa. Si era sólo para mi propia utilidad, podía limitarme a registrar los síntomas, los tiempos y los efectos, sin apuntar explícitamente la causa de la muerte. Después de todo, era difícil que se me olvidaran las circunstancias. Pero si quería que mis anotaciones fueran de utilidad para alguna otra persona... alguien que no tuviera idea de los beneficios y peligros de los antibióticos...

Eché un vistazo al ataúd, que descansaba sobre sus caballetes, cerca de las ventanas surcadas por la lluvia.

Rosamund había trabajado en Boston de prostituta; ya demasiado fornida y entrada en años para ejercer provechosamente el oficio, viajó hacia el sur en busca de marido. Encontró el refugio necesario en Kenneth Lindsay, que buscaba una esposa con quien compartir el trabajo de la casa. No fue una unión nacida de la atracción física ni de la compatibilidad emocional, pero mantenían una relación amistosa.

Jamie se había llevado a Kenny, más desorientado que doliente, para medicarlo con *whisky*, tratamiento algo más efectivo que el mío. Por lo menos era difícil que resultara letal.

«Causa inmediata de la muerte», escribí. Hice otra pausa. Había muerto congestionada, con los ojos saltones y la cara azul, sin que el aliento pudiera pasar por los tejidos hinchados de su garganta.

Sentí un nudo en la mía al recordarlo, como si me estuvieran estrangulando, y bebí un sorbo de té de menta que se enfriaba a mi lado. No me consolaba pensar que la septicemia la hubiera matado con más lentitud.

Cabía la posibilidad: que la muerte se hubiera debido a una embolia pulmonar. Era una de las complicaciones posibles de la septicemia y habría explicado los síntomas. La idea habría podido tranquilizarme, pero no me parecía muy creíble. Guiada por mis conocimientos como por la conciencia, escribí «anafilaxis» antes de poder pensarlo dos veces.

¿Se conocía ya el término «anafilaxis»? En los registros de Rawlings no lo había encontrado, pero aún me quedaban algunos por leer. De cualquier modo sería mejor describirla en detalle, para quien pudiera leer mis notas.

Y ésa era la incógnita, desde luego. ¿Quién las leería? ¿Qué pasaría si mi registro caía en manos de un desconocido, que lo tomara como confesión de asesinato? Era improbable, pero podía suceder.

«Extensa tumefacción de miembro afectado, extendida a la parte superior del torso, la cara y el cuello. Piel pálida, marcada con manchas rojizas. Respiración acelerada y superficial, pulso muy rápido y superficial, con tendencia a inaudible. Palpitaciones evidentes. Labios y oídos, cianóticos. Exoftalmia pronunciada».

No quería volver a mirar el féretro, pero lo hice, como para pedir disculpas. Brianna se volvió a mirarme y de inmediato desvió la cara. El olor de la comida preparada para el velatorio iba llenando la habitación, mezclado al de la leña y la tinta... y el roble fresco del ataúd.

El tosco sudario de muselina relumbraba a la luz lluviosa de la ventana. Pellizqué con fuerza la pluma entre el pulgar y el índice, tratando de olvidar el ruido del cartílago cricoides de Rosamunde, que yo había perforado con un cortaplumas, en un último e inútil intento de permitir el paso de aire a sus pulmones forcejeantes.

Sin embargo... no existía un solo médico que no se hubiera enfrentado a lo mismo, en el ejercicio de la profesión. Yo había pasado por eso varias veces, aun en hospitales modernos, equipados con todo lo necesario para salvar la vida... en aquella otra época.

Aquí algún médico futuro se enfrentaría al mismo dilema: aplicar un tratamiento posiblemente peligroso o dejar morir a un paciente que se podría haber salvado. Y ése era mi propio dilema: equilibrar la remota posibilidad de que me condenaran por homicidio con el valor desconocido que mis registros pudieran tener para quien buscara conocimiento en ellos.

¿Quién podría ser esa persona? Moje la pluma mientras pensaba. Las academias de medicina eran todavía pocas y estaban casi todas en Europa. La mayoría de los médicos obtenía sus conocimientos mediante el trabajo de aprendiz y la experiencia.

Rawlings no había estudiado en ninguna academia. Aun así, había sido todo un médico. Al leer sus anotaciones se percibía el interés que dedicaba a sus pacientes, su curiosidad con respecto a los misterios del cuerpo.

Movida por un impulso, volví a sus páginas. Tal vez no hacía más que dar tiempo a mi subconsciente para que tomara una decisión... o quizá sentía la necesidad de comunicarme, siquiera remotamente, con otro médico, alguien como yo.

Alguien como yo. Miré fijamente la página, con su escritura pulcra y pequeña, sus minuciosas ilustraciones, sin ver detalles. ¿Había allí alguien como yo?

Bebí mi té a sorbos, contemplando a Rosamunde. La simple verdad era que yo no duraría eternamente. Con suerte, aún me quedaba mucho tiempo, pero aun así debía encontrar a alguien a quien pudiera pasar al menos los rudimentos de lo que sabía.

Una risita ahogada desde la mesa: las chicas conversaban en susurros sobre el queso de cerdo, el *sauerkraut* y las patatas hervidas. No sería Brianna, pensé con algún pesar.

La elección lógica habría sido ella, que por lo menos sabía lo que era la medicina moderna. Con ella no tendría que superar la ignorancia y la superstición, ni explicarle los peligros de los gérmenes, las virtudes de la asepsia. Pero ella no tenía la inclinación natural, el instinto de curar. Aunque ver sangre no la perturbaba (me había ayudado en incontables partos y pequeños procedimientos quirúrgicos), carecía de esa mezcla peculiar de empatía e inexorabilidad que necesita el médico.

Tal vez era más hija de Jamie que mía, me dije al observar la luz del fuego en su pelo. Tenía su valor, su gran ternura... pero era el valor de un guerrero y la ternura de una fortaleza capaz de aplastar a voluntad. Yo no había logrado pasarle mi don: el conocimiento de la sangre y el hueso, los caminos secretos del corazón.

En mi concentración no había notado que Brianna estaba de pie a mi espalda. Me apoyó las manos en los hombros y se acercó un poco más, dejándome sentir el calor de su contacto. Marsali se había ido; estábamos solas. Comenzó a masajearme los hombros, moviendo lentamente los dedos hacia el cuello.

—¿Cansada? —Preguntó.

—Hum, resistiré —dije.

Cerré el libro y me incliné hacia atrás, momentáneamente relajada en el puro alivio de su contacto. Sólo entonces me di cuenta de lo tensa que estaba.

—Creo que la maté —dije súbitamente, sin haber tenido intención de hablar—. Fue la penicilina lo que la mató.

Los largos dedos no interrumpieron su tranquilizador movimiento.

—¿De verdad? —murmuró—. De cualquier modo no había otra cosa que pudieras hacer, ¿me equivoco?

—No.

—No te aflijas —musitó ella, frotando y masajeando—. De cualquier modo habría muerto, ¿verdad? Es triste, pero no hiciste nada malo. Tú lo sabes.

—Sí, lo sé. —Para sorpresa mía, una lágrima solitaria se deslizó por mi mejilla hasta caer en la página, arrugando el papel. Parpadeé con fuerza, en un intento de dominarme. No quería afligir a Brianna.

No se afligió. Retiró las manos de mis hombros y oí el ruido de un taburete arrastrado. Luego sus brazos me rodearon. Me recosté contra ella, con la cabeza apoyada bajo el mentón. Se limitó a abrazarme, calmándose con el subir y bajar de su respiración.

—Una vez fui a cenar con tío Joe, cuando él acababa de perder a un paciente —dijo al fin—. Me habló de eso.

—¿Sí? —Me sorprendió un poco; no imaginaba que Joe discutiera esas cosas con ella.

—No era su intención, pero noté que algo lo preocupaba, y le pregunté. Él necesitaba hablar. Y yo estaba allí. Después dijo que fue casi como estar contigo. Ignoraba que te apodara *Lady Jane*.

—Sí —confirmé—, por mi manera de hablar.

—Dijo que a veces, cuando sucedían esas cosas, el hospital hacía una especie de investigación formal. No era un juicio, nada de eso, sino una reunión de los otros médicos, para saber exactamente qué había salido mal. Dijo que era una especie de confesión, decirlo a otros médicos que pudieran comprender... y que aliviaba.

—Ajá. —Ella se movía un poco, meciéndome como a Jemmy.

—¿Es eso lo que te inquieta? —preguntó en voz baja—. Además de lo que pasó con Rosamund, ¿el hecho de estar sola, sin nadie que pueda entender de verdad?

—Al parecer, así es —dije.

—Ya pasará —aseguró—. Todo pasará.

—Sí. —Y sonreí, a pesar de las lágrimas que me empañaban los ojos.

No podía enseñarle a ser doctora, pero al parecer, sin saberlo, le había enseñado a ser madre.

—Deberías ir a acostarte —dijo—. Pasaré al menos una hora antes de que lleguen.

Exhalé el aliento en un suspiro, mientras sentía la paz de la casa a mi alrededor. El Cerro de Fraser había sido, para Rosamund, un refugio de poca duración, pero aun así era un verdadero hogar. Le habíamos dado seguridad y la honraríamos en la muerte.

—Dentro de un minuto —dije, limpiándome la nariz—. Primero debo terminar algo.

Me senté con la espalda erguida ante mi libro, sumergí la pluma y comencé a escribir las líneas que debían quedar allí, por el bien del desconocido médico que me siguiera.

Zugunruhe

Septiembre de 1772

Desperté empapada en sudor. En mi desordenado sueño había pateado el edredón y la sábana, pero aun así mi piel palpitaba de calor. Bajé las piernas por el costado de la cama y me levanté, mareada e insegura.

Jamie aún dormía. Se movió un poco, murmurando algo, pero luego recobró la respiración regular del sueño. Yo necesitaba aire y no quería despertarlo. Aparté el mosquitero y salí al pasillo para ir al trastero.

Era un cuarto pequeño, pero tenía una ventana grande a fin de equilibrar la de nuestro dormitorio. Aún estaba sin cristales, cubierta sólo por las persianas de madera. Ansiosa de su frescura, me quité la camisa; la corriente me rozó las caderas, los pechos, los brazos.

Cerré los ojos, inmóvil; uno o dos minutos después el calor había desaparecido, como una brasa en el agua, dejándome mojada, pero en paz.

Aún no quería volver a la cama; tenía el pelo húmedo y las sábanas aún estarían pegajosas. Me apoyé en el antepecho, desnuda, con la piel agradablemente erizada por el frescor. El pacífico susurro de los árboles se interrumpió ante el débil llanto de un niño. Miré hacia la cabaña.

Estaba a cien metros de la casa; el viento debía de venir hacia mí para

haber traído el llanto. Como cabía esperar, cambió en cuanto me asomé y la voz se perdió en el revoloteo de las hojas. Pero al morir la brisa los gritos me llegaron más potentes, en medio del silencio.

Eran más fuertes porque se estaban acercando. Se oyó un crujido de madera: alguien había abierto la puerta de la cabaña para salir. No se veían lámparas ni velas encendidas; el breve vistazo que pude echar a la persona que salía sólo me mostró una silueta alta, recortada contra el tenue resplandor del hogar. Me pareció ver una cabellera, tanto Roger como Brianna dormían con el pelo suelto y sin gorra.

Los chillidos no cesaban. Eran nerviosos, pero no atormentados. No había dolor de barriga. ¿Un mal sueño? Aguardé un momento, por si alguien traía al niño hasta la casa en mi busca; por si acaso cogí mi camisa arrugada. No; la figura alta había desaparecido en el bosquecillo de las píceas; oí que el llanto se alejaba. Eso significaba que tampoco había fiebre.

El llanto se mezcló al murmullo grave de una voz adulta, que trataba inútilmente de tranquilizarlo. Roger, pues.

Otro ruido se mezcló con el llanto, allí abajo; parecía una tos, pero no cesaba y tenía cierto ritmo. Asomé la cabeza, cauta como un caracol tras una tempestad, y distinguí algunas palabras en el ronco balbuceo.

—«*Era un hom-bre, y una mi-na, y su hi-ja Clementine...*».

Roger estaba cantando.

Las lágrimas me escocieron en los ojos; inmediatamente retiré la cabeza para que no me viera. Cantaba sin melodía, pero aun así era música, un jadeo musical mellado y harapiento, que aquietó el llanto, como si Jemmy tratara de reconocer las palabras, tan penosamente emitidas por la garganta de su padre.

—Era ru-bia, como un ha-da... Después de susurrar cada frase tenía que respirar a jadeos, con un ruido como de tela desgarrado. Apreté los puños. Como si por pura fuerza de voluntad pudiera ayudarlo a emitir la voz.

—... Y calzaba el ciento diez. —La brisa aún agitaba las copas de los árboles. El verso siguiente se perdió en el murmullo. Durante un minuto o dos no oí nada, por mucho que agucé el oído.

Luego vi a Jamie, muy quieto.

—¿Te encuentras bien, *Sassenach*? —preguntó desde el vano de la puerta.

—Sí, estoy bien —respondí en susurros—. Sólo necesitaba un poco de aire; no quería despertarte.

—Siempre despierto contigo, *Sassenach*, duermo mal cuando no estás a mi lado. —Me tocó la frente un momento—. Creí que tenías fiebre; la cama estaba húmeda. ¿Estás bien, de veras?

—Tenía calor y no podía dormir, pero estoy bien, sí. ¿Y tú? —Le toqué la cara; tenía la piel caldeada por el sueño.

Se acercó a la ventana para contemplar la noche conmigo. Había luna llena y los pájaros estaban inquietos; a poca distancia se oía el gorjeo de una curruca tardía; más allá, el chistar de un búho cazador.

—¿Te acuerdas de Lawrence Stern? —preguntó Jamie. Al parecer, esos sonidos le recordaban al naturalista.

—Difícilmente alguien podría olvidarlo —dije, seca—. El saco de arañas secas es impresionante. Por no hablar del olor.

Stern llevaba consigo un aroma característico, compuesto en partes iguales de olores carnales, la costosa agua de colonia que prefería y un vago hedor a podredumbre, la de los especímenes que coleccionaba.

—Es cierto. Huele peor que tú.

—¡Yo no huelo mal! —exclamé, indignada.

—Hum... —Me cogió la mano para acercársela a la nariz—. Cebollas y ajo. Algo picante... guindillas, tal vez. Sí, y clavo de olor. Sangre de ardilla y jugo de carne. —Sacó la lengua como una víbora para tocarme los nudillos—. Almidón... de patatas... y algo leñoso. Hongos venenosos.

—Eso no es justo —protesté, tratando de recuperar la mano—. Sabes muy bien lo que cenamos. Y no eran hongos venenosos, sino setas.

Luego me levantó un poco el brazo para tocar el vello sedoso y húmedo de la axila.

—*Eau de femme* —murmuró, con los dedos bajo la nariz. La risa era perceptible en su voz—. *Ma petite fleur*.

—¡Y eso que me bañé! —dije, melancólica.

—Sí, con jabón de girasol. —Había un tono de sorpresa en su voz al husmearme la clavícula.

Solté un chillido agudo y él me cubrió la boca con una manaza caliente. Olía a pólvora, heno y estiércol, pero no pude decírselo, amordazada como

estaba.

Él se irguió un poco y se inclinó más, hasta que la aspereza de la barba crecida me rozó la mejilla. Su mano cayó, y sentí la suavidad de sus labios contra la sien, el toque de mariposa de su lengua en la piel.

—Y sal —murmuró, cálido su aliento contra la cara—. Tienes sal en la cara y las pestañas mojadas. ¿Has llorado, *Sassenach*?

—No —dije, aunque sentía un súbito e irracional impulso de hacerlo—. No, he sudado. Tenía... calor.

—Ah, pero aquí... hum... —Se había puesto de rodillas, con un brazo en torno de mi cintura para retenerme y la nariz hundida en mi seno—. Oh —dijo, y su voz cambió otra vez.

Normalmente yo no usaba perfume, pero tenía un aceite especial, fabricado en las Indias con azahares, jazmín, vainilla y canela. Como sólo tenía un frasco muy pequeño, usaba apenas un toque de vez en cuando, en ocasiones que pudieran ser especiales.

—Me deseabas —dijo, melancólico—. Y yo me he dormido sin tocarte siquiera. Lo siento, *Sassenach*. Deberías habérmelo dicho.

—Estabas fatigado. —Le acaricié los largos mechones oscuros y los sujeté detrás de la oreja. Él rió; sentí el calor de su aliento en mi vientre desnudo.

—Para eso podrías levantarme de entre los muertos, *Sassenach*, y no me molestaría.

Se levantó; pese a lo escaso de la luz, pude comprobar que no se requerirían medidas tan desesperadas.

—Hace calor —dije—. Estoy sudando.

—¿Y crees que yo no?

Sus manos me ciñeron la cintura. Súbitamente me levantó para sentarme en el ancho alféizar. El contacto con la madera fría me hizo jadear; por un acto reflejo me así del marco a cada lado.

—*Eau de femme* —murmuró al arrodillarse, rozándome los muslos con el pelo. Las tablas del suelo crujieron bajo su peso—. *Parfum d'amour*, ¿eh?

Jamie me sujetaba con firmeza por la cadera; aunque no corría peligro de caer, sentía el vacío vertiginoso detrás de mí, la noche clara e interminable, con el cielo vacío, sembrado de estrellas.

—¡Chist! —murmuró Jamie, muy lejos. Ahora estaba de pie, con las manos en mi cintura, y el gemido podía haber sido del viento o mío.

Lo envolví con las piernas y acomodé un talón en la hendedura de sus nalgas; la sólida fuerza de sus caderas era mi única ancla.

—Suelta —me dijo al oído—. Yo te sostendré.

Me solté, sí, inclinada hacia atrás en el aire, a salvo en sus manos.

—Habías empezado a decirme algo sobre Lawrence Stern —murmuré largo rato después, adormilada.

—Es verdad. —Jamie se acomodó, con una mano posesivamente curvada sobre mi nalga—. Le gustaban mucho los pájaros. Le pregunté por qué cantan por la noche a fines de verano.

—¿Y sabía por qué?

—No, pero al menos tenía una teoría.

—¡Oh!, mejor aún —murmuré, con soñolienta diversión.

—Lo que hizo fue capturar a varios pájaros y encerrarlos en jaulas forradas de papel secante.

—¿Qué? —Eso me despertó un poco, aunque sólo fuera para reír—. ¿Por qué?

—No las forró por completo; sólo el fondo —explicó—. Luego puso allí un platillo con tinta y, en el centro, una taza con semillas, de modo que los pájaros no pudieran comer sin mancharse las patas de tinta. De ese modo, cuando saltaran de un lado a otro dejarían huellas en el papel secante.

—Hum. ¿Y qué demostró con eso?

—Había muchísimas huellas, *Sassenach*, pero casi todas en un solo lado de la jaula. En todas las jaulas.

—¿De verdad? ¿Y qué interpretación dio Stern a eso?

—Pues... había tenido la brillante idea de poner una brújula junto a las jaulas. Y al parecer, los pájaros pasaron toda la noche brincando y forcejeando hacia el sudeste, la dirección en la que migran cuando llega el otoño.

—¡Qué interesante! —Me recogí el pelo en una cola de caballo para refrescar el cuello—. Pero todavía no es época de migrar, ¿verdad? Y tampoco vuelan por la noche, ni siquiera cuando emigran.

—No. Era como si sintieran la inminencia del vuelo, su atracción, y eso les perturbara el reposo. Lo más extraño es que la mayoría de sus cautivos eran aves jóvenes, que nunca habían hecho el viaje; no conocían el lugar hacia el que se dirigían, pero sentían su presencia, quizá convocándolos, arrancándolos del sueño.

Me moví un poco; Jamie retiró la mano de mi pierna.

—*Zugunruhe* —dijo con voz queda, rozando con la punta de un dedo la marca húmeda que me había dejado en la piel.

—¿Qué es eso?

—Así lo llamaba Stern: el desvelo de los pajarillos que se preparan a partir.

—¿Significa algo en especial?

—Sí. *Ruhe* es «quietud», «descanso». Y *zug*, un viaje de cualquier tipo. Por ende, *zugunruhe* es inquietud, el desasosiego que precede a un viaje largo.

Me acerqué a él para golpearlo afectuosamente en el hombro con la frente. Inhalé como si saboreara el delicado aroma de un buen cigarro.

—*Eau d'homme*?

Levantó la cabeza para olfatear con aire dubitativo; luego arrugó la nariz.

—*Eau de chèvre*, creo. Temía que fuera algo peor. ¿Cómo se dice mofeta en francés?

—*Le Pew* —insinué, riendo.

Los pájaros cantaron toda la noche.

Tulach Ard

Octubre de 1772

Jamie sonrió, señalando con la cabeza hacia atrás.

—Veo que hoy tenemos ayuda.

Roger, al volverse, vio que Jemmy marchaba tras ellos, con la frente fruncida en gran concentración y una piedra del tamaño de un puño apretada contra el pecho.

—¿Es para la pocilga nueva, *ghille ruadh*? —preguntó.

Jemmy asintió con solemnidad.

—Gracias —dijo su padre, con gravedad. Alargó la mano—. ¿Quieres que la lleve?

—¡Yo llevo!

—Queda muy lejos, *ghille ruadh* —advirtió Jamie—. Y tu madre te echará de menos, ¿verdad?

—¡No!

—Oye, ¿dónde está mami? —preguntó Roger, intentando otra táctica—. Debe de estar preocupada por ti, seguramente.

La pequeña cabeza roja se sacudió en vehemente negativa.

—Claire dijo que las mujeres iban a coser edredones —le dijo Jamie a su

yerno—. Marsali ha comprado un modelo; puede que hayan comenzado la obra. —Y se sentó en cuclillas junto a Roger, cara a cara con su nieto—. ¿Te has escapado de tu madre?

La suave boca rosada, hasta entonces muy apretada, se contrajo en una risilla.

—Ya me lo imaginaba —reconoció Roger, resignado—. Ven, pues. A casa. —Y se incorporó para alzar al niño, con piedra y todo.

—¡No, no! ¡No! —Jemmy se puso rígido para resistirse y clavó dolorosamente los pies en el vientre de su padre, arqueándose hacia atrás—. ¡Yo ayudo, yo ayudo!

En sus intentos de hacerse oír por encima de los rugidos de su hijo sin gritar, al tiempo que le impedía caer de cabeza, Roger tardó en oír los gritos que llegaban desde la casa. Por fin recurrió a tapar con la mano la boca abierta del niño.

—¿Oyes? Lizzie te está llamando —dijo Jamie a su nieto.

—Y no sólo Lizzie. —Otras voces de mujeres se unieron al coro, con creciente fastidio—. Mamá, la abuela Claire, la abuela Bug, tía Marsali. Todas, por lo que se oye. Y no parecen estar muy contentas contigo, muchacho.

—Será mejor que lo llevemos de vuelta —decidió Jamie, no sin compasión—. Creo que te van a dar una paliza, pequeño. A las mujeres no les gusta que te escapes.

Esa amenazante perspectiva hizo que Jemmy dejara caer la piedra para aferrarse a Roger.

—Supongo que podríamos llevarlo —le dijo a su suegro—. Sólo por esta mañana. A mediodía puedo traerlo de regreso.

—¡Oh!, sí. —Jamie sonrió a su nieto y le devolvió la piedra caída—. Construir pocilgas es cosa de hombres, ¿verdad? No como esas labores de agujas que tanto gustan a las señoras.

—Hablando de señoras... —Roger apuntó el mentón hacia la casa, donde los gritos de «¡Jemmy!» iban asumiendo un tono claramente irritado y teñido de pánico—. Habrá que decirles que está con nosotros.

—Iré yo. —Jamie dejó caer la bolsa que llevaba al hombro y miró a su nieto arqueando una ceja—. Me debes una, muchacho. Cuando las mujeres

están de los nervios se descargan con el primer hombre que aparece, sea culpable o no. Lo más probable es que sea mi trasero el que reciba la paliza.

Y puso los ojos en blanco; luego, con una gran sonrisa, partió al trote hacia la casa.

Jemmy reía.

Jamie pareció tardar largo rato en reaparecer, pero los gritos indignados de las mujeres se habían acallado muy pronto. Si su trasero había recibido una paliza, parecía haberlo disfrutado, según pensó Roger, cínico. En los pómulos tenía un leve rubor y traía un aire decididamente satisfecho.

Eso tuvo inmediata explicación cuando sacó un hatillo de debajo de la camisa. Al abrir el paño de cocina puso a la vista media docena de bizcochos, todavía calientes y chorreantes de mantequilla y miel.

—Creo que la señora Bug los destinaba al círculo de costura —explicó, mientras distribuía el botín—, pero no creo que los eche de menos. Había masa de sobra en el cuenco.

Los postes para la cerca estaban amontonados junto al pilar de piedra. Roger revolvió entre ellos hasta encontrar un trozo astillado; luego hizo palanca con él para levantar un gran bloque de granito, hasta que pudo meter las manos debajo. Con la piedra montada en los muslos, se incorporó muy lentamente.

—¡Papi, papi!

Al sentir que le tiraban de los pantalones, separó bien los pies, a fin de conservar el equilibrio sin dejar caer la pesada piedra. Luego afirmó las manos.

—¿Qué, hijo? —preguntó, mirando con fastidio hacia abajo.

Jemmy estaba aferrado a la prenda con las dos manos y miraba hacia el bosque.

—Ceddo, papi —susurró—. Ceddo gaaande.

Al seguir la dirección de su mirada, Roger quedó petrificado.

Era un enorme jabalí negro, a cuatro pasos de distancia.

—Mierda —dijo Roger, involuntariamente.

Los pensamientos cruzaban la mente de Roger como trenes cargueros en colisión. ¿Atacaría el cerdo si ellos se movían? Necesitaba moverse; los

músculos de los brazos le temblaban por el esfuerzo.

De todo este caos rescató un pensamiento coherente.

—Jem —dijo, con voz muy calma—, ponte detrás de mí. Ya —añadió con énfasis, al ver que el animal giraba la cabeza hacia ellos.

Entonces los vio; los ojillos oscuros cambiaron de enfoque. Dio unos pasos hacia delante; las pezuñas parecían absurdamente pequeñas y primorosas bajo esa mole amenazante.

—¿Ves a tu abuelo, Jem? —preguntó, siempre con voz serena.

—No —susurró el pequeño. Roger sintió que se apretaba aún más contra sus piernas.

—Pues mira hacia atrás. Ha bajado al arroyo. Vendrá desde allí.

—¡Abuelo! —La voz de Jemmy resonó tras él, en un chillido de miedo.

Al oírla, el jabalí erizó repentinamente una cresta de cerdas en la columna y bajó la cabeza, con los músculos abultados.

—¡Corre, Jem! —gritó Roger—. ¡Ve con tu abuelo!

Un torrente de adrenalina hizo que, de pronto, la piedra no pesara nada. La arrojó contra el cerdo que venía a la carga y le acertó en la paleta. El animal se tambaleó, con un bufido de sorpresa; luego abrió la boca en un bramido y cargó contra él, moviendo la cabeza para cortar con los colmillos.

No podía hacerse a un lado para dejarlo pasar: Jem aún estaba muy cerca de sus espaldas. Lo pateó en la mandíbula con todas sus fuerzas; luego se arrojó sobre él, tratando de aferrarse a su cuello.

Sus dedos resbalaron, sin hallar asidero en el pelo áspero ni en los duros rollos de carne bien firme. Al sentir algo caliente y mojado en la mano, la retiró con presteza. ¿Lo habría tajeado? No sentía dolor alguno. Bajó la otra mano a ciegas y, al encontrar una pata peluda, tiró con fuerza.

El cerdo cayó de lado con un chillido de sorpresa y se lo quitó de encima. Roger cayó sobre las manos y una rodilla, que dio contra una piedra. Una descarga de dolor le recorrió desde el tobillo a la entepierna; se acurrucó involuntariamente, paralizado por el impacto.

El jabalí se había levantado. Se sacudió con un gruñido y un repiqueteo de cerdas, de cara hacia el lado opuesto. Dentro de un segundo giraría sobre sí para abrirlo desde la barriga hasta la garganta y pisotear los restos. Roger cogió una piedra, pero era sólo un terrón seco que se le deshizo en la mano.

Desde la izquierda le llegó el jadeo de un hombre que acudía a la carrera y un grito azuzante:

—*Tulach Ard! Tulach Ard!*

El jabalí, al oír el grito de Jamie, giró en redondo para enfrentarse al nuevo enemigo. Jamie traía su puñal en la mano.

«Estás completamente loco», pensó Roger, con toda claridad.

—No, no creas —dijo su suegro, jadeante.

Entonces cayó en la cuenta de que había hablado en voz alta. Jamie estaba en cuclillas, con el peso equilibrado en la punta de los pies; alargó la mano libre hacia el joven, sin apartar la vista del cerdo, que se había detenido a escarbar el suelo y balanceaba el testuz entre ambos, como evaluando las posibilidades.

—*Bioran!* —exclamó Fraser, con un gesto urgente—. Un palo, una lanza... ¡dame algo!

Una lanza... El poste astillado de la cerca. Su pierna entumecida aún se negaba a funcionar, pero pudo arrojarlo a un lado y coger el trozo de madera; de nuevo en cuclillas, lo apuntó hacia delante, con el extremo roto hacia el enemigo.

—*Tulach Ard!* —aulló—. ¡Ven aquí, gordo cabrón!

El animal, distraído por un momento, giró hacia él. Jamie apuntó el puñal entre los omóplatos. Hubo un chillido penetrante y el jabalí giró, manando sangre por el profundo tajo abierto en la paleta. Fraser se arrojó hacia un costado, pero cayó al tropezar con algo. El cuchillo voló de su mano extendida.

Roger embistió con la improvisada lanza en ristre y la clavó con todas sus fuerzas justo debajo del rabo. El animal, con otro chillido, pareció alzarse en el aire. El palo se agitó entre las manos del joven, despellejándose con la áspera corteza. Lo sujetó con fuerza, mientras el cerdo se estrellaba contra ella, en un borrón de furia contorsionada, cabezazos, rugidos y sangre que volaba hacia todos lados, mezclada al barro negro.

Jamie se había levantado, sucio y aullante, para coger otro poste de la cerca; lo descargó contra el cerdo, que ya se levantaba, y la madera golpeó el cráneo con el chasquido de una pelota contra el bate. El animal, algo aturdido, se sentó bruscamente.

Un grito agudo desde atrás hizo que Roger girara sobre sus pantorrillas, Jemmy venía corriendo precariamente hacia el jabalí, con el puñal de su abuelo sujeto con las dos manos por encima de la cabeza; su cara brillaba como una remolacha, llena de feroz intención.

—¡Jem! —gritó él—. ¡Atrás!

El cerdo gruñó audiblemente tras él. Jamie gritó algo. Pero Roger no podía distraer su atención. En el momento en que se arrojaba hacia el niño, un movimiento en los bosques, detrás de Jemmy, hizo que levantara la vista. Un rayo gris, pegado al suelo; se movía tan deprisa que él sólo tuvo una vaga impresión de lo que era.

No hacía falta más.

—¡Lobos! —gritó a Jamie.

Alcanzó a Jemmy, le quitó el cuchillo y lo cubrió con su cuerpo, apretándose al suelo. Luego esperó, con extraña calma, mientras el niño se retorció frenéticamente bajo él.

—Quieto, Jem, quieto. Papi está contigo.

Tenía la frente apretada contra la tierra y la cabeza de Jem en el hueco de su hombro. Con un brazo protegía al niño. En la otra mano aferraba el puñal. Ya se oía al lobo, que aullaba y gemía para llamar a sus compañeros. El jabalí metía una bulla insoportable: una especie de alarido largo, continuo.

Arriba se oyó un zumbido extraño, seguido por un golpe sordo, peculiar; luego, un silencio repentino y total.

Roger, sobresaltado, levantó un poco la cabeza. El cerdo estaba de pie a pocos pasos, con la mandíbula colgante, como en total estupefacción. Jamie, de pie tras él, cubierto de barro y sangre, mostraba una expresión parecida.

El cerdo cayó de rodillas, con los ojos vidriosos, y se derrumbó sobre el flanco; de su cuerpo asomaba el astil de una flecha, frágil e inofensiva comparada con la mole del animal.

Jemmy lloraba y se retorció bajo él. Se incorporó lentamente y lo estrechó entre los brazos. Mientras calmaba a Jemmy con automáticas palmaditas en la espalda, giró la cabeza hacia el bosque.

El indio estaba de pie junto a los árboles, arco en mano.

Tuvo la vaga idea de buscar al lobo. Estaba olfateando la res del cerdo, a pocos pasos de Jamie. Pero su suegro no le prestaba atención. Él también

miraba fijamente al indio.

—Ian —dijo por lo bajo—. ¡Oh, Cielo Santo! ¡Es Ian!

La voz del tiempo

Como Lizzie no tenía madre que se ocupara de su ajuar, las mujeres del Cerro se agruparon para proveerla de cosas tales como enaguas, camisones y medias tejidas; las damas más habilidosas cosieron las piezas para el edredón.

En general, yo no tenía mucho talento ni paciencia para la costura, pero contaba con una cocina grande, con buena luz y también con los servicios de la señora Bug, que mantenía a las costureras bien provistas de té y bollos de manzana.

Cuando estábamos dedicadas a acolchar la cubierta de un edredón Jamie apareció súbitamente en la puerta del pasillo. Al parecer él no quería interrumpir ni llamar la atención, pues no entró en la cocina; pero en cuanto lo miré me hizo un gesto urgente con la cabeza y desapareció hacia el estudio.

Eché un vistazo a Bree, que estaba a mi lado. Ella también lo había visto; se encogió de hombros. Después de clavar la aguja en la labor, me levanté con una excusa.

Jamie esperaba en el pasillo. En cuanto aparecí me cogió de un brazo para llevarme a la puerta principal.

—¿Qué...? —comencé, intrigada.

Entonces vi al indio sentado en el umbral. Se levantó para volverse hacia mí con una sonrisa.

—¡Ian! —Y me arrojé a sus brazos.

Di un paso para atrás, y me sequé los ojos para mirarlo mejor. En ese momento algo frío me hociqueó la mano, arrancándome otro pequeño grito.

—¡Tú! —dije a *Rollo*—. ¡No esperaba volver a verte!

Sobrecogida por la emoción, le froté furiosamente las orejas. Él dio un breve ladrido y agachó las patas delanteras, meneando el rabo con igual furia.

—¡Chucho! ¡Chucho! ¡Aquí chucho! —Jemmy irrumpió desde su cabaña, corriendo tanto como se lo permitía lo corto de sus piernas. *Rollo* voló hacia él y lo tumbó en un alboroto de chillidos.

El radar maternal de Brianna detectó los chillidos y la hizo acudir deprisa.

—¿Qué...?

Su vista fue hacia los bultos que se debatían en el césped, pero Ian se adelantó para abrazarla y darle un beso. Su grito atrajo al resto de las mujeres ocupadas en el edredón.

En medio del pandemónium resultante, noté que Roger había aparecido con un arañazo en la frente, un ojo negro y camisa limpia. Eché un vistazo a Jamie; su camisa no sólo estaba sucia perdida, sino que tenía una desgarradura en la pechera y un enorme siete en la manga. Si tenía en cuenta el pelo mojado y la camisa limpia de Jemmy aquello era sumamente sospechoso.

—¿Qué diantre habéis hecho? —interpelé.

—No tiene importancia, *Sassenach*. Pero hemos traído un jabalí fresco para que lo descuartices... cuando tengas tiempo.

—¿Es la versión local del cordero cebado para celebrar el retorno del hijo pródigo? —pregunté, señalando con la cabeza a Ian, que ya estaba completamente sumergido en una marea de mujeres. Lizzie, aferrada de su brazo, estaba completamente encendida por el entusiasmo.

—¿Ian ha venido con amigos? ¿O con su familia, quizá? —Casi dos años atrás había escrito que su esposa esperaba familia.

Ante eso la sonrisa de Jamie se atenuó un poco.

—No. Está solo. Exceptuando al perro, desde luego —agregó, señalando con la cabeza a *Rollo*.

—¿Hasta cuándo se quedará? ¿Lo ha dicho?

Jamie respiró a fondo y me puso una mano en la espalda.

—Para siempre —dijo. Su voz estaba llena de gozo, pero también tenía un extraño tinte de tristeza que me intrigó—. Ha vuelto a casa.

Se hizo muy tarde antes de que termináramos con el jabalí, el edredón y la cena.

—¿Ian te ha dicho algo? —pregunté a Jamie, cuando nos encontramos momentáneamente solos en su estudio, antes de cenar.

—Muy poco. Sólo que ha venido para quedarse.

—¿Es posible que a su esposa le haya sucedido algo horrible? ¿Y al bebé? —Sentía una profunda punzada de aflicción, tanto por Ian como por la bonita y menuda mohawk, llamada Wakyo'teyehsnonhsa, «la que trabaja con las manos». Ian la llamaba Emily. Jamie volvió a negar con la cabeza, ya serio.

—No sé, pero algo así debe de haber sucedido, porque no los ha mencionado siquiera... y los ojos de ese muchacho son mucho más viejos que él.

En ese momento Lizzie apareció en la puerta, con un mensaje urgente de la señora Bug referido a los preparativos para la cena, y tuve que irme.

—¿Estarás cómodo aquí abajo? —le pregunté a Ian, dubitativa. Le había puesto en la mesa de cirugía varios edredones y una almohada de plumas.

—¡Oh!, sí, tía. —Me sonrió de oreja a oreja—. No imaginas en qué sitios hemos dormido *Rollo* y yo. —Y se estiró con un bostezo—. ¡Cielos!, hace más de un mes que no me acuesto ya cerrada la noche.

—Supongo que también te levantarías con el alba. Por eso me pareció que estarías mejor aquí; si quieres dormir hasta más tarde, nadie te molestará.

Él se echó a reír.

—Sólo si dejo la ventana abierta, para que *Rollo* pueda ir y venir a voluntad. Aunque parece pensar que se puede cazar muy bien aquí dentro.

El perro estaba sentado en medio de la habitación, con los ojos amarillos y lupinos fijos en el armario. Tras la puerta cerrada se oía un rumor grave, como de agua bullendo en una tetera.

—Apuesto por el gato —comentó Jamie, que entraba en ese momento—. Nuestro pequeño *Adso* tiene muy alta opinión de sí mismo. El otro día le vi

persiguiendo a un zorro.

—Y el hecho de que tú fueras atrás con un rifle no tiene nada que ver con el hecho de que el zorro huyera, desde luego —señalé.

—Por lo que a tu *cheetie* concierne, no, nada —aseguró él, muy sonriente.

—*Cheetie* —repitió Ian, por lo bajo—. Qué bueno es poder hablar otra vez en escocés.

Jamie le rozó un brazo con la mano.

—Supongo que sí, a *mhic a pheathar*. ¿Has olvidado el gaélico?

—Seguí aferrado a lo escocés y lo gaélico, tío —dijo Ian—. El latín me costaba más.

—No creo que hayas tenido muchas ocasiones de practicar el latín —observó Jamie—. A menos que pasara algún jesuita.

Ante eso el muchacho hizo un gesto raro. Nos miró a ambos; luego, a la puerta de consulta.

—Pues no ha sido exactamente así, tío.

Fue a echar un vistazo al pasillo, como para asegurarse de que no hubiera nadie cerca; luego volvió a la mesa. Llevaba en la cintura un talego pequeño, que parecía contener todas sus posesiones materiales. Después de revolver brevemente en él, sacó un libro pequeño, encuadernado en piel negra, y se lo entregó a Jamie, que lo observó con aire intrigado.

—Cuando... cuando estaba a punto de abandonar la Ciudad de la Serpiente, la anciana Tewaktenyonh me dio este librito. No era la primera vez que lo veía. Emily le había pedido una página para que yo pudiera haceros saber que estaba bien. ¿Recibisteis aquella nota?

—La recibimos, sí —le aseguré—. Más adelante Jamie se la envió a tu madre.

—Ah, ¿sí? —La expresión de Ian se iluminó al pensar en su madre—. ¡Qué bien! Supongo que se alegrará de saber que he vuelto.

—No lo dudes —le aseguró su tío—. Pero ¿qué es esto? Parece un breviario.

—Eso parece. —Ian se rascó una roncha de mosquito en el cuello—. Pero no es eso. Míralo, ¿quieres?

Me acerqué a Jamie para mirar por encima de su hombro. El libro tenía

un borde de papel roto, allí donde se había arrancado la hoja de guarda. Pero no había título ni letra impresa. Parecía ser una especie de libro de viaje; sus páginas estaban cubiertas de escritura en tinta negra.

Al tope de la primera página se destacaban dos palabras, en letras grandes y temblorosas.

«*Ego sum*», decían. «Yo soy».

—¿Tú eres, pues? —musitó Jamie—. Bien. ¿Y quién eres?

Media página más abajo continuaba la escritura, ya más pequeña y controlada, aunque parecía haber algo extraño en ella.

«*Prima cogitatio est...*».

—Esto es lo primero que me viene a la cabeza —tradujo Jamie.

Yo soy; todavía existo. ¿Existía en ese espacio intermedio? Forzosamente sí, pues lo recuerdo. Más adelante trataré de describirlo. Ahora me faltan palabras. Me siento descompuesto.

Las letras eran pequeñas y redondeadas, cada una dibujada por separado, obra de un escribiente pulcro y cuidadoso. Pero se tambaleaban como borrachas, inclinadas en la página. A juzgar por la escritura se encontraba muy mal, sí.

En la página siguiente se había afirmado, junto con los nervios del escritor.

Éste es el sitio, desde luego. Pero también es el tiempo correcto, lo sé.

Los árboles y las matas son diferentes. Antes había un claro al oeste, que ahora está completamente poblado de laureles. Cuando entré en el Círculo tenía a la vista una magnolia grande; ahora ha desaparecido; en su lugar hay un roble tierno. El ruido es diferente. En lugar de los vehículos de la carretera, a la distancia, sólo se oyen los pájaros. Y el viento.

Aún estoy mareado. Tengo las piernas débiles. Todavía no puedo sostenerme de pie. Desperté bajo el muro donde la serpiente se muerde la cola, pero a cierta distancia de la cavidad donde trazamos el círculo. Debo de haberme arrastrado, pues tengo tierra y arañazos en las manos y la ropa. Al despertar seguí tendido durante un rato,

demasiado desorientado para levantarme. Ya estoy mejor. Todavía débil y enfermo, pero jubiloso. Funcionó. Hemos triunfado.

—¿Hemos? —repetí, mirando a Jamie con las cejas arqueadas,
Él se encogió de hombros y volvió la página.

La piedra ha desaparecido. Sólo queda una mancha de hollín en mi bolsillo. Raymond tenía razón era un zafiro pequeño y sin pulir. Debo apuntarlo todo, por el bien de quienes puedan venir detrás de mí.

Un pequeño escalofrío de premonición me corrió por la espalda, erizándome el pelo de la nuca. «Quienes puedan venir detrás de mí». Jamie me echó una mirada curiosa y, después de una breve vacilación, volvió la vista al libro.

Por fin comprendí qué me llamaba la atención de esa escritura; no había sido trazada a pluma.

—Bolígrafo —dije—. Lo escribió con bolígrafo, ¡Dios mío!

Jamie se volvió a mirarme. Sin duda estaba pálida, pues él hizo ademán de cerrar el libro. Sacudí la cabeza y le indiqué por una seña que continuara leyendo. Él arrugó el entrecejo, pero de inmediato volvió su atención a la lectura; al ver la página siguiente arqueó las cejas.

—Mira —dijo con suavidad, girando el libro hacia mí para señalar una línea.

Estaba escrita en latín, como las otras, pero mezcladas al texto había palabras extrañas, largas y desconocidas.

—¿Mohawk? —preguntó Jamie a su sobrino—. Esta palabra está en la lengua de los indios, sin duda. Uno de los idiomas algonquinos, ¿verdad?

—Llueve Mucho —dijo Ian, en voz baja—. Es kahnyen'kehaka, la lengua de los mohawk, tío. Llueve Mucho es el nombre de alguien. Y también esto otro: Caminante Fuerte, Seis Tortugas y El-que-habla-con-los-espíritus.

—Yo creía que los mohawks no tenían lenguaje escrito —comentó Jamie.

—Así es, tío Jamie. Pero alguien escribió esto. —Señaló la página con la cabeza—. Y si buscas el sonido de las palabras... —Se encogió de hombros—. Son nombres de mohawks, estoy seguro.

Después de mirarlo por un largo instante, Jamie reanudó su traducción.

Yo tenía uno de los zafiros; Llueve Mucho el otro. El-que-habla-con-los-espíritus, un rubí; Caminante fuerte cogió el diamante y Seis Tortugas, la esmeralda. En cuanto al diagrama, no sabíamos con certeza si debía tener cuatro puntas, por los puntos cardinales, o cinco, en forma de tentáculo. Pero como éramos cinco los que hicimos el juramento de sangre, trazamos el círculo con cinco puntas.

Entre esa frase y la siguiente había un pequeño espacio en blanco; luego la escritura cambiaba, tornándose firme y homogénea, como si el escribiente hubiera hecho una pausa para reanudar su relato más adelante.

He ido a mirar. No hay rastros del círculo... pero a fin de cuentas no veo por qué debería haberlos. Creo que he estado un rato inconsciente; trazamos el círculo en la boca misma de la grieta, pero allí no hay marcas que expliquen cómo me arrastré o rodé hasta el sitio donde me encontraba al despertar; sin embargo hay marcas de lluvia en el polvo. Mi ropa está húmeda, pero no sé si es por la lluvia, por el rocío matinal o por el sudor de haber yacido al sol; cuando desperté era casi mediodía, pues el sol estaba en el cenit, y hacía calor. Tengo sed. ¿Me alejé de la Grieta a rastras antes de derrumbarme? ¿O la fuerza de la transición me arrojó a cierta distancia?

Al oír eso tuve la extrañísima sensación de que las palabras eran el eco de algo que sonaba dentro de mi cabeza. Nunca antes las había oído; sin embargo me sonaban horriblemente conocidas. Sacudí la cabeza para despejarla; al levantar la vista encontré los ojos de Ian clavados en mí, cargados de especulaciones.

—Sí —dije sin rodeos, en respuesta a esa mirada—. Yo también. Brianna y Roger también.

Jamie, que había hecho una pausa para desenredar una frase, levantó la vista. Al ver la cara de su sobrino y la mía, me cogió una mano.

—¿Cuánto pudiste leer, muchacho? —preguntó en voz baja.

—Mucho, tío —respondió Ian, sin apartar los ojos de mí—. Pero no todo. —Una breve sonrisa le tocó los labios—. Y sin duda no he descifrado bien la gramática..., pero que lo entiendo. ¿Y tú?

No estaba claro si la pregunta estaba dirigida a mí o a Jamie. Los dos intercambiamos una mirada vacilante. Luego me volví hacia el joven y asentí con la cabeza. Jamie hizo lo mismo, mientras me estrechaba la mano.

—Ajá. —Una profunda satisfacción iluminó la cara de Ian—. ¡Ya sabía que no podías ser un hada, tía Claire!

Ian no pudo mantenerse despierto por mucho tiempo más.

—Dime qué pasó después —le exigí a Jamie al llegar a nuestro dormitorio.

Él ya había encendido una vela; mientras se desabrochaba la camisa con una mano, abrió el libro con la otra y se hundió en el lecho, todavía absorto en la lectura.

—No pudo hallar a ninguno de sus amigos. Pasó dos días buscándolos por la campiña cercana, pero no había rastros. Estaba muy afligido, pero al fin decidió que debía continuar; necesitaba comida y no llevaba consigo más que un cuchillo y un poco de sal. Debía cazar o buscar a otra gente.

Ian decía que Tewaktenyongh le había dado el libro con la recomendación de que me lo trajera. Había pertenecido a un hombre llamado Dientes de Nutria, que según dijo ella, era alguien de mi familia.

En verdad, yo le había dicho a esa mujer que Dientes de nutria podía ser «alguien de mi familia», al no poder describir de otra manera el peculiar parentesco que une a los viajeros del tiempo. Nunca había conocido a Dientes de Nutria en carne y hueso, pero, si era quien yo creía, a él pertenecía la cabeza enterrada en nuestro pequeño cementerio, con obturaciones de plata y todo.

Tal vez estaba a punto de saber, por fin, quién había sido en realidad... y cómo diantre había llegado a tan asombroso final.

El hombre había pasado algún tiempo vagando por el páramo, aunque no se trataba exactamente de vagar, pues seguía un rumbo determinado, guiándose por el sol y las estrellas. Eso resultaba extraño: ¿Qué iba buscando?

Fuera lo que fuese, por fin llegó a una aldea. No hablaba el idioma de los habitantes, pero, según sus anotaciones, le afligió profundamente descubrir que las mujeres usaban calderos de hierro para cocinar.

—¡Eso es lo que dijo Tewaktenyoh! —interrumpí—. Cuando me hablaba de él, si es que se trata del mismo hombre —añadí *proforma*—, dijo que se paseaba fastidiando alrededor de los calderos, los cuchillos y los rifles. Afirmaba que los indios debían... ¿Cómo lo dijo ella?... Que debían «retornar a las costumbres de sus antepasados», porque de lo contrario el blanco los comería vivos.

—Un tipo muy nervioso —murmuró Jamie, aún pegado al libro—. Y también afecto a la retórica.

No obstante, una o dos páginas más allá se aclaraba un poco el porqué de esa extraña obsesión con los calderos.

—«He fracasado» —leyó Jamie—. «Llego demasiado tarde». —Irguió la espalda y me echó una mirada antes de continuar.

No sé exactamente en qué momento estoy ni puedo averiguarlo; esta gente no cuenta los años por ninguna de las escalas que conozco, aunque dominara bien su lengua y pudiera preguntarles. Pero sé que es demasiado tarde.

Si hubiera llegado al tiempo que yo quería, antes de 1650, no habría hierro en esta aldea, tan lejos de la costa. Que lo utilicen aquí como cosa habitual significa que me encuentro por lo menos cincuenta años más tarde, ¡si no más!

Este descubrimiento sumió a Dientes de Nutria en una depresión; pasó varios días absolutamente desesperado. Al fin reunió fuerzas; no había nada que hacer, salvo continuar. Y partió solo hacia el norte, con algo de comida que le dieron los de la aldea.

—No tengo idea de lo que pretendía hacer —observó Jamie—, pero debo reconocer que tenía valor. Todos sus amigos, muertos o desaparecidos; él, desprovisto de todo, sin tener idea de dónde está... y aun así continúa.

—Sí... pero si he de serte franca, no creo que se le ocurriera otra cosa —dije. Y toqué suavemente el libro. Recordaba los primeros días, tras mi

propio paso a través de las piedras.

Desde luego, la diferencia era que ese hombre había cruzado deliberadamente. Aún quedaba por descubrir por qué y cómo lo había hecho.

Mientras viajaba solo por el páramo, sin otra compañía que su pequeño libro, Dientes de Nutria había resuelto ocupar su mente con un relato del viaje, sus motivos y sus intenciones.

Quizá no tenga éxito en mi intento... en nuestro intento. En realidad, lo que parece más probable en este momento es que perezca aquí, en territorio desierto. Pero en ese caso me consolará pensar que dejo algún registro de nuestra noble empresa. Es el único monumento recordatorio que puedo ofrecer a quienes fueron mis hermanos, mis compañeros de aventura.

Jamie hizo una pausa para frotarse los ojos. La vela estaba casi consumida; yo también lagrimeaba tanto por los bostezos que apenas veía la página y estaba mareada por la fatiga.

—Basta —dije. Y apoyé la cabeza en su hombro, reconfortada por su tibia solidez—. Ya no puedo mantenerme despierta, de verdad. Y no me parece bien que apresuremos su relato. Además, Bree y Roger también deberían escucharlo.

—Tienes razón, *Sassenach*. —Y cerró el libro para depositarlo suavemente en la mesa, junto a la cama.

En general me sentía a gusto allí, segura en el sitio que había creado para mí en ese mundo, y feliz por estar con Jamie, cualesquiera que fuesen las circunstancias. Pero de vez en cuando veía, con súbita claridad, la magnitud del abismo que había cruzado, y me sentía muy sola. Y con miedo.

Las palabras de ese hombre, su pánico y su desesperación, me habían devuelto el recuerdo de todo el terror y las dudas de mis viajes a través de las piedras. Me acurruqué contra mi esposo dormido, abrigada y protegida. Y oí las palabras de Dientes de Nutria como si sonaran en mi oído interno: un grito desolado que resonaba a través de las barreras del tiempo y el idioma.

Al pie de aquella página, la escritura en latín se había vuelto más precipitada; algunas letras eran sólo motas de tinta; el final de las palabras se

perdía en una frenética danza de arañas. Y luego, las últimas líneas, escritas en inglés, como si el latín del escritor se hubiera disuelto en la desesperación.

¡Oh, Dios, Dios mío...!

¿Dónde están?

Sólo al día siguiente por la tarde logramos reunir a Brianna, Roger y Ian, y retirarnos en privado al estudio de Jamie sin despertar una curiosidad indeseable. La noche anterior, la bruma de la fatiga se había combinado con la súbita aparición de Ian para que casi todo pareciera razonable. Pero mientras realizaba mis tareas a la intensa luz de la mañana, me resultaba cada vez más difícil creer que el diario existiera en verdad, que no fuera simplemente algo soñado.

No obstante, allí estaba: pequeño, negro y sólido en el escritorio de Jamie. Él y Ian habían pasado la mañana en el estudio, concentrados en su traducción. Al reunirme con Jamie comprendí, por lo revuelto de su pelo, que el relato le había resultado apasionante, inquietante... o ambas cosas a la vez.

—Les he dicho de qué se trata —dijo sin preámbulos, refiriéndose a Roger y a Bree. Los dos se habían sentado en sendos taburetes, juntos y solemnes. Jemmy, que se negaba a separarse de su madre, jugaba con una sarta de cuentas debajo de la mesa.

—¿Lo habéis leído todo? —pregunté, mientras me dejaba caer en la segunda silla.

Jamie asintió. Luego echó un vistazo al joven Ian, que estaba de pie junto a la ventana, demasiado inquieto para sentarse. Llevaba el pelo corto, pero lo tenía casi tan desaliñado como Jamie.

—Sí. No voy a leer el resto en voz alta, pero me pareció mejor comenzar por el punto donde se decide a narrarlo todo desde el comienzo.

Había marcado la página con el trozo de piel curtida que utilizaba como señalador. Abrió el diario en ese sitio y comenzó a leer:

El nombre que me dieron al nacer es Robert Springer. Rechazo ese nombre y todo cuanto lo acompaña, porque es el amargo fruto de siglos de asesinatos e injusticias, símbolo de robo, esclavitud y

opresión...

Jamie comentó, mirando por encima del borde del libro:

—Ya veis por qué no quiero leerlo todo, palabra por palabra; el hombre se pone tedioso cuando toca el tema. —Deslizó un dedo por la página—. «En el año de Nuestro Señor... el señor de ellos, ese Cristo en cuyo nombre violan, saquean y...». Bueno, hay más de lo mismo, pero al fin resulta ser mil novecientos sesenta y ocho. Supongo que estáis familiarizados con todos esos asesinatos y saqueos de los que habla...

Miraba a Bree y a Roger, con las cejas en alto. Ella se incorporó abruptamente, aferrando el brazo de su marido.

—Conozco ese nombre —dijo, sofocada—. Robert Springer. ¡Lo conozco!

—¿Conocías a Springer? —pregunté, con una sensación extraña.

—A él no, pero vi su nombre en los periódicos. ¿Tú no? —Se volvió hacia Roger, pero él sacudió la cabeza, con el entrecejo fruncido—. Bueno, tal vez en el Reino Unido no se haya publicado, pero en Boston fue un caso muy sonado. Creo que era uno de los Cinco de Montauk.

Jamie se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Los cinco qué?

—Era sólo algo que... que algunos hacían para llamar la atención. —Brianna descartó el asunto con un ademán de la mano—. No tiene importancia. Eran activistas que defendían los derechos de los indios americanos. Al menos así comenzaron, pero estaban tan chiflados que hasta esas organizaciones los mandaron a freír buñuelos.

Al ver la expresión intrigada de su padre y su primo, intentó definir las cosas y hacer una descripción breve, aunque confusa, del triste estado en que se encontraban los indios americanos del siglo XX.

—Conque ese Robert Springer es... o era... un indio de tu época, o algo así. —Jamie tamborileó los dedos contra la mesa, con un gesto de concentración—. Bueno, eso concuerda con su propio relato; al parecer, él y sus amigos estaban muy enfadados por la conducta de los que llamaban «blancos». Supongo que se referían a los ingleses. O a los europeos.

—Pues sí, sólo que hacia mil novecientos sesenta y ocho ya no eran

Europeos, sino americanos, y los indios eran americanos antes que ellos. Por eso comenzaron a denominarse «americanos nativos» y...

Roger la interrumpió en pleno discurso con una palmada en la rodilla.

—Dejemos la historia para después —propuso—. ¿Qué decían los periódicos de Robert Springer?

—¡Oh!... —Ya desconcentrada, Bree frunció el entrecejo para concentrarse—. Que desapareció. Desaparecieron los Cinco de Montauk. El gobierno los buscaba por la voladura de algo... o por amenazar con hacerlo, ya no recuerdo. Se los arrestó, pero salieron bajo fianza. Y de la noche a la mañana desaparecieron los cinco.

—Evidentemente —murmuró el joven Ian, echando un vistazo al diario.

—Durante una o dos semanas los periódicos hablaron mucho del asunto —continuó ella—. Los otros grupos de activistas acusaban al gobierno de haberlos eliminado, para no sufrir bochornos de lo que saldría a relucir durante el juicio. Y el gobierno lo negaba. De modo que se los buscó a fondo. Creo recordar que encontraron el cadáver de uno... en los bosques de New Hampshire, Vermont o algo así. Pero no se pudo determinar de qué había muerto. En cuanto a los otros, no había el menor rastro.

—«¿Dónde están?» —citó por lo bajo—. «Dios mío, ¿dónde están?».

Jamie asintió con sobriedad.

—Pues sí, creo que este Springer puede ser el mismo. —Tocó la página que tenía ante sí con algo parecido al respeto—. Él y sus cuatro compañeros renunciaron a cualquier vinculación con el mundo de los blancos y adoptaron otros nombres, que se correspondieran con sus orígenes. Al menos, eso dice.

—Sería lo decente —comentó Ian, en voz baja. En él había una quietud distinta, extraña; me vi obligada a recordar que durante los dos últimos años había sido mohawk; le habían lavado la sangre blanca y cambiado el nombre por el de Hermano del Lobo, convirtiéndolo en uno de los Kahnyen'kehaka, los Guardianes de la Puerta del Oeste.

Me pareció que Jamie también había reparado en esa quietud, pero no apartaba los ojos del libro. Mientras volvía las hojas, una a una, iba resumiendo su contenido.

Robert Springer —Ta'wineonawira, «Dientes de Nutria», como prefería llamarse—, tenía muchas vinculaciones en el tenebroso mundo de la política

extremista y en otro más sombrío aún: el que denominaba «chamanismo americano nativo». No sé hasta qué punto se parecía lo que él hacía con las creencias originales de los iroqueses, pero Dientes de Nutria creía descender de los mohawks y adoptó los restos de tradición que pudo hallar... o inventar.

«Fue en una ceremonia de bautismo donde conocí a Raymond».

Al oír eso me incorporé abruptamente. Al principio también había mencionado ese nombre, pero sólo ahora me llamaba la atención.

—¿Describe a ese tal Raymond? —pregunté, ansiosa.

—Físicamente, no. Sólo dice que era un gran chamán, capaz de transformarse en pájaros o animales... y de caminar a través del tiempo —añadió delicadamente, mirándome con intención.

—No sé —dijo—. Me pareció... Una vez... Pero ahora no sé.

—¿Qué? —Brianna nos miraba a ambos, intrigada. Me arreglé el pelo.

—No importa. En París conocí a alguien que se llamaba Raymond. Me pareció... Pero ¿qué podría estar haciendo ese tipo en Norteamérica, en mil novecientos sesenta y ocho? —estallé.

—Pues tú también estabas allí, ¿verdad? —señaló Jamie—. Dejemos eso a un lado, por el momento.

Y continuó traduciendo el texto, con un lenguaje extrañamente artificioso.

Como Raymond lo intrigaba, Dientes de Nutria se había entrevistado varias veces con él, llevando consigo a sus amigos más íntimos. Poco a poco concibieron «un plan grandioso, audaz, de concepción deslumbrante».

Hubo una prueba. Muchos fracasaron, pero yo no. Fuimos cinco los que la pasamos, los que oímos la voz del tiempo; cinco, los que juramos con sangre acometer esta gran empresa, rescatar a nuestro pueblo de la catástrofe. Reescribir su historia y corregir las injusticias, de modo que...

Roger lanzó un lamento:

—¡Oh!, por Dios, ¿qué se proponían? ¿Asesinar a Cristóbal Colón?

—No tanto —señalé—. Quería llegar antes de mil seiscientos, según dice. ¿Sabe alguien qué sucedió entonces?

—No sé qué sucedió entonces —respondió Jamie, frotándose la cabeza

con una mano—, pero sé muy bien qué se proponía. Su plan era presentarse a la Liga de Iroqueses y lograr que se alzaran contra los pobladores blancos. Consideraba que los colonos todavía eran pocos y que los indios podrían eliminarlos con facilidad, si los iroqueses se ponían a la cabeza.

—Quizá estaba en lo cierto —observó Ian, con voz queda—. He oído los relatos de los ancianos. Cuentan que, cuando llegaron los primeros O'seronni, les dieron la bienvenida, pues traían cosas para comerciar. Cien años después los O'seronni aún eran pocos... y los Kahnyen'kehaka, los amos, líderes de las naciones. Podrían haberlo hecho, en efecto, si hubieran querido.

—Pero no habrían podido detener a los europeos —objetó Brianna—. Eran demasiados. ¿O pretendían que los mohawks invadieran Europa?

Una ancha sonrisa cruzó la cara de su padre.

—Me habría gustado ver eso —dijo—. Esos mohawks habrían dado más de un dolor de cabeza a los *Sassenachs*. Pero no, por desgracia. —Me echó una mirada sardónica—. Nuestro amigo Robert Springer no era tan ambicioso.

No obstante, lo que planeaban Dientes de Nutria y sus compañeros era bastante ambicioso, sí, y tal vez... sólo tal vez... factible. Su intención no era impedir por completo el asentamiento de los blancos, sino poner a los indios en guardia contra los blancos, establecer el comercio en sus propios términos y negociar desde una posición de poder.

—En vez de permitir que se asentaran en gran número, podrían mantener a los blancos acorralados en poblaciones pequeñas. No dejar que construyeran fortificaciones. Exigir armas desde el comienzo. Imponer sus propias condiciones para comerciar. Mantenerlos en inferioridad numérica y de armas... y obligar a los europeos a enseñarles a trabajar el metal.

—*Prometheus redux* —dije.

Jamie resopló de risa. Roger movió la cabeza, algo admirado.

—Es un plan de locos —dijo—, pero hay que admitir que tenían coraje. Tal vez habría resultado... si hubieran podido convencer a los iroqueses... y si hubieran actuado en el momento adecuado, antes de que el poder pasara a manos de los europeos. Pero todo salió mal, ¿no? Primero llega en época equivocada, demasiado tarde; luego cae en la cuenta de que ninguno de sus amigos ha pasado con él.

—Sí. Según dice, al ver que todo había salido mal estuvo cerca de la desesperación. Pensó en regresar, pero ya no tenía su piedra preciosa. Y ese tal Raymond había dicho que se necesitaba tener una a modo de protección —dijo Jamie.

—Pero al final la consiguió —apunté.

Me levante para hurgar en el último estante, hasta encontrar el gran ópalo en bruto; su fuego interior chismorreaba a través de la espiral tallada en la superficie.

—Es decir... supongo que no pueden haber existido muchos indios que se llamaran Dientes de Nutria y estuvieran en la aldea de la Serpiente. Tewaktenyohn, una anciana mohawk, jefa del Consejo de las Madres, me dio esta piedra en la aldea, cuando fuimos a rescatar a Roger de su cautividad. También me contó la historia de Dientes de Nutria y de su muerte.

La gema también parecía caliente; froté cautelosamente la espiral. «La serpiente que se muerde la cola», había dicho él.

—Sí, pero él no la menciona. —Jamie, arrellanado en la silla, se pasó las dos manos por el pelo suelto—. El relato termina cuando él decide que no hay remedio; cualquiera que fuera el año y aunque estuviera solo, llevaría a cabo su plan.

—No puede haber creído que resultaría —objetó Roger.

—No. Lo que dice aquí, al final, es que en su pueblo habían muerto millares luchando por su libertad y que otros millares morirían en años venideros. Él recorrería el mismo sendero por el honor de su sangre; un guerrero mohawk no podía pedir otra cosa que morir en el combate.

Oí que Ian suspiraba detrás de mí; Brianna inclinó la cabeza y la cabellera le ocultó la cara. Roger estaba vuelto hacia ella, grave el perfil. Pero yo no veía a ninguno de ellos. Veía a un hombre con la cara pintada de negro en señal de muerte; caminaba por la noche a través de un bosque chorreante, con una antorcha que ardía en fuego frío.

Un tirón a mi falda me arrancó de la imagen. Jemmy estaba a mi lado.

—¿Qué ezo?

—¿El qué...? Ah, es una piedra, tesoro. Una piedra bonita, ¿ves?

Le mostré el ópalo y él lo cogió con las dos manos, dejándose caer sentado para observarlo.

—Lo que me gustaría saber —dijo Roger, señalando el diario— es por qué diablos escribió eso en latín.

—Pero si lo dice. Había estudiado latín en la escuela. Quizá por eso se volvió contra los europeos. —Jamie sonrió al joven Ian, que hizo una mueca—. Y se le ocurrió escribirlo en latín por si alguien lo encontraba; de ese modo no le prestaría atención, pensando que era sólo un libro de oraciones.

—Es lo que pensaron los Kahnyen'kehaka —intervino Ian—. Pero la vieja Tewaktenyonh lo conservó. Y cuando yo... partí, me lo dio para que te lo trajera, tía Claire.

—¿Sabría ella lo que contenía el libro? —pregunté.

—Lo ignoro —dijo Ian—. Sabía algo, sí, pero no sé qué. No me lo dijo, tan sólo que te trajera el libro. —Nos miro sucesivamente: a Brianna, a Roger, a mí—. ¿Es cierto? —preguntó—. Lo que has dicho, prima... lo que sucederá con los indios.

—Temo que sí —musitó ella—. Lo siento, Ian.

Aunque no hubiera renunciado en verdad a su verdadera gente, los Kahnyen'kehaka también eran de los suyos. A pesar de aquello que lo había obligado a partir, fuera lo que fuese.

Iba a abrir la boca para preguntarle qué había pasado con su esposa, pero oí a Jemmy. Se había retirado bajo la mesa con su botín y le hablaba en tono coloquial, aunque ininteligible. Pero de pronto su voz cambió a un tono de alarma.

—Quema —dijo—. ¡Mami, quema!

Brianna ya se había levantado de su taburete, con expresión preocupada, cuando comenzó el ruido. Fue un sonido agudo, penetrante, como el que despide una copa de cristal cuando se frota el borde con un dedo mojado. Roger se incorporó, sobresaltado.

Brianna se agachó para sacar al niño de debajo de la mesa. En el momento en que se incorporaba, con él en brazos, se oyó un súbito «¡pam!», como un disparo, y el ruido cesó abruptamente.

—¡Santo Dios! —exclamó Jamie.

Era poco decir, en esas circunstancias. De los estantes, los libros, las paredes, de la falda de Brianna, asomaban astillas de fuego relumbrante. En la mesa refulgía un graneado de puntos brillantes: una lluvia de aquellas

agujas había atravesado la gruesa madera. Ian lanzó una exclamación y se inclinó para arrancarse un fragmento de la pantorrilla. Jemmy se echó a llorar. El ópalo había estallado.

—¿No percibiste nada extraño en esa piedra cuando se la diste al niño, *Sassenach*?

—No. —Aún estaba impresionada por la explosión—. La he sentido caliente... pero todo está caliente en esta habitación. Y no hacía ningún ruido.

—¿Ruido? —Me miró con extrañeza—. ¿El ruido que ha hecho al estallar, dices?

—No, antes. ¿No lo has oído?

Él sacudió la cabeza. Miré a los otros, Bree y Roger asintieron; los dos estaban pálidos y descompuestos. Ian, en cambio, movió la cabeza; parecía muy interesado, pero tenía cara de no entender.

—No he oído nada —dijo—. ¿Cómo sonaba?

Brianna abrió la boca para responder, pero Jamie levantó una mano.

—Un momento, *a nighean*. Jem, *a ruradh*, ¿has oído algún ruido antes de la explosión?

Jemmy miró a su abuelo con grandes ojos azules y asintió con lentitud.

—Y la piedra que te dio la abuela, ¿estaba caliente?

Jemmy me clavó una mirada de intensa acusación y volvió a asentir.

Habíamos arrancado la mayoría de las astillas clavadas en la madera; formaban un pequeño montón de fuego roto en el escritorio. Una me había levantado un pequeño trozo de piel en el nudillo; me lo llevé a la boca; sabía a plata.

—Dios mío, cortan como cristal quebrado.

—Es que son cristal quebrado. —Brianna estrechó al niño un poco más.

—¿Cristal? ¿Crees que no era un ópalo de verdad? —Roger arqueó las cejas y se inclinó hacia delante, para recoger una de aquellas agujas.

—Claro que sí... pero los ópalos son cristales. Cristal volcánico duro. —La cara de Bree empezaba a recobrar el color—. Yo sabía que se podían romper con un golpe de martillo o algo así, pero nunca supe de ninguno que hiciera esto.

Señaló con la cabeza el montón de fragmentos. Jamie recogió uno de los

grandes, entre el pulgar y el índice, y me lo ofreció.

—Sostenlo en la mano, *Sassenach*. ¿Lo sientes caliente?

—Sí —dije, inclinando cuidadosamente la palma de un lado a otro—. No mucho; más o menos a la temperatura de la piel.

—Yo lo siento frío —dijo Jamie—. Dáselo a Ian.

Entregué el trozo de ópalo a Ian, que lo acarició con un dedo cauto, como si fuera algún animalillo que pudiera morder si se le fastidiaba.

—Está frío —informó—. Como cualquier trozo de cristal, tal como dijo la prima Brianna.

Tras probar alguna vez más, quedó establecido que la gema estaba caliente, aunque no mucho, para Brianna, Roger y yo, pero no para Jamie o Ian. Entonces ya se había fundido la parte superior de la gran vela de reloj, con lo cual Jamie pudo extraer las piedras escondidas en ella. Después de quitarles con el pañuelo el último resto de cera caliente, las puso a enfriar alineadas en el borde del escritorio.

Jemmy observaba todo con gran interés; parecía haber olvidado su desventura.

—¿Te gustan, *an ghille ruaidh*? —le preguntó Jamie.

El niño asintió inmediatamente y se estiró hacia ellas desde el regazo de su madre.

—Quema —recordó luego, y retiró un poco la mano—. ¿Quema?

—Pues espero que no —dijo su abuelo. Y cogió la esmeralda, una piedra toscamente pulida, tan grande como la uña de su pulgar—. Toma esto, *a bailach*.

Jemmy hizo lo que su abuelo le decía: cogió la piedra, todavía desconfiado, pero su cautela se desvaneció en una sonrisa al observarla.

—¡Bonita!

—¿Quema? —preguntó Brianna, lista para quitársela.

—Sí, quema —confirmó él, muy satisfecho, apoyándola contra el vientre.

—Déjame ver. —Con alguna dificultad, Brianna logró poner los dedos en la gema, aunque Jemmy no estaba dispuesto a entregarla—. Está caliente —informó—. Como el ópalo, pero no quema, no. Si te quema la tiras inmediatamente, ¿has entendido? —ordenó al niño.

Roger observaba todo aquello con aire fascinado.

—Él también la tiene, ¿verdad? —me dijo suavemente—. Cincuenta y cincuenta, dijiste, o tres posibilidades de cuatro... pero la tiene.

—¿El qué? —Jamie miró primero a Roger y luego a mí.

—Creo que puede... viajar. —Se me oprimía el pecho al pensarlo—. Recuerda lo que dijo Dientes de Nutria. —Eché un vistazo al diario, olvidado en el escritorio—. Dijo que habían debido pasar una prueba para verificar si podían «oír la voz del tiempo». Sabemos que no todos pueden... hacerlo. Pero algunos pueden. Por lo que dijo Dientes de Nutria, había una manera de averiguar quién podía y quién no antes de hacer el intento.

—¿Crees que «la voz del tiempo» sea...? Jem, ¿oyes algo en la piedra? —Roger se inclinó hacia delante y cogió al niño del brazo, para obligarlo a apartar su atención de la esmeralda—. ¿Te canta, Jem?

El pequeño levantó la vista, sorprendido.

—No —dijo, inseguro. Luego—: Sí. —Se llevó la piedra a la oreja, ceñudo. Luego se la entregó a Roger—. ¡Cántale, papá!

—No sé canciones de roca —dijo con su voz ronca—. Sólo de rock. —Y acercó la esmeralda a su oído, algo azorado. Después de escuchar atentamente, con una arruga entre las cejas, bajó la mano—. No... no puedo. No podría decir que oigo nada, pero... probad vosotras. —Le pasó la piedra a Brianna y ella, a su vez, a mí. Ninguna de nosotras oía nada en especial; sin embargo me parecía percibir algo, si prestaba mucha atención. No era exactamente un sonido; antes, una vibración levísima.

—¿Qué pasa? —preguntó Ian, que seguía los procedimientos con gran interés—. Vosotros tres no sois *sidheanach*, pero ¿por qué podéis... hacer lo que hacéis, mientras que tío Jamie y yo no podemos? Tú tampoco puedes, ¿verdad, tío Jamie? —preguntó, vacilante.

—Gracias a Dios, no —replicó su tío.

—Es genético, ¿no? —preguntó Brianna—. Debe serlo.

Jamie y Ian parecieron desconfiar de ese término desconocido.

—¿Por qué no, si lo es todo lo demás? El tipo sanguíneo, el color de los ojos...

—Pero todo el mundo tiene ojos y sangre, *Sassenach* —objetó Jamie—. Sean del color que sean, todos podemos ver. Esto... —Señaló la pequeña colección de piedras.

Suspiré con impaciencia.

—Sí, pero hay otras cosas que son genéticas. Todo, si lo piensas bien. Mira.

Me volví hacia él y le saqué la lengua. Jamie parpadeó; Brianna lanzó una risa ante su expresión. Sin prestarles atención, metí la lengua y volví a sacarla, esta vez con los bordes curvados hacia arriba, formando un cilindro.

—¿Qué me dices de esto? —pregunté—. ¿Puedes hacerlo?

Jamie parecía divertido.

—Por supuesto. —Sacó la lengua enrollada y la agitó a manera de demostración—. Todo el mundo puede, ¿o no? ¿Ian?

—¡Oh!, sí, por supuesto. —Ian hizo la misma demostración—. Todo el mundo puede.

—Yo no —aclaró Brianna.

Jamie pareció desconcertado.

—¿Cómo que no puedes?

—¡Bah! —Ella sacó la lengua plana y la revolvió de lado a lado—. No puedo.

—Tienes que poder. —Jamie frunció el entrecejo—. Pero si es sencillo, muchacha. ¡Cualquiera puede hacerlo! —Sacó otra vez la lengua para enrollarla y desenrollarla, como un paternal oso hormiguero que incitara a su vástago con una apetitosa masa de insectos. Luego miró a Roger con las cejas subidas.

—Eso pensaría cualquiera, ¿verdad? —dijo el joven, melancólico. Y sacó a su vez la lengua. Plana—. ¡Bah!

Jamie los observó por un momento. Luego se volvió hacia mí.

—Supongamos por un momento que tengas razón. ¿Por qué la muchacha no puede hacerlo, si tú y yo podemos? Me aseguras que es hija mía, ¿no?

—Es hija tuya, con toda seguridad. Como te lo dirá cualquiera que tenga ojos en la cara.

—Acepto tu palabra, *Sassenach*, puesto que eres una mujer honorable. Pero ¿cómo explicas lo de la lengua?

—Bueno, tú sabes de dónde vienen los bebés —comencé—. Lo del huevo y la...

—Lo sé —dijo él, cortante. Las orejas se le habían enrojecido un poco.

—Es decir: se requiere algo de la madre y algo del padre. A veces la influencia del padre es más visible que la de la madre; a veces sucede al revés. Pero ambas... eh... influencias están allí. Los llamamos genes: las cosas que el bebé recibe de sus dos padres, que afectan a su aspecto y su capacidad.

—Bien, ¿y...?

—Pues bien, los genes afectan algo más que al color del pelo o de los ojos. Ahora bien... cada persona tiene dos genes por cada característica: uno del padre, uno de la madre. Y cuando se forman los... eh... gametos en los ovarios y los testículos...

—Quizá sea mejor dejar eso para después, *Sassenach* —interrumpió Jamie, mirando de soslayo a Brianna.

—No te preocupes, papá, ya sé de dónde vienen los bebés —le aseguró ella, sonriendo.

—Pues bien. —Volví a coger las riendas de la conversación—. Tienes un par de genes por cada característica: un gen por tu madre y otro por tu padre. Pero cuando llega el momento de transmitirlos a tus propios hijos, sólo puedes pasar uno de los dos. Porque el niño recibirá otro gen de su madre, ¿comprendéis?

Miré a Jamie y a Roger con una ceja interrogativa. Ellos asintieron a la vez, como hipnotizados.

—Bien. Decimos que algunos genes son dominantes y otros, recesivos. Si una persona tiene un gen dominante, será ése el que resulte visible. Puede pasar a los descendientes.

—¿No estudiaste esto en la escuela, Roger? —preguntó Bree, divertida.

—Pues sí —murmuró él—, pero creo que ese día no presté mucha atención. Después de todo, no esperaba que el asunto llegara a importarme.

—¡Qué bien! —dije, tajante—. Continúo. Tú y yo, Jamie, tenemos uno de los genes dominantes que nos permiten enrollar la lengua. Pero también debemos tener cada uno un gen recesivo que no permite hacerlo. Y por lo visto, cada uno de nosotros transmitió el gen recesivo a Bree. Por lo tanto, ella no puede enrollar la lengua. También Roger debe de tener dos copias de ese gen recesivo, puesto que si tuviera siquiera uno de los genes dominantes, podría hacerlo. Y no puede. —Hice una reverencia.

—¿Qu'ez tes-ticulos? —inquirió una vocecilla. Jemmy había abandonado sus piedras y me miraba con profundo interés.

—Eh... —Miré a los otros en busca de ayuda.

—Tus huevos, hijo —explicó Roger, disimulando una sonrisa.

—¿Yo tengo huevos? ¿Dónde tengo huevos?

—Eh... —Roger echó un vistazo a Jamie, que se quedó contemplando el techo.

—Bueno, es que tú llevas faldas escocesa, tío Jamie —señaló Ian, sonriente.

Roger se inclinó para abarcar con mano suave la ingle del niño.

—Aquí, *a bhalaich*.

—Eso no e'huevos. ¡Eso e'pilín!

Jamie se levantó con un profundo suspiro, convocó a Roger con la cabeza y cogió al niño de la mano.

—Vale. Vamos afuera, para que te enseñemos.

Roger abrió la puerta y se hizo a un lado para dar paso a nieto y abuelo. Llevado por un impulso, Jamie se volvió hacia el niño y sacó la lengua en forma de cilindro.

—¿Puedes hacer eso, *a ruadh*?

Brianna quedó petrificada y Roger también. Jamie comprendió, un segundo demasiado tarde, y se puso pálido. Roger miró a Bree. Algo pareció cruzar entre ambos. De inmediato él cogió la otra mano del niño.

—Oye, *a bhalaich*, ¿puedes hacer eso?

—¿Ezo qué?

—Mira al abuelo.

Jamie respiró a fondo y sacó rápidamente la lengua enrollada.

—¿Puedes hacer eso? —repitió Roger.

—Pues sí. —Jemmy, muy sonriente, sacó la lengua. Plana—. ¡Bah!

Por la habitación circuló un suspiro colectivo. Jemmy levantó los pies para colgarse de las manos de Roger y Jamie. Luego recordó su pregunta original.

—¿Abuelo tiene huevos? —preguntó.

—Tengo, sí —fue la seca respuesta—. Pero los de tu papá son más grandes.

Tiempo de guerreros

Deshice entre las manos hojas secas de salvia y dejé caer las escamas verdigrises entre las brasas. El sol descendía en el cielo, pero el pequeño cementerio ya estaba en sombras, de modo que el fuego refulgía.

Los cinco habíamos rodeado en círculo el trozo de granito con el que Jamie marcara la sepultura del desconocido. «Como éramos cinco, trazamos el círculo con cinco puntas». De común acuerdo, la ceremonia no era sólo en honor a él, sino también de sus cuatro ignotos compañeros... y de Daniel Rawlings, que yacía a poca distancia, bajo el fresno, en su tumba nueva y definitiva.

El humo se elevó desde el pequeño brasero de hierro, pálido y fragante. Yo había traído también otras hierbas, pero sabía que la salvia era sagrada para los tuscarora, los cherokees y los mohawk, pues su humo purificaba.

Froté entre las manos agujas de enebro; luego, ruda, a la que llamaban «hierba de gracia», y romero, que al fin y al cabo servía para el recuerdo.

Jamie levantó la cabeza, de un fuego tan intenso como el que ardía junto a sus pies, y se volvió hacia el oeste, adonde vuelan las almas de los muertos. Habló quedamente en gaélico, que ya todos entendíamos.

*Retornas esta noche a tu hogar de invierno
a tu hogar de otoño, de primavera y de verano;*

*retornas esta noche a tu hogar perpetuo,
a tu lecho eterno, a tu eterno descanso.
El sueño de las siete luces sea tuyo, ¡oh, hermano!,
el sueño de los siete gozos sea tuyo, ¡oh, hermano!
el sueño de los siete descansos sea tuyo, ¡oh, hermano!,
del brazo de Jesús, el Cristo de Gracia.
La sombra de la muerte yace sobre tu cara, bienamado,
pero el Jesús de Gracia te rodea con Su mano;
cerca de la Trinidad, di adiós a tus dolores:
Cristo se alza ante ti y la paz está en Su mente.*

Ian se acercó a él. La luz evanescente le tocó la cara, iluminando intensamente sus cicatrices. Lo recitó primero en lengua mohawk; luego en inglés, para los demás.

*Que la caza sea efectiva,
que tus enemigos caigan ante tus ojos,
que tu corazón habite siempre gozoso en el albergue de tus
hermanos.*

—Habría que repetirlo muchas veces —añadió, inclinando la cabeza como para pedir perdón—. Con los tambores, ¿entendéis? Pero creo que ahora bastará con una sola vez.

—Está bien, Ian —le aseguró Jamie. Y miró a Roger.

Él tosió y carraspeó antes de hablar. El dejo ronco de su voz era tan transparente y penetrante como el humo.

*Señor, hazme conocer mi final
y la medida de mis días,
para que comprenda lo frágil que soy.
He aquí que has hecho mis días de un palmo,
y mi edad es nada junto a la Tuya.
Escucha mi plegaria, ¡oh, Señor!, y presta oído a mi llanto;
no niegues Tu paz a mis lágrimas;
pues soy extranjero ante Ti,*

un viajero, como mis padres lo fueron.

Luego guardamos silencio, mientras la oscuridad nos rodeaba silenciosamente. Al apagarse la última luz, cuando el follaje perdió su brillo por encima de nosotros, Brianna recogió la jarra de agua y la vertió sobre las brasas. Humo y vapor se alzaron en una nube espectral; el aroma del recuerdo se perdió entre los árboles.

Bajamos hacia la casa por el estrecho sendero, ya casi a oscuras. Brianna iba delante, guiándonos; los hombres, detrás de mí.

—¿Lo has pensado, *a cliamhuinn*? —preguntó Jamie, a mi espalda. Hablaba en tono amistoso, pero la formalidad del apelativo dejaba claro que la pregunta era seria.

—¿El qué? —La voz de Roger sonó serena, casi inaudible su ronquera.

—En lo que haréis, tú y tu familia. Ya sabéis que el pequeño puede viajar... y lo que significaría quedaros.

Lo que significaría para todos ellos, pensé intranquila. Guerra, combates, incertidumbre. Lo único cierto era el peligro. Peligro de enfermedad o accidente para Brianna y Jem. Peligro de muerte en el parto si ella volvía a quedarse embarazada. Y para Roger, peligro en cuerpo y alma. Su cabeza se había curado, pero cuando pensaba en Randall Lillywhite yo veía la inmovilidad en el fondo de sus ojos.

—¡Oh! Sí —respondió él, invisible detrás de mí—. Lo he pensado... y lo sigo pensando... *m'athair-ceile*.

Sonreí un poco al oír que llamaba «suegro» a Jamie, pero el tono de su voz era totalmente serio.

—¿Quieres que te diga lo que pienso? ¿Y tú me dirás lo que piensas?

—Hazlo, sí. Aún hay tiempo para pensar.

—En los últimos días he estado recordando a Hermon Husband.

—¿Al cuáquero? —Jamie parecía sorprendido. Tras la batalla de Alamance, Husband había abandonado la colonia con su familia. Yo creía haber oído que estaban en Maryland.

—Él, sí. ¿Qué habría pasado si él no hubiera sido cuáquero? ¿Se habría puesto a la cabeza de los reguladores para la guerra?

Jamie gruñó, pensativo.

—No sé —dijo, aunque parecía interesado—. ¿Crees que con un buen líder habrían podido triunfar?

—Sí. O quizá no; es verdad que no tenían armas, pero podrían haberse defendido mejor. Y en ese caso...

Ya teníamos la casa a la vista. Había luz en las ventanas de atrás; estaban alimentando el fuego y encendiendo las velas para la cena.

—Lo que va a suceder aquí... Creo que si la Regulación hubiera tenido un buen líder, quizá no comenzaría en Massachussets, dentro de tres años, sino aquí.

—¿Sí? Y en ese caso, ¿qué?

—¿Quién sabe? Sé lo que está sucediendo en Inglaterra en estos momentos: no están preparados, no tienen ni idea de lo que arriesgan aquí. Si estallara súbitamente una guerra, si hubiera estallado en Alamance, podría extenderse con celeridad. Podría acabar antes de que los ingleses sospecharan siquiera lo que sucedía. Se podrían ahorrar años de guerra, miles de vidas.

—O no —apuntó Jamie, cortante.

—O no —coincidió Roger—. Pero el hecho es que hay tiempo para los hombres de paz... y también un tiempo para los guerreros...

Brianna había llegado a la casa, pero se detuvo a esperarnos. Ella también había escuchado la conversación. Roger se detuvo ante ella y levantó la vista.

—Tú me convocaste —dijo al fin—. En la congregación, ante la hoguera.

—*Seas vi mo lâmh, Roger an t'oranaiche, mac Jeremiah mac Choinnich* —dijo Jamie, por lo bajo—. Te convoqué, sí. «Ven a mi lado, Roger, el cantante, hijo de Jeremiah».

—*Seas vi mo lâmh, a mhic mo thaighe* —dijo el joven—. «Ven a mi lado, hijo de mi casa». ¿Lo dijiste de verdad?

—Sabes que sí.

—En ese caso, yo también lo digo de verdad. —Alargó la mano para posarla en el hombro de Jamie.— Estaré a tu lado. Nos quedaremos.

Brianna, junto a mí, dejó escapar el aliento que contenía, en un suspiro como el del viento crepuscular.

Y aun así salen a su encuentro

La gran vela reloj se había consumido un poco, pero quedaban muchos de esos anillos negros que marcaban las horas. Jamie dejó caer nuevamente las piedras en el charco de cera fundida que rodeaba la vela: uno, dos, tres... y sopló. La cuarta piedra, el topacio grande, estaba guardado en una pequeña caja de madera, envuelta en tela engrasada. La enviaríamos a Edimburgo, dirigida al primo político de la señora Bug, quien podía venderla, merced a sus vinculaciones con banqueros; luego, una vez deducida una comisión adecuada por su ayuda, se ocuparía de transferir los fondos a Ned Gowan.

La carta incluida dentro de la caja encomendaba a Ned averiguar si Laoghaire MacKenzie convivía con un hombre en estado equivalente al matrimonio y, en ese caso, lo instaba a declarar cumplido el contrato entre dicha Laoghaire MacKenzie y James Fraser, efectuado lo cual los fondos provenientes de la venta de esa piedra serían depositados en un banco, como dote de la llamada Joan MacKenzie Fraser, hija de la mencionada Laoghaire, para el caso de que la muchacha contrajera matrimonio.

—¿Estás seguro de no querer pedir a Ned que te diga quién es el hombre?
—pregunté.

—Si él decide decírmelo, bien. Si no me lo dice, bien igualmente.

Al otro lado del pasillo, Brianna conversaba con la señora Bug y, al mismo tiempo, regañaba a Jemmy. La interrumpió la voz de Roger y el

chillido entusiasta del pequeño, cuando su padre lo alzó en brazos.

—¿Te parece que Roger ha elegido bien? —pregunté en voz baja.

La decisión del joven me alegraba mucho... y también a Jamie, sin duda. No obstante, pese a la peculiar perspectiva que Brianna, Roger y yo teníamos de los sucesos venideros, sabía que mi esposo tenía una idea mejor de lo que se avecinaba. Y si el paso a través de las piedras tenía sus peligros, lo mismo podía decirse de la guerra.

Él hizo una pausa para pensar; luego alargó un brazo para coger un pequeño volumen de la estantería. Estaba encuadernado con tela barata y bastante ajado; era una edición de Tucídides que había adquirido, con la loca esperanza de que Germain y Jemmy aprendieran griego al punto de poder leerlo.

Abrió el libro con suavidad, para evitar que las páginas se desprendieran.

Los más bravos son, sin duda, aquellos que tienen la visión más clara de lo que se avecina, de gloria y peligro por igual, y aun así salen a su encuentro.

Tenía las palabras ante sí, pero me pareció que no las leía del papel, sino en las páginas de su memoria, en el libro de su corazón.

La puerta se cerró con violencia. Oí que Roger gritaba fuera, alzando la voz quebrada en advertencia para llamar a Jemmy. Luego, su risa grave y medio sofocada, mientras Bree le decía algo; su voz fue un sonido más ligero, demasiado lejano como para entenderlo. Después, se alejaron.

—Los más bravos son aquellos que tienen la visión más clara. Pues bien, tú lo sabes, ¿verdad? —observé suavemente.

—¡Ah!, no —dijo—. Yo no. Sólo hay bravura si puedes elegir, ¿verdad?

—¿Y tú crees no tener opciones?

Hizo una pausa. Luego cerró el libro y lo retuvo entre las manos.

—No —dijo al fin, en tono extraño—. Ahora no.

Giró en la silla para mirar por la ventana. Sólo se veía la gran píceca roja a un lado del claro y la sombra densa del robledal, detrás de ella, donde se enredaban las zarzas escapadas del patio. El sitio ennegrecido donde se había alzado la cruz ardiente ya estaba densamente cubierto de cebada silvestre.

El aire se movió; entonces caí en la cuenta de que el silencio no era tal, después de todo. Nos rodeaban los sonidos de la montaña: reclamos de pájaros, susurro de agua a lo lejos... y también voces que hablaban en el ir y venir murmurando las rondas cotidianas: una palabra junto a la pocilga, una llamada desde la letrina. Por debajo y por encima de todo eso, el ruido de los niños, gritos y risas traídos por el aire inquieto.

—Supongo que tienes razón —dije, al cabo de un momento.

Era cierto: ya no había opciones; saberlo me brindó una especie de paz. Lo que había de sobrevenir, sobrevendría. Y nosotros lo enfrentaríamos del mejor modo posible, con la esperanza de sobrevivir; eso era todo. Si no lográbamos eso, tal vez ellos sí. Recogí entre las manos su coleta y me aferré a ella como a la cuerda de un ancla.

—Pero ¿y las otras opciones? —pregunté, mientras contemplábamos el patio desierto y las sombras del bosque, más allá—. ¿Todas las decisiones que tomaste y que te trajeron hasta aquí? Ésas fueron reales... y muy valientes, a mi modo de ver.

Bajo la punta de mi dedo índice sentí la fina línea de su antigua cicatriz, sepultada bajo las ondas rojizas. Él se recostó contra mi mano y giró para mirarme.

—¡Oh!, bueno —dijo, con una leve sonrisa. Me tocó la mano y encerró mis dedos entre los suyos—. Tú sabes de eso, ¿verdad, *Sassenach*?

Me senté a su lado, muy cerca, su mano sobre la mía. Así pasamos un rato, contemplando las nubes de lluvia que rondaban por encima del río, como una amenaza de guerra lejana. Y pensé que, cualquiera que fuese nuestra decisión, tal vez todo llevara a lo mismo.

La mano de Jamie se tensó un poco sobre la mía. Lo miré, pero él continuaba observando algo más allá del patio, más allá de las montañas y de las nubes lejanas. Me estrechó los dedos un poco más, hasta que el anillo se me clavó en la carne.

—Cuando llegue el día en que debamos separarnos —dijo en voz baja, mirándome—, si mis últimas palabras no son «te amo», habrá de ser porque no tuve tiempo.

FIN



DIANA GABALDON. Licenciada en Zoología por la Universidad del Norte de Arizona, master en Biología Marina en la Universidad de California (San Diego) y doctora en Ecología en la Universidad del Norte de Arizona. Además de artículos profesionales, se inició en la literatura escribiendo cuentos para posteriormente pasar a la novela, comenzando a publicar en Internet. Ha recibido el Premio RITA en 1992 y el PEN Book Award en el año 2006. En sus novelas de ficción histórica se combina el romanticismo y la ciencia ficción.